

BIBLIOTEC

FORES CRISTIANOS

ESTA COLECCION SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS
DE SALAMANCA

LA COMISION DE DICHA PONTIFICIA
UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA
INMEDIATA RELACION CON LA B. A. C.,
ESTA INTEGRADA EN EL AÑO 1955

ESÎBTNTK

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. Francisco Barbado
Viejo, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Concilier
de la Pontificia Universidad.*

' limo. Sr. Dr. Lorenzo Turra *Rector
Magnifico*

K. p. rr. agapito sobradillo, v. r. μ . u.,
Decano de la Facultad de Teologia; R. P. Dr. Marce-
lino Cabrerros, C. M. F., Decano de la Facultad de
Derecho; M. I. Sr. Dr. Bernardo Rincôn, Decano de la
Facultad de Filosofia; R. P. Dr. José Jimenez, C. M. F.,
Decano de la Facultad de Humanidades Clasicas;
R. P. Dr. Fr. Alberto Colunga, O. P., Catedrâtico de
Sagrada Eseritura; R. P. Dr. Bernardino Llorca, S. I.,
Catedrâtico de Historia Eclesiâstica.

MADRID MCMLV

LA PALABRA DE CRISTO

*Repertorio organico de textos para el estudio
de las homilias dominicales y festivas*

ELABORADO POR UNA COMISION DE AUTORES BAJO LA DIRECCION DE

MONS. ANGEL HERRERA ORIA

Obispo de Malaga

TOMO I

SEGUNDA EDICION

b i b l i o t e c a DE AUTORES CRISKANOS

MADRID * MCMLV

La Palabra de Cristo

ESTA SERIE DE TÁB. A. C. CONSTARÁ DE LOS SIGUIENTES
VOLÚMENES :

- I. Adviento y Navidad.
- II. Epifanii y Cuaresma.
- III. Cuaresma y Tiempo de Pasiôn.
- IV. Ciclo pascual.
- V. Pentecostes (i.º)
- VI. Pentecostes (2.º)
- VII. Pentecostes (3.º)
- VIII. Fiestas (i.º)
- IX. Fiestas (2.º). Indices generales.

TOMO I

Adviento y Navidad

El juicio final (dom. i Adv.).—La mision del Precursor (dom. 2 Adv.).—El testimonio de Juan a los judios (dom. 3 Adv.).—Predicacion del Bautista (dom. 4 Adv.).—Presentacion y purificaciôn en el templo (dom. infraoct. Nav.).
El Dulce Nombre de Jesûs (dom. desp. Cire.).

Han colaborado en este volumen:

- D. Lins Vera Ordâs (*selection de textos patristicos y teolôgicos, comentarios exegeticos y guiones*).
- D. José M. Eguaras Iriarte (*parte litûrgica, teolôgica y guiones*).
- D. Rafael Gonzalez Moralejos (*selection de textos pontificios y guiones*).
- D. Alejandro Sierra de Côzar (*indices*).
- D. Luis Ortiz Munoz (*selection de textos escriturísticos y miscelânea historica y literaria*).
- D. Tomâs Cerro Corrochano (*ordenatiôn de materiales*).

El Excmo. Sr. D. Felipe Bertran y Güell, fundador y prêsidente de la Institution Arzobispo Claret, ha cooperado generosamente a sufragar parte de los gastos extraordinarios de la edition de esta obra

NP4Π. OBB'1A t
Dk. Justo Novo du Vega,
Censor

IMPRIMATUR*
ANGEL,
Obispo de Mdlaga.
Malaga, 15 agosto 1955.

SEGRETERIA DI STATO
DI SUA SANTITA

Num. 308.234

Vaticano, 2 de septiembre 1953.

Excelentísimo y reverendísimo sefior:

El Augusto Pontifice ha recibido el tomo primero de La palabra de Cristo, serie de la benemérita Biblioteca de Autores Cristianos, y desea manifestar a vuestra excelencia la satisfacciôn con que ha acogido tan interesante obra.

En estos difciles tiempos, en los que la ignorancia religiosa ha hecho tanto dafio a las almas, una publication como ésta, dirigida a restaurar una predicaciôn auténticamente evangélica, es de exceptional importancia.

El Padre Santo ha visto con viva complacenda que esta colecciôn no es uno mds de los sermonarios existentes. Su variado y abundante acopio de materiales ofrece al orador sagrado los elementos necesarios para su mejor preparatiôn, una serie de conocimientos que abarcan la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia, teólogos, autores clásicos y, con gran oportunidad, las ensehanzas pontificias para que su predicaciôn esté sólidamente fundada y la palabra de Dios pueda penetrar en los corazones de los hombres y dar frutos de vida eterna sin perderse en vanas retôrlcas.

Su Santidad quiere que llegue a vuestra excelencia y a los doctos y diligentes miembros de la comisiôn que ha elaborado este hermoso trabajo el testimonio de su particular benevolencia y su paternal felicitaciôn por la obra que han realizado, que será de mucho pro-

vecho para *todos los sacerdotes, en especial para las dedicados a la cura de aimas, y muy a propôsito para jormar a los jôvenes levitas en el verdadero sentido de la predicaciôn sagrada.*

El Augusto Pontifice pide al Seüor que les concéda llevar a cabo el plan que se han propuesto y los Ru- mine en su ejecuciôn, mientras que, en prenda de ce-lestiales gracias, les da de todo corazôn la bendiciôn apostôlica.

Reciba también de mi parte, excelentísimo señor, ml expresiva gratitud por el efemplar que me ha en- viado, deseoso de que alcance el mayor éxito y pro- duzca los mas copiosos frutos.

Al reiterarle el testimonio de mi mäs distinguida consideraciôn, quedo siempre de vuestra excelencia reverend'.sima seguro servidor.

J. B. Mo n u n i.
 Prosecr.

Mo d s. Angel Herrera, Obispo de Mâlaga.

INDICE GENERAL

	Pdgs.
Pr ô l o g o	XXV
EL JUICIO FINAL	
Primer domingo de Advlento	
SECCION I.—Textos sagrados	3
I. Epistola	3
II. Euangelio	3
III. Textos concordantes	4
IV. Otros textos de la Escritura alusivos aljuicio	6
SECCION II.—Comentarios generales	17
I. Situation liturgica	17
II. Ayantes exegético-morales:.....	18
A) Epistola	18
a) Sentido general	18
b) Partesesenciales	19
c) Un texto de San Juan Crisôstomo	22
B) Evangelio	22
a) Situaciôn historica	22
b) Las dos preguntas	23
c) Argumento	23
d) Exégesis de los textos	24
e) Consecuencias	27
SECCION III.—Santos Padres	28
I. San Juan Crisôstomo	28
Resurrecciôn y esperanza	28
II. San Agustin - z * - - - -	37
Juicio final y resurrecciôn.....	37
III. San Gregorio Magno	48
El mundo pasa	48
IV. San Bernardo	50
Las très venidas de Cristo	50
SECCION IV,—Teôïogós,.....	55
L Santo Tomâs de Aquino.....	55
El juicio final	55

INDICE GENERAL

	<i>Pdgs.</i>
IL <i>San Roberto Belarmino</i>	59
La doble redencion del hombre	59
SECCION V.—Autores varios.....	64
I. <i>Santo Tomâs de Villanueva</i>	64
Necesidad del juicio universal	64
II <i>Beato Juan de Avila</i>	68
μ premio de la virtud y el castigo del pecado.....	68
III. <i>Bossuet</i>	*12
Los très motives de la justicia divina	72
IV. <i>Bourdaloue</i>	82
La fe y la razôn en el juicio de Dios.....	82
V. <i>Columba Marmiôn</i>	84
La obra de Cristo	
SECCION VI.—Textos pontificios	88
I. <i>Sobre la epistola</i>	88
A) «Es hora de levantamos del sueño».....	88
B) «Nuestra salud esta ahora mâs cercana»	90
C) «Vistamos las armas de la luz».....	91
D) «Andemos decentemente»	92
E) «Vestios del Senor Jesuciisto».....	95
II <i>Sobre el evangelic</i>	97
A) «Y sobre la tierra perturbaciôn de las naciones» ...	97
B) «Entonces verân al Hijo del hombre»	98
C) «Venir en una nube con poder y majestad grandes».	99
D) «Cobrad ânimos v levantad vuestras cabezas».....	102
E) «Cuando veâis estas cosas»	104
SECCION VIT.—Miscelânea histôrica y literaria	106
I. <i>Hacia Dios por la via de la lue</i>	106
II <i>Invisible y riguroso juicio</i>	106
III <i>Séneca y el fin dei mundo</i>	107
IV. «Nadie me ha dicho una palabra de verdad».....	107
V. <i>Las très tiendas de Tamerlan</i>	108
VL <i>El «Juicio final» de Miguel Angel</i>	109
VII. <i>Una llaga que parecia una estrella</i>	111
VIII. <i>El poema de la ira divina</i>	112
IX. <i>La sibila del juicio</i>	113
X. <i>Cantando su propio funeral</i>	114
SECCION VIH.—Guiones ho uiléticos	115
Serie I: <i>Liturgicos</i>	115
1. Al començar el aûo litûrgico: «Revestios de Crïsto».	115
2. El criStiano en el Adviento	116

	<i>Pàgs.</i>
Serie II : <i>Sobre la epistola</i>	119
3. «Es hora de levantarnos del sueño»	119
4. «Despojémonos de las obras de las tinieblas»	120
5. «Vistamos las armas de la luz»	120
Serie III : <i>Sobre el evangelio</i>	122
6. El valor del tiempo	122
7. Optimisme cristiano	123
8. El juicio de los buenos, motivo de aliento	124
9. El juicio del pecador	126
10. Los très motivosde la justiciadivina	127
11. El dia del juicio,dia de gloria	128
12. El silencio de Cristo	129
13. La limosna y el juicio	130
14. La sentencia deljuicio	131
15. Las dos venidas y la vida ranta	132
16. Las très venidas	133
17. Jesucristo ayer, hoy y siempre	133
Serie IV : <i>De actualidad social</i>	135
18. También socialmente hay que despertardel sueno.	135
19. La sociedad moderna tiene que revestirse de Jesu- cristo	138
20. El juicio final como prueba del carâcter social del cristianismo	139

LA MISION DEL PRECURSOR

Segundo domingo de Adviento

SECCION I.—Textossagrados	145
I. <i>Epistola</i>	145
II. <i>Evangelio</i>	146
IU. <i>Texto concordante</i>	146
IV. <i>Otros textos de la Escritura alusivos a la envidia y a la limosna</i> —————	147
	K
SECCION II.—Comentarios generales	156
I. <i>Situation litûrgica</i>	156
II. <i>Apuntes exegetico-morales.....L.....</i>	156
A) <i>Epistola</i>	156
a) <i>Sentido general</i>	156
b) <i>Argumento</i>	157
c) <i>La caridad en Cristo</i>	157
d) <i>Universalidad en Cristo</i>	158
e) <i>Un inciso. Utilidad dela Sagrada Escritura ...</i>	158
B) <i>Evangelio</i>	159
a) <i>Situaciôn histôrica y breve sintesis</i>	159
b> <i>La nreeunta Bautista</i>	J59

	PdfiFS.
c) La mlslôn de Juan	160
d) Respuesta del Seôor	162
e) Alabanzas de Juan	164
SECCION III.—Santos Padres	165
I. <i>San Juan Crisôstomo</i>	165
La envidia y la limosna	165
IL <i>San Agustin</i>	175
La superioridad de Jésus sobre Juan	175
III. <i>San Bernardo</i>	183
«ôEres tû el que ha de venir?»	183
SECCION IV.—Teôlogos	188
<i>Santo Tomas de Aquino</i>	188
Acerca de la envidia	188
II. <i>San Roberto Belarmino</i>	190
La persona del Bautista	190
SECCION V.—Autores varios	194
I. <i>Pedro el Venerable</i>	194
La uniôn en la caridad	194
IL <i>Santo Tomds de Villanueva</i>	199
Sobre la encarnaciôn del Verbo	199
III. <i>Fray Luis de Granada</i>	204
La fe en Jesucrlsto	204
IV. <i>Santa Teresa de Jesus</i>	208
La santidad y la honra	208
V. <i>Beato Juan de Avila</i>	210
Dlgnldades y perfecclôn cristiana	210
VI. <i>Bossuet</i>	212
La homilia de los milagros de Cristo y de nuestro escândalo	212
VIL <i>Donoso Cortes</i>	218
La ceguera del pueblo judio	218
VIH. <i>Jaime Balmes</i>	224
El hombre de carâcter	224
SECCION VL—Textos pontificios	227
I. Sobre <i>la Epistola</i>	227
A) «Todo cuanto esta escrito. para nuestra ensenanza fué escrito»	227
B) «Dios os de un sentir unanime en Cristo Jésus» ...	228
C) «Acogeos mutuamente»	231

Pdgs.

D)	«Apareceré, la raiz de Jesé»	233
E)	«El Dior de la esperanza os llena de cumplido. alegría y paz»	235
IL	<i>Sobre el evangelio</i>	236
A)	«Los pobres son evangelizados»	236
B)	«Referid a Juan lo que habéis oído y visto»	238
C)	«ôQué habéis ido a ver al desierto? ¡Una caña agitada por el viento?»	241
SECCION VII	—Miscelânea histórica y literaria	244
I.	<i>El castigo dantesco de los envidiosos</i>	244
II.	<i>Una /dbula de San Vicenle Ferrer sobre la envidia</i> ...	245
III.	<i>El caso de Joaquina Dehant</i>	245
IV.	<i>Para Séneca, la misericordia es un defecto del alma</i> ...	246
V.	<i>La limosna reproduction</i>	247
VI.	<i>Diô de limosna hasta el lecho de muerte</i>	248
VII.	<i>La limosna ^spiritual</i>	248
VIII.	<i>Un caracter: San Ambrosio</i>	249
IX.	<i>La Je en Dios ante los peligros dei mundo</i>	250
X.	<i>Los peligros de la ciencia sin Dios</i>	251
SECCION VIII.	—Guiones homiléticos	253
Serie II :	<i>Sobre la epistola</i>	253
1.	«Spem habeamus... Ut abundetis in spe»	253
Serie III :	<i>Sobre el evangelio</i>	255
2.	Grandeza del Precursor	255
3.	Dones y virtudes del Bautista	236
4.	La mision del Bautista, unida a la de Cristo	258
5.	«Me autem minui»	25J
6.	La envidia	262
7.	Efectos de la envidia	265
8.	Los falsos celos	267
9.	El escândalo de Cristo	268
10.	El Mesias y el pueblo Judío	270
11.	Afirmaciôn de la divinidad de Cristo	272
12.	El milagro	274
13.	El milagro moral	275
14.	Hacer el bien	279
15.	«Evangelizare pauperibus»	282
16.	Los rlcos pobres	284
17.	El caràcter	287
Serie IV :	<i>De actualidad social</i>	289
18.	El carécter. Fin de la educaciôn	289
19.	El mundo moderno necesita caractères	291
20.	El Mesias de nuestros tiempos : Cristo en los cristiaûos	294

EL TESTIMONIO DE JUAN A LOS JUDIOS

Tercet domingo de Adviento

SECCION L—Textos sagrados	299
L <i>Epistola</i>	299
II. <i>Evangelio</i>	299
III. <i>Otros textos de la Sagrada Escritura sobre la humildad.</i>	300
SECCION IL—Comentarios generales	308
L <i>Situación litúrgica</i>	308
II. <i>Apuntes exeético-morales</i>	308
A) <i>Epistola</i>	308
a) <i>Argumento</i>	308
b) <i>Comentario</i>	309
c) <i>Acomodación</i>	311
B) <i>Evangelio</i>	311
a) <i>Ocación litúrgica e historica</i>	311
b) <i>La embajada</i>	312
c) <i>La respuesta</i>	313
SECCION HL—Santos Padres	317
I. <i>San Juan Crisôstomo</i>	317
La limosna	317
IL <i>San Agustin</i>	322
Sobre la humlldad	322
IIL <i>San Gregorio Magno</i>	334
El Bautista, modelo de humildad	334
IV. <i>San Bernardo</i>	33g
El conocimiento de si mismo	338
SECCION TV.—Teólogos	342
L <i>Santo Tomàs de Aquino</i>	342
Sobre la vanagloria	342
IL <i>San Buenaventura</i>	343
El conocimiento de la verdad	343
III. <i>San Roberto Belarmino</i>	345
El Bautista, precursor de Cristo	345
TV. <i>P. Francisco Suârez</i>	34g
La figura de San Juan Bautista	349
SECCION V.—Autores varios	
L <i>Santo Tomàs de Villanueva</i>	
El rwinrim^nf n mismo .	

Pags.

II.	<i>Santa Teresa de Jesus</i>	358
	Sobre la humlidad.....	358
III.	<i>Fray Luis de Granada</i>	361
	Remedios de la soberbia	361
IV.	<i>P. Alonso Rodriguez</i>	364
	La humlidad, fundamento de la vida espiritual	364
V.	<i>Bossuet</i>	367
	El honor falso del mundo	367
VI.	<i>Bourdaloue</i>	370
	Sobre la austeridad	371
SECCION VI.—Textos pontificios		375
I.	<i>Sobre la epistola</i>	375
	A) «Alegraos siempre en el Señor»	375
	B) «El Señor está próximo»	377
	C) «Por nada os inquietéis»	379
	D) «Sean presentadas a Dios vuestras peticiones» ...	382
II.	<i>Sobre el evangelio</i>	384
	A) «Tù, ôQuién eres?»	384
	B) «Confesô y no negô»	387
	C) «Yo soy la voz del que clama en el desierto» ...	392
	D) «Enderezad el camino del Señor»	394
	E) «En medio de nosotros está»	396
SECCION VII.—Miscelánea histórica y literaria		400
I.	<i>La embajada de los corintios a Alejandro Magno</i>	400
II.	<i>Cómo se conoce la propia vocación</i>	401
III.	<i>La vocación de los pueblos y naciones: El imperio romano</i>	403
IV.	<i>La vocación de España</i> - - - - -	404
V.	<i>La humildad del predicador</i>	405
VI.	<i>El obispo mendigo</i>	405
VII.	<i>La humildad exaltada</i>	405
VIII.	<i>Un papa que renuncia a la tiara</i>	406
IX.	<i>Dios, centro del alma</i>	407
X.	<i>Los dos pilones</i>	407
XI.	<i>Sinceridad y verdad</i>	408
XII.	<i>Alegría del pueblo</i>	409
SECCION VIII — Guiones homiléticos		410
Serie I : <i>Litúrgicos</i>		410
1. «Gaudete in Domino»		410
Serie II: <i>Sobre la epistola</i>		412
2. Alegría cristiana		412
3. Las dos solicitudes		414
4. La magnanimidad		416

	Pàgs.
Serie III: <i>Sobre él evangeliô</i>	418
5. Criatura de Dios	418
6. Tu. ôquién eres?... Un miembro deJesucristo	419
7. Suprema perfecciôn del Bautista	421
8. El predicador	423
9. iQuiénes sols?	426
10. El proplo conoclmiento	428
11. La humildad	429
12. Los grados de humildad	431
13. Los pusilànimes	4:3
14. La vocaciôn	434
15. Modo especial de conocer la proplavocaciôn	437
16. Cristo, unico objeto de nuestro gozo pleno	440
Serie IV : <i>De actualidad social</i>	442
17. Alegrémonos. poroue se acerca el reinado de Cristo sobre la sociedad	442
18. Cristo esta enlos pobres	445
19. La slnceridad	447
20. El crtstiano, precursor de Cristo en nuestra so- ciedad	449

PREDICACION DEL BAUTISTA



Cuarto domlngo de Advlento

SECCION L—Textos sagrados	455
I. <i>Epistola</i>	455
II. <i>Evangeliô</i>	455
III. <i>Textos concordantes</i>	456
IV. <i>Textos complernentarios</i>	457
V. <i>Otros textos de la Escrilura alusivos a la penitenda.</i>	459
SECCION IL—Comentarios generales	470
I. <i>Situation litûrgica</i>	470
IL <i>Apuntes exegético-morales</i>	471
A) <i>Epistola</i>	471
a) <i>Argumento</i>	471
b) <i>Los textos</i>	472
c) <i>El Advlento</i>	474
B) <i>Evangeliô</i>	474
a) <i>Los jefes de Israel</i>	4^4
b) <i>Juan</i>	475
c) <i>La figura del peniLente</i>	476
d) <i>La predlcaclôn</i>	?..... 477
e) <i>La profecia</i>	
D <i>Ei éxito del Precursor</i>	

SECCION III.- Santos Padres	480
L <i>San Juan Crisôstomo</i>	480
Un ejemplo de penitencia	480
II <i>El Crisôstomo y San Agustin</i>	485
Llmosna y penitencia	485
III. <i>San Agustin</i>	490
Necesidad universal de la penitencia	490
IV. <i>San Ccsdreo de Arles</i>	499
Preparaciôn para la Navidad	499
SECCION IV.—Teologos	503
I. <i>Santo Tomds de Aquino</i>	503
La penitencia es necesaria	503
II. <i>San Buenaventura</i>	504
Los grados de puriflcaclôn	504
III. <i>San Roberto Belarmino</i>	500
Caminos hacia Dios	500
IV. <i>P. Francisco Suarez</i>	509
El bautismo de Juan	509
SECCION V.—Autores varios	512
I. <i>Santo Tomds de Villanueva</i>	512
Cuatro formas de una misma voz	512
II <i>San Juan de la Cruz</i>	515
La vida mundana y sus daôs	515
HI. <i>Fray Luis de Granada</i>	517
Penitencia verdadera y penitencia falsa	517
IV. <i>Beato Juan de Avila</i>	520
Preparândonos para la venida del Sefior	520
V. <i>P. Luis de la Puente</i>	523
La predicaciôn del Eautlsta	523
VI. <i>Bossuet</i> <i>ī</i> <i>ī</i> 525	
Austeridad de vida Λ... 525	
SECCION VI.—Textos pontificios	530
L <i>Sobre la epistola</i>	530
II. <i>Sobre el evangeliô</i>	536
A) «Prepared el camino del Sefior»	530
B) «Endereza sus sendas»	538
C) «Todo barranco serâ rellenado; todo monte y Co- llado, allanado»..... 539	

	<i>Pdgs.</i>
SECCION VU.— <i>Miscelânea historica y literaria</i>	548
I. <i>La «parada» de la penitencia</i>	548
II. <i>La expiation de la pecadora</i>	54y
III. <i>El «Miserere» de Savonarola</i>	550
IV. <i>El caso del Bautista se repiteen otro Juan</i>:	55)
V. <i>Predicador y penitente</i>	55'2
VI. <i>El exceso de penitencia</i>	553
VII. <i>Penitencia espiritual</i>	553
VIII. <i>El que tiene dos tunicas</i>	554
IX. <i>De un tureo que al bautizarse se llamo como el Bau-</i> <i>tista</i>	554
X. <i>Un sacerdote modelo: San Juan Bautista di Rossi</i> ...	555
SECCION VIII.—Guiones homiléticos	557
Serie II: <i>Sobre la epistola</i>	557
1. <i>Ministros de Cristo y dispensadores de los mlste-</i> <i>rios de Dios</i>	557
Serie III: <i>Sobre el evangelio</i>	559
2. <i>La Providencia</i>	559
3. <i>La historia alrededor de Cristo</i>	560
4. <i>La vocaciôn de Espana</i>	561
5. <i>La historicidad del Evangelio</i>	564
6. <i>Dignldad v obligaciones del sacerdote</i>	566
7. <i>La austeridad</i>	568
8. <i>El pecado, mal de Dios y del hombre</i>	570
9. <i>La predicacion de la penitencia</i>	571
10. <i>Penitencia y Jesucrsto</i>	573
11. <i>Penitencia corporal y exterior</i>	575
12. <i>Penitencia espiritual</i>	577
13. <i>La penitencia, necesaria a justos y pecadores</i>	580
14. <i>Penitencia y carldad</i>	582
15. <i>La llmosna como penitencia</i>	584
16. <i>Ei premio Individual de la llmosna</i>	585
17. <i>Valor social de la llmosna</i>	587
Serie IV : <i>De actualidad social</i>	589
18. <i>Prepared los caminos para que Cristo reine en la</i> <i>socledad</i>	589
1Q. <i>El pensamiento de los Papas sobre la ll·■sna</i>	591

PRESENTACION Y PUR/FICACION EN EL TEMPLO

Domingo Infraoctava de Navidad

SECCION I.—Textos sagrados	597
I. <i>Epistola</i>	597
II. <i>Evangelio</i>	597

P&gs.

III. <i>Textos concordantes</i>	598
IV. <i>Algunos textos de la Escritura sobre la tribulaciôn</i> ...	599
SECCION II.—Co entarios generales	605
I. <i>Situaciôn litûrgica</i>	605
II. <i>Apuntes exegetico-morales</i>	606
A) Epistola	606
a) Sentido general	606
b) El texto	606
c) Distribuciôn y sentido de la pericopa	607
d) Pensamientos	607
B) Evangelio	608
a) La escena	608
b) Los textos.....	610
§	
SECCION III.—Santos Padres	616
I. <i>San Juan Crisôstomo</i>	616
Todo ha sido creado para el hombre	616
II. <i>San Agustin</i>	624
Redenciôn y persecuciones	624
III. <i>San Gregorio Magno</i>	636
Tiempo de persecuciôn y tiempo de paz	636
IV. <i>San Beda</i>	638
Signo de contradicciôn	638
V. <i>San Bernardo</i>	640
La oblaciôn de la Virgen	640
SECCION IV.—Teólogos	643
I. <i>Hugo de San Victor</i>	643
La purificaciôn del aima	643
II. <i>Santo Tomâs</i>	644
Obediencia y tribulaciôn	644
III. <i>San, Roberto Belarmino</i>	648
La subida al templo	648
SECCION V.—Autores varios	651
I. <i>Santo Tomâs de Villanueva</i>	651
Sobre el evangelio dei dia	651
II. <i>Fray Luis de Granada</i>	653
Las personas y su ejemplaridad	653
ITT. <i>P. Pedro de Ribadeneira</i>	655
lo tribulaciôn	655

	Pàgs.
IV. <i>San Francisco de Sales</i>	660
La humlidad y la obediencia	660
V. <i>Massillon</i>	662
Sacrificio y fidelidad	662
VI. <i>Bossuet</i>	666
Cristo, motive de contradicciôn y escandalo	666
VIL <i>Bourdaloue</i>	671
Obediencia y fervor de espiritu	671
VIII. <i>P. FedericoG. Faber</i>	675
El primer dolor de la Santisima Virgen	675
IX. <i>J. B. Terrien</i>	678
La Maternidad universal de Maria.....	678
SECCION VI—Textos pontificios.....	682
I. <i>Sobre la epistola</i>	682
s A) Justicia social.....	682
B) Y caridad cristiana	683
C) La apostasia de las masas	683
D' Funciôn supletoria de) Estado en la cuestiôn social.	686
E) La necesiad de Intervenir y sus limites.....	688
II. <i>Sobre el evangelio</i>	691
A) «Çumplidas todas las cosas segùn la ley del Senor».	691
B) «Puesto esta... para blanco de contradicciôn»	696
C) «El nlno crecia y se fortalecia»	699
SECCION VII—Miscelânea historica y literaria	705
I. <i>La ofrenda—Elogio de la tôrtole mística</i>	705
II. <i>Très encuentros providenciales</i>	707
A) Agustin y Ambrosio	707
B) Juan y Teresa	707
C) Ignacio y Javier	708
III. <i>«Ahora puedo morir en paz»</i>	* 709
IV. <i>«Et hifo de tantas lagrimas»</i>	709
V. <i>El signo de contradicciôn</i>	710
VI. <i>La oraciôn de Pascal</i>	712
VIL <i>La tribulaciôn de la enfermedad</i>	713
VIII. <i>Nuestro pecado, la octava espada</i>	\
IX. <i>Revelaciones de Santa Teresa</i>	715
X. <i>La fiesta de la Candelaria</i>	715
SECCION VIII.—Guiones homi.éticos	717
Serie III: <i>Sobre el evangelio</i>	717
1. Jesûs, cumplidor de la ley.....	717
2. Pureza de la Vlrgen	71«
3. Maria, pobre	

Pàgs.

4.	Simeôn, Justo.....	723
5	Simeôn. hombre temerosode Dios	725
6.	Ver a Cristo en los brazos delPadre	726
7.	La esperanza	728
8.	Esperanza y confianza	730
9.	Esperanza y vida temporal	733
10.	Signo de contradicciôn ennuestros días	734
11	Los dolores de Maria	736
12.	Bienes de la tribulaciôn	738
13.	La profetisa Ana	740
14.	Orad sln intermisiôn	742
15.	La vida contemplativa	746
Serie IV: <i>De actualidad social</i>		<i>TM</i>
16.	La obediencia a la ley, fundamento de la vida cris- tiana.....	747
17.	La esperanza del padre de familia	750
18.	Un problema actual : El Estadopaternalista.....	753
19.	Sobre el paternalismo laboral	756

EL DULCE NOMBRE DE JESUS

Domingo después de la Circuncisiôn del Señor

SECCION I.—Textos sagrados	761
I. <i>Epistola</i>	761
II. <i>Evangelio</i>	761
III. <i>Selecciôn de textos de la Escritura respecto al nombre de Jesús</i>	762
SECCION II.—Comentarios generales	767
I. <i>Situaciôn litûrgica</i>	767
II. <i>Apuntes exegético-morales</i>	767
A) <i>Epistola</i>	767
B) <i>Evangelio</i>	770
a) <i>Le dleron el nombre</i>	770
b) <i>Jesûs</i>	770
SECCION III.—Santos Padres	773
I. <i>San Agustin</i>	773
Camino, verdad y vida	773
II. <i>San Ambrosio</i>	782
El misterio de la redenciôn	782
III. <i>San Pedro Crisólogo</i>	784
La justificaciôn por la fe en Cristo	784

	Pdgs.
IV. <i>San Bernardo</i>	787
Jesus, Salvador	787
SECCION IV.—Teólogos	794
I. <i>Santo Tomas de Aquino</i>	794
Los nombres de Cristo	794
H. <i>San Roberto Belarmino</i>	797
Sermôn de la Circuncision	797
SECCION V.—Autores varios	799
I. <i>Santo Tomas de Villanueva</i>	799
Las excelencias del nombre de Jesus	799
II. <i>Fray Luis de Leon</i>	806
Cristo, salud de los hombres	806
III. <i>Beato Alonso de Orozco</i>	812
Victoria de la muerte	812
IV. <i>P. Luis de la Puente</i>	819
Meditaciôn sobre el nombre de Jesûs	819
V. <i>Molon de Chaide</i>	821
El Salvador y los redimidos	821
VI. <i>Bossuet</i>	822
La salvaciôn del hombre en Cristo	822
VII. <i>Bourdaloue</i>	829
Circuncision y salvaciôn.....	829
VIII. <i>Flechier</i>	833
La salvaciôn, empresagloriosa de Dios	833
IX. <i>Cardenal Gomd</i>	836
Jesûs en la historia	836
SECCION VI. Textos pontificios.....	843
I. <i>Sobre la epistola</i>	843
A) La descristianizaciôn de la sociedad y sus conse-	
cuencias	849
B) La descristianizaciôn del Estado y sus consecuen-	
cias	849
II. <i>Sobre el euangelio</i>	851
A) Jesucristo, base y fundamento de toda sociedad	
nueva	851
B) La autoridad civil y el orden divino.....	854
C) La Iglesia y las formas politicas	855
D) La Iglesia y los males de la humanidad	856
E) Dignidad dei trabajo humano y sus consecuencias.	859
F' Fl rwnnnlnnin la dignidad humana y la par: snrinl	«R4

	Pdps.
SECCION VII.—Miscelânea historica y literaria	867
I. <i>El acrôstico con el nombre griego de pez</i>	867
II. <i>El monograma de Jesûs y San Dâmaso</i>	867
III. <i>El nombre de Jésus grabado en su corazôn</i>	868
IV. <i>Juana de Arco en la hoguera</i>	869
V. <i>El monograma y el proceso de San Bernardino</i>	869
VI. <i>Por qué se llamô Compama de Jesûs</i>	870
VII. <i>«Cuando digo Jesûs, me quito el bonete»</i>	871
VIII. <i>Una cruz con su propia sangre y el nombre de Jesûs</i> ...	872
SECCION VIII.—Guiones homiléticos	873
Serie II: <i>Sobre la epistola</i>	873
1. Los dos caminos para la gloria	873
Serie III: <i>Sobre el evangelio</i>	875
2. Jesûs, Salvador	875
3. Jesûs es la salud	878
4. Jesûs salva por la palabra	878
5. El nombre de Jesûs	881
6. Los nombres de Cristo	882
7. Jesûs, Salvador de los pueblos	888
8. Jesûs, Salvador de todas las razas	887
9. El nuevo Adân Salvador	889
10. La victoria del amor *	891
11. Nuestro aprovechamiento de la salvaciôn	893
12. Jesûs, Salvador de la verdad	89^
13. Jesûs, Salvador de la muette	898
Serie IV : <i>De actualidad social</i>	898
14. Jesûs, Salvador de la sociedad.....	898
15. Jesûs, Salvador de la autoridad.....	908
16. Jesûs. Salvador del trabajo	"2
Indice de Sagrada Escritura	988
Indice de materias	987

NO sin resistenda he aceptado que figure mi nombre al (rente de este volumen. Solo por atender las indicaciones de la Direccion de la B. A. C., que asi lo ha juzgado conveniente, he accedido a ello.

Me habia negado porque la obra no es mia, aunque sea mia la idea, la alta direccion y una parte del texto. La obra es fruto del trabajo de una comisiôn. cuyos miembros Constantan al final de este prologo.

Es empresa de mucho empeno la que acometemos. Ciertos nos hallamos de no haber logrado, ni con mucho, nuestros generosos prepositos Y, sin embargo, nos hemos resuelto a sacarla a la luz porque estimamos que puede ser útil y que indica o senala una orientaciôn saludable. Si obtiene el favor del publico, madurara mucho nuestro intento en futuras ediciones.

Pretendemos cooperar al movimiento moderno en la predicaciôn sagrada, que aspira, siguiendo las orientaciones pontificias, a restaurar la tradiciôn patristica.

«Nunca hubo—dice Benedicto XV—una abundancia de predicadores mayor que la que existe en nuestra época, y, sin embargo, crece en todas partes el desdén y el olvido de las cosas sobrenaturales.»

«Por deplorable que sea, nadie podrâ negar que los predicadores no estân a la altura de las necesidades ; no ofrecen remedios suficientes.»

Es que la palabra de Dios ha dej'ado de tener aquella vîrtud eficaz, viva y penetrativa, como una espada de dos filos, de que habia el Apôstol ?»

«<No sera mas bien que aquellos que modernamente manejan la palabra de Dios no saben manejarla como conviene ?» (*Humani generis.*)

Restaurar una predicaciôn auténticamente evangélica es. pue», tarea necesaria y urgente

Para conseguirla, el orador ha de poseer bien el Nuevo Testamento, y en especial el Evangelio y San Pablo.

Importa, además. mucho que conozca la interpretación que los Santos Padres, en sus homilias, hicieron de dichos textos, y que esté iniciado en las elaboraciones teológicas que de los mismos nos ofrecen los grandes doctores.

El estudio detenido de estos comentarios, completado con los de escritores posteriores y de algunos contemporáneos, proporcionará al sacerdote el espíritu del Evangelio, y precisamente de aquel Evangelio que la Iglesia le entrega para que se lo comunique al pueblo.

No siempre pueden los predicadores ahondar en el texto de la Escritura. No tuvieron tiempo, durante sus estudios seminarísticos, solicitados por otras materias, de penetrar directamente en la palabra de vida. Luego, entregados a los ministerios, ni tiempo, ni tranquilidad a veces. Y casi nunca libros a mano para estudiar desde distintos ángulos, guiados por maestros segurísimos, la palabra de Dios.

Nuestro propósito es remediar la penuria de materiales. No damos sermones hechos. Darlos es funestísima práctica, que desorienta definitivamente al orador sagrado. Orador que aprende de memoria un texto ajeno y lo pronuncia, declamador será, que no orador. El orador debe exponer —*nova et vetera*—, pero sacado de su fondo.

La elocuencia, mas o menos relativa, brotará de lo íntimo del que habla, si habla con posesión de la materia y con firme convicción.

Ni cabe aquí mas norma que la sapientísima del gran maestro :

Cui lecta potenter erit res,
nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo
(*Ad Pisones*, 40).

El poseer *fortiter* es el primer requisito. Poseer intelectualmente la idea ; con claridad, y con la posible profundidad. Y, además de poseer. sentir, cuando, como aquí. La materia lo permite y lo exige.

El párroco o sacerdote que domine su asunto, a poco que trabaje y ordene sus ideas, las expondrá con claridad, convicción y calor, y llegará a sus oyentes.

Mas él mismo ha de ser el que combine y funda los materiales que reciba.

Y por tratarse de oratoria sagrada, necesario es que bus-

que la inspiraciôn y el fuego de aquel que, como Maestro interior de los oyentes, ha de producir el fruto. Deben caldearse las homilias en el sagrario y en la oraciôn. *Ignitum eloquium tuum vehementer*, diriamos, acomodando al caso las palabras del salmista (Ps. l 18, 140). La palabra de Dios, sea cual fuere el tono, el lugar y el auditorio, no puede servirse fria.

La producciôn intelectual exige que los textos que se ofrezcan sean de la mas alta autoridad. Y a eso hemos sacrificado toda consideracion de otro orden. No pretendemos variedad en los autores citados. Ni menos aparecer eruditos.

¡Qué sabio el *timeo hominem unius libri!* ¡Qué olvidado el *non multa, sed multum!* Los textos sagrados y media docena de grandes maestros deben constituir el arsenal ordinario dei predicador.

El Crisôstomo y San Agustin entre los Padres, y Santo Tomâs entre los teólogos, van, y a larga distancia, por delante de todos los demâs, sin que los demâs queden excluidos.

Excusado es decir que en doctrina mistica, hoy tan necesaria, porque la Iglesia moderna vive muy intensamente la doctrina del Cuerpo Místico de J. C., son nuestros doctores preferidos Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

De los clâsicos nacionales, prestaremos especial atenciôn al Maestro Avila y a ambos Luises. No faltarân todos los textos adecuados dei libro de los Ejercicios de San Ignacio. Y no olvidamos al excelente Santo Tomâs de Villanueva, maestro de homilética.

Bossuet, gran teólogo y orador elocuentísimo, es, entre los franceses, nuestro predilecto. Y conviene advertir, de pasada, que no ha perdido actualidad, precisamente porque se inspira constantemente en las Escrituras, en los Padres, en los grandes teólogos, y no poco en los grandes maestros espanoles dei siglo XVI. Algunos elocuentes oradores franceses del XIX, a pesar de hallarse mas prôximos a nosotros, han envejecido antes que Bossuet y que los mas ilustres de sus contemporaneos.

Lo que da valor perenne a la literatura sagrada es la inspiraciôn directa de la Escritura. El sacerdote que cada dia abonde mas en ella, sin despreciar la necesaria cultura moderna, sera original, y modernísimo, y hasta sabiamente innovador o restaurador. Llevarâ las almas a Dios, que es

lo que importa ; darâ prestigio a su pulpito, y se atraerâ la parte mas selecta de los varones cultos y aun de los científicos.

Porque muchos hombres de estudio—yo he conocido personalmente algunos—que han languidecido en la fe que recibieron de sus padres, o vivido alejados de la Iglesia, cuando Began a la edad madura sienten despertarse en ellos un vivo deseo de hallar y de vivir la verdad religiosa, que aprendieron mal de nifios o que después olvidaron.

Esta gente no gusta—contra lo que tal vez piense alguno—de sermones *cientijicos*; y, por supuesto, abomina de los *retôricos*. Estos doctos anhelan, consciente o inconscientemente, la palabra de Dios. Acuden al templo en busca de la exposiciôn genuina y fiel del Evangelio, aunque con sencillez vestida.

Y esta misma predicaciôn. enriquecida con una profunda asimilaciôn del incomparable San Pablo, expuesta en lenguaje moderno, Ueno de vigor y concision, arrastraria a la parte mäs selecta de la juventud universitaria. que busca, y no encuentra, una filosofia vital y humana que, por serlo, ha de ser fundamentalmente religiosa.

¡ Pobre juventud ! Fascinada a veces por la brillantez literaria o poética de un ensayismo filosofico, y totalmente ayuna otras muchas—aun la piadosa—de lo mäs sustancioso y profundo de la palabra revelada. ¡ Tremenda responsabiidad la de los que no saben servirle el pan de vida !

El joven capaz que empieza a comprender a San Pablo, San Agustin, Santo Tomäs o San Juan de la Cruz, directamente estudiados, los tomarâ por companeros inseparables de toda la vida. Pero ¿ es fâcil hallar doctores que tengan en la punta de los dedos siquiera algunas obras o tratados de estos insuperables maestros, para exponérselos a lo mäs selecto, y científicamente mäs honrado, de nuestros intelectuaies?

Comprendemos que los pârrocos y, en general, el clero dedicado a los ministerios, no disponen de tiempo para estudiar. en la forma que pedimos. los textos que ofrecemos. No sera poco si la semana les concede vagar para leerlos. Pero la simple primera lectura les servirâ de poco, porque son pasajes densos de ideas, no fâciles de dominar y asimilar. Por otra parte, (dônde hallar horas libres para la composiciôn del propio discurso?

La observation es exacta, pero quedará contestada con la exposiciôn de nuestro pensamiento acerca dei manejo del material que servimos.

Opino que los textos de La PALABRA DE CRISTO deben ser estudiados desde el Seminario. La Exegética, en primer lugar, debe ser fiel a estas tres normas de Pio XII: atención preferente al sentido teológico ; no olvidar la interpretaciôn de los Santos Padres, a quienes Dios dotô de una sabia perspicuidad para penetrar en el valor de la palabra revelada, y exposiciôn ardiente de la doctrina, de modo que los alumnos pueden hacer suyo el *nonne cor nostrum ardens erat in nobis* de los discipulos de Emaus (Lc. 24,32).

Yo quiero que la Homilética, bien entendida, sea para mis alumnos asignatura principalísima. El mundo necesita un clero cuya palabra sea temible y saludable como la que el Señor entregô a Jeremias: «Mira que pongo en tu boca mis palabras. Hoy te doy sobre pueblos y reinos poder de destruir, arrancar, arruinar y asolar, de levantar, edificar y plantar» (1er. 1,10).

Los alumnos de mi Seminario tendrân por texto, desde el primer año de Teología, en la clase, ampliada, de Homilética, la obra que se inicia con el presente volumen. Cada uno estudiará los autores que el profesor le señale, no para aprenderlos de memoria, sino para penetrar en su sentido y asimilárselos. Bastarán para ello acotaciones, notas, breves comentarios, y la exposiciôn del autor mismo, con libro y notas a la vista. En el cuarto curso de Teología deberán ensayarse en la redacciôn de guiones.

Solo se les exigirá de memoria el Evangelio y la Epistola de todas las dominicas. Labor, empero, que podría comenzarse y concluirse antes de llegar a los estudios teológicos.

Los grandes maestros de la oratoria sagrada y los grandes teólogos tuvieron siempre un conocimiento muy extenso de las paginas sagradas. «Apréndase, si puede, de memoria todo el Nuevo Testamento», aconsejaba el B. Avila a un predicador.

Complemento indispensable de esta iniciaciôn sera el quinto de Teología, cursado fuera dei Seminario, en una residencia sacerdotal dedicada exclusivamente a la formaciôn pastoral práctica. Los nuevos sacerdotes actuarân en parroquias los sâbados por la tarde y los domingos.

Asignatura capital dei quinto de Teología sera la Ho-

milética. Los alumnos, que no pueden ser muy numerosos, actuarán. dirigidos por un sacerdote experimentado, con vistas a la predicación dei domingo. Cada uno debe tener senalado un pùlpito, en el cual predicará durante todo el curso la correspondiente homilia.

Los noveles predicadores deberán redactar sus propios sermones, al menos en guiôn extenso, y de ninguna manera aprenderse de memoria alguno de los que brindamos. Paies guiones se ponen por via de ejemplo y para que sirvan de orientaciôn. dodo discurso, y mas un sermon homilético, debe ser un diâlogo con el pùblico. La naturaleza de este, la ocasiôn, el ambiente, las circunstancias, influyen en el tono y estilo, y a veces hasta en el contenido dei discurso. Mas el orador sagrado debe ofrecer siempre doctrina y acomodar las aplicaciones a lo que el pueblo necesita o espera.

La prâctica del método que preconizamos, familiarizarâ al predicador con el texto escrituristico y con las ideas de los grandes comentaristas, al punto de que, con leve trabajo, pronunciarâ discursos y plâticas enjundiosos, transidos de espiritu evangélico.

Los sacerdotes que lleguen a la vida ministerial con esa preparaciôn remota dei Seminario y la Residencia, después de haberse familiarizado con los volûmenes de La PALABRA DE CRISTO y de haber ampliado el texto con notas, acotaciones y comentarios de su minerva personal, compondrán con suma facilidad sermones nutridos de doctrina, practices y atrayentes.

La propia experiencia y la lectura de autores modernos, que, bien seleccionados, nunca deben faltar, darân a la palabra dei sacerdote modernidad y sentido practice, sin dano de su fundamental sentido teolôgico.

EJ pârroco no puede excusarse de predicar. Si no en tanto grado como lo es para el obispo, la exposición de la palabra es para él un deber primario.

Y si predica, debe prepararse bien. Preferible es que no suba al pulpito, si va a subir para improvisar. No hará fruto en las aimas piadosas. Causará hastio a las cultas. Alejará a los hombres de la iglesia. Desacreditará su persona y. esto es lo mas doloroso, desacreditará el pùlpito y el propio Evangelio.

Muy al contrario, con la auténtica palabra de Dios, sentida y sabiamente administrada, animará, ilustrará y gobernarâ su parroquia.

Hay una novedad en nuestra colecciôn. Insertamos en ella textos pontificios y guiones basados en ellos. Es claro que dicha materia no sera, de ordinario, la indicada para la predicaciôn del domingo. No faltarân, empero, algunos casos en que sea oportunisimo exponer el pensamiento pontificio como comentario al evangelio. Asi, por ejemplo, cuando la pagina sagrada ensefia los deberes de familia, los principios fundamentales del orden pùblico e internacional, los derechos de la Iglesia frente al Estado, los deberes del cristiano para con la Iglesia, etc. Y todos los deberes referentes a la justicia social.

Materia esta ùltima de la mayor importancia, porque nuestro pueblo tiene en tal punto una conciencia deficientisimamente formada. Y existe un «modernismo social, juridico y economico» (Pio XI), enérgicamente condenado por los Papas, en el que incurren, por falta de ilustraciôn, muchos catolicos.

Los textos y guiones sociales serân ùtiles para conferencias, sermones de asambleas sociales, circulos de estudio, etcétera.

Bien advertimos que no siempre es natural y lôgica la relaciôn entre los documentos de esa indole que se incluyen y el evangelio a que se aplican. Mas si alguna vez es licito usar del *opportune et importune*, es en este trance: todo esfuerzo por mtroducir en la conciencia del pueblo catôlico el pensamiento social pontificio, sera corto y débil.

No me corresponde a mi—como dije—el mérito de lo bueno que este libro contenga. La obra es fruto de un trabajo en equipo. Yo he colaborado con un grupo de personas muy competentes en sus respectivas materias.

Don Luis Vera Ordâs, D. José M.^a Eguaras, D. Rafael Gonzalez Moralejo, D. Luis Ortiz Munoz y D. Tornas Cerro Corrochano han trabajado conmigo en la confecciôn de este volumen. Ellos son los verdaderos autores del mismo:

Don Luis Vera Ordâs, en la selecciôn de textos patristicos, teolôgicos, y en los comentarios exegéticos.

Don José M.^o Eguaras, en la parte liturgica y teolôgica.

Don Rafael Gonzalez Moralejo, en la seccion social.

Y los très en la composiciôn de guiones.

Importantisima ha sido la colaboraciôn de D. Luis Ortiz Munoz y D. Tornas Cerro Corrochano. El primero en la selecciôn de los textos escriturísticos y en la seccion anecdô-

m tica, aparté de la obra de correcciôn de estilo y compulsa-
sc tion de todas las citas. El segundo, en reducir, acoplar, y,
c< a veces, ordenar los materiales, dândoles la forma defi-
nitiva.

te Quiera el Senor que este conato sirva para facilitar a los
tc seminaristas y al clero el cumplimiento dei arduo y capital
deber de enseñar al pueblo la palabra de vida.

s< t Angel Herrera Oria.
a *Obispo de Malaga.*
g
o

d Malaga, fiesta de la Conversion de San Pablo, 25 de
lc- enero de 1953.
ti

r

EL JUICIO FINAL

Primer domingo de Adviento

1

SECCION 1. TEXTOS SAGRADOS

Coa el propôsito de unlficar las traducciones de los textos de la Bscritura, hemos adoptado, salvo en excepciones Justlfcadas, la versión de Nâcar-Colunga (cf. *Sagrada Biblia*, 4.ª ed. BAC, Madrid 1051).

I. EPISTOLA

(Rom. 13,11-14)

11... scientes tempus: quia hora est iam nos de somno surgere. Nunc enim propior est nostra salus, quam cum credidimus.

12 Nox precessit, dies autem appropinquavit. Abiiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis.

13 Sicut in die honeste ambulemus: non in comessionibus, et ebrietatibus, non in cubilibus, et impudiciis, non in contentione et aemulatione:

14 sed induimini Dominum Iesum Christum...

11... y ya conocéis el tiempo, y que ya es hora de levantaros dei sueño, pues nuestra salud esté ahora más cercana que cuando creimos.

12 La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz.

13 Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias,

14 antes vestios del Señor Jesucristo...

II. EVANGELIO

(Le. 21,25-33)

25 Et erunt signa in sole, et luna, et stellis, et in terris pressura gentium prae confusione sonitus maris, et fluctuum:

26 arescentibus hominibus prae timore, et expectatione, quae supervenient universo orbi: nam virtutes caelorum movebuntur:

27 et tunc videbunt filium hominis venientem in nube, cum testate magna, et maiestate.

28 His autem fieri incipientibus, respicite et levate capita vestra:

25 Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra perturbación de las naciones, aterradas por los bramidos del mar y la agitación de las olas.

26 exhalando los hombres sus almas por el terror y el ansia de lo que viene sobre la tierra, pues las virtudes de los ciclos se conmoverán.

27. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con poder y majestad grandes.

28. Cuando estas cosas comenzaren a succder, cobrad ánimo y levantad

vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención.

29.Y les dijo una parábola: Ved la higuera y todos los árboles,

30.cuando echan ya brotes, viéndolos, conocéis por ellos que se acerca el verano.

Así también vosotros, cuando veáis estas cosas, conoced que esta cerca el reino de Dios.

32. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo suceda.

33. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

tra: quoniam appropinquat redemptio vestra.

29Et dixit illis similitudinem: Videte ficulneam et omnes arbores:

30cum producunt iam ex se fructum scitis quoniam prope est aestas.

31Ita et vos, cum videritis haec fieri, scitote quoniam prope est regnum Dei.

32 Amen dico vobis, quia non praeteribit generatio haec, donec omnia fiant.

33Caelum et terra transibunt: verba autem mea non transibunt.

III. TEXTOS CONCORDANTES

A) Mt . 24,23-35

23 Entonces, si alguno os dijere: | 23 Tunc si quis vobis dixerit: Aquí esté el Mesías, o allí, no lo creáis, Ecce hic est Christus, aut illic: nolite credere.

24 porque se levantan falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si posible fuera, aun a los mismos elegidos. 24 Surgent enim pseudo-christi et pseudo-prophetae: et dabunt signa magna, et prodigia, ita ut in errorem inducantur (si fieri potest) etiam electi.

25 Mirad que os lo digo de adelantado. 25 Ecce praedixi vobis,

26 Si os dicen, pues: Aquí esté, en el desierto, no salgáis; aquí esté, en un escondite, no lo creáis, 26 Si ergo dixerint vobis: Ecce in deserto est, nolite exire: ecce in penetralibus, nolite credere.

27 porque como el relámpago, que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. 27 Sicut enim fulgur exit ab oriente, et paret usque in occidentem: ita erit et adventus Filii hominis.

28 Donde esté el cadáver, allí se reúnen las águilas. 28 Ubicumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilae.

29 Luego, después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se conmovrán. 29 Statim autem post tribulationem dierum illorum sol obscurabitur, et luna non dabit lumen suum, et stellae cadent de caelo, et virtutes caelorum commovebuntur:

30 Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir 30 et tunc parebit signum Filii hominis in caelo: et tunc plangent omnes tribus terrae: et videbunt Filium hominis venientem in nubi-

bus cadi cum virtute multa, et sobre las nubes del cielo con
maiestate. majestad grandes.

31 Et mittet angelos suos cum tuba, et voce magna: et congregabunt electos eius a quattuor ventis, a summis caelorum usque ad terminos eorum.

32 Ab arbore autem fici discite parabolam: cum iam ramus eius tener fuerit, et folia nata, scitis quia prope qst aestas:

3 ita et vos cum videritis haec omnia, scitote quia prope est in ianu.

34 Arnen dico vobis, quia non praeteribit generatio haec, donec omnia haec fiant.

35 Caelum, et terra transibunt, verba autem mea non praeteribunt.

31 Y enviará sus Angeles con derosa trompeta, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro.

32 Aprended la parábola de la higuera: Cuando sus ramos están tiernos y brotan las hojas, conocéis que el estio se acerca;

33 así vosotros también, cuando veáis todo esto, entendad que esté próximo, a las puertas.

34 En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo esto suceda.

35 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

B) Mc. 13,21-31

21 Et tunc si quis vobis dixerit: Ecce hic est Christus, ecce illic, ne credideritis.

22 Exurgent enim pseudo-christi et pseudo-prophetae, et dabunt signa et portenta ad seducendos, si fieri potest, etiam electos.

23 Vos ergo videre: ecce praedixi vobis omnia.

24 Sed in illis diebus post tribulationem illam, sol contenebrabitur, et luna non dabit splendorem suum:

25 et stellae caeli erunt decidentes, et virtutes, quae in caelis sunt, movebuntur.

26 Et tunc videbunt Filium hominis venientem in nubibus cum virtute multa, et gloria.

27 Et tunc mittet angelos suos, et congregabit electos suos a quattuor ventis, a summo terrae usque ad summum caeli.

28 A ficu autem discite parabolam. Cum iam ramus tener fuerit, e! nata fuerint folia, cognoscitis quia in proximo sit aestas.

29 Sic et vos cum videritis haec fieri, scitote quod in proximo sit in ostiis.

21 Y entonces si alguno os dijere: Ile aquí o alii al Mesias, no le créais.

22 Porque se levantarán falsos mesias y falsos profetas y haran senales y prodigios para inducir a error, si fueran posible, aun a los elegidos.

23 Pero vosotros estad sobre aviso; de antemano os he dicho todas las cosas.

24 Pero en aquellos dias, después de aquella tribulacion, se obscurecra el sol, y la luna no dará su brillo.

25 y las estrellas se caeran del cielo, y los poderes de los cielos se conmoverán.

26 Entonces verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes con gran poder y majestad.

27 Enviaré a sus Angeles, y juntaré a sus elegidos de los cuatro vientos del extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

28 Aprended de la higuera la parábola. Cuando ya sus ramas estén tiernas y ccha hojas, conocéis que el estio está próximo.

29 Así también vosotros, cuando veáis suceder estas cosas, entendad que está próximo, a la puerta.

30 En vcrdad os digo que no pa-
sarâ esta generaciôn antes que todas
estas cosas sucedan.

31 El cielo y la tierra pasaran, pero
mis palabras no pasarân.

30 Amen dico vobis, quoniam
non transibit generatio haec, do-
nec omnia ista fiant.

31 Caelum, et terra transibunt,
verba autem mea non transibunt.

IV. OTROS TEXTOS DE LA ESCRITURA ALUSIVOS AL JUICIO

A) T r a s l a MUERTE, EL JUICIO

Y por cuanto a los hombres les esta
establecioo morir una vez, y después
de csto, c» juicio...

Et quemadmodum statutum est
hominibus semel mori, post hoc
autem iudicium (Hebr. 9,27).

a) *No sabemos el dia ni la hora*

36De aquel dia y de aquella hora,
nadie sabc, ni los ângelcs del cielo, ni
cl Hijo. sino solo cl Padre.

37Porque como en los dias de Noé,
asi sera la apariciôn del Hijo del hom-
bre.

38En los dias que prcccdieron al
diluvio comîan, bebfan, se casaban y
sc daban en casamiento, hasta cl dia
en que entrô Noé en el area;

39y no se dicron cuenta hasta que
vino cl diluvio y los arrebatô a todos;
asi scrâ a la venida del Hijo del hom-
bre.

Sabcis bien que cl dia del Serior llc-
garâ como cl ladrôn en la noche.

10 Pero vendrd el dia dei Serior co-
mo ladrôn, y en cl pasarân con estré-
pito los ciclos. y los elementos abra-
sados se disolverân, y asimismo la tie-
rra con las obras que en ella hay.

11 Pues si todo de este modo ha de
disolverse, fatales debéis ser vosotros en
vuestra santa conversaciôn y en vuestra
piedad,

36De die autem illa, et hora
nemo scit, neque angeli caelorum,
nisi solum Pater.

37 Sicut autem in diebus Noe,
ita erit et adventus Filii hominis.

38Sicut enim erant in diebus
ante diluvium comedentes et biben-
tes, nubentes et nuptui tradentes,
usque ad cum diem, quo intravit
Noe in arcam,

39 et non cognoverunt donec
venit diluvium, et tulit omnes: ita
erit et adventus Filii hominis
(Mt. 24,26-39).

Ipsi cnim diligenter scitis quia
dies Domini, sicut fur in nocte ita
veniet (1 Thcs. 5,2).

10Adveniet autem dies Domi-
ni, ut fur: in quo caeli magno im-
petu transient, elementa vero calo-
re solventur, terra autem et quae in
ipsa sunt opera, exurentur.

11Cum igitur haec omnia dis-
solvenda sint, quales oportet vos
esse in sanctis conversationibus et
pietatibus,

12 exspectantes, et properantes 12 en la expectaçõn de la llegada
in adventum diei Domini, per dei dia de Dios, quando los cielos abra-
quem caeli ardentis solventur, et sados se disuelvan y los elementos abra-
elementa ignis ardore tabescent? sados se derritan?
(2 Petr. 3,10-12).

b) *Amenazas apocalipticas*

9 Ecce dies Domini veniet, cru- 9 Vcd que se acerca el dia de Yavé,
delis, et indignationis plenus et irae y cruel, con cõlera y furor ardiente,
furorisque ad ponendam terram in para hacer de la tierra un desierto y
solitudinem, et peccatores eius con- exterminât a los pecadores.
terendos de ea.

,10 Çucniam stellae caeli, et 10 Las estrellas del cielo y sus lu-
splendor earum non expandent lu- ceros no darân su luz, el sol se obscu-
men suum: obtenebratus est sol in recera en naciendo y la luna no hard
ortu suo, et luna non splendeat in brillar su luz.
lumine suo (Is. 13,9-10).

Et tabescet omnis militia caelo- La militia de los cielos se disuelve,
rum et complicabitur sicut liber se enrollan los cielos como se enrolla
caeli: et omnis militia eorum de- un libro; y todo su ejército caerà, co-
fluet, sicut defluit folium de vinea mo caen las hojas de la vid, como caen
et de ficu (Is. 34,4). las hojas de la higuera.

7Et operiam cum extinctus 7 Al apagar tu luz velaré los cielos
fueris, caelum, et nigrescere fa- y obscureceré las estrellas. Cubriré de
ciam stellae eius; solem nube te- nubec el sol, y la luna no resplande-
gam, et luna non dabit lumen cerà.
suum.

8Omnia luminaria caeli moe- 8 Todos los astros que brillan en
rere faciam super te: et dabo te- los cielos se vestirân de luto por ti, y
nebras super terram tuam, dicit se extenderân las tinieblas sobre la tie-
Dominus Deus, cum ceciderint vul- rra, dice el Senor, Yavé.
nerati tui in medio terrae, ait Do-
minus Deus (Ez. 32,7-8).

A facie eius contremuit terra, Ante ellos tiembla la tierra, se con-
moti sunt caeli: sol et luna obtene- mueve el cielo, se obscurcen el sol y
brati sunt, et stellae retraxerunt la luna, y las estrellas extinguen su
splendorem suum (loel 2,10). brillo.

Vae desiderantibus diem Domi- |Ay de aquellos que desean el dia de
ni; ad quid eam vobis? dies Domi- Yavél (¿Qué será de vosotros? El dia de
ni ista, tenebrae et non lux (Am. Yavé es dia de tinieblas, no de luz.
5,18).

c) *Dia de ira*

15 Dia de ira es aquél, dia de angustia y de congoja, dia de ruido y asolamiento, dia de timebla y obscuridad, dia de sombra y densos nubados,

16 dia de trompeta y alarma en las ciudades fuertes y en las altas torres.

Porque ved que viene el dia, ardiente como horno, y serán entonces los soberbios y los obradores de la maldad la paja, y el dia que viene la prendera fuego, dice Yavé...

5 Pues conforme a tu dureza y a la impenitencia de tu corazón, vas atesorándote ira para el dia de la ira y de la revelación dei justo juicio de Dios,

6 que data a cada uno según sus obras;

7 a los que con perseveranda en el bien obrar buscan la gloria, el honor y la incorrupción, la vida eterna;

8 pero a los contumaces, rebeldes a la verdad, que obedecen a la injusticia, ira e indignación.

15 Dies irae dies illa, dies tribulationis et angustiae, dies calamitatis et miseriae, dies tenebrarum et caliginis, dies nebulae et turbinis.

16 Dies tubae et clangoris super civitates munitas, et super angulos excelsos (Soph. 1,15-16).

Ecce enim dies veniet succensa quasi caminus: et erunt omnes superbi, et omnes facientes impietatem stipula: et inflammabit eos dies veniens, dicit Dominus exercituum, quae non derelinquet eis radicem, et germen (Mal. 4,1).

5 Secundum autem duritiam tuam et impenitens cor, thesaurizas tibi iram in diem irae et revelationis iusti iudicii Dei,

6 qui reddet unicuique secundum opera eius:

7 iis quidem, qui secundum patientiam boni operis, gloriam et honorem, et incorruptionem quaerunt, vitam aeternam:

8 iis autem, qui sunt ex contentione, et qui non acquiescunt veritati, credunt autem iniquitati, ira et indignatio (Rom. 2,5-8).

B) LA RESURRECCIÓN

51 Voy a declararos un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados.

52 En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta, pues tocará la trompeta, los muertos resucitarán incorruptos, y nosotros seremos inmutados.

53 Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad.

51 Ecce mysterium vobis dico: Omnes quidem resurgemus, sed nos omnes immutabimur.

52 In momento, in ictu oculi, in novissima tuba; canet enim tuba, et mortui resurgent incorrupti et nos immutabimur.

53 Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale hoc induere immortalitatem (1 Cor. 15,51-53)

15 Hoc enim vobis dicimus in verbo Domini, quia nos, qui vivimus, qui residui sumus in adventum Domini, non praeveniemus eos qui dormierunt.

16 Quoniam ipse Dominus in iussu, et in voce archangeli, et in tuba Dei descendet de caelo; et mortui, qui in Christo sunt, resurgent primi.

17 Deinde nos, qui vivimus, qui relinquimur, simul rapiemur cum illis in nubibus obviam Christo in aera, et sic semper cum Domino erimus (1 Thes. 4,15-17).

15 Esto os decimos como palabra del Serior: que nosotros los vivos, los que quedamos para la venida dei Serior, no nos anticiparemos a los que se durmieron;

16 pues el mismo Senor, a una orden, a la voz dei arcângel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderâ del cielo, y los muertos en Cristo resucitarân primcro;

17 después nosotros, los vivos, los que quedamos, junto con ellos, seremos arrebatados en las nubes, al encuentro de Cristo en los aires, y asi estaremos siempre con el Senor.

C) La venida del Juez

Dominum formidabunt adversarii eius: et super ipsos in caelis tonabit: Dominus iudicabit fines terrae, et dabit imperium regi suo, et sublimabit cornu Christi sui (1 Sam. 2,10).

Et ipse iudicabit orbem terrae in aequitate, iudicabit populos in iustitia (Ps. 9,9).

Eo quod statuit diem, in quo iudicaturus est orbem in aequitate, in viro, in quo statuit, fidem praebens omnibus, suscitans eum a mortuis (Act. 17,31).

In die, cum iudicabit Deus occulta hominum secundum Evangelium meum per Iesum Christum (Rom. 2,16).

5 In exemplum iusti iudicii Dei ut digni habeamini in regno Dei pro quo et patimini.

Qui poenas dabunt in interitu aeternas a facie Domini et a gloria virtutis eius:

10 cum venerit glorificari in sanctis suis, et admirabilis fieri in omnibus, qui crediderunt, quia creditum est testimonium nostrum super vos, in die illo (2 Thes. 1,5)

Aterrados serân los enemigos de Yavé; desde los cielos tronará contra ellos. Yavé juzga los confines de la tierra; robustecerâ a su Rey y erguirâ la frente de su Ungido.

Establemente fundô su trono para régir justamente el orbe de la tierra, para gobernar con equidad.

Por cuanto tiene fijado el dia en que juzgarâ a la tierra con justicia, por medio de un Hombre, a quien ha constituido juez, acreditândole ante todos por su resurrección de entre los muertos.

Asi se verâ el dia en que Dios por Jesucristo, segun mi Evangelio, juzgarâ las acciones secretas de los hombres.

5 Todo esto es prueba dei justo juicio de Dios, para que seâis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual padccéis.

9 Esos serân castigados a eterna ruina, lejos de la faz del Serior y de la gloria de su poder,

10 cuando venga para ser glorificado en sus santos y admirado aquel dia en todos los que habéis creído por haber recibido nuestro testimonio.

ra ... He aquí que viene el Señor con sus santas miríadas,

15 para ejercer un juicio contra todos y convencer a todos los impíos de todas las impiedades que cometieron y de todas las crudezas que contra Él hicieron los pecadores impíos.

Ved que viene en las nubes del cielo, y todo ojo le verá, y cuantos le traspasaron; y se lamentarán todas las tribus de la tierra.

14... Ecce venit Dominus in sanctis millibus suis,

15 facere iudicium contra omnes, et arguere omnes impíos de omnibus operibus impietatis eorum, quibus impie egerunt, et de omnibus duris, quae locuti sunt contra Deum peccatores impii (Iudae 14-15).

Ecce veniet cum nubibus, et videbit eum omnis oculus, et qui cum pupugerunt. Et plangent se super omnes tribus terrae (Apoc. i,7).

a) *Todos ante el tribunal de Cristo*

10 ... Pues todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo.

11 Por consiguiente, cada uno dará a Dios cuenta de sí.

Puesto que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que reciba cada uno según lo que hubiere hecho por el cuerpo, bueno o malo.

10 ... Omnes enim stabimus ante tribunal Christi.

12 Itaque unusquisque nostrum pro se rationem reddet Deo (Rom. 14,10-12).

Omnes enim nos manifestari oportet ante tribunal Christi, ut referat unusquisque propria corporis, prout gessit, sive bonum, sive malum (2 Cor. 5,10).

b) *El Hijo es el que juzga*

Aunque el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar.

Y le dio poder de juzgar, por cuanto Él es el Hijo del hombre.

Neque enim Pater iudicat quemquam: sed omne iudicium dedit Filio (Io. 5,22).

Et potestatem dedit ei iudicium facere, quia Filius hominis est (Io.

D) Poder de Dios

2 Hay en torno de Él nube y caligine; la justicia y el juicio son las bases de su trono.

3 Precederle fuego, que abrasa en derredor a todos sus enemigos.

4 Sus rayos alumbran el mundo; tiembla la tierra al verle.

2 Nubes et caligo in circuitu eius: iustitia et iudicium correctio sedis eius.

3 Ignis ante ipsum praecedet, et inflammabit in circuitu inimicos eius.

4 Illuxerunt fulgura eius orbi terrae: vidit, et commota est terra.

5 Montes sicut cera fluxerunt a facie Domini: a facie Domini omnis terra.

6 Annuntiaverunt caeli iustitiam eius: et viderunt omnes populi gloriam eius.

7 Confundantur omnes, qui adorant sculptilia: et qui gloriantur in simulacris suis (Ps. 96,2-7).

5 Derritense como cera los montes ante Yavc, ante el Scnor de t¹ia tierra.

6 Anuncian los ciclos su justicia y todos los pueblos ven su gloria.

7 Quedan confundidos todos los que adoran sus simulacros, los que se gk> rian de sus idolos...

a) *El juicio, segin Jesucristo*

31 Cum autem venerit Filius hominis in maiestate sua, et omnes angeli cum eo, tunc sedebit super sedem maiestatis suae:

32 et congregabuntur ante eum omnes gentes, et separavit eos ab invicem, sicut pastor segregat oves ab haedis:

33 et statuet oves quidem a dextris suis, haedos autem a sinistris.

34 Tunc dicet rex his, qui a dextris eius erunt: Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi;

35 esurivi enim, et dedistis mihi manducare; sitivi, et dedistis mihi bibere: hospes eram, et collegistis me:

36 nudus, et cooperuistis me: infirmus, et visitastis me: in carcere eram, et venistis ad me.

yj Tunc respondebunt ei iusti, dicentes: Domine, quando te vidimus esurientem et pavimus te: sitientem, et dedimus tibi potum?

38 quando autem te vidimus hospitem, et collegimus te: aut nudum, et cooperuimus te?

30 aut quando te vidimus infirmum: aut in carcere et venimus ad te?

40 Et respondens rex dicet illis: Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.

41 Tunc dicet et his, qui a sinistris erunt: Discedite a me mal-

31 Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ângeles con El, se sentara sobre su trono de gloria,

32 y se reunirân en su presencia todas las gentes, y separarâ a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos.

33 Y pondra las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.

34 Entonces dira el Rey a los que estan a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesiôn del reino preparado para vosotros desde la creaciôn dei mundo.

35 Porque tuve hambre, y me disteis de corner; tuve sed, y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; ,

36 estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme.

37 Y le responderân los justos: Señor, jcuando te vimos hambriento y te alimentamos, sedientos y te dimos de beber?

38 ¶ Cuando te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos?

39 jiCuândo te vimos enfermo o a la carcel y fuimos a verte?

40 Y el Rey les dira: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mi me lo hicisteis.

41 Y dira a los de la izquierda: Apartaos de mi, malditos, al fuego eter-

no, preparado para el diablo y para sus ângeles.

42Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber;

43fui peregrino, y no me alojasteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.

44Enfonces ellos responderân diciendo: Señor, «jeuando te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión, y no te socorrimos?

45 El les contestari dkiendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pcquenuelos, conmigo no lo hicisteis.

46E irân al suplicio eterno, y los justos, a la vida eterna.

dicti in ignem aeternum, qui paratus est diabolo et angelis eius;

42esurivi enim, et non dedistis mihi manducare: sitiivi, et non dedistis mihi potum:

43hospes eram, et non collegistis me: nudus, et non cooperuistis me: infirmus, et in carcere, et non visitastis me.

44Tunc respondebunt ei et ipsi dicentes: Domine, quando te vidimus esurientem, aut sitientem, aut hospitem, aut nudum, aut infirmum, aut in carcere, et non ministravimus tibi?

45Tunc respondebit illis dicens: Arnen dico vobis: Quamdiu non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis.

46Et ibunt hi in supplicium aeternum: iusti autem in vitam aeternam (Mt. 25,31-46).

b) *Juicio minucioso*

36 Y yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, habrán de dar cuenta en el día del juicio.

37Pues por tus palabras serás declarado justo o por tus palabras serás condenado.

36Dico autem vobis quoniam omne verbum otiosum, quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die iudicii.

37 Ex verbis enim tuis justificaberis, et ex verbis tuis condemnaberis (Mt. 12,36-37).

c) *Juicio segun lus propius obras*

Y si llamâis Padre al que sin acepción de personas juzga a cada cual segun sus obras, vivid con temor todo el tiempo de vuestra pergrinacion...

12 Porque hay en él misericordia y còlera; aguanta y perdona, mas sobre los impios derrama su ira.

13 Como es grande su misericordia, asi es severo su castigo, y juzgara al hombre scgiin sus obras.

15 Recompensa a todos los misericordiosos, y cada uno recibirâ segùn sus obras.

Et si patrem invocatis eum, qui sine acceptione personarum iudicat secundum uniuscuiusque opus, in timore incolatus vestri tempore conversamini (r Petr. 1.17).

12 Misericordia enim et ira est cum illo. Potens exoratio, et effundens iram:

13 S e c u n d u m misericordiam suam, sic correptio illius hominem secundum opera sua iudicat.

15 Omnis misericordia faciet locum unicuique secundum meritum operum suorum... (Eccli. 16, 12-15).

d) *Tai como juzguemos seremos juzgados*

1 Nolite iudicare, ut non indicemini.

1 No juzguéis y no seréis juzgados.

2 In quo enim indicio indicaveritis, indicabimini: et in qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis (Mt. 7,1-2).

2 porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis se os medirá.

Indicium enim sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam: superexaltat autem misericordia indicium (Iac. 2,13).

Porque sin misericordia será juzgado el que no hace misericordia. La misericordia aventaja al juicio.

e) *Diversa suerte de los justos y de los impios*

5 Ideo non resurgent impii in indicio: neque peccatores in concilio iustorum.

5 No prevaleceran los impios en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos.

6 Quoniam novit Dominus viam iustorum: et iter impiorum peribit (Ps. 1,5-6).

6 Porque conoce Yavé el camino de los justos, pero la senda de los pecadores acaba mal.

Quoniam qui malignantur, exterminabuntur: sustinentes autem Dominum, ipsi hereditabunt terram (Ps. 36,9).

Porque los malvados serán exterminados, pero los que esperan en Yavé poseerán la tierra...

... Hayin. Iniusti punientur: et semen impiorum peribit (Ps. 36,28).

... Hayin. Los impios serán borrados para siempre, y la prole del impio será exterminada.

28 Nolite mirari hoc, quia venit hora, in qua omnes, qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei:

28 No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos estén en los sepulcros oirán su voz,

29 et procedent qui bona fecerunt, in resurrectionem vitae: qui vero mala egerunt, in resurrectionem iudicii (Io. 5,28-29).

29 y saldrán: los que han obrado el bien, para la resurrección de la vida, y los que han obrado mal, para la resurrección del juicio.

f) *Reflexiones tardias de los impios*

i Tunc stabunt iusti in magna constantia adversus eos. qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum.

r Entonces estará el justo en gran seguridad, en presencia de quienes le persiguieron y menospreciaron sus obras.

2 Al verlo se turbarán con terrible espanto, y quedarán fuera de sí ante lo inesperado de aquella salud.

3 Arrepentidos, se dirán, gimiendo por la angustia de su espíritu: Este es el que algún tiempo tomamos a risa y fue objeto de nuestro escarnio.

4 Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura y su fin por deshonra.

5 ¡Cómo son contados entre los hijos de Dios y tienen su heredad entre los santos!

6 Luego erramos el camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos alumbró, y el sol no salió para nosotros.

8 ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia, qué ventaja nos trajeron la riqueza y la jactancia?

9 Pasó como una sombra todo aquello y como correo que va por la posta...

16 Pero los justos viven para siempre, y su recompensa es en el Señor, y el cuidado de ellos en el Altísimo.

17 Por esto recibirán un glorioso rincón, una hermosa corona de mano del Señor, que con su diestra los protege y los defiende con su brazo...

2 Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitacione insperatae salutis,

3 dicentes intra se, poenitentiam agentes, et prae angustia spiritus gementes: Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii.

4 Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore:

5 Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sortis illorum est.

6 Ergo erravimus a via veritatis, et iustitiae lumen non luxit nobis, et sol intelligentiae non est ortus nobis.

8 Quid nobis profuit superbia? aut divitiarum iactantia quid contulit nobis?

9 Transierunt omnia illa tamquam umbra et tamquam nuntius percurrens... (Sap. 5,1-9).

16 Iusti autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum.

17 Ideo accipiens regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos... (Sap. 5,16-17).

g) Tremendo juicio a los grandes de la tierra

3 Aplicad el oído los que imperáis sobre las muchedumbres y los que os engreís sobre la multitud de las naciones.

4 Porque el poder os fue dado por el Señor, y la soberanía por el Altísimo, que examinara vuestras obras y escuchara vuestros pensamientos;

5 porque siendo ministros de su reino, no juzgastis rectamente y no guardasteis la Ley, ni según la voluntad de Dios caminastis.

6 Terrible y repentina vendrá sobre vosotros, porque de los que mandan se ha de hacer severo juicio.

3 Praebete aures vos, qui contemnetis multitudines, et placetis vobis in turbis nationum:

4 quoniam data est a Domino potestas vobis, et virtus ab Altissimo, qui interrogabit opera vestra, et cogitationes scrutabitur:

5 Quoniam cum essetis ministri regni illius, non recte iudicastis nec custodistis legem iustitiae, neque secundum voluntatem Dei ambulastis.

6 Horrende et cito apparebit vobis; quoniam indicium durissimum his, qui praesunt, fiet.

7Exiguo enim conceditur misericordia: potentes autem potenter tormenta patientur.

8Non enim subtrahet personam cuiusquam Deus, nec verebitur magnitudinem cuiusquam: quoniam pusillum et magnum ipse fecit, et aequaliter cura est illi de omnibus.

9Fortioribus autem fortior instat cruciatio.

10 Ad vos ergo, reges, sunt hi sermones mei, ut discatis sapientiam, et non excidatis (Sap. 6, 3'10).

Nolite plures magistri fieri, fratres mei, scientes, quoniam maius indicium sumitis (Iac. 3,1).

7 Pues el pequeno hallará misericordia, pero los poderosos serán poderosamente atormentados.

8 Que el Señor de todos no tiene de nadie ni respetará la grandeza de ninguno; porque El ha hecho al pequeno y al grande, e igualmente cuida de todos.

9Pero a los poderosos amenaza poderosa inquisición.

10 A vosotros, pues, reyes, se dirigen mis palabras, para que aprendáis la sabiduría y no pequéis.

Hermanos míos, no seáis muchos en pretender haceros maestros, sabiendo que seremos juzgados más severamente.

h) *Vida y muerte de los justos y de los impíos*

1 Justorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis.

6 Tamquam aurum in fornace probavit illos et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum.

7Fulgébunt iusti, et tamquam scintillae in arundinetis discurrent.

10 Impii autem secundum quae cogitaverunt, correptionem habebunt: qui neglexerunt iustum, et a Domino recesserunt (Sap. 3,1-10).

i Las almas de los justos están en las manos de Dios, y el tormento no las alcanzará.

6Como el oro en el crisol los probó, y le fueron aceptos como sacrificio de holocausto.

7 Al tiempo de su recompensa brillarán y discurrirán como centellas en Canaveral...

10 Pero los impíos, conforme a sus pensamientos, tendrán su castigo, pues Jespreciaron al justo y se apartaron del Señor.

i) *Duro juicio para los enemigos de la luz*

15 Amen dico vobis: Tolerabilis erit terrae Sodomorum et Gomorrhacorum in die iudicii, quam illi civitati (Mt. 10,15).

15 Vae tibi Corozain, vae tibi Betsaida: quia, si in Tyro, et Sidone factae essent virtutes, quae factae sunt in vobis, olim in cilicio, et cinere poenitentiam egissent.

22 Verumtamen dico vobis: Tyro, et Sidon remissius erit in die iudicii, quam vobis.

15 En verdad os digo que más tolerable suerte tendrá la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que aquella ciudad.

21 ¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros hechos en ti, mucho ha que en saco y ceniza hubieran hecho penitencia.

22 Así, pues, os digo que Tiro y Sidón serán tratados con menos rigor que vosotros en el día del juicio.

23 Y tù, Cafarnaum, ^te levantaràs hasta cl ciclo? Hasta cl infierno seras precipitada. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros hechos en ti, hasta hoy subsistiria.

24 Asi, pues, os digo que el pais de Sodoma sera tratado con menos rigor que tu el dia del juicio.

41 Los ninivitas se levantaràn el dia dei juicio contra esta generaciòn y la condenaràn; hicieron penitencia a la predicaciòn de Jonas, y hay aqui algo màs que Jonôs.

42 La reina del Mediodia se levantará en juicio contra esta generaciòn y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oir la sabiduria de Salomôn, y aqui hay algo màs que Salomôn.

18 El que créé en El no es juzgado; el que no créé, va esta juzgado, porque no creyô en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

23 Et tu, Capharnaum, numquid usque in caelum exaltaberis? usque in infernum descendes. Quia si in Sodomis factae fuissent virtutes, quae factae sunt in te forte mansissent usque in hanc diem.

24 Verumtamen dico vobis, quia terrae Sodomorum remissius erit, in die iudicii, quam tibi (Mt. 11, 21-24).

41 Viri Ninivitae surgent in iudicio cum generatione ista, et condemnabunt eam: quia poenitentiam egerunt in praedicatione lonae. Et ecce plus quam lonas hic.

42 Regina austri surget in iudicio cum generatione ista, et condemnabit eam: quia venit a finibus terrae audire sapientiam Salomonis, et ecce plus quam Salomon hic (Mt. 12, 41-42).

18 Qui credit in eum, non iudicatur: qui autem non credit, iam indicatus est: quia non credit in nomine unigeniti Filii Dei (Io. 3.18).

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

A) *Sintesis historica*

Históricamente el Adviento (Advenimiento) nació como una preparación para la Navidad. Como toda preparación a una festividad solemne, reviste un carácter de penitencia.

Fue introducido en el siglo V (en España un concilio provincial de Zaragoza instituyó un pequeño Adviento de ocho días en el año 380), y ya desde el principio se leyó en la misa del primer domingo el evangelio de la «parusia». Algunos han querido ver en el hecho de que el año litúrgico comience y termine con este evangelio un simbolismo: Cristo, alfa y omega de los tiempos y vida del cristiano.

Y así es en realidad, aunque la liturgia no haya nacido conforme a un plan predispuesto. Probablemente, queriendo preparar a los cristianos para la celebración de la primera venida del Señor, la de misericordia, se escogió un evangelio que nos recuerda la segunda, como juez, que todavía debemos esperar y para la que debemos vivir prevenidos.

No cabe duda que hay una estrecha conexión entre ambas venidas. Aun prescindiendo del contraste entre una y otra, muy comentado por los Padres de la Iglesia, la encarnación tuvo por fin llevarnos a la gloria después de un juicio favorable. El primer paso de la redención es el nacimiento de Cristo. El último y definitivo, la resurrección de los muertos.

Para que la venida final de Cristo sea feliz, será preciso que le recibamos bien en su venida humilde. Para que le recibamos bien en su venida humilde, muy oportuno será considerar su venida tremenda. Pensando en ello, se cantó durante mucho tiempo en el Adviento el *Dies irae*, a modo de secuencia.

El pensamiento de la dominica quedó perfectamente claro cuando al evangelio de San Lucas se añadió la epístola, de tema tan semejante.

B) *Idea litúrgica*

La Iglesia no quiere que nos limitemos a recordar las fiestas, sino que las vivamos. Su deseo durante el Adviento es que nos preparemos para la venida del Señor de un modo parecido a como debieron prepararse los buenos judíos cuando esperaban al Mesías.

De aquí dos consecuencias: 1.ª Los judíos esperaban al Redentor. Nosotros esperamos la venida final de Cristo, en la cual se consumará nuestra redención (evangelio). 2.ª Los judíos vivían sostenidos por esta esperanza y debieron preparar sus caminos mediante una vida sama y penitente. Luego es hora ya de que nosotros, alentados por nuestra redención total, que se aproxima, dejemos las obras de las tinieblas y vivamos en la luz (epístola).

El carácter, pues, de la dominica es de esperanza y aliento. *Levate capita vestra*. Hay que emprender la carrera del año litúrgico mirando a Cristo... San Pablo compendia el pensamiento de la Iglesia en dos palabras que constituyen el programa de toda una vida: *Induimini Christum*,

Si la noción de la humanidad fué larguísima antes de Cristo, también hoy las aimas, iras los reposos más o menos santos de la última parte del año litúrgico, suelen sumirse en un sopor de tibieza. Ha Uegado la hora de oír la voz que nos invita a que, con la mirada en el pesebre y en el Juez al mismo tiempo, nos desprendamos de lo que las obras de las tinieblas hayan dejado en nosotros y, en un Adviento penitente, *a cara descubierta, contemplemos la gloria del Señor como en un espejo y transiormémonos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor* (2 Cor. 3,18).

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

Aparté de otras publicaciones menos consultadas, hemos tenido a ta vista para los *Apuntes exegetico-morales* de esta obra las siguientes; A Lapidé (Cornelio), S. I.. *Commentaria in Scripturam Sacram*, 20 vols. (Parisiis, ed. Vivès. 1876); Boylan, *The Sunday Epistles and Gospels*, 3.ª ed. (Dublin 1943); Dehaut. *L'Evangile*, Fernandez Truyols. S. I. (Andrés), *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (BAC. Madrid 1948); Fillion (L. Cl.), *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*. 4 vols.. 3.ª ed. trad, del P. Victoriano M. de Larramzar, O. M. C. (Ed. Fax. Madrid 1942); Lagrange (José M.ª, O. P.. *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo*. trad, de Elias G. Fierro (Ed. Lltúrg., Barcelona); Lebreton (Julio). O. I.. *La vida y doctrina de Jesucristo Nuestro Señor*, 2 vols., trad., d» Feliciano Cereceda. S. I. (Ed. Razón y Fe. Madrid 1942); Le Camus (Mgr.), *Orígenes del cristianismo*. vol. 1-3, *La vida de Jesucristo*, trad, de la 7.ª ed. Francesa por J. Codina (Ed. G;ll, Barcelona 1909); Maldonado (Juan de), S. I., *Comentarios a los cuatro Evangelios*, trad, del P. Luis Jiménez Font, S. I., 2 vols. (BAC. Madrid 1950); Ricuotti (Giuseppe.), *Vida de Jesucristo*, trad, de Juan G. de Luaces (Miracle, Barcelona 1943); Rops (Daniel), *Jésus en son temps*, 2 vols. (Fayard. Paris 1944); Schuster (Ignacio)-Holzammer (Juan B.), *Historia Bíblica*. trad, del P. Jorge de Riezu (2 vols.). 2.ª ed. (Ed. Lltúrg., Barcelona); Sieckenberoer (Joseph.). *Das Leben Jesu* (Münster 1932); William (Francisco Miguel), *Vida de Jesús*. trad, del P. José Solá, S. I. (Espasa-Calpe Madrid 1935).

a) Sentido general

Pretende la epístola de hoy sacudir nuestra inercia, despertarnos, porque se *acerca el día, la luz*. e infundimos aliento para emprender la carrera del año litúrgico. La epístola y el evangelio coinciden en el mismo *espíritu*. El *hora est iam de somno surgere* vlene a ser paralelo en sentido al *levate capita vestra*.

El pensamiento paulino puede reducirse sumariamente a este esquema: Cristo, salvación de griegos y judíos. En Adán pecamos. Cristo nos redime. Por lo tanto, todos, abandonando el pecado, debemos vivir injertados en Cristo. Ya al fin, a modo de reflexiones morales, Pablo habla del amor al prójimo, como de virtud que resume las que anteriormente recomienda, y de pronto, interrumpiéndose, dice: ¡Daos prisa! Es hora de vivir según Cristo.

b) Partes esenciales

Este trozo paulino contiene tres ideas ensambladas para formar un pensamiento total, a saber:

1. *Hora es ya que despertéis del sueño,*
2. *Por consiguiente, lancemos de nosotros las obras de las tinieblas*
3. *Y revestios de Jesucristo.*

El *revestimos de Cristo* será el pensamiento litúrgico de todo el año. Cuando a su término nos volvamos a encontrar con Cristo Juez, habremos de presentarle en nosotros no un hombre, sino *otro Cristo*.

1. «Hora es ya que despertéis del sueño»

Ya es hora.—La hora, no el día ni el año. Verdaderamente quien no se despierte al oír la trompeta del juicio, de que nos habla el evangelista, no es que esté dormido, sino muerto. *No sabéis cuál será nuestra vida de mañana—vapor ad modicum parens* (Iac. 4.15)—. *pues sois humo que aparece un momento y al punto se disipa* (cf. Belarmino, *Dom. I Adventus*, en ed. Ryckius [Coloniae Agrippinae 1517], vol. 6, concio 1, p. 14-20, y sobre todo en Tromp, *Opera oratoria postuma*, Roma 1942).

De levantaros del sueño.—San Pablo va en esta ocasión de una imagen a otra, enzarzado en los vuelos de la asociación de ideas. La primera fue sacudir la modorra espiritual en que solemos pasar la vida. Por eso se le ocurrió la frase más exacta: despertar. Pero en seguida esta trajo otra: *Si os levantáis del sueño, debéis dejar las obras de las tinieblas y comenzar a vivir las de la luz.*

Por lo tanto, el sentido más obvio del *de somno surgere* es el español: despabilaos. Pero hay que calar más hondo en el significado de la expresión, como lo hicieron desde el principio los Santos Padres.

Sueño es lo que parece real y preocupa al durmiente y, sin embargo, no lo es: porque cuando llega la luz del día, se esfuma como un fantasma. Vivir en sueños, vivir de sueños, no es vivir de realidades ni en la realidad.

Segismundo ¿Quién resiste a la tentación de evocar aquí al protagonista del drama calderoniano?), al despertar entre las rejas de su cárcel, cree que sus esplendores de la corte fueron un sueño, y pronuncia los versos mundialmente conocidos: «Sueña el rico en su riqueza...»

ôQué es, pues, real y qué es sueño en este pasaje? Sueño es todo lo que, al no venir de Cristo, carece de valor. Todo lo que no sea Cristo, diría San Pablo.

Sueño es, dice San Bemardo a sus monjes, toda preocupaciôn secular que debiera dejarse fuera dei monasterio (cf. *Senn.* 7,14; BAC, *Obras selectas*, p.384».

El sueño corporal, según Belarmino, se diferencia de la muerte en que el dormido conserva sus facultades; y se parece a ella en que las mantiene ligadas, entorpecidas. El sueño espiritual no es la muerte del aima, puesto que todavia se retienen la fe y la caridad -en algùn grado. Pero realmente estâ dormido aquel a quien las exageradas preocupaciones humanas le impiden atender a su salvaciôn.

Y lo mismo que el que sueña se mueve, se agita y emprende grandes cosas que en realidad no existen, también el que e:tâ dormido espiritualmente créé vivir en medio de triunfos y desgracias, cuando en realidad. al despertarse, se da cuenta de que no ha hecho absolutamente nada (cf. Belarmino, *ibid.*).

Nuestra salud esta ahora mas cercana.—Szn Pablo, que afirma la incerti"umbr? de la hora de la *parusia*. se refiere aqui al fin en general, sin precisar si al dei mundo o al nuestro. Este fin será realizado por la *parusia*, si ésta sucede en breve, y, de retrasarse, por la muerte de cada uno (cf. Ricciotti, *Pablo Apôstol*, 483 nota).

El pensamiento resulta alentador. Porque no solo el que se ve despertado por un peligro inminente (el juicio) se arroja rápido del lecho. También el viajero reaviva alegremente sus fuerzas cuando se aproxima al final de la peregrinaciôn (cf. Belarmino, *ibid.*).

2. «Por consiguiente, lancemos de nosotros las obras de las tinieblas»

Observamos un paralelismo tipico en el lenguaje del Apôstol. Desaparecen las tinieblas y alborea el dia. Dejemos las obras de la noche y revistâmonos de las armas de la luz.

Las obras de las tinieblas.—La imagen ha fluido espontânea Por otra parte, la relacion de las tinieblas con el pecado es de frccuente uso biblico.

La palabra noche recuerda a San Pablo los banquetes y lujur-las nocturnas, pero se refiere, en general, a todos los pecados, de los que menciona algunos como mâs frecuentes. Enumera, como ejemplo. cuatro enlazados entre si. De la gula sale la Injuria; de ella, las envidias y celos; de éstos, las riüas, etc. (cf. Belarmino, *ibid.*).

Son los mlsmos pecados de los que nues*ro Sefior Jesucristo aconseja que nos limpiemos: *estad atentos. no sea que se emboten vuestros corazones por la crâpula, la embriajuez y las preocupaciones de la vida y de repente venga sobre vosotros aquel dia, como un lazo* (Lc. 21.34).

Y San Pablo, en otro lugar, llama obras de la came, opuestas a las del espirltu. a la impureza, envidia, côlera, discordias, embriagueces, homicidios... (Gai 5,19-21).

3. «Revestios de Jesucristo»

Vistamos las armas.—Continuación de la metáfora. Al salir del lecho, es imprescindible vertirse, y como saltamos para luchar, necesitamos ponernos la armadura (cf. Belarmino, *ibid.*).

Armas de la luz.—San Pablo, en la Epístola a los Efesios (Eph. 6,10-17), repite la imagen y describe las armas del legionario Cristiano, dándoles un sentido espiritual, ya que nuestra lucha no es terrena (contra la carne y la sangre). *Cenidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia..., el escudo de la fe..., el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios...*

A las armas de la luz, obras del espíritu. A diversa figura corresponde igual significado. En la epístola mencionada, estas obras constituyen los frutos del Espíritu Santo. Pero en la que ahora comentamos, el Apóstol lo sintetiza todo diciendo:

Vestios del Señor Jesucristo.—Para desentrañar teológicamente el sentido de esta frase, es conveniente recurrir a un pasaje de la Epístola a los Gálatas (Gai. 3,27): *Cuanto en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo.* Bautizados en Cristo (la frase exacta es *in Christum*, según el texto griego *ἐν Χριστῷ*). equivale a sumergirse en Cristo. Porque San Pablo concibe a Jesucristo llenando toda la tierra con su amor, con su espíritu, con su dirección y sus gracias. La inmersión material del sacramento del bautismo es un símbolo de la inmersión espiritual producida en el alma.

¶ MM

La palabra revestirse en el uso bíblico significa quedar poseído, compenetrado, impregnado. Os revestisteis, «quedasteis como embebidos, impregnados de Cristo, le absorbisteis y fuisteis absorbidos, os penetrasteis de El y fuisteis penetrados» (cf. Bover, *Teología de San Pablo*: BAC. p.664). Se trata de una absorción que no despersonaliza, sino que une voluntades, de suerte que yo no quiera más que lo que quiera El, que ya no viva yo, sino que Cristo viva en mí, por la imitación de las virtudes de su santa humanidad y por la inhabitación de las tres personas y, por lo tanto, del Verbo divino en mí.

San Pablo recapitula este pensamiento de *revestirse en Cristo* en la Epístola a los Colosenses (Col. 3,12-14): *Revestios, pues, ... de entrabas de misericordia, bondad, benignidad, humildad, mansedumbre, longanimidad..., y sobre todo revestios de la caridad, que es vínculo de perfección.*

Cuando San Agustín (cf. *Confess.*, 8,12,29: BAC, p.645-647) oyó la frase *toile et lege*. sus ojos toparon con este trozo de San Pablo. y al compenetrarse con su sentido, se decidió a arrojar las obras de las tinieblas y aplicó toda la energía de su brillante temperamento a entender en la práctica el *non in cubilibus et impudiciis*.

c) Un texto de San Juan Crisóstomo

Transcribimos a continuaciôn un texto de San Juan Crisóstomo (*Hom. 9 in Epist. 1 ad Thés.*: PG 62.449-450) en que une el pensamiento de la epistola y el evangelio dei dia.

El Santo glosa el tema paulino *Vive las obras de la luz*; recoge el pasaje de la primera Epistola a los Tesalonicenses: *Cuanto a vosotros, hermanos, no vivais en tinieblas, para que ese dia ne os sorprenda como ladrôn...* (1 Thés. 5,4); y anade: *A los que no viven en el sueño del vicio. también los visitara inesperadamente y a escondidas, pero no les injerirâ ningùn dano, pues a los que vigilan y tienen luz, el ladrôn poco puede perjudicarles, aunque llegue a entrar. En cambio, el que duerme...*

cristianismo es hijo de la luz, esto es, ejecuta las obras de la luz. No lo sois de la noche ni de las tinieblas, continua San Pablo. Por consiguiente, no os durmâis como los otros, antes bien velad y vivid sobriamente. Los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, hijos dei dia, seamos sobrios... (1 Thés. 5,5-8).

Esta es la noche del aima: el vicio. Pero asi como la noche natural viene aun contra nuestra voluntad, si queremos, poamos conseguir que el alma viva siempre de dia.

Al hablar San Pablo de la embriaguez, se refiere a todos los vicios. Todo vicio puede denominarse sueño, porque el aima sometida por ellos «carece primero de cualquier actividad virtuosa, y, en segundo lugar, no ve mâs que fantasmas y visiones sin realidad alguna. Sueños son las riquezas, la gloria, etc. Y, del mismo modo que el dormido no percibe las cosas reales y, por el contrario, se entretiene con las que no tienen realidad, asi el vicioso no se da cuenta de lo verdadero, esto es, lo espiritual, lo permanente, sino solo de lo vaporoso, lo fugitivo». Vigilad, pues, y no durmâis. Pero no basta esto. Es necesario armarse. *Pero nosotros. hijos del dia, seamos sobrios, revestidos de la coraza de la je y de la caridad y del yelmo de la esperanza en la salvation* (1 Thés. 5.8).

B) Evangelio

a) SITUACIÓN HISTORICA

La pericopa de este domingo forma parte dei discurso escatológico del Señor. que debe ser leído en los três evangelios sinópticos (Le. 21.25-33; Mt. 24.23-35; Mc. 13,21-31) y completado con San Pablo (1 Thés. 4,15-17; 2 Thés. 2.1-12. y 1 Cor. 15,12-17).

El discurso es del Martes Santo. Jesús llega al templo y provoca a los judios con las parâbolas del *repudio de Israel*. El trente único le ataca repetidas veces, y, finalmente, el Sefior lanza su mâs terrible invectiva contra los escribas y fariseos y contra el mismo pueblo.

De vuelta a Betania, los apóstoles Haman su atención sobre la magnificencia del templo de Jerusalén. La respuesta es tajante:

—En verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra.

Impresionados continúan hasta el monte de los Olivos. Allí Pedro, Juan, Santiago y Andrés preguntan al Señor, que acaba de sentarse mirando a la ciudad:

Cuándo serán estas cosas y cuál es el signo de tu venida y de la consumación del siglo?

b) Las dos preguntas

Estriba toda la dificultad apologética del pasaje en que el Señor mezcla la destrucción de Jerusalén y el fin del mundo. Se trata de una doble respuesta a dos preguntas diferentes.

Parece muy lógico que un judío, acostumbrado a la interpretación imperial del reino mesiánico y a la idea del Mesías, Juez desde Jerusalén, uniese el fin de la ciudad y el del mundo. Los apóstoles, con mentalidad judía y conturbados por el anuncio de la ruina total de la ciudad, inquietan ambas cosas.

La contestación es algo obscura, como toda profecía no realizada, sobre todo si se pronuncia en estilo apocalíptico. No se distingue así cuándo el Señor termina de hablar de la destrucción de Jerusalén y cuándo empieza a describir el fin del mundo.

De todos modos, el lector aprecia claramente que Cristo da señales inequívocas sobre la ruina de la ciudad, pero, en cambio, se reserva el día y la hora del último juicio.

c) Argumento

Nuestro trozo evangélico se refiere solo al fin del mundo y consta de cuatro partes: preliminares de la venida de Cristo, la venida, el juicio (sobre el que San Lucas no dice nada) y una exhortación final a la vigilancia, que el Señor desenvuelve con amplitud en las parábolas de las vírgenes y de los talentos.

El carácter de este evangelio, tratándose del juicio final, no puede menos de ser doble: castigo de los malos, representado por las gentes que tiemblan de espanto y lloran ante la cruz; por las frases de la sentencia y por la repulsa de las vírgenes fatuas y del mal administrador de su talento. Gozo de los buenos, que se erigen, ante la redención total, en compañía de las vírgenes prudentes y los buenos administradores. De donde la siguiente conclusión necesaria para la vida: *Vigilad*, porque no sabéis el día ni la hora que llegarán con la rapidez de un relámpago, como los buitres, que aparecen inmediatamente que el cadáver cae. *Vigilad*, porque, a pesar de todas las señales que presagian, el día sorprenderá a todos, cual ocurrió con el diluvio. Si no vigiláis, os cogerá del mismo modo que atrapa al pajarillo.

d) Exegesis de los textos

1. Preliminares

Habrâ senates en el sol.—La catâstrofe meteorolôgica puede tomarse en un sentido real, con tal de que no se quiera exponer científicamente el fin dei mundo. Hoy es opiniôn generalizada que el Señor usa de las figuras hebreas de la literatura apocaliptica, empleadas comûnmente para Horar grandes calamidades, pero sin que hayan de entenderse al pie de la letra. Las profecias ponderan casi con las mismas palabras la destrucciôn de Babilonia, de Tiro, de Sidôn, etc. (Is. 13,10; 1er. 15,9; Ex. 32,7; Joel 2,10; Am. 8,9). En el Apocalipsis pueden leerse frases como éstas: *Se replego el cielo como un libro enrollado* (6,14); *Huyeron todas las islas y las montanas desaparecieron* (16,20). Los Santos Padres han sabido interpretar estas senales de modo alegôrico: el sol obscurecido es simbolo de la fe de Cristo; la luna representa la Iglesia; las estrellas, los santos desconocidos o despreciados por el pueblo (cf. Belarmino, *ibid.*, conc.2 p.28).

Tales opiniones son fâcilmente conciliables, admitiendo como cosa lôgica un cataclismo final, deserito apocalipticameme por el Sefior.

Virtutes caelorum...—En los très sinôpticos encontramos la misma palabra griega *iuvqutç*. Isaias en 34,4 dice: *militia caelorum*; pero esta milicia, en relaciôn con Apoc. 6,12-14, significa el sol, la luna y las estrellas. Por eso por *virtutes* entendemos mejor las fuerzas siderales que los ângeles.

Como compendio de estos preliminares que anuncian la ruina dei mundo, debemos meditar que iras ella tan solo permanece Jesucristo, Juez universal de los hombres. El mundo es efimero *j* no merece que pongamos en él nuestro corazôn (cf. San Gregorio Magno, *infra*, sec.3.a III, C). Instaurai todas las cosas en Cristo, ésa es la obra del ùltimo dia. Solo vale lo que perdura; lo demâs es sueno. El mundo, al final de la vida, acaba para nosotros. El sol se obscurece, y solo nos queda la presencia del Juez. Algo mâs puede quedarnos: *Beati mortui qui in Domino moriuntur: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor...*, pues sus obras les siguen (Apoc. 14, 13).

2. La venida

Videbunt filium hominis...—Alusiôn a Daniel (7,13): *y vi venir en las nubes del cielo a un como hijo del hombre...* (Dan. 7,13). Lo mismo que en Apoc. (14,14): *y sentado sobre la nube a uno semejante a un hijo del hombre...*

In nube...—En los sinôpticos (Mt. 24,30; Mc. 13-26): *in nubibus*. Las nubes han sido presentadas siempre como solio de la gloria de Dios.

Cum potestate magna et maiestate...—En Mateo (24,30): *Con poder y majestad grande*. En Marcos (13,26): *Con gran poder y majestad*. En el texto griego los très sinôpticos emplean los mismos vocablos: *δύναμι* y *οόξα*, esto es, fortaleza y gloria. Toda

esta descripciôn de la gloria futura del Sefior va quizâ encaminada a levantar los ânimos de los apôstoles, que iban a presentarse poco después la muerte de Cristo (cf. Maldonado, *Comentario al Evang. de S. Mat.*: BAC 1,846,31). También en medio de nuestras aflicciones, sobre todo en las que nos acarrea la práctica de la virtud, tenemos que pensar nosotros en la gloria de aquel día supremo.

Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre...—Sôlo Mateo (24,30) alude a esta sefial. Según Maldonado (cf. *ibid.*, 821,30), la opinion común creyô siempre que se trataba de la cruz, la cual «vendrá en el aire precediendo a Jesucristo».

Fertilísima en consideraciones es la triunfal apariciôn de la santa cruz. Según A. Lapide (cf. *Comm. in Sacr. Scrip.*, ed. Vivès [Paris 1881] t.15 p.514) surge: Primero, para proclamar que Jesucristo mereció por ella su gloria, así como su investidura de Juez de las gentes; segundo, para demostrar que, si murió por todos, los malos no tienen excusa; tercero, para exaltar a quienes la adoraron. San Agustín se expresa en estos términos: «Has visto el poder admirable de esta cruz; el sol se cubre de tinieblas, la luna se oculta; en cambio, la cruz brilla sobre las demás luminarias del cielo, a todas las cuales aventaja con sus resplandores. Así como al entrar en una ciudad el rey le preceden sus tropas temolando los estandartes reales y anunciando al son de la música su llegada, así, cuando baje el Señor del cielo, el ejército de sus ángeles se adelantará pregonando su entrada con su signo, esro es. levantando por encima de sus egregios hombros la enseña triunfal (de la santa cruz)» (cf. *Serm.* 155. in append: PL 39,2051,10). Por su parte, San Juan Crisóstomo dice que el Señor trae la cruz para acusar silenciosamente a los malos, «como el apedreado inculpa a su verdugo sin más que mostrar los guijarros y el vestido lleno de sangre». «Llorarán—dice seguidamente—al ver la cruz, pues se darán cuenta de que no aprovecharon la muerte (de Jesucristo) y crucificaron al que debían adorar» (*In Matth.*, hom.76: PG 58,693).

Esta consideraciôn ha de invitarnos a reflexionar que por medio de la santa enseña redentora somos conducidos a la luz. *Per crucem ad lucem*. Por la obediencia al Padre, obediencia hasta la cruz, alcanzô Cristo su triunfo. La cruz, signo de contradicciôn. revela ahora los pensamientos de los buenos y de los malos, que han de ser juzgados por ella. Lo que fué, ante los ojos de los hombres, locura y derrota, es mérito principal ante Dios. Desde la tragedia del Calvario. el mundo quedô dividido en dos grupos, el de los amigos y el de los enemigos de la cruz. En el juicio último. Dios los dividirá con el mismo criterio. A los escogidos se les signará con una sefial en la frente (Apoc. 7,3). Es probable que esta sefial sea la santa cruz en el sentido espiritual. Bienaventurados los que la llevan desde ahora. Felices los que sepan soportar con paciencia su propia cruz.

Y se lamentarán todas las tribus de la tierra... (Mt. 24,30).—Según Maldonado (cf. *ibid.*, 821,30), la conjunciôn *et* tiene carácter causal. El verbo empleado en el texto griego, ζοψονται, quiere decir darse golpes en el pecho en sefial de llanto, y toda la frase se parece al pasaje de Zach. 12,10-12: *se lamentará la tierra...* El motivo del llanto será la apariciôn de la cruz, que despreciaron o persiguieron. El libro de la Sabiduría (5,6-13) describe hermosa-

mente la desesperación de los que advierten, cuando ya es tarde, sus errores.

3. El juicio

Aparece narrado en San Mateo (25,31-46).

Todos los ángeles con El (ML 25,31).—El universo es convocado por los ángeles. Se coordina esta alusión al cortejo de Cristo con el pasaje de Zach. 14 5: *y vendra enfonces Yavé, mi Dios, y con El todos sus santos*. Maldonado (cf. *ibid.*, 846,30) dice: «Del mismo modo que a un monarca que viene a decidir un gran pleito de interés público, todos sus ministros le acompañan... para ser también testigos de las acciones de los reos, porque *todos son spiritus administradores, enviados para servicio, en favor de los que han de heredar la salud* (Hebr. 1,14).

Con poderosa trompeta... (Mt. 24,31).—Es inútil la discusión sobre si las trompetas son reales o metafóricas, si son las del cortejo del rey o del ejército. Cuando se trata de convocar a los muertos para que resuciten y acudan al juicio, como en este caso, sin excluir la majestad del rey, parecen indicar más bien lo urgente y solemne del mandato angélico. San Pablo habla también de trompetas (1 Thés. 4,16 y 1 Cor. 15,52) y alude a *la voz del arcángel* y a *la voz de mando*; esta última, evidente expresión militar.

Enfonces dira el Rey... (ML 25,34).—Primera vez que el Señor se llama rey. En efecto, nunca se había presentado tan solemnemente y ejerciendo la función real de juzgar (cf. *infra*, Bourdalouk, en la sec.5.a, IV, A).

Los reyes en la plenitud de sus funciones tienen los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial. Quienes no admitan voluntariamente la legislación de Cristo, caerán bajo la sentencia de su poder juzgador.

Porque tuve hambre... (ML 25,35; 25,42).—«No es más que una muestra de lo que allí ha de discutirse, y citala el Señor, en lugar de otra, porque ésta es la virtud que quiso practicásemos más insistentemente, la caridad para con el prójimo» (cf. Maldonado, *ibid.*, 852,35).

Es tan frecuente el comentario de los Santos Padres presentando la limosna como satisfactoria por los pecados y abundan tanto los textos de la Sagrada Escritura, que algunos comentaristas han sostenido la interpretación de que en este pasaje Jesucristo se compromete—claro está que mediante la gracia de la conversión. etc.—a salvar a los misericordiosos.

Nótese que el único ejemplo aducido por el Señor es un pecado de omisión.

Preparado para el diablo... (Mt. 25,41).—Maldonado (*ibid.*, 853-854,41) hace notar el contraste. Dios preparó el cielo para todos los hombres. El pecado torció su voluntad amorosa.

Θ) CONSECUENCIAS

1. Aliento

Levantad vuestras cabezas... (Le. 21,28).—Este primer efecto es, dentro del espíritu litúrgico de la dominica, el más importante. Son palabras de ánimo y aliento, porque se aproxima la redención total de los cuerpos y de las almas (cf. infra San Gregorio Magno, en la sec.3.a, III, B).

Se acerca vuestra redención (ibid.).—Redención, en griego ἀπολύτρωσέ, liberación completa, o sea redención total de las penas del pecado. A pesar de la redención de Cristo, seguimos sujetos a las miserias del cuerpo, a las incomodidades de la vida, a las impertinencias de este mundo. Aun después de nuestro juicio particular, continuaremos sometidos a la podredumbre de la sepultura. Solo la Virgen Maria ha disfrutado, con su inmaculada pureza, de esta liberación total.

La redención se desenvolvió por etapas: 1.º En el Antiguo Testamento se perdonaba el pecado y se recibía la gracia. Pero ni ésta era tan abundante ni los ritos *Uenos* (pues no obraban *ex opere operato*, sino como figuras del futuro), ni las puertas de la gloria eterna se habían abierto. Por eso, según la terminología paulina, los judíos estaban en la categoría de menores de edad, asimilados al esclavo (Gai. 4,1-7). 2.º Después de Cristo, poseemos plenamente los derechos de hijos adoptivos de Dios, pero con el cuerpo sujeto a la concupiscencia y a la muerte, maldiciones del pecado. 3.º Después de la *parusia*, el cuerpo glorioso participa de la redención (cf. infra, Belarmino, en la sec.4.a, II, O).

2. Vigilancia

Aun cuando el Señor anuncia las señales de su venida, ante la posibilidad de que no las interpreten bien los hombres de la última generación, enfrascados en sus disputas, recomienda la vigilancia. Primeramente expone el ejemplo de la higuera, árbol veraniego y frecuente en Palestina (cf. infra, San Gregorio Magno, en la sec.3.a, III, C), al que aluden por igual los tres sinópticos; después insiste en lo inopinado de la venida, que sorprenderá a los hombres, como ocurrió con el diluvio en tiempo de Noé y con la llegada del esposo a las vírgenes fatuas (Mt. 24,36-41; 25,1-13; Mc. 13,32). y, por último, invita reiteradamente a la vigilancia, con frases en las que coinciden los tres sinópticos (Mt. 24,42-44; Mc. 13,33-37; Le. 21,34-36).

3. Confirmación

No pasará esta generación (Le. 21,32).—Si se refiere a la destrucción del pueblo judío, el sentido es obvio; si al fin del mundo, la palabra generación ha de aplicarse al pueblo judío o a la humanidad. Maldonado (cf. Ibid., 823-24) prefiere esto último.

Cielo y tierra pasarán (Le. 21,33).—Nótese la firmeza de la palabra de Dios, frente a la caducidad del universo. Sólo Dios queda (cf. infra, San Gregorio Magno, en la sec.3.a, III, C y D).

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

Resurrección y esperanza

A lo largo de su obra, el santo Doctor habla, siempre que se le presenta la oportunidad, sobre la resurrección de los muertos y el juicio. Sus pensamientos principales suelen ser: la posibilidad de la primera, lo temible del segundo, el consuelo y alegría de los escogidos y la conveniencia de recordarlo.

Cualquier suceso da ocasión a Crisóstomo para comentar estos temas. Así, por ejemplo, en las homilias de las estatuas, el esperado castigo de Teodosio sobre la ciudad es motivo para que hable del juicio de Dios. Mas en la *Homilia 76 in Matth.* (PG 58,694), el Crisóstomo explana concretamente el lugar del Evangelio de San Mateo, paralelo al de San Lucas, a que se refiere nuestra dominica. La primera parte es exegética y la preferimos, ya que coincide casi en su totalidad con los comentarios que se acaban de exponer. La segunda es de aplicaciones morales y puede leerse íntegra en la versión directa, que utilizamos aquí, del P. Ogara, S. L.

Otros tratados del Crisóstomo sobre la resurrección, como, por ejemplo, los comentarios a la Epístola a los Corintios, son menos aprovechables, por la idea más o menos precisa que plantea siempre de que el alma no llega a la visión de Dios, si no resucita el cuerpo. y por la preocupación de discutir con los maniqueos.

Seleccionamos lo más interesante, distribuyéndolo en tres partes: A) conveniencia de la resurrección; B) el triunfo de Cristo sobre la muerte; los hombres inmortales y la presentación al Padre celestial; y C) consecuencias de aliento.

A) Aplicaciones morales de la homilía 76

a) LO QUE PERDEMOS POR LIBRARNOS DE UN ESFUERZO EXIGUO

«Por lo menos a mí, de las palabras del Señor no me corresponden más que las que dice a las vírgenes fatuas y al siervo indolente. Por eso lloro al pensar qué gloria... hemos de perder para siempre por no esforzarnos un poco.

Pues aun cuando el trabajo fuera mucho y la ley pesada, todavia debléramos empeharnos en cumplirla... Nuestra aflicción más importante, aparté de la producida por el infierno, será pensar que, por evltarnos un poco de sudor, hayamos perdido la gloria. Porque, a pesar de que el tiempo es breve y la labor pequeha, andamos remises y allcaidos... Luchas en la tierra y recibes la corona en el cielo... Corres durante dos dias y gozas infinitos siglos el porvenix ganado en la carrera; la lucha es en cuerpo corruptible y alcanzas los honores del triunfo con cuerpo glorioso».

b) APROVECHA EL TRABAJO QUE NO PUEDES EVITAR

«Conviene tener présente que, aunque escojamos padecer algunos sufrimientos por Cristo, hemos de sufrirlos sin remedio, de todas maneras. No porque hayamos de morir por Cristo evitamos la muerte, ni porque no renunciemos por Cristo a las riquezas habremos de llevârnoslas a la otra vida. Cristo te exige lo que, aun cuando no te lo exigiera, tû habrias de darle. Solo quiere que hagas de grado lo que debes hacer por necesidad. Sólo pretende que lo hagas por El... ôVes cuán fácil es el certamen?... El oro que piensas prestar, dâmelo a mi, que te pagaré con mayor rédito y más seguramente. El cuerpo que piensas alistar en la milicia de otro, alistalo en la mia, porque yo supero a todos en la retribución...

»Pero, ¡ay!, tratándose de otros, escoges siempre al que da más. Sólo cuando se trata de Cristo, el más espléndido de todos, no le admîtes.

»... Su amor es grande. Si deseas prestarle, El está dispuesto. Si quieres sembrar, El vende la semilla; si construir, El te está diciendo: edifica en mis solares, ôPor qué corres tras los hombres impotentes? Corre en pos de Dios. que por cosas pequenas te da otras que son grandes. Y, sin embargo..., sólo corremos hacia donde no hallamos más que contiendas, pleitos, guerras de todo género, rifias y calumnias» (*Hom. in Matth.:* PG 58,699).

C) En Cristo lo tenemos todo

«ôAcaso no es justo cuando nos desecha y castiga, a nosotros que le rechazamos, mientras se nos ofrece para todo? Si, evidentemente. El nos dice, en efecto: Si quieres hermosearte, toma ml hermosura; si quieres armarte, mis armas; si vestirte, mis vestidos; si allmentarte, ml mesa; si caminar, mi camino; si heredar, mis heredades; si entrar en la patria, la cludad, cuyo arquitecto y artifice soy yo...

»Y no te pido pago alguno por lo que te doy, antes yo mismo quiero ser tu deudor, por el mero hecho de que desees aprovecharte de todo lo mio. ôCon qué puede compararse este honor? Yo soy padre, yo hermano, yo esposo, yo casa, yo manjar, yo vestido, yo ralz, yo fundamento; todo cuanto quieras soy yo; no te veas necesltado de cosa alguna. Hasta te servlré, *porque vine a servir y no a ser servido* (Mt. 20,28). Yo soy amigo, y miembro, y cabeza, y hermano, y hermana, y madre; todo lo soy, y sôlo quiero contigo intimidad. Yo pobre por ti, mendigo por ti, crucificado por ti, sepultado por ti; en el cielo, por ti ante Dios Padre; y en la tierra soy legado suyo ante ti. Todo lo eres para mi, hermano y coheredero, amigo y miembro. ôQué mâs quieres? è-Por qué rechazas al que te ama, y trabajas para el mundo, y derramas en saco roto? Que no es otra cosa trabajar para la présente vida. ôPor qué azotas el fuego, y hieres el aire, y corres en vano? ôNo tiene cada arte su fin propio? Naturalmente. Pues muéstrame cuál es el fin del trabajo de la vida. No podrâs. Porque *vanidad de vanidades y todo vanidad* (Eccl. 1,1). Vamos a los sepulcros: muéstrame a tu padre, a tu mujer. ôDônde estân el que vestia trajes de oro, el que iba en carroza, el que acaudillaba legiones y se anunciaba con pregoneros?... Nada veo sino huesos y gusanos... ¡Y ojalâ pararan aqui los males! Pero ahora los honores, las delicias y la gloria se truecan sombras; mas sus efectos pasan con nosotros a la otra vida y a todos se manlfestarân. Los robos, las avaricias, las fornicaciones, los adulteries y otros innumerables males permanecen, no en imagen ni en polvo, sino escritos allâ en lo alto, sean palabras u obras» (ibid., 700-701).

B) Antologia sobre la resurrecciôn

a) Convenience de la resurrecciôn

San Juan Crisôstomo, al igual que otros Santos Padres, adoctrinô a los gentiles, para quienes resultaba penoso admiltir la resurrecciôn de los muertos, y les resolviô las objedones corrientes. Es mâs ardua tarea reconstruir un cuerpo devorado por los gusanos que el de aquel a quien comieron los peces y que a su vez sirvlô de alimento a otros hombres. La creaciôn es mâs dlfcil todavia, y, sln embargo, fué obra de Dios.

A proposito de estas objeciones describe con todo detalle y muy extensamente una higuera y la vid con sus frutos, ta-

Hos y ralces. Pues todo esto que obra a diario la naturaleza. es mäs complicado que volver a formar un cuerpo deshecho. Pero, «cuando Dios es el autor, cällense todos... No podemos explicar el mlsterio de unas uvas y unos higos y pretendemos desentrafiar la obra divina. Para Dios nada hay Imposible».

A continuaciôn expone otras maravillas de la naturaleza, y termina diciendo: «Si alguien te mandase bucear en el fondo del mar, te negarias. Pues ya que nadie te lo impone, no pretendas sumergirte en los ablsmos de la ciencia de Dios. Navega tranquillamente por la superficie empujado con suavidad por las velas de la fe» (*Hom. 1 in 1 ad Thes.*: PG 62,435ss).

1. Inmortalidad del hombre

Al crear al hombre, quiso Dios que fuera Inmortal: *Y es Dios quien así nos ha hecho* (2 Cor. 5,5). Dios lo formô para que fuese incorruptible, de tal modo que, si permitiô la entrada de la muerte, fué para que, escarmentados con el castigo, pudiéramos reconquistar la inmortalidad... Si permitiô las penas de Abel, fué para que, al morir desgraciado, su muerte nos gritara: mäs allâ recibiré mi premio (*De resur. mort.*: PG 60,430-431).

Bello es el mundo. ¿Qué no será el cielo? Confesemos que, si no hay un mäs allâ, nosotros, los señores dei mundo, para quienes la vida es breve y azarosa, somos mäs Infelices que el cielo, la tierra y los animales... ¿Es posible que Dios creara al señor de condiçión peor que la del siervo?

El pecado fué quien introdujo la muerte (*Hom. 7 in Epist. 1 ad. Cor.*: PG 61,141).

2. Necesidad de premiar al cuerpo

Respondiendo a los maniqueos: «¿Qué dices, que el cuerpo no participará de la gloria del premio? Participô de los trabajos y ahora quieres excluirlo de la recompensa. A la hora de pelear se llevó la peor parte, y a la hora de recibir la corona... Oye a San Pablo: *Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupciôn...*» (1 Cor. 15,53) (*In Gen.*, 7: PG 54,614).

b) Triunfo de Jesucristo sobre la muerte

1. Cristo, vida y luz

En El estaba la vida, (Io. 1,4).—Del mismo modo que, por mucha agua que saques de una fuente, no podrás nunca agotarla..., y, por muchos miles de personas a quienes ilumine la luz, ésta no pierde nada de su brillo, así el poder de Dios permanece íntegro e inmutable antes y después de la creación y, aunque crease mundos infinitos, siempre le quedarían fuerzas suficientes para volver a crearlos y gobernarlos... La palabra *vida* significa esa Providencia, por quien las cosas creadas se conservan y permanecen. Y he aquí cómo la doctrina de la resurrección tiene su base en el mismo exordio del Evangelio. Pues si nos llegó la vida, es que se ha destruido el imperio de la muerte. Si nos alumbró la luz, se han desvanecido las tinieblas. Tenemos ya la vida en nosotros. Es imposible que la muerte nos domine, y podemos decir del Verbo lo mismo que del Padre, *in ipso enim vivimus et movemur et sumus* (Act. 17,28): *en El vivimos, nos movemos y existimos*, que es lo que San Pablo explica con esta frase: *porque en El fueron creadas todas las cosas...*, y *todo subsiste en El* (Col. 1,16-17). Esta es la raíz y el fundamento».

«Y la luz luce en las tinieblas, (Io. 1,5).—Y la luz luce en las tinieblas. Las tinieblas son el error y la muerte... Llegó su predicación, brillé entre el error que lo ocupaba todo, y el error se desvaneció. Vino El; visité a la muerte y de tal manera la vencí, que nos libré de ella a los que estábamos cautivos. Ni la muerte ni el error pudieron con aquella luz, que en todas partes brilla espléndida con fulgores propios. Por eso dice *pero las tinieblas no la abrazaron* (Ibid.) (Io. 1,5)».

Luz que es recibida voluntariamente. «Luz Invicta, pero que no habita en los espíritus que no la desean. Dios no se acerca violentamente, sino que ha de ser recibido con libre voluntad. Por tanto, no cierras tus puertas a la luz y disfrutarás de sus placeres.

»Luz divina a la que se abren los ojos por medio de la fe, que, una vez que penetra en nuestro Interior, nos inunda con sus raudales, y que, si continuásemos en vida pura, permanece ya para siempre dentro de nosotros. *Si alguno me ama, guardará mi palabra...* (Io. 14,23)».

El pecado causa en nosotros una voluntaria ceguera. «No gozarás del sol si no abres los ojos, ni podrás participar de estos resplandores si no abres los del alma. ¿Cómo? Purificándote de los vicios. El pecado es tiniebla... *Omnis enim*

qui male agit, odit lucem: todo el que obra mal, aborrece la luz (Io. 3,20).

»En medio de la obscuridad no puedes distinguir al amigo del enemigo; de noche no distinguimos los metales preciosos de las piedras. Del mismo modo, el avaro, el llencioso, no distinguen la verdad y el precio de la virtud.

»Como el que camina de noche anda muerto de miedo, de igual modo los pecadores van continuamente atormentados, por el miedo de perder sus bienes y por el remordimiento de su conciencia.

»Ea, pues, dejemos una vida tan penosa. Ya sabéis que después de tantas calamidades viene la muerte... Crean los pecadores ser ricos, y no lo son. Crean vivir entre delicias, y no gozan de ellas... Vivamos sobrios y vigilantes, como quiere Cristo...

»*Andemos decentemente y como de día...* (Rom. 13,13).—Abramos las puertas para que aquella luz nos ilumine con sus rayos y siempre gocemos de la benignidad de Nuestro Señor Jesucristo...» (*In Io. hom.5: PG 59,57ss*).

2. La resurrección de Cristo, causa de nuestra resurrección

«Nuestro cuerpo es miembro de Cristo. Cristo resucitó. Sus miembros habrán de seguir a la cabeza... ¿Sabes cuál es, entonces, tu fin? Grande y admirable. La resurrección gloriosa que supera toda descripción... Resucitó el Señor rompiendo las cadenas de la muerte y con Él resucitó la humanidad.

»Adán pecó y murió. Cristo no pecó y murió... ¿Por qué así? Para que los esfuerzos del que murió sin haber pecado librasen de la muerte al que había muerto en castigo de su falta. Tal suele ocurrir en cuestiones de dinero. El que sin poseerlo contrae deudas, termina por dar con sus huesos en la cárcel, hasta que otro que nunca las tuvo paga por él con sus bienes y lo libra. Adán era deudor y, así, estaba preso del demonio. Cristo no debía nada, pero poseía tesoros abundantes para pagar. Llegó, pagó con su muerte... y libró a Adán.

»Nosotros moríamos con doble muerte, mientras que ahora esperamos una doble resurrección. Porque Adán murió en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo: el alma por el pecado y el cuerpo con la corrupción... A esta doble muerte corresponde una doble resurrección. Una. por la que nos levantamos del pecado al ser resucitados con Cristo, por medio del bautismo. Otra. la del cuerpo. Cristo murió una sola vez, pues no tuvo pecado, pero nos consiguió ambas resurrecciones.

»Resucitaste ya en cuanto a lo principal—mucho más

importante es librarse del pecado que ver salir el cuerpo de la huesa—; por lo tanto, espera lo accesorlo.

»El cuerpo cayô por el pecado. Luego si éste fué el principio de la caída, el verse libre de él debe ser el principio de la resurrección» (*Adv. ebriosos et de resurr. in Dom. Pasch.*: PG 50,438).

3. El Espiritu Santo, prenda de la resurrección

San Pablo, después de haber probado nuestra resurrección por la de Cristo, «ahade que nos ha dado unas arras, no de piata ni de oro, sino al mismo Espiritu Santo (2 Cor. 5,5) Las arras o prendas constituyen una parte del todo y responden de él. Y del mismo modo que, en los contratos, el que recibe las arras está seguro de que le entregarán, cuando llegue el momento oportuno, la totalidad de lo prometido, así tu, que has recibido como arras nada menos que al Espiritu Santo, no puedes tener sombra de duda de que recibirás en su día el resto de tus bienes.

»No vayas a pensar que el Espiritu Santo no obra nada en ti. Hoy. perduran entre nosotros sus efectos y recibimos dones mejores que los milagros (que obrô por medio de los apóstoles), porque resucitar a un muerto es menos importante que devolver la vida a un alma, lo cual se verifica a diario en el bautismo; curar una enfermedad es más fácil que aliviar el peso del pecado, y devolver la vista a un ciego es también menos que iluminar un alma.

>Si no estuviésemos en posesión de estas arras divinas del Espiritu Santo, ni habria bautismo, ni perdón de los pecados, ni justicia y santificación, ni recibiríamos la adopción divina, ni podríamos participar en sus sacramentos. Porque ni el cuerpo ni la sangre mística se hacen sin la gracia del Espiritu Santo, ni los sacerdotes pueden recibir la ordenación sin su descenso. Mil otras gracias del Espiritu Santo podria enumerar.

>Así, pues, ya que has recibido, con las arras del Espiritu Santo, la vida del alma, no dudes del futuro. Médita en la resurrección, hazte digno de este dogma en tu vida» (*De resur. mort.*: PG 50.431).

4. Cristo entrega su reino al Padre

El ultimo enemigo reducido a la nada será la muerte (1 Cor. 15,26).—En su primera Epistola a los Corintios inicia San Pablo, tras otros argumentos, uno nuevo, llamando a Cristo primicia de los que duermen, mostrándole vencedor sucesivamente de todo principado, potestad y virtud, y finalmente de la muerte. ¿Y cómo puede vencer a ésta. si no es arrancándole los cuerpos que escondia?

^Después de haber dicho tan altas cosas del Hijo de Dios, después de haberle presentado entregando su reino, este es, de habernos exhibido todas sus obras y victorias..., al final vence a la muerte. Porque, si venció al diablo, que nos trajo la muerte al mundo, mucho más fácilmente será ésta vencida y derrotada».

Cuando entregue a Dios Padre el reino (1 Cor. 15,24).— ¿Qué significan estas palabras? Que entregará su obra y se entregará a sí mismo al Padre, «mostrando la concordia de ambos, y que éste es el principio de todo bien, ya que engendra al autor de tanta y tan grande maravilla.

»Dos reinos conoce la Escritura, uno natural, por creación, y otro de la amistad... Si en la tierra continúan los cuerpos en la obscuridad del sepulcro, la tiranía de la muerte seguirá triunfal. En cambio, si ocurre lo que San Pablo anuncia (la resurrección), el triunfo de Jesucristo brilla, al arrancar a la tierra los muertos. Porque la victoria no es real hasta que el vencedor se apodera de los despojos del vencido. Si este último los conserva, ¿qué victoria es ésta? El mismo Señor lo dijo en el Evangelio: *¿Pues cómo podrá entrar uno en la casa de un fuerte y arrebatarse sus enseres si no logra primero sujetar al fuerte?* (Mt. 12,29).

La Victoria final llega el día del juicio. «Destruído totalmente el pecado, justo es que la misma muerte perezca. Pues, una vez seca la fuente, resulta absurdo que continúe manando el agua» (*In 2 ad Cor.*, hom.39: PG 61,333 ss.)

5. Hermosura del día del juicio

Después de hablar de la grandeza de los apóstoles y los efectos impresionantes de su predicación (Act. 5,13 ss.), añade: «Pues si esto ha sucedido aquí, imagina, si puedes, el día en que los apóstoles, profetas, santos, mártires y confesores y cuantos se distinguieron en la fe de Cristo, se presenten con sus cuerpos, libres de la muerte, superando la hermosura de todo lo creado. Piensa en aquella multitud y en aquella fiesta en que todos han de resplandecer como lámparas y como rayos, llenos de gloria, belleza y alegría»... ¿Quién podrá explicarlo? Únicamente la propia experiencia de quienes merezcan asistir... No pondré ejemplos, porque todos, siendo de aquí abajo, envilecerían su hermosura... (Ps. 109,3): *Tecum principium in die virtutis tuae in splendoribus sanctorum...* (*Exp. in Ps. 109*: PG 55.274).

C) *Consecuencias de aliento: «Levate capita»*

a) La resurrección, aliento en las penas de la vida

Glosando el pasaje evangélico: *Todavía un poco, y ya no me veréis, y todavía otro poco, y me veréis* (lo. 16,16); *Esto os lo he dicho para que tengáis paz en mí; (lo. 16,33)...*, nos alienta a triunfar con Cristo y entrar con El en su reino.

«Levanta el ánimo... Ha vencido el Maestro. Nosotros venceremos también. Si seguimos su camino, la muerte caerá ante nosotros».

¿Acaso no moriremos? Eso quizá fuera menor triunfo, porque el guerrero es realmente victorioso, no cuando se encuentra con el enemigo, sino cuando le derrota. No somos inmortales por haber luchado con la muerte, sino por haberla vencido. Quien por un momento envejece no puede llamarse viejo. Quien duerme algún tiempo, para volver a resucitar, no está muerto. La muerte no ha logrado vencerle. Ha corrompido nuestros cuerpos, pero para que resuciten más hermosos.

«Venzamos, por consiguiente, al mundo. Sigamos al Rey, tremolando sus estandartes y apartándonos de los placeres. No necesitaremos esforzarnos demasiado. Bastará dirigir al cielo nuestra alma y habremos dominado los halagos del mundo. Sólo con no desearlo se le vence».

Pasas como un peregrino por el mundo. Por consiguiente, aquí nadie te conoce y éste no es tu hogar. No sufras por nada, aunque te ofendan. «Nuestra ciudad es la de Dios» (*In lo.*, hom.79: PG 59,429).

b) ALEGRÍA SANTA ANTE LA MUERTE DE NUESTROS AMIGOS

No debes llorar en presencia de la muerte, como el labrador llora ante la putrefacción de su semilla. Mejor es la sepultura que la sementera. porque después de ésta quedan todavía mil cuidados, y tras aquella, solamente la gloria, la paz del alma.

¿Pero, me diris, por la orfandad en que me dejó el ser querido. Refugiate en Cristo. Padre de toda la humanidad. No llores: «eso es nortarte como si fueras enemigo de los que fallecieron... ¡Quién podrá pensar que eres amigo del que fué llamado por el Monarca a sus celdas escogidas al verte llorando por él?

>Es que llo-ro no por él, sino por mi. Tampoco con eso demuestras tenerle mucho amor. Cuando esta a punto de recibir la corona y arribar al puerto, prefleres colocarle de nuevo en medio de la lucha y de la tormenta...

»Ofréceles sufragios... Formamos un solo cuerpo con ellos... dPor qué te afliges, ioh viuda!, que tanto bien puedes procurar a tu marido?» (*In Epist. 1 ad Cor.*, hom.41: PG 61,360).

II. SAN AGUSTIN

Juicio final y resurrección

San Agustín alude multatúd de veces al juicio final y le dedica dos sermones integros al comentar el salmo 49.3: *Deus muniie te veniet: Deus noster et non silebit*. Su pensamiento es el siguiente: el silencio actual de Dios es interpretado por algunos como signo de despreocupación. Dios, en cambio, observa y va ate'or'ndo las obras' humanas para premiarlas o castigarlas en el día del juicio, y muy en especial las obras de misericordia.

Son dos sermones gemelos: pero como no expone en ambos las mismas ideas con idéntica brillantez, procuramos e'coger el párrafo más feliz de cada uno, respetando, sin embargo, el orden, que es el mismo en los dos.

Figuran estos sermones con los números 17 y 18 (PL 38124 y 128). El último puede leerse integro en la BAC (cf. San Agustín, t.7, *Sermones*, p.577ss).

A) *El juicio final. Las obras de misericordia*

a) Las dos venidas de Cristo

El salmo citado es una profecía sobre Nuestro Señor. *Deus manifeste veniet: Deus 7ioster et non silebit*. «Cristo, Dios nuestro e Hijo de Dios, la primera venida hizola sin aparato; pero en la segunda vendra de manifiesto. Cuando vino callando, dióse a conocer no más que a sus siervos; cuando venga de manifiesto, mostraráse a buenos y malos. Cuando vino de incógnito, vino a ser juzgado: cuando venga de manifiesto, ha de ser para juzgar». Cuando fué reo, guardó el silencio que anunció el profeta: *No abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los tranquiladores...* (Is. 53,7). «Pero no ha de callar así cuando haya El de juzgar. A "decir verdad, ni aun ahora está caHado oara quien guste de oirle; y si dice que no callará enfonces, dicelo por haber enfonces de oirle aun los que ahora le menosprecian» (*Serm.* 18,1: PL 38,128-129, y BAC. t.7,577,1).

b) Cristo habla for medio de los predicadores

«Pero Jesucristo no ha dejado de hablar tampoco, si nos referimos a la exposiciôn de la doctrina necesaria. Hablô antes por medio de los projetas; después, por si mismo, y aun hoy tenemos a la Sagrada Escritura, que es su palabra. Habla también, por medio del predicador, cuando éste predica la verdad. Cuando yo hablo, Cristo no estâ silencioso. Habla hasta por vuestros propios labios, pues cuando cantâis los salmos vosotros, quien estâ hablando es El.

>No estâ callado Cristo, no. Lo que hace falta es que le oigamos dentro de nuestro corazôn, que le oigamos con aquellos oidos que pedia el Maestro cuando decia (Mt. 13,9): *El que tenga oidos, que oiga*» (Serin. 17,2: PL 38,124).

1. Responsabilidad del predicador

«A mi me producen espanto semejantes palabras (de Ez. 3,5-7), porque son el espejo en que nos debemos contemplar los prelados, a quienes Dios nos colocô en tal lugar para que hablemos.

>Yo me miro en ese mismo espejo. Hacedlo vosotros también. Yo debo obedecer el mandato que oi (Ez. 33,8-9): *Si yo digo al impio: ¡Impio, vas a morir! Si tû no hablas al impio para apercîbirle de su mal camino, el impio morirà por su iniquidad, pero de su sangre te pediré yo cuenta a ti. Pero si tû apercîbiste al impio de su camino, para que se apartara de él, y él no se aparté, él morirà por su iniquidad, pero tu habràs salvado tu aima.*

»He aquí por qué yo os predico para salvar mi aima, pues de lo contrario correria un gran peligro de perderla. Pero, puesto que yo eumplo mi obligaciôn, atended vosotros culdadosamente al riesgo en que os hallâs. ¿Qué deseo yo? (•Qué pretendo yo? ¿Por qué hablo? ¿Por qué me siento en este lugar? ¿Para qué vivo, sino unicamente para conseguirl que podamos vlvir todos en Jesucristo? Este es mi deseo. ése será mi honor, mi gloria, mi alegrîa y mi riqueza. Si yo predico y vosotros no me ois. ciertamente yo me salvaré. Pero no quiero salvarme yo sin vosotros» (Serm. 17,2: ibid.).

2. Los pecadores no oven ni entienden la voz de Jesucristo

«Porque ahora, en hablândose. que se habla, de las cosas ordenadas por el Sehor, algunos las toman a rlisa... Los hombres que sôlo mlran en lo de acá y no creen en lo por

venir observan cómo los bienes y males en el siglo presente los tienen buenos y malos sin distinción. Si anhelan riquezas, ven ricos a hombres pésimos y a hombres buenos; y si los estremecen la pobreza y las calamidades de este mundo, ven padecer estas miserias tanto a los buenos como a los malos; por donde vienen a decir en su corazón: Dios no vuelve los ojos a las cosas humanas, ni se fatiga en gobernarlas.

»Mas uno puede echar de ver cómo aun ahora, si lo tiene a bien, mira Dios y juzga y no lo déja para después; lo difiere cuando le place. ¿Y por qué así? Porque, si nunca juzgase de pronto, creyérase no haber Dios, y a juzgarlo todo ahora, no le quedaria nada para el juicio. Si, pues, mucho lo guarda para el juicio, y algo lo juzga en seguida, es porque teman y muden de vida aquellos a quienes da largas. Dios, a la verdad, no gusta de condenar, sino de salvar; por eso tiene paciencia con los malos, a fin de hacerlos de malos buenos» (*Serm. 18.1-2: ibid, y BAC 7,577-578*).

«Por lo tanto, hermanos, no tengáis en poco esas faltas, a las que tal vez os habéis habituado ya. La costumbre llega a conseguir que no se aprecie la gravedad del pecado. Lo que se endurece pierde la sensibilidad. Lo que se halla en estado de putrefacción no duele, no porque esté sano, sino por muerto. Si al pincharnos en algún sitio nos duele, es que esa parte o esté sana u ofrece esperanzas de curación. Si no nos duele, está ya muerta; hay que cortarla» (*Serm. 17, 3: ibid.*).

3. Aunque Dios calla, ve y odia el pecado

«Habéis podido oír que el salmista, al enumerar los pecados, dice: *haec fecisti et tacui* (Ps. 49,21). Pero también añade: *veniet et non silebit* (ibid., 3): *viene nuestro Dios y no en silencio*.

Subió al cielo y se sienta a la derecha del Padre, de donde volverá un día para juzgar a los vivos y a los muertos. Pero mientras tanto está callado... ¿Oyes por ventura su voz cuando cometes tus adulterios, pensando que nadie te ve, porque no tienes sobre ti ojo humano alguno? ¿O cuando robas...?

»Pues oye el salmo y escucha su aviso: Tú, quienquiera que seas: tú, que quizá estés ahora aquí y estabas pecando esta misma noche, ¿oyele cómo te previene: *haec fecisti et tacui. Existimasti inique quod ero tui similis* (Ps. 49.21): *Esto lo he visto yo, y porque callaba creíste que de cierto era yo como tú*.

»Entre los que pecan o sienten arrepentimiento por el bien obrado, hay más de uno que dice entre sí, royendo su propia murmuración: si a Dios le disgustara la maldad.

èpermitiria que los malos triunfasen felices en la tierra?... Escùchame: has creido que soy como tû y que me complazco en el mal...> (*Serm.* 17,3-4: PL 38,125).

4. En el dia del juicio hablarà

«Pensaste inicuaamente que yo pudiera parecerme a ti, y por eso, cuâdo menos lo pienses, te argülré como no lo esperas. Ahora que te toca a ti obrar me callo; pero no me callaré cuâdo sea a mi a quien correspondu juzgar. ôSabes lo que pienso hacer cuâdo llegue ese momento? *Statuam ante faciem tuam* (Ps. 49,21): *te pondre delante de tus ojos*. Ahora, mientras te dedicas al mal, llegas a considerarte bueno, porque no te tornas la molestia de mirarte. Reprendes a los otros y no te fijas en ti mismo. Acusas a los demâs y a ti no te examinas. Les colocas a ellos delante de tus ojos y a ti te pones a tu espalda. Pues cuando me llegue a mi el turno de argüirte, haré todo lo contrario: te daré la vuelta y te pondré delante de ti mismo. Enfonces te verâs y llorarâs. Pero ya no sera tiempo de corregirte» (*Serm.* 17.5: PL 38.127).

C) LOS HOMBRES ATESORAN EN EL BANCO CELESTIAL

1. «iO es que desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad?» (Rom. 2,4)

Por la bondad de Dios «para contigo y porque te aguar-da y sufre, y te da espacio y no te quita de en medio, ôvas a despreciarle tû y figurarte no haya de haber juicio alguno? (Rom. 2,4-6): *îO ignoras que la bondad de Dios te atrae a pemptencia? Pues conforme a tu dureza y a la impenitencia de tu corazôn, vas atesorândote ira para el dia de la ira y île la revelaciôn dei justo juicio de Dios-, que dard a cada uno sequen sus obras* (*Serm.* 18.2: PL 38,129 y BAC 7,579).

«El bueno pone en el tesoro celestial todas las obras de misericordia hechas en beneficio de los hombres que redimiô y sabe cuân fiel es el tesorero que alli se lo guarda. No lo ve con sus propios ojos. mas vive sin recelo alguno respecto del tesoro, porque alli ni hay ladrôn que hurte ni algareros que invadan, ni ha de ser botin de ningûn enemlgo desalmado y poderoso que le venza; alli lo tendrâ porque lo custodia el Serior todopoderoso; que si los hombres fian sus dineros a la fidelidad de un mayordomo y viven tranquilos, ôha de fatigarles a los buenos el cuidado de las misericordias fiadas a tan poderoso Sefior? Saben. por ende, los buenos, tener alli a salvo lo que alli depositan; los fieles otorgan su confianza al poder del Seïor. Sabemos, en efecto.

que lo guarda El, y si lo guarda El no se pierde. Aun acá, ôtienen los hombres de dinero necesidad de estar viendo La caja, o de tenerlo alli depositado todo y siempre, o bien de sepultarlo y hacer guardia? No lo ven, pero tienen... la certeza intima de que sigue donde lo pusieron. Y a lo mejor, ya un ladron se lo llevô, y en vano se alegra de tenerlo seguro... Mas en el tesoro del cielo... estamos seguros del Sehor que lo guarda y no hay miedo alguno de ladrones, ni ha de venirnos mengua en ello.

»Los malos... también van atesorando sus obras malas y también se las guarda Dios. Lo ha dicho el Apôstol: *vas atesordndote ira para el dia de la ira y de la revelaciôn dei justo juicio de Dios*» (Serm. 18,2-3: PL 38,129-130 y BAC 7,578-580).

2. Reparto de tesoros en el dia del juicio

Cuândo «venga nuestro Dios—y vendra de manifiesto y no para callarse—réunira delante de si a todas las naciones, segûn lo dice en el Evangelio, e ira separando y poniendo a unos en la derecha y a otros en la izquierda, y empezará el examen de los tesoros de los unos y de los otros, para que todos lo hallen alli depositado: *Venid, benditos de mi Padre*, dira a los que estén a su derecha... *Tomad posesiôn del reino preparado para vosotros desde la creaciôn del mundo* (Mt. 25,34). Recibid este reino de los cielos..., la compania de los ângeles, la vida eterna, donde nadie nace ni muere... Cuando echabais vuestras obras en el tesoro, estabais comprando el reino de los cielos... Y les hará ver sus tesoros de ellos: *Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed...* (Mt. 25,35). *Señor, icudndo te vimos hambriento?*... (Mt. 25,37). *Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mi me lo hicisteis* (Mt. 25,40). Tomad pues, lo que guardasteis: entrad en posesiôn de lo que adquiristeis; que para eso me lo confiasteis a mi, custodio por excelencia.

Volviéndose después a los de la izquierda, les mostrará sus coires, vacios de toda obra. *Apqrtaos de mi, malditos, al fuego eterno* (Mt. 25,41)... *Tuve hambre, y no me disteis de comer...* (Mt. 25,42). Raced memoria si echasteis al tesoro este alguna buenà obra y se os devolverâ. *Señor, ccuândo te vimos hambriento?*... (ibid., 44), dirân ellos... *Cuandc dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeüuelos, conmigo no lo hicisteis...* ôPor ventura no haciais eso conmigo cuando me veiais andar por el mundo? iTan malos sols, que de haberme visto, como los judios, me habriais crucificado!...

Pues aun se atreverân a decirle, como si no conoclera

El los pensamientos de los hombres: *Señor, icuândo te vimos ïabriendo?* Ciertamente que El les habrâ de contestar: *cuando dejastéis de hacer eso con uno de estos pequenuelos...* (Mt. 25,45). Yo habia puesto en el mundo a estos pequenuelos menesterosos; yo, la cabeza, estaba sentado a la dlestra del Padre; estos mis miembros padecian en la tierra, mendlgaban en la tierra; si a los miembros se lo hubierais dado, a la cabeza hubleseis llegado, y ahora sabrials cômô, dejandc a los pobres en la tierra, os di mozos de cordel para llevar a mis tesoros vuestras obras buenas; mas como nada les pusistels en las manos, nada habéis hallado en ml» (*Serm.* 18,4: PL 38,130-131 y BAC 7,580-581).

d) Apresurad vüestra conversion

«No se ocultarâ, no, enfonces; al rêvés, se hara visible. Eso significa no *callard*. Lo dice ahora el lector del codice, y no se le hace caso alguno; lo dice con sus propios labios el obisipo, que lo expone y lo razona, y se mofan de él. ôHabrâ de ser también objeto de ludibrio cuando lo diga el omnipotente Juez?... Entonces dirân los hombres con tardio e infructuoso arrepentimiento: ¡Quién pudiera volver a la vida y escuchar y practicar lo que allâ despreciamos!... *cQué nos aprovechô nuestra soberbia, que ventaja nos trajeron la riqueza y la jactanda? Paso como una sombra todo aquello...* (Sap. 5.8-9). Ya lo vels. Enfonces se arrepentirân; arrepentimiento que atormenta y no sana. ôQuieres una penitencia útil? Ténia, pues, ahora; que si la tienes ahora, te corregirâs, y en corrlgiéndote, aquel cofre donde ibas guardando las malas obras se vaciarâ y el de las buenas se irâ llenando» (*Serm.* 18,5: *ibid.*, 131 y BAC 7,582).

«Me dlrâs quizá que el dia del juicio estâ muy lejos. ôPor dônde lo sabes? ôY el tuyo también lo estâ? ôQuién te lo ha dicho? ¡Cuântos se acostaron sanos y amanecieron muertos! Frâgil es el cristal, pero mâs frâgiles somos nosotros. Porque aquél, con serio tanto, dura en ocasiones, hasta el punto de que es fâcil ver una copa en que bebieron los abuelos y beben ahora los nietos. No nos ocurre as! a nosotros, que vîvimos en tantos peligros. Y aunque conslguiéramos superarlos todos, breve es nuestra vida por muy larga que se la considere...

>Asistimos todos los dias a la muerte de muchos. célébrâmes sus entierros y funerales y seguimos prometiéndonos larga vida. No hay uno que diga: voy a corregirme, no me ocurra mafiana lo que a este que acabo de enterrar.

»Veo que os complacen mis palabras. Lo que a mi me

gustaria serian vuestras obras. No me enrlstezcâls con vuestras malas costumbres, porque yo no pretendo ningun placer en este mundo. Ml ùnlca satisfacciôn seria contemplar vuestra vida santa» (*Serm.* 17,7: PL 38,128).

B) La resurrecciôn

San Agustin (PL 39,1599-1634) escribiô una homilia o sermôn 361 sobre la resurrecciôn de los muertos, dividido en dos partes. La primera estâ dedicada a convencer a los infieles sobre la verdad de la resurrecciôn. La segunda, a aleccionar a los fieles respecto de algunos puntos de ella. No todos son interesantes para nosotros. por lo que nos limitamos a escoger algunos pensamientos.

a) Nuestra resurrecciôn, fundamento de las virtudes

Se fundan nuestra esperanza y nuestra fe en la resurrecciôn de la carne. Sin la resurrecciôn cae toda la doctrina cristiana.

«Si no resucitan los muertos, nuestra fe es inûtil. Si creemos que resucitan, todavia debemos saber en qué consiste esta nueva vida y en qué se distingue de la présente». Sobre lo primero debe instruirse a los incrédulos, que dicen: Comamos y bebamos, que mafiana moriremos. Sobre lo segundo, a los cristianos (*Serm.* 361,2: PL 39.1599).

»Porque hay también algunos cristianos que, agitados por la tormenta de las pasiones, necesitan llamar *a Cristo para que despierte su fe y calme la tempestad».

b) Cristo, autor de la resurrecciôn

«Cristo lo ha prometido. Lo puede cumplir, porque es Dios. Es posible la resurrecciôn de los muertos, puesto que la suya lo fué» (ibid., 8-12: 1603-1605).

«Cristo es la cabeza del cuerpo mistico y quiso demostrar en la cabeza lo que deben esperar los miembros.

»Somos miembros suyos y le duelen nuestras afllciones. Del mlsmo modo que la lengua se queja cuando nos pisan un pie, sin que a ella le haya ocurrido nada, Cristo se quejô a Saulo didendo: *iPor qué me persigues?* (Ac. 9.4), cuando, realmente, a qulenes perseguia era a los cristianos. A Cristo le duele la corrupciôn de nuestros cuerpos» (Ibid., 13-15: 1605-1607).

C) RESURRECCIÓN ESPIRITUAL y DEL CUERPO

«Todos resucitaremos, buenos o malos. Todos cambiaremos. Para los buenos, el cambio sera a mejor; para los malos, a peor» (Ibid., 19: 1610).

«Porque hay una resurrección según la fe, y todo el que créé... y resucita en cuanto al aima, resucitará después en cuanto al cuerpo, para bien suyo. Pero el que antes no haya resucitado en cuanto al aima... no resucitará para poseer un cuerpo incorruptible, sino que la integridad de su cuerpo le sirva de castigo. El cuerpo no podrá perecer, pero si sufrir eternamente

»Por el contrario, el que, según el espíritu, muera y resucite, después verá morir y resucitar a su cuerpo. Morir según el espíritu es dejar de creer y de obrar lo que no se debe creer u obrar. Resucitar según el espíritu es comenzar a creer lo que no se creía y a hacer lo que no se hacía... El borracho se hace sobrio. Murió la embriaguez y resucitó la sobriedad. *Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscenda y la avaricia* (Col. 3,5). He aquí por qué, al mortificar estos miembros, resucitamos a las virtudes contrarias, en santidad, caridad, limosnas y mansedumbre. Y del mismo modo que antes fué la muerte espiritual y después la resurrección, así primero será la muerte del cuerpo y más tarde su nueva vida» (Serm. 362,23: PL 39.1627).

«San Pablo habla de estas dos resurrecciones. Cuando dice: *Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba...* (Col. 3,1). se refiere a la resurrección del aima. Cuando dice: *Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción* (1 Cor. 15.53), se refiere al cuerpo» (ibid., 24: 1628). Queda, pues, el juicio futuro, que distinga entre los buenos y los malos.

d) CÓMO RESUCITAREMOS

Como Cristo, nuestra cabeza, resucitaremos también nosotros (Ibid. 10: 1616).

1. Incorruptibles

Hoy necesitamos comer, porque nuestras plezas se desgastan. «Como a la lámpara hay que echarle suficiente aceite de una vez para que lo vaya consumiendo poco a poco.

»Pero llega el momento en que, aunque haya aceite, la misma torcida se consume y apaga. Mas, después de la resurrección, nuestros cuerpos permanecerán siempre en el mismo estado en que resucitaron. No habrá, pues, muerte, enfermedad ni necesidades físicas» (ibid., 11: 1617).

2. Con el cuerpo sujeto al aima

«Cuando le llevaron al Señor un paralítico (Mc. 2,11), iba en una camilla. En cuanto sanó, se llevó la camilla a cuestas. La molición y las tentaciones del cuerpo llevan hoy tras de sí al aima. Después de la resurrección gobernará quien debe gobernar, esto es, el espíritu» (ibid., 14: PL 39,1620).

3. Como los ángeles

«No hagas sutilmente preguntas sobre la agilidad de tu cuerpo. Baste saber que resucitará Incorruptible... ¿Cómo será tu vida? Lo mismo que la de los ángeles. Si alguien te la puede explicar, habrá explicado la tuya... Y no busques más, no sea que, en vez de encontrar la verdad, halles solo tus propias imaginaciones».

«Puedo decirte con mayor facilidad lo que no hacen los ángeles que lo que hacen». (Aquí enumera las necesidades humanas.)

«Aqueilo será un eterno sábado, un reposo inefable... Hacia ese descanso y paz nos dirigimos. Así como nacemos materialmente para el trabajo, así renaceremos espiritualmente para la paz. El lo dijo: *Venid a mí todos los que estais fatigados y cargados, que yo os aliviaré* (Mt. 11,28). Aquí (Cristo) alimenta, allí perfecciona; aquí promete, allí da.

Allí no habrá ni siquiera obras de caridad, tan necesarias entre los cristianos. ¿A quién vas a dar de comer, si nadie tiene hambre? ¿A quién darás agua?»... (ibid., 28: 1631).

«¿Qué haremos, pues? Nuestra vida constituirá un amén eterno. ¡Aleluya! ¡Alabamos a Dios! Por toda la eternidad y sin fastidio. Porque Dios es la verdad perfecta, inmutable, sin disminución... Y cuando le veamos cara a cara, tendremos una satisfacción insaciable. No nos faltará nada, y, por esta razón, estaremos satisfechos; y puesto que lo que no nos falta es siempre deleitable, no estaremos nunca saciados» (ibid., 29: 1632).

C) *La redención total*

En uno y otro lugar repite San Agustín que la paz no puede encontrarse en esta vida, pues estâmes siempre padeciendo la lucha de la carne. El lugar de la paz es el cielo, y comienza con la reintegración del cuerpo impasible y glorioso. Transcribimos su comentario al v.9 del salmo 84 (*Enarrat, in Ps. 84: PL 37,1069ss*), dando una traducción libre en la forma, pero exacta en el fondo, y a veces casi literal.

a) En esta vida no hay paz completa

Yo bien sé lo que dirá Dios; que sus palabras serán palabras de paz para su pueblo... (Ps. 84,9). «Hablaban Dios en el interior del profeta, mientras el estrépito del mundo alborotaba por fuera. Recogióse en sí mismo el profeta, aislándose del tumulto de esta vida y de los pensamientos terrenos que oprimen el alma, para oír la voz de Dios. Oír lo que me dice mi Señor.

«¿Qué es lo que oí? Que hablaba a su pueblo de la paz. Esa es la voz de Cristo, voz de la paz que a la paz llama: ¡Ea! Los que no la tenéis, amadla. ¿Qué podréis encontrar mejor que ella?»

Pero ¿qué es la paz? El no haber guerra. ¿Y dónde no habrá guerra alguna? En donde no haya contradicción, resistencia ni enemigos.

No hay paz, por lo tanto, aquí, en donde no encontraremos a nadie que no sea fuertemente combatido por el demonio, por ese demonio que sin dejarse ver levanta nuestras concupiscencias para arrastrarnos al pecado.

No vivimos en paz, pues sufrimos esta guerra. Enseñadme un hombre siquiera que no padezca la tentación de la carne y que viva en paz. La carne o la imaginación no respetan a nadie.

Pero os concedo que lo halléis. Uno tenemos ya que no siente la tentación de lo ilícito. ¿Y qué? ¿Es que no sufre ese Justo el cansancio del hambre, de la sed y de su flaqueza?

Lucha contra nosotros el hambre, lucha la sed, lucha el cansancio. lucha el sueño, luchan todas las molestias. ¿Queremos estar despiertos? Nos dormimos. ¿Queremos ayunar? Tenemos hambre. ¿Queremos estar en pie? Nos cansamos. ¿Queremos sentarnos? También nos harta.

Los mismos remedios que tomamos para nuestro cansancio terminan por cansarnos. ¿Tenemos hambre y comemos? Pues la comida nos satura y pesa. ¿Estamos cansados

de estar sentados en nuestro trabajo y buscamos el recreo paseando? No pasees mucho, porque volverás a cansarte y apetecerás estar sentado.

ôQué paz ésta, en donde todo son molestias, apetitos, necesidades y cansancio?

b) La paz en la resurrección

ôDónde hallar la verdadera paz? Oid: *Es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad... Entonces se cumplirá lo que esta escrito: la muerte ha sido sorbida por la Victoria. tDónde esta, muerte, tu victoria? tDónde esta, muerte, tu aguijón?* (1 Cor. 15,53-55).

Donde la muerte exista, nunca podremos encontrar la paz, porque de la muerte y su corrupción viene ese cansancio que encontramos en el descanso mismo.

El cuerpo está sujeto a la muerte, *el cuerpo esta muerto por el pecado* (Rom. 8,10), y ese cuerpo es el que se cansa de todo de manera tal, que todo le acarrea la muerte. Come demasiado y morirás. Ayuna demasiado y morirás. Anda demasiado y morirás. Siéntate para siempre, si es que quieres no poderte levantar más. Duerme siempre y no podrás despertarte. Vigila siempre y perderás la vida.

Hasta que la muerte sea absorbida por la victoria y lleguemos a aquella ciudad de la que, cuando me pongo a hablar, no sé encontrar el fin, sobre todo en estos días de tanto escándalo. Aquella ciudad sin enemigos, sin tentadores, sin sediciosos, sin nadie que haga padecer a la Iglesia, sin ministros de un demonio que ya estará sujeto en el infierno sin fuerza para repetir sus ataques.

Allí encontraremos la paz de los hijos de Dios en el amor de todos, porque todos veremos a Dios, ya que Dios estará en todos (1 Cor. 15.28). Vision de Dios comun, posesión comun, amor comun.

Oiré lo que me dice mi Señor. Le está hablando a su pueblo de la paz. ôQueréis ir a ella? Pues dirigid a Dios vuestro corazón. No lo pongáis en mí ni en hombre alguno, pues quien se apoya en un hombre un día caerá con él. Dios, y Dios solo, es nuestro gozo, nuestra paz, nuestro descanso. el fin de todas nuestras molestias. Bienaventurados *los que se vuelven a El de corazón* (Ps. 84,9): *qui convertuntur ad cor* (Ibid., 10: 1075-1077).

HL SAN GREGORIO MAGNO

El mundo pasa

San Gregorio Magno, preocupado por las calamidades físicas que acaecieron en su época. escribió una homilia (*Horn, i in Evang.*; PL 761077ss) sobre el desprecio de las cosas terrenales y la perennidad de Dios. Suprimimos los párrafos que se refieren a la proximidad del fin dei mundo.

A) *Fin del Evangelio: menosprecio dei mundo*

Nuestro Redentor y Señor anuncia los males que han de seguir a este mundo perecedero. a fin de que nos halle-mos preparados. Nos presagia también las sacudidas esca-tológicas que han de producirse, para que, si no tememos a Dios, distraídos por la tranquilidad de la vida, por lo menos experimentemos temor por su juicio (ibid., 1: 1077).

B) *La alegría de los amigos de Dios*

«Estas palabras (los hombres se secarán..., verán al Hijo del hombre...) fueron dichas contra los réprobos, pero también para consuelo de los elegidos: *cuando estas cosas comenzaren a suceder, cobrad ánimo y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redencion* (Le. 21,28). Que es lo mismo que si dijera: cuando se multipliquen las pla-gas de la tierra, regocijaos, porque, a la vez que termina un mundo del que nunca fuisteis amigos, se aproxima la redención que apetecéis.

>En la Escritura son frecuentemente sinónimos cabeza e inteligencia... Por lo tanto, levantar la cabeza es lo mismo que elevar la mente a los gozos de la patria celestial. Y lo que aquí quiere decir el Señor a los que le aman es que se regocijen con la terminación dei mundo, porque. acabándose lo que aborrecieron, van a encontrarse con el que amaron siempre.

»Lejos, pues, del cristiano que desee ver a Dios todo liante por la destrucción dei mundo..., pues escrito está que *quien pretende ser amigo del mundo se hace enemigo dô Dios* (lac. 4,4). Nosotros, que sabemos cuáles son los gozos

de la patria celestial, debemos desear ir cuanto antes a ella, y por el camino mäs curium.

C) Solo Dios permanece

«¡Cuántos males nos atribulan en este mundo! ¡Cuánta tristeza y adversidad nos angustian! ¿Qué otra cosa es esta vida mortal sino un tránsito? Considerad, hermanos míos: ¿hay alguna cosa mäs necia que sentirse agobiado ipor las fatigas de un camino y desear que no se acabe?

»Terminantemente nos avisa el Señor que hemos de despreciar al mundo, cuando, valiéndose de una parâbolâ, nos dice: *Ved la higuera y todos los árboles: cuando echan ya brotes..., conocéis por ellos que se acerca el verano. Así..., cuando vedis estas cosas, conoced que esta cerca el reino de Dios* (Le. 21,29-31). Con lo cual nos quiere decir que, así como por los frutos de los árboles inferimos que el verano se acerca, así por la destrucción dei mundo se conoce la proximidad del reino de Dios.

»Porque el fruto dei mundo está constituido por su propia ruina, ya que no es posible que crezca sino para caer... Por el contrario, el reino de Dios se asemeja al estio, porque en él, lo mismo que en éste, se esfuman las penalidades y se manifiestan radiantes por la claridad del sol los días de la vida eterna» (ibid., 3: 1079-1080).

«Todo lo cual queda confirmado también con aquellas otras palabras: *El cielo y la tierra pasardn, pero mis palabras no pasardn* (Le. 21.33). Nada hay en el mundo que parezca mäs permanente que el cielo y la tierra. En cambio, nada hay que transcurra con mäs rapidez que la palabra, la cual, antes de que se haya pronunciado totalmente, no existe todavía, y en cuanto se ha dicho. ya no es nada.

»Pues bien, *el cielo y la tierra pasardn*, esto es, lo que aquí os parece mäs duradero, y, en cambio, lo que os parece mäs liviano, como mi palabra, permanecerá siempre, porque en ella hay decretos eternos» (ibid., 4: 1080).

«No queráis, pues, hermanos, amar lo que no ha de permanecer mucho. Acordaos del precepto apostólico: no améis al mundo, porque *si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre* (1 Jo. 2.15)».

D) El poder de Dios

«Anteayer vistels. hermanos míos, cómo una sâbita y fuerte tempestad arrancô afiosos árboles, destruyô casas... ¡Cuántos que se acostaron sanos... fueron arrebatados du-

rante la noche! Pues tened présente que el supremo Juez se limitô en esta ocasiôn a mover un viento y excitar una tempestad por medio de una sola nube. Y si no podemos resistirle cuando nos visita en una nube ligera, ôqué sera cuando venga El mismo inflamado en ira para castigar a los pecadores?

»Vamos a pensar seriamente en el dia del juicio ultimo. Corregios... Con tanta mayor tranquilidad veréis la llegada del Juez, cuanto mäs os hayáis prevenido, temiendo su rigor» (ibid., 5-6: 1080-1081).

I

IV. SAN BERNARDO

Las tres venidas de Cristo

Entre las obras de San Bernardo figura una colecciôn- de sermones, predicados en los anos 1115 a 1153. que vienen a ser como plasticas destinadas a sus monjes. Se refiere una de ellas al Adviento, y alli el melifiuo Doctpr nos habla de las trës venidas de Cristo, a saber: la encamaciôn, la gracia y el juicio: pero este ùltimo punto no lo desenvuelve en los sermones de Adviento, por lo que hemos completado el estudio dei tema extractando una homilia cuaresmal sobre el salmo 90.7: *Caerân a tu lado (Izquierdo) mil. y a tu derecha, diez mil; a ti no llegará*, en donde habla de la alegria dei justo al verse escogido. Estos sermones (cf. PL 183,35.43 y 54) pueden leerse integros en la BAC (San Bernardo, *Obras completas*, t.1 p.156ss y 391ss). Comprende el primeramente citado un exordio y trës partes.

A) *El Adviento y las trës venidas*

«Hoy, hermanos, celebramos el comienzo del Adviento, cuyo nombre... es bastante célebre y conocido en el mundo, pero quizá no lo son tanto ni su sentido ni la razón del nombre» (*Serm. Adv.*, 1.1: BAC 156). «Trës advenimlentos suyos conocemos pues: el que hizo a los hombres (la encarnaclôn), en los hombres (la inhabitaclôn) y contra los hombres (el juicio)...» Vino verdaderamente a todos los hombres, pero no asi habité en todos, ni vendra contra todos (*Serm. Adv.*, 3 4: BAC 169). «Se encarnô para todos, pero no todos le permitlmos que inhabité en nosotros. El tampoco vendra mäs que contra los que no le hayan querido admltir. Por lo tanto, lo mejor será recibirle en nosotros, para que después no haya de venir contra nosotros».

B) Primera venida

ô QUIÉN viene?

«En el adviento del Señor, cuando miro la persona de quien viene, no comprendo la excelencia de su majestad; cuando atiendo a quienes viene, me lleno de pavor ante la grandeza de su designación... Cuando pienso en el modo, reconozco la exaltación de la naturaleza humana, pues... viene haciéndose hombre... Se vistió la humana forma para que fuese conocido el mismo que en la divina *habita* (1 Tim. 6,16) *en una luz inaccesible*» (*Serm. Adv.*, 3,1: BAC 167).

b) ¿PARA QUÉ VIENE?

El demonio, proponiéndose igualar a Dios, y, por consiguiente, usurpar al Hijo sus honores, perdió el cielo. Después, por envidia, suscitó el mismo deseo en Adán y consiguió que también los hombres lo perdieran.

Entonces el Hijo, al ver el cielo vacío de cortesanos, quiso, humillándose El, remediar el daho, y, puesto que todos pecaban por afán de parecerse a Dios soberbiamente, se dispuso a manifestarse como Dios humilde, a quien pudieran imitar.

Todos me envidian, dijo (esto es, todos quieren ser iguales que yo). Pues, ea, al mundo me voy, me mostraré a ellos de tal modo, que todo el que quiera envidiarme, o el que desee imitarme, saque su bien de esta emulación.

Al llegar aquí San Bernardo se extiende en abundantes afectos. Ya que nos condenó el engano, ojalá nos salve la verdad, viendo a Jesucristo en su venida. «Venga la Verdad.., y la verdad me libre», lo cual ocurrirá cuando, al descubrir la mentira, renuncie a ella y me una con la verdad al conocerla (*Serm. Adv.*, 1,2-5: BAC 156-159).

c) Preparación para el recuerdo de esta venida

«La solemne memoria de esta venida, de tanta majestad, de tanta humildad se celebra... una vez al año. Y ojalá se hiciera de tal modo una vez, que siempre se estuviera haciendo esta memoria... Porque puede haber mayor sinrazón que, después de la venida de tan gran Rey.

querer o atreverse los hombres a ocuparse en otros cualesquiera negocios y no dedicarse más bien a este solo culto?»...

Los... «mundanos, aunque celebran este recuerdo, no se conmueven con él interiormente... sin devoción y sin afectos. En fin, lo que todavía es peor, el mismo recuerdo de esta inestimable dignación de Dios vuélvese ocasión de delicias carnales, pues los verán estos días preparar con toda solicitud la pompa de los vestidos y la delicadeza de los manjares, como si Cristo en su nacimiento pidiera estas semejantes cosas... Pero oye lo que El mismo dice: *No toleraré al de altivos ojos y corazón soberbio* (Ps. 100,5). ¿A qué fin con tanta ansia preparas vestidos para mi nacimiento? Detesto la soberbia, no la amo. ¿A qué fin con tanto cuidado procuras las opiparas mesas para este tiempo? Condeno las delicias del cuerpo. No las apruebo... No me reverendas sino con tu vientre...» (*Serm. Adv.*, 3,2: BAC 167).

C) Segunda venida

a) Dios DENTRO DE TI

«Mas... acerca del segundo (adviento), que es oculto y espiritual, escucha del Señor mismo lo que dice (Io. 14,23): *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a El y en El haremos morada*» (*Serm. Adv.*, 3,4: BAC 254).

«Así como para ebrar la salud en medio de la tierra vino una vez visible en su carne, así para salvar las almas viene a diario en espíritu e invisible... Esfuércese a lo menos (el hombre)... a levantarse algo en obsequio del Señor que viene. No es menester... que cruces los mares o que penetres las nubes..., no es largo el camino... Dentro de ti mismo sal al encuentro del Señor con la comprensión del corazón y confesión de boca, para que saigas a lo menos del muladar de tu miserable conciencia, por ser Indigno de que entre allí el Autor de la pureza» (*Serm. Adv.*, 1,10: BAC 161).

b) Su preparación: una triple justicia

La justicia y el juicio son el asiento de tu trono... (Ps. 88.15).—Propone, según esta frase, la justicia como la mejor preparación del alma para la venida del Señor. Aunque habla a religiosos, las aplicaciones particulares se pueden acomodar fácilmente a los fieles.

«Mire qué sedas, qué alfombras... debe preparar: la justicia..., aquella virtud que da a cada cual lo suyo. Da al superior, da al inferior, da al igual lo que a cada cual debss, y así celebrarás dignamente el adviento de Cristo»...

«*Da al prelado reverenda y obediencia*, de las cuales la una pertenece al cuerpo y la otra al corazón, pues no basta obedecer a los mayores en lo exterior... Aunque tan claramente se conozca la vida indigna de un prelado..., debemos reputarle superior a nosotros y acreedor a nuestro respeto, no atendiendo a los méritos presentes de su persona, sino a la ordenación divina y dignidad del oficio».

«*Así también a nuestros hermanos* (los iguales)..., por el mismo derecho de fraternidad y sociedad humana, somos deudores de consejo y de auxilio; pues esto queremos también que ellos nos den; consejo para que nuestra ignorancia aprenda y auxilio para que nuestra debilidad se ayude».

Y si dices: ¿qué consejo..., qué auxilio podré dar a mi hermano?... Te digo yo: «No faltará algo que puedas hacer por él, si en ti no falta la caridad fraterna». Y si no, quedan el gran consejo del ejemplo y la gran ayuda de la oración.

A los inferiores... «Si acaso eres prelado de alguno, con éste te hallas deudor, sin duda, de mayor solicitud. El exige de ti guarda y disciplina» (esto es, prevención y castigo). Y si no tuvieses ningún inferior, entonces guarda tu cuerpo que fué entregado al alma, para que lo gobernase. «Débesle custodia, para que el pecado nunca reine en él..., y disciplina, para que, castigado y sujeto a servidumbre, haga dignos frutos de penitencia»...

«En fin, si a los prelados y a los iguales damos lo que les es debido, ¿no deberá recibir Dios alguna cosa?...» La humildad es el mejor obsequio. «Ama a Dios... y honra la verdad el que ingenuamente se reconoce a sí mismo y a todas sus cosas tales como en realidad son... *Cuando hicieris estas cosas que os están mandadas, decid: somos siervos inútiles* (Le. 17,10). Así. una preparación adecuada «consiste... en observar los mandamientos de la justicia y en tenerse por indigno e inútil» (*Serm. Adv.*, 3,4-7: BAC 169-171).

D) Tercera venida

a) El juicio. Su esperanza nos sostiene

«Vivimos de esperanza, hermanos, y no nos desalentamos... animados por la expectación de aquellos indeléctibles gozos... A más de la percepción de los bienes presentes, afian-

za la expectation de los futuros, pues la virtud de la presente gracia hace creible que la seguirâ, sin duda, la felicidad de la gloria prometida»... «Sostenga, pues, el aima piadosa varonllmente el combate en este siglo..., pues para todo vale la piedad, ya que los bienes de la vida présente y los de la futura le estân prometidos»...

«Glorificad a Cristo... y llevadle... en vuestro cuerpo»... Yendo con El, ôqué podrán vuestros enemigos? (*Serm. in Ps. 90, 7,1.3: BAC 391-3S2*).

b) Gozo DEL JUSTO AL VERSE LIBRE

«Con tus mismos ojos lo verâs. Asi os lo pido, Senor... Caigan ellos y no calga yo; asûstense ellos y no me asuste yo... Con estos mismos (ojos)..., que ahora casi se secan con tanta aflicciôn... Tantô cabrà en los ojos después de la resurrecciôn, cuanto ni en el oido ni en el ânimo mismo puede caber ahora»...

c) «Verâs el castigo de los pecadores»

Lo primero, «para que reconozcas de qué males te has librado». Lo segundo, «para que adviertas tu completa seguridad». Lo tercero, «para que resplandezca mâs tu gloria en su comparaciôn». Lo cuarto, «para que muestres celo perfecto de la misma justicia» (*Serm. in Ps. 90, 8,1-3.11: BAC 404-405.411*).

S E C C I O N I V . T E O L O G O S

t

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

El juicio final

Corona el Santo su tratado *De Verbo incarnato*, en la *Suma* (3 0.59), presentando a Cristo como juez. Vuelve a hablar en el *Suplemento* del juicio y la resurrección en los novisimos. Abunda el material, que no necesita otra cosa sino ser caldeado con afectos y aplicaciones.

A) Cristo Juez

a) Cristo juez en cuanto hombre

Juzgar al mundo es propio de Dios, Señor de él por virtud de la creación, legislador supremo, fuerza coactiva y sabiduría infinita. Pero igualmente le ha sido concedido el poder judicial a la humanidad santísima de Cristo. *Y le diô el poder de juzgar, por cuanto El es el Hijo del hombre* (Io. 5,27). Los motivos son:

1. Por ser cabeza de la humanidad '

Dios ha comunicado el poder judicial a todos los que han sido constituidos en autoridad sobre la tierra, de tal modo, que, al dictar justicia, lo hacen en su nombre. Habiendo, pues, colocado a Cristo hombre como cabeza de la Iglesia y de la humanidad y habiéndole sometido todo, le ha concedido también, y con mayor derecho, el poder judicial (3 q.59 a.2).

2. Por haber luchado por la justicia y haber sido juzgado El mismo

Cristo mereció, además, este oficio por haber luchado por la justicia y haber vencido, al ser sentenciado injustamente. «El que estuvo de pie ante un juez—dice San Agustín—, se

sentará como juez, y el que calumniosamente tué llamado reo, condenará a los reos auténticos*. *Yo también vend, y me sente con mi Padre en su trono* (Apoc. 3,21). *Sentândote en tu trono*justo juez* (Ps. 9,5) (ibid., a.3).

3. Porque con la redenciôn nos hizo subditos suyos

Derecho de conquista. Nadie le podrá decir: *tQuié7i eres tu para juzgar al criado ajeno?* (Rom. 14,4). La creaciôn nos sometió al Imperio de Dios; la redenciôn, al de Cristo.

La creaciôn no bastô para llevarnos a la gloria, puesto que el pecado arruinô su pensamiento. Y ya que el juicio será el que abra las puertas de la felicidad eterna y distribuya el fruto de la redenciôn, ôquién podrá presidirlo mejor que Cristo Redentor, que franqueô la entrada? Por eso *Dios ha sido instituido juez de vivos y muertos* (Act. 10,42).

Juez no únicamente de los hombres, sino de toda la naturaleza, ya que a toda ella la reparô, según San Pablo: *Pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas, asi las de la tierra como las del cielo* (Col. 1,20). Por eso Cristo, terminada su obra, pudo decir (Mt. 28,18): *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra* (Suppl., q.90 a.1).

b) Condiciones del juez

1. Juez sabio

Condiciôn primera del juez es poseer la ciencia suficiente (3 q.59 a.1). ôCuâl no será la de la humanidad, hipostáticamente unida a la sabiduría de Dios? Bien podrá leer los secretos del corazôn (Rom. 2,16) *el dia en que Dios por Jesucristo, según mi evangelio, juzgará las aedones secretas de los hombres* (Ibid., a.2 ad 3).

2. Juez glorioso

Vendrá lleno de gloria:

1. *En desquite de su ignominiosa pasiôn*

Miraráti al que traspasaron (Io. 19,37; Zach. 12,10). Profecía que comenzô en el Calvario, pero que se realizará totalmente cuando aparezca rodeado de gloria el cuerpo que crucificaron (ad 1). Cuando vean las santas llagas, no como serial de debilidad présente, sino como recuerdo de la fuerza que supo triunfar. Con la cruz. que hará más justo el castigo de aquellos que despreciaron su clemencia (ad 2). Los que le condenaron como a hombre despreciable, serán condenados por el hombre glorioso (Suppl., q.90 a.2 ad 5).

2.º *Por la gloria de aquel juicio*

Porque, así como para ser juzgado pareció oportuno que se revistiera de la forma humilde del siervo, así para juzgar le conviene aparecer Ueno de gloria. Tanto más cuanto que el juez debe ser superior a aquellos a quienes juzga, y en el juicio supremo figurarán entre estos últimos los cuerpos gloriosos de los resucitados.

¶

3.º *En cuanto Dios*

El oficio de mediador de Cristo le obliga unas veces a representarnos a nosotros satisfaciendo y orando; otras, en cambio, a representar a Dios haciéndonos partícipes de sus gracias. En su primera venida hacia nuestras veces, y por eso se revistió de nuestra flaqueza. En la segunda viene a distribuir la justicia del Padre y debe demostrar la gloria que comunica con El (ibid., in c.).

3. Juez universal

Su juicio se dilatará hasta donde llegue su imperio. A todos nos redimio, pues a todos nos juzgará. *Que por esto murió Cristo y resucitó, para dominar sobre muertos y vivos* (Rom. 14,9). Por eso *todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios* (ibid., 14,10), ya que *fuéle dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron...* (Dan. 7,14).

Siendo la salvación humana fruto de su redención, se le ha encomendado a El el juzgarla, y enonces, cuando juzgue todas nuestras acciones, apreciaremos como todas ellas tienen relación con su fin último (3 q.59 a.4).

c) Triunfo de Cristo

Allí empezará la plenitud de su reinado. Cristo Rey, y, por lo tanto, Juez, no quiso ejercer en este mundo su potestad. *Mi reino no es de este mundo* (Io. 18,36), le dijo a Pilato. A los que le llevaron un pleito temporal les contestó: *¿Quién me ha constituido juez o partidario entre vosotros?* (Le. 12,14).

Pero en el día del juicio, cuando todo lo sea puesto a sus pies, entrando en la plenitud de sus funciones, lo someterá todo a su voluntad, salvando a los que le siguieron y condenando a los que le abandonaron (ibid., ad 1 et 2).

Nuestra bienaventuranza consiste en Dios y en su visión. Cristo hombre, cabeza de la humanidad, presentará a ésta, para que comience a gozar de Dios y reciba el premio. *Que*

se proponia llevar muchos hijos a la gloria para perfeccionar por las tribulationes al Autor de la salud de ellos (Hebr. 2,10; cf. ibid., a.2 ad 2).

B) El juicio

a) Conveniencia de un juicio universal

Santo Tomàs justifica la conveniencia de un juicio universal con très razones:

1. Para que brille la justicia de la providencia actual

A aquel acto divino de la creaciôn por el que sallô de Dios la unversalldad de las cosas, corresponde este otro, en que todas vuelven a El para ser juzgadas.

Pudlera bastar el juicio particular, pero la providencia total de Dios y la misma naturaleza sociable del hombre parecen exlgr una restauraçôn social y colectlva.

En efecto, aquí, en este mundo, la Providencia difiriô a veces el premio o castigo de los hombres, atendiendo con preferencia no al bien inmedlato dei individuo, sino al bien comûn de todos, a cuya utllidad convlno mâs de una vez tal dilaçôn. Pues bien, para que resplandezca esa providencia, que a algunos pudo parecerles Injusta, conviene esta manifestaçôn publica y solemne de sus fines.

2. Para que la sociedad sea juzgada

La sociedad y los hombres, en cuanto que formaron parte de ella y en ella influyeron, merecen aslmismo su juicio. Socialmente reclbirân segûn sus méritos, y el campo social será divldido deflnitlvamente en buenos y malos, terminando la mezcla de este siglo (in c).

3. Para que sean juzgadas las consecuencias de nuestras obras

La misma vida del hombre no termina, en cuanto a sus efectos, con la muerte. Quedan su memoria, los monumentos sepulcrales dedicados a hombres Indignos, mientras grandes santos duermen Ignorados, sus ejemplos, sus hijos... êCuândo termina la obra dei santo o dei fautor de la herejia? Pues del mismo modo que hasta que no termina la vida del hombre no pueden ser juzgadas sus acciones, del mismo modo conviene que para juzgar su obra total se espere al fin de los tlempos (3 q.50 a.4).

b) Todos serAn JUZGADOS, PERO LOS SANTOS SERAn jueces

Aun cuando unos y otros hayan sido juzgados, conviene que, ya que no todos le reconocieron cuando vino humilde, le vean ahora en su gloria, los buenos en la de quien les premia; los malos, en la del Juez que rechazaron Un c. et ad 2).

Os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mt. 19,28). ¿En qué sentido promete aquí el Señor que serán jueces de Israël?

Ciertamente que, en determinado sentido, han de serlo todos los justos, en cuanto que estarán prôxlmos a Jesucristo en sitio excelso; en cuanto que sus vidas ejemplares serán el punto de comparaciôn y a modo de libro en que aparezcan escritas con actos las normas del Señor. *Canonum decreta*, decia Ricardo de San Victor (cf. *De iudiciaria potest.*: PL 196-1182). Pero esto parece que no basta para dar cumplimiento a las palabras del Señor. Hay que suponer que mientras Jesucristo juzga con autoridad propia, los santos más excelsos, y entre ellos los que se abrazaron con la pobreza voluntaria (*Suppl.*, q.89 a.2 y Mt. 19,28), comunlcarân y promulgarân la sentencla (*Suppl.*, q.89 a.1).

II. SAN ROBERTO BELARMINO

La doble redenciôn del hombre

Tiene varias series de homilias este santo Doctor sobre los evangelios y epistolas, que han sido reunidas por el P. Tromp en la obra *Opera oratoria postuma*, editada por la Universidad Gregoriana en 1942. Gran teólogo, aparece en ellas denso de doctrina, investigador del sentido verdadero de los textos y concreto en las aplicaciones morales.

No son propiamente homilias hechas, sino planes algo extensos. Por esta razón. en vez de copiar los párrafos principales, sintetizaremos toda la homilia en forma de esquema, tomândola de la obra citada.

De los dos advientos escogemos el dedicado a exponer evangelios y epistolas, en v p7 dn otro dedicado enteramente al misterio de la encarnaciôn y nacimiento.

A) Sentido acomodaticio y literal del texto

El pensamiento de esta homilia es de aliento ante la redenciôn total, que se cumplirá el día del juicio: *Cobrad animo y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redenciôn* (Le. 21-28).

La frase que desenvolvemos tiene un sentido acomodado por la Iglesia y otro literal, Intentado por el evangellsta. Ambos proceden del Espiritu Santo, que inspirô a éste y dirige a aquélla. La Iglesia, en efecto, suele escoger para determinadas fiestas textos de un sentido muy congruente con el pensamiento de ese día.

El sentido acomodado es el de levantar los ânimos, porque se acerca la redenciôn de las aimas en la primera venida de Cristo. El literal es la redenciôn de los cuerpos en la segunda venida con la resurrecciôn.

B) Redenciôn de las aimas

a) El hombre pecador, sujeto a très servidumbres

El hombre, a consecuencia del pecado, quedô sujeto a très servidumbres distintas:

1. Sujeto a la ira de Dios

Lo mismo que el padre que desheredase a un hijo y le vendiese como remero de galeras, Dios, al ser ofendido, nos desheredô, quitândonos la naturaleza de hijos suyos por la gracia, dejândonos en *filii iras* (Eph. 2,3), y nos permitiô caer en mil pecados. *Por eso los entregô Dios a los deseos de su corazôn...* (Ps. 80,13 y Rom. 1,24).

Castigo terrible el ser objetos de la indignaciôn de un Dios omniprésente. *¡Dônde podria alejarme de tu esp'ritu? ¡Adônde huir de tu presencia?* (Ps. 138.7). Y el de convertir los pecados sucesivos en castigo del primer pecado. *Dios los entregô a su réprobo sentir, que los lleva a cometer torpezas* (Rom. 1,28).

2. Sujeto al demonio

⁰¹ hombre se dejô vencer voluntariamente del demonio, por lo cual Dios permite que éste sea su dueûo y le vaya llevando de pecado en pecado hasta parar en el infierno. *Cuando un fuerte bien armado guarda su palacio* (Le. 11,21). *Ahora el principe de este mundo será arrojado fliera* (Io. 12,31). *A cuya voluntad estàn sujetos* (2 Tim. 2.26). Tirania horrible, porque no le es posible al hombre librarse por si solo de ella y porque el demonio no puede desear más que nuestro mal. Necedad tremenda de los que se hacen amigos suyos.

3. Sujeto al mismo pecado

Aunque no existieran otros castigos, el mismo estado de pecado lo sería. Supone una mancha en el alma, una ceguera del entendimiento y una aversión de la voluntad, que se aparta de Dios, así como amores y temores desordenados. San Agustín lo explica en sus *Confesiones* (cf. BAC, t.2 1.1 c.12). San Juan, en *el que comete pecado es siervo del pecado* (Io. 8,34).

Es servidumbre, porque por las solas fuerzas naturales el hombre no puede salir del estado de pecado, y, mientras esté en él, no tendrán mérito sus obras. Porque el que se ciega en el pecado, no entenderá el bien. *La lámpara del cuerpo es el ojo... pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo...* (Mt. 6,22-23). Lo mismo que el enfermo o el loco, que viven alegres, y, en cambio, se enfurecen con los médicos que les quieren curar.

b) Cristo nos redime de las tres esclavitudes

1. De la ira de Dios

Dándole el honor que le es debido. *El es la propiciación por vuestros pecados... y por los de todo el mundo* (1 Io. 2,2), *que El adquirió con su sangre* (Act. 20,28); nos compró al Padre, a quien pagó con su obediencia, pero no para dejarnos libres de El, sino para reintegrarnos a su amor y filiación. Redime al que fue enviado a galeras por su padre, lo reconcilia con éste y le devuelve el amor y los honores de hijo.

2. De la servidumbre del demonio

De éste nos libró, mediante su derrota, haciéndonos suyos por derecho de guerra (Le. 11,22 y Col. 2,15). Jesucristo fue más tentado del demonio que el mismo Job, puesto que lo fue hasta la muerte. Y, si Satanés consiguió que los hombres desobedecieran a Dios, Cristo, en cambio, permaneció obediente siempre. Por eso mereció que Dios librara de la servidumbre de Satán a los que renacían en Cristo. *Porque viene el príncipe de este mundo, que en mí no tiene nada* (Io. 14,30). *Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera* (Io. 12,31). Ahora el demonio está más sujeto que antes, porque reina la cruz, y los hombres de fe no deben temerle.

3. Del pecado

La sangre de Nuestro Señor Jesucristo borra el pecado y merece para nosotros la gracia, que «Uumina, purga, enciende, justifica y libera». *No con plata y oro habéis sido rescatados..., sino con la sangre preciosa...* (1 Petr. 1,18-19). Y San Pablo nos amonesta para que, pues el precio de nuestra compra fué tan elevado (1 Cor. 6,18-20), nos libremos de la deshonestidad. Si Jesucristo fué el mercader prudente que pago con tanto sacrificio una joya, nosotros debemos estar dispuestos a darlo todo. incluso nuestra sangre, antes que perderla.

4. Preparémonos a esta venida

Al conmemorar la primera venida de Cristo, debemos hacerlo como si ahora viniese a nacer verdaderamente. ¿Pues qué, no nace en las aimas cuando, al confesarse y verse limpias de sus pecados, reciben los beneficios de -la redención? Esta se verificó en otro tiempo, pero a nosotros no se nos aplica totalmente hasta que nos bautizamos o confesamos.

C) *Redención de los cuerpos*

a) Redención total en la resurrección

1. Hoy no estamos aún totalmente redimidos

Nuestra alma ha sido redimida del todo, y puede vivir sin pecado libremente. Pero el cuerpo está sujeto, por una parte, a enfermedades, muerte y vejámenes del demonio; y por otra, a la concupiscenda, que, si nos obliga a pecar, es muy penosa, y necesita en ocasiones ser sometida con la mortificación. *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* (Rom. 7.24). *Gemimos dentro de nosotros mismos suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo* (Ibid., 8,23).

2. La redención total, el día de la resurrección

Levate capita vestra, quoniam... Entonces, con el cuerpo inmortal y sin tentaciones, seremos completamente redimidos.

b) Temor y gozo en ese día

Dos clases de hombres: Los que estarán *aresceniibus... prae timore*, ante la catástrofe final y con el miedo del fin de este mundo. Los habitantes de la celestial Jerusalén, peregrinos aquí en la tierra, erigirán sus cabezas *con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios...* (Tit. 2,13).

c) Consecuencia

Son más los que temen ese día que los que lo desean. La mayoría quisieran prolongar su vida en este mundo para siempre—viven como si no se concluyera—, y por lo menos desean dejar su memoria en mármoles y estatuas. Pocos suspiran por el *venga a nos tu reino...* (Le. 11,2) y por lo de *ya me esta preparada la corona de la justicia, que me otorgará..., justo juez, ... a todos los que aman su venida* (2 Tim. 4,8). Parezcámonos a los buenos judíos, que pedían a las nubes que lloviesen lo antes posible al Justo.

d) Nuestra muerte es nuestro fin

Aunque no percibas las señales de la terminación del mundo, tienes que ver inexorablemente las del fin de tu vida. Lo mismo de anciano que joven. Después de la muerte se celebrará tu juicio particular. Al alma le darán la sentencia definitiva. El cuerpo descansará en paz esperando su premio. *Levantad, pues, vuestras cabezas* con alegría. Si no lo hacemos es que, además de no ser perfectos, ni siquiera nos damos cuenta de nuestra imperfección.

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Necesidad del juicio universal

Este predicador fué tan famoso como santo. Ssgùn refiere su biôgrafo francés Ferrier, Carlos V y su esposa, la emperatriz Isabel, se mezclaban para oírle con el pueblo, despojados de los atavíos reales. Tiene tres sermones para esta dominica. El tercero abre una serie sobre la encarnación en los otros días se ocupa del juicio. Hemos tenido a la vista la edición de Alcalí de 1522 (cf. *Condonos sacrae... D. Thomae a Villanova. ... Excellentissimo Principi Gonzalo Fernando Cordubae, Sese Ducis... nunc. c. patae... Compluti, Ioannes a Lequerica excudebat. Anno 1572*) y la de Manila (*Dr. Thomae a Villanova Opera omnia*, 1883).

El primer sermón (*De iudicio supremo*, ed. Compl. fol.15), que extractamos seguidamente, contiene mezclados los afectos con la doctrina, y, dentro de aquéllos, los de confianza y alegría con los de temor.

A) Necesidad del juicio

- a) El hombre puede ser juzgado porque es libre.
La libertad es fuente del mérito

El hombre puede ser juzgado, porque es el único ser de este mundo dueño de sus propias acciones. ¿Qué cosa más sublime pudo darse a las criaturas?... Dios, dice el Sabio (Eccli. 15.14-18), *creó al hombre desde el principio y lo dejó en manos de su propio consejo*.

Esta libertad es la fuente del mérito. Las demás criaturas son buenas sólo con realzar la idea arquetipo que Dios se formó de ellas. «Pero en el hombre, además de esta bondad natural, hemos de reconocer otra bondad moral, que consiste en la conformidad con la ley reguladora de nuestros afectos y obras. El hombre es libre de conformarse o no con esta norma». De ahí el mérito.

b) El hom

1. Para que sea obra perfecta

Su libertad hace que merezca o desmerezca. El mérito exige ser premiado, y el démérito, castigado. Luego, si no hay un juicio que lo premie o castigue, «el hombre, para quien ha sido creado todo el universo, resultaría una obra no acabada, imperfecta».

2. Para que sea obra ordenada

«La segunda razón es la de que sin el juicio reinaria en el mundo el mayor desorden..., crímenes impunes, virtudes sin recompensa. ^Nos atreveremos a decir que Dios, que creó el mundo con su sabiduría, no lo sabe gobernar? ¡Qué blasfemia! Este mundo es casa de Dios, y por ello tan ordenado, cual corresponde que sea la casa de tan alto Señor». Si Dios permite un desorden transitorio, inflige después su justicia a ese desorden el castigo que merece, y convirtiéndolo en orden, hace brillar su sabiduría, como la hizo brillar en la creación.

El orador pone el triple ejemplo de un blasfemo, de un expoliador de los pobres y de un licencioso, que viven felices. Si después no encuentran el castigo, «ôdônde está Dios?... ôDônde la ley? ôDônde la verdad? ôDônde la justicia?... El justo es engañado; el mártir, maltratado; la justicia resulta una expresión vana; la virtud, solo un nombre»...

«Alegraos, pueblos, porque hay justicia, verdad y juicio». Hasta los pecadores deben alegrarse al ver tal orden (Ps. 66,5).

«Pero tened cuidado; si no aceptáis a Dios como guía, lo padeceréis como juez. Por eso ha dicho por el mismo profeta: *Yo sé que el Señor saldrá en defensa del desvalido y a la defensa del pobre* (Ps. 139,13)»...

«¡Oh infierno necesario! ¡Oh fuego verdaderamente hermoso! Vengas las injurias hechas al Creador y restableces, por medio de tus suplicios, el orden que el pecado destruyera... El castigo del malo y el premio del bueno son necesarios para completar y ordenar el universo...»

B) Necesidad del juicio universal

- a) La razón: para que sea honorífico el premio
E INFAMANTE EL CASTIGO

«Pero tal vez podrâs decirme que para esto basta con el juicio particular. ôQué necesidad hay de otro juicio general?... La virtud merece no sôlo un premio, sino el ser honrada pùblicamente. Es mâs, la honra es su premio mayor... Por otra parte, el pecado merece un castigo y, por encima de éste, una vergüenza humillante. Nada mâs justo que los castigos publicos ordenados por las leyes imperiales... La vergüenza y la confusion son el mayor castigo que puede sufrir un hombre. A un animal podéis golpearle, maltratarle, matarle, pero no podréis humillarle. En cambio, el hombre que no haya sofocado todo sentimiento natural preferiria mil castigos a una vergüenza publica... Por consiguiente, es necesario que la gloria y el honor publicos acompaïen al premio, y la vergüenza y la confusion a la desgracia del malvado».

Asi, pues, al juicio asistirân todas las criaturas, ângeles, hombres y demonios... «Si faltase uno, ni el premio ni el castigo serian completos...»

Por eso se conocerân todos los secretos del corazôn humano... «Asi como el ojo, al ser herido por un rayo dei sol, percibe multitud de atomos que antes no veia, asi, al aparecer los rayos de la luz divina, quedarâ descubierta ante todos la muchedumbre de pensamientos, obras y deseos...»

1. Penas de los unos

Los malos, como afirma el Evangelio, dirân a las montañas: *jCaed sobre nosotros!*... (Lc. 23,30). Todo lo querrian sufrir antes de tal vergüenza...

- 2 «;Bienaventurado aquel a quien le ha sido perdonado su pecado, a quien le ha sido remi* tida su indignidadD (Ps. 31.1)

«gY qué pecados son éstos? Los que se confiesan... No calléis vuestros pecados a un hombre, si no queréis que un dia se manifiesten a todos...»

b) La REVELACIÓN NOS ANUNCIA EL JUICIO

«El Dios soberano habla, convoca a la tierra de levante a poniente. Muéstrase en Sion, perfección de la hermosura. Viene nuestro Dios, y no en silencio...» (Ps. 49.1-3).

C) La persona del Juez

a) Es EL MISMO Dios

«No es un ángel..., porque ese honor pertenece solo a Dios Creador; a ese Dios que, habiendo sublimado la naturaleza humana hasta unirla a la divina, no puede hacerle ahora la injuria de obligarla a comparecer ante el tribunal de un ángel... Es un tribunal infallible y divino...»

b) En forma humana, conocedora de nuestras flaquezas^f

«¿Quién osaría presentarse ante tribunal tan majestuoso? «¡Oh Señor—dice parafraseando alegóricamente el salmo 71-1—, Tú eres bueno y misericordioso..., pero tiemblo y temo vuestro rostro de verdad. No habéis experimentado las miserias y flaquezas que nos acompañan desde la niñez. Yo os suplico, Padre demente, que nos enviéis como juez al que ha conocido nuestra hambre y tristeza..., que ha probado la amarga condición del hombre... Ese conoce nuestra arcilla... Yo le acepto para mí como Juez, ya que Él por salvarme a mí, siervo indigno, decidió ser juzgado y muerto... No. No rechazo al que tuve por Redentor. ¿Qué digo? Envíame a ese cordero inmolado por mí (Apoc. 5,6)... Es mi hermano y mi propia carne...»

«El Señor oyó nuestros ruegos... El mismo Unigénito lo ha dicho: el Padre no juzgará a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo del hombre... (Io. 5.27). ¡Qué desconfianza y esperanza! Aunque seas el pecador más indigno...»

Pero que tampoco se haga nadie ilusiones, nadie se duerma..., porque también *rugirá como león... y sus hijos acudirán presurosos del Occidente* (Os. 41,10)...

c) DESPERTAD DEL SUEÑO

1. Confesaos

«Adelantaos al juicio por la confesiôn..., por la penitencia... Suavicemos la sentencia del Juez con nuestro liante... Lloremos un poco ahora, para no llorar en la eternidad..., felices lâgrlmas, felices gemidos...»

2. Despertaos

«¡Ay, viendo que no sentimos el menor temblor al oír estas cosas..., ôno se creeria que no tienen nada que ver con nosotros..., que no tenemos que desempeñar papel alguno en ese drama tan tremendo ni oír sentencia alguna?... Pero los tiempos se apresuran..., y cuando menos se piensa llega el día... Para que no dudemos ahí está la confirmaciôn del Señor: *El cielo y la tierra pasarân, pero mis palabras no pasarân* (Le. 21,33)».

«Por eso San Pablo en su Epistola hace resonar sus palabras como una trompeta: *Ya es hora de levantaros del sueño* (Rom. 13,11). Sacudid vuestro sopor... ôOís las palabras de este Evangelio y dormís todavía? *Despojémonos, pues, las obras de las tinieblas...* (Rom. 13,12). ¡Cômo se alegrará el que no haya escuchado estas palabras con oídos sordos!... Señor, *se estremece mi carne por temor a ti...* (Ps. 118,120)...»

II. BEATO JUAN DE AVILA

El premio de la virtud y el castigo del pecado

En los escritos del «Apôstol de Andalucla» se encuentra materia devota y original para una plática sobre el tema del juicio. Si Cristo premia a los que hicieron obras de misericordia con los pobres, mucho más recompensará a los que se las hacen a El directamente en la Eucaristia (cf. *Libro del Santísimo Sacramento*, tr.11: «la comuniôn, prenda de vida eterna». 3-6. en *Obras espirituales*, ed. Apostolado de la Prensa, Madrid 1951).

A) *El premia de los que socorren a Cristo*

«Ahora dice, hermano, la divina misericordia...: Jùntate con el mismo que ha de ser tu Juez, y. en prenda de que enfonces te será piadoso Padre y dará sentencia por tí, quíso

El recibir de ti este servlcio, de tomar tus entranas por casa, para serio El tuya en el cielo...

«Verdad tuya es que los que aqui hicieren misericordia, los pondrâs en el dia del juicio a tu diestra. Porque dieron de corner al hambriento y de beber al sediento e hicieron obras semejables, les dirâs, Senor (Mt. 25,34;: *Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os esta aparejado desde el primer dia dei mundo.* Aunque sea tanta tu bondad y te hayas juntado con nos, y digas tu con tu santisima boca que la comida, bebida y vestido y obras de misericordia que al prôjimo dimos por ti, lo dimos a ti, no te contentaste con recibir estas obras por tercera persona, mas ordenaste tu, piadosisimo amator, este consuelo, que pudiesen los hombres hacer obras de misericordia a tu misma persona.

«Dichosa fué tu sacratisima Madré, dichoso el santo José, dichosos todos aquellos que te dieron comida, bebida y vestido, posada y cualquier refrigerio; porque, ailende de ser gran bienaventuranza dar al hombre algo a quien todo se lo diô y remediar la criatura la necesidad de su Criador, el galardôn de aquellos taies que a la persona inmensa de Cristo hicieron buenas obras, muy mâs abundante e ilustre serâ que el de los que hacen las taies obras a otras personas por amor de El...

»ôQuién tendrâ, Senor, ojos para mirar las riquezas de tu sabiduria, la grandeza de tu poder...; y como, aunque te subiste al cielo, donde ni es ya menester que te den de corner y de beber, ni recibes de nadie en persona obras de misericordia, hallaste manera como estar entre nosotros y en tu misma persona recibir de nosotros obras de misericordia, para que nosotros seamos consolados en hacerte bien y tengas tù ocasiôn de, por lo poco que nosotros te damos, darnos tu mucho en el cielo?...»

B) Cristo peregrino

«No piense nadie, no, que el estar el Senor alli encerrado es el fin por que alli estâ; medio es para otra cosa; y si quieres saber para qué estâ guisado y proporcionado, bien puesto debajo de aquella pequeñez, para..., recibiendo de nosotros posada, tener ocasiôn de ser El la nuestra en el cielo. Rogadle, rogadole con mucha afecciôn lo que decia David (Ps. 30,3) *Sedme, Seïor, Dios, defensa y casa de refugio para me salvar...»*

«éQuién de las personas, hermanos, que en este mundo aposentô al Seftor, quedô sin muy buena paga de la posada? Su sagrada Madré fué la primera que en sus entrahas le aposentô; y El a ella la tiene aposentada en el cielo sobre

todas las criaturas humanas y angelicas y muy junta conslgo. Una vez no más le dlô Zaqueo posada (Le. 19,9)... Preguntad: ôcômo ha pagado a Maria y a Marta el hospedaje que le hlcleron? (Le. 10, 38-42)...

»iOh palabra dulcisima que de la boca del Seftor el dia del juicio olrâ el crlstiano que aqui hublere bien recibldo el Cuerpo del Seftor!: *Huésped era, y acogisteisme; tomad el reino que os esta aparejado* (Mt. 25,34-35). jOh palabra más que dulcisima' *En la cárcel estaba, y vinisteis a mi* (Ibid., 25,36)... ôEntendéls esto?... òNo lo vels extranjero, debajo de hâbito más dlsimuLado que el que llevaba cuando se junto con los discipulos que Iban a Emaus? (Le. 24,15-16). dNo habéls oido en vuestras entraftas sus santas palabras, que hacen arder el corazôn cuando el hombre ha comulgado? ôNo entendéls que desde aquella sagrada Hostla os estâ dliciendo lo que dljo a Zaqueo (Le. 19,5): *Desciende apriesa, porque hoy me conviene posar en tu casa?*» (tr. 11,3).

C) No recibir a Cristo es senal de reprobaciôn

«Mas, iay de mil, que Zaqueo *descendit*) presto del ârbol en que estaba, y dice el Evangelio que fué gozoso y lo recibid, y as! gozô de tal Huésped y de tal galardôn. Y hay muchos entre vosotros a quên declros: Reclbld al Seftor, os es palabra de tristeza y amargura, y asi os quedâls sin gozar de tal fiesta y de tal galardôn.

»iQué haréis, dice Isalas (10,3), en el dia de la visitaciôn y de la desventura que viene de lejos? <jA quên huiréis para que os dé socorro? ôQué haréis, hombres, a quen Jesu-crsto, infinita bondad, pide que le dels casa, y que descen-dâls de vuestras soberblas y desobedlencias y, sujetândoos a los mandamientos de Dios y humlllândoos a sus sacerdotes, llmpléls vuestras conciendas, para que en casa llmpla reclbâls su Umplslmo cuerpo, y os pague la posada según la grandeza de su misericordia?

»6Duéleos abajar vuestro cuello?.. iOh, cuánto más os dolerâ cuando en aquel dia terrible, en el cual a ninguno reclblrâ Dios en su casa sino a quen le reclblô a El en la suya, dlrâ con terrible voz y con más terribles ojos (Mt. 25, 41-43): *Huésped era. y no me recibisteis; en la cárcel estaba, y no vinisteis a mi; [andad, malditos de mi Padre, al fuego que estâ aparejado al demonio y a sus ângeles!*

>ôQueréls ver cômô tenéls seftal que habéls de ser de aquellos reprobados? Yo os diré cuál es, y es que respon-déls ahora lo que responderân aquéllos (Mt. 25-41): *Seftor, écuândo te vimos extranjero y en la cárcel, y no vinimos a ti?* iOh gente desconoclda, que no entlende la misericordia

de Dios! ¡Cuâdo te vltmo.s extranjero? Responderos han: Tantas veces cuantas le vLsteis en el Sacramento, alll le vlstels, y alll le veis; pldiéndoos estâ posada, y para eso descende del cielo, no lo habiendo El menester, sino por hacer bien a vosotros, que os hacéis sordos a su voz, tenlen- do en poco todo lo que os puede dar en pago del hospedaje, y teniendo en poco su divina persona y su descendida del cielo, y no curando nada de lo que El se desvelô en guisarme por manjar para que lo comâis y en abajarse a ser vuestro para que lo recibâis» (Ibid., 4).

*D) Cristo, desterrado en tierra que le ofende.
Recibele*

«Decidme, hombres desconocidos: ôQué es Dios estar en- cerrado en un sagrario y en un sacramento? ôQué le falta para estar preso y encarcelado? Sino que, por el grande amor que nos tiene, El mismo se déjà prender; y verdaderamente estâ encarcelado, aunque en cârcel de amor. Quitale el amor con que allâ estâ, y verâs que es incomportable estar donde estâ... ¿Y piensas, cristiano, que poco hace este santisimo y limpisimo Seftor en morar en tierra donde hay pecados, y tantos pecados, y que se cometen continuamente?...

j>Mas como no experimentamos la pena que es estar en este mundo miserable, extranjeros en él, ni ver ofendido a nuestro amantislmo Padre, no sabemos agradecer a nuestro Seftor el vivlr acâ con nosotros y estar encerrado en lugar tan desproporcionado a El, que sola la fuerza de su grande amor, y otra cosa no, es bastante para lo tener.

>Cristiano, pues el Seftor es extranjero todavia y cami- nante, òno mirarâs en ello?... Hermano, ôno ves, no a Eliseo, sino al Seftor de él y a todos los profetas, al Seftor de los hombres y ângeles, pasar muchas veces delante de ti? 0N0 lo ves que lo traen en procesiôn, que lo llevan a visitar los enfermos, que lo consagran y lo alzan en la misa, que lo ponen y lo sacan del sagrario, que lo traen por la iglesia a vistas, para que se mueva tu corazôn y digas a ti mismo: Este Seftor, gran seftor es: muchas veces pasa por delante de mi; su tierra es el cielo, y extranjero es acâ; quiérole aparejar posada en tierra entraftable, donde El descanse; lumbr de fe, porque no estemos a obscuras; porque para esto anda por aqui llamando a la puerta de los corazones, para, si hay quien le quiera dar posada, pagarla muy bien?

»Si esto, hermano, consideras y pusieses en obra, por ventura no estaria tu ânlma tan estéril y sln fruto de buenas obras; porque recibiendo a este Seftor, dariate parte de su santo espiritu, cuyos frutos son, como dice San Pablo

(Gal. 5,22), *caridad, gozo, paz, paciencia*, con otros semejables. Mueres de hambre, atórméntate la pobreza, está el campo de ânima seco con esterilidad, por no querer recibir en tus entravas al que (Ps. 77-16) *saca agua de la piedra**., (Ibid., 5).

E) Cristo, con hambre y sed. Socôrrele

«Y si quieres cumplir con El esotras obras de misericordia, aparejo tienes; El te las recibirá de buena gana y te las pagará con grande ventaja.

>Hambriento y sediento está. no de manjar corporal, mas de otra hambre y sed muy mayor. Y si la del cuerpo le hizo decir a la Samaritana: *Dame de beber* (lo. 4,7), y decir en la cruz: *Sed tengo* (lo. 19,28), ten por averiguado que con mayor insistenda te pide a ti que le quites aquesta hambre y aquesta sed que entonces le pedia para su cuerpo. No pienes que por otra cosa está aquí encerrado sino para que te dé a ti de corner y tû a El. Muchos anos ha que lo mandô decir a su apostol San Juan. *Yo estoy a la puerta, y llamo; si alguno quisiere abrir, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo* (Apoc. 3,20).

»iOh hartura de los ângeles! Tû mucho tienes para que yo cene contigo, pues tû eres inmenso bien, que bastas a henchir de blenaventuranza y entranable alegria a todo lo que es criado... Mas, Señor, ôqué hallaste tû en mi casa? ôQué viste por mis rincones? ôQué ganados, qué aves? ôQué quieres tû, Señor, ser mi convidado y cenar conmigo? ôQué te dará, Serior, ml pobreza que sea digno de poner a tu mesa y que comas tû de ello?»... (ibid., 6).

III. BOSSUET

A) Los très motivos de la justicia divina

Bossuet conserva unes apuntes, esquemáticos a trozos y a trozos más desarrollados. de un sêrmôn predicado en 1668 en la "iglesia de Santo Tomâs. del Louvre, en donde residia. Comenta tres textos escriturarios. sobre todo en la terçefa parte (cf. *Oeuvres de Bossuet*, ed. Lébel [Versailles 1816] t.11 p.203-227, y también *Oeuvres de Bossuet*, ed. Firmin-Didot [Paris 1877] t.2 p.161-169).

a) Exordio. El temor, principio del amor

«El temor precede al amor... Es necesario que el hombre aprenda a temer la mano de Dios... antes de hablarle de la confianza. Si no, esta confianza quizá dégenere en temeridad.»

«El Salvador vendrá dentro de poco lleno de verdad y de gracia..., pero la Iglesia..., que se ocupa en Adviento de prepararle sus caminos, hace que el temor abra la marcha...»

b) La justicia divina irritada

1. Primer motivo: el poder despreciado

1.º *Texto bíblico*

Y si todavía os oponéis y no queréis obedecerme, os castigaré otras siete veces más por vuestros pecados... Me opondré a vosotros con furor..., quebrantaré la fuerza de vuestro orgullo... y mi alma os abominará (Lev. 26,21-30).

2.º *Libertad humana*

En el texto aducido, lo primero que encontramos es una alusión a la libertad humana, «que nos hace culpables y cuyo mal uso da lugar al terrible castigo de la justicia divina». *Quod si nec volueritis... disciplinam.*

«Dios, que es soberano nuestro por naturaleza, lo ha querido ser también por nuestra elección..., estimando que le faltaría algo... si no tuviese súbditos voluntarios. Por eso creó los seres inteligentes, que... fuesen capaces... de someterse a su soberanía por un consentimiento deliberado.»

«Pero ya os daréis cuenta de que Dios... no renuncia a su derecho... Lo que quiere es que seamos voluntariamente lo que estamos obligados a ser por ley natural...»

«Aquel a quien se lo debemos todo... ¿cómo darnos un título con el que pudiéramos exigirle nuestro premio. Ahora bien, si le negamos la obediencia, entonces somos nosotros quienes le damos un título para nuestro castigo...»

3.º *Mal uso de la libertad*

«Con esta libertad guerreemos contra Dios... Transgredimos ambas tablas de la Ley... Adorarás al Señor tu Dios (Deut. 6,13)... ¿Hay quien se confiese de haber quebrantado este mandamiento?... ¿Santificar los días de fiesta? ¿Creéis en conciencia haber cumplido con la finalidad de esta ley

oyendo sin atención ni respeto una misa de media hora escasa y que todavía parece larga?... Veinticuatro horas tiene el día... *Este pueblo me honra solo con los labios...* (Mt. 15,8). Pero nosotros no le honramos ni aun con los labios. No sé qué es peor, si no alabarle ni con los labios o alabarle solo con ellos... Hoy los días de fiesta no se diferencian de los demás sino en que las profanaciones e irreverencias son más públicas, escandalosas y universales...»

Y la segunda tabla, «que concierne al prójimo, a quien atacamos diariamente con la maledicenda...»

4. *El desquite.*

«Jésus baja de las nubes para destruir de un soplo a sus enemigos... El débil se ha levantado contra el fuerte... El fuerte le ha ofrecido la paz. El débil ha querido la guerra. ¿De quién será la victoria?... Si luchando contra Dios pudiéramos conseguir nuestra felicidad, Dios no sería Dios...» «Pero si es invariable, nadie puede ser feliz sin obedecerle, Es necesario que el rebelde sea deshecho...»

«Por este motivo, dice, *yo quebrantaré la fuerza de vuestro orgullo*. Os endurecéis contra Dios. Dios se endurece contra vosotros... Os ponéis como hombres, con toda la fuerza de vuestro corazón; El, como Dios, con toda la fuerza del suyo, si cabe expresarse así».

«¡Ay! No existe proporción, y la partida es desigual. Pero vosotros habéis querido los primeros mediros con El... ¿Perseveráis? Pues El perseverará».

«Oid al profeta: veo que perseveras en retener riquezas mal adquiridas, pues lo que yo veo siempre en tus áreas es una llama que devora, un tesoro de iniquidad, un tesoro mal adquiriendo que quizás pierda tu casa y acarree la muerte a tu alma (Mich. 6,10)».

2. Segundo motivo: la bondad, enojada por la ingratitud

1. *Texto bíblico*

Así como se gozaba Yavé en vosotros haciéndoos beneficios y multiplicándoos, así se gozará sobre vosotros arruinándoos y destruyéndoos (Deut, 28,63).

2. *El amor triste*

«Paso a la segunda parte. Unas palabras sobre la bondad de Dios. Escuchad lo que os dice esta bondad despreciada» (textual en esta forma en Bossuet).

Guardaos de entristecer al Espíritu de Dios, en el cual habéis sido sellados... (Eph. 4,30). El Espíritu Santo se alegra hacéndonos bien. Se entristece si le rechazamos... No es tanta la ofensa que se hace a su santidad como la violencia

que sufre su amor despreciado... Esto es, lo que según el Apóstol aflige al Espíritu Santo, es decir, al amor de Dios, que trabaja por ganar nuestros corazones».

3. *El amor castiga*

Un Dios airado se muestra ante los hombres con un aparato tremendo, y, no obstante, todavía es más terrible cuando viene, no sobre una nube de fuego o un torbellino de rayos, sino armado de sus favores y sentado en su trono de gracia.

«*Sicwt laetatus est... sic laetabitur*. El amor despreciado, rechazado..., agotado por el exceso de su abundancia, llega a secar la fuente de las gracias y hacer manar la de la venganza. Dios se ha dejado llevar de su naturaleza bienhechora..., pero hemos afligido a su Espíritu Santo; hemos trocado la alegría de hacer bien en la alegría de castigar, y justo es que repare la tristeza que le hemos causado a su Espíritu... con un triunfo de su corazón, con un celo de su justicia, castigando nuestras ingratitudes.»

Bossuet tiene aquí solo unos apuntes, que transcribimos:

He aquí el Cordero de Dios... (Io. 1,29). *Ya esté puesta el hacha a la raíz de los árboles...* (Mt. 3,10). San Juan Bautista pronuncia ambas frases refiriéndose al Señor. «La cólera esta siempre muy cercana a la gracia. El hacha es aplicada por los mismos beneficios, y si la inspiración divina no nos da la vida, nos mata».

«¿De dónde creéis que salen las Hamas que devoran a los cristianos desagradecidos? De sus mismos altares, de sus sacramentos, de esas llagas y de ese costado, abierto en la cruz para ser fuente de amor infinito... Todo se torna en bien para los que aman a Dios, hasta sus mismas iniquidades, dice San Agustín, porque le humillan...» (cf. *De corrept. et grat.*, 24: PL 44,930).

¡Ocúltadnos de la cara... del Cordero (Apoc. 6,16). No del rostro del Padre irritado..., sino del Cordero que se inmoló...»

«La cruz, la redención, agrava la condenación y acumula los crímenes. Pone remate a la maldad».

Se oscurecerá el sol... Enfonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre..., y se lamentarán... (Mt. 24,29-30).

El amor se trueca en ira... Después de un párrafo en el que canta los beneficios de Dios, dice: «Justo es que acompañase su cólera a su bondad y a nuestra ingratitud, y que su furor implacable atravesase el corazón infiel con el mismo número de saetas con que intentó atravesarlo su amor... Las gracias de Dios no se pierden... Dios las recoge dentro de sí, donde su justicia las cambia en dardos penetrantes para herir a los desagradecidos...»

«... Así siempre vivos y muriendo siempre; inmortales

para padecer, demasiado inertes para morir y demasiado débiles para afrontar los tormentos, gemirán eternamente en sus lechos de fuego..., llevarán para siempre sobre sí el peso infinito de tanto sacramento profanado, de tanta gracia rechazada; no menos afligidos, no menos abrumados por las bondades de Dios que por el Intolerable peso de su venganza. Temblad, pues...»

3. Tercer motivo: la soberanía violada

1. *Texto bíblico*

Por no haber servido a Yavé alegre y de buen corazón, en abundancia de bienes, habrás de servir en hambre, en sed, en desnudez a los enemigos que Yavé mandará contra ti, El pondrá sobre tu cuello un yugo de hierro, hasta que te destruya (Deut. 28,47-48).

«No habéis querido vivir bajo su imperio legítimo y dulce; pues seréis justamente sometidos a una dura e insoporrible tiranía».

2. *Imperio legítimo y dulce*

«Imperio el más legítimo... Por la creación. súbditos; por la redención, hijos... Llevamos su marca, creados a su semejanza y sellados por el Espíritu Santo...»

Imperio dulce, puesto que es natural. «Con razón se promete alegría del corazón a los que sirven al Señor, su Dios. Porque todo el que vive en el estado exigido por su naturaleza vive satisfecho...»

«Nadie sabe mejor lo que nos es propio que el que nos ha creado. Nadie puede dámoslo mejor, puesto que es todopoderoso».

3. *El imperio de Cristo por el de Satan*

«¡Oh criaturas rebeldes, oh pecadores... dictad vuestra sentencia!... ¿Qué merecen los que rehusan someterse a gobierno tan ventajoso y tan justo?... ¡Ay! ¿Qué merecen sino encontrar, en vez de un yugo agradable, uno de hierro; en lugar de un Señor legítimo, un usurpador violento...: en lugar... de la abundancia, el hambre, la sed, la desnudez y una extrema miseria?»

«¿Necesitaré declararos cuál es el enemigo que Dios suscitará contra vosotros?»

«Pues el que, habiéndose declarado enemigo y no pudiendo nada contra Él, se revuelve contra su Imagen y la destroza y la deshonra fingiéndose con su espíritu envidioso que está sacando su venganza. Es Satan con sus ángeles. Espíritus negros..., que no son capaces más que de esa negra y maligna satisfacción que encuentran los malos en

hallar cómpllces, los envidiosos en tener compafieros, los soberblos caidos en arrastrar a otros consigo». Ese Sata-nâs es comparado por Ezequiel con Faraôn, cuando se consuela de su derrota, al verse de pie en mltad de todo su ejército destrozado y muerto (Ez. 32,30-32).

4.º *Recuerda tu bautismo*

En sus exorcismos te dijeron: *Maledicte damnate*, y arrojaron de tí el poder de las tinieblas. *Da locum Deo vivo et vero*: el Imperio de Dios (cf. *Ritual del bautismo*, exorcismo).

Son pompas de Satanâs todo lo que corrompe la modestia, encanta los ojos y slrve de ostentaciôn y triunfo a la vanidad dei mundo, todo lo que parece ser grande, y no es nada.

Operatio eorum est hominis eversio (cf. Tertuliano. *Apolog. adv. gentes*, 22: PL 1,471). Tû que corrompes los prncipios de la religiôn y del temor de Dios con tus peligrosos donaires (era la época volteriana...), vosotras las que no sôlo presumis con vanidad y ostentaciôn, sino que, por asi decirlo, armâls (con adornos Incentivos) vuestra belleza corruptora del inocente...»

«Asi hemos vuelto a erigir este trono que habia sido derribado y este imperio de la inlquidad, corrompido el bautismo, borrado la cruz de Jesûs impresa en nuestra frente, rechazado esta unciôn santa, esta unclôn real que nos habia constituido reyes, cristos y ungldos por Dios; profanado el cuerpo y sangre de Cristo, y quén sabe si el orden sacerdotal. En fin, todos los misterlos del cristlanismo se han convertlido en juguete de los demonlos».

5.º *Peroraciôn*

El Sefior, «revestido de todos sus derechos contra los pecadores... vendrà a establecer a Crlsto en su trono... Habiamos nacldo para reyes... (Apoc. 5,10). Vuelve, ioh Jeremias!, renueva tus gemidos... ôNo nos avergonzamos de estos hlerros, nosotros a quienes Crlsto hlzo reyes?...»

«Renovemos el bautismo... Antes llamar la atenciôn que agradar demasiado. Antes despreclada que vana y soberbla, antes sola y abandonada que demasiado querlda y persegulda».

«ôDônde estâ el agua del bautismo? ¡Ah!, zambullâmonos en el agua de la penitencia... No salgamos de ella hasta que Jesûs nos llame y nos conduzca...»

B) El endurecimiento del pecador

A veces, el predicador tiene que enfrentarse con un problema concreto. Bossuet, el 1 de diciembre de 1669, predica delante de Luis XIV, que vivía ya en pleno escándalo. Su sermón, menos el anterior, es un no solamente por la delictuosidad sino por su santa libertad. Lo damos en un parrafo notable (cf. *Oeuvres de Bossuet* ed. Lébel, t.11 p.139-171; ed. Firmin-Didot, t.2, p.142-152).

a) Exordio

Hora est iam de somno surgere. En esta corte tan viva y preocupada, «la mayoría languidece en su corazón con letargia mortal... Solo vela realmente el que attende a su salvación... ¿Qué hay, por tanto, en este auditorio sino un pesado sueño?... He aquí por qué la Iglesia nos lee en la misa de este día la historia del último juicio»... Por eso yo os grito con San Pablo: *Hora est iam...*

b) Proposición

La causa de los pecados y desgracias de la humanidad es siempre la falta de consideración y vigilancia..., que, si es necesaria para prevenir la caída, es más necesaria todavía al pecador para levantarse de la ruina... Mil pasajes de la Escritura repiten: *vigilad...*

c) Primera parte: al endurecido

1 No pensar en Dios o en su justicia es una clase de ateísmo

Cuide el sensual no sea que Dios le abandone y le haga caer en el verdadero ateísmo.

Pero hay otro. El de los que no piensan en Dios, aun cuando creen en él. «Aquello en que no pensamos es como si no existiera para nosotros. Hay quienes dicen en su corazón que Dios no existe, que no le juzgan digno de que se piense en él seriamente... ¿Quién de nosotros no está entre éstos?» No hablo, dice Bossuet, a los criminales, sino a los que... Y enumera una larga lista de pecados de la corte.

2. tCreéis que Dios no os ve?

El que hizo el oído, éno va a oír? El que hizo el ojo, (,no va a ver? (Ps. 93,9). «Os abandonâls a la alegría y vivis en vuestras delicias criminales, sin sospechar siquiera que quien os lo prohíbe... vendrá de repente a turbar de manera terrible vuestros placeres con el rigor de su juicio...»

3. El porqué del endurecimiento

1. *¿Cómo podemos vivir sin darnos cuenta?*

Esta inconsciencia se explica por lo limitado de nuestro entendimiento, que no se ve más que a si mismo. Cuando estâmes llenos de ira, creemos que todos lo estân; cuando dormimos, creemos que todos tienen suefio. Cuando el pecador languidece en la ociosidad, el placer y la impenitencia, créé que Dios languidece también y duerme.

2. *Pero Dios no duerme*

«Aunque esas mujeres infieles y esos hombres corrompidos y corruptores se ocultan en las sombras de la noche..., serân descubiertos en el día prescribe».

3.º *El endurecimiento es el mayor castigo*

No quiero hablaros solo dei juicio e infierno, sino haceros ver, por si acaso la tranquilidad en que vivis os elega, que esa mayor tranquilidad es el más grande castigo... Dios a veces, a fuerza de estar irritado, guarda dentro de si mismo su cèlera, y el pecador, maravillado de lo constante de su prosperidad y del curso afortunado de sus asuntos, cree que no tiene que temer... Es el peor castigo... Es el sueño...

Dicen los Santos Padres que, cuanto más severo es el pecador consigo mismo, más blando es Dios para juzgarle (cf. Tertuliano, *De poenitent.*, 1.10: PL 1,1355). «Pero cuando tenemos la desgracia de estar de acuerdo con nuestros pecados..., nuestros males casi no tienen ya remedio»

Ved lo que suele acontecer. «Isaias nos presenta a Dios con la copa de la cèlera en la mano. *Tú que has bebido de la mano de Yavé el câliz de su ira...* (Is. 51,17)... Es un brebaje espumoso... que se sube a la cabeza de los pecadores... Beben un primer vaso, y la cabeza les comienza a dar vueltas..., es decir, que en el ardor de sus pasiones, la reflexièn, medio apagada, no engendra más que luces dudosas... Se ven las verdades de la religion... a través de una bruma. Es lo que se llama en la Escritura el *espíritu del vertigo* (Is. 19,14)... Pero todavia deploran sus debilidades... ¡Bebed, bebed, pecadores; bebed hasta la última gota!... ôQué encontrâis en el fonde?. *Tú que has apurado hasta las heces el câliz*

que aturde (Is. 51,17)... Caldos en medio de la calle, tan dormidos que parecían muertos (ibid., 51,20)... Imagen de los grandes pecadores, pierden todo conocimiento de Dios..., pecan sin escrúpulos, recuerdan sin pena, se confiesan sin compunción, recaen sin miedo, perseveran sin inquietud, y terminan por morir sin arrepentimiento... *Atesorândote ira* (Rom. 2,5)>.

d) Segunda parte: al perezoso

1. Texto sagrado

Velad, porque no sabéis cuándo llegará nuestro Señor (Mt. 24,42-44 y Le. 12,39ss).

1. Cristo desea sorprendernos

2. Único medio de evitar la sorpresa: vigilar.

«El tiempo imita de lejos a la eternidad, dice San Agustín» (*Enarrat. in Ps. 9,7: PL 36,120*). Y haciendo que un día se parezca a otro, no nos damos cuenta de que pasa. Las arrugas, achaques, etc., llegan poco a poco y no las advertimos. Por eso, *vigilad*.

2. Objeciones resueltas

Algunos desmienten a Dios y le dicen: Me adelantaré a tu cólera y me confesaré antes de morir. Esa hora es un secreto de Dios. Hasta el fin del mundo, a pesar de sus señales, cogera de improviso—la muerte está oculta en el aire, los alimentos, las mismas medicinas—, Dios dijo que su voluntad era esa. San Agustín comenta: *Latet ultimus dies ut observentur omnes dies* (*Serm. 39,1: PL 38,241*).

Aun cuando estuvierais seguros de vivir mucho, más fuerte será la costumbre de pecar. La misma vejez no templará la pasión. El orador recuerda a los ancianos acusadores de Susana (Dan. 13,10-19) y la vejez deplorable de Salomón (3 Reg. 11,4).

3. ¿Qué podréis convertirlos cuando queráis?

«Pero ¿qué razón más apremiante tendréis entonces...? ¿Habrá otro Jesucristo, otro Evangelio, otra fe, otra esperanza, otro paraíso, otro infierno?...» Desengañaos (y aquí parece hablar directamente al rey, encadenado por sus amores). «Cuando esa pasión que os domina ahora, cuando ese secreto tirano de vuestro corazón haya perdido su

dominio, no por eso seréis libres... Si no os vigilâls, lo unico que hard sera dar paso a otro viclo..., dejar un sucesor de su misma camada>...

4. Castigos actuales

Pone el ejemplo palaciego del que pasea con satisfacciôn por la corte sin saber que ya ha perdldo el favor real. La justicia de Dios también tiene sus secretos. A veces el pecador, sin saberlo, estâ ya condenado. Recuerda que la retirada de las gracias y el endurecimiento de los pecadores constituye su mayor castigo.

5. Peroraciôn

Muy larga esta vez. Se ve su deseo de mover a la corte y al rey. Pide que no sôlo le oigan, sino que plensen lo que ha dicho. Termina con este pârrafo, modelo en su género literario y en su santo atrevimiento:

«iOh gran rey, que habéis excedido a tantos y tan augustos predecesores vuestros; a quien vemos infatigablemente requerido por los grandes negocios de vuestro Estado, que abarcan los de toda Europa! Yo propongo a vuestro genio un trabajo mäs importante y un objeto mucho mäs digno de atenciôn: el servicio de Dios y vuestra salvaciôn. Porque ôde qué ha de serviros, Majestad, haber levantado a tan alta cima la gloria de vuestra Francia..., si, después de haber llenado el mundo con vuestro nombre y la historia con vuestros hechos, no os preocupâis ademäs de que estas obras valgan algo delante de Dios y merezcan ser escritas en el libro de la vida? èNo habéis visto, Seûor, en el evangelio del dia de hoy la extrafieza con que se alarma el mundo al ver acercarse el momento horrible en que Jesús aparecerâ con toda su majestad? Si los astros, los elementos, estas inmensas obras que la mano de Dios pareciô construlr para la eternidad, se ven amenazadas de ruina, ôqué serâ de las obras erigidas por los hombres? ôNo veis ese fuego... que devora en un dia ciudades, fortalezas, palacios y casas de recreo, arsenales, mârmoles, inscripciones, titulos e historias, y que convertirá primero en Hamas y después en cenizas los monumentos de los reyes? ôEn qué consiste la grandeza de lo que un dia no será mäs que polvo? Otros fastos hay que obrar y otros anales que escribir. Dios, sefiores, escribe el diario de nuestra vlda...>

IV. BOURDALOUE

La fe y la razón en el juicio de Dios

En 1670, ante Luis XIV, Bourdaloue dice que Cristo, en cuanto Rey, juzgará a subditos y reyes. La norma del juicio será argüir a los hombres según los dictados de su fe y razón, y expone los pecados de aquéllos como contrarios a ambas (cf. *Serm. para el Dom. I de Adv.* en *Los dos Advientos*, t.1, ed. en español de Bias Roman [Madrid 1776] p.42-67. El mismo texto puede verse también en *Obras del P. Bourdaloue: Adviento, Cuaresma, Dominicas*, trad. cast, de Rücker y Constancin [Valparaíso 1899], t.1 p.38-64).

A) Cristo, Juez en cuanto Rey

«Es una reflexión muy juiciosa de San Gregorio Nacianceno que nunca se le da a Jesucristo en el Evangelio el título de Majestad sino cuando se habla del juicio universal..., y es muy digno de notarse, según San Jerónimo, que este Hombre-Dios, que por tantos títulos era rey, no tomó este nombre sino en dos ocasiones. La primera, en presencia de Pilatos, es decir, al tiempo de su pasión, porque entonces comenzaba el juicio del mundo, según EU mismo había declarado: *Ahora es el juicio de este mundo* (Jo. 12,31). La segunda, en la descripción que nos hizo del mismo juicio..., donde no se significa a sí mismo sino con el nombre de Rey, porque entonces ejercerá plenamente la jurisdicción que le ha dado su Padre sobre todos los hombres. *Entonces dirá el rey...* (Mt. 25.34)».

«Tan propiamente les pertenece a los monarcas y a los soberanos el juzgar...»

B) La fe y la razón, acusadoras en el juicio

Dios es misericordioso por naturaleza, y nosotros le obligamos a ejercer su justicia. *Deus de suo optimo, de nostro iustus* (Tertuliano, *De resurr. carnis*, c.14: PL 2,858)... Nosotros mismos le forzamos a que así sea; «en una palabra, que cuando nos juzgare no nos juzgará sino por nosotros mismos»...

«Reparo que hay en nosotros dos cosas que tienen una relación necesaria con el juicio de Dios: la una es nuestra fe y la otra nuestra razón... La fe es una luz sobrenatural que recibimos de Dios después de haber nacido, y la razón es una luz natural que hemos recibido en nuestro nacimiento. Pues por estas dos reglas principales que deben dirigirnos

en el gobierno de nuestra vida, por estas dos luces..., nos juzgará Dios. Como a cristianos, por la fe; como a hombres, por la razón».

C) La fe, acusadora en el juicio

«Sus palabras son terminantes. *No venséis que vaya yo a acusaros ante mi Padre; hay otro que os acusará, Moisés...* (Io. 5,45)... Como si les dijera: esta ley, esta religión, son las que en el juicio de Dios se han de levantar contra vosotros. Pero lo que a ellos les decia, cristianos, por diferente razón es verdad respecto a nosotros, porque, además de los libros de Moisés..., tenemos un evangelio..., y este evangelio, si lo consideramos bien, no es más que una acusación permanente de nuestra vida...

»... Esto es lo que el Apóstol nos quiso explicar en aquel lugar admirable... donde, hablando del juicio último, dice que habrá un conflicto entre los pensamientos de los hombres, y que estos pensamientos se acusarán y se defenderán mutuamente en aquel día en que Dios, escudrinador de los corazones, sacará a luz los secretos ocultos. *Entre si unos y otros se acusan o se excusan. Asi se vera el dia en que Dios... juzgará las aedones secretas de los hombres* (Rom. 2.15-16)».

... Porque, mientras su fe le dice: tu has creído una cosa, su conciencia recordará: es otra la que has hecho... La fe se declarará contra la conciencia culpable. y ésta intentará defenderse contra la fe. Hallándose opuestos estos dos pensamientos. formarán la más legal de las acusaciones...

Tertuliano afirma que el alma se rebela contra Dios cuando la condena, y contra su fe, cuando le dice «como irrecusable testigo: realmente, tú creías en El, mas no cuidaste de agradarle; tú habías renunciado al mundo como cristiano, pero no dejaste de ser esclavo suyo: tú detestabas los idolos de madera o piedra, pero dentro del cristianismo te construiste idolos de carne» (Tertuliano, *De testim. animae*: PL 1.682SS).

D) La fe dicta sentencia

«El que créé... desde este mismo momento se juzga a si mismo..., porque o habrá vivido según su fe y religión, y entonces solamente esta última le justificará; o su vida no habrá correspondido a su fe. y, en este caso, su fe sola le condenará... ¿Y en qué términos?... En los mismos citados tantas veces en el Evangelio... ¿Qué cosa hay más repetida

en él que las maldiciones y anatemas fulminados por Jesucristo?... ¿Y qué son éstos sino otras tantas sentencias de la condenación futura de los pecadores... preparadas de antemano?... Cuando leemos: *¡Ay dei mundo por los escândalos!* (Mt. 18,7), *¡Ay..., hipócritas!*... (Ibid., 23,13ss). ¡Infelices de vosotros los sensuales..., desgraciados los ricos, soberbios e insensibles a la miseria de los pobres; ay de vosotros los políticos del siglo, hipócritas, que no tenéis sino una muestra vana y una apariencia falsa de virtud!...»

E) La razón, acusadora en el juicio

Además de la fe tenemos la razón, que nos gobierna y subsiste aun después del pecado... Nosotros la atropellamos abiertamente, nos rebelamos contra ella, y Dios hará que se levante acusándonos. No queremos escuchar la razón cuando nos habla, y nos veremos obligados a oírla. Forjamos pretextos para subyugarla a nuestra pasión; Dios desvanecerá esos pretextos... Estos tres puntos, según la doctrina de San Bernardo (cf. *Tract, de grad. superb.*, c.19: PL 182,968), son los tres principales grados de soberbia...

«Pecamos contra todas las luces de la razón, y por aquí empezará Dios a juzgarnos... Y en esta ocasión nos mostrará aquella serie horrorosa de vicios, cuyo número exponía San Pablo a los Romanos (Rom. 1,28-31), y de los cuales acusaba a los filósofos...: obscenidades..., injusticias, violencias...»

V. COLUMBA MARMION

La obra de Cristo

Columba Marmion. en *Jesucristo, vida del alma* (cf. trad, por E. V. G. 4.ª ed., Barcelona), y en *Jesucristo en sus misterios* (cf. trad, por E. V. G. 3.ª ed., Barcelona), desarrolla la idea de que la vida cristiana consiste en reproducir la del Señor. El triunfo final de Cristo estaba en presentar al Padre su Iglesia totalmente asimilada a Él en el día del juicio, en que será glorificado por la consumación de su obra.

A) Cristo pide su glorificación

Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora tú, Padre, glorifícame a mí... Padre, los que tú me has dado, quiero que

donde esté yo estén ellos también conmigo (lo. 17,4 y 24). «Cristo plde, en primer término, que su santa humanidad sea participe de esa gloria... Después, como Cristo no se separa nunca de su cuerpo místico, ruega que todos aquellos que creen en El sean asociados a su triunfo» (*Jesucristo, vida del aima*, p.2.a c.13).

B) Cual es la obra de Cristo

a) La obra de Cristo es traer la vida divina

Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante (lo. 10,10). Toda la santidad consiste en reclblr la vida divina de Cristo y por Cristo, que la posee en toda su plenitud. La santidad constituye un misterio de la vida de Dios recibida y comunicada. «El Verbo la recibió en la etemidad». *Hoy te he engendrado yo* (Ps. 2,8). *Pues así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dió también al Hijo tener la vida en sí mismo* (lo. 5,26). «Pero este Hijo... por naturaleza... no aparece en el mundo, sino para llegar a ser el primogénito de todos los que le han de recibir (Rom. 8,29). De manera que la misma vida divina que emana al Hijo, que pasa del Hijo a la humanidad de Jesûs, circularâ por medio de Cristo en todos aquellos que la quieran aceptar» (Ibid., p.1.a c.1 a.1).

b) En que consiste la vida divina y su participaciôn

La vida es el movimiento determinado por principios intrinsecos. (Cuanto mâs intrinsecos sean, mâs noble y mâs indépandante en su operaciôn resulta la vida. Por ello, la intelectual del hombre es mâs noble que la puramente vegetatlva de las plantas.) La de Dios consiste, pues, en entenderse y amarse a sí mismo. en su vislôn y amor beatlficos (*Summa Theol.*, 1, q.18 a.3).

Nuestra vida divina estâ constituida por la participaciôn en ese modo propio de Dios de entender y amar, mediante la caridad y la fe, elevadas por la gracia. *Esta es la vida cterna, que te conozcan a ti, ûnico Dios verdadero...* (lo. 17,3). Con ello nos preparamos para el conocimiento intuitlvo y el amor de Dios, que perteccionsjûn la participaciôn que se nos otorga.

... :

İJ
■S
ii!
|J
JJ

Bij

SB
Bij
■1
U|

C) La obra se cumple en el cielo

a) Esta vida en la tierra no esta más que en germen

1. Porque puede perderse

«En los planes de Dios... esta vida es, por su naturaleza, inmortal; pero podemos, no obstante, perderla y recaer en la muerte por el pecado».

2. Porque admite desarrollo

«No debemos olvidar que esta vida divina... solamente la recibimos en germen; tiene que crecer y desarrollarse... y sostenerse incesantemente para acercarnos al divino modelo».

Así cada día, dice San Pablo, el hombre... natural se aproxima más a la muerte; por el contrario, el hombre interior, que ha recibido la vida, mediante el nacimiento sobrenatural del bautismo... recreado... en la justicia de Cristo..., se renueva de día en día (2 Cor. 4,16): *Por lo cual no desmayamos, sino que mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de día en día* (2 Cor. 4,16)

b) LA vida sobrenatural tiene su perfección en LA GLORIA

Carísimos, ahora somos hijos de Dios... Cuando aparezca Dios, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es (1 Jo. 3,2). Entonces el Padre reconocerá en nosotros los rasgos de su Hijo muy amado y pondrá en nosotros sus complacencias... *Cuando se manifieste Cristo, nuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con El* (Col. 3,4). La fe se convierte en visión. *Al presente conozco solo en parte, entonces conoceré como soy conocido* (1 Cor. 13,12). «Veremos a Cristo Jesús..., que quiso ser nuestro hermano mayor... A El le cantaremos...: Con tu sangre, Señor, nos has rescatado; nos hiciste reinar con Dios en su reino...» (Apoc. 5,9).

«Ver a Dios como El es, viene a ser el primer elemento de esa participación de la naturaleza divina que constituye la vida bienaventurada... Pero amaremos a Dios igualmente... Si aun en este valle de lágrimas, en donde... tenemos... que luchar y llorar, el amor es ya tan fuerte en dertas aimas..., ¿qué será ese amor cuando se abraza con el Bien infinito?...» (p.2? c.13 a.1).

D) Ultima victoria y presentacion al Padre

Victoria sobre la muerte.—Gozaremos de Dios. En la cruz Cristo triimfô sobre la muerte. Desde entonces vive una vida perfecta en todo su esplendor. *La muerte no tiene va dominio sobre El* (Rom. 6,9). Pero, lo mismo que resucitô El, también nos resucitarâ a nosotros en el dia del juicio. *Y nos resucitô y nos sentô en los cielos por Cristo Jesus...* (Eph. 2,6).

El dia del juicio sera la manifestaciôn del triunfo. «Luego vendra el fin, en que Cristo entregará al Padre el reino conquistado con sus merecimientos... La muerte sera el ultimo enemigo derrotado...» Entonces, resucitados los muertos, y entre el sonido de las trompetas angélicas, «Cristo poseerâ a esa Iglesia, a la que tanto amô y por la que diô su vida para que fuese gloriosa...» (Eph. 5,27), y mostrarâ al Padre la multitud de los escogidos.

En este dia Cristo se préSENTa triunfador con los santos y puede decir que realmente ha terminado su obra. *Oi una vos como de gran muchedumbre y como voz de muchas aguas... que decia... Alleluia: porque ha establecido su reino el Señor Dios... Alegrémonos, porque... han llegado las bodas del Cordero (Cristo) y su esposa (la Iglesia triunfante) está dispuesta y fuéle otorgado revestirse de lino, brillante y puro* (Apoc. 19,6-8).

«¡Oh, qué espectâculo tan glorioso sera ver ese reino sometido a Jesús, contemplar la obra de su sangre y de su gracia ofrecida al Padre celestial por el mismo Jesucristo!... ¡Qué alegría poder formar parte de ese reino, junto con Maria y los ângeles!... Entonces si que podrâ Jesús volver a decir con toda verdad: *Padre, he terminado la obra que me encomendaste* (lo. 17,4); entonces tendrân realidad cumplida los anhelos... de su corazôn sagrado en la última Cena...» (p.2.a c.13 a.2).

«No digamos que un grado mäs o menos de gloria no nos interesa. ôHay algo que no importe cuando se trata... de una dicha y una vida sin fin, de las que Dios es la misma fuente?...» ôTan menguado es nuestro amor a Cristo, que le regateamos la gloria que ha de tener el dia de su triunfo? Su gloria serâ nuestra santidad (ibid., a.3).

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

SOBRE LA EPISTOLA

A) «*Es hora de levantarnos del sueño*»

a) La doctrina social de la Iglesia es clara Y OBLIGATORIA

La doctrina social de la Iglesia es clara en todos sus aspectos. Es obligatoria. Ninguno se puede apartar de ella sin peligro para la fe y para el orden moral. No es, pues, lícito a ningún católico, ni mucho menos a los que pertenecen a vuestras organizaciones, prestar adhesión a teorías y sistemas sociales que la Iglesia ha repudiado o a propósito de los cuales ha puesto en guardia a sus fieles (Pío XII, *A la Acción Católica Italiana*, 29 de abril de 1945).

b) DE DONDE SERIA CONDENABLE UN AISLAMIENTO EGOISTA, CUANDO LA GRAVEDAD DEL MOMENTO EXIGE LA COLABORACIÓN DE TODOS

Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta *aislacionismo* cuando es testigo de las necesidades y miserias de sus hermanos; cuando le llegan los gritos de socorro de los desheredados de la fortuna; cuando conoce las aspiraciones de las clases trabajadoras hacia unas condiciones de vida más razonables y justas; cuando se da cuenta de los abusos de una concepción económica que pone el dinero por encima de los deberes sociales; cuando no olvida las desviaciones de un intransigente nacionalismo, que niega o conculca la solidaridad, que impone a cada uno múltiples deberes para con la gran familia de las naciones (Pío XII, *Radiomensaje de Navidad de 1948*).

c) Ni reserva, pues, ni fría indiferencia ; intervencião
EN LOS PROBLEMAS SOCIALES

La fidelidad dei católico al divino patrimonio de la verdad, legado por Jesucristo al magisterio de la Iglesia, de ningun modo le condena a recelosa reserva o a una fría indiferencia frente a los graves y urgentes deberes de la hora présente, como no pocos creen o fingen creer.

Por el contrario, el espíritu y el ejemplo del Señor, que vino para buscar y salvar lo que estaba perdido; el precepto del amor y, en general, el sentido social que irradia de la Buena Nueva; la historia de la Iglesia, que demuestra como ella ha sido siempre el más firme y constante sostén de todas las fuerzas del bien y de la paz; las enseñanzas y exhortaciones de los Romanos Pontífices, especialmente en el decurso de los últimos decenios, sobre la conducta de los cristianos para con el prôjimo, con la sociedad y el Estado, todo ello proclama la obligaciôn del creyente de preocuparse, segun su condiçôn y posibilidades, con desinterés y con valor, de las cuestiones que un mundo atormentado y agitado debe resolver en el campo de la justicia social, no menos que en el orden intemacional del derecho y de la paz (Pïo XII, *Radiomensaje de Navidad de 1948*).

d) NO ES HORA DE LAMENTOS, SINO DE ACCION

No lamentos, sino acciôn, es el precepto de la hora présente; no lamentos sobre lo que es o lo que fué, sino reconstrucciôn de lo que surgira y debe surgir para bien de la sociedad. Toca a los mejores y más selectos miembros de la cristiandad, penetrados de un entusiasmo de cruzados, el reunirse en espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de «Dios lo quiere», prestos a servir, a sacrificarse. como los antiguos cruzados (Pio XU, *Mensaje de Navidad de 1942*).

e) Es HORA DE DESPERTAR DEL SUEffo, PORQUE SE ACERCA
NUESTRA SALVACIÔN

Y ahora ha llegado el tiempo. amados hijos. Ha llegado ya el tiempo de realizar los pasos definitivos; es el momento de sacudir el funesto letargo ; es la hora de que todos los buenos, todos los que se preocupan de los destines dei mundo, se unan y aprieten sus filas; es el momento de repetir con el Apôstol: *Hora est iam nos de somno surgere* (Rom. 13,11): ¡Es hora de despertarnos del suefio, porque esta cerca nuestra salvaciôn! (Pfo XII. *Exhortaciôn pontificia a los fieles de Roma*, io de febrero de 1952, n.6: «Ecclesia», n.553, 16 de febrero de 1952, p.5).

B) «Nuestra salud esta ahora mäs cercana»

a) Todos suspiran por un orden nuevo, pero especial-
MENTE LOS TRABAJADORES

1. Aspiración resuelta

Es verdad que las varias partes, divergentes en las ideas y en los fines, concuerdan, sin embargo, en la aspiración de un nuevo orden y no creen posible o deseable un puro y simple retomo a las condiciones anteriores.

2. Con mayor agudeza en los que
viven del trabajo

Ninguno podrá maravillarse de que este anhelo aguijoneado se deje sentir con mayor agudeza en medio de aquellas numerosas clases que viven del trabajo de sus manos, siempre obligadas, en paz y guerra, a saborear mäs que otros el amargor de las desarmonias economicas estatales e internacionales, y menos se asombrará la Iglesia, que, siendo madre común de todos, siente y comprende mejor el grito que espontaneamente exhala la atormentada Humanidad (Pio XII. *Mensaje de Navidad de 1940*: Nueva Colección de Encíclicas, p.4

b) Hay que rehacer el mundo, desde sus cimientos, bajo
LA GUÍA DE LA IGLESIA

Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos; lo que es preciso transformar de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios. Millones y millones de hombres daman por un cambio de ruta y miran a la Iglesia de Cristo como a poderoso y único timonel que, respetando la libertad humana, pueda ponerse a la cabeza de tan grande empresa, y suplican con palabras clarísimas que sea ella su guía: y mäs aún. con lágrimas ya derramadas, con las heridas todavía sangrantes, señalando los inmensos cemenierios que el odio organizado y armado ha extendido sobre los continentes (Pio XII, *Exhortation pontificia a los fieles de Roma*. 10 de febrero de 1932. n.7: «Ecclesia», n.553. 16 de febrero de 1952. p.5).

**C) NO ES BUEN CAMINO RESOLVER SÓLO LOS PROBLEMAS
ECONÓMICOS Y NO LOS MORALES**

En opinión de algunos. la llamada «cuestión social» es solamente económica. siendo. por el contrario, ciertísimo que es principalmente moral y religiosa, y por esto ha de resolverse en conformi-

dad con las leyes de la moral y de la religion. Aumentad el salario al obrero, disminuïd las boras de trabajo, reducid el precio de los alimentos; pero si con esto dejâis que oïga ciertas doctrinas y se mire en ciertos ejemplos que inducen a perder el respeto debido a Dios y a la corrupciôn de las costumbres, sus mismos trabajos y ganancias resultarán arruinados. La experiencia cotidiana ensena que muchos obreros de vida depravada y desprovistos de religion viven en deplorable miseria, aunque con menos trabajo obtengan mayor salario. Alejad del alma los sentimientos que infiltrô la educaciôn cristiana, quitad la prevision, modestia, parsimonia, paciencia y las demâs virtudes morales, e inûtilmente se obtendrâ la prosperidad, aunque con grandes esfuerzos se pretenda (Leôn XIII, *Graves de communi*, 1901).

d) NUESTRA VIDA, INCLUSO EN EL ORDEN RELIGIOSO, PECA
MUCHO DE EGOÏSTA

«Si todos, en todas partes y siempre, observaran esta ley, pronto volveria a sus limites ne la equidad y de la justa distribuciôn, no solo la producciôn y adquisiciôn de las cosas, sino también el consumo de las riquezas, que hoy con frecuencia tan desordenado se nos ofrece; al egoismo, que es la mancha y el gran pecado de nuestros dias, substituiria en la prâctica y en los hechos la ley suavisima, pero a la vez efficacisima, de la moderation cristiana, que manda al hombre buscar pr.mero el reino de Dios y su justicia (Mt. 6.33), porque sabe ciertamente, por la segura promesa de la liberalidad divina, que los bienes temporales le serán dados por afiadidura en la medida que le hicieren falta» (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, 55).

C) «y vistamos las armas de la luz»

a) Para resolver el problema se requière la prâctica
DE LAS VIRTUDES

Pero si considérâmes este asunto mâs diligente e intimamente. claramente descubriremos que a esta restauraciôn social tan deseada debe précéder la rénovation profunda del espiritu cristiano, dei cual se han apartado desgraciadamente tantos hombres dedicados a la economia (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n.52: Nueva Colecciôn de *Enciclicas*, p.621).

b) Y LA RESTAURACIÔN DE LAS COSTUMBRES CRISTIANAS

Den leyes y ordenanzas previsoras los que gobiernan los Estados; tengan presenten sus deberes los ricos y los amos; esfuércense. como es razôn, los proletarios cuya es la causa, y puesto que la religiôn, como al principio dijimos. es la ûnica que puede arran-

car de ralz el mal, pongan todas las miras principalmente en res-
laurar las costumbres cristianas, sin las cuales esas mismas annas
de la prudencia, que se lienen como muy idôneas, valdrân muy
poco para alcanzar el fin deseado (Leôn XIII, *Renan Novaruin*,
n.45: Nueva Colecclôn de Enciolicas, p.579).

D) uAndemos decentemente»

a) Sobre todo, race falta abnegaciôn, sacrificio Y HEROÏSMO

Hay que reconocer que el ser fieles siempre y on todas partes,
sin reservas y sin transiciones, a los mandamlentoR de la ley de
Dios, plde dia tras dia un dominio de si mismo, un esfuerzo cons-
tante y una abnegaciôn que llega a voces hasta el heroismo, que
es precisamente la característica dei testimonio sangriento (Pfo XII,
Normas a los grupos Italianos del Renacimiento Cristiano: «Eccle-
sia», vj [19471 117).

b) En LOS MISMOS OBREROS SE REQUIERE MODERACIÔN

Consideraremos las cosas prècticamente y con toda slnceridad.
Hay por todas partes una sensaciôn de malcstar y de disgusto. El
trabajador no esta contento con su suerte y con la de su familia.
Asegura que lo que gana no es proporcionado a sus necesidades.
Nadie como la Iglesia ha defendido y deflende las Justas peticio-
nes de los trabajadores. Pero semejante desproporciôn e insuû-
clencia, jse debe siempre y ûnlcamente a la escasez de lo que
se gana? ôNo entra en ella para nada el aumento de las necesi-
dades? Sln duda nlnguna que hay necesidades que tienen que ser
satisfechas urgentemente. Los alimentos, el vestlido, la habitadôn.
la Mucaciôn de los hijos, lo necesario para el aima y para el cuer-
po. Pero queremos aludlr a otras exigendas que demuestran de
qué manera la moderna y anticrlstiana ansia desenfrenada de
placer y la despreocupaciôn tienden a penetrar también en el
mundo obrero. Las arduas circunstandas econômicas del tiempo
de guerra hlcleron perder hasta la posiblilldad de ahorro. Pero hoy
todavia no se ha vuelto a su sentido ni a su idea (*Discurso del
iva a las Asociaciones Catôlicas de Trabaia dorcs Italianos*, 29 eV
junio de 1948: «Ecclesia», n.JGô, 10 de Julio de 1948, p.6>.

C) SUFRIR y PADECER es la SUERTE DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA

Sea, pues, el primer principio, y como la base de todo. que no
hay màs remedio que acomodarse a la condiciôn humana, que en
la sodedad civil no pueden ser iguales los altos y los bajos. AfA-
nanse, es verdad, por ello los socialistas, pero es en vano y contra
la naturaleza misma de las cosas ese afAn. Porque ha puesto en

los hombres la naturaleza misma grandísimas y muchas desigualdades. No son iguales los talentos de todos, ni igual el ingenio, ni la salud, ni las fuerzas; y de la necesaria desigualdad de estas cosas sigue espontáneamente desigualdad en la fortuna. Lo cual es claramente conveniente a la utilidad, así de los particulares como de la comunidad; porque necesita para su gobierno la vida común de facultades diversas y oficios diversos; y lo que hacia ello principalmente mueve a los hombres es la diversidad de la fortuna de cada uno. Y por lo que toca al trabajo corporal, ni aun en el estado de inocencia había de estar el hombre completamente ocioso; mas lo que para esparramamiento del Animo habría entonces buscado libremente la voluntad, eso mismo después por necesidad, y no sin fatiga, tuvo que hacer en expiación de su pecado... Y del mismo modo no han de tener fin en este mundo las otras penalidades, porque los males que al pecado siguieron son Asperos de sufrir, duros y difíciles, y de necesidad han de acompañar al hombre hasta lo último de su vida. Así que sufrir y padecer es la suerte del hombre, y, por más tentativas que el hombre haga, con ninguna fuerza, con ninguna industria podrá arrancar enteramente de la vida humana estas incomodidades. Los que dicen que lo pueden hacer, los que al desgraciado pueblo prometen una vida exenta de toda fatiga y dolor y regalada con holganzas e incesantes placeres, lo inducen a error, lo engañan con fraude, del cual brotarán algún día males mayores que los presentes. Lo mejor es mirar las cosas humanas como son en sí y, al mismo tiempo, buscar en otra parte... el remedio conveniente a estas necesidades (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 14).

d) IGUALDAD ESENCIAL DE TODOS LOS HOMBRES Y DESIGUALDADES INDIVIDUALES DERIVADAS DE LA DIFERENCIA DE CAPACIDADES

Nadie duda ser todos los hombres iguales, si se mira a su común origen y naturaleza, al fin último a que todos están encaminados y a los derechos y obligaciones que de ello emanan; mas como no pueden ser Iguales las capacidades de los hombres, y distan mucho uno de otro por razón de las fuerzas corporales o del espíritu, y son tantas las diferencias de costumbres, voluntades y temperamentos, nada más repugnante a la razón que el pretender abarcarlo y confundirlo todo y llevar a las leyes de la vida civil tan rigurosa Igualdad. Así como la perfecta constitución del cuerpo humano resulta de la Juntura y composición de miembros diversos, que, desemejándose de forma y funciones, atados y puestos en sus propios lugares, constituyen un organismo hermoso a la vista, vigoroso y apto para bien funcionar, así en la humana sociedad es casi Infinita la semejanza de los individuos que la forman; y si todos fueran iguales y cada uno se ríera a su arbitrio, nada habría más deforme que semejante sociedad; mientras que si todos, en distinto grado de dignidad, oficios y aptitudes, armoniosamente conspiren al bien común, retratarán la Imagen de una ciudad bien constituida y según la plan de la naturaleza (León XIII, *Humanum genus*, 23).

e) El Papa deplora el crecimiento de un lujo inmoderado
Y MATERIALISTA, QUE CONTRASTA CON LA MISERIA DE MUCHOS

Pero no podemos hablar de placeres y comodidades sin quejarnos y déplorar los gastos de un credente lujo intolerable, que choca âsperamente con la miseria y la indigencia de muchos. El lujo y el ansia de placeres son consecuencia de una concepción y una práctica de la vida manchada de materialismo y crean costumbres correspondientes a tal materialismo. ¿Acaso podría ocurrir de otro modo? Porque cuando el hombre pierde la conciencia de su dignidad, cuando en sus obras abandona la moderación y el equilibrio, cuando no valora lo que es espiritual, sobrenatural y eterno, lejos de considerarlo fuente de verdadera felicidad, entonces se deja llevar por la avaricia y la desenfrenada apetencia de bienes terrenos, y, en lugar de reverenciar a Dios y a su Majestad divina, se cultiva en substitución suya la técnica y la fuerza bruta y ciega (Pío XII, *Discurso a los cardenales, arzobispos y obispos que asistieron a la proclamación del dogma asuntionista*: «Ecclesia», n.488 18 de noviembre de 1950, p.6).

f) POR ESO EXHORTA A LA ABSTINENCIA Y A LA ABNEGACIÓN
GENEROSA Y VOLUNTARIA

Pero no es lícito que la alegría de la vida traspase los límites de lo justo y de lo honesto.

Contra esta clase de incontinencia, exhortamos e impelimos a todos a que, en la abstinencia cristiana y en la abnegación de sí mismos, avancen voluntariamente más allá de lo que prescriben las leyes morales, cada uno según sus propias fuerzas, según el estímulo de la gracia divina y según lo permita el cargo que desempeñe (ibid.).

g) Y QUE HA DE COMENZAR, ANTE TODO, EN LOS MISMOS
APÓSTOLES Y SACERDOTES

También para nosotros resuena, como para los primeros Cristianos, la exhortación del apóstol Pablo: *Suplico en mí como lo que falta a las tribulaciones de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia* (Col. 1.24). ¿Tenemos o no? sufrir todo como dice? el mismo Apóstol. *con ; .cientia... en fatigas, en desvelos, en ayunos.... con caridad sincera* (2 Cor. 6.4-6), para edificación del reino de Dios. ¿No suena como expresamente dicho a los sacerdotes (1 Cor. 9.27): *Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea a?, liabiendo si lo lierais a los otros, resuite yo descalificado?* (ibid.).

E) u Vestios dei Senor Jesucristo))**a) Todos los deberes pueden reducirse al de la caridad
Y LA JUSTICIA BIEN ENTENDIDAS**

Si, pues, segûn el Apostol (Rom. 13,8-9), todos los deberes se reducen al unico precepto de la verdadera caridad, también se reducirân a él todos los que son de estricta justicia, como el no matai' y el no robar; una caridad que prive al obrero dei salario a] que tiene estricto derecho, no es caridad, sino un vano nombre y una vacia apariencia de caridad. Ni el obrero tiene necesidad de recibir como limosna lo que le corresponde por justic:a, ni puede pretender nadie eximirse con pequefias dâdivas de misericordia de los grandes deberes impuestos por la justicia. La caridad y la justicia imponen deberes, con frecuencia acerca del mismo objeto, pero bajo diversos aspectos; y los obreros, por razén de su propia dignidad, son justamente muy sensibles a estes deberes de los demás que dicen relaciôn a ellos (Pio XI, *Divini Redemptoris*, n.49: Nueva Colecciôn de Enciclicas, p.666).

**b) El contraste entre la miseria de muchos y EL lujo
INMODERADO DE OTROS ESTÁ EN PUGNA CON EL PRECEPTO DE LA
CARIDAD CRISTIANA**

Pero cuando vemos, oor un lado. una muchedumb"e de indigentes que, por causas ajenas a su voluntad, estân realmente oprimidos por la miseria; y por otro lado, junto a ellos, tantos que se divierten inconsideradamente y gastan enormes sumas en cosas inûtiles. no pod°mos menus de reconocer con dolor cue no sAló no es bien observada la justicia. sino que tampoco se ha profuudizado lo suficiente en el precepto de la caridad cristiana, ni se vive conforme a él en la prâctica cotidiana. Deseamos, pues..., que sea mâs y mâs explicado, de palabra y por escrito, este divino precepto. precioso distintivo dejado por Cristo a sus verdaderos discipulos; este precepto oue nos ensefia a v°r en los oue sufren a Jesûs mismo y nos obliga a aman a nuestros hermanos como el divino Salvador nos ha amado, es decir, hasta el sacrificio de nosotros mismos, y si es necesario aun de la propia vida. Mediten todos a menudo aquellas palabras, consoladoras por una parte, pero terribles por otra. de la sen^ncia que TWiJirirâ el Juez supremo en el dia del juicio final (Pio XI. *Divini Redemptoris*, 47).

**c) ESPECIALMENTE en LA CARIDAD HAY QUE BUSCAR
LA SOLUCIÓN**

Porque la salud que se desea principaimente se ha de esperar de una grande efusiôn de caridad, es decir, la caridad cristiana, en que se compendia la ley de todo el Evangelio, y que. dispuesta

siempre a sacrificarse a si propia por el bien de los demás, es al hombre, contra la arrogancia del siglo y el desmedido amor de si. antídoto cerísimo, virtud cuyos oficios y divinos caracteres describió el apóstol San Pablo con estas palabras (1 Cor. 13,4-7): *La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha...; todo lo espera, todo lo soporta* (León XIII, *Rerum Novarum*, n.45: Nueva Colección de Encíclicas, p.580).

d) El prejuicio de que la Iglesia esta de parte de los
EXPLOTADORES DE LOS OBREROS SE DESTRUYE CON LA PRÁCTICA
DE LA AUTÉNTICA CARIDAD

Nos referimos a esa caridad cristiana, *paciente y benigna* (1 Cor. 13,4), que evita toda apariencia de protección envilecedora y toda ostentación; esa caridad que desde los comienzos del cristianismo ganó para Cristo a los más pobres entre los pobres, los esclavos; y damos las gracias a todos aquellos que en las obras de beneficencia, desde las Conferencias de San Vicente de Paul hasta las grandes y recientes organizaciones de asistencia social, han ejercitado y ejercitan las obras de misericordia corporal y espiritual. Cuanto más experimenten en si mismos los obreros y los pobres lo que el espíritu de amor, animado por la virtud de Cristo, hace por ellos, tanto más se despojarán del prejuicio de que el cristianismo ha perdido su eficacia y que la Iglesia está de parte de quienes explotan su trabajo (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 46).

e) La verdadera union de todos en aras del bien común
SOLO SE ALCANZA CUANDO TODAS LAS PARTES DE LA SOCIEDAD
SE SIENTEN MIEMBROS DE UNA GRAN FAMILIA

La verdadera union de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten intimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial; más aún. un solo cuerpo en Cristo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros (Rom. 12.5); por donde, si *un miembro padece, todos los miembros padecen con él* (1 Cor. 12.26). Entonces los ricos y demás directores cambiarán su indiferencia habitual hacia los hermanos más pobres en un amor solícito y activo, recibirán con corazón abierto sus peticiones justas y perdonarán de corazón sus posibles culpas y errores. Por su parte, los obreros depondrán sinceramente ese sentimiento de odio y envidia. de que tan hábilmente abusan los propagadores de la lucha social, y aceptarán sin molestia el puesto que les ha señalado la divina Providencia en la sociedad humana, o mejor dicho, la estimarán mucho. bien persuadidos de que colaboran útil y honrosamente al bien común. cada uno según su propio grado y oficio. y que siguen así de cerca las huellas de aquel que siendo Dios quiso ser entre los hombres obrero y aparecer como hijo de obrero (Pío XI. *Quadragesimo Anno*, 56).

f) El materialismo, contra el amor y la justicia

Mientras el derecho allana el camino del amor, el amor mitiga el derecho y lo sublima. Ambos elevan la vida humana a aquella atmôsfera social en donde, aun en medio de las deficiencias, impedimentos y durezas de esta vida, se hace posible una fraterna convivencia. Pero suponed que el malvado espíritu de ideas materialistas domine, que la tendencia al poder y al atropello concentre en sus rudas manos las riendas de los sucesos, y veréis entonces desaparecer cada día más los efectos disgregadores, desaparecer el amor y la justicia, triste presagio de amenazadoras catástrofes sobre una sociedad apóstata de Dios (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, 25).

SOBRE EL EVANGELIC)

A) «Y sobre la tierra perturbacion de las naciones»

21) LA GRAVEDAD DEL PROBLEMA TIENE SUSPENSOS A TODOS

La cual guerra cuánta gravedad entraña se colige de la viva expectación que tiene los ánimos suspensos, y de lo que ejercita los ingenios de los doctos, las juntas de los prudentes, las asambleas populares, el juicio de los legisladores, los consejos de los príncipes; de tal manera que no se halla ya cuestión ninguna, por grande que sea, que con más fuerza que ésta preocupe los ánimos de los hombres (León XIII, *Rerum Novarum*, n.1: Nueva Colección de Encíclicas, p.544).

£ i

b) Pero la Iglesia nada teme

En un tiempo como el nuestro, agitado y agitador; en un tiempo en que la verdad y el error, la fe en Dios y la negación de Dios, la supremacía del espíritu y el predominio de la materia, la dignidad humana y la abdicación de esta dignidad, la ordenación de la razón y el caos de la irracionalidad, se enfrentan en toda la superficie del globo en lucha definitiva, la misión de la Iglesia y de su cabeza visible no puede desarrollarse ni cumplirse con la bendición del cielo. sino bajo el lema «Terrena non metuit». ¡Tener miedo! ¿Y de qué? Entonces ¿es que no somos fuertes? ¿Es tal vez imposible superar el choque entre los discípulos y los enemigos de Cristo? La Iglesia sufre pensando en el daño que sus adversarios se hacen a sí mismos, el daño que hacen a tantas almas pequeñas, frágiles e ignorantes, a las que son causa de escándalo y ruina (Pío XI, *Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio*, 2 de junio de 1943).

c) La lucha solo sirve para FORTALECERLA A ELLA
Y A LOS CRISTIANOS

Las duras pruebas que la Iglesia ha soportado como consecuencia de la guerra y de la posguerra, las dolorosas pérdidas y los graves daños que la han ailigido, solo han conseguido hacer más vigorosa y alentadora su energía y su firmeza; batida por las tempestades y por el oleaje, ha conservado intacta, incolume, la sustancia vital, y en todos los pueblos donde el profesar la fe católica equivale a sufrir persecución se han encontrado y se encuentran *hombres valientes* que, impavidos en medio de los sacrificios, de las proscripciones y de los tormentos, intrepidos ante las cadenas y la muerte, *no doblan su rodilla ante su ídolo Baal* (3 Reg. 19.13 . del poder y de la fuerza bruta (Pío XU, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1948*).

d) NO CASE LA PEREZA NI LA FUGA, SINO LA LUCHA
POR LA FUTURA SOCIEDAD

Más para un cristiano consciente de su responsabilidad, aun para el más pequeño de sus hermanos, no hay tranquilidad perezoa ni existe la fuga, sino la lucha. el combate, contra toda inacción y desertion en la gran contienda espiritual, en la que se propone como galardón la construcción, más aún, el aima misma de la sociedad futura (Pío XH, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1942*).

B) «Entonces verán al Hijo del hombre»

a) CUANDO JESUCRISTO FUE CRUCIFICADO, CAYERON LAS TINIEBLAS SOBRE LA TIERRA; EN EL MOMENTO DEL JUICIO, UNA LUZ LO ILUMINARÁ TODO

Narra el sagrado Evangelio que, cuando Jesús fue crucificado, *las tinieblas se extendieron sobre toda la tierra* (ML 27.45); símbolo espantoso de lo que sucede, y signe sucediendo espiritualmente. dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluido de hecho a Cristo de la vida moderna, especialmente de la pública; y con la fe en Cristo ha sacudido también la fe en Dios. Los criterios morales según los cuales en otros tiempos se juzgaban las acciones privadas y públicas. han caído como por consecuencia en desuso; y el tan decantado laicismo de la sociedad. que ha hecho cada vez más rápidos progresos, substrayendo el hombre, la familia y el Estado al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia. ha hecho reaparecer, aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los fui-

gores de la civilización cristiana, las señales de un paganismo corrompido y corruptor, cada vez más claras, más palpables, más angustiosas (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n.15: Nueva Colección de Encíclicas, p.359).

b) A ESTA LUZ SE VERAN LOS ERRORES DE MUCHOS, ENGANA-
DOS POR SU SOBERBIA

Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo, no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieron retenidos; ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad, que libera, y el error, que reduce a esclavitud; ni pensaban que, renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y patema, y a la unificadora y ennoblecedora doctrina de amor de Dios, se ennegaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mudable; hablaban de progreso, cuando retrocedían; de elevación, cuando se degradaban; de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para substituir la ley de Cristo por algo que la iguale (Rom. 1,21); se entontecieron en sus razonamientos (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 16: Nueva Colección de Encíclicas, p.360).

**C) ((Venir en una nube con poder y majestad
grandes**

a) El juicio de Dios será mucho más severo para los que
MAS TIENEN EN TODOS LOS ÓRDENES

El juicio de Dios será mucho más severo con aquellos que han recibido más, que tienen mejor disposición para conocer la única doctrina y para ponerla en práctica en la vida cotidiana; los que con su ejemplo y autoridad pueden más fácilmente dirigir a los demás en el camino de la justicia y de la salvación, o, por el contrario, torcerlo por los funestos senderos de la incredulidad y del pecado (*Discurso del Papa al patriciado y nobleza romanos: «Ecclesia»*, n.393, 22 de enero de 1949, p.5).

b) TODAVÍA, PESE A LAS EXHORTACIONES PONTIFICIAS, HAY
QUIENES SIGUEN EXPLOTANDO A LOS POBRES

Hemos hecho y no dejamos de hacer cuanto podemos, no sólo para ayudar a los necesitados, sino para hacer ver sus deberes y responsabilidades a aquellos que culpablemente se substraen a ellos, renovando con frecuencia nuestros severos avisos. Pero nues-

ira buena voluntad choca no solo con la inercia y la incomprensión de muchos, sino también con la voluntad deliberada de los explotadores de la miseria, los cuales, sin procurar ninguna ayuda eficaz, parece que no tienen otra mira que agravar el mal, reducir a la impotencia a los que quieren trabajar y a los que buscan el modo de procurarles un trabajo honestamente remunerativo, de excitar el descontento y empujarles a la desesperación con funestas consecuencias para los mismos intereses del trabajador (*Discurso del Papa a los obreros de Civit  Castellana en audiencia a una peregrination de 1200 ceramistas. 27 de marzo de 1949: «Ecclesia», n.404, 9 de abril de 1949, p.6).*

c) Pero la condenaci n de los Papas contra ellos sera
MÁS TARDE LA CONDENACI N DE J DIOS

Es, en verdad, lamentable, venerables hermanos, que haya habido y aun ahora haya quienes, llamándose cat licos, apenas se acuerdan de la sublime ley de la justicia y de la caridad, en virtud de la cual nos est  mandado no solo dar a cada uno lo que le pertenece, sino también socorrer a nuestros hermanos necesitados como a Cristo mismo (lac. 2,Iss).

Hay, adem s, quienes abusan de la misma religion y se cubren con su nombre en sus exacciones injustas para defenderse de las reclamaciones completamente justas de los obreros. No cesaremos nunca de condenar semejante conducta; esos hombres son la causa de que la Iglesia, inmerecidamente, haya podido tener la apariencia y ser acusada de inclinarse de parte de los ricos, sin conmoverse ante las necesidades y estrecheces de quienes se encontraban como desheredados de su parte de bienestar en esta vida (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n.50: Nueva Colecci n de Enciclicas. p.620).

d) No HAY JUSTICIA SOCIAL SI TODOS LOS HOMBRES NO DISPONEN DE LO NECESARIO PARA CUMPLIR SUS FUNCIONES SOCIALES

Adem s de la justicia conmutativa, existe la justicia social, que impone también deberes a los que ni patronos ni obreros se pueden substraer. Y precisamente es propio de la justicia social exigir de los individuos cuanto es necesario al bien común. Pero asi como en el organismo viviente no se provee al todo si no se da a cada parte y a cada miembro cuanto necesitan para ejercer sus funciones asi tampoco se puede proveer al organismo social y al bien de toda la sociedad si no se da a cada parte y a cada miembro. es decir. a los hombres, dotados de la dignidad de persona. cuanto necesitan para cumplir sus funciones sociales. El cumplimiento de los deberes de la justicia social tendr  como fruto una intensa actividad de toda la vida econ mica <*esarrollaJa en la tranquilidad y en el orden. y se demostrar  asi la salud del cuerpo social, del mismo modo que la salud del cuerpo humano se reconoce en la actividad inalterada. y al mismo tiempo plena y fructuosa, de todo el organismo (Pio XI, *Divini Redemptoris*, 51).

e) La justicia social debe informar todas las instituciones públicas y toda la vida social

De algo superior y más noble hay que echar mano para regir con severa integridad ese poder econômico, a saber, de la justicia social y de la caridad social. Por tanto, las instituciones publicas y toda la vida social de los pueblos han de ser informadas por esa justicia; es conveniente y muy necesario que ésta sea verdaderamente eficaz, o sea que dé vida a todo el orden jurídico y social y la economía quede como empapada en ella. La caridad social debe ser como el aima de ese orden; la autoridad pública no debe desmayar en la tutela y defensa eficaz del mismo, y no le será difícil lograrlo si arroja de sí las cargas... que no le competen (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, 37).

f) Las GUERRAS DE ESTE MUNDO SON UN JUICIO TERRIBLE DE Dios

Lo que aparecía claro al cristianismo, que, profundamente creyente, sufría por la ignorancia de los otros, nos lo presenta hoy clarísimo el fragor de la espantosa catástrofe del presente trastorno, que reviste la terrible solemnidad de un juicio universal aun a los oídos de los tibios, de los indiferentes y de los irreflexivos; una verdad antigua que se manifiesta gráficamente en formas siempre nuevas y retumba de siglo en siglo, de pueblo en pueblo, por la boca del profeta: *Omnes qui te derelinquunt, confundentur: recedentes a te in terra scribentur; quoniam deliquerunt venam aquarum viventium, Dominum* (1er. 17,13): «lodos los que te abandonan serán confundidos; los que te dejan se cubrirán de vergüenza, porque dejaron al Señor, fuente de aguas vivas» (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, n.36: Nueva Colección de Encíclicas, p.429).

g) La sociedad, medio natural de que el hombre puede y debe servirse para alcanzar su fin

Dios... ha ordenado... al hombre para la sociedad oivil. exigida ya por su propia naturaleza. En el plan del Creador, la sociedad es un medio natural del que el hombre puede y debe servirse para obtener su fin, por ser la sociedad humana para el hombre y no al contrario. Lo cual no hay que entenderlo en el sentido de liberalismo individualista, que suordina la sociedad al uso egoista del individuo, sino solo en el sentido de que, mediante la union orgánica con la sociedad, se haga posible a todos, por la mutua colaboraciôn, la realizaciôn de la verdadera felicidad terrena; ademâs, en el sentido de que en la sociedad hallen su desenvolvimiento todas las cualidades individuales y sociales insertas en la naturaleza humana, las cuales. superando el interés inmediato del momento, reflejan en la sociedad la perfecciôn divina, lo cual no puede verificarse en el hombre aislado. Pero aun esta finalidad

dice en ultimo análise relación al hombre, para que, reconociendo ésue el reflejo de la perfection divina, lo convierta en alabanza y adoración del Creador. Ninguna sociedad humana, cualquiera que sea, sino solo el hombre, la persona humana, está dotado ae razón y de voluntad moralmente libre (Pio XI, *Divini Reaemptoris*, 29).

D) uCobrad ànimos y levantad vuestras cabezas»

a) La ESPERANZA CRISTIANA DEBE APARTAR A LOS PROLETARIOS DE LOS PELIGROS DE LA REVOLUCIÓN

De los proletarios quiere y con todas sus fuerzas procura que salgan de su tristísimo estado y alcancen suerte mejor. Y a esto no poco ayuda aun con atraer a los hombres y fcrmarlos en la virtud. Porque las cosiumbres cristianas, cuando se guardan en toda su imegriaad, dan espontancamcme alguna prosperidad a las cosas exteriores, porque hacen benévolo a Dios, principio y fin de todos los bienes; reprimen esas dos pestilencias de la vida que con harta frecuencia hacen el nombre desgraciado aun en la abundancia, el apetito desordenado de riquezas y la sed de plarceres (1 Tim. 6,10); y hacen que los hombres, contentos con un trato y sustento frugal, suplan Ta escasez de las renias con la economia, lejos de los vicios... (Leon XIII, *Rerum Novarum*, n.23 : Nueva Colección de Encíclicas, p.560).

b) Y DARLES LA SEGURIDAD DEL PREMIO ETERNO AL TRABAJO SANTIFICADO POR DIOS

iOh trabajadores, acercaos al pesebre de Jesús! No os parezca hôrrida aquella cueva y aquel refugio del Hijo de Dios; no por casualidad. sino por profundo e inefable designio encontraréis allí únicamente sencíilos trabajadores: Maria, la Madré virgen, de familia trabajadora; José, el padre de familia, trabajador; los pastores que guardan la grey y, finalmente, los Magos, venidos de~de Oriente; trabajadores manuales, pastores vigilantes, trabajadores dei pensamiento, todos ellos se postran y adoran al Hijo de Dios, que con su consciente y amable silencio, más fuerte que la palabra, les explica a todos el sentido y la virtud del trabajo. No es éste tan solo trabajo de los miembros humanos, desprovisto de sentido y de valor, y mucho menos una humillante servidumbre. El trabajo es servicio de Dios, don de Dios, vigor y plenitud de la vida humana, merecedor de un etemo de'can o (Pio XII, *Mensaje de Navidad de 1943*: Nueva Colección de Encíclicas, p.441).

c) Para ello son necesarios hombres con grandeza de
ANIMO

Porque, en realidad, ¿qué pide hoy la vida en su aspecto civil? Hombres, verdaderos hombres, no de los que piensan solamente en divertirse y jugar como niños, sino firmemente templados y dispuestos a la acción, que sientan como un deber sagrado el no descuidar nada que pueda ayudar a su perfección. Nos mismo deseáramos ver sobre el rostro de la juventud de nuestros días un poco más de aquella alegría de antaño; pero los tiempos hay que tomarlos como son, y los nuestros son graves, amargos y duramente graves. Piden hombres que no teman caminar por los ásperos senderos de la presente y misérrima condición económica y que sean capaces de sostener aquello que la Providencia ha confiado a sus cuidados; hombres, finalmente, que en el ejercicio de la profesión huyan de la mediocridad y tiendan a aquella perfección que exige de todos la labor de reconstrucción después de tantos desastres (Pío XII, *Discurso a las Congregaciones Marianas*, 21 de enero de 1945).

d) Sobre todo, quienes OCUPAN PUESTOS IMPORTANTES EN
LA SOCIEDAD

Todos necesitan fortaleza de alma, especialmente en nuestros días, para soportar animosamente el sufrimiento, para superar victoriosamente las dificultades de la vida, para cumplir constantemente el propio deber. ¿Quién no tiene algo de que dolerse? (¿Quién no tiene que luchar? Solamente el que se rinde y huye. Pero vosotros tenéis menos derecho que otros para rendiros o para huir. Hoy los sufrimientos, las dificultades y las necesidades son ordinariamente comunes a todas las clases, a todas las condiciones, a todas las familias, a todas las personas. Y si algunos están exentos, si nadan en la sobreabundancia y en las satisfacciones de la vida, esto debería estimularles a tomar sobre sí las miserias y las estrecheces de los demás. ¿Quién podrá encontrar contento y reposo, quién no sentirá más bien inquietud y vergüenza de vivir en la ociosidad y frivolidad, en el lujo y los placeres, en medio de la casi general tribulación? (Pío XII, *Discurso al patriciado y nobleza romanos en enero de 1949*).

e) Corazones dispuestos a triunfar por la cruz

Si nos es lícito penetrar en la visión de los designios de Dios, de los que el pasado es luz, las arduas y cruentas condiciones de la hora presente no son tal vez otra cosa que el preludio de una aurora de nuevos desarrollos, en los que la Iglesia, envlada para todos los tiempos y para todos los pueblos, se encontrará frente a deberes desconocidos en otras edades, que solo podrán llevar a término ánimos resueltos a todo; corazones que no teman asistir a la repetición y a la renovación del misterio de la cruz del Re-

dentor en el camino de la Iglesia sobre la tierra, sin pensai en entregarse con los discipulos de Emaüs a la fuga de la amarga realidad; corazones conscientes de que las victorias de la Esposa de Cristo, sobre todo las definitivas, se prepiran y se obtienen in *signum cui contradicatur* (Le. 2,34\ es decir, an contraste con todo aquello que la humana medircridad y vanidad se ingenian en oponer a la penetraciôn y al triunfo de lo espr.tual y lo civil-no (Pio XII. *Alocuciôn al Sagro Colegio Cardenalicio en la vispera de Navidad de 1943*).

E) {(Cuando veàis estas cosas»

a) La pérdida de los principios morales conduce a las MAYORES CATÁSTROFES Y REVOLUCIONES SOCIALES

Desde los primeros momentos de nuestro pontificado, se ofrece a nuestras miradas el triste espectâculo de los males que afligen por todas partes al género humano: la general subvers on de las supremas verdades que son el fundamento sobre el que se apoya la sociedad humana; la audacia de los espíritus que no pueden soportar autoridad légitima alguna: la fuente constante de disensiones. de donde nacen las querellas intestinas y las guerras crueles y sangrientas; el desprecio de las leyes que regulan las costumbres y garantizan la justicia; el insaciable deseo de las cosas perezaderas y el olvido de las eternas. llevados ambos hasta ese insensato furor que mueve en todas partes a tantos desgraciados a poner sobre si mismos, sin temblar. sus manos violentas; la administraciôn desconsiderada de la riqueza publica, la malversaciôn e incluso la imprudencia de aquellos que, cometiendo los mayores latroclnios, se esfuerzan por aparecer como defensores de la patria, de la libertad y de todos los derechos; una especie, en fin, de peste mortal, que, insinuândose en los miembros de la sociedad humana, no la déjà punto de reposo y le prépara nuevas revoluciones y funestas catâstrofes (Leôn XIII, *Inscrustdbili*, 21 abril de 1878).

b) La pobreza a que estân sometidos muchos trabajadores ES FUENTE DE GRAVES DANOS

Porque si las familias, sobre todo numerosas, carecen de domicilio conveniente; si el varôn no puede procurar^e 'raba'os y alimentos; si los articulos de primera necesidad no pueden comprarse sino a precios exagerados; si la madré, con gran detrimento de la vida doméstica se ve preclada a ganarse el sustento ccn su propio trabajo; si a és*as les fal an. en los ordira"io> y aun extraordinarios trabajos de la matemidad, los alimentos y medicinas convenientes, el médico experto, etc., t los entendemos cuánto se deprimen los Animos de los cónyuges, qué difícil se les haga la convivencia doméstica y el cumplimiento de los mandamlentos de

Dios, y también a qué grave riesgo se expongan la tranquilidad pública y la salud y la vida de la misma sociedad civil si Hegan. estos hombres a tal grado de desesperación, que, no teniendo nada que perder, crean que podrán recobrarlo todo con una violenta perturbación social (Pío XI, *Casti Connubii*, n. 73: Nueva Colección de Encíclicas, p.911).

SECCION VH.

HISTORICA Y

En nuestro aiân de enriquecer el material homilético, abarcamos en esta secclôn un conjunto de anécdotas, pasajes hagiogrâficos, paginas y frases literarias, descripciones artisticas y acontecimientos y noticias modernas, que encajan en los cernas de predicac;ôa principales de cada dominica. Sin pretender, ni mucho menos, agotar la materia, incluimos tan sôlo, en .a medida que lo permite el espacio, un minimo indispensable relacionado con la epistola o el evangelio, sicmpre Indicando las fuentes que garantizan las fidelidad de la informaciôn.

I. HACIA DIOS POR LA VIA DE LA LUZ

Esa luz con cuyas armas nos invita a vestimos el Apôstol (Rom. 13,12) constituye una via por la que hemos de caminar hacia Dios, que es la luz misma. En agosto de 1878, en Tourville, playa francesa del Atlantico normando. Santa Teresita del Nino Jesûs llegô paseando hasta Rocas Negras, por encima del muelle de los Ingleses...

«Aquella tarde, al tiempo que el sol parecia anegarse en la inmensidad de las olas, espejeando su cabellera luminosa, me senté... sobre un peûôn solitario. Cont- plé durante mucho tiempo aquella estela de oro... simbolo de la gracia iluminando en la tierra la ruta de las aimas buenas. Pensé enfonces que mi corazôn bogaba por aquella senda como un barquito de graciosas velas blancas, e hice el proposito de no alejarme nunca de la mirada de Jesûs. para navegar en paz y curso veloz hacia la ribera celeste»... (cf. *Obras complétas*, trad, del P. Bruno de San José, O. C. D., 2.a ed. [Burgos 1947]: *Historia de un aima*, c.2,38 p.47).

H. INVISIBLE Y RIGUROSO JUICIO

«Un religioso que moraba en este lugar llamado Estéfano, deseô mucho la vida quieta y solitaria; el cual, después de haberse ejer- citado en los trabajos de la vida monâstica muchos afios y alcan- zado gracia de lâgrimas y ayunos.... edificô una celda a la raiz del monte donde Elias en los tiempos pasados viô aquella sagrada vi- siôn. Este padre..., deseando aun mayor rigor y trabajo de pe-

nitencia, pasôse de ahi a otro lugar llamado Sidey, que era de los monjes anacoretas que viven en soledad. Y después de haber vivido con grandisimo rigor... vinose... a morar a la primera celda de aquel sagrado monte. Ténia él alli dos discipulos muy religiosos, de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la dicha celda. Y después de haber vivido unos pocos dias en ella, cavô en una enfermedad de que muriô. Un dia, pues, antes de su muerte, subitamente quedô atônito, y teniendo los ojos ab'ertos, miraba a la una parte del lecho y a la otra, y como si estuvieran alli algunos que le pidieran cuenta, respondia él en presencia de todos los que alli estaban diciendo algunas vece^: «Asi es cierto: mas oor eso avuné tantos anos». Otras decia: «Asi es verdad; mas lloré v servi tantas veces a los prôimos por eso». Y otra vez decia: «Verdaderamente me acu'âis. asi es, y no tengo que decir sino oue hay en Dios misericordia». Y era, por cierto, especta'ulo horrible y temeroso ver aouel invisible y riguroso juicio» (cf. Fray Luis de Granada, *Guia de pecadores*, 1.1 p.1.a c.7, 9.a ed. Apostol. de la Prensa, Madrid 1948).

III. SENECA Y EL FIN DEL MUNDO

«Hov, manana y cada dia es el fin dei mundo. Ahora ved con la misma evidencia cuâto mäs para desconsolarse es este primer fin dei mundo en el dia de la muerte. de lo que ha de ser el ultimo en el dia del juicio. Séneca dijo (*Consolat, ad Marc.*, XXVI. 6) que es un gran consuelo acabar juntamente con el mundo: *Solatium est grande cum universo una rapi*. Dijo mäs Séneca de lo que entendiô, porque no tuvo conocimiento del dia del juicio» (cf. Av-TONio Vieira, S. !.. *Todos sus sermones y obras diferentes*, ùraduc-ciôn cast., t.1: *Serm. del primer domingo de Adviento*, Barcelona, Impr. Maria Marti, 1734).

I
9
'
fl
j
I

IV. «NADIE ME HA DIOHO UNA PALABRA DE VERDAD»

«La primavera del afio slguiente no trajo al Papa alivio alguno en sus dolores. Desde el primero de marzo se empeorô su estado de dia en dia... A 15 del mismo mes recibî la Extremaunciôn... Para prepararse bien a su fin, Hamo Nicolao V a su lado a dos religiosos de la estrecha Orden de la Cartuia..., los cuales gozaban fama de gran santidad y sabiduria: Niccolo de Cortona y Lorenzo de Mantua; éstos debian asistirle en el ùltimo trance, y por esta razôn habian de permanecer constantemente en su inmediata proximidad». Nicolao V no se quejô nunca de sus dolores corporales. «En vez de gémir, rezaba salmos, rogando a Dios que le concediera paciencia y perdôn de sus pecados. En general, mostrô una extrana paz y resignaciôn. En lugar de dejarse consolar, concolaba, por el contrario, a sus amigos, mientras luchaba con las ansias de la muerte... Con todo, tuvo también el Papa momentos de profundo desaliento, en los cuales ños terribles dolores y los cuidados por la

!!
■
ill
!)!
a
(9
|9
jl

II
II
i
■

inquietud que se advertía en el estado de la Iglesia asaltaban su alma con fuerza irresistible. En uno de estos instantes fué cuando Nicolao se dirigió a los dos monjes cartujos que le asistían, lamentándose de ser el hombre más desdichado del mundo. «Nunca —dijo— he visto pasar por mis umbrales a un hombre que me dijera una palabra de verdad; y me he sentido tan confuso por las mentiras de los que me rodeaban, que, si no temiera con ello faltar a mi obligación, ya hace mucho tiempo hubiera resignado la dignidad papal para volver a ser de nuevo Tomàs de Sarzana. Cuando era esto, gozaba en un solo día más alegrías que ahora en todo un año». Con estas palabras, aquel Papa, cuyo gobierno hab'a sido, según las apariencias, tan feliz y glorioso, se conmovió hasta derramar lágrimas

Cuando Nicolao sintió que se aproximaba su última hora, todavía se volvió a levantar con enérgico espíritu, y después que los cardenales rodearon su lecho de muerte, les dirigió aquella famosa oración que él mismo llamó su testamento... «He reformado y confirmado a la Santa Romana Iglesia, que hallé destrozada con guerras y oprimida de deudas... He ejecutado todo género de magnánima liberalidad en los edificios... Y todos estos bienes han venido a mis manos por la gracia divina del Creador y la continua paz de la Iglesia durante mi pontificado...»

Después levantó sus manos plegadas hacia el cielo y dijo: «Omnipotente Dios, da a tu Iglesia un Pascor que la conserve y aumente»... Alzó con gran dignidad su diestra y dijo con voz clara y perceptible: «Bendigaos Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo». Poco después, en la noche del 24 al 25 de marzo de 1455, Nicolao V, cuyos ojos estuvieron hasta el fin clavados en un crucifijo, restituyó su noble alma a Aquel cuyo lugar había tenido en la tierra...» (cf. Ludovico Pastor, *Historia de los Papas en la época del Renacimiento hasta la elección del Pio II*, ver', de la 4ª ed. alemana por el P. Ramón Ruiz Amado, S. I., vol. 2 [Barcelona 1910], p.315-319).

V. LAS TRES TIENDAS DE TAMERLAN

«Del gran Tamerlán, emperador crudelísimo de los escitas, se cuenta que, cuando cercaba alguna ciudad, el primer día ponía su tienda blanca: el segundo, bermeja, y el tercero, negra. Queriendo por esto significar que si el primer día se le rendían y entregaban la ciudad, hallarían en él toda clemencia... Si esperaban al segundo, mandaba matar las cabezas principales... y perdonaba los menores, y por eso la tienda era roja. Pero al tercero ponía el luto, que era cerrar totalmente las puertas a la misericordia, porque todos, chicos y grandes, habían de perecer y la ciudad dada a saco, fuego, a sangre y a cuchillo, sin dejar piente ni marnante». Jesucristo, el emperador de los cielos, cuando vino a conquistar la tierra y poner cerco al corazón del hombre, el primer día, que fué el de su nacimiento, puso tienda blanca, en señal de paz y de clemencia. *Apareció la bondad y el amor hacia los hombres de las. nuestro Salvador* (Tit. 3,4)... *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Le. 2,14)... Este día duré toda su vida...

El segundo día fué la Pasiôn. Entonces se puso la tienda bermeja, porque aunque hay indulgencia para los cuipados, va tinta en sangre, muere la Cabeza, ejecûtase en ella sangr lenta justicia y oueda el pueblo libre. Pero en el día del juicio, *nubes et caligo in circuitu eius* (Ps. 96,2), tenderâse una nube oscura como tienda negra, porque ya no hay perdôn para los rebeldes, sino guerra cruel a sangre y fuego; justicia a secas, sin misericordia que libre de pena: *lustitia et iudicium correctio sedis eius* (ibid.), la justicia y el juicio son el fundamento de su tribunal... (cf. Fray Alonso de Cabrera, *Serm. 2.º del primer domingo de Adv.*, consid.l.a p434-485: Nueva Bibl. de Aut. Esp., *Predicadores de los siglos XVI y XVII*, t.1, ed. Bailly-Baillièrre, Madrid J.906).

VI. EL «JUICIO FINAL» DE MIGUEL ANGEI

Papa Paulo HI puede reclamar el mérito de haber sido la causa de que se produjera «aquella obra de no sobrepujada grandeza y fuerza dramática, que forma como la conclusion del mäs monumental de los conjuntos de la pintura del Renacimiento». Decora el fresco colosal de Miguel Angel Buonarrotti el testero de la Capilla Sixzina en una superficie de 60 pies de alto por 30 de ancho. Empezado en mayo de 1536, fué solemnemente descubierto el 31 de octubre de 1541.

«El centro de toda la composiciôn lo forma Cristo, Juez dei mundo, que aparece rodeado de dorados rayos de gloria... Figura Juvenil de hercûlea constituciôn, muy poco vestido, sin barba y con los cabellos agitados por el viento, con la izquierda sefiala, en ademân de reproche, la llaga de su costado y alza la diestra apartando y castigando, con gesto propio de Rev de divina majestad...

Como una descarga eléctrica, la apariciôn del Juez de vivos y muertos recorre los centenares de figuras representadas en el fresco, llenândolas de inmenso e inexplicable terror... Aun la misma Virgen Beatisima, Maria Madré de Dios, desviando su rostro de los condenados, retrocede ante el aspecto de su divino Hijo, cuya tremenda sentencia pone en espantosa conmociôn... a patriarcas, orofetas. apóstoles. märtires y santos que estân mäs prôximos a El. Dos figuras gigantescas aparecen alii como representaciones del Antiguo y Nuevo Testamento: a la izquierda del espectador, Adân, cuyos hombros cubre una piel de fiera, y a la diestra Pedro, el cual préSENTa al Señor. como administrador fiel, las Hâves de la Iglesia... En torno a Adân se agrupan los Justos de la Antigua Ley: Abel, Moisés, Juan Bautista; en derredor de Pedro, Pablo y Juan. A los pies de Cristo se ve sentado en nubes a San Lorenzo con las parrillas, trofeo de su victoria* y a San Bartolomé, el cual sefiala con la diestra el cuchillo, instrumento de su martirio, y con la izquierda, la piel que le arrancaron. Por la parte superior acuden por los aires desde lejos, râpidos y maravillados, otros santos. los cuales contemplan este grupo que circunda a Jesucristo como una corona. A uno y otro lado... aparecen enteras compaiias de santos que se estrechan, sobrecogidos asimismo todos de profunda agitaciôn. A la izquierda hay sautas mujeres de todas

las edades, desde niñas hasta ancianas, y llama la atención el grupo delantero, compuesto de una corpulenta mujer, del todo sumida en la contemplación de Cristo, a la cual se junta una niña buscando su amparo. (Algunos autores quieren ver en ella a Santa Magdalena, como patrona de los arrepentidos.) Por semejante manera descuella a la derecha la figura robusta de un joven con una gran cruz, por ventura Dimas, el buen ladrón, como representante de los pecadores penitentes. Más allá se muestran en este lado, correspondiendo a Lorenzo y Bartolomé, los mártires que padecieron por Cristo más graves suplicios, llevando todos ellos las señales de las victorias con que merecieron el reino de los cielos. Así el apóstol Simon con la sierra, Catalina con la rueda, Blas con el rastrillo de hierro, Sebastián con las saetas...

Para suavizar la terrible impresión de este grupo de mártires, Miguel Angel puso detrás de ellos algunas pinturas consoladoras del encuentro de aquellos que estuvieron unidos en esta vida y vuelven a reconocerse después de tantos siglos; pero luego aparecen allí también otras figuras, que contemplan con temblor al Juez en la hora en que aun los justos temen. Otros, profundamente conmovidos, consideran su salvación como una merced inmerecida o dan gracias levantando los brazos. al paso que otros extienden sus manos hacia Cristo, adorándole, llenos de esperanza...

En la parte más alta. en los dos medios muros que terminan la pared, se ciernen acercándose, como un viento tempestuoso, las turbas de ángeles, pintados como robustos jóvenes sin alas y sin vestidos; los cuales traen los instrumentos de la pasión del Señor... A la diestra se eleva la pesada columna de piedra, quierda el madero del martirio...

Para enlazar la parte superior de la pintura... con la inferior, donde aparecen la tierra y los infiernos, sirve, en primer término un grupo de ángeles. pintados asimismo como fornidos jóvenes. Son los pregoneros que tocan las trompetas, en número de ocho, los cuales hacen resonar en todas las direcciones del cielo, con terrible expresión de rostro, el sonido llamando a los muertos...

Con los trompeteros se enlazan otras tres figuras, portadoras de los libros, según los cuales (Apoc. 20.12) han de ser juzgados los muertos por sus obras. En un lado se abre el pesado *libro de la muerte*, sostenido por dos figuras, al paso que otra sola sustenta sin esfuerzo al onuesto lado *el libro de la vida*, donde están escritas las buenas obras...

Debajo de las plantas de los bienaventurados... divisa el espectador la tierra..., adonde Miguel Angel ha trasladado el gran drama. Adhiriéndose a la visión de Ezequiel (37.1 y 11), y con reminiscencias dantescas, se cumple aquí la resurrección de la carne. En un campo lleno de osamenta comienza la agitación y el movimiento. Un hueso se junta con otros, los nervios y la carne los cubren. la piel se extiende sobre ellos y finalmente el espíritu se introduce en el gran ejército que vuelve a la vida.

El artista pintó este acontecimiento con terrible fidelidad. Los muertos despiertan al sonido de las trompas, levantan las losas de sus sepulcros, sacuden el polvo de sus esqueletos y el sueño de sus ojos. se avivan y levantan lentamente para escuchar la irrevocable sentencia. Algunas figuras, como el esqueleto rodeado todavía de los paños mortuorios, que mira sin ojos al vacío, producen una indeleble impresión.

Pero aun es más terrible lo que pasa al otro lado. No sin razón se ha formado allí el suelo de nubes como una muralia; no sin causa los mártires muestran con gesto amenazador los instrumentos de su martirio; pues los réprobos... pretenden, como los gigantes de la antigua mitología, penetrar por la fuerza en la región de los bienaventurados. Allí se desarrolla una tremenda lucha, cuyo éxito no puede ser dudoso. La sentencia condenatoria ha salido de la boca del Juez eterno y se cumple inmediatamente; los ángeles separan a los buenos de los malos (Mt. 12,49) y el infierno hace valer sus derechos sobre los impios. El artista ha colocado aquí una figura que es una de las más espantosas imágenes de la desesperación que se haya pintado jamás. Dos horribles demonios despedazan a un réprobo, mientras una sierpe le rodea y le muerde en el muslo: el desgraciado no se defiende. Yerto y penetrado del sentimiento de su reprobación, medio oculta su faz con una mano. Es la encarnación del *lasciate ogni speranza*.

Asimismo los demás réprobos son rechazados por los ángeles o arrastrados irremisiblemente por los demonios...

Debajo del despeñadero de los condenados, la barca de Aqueronte arriba a la sima del Orco. El vehículo está apretadamente lleno, pero los que lo ocupan, sollozando y maldiciendo, se niegan a abandonarlo, de suerte que el cruel barquero, golpeando con el remo a los perezosos e inclinando la barca, la vacía violentamente. Así no queda a los infelices otro refugio que el fuego infernal... Los moradores del infierno, que despide altas llamaradas, ávidos de botín, anastran a los condenados a tierra con sus horcas, rechinando de satánico gozo. Allí está en un tribunal elevado, con diabólica tranquilidad, un hombre desnudo, en cuyo cuerpo se enrosca dos veces una serpiente; es el Minos del infierno del Dante, el cual asigna a cada uno de los réprobos el sitio que les corresponde...» (cf. Ludovico Pastor, *Historia de los Papas*, ibid., vol.12: *Historia del Papa Paulo III (1534-1549)*, p.496ss).

VII. UNA LLAGA QUE PARECIA UNA ESTRELLA

«Deambulaba (Juan de Dios) una noche por las calles de Granada con su esportón al hombro, donde iba colocando las dádivas de sus bienhechores, cuando un hondo gemido que surge de un rincón en sombra le hace volver el rostro.

—¿Estáis enfermo, hermano, o padecéis de cualquier mal?—le pregunta al no visio desventurado... Pero no escucha respuesta..., sino otro lamento que estremece a los astros con azorados parpadeos de luz.

—¿Dónde estais?—insiste el bendito.

... Ya ha enmudecido el mismo suspiro que antes creyó cercano. No es noche de luna, y las calles sin luces se hacen densas de tinieblas y silencio; va tanteando los quicios de las puertas, con afán de encontrar a quien acaso ya agoniza... y con recelo de no lastimar a quien supone desfallecido... Al fin su mano tropieza con un cuerpo que parece exánime...

—¡Hermano! ¡Hermano! ¿Vivis, hermano mío?

El suspiro de antes lo escucha ahora tenue cerca de su oído... Con trabajo lo acoina en sus hombros y atraviesa una calle y luego una plaza; pero el peso que en otras ocasiones le pareció Ugero lo abrumaba ahora... Sentía al tacto las vestiduras en jirçnes. mas la tela era de una suavidad nunca conocida, como si la hubiesen tejido con vellones de nubes. Al fin de muchos agobios Uegô con su carga al hospital y acomodô en un lecho al desconocido. Era un hombre de edad mediana y barba gris, descuidada y revuelta; el cabello le caía sobre los hombros y la frente, apretado de sudores, y las mejillas hundidas y pâlidas mostraban los muchos pesares que había sufrido.

Como viera Juan que intentaba removerse en el lecho... le acudiô con amoroso desvelo:

—No hagâis nada, hermano..., descansad, y mamma u otro dâa podréis continuar el camino...

El desconocido cerrô los ojos, como confiado en las palabras de Juan...

Cuando la aurora siguiente besô los muros de la santa casa, Juan ya estaba al lado dei peregrino para adelantarse a sus deseos..., pero se asombrô al mirar el rostro ya fresco de matiz y de purezas...

—Gracias al cielo parece que os sentis mejor—le dijo gozoso.

El desconocido no contesté sino con aquella sonrisa suave... Cuando se alzaba con proposito indudable de continuar su ru:a, Juan trajo la mâs limpia de sus aljofainas y la mâs blanda de sus toallas y le pidiô con humildad que le permitiera lavarle los pies...

Se arrodillô ante el viajero y le besô el vestido desgarrado; luego le tomô el pie derecho para lavârselo, y cuando intentaba ungirlo con las mâs finas esencias de romero y de rosa..., hallô en el pie una llaga que pareda una estrella por el resplandor, y nardo por la blancura y perfume.

Entonces alzô los ojos y viô al Rey de cielo y tierra que le dijo: «Juan, a mi se me hace todo el bien que en mi nombre los pobres reciben; yo soy el que extiende la mano para tomar la limosna que se le da, yo el que me visto de sus vestidos, yo al que lavas los pies cuando los lavas a un pobre...» (cf. Mariano Tomâs, *Juan de Dios o la caridad heroica*: Bibl. Nueva [Madrid 1939], p.124-127).

vm. 4L POEMA DE LA IRA DIVINA

La Tplesia incluye en 'la lltursrta de dlfuntc*; un himno patético v funerario que data del primer tertio de', sizio XΓΠ Es el famoso *Dies Irae*, o *canto* de la Justicia dlvtna. Hoy se admite comûnmente que fué compuesto por Tomâs de Oelano. amigo y biôgrafo de San Francisco de Asis. La insplración es diversa en sus fuentes. pero no fa.tan sobre todo las sâlmicae y profétlca. Asi nor elejn pio, el *Dies irae* de la primera estrofa es de Sofonias (1,15).

«¡Día de ira, aquel día convertirá el mundo en pavesas! res»
tígo es David con la Sibila.

¡Cuánto temblor surgirá cuando el Juez venga a examinarlo
todo estrictamente!

Una trompeta esparcirá su maravilloso sonido por los sepulcros de las regiones de la tierra y congregará a todos ante el trono del Señor.

La muerte y la naturaleza quedarán atónitas cuando resuciten los hombres para responder ante el Juez.

Se abrirá el libro escrito, en el que todo se contiene, y por donde el mundo será juzgado.

Luego que se sienta el Juez se descubrirá todo lo oculto y ningún delito permanecerá impune.

¿Qué diré yo entonces, desdichado de mí? ¿A qué abogado recurriré, cuando apenas si el justo se considerará seguro?

¡Rey de majestad tremenda, que salvas a los escogidos por obra de tu gracia, sálvame, oh fuente de piedad!

Acuérdate, piadoso Jesús, que por mí bajaste al mundo. No me pierdas en aquel día.

Fatigado de ir en mí busca te sentaste; clavado en la cruz me redimiste; no sea inútil tanto trabajo.

¡Justo Juez de la venganza! Concédeme el perdón antes del día de la cuenta.

Gimiendo estoy como reo. Mi rostro enrojece a causa de mis culpas; perdóname, ¡oh Dios!, te lo suplico.

Pues absolviste a la Magdalena, y escuchaste al ladrón, e has infundido esperanza.

No son dignas mis oraciones; pero Tú, que eres bueno y benigno, haz que no me abraza en el fuego eterno.

Ponme entre tus ovejas, apartame de los cabritos y colócame a tu diestra.

Rechazados los réprobos y condenados a penas terribles, llámame con los benditos de tu Padre.

Te ruego, suplicante y postrado ante ti, triturado, el corazón como la ceniza, que cuides de que mi fin sea dichoso.

¡Lleno de lágrimas el día aquel, en que resucitará del polvo, para ser juzgado, el hombre culpable!

Perdóname, pues, ¡oh Dios! ¡Piadoso Jesús, Señor, dales el descanso!»

IX. LA SIBILA DEL JUICIO

En el pavimento de la catedral de Siena, originalísima obra de arte, única en el mundo, realizada en el siglo XV a base de grabar en el mármol y diseñar las figuras con grafito, se exhiben, entre otras escenas bíblicas y religiosas, las imágenes de las Sibilas. Allí aparece la Eritrea, que Miguel Ángel pintó en la techumbre de la Sixtina, y que, en opinión de San Agustín (cf. *De Civit. Dei*, 1, 18, 23), es la que presagió el día de la ira, aunque los artistas no le asignaron tal augurio. Pero también aparece la Sibila Hamada Frigia, de la que se afirma que vaticinó en Ancira, y a la que muchos autores atribuyen la profecía escatológica. En efecto, el artista Vito di Marco, recogiendo este sentir, la representa en el pavimento sienés, ataviada con ropaje oriental, levantando con la mano izquierda un libro en el que se lee: *Solus Deus sum et non est Deus alius*, que consuena con el pasaje del

Deuteronomio (.32,30): Ved, pues, que soy yo, yo solo, y que no hüy Dios alguno mâs que yo. Una cartela, situada a la derecha, resume en estos términos el orâculo de la Sibila Frigia que se refiere precisamente al juicio final: «Una trompeta emitira desde el cielo su luctuoso sonido y abriéndose la tierra mostrarâ el caos de los infiernos. Todos los reyes comparecerân ante el tribunal de Dios y El mismo juzgarâ a los justos y a los impios. Finalmente lanzarâ a los réprobos al fuego y a las tinieblas. Los que hayan practicado la piedad vivirân de nuevo.» (cf. *Il pavimento del Duomo di Siena*; Siena 1950).

X. CANTANDO SU PROPIO FUNERAL

4 de diciembre de 1791. Mozart, el genio de Salzburgo, minado por la tuberculosis, se consume a los treinta y cinco anos, después de una triunfal carrera que ha comenzado en la nifiez. Apenas si le restan catorce horas de vida. Entonces le visitan acongojados très amigos de su intimidad, los tres cantantes, quienes tratan de animar al moribundo con palabras alentadoras...

«Mozart por toda respuesta les mostrô la partitura de su *Requiem*. Dos lâgrimas asomaron a sus ojos.

—ôNo decia yo siempre que lo escribiria para mi?...

Después, como expresara deseos de cantarlo, hizo que sus amigos se le acercasen y distribuyô los papeles, segûn las voces, reservândose para si la de tenor. A poco un concertante suavísimo estremeciô la pequena estancia. Eran como sollozos de ultratumba. La partitura habia sido abierta al azar y el trémolo de la emociôn le prestaba un dramatismo impresionante. En toraleteaba el silencio, un silencio unico, sincopado, presentido. Al llegar a la estrofa del *Dies irae*

*Lacrymosa dies illa
qua resurget ex facilia*

la voz de Mozart, ahogada por subito lianto, se quedô en el segundo verso, a tiempo que la partitura se le desprendia de la dolorosa mano. Callaron los demás respetuosos. Y permanecieron mudos, con las frentes inclinadas. latido de sus corazones parecia medlr la intensidad de su dolor» (cf. Manuel Iribarne, *Los grandes hombres ante la muerte: Mozart o la Música*, p.208-209. ed. Montaner y Simén, Barcelona 1951).

SECCION VIH. GUIONES HOMILETICOS

Aunque generalmente bastará al lector el índice de las secciones anteriores, que figura al principio de la dominica, como esquema de los distintos asuntos homiléticos resenados, insertamos aquí un grupo de guiones que, o desarrollan dichos temas a expensas de los textos escogidos, o los complementan y amplían, o sugieren nuevas ideas sobre la materia, siempre inagotable, que puede surgir de la contemplation de cada dominica. En todo caso, los guiones que se incluyen pretenden ser tan solo meras orientaciones para la preparation de la homilia semanal. Clasificamos los guiones en cuatro series: litúrgicos, relativos a la epistola, al evangelio y de actualidad social, estos últimos a base de los textos pontificios, coordinados, a su vez, con la epistola o con el evangelio.

SERIE I: LITURGICOS

Al comenzar el año litúrgico: «Revestíos de Cristo»

- I. *Ideal de la vida cristiana: nuestra semejanza con Cristo. La vida espiritual debe ir encaminada a realizar en nosotros la imagen de Cristo. No solamente a la adquisición y conservación de la gracia santificante, sino a pensar como Cristo, amar como Cristo, obrar como El y apropiarnos sus sentimientos y sus virtudes. «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Phil. 2,5)*
 - A. Nuestra asimilación a Cristo, fin de la actual economía cristiana. El fin de la actual economía es asimilarnos a Cristo, reflejar en nosotros su imagen. «Dios nos predestinó a ser conformes con la Imagen de su Hijo» (Rom. 8,29).

- B. La asimilación con Cristo nos une a la Trinidad. Mediante esta asimilación somos miembros de la familia de Dios, entrámes en sociedad con el Padre y el Espíritu Santo: «Ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús* (Eph. 2,19-20). «Por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu* (Eph. 2,18).

II. *La liturgia, método auténtico instituido por la Iglesia para asemejar las almas a Cristo* (Festugière).*

- A. Como programa anual de renovación intelectual. El cielo litúrgico ofrece a las almas un programa anual de renovación, no sólo moral, sino intelectual. Si consienten ellas en caminar, misterio tras misterio, con aplicación seria y dócil, sobre las huellas de Cristo, su docilidad será recompensada por un progreso cierto y por abundantes efusiones en la vida espiritual. El programa entero de la espiritualidad litúrgica se contiene en esta fórmula: «Hacer participe al cristiano de los sentimientos de Cristo en sus diferentes misterios y así hacer vivir al hombre de la vida de Dios*.
- B. Y de renovación moral.
- a) *Cada fiesta propone como actuales las virtudes que debemos imitar.*
 - b) *Para conseguir lo cual, a cada una se vinculan gracias especiales.*

III. *Todo este programa se consigne a través de las distintas fiestas, cuyo centro vital está constituido por el santo sacrificio de la misa y la práctica adecuada de los sacramentos.*

El cristiano en el Adviento

- I. *Preparación para la Navidad. Cristo nació temporalmente de Santa María Virgen en Belén, y el pueblo fiel del Antiguo Testamento, dirigido por sus profetas, se preparó para recibirle. El día de Navidad, la Iglesia conmemora el hecho histórico de este nacimiento. Mas la Navidad, como las restantes fiestas del año litúrgico,*

no es solamente un recuerdo, sino que entrana una realidad para el cristiano. Cristo nació de una manera mística, pero real. Las gracias de aquel primer nacimiento se comunican a cada uno de los fieles. No todos, sin embargo, reciben estas gracias, sino solamente aquellos que se hayan preparado, como no todos recibieron a Cristo cuando nació en Belén, aunque Cristo naciera para todos. Debes prepararte como los buenos del Antiguo Testamento, con los mismos sentimientos y la misma vida, reflejados en las Sagradas Escrituras, que la liturgia presenta estos días.

II. *Tres figuras: Isaías, el Bautista, María. En tres figuras podríamos encarnar la preparación ideal del Adviento. Tres figuras que creyeron en el Mesías Redentor supieron esperarle dignamente y aparecen repetidas veces en la liturgia de este tiempo.*

- A. *Isaías: la oración. Isaías es el profeta que tuvo visión más clara del Redentor. Le han llamado el evangelista del Antiguo Testamento. Vió que vendría el Libertador prometido, y en nombre de todo Israel y de la humanidad entera suspiró por el Mesías: «Destilad, cielos, arriba el rocío; lloved, nubes, la justicia. Abrase la tierra y produzca el fruto de la salvación» (Is. 45,8). La Iglesia suspira también por Jesucristo con la misma ansia y se apropia las plegarias del profeta para elevarlas al cielo. Es la primera disposición que debes procurar: orar sin intermisión para que Dios envíe sobre tu alma al Esperado, al Cristo. Orar con las formulas que la liturgia pone en tus labios, tomadas de Isaías: «Ven, Señor, y no tardes... Ven... para salvarnos... Rorate caeli...»*
- B. *El Bautista: la austeridad. La misión del Bautista fue preparar los caminos del Señor (Le. 1,76). Los prepara predicando un bautismo de penitencia porque «el reino de los cielos está cerca» (Mt. 3,2). La propia figura y vida del Precursor, viviendo en el desierto, vestido con piel de camello, alimentado con langostas y miel silvestre, es invitación elocuente a la penitencia. La Iglesia, como el Bautista, te predica que se acerca el Señor..., que está cerca tu salvación. Y, como él, se viste de penitencia (supresión del «Gloria», silencio del órgano, ausencia de flores, color morado) y te predica austeridad de vida. El lujo, la vanidad, la comodidad, las fiestas y diversiones no son compatibles con el espíritu del Adviento. Antiguamente era riguroso el ayuno durante cuatro semanas. Suprimido hoy, queda en pie*

el e.spíritu de la penltencia exterior. Mira tù quô puedes cercenar, por superfluo y vano, de tu vida.

C Maria: la gracia y las vlrudes. Desde el primer domingo de Advlento se leen en el breviario res-
 •3nsorlos de la Vlrgen. La segunda oraclôn en las misas de tiempo es de Santa Maria. El Advlento es un auténtlco mes de Nuestra Seftora. La Iglesia no puede prescindlr de la que juega un esencial papel en la Navidad. Ella, con su plegarla omnipotente, preparará nuestras aimas. Pero, ademôs, la Vlrgen nos habla de una nueva dlsposlclôn. La contemplâmes Inmaculada. La fiesta de este mlsterlo en el Advlento tlene su razôn de ser. En el orden hlstôrlico, la Concepciôn Inmaculada de la Vlrgen fué el principio de la redenciôn y la garantla de que Jesucrlsto no tardaria. La Inmaculada en el orden ll-tûrglco nos anuncia que se aproxlma la Navidad. Y nos predlca lo que es caracterlstlco en este mls-terlo: el odio al pecado, la hulda de las ocaslones y pellgros, la gracia santlflcante, las vlrudes, la rectltud y pureza de la vida.

III *La venida final de Cristo, nuevo motivo para preparar la Navidad. <Bienaventurados los (lue estdn preparados para reciblr al Seftor*, canta uno de los responsorios. Reclblràn la abundancia de las gracias y dones celestiales. La Iglesia te présente hoy un nuevo mottvo para que dlspongas tu alma. Tal corno le recibas ahora te reclblrà El a ti el ultimo dia. Esta es la conexiôn del evangelio del primer domingo con todo el ambiente del Adviento. Hace unos aftos, en esta mlsma fecha se lela, con idéntlco fin, el <Dtes irae*. Cuando Jesucristo venga como Juez, no todos levantarùn la cabeza ni corre-rdn gozosos a su encuentro, sino aquellos que supleron recibirle cuando vino humilde, pobre y pacicnte, aquellos que supleron aprovecharse de su primera venida.*

SERIE II: SOBRE LA EPISTOLA

«Es hora de levantarnos del sueño»

El sueño (cf. *Apuntes exeg-mor.*, p. 19 y 20,1 y 2).

A. Sueño es lo que, cuando llega la luz, no tiene realidad (cf. San Juan Crisóstomo, p. 22 c).

B. La luz para juzgar de la realidad de nuestras acciones es el Juicio.

En el juicio se verá que es sueño todo cuanto no haya tenido como fin a Dios (cf. BOSSUET, p. 78,a, y 78,c,1).

a) *Por malo. Merecedor de castigo.* «El término de éstos será la perdición, su Dios es el vientre, y la confusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas» (Phl. 3,19). Es el tremendo «Apartaos de mí, malditos...» (Mt. 25,41).

1. Placeres de los sentidos (cf. Ibid., p.20,2). «Crápula y embriaguez...» (Le. 31,34).

2. «Preocupaciones de la vida» (Ibid., p.20,1). Ambición, soberbia...

b) *Por inútil. Indigna de premia. Negocias* (que absorben a la persona hasta «embotarla» y la priva de toda capacidad para las atenciones espirituales (cf. Ibid., p.20).

II. El despertar, ¿cómo?

Renunciando a lo perjudicial y ficticio, «Abnegantes Impletantem et saecularia desideria» (Tit. 2,12). Y obrando sobre la realidad. «Sobre et luste vivamus» (Tit. Ibid.). «No como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo» (Eph. 5,15-16).

ni. *Conclusion: De este modo, al llegar el día de la luz mereceréis oír en el Juicio: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo»* (Mt. 25,34).

¡Despojémonos de las obras de las tñieblas»

L *Las obras de las tñieblas* (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 20,2) en la *Sagrada Escritura*.

o< castigo del pecado (cf. San Juan Crisôstomo, p. 32-33,b,l):

a) *Ya temporal: «Esperantos luz, y no vemos mäs que tñieblas; resplanlor, y no hay mäs que obscuridad... Porque son ante ti muy numerosos nuestros pecados y nuestros crímenes dan testimonio contra nosotros»* (Is. 59.9-12).

b> 2-α9ΑιβΓ/10x; «tñieblas exteriores» (Mt. 8.12; 22,13; 20,30, etc.).

B. El error y el pecado. «Del Señor vienen la sabiduria, la clencia y el conociimiento de la ley... El error y las tñieblas son obras de los pecados...» (EcclL 11,15-16).

II. *Las obras de las tñieblas* (cf. San Juan Crisôstomo, p. 22,c) se sintetizan en no querer seguir a Cristo: «En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tñieblas, pero las tñieblas no la abrazaron* (lo. 1,4-5).

LU. *El que no ama a sus hermanos anda en tñieblas y no sigue a Cristo: *Las tñieblas pasan y aparece ya la luz verdadera. El que dice que esta en la luz y aborrece a su hermano, ése estd aun en las tñieblas. El que ama a su hermano esta en la luz y en él no hay escândalo. El que aborrece a su hermano esta en tñieblas y en tñieblas anda, sin saber adônde va, porque las tñieblas ciegan sus ojos»* (1 lo. 2,8-11).

«Vistamos las armas de la luz»

Armas de la luz, obras de la luz, vida de la luz (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 21,3). *Taies son las obras y vida en Dios. En este sentido, es^ertectamente aplicàble el*

texto agustiniano según el cual, al crear Dios la luz, creó las inteligencias angélicas, pero hubo Angeles que se apartaron de Dios y crearon las tñieblas (cf. *De civit. Dei*, l. 11,33: PL 41,346-347). *La luz es obra de Dios. Las tñieblas, obra de los Angeles rebeldes.*

- II. *Luz y Verdad. Luz y Verdad son términos convertibles* (cf. San Juan Crisóstomo, p. 32,b,1). *El deinonio, según dijo Jesucristo, es el ser «que no se mantuvo en la verdad». Es también «el padre de la mentira»* (lo. 8,44), *como es el padre de las tñieblas.*
- III. *Caminemos revestidos de luz. Caminemos, pues, revestidos de luz y practicando la verdad por la senda de la luz.*
- A. Hay una senda común trazada por Dios a la humanidad entera: los mandamientos divinos. El que cumple los mandamientos camina por la vía de la luz al reino de la luz, a la luz misma, a Dios, que «es luz y en quien no hay tñieblas alguna» (1 lo. 1,5).
- B. Los extraviados. La humanidad apartada de Dios camina en tñieblas (cf. San Juan Crisóstomo, páginas 32-33.b.1). Se extravía. Tropieza. Cae y muere individualmente el hombre. Se hieren y despedazan las naciones apartadas de Dios.
- C. La franja luminosa (cf. sec. VII, I).
- IV. *Vengamos a la luz* (cf. San Juan Crisóstomo, p. 22,c).
- A. San Juan escribe: «Todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, por que sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra la verdad viene a la luz para que sus obras sean manifiestas, pues están hechas en Dios» (lo. 3,20-21).
- B. Conducenos a la luz. ¡Senor!, nosotros no somos capaces de entrar en tu vía luminosa. Oye nuestra oración. Clamamos con el aalmista (Ps. 85,11): «Deduc me, Domine, in via tua et ingrediar in veritate tua»: «Enséüame, Senor, tus caminos para que ande yo en tu verdad».
- C. Exhortación. Revestidos, pues, de luz, caminemos por la senda de la luz, a buscar «la luz de los hombres» (lo. 1,4), llena de «gracia» y «de verdad» (lo. 1,14), hecha carne (lo. 1,14) en medio de las tñieblas. No seamos, por nuestra desventura y por nuestras malas obras, de las tñieblas que no supieron recibir la luz. No merezcamos vivir eternamente en la región de las sombras.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

El valor del tiempo

- I. *AZ coinemar el ano liturgico y ante la presencia del juicio, en el que se han de escudrinar todos los momentos de nuestra vida, hemos de inculcar en los fieles el sentido del aprovechamiento espiritual del tiempo. Por eso la Iglesia*
 - A. Nos lee en la epistola este trozo de San Pablo: «Ya conocéis el tiempo y que es hora de levantaros... La noche va muy avanzada»... (Rom. 13,11-12).
 - B) En el evangeliô nos presenta el juicio final, que vendra por sorpresa.
 - C. De ambos pasajes debemos sacar una lecciôn: el valor del tiempo y la rapidez con que se nos va de las manos.
- II. *iConocen los hombres el valor del tiempo?*
 - A. No nos referimos ahora al pecador habituai. Para ése escribiô San Pablo su pângina mäs tremenda: «Vas atesorando ira para el dia de la ira y de la revelaciôn dei justo juicio de Dios»... (Rom. 2,5).
 - B. Nos referimos al que, viviendo sin pecar gravemente, por lo menos con frecuencia, déjà pasar los dias con rutina estéril, sin pensar en mäs.
 - a) *A la mayoría de los hombres, la vida se les escapa de las manos sin darse cuenta. Dijerose que no nos preocupa el dia que transcurre, porque detrás de él ha de venir otro de la misma mariera. Lo triste es que perderemos ambos.*
 - b) *No se debe esto a la monotonia de nuestros quehaceres. Una vida siempre igual puede cstar llena de sentido y de provecho. El sabio en sus investigactones, el profesor en su paciente tarea, son hombres fecundos. El asceta en su vida de soledad y oraciôn lo es también, después de sesenta aüos en los que un dia no se diferenciô del otro.*
 - c) *La inutilidad y rutina de la vida consiste en no conocer el fin y valor del tiempo y de sus obras. Nacer, vivir. alimcntarse, reproducirse y morir. Esa es la sintesis de la vida instintiva. La vida racional se*

espetifica porque el entendimiento juzga las cosas con relation a un fin. Segûn ello, el hombre debe valorar el tiempo.

III. *El juicio de Dios nos da la nociôn del valor del tiempo.*

A. El tiempo es una cosa que fluye y se acaba.

- a) *Si hay algo firme y permanente, son los tielos y la tierra. En el evangeliô de hoy vemos su fin. ^Camo no pasará mi vida, tan ligera como es?*
- b) *Por todas partes me rodean senates de mi fin. ^Dôn-de esta la ninez? ^Dôn-de esta la juventud? El fin vendra por sorpresa, pues los hombres verân las senates de la «parusia», pero no las entenderân (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p.27,2). Del mismo modo observo en los demâs las senates de que la vida va pasando, pero no las conozco en mi (cf. San Roberto Belarmino, p.63, d).*

B. El tiempo vale lo que valga la eternidad. Con él se adquiere. Cuando el supremo Juez nos pida nuestra cuenta, lo único que habremos de presentarle es el tiempo que hemos vivido. ôTiempo lleno? ôTiempo vacio? ôTiempo pernicioso? El tiempo es oro. No; el tiempo es cielo. Si queremos.

IV. *Conociendo, pues, el valor y la caducidad del tiempo:*

- A. No lo perdamos, en un sueno vano, sin advertir que la desventura irreparable puede esperarnos al despertar violentamente de nuestro letargo (cf. San Agustín, p. 42-43, d).
- B. Construyamos algo cada dia en el edificio de nuestra vida espiritual, en el trabajo de nuestra perfecciôn.
- C. Puesto que al cribar el tiempo en el dia del juicio solo han de permanecer nuestras buenas obras, lle-némonos de ellas.

Optimismo cristiano

I. *Todo pasa. Las ilusiones no se logran. La realidad es triste (cf. San Juan Crisôstomo, p. 29-30,0. Todos, en uno u otro momento de la vida, tenemos que decir: «Vanidad de vanidades...!» (Eccl. 1.2). O con Segismundo, al ver convertidas las delicias de la corte en las anti-guas rejas:*

... en el mundo en conclusion
 todos suenan lo que son,
 aunque ninguno lo entiende.

- II. *iQué soluciôn dar a este problema agobiante? Soluciôn pesimista de gran parte de los filôsofos: el hombre es un ser desgraciado que tiende a la nada, en cuyo caso muchos piensan que el pistoletazo de Werter es el remedio mâs rdpido.*
- IH. *Pero Dios no ha querido un mundo triste y malo. El vió que sus obras eran buenas (Gen. 1,4.7.10.12.18.21.25.31). El mismo Calderon recuerda cuál es la verdadera soluciôn cristiana: «Acudamos a lo eternor».*
- DJ. *En el juicio aparece lo que hay de bueno, de eterno, en el mundo: Cristo. Todo lo que es sueno... hasta los mismos cielos y tierra desaparecen... Sôlo El queda (ci. San Gregorio, p. 48-49,A,B,C).*
- V. *La soluciôn cristiana y optimista es revestirse de Cristo.*
 - A. *Vivir las obras de Cristo, las obras reales, las obras de la luz.*
 - B. *Revestidos de Cristo en vida, nuestras obras tlenen la misma realidad divina de la gracia (ci. Mar-mion, p. 85,B,b).*
 - C. *Cuando todo lo terreno pase, los que se revistieron de Cristo vivirân eternamente con Cristo (ci. Apun-tes exeg-mor., p. 21,3).*

El juicio de los Buenos, motivo de aliento

- I. *Nuestra conciencia pecadora suele presentarnos el dia del juicio como dia de espanto. Ello es ciertamente saludable. Sin embargo, la Iglesia se propone animarnos presentândonos el premio de los buenos segûn la frase del Senor: tLevate capita vestrab (cf. Situaciôn litûrg., p. 17,B).*
- II. *Premio del aima.*
 - A. *Incomparable en intensidad con el trabajo que lo mereciô.*
 - a) *Pocas personas han sufrido tanto en su vida como San Pablo, a quien ll^gô a série tediosa. «Peligros del mar. de los caminos, de los falsos hermanos » (2 Cor 11.26).*
 - b) *Pero San Pablo ciô también la gloria que Dios nos tiene preparada (ibid., 12,2).*
 - c) *y de la comparaciôn de esto^ trabajos zi aquella Glo-ria surgiô la sentencia paulina: «Los padecimientos del tiempo présente no son nada en comparaciôn de la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (Rom 8,18).*

B. Incomparable en duração.

III. *Premio del cuerpo* (cf. San Agustín, p. 46-477,C,a,b).
El cuerpo ha sido para el alma una carga onerosa (ibid.).
Pero no cabe duda (cf. San Roberto Belarmino, p. 62-63,0 *de que*

A. El alma le ama como a compañero de su existencia.

B. Le ha sujetado, si obró justamente, a una recia disciplina (cf. San Juan Crisóstomo, p. 31,2).

C) De donde el alma ve acrecentado su gozo al unirse nuevamente con su hermano el cuerpo; y el cuerpo recibe el galardón de verse inmortal'y libre de flaquezas (cf. San Agustín, p. 43-45,B). Habiendo servido al alma y mediante el alma a Cristo, el cuerpo se ve ahora espiritualizado (1 Cor. 15,43-45) y asimilado a la claridad del de Cristo (Phil. 3,21).

IV. *Discernido publicamente* (cf. Santo Tomás de Villanueva, p. 66,B).

A. La presencia de los réprobos:

a) *Nos permite ver el terrible mal de que nos Ubramos.*

b) *Nos hace parecer sabios ante los que nos juzgaron necios.*

c) *Nos presenta como vencedores del mundo y del demonio.*

B. La presencia de los santos nos inunda de gozo (cf. San Juan Crisóstomo, p. 35,5).

a) *Al vernos unidos en Maria Santisima, etc.*

b) *Al aumentarse nuestra alegría con la de todos* (cf. San Juan Crisóstomo, p.35,5).

V. *Compartido con el de Cristo.*

A. En el día del triunfo personal del Señor y de su cuerpo místico (cf.. San Juan Crisóstomo, p. 33-34,2; 34,2; San Agustín, p. 43,b, y Santo Tomás, p. 59,c).

B. * En una ceremonia de apoteosis final preparada por el Padre Eterno, en la que

a) *Cristo vence a la muerte* (cf. San Juan Crisóstomo, p. 32,b.D y, *resucitados los muertos, dice: «^Dónde estd, ioh muerte!, tu victoria?»* (Os. 13,14; Hebr. 2,14, y 1 Cor. 15.55).

b) *Se corona como centro de la creacion, colocando a sus enemigos a sus pies y a los elegidos en su torno, recapitulándolo todo en El* (Eph. 1.10).

c) *Se presenta con los justos al Padre para ofrendarle su obra cumplida y reinar con nosotros etemamente* (cf. San Juan Crisóstomo, p. 34-35,4 y 5).

VI. *Exhortación. Cuando la madre de los Macabeos quiso alentar al martirio al ultimo y más joven de sus hijos, exclamó: «.Ruégote que mires al cielo y a la tie-*

rra...» (2 Mach. 7,28). *Cuando las luchas de la tierra te agobien y temas desfallecer, mira tû también al ciein* «*Levate, capita vestra!*» (cf. San Juan Crisôstoma p. 36-37,0. sostomo,

9

El juicio del pecador

✱

- I. *Señales terribles de la proximidad del juicio. Catástrofe cósmica, espanto de las gentes. Clamor de las trompetas. Terror ante la llegada de Cristo* (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 24,1 y 27,3).
- II. *El juicio:*
 - A. El juez. Cristo Dios (cf. *ibid.*, p. 24,2; Santo Tomás, p. 55-57,A, y Santo Tomás de Villanueva, p. 67, C)
 - a) *Injinitamente sabio y justo* (cf. Santo Tomás, p. 56.b).
 - b) *Dispuesto a hablar después de su silencio de siglos* (cf. San Agustín, p. 37,a y 40,4).
 - c) *Irritado por el desprecio de su amor, de sus leyes y de su soberanía* (cf. Bossuet, p. 72,77). *Sin misericordia ya, decidido a no admitir penitencia. El mismo que habló dei «lianto y crujir de dientes»* (Mt. 8.12).
 - B. Los acusadores.
 - a) *Dios, escrutador de corazones, que leerá hasta nuestros pensamientos y lo ira cotejando con sus bondades y beneficios* (cf. Santo Tomás de Villanueva, p. 67,b).
 - b) *El demonio, nuestro enemigo* (cf. Bossuet, p. 76,3.º).
 - c) *Nuestra propia conciencia y nuestra fe* (cf. Bourdaloue, p. 82.B y 83.0).
 - C. El juicio (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 26,3, y Santo Tomás, p. 58.B).
 - a) *El procedimiento. Publicidad. Solemnidad* (cf. Santo Tomás de Villanueva, p. 66.B). *Los condenados, abrumados por la vergüenza, pedirán a los montes y los mares que los cubran* (Le. 23,30).
 - b) *Materia del juicio.*
 1. *Acciones y omisiones* (cf. *Miscelânea*, II). *Tus pensamientos. tus avaricias, tus placeres disfrazados, tus robos encubiertos con mil nombres. Pecados de omisión. Pasaste de largo junto al pobre (parábola del samaritano). no hiciste obras de misericordia...* (cf. San Agustín, p. 40-42,c).
 2. *Respecto de Dios. del prójimo. de ti mismo.*

c) *La sentencia.*

Sus características. Inapelable, definitiva. Por buscar un momentáneo placer, por evitar un pequeño esfuerzo, condenados eternamente al dolor (cf. Bourdaloue, p. 83,D).

Sus efectos. Desesperación de los condenados de ver cómo se han salvado otros tan fácilmente, con un vaso de agua (cf. San Agustín, *ibid.*). La inscripción de Dante en la puerta del infierno: «Por mí se va a la ciudad doliente.—por mí se va al eterno dolor,—por mí se va tras la perdida gente.—Dejad toda esperanza los que entréis.» La figura del juicio final, de Miguel Ángel: el condenado sedente en una piedra sobre el infierno, con el rostro entre las manos... (cf. sec. VU, VI).

d) *Hora del juicio. Cuando menos lo pienses. El tuyo puede ser en cualquier momento* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 23,0: San Agustín, p. 42,d; y Bossuet, p. 80, J. y 2).

- III. *Conclusión. Es la hora de que despertemos* (cf. Santo Tomás de Villanueva, p. 68,c) *antes de que la trompeta del día de la ira nos traiga a la tremenda realidad. Vigilad* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 27,2, y San Agustín, p. 42,d) *por que aquel día no os sorprenda como un lazo. El rico epulón pidió permiso para ir a predicar a sus amigos la existencia del infierno, y Abraham se lo negó diciendo que ya tenían a los proyectos que se lo anunciaban. Hoy la Iglesia nos lo anuncia a todos y yo os lo anuncio a vosotros.* 9

10

Los tres motivos de la justicia divina

Dentro de unos días veremos el portai de Belén. Para que no nos enganemos ante la humildad de aquel Niño y podamos adorarlo convenientemente, considerémosle en su día tremendo, al condenar a los réprobos.

Cristo los condena:

Porque han despreciado su poder, desobedeciendo sus mandamientos (cf. Bossuet, p. 73,b,1).

Porque han rehusado su amor, que le hizo entregarse por nosotros y que ahora se convierte en justicia e ira (cf. Bossuet, p. 74-76,2).

- c. Porque se han rebelado contra su soberanía, trocando su imperio dulce y legítimo por el de Satanás (cf. Bossuet, p. 76-77,3).

- III. *Porque nosotros iremos en Navidad a Belén y durante toda la vida al Cristo oculto en la Eucaristia y*
- A. Reconoceremos su poder practicando por completo su ley, que comprende los mandamientos para con Dios y los mandamientos para con el prôjimo. En el Dios escondido de hoy reconoceremos al Legislador del Sinai y al Juez en el dia ultimo.
 - B. Reconoceremos y agradeceremos su amor. No tendremos que obedecer la dureza de la ley, sino los suaves deseos del amado. El amor irá más allá del precepto, y, buscando lo que quiere Jesûs, hallaremos los consejos del Evangelio. Nos encontraremos con su ultima voluntad: «Amaos los unos a los otros* (lo. 13,34).
 - C. Reconoceremos su soberania. Será el Rey de paz, de justicia y de amor, al que consagraremos no la habitación principal de nuestras casas, sino todo nuestro ser y toda nuestra vida.
- IV. *Y lo mismo manana ante su cuna que hoy ante el sagrario, que después en el dia del juicio, repetiremos siempre: «Regem cui omnia vivunt...»*

El dia del juicio, dia de gloria

L *Gloria de Dios.*

- A. Todo cuanto acaece en este mundo está ordenado por Dios para su gloria. Actualmente esta ordenación permanece envuelta entre sombras, sin que alcancemos a comprenderla.
- B. Pero en el dia del juicio el orden perfecto brillará, porque:
 - a) *Serán conocidos los ocultos designios divinos:*
 - 1. El porqué permitió unas cosas y otras no.
 - 2. El porqué triunfaron en el mundo los malos.
 - 3. Quiénes aceptaron el plan de la Providencia y quiénes no (cf. Santo Tomás, p. 58-59,B).
 - b) *Sera establecido el orden universal de la justicia:*
 - 1. Los malos, castigados eternamente.
 - 2. Los buenos, premiados, rodearán a Cristo.
 - c) *Cristo se presentará al Padre para reverenciar a Dios principio y fin del orden universal, después de haber colocado a los impios como estribo de sus pies y haber*

completado glorioso su Cuerpo místico (cf. Marmion, p. 87JD).

- II. *Gloria de Jesucristo* (cf. Santo Tomás, p. 55-57,A).
 - A. En su vida, desconocido, calumniado, ajusticiado.
 - B. A lo largo de los siglos, negado y perseguido en su Iglesia.
En el juicio, recapitulándolo todo y juzgando a todos (cf. San Juan Crisóstomo, p. 34-35,4).
- III. *Gloria de los justos*.
 - A. En su vida, incomprendidos o perseguidos como su Maestro.
 - B. En el juicio, triunfantes con El.

El silencio de Cristo

- I. *Cristo hoy calla ante nuestros pecados* (cf. San Agustín, p. 38-40,2 y 3).
 - A. El pecado no recibe su castigo inmediato. Muchos malos viven felices (cf. *ibid.*).
Al no ver inmediato el castigo, los hombres comienzan a pecar. Después, el pecado se convierte en costumbre y la costumbre los encallece (cf. San Agustín, *ibid.*, y Bossuet, p. 79-80,3 y 80,d,3). Otros aplican a Dios sus mismos criterios y creen que no se preocupa de los pecados de los hombres (cf. Bossuet, p. 79.3,1.º).
 - D. Aunque ve y odia todos esos pecados, Cristo por ahora calla, porque no le gusta condenar, sino salvar (cf. San Agustín, *ibid.*).
- II. *Pero hablará en el día del juicio. «Deus manifeste veniet: Deus noster et non silebit»* (Ps. 49,3).
 - A. ¿Sospechabas que amaba el mal como tú? Aquí tienes escritas todas tus maldades (cf. San Agustín, p. 40,4). No dejaré de verte ni un momento (cf. Bossuet, p. 79,3,2.º, y 81,5).
 - B. ¿Hasta ahora no has querido mostrar tu conciencia? Te voy a poner delante de ti mismo (cf. San Agustín, *ibid.*, y Bourdaloue, p. 82,B).
- m. *Conclusión. ¿Desconoces «que la bondad de Dios te atrae a penitencia?»* (Rom. 2,4). *Arrepiéntete ahora, que después será inútil* (cf. San Agustín, p. 42-43,d)

13

La limosna del juicio

- I. *Los bienes de la tierra, ¿son buenos o malos? La fórmula del juicio solventa esta cuestión en el sentido de que son útiles.*
 - A. Porque nos sirven para conquistar el cielo.
 - a) Si somos pecadores, pidiendo sinceramente la gracia y acompañando nuestra petición con la limosna.
 - b) Si estamos en gracia de Dios, granjeándonos con las limosnas nuestra perseverancia final. ✽
 - B. Porque Cristo se ha substituido en la persona de los pobres, y lo que damos a éstos se lo damos a El (cf. *Miscelânea*, VII). Si tú das a los pobres lo que más te cuesta, tu dinero. El te dará lo que más estima y más le costó adquirir: la gracia (cf. Beato Avila, p. 68-69, A).
- II. *Después de tanto afán, ¿tendremos que abandonar totalmente nuestros bienes terrenos? También el juicio resuelve esta pregunta.*
 - A. Si mediante nuestras limosnas colocamos en vida nuestros bienes en el banco celestial, a la hora del juicio nos los encontraremos allí (cf. San Agustín, p. 40-41, 1 y 2).
 - B. Al igual que San Pedro, cuando fue recibido por los pobres que le mostraban las prendas de la caridad de la difunta Tablita (Act. 36-41), la resucitó y tomándola de la mano se la presentó a los fieles, Cristo, en el día del juicio, al ver como los pobres socorridos por nosotros le muestran nuestras limosnas, nos cogerá de la mano y nos llevará a la presencia del Padre.

La sentencia del juicio

- I. *El Señor la formula con estas palabras (Mt. 25,41ss):*
«Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno,
 A. porque tuve hambre, y no me disteis de comer;
 B. porque tuve sed, y no me disteis de beber;
 C. fui peregrino, y no me alojasteis;
 D. estuve desnudo, y no me vestisteis;
 E. enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis».
- II. *Los cinco puntos de la sentencia se refieren a pecados de omisión. Son muchos los cristianos que se sorprenderán el día del juicio:*
 - A. De no haberse dado cuenta de que Cristo está representado en los pobres, en los enfermos, en los encarcelados, en los peregrinos (cf. San Agustín, p. 41-42,2, y Beato Avila, p. 70,0).
 - B. De no haber advertido el alcance del primer mandamiento de la ley de Dios y haber pecado contra él con frecuencia, no por comisión, sino por omisión.
 - C. De que su ignorancia fué inexplicable, vencible y por consiguiente culpable. Innumerables veces, bajo todas las formas, en preceptos severos y categóricos, en parábolas, con el ejemplo, Jesucristo repite que toda la ley se encierra en ese primer mandamiento.
 - a) *Parábola del buen samaritano (Le. 10,30-37). De ella salen condenados el sacerdote y el levita, que son representación de los hombres piadosos, de los hombres de templo faltos de misericordia. Es decir, externamente piadosos y corporalmente de templo, no profunda y verdaderamente piadosos.*
 - b) *Parábola de los talentos (Mt. 25,14-30), en la que Jesucristo:*
 1. Se alegra de ver que se ha negociado con los talentos; que se ha trabajado y se ha hecho el bien, que se ha pasado por este mundo como pasó El, «benefaciendo» (Act. 10,38). «Euge serve bone et fidelis» (Mt. 25,23): «Muy bien, siervo bueno y fiel...; entra en el gozo de tu señor».
 2. Condena con palabras enérgicas al que no emplea su talento en beneficio de los demás, le quita el talento y le increpa: «Serve male et piger» (Mt. 25,26): «Siervo malo y haragán». Ante otros pecados, Jesucristo muestra su misericordia y mansedumbre. Ante éste nos ofrece su ira: «Qui-

tadle el talento... y a ese siervo inútil echadle a las tinieblas exteriores» (Mt. 25,28-30).

- c) *Parabola del rey que ajusté cuentas* (ML 18,23-35). *Terribles palabras de Dios nuestro Señor contra el siervo que no fué misericordioso con el compañero: «Mal siervo, te condoné yo toda tu deuda porque me lo suplicaste. ^No era, pues, de ley que tuvieses tû piedad de tu compañero, como la tuve yo de ti?»* (ML 18,32-33). *Pecado contra la misericordia.*

- ni. *La misericordia es el alma del Evangelio. Dios mismo se llama Padre de la misericordia y Dios de toda consolation. Los cristianos que no sienten y practican la misericordia no son cristianos. Una religiôn de piedad puramente externa, a veces ostentosa, no sôlo es farsa, sino muy odiosa al coraçôn de Jesûs. Practiquemos la misericordia, si no queremos oir el «Apartaos de mi, malditos...»**

Las dos venidas y la vida santa

- I. *La primera venida tuvo por fin, ademds de redimimos, enseñarnos teôrica y prâcticamente a vivir en justicia y santidad, separândonos de lo terreno y malo.*
- II. *Para sostenernos en este camino nos sirve de aliento y sostén la esperanza de la venida final gloriosa y remuneradora (cf. San Bernardo, p. 53-54,D).*
- III. *Nuestra vida cristiana se apoya así:*
 - A. *En las enseftanzas de Crlstô.*
 - B. *En la esperanza del premlo.*
- IV. *San Pablo lo sintetiza diciendo (Tlt. 2,11-13): «Apparuit enim gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos, ut abnegantes impietatem et saecularia desideria: sobrie et iuste, et pie vivamus in hoc saeculo, exspectantes... adventum gloriae magni Dei...»**

16

Las tres venidas

- I. *La primera venida* (cf. San Bernardo, p. 51-52,B).
 - A. Nos redime y abre el camino de salvación.
 - B. Nos impulsa con motivos:
 - a) *De amor.*
 - b) *De agradecimiento.*
 - c) *De imitation.*
- II. *La tercera venida*(cf. ibid., p. 53-54,D). *Nos alienta con motivos.*
 - A. De temor saludable del castigo.
 - B. De esperanza y deseo del premio.
- III. *La segunda venida* (cf. ibid., p. 52-53,0).
 - A. Es un anticipo de la tercera y nos convierte en templos de la Santísima Trinidad.
 - B. Por ello debemos:
 - a) *Eliminar cuanto impide la presencia de Dios: «las obras de las tinieblas».*
 - b) *«Revestirnos de Cristo», para unimos más a El.*

17

Jesucristo, ayer, hoy y siempre

- I. *Jesucristo es la única luz.*
 - A. Fuera de Cristo todo son tinieblas.
 - B. Se apaga el sol, muere la luz, caen las estrellas.
 - C. Toda la luz del cuadro se concentra en Jesucristo. Jesucristo es el único iluminado. Jesucristo es la única luz.
- H *Jesucristo es la única vida.*
 - A. Fuera de Cristo, la muerte.
 - a) *Muere todo el universo físico* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 24.1).
 - b) *Muere todo el universo moral o espiritual.*
 - c) *Imperios, dinastías, Estados, civilizaciones... Toda la historia ha pasado.*

d) *Todo posa a nuestra vista. Todo pasará definitivamente el día de Cristo. Las mismas virtudes del cielo se tambalean y caen* (cf. *ibid.*).

B. Cristo aparece ante todos en la plenitud del vigor de su poder y de su majestad (cf. *Apuntes exeg.-mor* p. 24,2). «Cum virtute multa et maiestate» (Mt. 24,30).

III. *Jesucristo es la única verdad, es decir, el sol del mundo intelectual.*

A. Cesará la confusión física de las aguas revueltas, arremolinadas, encrespadas.

B. Cesará el ruido y la confusión de tantas teorías, tantas escuelas, tantos sistemas.

Cesará el ruido y la confusión de pasiones, y ruinas, y revoluciones, y guerras.

D. Pasarán la vanidad y la mentira, fruto de la necesidad y de la soberbia (cf. *Misceldnea*, IV).

E. Todo lo que hay en la vida de verdadero, de eterno, de divino, estará concentrado en Cristo. Cristo será la única verdad y toda la verdad.

IV. *Tal realidad divina no sólo será, sino que fue y es hoy día.*

A. Hoy no hay más realidad que Jesucristo para quien con ojos de evangelio contempla la vida.

Fuera de la vida iluminada por Cristo, por sus preceptos y por su amor se encuentra la vanidad y la mentira de la vida del mundo.

C. Jesucristo ayer, hoy y siempre.

V. *Sea, pues, Cristo nuestra vida.*

A. En el afecto y en la verdad. Sigamos el precepto del Apóstol: «Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col. 3.4).

B. ¿Qué es esconder nuestra vida en Cristo? El propio Pablo nos lo explica. Esconder la vida en Cristo consiste en:

a) *Buscar las cosas de arriba, donde está sentado Cristo a la diestra de Dios.*

b) *Pensar en las cosas de arriba, no en las de la tierra* (Col. 3.1-2).

c) *Revestirse de las virtudes de Jesucristo* (Col. 3,12).

VI. *Nuestro triunfo definitivo en Jesucristo.*

A. «Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con Él» (Col. 3.4).

B. «Ya es hora de levantaros del sueño de las vanidades humanas» (Rom. 13,11).

- C. «Despierta tu que duermes y levântate de entre los muertos y te iluminará Cristo» (Eph, 5,14).

VII. *Exhortação.*

- A. Seamos Cristo desde hoy para serlo el ultimo dia. Que nos ilumine Cristo hoy para sentirnos envueltos en el ultimo dia en el resplandor de su Majestad terrible. Seamos hoy luz de gracia para ser entonces luz de gloria. «Despojémonos de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz» (Rom. 13,12).
- B. Oigamos anticipadamente los villancicos de la Navidad como una alegre diana que, recordándonos nuestra condición de cristianos, nos invite a despertar del sueño de nuestra vida mentirosa.
- C. Bautizados en Cristo, muertos y sepultados con Cristo, conresucitados con Cristo.
- D. Pongamos ya desde ahora todo nuestro pensamiento y toda nuestra esperanza en Cristo y en el cielo, donde Cristo reina, para que en el dia tremendo y amargo, cuando tantos infelices queden aplastados bajo el peso terrible de sus culpas y sientan sobre si el peso enorme de la justicia divina, nosotros, hechos luz de Cristo—incluso en nuestro propio cuerpo, que se habrá configurado según su claridad gloriosa—, gocemos plenamente de la verdad de Cristo.
- E. Participemos perfectamente de la vida de Cristo y alegrémonos con alegría inefable, porque nos resta por toda una eternidad el ser coherederos de la propia felicidad de Cristo.

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

18

También socialmente hay que despertar del sueño

- T. *El terror general ante la situación dei mundo.*
- A. En medio del terror general resuena una voz de aliento: «Levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra salvación». El fenómeno se ha repetido:

- a) *Entre los fleles de Tesalônica, que temían la proximidad del fin dei mundo (2 Thés. 2.1-2).*
- b) *Al finalizar el primer milenio de la era cristiana.*
- c) *En general, en épocas de gran inestabilidad social.*

- B. El temor. contagioso, se hace pronto colectivo y provoca elegas subversiones, terribles alarmas, numerosas enfermedades...
- C. Actualmente se da también. Tiene un origen concreto: el pavoroso problema social. Su gravedad preocupa a todos (cf. p. 90.a y 97,a). Y hace temblar a las personas conscientes (cf. p. 89,c y 98,d).

H. *Sus motivos. ¡Las guerras? Verdadero castigo de Dios ante tantos desórdenes (cf. p. 101.f). Pero hay algo más. Terminan las guerras y el peligro subsiste. El mal es más hondo.*

- A. Los Papas lo vieron y lo advirtieron con tono profético. Leon XIII desde el comienzo de su pontificado. Y al declinar su vida (cf. p. 90,c). La raíz de todo: el apartamiento de Dios, base de la sociedad. En los siguientes pontificados estalla el conflicto: primero la guerra armada, luego la revolución social. Pio X. Benedicto XV y, sobre todo, Pio XI advierten y conminan sobre su gravedad.
- B. Nuestro tiempo. Segunda guerra mundial. Se afirma que se lucha por el bien de la sociedad... Pero el problema sigue sin resolver. Se ha hecho desaparecer a Dios de la vida privada, familiar y social (cf. p. 98.B.a). Se ha arrancado de la vida social la ley de Cristo, fuente de dignificación y de unidad. El problema social está ahí, latente, amenazador. La actual constitución de la sociedad está llamada a desaparecer.
- C. Pio XII ha dicho a los españoles: «La Iglesia denuncia, como contraria a la naturaleza, una situación social donde, frente a un grupo de privilegiados y riquísimos, hay una enorme masa popular empobrecida» (Discurso radiado a los empresarios, técnicos y obreros, 11 marzo 1951).

HL *La Iglesia y los cristianos ante esta situación.*

- A. Actitud de la Iglesia. Nada teme por sí (cf. p. 97,b). Sabe que las luchas sólo sirven para fortalecerla (cf. p. 98,c). Tiene la experiencia de muchos siglos. Tiene fe inquebrantable en la divina promesa: no prevalecerán... Pero la sociedad no es la Iglesia. Aunque se diga cristiana...
- B. Actitud de los cristianos. Cuando no se levanta la cabeza, surgen el temor y la inacción. Tal el caso

de Tesalônica, contra el que se pronuncia San Pablo. Cuando se levantan los ojos al cielo, la esperanza mueve a la penitencia y a la reforma. Tal el caso de los disciplinantes medievales con San Vicente Ferrer. Tal el de Ninive, con su rey al tren-te, ante el anuncio profético de Jonâs (Iona 3,6-10).

C. Nuestra actitud. Toda crisis puede conducir a una renovación y a un progreso. «Levantad vuestras cabezas» es:

- a) *Llenaos de esperanza, porque se acerca vuestra salvación, un mundo mejor.*
- b) *Llenaos de valor y decisión, porque se acerca vuestra mortaleza.*
- c) *Poned manos a la obra de la reforma social, porque os espera vuestro premio.*

IV. ¿Qué hacer?

A. Lo que no puede hacerse:

- a) *Permanecer inactivas. Sería indigno de un cristiano* (cf. p. 98,d).
- b) *Despreciar los peligros o no acometer la reforma. Sería causa de condenación. (a) No podemos menos de contemplar con profundo dolor la incuria de los que parecen despreciar estos inminentes peligros y, con cierta pasiva desidia, permiten que se propaguen por todas partes doctrinas que destruirán por la violencia y por la muerte toda la sociedad. Mayor condenación merece aún la negligencia de quienes descuidan la supresión o reforma del estado de cosas que lleva a los pueblos a la exasperación y prepara el camino a la revolución y ruina de la sociedad))* (Cuadragesimo anno, num. 43: Nueva Colección rmc., p. 615-616).
- c) *Huir ante el peligro. Sería propio de cobardes* (página 103,c,d,e).

B. Lo que todos, pero especialmente los más capaces y dotados, deben hacer:

- a) *Despertar del sueño* (cf. p. 89,e).
- b) *No lamentarse, sino actuar* (cf. p. 89,d).
- c) *No mantenerse en recelosa reserva, sino trabajar con decisión en el campo de la justicia social* (cf. p. 89,c).
- d) *Llenarse de abnegación, espíritu de sacrificio, heroísmo* (cf. p. 92,a).

C. El camino de la solución: Jesucristo como fundamento, la justicia como ejecutora, y por corona, la caridad (cf. p. 95,E).

19

La sociedad moderna tiene que revestirse de Jesucristo

- I. *La sociedad moderna se habia desnudado de Jesucristo. El liberalismo en todos sus grados es la expulsion de Jesucristo de la vida de las naciones.*
 - A. El catolicismo liberal en forma atenuada, niega los derechos de la Iglesia en la vida pública.
 - B. El catolicismo liberal en forma más grave, niega que el Estado deba tener una religion.
 - C. Libéralisme, que niega que la sociedad misma deba practicar una religion y una moral.
 - D. Se niega la existencia de una moral divina, aun reconociendo la existencia de Dios. Deísmo.
 - E. Se niega la existencia de Dios. Ateísmo.
 - F. Se llega al odio a la idea de Dios y a la guerra a la idea de Dios. Comunismo ruso.
- II. *Programa de los Pontífices. Restaurar todo en Cristo (Pío X). La paz de Cristo en el reino de Cristo (Benedicto XV). Obra de la justicia: la paz (Pío XI y Pío XII).*
- III. *Los Pontífices tratan de revestir la sociedad de Jesucristo llevando la idea de Dios al Derecho publico y a la vida pública de las naciones.*
 - A. La causa eficiente y final de la sociedad está fuera de ella (Leon XIII). La sociedad es obra de Dios. La sociedad va ordenada a Dios.
 - B. La autoridad. La forma de la sociedad, que es la autoridad, procede de Dios. Toda autoridad procede de Dios, sea cual fuere el medio de transmisión. El que manda, manda en nombre de Dios. El que obedece, obedece a Dios. En la frente de todos los emperadores se quiebra un rayo de la omnipotencia, de la sabiduría y de la misericordia divinas (Palabras de los obispos alemanes).
 - C. La moral en la sociedad. El Estado debe tener una moral: la moral cristiana. Y defenderla en la vida social. Y combatir toda deshonestidad y toda injusticia.
 - D. La sociedad y el Estado deben practicar la justicia social, justicia que se deriva de Dios.

- E. La caridad. Gobernantes y súbditos deben someterse a la ley de la caridad. Caridad social. Caridad de patria.
- F. El culto colectivo. Los Estados, por tener una religión, deben tener un culto colectivo y, como tal, tributárselo a Dios. Fiesta de Cristo Rey. Expresión litúrgica de esta idea. Ideas capitales de la «Quas Primas». Consagración de los Estados modernos al Sagrado Corazón, a Cristo Rey. Consagración de España en el Cerro de los Angeles. Consagración de España en el Congreso de Barcelona.

*El juicio final como prueba del carácter
social del cristianismo*

- I. *Después del juicio particular—en el fin de la vida—, el gran juicio colectivo—en el fin de los tiempos—. Jesucristo quiere dar a su sanción definitiva a los hombres un carácter público o social.*
- II. *Nuestra vida, incluso en el orden religioso, peca mucho de egoísta (cf. p. 91,d). O mejor, de individualista. Diríase que el individualismo liberal ha penetrado hasta el mismo reducto de la conciencia. En todos los órdenes. Pero concretamente en el momento de enjuiciar vuestros actos. Atendemos más a las faltas que nos afectan a nosotros mismos que a las que afectan a los prójimos. Mas; aun en estas últimas damos más importancia a lo que tienen de nuestras que a lo que suponen de ofensa para el prójimo.*
- III. *Pero la esencia misma de la vida cristiana es social. Social el criterio para valorarlas. Social el modo de retribuirla.*
 - A. *Lo prueba la enseñanza constante del Evangelio. El mandamiento nuevo, el más Importante, síntesis de los demás, distintivo del cristiano: «Amaos los unos a los otros» (lo. 13,34; 15,12; 15,17). San Pablo: «Quien ama al prójimo ha cumplido la ley» (Rom. 13,8) San Juan: «Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve» (I lo. 4,20).*

B. Lo confirma el evangelio de hoy. El criterio para el juicio será eminentemente social. En el juicio final sólo se habla de los pecados contra la misericordia o del cumplimiento de sus obras. «Porque tuve hambre... tuve sed...» «Cuántas veces lo hicisteis con uno de éstos...»

IV. *La sociabilidad humana, y el Cuerpo místico. Jesucristo valora nuestros actos en cuanto dicen relación al prójimo. Salva o condena, según haya sido nuestra misericordia con el prójimo (cf. p. 96,d y 95,b). Criterio profundamente social. Dios creó al hombre con una naturaleza social, le elevó al orden sobrenatural, eminentemente social: el Cuerpo místico.*

El aspecto social de los bienes a la luz del juicio final. Profundicemos todavía más en esta idea. Dios, en su providencia, reparte los bienes de un modo desigual (cf. p. 92,c). Hay quienes recibieron más inteligencia, cultura, habilidad, técnica, bienes materiales, educación, salud, fortaleza, resistencia para el trabajo, etc. Pero el valor de los actos no se mide por la cantidad de bienes que se poseen. Supondría una desigualdad esencial, sin responsabilidad alguna del hombre (cf. Pío XI, *Ubi arcano Dei*, n. 27: Nueva Colección de Encíclicas, p. 1018). El criterio de Dios no es éste. Cada hombre es depositario y administrador de los bienes que recibe, en beneficio de todos. Porque para todos están destinados. Unos libre y meritoriamente deben administrarlos; otros libre y meritoriamente deben tratar de adquirirlos. En la perfecta ordenación de este maravilloso comercio está la base y fundamento moral y religioso de la vida social del hombre (cf. p. 101,g).

B. El bien común, la distribución equitativa de los bienes y la misericordia. El bien común, aun considerado en su aspecto humano, sólo se consigne si se establece entre los hombres perfecta comunión y distribución equitativa de todos los bienes (cf. página 93,d). Y para ello hace falta la misericordia (cf. Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 48: Nueva Colección de Encíclicas, p. 666). El corazón inclinado a remediar la necesidad del prójimo. Verse a sí mismo en su relación con los demás. Ver en el prójimo necesitado a Jesucristo. Y conocerse deudor de Jesucristo, que puso en nuestras manos cuanto poseemos, para que lo administremos en su nombre (cf. p. 96,e).

C. Justicia, primero. La caridad, después. Más toda-

via. SI el orden social perfecto exige la misericordia, por la misma razón exige la justicia. Y aun con anterioridad. Antes de remediar la necesidad del prójimo, Impotente para bastarse a si mismo, hay la obligación de hacer posible una vida digna a quien es capaz de conseguirla por sus propios medios. Y esto es propio de la justicia. Más grave que la obligación de dar a quien carece de todo. es la de distribuir y retribuir con justicia a quienes para producir los bienes pusieron su trabajo, único medio que recibieron de Dios para subsistir. Y esto es también propio de la Justicia social (cf. p. 95,a). Por eso afirma Pio XII que la salvación o condenación en el juicio depende tanto de la misericordia como de la justicia.

- a) *Justa distribution de los bienes ante todo. En una sociedad cristianamente ordenada ha de ser normal la justa distribución de los bienes. La justicia social adaptará en cada momento el orden jurídico a las cambiantes exigencias del progreso humano.*
- b) *La caridad suplirá las deficiencias en los casos extremos, remediando las necesidades restantes. Así se construye la verdadera ciudad cristiana. En esto consiste la civilización cristiana (cf. p. 95.E).*
- c) *Pero bien entendido que a la caridad le toca la principal misión:*
 - 1. Porque no sólo suple las deficiencias en los casos extremos. Y «a los pobres siempre los hemos de tener Con nosotros».
 - 2. Sino porque aun la misma justicia social es difícil de cumplir si no se siente muy honda la misericordia cristiana (cf. p. 96,e).

LA MISION DEL PRECURSOR

Segundo domingo de Adviento

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

EPISTOLA

(Rom. 15,4-13)

4

4 Quaecumque **enim** scripta sunt, ad nostram doctrinam scripta sunt: ut per patientiam et consolationem Scripturarum, spem habeamus.

5 Deus autem patientiae, et solatii det vobis idipsum sapere in alterutrum secundum Iesum Christum:

6 ut unanimes, uno ore honorificetis Deum, et Patrem Domini nostri Iesu Christi.

7 Propter quod suscipite invicem, sicut et Christus suscepit vos in honorem Dei.

8 Dico enim Christum Iesum ministrum **fuisse** circumcisionis propter veritatem Dei, ad confirmandas promissiones patrum:

9 Gentes autem super misericordiam honorare Deum, sicut scriptum est: Propterea confitebor tibi in gentibus, Domine, et nomini tuo cantabo.

10 Et iterum dicit: Laetamini gentes cum plebe eius.

11 Et iterum: Laudate omnes gentes Dominum: et magnificate eum omnes populi.

12 Et rursus Isaias ait: Erit radix lesse, et qui exurget regere gentes, in eum gentes sperabunt.

13 Deus autem spei repleat vos omni gaudio, et pace in credendo: ut abundetis in spe, et virtute Spiritus Sancti.

4 Pues todo cuanto esta escrito. para nuestra ensenanza fué escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza.

5 Que el Dios de la paciencia y de la consolación os dé un unanime sentir en Cristo Jesús.

6 para que unanimes, a una sola voz, glorifiquemos a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

7 Por lo cual acogeos mutuamente, según que Cristo nos acogió a nosotros para gloria de Dios.

8 Os digo que Cristo fué ministro de la circuncisión por la veracidad de Dios, para cumplir las promesas a los padres,

9 mientras que los gentiles glorifican a Dios por su misericordia, según esté escrito: «Por esto te alabaré, Señor, entre las gentes y cantaré a tu nombre».

10 Y otra vez dice: «Regocijaos, gentes, con su pueblo».

11 En otra parte: «Alabad al Señor todas las gentes y ensalzadle los pueblos todos».

12 Y asimismo Isaias dice: «Aparecerá la raíz de Jesé y el que se levanta para mandar a las naciones; en Él esperarán las gentes».

13 Que el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría y paz en la fe, para que abundéis en esperanza, por la virtud del Espíritu Santo.

II. EVANGELIO

«Mt. 11,2-10)

2	Habiendo oído Juan en la cárcel las obras de Cristo, envié por sus discípulos,	2	Ioannes autem cum audisset in vinculis opera Christi, mittens duos de discipulis suis,
3	a decide: <Eres tú el que viene o hemos de esperar a otro?	3	ait illi: Tu es, qui venturus es, an alium exspectamus?
4	Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto.	4	Et respondens Iesus ait illis: Euntes renuntiate Ioanni quae audistis, et vidistis.
5	Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados;	5	Caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur:
6	y bienaventurado aquel que no se escandalizare en mí.	6	et beatus est, qui non fuerit scandalizatus in me.
7	Cuando éstos se hubieron ido, comenzó Jesús a hablar de Juan a la muchedumbre: ^Qué habéis ido a ver al desierto? ^Una cana agitada por viento?	7	Illis autem abeuntibus, coepit Iesus dicere ad turbas de Ioanne: Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam?
8	^Qué habéis ido a ver? un hombre vestido humildemente? Mas los que visten con molición están en las moradas de los reyes.	8	Sed quid existis videre? hominem mollibus vestitum? Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt.
9	¡Pues a qué habéis ido? ¡A ver un profeta? Si, yo os digo que más que un	9	Sed quid existis videre? prophetam? Etiam dico vobis, et plus quam prophetam.
10	Este es de quien está escrito: «He aquí que yo envío a mi mensajero delante de ti, que preparará tus caminos delante de ti.	10	Hic est enim de quo scriptum est: Ecce ego mitto angelum meum ante faciem tuam, qui praeparabit viam tuam ante te.

III. TEXTO CONCORDANTE

(Le v.8-2:;)

18	Los discípulos de Juan dieron a este noticia de todas esas cosas,	18	Et nuntiaverunt Ioanni discipuli eius de omnibus his.
19	y llamando Juan a dos de ellos. los envió a Jesús para decide: ^Eres tú el que viene o esperamos a otro?	19	Et convocavit duos de discipulis suis Ioannes, et misit ad Iesum, dicens: Tu es qui venturus es, an alium exspectamus?
20	Llegados a Él, le dijeron: Juan el Bautista nos envía a ti para preguntarte: <Eres tú el que viene o esperamos a otro?	20	Cum autem venissent ad eum viri, dixerunt: Ioannes Baptista misit nos ad te dicens: Tu es 4U* venturus es. an alium exspectamus?

21 (In ipsa autem hora multos curavit a languoribus, et plagis, et spiritibus malis, et caecis multis donavit visum.)

22 Et respondens, dixit illis: Euntes renuntiate Iohanni quae audistis, et vidistis: Quia caeci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur:

23 et beatus est quicumque non fuerit scandalizatus in me.

24 Et cum discessissent nuntii Iohannis, coepit de Iohanne dicere ad turbas: Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam?

25 Sed quid existis videre? hominem mollibus vestimentis indutum? Ecce qui in veste pretiosa sunt et deliciis, in domibus regum sunt.

26 Sed quid existis videre? prophetam? Utique dico vobis, et plus quam prophetam:

27 hic est, de quo scriptum est: Ecce mitto angelum meum ante faciem tuam, qui praeparabit viam tuam ante te.

21 En aquella misma hora curo a muchos de sus enfermedades y males y de los espíritus malignos, e hizo gracia de la vista a muchos ciegos,

22 y tornando la palabra les dijo: Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados;

23 y bienaventurado es quien no se escandaliza en mí.

24 Cuando se hubieron ido los mensajeros de Juan, comenzó Jesús a decir a la muchedumbre acerca de él: ¿Qué habéis salido a ver al desierto? ¿Una caria agitada por el viento?

25 ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con mollicie? Los que viven suntuosamente y viven regalados, están en los palacios de los reyes.

26 ¿Qué salisteis, pues, a ver? ¿Un profeta? Si, yo os digo, y mas que profeta.

27 Este es aquel de quien esta escrito: He aquí que yo envío delante de ti a mi mensajero, que preparará tu camino delante de ti.

H

H)

I

*

IV. OTROS TEXTOS DE LA ESCRITURA ALUSIVOS A LA ENVIDIA Y A LA LIMOSNA

A) Sobre la envidia

a) La envidia. de Cain

Ad Cain vero, et ad munera illius non respexit: iratusque est Cain vehementer, et concidit vultus eius (Gen. 4,5).

Y agradôse Yavé de Abel y de su ofrenda, pero no de Cain y la suya. Se enfureció Cain y andaba cabizbajo.

b) Los filisteos envidian a Isaac

12 Sévit autem Isaac in terra ilia, et invenit ipso anno centuplum: benedixitque ei Dominus.

14 Habuit quoque possessiones ovium et armentorum, et familiae plurimum. Ob hoc invidentes ei Palaestini.

12 Sembrô Isaac en aquella tierra, y cogió aquel año ciento por uno, pues le bendijo Yavé.

14 Tenia mucha hacienda de ovejas y bueyes y mucha servidumbre, y los filisteos llegaron a envidiarle.

15 Todos los pozos abiertos por los
sicrvos de su padre, Abraham, los cega-
ron los filisteos, llenindolos de tierra.

15 Omnes puteos, quos foderant
servi patris illius Abraham, illo
tempore obstruxerunt, implentes hu-
mo (Gen. 26,12-15).

c) *Esau, envidioso de Jacob*

Concibiô Esau contra su hermano Ja-
cob un odio profundo, por lo de la
bendición que le habia dado su padre,
y se dijo en su corazôn: Cerca estân los
dias del duelo por mi padre: después
mataré a Jacob, mi hermano.

Oderat ergo semper Esau Iacob
pro benedictione qua benedixerat
ei pater; dixitque in corde suo: Ve-
nient dies luctus patris mei, et
occidam Iacob fratrem meum (Gen.
27,41).

d) *La envidia de Raquel*

Raquel, viendo que no daba hijos a
Jacob, estaba celosa de su hermana y
dijo a Jacob: Dame hijos o me muero.

Cernens autem Rachel quod infe-
cunda esset, invidit sorori suae, et
ait marito suo: Da mihi liberos,
alioquin moriar (Gen. 30,1).

e) *José envidiado por sus hermanos*

4 Viendo sus hermanos que su pa-
dre le amaba más que a todos, llegaron
a odiarle y no podían hablarle amisto-
samente.

8 Y sus hermanos le dijeron: ¿Es
que vas a reinar sobre nosotros y vas a
dominarnos? Estos sueños y las pala-
bras de Jose fueron causa de que le
odiaran todavía más.

it Sus hermanos le envidiaban, pe-
ro a su padre le daba esto que pensar.

4 Videntes autem fratres eius,
quod a patre plus cunctis filiis ama-
retur, oderant eum, nec poterant ei
quidquam pacifice loqui.

8 Responderunt fratres eius:
Numquid rex noster eris? aut sub-
iiciemur ditioni tuae? Haec ergo
causa somniorum atque sermonum,
invidiae et odii fomitem ministravit,

11 Invidebant ei igitur fratres
sui: pater vero rem tacitus conside-
rabat (Gen. 37,4.8.11).

f) *La envidia de Saül*

8 Saul se irritô mucho, y esto le
desagradô, pues decia: Dan diez mil a
David y a mi mil; nada le falta, si no
es el reino.

9 Desde entonces miraba Saül a
David con malos ojos.

8 Iratus est autem Saul nimis,
et displicuit in oculis eius sermo
iste: dixitque: Dederunt David de-
cem millia, et mihi mille dederunt:
quid ci superest, nisi solum tenu-
num?

9 Non rectis ergo oculis Saul
aspiciebat David a dic illa, et dein-
ceps.

10 Post diem autem alteram, invasit spiritus Dei malus Saul, et prophetabat in medio domus suae: David autem psallebat manu sua, sicut per singulos dies. Tenebatque Saul lanceam,

11 et misit eam, putans quod configere posset David cum pariete: et declinavit David a facie eius secundo (1 Reg. 18,8-11).

10 Al otro día se apoderô de Saul el mal espíritu y desvariaba en su casa. David tocaba el arpa, como otras veces. Tenia Saùl en la mano su lanza,

ii y blandiéndola, la lanzô contra David, diciendo: Voy a clavar a David en la pared.

g) *La envidia de los 'judios contra Cristo*

Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum (Mt. 27,18).

Pues sabian que por envidia se lo habian entregado.

h) *Qué es la envidia*

Vita carnum, sanitas cordis: putredo ossium invidia (Prov. 14,30).

Corazôn apacible es vida del cuerpo la envidia es la caries de los huesos.

Rursus contemplatus sum omnes labores hominum, et industrias animadverti patere invidiae proximi: et in hoc ergo vanitas, et cura superflua est (Ecd. 4,4).

Vi también que todo trabajo y cuanto de bueno se hace, mueve la envidia del hombre contra su prôjimo. También esto es vanidad y apacentarse del viento.

Invidia autem diaboli mors introivit in orbem terrarum... (Sap. 2,24).

Mas por envidia del diablo entrô la muerte en el mundo...

Neque cum invidia tabescente iter habeo: quoniam talis homo non erit particeps sapientiae (Sap. 6,

No iré con el que de envidia se consume, porque la envidia no tiene nada que ver con la sabiduría.

Nequam est oculus lividi: et avertens faciem suam, et despiciens animam suam (Eccli. 14,8).

Es malo quien mira con envidia, el que vuelve su rostro y mira con desdén.

Oculus malus ad mala: et non satiabitur pane, sed indigens et in tristitia erit super mensam suam (ibid. 14,10).

El ojo envidioso mira con envidia el pan que otro come, y a su propia mesa siempre hay alborotos.

B) Sobre la limosna

a) *Obligatoriedad*

Si prestas dinero a uno de mi pueblo, a un pobre que habita en medio de vosotros, no te portaras con él como acreedor y no le exigirás usura. Si pecuniam mutuam dederis populo meo pauperi qui habitat tecum, non urgebis eum quasi exactor, nec usuris opprimes (Ex. 22,

7 Si hubiera en medio de ti un necesitado entre tus hermanos, en tus ciudades, en la tierra que Yavc, tu Dios, te da, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, 7 Si unus de fratribus tuis, qui morantur intra portas civitatis tuae in terra, quam Dominus Deus daturus est tibi, ad paupertatem venerit: non obdurabis cor tuum, nec contrahes manum.

8 sino que le abrirás tu mano y le prestarás con que poder satisfacer sus necesidades, según lo que necesite. 8 Sed aperies eam pauperi, et dabis mutuum, quo eum indigere perspexeris.

11 Nunca dejara de haber res en la tierra; por eso te doy este mandamiento: abritas tu mano a tu hermano, al necesitado y al pobre de tu tierra. 11 Non deerunt pauperes in terra habitationis tuae: idcirco ego praecipio tibi ut aperias manum fratri tuo egeno et pauperi, qui tecum versatur in terra (Deut. 15,7-8

b) La limosna limpia *todo pecado*

~ Según tus facultades, haz limosna, y no se te vayan los ojos tras lo que des. No apartes el rostro de ningún pobre y Dios no los apartara de ti. 7 Ex substantia tua fac elemosinam, et noli avertere faciem tuam ab ullo paupere: ita enim fiet ut nec a te avertatur facies Domini.

9 Si abundares en bienes, haz de ellos limosna, y si éstos fueren escasos, según esa tu escasez no ternas hacérla. 9 Si multum tibi fuerit, abundanter tribue: si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impartiri stude.

10 Con esto atesoras un depósito para el día de la necesidad. 10 Praemium enim bonum tibi thesaurizas in die necessitatis.

11 Pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas. 11 Quoniam eleemosyna ab omni peccato et a morte liberat, et non patietur animam ire in tenebras.

12 Y es un buen regalo la limosna! en la presencia del Altísimo para todos los que la hacen. 12 Fiducia magna erit coram summo Deo, eleemosyna omnibus facientibus eam.

17 Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. 17 Panem tuum cum esurientibus et egenis comede, et de vestimentis tuis nudos tege (Tob. 4,7-12 y 17)

9 Quoniam eleemosyna a morte liberat et ipsa est, quae purgat peccata, et facit invenire misericordiam et vitam aeternam (ibid. 12-9).

9 Pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado. Los que practican la misericordia y la justicia serán colmados de felicidad.

Et filiis vestris mandate ut faciant iustitias et eleemosynas, ut sint memores Dei, et benedicant eum in omni tempore in veritate, et in tota virtute sua (ibid. 14,11).

Y encargad a vuestros hijos que hagan obras de justicia y limosnas, que tengan a Dios presente y le bendigan en todo tiempo con verdad y con toda su fuerza.

c) *Exhortation a la limosna*

Erigite pauperem: et egenum de manu peccatoris liberate (Ps. 81,4).

Librad al pobre y al necesitado, sacadle de las garras del impio. -

Ignem ardentem extinguit aqua, et eleemosyna resistit peccatis (Eccli. 3,33).

El agua apaga la ardiente llama y la limosna expia los pecados.

5 Ab inope ne avertas oculos tuos propter iram: et non relinquant te iniqui tibi retro maledicere...

5 No apartes los ojos del necesitado y no des al hombre ocasión de maldecirte.

8 Declina pauperi sine tristitia aurem tuam, et redde debitum tuum, et responde illi pacifica in mansuetudine (ibid. 4,5 y 8).

8 Inclina al pobre tu oído y con mansedumbre respóndele palabras amables.

36 Et pauperi porrige manum tuam, ut perficiatur propitiatio et benedictio tua (ibid. 7,36).

36 Alarga al pobre tu mano, para que seas cumplidamente bendecido.

Nos est enim ei bene qui assiduus est in malis, et eleemosynas non danti: quoniam et Altissimus odio habet peccatores, et misertus est poenitentibus (ibid. 12,3).

Por cuanto no lo pasa bien el que es continuo en el mal y no da limosnas: porque el Altísimo aborrece a los pecadores y usa de misericordia con los que se arrepienten.

Eleemosyna viri quasi signaculum cum ipso, et gratiam hominis quasi pupillam conservabit (ibid. 17,18).

La limosna del hombre es como sello ante El y tiene cuenta del beneficio hecho al hombre como de la propia pupila.

15 Conclude eleemosynam in corde pauperis et haec pro te exorabit ex omni malo (ibid. 29,15).

15 Encierra la limosna en tus cas y te librarás de toda miseria.

Ecce haec fuit iniquitas Sodomae sororis tuae, superbia, saturitas panis et abundantia, et otium ipsius, et filiarum eius: et manum egeno, et pauperi non porrigebant (Ez. 16,49).

Mira cual fue la iniquidad de Sodoma, tu hermana; tuvo gran soberbia. hartura de pan y mucha ociosidad. No dió la mano al pobre y al desvalido.

Por unto, joh rcy!, sirvcte aceptar mi conscjo: redime tus pecados con justicia y tus iniquidades con misericordia a los pobres, y quiza se prolongará tu dicha.

Quamobrem, rex, consilium meum placeat tibi; et peccata tua eleemosynis redime, et iniquitates tuas misericordiis pauperum: forsitan ignoscet delictis tuis (Dan. 4,24).

d) *No alardees de dar limosna*

2 Cuando hagas, pues, limosnas, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipôcritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

3 Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha,

4 para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiare.

2 Cum ergo facis eleemosynam, noli tuba canere ante te, sicut hypocritae faciunt in synagogis, et in vicis, ut honorificentur ab hominibus: Arnen dico vobis, receperunt mercedem suam.

3 Te autem faciente eleemosynam, nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua:

4 ut sit eleemosyna tua in abscondito, et pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi (Mt. 6,2-4).

e) *La limosna tendrá su recompensa*

Y el que dicte de beber a uno de estos pequicños solo un vaso de agua fresea en razón de discipulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa.

Et quicumque potum dedent uni ex minimis istis calicem aquae frigidae tantum in nomine discipuli: amen dico vobis, non perdet mercedem suam (ibid. 10,42).

Dijole Jesús: Si quietes set perfecteds, ve, vende cuanto ticnds, dalo a los pobres y tendras un tesoro en los ciclos...!

Ait illi Iesus: Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes, et da pauperibus, et habebis thesaurum in caclo... (ibid. 19,21; Mc. 10,21 y •Le. 18,22).

... Haccd bien y prestad sin esperanza de remuneración, y será grande vuestra recompensa, y seréis bips del Altísimo, porque es bondadoso para con los ingratos y los malos.

... Benefacite, et mutuum date, nihil inde sperantes: et erit merces vestra multa, et eritis filii Altissimi, quin ipse benignus est super ingratos et malos (Lc. 6,35).

f) *Eficacia de la limosna*

Sin embargo, dad limosna, segun vuestras facultades, y todo será puro para vosotros.

Verumtamen quod superest, date eleemosynam: et ecce omnia munda sunt vobis (ibid. 11,41).

Vended vuestros bienes y dadlos en limosna; baceos boisas que no se gas-

Vendite quae possidetis, et date eleemosynam. Facile vobis sacculos.

qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in caelis: quo fur non appropriat neque tinea corrumpit roe... (ibid. 12,33).

g) *Espiritu de limosna en los apôstoles*

44 Omnes etiam, qui credebant, erant pariter, et habebant omnia communia.

45 Possessiones et substantias vendebant, et dividebant illa omnibus, prout cuique opus erat (Act. 2,44*45).

3 Is cum vidisset Petrum et Ioannem incipientes introire in templum, rogabat ut eleemosynam acciperet.

4 Intuens autem in eum Petrus cum Ioanne, dixit: Respice in nos.

5 At ille intendebat in eos, sperans se aliquid accepturum ab eis.

6 Petrus autem dixit: Argentum et aurum non est mihi: quod autem habeo, hoc tibi do: In nomine Iesu Christi Nazareni surge, et ambula... (ibid. 3,3-6).

Haec (Tabitha) erat plena operibus bonis, et eleemosynis, quas faciebat (ibid. 9,36).

2 Religiosus (Cornelius) ac timens Deum cum omni domo sua, faciens eleemosynas multas plebi...

4 At ille intuens eum, timore correptus, dixit: Quid est, Domine? Dixit autem illi: Orationes tuae, et eleemosynae tuae ascenderunt in memoriam in conspectu Dei (ibid. 10, 2-4).

Omnia ostendi vobis, quoniam sic laborantes, oportet suscipere infirmos, ac meminisse verbi Domini Iesu, quoniam ipse dixit: Beatius est magis dare quam accipere (ibid. 20,35).

44 Y todos los que crecían vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común...

45 Pues vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según la necesidad de cada uno.

3 Este, viendo a Pedro y a Juan que se disponían a entrar en el templo, extendió la mano pidiendo limosna.

4 Pedro y Juan, fijando en él los ojos, le dijeron: Miranos.

5 El los miró esperando recibir de ellos alguna cosa.

6 Pero Pedro le dijo: No tengo oro ni plata; lo que tengo, eso te doy: En nombre de Jesucristo Nazareno, anda...

Era (Tabita) rica en buenas obras y en limosnas.

2 Piadoso (Cornelio), temeroso de Dios con toda su casa, que hacía muchas limosnas al pueblo...

4 El le miró y sobrecogido de temor dijo: (¿Qué quieres, Señor? Y le dijo: Tus oraciones y limosnas han sido recordadas ante Dios.

En todo os he dado ejemplo, mostrándoos, cómo trabajando así, socorráis a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que el El mismo dijo: «Mejor es dar que recibir».

h) *Las colectas de San Pablo*

Porque Macedonia y Acaya han te- Probaverunt enim Macedonia, et
nido a bien hacer una colecta a bene- Achaia collationem aliquam facere
ficio de los pobres de entre los santos in pauperes sanctorum, qui sunt in
de Jerusalén. Ierusalem (Rom. 15,26).

1 Cuanto a la colecta en favor de 1 De collectis autem, quae fiunt
los santos, haréis según lo que dispusc in sanctos, sicut ordinavi Ecclesiis
en las iglesias de Galacia. Galatae, ita et vos facite.

2 El día primero de la semina, ca- 2 Per unam sabbati unusquis-
da uno ponga aparté en su casa lo que que vestrum apud se seponat, re-
bien le parccicrc, de modo que no se condens quod ei bene placuerit: ut
hagan las colectas cuándo yo vaya... non, cum venero, tunc collectae
fiant (i Cor. 16,1-2).

8 Y poderoso es Dios para acreccn- 8 Potens est autem Deus om-
tar en vosotros todo género de gracias, nem gratiam abundare facere in vo-
para que, leniendo siempre y en todo bis: ut in omnibus semper omnem
lo bastantc, abundéis en toda buena sufficientiam habentes abundetis in
obra, omne opus bonum,

9 según que esta cscrito: Con lar- 9 sicut scriptum est: Dispersit,
gueza repartiô, dio a los pobres; su dedit pauperibus: iustitia eius ma-
justicia permancccrâ para siempre. net in saeculum saeculi.

10 El que da la simiente al que 10 Qui autem administrat se-
siembra, también le darâ el pan para men seminanti, et panem ad man-
su alimento, y multiplicari vuestra se- ducandum: praestabit, et multipli-
mentera, y acreccntara los frutos de cabit semen vestrum, et augebit in-
vuestra justicia. crementa frugum iustitiae vestrae:

ii Y en todo scrcis enriqueccidos l ti ut in omnibus locupletati
para toda liberalidad que por nuestra abundetis in omnem simplicitatem,
mediacion produzea acciôn de gracias quae operatur per nos gratiarum
Dios. actionem Deo.

12 Pues el ministerio de este seni- 12 Quoniam ministerium huius
cio no solo remedia la cscasez de los officii non solum supplet ea, quae
santos, sino que hace rebosar en ellos desunt sanctis, sed etiam abundat
copiosa acciôn de gracias a Dios. per multas gratiarum actiones in
Domino... (2 Cor. 9,8-12).

i) *Limosna y ccindad*

De la bencficncia y de la mutua Beneficentiae autem et commu-
asistencia no os olvidéis, que en tales nionis nolite oblivisci: talibus enim
sacrificios se complace Dios. | hostiis promeretur Deus (Hebr.
13,16).

17 El que tuviere biens de este 17 Qui habuerit substantiam
mundo, y viendo a su hermano pasar huius mundi, et viderit fratrem
necesidad le cicrra sus entrarias, ;côm<» suum necessitatem habere, et clau-
mora en el la caridad de Dios? i serit viscera sua ab eo: quomodo
charitas Dei manet in eo? (1 Io
I 3,<7).

SEC. 1. TEXTOS SAGRADOS

15 Si autem frater et soror nudi sint, et indigeant victu cotidiano,

16 dicat autem aliquis ex vobis illis: Ite in pace, calefacimini et saturamini: non dederitis autem eis, quae necessaria sunt corpori, quid proderit? (lac. 2,15-16).

15 Si el hermano o la hermana están desnudos y carecen del alimento cotidiano,

16 y alguno de vosotros les dijere: «Id en paz, que podáis calentaros y hartaros», pero no les diereis con que satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué provecho les vendría?

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

i. srroACioN l t t u r g i c a

El espíritu de esta dominica, como el de todas las de Adviento, es sostenernos en la expectación del Mesias, esperanza de Judíos y gentiles. Así nos lo presentan el evangelio y la epístola respectivamente. A partir de este domingo son dos las figuras de la liturgia: Juan el Bautista e Isaías, los dos grandes profetas del Señor. El Precursor proporciona asunto para el evangelio de tres dominicas. En cuanto a Isaías, además de la cita hecha por el Salvador de uno de sus pasajes proféticos, sirve de tema para el introito (Is. 30,30) y gran parte del oficio divino. En efecto, Juan e Isaías sintetizan la ardorosa espera en que se consumió la humanidad y las condiciones necesarias para allanar los caminos de Dios.

La iglesia estacional es la de Santa Cruz en Jerusalén. No puede perderse de vista que la cruz es el fin de la Encarnación y el distintivo de los seguidores de Cristo. Todo ello provoca algunas alusiones a la Jerusalén celestial.

Pueblo de Siôn, mira a tu Señor, que viene (introito, inspirado en Is. 30,30). Después de *muchos siglos de ira, por fin inaugura* Dios la era de su gracia* (ofertorio: Ps. 84,7-8). *Muive, oh señor, nuestros corazones para preparar los caminos de tu Unigénito* (oración primera). Tal es en el Adviento el espíritu de la Iglesia

A) Epístola (Rom. 15,4-13)

a) Sentido general. La Trinidad en la caridad de Cristo

Para la epístola de esta dominica se ha tomado un trozo paulino que completa el evangelio. En éste se presenta la afirmación mesiánica de Cristo, comprobada por los milagros y profecías. Cristo es «el que ha de venir». En la epístola aparece este Mesias como esperanza universal y unión de los pueblos.

³⁴ mismo San Pablo, con su frase de que toda escritura es útil para enseñarnos la Justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena, nos invita a la meditación

Para poder entender totalmente la epístola, conviene leer los tres versículos anteriores (Rom. 15,1-3): *Los juzgamos débiles sobre llevar las flaquezas de los débiles, sin complacernos a nosotros*

misimos. Cada uno cuide de complacer al prôjimo, para su bien, ra su edificaciôn, que Cristo no busco su propia complacenda segùn està escrito (Ps. 68,10): «Sobre mi cayeron los ultrajes de quienes me ultrajaban».

b) Argumento

San Pablo, al final de la epistola a los romanos, se enfrenta con un problema que, visto con una perspectiva de veinte siglos, nos parece a nosotros de escasa importancia local. A los cristiano-judios les repugnaba ver cómo los cristiano-gentiles comían sin reparo la carne de cerdo. Para resolver esta cuestión, el Apóstol, como suele acontecer a los grandes genios, sienta principios que servirán después para resolver cualquier otra mayor que se presente al correr de los tiempos: la caridad de Cristo. Son los siete primeros versos.

Como prueba de lo que acabamos de decir, el mismo Apóstol da un paso más y resuelve otra gran cuestión, sin salirse de los límites de la primera: la división entre judíos y gentiles. ¡Le dolía el alma, predicando y escribiendo siempre sobre el mismo tema! Toda división ha de borrarse por medio de la caridad de Cristo. Pero así como en la primera cuestión se ha limitado a ponémosla como modelo, en esta segunda cala más hondo y nos enseña que formamos todos un mismo árbol, el árbol de Jesé, cuya raíz es el Señor. Cristo une a todos los pueblos y a todos los hombres.

c) La caridad en Cristo (Rom. 1-7)

Ten compasión y sacrificate tú ante las flaquezas del prójimo. Dos motivos hay para ello:

1. El ejemplo del Señor

Cristo no busco su propia complacenda (v. 3), sino nuestro bien, hasta llegar a sufrir ultrajes y muerte por la humanidad. Por lo tanto, vosotros buscad siempre el bien de vuestros hermanos. Que el más fuerte sufra los escrúpulos del débil, armándose de paciencia, y si, por ejemplo, alguien se escandaliza al verte comer carne de cerdo. ¿ja de comerla. porque yo sé y confío en el Señor Jesûs que nada hay de suyo impuro ... pero mira que por tu comida no seas ocasión de que se pierda aquel por quien murio Cristo (Rom. 14,14-15).

2. Cristo nos acogió a todos

Cristo nos acogió a nosotros para gloria de Dios (v. 7). Es el segundo motivo que, al ejemplo de Cristo, une la gloria del Padre, Si Cristo glorificó a Dios acogiéndonos a todos, también nosotros debemos acogernos los unos a los otros para todos juntos dar gloria.

Estos son los frutos de la caridad, el *suscipite invicem*, la mutua tolerancia y edificación del prójimo; pero la caridad en

si misma es a'go mäs alto y consiste en un unanime sentir con Cristo en que todas nuestras acciones .engan un so.o principio motor y un solo fin de gloria: Cristo Jesús honrado por nosotros

d) Universalidad en Cristo

judios y gentiles (v. 8 ss). Centro de las ideas paulinas y parte de lo que él llama el «misterio de Cristo» es la unidad del género humano en Cristo Nuestro Señor, nuestra incorporación en Él.

Ya no hay diferencia entre pueblo elegido y gentes abandonadas. Ciertamente que los judios han sido recibidos por Cristo en virtud de las promesas que les anunció y a cuyo cumplimiento quedo obligado. Ciertamente que los gentiles hemos sido llamados por su sola misericordia y no por esas promesas, que nosotros no habiamos recibido (v. 8-9). Pero también es cierto que de una u otra forma todos hemos entrado a formar parte de la descendencia de Abraham (Gal 3,16), haciéndonos partícipes de esas promesas, y quedando excluida toda distinción, que ya es imposible entre los que pertenecen a la misma estirpe espiritual. Hemos sido entroncados en ella al ser injertados en Cristo, que era su raíz, la raíz del árbol de Jesé, y en la que han sido llamados todos los pueblos (v. 10,13).

En un tiempo, dice en la Epistola a los Efesios (2.11), vosotros los gentiles..., alejados de la sociedad de Israel, sin Cristo... (erais) extraños a la alianza..., mientras que ahora... habéis sido acercados por la sangre de Cristo... (que), derribando el muro de separación... y viniendo, nos anunció la paz a los de lejos, y la paz a los de cerca

¡Ah si aprendiéramos aquel *suscipitee invicem* y aquella lección de caridad individual del primer trozo! ¡Si las naciones practicasen esta caridad entre quienes son ramas del mismo árbol y miembros del mismo cuerpo.... Ese Niño que va a nacer es el que echó por tierra el muro que nos apartaba de las promesas de salvación. Si consiguiera abatir el muro de los odios humanos, como derribó el del odio, tan merecido, de Dios...

e) Un inciso. Utilidad de la Sagrada Escritura

Es muy de San Pablo el interrumpirle para intercalar un inciso sobre la utilidad de la Sagrada Escritura. *Todo cuanto está escrito. para nuestra enseñanza. fué escrito.*

Comenta Belarmino esta frase diciendo que la Sagrada Escritura, joya literaria, cuyo principio inspirador y cuyo objeto es Dios, hace al hombre, no buen médico o abogado, sino docto en absoluto, porque le enseña la suprema sabiduría de la santidad; enciende dentro de nosotros la esperanza, término medio entre la presunción y la desesperación. y nos educa en la paciencia, enseñándonos sus motivos, cuando a lo largo de sus paginas nos hace ver:

Primero, la voluntad de Dios. que como prueba. y para nuestro bien, nos envia los sufrimientos: Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones (2 Tim. 3,12).

Yo soy la vid verdadera.... todo el que dé jruto lo podard, para que de mas fruto (Io. 15,1-2).

Segundo, toda una serie de numerosos ejemplos, como el de Isaias aserrado, el de Jeremias apedreado, etc.

Tercero, el dictamen de la misma razdn. La sublevscion de los malos contra los buenos. Dios sabe que la virtud se conserva mejor en la escasez de bienes...

B) *EvangeHo*

a) SITUACION HISTORICA Y BREVE SÎNTESIS

Es éste uno de los pasajes evangélicos apologéticamente de mayor importancia, pues en él Cristo pronuntia una explicita afirmaciôn de su mesianidad, la primera acaso, a la que acompañan numerosas pruebas.

En efecto, al principio de su carrera, Jesus no proclamaba explícitamente su misiôn. Era necesario pro'eder con prudencia y adelantar las pruebas indispensables para ser crzido e inculcar a los judios la idea del Medas puramente religiTo, ya que una manifestation repentina hubiera enesrrado el peligro de un levantamiento contra Roma, que por poco estalla con la multiplicacion de los panes y los peces.

Pero llegó el segundo afio. El terreno estaba abonado para las manifestaciones publicas. San Juan da la ocasiôn a una de ellas. Las multitudes—en plural en el evangelio—sġguen a Jesús. Pronuntia éste el sermon de la Montana, carta magna de su reinado. Expone luego las parâbolas del reino de Dios. Entre una pre'icaciôn y otra emprende un pequeno viaje hacia el sur, y en Nairn, resutita al hijo de la viuda.

El mismo dia, o pcco mâs tarde, IPgan los enviados del Bautista y se desarrolla un cuadro evangélico excepcionalmente vivaz. Consta de très escenas: en la primera de ellas Juan, desde la cârcel, manda a sus discipulos; en la segunda, Cristo les responde; en la tercera, hace una apologia de Juan.

b) La pregunta del Bautista

1. Opiniones heterodoxas o anticuadas

ôQué bu'caba éste con una pregunta tan concreta? Dejando a un lado las opiniones heterodoxas o anticuadas, segùn las cuales el Bautista comenzô en ese momento a creer en la mesianidad de Jesús y todas sus palabras anteriores son apôcrifas, o la de Tertuliano (cf. *Tertuli.*, *De bapt.*, 10: PL 1.1320; y *Advers. Marc.*, IV, 18: PL 2,431), para quien Juan tuvo un momento de duda, nos quedan otras dos, ademâs de la admitida tradicionalmente y de mayor utilidad homilética. A saber:

¿San Juan, impaciente?

Juan está impaciente, al ver que Cristo no acaba *de* manifestarse de manera pública y desea anunciarle. Por eso el Señor *re-*ponde de un modo indirecto.

No parece compaginarse bien esta opinión—sostenida muy literariamente por Ricciotti (cf. *Vida de Jesucristo* [Barcelona 1944] 269-292)—con la humildad de San Juan, que, poco antes, no se creía digno de desatar la correa del zapato del Señor.

3. ¿San Juan, ignorante?

Juan no sabe distinguir a punto fijo cuál es la misión del Mesías—Jésus—y la de otros personajes que el pueblo 'Urio esperaba vinieran con Él. tales como Elías, Henoc, etc. Su pregunta quiere decir: ¿Hemos de esperar detrás de ti a otro que sea el Juez del mundo, ya que tú te presentas tan humilde? Juan—dice Lagrange (cf. *El Evangelio de N. S. Jesucristo*, p. 126ss, Barcelona 1933). principal introductor y patrono de esta nueva opinión—no tenía un conocimiento tan perfecto del Mesías como nosotros. puesto que la revelación fue gradual, y los apóstoles conocieron muchas cosas que ignoraron los patriarcas y profetas.

Nos parece que hay que retorcer mucho la respuesta de Cristo y la misma pregunta del Bautista. para interpretarlas como pretende Lagrange. Además. si es probable que Jacob no conociera detalladamente a su hijo el Hombre Dios, todos los teólogos afirman que a cada profeta se le concedió el conocimiento conveniente para su misión vaticinadora. ¿Y hemos de suponer que Juan, el más *que profeta*, el inmediato precursor, amigo de Cristo desde el seno de su madre. ilustrado directamente por el Espíritu. se movió en tal oscuridad. que llegó hasta el punto de impacientarse y enviar desde su prisión una embajada?

4. La tesis tradicional

En realidad. no vemos ni una sola razón de peso para romper con la opinión tradicional, admitiendo un nuevo sentido. que nos obligaría a prescindir de la mayor parte de las homilias de los santos y maestros (cf. infra San Juan Crisóstomo. en la sec. III. I, A).

La opinión tradicional es conocida. Los discípulos estaban tan envueltos de Cristo. que no acababan de admitir su mesianidad. Juan pretende que se convenzan por sus propios ojos y los envía para que en su nombre le pregunten.

— — — — — A S

c) La misión de Juan

1. En la cárcel

El Bautista está preso en el nido de águila de Maqueronte, a unos mil cien metros de altura, en la orilla oriental del Mar Muerto. residencia eventual de Herodes Preso por predicar la verdad a los reyes, por cumplir con su deber, por no haber sido

perro mudo (Is. 56,10). Preso por la pasiôn de Herodes, esclavo de una concubina. A Herodes le duels encarcelar a Juan, p ro lo prende. Preso, signe oyéndole todavia, y acaba p r entr garlo al verdugo. Tal es el cam no de la pasiôn. No cedas en tus p.im ros pasos, porque no tardarâs en dob.egarie a otros ptores. Es lo que, por ejemplo, ocurre con la lujurla, que debili.a la v.luntad y nubia el entendimiento.

Juan es encerrado en un calabozo por no cellar la v?r4ad. H°ro4es. entretanto, vive enTe sedas, some'ido a un fevorita. èCuâl es el libre? ^Cuâl es el esclavo? La verdadera Lb.read es la de los hijos de Dios.

La inocencia gime entre cadenas, El vicio se aslenta en el trono. ¿Qué prefiere tu carne? ôQué dice tu entend.mi nto? Siguele.

Ante la prisiôn de Juan meditemos en el sufrim'ento del cristiano. Hoy se celebra la misa en San'a Cruz de J'rusalén. Cuando la Iglesia prépara la Navidad, no quiere que olvid s la cruz, esto es, la expiaciôn. la purificaciôn, la cooperaciôn a ,la obra redentora.

2. Las obras de Cristo

Juan en aquella especie de prisiôn atenuada recibia las visitas de sus amigos. Como rigüero de poivra corre la noticia de los milagros de Cristo. Se los cuen'an a Juan.

Siempre ocurre lo nrsmo. Es un defecto de la cutiosida4 humana. Los milagros tieren por fin aooyar los pr'n-ípios doctrinales. Pero en mil o?asion°s nos emociona el milagro, salta ante él un surtidor de corne"tarios, y. en cambio, descu'd/'m s prâyicamente la doetr'na. ôAplau'os an*te la Vlrge de Fâtima? Muy bien, Pero un paso mâs: su pureza, su humildad, su amor a Cristo. Del mil.agro a la doctrina. Ese es el camino. Y Juan quiere que los suyos lo sigan.

1'

4 4

3. Enviô a dos de sus discipulos

Consumia su fiebre de leôn en Maqueronte. r.Qué podria hacer ya el Precursor por Crist"? Eaviarle cus discipulos. Que resuSlva sus dudas, como intenlô resolv rlas él antes con la vrda4 d? la humildad (cf. infra San Ægustîn en la sec. III, II, A, a). Que las resue'va ahora CrLto con la vrdad d? su cmnpotencia.

«Como en las carrelas de relevos ls corredores, term'nado su tumo. van entregândo^e la an^orchi unos a o ros, Juan, cumnli a su misiôn, cede ante Cristo. Como la aurora de^Vna ante el snl brillante...» (cf. A Lapidé, ed. cit. *Comm, in Matth.*, c. II, t. 15, p. 281).

Juan, en medio de su desgracia, se ocupa de los o^ros. Tû. enfermo. siéntete solidario de la Iglesia. No desperdicies tu tesoro de sufrimientos. Por ti, por los p^cadores, por la Igl~sia entera, San Pablo, con los suyos, aum^ntaba el *e'oro d? los mer'cimientos de Cristo. El Papa un dia al ano te pide que apl'ques tus penalldades por su intenciôn.

Juan se ocupa de sus inferiores (cf. infra Santo TomAs de Villanueva en la sec. V. I. A, a. 3) y estâ muy lejos de sentirse celoso de quien le hace sombra. Unicamente debemos buscar la gloria

de Cristo. Si trabajas por otra co'a, tu esfuerzo es vano. ^De Apolo' <De Pedro? Yo solo de Cristo-Predicador (1 Cor. 1, 12). Conviene que tû mengües y que E crezca...

g

d) Respuesta DEL Señor

Al 1>

iEres tu el que viene?... Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto. I H i l

Es una respuesta implícita en la forma; contundente en el fondo. Cristo afirma su divinidad y aduce una doble prueba: sus obras y el cumplimiento de las profecías.

El que viene. Título mesiánico a todas luces. Desde Jacob: *No faltará de Judá el cetro... hasta que venga aquel cuyo es* (Gen. 49, 10).

1. Las obras

1° Las *Que habéis oído* contar a los que os rodean. La misma resurrección de Nairn (Le. 7, 11-17), tan fresca en la memoria de todos, y a la que probablemente se refiere al decir: *Los muertos resucitan.*

2. Las *que habéis visto* ¡Con cuánta razón pudieron los Hechos de los Apóstoles condensar la vida de Cristo en estas palabras: *Pertransiit benefaciendo!* (Act. 10.38).

Los milagros de Jesucristo no cesan. Pero son mayores los invisibles de su gracia que las curaciones corporales (cf. infra San Agustín en la sec. III, II. A). Y, sin embargo, los apreciamos menos.

El cristiano no debe conocerse solo por su fe, sino por sus obras en beneficio del prójimo. Con mucha más razón los sacerdotes y predicadores. De lo contrario habría que decir lo que David: *Por haber hecho con esto que menospreciaran a Yavé sus enemigos* (2 Reg. 12,14), esto es, por haber dado motivo a que se escandalicen los que no creen y se apoyan en nuestra conducta para seguir en su incredulidad.*

Muchos milagros pueden encerrar una interpretación alegórica y mística (cf. Infra San Agustín, Ibid.). *3

2. Las profecías

Jésus alude a dos de Isaías. En la primera (35.4-6) el profeta habla de la liberación de Jerusalén atacada por los imperios vecinos. Pero según la costumbre de los vaticinios, pasa de la figura al tipo, de la liberación de Jerusalén atacada a la redención de la humanidad. *Decid a los de apocaimo corazón: Valor, no temáis, he aquí nuestro Dios... Viene El mismo y El nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, se abrirán los oídos de los sordos. Entonces saltará el cojo como un ciervo y la lengua de los mudos cantará gozosa* (Is. 35,4-6).

El sentido múltiple admitido dentro de una misma profecía es harto conocido y ha dado margen a hermosas interpretaciones de los Santos Padres. En esta ocasión los extremos de alegría oriental del profeta se cumplieron exactamente en las curaciones del

Señor. Pero desde estas mismas curaciones puede darse otro paso fácil: Decid a los tímidos y gentiles que no envidien al judío, porque pronto viene Dios a la tierra; vuestros ojos verán la verdad, vuestros pasos torcidos seguirán el camino recto de la verdad, hablaréis las alabanzas del verdadero Dios (cf. A. La Pide, ed. cit. *Comm. in Is. proph.*, t. 11,455) Y con el mismo derecho y siguiendo a los Santos Padres, nosotros podemos clamar: Abre, Señor, nuestros ojos, endereza nuestros pasos, resucita nuestras almas...

La segunda profecía es la siguiente: *El espíritu del Señor, Yavé, descansa sobre mí, pues Yavé me ha ungido y me ha enviado a predicar la buena nueva a los abatidos* (Is. 61,1).

La figura es Isaías; la realidad, Cristo, que se aplica a sí mismo esta profecía en la sinagoga de Nazaret: *Porque me ungió para evangelizar a los pobres...* (Lc. 4,18-19). Este es el sentido, de importancia homilética extraordinaria, ya que Cristo da como nota de su misión la evangelización de los pobres.

3. «Pauperes evangelizantur»

Tal es la característica del reino de Cristo. En Isaías se lee *mansos o abatidos*, pero ya los Setenta, cambiando *anavim* por *aniim*, tradujeron *pobres*, y pobre es la palabra empleada por el Señor, quien equipara la evangelización de aquéllos con los milargos, en cuanto a señal de su mesianidad. Así, pues, viene a decir: Yo enseño y evangelizo a las turbas pobres, y por lo tanto, de esta señal segura, que Isaías dio del Mesías, coged y sabed que yo lo soy (cf. A. La Pide, ed. cit. *Comm. in Matth.*, t. 15,282-283).

El cumplimiento de la profecía resulta evidente. Jesucristo vivió entre pobres. Sus mismos apóstoles lo fueron. En Corinto la mayoría eran pobres. *No hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios... lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que no es nada* (1 Cor. 1,26-28). Y Santiago en general dice: *¿No escogió Dios a los pobres según el mundo para enriquecerlos en la fe?* (Jac. 2,5).

Los pobres siguieron a Jesús. Los ricos y los sabios presuntuosos le crucificaron (cf. infra Santo Tomás de Villanueva en la sec. V, I, A, b, 3).

«La causa de que predicara principalmente a los desvalidos estribó en que sus argumentos sobre el desprecio del mundo y de las riquezas, la mortificación y la cruz, eran escuchados ávidamente por el pobre, que ve iluminarse su pobreza, mientras que entristecen al rico...» (cf. A. La Pide, ed. cit. *Comm. in Is.*, ibid.). «He aquí la diferencia entre Cristo y el mundo» (cf. A. La Pide, ibid.). «¿Quieres imitar a Cristo? Enseña a los pobres, dirige los, consuélales, ayúdales» (cf. A. La Pide, ed. cit. *Comm. in. Matth.*, ibid.).

4. Bienaventurado aquel que no se escandalizare en mí

¿Cómo puede el Señor escandalizar y ser ocasión de condenación? ¡Ah! Su misma vida, sencilla y sin anarquías de penitencia extraordinaria, escandalizó hasta a los discípulos de Juan. El que se rodeara de pecadores escandalizó a los fariseos. El que se proclamara Dios, a los judíos. El que muriera en una cruz, a los

gentiles. Siempre la envidia, la hipocresía y la soberbia se escandalizan del bien.

Y sobre todo de la doctrina. Para seguir a Cristo hay que domar las pasiones. Es más cómodo escandalizarse de la doctrina que practicarla. Félix se escandalizó oyendo a Pablo (Act. 24.1-27). Como se escandalizaron los atenienses en el Areopago (Act. 16,19-33). Como se escandalizó Herodes, el sensual, viendo de Ico a Jesús, el Santo (Le. 23,7-12). I m

e) Alabanzas de Juan

Ausentes los discípulos, para no parecer vano adulator, desgrana el Señor un rolario de alabanzas en honor de Juan. Su firmeza (no es una caña), su vida austera (el vestido, su misión (profeta), sus cualidades personales: anunciado por Malaquías, mayor que ningún hombre (cf. infra San Roberto Belarmino en la sec. TV, II. A). Y, sin embargo, *el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él* (Mt. 11.11). Frase notabilísima para los que, ante la perfección del estado en que se encuentran, pueden ensoberbecerse o despreciar a los demás.

Ontológicamente, en cuanto al estado, cualquier cristiano es mayor que San Juan, puesto que vive en la perfección del orden sobrenatural del Nuevo Testamento, en el reino de Cristo. Pero, en cuanto a la perfección individual. San Juan supera a todo nacido de mujer (Mt. 11.11). Por lo tanto, tú. Si eres, religioso o religiosa, da gracias a Dios, que te colgó, y no por tus méritos, en tal estado, pero procura que tu perfección subjetiva le corresponda.

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

La envidia y la limosna

A modo de ejemplo, y para que se vea cómo se adelantaron los Santos Padres a refutar las objeciones que los racionalistas desempolvaa como nuevas, transcribimos estos párrafos del Crisóstomo sobre los motivos de Juan y la envidia de los suyos (*Horn. 36 in Matih.*: PG 57,415ss).

A) Los motivos de Juan y la envidia de los suyos

«El que conocia a Cristo antes de sus prodigios, el que lo habia aprendido del Espiritu Santo, el que se lo oyera al Padre, que lo habia predicado delante de todos, ôcómo envia ahora una embajada para enterarse de si era o no el Mesias?

No digo ya Juan..., sino un hombre vulgar y de los más abyectos, después de tantos testimonios y milagros, no podría tener dudas...

Ni aun podrâ decir nadie que lo sabla claramente, pero le habia acobardado la cárcel... De no estar dispuesto a morir, no hubiese hablado tan claramente a todo un pueblo acostumbrado a derramar sangre de profetas; no hubiera reprendido al tirano... Ademâs, ôde que le podia aprovechar para llbrarse de la cárcel, si no habia sido puesto en ella por Cristo?

Por consiguiente, ôde que se trataba alli?... Los discipulos de Juan se sentian adversarios de Jesús y le profesaban continuamente envidia... Ignoraban aún quién era el Mesias. Sospechándolo un puro hombre, y creyendo que el Precursor era más que hombre, llevaban a mal que Jesûs creciera cada vez más en honra. y Juan, en cambio, menguase...

Por eso el Bautista, que en vida los exhorté continuamente..., ya próximo a morir, quiso recomendarlo con más ahlnco. Si se hubiera limitado a repetirlo él, no le habrian hecho caso; cegados por su amor, antes lo hubiesen atribuido a modestia. El silencio tampoco conducia a nada. ôQué

hizo? Esperar que sus mismos discípulos le contasen los milagros de Jesús y entonces enviar una embajada...

Cristo, sabiendo la intención de Juan, no quiere contestar más que con las obras... Y aun después añade, conociendo lo que guardaban en su interior: *Biejiaventurado el que no se escandaliza de mb.*

El Crisóstomo alude a las profecías y añade que si los demás profetas conocieron todo lo relativo a Jesús, cómo el Precursor, mayor que todos ellos, iba a ignorar detalles de tal importancia?

B) La limosna

Acostumbrándose en todas las diócesis a celebrarse en Adviento la llamada Campana de Navidad, expondremos todos los domingos de este tiempo algunas ideas sobre la limosna, tema predilecto del Crisóstomo. Comenzaremos por extractar su sermón *De eleemosyna* (PG 51.261SS), improvisado al pasar por el foro camino de la iglesia y ver a los pobres encogidos por el frío. Añadiremos después algunos trozos, generalmente tomados de los finales de sus sermones, que siempre encarrilaba a este punto. La primera parte pertenece íntegra al mencionado sermón sobre la limosna.

a) Exordio

1. Soy un embajador. El invierno me obliga

«Hoy me presento a vosotros como embajador, con una misión justa, útil y muy apropiada. No me la han confiado en pllegos ni por decretos del Senado. Me la han conferido los pobres de vuestra ciudad...

Al verles por las esquinas de las calles exhibiendo sus ilagas me he juzgado reo de inhumanidad si no os hablaba de ellos...

Además, la estación hivernal en que vivimos me obliga a plantearos el tema. Siempre resulta procedente hablar de la limosna, porque siempre y en todo tiempo necesitamos que Dios se compadezca de nosotros, pero lo es mucho más en los rigores del frío... En verano pueden andar medio desnudos, porque el sol les sirve de ropaje; dormir al aire libre, descalzos y sin probar el vino, ni comidas más inertes, porque les basta con el agua y fácilmente encuentran frutos y legumbres para su sustento... Por otra parte, entonces hay más posibilidad de trabajar. Los ricos viven de sus fincas y negocios, mientras que ellos no poseen más que el esfuerzo de sus manos, y ocurre que, en invierno, cuando son combatidos por el doble enemigo, del hambre interior y del frío externo.... carecen hasta de la posibilidad de en-

contrar empleo, a pesar de que entonces es cuando necesitan una comida más sólida y un vestido más recio, techo, calzado y mil otros menesteres...»

2. Pablo, companero de embajada

«En esta embajada voy a tomar por compaŕtero a Pablo, el gran defensor y amparador de los pobres. Nadie ha sentido esta preocupaci3n m3s hondamente que 3l. Hasta el punto de que, cuando se dividi3 el mundo con Pedro, reserv3ndose 3ste los judios y correspondi3ndole a Pablo los gentiles, en lo que se refiere a los pobres no hicieron divisi3n alguna (Gai. 2,9-10).

No se halla ni una epistola suya en la que no se escriba alguna exhortaci3n sobre esta materia. Conocia su importancia. Y como quien pone el m3s precioso remate al edificio, asi 3l corona siempre sus consejos y avisos con tal doctrina.

Lo que solia hacer siempre lo repiti3 tambi3n en el pasaje (que vamos a comentar), en que, despu3s de hablar de la resurrecci3n, termina con estas palabras»: (Aquí el Cris3stomo lee el pasaje de San Pablo: 1 Cor. 16,1-2; cf. supra en la sec. I, B, h.)

b) Primera parte. Paralelo entre la organizaci3n de la COLECTA PAULINA Y LA NUESTRA. EXPOSICI3N DEL TEXTO PAULINO

1. Despu3s del juicio

«Advertid cu3n oportunamente habla San Pablo de la colecta. Despu3s de escribir sobre el juicio, sobre aquel tribunal tremendo y la gloria alcanzada por los que han vivido bien..., cuando est3n aterrorizados por el Juez y movidos por la esperanza del premio..., cuando no se aprecia ninguna de las riquezas de esta vida, ni el oro, ni los vestidos suntuosos..., entonces comienza su exhortaci3n a la limosna».

2. En favor de los santos (ibid. 16,1)

«No dice: Sobre la colecta a los mendigos o a los pobres. No. Dice: *a los santos*.

Pablo, que no repara en motejar al emperador de inicuo cuando se lo merece, y asi llama a Ner3n *mysterium... iniquitatis* (2 Thess. 2,7)—es una interpretaci3n del Cris3stomo—, califica de santos a estos pobres necesitados de alimento y para los que pide limosna. Asi ensefia a apreciar al pobre bueno y a rechazar al rico malo. Y, a la vez, insinua que, al recibir tal cargo, nadie se ensoberbezca, como si tu-

viera que socorrer a gente de menos valia, sino que, por el contrario, todos se convenzan de que constituye un honor participar de las desgracias y necesidades de los pobres».

3. Emulaciôn mutua (ibid. 16,1)

«ôPor qué anade... *segiui se lo he mandado yo a todas las Iglesias de Galacia?* Para que lo tomen con mäs ahinco, acuciados per la emulaciôn y el deseo de recibir una s-anta alabanza».

En nuestros tiempos la simultaneidad de la colecta en parroquias y dlôcesis puede servir para lo mismo.

4. Dad en domingo (ibid. 16,2)

«En domingo. No creâis que escogiô este dia a tontas y -a locas. En todos los asuntos es muy importante elegir el momento oportuno. ôQué tiene ese dia para que se dé en él la limosna con mäs facilidad? Pues que en él se descansa. y con el descanso estâ el ânimo mäs alegre y bien dispuesto. Y sobre todo. en ese dia disfrutamos de los mayores bienes... En ese dia fué vencida la muerte, levantada la maldiciôn, borrado el pecado, quebrantadas las puertas del infierno. vencido el demonio, finallzada la ya tan larga guerra. reconcillados los hombres con Dios y reintegrado nuestro linaje a su antigua. ôqué digo a su antigua?, a una mucho mayor nobleza. Asomôse el sol y se admiré del espectâculo: el hombre hecho inmortal.

Asi, pues, San Pablo... nos viene a decir: Piensa, hombre, cuántos bienes recibiste y de oué males te libraste en este dia; lo que eras antes y lo que eres hoy... Del mismo modo que los esclavos a quienes otorgamos la libertad ce'eban espléndldamente nuestro cumpleaños dando convites los unos y repartiendo dones los mäs liberales, asi nosotros con mayor motivo debemos celebrar este dia que pudiéramos llamar el natalicio de la humanidad entera. Estâbamos perdidos. y nos han encontrado: muertos. y hemos resucitado... Por lo tanto, celebremos este dia con gran fiesta del esoiritu. No con comilonas y bebidas..., sino llevando la abundanda a nuestros hermanos, los pobres...

Os explico todo esto. no para que alabéis a los de Corinto—a quienes se dirida San Pablo—, sino para que los imitéls... En el dia del Sefior reunW las riquezas del Sefior. Sea esta costumbre una ley eterna».

5. Dad todos, pobres y ricos (ibid. 16,2)

«*Unusquisque vestrum.* No hablo sôlo a los ricos. sino también a los pobres; no sôlo a los libres, sino a los esclavos; no solo a los hombres, sino a las mujeres. Que nadle

se créa libre de este oîcio, ni nadie pierda en este negocio tamafia ganancia. Que todo el mundo ofrezca algo, y la pobreza no impida colaborar. ôEres pobres? Mâs lo era aquella vluda del Evangelio (Le. 21,2-4),... Por eso dice (San Pablo) *apud se seponat recondens*. Quizâ les daba vergüenza mostrar una cantidad exigua. Es como si dijera: Vete reuniéndola tû; y cuando la suma de pequeûos dones forme una cantidad mayor, entrégala».

6. Tu limosna es un tesoro (ibid. 16,2)

«Tampoco dice *reûnes*, sino *atesoras*, para que aprendas que ese ahorro se convierte en un tesoro mejor que otro cualquiera, porque los de aqui abajo estân sujetos a los fraudes y engaûos... El tuyo, en cambio, estarâ en el cielo...

Vete guardando el dinero de los pobres en tu casa, junto con el que necesitas tû, y convertirâs tu hogar en banco de Dios. Del mismo modo que los que quieren guardar seguro su dinero se lo entregan a los bancos del Estado, tû tendras asegurado lo tuyo. Porque donde se custodia el dinero de los pobres no entra el demonio. Y ellos te defenderrân mejor que los escudos, rs lanz-as y las armas de los soldados...»

7. Lo que bien le pareciere (ibid. 16,2)

«*Quod ei loene placuerit*. Lo que a cada uno le parezca. No impone la cantidad para no pecar de oneroso. Porque San Pablo no pretende solo que se socorra a los pobres, sino que les auxiliemos con alegria. Dios no ha mandado dar limosna unlcamente para que coman ellos, sino para reportai un bien a los limosneros. Y si me apurais, la instituyô mâs en beneficio de éstos que de aquéllos...

En otro lugar dice: *No de mala gana, ni ololigado, que Dios ama al que da con alegria* (2 Cor. 9,7). Y otra vez: *El que da, dé con sencillez; quien présida, présida con sollicitud; quien practica la misericordia, hâgalo con alegria* (Rom. 12,8)...

La lmosna consiste en dar y alegrarse, sabiendo que se recibe mâs de lo que se da».

8. Resumen

«Veamos todas las razones y medios que ha empleado Pablo para facilitar la colecta. Primero, manda que den todos, no unos pocos. Segundo, muestra la dignidad de los que la reciben y los llama santos. Tercero, aduce el ejemplo de las demâs ciudades de Galacia. Cuarto, busca el dia oportuno... Quinto, no pide que se entregue la limosna de una vez, sino que se vaya reuniendo poco a poco..., porque

asi podrâ verificarse sin notario. Sexto, no impone cantidad alguna, sino que lo deja al arbitrio de cada cual, indlcândole que darâ de lo que él ha recibido en préstamo de Dios, y séptimo. el mismo Pablo hard la colecta (1 Cor. 16,3-4). Para excltarles mâs, les anima diciendo que cuando llegue él reunirá todo el dinero que le entreguen los que hayan sido elegidos por los mismos de Corinto...

Pues si los de Corinto solo con saber que Pablo habia de entregar sus dones se animaban, ôno te animarâs tû mucho mâs sabiendo que es el Senor de Pablo el que obtendrâ los tuyos, puesto que Dios habrâ de recibir lo que des a los pobres?»

c) Segunda parte. Motivos de la limosna

1. La limosna, fuente de bienes para el pobre y el rico

No seamos perezosos para dar limosna, «por el miedo de que mengue nuestro caudal. ôNo es un absurdo que el agricultor, confiado en una cosecha problemâtica, ni sea tacaño, ni slenta pena al esparcir la semilla, y tû, en cambio, que siembras para recoger, no un fruto de igual calidad que lo que siembras, sino otro mucho mejor, tû que depositas tu dinero en las manos de Cristo, te echas para atrâs, rehuyas y tengas miedo de empobrecerte?...

ôAcaso Dios, por cuyo mandato la tierra germinô todas las plantas (Gen. 1,11), no pudo ordenarle que produjese oro puro o a los arroyos que lo manaran? Sin embargo, no qulso hacerlo, sino que dejô a muchos en la pobreza, para tu bien y para el suyo. Para el de ellos, porque la pobreza es mâs propicla a la virtud que la riqueza, y para el tuyo, porque también los que vlven en pecado reciben no poco provecho con las limosnas que dan».

El Crlsôstomo recuerda el ejemplo de Cristo, que aun cuando en una ocasiôn multiplicô los panes y pudo repetirlo slempre, sin embargo, tenia una boisa, administrada por Judas (Io. 12,6), para socorrer a los pobres (PG 51,261ss).

2. Somos usufructuarios de nuestros bienes

«Con frecuencia no puedo contener la risa al leer los testamentos; deajo a Fulano la propiedad de tal finca y a Zutano el uso. ¡Pero si nadie posee el dominio! ¡Sl sôlo se nos ha concedido el usufructo! Aun cuando en la vida conservâsemos todos nuestros bienes, al final tendríamos que dejarlos en la tierra y contentarnos con haberlos utlllzado...

Dios creô en abundancia todo lo que es necesario, como el aire, el agua.... porque. de no abundar lo necesario, quizá

los ricos, con su avaricia acostumbrada, lo hubiesen acaparado para asfixiar a los pobres. En cambio, hizo que el dinero no abundase tanto, para que en el mundo pudiera existir la limosna...

Dios repartie así las riquezas para que nosotros, al socorrer a los menesterosos, obtuviéramos algún remedio, de nuestras culpas. ¿Y, habiéndote hecho rico Dios, te haces tú pobre? Dios te otorgó la riqueza para que ayudes a los necesitados..., no para que tu dinero sea causa de tu muerte, sino para que repartas la vida» (*Hom. 2 de Statuis*: PG 49,42).

3. La limosna, medicina nuestra y medio para obtener el perdón de los pecados

«No créais que hablaros tanto de la limosna es una especie de acusación. Ni mucho menos. En los deportes, al que se aplaude y anima más es al que va delante de todos, corriendo el primero hacia la meta. Por eso, porque veo la alegría con que me oís, me extendo más y más...

Los pobres son nuestros médicos, protectores y bienhechores... Recibes más de lo que das. Das dinero y recibes el cielo. Alivias la pobreza y te granjeas la amistad de Dios. Ya ves la diferencia. Das cosas terrenas y las recibes celestiales...

Por eso nuestros mayores pusieron a los pobres a la puerta del templo. Para que viendo tanta miseria... se ablandase el más duro. Así como se han colocado en las puertas las pilas de agua para lavarse las manos antes de levantarlas hacia Dios, así nuestros antepasados colocaron a los pobres para que, lavada el alma mediante la limosna, pudieran dirigir sus preces hacia el cielo...

No limpia tanto el agua las manchas del cuerpo como la limosna las del alma... Aun cuando no te creas pecador, no obstante debes limpiar tu alma con la limosna, porque también tú por las calles y plazas contraes no pocas manchas a veces (pecados veniales)... Da limosna a los pobres y límpialas para que puedas rezar con confianza» (cf. *Habentes autem eumdem...* III: PG 51291ss).

4. Excusas vanas. La limosna es entrar en compañía con Dios

«Tengo que alimentar a mis hijos, sostener mi casa y mi mujer. Me abruma los gastos. No me llega... Defensa fría e inútil. ¿Tienes que sostener a tus hijos y por eso no das limosna? Pues por eso mismo debes dar más. Para con poco dinero* granjearte al Dios que te dio esos hijos, y dejarles un buen abogado cuando te mueras. Gastando poco vas a conseguir grandes favores del cielo para ellos»...

A la limosna se la llama semilla, porque más que un gasto es un capital que produce... ôPor que ternes sembrar en el cielo, donde no hay tormentas, ni langosta, ni calamidad alguna?... Si la tierra devueive lo que se le entrega, la mano de Dios lo retorna con réditos más grandes» (ibid. II, 9: PG 51.289-290).

d) Exhortaciôn final

1. Ayuda personalmente al pobre

«Saca el mayor fruto posible de tus bienes, obteniendo dos por lo menos, el dar y el darlo bien. No te importe servir al pobre con tu mano, pues a Cristo no le importa extender la suya para pedirte una limosna a través del que mendiga. No te avergiences más que de pecar. El reunir la limosna y la amabilidad, sirviendo al pobre, te ennoblecen.

Si te acercas a los pobres, tanto más te alabarân cuanto más rico seas. Y no solo los hombres, sino los ângeles y el Seftor de los ângeles, que, no contento con alabarte, te darâ un premio doble, por tu limosna y por tu humildad. No te avergüences de servir a los pobres y lavar los pies al peregrino; ese trabajo santifica nuestras manos y si, después, las levantas para orar. Dios, al verlas, oirâ más propicio tus ruegos. Porque a dar dinero se atreven muchos, pero para servir a los pobres con alegría se requiere un aima de gran firmeza. Y preclsamente esto es lo que más recomienda el Apôstol, al pedir compaslôn para los que sufren... *Acordaos de los presos*, dice, como si *vosotros estumeseis presos con ellos* (Hebr. 13.3). SI San Pablo exige a las viudas dedicadas a culdar de la tglesia que hayan entrado en las cârceles y visitado a los enfermes..., ôqué no nos pedirâ a nosotros, varones fuertes?»...

2. No investigues la vida de los pobres

«Hay quienes, antes de dar limosna, se dedican a investigar la vida, las costumbres y la salud de los pobres..., y por eso muchos pobres f.ngen mutilaciones y desgracias... En verano (cuando abunda el trabajo), pase, pero en el rigor del invierno, convertirse en juez tan severo que no sienta la menor indulgencia con quienes no tienen donde trabajar, es Inhumano...

Me diréis lo que San Pablo (2 Thess. 3,10): *El que no quiere trabajar, que no coma*. Pues te estás condenando tu mismo con las palabras del Apôstol. Las leyes de San Pablo no son leyes para los pobres, sino para todos...

Sé que os voy a molester y que os enfadaréis, pero no

hablo para ofenderos, sino para enmendaros. Les echamos en cara holgazaneria... y nosotros somos peores...

Es que yo, me dirâs, heredé un capital de mis padres. Eso es, y porque él es un pobre, hijo de padres pobres, hay que condenarle. No, seûor. Por eso mismo, los ricos debieran tener compasiôn de él... ôY vas a ser tû, que pasas el dia en los teatros, reuniones y charlas sin ganar nada..., el que le pedirâ cuentas a este desgraciado...? Asi, pues, el dicho de San Pablo aplicatelo a ti mismo y no a los pobres... O, por lo menos, no leas solo su parte dura, sino también su misericordia, pues el mismo que dice que *el que no quiere trabajar que no coma*, aûade: *Cuanto a vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien*» (2 Thess. 3,13).

«Todavía suele aducirse otro motivo. Es que son forasteros vagabundos... que vienen a nuestra ciudad. ôY por eso los menosprecias y les haces ascos? ôPorque todos la consideran como un puerto seguro y dejan su patria para acogerse a su hospitalidad? Debiera eso ser motivo de honra para nosotros...

Si Dios nos hubiese mandado que investigâsemos las vidas ajenas... nos lamentariamos de obligaciôn tan penosa... Pues no nos quejemos ahora que nos libra de tal carga y nos promote el premio, sean buenos o malos los socorridos... Dios *hace salir el sol y llueve sobre justos e injustos* (Mt. 5,45)... Aseméjate tû a El» (cf. *De eleemosyna*: PG 51,269,6).

3. Cristo te lo da todo. éQué le devuelves tû a El?

He aqui uno de los pârrafos mâs elocuentes del Crisôstomo (*Hôm. 15 in Epist. ad Rom.*: PG 60,547-548).

«Dejadme llorar, viendo lo que somos, y advirtiéndolo que no sabemos prescindir de las riquezas ni aun por Dios, ni por nuestra conveniencia propia. Solo Pablo fué capaz de sufrirlo todo, no por reinos ni lucros, sino por amor de Cristo... Dios entregô a su Hijo, y tû ni siquiera le das pan al que se entregô y muriô por ti. El Padre por ti no perdonô ni a su propio Hijo, y tu, en cambio, cuando le ves hambriento no eres capaz de socorrerle con los bienes que de El mismo has recibido, sabiendo, ademâs, que es para bien tuyo. ôHay algo peor que nuestra maldad? Se entregô por ti, muriô por ti. vlajô pasando necesidades por ti, los bienes que das son de El; la utilidad la recibes tû, y ni aun asi siquiera te decides a dar... No le pareciô bastante la cruz y la muerte: se hizo pobre y peregrino, viajero y desnudo, sufriô la cârcel y el dolor, para ver si podia conseguir que tû le oyeras...

Si no quieres pagarme por mi pasiôn, compadécete por lo menos de mi pobreza. Si no te importa mi pobreza, ablândate de mi enfermedad y de mi cârcel. Si ni aun siquiera esto te conmueve. accede, al menos, al ver lo poco que te pido.

No te imploro nada de lujo, sino pan, cobijo y unas palabras de consuelo...*

4. El premio de la gloria

«¿Todavía permaneces en tu dureza? Pues, aunque no sea más, mira al cielo y los premios que te ofrezco...

«¿Ni aun eso te importa? Pues acudiré a tu misma naturaleza. para ver si así rompo tu obstinación. ¿Ves un hombre desnudo? Yo estuve desnudo por ti en la cruz, y ahora lo estoy por ti en ese pobre. Yo fui preso por ti, ahora por ti lo vuelvo a estar. ¡Ojalá que mis cadenas antiguas o presentes te muevan a compasión! Pasé hambre por ti, y ahora la padezco otra vez. Tuve sed por ti en la cruz, y ahora me abraza en las fauces de mis pobres, para por aquella o por esta sed traerte a mi, y por tu bien hacerte caritativo. Por los mil beneficios de que te he colmado, idame algo! No te lo pido porque me lo debas, te lo pido para concederte la corona y por una pequenez otorgarte un reino. No te digo: arregla mi vida y sácame de la miseria; entrégame tus bienes, aun cuando yo me vea pobre por tu amor. Solo te imploro pan y vestido y un poco de alivio para mi hambre. Estoy preso. No te ruego que me libres. Solo quiero que por tu propio bien me hagas una visita. Con eso me bastará y por eso te regalaré el cielo. Yo te libré a ti de una prisión mil veces más dura. Pero me contento con que me vengas a ver de vez en cuando. Pudlora, es verdad, darte tu corona sin nada de esto, pero quiero estarte agradecido y que vengas después a recibir tu premio confluente. Por eso, yo, que puedo alimentarme por mi mismo, prefiero dar vueltas a tu alrededor, pidiendo, y extender mi mano a tu puerta. Mi amor llegó a tanto, que quiero que tú me alimentes. Por eso prefiero, como amigo, tu mesa; de eso me glorio y te muestro ante todo el mundo como mi bienhechor...»

El público rompe en aplausos y el Crisóstomo continúa: «¿A qué vienen estos aplausos? Sólo deseo una cosa de vosotros. El ejemplo de vuestras buenas obras; ésa es mi ganancia; ése vuestro lucro, y ése será el brillante más espléndido de mi corona. Preparad, pues, los laureles para vosotros y para mí. Vlvamos bien en este mundo, vlvamos con una sola esperanza, y, al marchar a la otra vida, disfrutaremos de felicidad inenarrable. Ojalá que la alcancemos por la gloria y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al que con el Padre y el Espíritu Santo sea toda gloria, Imperio y honor ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén».

II. SAN AGUSTIN

La superioridad de Jesûs sobre Juan

Tiene sels sermones este santo Doctor sobre la natividad del Bautista y. ademâs, un comentario sobre el pasaje evangélico del présente domingo (cf. BAC, *Obras de San Agustín*, t. 7, *Sermones*, sermôn 66, p. 161ss). En todos ellos se repite casi constantemente el mismo pensamiento, a saber, la superioridad de Jesus sobre Juan. Otra idea dominante en su comentario al cuarto evangelio es la de que el Precursor no tuvo nunca envidia de Cristo, lo cual nos brinda ocasiôn para exponer la doctrina del santo de Hipona sobre este vicio capital.

Como quiera que la escena que comentamos estâ intimamente unida por su asunto con la descrita en el capitulo tercero de San Juan, extractaremos también lo que creamos mâs oportuno de las reflexiones agustinianas sobre el tema.

A) *La embajada de Juan*

a) Testimonios mutuos de Juan y de Cristo

ôQué testimonio diô Juan sobre Cristo? «Digancs el heraldo mismo lo que va de él al Juez que anuncia. Juan, cierto, precediô a Cristo en haber nacido antes (Io. 1,15) y en haberle anunciado, pero es la suya precedencia de servicio, no de superioridad; no por ir los oficiales todos de un tribunal delante del juez son ellos los primeros, sino los ùltimos...

' Ahora bien, ôqué testimonio diô Juan de Cristo? Uno tal, que a su decir no era *digno de desatar la correa de su sandalia* (Io. 1,27). ôNada mâs? Nosotros—dice—*de plenitudine eius... omnes accepimus* (Io. 1,16)... Era Juan tan grande, que se le tomaba por el Mesias y, de no aseverar que no lo era, hubiera cuajado el error de serlo en efecto. ¡Cuânta humildad la suya en rechazar ese honor del pueblo!... Conocía demaslado la palabra de Dios (*Dei Verbum*) para empinarse sobre las palabras de los hombres (*homimtm verbis*)...

ôQué dice Cristo de Juan? Nos lo acaban de leer (replte la frase evangéllica)... *Mâs que profeta*. ôPor qué? Porque los profetas anunciaron la venida del Señor a quienes deseaban ver y no vieron; a éste se le diô lo que otros anhelaron en balde. Viô Juan al Señor; le vio con sus propios ojos, le señalô con el dedo...>

b) INTENCIÓN DE JUAN AL ENVIAR SU EMBAJADA

1. ¿Eres tu el que viene o esperamos a otro?

(Mt. 11,3)

«En eso vino a resolver el encomlo? El panegirico, ¿se ha vuelto duda?... ¿Cómo, pues, solventar la oscura cuestión?... La respuesta es de una claridad meridiana». Juan no era envidioso. «Juan tenía discipulos aparté, no porque fuera él un disidente respecto de Cristo; era más bien un testigo providencial. Convenia, en efecto, que diera testimonio de Cristo un hombre así; un hombre que también juntaba discipulos, que podrian mirrar de reojo al Señor, no viendo las obras que hacia... En resolución, como los discipulos tenían por tan grande a su maestro, se maravillaban de oírle hablar así de Cristo; y como estaba para morir, quiso que fueran robustecidos por el mismo Señor... *Id y decidle*; no por dudar yo, sino para saber vosotros a qué ateneros... Habéis oído al heraldo, confirméis el Juez» (cf. BAC, San Agustín, t. 7, p. 161-165. y *Serm.* 66 en PL 38,430-432).

En el comentario al cuarto Evangelio (*Tract.* 13, c. 3: PL 35,1492) describe San Agustín una escena de gran semejanza con la nuestra. Los discipulos de Juan se le quejan de que Cristo bautice y reúna, más fieles cerca de El. Juan responde humildemente, y da pie al Santo para orientar, comentando las frases del Precursor, una gran parte de sus Ideas sobre la gracia en torno a la humildad, y, por lo tanto, a combatir la envidia.

2. Argumento

«Confesé, pues. Juan, conforme a lo que habéis oído. Porque cuando Jesús iba reuniendo muchos discipulos, se lo contaron (a Juan), para hostigarle, como si fuera un envidioso. *Todos se van con El* (Io. 3,26), le dijeron...

Juan contestó: *No debe el hombre tomarse nada si no le fuere dado del cielo* (Io 3,27). Cristo es el que da, el hombre el que recibe. Io 3,28: *Vosotros mismos sois testigos de lo que he dicho** (*Tract.* 14: PL 35,1502.2).

3. Envidia de los de Juan. Humildad de éste

«Bautizaba Juan y bautizaba Cristo. Se preocuparon los discipulos de Juan porque las gentes corrian hacia Cristo y corrian hacia Juan, pero mientras Juan enviaba a Cristo los que le venían. Cristo no enviaba sus bautizados a Juan. Turbáronse entonces los discipulos de éste y comenzaron a discutir con los Judios. como suele ocurrir en estos casos. Los judios

decian que Cristo era mayor y que habia que acudlr a su bautlsmo, pero ellos no lo entendian asi y defendian el de Juan.

Fueron a éste para que resolvlera la cuestlôn. Bien pudo

os convenzûis, sabed que yo he bautlzado al mismo Cristo

6No tenia motlvos para pavonearse de ello si hublera querldo vanaglorlarse en algo? Pero sabia ante quén se humllaba... y entendia que su salvaciôn estaba en Cristo* (*Tract.* 13: PL 35,1495,6).

4. Motivos de Juan

1. *Pues de su plenitud recibimos todos* (Io . 1,16)

«Esto es confesar su dlvinidad. ¿De qué plenitud van a recibir los hombres si no es de la de Dios?,,. El es la fuente; los hombres, los que beben. Los que beben de la fuente pueden tener sed y beber. La fuente nunca tiene sed ni neceslta agua. Los hombres precisan de la fuente, y con sus entrahas secas y sus fauces abrasadas corren a ella para reponerse. La fuente 'fluye para saciarles. Asi es el Seüor Jesús* (Ibid. 1496,8).

2. *No debe el hombre tomarse nada, si no le fuere dado del cielo* (Io. 3,27)

«cQué dices? ôNo deberiamos prohiblrsele y obligarles a que vlnieran a ti? *Respondit... et dixit: Non potest homo accipere quidquam...* De si mismo lo dice. Como hombre que soy, lo que tengo lo he reclbido del cielo... Y preclsamente porque he reclbido algûn valor del cielo, ôqueréis que lo pierda hablando contra la verdad?...

ôCômo me habéls propuesto vosotros mlsmos la cuestlôn? No me habéls dicho: *Rabbi, el que estaba contiyo al otro lado del Jordan, de quien tû diste testimonio* (Ibid. 26)... ô¿ voy a negar ahora lo que dlje antes? *Vosotros mismos sois testigos de que dije: «Yo no soy el Mesias...** (ibid. 28).

—ôNo eres el Cristo? 6Y qué Importa? Al fin y al cabo eres mayor que él, puesto que tu le bautlzaste.

Si, pero soy un envlado (*missus sum*) (ibid. 28); luego yo soy el pregonero y él el Juez. Soy lo que El me hlzo (*Tract.* 13: PL 35,1497-9).

3. *El que tiene esposa es el esposo* (Io. 3,29)

He aqui un pensamleno que San Agustin repite mucho. Cristo es el Esposo de las aimas y de la Iglesia. El amigo del esposo en tanto se sostiene (*stat*), en cuanto que cela a la esposa para su amlgo, el esposo. Si la qulslera para si, seria una adûltera. Juan quiere a la Iglesia para Crlsto. En

;
h
I
I
I

II
I
il
Ili
li
II

esta ocasión San Agustín, contrapone la actitud del Precursor con la de los donatistas, que no aman a la Iglesia y su bautismo sino para que les sirva de propia vanagloria. Buen ejemplo para el recto y puro celo sacerdotal.

El amarse a si mismo egoístamente, el amar al prójimo sin enderezarlo a Dios, es ya un adulterio: «Como Juan se consideraba sólo amigo del esposo..., nunca pretendió que sus discípulos continuaran con él. No buscaba su gloria y quiso que siguieran al Señor. Por eso les dijo (lo. 1,36): *He aquí el Cordero de Dios-!*» (ibid. 1497ss).

«Ni el que planta es algo ni el que riega (1 Cor. 3,7). Y hay entre nosotros quien presume de ser algo? Si lo creemos y no le damos gloria, somos adúlteros; nos amamos a nosotros mismos y no al esposo. Amad a Cristo y amadme en El, como yo os amo a vosotros. Amense los miembros entre si, pero volviendo todos en unión de la cabeza (Ibid. 1502,18)... Nadie se alegre de si mismo, porque después se entristecerá. En cambio, el que desea alegrarse en Dios, estará siempre gozoso, porque Dios es eterno... De ese tal dijo San Juan (lo. 3,29): *el amigo del esposo, que le acompaña y le oye, se alegra grandemente de oír la voz del esposo** (Ibid. 1502,2).

4.º No sea que pierda lo que recibí

«Se cumplió mi gozo (el del amigo del esposo). Tengo mi gracia. No tomo más, no sea que pierda lo que recibí. *Se alegra grandemente de oír la voz del esposo*. Entienda el hombre que no debe gozarse de su sabiduría, sino de la que recibió de Dios. No pase de ahí, no sea que lo pierda todo, porque muchos se volvieron necios por creerse sabios» (Rom. 1,19)... Los romanos «se atribuyeron a si mismos lo que habían recibido y, al no dar gracias, se tornaron necios. Dios lo que da gratis se lo quita a los ingratos. Juan no quiso serlo... y se alegró ante la voz del esposo» (ibid. 1503.3).

c) Propósito de Juan. «Preciso es que El crezca y yo mengüe» (lo. 3,30)

La consecuencia lógica en el pensamiento de San Juan es la antítesis de la envidia de los suyos, y que él sintetiza en pocas palabras: *Me autem minui*. Sigamos la explicación de San Agustín (ibid. 1504.5): «Antes de la venida de Cristo, los hombres estaban pagados de si mismos; pero vino ese Hombre para que disminuyera la gloria del hombre y aumentase la de Dios».

1. *Porque somos pecadores*. «El vino sin pecado y nos encontró a nosotros manchados con él. El papel de Dios es

perdonar; el nuestro, confesar. La humildad del hombre, confesar (su mancha); la grandeza de Dios, tener misericordia. Para que pueda perdonar Dios los pecados, conozca el hombre su miseria. *Illum oportet crescere, me autem minui*. Que la gloria sea para El, y para mi la confesiôn».

2. *¿Quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes que no hayas recibido?* (1 Cor. 4,7). «Conozca el hombre su situaciôn, confiese a Dios y oiga al Apôstol, que dice: *quid autem habes...* Mengüe el hombre en si mismo y crezca en Dios. Crezca en nosotros la gloria de Dios y disminuya la nuestra, porque asi es como ésta crecerá delante de El. Esto es lo que el Apôstol enseña: *el que se glorie, gloriase en el Señor* (1 Cor. 1,31). ¿Quieres gloriarte en ti mismo? ¿Quieres crecer? Sera para tu mal».

3. *Como crece Dios*. «Cuanto más vas entendiendo y conociendo a Dios, más va credendo Dios en ti. El no crece en si mismo, porque es siempre perfecto». Pero asi como cuando el ojo enfermo se va curando parece que aumenta la luz, asi «en el interior del hombre adelanta éste en Dios, y parece que es Dios el que va credendo. El hombre disminuye, baja de su gloria, pero para subir en la de Dios» (ibid. 1505,5).

B) La envidia y sus remedios

a) Definición

«¿Qué es la envidia sino la tristeza del bien ajeno?... La maldad se alegra del mal ajeno, la envidia se entristece del bien»... (PL 39,1516). «No confunda nadie la emulaciôn con la envidia. Son muy vecinas y por eso muchas veces se toma la una por la otra. La *emulaciôn* es un dolor del ánimo existente cuando vemos que alguien obtiene una cosa que apetecemos dos o más y que no podía ser lograda sino por uno solo. Su remedio es la paz, por la que deseamos alcanzar aquello que convierte en uno a todos los que lo apetecen y consiguen. La *envidia* es un dolor del ánimo, que ocurre cuando vemos que alguien, a quien consideramos indigno, alcanza un bien, aun cuando nosotros no lo procurásemos. Su remedio es la mansedumbre, por la que cada uno se somete al juicio de Dios, sin oponerse a sus designios...» (*Ezposit. in Epist. ad Gai.*: PL 35,2141.52).

b) La envidia, hija de la soberbia

En el sermôn 364 (PL 39,1535.5 y 6), San Agustín habla a las vírgenes y, después de defenderlas de la envidia ajena, les recondena la humildad. Seguiremos el orden de San Agustín, dividiendo en párrafos su discurso:

1. El casto soberbio se condena como Satanés

Los casados justos, mirando a los que consagraron su pureza a Dios, «os Juzgan mejores que ellos. Pero tanto cuanto ellos os honran, debéis honrarles a ellos. Si sois santos, temed, no sea que perdáis la santidad. ¿Cómo? Por la soberbia. La santidad del casto se puede perder por el adulterio, pero también por la soberbia. Y hasta me atrevo a decir que los casados humildes son mejores que los castos soberbios... Fijaos en el demonio. ¿Creéis que Dios podrá acusarle de adulterio o fornicación? Quien no tiene cuerpo, nada de eso pudo cometer. La soberbia y la envidia le enviaron al Infierno».

2. La envidia, hija de la soberbia

«Cuando la soberbia se apodera de un siervo de Dios, inmediatamente acude la envidia. El soberbio no puede por menos de ser envidioso. Porque la envidia es hija de la soberbia, y esta madre no conoce la esterilidad; en cuanto nace, inmediatamente da a luz».

c) Remedios

1. Considerad el mayor valor de los demás

«Para que no existan en vosotros (la envidia y la soberbia), considerad que no fué coronada sólo Inés la virgen, sino también Crispina, mujer casada, y que ciertamente algunos continentes apostataron, mientras que otros, casados, vencieron... Debéis pensar más en lo que os falta que en lo que tenéis. Cuida no perder lo que tienes, y pide a Dios que te dé lo que te falta».

2. Siendo la soberbia madre de la envidia, su remedio es la caridad

«Sólo la caridad es la que vence, sin la que lo demás nada vale. En dondequiera que se presenta, lo arrastra todo... Ella es la que no envidia (*non aemulatur*). ¿Sabéis por qué? Porque no se hincha (*non inflatur*). El primero

de los vlclos es la soberbia, e Inmedlato a él, la envidia. La envidia no engendra la soberbia, slno al rêvés, porque la envidia nace siempre del amor proplo... Por eso, San Pablo, alabando la caridad, dice (1 Cor. 13,4): prlmero, *no es envidiosa*, y después, *no se hincha*. Para que si alguno preguntara: y ôpor qué no tlene envidia?, se contestase: porque no se hincha».

d) La envidia, madré de muchos males

«De *los taies es el reino de los cielos* (Mt. 19,14), de los humlldes, de los espirltualmente nihos. No dlsputéls, no tengâls odlos... La soberbia engendra la envidia. ôY qué envidloso no desea el mal a aquel cuyo bien le atormenta? La envidia engendra como consecuencia natural la maldad, de la que proceden el dolo, la adulaclôn, la murmuraciôn y toda clase de males que no quisléramos que los demâs nos hicle-
ran a nosotros» (*Serm. 353, in die octav. Infant.:* PL 39,1561).

La envidia del malo al bueno

Al comentar el texto sâlmico: *Los soberbios que me ponen ocultos lazos* (Ps. 139,6), San Agustin explana el tema de la envidia (cf. *Enarrat, in Ps. 139:* PL 37,1807).

1. El malo quiere aparecer bueno

«El cuerpo del dlablo está formado por los soberbios. Por esta razón muchos Inicuos quieren parecer buenos, y de aquí que nada les sea tan duro como confesar sus cu'pas y que, siendo malos, tengan que envidlar a los verdaderamente buenos».

2. El envidioso, como consecuencia, procura que el envidiado pierda el bien que producen sus celos

«Estos falsos justos, que lo quieren parecer sin serlo, necesariamente envidian a los que lo son de veras, e Inmedlamente comienzan a buscar el medlo de hacerles perder el bien de que pueden gloriarse... Quien prlmeramente lo hlzo fué el dlablo, que, al perder el reino de los cielos, no quiso que lo alcanzase el hombre (Gen. 3). Como el demonio es soberbio y, por lo tanto, envidioso, los envidiosos y soberbios componen su cuerpo

3. Remedio fácil

«Oremos contra el que ya no puede corregirse (Satanás) y pidamos por los que todavía son capaces de enmienda, diciéndoles: ¿Por qué tenéis envidia? ¿Queréis parecer buenos? Pues mirad qué fácil es. Sedlo, y así amaréis al que ahora estáis envidiando. Así tendréis lo que ahora os da pena que otro tenga. Y, al verlo, le amarás y te amarás a ti en él, y a él en ti. Porque si envidias a un rico, realmente no está en tu mano adquirir las riquezas; si envidias a un honrado y noble senador, no te es fácil emular su categoría; si envidias la belleza, no puedes hacerte hermoso; si envidias a un varón fuerte y robusto, quizás no puedas adquirir sus fuerzas; pero si envidias la virtud, es cosa tuya. Aun cuando ahora te duelas de que la tenga otro. En esta ocasión no necesitas comprar lo que te falta y otros poseen. Se encuentra gratis y pronto: *Y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad** (Le. 2,14).

f) NADIE ENVIDIE LOS DONES ESPIRITUALES. SOMOS UN SOLO CUERPO

Comentando el discurso del Señor: *Si alguno tiene sed, venga a mí... Pues aun no había sido dado el Espíritu...* (Io. 7,37-39), habla de la diversidad de dones en la Iglesia de Dios, de lo cual toma ocasión para exponer como la caridad nos infunde el regocijo de los dones ajenos cual si fueran propios, ya que formámes un solo cuerpo.

uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu (1 Cor. 12,8). Muchas cosas se dan para la manifestación (del Espíritu Santo) y quizás tu no poseas ninguna de ellas. Pero si amas, tienes mucho, y si amas la unidad has alcanzado cuanto poseen los que viven en ella. Suprime la envidia y obtendrás lo que yo tengo, y yo, a mi vez, lo que tienes tú. La envidia separa, la salud une. Sólo el ojo ve, pero no para provecho exclusivo suyo... Si ve venir un golpe al pie, lo avisa. También la mano es la única que trabaja, pero en bien de todo el cuerpo. ¿Acaso, cuando un golpe amenaza el rostro, se está quieta diciendo: qué me importa, si el golpe no viene para mí? Del mismo modo, si amamos a la Iglesia alcanzamos el Espíritu Santo, y sabemos que le amamos si permanecemos en su unidad y amor> (*Tract. 32 in Ioan. c. 8: PL 35,1645*).

III. SAN BERNARDO

¿Eres tú el que ha de venir?

Como dijimos en la dominica anterior, San Bernardo predicô a sus monjes en Adviento una serie de pláticas breves. Parecen improvisadas muchas de ellas: de tai modo repite las ideas fundamentales, que puede decirse que todas se refieren a un asunto comùn, a saber, las três venidas del Señor: al mundo, a las almas y al juicio. Queriendo preparar los ânimos para la Navidad, se detiene principalmente en la primera venida. y amplifica en una plática las ideas que esbozô en otras, dândoles finalmente en Navidad la emocion del entusiasmo ante la fiesta.

En nuestro primer esquema sobre San Bernardo tocamos los três puntos aludidos. En este segundo la frase *es tu qui venturus est?* nos trae como de la mano a recopilar el pensamiento del Santo sobre lo que él Hama «meditar en quién es el que viene». Juzgamos que esta muy dentro del espíritu del Melifluo Doctor considerai todo el Adviento en torno a la venida de Cristo. Por eso, resumimos el sermón primero de Adviento y el primero de Navidad, que amplifica la última parte del anterior (cf. BAC, San Bernardo, *Obras completas*, t. 1, p. 155ss y 270ss).

A) Exordio

Piensen los hombres en la venida del Señor y cómo San Juan quiso que sus discipulos la conocieran. Conozcâmosla nosotros.

«Los desventurados hijos de Adân, olvidando los verdaderos y saludables cuidados, ponen su afecto en lo transitorio y caduco. ôA qué compararemos este linaje de hombres... que vemos no pueden arrancarse a los terrenos consuelos?... A los que estân ya para ahogarse... verâslos agarrados a lo primero que ocurre a sus manos, sea lo que fuere, sin soltarlo, aunque absolutamente de nada les puede servir... Y... si algunos acuden a socorrerlos, suelen asirse a ellos, arrastrândolos consigo... Asi perecen en este mar grande..., cuando siguiendo las cosas perecederas pierden las sôlidas, a las que debleran asirse. para... salvar sus aimas. Porque no de la vanidad, sino de la verdad se dice: *la conoceréis y ella os librarâ...*» (Io. 8,32).

«Vosotros, pues..., buscad... la razón de este Adviento, deseando saber quién viene, de dôn-de, a qué, cuándo y por dôn-de (viene)... Pues no celebraria... la Iglesia universal el présente Adviento si no se encerrase en él algùn grande misterio» *fSerm. in Adv. Dom.*, 1, 1; BAC, San Bernardo, *Obras completas*, t. 1, p. 155-156. y PL 183,35).

B) t Quién viene? Dios. La humildad

«Lo primero nues, con el Apôstol pasmado y admirado, mirad también vosotr[^]s la grandeza del Senor que entra en el mundo. El es, segûL testimonio de Gabriel (Le. 1,32). *ei Hijo del Altisimo*, y, por tanto, Coaltisimo» (ibid., 2).

c^No lleno yo los cielos y la tierra? (1er. 23,24), dice este Verbo. Y ahora hecho carne es colocado en angosto pesebre... ôCuâl fué el fin, hermanoo, c qué necesidad hubo de que así se abatiese.... sino para que vosotros también lo hagâis? Ya clama con obras lo que después ha ae enseûar con palabras: *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón...* (Mt. 11,29). No permitâts que se os haya mostrado en balde ejemplar tan precioso... Amad la numildad, que es fundamento y guarda de todas las virtudes... ôCabe algo mâs indigno que, viendo a Dios tan empequeüecido, siga todavia el hombre engrandeciénaose a si mismo sobre la tierra?...» (*Serm. in Nativ. Dom.*, 1, 1: BAC, o. c., p. 270, y PL, ibid., 115).

C) cDe donde viene? Del cielo. Para volver a él

Para enseñarnos el camino. «Mirando de donde viene, descùbrese un largo camino. Contemplando adônde viene, admiramos la Incompressible dignaclôn de que quisiese bajar al horror de esta cârcel. Viene del corazón del Padre al seno de la Virgen madré; viene del mâs alto cielo a las interiores partes de la tierra».

ôTendremos entonces que permanecer aqui? Nada perdenamos si con nosotros se quedase Nuestro Seûor; porque *la quien tengo yo en los cielos? Fuera de ti nada deseo sobre la tierra* (Ps. 72.25).

«Pero no es así, sino que... desciende a la tierra..., ma.s no como prlsionero. sino como libre entre los muertos, conic ia luz que luce en las tinieblas. pero *las tinieblas no la abrazan* (Io. 1.3).

El misme Cristo. pues, que descendió (a la tierra) también ascendió sobre los cielos... *Salió con brios como de gigante para correr el camino: del mâs alto cielo fué su salida, y su vuelta hasta lo mâs alto de él** (Ps. 18.6-7). Con razón clama el Apôstol didendo: *Buscad las cosas de arriba, donde esta Cristo sentado a la diestra de Dios* (Col. 3,1). Cristo, es-

peranza y modelo nuestros, está en el cielo y, por lo tanto, debemos buscar sólo cosas celestiales (*Servi, in Adv.* 1,6: BAC, ibid. 158-159; PL 183,38).

D) ^Para qué viene?

«ôY quién dudará de que algo grande fué el motivo de que tan alta Majestad de tan lejos se sirviese bajar a lugar tan indigno? Ciertamente, algo fué, porque fué misericordia grande, piedad inmensa, copiosa caridad...»

a) A BUSCAR LA OVEJA PERDIDA_s

«Diése prisa en buscar la oveja centésima», que se le había perdido... «ôAdmirable dignación de Dios, que así busca al hombre; dignidad grande del hombre, así buscado por Dios!» Gloriémonos de ello, pues es honor tal que excede a cualquier otro.

b) A HACERNOS POSIBLE LA VISTA DE DIOS

ôCuál es la causa de que El viniese a nosotros y no nosotros a El? La necesidad era nuestra y los ricos no suelen ir a casa de los pobres, aunque los quieran socorrer. Nuestros ojos estaban enfermos y *El habita una luz inaccesible* (1 Tim. 6,16) Por eso escondió los rayos de su divinidad para mostrarse; ya que, paralíticos, no podíamos levantarnos del lecho, bajóse El hasta nosotros (ibid., 1,7; BAC, p. 159-160).

c) A MANIFESTAR SU MISERICORDIA Y PODER SER IMITADO

Vino a darnos ejemplo. *Aparecio la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador* (Tit. 3,4). Había antes mostrado su poder en la creación de las cosas. y su sabiduría, gobernándolas, pero la benignidad de su misericordia se muestra en este momento. Había manifestado a los judíos su poder..., a los filósofos su majestad. Pero los judíos estaban como agobiados por su potestad y los filósofos por su gloria. «La potestad exige sujeción; la majestad. admiración; pero ni una ni otra, imitación. Aparezca, Señor, tu bondad, a la cual puede conformarse el hombre, que fué creado a tu imagen; porque ni la majestad, ni la potestad, ni la sabiduría podemos imitar, ni nos conviene tampoco.

cHasta cuándo se estrechará tu misericordia en solos los ángeles, y todo lo demás lo ocupará la justicia con todo el linaje humano?... Dilate la misericordia sus confines y extiende sus posesiones...» (*Serm. 1 in Nativ.*, 2: BAC, ibid. 270-272).

d) A SALVARNOS DEL PECADO Y DE LA MUERTE

«¿Qué ternes, hombre? ¿Qué tiemblas de la presencia del Señor, porque viene? Viene, no a juzgar la tierra, sino a salvarla. Te dejaste antano persuadir al robo de la diadema regia... Sorprendido en el hurto, ¿Cómo no habías de temer? ¿Cómo no habías de huir?... Ahora, en el destierro, comes el pan con el sudor de tu rostro; y he aquí que se oyó una voz en la tierra que dice que viene el Señor... ¿Adónde huirás de su cara? No huyas, no temas. No viene con armas; no te busca para castigarte, sino para salvarte... Mirale niho y sin voz. La voz de quien da vagidos más bien merece compasión que temor...» (ibid. 3, p. 271).

«Dos' enemigos tienes, el pecado y la muerte, o sea la muerte del alma y la del cuerpo. Para vengerte a uno y otro ha venido...» Del pecado triunfó ya en su propia persona... Verdaderamente se conoce ser el vencedor cuando el pecado, que tan ufano estaba de haber infectado toda naturaleza, no ha podido con la de Cristo... Después en la admirable conducta de su vida continuará peleando con él..., pero en su muerte le ata por completo, y «apresando al fuerte armado, saquea todos sus despojos...».

«Con el mismo orden vence a la muerte, primero..., resucitando... como... *primogénito de los muertos*» (Apoc. 1,5), y después, postrándola, cuando resucitemos todos, y sea destruida por fin nuestra enemiga (ibid. 4, p. 272).

e) Cristo, fuente de misericordia, sabiduría, gracia, CARIDAD Y VIDA

Aunque vino pequeño, no fue poco lo que nos dio... Fuente es para nosotros Jesucristo... Primero de *misericordia...* por la cual nos salvó (Tlt. 3,5); nos amó y nos absolvió de nuestros pecados por la virtud de su sangre (Apoc. 1,5)... Fuente que no sólo lava, sino que quita la sed con su sabiduría de la discreción (de su doctrina)... Fuente de su gracia para regar el jardín de las buenas obras... Fuente de aguas que sazonan y depuran nuestros afectos con la caridad.

Fuente de la misericordia para lavar nuestras faltas.' Todos necesitamos de ella...

Pero hay además otra quinta agua, que Cristo nos ofrece

en si mismo prometiéndola para después de nuestra carrera en este mundo..., el agua de la vida, que muerto Jesús manó de su costado. «Pero ôcômo ha sido que hablando de los misterios del nacimiento nos hemos pasado de repente a contemplar los sacramentos de la Pasiôn del Señor? Claro, no es de extrañar que busquemos en la Pasiôn lo que Cristo trajo en su nacimiento; pues entonces fué cuando, rasgado el saco, derramó el dinero que estaba escondido para precio de nuestro rescate» (*Serm. 1 in Nativ. Dom.*, 5-8: BAC, Ibid. 272-275, y PL 183.115-119).

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

Acerca de la envidia

Al extracto de la doctrina de Santo Tomás sobre la envidia (*Sum. Theol.*, 2-2, q. 36) añadimos algún sencillo comentario de Natal. Alexandre (*Teologia Dogmática Moral*, 1.3: *De peccatis*, c. 11, a. 1).

A) *La envidia, definición*

La envidia es una tristeza del bien ajeno, y puede ocurrir de cuatro maneras.

La primera, consiste en deplorar el bien de los demás, porque de él nos puede sobrevenir algún daño, como, por ejemplo, cuando vemos que prospera algún injusto enemigo. Tal fue, v. gr., la tristeza judía ante el encumbramiento de Amán (Esth. 3,1-15; 4,1-14). Sin embargo, dice San Gregorio (cf. *Moral.*, 22, c. 11: PL 76,225), que «hay que andarse con gran examen y sutilísima discreción para no engañarnos y cubrir nuestro odio con el manto del ajeno bien» (Nat. Alex., *Ibid.*).

El segundo modo de tristeza no es propiamente de que mi prójimo posea algún bien, sino de que yo no lo tenga, animándome a trabajar por conseguirlo, lo cual tampoco es pecado, sino emulación, y en las cosas espirituales puede ser harto provechoso. *Aspirad a los clones espirituales* (1 Cor. 14,1).

Tercer modo de tristeza es el que se produce al ver que reciben bienes los indignos de ellos. Tampoco es pecado la tal tristeza, que ha sido calificada por el Filósofo (*Arist.*, *Rhet.*, 2,9) con el nombre de *némesis*. Sin embargo, no es lícito sentir que la gracia de la justificación se dé a los indignos (en realidad nadie puede merecerla, y la misma salvación concedida al malvado en su último momento debe producirnos alegría). En cuanto a los bienes temporales de que disfruta el impío, a pesar de la sentencia del filósofo griego, el cristiano debe considerar el orden general de la Providencia, que lo dirige todo y que a cada uno dará a su tiempo la justa retribución.

El cuarto modo, y ésta es la verdadera envidia, ocurre cuando, considerando el bien del prójimo como un mal para mí, porque disminuye mi gloria, mi excelencia, etc., siento tristeza y quisiera privar a mi hermano de su justo bien. «Nos dolemos precisamente de lo que debiéramos alegrarnos, del bien del prójimo» (ibid. q. 36, a. 1 y 2, in c).

Nadie envidia más que aquellos bienes que juzga asequibles para él, que cree que en realidad se le deben o se le quitan. Por eso ningún menesteroso envidia seriamente los honores regios, ni nadie siente ese movimiento ante personas muy lejanas en el tiempo o en el lugar. Ninguno de éstos nos sobrepuja contra, nuestra voluntad (a. 1 ad 2). Envidiamos lo que creemos poder alcanzar y aquel honor de los demás que empuja el que creemos que nos corresponde a nosotros. He aquí por qué los amantes del vacío y perecedero honor mundano y los pusilánimes son los más envidiosos. Aquellos, porque lo apetecen todo, y éstos, porque, no atreviéndose a nada, creen que cualquier cosa es más importante que lo que ellos tienen (ibid, ad 3).

B) Gravedad del pecado

La envidia es pecado mortal, «ex genere suo», porque se opone a la virtud de la caridad, vida del alma, que se alegra del bien del prójimo, y a la misericordia, la cual se entristece del mal de éste (Ibid. a. 3). Es venial, muchas veces, por defecto de advertencia, o por la pequeñez de la cosa envidiada (ibid, ad 4).

Pecan mortalmente los profesores que esconden a sus alumnos parte de su ciencia, para que no lleguen a gozar la misma fama que ellos, y todos los que ocultaren en beneficio propio algún dato provechoso para el bien común (cf. Nat. Al. Alex., ibid.).

El envidiar la gracia de Dios concedida a otro, los dones del Espíritu Santo que recibe y el bien que hace a la Iglesia, es el mayor pecado de envidia, directo contra el mismo Espíritu Santo, si lo que duele es el propio aumento de gracia (ibid. a. 4 ad 2).

Aunque hija de la soberbia, la envidia es pecado capital, porque el que apetece la vanidad del mundo es el que siente que otros le aventajan en ella. A su vez es madre de otros pecados, como la murmuración oculta y la detracción, o difamación pública. Hace después que nos alegremos si podemos disminuir el bien de los demás y sintamos tristeza en caso contrario. Finalmente, engendra el odio (a. 4).

C) *Remedios*

Ante todo importa considerar su gravedad. La envidia fué el pecado de Satanás (Sap. 2,24), fué la fiera que devoró a José (Gen. 37,3.4.11) y la causa de la condena dei Serior (Mt. 27,18). Asimismo hay que considerar que es vicio de gente floja y de poco ánimo, como las mujeres y los niños. Por último, téngase presente la sociedad que formâmes con Dios Padre y en la santa Iglesia (cf. Nat. Alex., ibid.).

II. SAN ROBERTO BELARMINO

La persona del Bautista

¿Qué habéis ido a ver al desierto?... (Mt. 11,7). Tres sermones escribió San Roberto Belarmino sobre San Juan Bautista, cuyos textos pueden verse en las obras arriba citadas. En la de hoy se proponen las cualidades que hacen fidedigno al Bautista; en la segunda se habla de su oficio y en la tercera se expone su predicación.

Las cualidades del Precursor se declaran por medio de tres metáforas: No es una cana agitada por el viento, no está vestido muellemente, es más que un profeta, casi un ángel. Cada una de estas cualidades es causa de la anterior. Por ser un ángel no viste muellemente; y por no vestir muellemente, no es una cana vana. Estas cualidades deben servirnos de norma.

A) *Cualidades del Bautista*

a) No ES UNA CANA VANA

No es un testigo corruptible, porque no se parece a una caña hueca, sino a un tronco robusto. Y esto porque no puede torcerse.

1. Ni por la promesa de la mesianidad

Ni por la promesa de la mesianidad. que importaba la realeza y poder. En efecto. le preguntaron si era el Mesías y lo negó; el pueblo lo reputaba así y él no se aprovechó de tal creencia. ¡Qué contraste, comparado con las artimañas usadas por los hombres para subir!

2. Ni por su muerte

Ni por la muerte. que afrontó por corregir los vicios de Herodes.

Juan no era una cafia hueca, sin más contenido que el deseo de cosas terrenales que caracteriza la mentalidad de quienes viven en la corte de los principes. Por esta razón el Señor añade:

b) No VISTE MUELLEMENTE (Mt. 11,8)

Los que visten suntuosamente y viven regalados están en los palacios de los reyes (Le. 7,25). Es en los palacios donde precisamente se aposentan las riquezas, las delicias y la triple concupiscenda de la carne, de los ojos y la soberbia de la vida.

Juan, que provenia de familia sacerdotal acomodada y pudo poseerlo todo, despreció el mundo, pues vivió en el desierto, privado hasta de lo comúnmente necesario en comida y vestido. Era pobre de espíritu y por eso inflexible en la virtud. Hay muchos que se desvían de ella por amor o temor. El no amaba más que a Dios, ni temía otra cosa que ofenderle.

c) Ángel más que profeta

San Juan debió su espíritu a la luz sobrenatural que le iluminaba, aludida por la frase: *Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío a mi ángel delante de tu faz* (Mal. 3,1).

Los profetas recibieron más luz que el resto de los hombres. ¿Qué no recibiría el que es *mas que profeta*? (Mt. 11,9).

Lo era porque profetizó en el seno de su madre (Le. 1,41); porque él mismo fue profetizado por Isaías (40,3) y Malaquías (3,1), porque hizo profetizar a sus padres (Le. 1,42-45.67-79) y porque enseñó al mismo Cristo (Mt. 3,13-16).

Parece de mayor importancia profetizar un Mesías futuro que señalarlo como actual, y, en efecto, lo sería si Cristo hubiera venido refulgente de poder y no en forma que más bien no le conocía, cuando le vió, en apariencia tan extraordinariamente humilde (hasta el punto de que pudo decir [Mt. 11,6]: *Bienaventurado aquel que no se escandalizare en mí*), lo anunció detallando mejor que ningún otro profeta sus oficios, puesto que lo llamó *Cordero de Dios* (Io. 1,29), *Hijo de Dios* (Ibid. 1,34) y *Esposo* (ibid. 3,29) de la Iglesia.

Los teólogos suelen decir que los profetas recibieron tanta mayor clarividencia cuanto más próximos estaban al Señor. Por lo tanto, San Juan fue el mayor de todos ellos.

Un ángel (Mt. 11.10 y Mal. 3.1). El menor de los ángeles

es superior al mayor de los hombres, mientras estamos en este mundo, porque los ângeles ven a Dios cara a cara, le aman ardentisimamente, sin intermisião, y no pueden pecar. Juan, llamado ângel, ha de ser, por ello, mâxlmamente iluminado en la fe, extraordinariamente puro y amante de Dios. Como los ângeles, ni come, ni bebe, ni se desposa, ni posee, sino que solo se ocupa en amar a Dios y llevarle las aimas.

Por eso el Precursor despreclaba los bienes de este mundo. Quien no gusta los celestiales es difícil que sienta aver-sião por los terrenos: quien ama los terrenos no gustará de los eternos. Ambos amores son incompatibles.

Cierto es que por medlo de la desgracia hay quien aprende a mirar hacia arriba, pero lo mâs seguro y sôlido es aprender por la lluminaciôn de la gracia el amor de lo celeste (cf. San Agustín, *Conf.*, l. 8: BAC, t. 2: y Rom. 8,35).

Juan, lleno de luz y ardor, despreciaba todo lo mundano y no era una cafta hueca. Merecia. pues, ser creído, aun sin milagros, y era un compendio del Evangelio.

B) *Juan, ejemplo para los hombres*

Todos los que tienen en la Iglesia el oficio de preparar los caminos del Seftor, como son los predicadores, padres de familia, y hasta el mismo individuo con relaciôn a su alma, habrán de imitar al Bautista. Incorruptibles y firmes, deben enseftar la verdad y corregir el error.

Pônganse ejemplos sobre los que no quieren perdonar las Injurias y en cambio lo predican, contrariando así la doctrina del Evangelio. *Si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra...* (Mt. 5,39). *Ultrajado, no replicaba con injurias...* (1 Petr. 2,23). *Soportândoos los unos a los otros con caridad* (Eph. 4,2).

«Pero eso es contra mi honor. ôHay algo mâs honroso que Imitar a Cristo? Irritarse lo saben hacer hasta las bestias. Tener paciencia, sôlo los perfectos. ôPero que dirâ el mundo? Eso es ser una cafta agltada por el qué dirân. ôQué dirâ Cristo? ôQuién te debe interesar mâs, el mundo o El?»

Digase lo mismo de la blasfemia, sancionada en el Antiguo Testamento con pena de muerte y tan frecuente hoy entre cristianos. Vigilen los padres y superiores a los suyos y castiguen a los blasfemos.

Para obrar como Juan hay que despreciar al mundo, porque el amor y el temor mundanos son como cristales coloreados que hacen verlo todo a su través. El que ama al mundo no obrará la justicia, aun conociéndola, porque el amor todo lo ordena hacia lo amado. y el terrenal está poseído de

tiranía, que Impulsa a proceder contra justicia aun a sablendas. Téngase presente el ejemplo de Herodes, que degüella al Bautista, a quien respetaba, por complacer a Salomé, y el de Pilatos, que condena a Jesucristo.

C) Remedio: imitar al Bautista

¿Remedio para superar el mundo y su tiranía sin miedo alguno? Ser como ángeles imitando a Juan.

a) La oración

Los ángeles están viendo siempre el rostro de Dios. Sé tú hombre de oración. San Francisco de Asís oraba continuamente en medio de sus ocupaciones. Eso es ser ángel.

b) Trabajo por las almas

Los ángeles son *espiritus administradores, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud* (Hebr. 1, 14). Por las almas de los demás y por la tuya. Valga el ejemplo de los que, temiendo ser condenados a muerte en un juicio, no se ocupan de otra cosa; del que atraviesa un puente peligroso; del que, peleando en un duelo, se olvida de cualquier otro asunto...

c) Dureza de vida

Los ángeles no pecan y son pintados como jóvenes puros. Evita el pecado y, si pecas, confíesate inmediatamente. Es difícil no pecar. Pero es fácil borrar el pecado. Si difieres la medicina, será más difícil la curación.

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. PEDRO EL VENERABLE

La union en la caridad

En la carta 229. que se inserta en el *Epistolaria* de San Bernardo (cf. PL J82.398-417), responde con mucha gentileza a la de San Bernardo Abad y le expone las causas de la dimension existente entre los monies de Cluny y los del Cis.er (cf. San Bernardo, *Obras completas*, trad, dei P. Jaune Pons, S. I.» vol. 5, p. 402-476).

A) *Injustificada discordia en la Orden benedictina*

«Veo que algunos religiosos, tanto de mis rediles como de los vuestros, se han declarado guerra a muerte, y en vez de morar en paz y concordia dentro de la casa de Dios, no hacen sino dlvidlrse y enconarse mäs. Pertenecen a la misma familia del Senor y mllitan bajo las mismas sagradas banderas: un nombre comün los sehala a todos por igual, cristianos son todos, monjes y religiosos son. No solo el vinculo de una misma fe. sino el dulce yugo de unas mismas régla los unen para trabajar todos juntamente en la viûa del Señor. Pero asi y todo... andan separados por no sé qué nefando y oculto espiritu de discordia, y rompen aquella hermosa uniôn que debia ligar entre si todos los corazones...» (ibid. 6).

<ôDe dônde nace esa animosldad de unos contra otros? Muéstreseme la causa que motiva este plelto..., jûzguese por medlo de ârbitros prudentes y desapasionados, y bûsquesse por fin la so'uciôn... ôQué motlvo de enojos tlenes tû, monje de Cluny, contra el del Clster? éQué has de echarle tu en cara, hermano clsterclense, al religioso de Cluny? ôTraéis disputa por la posesibn de un lugar, o de unos castllos, o de una qulnta, o de un predio grande o pequeüo?...» (Ibid. 7).

a) Dksigüaldad de usos y costumbres en la vida MONASTICA

<Tal vez no provlene esta dlferencla mäs que de la desigualdad de usos y costumbres en la observanda de vida mo-

nâstlca. Pero si ésta es la causa principal de tamaños males, resulta sumamente irracional, cansimos, y ademâs puéril y necla. <>No os parece neclo, puéril e irracional aquello que va derechamente contra la razón y el sentido común? Porque si por la diversidad de costumbres e infinita variedad de modalidades en la innumerable muchedumbre de cosas, pudlesen los siervos de Cristo plstotear y conculcar todos los deberes que impone la carlidad, ôqué sería de la paz, de la concordia, de la union, de toda la ley, en fin, del Señor, no dlgo ya en los monjes, pero aun en todos los demâs cristianos en general, a quienes precisamente se dirige el Apôstol cuando dice: *Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargos y asi cumpliréis la ley de Cristo?*» (Gai. 6,2).

b) El ejemplo de San Ambrosio

No fué este el modo de pensar y obrar de un doctor de la Iglesia tan ilustre como San Ambrosio, el cual, a proposito del ayuno del sâbado que habia visto guardar en Roma y que no se observaba en Milân, donde luego fué obispo, decia: «Cuando voy a Roma guardo los ayunos que prescribe la Iglesia romana, y cuando estoy en Milân, siguiendo la costumbre de esta Iglesia, no ayuno» (cf. August., *Epist.* 54, c. 2,3: PL 33.201). Otro Padre de la Iglesia, San Agustin (cf. August., *Confess.*, l. 6, c. 2: PL 32,720), hablândonos de la devociôn de su santa madre, nos refiere que habia ella determinado seguir ofreciendo en Milân, contra la costumbre de todas las Iglesias de Italia, las mismas oblaciones que se hacian en la Iglesia de Africa; y aûade que San Ambrosio no se lo prohibiô (ibid. 8).

C) LO QUE VERDADERAMENTE IMPORTA

«Ya veo que tal vez me replicâis en estos o parecidos términos: No se puede aplicar el caso de la diversidad de las Iglesias a los religiosos de una misma Orden. El que los usos y costumbres de la Infinita multitud de Iglesias de la cristlidad puedan variar sin menoscabo de la paz y caridad, nada tiene de extraho; pero, en cambio, lo es mucho que unos hombres que siguen la misma manera de vida, con la profesión de una misma Régla y dentro de una misma Orden, guarden distintas prácticas. ôEs esto, carisimos, -lo que tenéis que decirme? ôEs esto lo que os trae dlvididos?»... (ibid. 10).

«¿Qué Importa todo esto si, una vez recorridos los senderos, y los caminos andados, y las cuestas subidas, aunque ale-

jadas y desemejantes unas de otras, nos dejan en las puertas de aquella aima ciudad, nuestra divina y celestial Jerusalén?...»

d) Rectitud de intenciôn en unos y otros

<Con ojo sencilllo y puro, es decir, con rectltud de Intenciôn, obrâis vosotros, los que no admitis a la profeslôn a nlngun novicio, sino hasta después de cumplir un ano de probaciôn... Pero con el mismo ojo sencilllo y puro, es decir, con la misma rectltud de intenciôn, proceden también los que admiten a los novicios antes de acabar el primer aïio de su ingreso en la religion, a fin de que no se cansen por la dilatada demora, y desmayen en sus propositos... Con pureza de intenciôn habéls elegido vosotros el usar solo de dos tunicas y dos cogullas, con muy pocas prendas mâs de vestlr... Habéls juzgado que esto se conformaba mejor con el .espíritu del Fundador... Pero con la misma pureza de intenciôn han adoptado otros el uso de pobres pellizas, porque han creído un deber permitir las a los religiosos flacos, enfermes y de quebradlza salud y a todos aquellos que viven en regiones muy frias...» (Ibid. 14).

<Con el deseo vivo de la virtud guardâis vosotros, sin excepciôn, todos los ayunos prescrites por la Régla, ya caigan en invierno, ya lleguen por el verano, porque tenéis a gala mantener todas las tradiciones y queréis enriqueceros con mayores mérites por el rigor de vuestra penitencia...

Mas con la misma simplicidad de intenciôn exceptûan otros del ayuno no sôlo los dias festivos..., sino también todas las solemnlidades de doce lecciones...» (ibid. 15).

«Siempre con la misma rectltud de intenciôn acostumbraîs vosotros a recibir a los huéspedes y peregrinos con profunda inclinaciôn de cabeza, y aun con genuflexion y derrocamlento de vuestro cuerpo en el suelo, adorando en ellos la persona divina de Cristo; y después les lavâls los pies conforme a las régla de hospitalldad... No menos rectamente obran los otros cuândo se abstienen de arrodillarse ante todos y cada uno de los que llegan y omlten el lavatorlo de los pies, porque a causa de la muchedumbre de forasteros que les visltan resultariales la tarea imposible» (ibid. 16).

«Dignos de loa sols por vuestras inmejorables intenclo- nes los que... os dedicâls con todas vuestras fuerzas a reparar los desmoranamientos que en el estado religioso se han produclto y procurâis reformar las costumbres de las casas relajadas... Del mismo modo son también dignos de alabar los otros, que suavlzan las prescripclones de la Regia (Ibid., c. 64) y de la Orden, según el espíritu de la Régla misma.

de modo que los que se slentan con fuerzas para cumplirlas lo hagan, y los que se ven mäs flacos no desmayen del todo,..> (ibid. 17).

e) El celo comûn por las almas, elemento de unidad

«Pero ôa qué multiplicar los ejemplos? SI bien lo mlrâls, hallaréis que en el fondo de todas las diferencias se encuentra una sola cosa: la carldad o el deseo de salvar las aimas, como querâis llamarlo; de suerte que no veréis nada disonante, sino que todo queda unido por la carldad y resulta uno, aunque con varios aspectos...» (ibid. 18).

«Puede darse el caso de que la simple diferencia de color o de forma en los hâbitos sea una causa de discordia y una fuente de divisiones. Porque, como advierto con harta frecuencia, y es cosa que la echarian de ver aun los que menos quisieran reparar en ello, cuândo un monje negro, por decirlo asi, tropieza en su camino con otro blanco, échale una mirada de soslayo que no hay mäs que ver; y por el contrario, el blanco corresponded con una ojeada a medio ojo que también estâ buena...» (ibid. 20).

***B) No es el color del hâbito lo que importa,
sino el del alma***

«Mas para que, dejândonos de lamentaciones estériles, vayamos directamente al grano..., dime, hermano monje bianco, ôpor qué no es la negrura del alma de tu hermano, sino la del hâbito suyo, la que te molesta? Y tu, monje negro, ôpor qué te maravillas mäs de la blancura del vestido de tu hermano que de la que resplandece en su aima? ¿No pertenecéis unos y otros al rebaho de Cristo? ôNo sois de la grey de aquel Pastor que dice (lo. 10.27-28): *Mis ovejas oyen mi vos y yo las conozco; y ellas me siguen y yo les doy la vida eterna; y no perecerân por siempre, y nadie las arrebatarà de mi mano?* ^Cuândo visteis, no ya a Dios, sino a pastor alguno de este mundo, que se preocupara del color que tenian los vellones de sus ovejas? dQuién juzgô jamäs que las negras eran las suyas y no las blancas, o al rêvés, que eran las blancas y no las negras? En lugar de preguntarme si son blancas o negras, lo que mira bien es si pertenecen a su grey o no. Pero aun hay mäs que todo esto, cosa que pone espanto y admlraciôn. ¡Oh malicia de los hombres! ¡Oh ignoranda de los corderillos! ¡Oh constancia de los irracionales en observar las leyes del instinto que les diô el Criador y oh

perversiôn de la naturaleza en los hombres dotados de razôn. «Cuândo se viô que una ovejuela blanca rehuyese la compania de otra negra? «Cuândo notasteis que un corde-ruelo negro mostrase rabia y odio contra otro blanco? «No es verdad que juntos viven, que en paz descansan, que tranquilamente crecen juntos en los rediles del pastor, sin inquietarse por cuestiôn de colores? Ciertó que algunas veces trabanse de cuernos y cabecean unos contra otros; y de cuando en cuando se tumban a topetazos; pero no es esto por un motivo como el de la diferencia de color, sino por un movimiento instintivo de cólera excitada por alguna repentina ocasiôn. En lo cual echo de ver que el hombre es mäs insensato que los irracionales...» (ibid. 21).

a) La misma Régla, fundamento de ambas preferencias

«En realidad, yo no veo que exista causa alguna fundada para que se acusen mutuamente, y no digo para separarse, pero ni siquiera para la mäs pequena murmuraciôn. Unos tenéis, para defender vuestra blancura de hábitos, la pureza de intenciôn que antes he dicho, pues tornando túnica y cogulla blanca quisisteis protestar contra los que pensaban que no se podia ser monje sino bajo negros vestidos; y porque viendo que con hábitos negros habia buen numero de religiosos tibios y relajados, crevisteis de buena fe que con la blancura, hasta ahora desacostumbrada entre los religiosos, excitariais el fervor y volveriais al primitivo espiritu monástico. Los otros también podéis defender con igual éxito vuestros hábitos de color negro, apoyados en la antigua y prolongada tradiciôn que asegura vistieron así nuestros Padres; y hacéis bien en creeros mäs seguros ateniéndoos a las aùejas prácticas que aceptando novedades. Las dos partes, en fin, tenéis una poderosa razôn para apoyar vuestras respectivas preferencias, y es la letra misma de la Régla de San Benito (*Reg. Sanct. Bened.*, c. 55) la que aconseja a los monjes no angustiarse demasiado por el color y la calidad de los hábitos, sino buscarlos de la calidad y color que mäs se usen en la tierra donde vivan y mäs a la mano puedan hallarse, para que al mismo tiempo resulten mäs baratos en la adquisiciôn...» (Ibid. 22). —

b) Un texto de San Jeronimo sobre el lujo mundano

«Pruébese, pues, que San Martin era monje y que vestia hábitos negros. Pero San Jeronimo ¿qué es lo que escribiô sobre este particular a Nepoclano? En los vestidos, dice él (cf. *Epis.* 52,9: PL 22,535), évita por igual los negros que

los blancos. Y le avlsaba esto, queriéndole apartar de todo el fastuoso lujo que usaban las gentes dei mundo, no sôlo en los trajes blancos, que eran los que mäs traian puestos los dei siglo, sino también en los negros, que acostumbraban llevar las personas de mäs religion y pledad...» (ibid. 23).

II. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Sobre la Encarnacion del Verbo

Incluimos dos homilias de carâcter apologético en las que el Santo solo pretende ilustrar la cuestiôn. El plan de la primera, interrumpido con frecuentes digresiones morales, es probar, ante todo, la posibilidad de la Encarnacion e inmedia,amente demostraria basândose en este evangelio, a saber, mediante los milagros, las profecias y el testimonio de Juan. A estas tres pruebas afiade el argumento del propio corazon enamorado de Cristo. La segunda trata de los frutos de la Encarnacion. Damos ûnicamente un ezquzma de ambas. (Para la primera, cf. en o. c. ed. Compluti; concio tertia, *De adventu Domini*, fol. 19-23.)

A) Pruebas de la encarnacion

a) POSIBILIDADES DE LA ENCARNACION

A los que, desde Porfirio acâ, vienen repitiendo manidas objeciones sobre la imposibilidad de que Dios se haya hecho hombre y haya muerto crucificado, solo responderemos que en esos misterios es en donde vernos brillar mäs claramente su ciencia, su bondad y su poder. Las locuras de Dios son arcanos de su sabiduria. Verdadera locura es, en cambio, la nuestra al querer investigar sus designios.

Dios se une a nuestra naturaleza humana, divinizândola por la gracia, mäs intimamente que puede unirse el fuego a la lena. También se uniô a la humanidad de Cristo, levantândola hasta El de modo misterioso.

b) Las pruebas

El Senor, «previando las dificultades que habia de encontrar para ser creido, quiso adelantarse a resolverlas» y, aprovechando esta ocasiôn, aduce como pruebas de su divinidad el cumpllmiento de las profecias, los milagros que verifica y el testimonio de Juan, a lo que ahadiremos nosotros el testimonio del corazôn humano.

«Juan, llorando la dureza de su pueblo, quiere, antes de morir, dar a Cristo una ocasiôn para que se manifieste delante dei mundo... y de sus discipulos».

Los envia «para dejarlos al cuidado de tan buen maestro... Hermoso ejemplo de cómo debemos preocuparnos de la salvación y bien espiritual de nuestros inferiores... No digáis nunca...: Yo les pago su salario, de su aima que se Gulden ellos..., porque el día del juicio os pedirá cuenta el que es Señor de ellos y vuestro... Oid a San Pablo (1 Tim. 5,8): *Si alguno no mira por los suyos, sobre todo por los de su casa, ha negado la fe y es peor que un infiel...* En efecto, es como si renegara, porque creyendo en el Infierno es Imposible desculdarse de ese modo».

El Señor, conmovido por el celo de Juan, da la mejor respuesta posible, apoyándose en las obras, para que nadie le diga: *Tú das testimonio de ti mismo* (Is. 8,13).

1. Los milagros

Sólo Jesucristo pudo hacerlos con propia autoridad, y nunca en confirmación de un error.

2. Las profecías

Hablando sido anunciadas todas las circunstancias de su vida, el Señor pudo afirmar: *Escudrinad las Escrituras..., pues ellas dan testimonio de mi* (Jo. 5,39).

3. Evangelización de los pobres

En sentido activo es un milagro ver a gentes torpes anunciar la buena nueva. En sentido pasivo y verdadero, los pobres, al recibir el Evangelio, son «una señal evidente de la mesianidad... Los demás profetas fueron enviados principalmente a los reyes y principes, mientras que el Señor viene a los pobres, para instruirlos y consolarlos... *El Espíritu Santo, decía, está sobre mí, porque me unge para evangelizar a los pobres...* (Le. 4,18). No soy el maestro y doctor de reyes y emperadores, sino de los indigentes...»

«Pasó su vida entre ellos..., entre ellos creció y vivió. Desde que Dios por amor nuestro se hizo pobre, la pobreza goza de gran estima en el cielo y la tierra; su ejemplo la rodeó de gloria. Nació de madre pobre y en un pobre tugurio; fué envuelto en humildes pañales y reclinado en un misero pesebre; fué anunciado a los pobres, educado entre ellos..., asociado a unos pobres apóstoles. A los pobres hizo participes de la fe y de las dulzuras de su compañía». Por eso San Pablo dijo: *Mirad, hermanos, nuestra vocación; pues no hay entre nosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes Dios eligió la necedad del mundo para confundir a los sabios... y la tlaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo, el desecho de*

este mundo, lo que no es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es» (1 Cor. 1,26-29).

«Alegraos, pobres; regocijaos, desvalldos. ôOs desprecian los hombres?... Pues os alaban Dios y los ângeles...» Ricos, no despreciéis al pobre. Tiene quen le defienda... *Por la opresiôn de los pobres, por los gemidos de los menesterosos, ahora mismo me levantaré, dice Yavé* (Ps. 11,6). *Yo sé que Yavé saldrâ en defensa del desvalido y a la defensa del pobre...** (Ps. 139,13).

4. El testimonio de Juan

Al retirarse los discipulos, el Seftor alaba a Juan, no sôlo para honrarle, sino para apoyarse en su testimonio. En efecto, éste no puede ser mäs vâldo, ya que, por ser mäs que profeta y haber recibido la mislôn de anunciar al Senor, tiene la ciencia suficiente. Su carâcter austero—ni es una cafta, ni vive en palacios—acredita su veracidad, no torcida por el afân de lo frivolo, ni el deseo dei lucro o de resultar agradable. Juan estâ garantizado por las mismas profecias.

El Seftor hace el panegirico del Bautista cuando sus discipulos estân ya ausentes. Nosotros solemos adular a los presentes y destrozar su reputaciôn cuando se retiran. Delante de ellos «el menor montoncillo de bienes lo convertimos en una montafia, de un insecto formâmes un elefante..., y a esa escuela de mentira la llamamos educaciôn...».

5. El corazôn humano

«El Seftor ha recibido el testimonio Irrefragable del Padre y del Espiritu Santo. Testimônianle los cielos..., los ângeles..., los demonios..., los milagros... Pero el mäs dulce, el mäs grande testimonio es el que Vos mismo nos dais, Seftor, en el secreto de nuestro corazôn, misterioso santuario del fiel. *El que créé en el Hijo de Dios tiene este testimonio en si mismo* (1 Jo. 5,10). Y podrân pasar los cielos y la tierra, pero este testimonio no podrâ engañarnos...»

B) Frutos de la encarnacion

(Ibid., fol. 14-19)

a) Exordio

<Gran cuestiôn la que propone Juan desde su calabozo, muy discutida entre judios y cristianos. Por la gracia de Dios, no nos hace falta convencernos, sino aprender cada vez mäs perfectamente las ventajas que nos reporté la encarnaciôn. Desde un principio, el mundo supo algo de su ve-

aida. Sólo el hecho de que Dios anunciase a Eva su maternidad, aun en medio de dolores, hacia suponer una reparación del género humano, pues un Dios tan misericordioso no podía permitir se propagase una humanidad bajo el signo del castigo» (cf. San Agustín, *De civ. Dei*, l. 14, c. 11: PL 41,418).

Pero el cómo de esa restauración fue revelándose poco a poco. Sólo unos cuantos supieron que sería Dios mismo el que viniese. «¡Qué maravilla sobrecogió sus aïmas al conocer tal secreto!... ¡Qué alegría!... ¡Qué ardiente sed!... *Envia, Señor, al Cordero dominador de la tierra* (Is. 16,1). *Destilad, cielos, arriba, el rocío...* (ibid. 45,8). *Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis..., muchos profetas y reyes quisieron ver y no lo vieron* (Le. 10,23-24), dijo el Señor».

Nosotros lo sabemos, a nosotros nos toca meditar, para enfervorizarnos, los motivos de esa venida.

b) MOTIVOS DE LA ENCARNACION

Glorificar al hombre

«Muchos medios pudo haber de rescatarnos, pero ninguno tan honroso para nosotros... El hombre Dios sentado a la diestra del Padre..., gobernando..., adorado... Perdonadme, ángeles, pero nuestra gloria es mayor que la vuestra... Nunca se unió Dios a la naturaleza de los ángeles y en cambio se unió a la de los hijos de Abrahán...» (Hebr. 2,16).

Gracias, Señor... Aunque Adán no hubiese pecado, hubiese sido honra inestimable. O *felix culpa!*... (cf. San Ambrosio, *De instit. virg.*, c. 17: PL 16,346: «*Amplius nobis profuit culpa quam nocuit*»; y Liturg.: «*Exultet Angelica...*»).

¡Qué envidia y confusión para Satanás! Por envidia quiso perdernos... «*La serpiente era el más astuto de todos los animales...* (Gen. 3,1). Pero Dios supo burlar al astuto... y arrebatar de sus manos los despojos...»

2. Destruir el pecado. La obra del demonio

«Dios vino al mundo, como testimonia Juan (1 Jo. 3,8), para destruir las obras del diablo, no sólo pagando por nosotros y rompiendo el decreto de condenación (Col. 2,14)..., sino desarraigando del hombre su temeraria facilidad para el pecado. Si tenemos algún sentido..., después de haber visto tal ejemplaridad en el Hijo de Dios, ¿quién se atreverá a pecar?... ¿Dios muere por el pecado, y tú te complaces en cometerlo?» (cf. Orígenes, *Hom. 2 in Levit.*: PG 12,415).

Desde el principio Dios mostró con espantosas sanciones su odio al pecado... El ángel más hermoso fue arrojado del

cielo. Por su pecado el hombre fué prlvado del paraiso (Gen. 3,23-24). Dios castlgô a la humanidad con el diluvio (Gen. (7,17-24), con la destrucclôn de Sodoma... (Gen. 19, 24-24), con las plagas de Eglpto... (Ex. 7-11). «Pero, sin embargo, ioh Dios mio!, nada debe espantarme ni alejarme mäs del pecado que ver a tu Hijo unigénito clavado en la cruz entre ladrones...»

Viendo el remedio, conozco la gravedad del mal (cf. S**an** B**ernardo**, *Serm. 3 Nav.*: BAC, p. 290,4). «ôCômo pueden olvidar los hombres...? Reid, jôvenes insensatos..., pisotead la ley de Dios. *Ved lo que el Seûor Yavé jura por su santidad: Vienen sobre vosotros dias en que os levantarân con bicheros y a vuestros descendientes con arpones, y saldréis por las brechas... Id a Betel a prevaricar y a Guilgal a multiplicar vuestras prevaricaciones*» (Am. 4,2-4).

3. Rescatar al hombre

El hombre fué creado a imagen de Dios. El pecado destruyô esta imagen. «El Hijo de Dios, el Verbo, la imagen de Dios, revistiéndose de la naturaleza humana, debia reintegrarle su forma perdida y su marchita belleza. Jesucristo es Dios vestido de hombre y hombre unido a Dios. Nuestra humanidad ha sido ajustada de nuevo al molde que le sirviô de modelo. Solo Dios pudo hacerlo. porque El es nuestro molde y modelo, nuestro creador y restaurador. No es menor la restauraciôn que la creaciôn».

4. Atraernos a su amor

Si nuestra redenciôn fuera obra de un ângel, los hombres no se sentirian atraidos hacia Dios. Era necesarlo que nos redimiese El mismo.

Efectivamente, al principio del mundo Dios intenté atraerse a los hombres por el castigo. Recuértese el diluvio, la destrucclôn de la Pentâpolis... Todo fué en vano. Después ensayô otro medio, el de ganarse mediante favores un mundo Insensible al temor. De estos favores y prodigios estâ llena la historia de Israel. Pero también resultaron estériles.

«¿Qué hizo entonces? Séneca (*De benef.*, 1, c. 1,3-13) dice: «Si queréls conseguír que os amen, debéls amar vosotros primero». El Sefior vino al mundo a hacerse compafiero nuestro, y ante su vida, su pasiôn y su misericordia, «el mundo cayô vencido por el amor y agobiado por tantos beneficios...».

«Habéls triunfado, Sefior. Hacia falta ser mäs fuerte que el mundo, y lo habéis sido. Con el fuego de vuestra caridad habéls fundido la dureza de mi corazôn...», os habéls vengado de mi... ¡Dulce venganza!

«éQueréis saber la causa principal, la causa ùnica de este misterio?... Os la dlré con una palabra de San Pablo: *Me*

amô y se entregô a mi... (Gai. 2,20). No me ha salvado por ninguna causa, ni razón; por ningún mérito, ni servicio; sino porque me quiso, porque me amô... *Tanto amô Dios al mundo, que le diô a su unigénito Hijo...* (Io. 3,16).

«¡Oh fuerza potentísima del amor!... Ha vencido al Todopoderoso, ha encadenado a Dios». Jacob luchô toda la noche (Gen. 32,24-30), quedô aparentemente derrotado, pero había vencido a Dios. El hombre, en una lucha de siglos, ha terminado vencién-dole también. «Con qué armas?... Con las del amor. Abalanzôse éste por encima de las murallas de los cie-los e invadiô los alcâzares eternos, encadenando al Verbo divino con los hierros de la carne, y acarreândonos el botín de riquezas inmensas... ¡Oh amor cruel!..., ècômo has podido herir a la Majestad infinita?... Verdaderamente es fuerte *el amor como la muerte*... (Cant. 8.6). Entregar a Dios por un gusano, exponer a la muerte al Señor por un siervo... Yo te conjuro, ten piedad de Dios. ¿Pero cômô? Si tienes piedad de El, ¿se condenará el hombre? ¡Dura alternativa!...»

«¡Gracias, Señor! En vuestra derrota triunfasteis, vencido por el amor, y habéis derrotado mi maldad... Vos que tenéis *siempre medida, número y peso* (Sap. 11,21), lo habéis desbordado todo con vuestro amor... Haced que lo desborde yo, pero para ello dadme vos mismo esa perla tan difícil de hallar. Dadme el amor que necesito.

III. FRAY LUIS DE GRANADA

La fe en Jesucristo

San Juan, al enviar sus discípulos, se propone despertar en ellos la fe en el Mesías, Hijo de Dios y Redentor. puesto que Cristo para confirmari esa fe da la prueba de los milagros. Fácilmente puede, por lo tanto, entroncarse este pasaje con la doctrina que el P. Granada expone en la introducción a! *Simbolo de la fe*, P.22. c 29 (cf. ed' Cuervo. *. 6. p. 21-31 y 249-253, y t. 4. p. 33-35: BAE. t. VI. Fray Luis de Granada, p. 286ss y 358ss, y BAC, *Obra Sclecta*, p. 296-313).

A) *Firmeza y oscuridad de la fe*

La fe Infusa es la que el Espíritu Santo Infunde en el cristiano, la cual le inclina a creer lo que la Iglesia le propone... Lo que hublera de obrar la razón..., eso mismo obra por más excelente manera aquella invisible lumbre del Espíritu Santo.

<Mas es de saber que con tener la fe esta firmeza y cer-

tlidumbre infalible (porque se funda en la primera verdad, que es Dios, el cual nos revelô todo lo que creemos), con todo eso no tiene claridad y prueba de razôn; porque es de cosas que sobrepujan toda razôn, como es el misterio de la Santísima Trinidad...»

«Y por eso dice el Apôstol (Hebr. 11,1) que *la fe es de las cosas que no se ven*, esto es, de las que no se alcanzan por la razôn, sino por revelaciôn de Dios... En sujetarse el entendimiento a que vea por la fe lo que no alcanza por razôn, estâ el merecimiento de ella...»

«En lo cual dice San Crisôstomo (cf. *In Gen.* 22, horn. 47) que ha de estar el siervo de Dios tan constante, que, aunque le parezca haber contrariedad en las cosas que Dios dice, no por eso las ha de dejar de creer...»

«Pues para todos los misterios de nuestra fe basta la autoridad de Dios. Pitâgoras... era tenido por sus discipulos en tan gran veneraciôn... que si alguno les obligaba a dar razôn de lo que defendian, no daban otra mâs que la autoridad del maestro diciendo: El lo dice... Pues, si esta reverenda se ténia a un filôsofo, ôcuânta mâs se debe tener a aquella primera y suma Verdad?... Donde Dios habia, habemos de humillarnos y abajar las alas de nuestro entendimiento» (*Simb. de la fe*, p. 2.º c. 1).

B) Racionabilidad de la fe

a) Motivos de credibilidad

«No piense nadie que por ser las cosas que creemos sobre toda razôn, nos movemos livianamente y sin fundamento a creerlas. Porque muy bien se compadece ser las cosas que creemos sobre razôn y ser muy conformes a razôn que las creamos, cuando vemos la verdad de ellas confirmada por algùn milagro...

Pues la fe y religiôn cristiana estâ aprobada y confirmada con tan grande lluvia de milagros, y lo que es mâs, con la verificaciôn... de tan claras y evidentes profecias..., que pudo con mucha razôn decir Ricardo de San Victor (cf. PL 196.825)... «(•No os parece que podriamos confiadamente decir: Seftor, si es engafio lo que creemos, Vos sois la causa dél. Porque por taies seriales y prodigios fueron testificadas y probadas las cosas que creemos, que era imposible ser hechas sino por Vos?» (Ibid., c. 1).

«La divina Providenda, que dispone todas las cosas suavemente y las ordena segùn numero, peso y medida..., no habia de obligar al hombre a creer cosas que estân sobre

toda razón... sin medios eficaces y proporcionados... Porque por medios sobrenaturales se han de probar las cosas que sobrepujan toda la facultad de la naturaleza. Estos medios son milagros y profecías... Milagros son obras de sólo Dios..., como es mandar al fuego que no queme (très jóvenes)... y mandar al agua que no corra al lugar bajo (Jordán)... Pues estos milagros son prueba tan suficiente de la fe, que ninguna demostración matemática iguala con ellos. Porque haciéndose un milagro en confirmación de la doctrina que se predica, es visto ser Dios el testigo de ella...»

b) Milagro de la fe

«Y dado caso que la verdad que se confirma con este testimonio sea sobre toda razón..., no por eso ha de dejar de ser creída, por razón de la autoridad infalible del testigo que la afirma, que es Dios, obrador de aquel milagro.

Lo cual vemos así cumplido en la oración de aquellos santos magos...» (Mt. 2,11. «¿Por qué adoraron... a quien apreciaban en condición tan opuesta a la de un rey?... Porque tenían otro testimonio mayor, que era el de la estrella... Por lo cual entendieron que era Señor de las estrellas el que era servido y testificado por ellas» (ibid., p. 2.a, c. 29).

C) MILAGROS DEL CRISTIANISMO

A continuación expone Fray Luis con gran elocuencia los milagros morales, intelectuales y físicos que prueban la divinidad de la religión cristiana: el cumplimiento de las profecías; la santidad de su doctrina, moral y sacramentos; sus efectos de fortaleza en los mártires y confesores, de pureza en las vírgenes, de consuelo en el alma y de cambio de costumbres en el mundo; los milagros físicos...

Tanto milagro hace que sea en la Santa Escritura muy reprendido el pecado de la incredulidad, hasta el punto de que el Salvador, siendo un perfecto dechado de mansedumbre, se indignó tan agriamente con este vicio, que dijo (Mt. 17,17): *¡Oh, generación mala e incrédula! ¿Hasta cuando tengo que estar entre vosotros?...* (Ibid., p. 2.ª, c. 29-31).

C) Cultivemos nuestra fe

a) **Fe viva**

«Ahora es de saber que esta fe, que unas veces está acompañada de la caridad, tiene también aneja consigo la obediencia de los mandamientos divinos... Porque lo propio de ella, cuando está formada, es inclinar al hombre a que viva conforme a lo que ella enseña. Así, cuando la fe nos propone aquella sentencia del Salvador (Le. 13,3): *Si no hicieréis penitencia, todos juntamente pereceréis*, esfuérase en recomendarnos la penitencia. Y cuando el mismo Señor dice (Mt. 7,21): *Yo todo aquel que me llama: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos...*, trabaja con todas sus fuerzas por cumplir esta voluntad. Y cuando el mismo Señor dice (Mt. 18,3): *Si no os humillaseis e hicieréis pequenuelos, no entraréis en el reino de los cielos*, trabaja por imitar la humildad y simplicidad de estos pequenuelos...

De manera que... la fe es como maestro y ayo que nos enseña la manera de vivir... Es una candela resplandeciente que alumbra nuestros entendimientos... Es nuestro legislador, que nos da leyes de buen vivir...; es como arquitecto y maestro principal del edificio espiritual... La fe es sol de nuestra vida, el cual esclarece las tinieblas de los mortales, enseñándoles adónde y por donde han de caminar...

«Dice San Bernardo (cf. *Sermon* 28, *super Cantica*, 9: BAC, San Bernardo, *Obras select.*, p. 938) que no hay cosa escondida a la fe... La fe no sabe qué cosa es falsedad, entiende lo que la razón no alcanza, comprende las cosas oscuras, abraza las Inmensas, entiende las venideras... y finalmente ella es la que en su anchísimo seno encierra en su manera toda la eternidad...»

La fe también es, como dice San Juan (1 lo. 5.4), *la victoria que vence al mundo...* Segûn San Pablo (Rom. 3,22-26; Gai. 2,16), justifica las aimas, porque es la raiz y fundamento de todas las virtudes (ibid., p. 2.a, c. 2).

b) Medios de perfeccionarla

«Pues siendo tantas y tan grandes las excelencias de la fe, siguese que uno de los principales estudios del buen cristiano ha de ser trabajar todo lo posible por perfeccionar y acrecentar esta fe. Porque asi como... todas las virtudes crecen con el uso y ejercicio de ellas y con el mérito de las buenas

obras, así también crece la fe». La consideration de los misterios de la fe y las buenas obras robustece.

«Así como el hortelano emplea toda su diligencia en cultivar la raíz de los árboles, porque, esto hecho, el beneficio de la raíz redundará luego en todas las ramas..., así uno de los principales cuidados... ha de ser cultivar esta raíz de todas las virtudes...» (Ibid., p. 2.º c. 2).

IV. SANTA TERESA DE JESUS

La santidad y la honra

A) *Danos del apetito de honras. Las disputas sobre honras, incompatibles con la perfección*

«En los movimientos interiores se traiga mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías. Dios nos libre, por su Pasión, de decir ni pensar, para detenerse en ello: si soy más antigua, si he más años, si he trabajado más, si tratan a la otra mejor. Estos pensamientos, si vlnieren, es menester atajarlos con presteza; que si se detienen en ellos, o lo ponen en plática, es pestilencia y de donde nacen grandes males...»

«Podrá ser que digan que para qué pongo tanto en esto que va con rigor... Mas, créanme una cosa, que si hay punto de honra, o de hacienda (y esto también puede haberlo en los monasteries como tuera, aunque más quitadas están las ocasiones y mayor sería la culpa), que aunque tengan muchos años de oración, o por mejor decir, consideración (porque oración perfecta, en fin, quita estos resabios), que nunca medrarán mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración».

La Santa afirma que a los humildes el demonio no les tentará desde el principio descaradamente y que, en cuanto se note el primer movimiento, debe uno pedirle dedlquen a menesteres más bajos.

«Dios nos libre de personas que le quieren servir acordarse de honra. Más que es mala ganancia; y, como he dicho, la misma honra se pierde con desearla, en especial en las mayorías, que no hay tóxico en el mundo que así mate como estas cosas la perfección.

Diréls que son cosas naturales, que no hay que hacer caso; no os burléls con eso, que crece como espuma, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro, como son estos puntos de honra y más si nos hicleron agravio...»

Cuando una hermana sea agraviada en algo, culden las demás no andarle con compasiones, que son «Indiscreta cari-

dad..., como la que tuvieron los amigos del santo Job» (cf. *Camino de perfección*, c. 12,4-8; BAC. *Obras completas de Santa Teresa*, t. 2, p. 115-116).

B) Error de las aimas santas que creen deber defender su honra

«ôCómo no está en la cumbre de la perfección? ôQué es esto? ôQuién detiene a quien tanto hace por Dios? ¡Oh, que tiene un punto de honra! Y lo peor que tiene es que no quiere entender que le tiene, es porque algunas veces le hace entender el demonio que es obligado a tenerle...

Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que a todo árbol no dane, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun déjá medrar a los que andan cabe él; porque la fruta que da de buen ejemplo no es nada sana; poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto o compás que se yerre, disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto dano al aima, mas en este camino de oración es pestilencia.

Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonies, éy queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al aima esforzándonos nosotros y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos: no tengo en qué, ni se me ofrece. Yo creo que a quien tuviere esta determinación, que no querrá el Señor pierda tanto bien; Su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud; que no quiera tantas. Manos a la obra» (cf. *Libro de la vida*, c. 31,20-23; BAC, *Obras de Santa Teresa*, t. 1, p. 793-794).

V. BEATO JUAN DE AVILA

Dignidades humanas y perfección cristiana

Para la recta Intelligencia del pen~amiento de Santa Teresa y para exc'ulr ambos extremos complétâmes su doctrina en el capítulo 4 del *ludi Pilla* del Maestro Juan de Avila (cf. ed. del Apost. de la Prensa, Madrid 1951).

A) *Deseo licito y peligros de las honras. Conveniendâ y normas*

«Para que mejor entendais lo que se os ha dlcho, habéis de saber que una cosa es amar la honra o estlmaclôn humana por si misma y parando en ella, y esto es malo..., y otra cosa es cuando estas cosas se aman por algûn fin, y esto no es malo.

Claro es que una persona que tlene mando o estado de aprovechar a otros, puede querer aquella honra y estima para tratar su oflclo con mayor provecho de los otros; pues que si tlenen en poco al que manda, tendrân en poco su mandamiento, aunque sea bueno.

Y no solamente estas personas, mûs generalmente todo crlstiano debe cumplr lo que estâ escrito (Eccli. 41.15): *Ten culdado de la buena fama*. No porque ha de parar en ella, mas porque ha de ser tal un crlstiano; que qulenquiera que oyere o vlcre su vida, dé a Dios gloria; como la solemos dar vlendo una rosa, o un ârbol con fruto y frescura. Esto es lo que manda el santo Evangello (Mt. 5.16), que *luzea nuestra luz delante de los hombres, de mariera que, vlendo nuestras buenas obras, den gloria al celestial Padre*, del cual procede todo lo bueno.

Este Intento de la honra de Dios y de aprovechar a los prôjmos movlô a San Pablo (2 Cor. 4) a contar de si mlsmo grandes y secretas mercedes que nuestro Seftor le habla he-chn, sin tenerse por quebrantador de la Escrltura, que dice (Prov. 27.2): *Alâbete la boca ajena, y no la tuya*. Porque contaba êl estas sus alabanzas tan sin pegérsele nada de ellas, como si no las hablara; cump'lendo él mlsmo lo que habla dlcho a los de Corlnto (1 Cor. 7.29-30), que *los que tlenen mujercs, scan corno st no las tuviesen, y los que lloran. como si no llorasen*, con otras cosas semejables a éstas. En lo cual qulere declr que aquel provechosamente usa de lo temporal, prôspcro y adverso, gozoso o triste, que no se le pega el corazôn a ello: mas pasa por ello como por cosa vana y que presto se pasa. Y clerto, cuando San Pablo contaba estas cosas de

si, con un corazôn las decia, no sôlo despreclador de la honra, mas amador del despreclo y deshonna por Jesucrlsto, *cuya cruz El tenia por honra suprema...** (Gal. 6,14).

B) Peligros de las honras y del mando

<Mas as! como es cosa de mucha vlrud tener La casa como si no la tuviesen, y no pegarse al corazôn la honra que de fuera nos dan, asi es cosa dlilcultosa y que muy pocos la alcanzan...

La experienda nos ha mostrado que las dlgnldades y lugares de honra muy pocas veces han hecho de malos buenos, y muy muchas de los buenos malos. Porque para sufrlr el peso de la honra y ocaslones que vlenen con ella, es menester gran fuerza y vlrud... Se requere mayor vlrud para tener mando quejpara obedecer...

Y si es Utrevlmiento muy grande, y contra el ejemplo de Cristo, redblr el estado de honra cuando lo ofrecen, <»qué serâ desearle y qué serâ procurarlo?... Cosa es de grandlsimo espanto que. pudiendo un hombre andar seguramente por tierra liana, escoja los peligros de andar por la mar; y no con bonanza, slno con tempestades continuas. Porque, segûn San Gregorio dice: «iQué otra cosa es el poderlo de la alteza slno tempestad del ânimo?» (cf. *Moralium*, 26.34: PL 76.286). Y tras estes trabajos y peligros que en lugar alto hay, sucede aquella terrible amenaza hecha por Dios, aunque de pocos olda y sontlda (Sap. 6.5): *Juicio durisimo serâ hecho en los que tlenen mando*. ^Qué serâ. esto, que slendo el Julclo ordinario de Dios tal. que los mâs estrados en la vlrud tlembian y dlcen (Ps. 142,2): *No entres en juicio con tu siervo*, Sehor, hay gente tan atrevlda que ellja entrar en Julclo, no cualquiera, mas estrechlslmo y durisimo?...»

C) Cuanto menos santos, mas desean gobernar

<Y, clerto, es cosa de maravlllar que haya gente tan tasada en el servlclo de Nuestro Sehor. que si les dlcen que hagan algo, aunque muy bueno, andan mirando y remlrando si es cosa que no les ob.lga a pecado mortal para no la hacer; porque dlcen que son flacos, y no quleren meterse en cosas altas y de perfecciôn, slno andar camlno llano, como ellos dlcen. Y éstos, por una parte, tan cobardes en buscar la perfecta vlrud para si mlsmos, que con la gracia del Seftor les fuera fûcll de alcanzar, por otra parte, son tan atrevldos en meterse en sehorlos y mandos y honras, que

para usar bien de ellos y sin daño propio, es menester perfecta o aprovechada virtud, que se hacen entender que la tienen, y que darán buena cuenta del lugar alto, sin que peligren sus conciencias en lo que muchos han pellgrado. Tanto ciega el deseo de la honra y mandos y del interés humanos, que a los que no osan acometer lo fácil y lo seguro, hace acometer lo que está lleno de peligros y dificultad. Y los que no fian de Dios que les ayudará en las buenas obras que tocan a si mismos, se prometen con grande osadia que los traerá Dios de la mano en lo que toca a régir a los otros, pudlendo Dios responder con mucha justicia que pues ellos se metieron en aquel peligro, ellos se ayuden a valerse en él. Porque de estes tales dice Dios (Os. 8,4): *Ellos reinaron, y no por mi parecer: fueron principes y Yo no lo supe*. Quiere decir: No lo aprobé, ni me pareció bien. Y quien mirare que desechó Dios de su mano al rey Saul, habiéndole el mismo Dios metido en el reino, tendrá mucha razón para desengafiarse, pues que no hay quien le asegure de que no sea tan flaco como Saül, sino la soberbia y gana dei mando. Y por muy buena entrada que tenga en él, no será mejor que la de Saül.»

VI. BOSSUET

La homilia de los milagros de Cristo y de nuestro escândalo

He aqui una homilia de altos vuelos apologéicos, con sus consecuencias morales. Del mismo modo que los milagros físicos de Cristo demostraron su divinidad. la demuestra ahora el triple milagro de su doctrina, de su moral y de los sacramentos del perdón. Igual que los judios se escandalizaron de los milagros de Jesús. nosotros tomamos pie de estes otros très para prevaricar.

Bossuet, que pronuncia este sermon ante la cnrte en el ^e^undo domingo de Adviento, no plerde de vista al volteriano, frivolo en su impiedad, ni a los cortesanos, despreocupados en su corrupción (cf. o. c. supra en primer dom. de Adv., sec. 5A m, ed. Firmin-Didot, p. 181-189).

A) Dios, bienhechor, y el hombre, ingrato

Preguntado Jesus por los discipulos de Juan, «da a los hombres como senal de la divinidad de su sagrada persona, primero, sus bondades, y, segundo, nuestra ingratitud...»

Parece nota distintiva de la divinidad «el ser Inflnltamente liberal con los hombres y no encontrar en ellos más que

una perpetua oposciôn a su voluntad y un desprecio injurioso de sus gracias».

San Pedro (Act. 10,38) describió al Señor: *Pasô haciendo bien y curando a todos los oprimidos por el diablo...* Recorrió las aldeas, ciudades y provincias no como un vencedor en sus conquistas, asolando y destruyendo, sino repartiendo su liberalidad. Así, pues, Cristo mostró a los hombres su Divinidad como ésta suele mostrarse..., y los hombres le trataron como suelen tratar a Dios, pagándole, según costumbre suya, con la ingratitud. *Bienaventurado aquel que no se escandalizare en Mí* (Mt. 11,6).

B) Los très milagros de hoy y nuestro escândalo

a) Los TRES MILAGROS DE HOY

Los milagros del Evangelio y los que después se han continuado a lo largo de la historia de la Iglesia, son los cimientos de la fe. Pero son también «senales sagradas de otros milagros espirituales sin limite de tiempos ni personas, en todos los hombres y edades».

El género humano se parece «a ese sordo y a ese ciego, que han perdido el conocimiento de Dios y no pueden verle ni oírle...; a ese cojo, que sin norma alguna para sus costumbres, no puede caminar recto ni aun sostenerse siquiera...; a ese leproso y a ese muerto que, sin encontrar quien le separe del pecado, no puede purificarse de sus manchas... Jesucristo devuelve el oído a ese sordo y la vista a ese ciego cuando predica la fe...; endereza al cojo, al dar la norma de la moral...; limpia al leproso y resucita al muerto, cuando concede a la Iglesia el poder de perdonar los pecados. Estos son los très milagros con que Cristo nos prueba su Divinidad...»

b) ESTOS MILAGROS COMO PRUEBA

«El que enseñaba a los hombres la verdad soberana, la rectitud infalible y la bondad infinita, está mostrando al mismo tiempo la Divinidad». Jesucristo nos muestra todo ello en su misma persona. Luego nos está mostrando que en Él reside la Divinidad.

c) Nuestro escândalo

Estas très grandes condiciones de Cristo son precisamente las que motivan nuestro escândalo e ingratitud. «La profundidad de las verdades de la fe nos levantan rebeldes contra la autoridad dei Señor; lo exacto de sus régulas nos mueve a quejarnos de su rigor; la facilidad del perdôn se nos convierte en ocasiôn de abusar de su paciencia».

C) Milagro y escândalo de la verdad

a) El milagro. Triunfo de la verdad

1, Sin apoyo de razonamientos humanos

La verdad conquistô el mundo «por su propia autoridad, sin pedir socorro alguno..., sin apoyarse en discursos humanos..., segura... de su origen celestial, y .hablô y exigî ser creida...».

Predicô misterlos insondables como el de la Santísima Trinidad y el de la Encarnacion, dando como unica prueba el *haec dicit Dominus*. Dios, en efecto, tiene derecho a exigir que le creamos. Un dia nos mostrarâ la verdad sin velos; hoy su grandeza puede exlgir el tributo de nuestra inteligencia, reinando en los espíritus.

Con esta fe los apôstoles conquistaron el mundo. Cuando *Ueno Félix de terror* dijo a San Pablo: *cuando tenga tiempo volveré a llamarte* (Act. 24.25), ôquién parece el preso y quién el juez? Los apôstoles conquistaron el mundo sin galas de elocuencia, «por una vltud secreta que persuade contra las régulas (de la retôrlica), o mejor dicho, que no persuade, sino que cautlva, virtud venida dei cielo que se conserva entera en medio de la pobreza de la expresiôn y la sencillez de un estilo vulgar, como conserva un rio, al correr por la llanura, la fuerza impetuosa que adquiriô en sus montanas de origen...».

2. A pesar de la persecuciôn

«En medio del furor de todo el mundo, conjurado contra ella, la fe cristiana no mendlgô socorro a nadie. Ella se formo defensores intrépides..., que... no sabiendo mâs que confesarla y morir, corrieron a la muerte con tai ardor que asombraron a sus verdugos. hasta obllgarlos con su paciencia... a revocar las leyes perseguidoras... Orando, sufriendo..., mu-

riendo, les hicieron avergonzarse de las leyes... hasta tener que cambiarlas...» (cf. San Agustín, *De civ. Dei*, l. 8, c. 20: PL 41,244).

b) El escándalo. Negación e indiferencia

1. Los que niegan

En esta nación, la más floreciente de la cristiandad, se hallan por doquiera libertinos encenagados en sus bajezas. que se atreven a juzgar lo más alto..., que *blasfeman de cuanto ignoran*; y aun en lo que naturalmente, como brutos irracionales, conocen, en eso mismo se corrompen... (Iudae, 10). *Hombres dos veces muertos* (ibid., 12); primero, porque han perdido la caridad, y, segundo, porque han arrancado la fe, y se han desarraigado totalmente de la Iglesia... «¿Y les veo triunfar en las reuniones envenenando las almas con sus chistes sacrilegos?»

Bossuet habla a los enciclopedistas y les increpa: Ya que habláis de religion, hablad en serio. No os creáis los únicos sabios... «¿Queréis penetrar los secretos de Dios?... Pues explicadme, siquiera, uno de los enigmas de la naturaleza... Nosabéis... ¡Y, en cambio, no queréis que la fe os enseñe lo que debéis creer! ¡Pobre ciego, hurón y desdeñoso, no quieres que se te guíe y se te dé la mano! Pobre viajero perdido..., ¿Qué quieres?... ¿Entender claramente todas las verdades divinas? ¿Pero no miras en qué baja región del mundo vives? ¿No ves la noche profunda y las tinieblas espesas que rodean, la debilidad, flaqueza e ignorancia de tu razón?...»

2. Los despreocupados

Hay otros muchos que ni se preocupan. Ni siquiera saben si creen o no creen. Este es el mal de la corte. «Y me parece que los libertinos y espíritus fuertes terminarán desapareciendo, y no precisamente por horror a sus sentimientos, sino porque llegará un día en que todo les sea indiferente, excepto el placer y los negocios».

Veamos si puedo convencer a unos y otros, hablándoles de la belleza Incorruptible de la moral cristiana.

D) Milagro y escándalo de la moral de Cristo

a) El milagro. Triunfo de la moral

La mayoría de los incrédulos alaban la moral cristiana. Pero fe y moral son inseparables. Ni en la religión ni en el

cielo hay dos soles. El enviado para iluminar nuestras costumbres es el que predicô nuestra fe.

1. El milagro de su expansion

a Hijo de Dios nos probô mejor su divinidad dirigiendo sin error la vida humana que enderezando a los cojos y haciendo andar a los contrahechos. El que a través de tan diversas costumbres, tantos errores y pasiones... consiguiô encontrar el justo medio y precisar la norma de las costumbres tiene que ser mâs que un puro hombre. Reformar así el género humano es darle al hombre una vida racional, es una segunda creaciôn... Es necesario para ello contar con el apoyo de la misma sabiduria, que formé al hombre... Si no lo hubiese hecho Dios, tendria que envidiar a su autor».

La filosofia lo intenté..., conservé hermosas réglas del resto del naufragio, pero seria necesario emplear enorme tiempo para enumerar sus errores.

2. El milagro de su propia perfecciôn

Por eso <vamos a rendir homenaje a la equidad infalible de nuestra regia evangélica...».

Comencemos por el principio. Nos lleva a Dios. Habiendo decidldo atarnos a El con toda clase de vinculos..., nos une en todas nuestras operaciones..., como a Padre con el amor; preparando a ello nuestra flaqueza con el temor; haciéndonos reverenciar su autoridad, creer en su palabra, depender de su poder, confiar en su bondad, temer su justicia, abandonarnos a su amor y esperar su eternldad.

En cuanto a nosotros, nos enseria que podemos ser victimas de Dios, y para evitarlo nos hace dominar nuestras pasiones en su misma cuna. No sólo la obra, sino el deseo...

En cuanto a la socledad, predica el amor mutuo, la justicia, la caridad, el perdon...

Santiflca la familia con un sacramento, constituyendo el matrimonio, uno. indisoluble y fiel. Hijos y padres: obediencia, amor, educaciôn...

<He aqui la Inmortal belleza de la moral cristlana... *Me deleito en la ley de Dios...* (Rom. 7,22). Slento la necesldad de creer en quien me ha ensefiado a vivlr. La fe me ensefia las costumbres; las costumbres me demuestran ml fe...»

b) El escAndalo. Apartai SNT0 DE LOS PECADORES

«Pecadores, èqué es lo que os hlere? ôQué parte queréls borrar de la moral? ôQuién dicta vuestras dlificultades? ôLa razôn o la paslén?... Pedis mâs llbertad. jNo slgâls! Os en-

tlendo. Esa libertad es la servidumbre miserable de vuestro corazón.'.. Permitid que os librems del yugo de las pasiones...

«No me dîgâis que es demasiado perfecta la ley...» Eso es de cobardes y perezosos... El perezoso dice siempre: *en el camino hay una fiera, un leôn en la plaza* (Prov. 26,13)... «No dîgâis que es imposible nada teniendo la gracia de Dios...»

E) Milagro y escândalo del perdôn

a) El milagro. La misericordia infinita de Dios

La dificultad de esta tercera parte no estriba en el asunto. ¿Quién podría hablar de la inmensa bondad de Dios? Mi miedo consiste en que los hombres abusen de ella. «Conviendría de vez en cuando, al encontrar un alma abatida y desesperada, llamarla aparte y decirle en voz queda: ¿no sabes que Dios perdona siempre y sin limite alguno?...»

Por otra parte, «no es justo que la maldad del hombre nos impida glorificar la bondad de Dios...».

Tenemos, pues, en el cielo una misericordia infinita. Pero su aplicación terrena ha sido comunicada a la Iglesia en el sacramento de la penitencia. El orador hace una descripción brevísima de como este sacramento fué instituido y añade: «El bautismo perdona sólo una vez, la penitencia siempre»: *A quien perdonareis los pecados les serán perdonados* (Io. 20,23).

b) El escândalo. El aplazamiento de la conversiôn

Tertuliano decia: ¡Feliz agua, que no lava más que una vez y no sirve de juguete al pecador! (cf. Tertull., *De bapt.* 15: PL 1,1325). En cambio, este baño de la penitencia, por la misma facilidad que da a la limpieza de las almas, contribuye a veces a que muchos no teman mancharlas más y más. «¡Agua saludable, extrahamente violada, solo porque es extraordinariamente bienhechora...!»

Pecado contra el Espiritu Santo.—«Os decimos en vano...: No consideréis que Dios ha prometido su perdôn al que se arrepiente; pensad más bien que El nunca ha prometido dar el tiempo necesario para arrepentirse. Pero esta reflexión, de puro repetida, no produce fruto. Considerad... que con vuestra ceguera hacéis a Dios cómplice de vuestra dureza, y eso es pecar contra el Espiritu Santo... A Dios no le queda nada

por hacer para separaros del crimen... ¿Puede algo más que llamaros, esperaros, tenderos los brazos?... Y precisamente eso es lo que os anima a vuestras empresas pecadoras... Agotada, pues, su bondad..., no le quedará sino la venganza. Mostraos, pues, firmes e intrépidos en perder vuestra alma..., arriesgado todo... Convertid un problemático arrepentimiento en motivo para seguir pecando..., pero por lo menos no me neguéis que es un absurdo pecar para arrepentirse... Salvarse o condenarse... Escoged... Lo último es el partido de los demonios. Quedándoos algún sentimiento cristiano..., esperáis convertirlos. Pero la verdad es que no viviríais con mayor abandono si supieseis que la puerta del perdón se había cerrado ya...

Cese, pues..., de ser motivo de escándalo el perdón de los pecados... Que la penitencia sea... remedio y no veneno; que la esperanza sea... socorro del débil y no apoyo del atrevido; que el dolor sea dolor... y expiación..., no fundamento de nuevos pecados».

VII. DONOSO CORTES

La ceguera del pueblo judío

de dominica nos Ueva a considerar la ceguera
 bellissimo* discurso de Donoso sobre la Biblia trae a la memoria el

A) *El pueblo, protagonista de las tragedias bíblicas*

«Por eso el pueblo es la persona trágica por excelencia en las tragedias bíblicas. Al pueblo se dirige la promesa y la amenaza; el pueblo es el que acepta y sanciona la ley; el pueblo es el que rompe en tumultos y rebeliones, el que levanta ídolos y los adora, el que quita jueces y pone reyes, el que se entrega a supersticiones y agüeros, el que bendice y maldice a un tiempo mismo a sus profetas... En Israel no hay más que el pueblo: el pueblo lo llena todo. al pueblo había Dios, al pueblo había Moisés, del pueblo hablan los profetas, al pueblo sirven los sacerdotes, al pueblo sirven los reyes; hasta los salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares».

B) El olvido de Dios y la ruptura de la unidad judia

«Las pompas de la monarquía duraron poco, y se desvanecieron como la espuma. Fueron David y Salomôn príncipes temerosos de Dios, amigos del pueblo, en la paz magnánimos y en la guerra felicísimos; gobernaron a Israel con imperio templado y justo, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos; el último fué visitado por los reyes de Oriente, levanto el templo del Señor sobre piedras preciosas y le enriqueció con maderamientos dorados; la fama de sus magnificencias y de su sabiduría más que humana se extendió por todas las gentes. Pero cuando estos príncipes dichosos bajaron al sepulcro, luego al punto comenzó a desafiarse la majestad del imperio, sin que nunca más tornara a volver en sí; dividiéronse las tribus, y, rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de sus fragmentes dos imperios enemigos, dados ambos a torpezas y deleites...»

*C) Los profetas**a) Poetas, oradores y tribunos*

«En medio de tan procelosas tempestades, y corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios a sus grandes profetas para que hicieran resonar en Judá el eco de su palabra y sacaran de su profundo olvido y hondo letargo a los reyes idolátras, a los sacerdotes ociosos y a aquellas bárbaras muchedumbres, dadas a sediciones y tumultos. Jamás en ningún pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institución tan admirable, tan santa y tan popular como la de los profetas del pueblo de Dios.

Atenas tuvo poetas y oradores; Roma, tribunos y poetas. Los profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores a un tiempo mismo; como los poetas, cantaban las perfecciones divinas; como los tribunos, defendían los intereses populares; como los oradores, proponían lo que juzgaban conforme a las conveniencias del Estado. Un profeta era más que Homero, más que Demóstenes, más que Graco; era Graco, Homero y Demóstenes a un mismo tiempo. El profeta era el hombre que daba de mano a todo regalo de la carne y a todo amor de la vida, y que, mensajero de Dios, tenía el encargo de poner su palabra en el oído del pueblo, en el oído de los sacerdotes y en el oído de los reyes...»

b) Al servicio de Dios, con su vida y su martirio

<Los oradores y los tribunos de Atenas y de Roma tenlan puestos los ojos, antes de soltar los torrentes de su elocuencia, en los semblantes del pueblo; los profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los reyes, atentos sôlo a lo que Dios les decia interiormente en sus aimas; por eso hicieron frente a los odios implacables de los principes, que, habiendo puesto su sacrilega mano en el templo de Dios, no temian ponerla en el rostro augusto de sus profetas; por eso resistieron con constantísimo semblante a la grande indignaciôn y bramido popular, creciendo su constanda al compâs de la persecution y al compâs de las olas de aquellas furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus aimas sublimes al miedo de los tormentos; por eso, en fin, cas! todos, o entregaron sus gargantas al cuchillo o buscaron en tierras extrarias un triste sepulcro...»

c) Trânsito de la amenaza al castigo

<Con los profetas tuvo fin la époc-a de la amenaza, con el Salvador dei mundo comlenza la época dei castigo. Hagamos todos aqui una estaciôn, recojamos el espiritu y el aliento. porque el momento es tan terrible como solemne.»

D) La tragedia de Edipo-pueblo. Paralelo entre el héroe griego y el pueblo de Dios

«Sôfocles escriblô una de las mäs bellas tragedias dei mundo, que Intitulé *Edipo rey*. Esta tragedia ha sido traducida, imltada, reformada por los mäs bellos ingenios, y a nosotros nos ha cabldo la suerte de poseer con ese titulo una de las tragedias que mäs honran nuestra lliteratura clâslca.

Pero hay otra tragedia mäs admirable, mäs portentosa todavia, que corre sin nombre de autor, y a quien su autor no puso tlitulo, sin duda, porque no es una tragedia especial, sino mäs bien la tragedia por excelencia. Son sus autores principales Dios y un pueblo; el escenario es el mundo, y al prodigioso espectâculo de su tremenda catâstrofe asisten todas las gentes y todas las naclones. Entre esa gran tragedia y la de Sôfocles. a vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas, que me atreveria a intitularla *Edipo-pueblo*».

a) El enigma de la humanidad

«Edipo advina los enigmas de la esfinge, y es reputado por el más sabio y el más prudente de los hombres; el pueblo judío advina el enigma de la humanidad, oculto a todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano, y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan a Edipo la victoria sobre todos los competidores y le asientan en el trono de Tebas. Jehová lleva por la mano al pueblo hebreo a la tierra de promisión y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses, por la voz de los oráculos delficos, habían anunciado a Edipo, entre otras cosas nefandas, que sería el matador de su padre; Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, había anunciado a los judíos que matarían a su Dios. Un hombre muere a manos de Edipo en una senda solitaria; un hombre muere a manos del pueblo de Dios en el Calvario; este hombre era el Dios de Judá; aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay, pero algo hay, serios, en este *similiter cadens* de la Historia, que causa un involuntario pero profundísimo estremecimiento...»

b) CEGUERA DEL PROTAGONISTA ANTE LA CATÁSTROFE

«Edipo sabe que mató a aquel hombre en aquella senda; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibo; Polibo está muy lejos de allí, y el que murió a sus manos era desconocido y extranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazaret, saben que lo pusieron en una cruz en el monte Calvario y que le pusieron entre dos ladrones para más escarnecerle; pero su conciencia está tranquila; su Dios había de venir, pero aun estaba lejos; su Dios había de ser conquistador y rey, y había de rugir como el león de Judá, mientras que el hombre de la cruz había nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no había encontrado una piedra en donde reclinar su frente. «Si eres hijo de Dios, ¿por qué no bajas de la cruz?», dijo el pueblo judío. «Si el que murió a mis manos me había dado el ser, ¿cómo al darle la muerte no saltó el corazón en mi pecho? ¿Cómo es que no me habló la voz de la sangre?», esto dijo el rey parricida. Y el pueblo matador de su Dios y el hombre matador de su padre se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron a los oráculos, y se mofaron de los profetas».

C) CURIOSIDAD SOBREHUMANA

«Pero la Divinidad implacable, que calladamente está en ellos y obra en ellos, los empuja para que caigan y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos. Ambos se hallan poseídos de subito de una curiosidad Inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta a Yocasta, pregunta a Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto: «¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? ¿Quién soy yo?» El pueblo judío pregunta a Jesús: «¿Quién eres? ¿Eres, por ventura, nuestro Dios y nuestro rey?» El drama aquí comienza a ser terribilísimo; no hay pecho que no sienta una opresión dolorosa. inexplicable, increíble; ni frente que no esté banada con sudores, ni alma que no desfallezca con angustias».

d) La cólera de Dios sobre Tebas y Jerusalén

«Entretanto, la cólera de los dioses cae sobre Tebas: la peste diezma las familias y envenena las aguas y los aires. El cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegría. En la populosa ciudad reinan el silencio y el espanto, la desolación y la muerte. Las matronas tebanas discurren por los templos, y con votos y plegarias cansan a los dioses. Sobre Jerusalén la mística, la gloriosa, cae un vélo funebre; por aquí van santas mujeres que se lamentan, por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan a la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita, que lleva al Calvario al Justo. «Una generación no pasará sin que vengan sobre vosotras, matronas de Sión, tan grandes desventuras, que seréis asombro de las gentes; ya, ya asoman por esos repechos las romanas legiones; ya cruzan por los aires, trayendo el rayo de Dios, las águilas Capitolinas, ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Ay de tus hijos! Porque tienen hambre, y no encuentran pan; tienen sed, y no encuentran agua; quieren hacer plegarias y, votos en el templo de Dios, y están sin templo; quieren vivir, y a cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura y son pasto de las aves.»

e) Castigo del culpable

«Edipo sale de su alcázar para consolar a su pueblo moribundo, y gobernando los dioses su lengua, los toma por testigos de que el culpable será puesto a tormento y echado de

la tierra; lanza sobre él anticlpadamente la excomunlôn sacerdotal; le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los hombres, y carga su cabeza con las execraciones publicas. El pueblo judio, tornado de un vértlgo caliginoso, poseido de un frenes! delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le obscurece la razón y ardiendo en la fragua de sus furoces, exclama diciendo: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hljos». ¡Desventurado pueblo! ¡Desventurado rey! Ellos pronuncian su propia sentencla, slendo a un tiempo mismo jueces, victimas y verdugos. Y después, cuando los orâculos bíblicds y los délficos se cumplieron, los torbellinos arrancan al pueblo delcida de la tierra de promisiôn, y el parricida huye del trono de Tebas.

Edipo fué horror de la Grecia; el pueblo judio es horror de los hombres. Edipo caminô con los ojos sin luz, de monte en monte y de valle en valle, publicando las venganzas divinas; el pueblo judio camina, sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamâs, de pueblo en pueblo, de regiôn en region, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre que nunca se quita y nunca se seca. Preflriô la ley del talion a la ley de la gracia, y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dado; diô bofetadas a su Dios, y ha ya diecinueve siglos que estâ recibiendo las bofetadas dei mundo; escupiô en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro; despojô a Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros y le arrojan desnudo al otro lado de los mares; diô a beber a Dios vinagre con hiel, y con beber en ella a todas horas el pueblo deicida, no consigne apurar la copa de las tribulaciones; puso en los hombros de su Dios una cruz pesadisima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas; crucificô, y es crucificado. Pero el Dios de Abrahân, de Isaac y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero. es clemente; mientras que los dioses ningun otro consuelo dejaron a Edipo sino su Antígona, el Dios que muriô en la cruz, en prenda de su misericordia, dejô a los matadores la esperanza» (cf. BAC, *Obras complétas de Donoso Cortès*, «Discurso académico sobre la Biblia», t. 2, p. 176-181).

VHL JAIME BALMES

El hombre de carácter

Tema homiético fundamental del segundo domingo de Adviento es la consideración del Bautista como carácter. Incluimos a continuación un amplio extracto de los párrafos 57, 58 y 59 del capítulo XXII de *El Criterio*, de Balmes (cf. *Obras completas*, ed. P. Ignacio Casanova. S. I., Biblioteca Balmes, Barcelona 1925-1927, t 15, p. 340-348, y BAC, *Obras completas*, t. 3, p. 749-754).

A) *Fuerza de la voluntad*

«El hombre tiene siempre un gran caudal de fuerzas sin emplear, y el secreto de hacer mucho es acertar a explotarse a sí mismo. Para convencerse de esta verdad basta considerar cuánto se multiplican las fuerzas del hombre que se halla en aprieto: su entendimiento es más capaz y penetrante, su corazón más osado y emprendedor, su cuerpo más vigoroso, y esto ¿por qué?». No porque se creen nuevas fuerzas, sino porque «el aprieto aguljonea la voluntad, y ésta despliega, por decirlo así, toda la plenitud de su poder». Debemos aprovechar esta enseñanza en los negocios comunes. «Regularmente, para lograr un fin, lo que se necesita es voluntad; voluntad decidida, resuelta, firme, que marche a su objeto sin arredrarse por obstáculos ni fatigas. Las más de las veces no tenemos verdadera voluntad, sino veleidad».

B) *Firmeza de la voluntad*

«La firmeza de voluntad es el secreto de llevar a cabo las empresas arduas; con esta firmeza comenzamos por dominarnos a nosotros mismos, primera condición para dominar los negocios».

Mala es la terquedad, que «nos lleva a desechar los consejos ajenos, aferrándonos en nuestro dictamen... contra las consideraciones de prudencia y justicia», y de ella debemos precavernos, «porque, teniendo su raíz en el orgullo, es planta que fácilmente se desarrolla». Pero «tal vez podría asegurarse que la terquedad no es tan común ni acarrea tantos daños como la inconstancia», que «esteriliza nuestras facultades».

Para lograr esta firmeza de voluntad y precaverse contra la inconstancia, conviene formarse convicciones fijas, pres-

crbirse un sistema de conducta, no obrar al acaso». Clerto que las circunstancias pueden obligarnos a modificar los planes concebidos, pero esto no quiere decir que no debamos formarlos.

«Concienda tranquila, deslgnio premeditado, voluntad firme: he aqui las condiciones para llevar a cabo las empresas. Esto exige sacrificios..., que el hombre se venaa a si mismo..., mucho trabajo Interior...; pero en lo intelectual como en lo moral y como en lo flslco, en lo temporal como en lo eterno. estâ ordenado que no alcanza la corona quen no arrostra la lucha».

C) *Firmeza, energia, impetu*

«Voluntad firme no es lo mismo que voluntad enérgica y mucho menos que voluntad impetuosa... El impetu es producido por un acceso de pasiôn, es el movimiento de la voluntad arrastrada por la pasiôn, es casi la pasiôn misma. Para la energia no basta un acceso momentâneo; es necesaria una pasiôn fuerte, pero sostenida por algun tiempo... La firmeza... admite también pasiôn, frecuentemente la necesita, pero es una pasiôn constante, con direcciôn fija, sometida a regularidad. El impetu o destruye en un momento todos los obstáculos o se quebranta; la energia sostiene algo más la lucha, pero se quebranta también: la firmeza los remueve si puede; cuando no los salva, da un rodeo; y si ni uno ni otro le es posible se para y espera».

En ciertos casos también la firmeza puede tener energia e impetu. -«Después de esperar mucho, también se impacienta, y una resoluciôn extrema es tanto más temible cuanto es más premeditada y calculada».

Las fuerzas morales, como las físicas, necesitan ser economizadas. Prodigarlas a cada paso es perderlas. «No son las voluntades más firmes las que chocan continuamente con todo; por el contrario, los muy impetuosos ceden cuando se les resiste, atacan cuando se cede. Los hombres de voluntad más firme no suelen serlo para las cosas pequefias... Asi, en el trato común son condescendientes, flexibles...». Se reservan para las ocasiones importantes.

Esa fuerza de voluntad, «que es uno de los caractères distintivos de los hombres que más se han seflalado» en la historia, «resulta de la acción combinada de dos causas: una Idea y un sentimiento. Una idea clara, viva, fija, poderosa, que absorba el entendimiento, ocupândole todo, llenândole todo. Un sentimiento fuerte, enérgico, dueflo exclusivo del corazón y completamente subordinado a la idea. Si alguna de estas circunstancias falta, la voluntad flaquea, vacila».

El poder de ambas fuerzas reunidas es extraordinario, y el ascendente sobre los demás de un hombre que las posee[^] «superior a todo encarecimiento». La voluntad sostenida por una idea «tiene algo de misterioso que parece revestir al hombre de un carácter superior y le da derecho al mando de sus semejantes: inspira una confianza sin límites, una obediencia ciega a todos los mandatos del héroe. Aun cuando sean desacertados, no se los cree tales, se considera que hay un plan secreto que no se concibe. El sabe lo que hace, decían los soldados de Napoleón, y se arrojaban a la muerte».

En la vida común no son necesarias estas cualidades en grado tan eminente, pero de ellas dependen en gran parte las ventajas que unos hombres llevan a otros en el manejo de los asuntos, y puede asegurarse que quien no las tenga será incapaz de llevar a cabo ningún negocio importante.

SUCCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

I. SOBRE LA EPISTOLA

A) «*Todo cuanto esta escrito, para nuestra enseñanza fué escrito*»

a) La mayor obligaciôn de hoy es evangelizar las RIQUEZAS DE JESUCRISTO A LOS HOMBRES

Venerables hermanos: <<Cabe obligaciôn mayor y mäs urgen.e
que la de *evangelizar las incalculables riquezas de Cristo* (Eph. 3-8)
a los hombres de nuestra época? (Pio XII, *Summi Pontificatus*, 3>.

b) La doctrina social de la Iglesia se ha escrito para LLEVARLA A LA PRACTICA

La doctrina social de la Iglesia es clara en todos sus aspectos.
Es obligatoria. Ninguno se puede apartar de ella sin peligro para
la fe y para el orden moral. No es, pues, licito a ningûn católico.
ni mucho menos a los que pertenecen a vuestras organizaciones,
prè:ar adhesiôn a teorías y sistemas sociales que la Iglesia ha re-
pudiado o a propôsito de los cuales ha puesto en guardia a sus fle-
les (Pio XII, *A la Acciôn Católica Italiana*, 29 de abril de 1945).

c) Por eso es necesario iluminar con ella las mentes DE TODOS

Por esto es sumamente necesario que en todas las clases de la
sociedad se promueva una mäs intensa formaciôn social, correspon-
dente al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con toda
solicitud e industria la mäs amplia difusiôn de las enseñanzas de
la Iglesia aun entre la clase obrera. Iluminense las mentes con la
segura luz de la doctrina católica, muévanse las voluntades a se-
guirla y aplicarla como norma de una vida recta, por el cumpli-
miento concienzudo de los mûltip'es deberes sociales. Y así se evi-
tarâ esa incoherencia y discontinuidad en la vida cristiana, de la
que varias veces nos hemos lamentado, y que hace que algunos,
mientras son aparentemente fieles al cumplimiento de sus deberes
religiosos, luego, en el campo dei trabajo, o de la Industria, o de la
profesiôn, o en el comercio, o en el empleo, por un deplorable des-
doblamiento de conciencia, llevan una vida demas'ado disconforme

con las claras normas de la justicia y de la caridad cristiana. dando así grave escándalo a los débiles y ofreciendo a los malos fácil pretexto para desacreditar a la Iglesia misma (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 55).

B) «Dios os dé un sentir unanime en Cristo Jesús»

a) EL HOMBRE ESTÁ NATURALMENTE ORDENADO A VIVIR EN SOCIEDAD

El hombre está naturalmente ordenado a vivir en comunidad política, porque no pudiendo en la sociedad procurar todo aquello que la necesidad y el decoro de la vida corporal exigen, como tampoco lo conducente a la perfección de su ingenio y de su alma, ha sido providencia de Dios que haya nacido dispuesto a la unión y sociedad con sus semejantes. ya doméstica, ya civil: la cual es la única que puede proporcionar la perfecta suficiencia de la vida (León XIII, *Immortale Dei*, 4).

b) EL MISMO TRABAJO HUMANO ESTÁ ORDENADO A LA SOCIEDAD

Ahora bien, así como en el dominio, así en el trabajo, principalmente cuando se trata del trabajo contratado, claro es que debe considerarse, además del aspecto personal o individual, el aspecto social, porque la actividad humana no puede producir sus frutos si no queda en pie un cuerpo verdaderamente social y organizado, si el orden jurídico y el social no garantizan el trabajo, si las diferentes profesiones, dependientes unas de otras, no se conciertan entre sí y se completan mutuamente y, lo que es más importante, si no se asocian y unen, para un mismo fin, la dirección, el capital y el trabajo. El trabajo, por tanto, no se estimará en lo justo ni se remunerará equitativamente si no se atiende a su carácter individual y social (Pío XI *Quadragesimo anno*, 30).

c) LA SOCIEDAD ES, PUES, PARA EL HOMBRE Y, POR EL HOMBRE, para Dios

Así como el hombre no puede eximirse de los deberes para con la sociedad civil, impuestos por Dios, y así como los representantes de la autoridad tienen el derecho de obligarle a su cumplimiento cuando lo rehuse ilegítimamente, así también la sociedad no puede privar al hombre de los derechos personales que le han sido concedidos por el Creador—antes hemos aludido a los más importantes—, ni hacer por principio imposible su uso. Es, pues, conforme a la razón, y ella lo quiere también así, que en último término todas las cosas de la tierra sean ordenadas a la persona humana, para que por su medio hallen el camino hacia el Creador. Y al hombre, a la persona humana, se aplica lo que el Apóstol de las Gentes escribe a los Corintios (3,22-23), sobre el plan divino de

la salvación cristiana: *Todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios* (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 30).

d) Hay una perfecta unidad entre la economía, la sociología, la moral y la salvación

Es cierto que la economía y la moral, cada cual en su esfera peculiar, tienen principios propios; pero es un error afirmar que el orden económico y el orden moral están tan separados y tan ran ajenos entre sí, que aquél no depende para nada de éste.

Una misma ley moral es la que nos obliga a buscar derechamente en el conjunto de nuestras acciones el fin supremo y último, y, en los diferentes dominios en que se reparte nuestra actividad, los fines particulares que la naturaleza o, mejor dicho, el autor de la naturaleza, Dios, les ha señalado, subordinando armónicamente estos fines particulares al fin supremo. Si fielmente guardamos la ley moral, los fines peculiares que se proponen en la vida económica, ya individuales, ya sociales, entrarán convenientemente dentro del orden universal de los fines, y nosotros, subiendo por ellos como por grados, conseguiremos el fin último de todas las cosas, que es Dios, bien sumo e inagotable para Él y para nosotros (Pío XI, *Quadragesimo anno*, 14).

e) Y TODO EL ORDEN SOCIAL DEBE SER LA PROYECCIÓN DEL ORDEN QUERIDO POR DIOS

Quien con mirada limpia y penetrante considere la vital conexión entre un genuino orden social y un genuino ordenamiento jurídico, y tenga presente que la unidad interna en su multiplicidad depende del predominio de las fuerzas espirituales, del respeto a la dignidad humana en sí y en los otros, del amor a la sociedad y a los fines que Dios le ha señalado, no puede maravillarse de los tristes efectos de aquellas concepciones jurídicas que, alejándose del camino real de la verdad, marchan por el terreno resbaladizo de los postulados materialistas, sino que echará de ver en seguida la inaplazable necesidad de la vuelta a una concepción espiritual y ética, seria y profunda, templada al calor de una verdadera humanidad e iluminada por el resplandor de la fe cristiana, que hace ver en el ordenamiento jurídico una refracción externa del orden social que Dios ha querido, luminoso fruto del espíritu humano, imagen a su vez del espíritu de Dios (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, 23).

f) En EL ASPECTO RELIGIOSO, EL HOMBRE CONSTITUYE
la Iglesia

§

El unigénito Hijo de Dios constituyó sobre la tierra la sociedad que se dice la Iglesia, transmitiéndole aquella propia excelencia divina que Él en persona había recibido de su Padre, y encargándole que la continuase en todos los tiempos. *Como me envié mi Padre, así os envío Yo* (Jo. 20,21). *Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo* (Mt. 28,20). Y así como Jesús

vino a la tierra para que los hombres *tengan vida, y la tengan abundante* (Io. 10,10), no de otra suerte el fin que se propone la Iglesia es la eterna salvación de las almas; por lo cual, en razón de su íntimo ser, se exiende y dilata, cobijando en su regazo a todos los hombres, sin que haya límites, ni de lugar ni de tiempo, que la circunscriban. *Predicad el Evangelio a toda creatura* (Mc. 16,15) (León XIII, *Immortale Dei*, 14).

g) La perfecta unidad ENTRE LOS hombres lleva consigo
EL RECONOCIMIENTO DE JESUCRISTO

G F J

¿Quién no teme y detesta las luchas, las discordias civiles, las conflagraciones bélicas, que en lo futuro, con las nuevas armas, serán enormemente destructoras? Para evitar esos males, aplaudimos y alabamos las iniciativas encaminadas a que las naciones se mantengan siempre unidas con los más estrechos lazos. Pero todo ello, que ya de sí es bastante inseguro, estará apoyado en la movediza arena si no reina en el mundo un sentimiento de fraternidad universal que consolide los estados y garantice los pactos, haciendo firme y sagrada la fidelidad a los compromisos mutuos. Pero por experiencia nos cuenta con toda certeza que, en la práctica, los hombres no se sienten hermanos entre sí si no se sienten todos hijos de un mismo padre (Pío XII, *Exhortación al Episcopado de todo el mundo*: «Ecclesia», n. 397, 19 de febrero de 1949, p. 6).

h) El haber alejado a Jesucristo de la vida fué causa
DE TANTOS MALES

Tengan todos presente que el acervo de males que en los últimos años hemos tenido que soportar ha descargado sobre la humanidad principalmente porque la religión divina de Jesucristo, que promueve la mutua caridad entre los hombres, los pueblos y las naciones, no era como habría debido ser, la regla de la vida privada, familiar y pública. Si, pues, se ha perdido el recto camino por haberse alejado de Jesucristo, es menester volver a él tanto en la vida privada como en la pública. Si el error ha entenebrecido las inteligencias, hay que volver a aquella verdad divinamente revelada, que muestra la senda que lleva al cielo. Si, por fin, el odio ha dado frutos amargos de muerte, habrá que encender de nuevo aquel amor cristiano, que es el único que puede curar tantas heridas mortales, superar tan tremendos peligros y endulzar tantas angustias y sufrimientos (Pío XII. *Optatissima Pax* «Ecclesia», n. 337. 27 de diciembre de 1947).

i) Hay que tender hacia una organización armónica y
CORPORATIVA QUE REGULE LA SOLIDARIDAD ENTRE LOS HOMBRES

Ha llegado ahora el tiempo de abandonar las frases vacías y de partir con la *Quadragesimo anno* en un nuevo ordenamiento de las fuerzas productivas del pueblo. Es decir, por encima de la dis-

tinciôn entre dadores y prestadores de trabajo, sepan los hombres ver y reconocer aquella mäs alta unidad, la cual liga entre si todos aquellos que colaboran en la producciôn ; es dze r, la mu.ua conexiôn entre ellos y la solidaridad en el debar que tienen que prever unidos establemente al bien comùn y a las necesidades de toda la comunidad. Que esta solidaridad se extienda a todos los ramos de producciôn, que se convierta en el fundamento de un mejor orden econômico, de una sana y justa autonomia, y abra a las clases trabajadoras el camino para conquistar honestamente su parte de re'ponsabilidad en el g~biemo de la economia nacional (Pio XII, *A la Asociaciôji Cristiana de Trabajadores Italianos*, 13 de marzo de 1945).

j) Solo en una concepciôn semejante es posible
CONCILIAR EL AMOR Y EL DERECHO

Sobre esta concepciôn orgânica, la ünica vital, en donde la mäs noble humanidad y el mäs genuino espiritu cristiano florecen en armonia, estâ esculpida la sentencia de la Fscritura, c~m-nfada por el gran Doctor de Aouino (*S. Th.*, 2-2, q. 29, a. 3): *Opus iustitiae vax* («La paz es obra de la justicia»), oue se aplica no sôlo al aspécto interno, sino también al extemo de la vida social.

No admite ella ni la oposiciôn ni la alternative: amor o derecho. sino la sintesis fecunda: amor y derecho (Pio XU, *Mensaje de Navidad de 1942*, 24).

C) «Acogeos mutuamente»

a) Cuando la fe en Dios como centro de todo decae, el
ORDEN SOCIAL SE CONMUEVE Y VACILA

La Iglesia, cuyo corazôn maternal abraza a todos los pueblos con igual solicitud, sigue con angustia e~ta evoluciôn en los conflictos nacionales e internacionales. Cuando la fe en Dios, Padre de todos los hombres, comienza a desvanecerse, el esniritu de union fraternal pierde también su base moral y su fuerza de cohesiôn. Y cuando el sentimiento de un ser comuni auerido por Dios, y que incluye reciprocos derechos y deberes, regulados por normas enables, comienza a decaer, en su lugar aparece una morbosa hmersensibilidad para to^o aquello oue divide (Pio XH, *Radiomensaje en la vispera de Navidad de 1947*: «Ecclesia», n. 133, 3 de enero de 1948. p. 6).

b) Asi, EL ROMPER LA RELACIÔN CON DIOS DIÔ LUGAR AL
POSITIVISMO JURIDICO DEL SIGLO XIX Y AL DESORDEN ACTUAL

El siglo xix es el gran responsable dei positivismo juridico. Si sus consecuencias han tardado en hacerse sentir en toda su gravedad en la legislaciôn, se debe al hecho de que la cultura

estaba todavía impregnada del pasado cristiano y a que los representantes del pensamiento cristiano podían todavía, casi en todas partes, hacer oír su voz en las asambleas legislativas. Debía venir el Estado totalitario de impronta anticristiana, el Estado que —por principio o, al menos, de hecho— rompiera todo freno frente a un supremo derecho divino para descubrir al mundo el verdadero rostro del positivismo jurídico. ¿Hay quizá que subir mucho en la historia para encontrar un llamado «derecho legal» que quite al hombre toda dignidad personal, que le niegue el derecho fundamental a la vida y a la integridad de sus miembros, poniendo una y otra al arbitrio del partido y del Estado, que no reconozca al individuo el derecho al honor y al buen nombre, que discuta a los padres el derecho sobre sus hijos y el deber de su educación y, sobre todo, considere el reconocimiento de Dios, supremo Señor, y la dependencia del hombre de El como su interés para el Estado y para la comunidad humana? (Pío XII, *Discurso al inaugurar el nuevo año de la Rota*: «Ecclesia», n. 437, 26 de noviembre de 1949, p. 6).

C) El hombre, considerado no solo en su aspecto natural, sino en el sobrenatural

En la nueva economía, el sujeto del derecho no es el hombre en la naturaleza pura, sino el hombre elevado por la gracia del Salvador al orden sobrenatural, y por eso mismo, puesto en contacto con la divinidad mediante una nueva vida, que es la vida misma de Dios, aunque participada. Su dignidad crece, pues, en proporciones infinitas, y, por lo tanto, en igual proporción alimenta la nobleza del jurista, que le hace objeto de su ciencia (Pío XII, *Discurso a los juristas italianos*: «Ecclesia», n. 436, 19 de noviembre de 1949, p. 6).

Ü) Así, pues, en el seno de la sociedad hay una maravillosa armonía que garantiza la paz

Porque la actividad humana no puede producir sus frutos si no queda en pie un cuerpo verdaderamente social y organizado. Si el orden jurídico y el social no garantizan el trabajo, si las diferentes profesiones, dependientes unas de otras, no se conciertan entre sí y se completan mutuamente y, lo que es más importante, si no se asocian y unen, para un mismo fin, la dirección, el capital y el trabajo (Pío XI, *Quadragesimo anno*, 30).

e) Que nos inclina a proclamar el respeto a la personalidad, la solidaridad de todos y la primacía del bien

Ha de proclamarse, antes que nada, el respeto a la personalidad humana en todos los hombres, cualquiera que sea su posición social; luego, el reconocimiento de la solidaridad de todos los pueblos en el ámbito de la familia humana, creada por paternal omnipotencia de Dios, y, finalmente, la exigencia categórica de

que la sociedad ponga el bien, comun por encima del interés personal y que cada uno esté para el servicio de todos (Pio XII 16 de julio de 1947: A. C. N. de P., n. 405, 15 de enero de 1948, p. 5).

f) ES, PUES, PECAMINOSO NEGAR LA COLABORACIÓN CUANDO ES EXIGIDA POR EL BIEN COMUN

El Estado tiene necesidad de hombres competentes y expertos en materia política y administrativa enteramente entregados al mayor bien de la nación y guiados por claros y sanos principios... No actúa cristianamente el católico que, pudiendo o debiendo (por su posición o cargo se sobrentiende), «no toma parte en las actividades de su país y de su tiempo, sino que se retira, como el pelida Aquiles (cf. *Iliad.*, cant. 1), a su tienda, junto a las naves de rápida travesía, lejos de la batalla, mientras que esta en juego la suerte de su patria». Por el contrario, el hombre justo y fuerte (cf. Horat., *Odas*, ni, 3, 1), cristiano, no se contentará con quedarse en pie impasible entre las ruinas; se sentirá obligado a resistir y a impedir el cataclismo o, por lo menos, a limitar el efecto de sus daños (Pio XII, 8 de enero de 1947: A. C. N. de P., n. 405, 15 de enero de 1948, p. 5).

g) Y LA DISGREGACIÓN POR FALTA DE CARIDAD PROVOCARÍA LA MUERTE DE LA SOCIEDAD

Disgregación del hombre, corrompido por su alejamiento de Dios; disgregación del hogar, disuelto por la rebelión de los hijos y por la falta de amor entre los esposos; disgregación de la sociedad, gangrenada por el antagonismo entre las clases; disgregación de las naciones, enemigas entre sí por la inmoderada codicia de la riqueza y del poder. ¡ ¡ una palabra: disgregación por falta de caridad! (Pio XII, *Redimensaje al IV Congreso Eucarístico Nacional del Perú*, 15 de mayo de 1949. «Ecclesia», η. 411. 28 de mayo de 1949, p. 7).

D) «Aparecerà la raiz de Jesé»

a) SOLAMENTE CRISTO ES CAMINO DE SALVACIÓN PARA TODOS

Solamente Cristo puede alejar los funestos espíritus del error y del pecado, que han sometido a la humanidad a una esclavitud tiránica y degradante, haciéndola sierva de un pensamiento y de una voluntad dominados y movidos por el ansia insatiable de bienes sin límite.

Solamente Cristo, que nos ha libertado de la triste servidumbre de la culpa, puede enseñar y allanar el camino hacia una libertad noble y disciplinada, apoyada y sostenida sobre una verdadera rectitud y conciencia moral.

Solamente Cristo, sobre cuyos hombros reposa el principado, con su omnipotencia y su auxilio puede levantar y sacar al género humano de las angustias sin nombre, que lo atormentan en el curso de la vida presente, y encaminarlo hacia la felicidad (Pío XH. *Mensaje de Navidad de 1943*, 5 y 6).

b) Hacia El deben volver los ojos quienes quedaron
DESENGANADOS DE SUS FALSAS CONVICCIONES

ES triste y doloroso pensar, amados hijos, que innumerables hombres, aun habiendo sentido la amargura de falaces ilusiones y penosas desilusiones, mientras buscaban una felicidad que les satisficiera en esta vida, se hayan cerrado el camino a toda esperanza, y viviendo como viven lejos de la fe cristiana, no aciertan a descubrir el camino hacia el pesebre del Niño Dios y hacia aquella consolación, que hace sobreabundar de gozo a los héroes de la fe en todas sus tribulaciones. Comemplan hecho pedazos el edificio de creencias, en el cual humanamente habían confluído y puesto su ideal; pero no fué nunca verdad que hallasen aquella única fe verdadera, que hubiera podido darles aliento y nuevo ánimo (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1943*, 1).

c) Es ESPECIALMENTE, QUIENES CONFIARON SÓLO EN EL PROGRESO DE LA VIDA ECONÓMICA

Entre las filas de estos amargados y desengañados no es difícil señalar a aquellos que pusieron su interna confianza en la expansión mundial de la vida económica, creyendo ser la única capaz de reunir en fraternidad a los pueblos y prometiéndose obtener de su grandiosa organización, cada día más perfeccionada y refinada, progresos inauditos e inesperados de bienestar para la sociedad humana. ¡Con cuánta complacencia y orgullo contemplaron el aumento mundial de comercio, el intercambio, a través de los continentes, de todos los bienes y de todos los inventos y producciones, el camino triunfal de la difundida técnica moderna, que traspasaba todos los límites de espacio y de tiempo! (Pío XII. *Mensaje de Navidad de 1943*, 8).

d) Y AHORA EXPERIMENTAN EL FRACASO DE UNA ECONOMÍA SIN FRENO MORAL

Hoy, en cambio, en realidad, ¿qué experimentan? Ven ya que esa economía, con sus gigantescas relaciones y vínculos mundiales y con su sobreabundante división y multiplicación del trabajo, cooperaba de mil maneras a hacer general y más grave la crisis de la humanidad, mientras que, no siendo corregida por ningún freno moral y sin ninguna mirada ultraterrena que la iluminase, no podía menos de terminar en una indigna y humillante explotación de la persona humana y de la naturaleza, en una triste y pavorosa indigencia de una parte y una soberbia y provocante opulencia de la otra, en una discordia atormentadora e implacable entre privi-

legiados y destituidos; desgraciados efectos que no han ocupado el último puesto en la larga cadena de causas que han conducido a la inmensa tragedia presente (Pio XII, *Mensaje de Navidad de 1943*, 9).

E) ((El Dios de la esperanza os liene de cumplida alegría y paz»

**a) La alegría de la Navidad es un anticipo de aquella
OTRA QUE NUNCA TERMINARÁ**

En la celebraciôn de este divino misterio, la alegría de nuestros corazones se remonta hacia lo alto, se espiritualiza en lo sobrenatural, arraiga y tiende hacia lo sobrenatural, volando a Dios, según la excelsa expresiôn de la oraciôn de la Iglesia: *ut inter mundanas varietates ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia* (Or. Dom. 4 post Pasch.). En medio dei tumultuoso choque de las mundanas vicisitudes, la verdadera alegría se refugia en la serena imperturbabilidad dei espíritu, y en ella, como en torre indestructible por las tormentas, fija en Dios su confianza, tmese con Cristo, principio y causa de toda alegría y de toda gracia. ¿No es acaso éste el sacramento dei Rey de nuestras almas, dei Niño Dios dei pesebre de Belén? Cuando tan real secreto penetra y anida en las almas, la fe, la esperanza y la caridad se subliman en el éxtasis del Apóstol de las Gentes, que grita al mundo: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mi* (GaL 2,20). En el tras-humanarse del hombre en Cristo, Cristo mismo se viste de hombre, humillándose hasta él para elevarlo hasta Sí en aquel gozo de su nacimiento, que es perenne fiesta natalicia a que la Iglesia, con su liturgia, no cesa de llamarnos en todo tiempo, al invitarnos y exhortarnos para que se cumpla en nosotros su promesa do. 16.22) de que *se alegrará nuestro corazón y nadie será capaz de quitarnos nuestra alegría* (Pio XII. *Mensaje de Navidad de 1939*, 3).

b) En ELLA JESUCRISTO VIENE A CONQUISTAR LA PAZ, NO CON EL HIERRO, SINO CON LA MADERA DE LA CRUZ

Cuando nació este celeste Nifio, otro príncipe de la paz se asentaba sobre las orillas del Tiber, y con solemnes ceremonias habia dedicado un «Ara pacis Augustae», cuyos maravillosos, pero quebrados restos, sepultados durante siglos bajo las ruinas de Roma, han levantado su cabeza en nues'ros días. Augusto ofreció sobre aquel altar sacrificios en honor de dioses que no salvan. Pero es lícito pensar que el verdadero Dios y eterno Príncipe de la paz. que pocos años después descendió entre los hombres, haya escuchado el anhelo de aquel tiempo por la paz y que la paz augústea haya sido como una figura de aquella paz sobrenatural que sólo El puede dar. y en la que necesariamente se halla comprendida toda paz terrena; de aquella paz conquistada, no con el hierro, sino con la madera de la cuna de este Infante Señor de la paz y con

el leño de su futura cruz de muerte, roclada con su sangre, sangre no de odio y de rencor, sino de amor y de perdón (Pío XH, *Mensaje de Navidad de 1939*, 23).

IL SOBRE EL EVANGELIO

A) [*Los pobres son evangelizados* »

a) Gran parte de los hombres encuentran difícil la SALVACIÓN POR SER POBRES

Sin embargo, se puede decir sin temeridad que las condiciones de la vida social y económica son tales, que una gran parte de los hombres encuentran las mayores dificultades para atender & lo único* necesario, a la salvación eterna (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, 53).

b) También los agricultores han caído en la pobreza

Aftádase el ejército ingente de asalariados del campo, reducidos a las más estrechas condiciones de vida y desosperanzados de poder jamás obtener «participación alguna en la propiedad de la tierra» (cf. León XIII. *Rer. Nov.*), y, por tanto, sujetos para siempre a la condición de proletarios, si no se aplican remedios oportunos y eficaces (Pío XI, *Quadragesimo anno*, 26L

c) Caen en tremenda responsabilidad quienes hacen aparecer a la Iglesia como enemiga de los pobres

Es en verdad lamentable, venerables hermanos, que haya habido y aun ahora haya quienes, llamándose católicos, apenas se acuerdan de la sublime ley de la Justicia y de la caridad, en virtud de la cual nos está mandado no solo dar a cada uno lo que le pertenece, sino también socorrer a nuestros hermanos necesitados como a Cristo mismo (lac. 2); éstos. y esto es lo más grave, no temen oprimir a los obreros por espíritu de lucro. Hay además quienes abusan de la misma religión y se cubren con su nombre en sus exacciones injustas, para defenderse de las reclamaciones completamente justas de los obreros. No cesar.-mos nunca de condenar semejante conducta; esos hombres son la causa de que la Iglesia, inmerecidamente, haya podido tener la apariencia y ser acusada de inclinarse de parte de los ricos, sin conmovirse ante las necesidades y estrecheces de quienes se encontraban como desheredados de su parte de bienes:ar en esta vida (Pío XI. *Quadragesimo anno*, 50).

d) ES ABUSO DE LOS POBRES EXIGIRLES UN TRABAJO EXCESIVO
PARA AUMENTAR LAS GANANCIAS

Por lo que toca a la defensa de los bienes corporales y externos, lo primero que hay que hacer es librar a los pobres obreros de la crueldad de los hombres codiciosos, que, a fin de aumentar sus propias ganancias, abusan sin moderación alguna de las personas, como si no fueran personas, sino cosas. Exigir tan grave tarea que con el excesivo trabajo se embote el alma y sucumba al mismo tiempo el cuerpo a la fatiga, ni la justicia ni la humanidad lo consienten (León XHI, *Rerum Novarum*, 33).

e) E IMPONERLES UN SALARIO INJUSTO, APROVECHÁNDOSE DE
LA SITUACIÓN EN QUE SE ENCUENTRAN

Efectivamente, sustentar la vida es deber común a todos y a cada uno, y faltar a este deber es un crimen. De aquí necesariamente nace el derecho de procurarse aquellas cosas que son menester para sustentar la vida, y estas cosas no las hallan los pobres sino ganando un jornal con su trabajo. Luego, aun concediendo que el obrero y su amo libremente convienen en algo y particularmente en la cantidad del salario, queda, sin embargo, siempre una cosa que dimana de la justicia natural, y que es de más peso y anterior a la libre voluntad de los que hacen el contrato. y es ésta: que el salario no debe ser insuficiente para la sustentación de un obrero que sea frugal y de buenas costumbres. Y si acaeciére alguna vez que el obrero, obligado por la necesidad o movido del miedo de un mal mayor, aceptase una condición más dura, y aunque no lo quisiera la tuviere que aceptar por imponérsela absolutamente el amo o el contratista. sería eso hacerle violencia, y contra esta violencia reclama la justicia (León XIII, *Rerum Novarum*, 33 y 34).

f) La INJUSTA ORGANIZACIÓN CAPITALISTA DEL TRABAJO DEGRADA A LA PERSONA

En verdad, el ánimo se horroriza al ponderar los gravísimos peligros a que están expuestos en las fábricas modernas la moralidad de los obreros (principalmente jóvenes) y el pudor de las doncellas y demás mujeres. al pensar cuán frecuentemente el régimen moderno del trabajo y principalmente las irracionales condiciones de habitación crean obstáculos a la unión e intimidad de la vida familiar, al recordar tantos y tan grandes impedimentos que se oponen a la santificación de las fiestas, al considerar cómo se debilita universalmente el sentido verdaderamente Cristiano. que aun a hombres indoctos y rudos enseñaba a elevarse a tan altos ideales, suolantado hoy por el único afán de procurarse por cualquier medio el subterfugio cotidiano. Así, el trabajo corporal, que estaba destinado por Dios, aun después del pecado original, a labrar el bienestar material y espiritual del hombre, se convierte

a cada paso en instrumento de perversiôn; la materia inerte sale de la fâbrica ennoblecida, mientras los h bres en ella se corren y degradan (Pio XI, *Quadragesimo anno*, 54).

g) PÜNTO NEURALGICO DEL PROBLEMA SOCIAL ES LA CUESTIÔN OBRERA

ôQuién no ve que la cues.iôn obrera, por la dificultad y variedad de los problemas que entrana y por el amplio nûmero de miembros a que afecta, es tal y de tal necesidad e importanda, que merece un cuidado mäs atento, avizor y atinado? Question delicada como ninguna; punto neuralgico, por decirlo asi, del cuerpo social, pero algunas veces también terreno movedizo y traidor. abiero a faciles ilusiones y vanas e inactuales esperanzas para quien no tenga ante los ojos de su inteligencia y ante los impulsos de su corazôn la doctrina de justicia, de equidad, de amor, de re-droca consideraciôn y convivencia que inculcan la ley de Dios y la voz de la Iglesia (Pio XII, *a los trabajadores italianos en el patio de Belvedere del Vaticano*, 13 de julio de 1943).

h) La Acciôn Catôlica no puede dejar de preocuparse DE LAS CLASES HUMILDES

La Acciôn Catôlica no puede dejar de preocuparse de las clases mäs humildes y necesitadas, de los obreros, de los campesinos, de los emigrados (Pio XI. *Canto al Episcopado de Méjico*, 28 de marzo de 1937).

i) Hay que ver en los pobres al mismo Jesucristo

Deseamos. pues, venerables hermanos, que sea mäs y mäs explicado. de palabra y por escrito, es*o divino precepto, precioso distintlvo dejado por Cristo a sus verdaderos discipulos: este precepto que nos ensena a ver en los que sufren a Jesús mismo y nos obliga a amar a nuestros hermanos como el divino Salvador nos ha amado, es decir, hasta el sacrificio de nosotros mi^mos, y, si es necesario, aun de la nropia vida <Pio XI, *Divino Redemptoris*, 47).

B)) Referid a Juan lo que habéis oído y visto)

a) A Jesucristo se le descubre por las obras de sus TESTIMONIOS VIVOS

Hoy, mäs que nunca, lo mismo que en los primeros tiempos de su existencia, la Iglesia tiene necesidad sobre todo de testigos, mäs que de apologistas; de testigos que. con su vida, hagan resplandecer el verdadero rostro de Jesucristo y de la Iglesia ante los ojos

del mundo paganizado que les rodea (Pfo XII, *Radiomensaje al Congreso Eucarístico Nacional de Francia*, 4 de Julio de 1947: «Ecclesia»), n. 63, de 1947).

b) A LOS FALSOS REDENTORES TAMBIÉN SE LES DESCÜBRE
POR SUS OBRAS

La Iglesia, guarda y maestra de la verdad, al afirmar y propugnar valientemente los derechos del pueblo trabajador, luchando contra el error en diversas ocasiones, ha tenido que dar la voz de alerta contra el peligro de dejarse ilusionar por el espejismo de especiosas y vanas teorías y visiones de bienestar futuro, y por los engañosos alicientes e incitaciones de falsos maestros de bienestar social, que llaman al mal bien y que jactânuese de ser amigos del pueblo no toleran entre el capital y el trabajo, entre patronos y obreros, los mutuos acuerdos que mantienen y promueven la concordia social para el progreso y la utilidad de todos. A estos amigos del pueblo les habéis oído ya en la plaza, en los círculos, en los congresos; habéis leído sus promesas en hojas volantes, los habéis escuchado en sus cantos y en sus himnos; pero cuando los hechos han respondido a sus palabras o las realidades han sonreído a las esperanzas? Engaños y desilusiones es lo que han probado y prueban los individuos y los pueblos que le prestaron fe y los siguieron por caminos que, lejos de mejorar, empeoran y agravan las condiciones de vida y de adelanto material y moral. Esos falsos pastores hacen creer que la salvación debe venir de una renovación que transforme la consistencia social, que revista carácter nacional (Pio XII, *Discurso a los obreros de Italia*).

c) HOY LOS AMARGOS FRUTOS NACIDOS DE HABERSE APARTADO
DEL CRISTIANISMO SON LA MEJOR APOLOGIA DE ESTE

Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo, tal que no puede haber mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación cuya eficacia supera a toda refutación teórica (Pfo XII. *Summi Pontificatus*, 12).

d) El comunismo, consecuencia DE LA DESCRISTIANIZACIÓN*
OBRERA

Para explicar cómo ha conseguido el comunismo que las masas obreras lo hayan aceptado sin examen, conviene recordar que éstas estaban ya preparadas por el abandono religioso y moral en que las había dejado la economía liberal. Con los turnos de trabajo, incluso el domingo, no se les daba tiempo ni siquiera para satisfacer los más graves deberes religiosos de los días festivos; no se pensaba en construir Iglesias junto a fábricas, ni en facilitar el trabajo al sacerdote; al contrario, se continuaba promoviendo positivamente el laicismo. Ahora, pues, se recogen los frutos de

errores tantas veces denunciados por nuestros predecesores y por Nos mismo, y no hay que maravillarse de que en un mundo tan hondamente descristianizado se desborde el error comunista (Pio XI, *Divino Redemptoris*, 16).

e) Es PRECISO que Cristo aparezca de nuevo en todas PARTES

Mas para ello ha de revolucionarse espiritualmente el mundo, se ha de ir a la restauración dei reino de Cristo en la familia, en la escuela. en las instituciones publicas y en todos los aspectos de la vida social (Ko XII, *Discurso a los Hombres de Acción Católica Italiana*, 7 de septiembre de 1947k

f) SÓLO UNA GRAN CARIDAD Y UNA PROFUNDA FE EN DIOS PUEDEN DAR BASE A LA SOCIEDAD EN RUINAS

Tomad como lema para el futuro las palabras sublimes de San Juan: *Dios es caridad* (1 lo. 4.16). Entonces ciertamente la obra de destrucción que dejaron tras de si los afios pasados, la miseria y el empobrecimiento que crearon, la enemistad y el odio que acumularon, todo esto lo vencerán solo los hombres que crean firme e indestructiblemente en la benevolencia y en el amor de Dios y que vivan ellos mismos llenos de este amor divino. Esta es la caridad que *todo lo excusa, todo lo créé, todo lo espera, todo lo tolera* (1 Cor. 13,7); que prepara a los mayores sacrificios, que está siempre dispuesta a renunciar, a ayudar, a perdonar. Esta caridad es la que afirma las familias y asegura la paz conyugal. Prepara el pensamiento y dispone para los avances de la justicia social, que si siempre han tenido validez, hoy oprimen con angustiosa urgencia. Las comunidades y los estados pueden parecer haber afirmado los fundamentos dei mundo; si no les han puesto como clmier.tos la fe en Dios y no dirigea la tarea hombres de profundo amor a Dios, les amenaza con interna necesidad la ruina (Pio XII. *Radiomensaje a los fieles de Berlin*: «Ecclesia», n. 420, 30 de julio de 1949, n. 5).

g) El ejemplo tiene verdadera fuerza apologetica

Demuastren los obreros católicos, con su ejemplo, con sus palabras, a estos hermanos extraviados que la Iglesia es una tiema madre para todos aquellos que trabajan y sufren. y que jamás ha faltado ni faltará a su sagrado deber matemo de defender a sus hijos. Si esta misión que ellos deben cumplir en las minas, en las fábricas. en los talleres, dondequiera que se trabaja, requiere, a veces, grandes sacrificios. recuerden que el Salvador dei mundo ha dado no sólo el ejemplo del trabajo, s.no también el dei sacrificio (Pfo XI. *Divino Redemptoris*, 70).

h) Con él por delante se derribaran las trabas
DEL RESPETO HUMANO

¡Oh, el ejemplo, y, ante todo, el ejemplo de la dignidad cristiana! Aquí se impone el deber. Apenas el alma ve cómo de ordinario no es tanto el número de elementos malos, que hacen muchas veces malsano y pernicioso el campo del trabajo profesional, cuanto más bien el respeto humano (Pío XII, *A los Hombres de Acción Católica*, 20 de noviembre de 1942).

i) Se trata de obrar la palabra y no sólo escucharla

Esta es, venerables hermanos, la doctrina de la Iglesia, la única que, como en todos los demás campos, también en el terreno social puede traer verdadera luz y ser la salvación frente a la ideología comunista. Pero es preciso que esta doctrina se realice en la práctica de la vida, conforme al aviso del apóstol Santiago (lac. 1,22): Sed... obradores de la palabra, y *no os contentéis solo con oírla, que os enganaríais*; por esto, lo que más urge al presente es aplicar con energía los oportunos remedios para oponerse eficazmente a la amenazadora catástrofe que se va preparando (Pío XI, *Divini Redemptoris*, 39).

**C) ((*¿Qué habéis ido a ver al desierto?*
¡Una caria agitada por el viento?))**

a) Hoy NO BASTAN LOS HOMBRES A MEDIAS

El tiempo presente exige católicos sin miedo, para los que resuite la cosa más natural del mundo la abierta confesión de su fe con las palabras, con las obras, siempre que lo pidan la ley de Dios y el sentimiento del honor cristiano. Verdaderos hombres, hombres íntegros, firmes e intrépidos. Hoy el mismo mundo desecha y rechaza y pisotea a los que no lo son, a los que lo son solamente a medias (Pío XII, *Discurso a las Congregaciones Marianas*, 21 enβ-
io 1945).

b) Αυτε la corrupción es necesaria mayor vigilancia
y defensa

Quien pertenece a la milicia de Cristo, sea eclesiástico o seglar, no debería sentirse espoleado e incitado a mayor vigilancia, a defensa más decidida, cuando ve crecer cada vez más los escuadrones de los enemigos de Cristo, cuando se da cuenta que los portavoces de tales tendencias, renegando o despreciando en la práctica las verdades vivificadoras y los valores encerrados en la fe en Dios y en Cristo, rompen sacrilegamente las tablas de los mandamientos de Dios, para sustituirlas con tablas y normas de las que está des-

terrada la sustancia ética de la revelación del Sinai, el espíritu del sermón de la Montana y de la cruz? (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 2).

c) Ante el peligro es preciso actuar

La persistencia de un estado general, que no dudamos en llamar explosivo, a cada instante, y cuyo origen debe buscarse en la tibieza religiosa de tantos, en el bajo nivel moral de la vida pública y privada, en la sistemática obra de intoxicación llevada a cabo en las almas sencillas, a las que se propina el veneno después de haberles narcotizado, por decirlo así, el sentido de la verdadera libertad. no puede dejar a los buenos inmóviles en el mismo surco, contemplando con los brazos cruzados un porvenir arrollador (Pío XII. *Exhortation pontificia a los fieles de Roma*, 10 de febrero de 1952. n. 4: «Ecclesia». n. 553. 16 de febrero de 1952. p. 5\

d) Con valentía para preservar al mundo de la ruina

Y ciertamente, hoy más que nunca hacen falta valientes soldados de Cristo, que con todas sus fuerzas trabajen para preservar la familia humana de la ruina espantosa en que caería si el desprecio de las doctrinas del Evangelio dejara triunfar un estado de cosas que pisotea las leyes de la naturaleza no menos que las de Dios (Pío XI. *Quadragesimo Anno*, n. 58).

e) Con fortaleza que sostenga a los pusilánimes

Consciente de la tenebrosa audacia del mal, que cunde en la vida presente, el verdadero discípulo de Cristo se siente dispuesto a tener mayor vigilancia sobre sus propios hermanos. Seguro como está de la promesa de Dios y del triunfo final de Cristo sobre los enemigos, se siente interiormente robustecido contra las desilusiones y fracasos, derrotas y humillaciones. y puede comunicar la misma confianza a todos aquellos a quienes se acerca en su misión apostólica; convirtiéndose de tal modo en baluarte espiritual, mientras da aliento y ejemplo a los que se sienten tentados a ceder y a desanimarse frente al número y a la potencia de los adversarios (Pío XII. *Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio en la vigilia de Navidad de 1940*).

f) Incluso en la vida pública, a pesar de tantas
DIFICULTADES

Que no se apague o debilite entre vosotros la voz insistente de los Pontífices, de las encíclicas sociales, que magistralmente enseñan, a los que creen en la regeneración sobrenatural de la humanidad. el deber moral de cooperar al ordenamiento de la sociedad. y en modo especial de la vida económica, impulsando la actividad de aquellos que participan de tal vida, no menos que el Estado mismo. ¿No es esto un sagrado deber de todo cristiano? No

os espanten, amados lijos, las diflcultades ex.rinsecas, ni os desaniméis por los obstâculos provenientes del creciente paganismo de la vida pùblica (Pfo XII, *Discurso de Pentecostés del afio 1941*).

g) Este carâcter varonil tiene su origen en la fe

De una fe viva en un Dios personal y trascendente brota un claro y fuerte vigor moral, que informa todo el curso de la vida. Porque la fe no es solamente una virtud, sino la fuerza divina por la cual entran en el santuario del aima todas las virtudes y se forma aquel carâcter fuerte y tenaz que no vacila en las pruebas de la razôn y de la justicia. Esto es siempre verdad, pero tiene que brillar mucho mäs cuândo, tanto al hombre de Estado cuanto al ultimo de los ciudadanos, se exige el mâximo de valor y de energia para reconstruir una nueva Europa y un mundo nuevo sobre las ruinas que el conflicto mundial ha acumulado con su violencia, con el odio y con la division de los espíritus (Pfo XII. *Mensaje de Navidad de 1941*, n. 28\

h) Exige nuestra colaboraciôn a la obra de la gracia

No os dejéis engafiar por los fabricantes de errores o de teorías malsanas, tristes corrientes enderezadas, no a intensiflcar, sino mäs bien a desvirtuar y corromper la vida religiosa; corrientes que pretenden que, pues la redenciôn pertenece al orden de la gracia sobrenatural y es, por consiguiente, obra exclusiva de Dios, no necesita de nuestra cooperaciôn sobre la tierra (Pio XII. *Discurso de Peniecosiés de 1941*).

î) Y SE CONSTITUYE POR 1a CONSTANCIA EN SEGUIR LOS ETERNOS PRINCIPIOS DE LA JUSTICIA

El verdadero cristiano, fruto de la educaciôn crlstiana, es el hombre sobrenatural, que piensa, juzga y obra constance y coherentemente segun la recta razôn, iluminada por la luz sobrenatural do los ejemplos y de la doctrina de Cristo, o, por decirlo con el lenguaje ahora en uso, el verdadero y cumplido hombre de carâcter. Pues no constituye cualquiera coherencia y tenacidad de conducta, segùn principios subjetivos. el verdadero carâcter, sino solamente la constancia en seguir los principios eternos de la justicia, como lo reconoce hasta el poeta pagano cuândo alaba inseparablemente «al hombre justo y constante en su propôsito» (Horat., *Od.*, III, 3, 1), y, por otra parte, no puede existir completa justicia sino dando a Dios lo que se debe a Dios, como lo hace el verdadero cristiano ("Pio XI, *Divini illius Magistri*, n. 59).

SECCION III. MISCELANEA HISTORICA y LITERARIA

I. EL CASTIGO DANTESCO DE LOS ENVIDIOSOS

«Ya habíamos recorrido en poco tiempo... un trayecto como el que acá se cuenta como una milla, cuando sentimos volar hacia nosotros, pero sin verlos, algunos espíritus que, hablando, invitaban cortésmente a tomar asiento en la mesa del amor. La primera voz que pasó volando decía disintamente: «*Vinum non habent!*» Y se alejó repitiéndolo por detrás de nosotros. Antes de que dejara de percibirse... pasó otra gritando: «Yo soy Orestes», y tampoco se detuvo.

«¡Oh Padre!—dije yo—. ¿Qué voces son éstas?» Y mientras esto preguntaba oímos una tercera que decía: *Amad a los que os han hecho daño* (Mc. 5,44). Virgilio me contestó: «En este círculo se castiga la culpa de la envidia; pero las cuerdas del azote son movidas por el amor. El freno de este pecado debe producir diferente sonido, y creo que lo oirás... antes de que llegues al paso del perdón...»

Abrí los ojos más que antes... y vi sombras con mantos, cuyo color no era diferente del de la piedra... Cuando llegué junto a las aimas y pude observar claramente sus actos, brotó de mis ojos un gran dolor. Me parecían cubiertas de vil cilicio; cada cual sostenía a otra con la espalda, y todas lo estaban a su vez por la roca, como los ciegos, a quienes falta *It subsistenda*... y solicitan el *socotto* de sus necesidades, apoyando cada uno su cabeza sobre la del otro... Del mismo modo que el sol no llega hasta los ciegos, así también la luz de cielo no quiere mostrarse a estas sombras... Todas tienen sus párpados atravesados y cosidos por un alambre, como se hace con los gavillanes salvajes para domesticarlos...

Entre las sombras vi a una que parecía estar a la expectativa..., levantando en alto la barba, como hacen los ciegos.

—Espíritu—le dije—, dame cuenta de tu país y de tu nombre.

—Yo fui sienesa—respondió—, y estoy aquí con estos otros. purificando mi vida culpable. No fui sabla, por más que me llamaron Sapia, y me alegraron más los males ajenos que mis propias venturas... Descendía ya por la pendiente de mis afios, cuando mis conciudadanos se encontraron cerca de Colle a la vista de sus enemigos y yo rogaba a Dios lo mismo que El quería. Fueron destrozados y puestos en fuga. Al ver aquella caza, tuve tal contento que ningún otro puede igualársele... Hacia el fin de mi vida quise reconciliarme con Dios, y aun no habría comenzado a pagar mi deu-

da por medio de la penitencia si no fuera porque me tuvo presente en sus oraciones el eremita Pettinalo...»

Nueva conversaci6n con otras almas y descripci6n de envidiosos conocidos en la 6poca de Dante. De pronto silencio. Una voz corta el aire como un rayo. Es Cain, el que mat6 por envidia a su hermano, y que clama: «El que me halle debe darme la muerte.» Y oy6 como el trueno que se aleja, cuando de pronto se desgarró la nube...

Ya se habia calmado el aire por todas partes cuando Virgilio me dijo: «Aquél fué el duro freno que deberla contener al hombre en sus limites... El Cielo os llama y gira en torno vuestro mostrandoos sus eternas bellezas, y, sin embargo, vuestras miradas se dirigen a la tierra, por lo cual os castiga Aquel que lo ve todo» (cf. Dante, *La Divina Comedia: El Purgatorio*, cant. 13 y 14, trad. de Manuel Aranda, ed. Maucci, Barcelona).

II. UNA FABULA DE SAN VICENTE FERRER SOBRE LA ENVIDIA

«Habia en la ciudad dos hombres de mucho honor, ambos muy envidiosos, y eran tiempos de penuria. El rey lo supo y les ofreció regular sus adquisiciones, pero daría al uno el doble que al otro. Hicieron por no hablar ninguno el primero.

—Bien, pues ¡pedirl...

—Si pido una fanega, él recibirá dos—grito uno.

—¿A quién, señor—dijo el otro—, le daréis el doble?

—Lo ignoro, ¡Arreglaos vosotros!

Y se marcharon con su envidia» (cf. Henri Gheon, *San Vicente Ferrer*, c. 4: *Apostolado familiar: Las florecillas del hermano Vicente*, p. 85).

III. EL CASO DE JOAQUINA DEHANT

Las palabras del Señor: *Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios...*, del Evangelio de hoy, han continuado siendo verdad en el transcurso de los siglos. He aquí para los escépticos uno de tantos milagros indudables de la 6poca contemporánea:

«El 6 de septiembre de 1878 el doctor Froidebise declaraba que habia diagnosticado en la señorita Joaquina Dehant una luxaci6n femoral derecha con retracci6n de los musculos de la pierna, que determinaba un pie contrahecho, y con una úlcera que cubria dos tercios de la cara externa de la pierna derecha. Esta úlcera se extendia desde la rodilla al maléolo externo y hacia doce años que se iba desarrollando.

Cuatro días después partía la enferma hacia Lourdes. Durante el viaje, cada vez que fué preciso curar la llaga numerosos viajeros se sintieron molestos por el infecto olor. Siete de ellos lo reconocieron expresamente y sus manifestaciones concuerdan con

las de los rcs propietarios del hotel Latapié, en Lourdes, y las de seis vecinos de Gesves. El doctor Royer, el sefior Deploige, cate-drático de Derecho de Lovaina; el abogado luxemburgués Poncelet y el doctor Eischen los interrogaron en septiembre de 1893, sin haberlos prevenido y aun antes de que hubiesen podido concertar sus respuestas.

E! 15 de septiembre, Leonia Doval acompaûaba a Joaquina a la piscina de Lourdes. Al salir del agua de hizo sus vendas. *No existia ya la ulcéra, sino, en su lugar, una piel nueva, amoratada, azul y roja, que debia luego blanquearse poco a poco.* Al siguiente dia el doctor Froidebise y su colega Maurique comprobaron, por su parte, la cicatrizaciôn de aquella antigua y horrible lesion; cicatriza-ciôn perfecta, que acaso no se habria obtenido con algunos meses de tratamiento. Uno de estos señores atestiguaba quince anos después que la enferma vivia y continuaba curada por completo» (cf. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesûs*, trad, del P. Ramiro de Santibâftez [Ed. Litûrg Espanola Barcelona 1930]. p. 1. c. 5: *Las maravillas de Lourdes*, p. 232-233).

IV. PARA SENECA, LA MISERICORDIA ES UN DEFECTO DEL ALMA

Antes de Jesucristo no existia apenas la misericordia. El fûé quien vino a enseñiar a los hombres la caridad. Ni los mismos estoicos, en apariencia los filôsofos mâs elevados y dignos, conocian la misericordia, porque no conocieron a Jesucristo. Véase, por ejemplo, cômô pensaba Séneca:

«Tôcanos ahora hablar de qué es la misericordia, pues muchos la elogian como vlr tud y Haman bueno al hombre misericordioso. Yo la reputo un defecto del aima. Pertenece a aquel grupo de cosas que, situadas en tomo a la severidad y a la clemencia, debemos repudlar. Por la apariencia de la severidad caemos en la crueldad, por la de la clemencia, en la misericordia... Asi como la reltgiôn da culto a los dioses y la supersticiôn los viola, asi los hombres honestos han de descollar por su clemencia y manse-dumbre y huir de la misericordia, que és el vicio de la pusilanimidad respecto a los males ajenos. Suelen sentirla los hombres peores. Son las viejas y mujerzuelas las que se conmueven con las lâgrimas de los culpados, y ello hasta el punto que, de series permitido, los sacarian de las cârceles. La misericordia no mira la causa, sino la fortuna; en cambio la clemencia se inspira en la razôn. Sé que muchos ignorantes conceptûan dura en exceso a la secta de los esmicos e incapaz de dar un buen consejo a los principes y reyes. Se le objeta que el sabio no quiere compaders? ni perdonar... No parece sino que no dejamos esperanza alguna a los humanos errores y todo lo hacemos conslstir en castigar los delitos. ôQué ciencia es esa que obliga a desdefiar a la humanidad y cierra el puerto seguro dei auxilio mutuo a los infortunados? Pero se engahan. porque ninguna secta es mâs benigna y suave ninguna se preocupa tanto de amar a los hombres y procurar el bien comûn... Es la misericordia una enfermedad del aima, originada por la apariencia de las miserias ajenas. o una tristeza por

los males de los demás, nacida de creer que les ocurren sin merecerlos. Esta enfermedad no recae sobre el hombre sabio, pues su mente está serena y nada puede perturbarla» (cf. *De clementia*, l. 2. 4 y 5).

V. LA LIMOSNA REPRODUCTIVA

El obispo Masona de Mérida, famoso por su resistenda al arrianismo en tiempos de Leovigildo, por la disputa que sostuvo victoriosamente contra el arriano Sunna y por su devoción a la virgen Eulalia, era un alma caritativa y generosa. Había edificado un hospital, que proveyó de médicos y enfermeros. Si llegaba al atrio donde habitaba algún pobre a pedir un poco de vino, aceite o miel, salía él mismo a recibirle, y si veía que el vaso que llevaba para recoger la limosna era pequeño, se lo tomaba alegremente de las manos y lo rompía, ordenando que se le diese otro mayor completamente lleno...

Al cabo de tres años de vivir ya tranquilo después de la paz religiosa de España, el obispo Masona determinó distribuir sus bienes a los pobres, incluso aquellos más indispensables para su propia vida y la de los siervos que vivían con él. Cuando ya no le había quedado casi nada que darles, he aquí que se presentó pidiendo limosna una pobre viuda llena de calamidades. El varón de Dios se quedó pensando qué podría darle y, no encontrando nada, pidió a los criados que estaban con él que si alguno de ellos tuviese algo se lo prestase para socorrer a la viuda. Uno de ellos, llamado Sagato..., le respondió diciendo: «Tengo un sueldo, pero si se lo doy no nos quedará nada para comprar cuando lo necesitemos.» Masona, sin vacilar, le ordenó que se lo diera íntegro, sin reservarse ninguna parte, no dudando que Dios le asistiría si alguna cosa necesitaba. El criado obedeció el mandato de su señor y entregó a la mujer el sueldo de oro. Mas poco después salió a su encuentro y le rogó que, puesto que no le había quedado nada para comprar comida, de los tres tremises (el tremis era una moneda equivalente a la tercera parte del sueldo) le diera por lo menos uno. La pobre viuda, no sin pena, le devolvió un tremis y ella se marchó con los otros dos.

No había pasado mucho tiempo de esta escena. cuando he aquí que de repente, ante las puertas del monasterio, aparecieron doscientos asnos cargados con multitud de viveres, que enviaban al obispo diversos feligreses. Tan pronto como supo el prelado la grata nueva, dió gracias a Dios y mandó al punto que compareciese su criado Sagato.

—«¿Cuánto le diste de limosna a aquella pobre mujer?—le pregunté Masona.

—Según lo que me mandaste, le entregué el sueldo que tenía - respondí el criado—. Pero como nos urgía la necesidad, le rogué que me devolviera un tremis.

—Dios te perdone, hermano—replicó el obispo—, porque dudaste y desconfiaste de... Camo le di^te sólo dos tremises, no hemos recibido más que doscientos asnos cargados de alimentos. Si no le hubieses quitado el tercer tremis, sin duda Dios

nos hubiera enviado trescientos asnos» (cf. *Vitae sanctorum patrum Emeritensium: De vita Masonas*, 7,1-7, en ed. *The Catholic University of America Press* [Washington 1946], p. 218-220).

VI. DIO DE LIMOSNA HASTA EL LECHO DE MUERTE

«Tomâs de Villanueva fué llamado con razon el santo limosnero. De veinte mil ducados que rentaba la mitra de Valencia, dieciocho mil Servian para rescatar cautivos, para dar carrera a los pobres, para sustentar a los enfermos, para remediar toda clase de necesidades. Es:ando a punto de morir, el arzobispo ordenô que diesen a los pobres todo lo que tenia en su casa: ropas muebles, vajilla y dinero. Por lo que pudiera suceder, sus familiares reservaron quinientos escudos; pero dândose cuenta de ello. se volviô a los que le asistian y les dijo: «^Por qué me retenéis aqui, impidiéndome gozar de la felicidad que el Señor me ha preparado? Sabed que no moriré hasta que sepa que no me queda nada en este mundo». Ejecutado su mandato, acordôse de un padre de familia a quien habia olvidado en el reparte. Hizole venir, le pidiô perdôn de su olvido y le entregô el lecho en que yacia moribundo, haciendo senal a los que le asistian de que le colocasen en el suelo, para que el nuevo propietario se llevase la manda. Pero como nadie parecia hacerle caso, rogô a aquel pobre hombre que le prestase el lecho hasta la muerte» (cf. Fray Justo Pérez de Urbel, *Santo Tomâs de Villanueva*, 22 de sept., *Ano Cristiano*, t. 3, p. 571).

VII. LA LIMOSNA ESPIRITUAL

«Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicârselo y no nos descuidar, que es grandisima llmosna rogar por los que estân en pecado mortal; muy mayor que sería si viésemos un cristiano atadas sus manos atrás con una fuerte cadena y él amarrado a un poste muriendo de hambre, y no por falta de que coma, que tiene cabe si muy extremados manjares, sino que no los puede tomar para llegarles a la boca; y aun estân con grande hastio y ve que va ya a expirar y no muerte como aeâ, sino e:ema: ^no seria gran crueldad estarle mirando, y no le llegar a la boca que comiese? iPues qué. si por vuestra oraciôn le quitasen las cadenas? Ya lo veis. Por amor de Dios os pido que siempre tengâis acuerdo en vuestras oraciones de aimas semejantes...» (cf. *Obras de Santa Teresa de Jesûs*, edit, y anot. por el P. Silverio de Santa Teresa. C. D . t. 6. *Séptimas Moradas*. c. 1. p. 181. ed. Burgos 1917).

VIII, UN CHARACTER: SAN AMBROSIO

En castigo de un motin popular, en el que las turbas habian asesinado al gobernador de Telasônica, el emperador Teodosio dispuso una matanza general de la poblaciôn, que fué bârbaramente ejecutada, mientras se celebraban en el circo unas carreras de cuadrigas. Historiadores hay que aseguran haber perecido en aquella Jornada mäs de siete mil victimas, entre ellas muchas mujeres y nifios.

«Después de dada la sangrienta orden, recapacitô Teodosio sobre su injusticia y expidiô en seguida un correo para que no se llevara a efecto; pero llegô tarde. A los pocos dias se extendiô la noticia de lo acaecido en Tesalônica por Milân. En un principio no se le diô crédito alguno, pues todos juzgaban a Teodosio incapaz de cometer taies atrocidades y no podian persuadirse que un principe tan intimamente unido a San Ambrosio hublera caido en crimen tan execrable. Mas la noticia iba tornando cada vez mäs cuerpo, hasta que, al fin, se confirmo de manera que no podia ofrecer duda. Lo que no sabia la poblaciôn milanese era que Ambrosio estaba tan ajeno a lo sucedido como todos los que moraban en aquella ciudad. Antes, al contrario, el santo obispo creia que Teodosio habia permanec'ido en el proposito adoptado por su consejo y el de los demäs obispos de perdonar a Tesalônica. Asi que tan pronto como se enterô del crimen cometido, y anunciândose la llegada del emperador a Milân, se ausentô él de alii, tanto para hacer ver al pueblo que el hecho habia ocurrido contra su voluntad como para dar a Teodosio tiempo de recapacitar y entrar dentro de si. La noche misma de su partida, acosado por el dolor que le habia producido el caso, le pareciô ver a Teodosio entrar en la iglesia y que ante su presencia le era imposible continuar el Santo Sacrificio. Tomô esta advertencia como una inspiraciôn del cielo, con la que le queria indicar Dios Nuestro Señor que antes de recibirle en el templo debia someterle a una severa penltencia. Estando en el campo le escribiô Ambrosio una carta (*Epist.* 51: PL 16,1159) llena de respeto y amor, pero muy enérgica, en la que le afeaba el horrible crimen que habia cometido al degollar a tantos inocentes, y le exhortaba a hacer penitencia como David y a abstenerse de asistir a los oficios divinos hasta que hubiera satisfecho su pecado...»

Cuentan los historiadores que Teodosio, en efecto, se presentó una mafiana en la basilica milanese y que el santo Obispo lo detuvo a las puertas dei templo, impidiéndole el acceso hasta que fuera públlica la penitencia de su delito. «Ante esta excomuniôn cediô Teodosio, se humilié y se resolviô a aceptar la penitencia pública a la faz de toda la Iglesia. Reconociô su crimen, lo confesô con gran dolor y se postrô en tierra con toda la dignidad real de que estaba investido. El pueblo se asociô a sus plegarias. Teodosio se retiré a su palacio a purgar su crimen por espacio de ocho meses... Durante todo este tiempo no llevô ninguna insignia especial, ayunô y derramô abundantes lâgrimas. Transcurrido el periodo prescribe para la penitencia, le levantô Ambrosio la excomuniôn y

le admitiô nuevamente a la participaciôn de los divinos oficios; pero âmes la hizo firmar una ley en la que se disponia que entre âs sentencias severas de los tribunales y su ejecuciôn habian de pasar treinta dias, para que de esta suerte se evitaran precipitaciones tan funestas como la que habia ocasionado el degüello tesalopicense...» (cf. Zacarías García Villada, S. !.. *Historia Eclesiástica de Espana*, z. 1. 2.a parte, p. 220-221. Madrid 1929).

IX. LA FE EN DIOS ANTE LOS PELIGROS DEL MUNDO

Con ocasiôn de la peregrinaciôn realizada a Washington en enero de 1952 por los eclesiásticos americanos de todas las confesiones el prêsidente de los Estados Unidos, Mr. Truman, pronuncié un discurso sobre la necesidad de la fe y del esfuerzo comun de todos los hombres religiosos frente a los peligros actuales que amenazan a la humanidad. Téngase en cuenta que no habia un católico. Por ello han de leerse con las naturales reservas los párrafos que transcribimos:

«Esta naciôn fué establecida por hombres que creian en Dios... Para nuestros padres fundadores Dios era el creador de este pueblo. También yo lo creo. Ellos pensaban que Dios era nuestra fuerza en tiempos de peligro y la fuente de todas nuestras bendiciones. Por todas partes veréis las pruebas de esta profunda fe religiosa. Si nos remontamos a la declaraciôn de la Inependencia, notaremos que quienes la firmaron creian que Dios creô a todos los hombres iguales y les otorgô derechos que nadie les puede quitar. Al principio de su gran empresa los signatarios de la declaraciôn se conûaron al amparo de la providenda divina. A los ojos de nuestros padres pareciô como un milagro que esta naciôn pudiera atravesar las agonias de la revoluciôn americana y salir triunfan.e de ellas. Vieron el efecto de la mano de Dios en el éxito de nuestra lucha. En su primer discurso inaugural George Washington dijo: «Ningûn pueblo mâs que los Estados Unidos tiene la obligaciôn de reconocer y de adorar la mano invisibe que guia la vida de los hombres...»

Mas no basta felicitamos dei espiritu religioso de nuestros padres. Hemos de preguntamos si de veras creemos las cosas que ellos creian. Debemos examinar nuestra conducta y ver si practicamos en nuestra vida diaria los idéales que defendemos... Nuestra herencia religiosa nos impone una gran responsabilidad ante los problemas de hoy... En primer lugar hemos de propugnar constantemente la justicia social en la vida de la republica. Esto quiere decir que debemos luchar contra los privilegios, contra las injusticias que sufren los pequefios asalariados, contra los obstâculos que impiden a algunos probar fortuna, contra las diferencias de raza. religiosas o nacionales...

Hemos de acordarnos de que la prueba de nuestros principios religiosos no reside simplemente en lo que digamos, ni siquiera en el comportamlento irréprochable de nuestra vida privada, sino en lo oue hagamos por los demás...

Debemos recordar que en su ministerio sobre la tierra Jesûs pronunciô sus condenaciones mâs terribles contra los que eran super-

ficialmente buenos. Los escribas y los fariseos a quienes El atacaba eran las gentes respetables de su época. Eran los jefes de la comunidad... Y El les decía: *Hipôcrita; quita primero la viga de tu ojo y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano* (Mt. 7,5). El interés propio nos puede cegar hoy, como cegaba a los escribas y fariseos de los tiempos bíblicos. Procuremos estar siempre en guardia contra este enemigo...

La cuestión postrera que habrá de planteársenos, como individuos y como sociedad, es: ¿Qué hemos hecho por nuestro prójimo? ¿Qué hemos hecho por aligerar su carga, para darle una suerte mejor?...

Hoy nuestro problema no es solamente salvar la herencia religiosa en nuestras vidas y en nuestro pueblo... Es preservar la civilización mundial, en la que pueda sobrevivir la creencia en Dios... Hoy toda la actividad humana está en peligro. Por una parte, debemos resistir la expansión de un poder, enemigo de todo aquello en que creemos. Es una potencia que niega el reino de la ley, el valor del individuo, la fe en Dios. Es una potencia que se ha convertido en militante y agresora y que se sirve de las armas de la mentira y de la servidumbre, lo mismo que de una fuerza militar.

Por otra parte, hemos de prevenir el estallido de una nueva guerra, que con los instrumentos modernos de destrucción sería más terrible que cuanto jamás hemos experimentado y que podría arruinar todo nuestro orden social y económico y hundir a la humanidad en una nueva barbarie...

No podemos ceder al comunismo soviético sin traicionar los ideales por los que vivimos. No podemos afrontar una nueva guerra sin torpedear nuestra civilización. En este peligroso dilema, nuestra mayor fuente de fuerza y nuestra mayor esperanza de victoria se cifra en Dios, a quien reconocemos como Señor de todos. Recurrimos a la fe en El para que nos otorgue el vigor y la prudencia necesarios para cumplir su voluntad. Le pedimos que nos guíe y nos libre de los peligros de los tiempos presentes hacia los caminos de la paz...

¡Que Dios nos conceda poder hablar juntos como hermanos de su poder y de su misericordia y dar testimonio de El ante los que le niegan!...» (cf. *Ecclesia*, 26 de enero de 1952, p. 6).

X. LOS PELIGROS DE LA CIENCIA SIN DIOS

En el mes de diciembre de 1951 Mr. Thomas E. Murray, miembro de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, pronunció una charla sobre sus experiencias en la investigación de la física atómica, ante la Asamblea del American Institute of Chemical Engineers. La charla se celebró en Atlantic City (New Jersey), y se tituló *Algunas limitaciones de la ciencia*. De ella entresacamos algunos párrafos:

«Podemos llegar más cerca de la vida fácil, a través de este constante levantamiento del polvo atómico, dando a este polvo nombre derivado del griego para disimular nuestra ignorancia. Pero aunque progrese sin cesar en el conocimiento de lo divisible nunca podremos contestar debidamente a preguntas tan fundamen-

tales como las de <-¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su destino? ¿Quién es Dios?

Ahíra que nos es posible ver más allá en el espacio y a más profundidad en el foco del núcleo del átomo, pudiera decirse que el cuerpo de este mundo se ha tornado más grande. Por esta misma razón, precisa, empleando la magnífica frase de Bergson, «un superavit de alma». Tal superavit no puede proporcionarlo un laboratory.

Hablamos frecuentemente de la ciencia como asunto de sistemas cerrados. La acción equivale a la reacción. Potencia empleada debe ser igual a rendimiento. Por esos las ecuaciones matemáticas son la mejor definición de las leyes científicas. Un miembro siempre es precisamente equivalente al otro. Pero la vida y el amor no se cifran en meras ecuaciones. El sacrificio y la generosidad son lo que son, porque el esfuerzo empleado no se equipara al rendimiento. El ser generoso, caritativo, significa que la reacción es mayor que la acción. En este campo, el hombre puede dar más de lo ha recibido. Por medio de la virtud, ya sea intelectual o moral, el hombre gasta, pero sigue reteniendo; o, mejor aún, obtiene una ganancia en el mismo acto de gastar...

Precisamente porque todas las cosas que son, fueron hechas por Dios, la atención del hombre nunca ha de enfocarse tanto sobre la ciencia. que deje de lado a la religión y la filosofía, las cuales pueden dirigir nuestras vidas de acuerdo con la justa razón y la caridad. Muchos de los descubrimientos científicos que hoy conocemos, hace muy poco sólo los conocía nuestro Creador. Esto en sí es suficiente para que el hombre se humilie.

Si los hombres no revisten la desnuda armadura de la ciencia con los cálidos ropajes del verdadero humanismo, terminarán haciendo de las máquinas su dios y de las matemáticas su único dogma. La creciente marea del paganismo en el mundo occidental transformará nuestra civilización en un algo frío y despiadado; tan frío como los espacios interestelares; tan despiadado como los átomos que se destrozan unos a otros.

La vida y la cultura requieren la ciencia moderna; pero precisan aún más de las cualidades que convierten a la vida en agradable y humana. Hay momentos en que cada uno de nosotros tiene que elevar su pensamiento no solamente sobre el torbellino de la materia, sino sobre la vida de las plantas y de los animales. El hombre necesita apreciar por qué vive y ama y ha de ponerse en contacto con las cosas por las que ha de vivir y hasta por las que ha de morir.

Las resplandecientes galaxias y los vertiginosos circuitos dentro del átomo no son—a pesar de su realidad—cosas por las que valga la pena vivir o morir.

No olvidemos nunca que habremos adquirido la conquista de la materia a un precio demasiado alto, si nos roba anualmente humildad, por la que nos es posible observar en cada majestuoso descubrimiento científico los caminos y las leyes marcados por Dios» (cf. *Ecclesia*, 6 de febrero de 1952. p. 9-11).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SERIE II: SOBRE LA EPISTOLA

Tengamos esperanza

- I. *Entre las muchas ideas del Apôstol en la epistola del dia, descuella la de la esperanza, muy propia del Adviento, que aparece en el primero y ultimo versiculo (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 156, A, a).*
- II. *La Sagrada Escritura se ha escrito para nosotros.*
 - A. San Pablo se refiere principalmente al Antiguo Testamento. Mas puede decirse lo mismo del Nuevo: «Todo cuanto estâ escrito, para nuestra ensefianza fué escrito» (Rom. 15,4).
 - B. En otro lugar de la misma epistola aplica San Pablo a todos los creyentes lo que la Escritura dice de Abrahân: «Y no sôlo por él esta escrito que le fué computado, sino también por nosotros, a quienes debe computarse» (Rom. 4,23-24).
 - C. Hablando de los castlgos de Dios a los pecadores del Antiguo Testamento, dice el mismo Apôstol que se escribieron para nuestra correcclôn: «Todas estas cosas les sucedieron a ellos en figura y fueron escritas para amonestamos a nosotros» (1 Cor. 10,11).
 - D. Nlngûn texto tan expresivo como el de la epistola a Timoteo: «Toda la Escritura es... útil para ensefiar, para argülr, para educar en la justicia» (2 Tim. 3,16).
- III. *La Sagrada Escritura exige en nosotros la esperanza (cf. Ibid., p. 158,e). Tal es el pensamiento fundamental de San Pablo en la epistola del dia. La Escritura Santa, con los textos directos de los libros proféticos y sapienciales, o con los ejemplos de virtud que abundan en los*

libros histôricos, nos lleva a la paciencia en las pruebas y sufrimientos y, por la paciencia, al consuelo, paz del aima. Mas, como resultado final de la paciencia y consuelo, aparece la esperanza: sPor la paciencia y por la consolation de las Escrituras estemos firmes en la esperanza) (Rom. 15,4). «La paciencia (produce) la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza»... (Rom. 5,4-5).

El Antigua Testamento vive de la esperanza del Mesias. De manera especial en los profetas es frecuente la idea de la esperanza en el Mesias libertador, para enjugar las làgrimas dei castigo con el gozo anticipado por la esperanza de bienes mesiânicos. El pueblo judio, victima de extrarias opresiones, suspiraba por el Mesias, movido por la esperanza.

El Adviento, tiempo de esperanza. Conviene insistir en la actualizatiòn del Adviento. Jesucristo vendrd a libertarnos de la esclavitud del pecado y de la concupiscencia que subyuga al aima (cf. San Bernardo, p. 186, d). La esperanza ha de ser el môvil para prepararnos a recibir al Senor. Por eso la Iglesia la provoca en su liturgia con la afirmaciòn categôrica de que el Senor vendra: «.Pueblo de Siôn, mira que el Seûor vendra a salvar a las naciones, y dejarâ oir su voz en medio de la alegria de nuestro corazôn» (introito).

Conclusiòn: Debe leerse la Sagrada Escritura en el Adviento. Muy conforme con el espiritu cristiano que exige el Adviento es la costumbre de leer las Sagradas Escrituras. Especialmente las lecciones mesiânicas del profeta Isaías. Lo que practica oficialmente la Iglesia en su plegaria liturgica, ipor qué no lo han imitar los Cristianos en su vida privada? En este punto nos aventajan los protestantes, y por supuesto los catôlicos extraderas, familiarizados en muchos paises con la lectura de la Bîblia. /Cuàntos catôlicos no hay entre nosotros que acaso nunca han abierto las paginas de los textos sagrados!

Aun cuando en estas anos se ha progresado mucho en fomentar entre el pueblo la lectura de las divinas Letras y la Comisiòn de Cultura Biblica trabaja con acierto y constanda, falta mucho por hacer. iPor qué no establecer en las familias la costumbre de leer en comùn una pagina sagrada?...

El fruto serâ grande. En los dias de Adviento aprenderemos asi a prepararnos para recibir al Redentor de nuestras aimas.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

Grandeza del Precursor

La figura de Juan. «Figura única en la historia, adornada en vida de un prestigio sobrehumano, se levanta misteriosa y solemne en los confines de ambos Testamentos» (cf. Tertull., «Ad Marc.», 33: PL 2,471). Hasta Juan Bautista, la ley y los profetas. Desde Juan Bautista, el reino de los cielos (Mt. 11,12-13). Fué el término de la vieja ley y el principio de la nueva, esto es, del Evangelio («Sum. Theol.», 3, q. 38, a. 1 ad 2). Todo es singular en el Bautista.

- A. El anuncio de su venida (Mal. 3,1).
- B. El anuncio de su misión (Is. 40,3).
- C. Su justificación en el seno de su madre (Le. 1,44).
- D. Su nacimiento (Le. 1,57).
 - a) *Profecía del ángel* (Le. 1,13-17).
 - b) *Cántico profético de Zacarías* (Le. 1,76-78).
- E. Su vida austerísima en el desierto: *crecía y se fortalecía en espíritu* (Le. 1,80).
- F. Su apostolado, intimamente unido al de Cristo (cf. San Roberto Belarmino, p. 191, c).
 - a) *No anuncia al Mesías, como los profetas, en formas misteriosas, sino que lo señala: «He aquí el Cordero de Dios»* (Io 1,29).
 - b) *No aparece como discípulo, sino en plan de colaborador*^ «Conviene que cumplamos toda justicia» (Mt. 3,15).
 - c) *Cristo es bautizado por Juan* (Mt. 3,16-17; Mc. 1,9-11; Lc. 3,21-22; Io. 1,31-34).

Avasallador prestigio en vida.

- A. En el pueblo.
 - a) *La muchedumbre... le tenía por profeta* (Mt. 14,5). *Todos tienen a Juan por profeta* (Mt. 21,26).
 - b) *Acudían a él de toda la región de Judea, todos los moradores de Jerusalén* (Mc. 1,5). *Todos tenían a Juan por verdadero profeta* (Mc. 11,32).
 - c) *Las muchedumbres le preguntaban- ¿Qué hemos de hacer?... Vinieron también los fariseos y le decían: Maestro, ¿Qué hemos de hacer?... Le preguntaban también los soldados...* (Le. 3,10-14).

- d) *Hallandose el pueblo en ansiosa expectación y pensando todos si seria él el Mesias... (Le. 3,15).*
- e) *Si decimos: De los hombres, todo el pueblo nos ape-
ñrearà, porque està persuadido de que Juan era un
projeta (Le. 20.6).*
- B. Entre los judios: «Cuando los judios desde Jerusalén
le enviaron sacerdotes y levitas para preguntarle:
Tû, ôquién eres?, él confesô y no negô; confesô:
No soy yo el Mesias» (lo. 1,19-20).
- C. Ante Herodes.
 - a) *Tuvo miedo de la muchedumbre, que le tenia por
projeta (Mt. 14.5).*
 - b) *Porque Herodes sentia respeto por Juan, conociendo
ser hombre justo y santo (Mc. 6.20).*
- D. Elogios de boca de Jesucristo (cf. San Agustin,
p. 175, a).
 - a) *Yo os digo que mâs que a un projeta (Mt. 11.9). En
verdad os digo que entre los nacidos de mujer no ha
aparecido uno mâs grande que Juan el Bautista
(Mt. 11,11).*
 - b) *Porque vino Juan a vosotros por el camino de 'la
justicia... (Mt. 21.32).*
 - c) *Aquél era la lampara que arde y alumbra... (lo. 5,35).*
- IV. *Prestigio en la historia. El mâs popular de los santos.*
 - A. Los santos que han llevado el nombre de Juan du-
plican al que le sigue, que es el de Pedro. Lo que
prueba que el nombre de Juan ha sido el mâs po-
pular en la Iglesia.
 - B. Las fiestas de la noche de San Juan son populari-
simas en todos los pueblos.
 - C. Después de Jesucristo y la Santísima Virgen no hay
santo mâs tratado y reproducido en el arte.
- V. *Consagración de su grandeza por la Iglesia. No tiene
par. En las letanias de los Santos figura a la cabeza
Juan Bautista. Propiamente él solo es una categoria.*

Dones y virtudes del Bautista

- I. *Plenitud del espiritu y docilidad a El.*
 - A. «Desde el seno de su madre será Ueno del Espiritu
Santo» (Le. 1,25).
 - B. «El niño crecía y se fortalecía en espiritu y mora-

ba en los desiertos hasta el día de su manifesta*
ciôn a Israel» (Le. 1,80).

- II. *Conocimiento de Cristo* (cf. San Roberto Belarmino, p. 192, B).
- A. «Tras de mi viene uno mâs fuerte que yo» (Mc. 1,7).
 - B. «En medio de vosotros estâ uno a quien vosotros no conocéis, que viene en pos de mi, a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia» (Io. 1,26-27).
 - C. «He aqui el Cordero de Dios, que quita los pecados 'dei mundo» (Io. 1,29). «Y yo vi y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (Io. 1,34). «El que viene de arriba estâ sobre todos» (Io. 3,31ss).
- m. *Amor a la soledad. Moraba en los desiertos...* (Le. 1,80).
- IV. *Penitencia.*
- A. «Juan iba vestido de pelo de camello, llevaba un cinturôn de cuero a la cintura» (Mt. 3,4).
 - B. «Se alimentaba de langostas y miel silvestre» (Mc. 1,6).
- V. *Humildad. No soy digno de desatarle la correa de sus sandalias* (Le. 3,16; cf. San Agustín, p. 176,8).
- VI. *Celo.*
- A. «Predicando en el desierto de Judea...» (Mt. 3,1).
 - B. «Venian a él de Jerusalén y de toda Judea y de toda la region del Jordân» (Mt. 3,5).
 - C. «Y eran por él bautizados en el rio Jordân y confesaban sus pecados» (Mt. 3,6).
- VU. *Fortaleza. Soportô, segûn San Francisco de Sales, la prueba mas difícil a que fué sometido ningûn santo: vivir apartado corporalmente de Cristo, sabiendo quô. Cristo estaba cerca de él. No fué a buscar a Cristo. Espéré a que Cristo viniera a él.*
- VII. *Libertad apostôlica. Dice la verdad y condena los vicios de todos.*
- A. Al pueblo (Le. 3,7-11).
 - B. A los soldados (Le. 3,14).
 - C. A los publicanos (Le. 3,12-13).
 - D. A los escribas y fariseos, a quienes trata durislmamente (Mt. 3,7-10).
 - E. A Herodes (Mt. 14,4).
- IX. *Abnegaciôn heroica.*
- A. Sigue predicando después del bautismo de Cristo. Retirarse al desierto hubiera sido un impulso natural. Porque la comparaciôn con Cristo dlsminuiria su prestigio. Perderia autoridad y discipulos.

- B. Proclama que «précise es que El crezca y yo mengüe» (lo. 3,30; cf. San Agustín, p. 178, c).
 - C. Se goza en morir para que Cristo viva en las almas.
- X. *Santidad consumada.*
- A. Desprecio total de sí. De su cuerpo, de su fama, de su obra.
 - B. Entrega total a Cristo. Puro amor de Dios.

La misión del Bautista, unida a la de Cristo

- I. *Preparación para recibir a Cristo* (cf. San Roberto Bellarmino, p. 192 B).
 - A. Toda la doctrina y todas las obras de Juan no tuvieron otro fin que preparar en las almas los caminos de Cristo (cf. *Sum. Theol.*, 3, q. 38, a. 3). «Preparad los caminos del Señor, enderezad sus sendas», (Lc. 3,4).
 - B. Juan, artífice inferior y auxiliar, preparé la materia, para que en ella infundiera la forma el artífice superior y principal (cf. *Sum. Theol.*, ibid.). Esta «forma» es la gracia.
- II. *La gracia. Juan, por su bautismo, no confería gracia.*
aLa gracia y la verdad vinieron por Jesucristo» (lo. 1,17).
- III. *El bautismo de Juan.*
 - A. Se llamó así porque:
 - a) *El lo instituyó* (cf. *Sum. Theol.*, 3, q. 38, a. 2 ad 1).
 - b) *Nada se hacía que no hiciera Juan.*
 - c) *A él solo fué concedido este ministerio.*
 - B. Convenía que Juan predicara:
 - a) *Porque su predicación, previa al bautismo, inducía a los hombres a la fe en Cristo.*
 - b) *Les acostumbraba al rito del bautismo de Cristo.*
 - c) *Por la penitencia preparaba espiritualmente a recibir el efecto del bautismo* (cf. *Sum. Theol.*, 3, q. 38, a. 3 in c).
- IV. *El bautismo de Juan y el bautismo de Cristo.*
 - A. El de Juan fué externo. El de Cristo interno.
 - B. El de Juan solo en agua y de agua. El de Cristo, de fuego y de Espíritu Santo.
 - C. El de Juan era de Dios por el origen, no por los

efectos. El de Cristo, de Dios por el origen y por los efectos.

- D. El de Juan lavaba el cuerpo; no purificaba el alma. El de Cristo sanaba y purificaba el alma.
- E. El de Juan fué instituido por revelación particular hecha a él por el Espíritu Santo. El de Cristo, revelado e instituido solamente por El y entregado a la Iglesia.
- F. El de Juan nació y murió con Juan. El de Cristo perdurará con la Iglesia hasta la consumación de los siglos.
- G. El de Juan era bautismo sólo de penitencia. El de Cristo es bautismo de gracia.

V. *Conclusión.*

- A. El respeto con que los judíos santos y el mismo Señor se acercaron al bautismo de Juan nos enseña el que debemos tener al nuestro.
- B. La veneración del peregrino que visita el Jordán debiera ser una sombra de la nuestra ante la pila bautismal de la parroquia.

«Que yo mengie»

I. *La ambición es una pasión universal.*

- A. La ambición es una pasión universal que ejerce su imperio sobre todos los hombres. No hay clase, estado, condición ni edad que no le pague tributo.
- B. Es casi la primera pasión que se despierta en el niño. Apenas empieza a darse cuenta de la vida, ya percibe en sí el deseo de ser conocido y estimado. Es también la primera que empafia el candor angelical. Cuando los niños comienzan conscientes a hacer gracias, son ambiciosos. La ambición, la codicia y su compañera la envidia son las principales pasiones infantiles.
- C. Porque deseamos que nos estimen, porque nos creemos con derecho a la gloria y a la alabanza de los demás, nos daña, nos ofende la gloria de los otros. Nos entristece el bien ajeno en cuanto constituye menoscabo de nuestra propia excelencia.

- IL *La ambição en las almas espirituales.*—*La ambição de gloria no se da por vencida ni en las almas espirituales. Asalta también, y, jay!, tantas veces con éxito, a las mismas almas apostólicas. El amor de la gloria es la polüla de estos spiritus. <Tolle inanem gloriam de clero, et facile omnia vitia resecabis*. Nos ataca como enemigo astuto e incansable, como el mds taimado de nuestros adversarios (cf. Santa Teresa, p. 208, A, y Beato Avila, p. 211, B).*
- III *La forma colectiva de la ambição.*—*Cuando ha sido vencida en el individuo, logra imponerse al hombre religioso bajo otra forma, que llamariamos la vanidad colectiva. No busca la gloria personal, sino la de su cuerpo, de su grupo, de su institution, de su escuela. Procura la gloria de Dios, si, pero a través dei instrumento nuestro. Por donde queremos, a la par de la gloria de Dios, nuestra propia gloria. Surge asi la vanagloria colectiva, la emulaciôn colectiva, la envidia colectiva, la soberbia colectiva, con dano de la caridad, y escândalo de los buenos y sencillos, y regocijo del mundo y del infierno (cf. «Apuntes exeg.-moral.» página 161,3).*
- IV. *El ejemplo de Juan Bautista.*
- A. Aprendamos de Juan Bautista. Ofrezcâmosle a la consideraclôn de todos los apôstoles (cf. San Agustín, p. 178, c).
 - B. Admirable es, sin duda, el Juan penitente, el austero habitante del desierto, vestldo de piel de camello, alimentândose de miel silvestre y de langostas. La austerldad misma hasta el limite de lo inhumano (cf. San Roberto Belarmino, p. 191, b).
 - C. Pero admiremos mâs al Juan de las orillas del Jordân, al predicador, al jefe y fundador de una escuela, al profeta que goza un dia de un prestigio avasallador y universal, cual nunca habia dlsfrutado otro profeta, y que estâ condenado a la muerte lenta de su nombre, a la disoluclôn y dlsminuclôn paulatlna y dolorosa de su escuela y de su grupo, porque ha vencldo su luz y ecllpsado su gloria otro profeta Incomparablemente mâs grande que él, para padecer, al fin, una muerte bochornosa y oscura (cf. San Agustín, p. 175 A, a, y 176.3).
 - D. Admiremos este morlr de Juan junto a Cristo; este predicar de Juan, cuando ya predlcaba Cristo; este conservar los discipulos de Juan, cuando Cristo ha comenzado a reunir los suyos; este Juan que no huye al desierto, que acepta, por deber, la corn-

paraciôn con el mismo Cristo _ (cf. San Roberto Belarmino, p. 192, B).

V. *Juan no es un ejemplo unico.*

A. Hay muchas aimas santas en el sacerdocio, en el claustro, en el hogar, en medio del mundo, que gozan obrando el bien en el silencio, desconocidas u olvidadas de los hombres.

- a) *«Làmpara que arde y alumbra», llamô Jesucristo al Precursor (lo. 5,35). Contemplaos en este esp. jo todos los que gozáis en derramar bñéficias a fuerza de desvios, ingraiituues y menosprecios. Consumios como una làmpara, para que, a la luz de vuestros resplanaores, oiros gocen de la paz y sean felices.*
- b) *Madrés que destruís vuestras fuerzas en el hogar: tantas veces mal comprendidas y peor correspondidas de los seres que os rodean...*
- c) *Apôstoles seglares, que en la ingrata tarea de enseûar el catecismo a los ninos, en las duras visitas a pobres o enfermas, o en los secos y prosaicos trabajos de una ojicina, aniquilais vuestra juventud...*
- d) *Aimas que en el silencio de los claustros os consumis, victimas de amor por los pecados dei mundo...*
- e) *Religiosos, misioneros, directores de conciendas... Sacerdotes, que en la ciudad, y, mäs aûn, en las aldeas escondidas entre las montanas, mantenêis, a costa de vuestra vida, la tradiçiôn cristiana de un grupo de familias que se os han confiado...*
- f) *Todos los que hacéis el bien con olvido de vosotros mismos... Miraos en el espejo de Juan Bautista. «Me autem minui». Los hombres podrân olvidaros. Pero Dios os acompaiïa y os otorgarà un dia, generoso, la gloria a que tenéis derecho.*

B. No hay final mäs triste, a los ojos de los hombres, que la muerte de Juan. Sin lucha, sin contradicçiôn, sin defensa, sin escândalo, sin publlicidad, es decapitado su cuerpo una noche en las lobregueces de una cârcêl Inhospita. Y mientras su cuerpo se desangra en las frias losas de la prisiôn, su cabeza es presentada en la mesa, donde toda adulaciôn, perfidia y rebajamiento moral tienen su asiento, y sirve de premio a las danzas lubricas de una bailarina, de calmante a la sed de venganza de una mujer mala y cruel, de una despiadada meretriz. ¡Triste final el del Precursor! ¡Triste a los ojos dei mundo! A los de Dios..., ¡qué preciosa la vida y la muerte de Juan Bautista!

La envidia

- I. *Una embajada motivada por la envidia.*—Casi todos los exegetas estdn acordes en afirmar que el Bautista enviô a Jesucristo la embajada de sus discipulos para que sanaran del sentimiento de envidia, nacido en su corazôn ante la predicaciôn del Mesias (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 160,4). He aqui contrapuestos a Juan y sus discipulos. Los discipulos son envidiosos, de corazôn ruin y mezquino. Temen que el Mesias eclipse a su maestro; probablemente se han lamentado ante él de los triunfos de Cristo en las orillas del Jordan (cf. San Agustín, p. 176, b). El Bautista es la figura de amplio, caritativo y noble corazôn. No solamente envia a sus discipulos para que por si mismos se convenzan de que Cristo es mayor que él, sino que les dice: «Preciso es que El crezca y yo mengüe» (Io. 3.30).
- II. *Universalidad de la envidia.*—San Roberto Belarmino dice que la envidia es el pecado «mds universal y comûn». Bossuet asegura que es «probablemente la mâs comûn de las pasiones, de la cual pocas aimas se encuentran libres». Con los pecados de la lengua, es la envidia uno de los vicios mâs frecuentes, incluso en aimas espirituales. Los discipulos de Juan, fieles seguidores de su maestro, la poseen. Aun los amigos tienen entre si envidias: «Los que hablan paz a su prôjimo, mientras esta su corazôn lleno de maldad» (Ps. 27,3). ¡Cudntas veces se entremezcla la envidia en el mismo apostolado! (cf. San Agustín, p. 179, B. a).
- III. *La envidia, sentimiento o pasiôn.*—Santo Tomas define la envidia «tristeza del bien ajeno en cuaiito se considera como mal propio, porque disminuye la propia gloria o excelencia...» (cf. Santo TomAs. p. 183. A). Es, ante todo, una pasiôn o sentimiento que brota espontdneo en nuestra naturaleza, corrompida por el pecado. Nace y crece con el hombre. Otras pasiones viven en estado latente hasta la adolescenda. La envidia avarece en la niûez. Cualquiera, sobre todo las matrés, pueden observar los sentimientos de envidia de un nino hacia su hermano. Casos se han dado en que los padres han tenido que separar a sus hijos para corregir estas

rivalidades, que llegaron hasta amenazar la propia vida de los pequeñuelos (cf. Santo Tomás, p. 190, C).

- IV. *La envidia, pecado.*—Cuando este sentimiento llega a ser libremente admitido y consentido, esto es, la misma tristeza del bien ajeno libremente querida, o incluso fomentada, constituye un desorden y, por lo tanto, es pecado contra la caridad, que manda alegrarse del bien ajeno; pecado contra la misericordia, que se entristece del mal del prójimo (cf. Santo Tomás, p. 189, B). Pecado, muchas veces, grave y de consecuencias terribles; pecado que lleva a Cain a matar a su hermano, y a los judíos al deicidio. La envidia es el crimen de Satanás, con el que juró perder al mundo entero; «in-vidia diaboli mors introivit in orbem terrarum» (Sap. 2,24) «el pecado que roe eternamente el corazón de Satanás y le llena de hiel y de amargura» (cf. Bossuet, «Serm. de la Pas.», en Sermons de Bossuet [ed. Garnier, Paris], t. 3, p. 134).
- V. *Envidia, celo, emulaciôn.*—Difieren, ciertamente, la envidia y el celo; mas tienen una raíz común. El celo es un amor intenso que no tolera la divisiôn, que se exaspera cuando el ser amado no nos dedica toda su atenciôn; cuando se ocupa o parece ocuparse de otros (cf. «Sum. Theol.», 1-2, q.28, a.4). En el fondo es también envidia. El celoso ve el amor del amigo como algo bueno. Se da cuenta de que deriva hacia otros, y al verlo en otros se entristece; es también tristeza de un bien ajeno, porque cree que disminuye el propio. No es más que una especie particular de la envidia. No así la emulaciôn. La emulaciôn es un sentimiento loable, si a bienes honestos se refiere. «Aspirad a los dones espirituales, sobre todo al de profeta» (1 Cor. 14,1). La define Santo Tomás diciendo que es «tristeza del bien ajeno no porque otros lo poseen, sino porque a nosotros nos falta» (cf. 2-2, q.36, a.2). La emulaciôn tiene cierta semejanza con la envidia, en cuanto que entraña la tristeza del bien ajeno, y no es raro encontrar personas que las confunden. Pero difiere de ella, porque la emulaciôn es honesta en sí y no la poseen más que los corazones buenos, mientras que la envidia es un sentimiento malvado que anida en los corazones perversos. Por la emulaciôn, el hombre se siente arrastrado a un bien mayor por el ejemplo del otro. Propio es de los buenos educadores plantar en sus educandos la flor de la emulaciôn, mientras arrancan los abrojos de la envidia.
- VI. *La envidia a nuestros iguales.*—Conviene no olvidar una observaciôn psicológica si queremos combatir la envidia con eficacia. La envidia surge hacia aquellos qu&

por alguna razão estân mäs prôximos a nosotros. «La envidia es del bieji ajeno, en cuanto que disminuye el nuestro. Por lo tanto, solamente se suscita respecto de aquellos a quienes uno quiere igualar o superar. Esto no sucede en personas que difieren mucho de nosotros en tiempo, espacio c lugar, sino en las que ?ios estân prôximas» (cf. «Summa Theol.», 2-2, q.36, a.1 ad 2). Asi el plebeyo no tiene envidia de su rey, ni el sabio dei militar, ni el comerciante del letrado. En cambio, un comerciante tiene envidia de otro comerciante, y mäs del que vive en el mismo pueblo y en la misma caliez Un politico la tiene de otro politico contemporaneo; un sabio, de otro sabio; un labrador, de otro labrador-, «eZ alfarero tiene envidia dei alfarero» (Arist., «Rhet.», II, c. 10,56: Bk 1387b27).

VII. *Dios castiga al envidioso.—No sôlo en la otra vida, sino en ésta. Los Santos Padres hacen ver repetidamente cómo el envidioso haïla su castigo en la propia envidia. «Nada hay tan justiciero como la envidia; roe al instante a su propio autor y atormenta su espiritu» (cf. Hieronym., «Comm. in Eplst. ad Gal.», 1. 3, c. 5: PL 26,445). «d'ZVo es el pecado diabolico un pecado de envidia? iNo es un castigo de la envidia eso de que apenas surgida atormenta a su propio autor?» (cf. San Agustîn, «Contra Iulianum», 1. 6, c. 1: PL 44,822). «No hay envidioso que, al daftar a otro, no sea primero para si mismo causa de tormento-» (cf. San Agustîn, «Contra Secundinum Manichaeum», 1. 1, c. 10: PL 42,586). Efectivamente, el envidioso carece de la paz exterior. «;Oh envidia, la mäs justa y la mäs injusta de las pasiones! Injusta, porque afliges y atormentas al inocente; pero justa, porque castigas al culpable. Injusta, porque eres molesta a todo el género humano. Pero justa, porque comienzas tu maligna operation por el coraçôn que te concibe» (cf. San Gregorio Nacianceno, «Orat.», 27,8, citado por Bossuet en «Serm. de la Pas.» [ed. Garnier, Paris], t. 3, p. 134). El envidioso no conoce el descanso..., no respira sino con tristeza. Vive siempre en la preocupaciôn, en la ansiedad, en la inquietud. Siempre tiené miedo de quedar en la sombra, de ser olvidado, igualado o superado. Su existencia es un infierno, y él es su propio verdugo.*

VIII. *Contra envidia, caridad.—Opinan maestros de la vida espiritual que son raros los hombres que desprecian, como se debe, las sugerencias de la envidia. Hay quô combatirlas con valentia, excitando los actos contrarios de la caridad. Manda ésta desear el bien al prôjimo. alegrarse de él. Remedio eficaz, pedir a Dios mayor*

*bien y mayor gloria para aquellos que son obfeto de nuestra envidia. Procurar, ademâs, por todos los me-
dios, ese mayor bien y ayudar a conseguirlo.*

Efectos de la envidia

La envidia envilece al hombre.

- A. La envidia es una pasiôn y un pecado que todos, aun los paganos, han despreciado (cf. sec. 7,a I).
 - a) *Séneca y Cicéron emplean para condenarla términos parecidos a los de San Cipriano, San Crisôstomo y San Agustîn (cf. p. 179, B,a, 180,b,c, y 181,d,e y ss).*
 - b) *Bossuet la califica de «baja, oscura, vily». «La mas despreciable de todas las pasiones» (cf. «Serm. de la Pas.» en Sermons de Bossuet [ed. Garnier, Paris], t. 3, p. 133). Deshonra y degrada al hombre, que pocas veces se siente tan herido como cuando se le llama envidioso.*
- B. Bella descripciôn del envidioso la de Janvier, teólogo y conferenciante frances: «Los envidiosos no toleran que otros triunfen, que sean estimados, alabados, aplaudidos... El espectâculo de sus virtudes y de sus victorias les exaspera y llena de hiel su aima. Si cometéis la imprudencia de relatar en su presencia un trozo sobre la superioridad de vuestros hermanos, oyen vuestras palabras con una malvada mlrada, crisan su rostro, respira despecho su flsonomia» (cf. P. J a n v i e r, O. P., *Exposition de la morale catholique. La charité*, ed. Paris 1916, Lethielleux, t. 6. p. 57).
- C. La envidia indica un corazôn estrecho, mezquino, ruin. Por envidiosos, los hermanos de Jocé se nos hacen repulsivos. «¡Oh desventura de nuestra pobre naturaleza caida! Nos sentimos ofendidos de los otros, sin que los otros lo hayan intentado, sin que los otros tengan conocimiento de que nos han ofendido, sin que los otros nos conozcan siquiera; solamente porque son mejores que nosotros o mäs sabios o mäs felices que nosotros, nos causan molestia y los queremos mal» (cf. B o s s u e t, ibid.).

II. *La envidia en el cristiano.*

- A. Contraria al espíritu. El cristiano ha recibido, por el bautismo, el Espíritu Santo. Con el Espíritu Santo, la caridad. Debe caminar según este Espíritu: «andad con espíritu» (Gai. 5,16). La envidia es contraria a este Espíritu..., sintoma inequívoco de que el cristiano que la posee no vive según el espíritu, sino según la carne. La envidia es una de las obras de la carne: «las obras de la carne son manifestadas..., fornicación, Impureza..., celos, iras, rencillas. disensiones, divisiones, envidias»... (Gai. 5,19). En cambio, los frutos del Espíritu: «caridad, gozo, paz..., bondad...» (Gai. 5,22). El cristiano ha de huir de las obras de la carne: «No seamos codiciosos de la gloria vana provocándonos y envidiándonos unos a otros» (Gai. 5,26). Debe, por el contrario, vivir del Espíritu: «Servios unos a otros por la caridad» (Gai. 5,13).
- B. Contraria al Cuerpo Místico. Sería imposible la envidia si todos nos consideráramos miembros del Cuerpo Místico. Envidia la mano al ojo que ve, al corazón que late...? Todos formamos un Cuerpo en Cristo. Cada uno es miembro en este Cuerpo. con una misión propia y específica dentro de él, con gracias distintas según esta misión, y quién más, quién menos. Todo está sabiamente ordenado para la edificación de este Cuerpo. Por qué envidiar a quien ha recibido más, si lo ha recibido para bien del Cuerpo. para bien de todos, para bien mio?... (cf. San Agustín, p. 182, f).

III. *Hijas de la envidia.*

- A. La envidia es un vicio capital. Hijas de la envidia son las exageraciones, las interpretaciones torcidas, los comentarios, la murmuración, la calumnia y el odio. Y del odio se puede llegar al crimen. Cain mató a Abel, y su maldad comenzó por ser envidiosa. Los hermanos de José quisieron perderle por envidia. La envidia fue, con la soberbia. la que indujo a Calfás y los fariseos a la muerte de Cristo. Muchos crímenes actuales han tenido su origen en el mismo vicio capital (cf. San Agustín, p. 180 b, y Santo Tomás, 190. C).
- B. La envidia es tristeza por el bien ajeno. En realidad este bien no lo podemos suplirlo. Queremos suprimirlo en nosotros. en nuestro corazón y en nuestra lengua. Y o rebajamos los méritos, o disimulamos sus virtudes, o exageramos sus defectos,

o inventâmes otros que no existen. Queremos que no se vean en otros los bienes que apreciamos para que nuestra gloria sea mayor que la del prôjimo.

- IV. *Remedio de la envidia.*—*Para acertar en el remedio investiguemos la causa de la envidia. Dijimos antes que es obra de la carne. Inmediatamente nace de la vanagloria: «La gloria vana, al corromper el espiritu, engendra la envidia» («Sum. Theol.», 2-2, q. 36, a. 4 ad 1). Si no se ataca al orgullo, es imposible destruir la envidia. Por eso hemos de pedir la humildad y aceptar las humillaciones que Dios envíe o permita (cf. San Agustín, p. 180 c y ss).*

Los falsos celos

- I. *El espiritu humano de los discipulos de Juan: la envidia (cf. San Juan Crisôstomo, 165, A). El espiritu divino de Juan busca la paz y la union.*
- H. *El signo distintivo de los verdaderos discipulos de Cristo (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 61,3).*
- A. «Para que todos sean uno» (Io. 17,21).
- B. «Ubi charitas et amor, Deus ibi est» (liturgia).
- III. *¿Como, pues, existen y han existido siempre celos y divisiones en la Iglesia? (cf. Pedro el Venerable, p. 194, A).*
- A. Existen:
- a) Espiritu de part-ido entre las distintas asociaciones.
- b) Entre los aficionados de diversas personas.
- B. Han existido siempre:
- a) *En los primeras dias ya hubo divisiones entre los cristianos judios y greco-judios (Act. 6,1).*
- b) *San Pablo tuvo que reprender a los que se decian de Pedro y de Pablo o de Apolo (1 Cor. 3,4.6.22; 1 Cor. 1,12; 4,6).*
- C. *¿Por qué? Porque el espiritu de Cristo solo busca la gloria de Dios y el bien de las almas por medio del oscurecimiento propio. Pero se suele mezclar el espiritu humano, que busca la gloria propia, los afectos de la amistad, etc.*

Danos.

- A. No sólo perjuicio, sino pérdida total de la gloria de Dios y del bien de las almas.
- B. Discusiones, rencillas...
- C. Pérdida del mérito de nuestros trabajos. ¿Por quién se hacen?

V. *Remedios.*

- A. Buscar sólo a Dios: «Utrum oportet crescere, me autem minui» (Io. 3.30).
- B. San Pablo sabe que hay en Roma quienes se dedican a predicar a Cristo movidos sólo por el deseo de igualarle o superarle. A Pablo no le importa. Con tal que se predique a Cristo... (cf. Pedro el Venerable, p. 197, e).

*El escándalo de Cristo**El falso escándalo y sus clases.*

- A. Hay un escándalo que se recibe y que no se da. Su razón está en el escandalizado, no en el que escandaliza. Jesús no puede dar escándalo a nadie, pero las gentes se escandalizan de Él sin motivo alguno (cf. Bossuet, p. 215 y ss).
- B. Este escándalo recibido y no dado puede provenir:
 - a) *De la debilidad de inteligencia y estrechez de espíritu del que se escandaliza. Es el escándalo de los débiles o «pusillorum». El de quien no sabe interpretar la ley y se asusta, por ejemplo, de las excepciones* que pueden provenir de la necesidad o la caridad.*
 - b) *de la intención perversa de quien las busca torcidas. Es el escándalo de los fariseos, de quienes recibió su nombre. El del malo, que desea disminuir la virtud ajena para que no resulte su maldad. El del hipócrita, que lo intenta para que brille únicamente su virtud fingida. El de quien, no queriendo convertirse, desea parecerse a pecadores cuantos le predicán con la palabra o el ejemplo.*

Cristo, objeto de escándalo (cf. (Apuntes exeg.-moral.», p. 163.4).

- A. El Señor se vio perseguido por el escándalo fariseo.
- B. Si curaba.... era en sábado (Mc. 3.4; Le. 13,14).

- C. SI expulsaba demonios..., *lo hacia en virtud del poder de Belcebu* (Mt. 12,27; Me. 3,22; Lc. 11,15).
- D. SI confesaba su divinidad..., *era un blasfemo* (Mt. 9,3; 25,65; Me. 2,7; 14,64; Lc. 3,21; Io. 10,36).

III. *La Iglesia, objeto de escândalo.*

- A. SI predica las obligaciones de la caridad y el recto uso de la riqueza..., es demagógica.
- B. Si explica el fundamento natural de la propiedad y el respeto de sus derechos..., amaga del capitalismo.
- C. Si Inculca la obediencia a la potestad legítima..., tuteladora de tiranos.
- D. SI defiende los derechos Individuales frente al abuso del poder..., revolucionarla.

IV. *El justo, objeto de escândalo.*

- A. No es el discípulo más que su maestro. Y como El, puede ver interpretadas torcidamente sus acciones e intenciones. Es muy fácil que así ocurra, y esta facilidad aumentará en proporción directa con su virtud y con la maldad de quienes le rodean.
- B. Pero aun el justo puede, por descuido y aun por falta de virtud, ser causa de escândalo para los débiles, que creen poder exigirle se vea libre de toda debilidad, o sujeto a ciertas normas, quizá excesivas.

V. *Normas contra el escândalo.*

- A. No hablamos del que se da culpablemente. Mucho menos del que en esa forma se da a los niños. A los tales más les valía que les ataran una piedra de molino al cuello (Mt. 18,6; Mc. 9,41).
- B. En cuanto al escândalo de los débiles, habremos de evitarlo con cierto cuidado, especialmente cuando se trate de niñas sencillas e Ingenuas a quienes se pueda perjudicar. La caridad nos obliga.
- C. El escândalo fariseo ha de ser despreciado. Que no nos detenga nunca en el camino del bien. No lo miremos jamás, como no sea para elevar a Dios una oración pidiéndole que ilumine el entendimiento y mueva la voluntad de quienes maliciosamente se escandalizan.

10

El Mesias y el pueblo judío

- I. «(j)Eres tû el que viene?»* (Mt. 11,3). *El pueblo judío, cuya misión era esperar al Mesias, preparar sus caminos y recibirle; que debía conocer claramente su figura, trazada por los profetas, hace a Jesucristo esta pregunta: «¿Eres tû el que viene o hemos de esperar a otro?»* En ella podemos establecer la línea divisoria de dos etapas en la vida histórica del pueblo escogido: el florecimiento y la decadencia. El florecimiento, debido a la predilección de Dios, y la decadencia, motivada por el castigo divino.*
- II. *El pueblo judío en el Antiguo Testamento.*
 - A. A pesar de las sombras de Infidelidad que empañan a Israel en el Antiguo Testamento, castigadas severamente por Dios, podemos decir, no obstante, que fué la «estrella de Oriente».
 - B. Su mayor grandeza, la intimidad con Dios.
 - a) «Si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex. 19,5-6).
 - b) Dios encarga a Moisés que santifique a su pueblo. «Ve al pueblo y santifícdlos hoy y mañana» (Ex. 19,10).
 - c) Dios está en medio de él, representado por el Arca de la Alianza (Deut. 4,7).
 - d) El pueblo hebreo, entre los pueblos antiguos del Oriente y del Occidente, es el único que tiene idea exacta de un Dios creador de todas las cosas. Su «historia es un himno sin fin en alabanza del Dios que le conduce y le gobierna.... Lo que caracteriza* al pueblo hebreo, lo que le distingue de todos los pueblos de la tierra, es la negación de sí mismo, su aniquilamiento delante de Dios* (cf. Donoso Cortés, p. 218ss).
 - C. Su legislación. Supera en mucho a las antiguas legislaciones, pues abarca todos los aspectos de la vida humana, desde el penal hasta el litúrgico. «Es el único de la tierra, entre los antiguos, que conservé en toda su pureza la noción de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres» (cf. Donoso Cortés, ibid.).

- D. En el aspecto social. Para que la désignai reparti-
ciôn de las riquezas no alterase la armonia en el
pueblo, Israel fundô el jubileo, que viene a resta-
blecer periôdicamente el sabio equilibrio (cf. *ibid.*).
- E. Jerusalén, «visio pacis», es simbolo de este pueblo
grande, que estaba llamado por Dios a ser el ma-
yor de la tierra (cf. *Donoso Cortés, ibid.*).

III. *El pueblo judio en el Nuevo Testamento.*

- A. Jesucristo lo increpa duramente. Lloro sobre Je-
rusalén... (Le. 19,41). Se lamenta de los dias terri-
bles dei castigo y de la destrucciôn de la ciudad y
dei templo... (Le. 19,43-44).
- B. El pueblo judio es dispersado por la tierra... Ha
sido despreciado por otros pueblos... Marcha erran-
te, cual otro Edipo, sin patria, sin naciôn, sin
templo... «Camina sin lumbre en los ojos y sin re-
posarse jamâs, de pueblo en pueblo, de regiôn en
regiôn, de zona en zona, mostrando en sus manos
una mancha de sangre que nunca se quita y nun-
ca se seca» (cf. *Donoso Cortés, p. 223*).

IV. *¿Cuál es la causa de este cambio? La infidelidad. La vocation de los judios era recibir a Cristo. Cegados por su orgullo, interpretando materialmente las Es- crituras, «los suyos no le recibieron» (Io. 1,11). Al con- trario, le acusan, le persiguen y terminan crucificdn- dole. Jesucristo mismo llorô esta infidelidad cuando decia: «Jerusalén, Jerusalén... ¿Cuântas veces guise reunir a tus hijos a la manera que la gallina reune a sus polios bajo las alas y no quisiste!■»... (Mt. 23,37).*

V. *La historia del pueblo judio se repite frecuentemente en las aimas.*

- A. Los Santos Padres han visto en Jerusalén un sim-
bolo del aima cristiana.
 - a) *Ella, como el pueblo, fué santificada en el bautismo.*
 - b) *Forma parte dei «linaje escogido, sacerdotio real, na-
tion santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del
que os llamô de las tinieblas a su luz admirable» (1
Petr. 2,9).*
 - c) *Es objeto de una especial providentia de Dios, y todo
esto para que ella cumpla con una vocation semejan-
te a la del pueblo judio: la de recibir a Cristo, vivir
su vida, aceptar su palabra y reflejarla en las obras.*
 - d) *El secreto para el cumplimiento de esta vocation no
es otro que la fidelidad. Todos los hombres son lla-
mados a la santidad de vida mediante la imitation
de Jesucristo. Se hacen santos los que son llamados
a la santidad de vida mediante la imitation de Jesu-
cristo. Se hacen santos los que son fieles y, en cambio,
llegan al pecado los que no lo son. ¿Qué hubiera sido
de Pablo infiel a Cristo? Un hombre grande, pero des-
gratiado, escandaloso, pecador. ¿Qué hubiera sido de*

Juliano el Apôstata fiel a Cristo? Uno de los emperadores mas santos y piadosos.

- B. Por la infidelidad a Cristo caen los hombres en el pecado. Por la infidelidad a Cristo hay muchas almas que deseando ser buenas viven sin dar fruto, sin tener paz con los demás, sin encontrarla tampoco en sí mismos y expuestos a caer en el pecado.
- C. Examine, por tanto, cada uno su fidelidad en el amor a Dios, amor al prójimo, cumplimiento de sus deberes, oración, mortificación, para alejar un castigo, del que, como el pueblo judío, se haría merecedor si no fuera fiel a su vocación.

Afirmación de la divinidad de Cristo

I. Cristo se declara Dios.

- A. En la presente escena verifica primero una serie de milagros y después confiesa implícitamente que es el Mesías (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 162, d).
- B. Al fin de su vida (lo. 20,30-31) afirma su divinidad apoyándose en los milagros verificados.
- C. En el juicio del Sanedrín, en un momento en que se pesan todas las palabras, pues depende la vida de ellas.
 - a) *Se confiesa Hijo de Dios* (Mt. 26,64; Mc. 14,62; Le. 22,70).
 - b) *Por lo que es condenado como blasfemo* (Mt. 26,65; 14,64).
 - c) *Se le acusa del mismo delito ante Pilatos* (lo. 19,7).

U. Comprobación (cf. Santo Tomás de Villanueva, p. 199, b).

- A. Los milagros. Esta afirmación tan clara, y así entendida por los judíos, se comprueba por los milagros (cf. Fr. Luis de Granada, p. 206, b y c).
- B. Un raciocinio tajante. Aun prescindiendo de los milagros, podemos asentar el siguiente razonamiento: El que se dice Dios es o el más grande de los Impostores, o el más grande de los locos, o Dios realmente.
 - a) *Cristo no es un impostor. Las escasas voces blasfemas que llegaron a asegurarlo han sido acalladas*

por la historia. Los mismos ateos científicos de hoy desprecian tales afirmaciones. De los pocos discípulos de Voltaire que osaron decirlo, no se acuerda nadie. Cristo es para todos el hombre más grande de los siglos.

- b) *Cristo no es un loco. Afirmar de un modo constante la propia divinidad supone no un entusiasmo momentáneo, sino una locura intensa, incapaz de una obra ejicaz y constante y caracterizada por el desequilibrio de las facultades. Pero Cristo representa el equilibrio total de unas facultades perfectísimas en sumo grado.*

1. Entendimiento.

1. *Profundo: Véase la doctrina sobre la perfección en el Sermón de la montaña (Mt. 7,12-23) y sus frases sobre la Santísima Trinidad en la última Cena (Io. 17,1-19).*
2. *Agil: Véanse las respuestas a quienes intentaban sorprenderle; por ejemplo, el tributo al César (Mc. 12,44; Le. 20,22).*
3. *Universal: No dominado por una idea fija. Habla del dogma, de la moral; escoge ejemplos entre los elementos más variados y los acomoda a las más diversas circunstancias.*

2. Voluntad.

1. *No es débil: Desafía hasta la muerte.*
2. *No es irracionalmente tenaz, ni desordenadamente impetuosa, ni independiente de los motivos intelectuales. En entendimiento de Cristo ha visto claramente su misión y la voluntad le sigue a través de todas las circunstancias.*

3. Facultades sensitivas.

1. Imaginación.

1. *Fácil, equilibrada, no dominante, sino al servicio de la razón. Ejemplo: las parábolas.*
2. *Ningún desequilibrio, ni exageración en las figuras, que son sencillas y se adaptan magníficamente al fin propuesto.*
3. *En las ocasiones en que era más fácil que se desbordara la Imaginación de Jesús, se contiene dentro de los límites de la oratoria hebrea; por ejemplo, en los anuncios del Juicio final.*
4. *Ninguna de las acciones de Cristo tiene los caracteres de la acción imaginativa.*

2. Pasiones.

1. *No es un hombre enfermizamente frío: Hora ante el sepulcro de Lázaro (Io. 11,35); se Uena de Ira con los mercaderes del templo (Mt. 21,12-13; Mc. 11,15; Le. 19,45-48; Io. 2,19-18); se acongoja de miedo en el huerto (Mt. 26,38); Mc. 14,33).*
2. *Las pasiones de Cristo actúan sólo en el momento oportuno y dentro de la medida racional. Su Ira y su llanto están motivados. En medio de la ira se contiene ante las palomas. En el huerto domina el terror.*

4. Vida de relación.

2. *Atrae y domina con sus discursos: «Jamás
bre alguno habló como este*» (Io. 7,16). ham-*
Con su vida y advertenda a los suyos, etc.
La obra constante y eficaz, incompatible con Ia Io-
cura, la tenemos presente: el cristianismo v la
Iglesia.

III. Conclusión.

- A. ««-Eres tû el que viene?»... (Mt. 11,3).
B. «Regem venturum Dominum, venite adoremus»
C. «Dominus est» (Io. 21,7).

El milagro

- I. *Escena evangélica. Cuestión: ¿Por qué verificó Dios los milagros?*
II. *Fin del milagro.*

- A. Dios ha escrito un libro en el que pueden leerse su existencia y atributos: la creación.
B. Pero:
a) *Unas veces los hombres descuidan leer ese libro y se olvidan de Dios o corrompen su noción (Rom. 1,18-20).*
b) *Otras veces Dios quiere revelarles verdades u obras suyos no contenidas en ese libro.*

Cuando Dios quiere recordar al hombre lo que ya sabe o puede saber, o cuando desea manifestarle otros misterios, vuelve a hablar y acompañar su locución con los milagros, que le sirvan de Arma y de prueba.

El hecho del milagro (cf. Fr. Luis de Granada, p. 206. b y c).

- A. Antes de Cristo, Dios habló muchas veces y de muchos modos (Hebr. 1,1).
a) *Milagros del Sinai.*
b) *Milagros de los profetas.*
B. Ultimamente nos habló por medio de su Hijo (Hebr. 1,1).
a) *El milagro de seguir sus pasos.*
b) *Milagros en la naturaleza inanimada: bodas de Caná, multiplicación de los panes, tormenta calmada. andó sobre el agua, etc.*
c) *En la naturaleza animal: los cerdos se arrojan al mar. un pez le trae la moneda del tributo.*

- d) *En el cuerpo humano vivo: curaciones.*
 - e) *En el cuerpo humano muerto: resurrecciones.*
 - f) *En las almas: adivina el pensamiento.*
 - g) *En los espíritus: los ángeles se aparecen, domina a los demonios.*
 - h) *En resumen: en toda la naturaleza, cuyo Señor es.*
- C. Cristo «Ubiô a los cielos, pero dejô en la tierra a la Iglesia, que prolongará su misión.
- D. Los milagros fueron siguiendo también los pasos de la misma. Hoy tenemos los de Fátima y Lourdes (cf. sec. 7.º III).

IV. *¿Cuál es la postura racional ante el milagro?*

- A. No es la del impío, que niega a sabiendas. Zola estudia en Lourdes la curación milagrosa de una tuberculosis, y después escribe una novela narrando la muerte de la enferma en el viaje de vuelta. Lo cierto es que la enferma vivió muchos años, se casó y tuvo varios hijos. Esa postura es irracional y malvada.

No lo es tampoco la de quienes sientan como principio que no puede haber milagros, y después los rechazan sin examen. Es la postura del agnóstico contemporáneo, confesada por él mismo. El camino científico es el contrario: primero, estudiar los hechos; segundo, si son milagrosos, reconocer su posibilidad.

Es más racional la postura de un Alexis Carrel.

Lo totalmente lógico es doblar la rodilla ante el milagro y decir: «Había, Señor, que tu siervo escucha» (1 Reg. 3,9).. \

13

El milagro moral

- I. *El milagro de la Iglesia católica. Hay también milagros en el orden moral. Un hecho constante contra el orden moral es un milagro. La vida de la Iglesia católica es un milagro que ha robustecido a muchos Cristianos en su fe y que ha aproximado a muchos hombres a la verdad.*
- II. *Palabras de Gamaliel: «Dejad a estos hombres, dejadlos; porque si esto es consejo u obra de hombres, se disolverá; pero si viene de Dios, no podréis disolverlo,*

*y quizà algûn dia os halléis con que habéis hecho la guerra a Dios** (Act. 5,38-39).

III. *Diecinueve siglos después. Suponed que Gamaliel está présente en Roma, en el momento en que el Papa proclama el dogma de la Asuncion de Maria Santisima a los cielos. Si este hombre pudiera tener una idea de lo que significaba la escena, del valor de la representation de mâs de 600 obispos alli présentes, y pudiera ver en un instante la Iglesia catôlica extendida por todo el mundo, y, sobre todo, centrada su atenciôn en la figura del Romano Pontifice, Pio XII, y al preguntar quién era aquel hombre y qué significaba, le dijieran que era el sucesor número 261 de Pedro, que en una linea ininterrumpida ha presidido las generaciones de la historia, y tuviera una idea râpida de la ruina dei Imperio romano, y del nacimiento y caida de tantos reinos en el curso de los siglos, y supiera que este hombre es el soberano mas grande que hay en la tierra, sin armas ni ejércitos, que représenta el imperio espiritual de la fe y del amor..., Gamaliel diria: Evidentemente, la misiôn de Pedro era misiôn de Dios, no de los hombres.*

IV. *Visiôn histôrica.*

- A. Humanamente es inexplicable la historia de la Iglesia. Dejemos a un lado su proclamaciôn en Jerusalén, a los cincuenta dias de haber muerto Jesus, y su desarrollo en los tiempos apostôlicos. No paremos mientes en el trunfo del cristianismo sobre el Imperio romano, que histôricamente es inexpugnable, y vengamos a los tiempos modernos.
- B. Macaulay, después de eloglar la Constituciôn inglesa, la mâs perfecta que habian conocido los hombres, y la solidez dei Imperio britânico, al parecer inquebrantable en su época, anadia: «Sin embargo. cabe reconocer que hay otra instituciôn todavia mâs admirable que la nuestra, el Pontificado Romano, mâs antiguo que todas las dinastias europeas. c-Cuâl es la mâs venerable en Europa? éLa de Carlomagno? Carlomagno fué coronado por un Papa, cuyo sollo llevaba ocho siglos de existencia. Pues bien, en el porvenir, habrá desaparecido Inglaterra. y subsistirá el Pontificado Romano. Llegará un dia en que esta vasta llanura en la que se asienta la magnifica ciudad de Londres no sea mâs que un montôn de escombros. Entonces, cuando el viajero que venga de Nueva Zelanda, o de Australia, o del punto en que entonces radique la civilizaciôn. apoyándose en el último de los arcos rotos

del puente de Londres, tome un apunte de las ruina de nuestro Parlamento, el Pontificado de Roma seguírd aun enviando a las regiones salvajes del mundo misioneros que prediquen la doctrina de Cristo con el mismo convencimiento, con la misma fe y con el mismo amor con que San Agustín y sus compañeros llegaron a fines del siglo vi a las costas del condado de Kent para evangelizar Inglaterra» (cf. *Edimburg's Review*, oct. 1840).

- V. *Después de dos guerras la profecía de Macaulay se va cumpliendo plenamente. Sólo en lo que va de siglo se han hundido cuatro grandes imperios: Rusia, Alemania, Austria y Japón. ¡Cuántos monarcas han perdido su corona! ¡Cuántas constituciones quebrantadas o resquebrajadas! Y, ¿por qué no decirlo?, la misma Constitution británica se halla en manifiesta decadencia. La Iglesia, sin embargo, es hoy más fuerte que nunca.*
- VL *Las cuatro dotes. Se puede afirmar que las cuatro dotes de la Iglesia verdadera: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad, brillan externamente hoy como nunca en la Esposa de Jesucristo.*

A. Unidad de la Iglesia:

- a) *El dogma. Nunca aparece tan perfecta como hoy la unidad en la fe. La proclamación del último dogma, el de la Asunción, ha sido recibida con fervor y entusiasmo por la Iglesia universal. ¡Oh obispos de todo el mundo se agrupan en torno del Pontífice. El clero y el pueblo de todas las diócesis, en torno de Sus obispos.*
- b) *La disciplina. Nunca como en nuestros días se hallan unidos los sacerdotes con sus obispos y los obispos con el Papa. Estaba reservada a nuestra época la comunicación directa y personal del Papa con los fieles. Ningún Pontífice ha ejercido un magisterio tan frecuente, tan universal y tan directo como Pío XII. La prensa, la radio, han hecho llegar su voz a los últimos confines del mundo. La facilidad de comunicaciones ha reunido en torno al Papa multitudes de todos los continentes y de todas las clases sociales, para oír de sus labios la palabra de verdad y la enseñanza moral.*
- c) *El derecho. La época moderna ha conocido un verdadero milagro, que es la unificación del Derecho Canónico. prueba evidente de la vitalidad de la Iglesia. Personas díscolitas creían imposible la unificación por la variedad de costumbres, hilas de la extensión de la Iglesia por el mundo entero. La tramitación maravillosa que precedió a la publicación del Código y la aceptación unánime del mismo en todo el orbe constituyen una prueba de la santidad moral de la Iglesia. Puede decirse que la perfección de las personas morales se prueba por su unidad. La unidad de entendimientos y de voluntades es la característica de la persona moral. Nunca tan unida la Iglesia como en el siglo XX.*

- B. La Iglesia, santa. El Espiritu Santo opera hoy como nunca en la Iglesia. Muchos opinan que jamás ha habido tantas aïmas de oraciôn como en nuestros dias. Las Ordenes religiosas, flor de la Iglesia, se han multplicado extraordinariamente y, acaso, las vocaclones son mäs numerosas en los paises que van al frente de la civillzaciôn material. El número de seglares de oraciôn aumenta. Prueba de la santidad de la Iglesia son las canonizaciones. Nunca ha habido tantas canonizaciones como en la Iglesia contemporânea.
 - C. La Iglesia, catôlica. La Iglesia, por emplear el lenguaje modemo, cubre un ârea superior a la que jamás ha cubierto en la tierra. Las misiones se han extendllo como nunca, y jamás ha sido tan perfecta su organizaciôn. La Iglesia jerârquulca ha abarcado todos los continentes. Aumenta el numero del clero indigena. Han sido consagrados obispos de todas las razas. Finalmente, el mismo Colegio Cardenalicio ha alcanzado hoy una nota de catolicidad sin precedente en la historia.
 - D. La Iglesia, apostôllca. La Iglesia moderna busca, cada vez con mäs eflcacia, la union directa con el espiritu de los apóstoles. Hasta los seglares leen y estudlan como nunca el Nuevo Testamento. Y, lo que es mäs importante, hoy la Iglesia se siente como nunca por el pueblo como Cuerpo místico de Jesucristo. Los fieles estân mäs ilustrados respecto de la vida interna eclesiâstica. Un ultimo hecho fellz viene a sellar esta apostolicidad de la Iglesia: el descubrimiento de la tumba de San Pedro en el sôtano del palacio que ocupa el Papa reinante.
- VII. *cEres tu el que viene? Evidentemente, Cristo era el Mesias. «Fundar imperios por la fuerza, decia Napoléon, lo han logrado varios hombres en el mundo: Alejandro, César..., yo mismo. Fundar un imperio por el amor, e imprimirle una consistenda inquebrantable, no lo ha hecho mäs que Jesús. El imperio de Jesûs no es imperio de hombres. Jesûs era mäs que un hombre.**

Hacer el bien

I. *Paso haciendo el bien.*

- A. He aquí una de las características del Mesías, según los profetas: «hacer el bien» (Is. 35,5). Jesucristo nos la ofrece como señal inconfundible de la llegada del reino de Dios.
- B. *Pasô* haciendo el bien en los cuerpos y en las almas.
 - a) *Ven los ciegos, oyen los sordos, andan los parotíticos, hablan los mudos, resucitan los muertos.*
 - b) *En lo espiritual, los pecadores alcanzan el perdôn de sus culpas; las lágrimas se enjugan, se consuela a los tristes...*
 - c) *En Judea y en Galilea, en las ciudades y en los caminos, Jesucristo manifiesto su omnipotencia obrando milagros en bien de los desgraciados y afligidos, sean éstos justos o pecadores, amigos o enemigos, del pueblo judío o del gentil.*

II. *Hacer el bien, misiôn de la Iglesia.*

- A. La Iglesia, continuadora de Jesucristo, perpetua hasta el fin de los siglos la obra redentora, santificadora y docente de su Fundador. Y no menos es benéfica.
 - a) *Antes de ella los antiguos desechaban a los desgraciados. «Tenian—dice Chateaubriand—dos conductos para deshacerse de ellos: el infanticidio y la esclavitud».*
 - b) *Desde que aparece la Iglesia nace en el mundo Cristiano la preocupaciôn por los desvalidos. San Pablo organiza ya una colecta en beneficio de los pobres. Aparecen las diaconías, donde se recogen viudas, huérfanos, viejos y menesterosos.*
 - 1. En los concilios primitivos se encuentran multitud de disposiciones encaminadas a la práctica de la caridad. El de Tours (566 ó 567) ordena que cada ciudad mantenga sus pobres y que los sacerdotes rurales y sus feligreses alimenten a los suyos, para evitar que los mendigos vagabundeen por las ciudades y provincias. El Concilio de Orléans (549) manda a los obispos que en particularmente de los pobres leprosos de su diócesis y les suministren, del fondo de la iglesia, alimento y vestido.
 - 2. Asimismo, obliga al arcediano o preposito de la iglesia a visitar a los pobres todos los domingos, a informarse de sus necesidades y a suministrarles alimento por medio de una persona elegida por el prelado.

- B. Cualquiera que examine la historia de la Iglesia observará que su obra benéfica va aumentando y organizándose a través de los siglos. Los primeros brotes del inmenso árbol de la caridad extienden en nuestros días sus ramas a los pobres, enfermos e ignorantes en multitud de hospitales, dispensarios, orfanatrofios y escuelas. Por si fuera poco, una legión de aïmas consume su vida haciendo el bien en nombre de la Iglesia: Hermanos de San Juan de Dios, Hermanas de la Caridad, Hermanas de la Cruz, Hermanitas de los Pobres... «Esta obra y ministerio (de caridad) los reclama como propios la Iglesia, que, cual heredera, guarda el espíritu de su Fundador. Su vida íntegra es un tejido de variedad admirable de beneficios; pues ella, verdadera madre de los cristianos, de tal manera comprende el amor del prójimo y la caridad, que las diversas enfermedades que por sus pecados padecen las aïmas, en ella encuentran su conveniente medicina; de modo que educa y enseña suavemente a los niños, fuertemente a los jóvenes, con serenidad a los ancianos, a cada uno según su condición y edad» (Benedicto XV, *Pacem Dei munus*, 9).

III. *Distintivo del cristiano: hacer el bien.*

- A. No sólo los actos de piedad, las insignias de las hermandades, el adorno de los retablos y el regalo de Imágenes. Sin reprobar nada de esto, hay que decir que no son los verdaderos distintivos del cristiano, cuya característica es parecerse a Cristo en aquello que El practica y recomienda y en lo que señala como misión suya esencial: hacer el bien.
- B. El mejor criterio para valorar la vida cristiana de un pueblo no radica en la piedad individualista. Se debe considerar más bien si en el pueblo existe un espíritu de misericordia, de caridad, de beneficencia. Es muy lamentable ver cómo hay cristianos que se conceptúan buenos y espirituales porque comulgan con frecuencia y vacan a la oración, pero revelan después un corazón cerrado ante las necesidades ajenas. ¿Podrán reputarse los tales como discípulos de aquel que pasó haciendo el bien?
- a) *Sin limitación. Dios es la bondad. El bien es siempre reflejo de Dios. Cuando se haep. se comunica a El. Por eso no han de mirarse las circunstancias de nuestras acciones: si aquel en cuyo beneficio las verificamos es amigo o enemigo, rico o pobre, sabio o loco.*

norante. El bien ha de obrarse para todos. «Para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos» (Mt. 5 45' Tal es la recomendación de San Pablo: «En todo tiempo os hagáis el bien unos a los otros y a todos» (I Thes. 5,15).

- b) *A los enemigos. El verdadero cristiano debe hacer el bien aun a los mismos enemigos. Lo prescribe expresamente Jesucristo: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen» (Mt 5 44' Y el apóstol San Pablo recoge dos sentencias de los Proverbios (Prov. 25.21): «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer: si tiene sed, dale de beber; que haciendo así amontonas carbones encendiéndolos sobre su ceniza. No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien» (Rom. 12,20-21).*
- c) *A los pobres y necesitados. Más que a nadie. Dios permite en unos la necesidad, la enfermedad, la pobreza, para que otros se ejerciten en la caridad. Jesucristo hizo el bien al pueblo y entre el pueblo. La Iglesia no se cansa de predicar y clamar por esta acción benéfica orientada hacia los humildes. Hemos de preguntarnos si cumplimos con esta misión. No es lo más fácil ni lo más cómodo, pero sí lo más esencial. El pueblo suele ofrecer buena disposición para la vida cristiana por su fe y la sencillez de su alma. Sin embargo, se aparta de Dios y descuida el cumplimiento de sus deberes relacionándose. Mucho fruto consigne la predication, mucho también la oración: mas para lograr plena eficacia resulta indispensable la beneficencia por parte de los cristianos.*
 - 1. *La consigna de San Vicente de Paul, realizada por las abnegadas Hijas de la Caridad, se cifra en este lema: «Por los cuerpos, a las almas», y la de San Juan de Dios fue idéntica.*
 - 2. *Pasaron, como Cristo, haciendo el bien, y consiguieron levantar los corazones hacia Dios.*

IV. *Aplicación. ¡Qué interesante nuestro contacto con el pueblo necesitado! Pero importa mucho que este contacto sea personal. Si gran obra es la limosna, su valor se acrecienta cuando nosotros las llevamos personalmente, y vemos dónde viven, dónde duermen y de qué se alimentan los pobres a quienes socorremos. Que puedan decir que Cristo ha nacido este año, porque se les ha instruido, alimentado, vestido, consolado y tranquilizado (cf. San Juan Crisóstomo, p. 166 B-174).*

Evangelizare pauperibus

- I. *Evangelizar a los pobres. Jesucristo, para dar prueba de su divinidad, dijo en más de una ocasión que El había venido a evangelizar a los pobres* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 163,3).
 - A. Así en el evangelio de hoy.
 - B. Así en el primer sermón que pronunció en la sinagoga de Nazaret. «El Espíritu Santo está sobre mí porque me ungió para evangelizar a los pobres» (Le. 4,18).
 - C. Y la primera bienaventuranza es: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (Mt. 5,3).
- II. *Cómo evangelizó a los pobres* (cf. Santo Tomás de Villanueva, p. 200,3).
 - A. Nació pobre. De padres pobres.
 - B. Anunció antes que a nadie su Evangelio a los pastores, pobres.
 - C. Vivió pobre. Se ganó la vida con su trabajo, porque era hijo del carpintero.
 - D. Se vio rodeado constantemente de los pobres. A veces tres días y tres noches (Mc. 8,2) seguidos predicándoles, curándoles y, por fin, alimentándoles magníficamente.
 - E. Mostró particular amor al pueblo: *Misereor super turbam* (Mc. 8,2). Se compadeció de la miseria material y espiritual del pueblo. *Estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor* (Mt. 9,36).
 - F. Eligió casi todos sus discípulos de entre los pobres.
 - G. Murió pobre.
- III. *Elogio de la pobreza. No sólo con el ejemplo, sino de palabra, elogió Nuestro Señor Jesucristo la pobreza. Dijo que para los pobres era el reino de los cielos* (Mt. 5,3). *Más aún, que los pobres introducirían a los ricos en el reino de los cielos* (Le. 16,9).
- IV. *Peligro de las riquezas. Paralelamente a las ventajas de la pobreza expuso el Señor reiteradamente el peligro de las riquezas. Porque exigió a los ricos que para ser perfectos lo dejaran todo y le siguieran. Y como los ricos no fueron fieles a la palabra de Dios. Dios*

pronunciô su famosa sentencia sobre lo difícil que es a los ricos entrar en el reino de los cielos (Mt. 19,23-24).

V. *Hizo de la Iglesia una sociedad de pobres.*

- A. Hizo de la Iglesia una sociedad de pobres, y de la limosna, la Have para entrar en el reino de los cielos.
- B. Tuvo un elogio especial para la limosna bêcha por los pobres: el denario de la viuda (Me. 12,41-44; Le. 21,1-4).

VI. *Correspondencia del pueblo.*

- A. El pueblo amô a Jesucristo. Le rodeaba, le oprimia, le acompañaba. En sus disputas con los escribas y fariseos, el pueblo se gozaba en los triunfos del Señor. El pueblo le proclamaba como profeta, y gran profeta (Mt. 21,11).
- B. El pueblo le quîso hacer rey (Io. 6,15).
- C. El pueblo se preguntaba: ôPor ventura no es éste el Mesias?
- D. El pueblo le recibe triunfalmente el domingo de Ramos en Jerusalén (Mt. 21,1-11; Mc. 11,1-10; Le. 19,29-40; Io. 12,12-19).
- E. El pueblo reacciona râpidamente de la pasajera ofuscaciôn del Viernes Santo, producida por los escribas y fariseos.
- F. En el propio monte Calvario, el pueblo (Le. 23,48) reconociô que habia matado al Justo y se golpeaba el pecho en serial de penitencia.

VII. *Sigamos el ejemplo de Jesucristo. Si queremos evangelizar al pueblo, debemos imitar a Jesucristo.*

- A. Amando al pueblo, que vive en la pobreza.
- B. Viviendo hasta corporalmente con el pueblo. Sean las parroquias de los suburbios las mejores atendidas. En los suburbios, las mejores escuelas. En los suburbios, las casas religiosas. Acostumbrémonos a vivir corporalmente en medio del pueblo. Excepciones hay honrosísimas y cada día mayores; pero en conjunto ôqué se puede decir de la conducta que hemos seguido para con el pueblo?
- C. Hay que comprender las necesidades del pueblo, poner el remedio posible a ellas por medio de la caridad y hacer todo el bien de la limosna espiritual y de la limosna corporal.
- D. Es inexcusable hacer justicia al pueblo, que vive de su trabajo. «La caridad—dice el Papa Pio XII—, para ser verdaderamente auténtica, debe siempre mirar a instaurar la justicia y no contentarse tan

sôlo con paliar los desôrdenes y las deficiendas de una injusta condiçôn* (*Carta a la Semana Social de Dijon*, 1952).

VIII. *El mejor sintoma. El mejor sintoma de que tenemos el espiritu de Cristo es el de que nos ganamos el amor del pueblo. Podrá haber uno u otro hombre ingrato, pero el pueblo, como tal y en conjunto, es apradecido y bueno. El pueblo, como los niños, conoce casi instintivamente quién le ama de verdad. El pueblo agradece una buena voluntad, aunque por falta de medios esa buena voluntad no se traduzca en obras.*

IX. *Sintoma fatal.*

A. Si el pueblo no está con nosotros es que no somos perfectos apôstoles de jesucristo.

a) *Si el pueblo no acude a nuestras iglesias, a nuestras reuniones o a nuestras asociaciones.*

b) *Si el pueblo no nos concede la confianza de sus sufragios, es que nosotros nos hemos apartado de él; es que no hemos sido buenos discipulos del divino Maestro.*

B. El pueblo, como niño que es, seducido por jefes perversos, podrá tener un momento de ofuscación, de ira, de crueldad y crucificar al Justo. Pero cuando de una manera constante, fría, general, universal, el pueblo se aparta de nosotros, es que nosotros no merecemos el nombre de justos. Es que no hemos entendido y practicado el Evangelio. Es que no hemos evangelizado en serio a los pobres.

16

Los ricos pobres

I. *Cristo amô a los ricos. Leyendo sôlo determinados capitules del Evangelio se puede llegar a esta conclusión: Cristo amô con preferencla a los ricos y vino a evangelizarles.*

A. Apenas nacldo, très ricos le vlenen a ofrecer presentes: oro, incienso y mirra (Mt. 2,11). Y la Iglesia ha hecho de esta adoración de los Magos una de las fiestas más solemnes del año litúrgico.

B. Al eleglr a sus apôstoles busca entre ellos a dos ricos: Bartolomé (Io. 1,45-50) y Mateo (Mt. 9,9; Mc. 2,14-15; Le. 5,27-29).

- C. Prefiere para hospedarse la casa de los ricos: Zaqueo (Le. 19,2-9).
 - D. Profesa particular amistad a los ricos: Lázaro y sus hermanas (Le. 10,38-42). El milagro más portentoso que hizo en la tierra fue la resurrección de un rico que llevaba cuatro días en el sepulcro (Jo. 11,1-44).
 - E. Entraba a comer con frecuencia en casa de los ricos: Simón el leproso (Mt. 26,6-13; Mc. 14,39).
 - F. Eligió, camino del Calvario, a un rico, Cleofeo, para que le ayudara a llevar la cruz (Mt. 27,32; Mc. 15,21; Le. 23,26).
 - G. Entregó su cadáver a dos ricos: José de Arimatea y Nicodemo, para que lo embalsamaran (Mt. 27,57; Mc. 15,43; Le. 23,50-53; Jo. 19,38-40).
 - H. Quiso ser enterrado en el sepulcro de un rico (Jo. 19,41).
 - I. Hizo de las riquezas, por medio de la limosna, la llave para entrar fácilmente en el reino de los cielos.
 - J. En sus parábolas representó muchas veces al Padre celestial en la persona de un rico: el padre del hijo prodigo (Le. 15,11-13), el señor de la vinya (Mt. 20,1-16), el gran señor que ofreció un gran banquete (Mt. 22,1-14), etc.
- II. *Los patriarcas, ricos. Los ricos santos tienen tradición en el pueblo judío. Los grandes patriarcas fueron hombres opulentos. Hay dos insignes figuras, Job y Tobias, que merecieron de Dios, como premia a sus virtudes, grandes riquezas temporales.*
- III. *Doctrina de las riquezas.*
- A. Dios no condena las riquezas. Comprendamos bien la doctrina de la Iglesia sobre la riqueza. Dios no condena las riquezas ni el poseerlas en abundancia. Al contrario, el rico de suyo goza de un puesto preeminente dentro de la Iglesia, puesto que es un administrador de Dios.
 - B. Misión providencial de los ricos: El rico ostenta una determinada representación divina en la tierra. La Iglesia honra muchas veces de un modo especial a los ricos que saben serlo, como reconociendo su misión providencial en la economía del mundo.
- IV. *Deberes de los ricos. Los puntos fundamentales de la doctrina son:*
- A. Que con frecuencia las riquezas están mal adquiridas («Mammona iniquitatis», Le. 16,9).

- B. Que son peligrosísimas para el hombre, porque la inmensa mayoría de los ricos ponen su corazón en las riquezas.
 - C. Que son poquitos los ricos que entienden bien el precepto de dar y de repartir liberalmente.
 - D. Como consecuencia de esto, que las riquezas pueden cerrar a muchos hombres la entrada en el reino de los cielos.
- V. *Los ricos pobres. Hay que enseñar a los ricos a ser pobres. A ser pobres de espíritu. A considerarse administradores de Dios nuestro Señor. En otra parte se dan normas acerca de la limosna* (cf. San Juan Crisóstomo, p. 166 y ss). *Aquí queremos resumir cuatro que por sí solas bastarían para orientar a un hombre de buena voluntad.*
- A. La que trae San Ignacio en los *Ejercicios* cuando expone siete reglas para ordenarse en el ministerio de dar limosna. El Santo, que no suele concretar con ejemplos, aclara aquí su idea con el de San Joaquín y Santa Ana, que hacían tres partes de sus rentas: una para sí, otra para el culto y otra para los pobres (cf. *Obras completas de San Ignacio*: BAC, p. 233).
 - B. Santo Tomás, que condensa la doctrina sobre cuánto y como hay que dar de limosna, responde: «Prompte, abundanter, hilariter».
 - C. La de León XIII en la «*Rerum Novarum*»: «Satisfecha la necesidad y el decoro y la perfección del propietario y la de los suyos, lo que resta hay que darlo de limosna» (cf. *ibid.*, 19).
 - D. La de San Pablo, que manda a los ricos de este mundo que den y repartan con liberalidad (1 Tim. 6,17).
- VI. *Arte difícil.*
- A. Abrazarse con la pobreza. Arte difícilísimo es el de administrar los bienes. Por eso de ordinario las almas que han querido seguir a Cristo de cerca han preferido abrazarse con la pobreza, por ser camino más seguro (cf. sec. 7.º, V y VI).
 - B. O conservan las riquezas para la gloria de Dios. En efecto, ha habido santos que han conservado sus riquezas para administrarlas según la gloria de Dios. Los ricos pobres o, por emplear la palabra de la Escritura, los «ricos sabios» alcanzarán un premio especial en la gloria. Las riquezas bien administradas vivirán eternamente. Las riquezas servirán al sabio de corona de gloria (Prov. 14.24).

17

El carácter

- I. *Juan es un carácter. Juan no es una caria agitada por el viento. La virtud propia de los hombres de carácter es la fortaleza* (cf. San Roberto Belarmino, p. 190, A).
- II. *La fortaleza.*
 - A. Definición. «Fortaleza es una virtud que mantiene a los hombres dentro de los límites de la razón, impulsándoles a realizar aquellas cosas que son razonables, sean cualesquiera los obstáculos que se ofrezcan» (cf. *Sunj. Theol.*, 2-2, q. 123, a. 1).
 - B. La fortaleza supone:
 - a) *un entendimiento iluminado por verdades operables o realizables;*
 - b) *una voluntad sometida al entendimiento;*
 - c) *una voluntad decidida a vencer los obstáculos que se ofrezcan en la realización de las obras. La fortaleza vence los impedimentos que se oponen a la voluntad en los lances o empresas difidles. El fuerte no es tímido, porque la fortaleza vence los temores. Pero el fuerte no es propiamente audaz* (cf. Balmes, p. 2(25,0).
- III. *Fortaleza y audacia. En el audaz la voluntad se mueve arrastrada por la pasión. En el fuerte, la voluntad esta sostenida y dirigida por la razón. En el audaz es mayor el impetu del arranque, porque a veces en el orden practice la pasión mueve la voluntad más vehementemente que la razón ordenadora. Pero el audaz es menos constante que el fuerte:*
 - A. Porque la pasión misma no es constante, cambia, se cansa, se debilita.
 - B. Porque la pasión no es previsor, y cuando llegan las grandes dificultades, como no estaban previstas, sorprenden y abaten. Por el contrario, el fuerte se apoya en la luz de la razón, que es constante y previsor, y con tiempo avisa las dificultades, las supera con paciencia y busca el remedio con serenidad.'
- IV. *Dos actos de la fortaleza.*
 - A. Acometer y resistir. Son dos los actos o momentos de la fortaleza: acometer y resistir. De ambos el principal y más difícil es resistir. El audaz suele ser

mâs brillante en el acometer. El fuerte, mâs constante en el reslstitir.

- B. No es lo mismo fortaleza que temeridad. El mundo llama fuertes a los temerarios, a los exaltados, a los impetuosos, por la decidida vehemencia con que acometen. El fuerte es muchas veces mâs cauto, pero no menos enérgico en el acometer. El mundo confunde a veces esta prudente cautela con la pusllanimlidad, la timldez o la cobardia.

V. *Foftaleza e ira.*

- A. El hombre fuerte no destruye las pasiones. SI lo hl-ciera, seria un hombre mutilado moralmente. Neceslta de las pasiones y, sobre todo, de la ira; de la pasiôn de la justa venganza. «El fuerte usa de la ira en los actos de la fortaleza; mas no de cualquiera, sino de la ira moderada por la razôn» (cf. *Sum. Theol.*, 2-2, q. 123, a. 10).
- B. El audaz usa de la ira antecedente al dictamen de la razôn; el fuerte de la ira consecuente.
- C. La ira arrastra al audaz a veces contra el dictado de la razôn. La ira da vigor al fuerte para ejecutar lo que la recta razôn decide.

VI. *Fortaleza de Juan.*

- A. Juan es admirable en el reslstitir la larga noche oscura del desierto.
- B. Juan es admirable en el acometer con la santa llbertad de su apostôlica palabra al pueblo, a los escribas, a los farlseos, a Herodias.
- C. Juan no se déjà arrastrar por los halagos de los sacerdotes, judios y pueblo, que le estimaban por Mesias.
- D. Juan no cede ante las amenazas de Herodes.
- E. Juan resiste dulce y fuertemente las excitaciones de sus discipulos, Ignorantes e Impaclentes.
- F. Juan sabe alrarse cuando la ira es santa.
- G. Juan sabe alrarse sin pecar.
- H. «Alraos, y no pequéis» (Ps. 4,5).
- L Juan es un carâcter. Nada le priva de la rectltud de su voluntad, esclava de su razôn. Nada turba la clarldad de su razôn, llustrada por revelaciôn especial.
- J. Juan no es una cafia agltada por el vliento.

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

18

El caráter. Fin de la educaciôn

- I. *El fin de la educaciôn es formar hombres de caráter.*
- II. *Dos condiciones. Pio XI exige al hombre de caráter estas dos condiciones:*
 - A. Un entendimiento constante en la rectitud del pensar.
 - B. Una voluntad constante y coherente en seguir el dictado del entendimiento (cf. Pio XI, p. 243,1).
- III. *El ejemplo de Cristo. Anade el Papa un elemento esencial, puesto que se trata de la educaciôn del verdadero y perfecto hombre de caráter: La luz intelectual es la que dimana de la doctrina y de los ejemplos de Cristo.*
- IV. *No basta tenacidad de conducta.*
 - A. Obras de tenacidad. No basta cualquier tenacidad de conducta para formar el caráter. Puede ser tenaz la voluntad del obstinado, la del extraviado, la del terco, por inspirarse en principios falsos (cf. Bal mes, p. 224, B). Tales no son auténticos caractères. Por lo menos no son caractères perfectos. La perfecciôn del caráter pide la perfecciôn de la norma, que dirige y sostiene la voluntad. Cuanto mâs alta sea esta norma, mâs noble es el caráter. *Yo soy la verdad* (Io. 14,6). Cuando esa norma es la verdad misma, el caráter del hombre fidelísimo a ella es en lo humano perfecto.
 - B. La fe, base del caráter. El fundamento de este caráter ya no es propiamente la razôn, sino la fe (cf. Pfo XII, p. 243,g).
- V. *Los santos, hombres de caráter.*
 - A. Los santos toman por modelo a Jesucristo. Su vida es una imitaciôn perfecta de la del Salvador. A todos los santos se puede aplicar la frase del Apôstol: *Os exhorto, pues, a ser imitadores mios* (1 Cor. 4,16).

- B. Se puede afirmar que todos los santos son grandes caractères. La santidad perfecta exige esa fidelidad a las normas, esa coherencia y tenacidad de conducta en la verdad, en que consiste el verdadero carácter.
 - C. Las circunstancias pondrán de manifiesto con más elocuencia la firmeza de voluntad de este o aquel santo. Pero potencialmente, aun con menos apariencia de brillantez, la fortaleza del carácter se da en todos.
 - D. Grandes caractères son un San Atanasio, un San Ambrosio (cf. sec. 7.a, VIII), un San Gregorio VII. Pero no lo son menos una Santa Teresita, una Santa Maria Goretti.
- VI. *La virtud del ejemplo. Jesucristo es superior a Moisés y a todos los legisladores, porque no solamente dió la ley, sino que él mismo fué personificación perfectísima de su ley de amor. ^Exemplum enim dedi vobis* (Io. 13,15). Bastaría este solo hecho para decir que el cristianismo es escuela de caractères. Porque el ejemplo arrastra y sostiene.*
- VII. *Jesucristo. Pero Jesucristo hi^o más. Con la verdad fué el autor de la gracia. <Porque la ley fué dada por Moisés; mas la gracia y la verdad vino por Jesucristo* (Io. 1.17). Cristo infunde por la gracia la fortaleza sobrenatural. ¡Quién ha dicho que el cristianismo es religión de apocados, de débiles? El cristianismo es escuela de fuertes. ¡Cuántas vidas de fortaleza serían inexplicables si no fueran sostenidas por la doctrina, el ejemplo y la gracia de Jesucristo! ¡Cuántas madres son ejemplo cristiano de fortaleza, día por día, durante toda una vida, en el hogar! ¡Cuántos religiosos y religiosas viven consagrados de por vida a la oración, a la caridad, a la enseñanza! ¡Cuántos pdrrosos cumpliendo fidelísimamente, año tras año, las obligaciones de su ministerio! ¡Qué voluntades tan firmes! ¡Qué voluntades sometidas a los dictados de una razón iluminada por la fe! ¡Qué heroísmo en el resistir! ¡Qué caractères tan fuertes! Y externamente, con frecuencia, con qué suavidad y dulzura! Suavidad y dulzura que es perfección de fortaleza. La dulzura, que es virtud comp'ea, exige como elemento esencial la virtud de la fortaleza.*
- VIII. *El ejemplo del Bautista. Juan Bautista es altísimamente modelo de cuanto acabamos de decir. A él como a nadie cuadra la definición de Pio XI. Juan piensa, juzga, obra constante y coherentemente iluminado por Cristo. Juan no vive más que para Cristo. Se ha lie-*

nado del espíritu de Cristo en el desierto y prepara los caminos de Cristo. Juan se alegra con la presencia del Cristo corporal y se goza en la contemplación del cuerpo místico de Cristo e?i la historia, porque Juan, amigo del Esposo, sabe de la Esposa de Cristo. Por eso, cuando le preguntan a Juan: nQuién eres?, Juan responde: *Ego vox*. Juan es la voz, Cristo es el Verbo. Juan será la voz hasta que el cuchillo criminal corte aquella garganta que no ha cometido otro delito en la tierra que el de predicar a Cristo.*

19

El mundo moderno necesita caractères

- I. *Minorias selectas.*
 - A. Los Pontífices confían la formación de un nuevo espíritu social a las minorias selectas. Estas minorías deben distinguirse por su fortaleza. «Es preciso que tengan tan exquisito sentido de la Justicia, que se opongan con constancia completamente varonil a las peticiones exorbitantes y a las Injusticias de dondequiera que vengan» (cf. Pio XI, *Quadragesimo anno*: Col. Encíclicas, n. 58, p. 628). Tales han de ser los sacerdotes, formadores de las minorías seculares.
 - B. Abunda la misma Idea en Pio XII (cf. p. 241, C, a).
- II. *Verdaderos cruzados.*
 - A. «No se puede esperar ni iniciar la salvación, la renovación y una progresiva mejora si numerosas e Influyentes agrupaciones no vuelven a la recta concepción social; vuelta que requiere una extraordinaria gracia de Dios y una voluntad inquebrantable, pronta y decidida al sacrificio, de las almas buenas y de amplia visión» (Pio XII, *Mensaje de Navidad de 1942*: Col. Encíclicas, n. 9, p. 422).
 - B. «De estos grupos más Influyentes y dispuestos para comprender y ponderar la atrayente belleza de las Justas normas sociales pasará y entrará después en las multitudes la convicción del origen verdadero, divino y espiritual de la vida social» (Ibid.).
- III. *La falta de caractères en nuestra época está elocuentemente descrita en las siguientes palabras de*

Pio XII: «4 la Iglesia no se le oculta que lo que aleja de ella a una portion notable dei mundo obredito es lo mismo que le arrebatata también muchos espiritus en las demâs clases de la humanidad moderna, o sea el empobrecimiento de las almas, exangues, vatias de toda savia espiritual y religiosa, victimas de una epidemia que hace estragos sobre tantos hombres de hoy. Fantasma de hombres que, nunca hartos de frecuentar cines y campos de deportes, dia y noche ahitos de fútiles notitias, de ilustraciones excitantes, de musica ligera, estân interiormente demasiado vatios para poner interés en ocuparse de si mismos» (Radiomensaje de Su Santidad al Congreso Internacional de la J. O. C.: «Ecclesia», 2, p. 135).

IV. *La formation de caractères. El punto de partida del hombre de action de nuestros dias ha de ser el conocimiento moral de nuestra época descrita por el Papa, el desprecio de ese mundo todo vanidad y mentira, el propôsito firme de infundir espiritu y vida en esta sociedad décadente, el convencimiento de que él lo puede hacer si es fiel a las normas de un verdadero cristiano.*

V. *Los grandes idéales.*

A. El hombre de acciôn debe ser hombre de idéales. «Lo primero que os recomiendo de todo corazôn es proponeros siempre grandes idéales. Es cierto que hay que defenderse dei enemigo, pero esto no basta. Por si solo esto no es un gran ideal. En el punto central de vuestra voluntad y actividades han de estar siempre idéales elevados y constructivos. En esta ocasiôn el ideal que habéis escogido es la renovaciôn cristiana de la familia» (Pio XII, *Discurso a la Asociaciôn Social Cristiana de Trabajadores de Suiza*, 24 de mayo de 1949: «Ecclesia» 1. p. 623).

B. Ejército a la defensiva, ejército vencido. Quien, por ejemplo, en las cuestiones sociales, créa que toda la misiôn del católico es oponerse al comunismo será arrollado por el comunismo. La misiôn del católico social es hacer reinar en la sociedad la justicia y la caridad sociales y por procedimientos morales y cristianos.

VI. *Virtudes del hombre de acciôn. El hombre de action debe distinguirse por sus virtudes teologales, que son fuentes de virtud y de vida.*

A. Fe viva (cf. Pio XII. p. 243, g).

B. Esperanza. «Si las esperanzas terrenas os han de-

cepcionado amargamente, la esperanza en Dios no es falaz ni falla. A una sola cosa debéis mirar: a no dejaros llevar, ni por la triste suerte ni por los hombres, a vltolar vuestra fidelidad a Cristo» (Pio XII, *Pascua de Resurrecciôn de 1941*).

- C. Confianza en Dios (cf Pio XII, p. 242, e).
- D. Amor y sacrificio. «Fortisimo amor patrio. Actos heroicos de virtud. Almas escogidas, prontas y dispuestas a cualquier sacrificio» (Pio XII, *Mensaje dei dia de San Pedro y San Pablo de 1941*).
- E. Vida interior. Hombres de este temple, dispuestos a enfrentarse a diario contra el espiritu asfixiante del décadente mundo moderno, sôlo se pueden formar por medio de intensa vida interior. Hace falta vida de oraciôn. Son tantos los textos pontificios que a este respecto se ocurren, que huelga citarlos.
- F. Retires y ejercicios. Pero si conviene recordar que los Pontifices modernos han recomendado especialmente los ejercicios espirituales. En la misma *Quadragesimo Anno* (n. 58: Nueva Colecciôn de Enciclicas, p. 628), al tratar de la formaciôn de minorias, Pio XI insiste en este punto. En efecto, ôquién es el perfecto hombre de carâcter sino el que aprende a «vencerse a si mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afecciôn alguna que desordenada sea»? (cf. *Ejerc. de San Ignacio*, n. 21: BAC, *Obras completas*, p. 160).

VII *El ejemplo del Bautista.* «Hasta en este punto concreto sirve de ejemplo la vida del Bautista. Fué antes que nada hombre de retiro y de vida interior; penitente del desierto antes que predicador de las riberas del Jordan. En el desierto se llena del espiritu. El mundo moderno, materializado, carece de espiritu, porque la enfermedad de nuestra época es que nadie sabe recogerse dentro de su corazôn: «Por no haber quien recapite en su corazôn» (1er. 12.11) (Pio XI, *Mens nostra*, 5: Nueva Colecciôn de Enciclicas, p. 797).

*El Mesías de nuestros tiempos: Cristo
en los cristianos*

- I. *Un anhelo de redención está impreso en todo corazón humano. La conciencia del pecado es muy viva, y la fe en el Redentor brota espontáneamente del fondo mismo de nuestra naturaleza caída.*
 - A. En el orden sobrenatural, esta conciencia era vivísima en todo el pueblo judío en los tiempos que precedieron a Jesús. Una verdadera conciencia colectiva mantenía al pueblo en expectación del Mesías.
 - B. En el orden temporal hay también un anhelo de redención.
 - a) *El problema social moderno, con todas sus consecuencias dolorosas, constituye como un gran pecado colectivo. Y existe la conciencia colectiva de ese pecado y el anhelo colectivo de un redentor.*
 - b) *Si en la sociedad hay injustas diferencias, mala distribución de los bienes, peligrosa división de las clases, condiciones inhumanas de vida para muchos, riqueza escandalosa para unos pocos y peligro de salvación para unos y otros, es porque los hombres no la ordenan cristianamente.*
 - c) *Por eso, en su conjunto, pero en particular ciertos grupos sociales, esperan un verdadero redentor. Lo han esperado y lo han buscado siempre.*

El pueblo busca a Cristo. Los falsos redentores.

- A. Con su falsa intuición, el pueblo busca a Jesucristo. Trata de descubrirlo por señales exteriores que le caracterizan. Y cuando alguien le ofrece un programa de redención, se acerca a él para preguntarle, como los discípulos de Juan: ¿Eres tú el que ha de venir...?
- B. Falsos redentores se le acercaron muchas veces para atraerlo con fines torcidos.
 - a) *Unos pretenden halagarlo con falsas promesas (demagogos de todas clases) (cf. p. 239.b).*
 - b) *Otros tratan de conquistarlo con el engaño de que sólo al trabajador corresponde todos los derechos (marxismo).*
 - c) *En ocasiones le han ofrecido todo un atractivo panorama intelectual de progreso económico (liberalismo).*
 - d) *O se han obstinado en ordenar la sociedad sobre un positivismo jurídico alejado de Dios.*

C. Pronto sobreviene el desengano cuando se sigue a tales redentores.

- a) *Huyendo de un mal, se viene a caer en otros peores (cf. p. 239,d). Y por las obras se viene en conocimiento de sus falsos fundamentos. Los resultados dolorosos que a su lado se cosechan, pronto desengañan al pueblo sencillo de su error.*
- b) *Con los fracasos podría hacerse una historia impresionante e interminable, que sería la mejor apología del cristianismo (cf. p. 239,c).*

La redención de la sociedad. Cristo en los cristianos.

A. Pero el pueblo sigue buscando a Jesucristo. Por eso hoy día se dirigen sus miradas hacia el Papa. Incluso los que no pertenecen a la Iglesia descubren en ella las verdaderas señales del Redentor. Sin embargo, no basta. Es preciso que los cristianos den también testimonio de Jesucristo Redentor. Porque el pueblo busca a Cristo en los cristianos. Se acerca a ellos para preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir?

B. Por desgracia, muchas veces encuentra una respuesta negativa. Sus obras, lejos de probar su cristianismo, son una negación de la doctrina que profesan.

- a) *Muchos, por falta de una auténtica formación, son escandalos para las gentes.*
- b) *Otros, por temor y falta de decisión, se encierran en un egoísta aislamiento.*
- c) *Tales cristianos con su conducta se hacen responsables de que la Iglesia sea considerada por muchos como contraria a la redención del pueblo (cf. p. 236, c) Y, como consecuencia, provocan el alejamiento de otros cristianos débiles, que se separan de la Iglesia en busca de otros redentores que ofrezcan mejor respuesta a sus aspiraciones (cf. p. 239,d).*

C. ¿Queréis cooperar a la redención de la sociedad?

- a) *Derribad las trabas que opone el respeto humano (cf. p. 241,h).*
- b) *Raced del cumplimiento de vuestro deber un elocuente testimonio de Jesucristo.*
- c) *Restaurad a Jesucristo primero en vuestra vida privada, en vuestra familia, y luego en las instituciones sociales (cf. p. 240,e).*

EL TESTIMONIO DE JUAN LOS
JUDIOS

Tercer domingo de Adviento

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. EPISTOLA

(Phil. 4,4-7)

4 Gaudete in Domino semper: iterum dico gaudete.

5 Modestia vestra nota sit omnibus hominibus: Dominus prope est.

6 Nihil solliciti sitis: sed in omni oratione et obsecratione, cum gratiarum actione petitiones vestrae innotescant apud Deum.

7 Et pax Dei, quae exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Iesu.

4 Alegraos siempre en el Serior: de nuevo os digo: alegraos.

5 Vuestra modestia sea notoria a todos los hombres. El Señor esta proximo.

6 Por nada os inquietéis, sino que en todo tiempo, en la oración y en la plegaria, sean presentadas a Dios vuestras peticiones acompañadas de acción de gracias.

7 Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

II. EVANGELIC

(Io. 1',19-28)

19... Miserunt Iudaei ab Ierusalimis sacerdotes et Levitas ad eum ut interrogarent eum: Tu quis es?

20 Et confessus est, et non negavit: et confessus est: Quia non sum ego Christus.

21 Et interrogaverunt eum: Quid ergo? Elias es tu? Et dixit: Non sum. Propheta es tu? Et respondit: Non.

22 Dixerunt ergo ei: Quis es tu, ut responsum demus his, qui miserunt nos? quid dicis de teipso.

23 Ait: Ego vox clamantis in deserto: Dirigite viam Domini, sicut dixit Isaias propheta.

19 ... los judios desde Jerusalén le enviaron sacerdotes y levitas para preguntarle: Tú, ¿quién eres?

20 El confesô y no negô; confcsô: No soy yo el Mesias.

21 Le preguntaron: Enonces, ¿qué? ¿Eres Elias? El dijo: No soy. ¿Eres el Profeta? Y contestô: No.

22 Dijéronle, pues: ¿Quién eres, para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?

23 Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, según dijo el profeta Isaias.

- 24 Los enviados eran fariseos,
y le preguntaron diciendo: Pues ¿por qué bautizas. si no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?
- 24 Et qui missi fuerant, erant ex Phariseis.
25 Et interrogaverunt cum et dixerunt ei: Quid ergo baptizas, si tu non es Christus, neque Elías, neque Propheta?
- 26 Juan les contesté, diciendo: Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros esta uno a quien vosotros no conocéis,
26 Respondit eis Joannes, dicens: Ego baptizo in aqua: medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis.
- 27 que viene en pos de mí, a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia.
27 Ipse est, qui post me venturus est, qui ante me factus est: cuius ego non sum dignus ut solvam eius corrigiam calceamenti.
- 28 Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba
28 Haec in Bethania facta sunt trans Iordanem, ubi erat Ioannes baptizans.

III. OTROS TEXTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LA HUMILDAD

Como se verá más abajo, en la antología de textos de Santos Padres, teólogos y otros autores, sobresalen, respecto a la dominica tercera de Adviento, los que se refieren a la humildad. Por ello escogemos sobre esta materia los principales textos de la Sagrada Escritura.

A) La humildad de Abraham

- Vuelve a tu seriora, le dijo el ángel de Yavé, y humiliate bajo su mano.
Dixitque ei Angelus Domini: Revertere ad dominam tuam, et humiliare sub manu illius (Gen. 16,9).
- Prosiguió Abraham y dijo: Mira, te ruego, ya que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza.
Respondensque Abraham ait: Quia semel coepi, loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis et cinis (Gen. 18,27).

B) David ante el arca

- 16 Cuando el arca de Yavé llegó a la ciudad de David, Micol, hija del rey David saltando y danzando delante de Yavé la menospreció en su corazón.
16 Cumque intrasset arca Domini in civitatem David, Michol filia Saul prospiciens per fenestram, vidit regem David subsilientem atque saltantem coram Domino: et despexit eum in corde suo.
- 21 David respondió a Micol: Delante de Yavé, que con preferencia a tu padre y a toda su casa me eligió para hacerme jefe de su pueblo, de Israel, danzaré yo,
21 Dixitque David ad Michol: Ante Dominum, qui elegit me potius quam patrem tuum et praecepit mihi ut essem dux super populum Domini in Israel,

22 et ludam et vilior fiam plus quam factus sum: et ero humilis in oculis meis: et cum ancillis, de quibus locuta es, gloriosior apparebo (a Reg. 6, 16.21.22).

22 y aún más vil que esto quiero pareccr todavía y rebajarme más a tus ojos, y seré así honrado a los ojos de las siervas de que tu has hablado.

C) La humillación de los reyes de Israel

Cumque vidisset Dominus, quod humiliati essent, factus est sermo Domini ad Semeram dicens: Quia humiliati sunt, non disperdam eos, daboque eis pauxillum auxilii, et non stillabit furor meus super Ierusalem per manum Scsac (2 Par. 24,7).

Y viendo Yavé que se habían humillado, dirigió su palabra a Semeyas diciendo: Se me han humillado; no los destruiré, antes los salvare pronto y no se derramará mi ira sobre Jerusalén por medio de Sesac.

Humiliatusque est postea, eo quod exaltatum fuisset cor eius, tam ipse quam habitatores Ierusalem; et idcirco non venit super eos ira Domini in diebus Ezechiae (2 Par. 32,26).

Pero Ezequias, después de haberse engreído su corazón, se humilló, y se humillaron con él los moradores de Jerusalén, y no vino sobre ellos la ira de Yavé en los días de Ezequias.

D) EN EL LIBRO DE JUDIT

Et clamavit omnis populus ad Dominum instantia magna, et humiliaverunt animas suas in ieiuniis et orationibus, ipsi et mulieres eorum (Iudith 4,8).

Todos los hijos de Israel aclamaron con gran instancia a Dios y se humillaron con gran fervor.

Dicentes: Domine, Deus caeli et terrae, intuere superbiam eorum, et respice ad nostram humilitatem, et faciem sanctorum tuorum attende, et ostende quoniam non derelinquis praesumentes de te: et praesumentes de se, et de sua virtute gloriantes, humilias (Iudith 6,15).

Diciendo: Señor Dios del cielo y de la tierra, mira la soberbia de ellos y vuélve los ojos a nuestra humildad, y atende al rostro de tus santos y haz ver cómo no desamparas a los que se precian de ti: y humilias a los que presumen de sí y se jactan de su poder.

Et ideo humiliemus illi animas nostras, et in spiritu constituti humiliato, servientes illi,

Por tanto, humillemos a él nuestras aimas, y puestos en espíritu de humildad como siervos suyos,

dicamus flentes Domino, ut secundum voluntatem suam sic faciat nobiscum misericordiam suam: ut sicut conturbatum est cor nostrum in superbia eorum, ita etiam de nostra humilitate gloriemur (Iudith 8,16-17).

digamos llorando al Señor que según su voluntad se haga con nosotros su misericordia: para que como se ha turbado nuestro corazón al ver la soberbia de aquéllos, así también nos glorifiquemos de nuestra humillación.

E) La humildad de Ester

2 Y despojándose de sus vestidos de corte, se vistió de angustia y duelo, y en vez de los ricos perfumes, se cubrió la cabeza de polvo y ceniza, humillándose. Todo cuanto solía ella adornar por placer, lo cubrió ahora con sus cabellos.

Cumque deposuisset (Esther) vestes regias, fletibus et luctui apta indumenta suscepit, et pro unguentis variis cinere et stercore implevit caput, et corpus suum humiliavit ieiuniis; omniaque loca, in quibus antea laetari consueverat, crinium laceratione complevit (Esth. 14,2).

F) SENTENCIAS DEL LIBRO DE JOB

Ensalza a los humildes, alivia al afligido y le prospera.

Qui ponit humiles in sublime, et moerentes erigit sospitate (Job 5,11).

El humilia la altivez del soberbio, pero salva a los humildes.

Qui enim humiliatus fuerit, erit in gloria: et qui inclinaverit oculos, ipse salvabitur (Job 22,29).

G) Humillación de Antíoco

El que con soberana arrogancia se imaginaba dominar sobre las olas del mar y pensaba poner en balanza la altura de los montes, ahora, caído en tierra, era llevado en una litera, poniendo de manifiesto ante todos el poder de Dios,

Isque (Antiochus) qui sibi videbatur etiam fluctibus maris imperare, supra humanum modum superbia repletus, et montium altitudines in statera appendere, nunc humiliatus ad terram in gestatorio portabatur, manifestans Dei virtutem in semetipso contestans (2 Mach.

H) La humildad en los Salmos

Tu salvas al humilde y humilias al soberbio.

Quoniam tu populum humilem salvum facies et oculos superbiorum humiliabis (Ps. 17,28).

El sacrificio grato a Dios es un corazón contrito. Tú, ¡oh Dios!, no desprecies un corazón contrito y humillado.

Sacrificium Deo spiritus contribulatus, cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias (Ps. 50,19).

Soy un misero afligido desde mi mocedad, siempre en espanto, Ueno de terrores.

Pauper sum ego, et in laboribus a juventute mea: exaltatus autem, humiliatus sum et conturbatus (Ps. 87,16).

8 No duermo y sollozo como pajarillo solitario sobre el tejado.

8 Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto.

18 Respexit in orationem humilium: et non sprexit precem eorum (Ps. 101,8.18).

42 Et tribulaverunt eos inimici eorum, et humiliati sunt sub manibus eorum.

43 Saepe liberavit eos. Ipsi autem exacerbarunt cum in consilio suo: et humiliati sunt in iniquitatibus suis (Ps. 105,42-43).

71 Bonum mihi quia humiliasti me: ut discam justificationes tuas.

75 Cognovi, Domine, **quia** aequitas iudicia tua: et in veritate tua humiliasti me.

153 Vide humilitatem meam, et eripe me: quia legem tuam non sum oblitus (Ps. 118, 71.75.153).

Quoniam excelsus Dominus, et humilia respicit: et alta a longe cognoscit (Ps. 137,6).

18 Y convirtiéndose a la oración de los despojados, no desprecie su plegaria.

42 Y fueron vejados por sus enemigos y doblegados bajo su mano.

43 Muchas veces los libraba, pero ellos se obstinaban en sus rebeliones y eran humillados por sus iniquidades.

71 Bien me ha estado ser humillado para aprender tus mandamientos.

75 Conozco, Yavé, que son justisimos tus juicios y que con razón me afligiste.

153 Ve mi aflicción y sácame de ella, pues que no he olvidado tu ley.

Excelso Yavé, atende al humilde, pero al soberbio le mira desde lejos.

I) En los Proverbios

Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia: ubi autem est humilitas, ibi et sapientia (Prov. 11,2).

Antequam coneratur, exaltatur cor hominis: et antequam glorificetur, humiliatur (Prov. 18,12).

Melius est enim ut dicatur tibi: Ascende huc; quam ut humilieris coram principe (Prov. 25,7).

Superbum sequitur humilitas: et humilem spiritu suscipiet gloria (Prov. 29,23).

Detrás de la soberbia viene la deshonra, con la modestia va la sabiduría.

Antes de la caída se exalta el corazón del hombre, y a la gloria precede la humillación.

Pues mejor es que te digan: Sube acá, que tener que ceder tu puesto a otro más grande.

La soberbia trae al hombre la humillación, pero el de humilde corazón es ensalzado.

J) Sentencias del Eclesiástico

20 Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam:

21 Quoniam magna potentia Dei solius, et ab humilibus honoratur (Eccli. 3,20-21).

12 Non irrideas hominem in amaritudine animae: est enim qui humiliat et exaltat, circumspexit Deus.

20 Cuanto más grande seas, humiliate más, y hallarás gracia ante el Señor.

21 Porque grande es el poder del Señor, y es glorificado en los humildes.

12 No te burles del afligido, porque hay uno que humilia y ensalza.

19 Humilia mucho tu alma, porque el castigo dei impio sera el fuego y el gusano.

El Señor «ranca de raiz a los soberbios y planta en su lugar a los humildes.

La sabiduria yergue la cabeza dei humilde y le da asiento en medio de los magnates.

Haz bien al humilde y no favorezeas al soberbio; impide que se de pan, para que con él no sea más poderoso que tû.

9 Humiliate ante Dios y espéra el socorro de su mano.

24 Abominable es para el soberbio la humildad, lo mismo que para el rico.

A veces la prosperidad origina la humillaciôn, y la humillaciôn hace erguir la cabeza.

La oraciôn dei humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios; ni se retira hasta que el Altisimo fija en ella su mirada.

19 Humilia valde spiritum tuum: quoniam vindicta carnis impii, ignis e: vermis (Eccli. 7,12.19).

Radices gentium superbarum arefecit Deus, et plantavit humiles ex ipsis gentibus (Eccli. 10,18).

Sapientia humiliati exaltabit caput illius, et in medio magnatorum consedere illum faciet (Eccli. 11,1).

Benefac humili, et non dederis impio: prohibe panes illi dari, ne in ipsis r tentior te sit (Eccli. 12,6).

9 Humiliare Deo et exspecta manus eius.

24 Et sicut abominatio est superbo humilitas: sic et exeeratio divitis pauper (Eccli. 13,9 y 24).

Est propter gloriam minoratio: et est qui ab humilitate levabit caput (Eccli. 20,11).

Oratio humiliantis se, nubes penetrabit: et donec propinquet non consolabitur: et non discedet donec Altissimus aspiciat (Eccli. 35,21).

K) En los Profetas

Porque llegârâ el dia de Yavé Sebaot sobre todos los altivos y soberbios, sobre cuantos se ensalzan, para humillarlos.

El destruyô a los que habitan en las alturas, derribô la ciudad soberbia, El la derribô y humillô hasta la tierra y es hollada por pies.

Que se rc llenen todos los valles y se rebajen todos los montes y collados; que se allanen las cuestas y se nivelen los declives.

Porque asi dice el Altisimo, cuya morada es eterna, cuyo nombre es santo: Yo

12 Quia dies Domini exercituum super omnem superbum, et excelsum, et super omnem arrogantem: et humiliabitur (Is. 2,12).

Quia incurvabit habitantes in excelso, civitatem sublimem humiliabit. Humiliabit eam usque ad terram, detrahet eam usque ad pulverem (Is. 26,5).

Omnis vallis exaltabitur, et omnis mons et collis humiliabitur, et erunt prava in directa, et aspera in vias planas (Is. 40,4).

Quia haec dicit Excelsus, et sublimis habitans aeternitatem: et

sanctum nomen eius in excelsis et in sancto habitans, et cum contrito et humili spiritu: ut vivificet spiritum humilium, et vivificet cor contritorum (Is. 57,15).

d a

Nunc igitur ego Nabuchodonosor laudo et magnifico, et glorifico regem caeli: quia omnia opera eius vera, et viae eius indicia, et gradientes in superbia potest humiliare (Dan. 4,34).

habito en la altura y en la ^antidad, pero tambien con el contrito y humillado, para hacer revivir los espíritus humillados y reanimar los corazones contritos.

Y ahora yo, Nabucodonosor, alabo, ensalzo y glorifico al Rey del cielo, cuyas obras todas son verdad, cuyos caminos todos justos y que puede humillar a los que andan en soberbia.

L) LA HUMILDAD EVANGÉLICA

Tollite iugum meum super vos, et discite a me quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris (Mt. 11,29).

Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

Quicumque ergo humiliaverit se, sicut parvulus iste, hic est maior in regno caelorum (Mt. 18,4).

Pues el que se humiliate hasta hacerse como un niño de éstos, este será el más grande en el reino de los cielos.

Qui autem se exaltaverit, humiliabitur: et qui se humiliaverit exaltabitur (Mt. 23,12).

El que se ensalzare será humillado y el que se humiliate será ensalzado.

Quia respexit humilitatem ancillae suae: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes (Lc. 1,48).

Porque ha mirado la humildad de su sierva; por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada.

Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles (Lc. 1,52).

Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes.

Dico vobis descendit hic iustificatus in domum suam ab illo, quia omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur (Lc. 18,14).

Os digo que bajó este justificado a su casa y no aquel. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilia será ensalzado.

M) LA HUMILDAD APOSTÓLICA

Serviens Domino cum omni humilitate, et lacrymis, et tentationibus, quae mihi acciderunt ex insidiis ludaeorum (Act. 20,19).

Sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y en tentaciones que me venían de las asechanzas de los judíos.

Idipsum invicem sentientes: Non alta sapientes, sed humilibus consentientes... (Rom. 12,16).

Sed unánimes entre vosotros, no sedis altivos, mas allanaos a los humildes...

Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consolô con la llegada de Tito.

Sed qui consolatur humiles, consolatus est nos Deus in adventu Titi (z Cor. 7,6).

Con toda humildad, mansedumbre longanimidad, soportândoos los unos a los otros con caridad...

Cum omni humilitate et mansuetudine, cum patientia, supportantes invicem in charitate (Eph. 4>3).

No hagâis nada por espíritu de competenda, nada por vâagloria: antes llevados de b humildad, teneos unos a otros por superiores.

Nihil per contentionem, neque per inanem gloriam: sed in humilitate superiores sibi invicem arbitantes (Phil. 2,3).

Se humillô hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Humiliavit semetipsum **factus** oboediens usque ad mortem, mortem autem crucis (Phil. 2,8).

9Glorîese el hermano pobre en su exaltaciôn;

9Glorietur autem frater humilis in exaltatione sua:

10 el rico en su humillaciôn, porque como la flor del heno pasará.

10 dives autem in humilitate sua, quoniam sicut flos fœni transibit (Iac. 1,9-10).

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

I

La liturgia de este domingo se siente algo desplazada en el Adviento actual, si no precisamente en cuanto a su espíritu de alegría, muy compatible con la penitencia y muy connatural a la esperanza de la Navidad, si por lo menos en cuanto a su origen histórico.

Como quiera que el último domingo de Adviento era día muy ocuado por las ordenaciones que se celebraban en él, las fiestas preparatorias para la Navidad—algo así como nuestras novenas de hoy—se adelantaron ocho días. Por ello, hoy en San Pedro se celebra el oficio con grandes fiestas litúrgicas y no menores de solemnidad externa en el ir y venir del Papa desde Letrán.

De ello nos queda en la santa misa el *gaudete* y el color rosa.

Alegraos... porque el Señor está cerca, dice el introito, inspirado en la epístola (Phil. 4.4-6). Alegría que, según explica San Pablo, es fruto de la paz Interior, adquirida mediante la moderación en nuestra vida, y que no será turbada por la persecución, si desterramos la excesiva solitud.

El evangelio continúa ocupándose del Bautista. También sus últimos testimonios demuestran que el Señor está próximo, y que ha de venir, como le pedimos en la colecta, disipando las tinieblas del pasado.

Las restantes partes variables o nos muestran a Jesús en su trono de querubines (Ps. 79.2-3)—*graduati*—, o invitan a los tímidos para que respiren animados (Is. 35.4)—*communio*—, o entonan un cántico de liberación, como el salmo del *introito* (Ps. 84,2).

El espíritu, pues, de la dominica es de alegría, porque el Señor está ya cerca.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) *Epístola*

a) Argumento

Pablo está preso. A quienes le escriben desde Filipos les contesta: *Alegraos*. La alegría es el argumento de la epístola o, por lo menos, la idea dominante. Le embargo de tal modo a Pablo en

su prisiôn. que apenas si acierta a tratar de otra cosa. Me alegro —dice—al rezar por vosotros, cuya fidelidad al Evangelio conozco; me alegro porque, desde mi estancia en Roma, la buena nueva no déjá de ser predicada (c. 1). Completad mi alegría con la caridad, con la paciencia, etc. ; me alegraré y congratularé si sé que mis esfuerzos para con vosotros han sido fructíferos; os envío a Epafrodito para que, viéndolo sano, os llenéis de alegría (c. 2). Por lo demás. hermanos míos, alegraos en el Señor... (c. 3).

Y así hasta el capítulo siguiente. el de las despedidas, cuyo versículo cuarto da comienzo a la epístola de hoy. Es este *alegraos* un «ritornello» de la epístola, y los versículos que siguen no tienen por qué desenvolver lógica y exactamente el pensamiento de la alegría recomendada. sistematismo que no suele ocurrir en San Pablo.

Sin embargo, se pueden unir los cuatro versos. La alegría de Dios es muy diferente de la alegría dei mundo con sus solicitudes y preocupaciones. Sed moderados, porque Cristo se acerca, y en cuanto a asuntos de este siglo, encomendadlos a Dios. Así gozaréis de la verdadera paz, la que supera a los sentidos, la paz de Dios en Cristo Jesús.

b) COMENTARIO

Por esta vez vamos a limitarnos a resumir el de San Roberto Belarmino en su plática predicada el 15 de diciembre de 1602.

Pablo, preso, dice a los filipenses perseguidos: *Alegraos*. | camino del mundo y el de los servidores de Dios son diversos.

1. Alegría dei mundo y alegría de Dios

La alegría dei mundo es pequeño e imperfecta, porque nace de fuente escasa y agostadiza: lo temporal. Salomôn, después de gozar todos los placeres, juzga que su risa fué un error (Éccl. 2.2.11). E! Señor dice: *Bienaventurados los que lloran* (Mt. 5,5); y: *¡Ay de vosotros los que ahora reís!*... (Le. 6,25).

En cambio, el gozo espiritual es grande y perpetuo, porque se deriva del amor de Dios y de la esperanza de los bienes futuros; proviene del mayor bien posible y nadie puede arrancarlo de nuestro corazón. *Nadie será capaz de quitaros vuestra alegría* (Jo. 16.22). Ni aun las aflicciones: *Rebozo de gozo en todas nuestras tribulaciones* (2 Cor. 7,4). Como ocurre con el agua. que no apaga el fuego artificial.

Mientras el gozo espiritual es gustado por el entendimiento. pozo profundísimo, capaz de no saciarse en la eternidad, el que se recibe a través de los sentidos es insignificante, por la pequeñez de la copa en que lo bebemos.

2. Iterum dico (Phil. 4,4)

Os lo vuelvo a decir, repite San Pablo para recalcar su propósito.

3. Alegraos siempre (ibid.)

Regocijaos con la contemplación de Dios y con la hermosura de cuanto por El fué creado. Y pensad que si el destierro es así, ¿cómo será el cielo? Debemos alegrarnos no solo por las gracias del Señor,

sino también por sus castigos, que unas y otros van enderezados a nuestro bien.

³¹ origen de este gozo es nuestro dominio sobre todo lo creado, por la carencia de preocupaciones, que nace a su vez de la amistad y de la paz con Dios. Bùsquelos, pues, quien quiera vivir siempre contento.

4. Modestia vestra nota sit... (ibid. 6)

En griego *epieikés* (moderación de ánimo en todas las acciones y en las adversidades). Venciendo todas las pasiones, andarás como el que domina los caballos y puede llevar el paso que quiere. *Sea notoria a todos los hombres* (ibid., 5). Esto es, delante de todos no como la de los hipócritas, delante de aquellos que interesa.

5. Nihil solliciti... (ibid. 6)

Pablo, que siente la solicitud de todas las iglesias, excluye solo la ansiedad inmoderada, enemiga de la moderación. *Echad sobre El todos vuestros cuidados, puesto que tiene providenda* de vosotros (1 Petr. 5,7).

6. Dominus prope est (ibid. 5)

No os preocupéis, el Señor esta cerca. Cercano en el tiempo de nuestro juicio. ¿A qué inquietarse por la construcción de la caca, si sabemos que mañana ha de hundirse? Cercano en el lugar, pues Dios providente y omniprésente se cuida de nosotros. Pero, ¡ay!, Dios está muy lejos de los condenados. *Llamadle en tanto que esta cerca* (Is. 55,6).

Medio para que sintáis cerca a Dios: pedidle. Así os colocaréis bajo su amparo y viviréis tranquilos. Conozca Dios vuestras necesidades por medio de la oración, la obsecración y la acción de gracias. Ese es el sentido de las palabras de San Pablo.

Cierto que muchas de nuestras peticiones no son oídas, pero tal fracaso se debe a que no reúnen las cuatro condiciones expuestas por el Apóstol y explicadas por los Santos Padres: oración, acción de gracias, petición y obsecración (Phil. 4,6).

La oración. ¿Propia sólo de monjes? No. San Pablo habla a todos. Por el bautismo somos consagrados santos, y como tales debemos vivir en oración.

La oración consiste en levantar a Dios nuestros pensamientos, pues aun cuando está en todas partes, nosotros no lo tenemos presente si no pensamos en El. Pensamiento santo que engendra el temor. la confianza y el amor.

Acción de gracias. Nada más útil para alcanzar nuevos beneficios que agradecer los recibidos. *Todo buen don y toda dádiva perfecta vienen de arriba* (Iac. 1,17). La Iglesia comienza casi todas sus oraciones dando gracias.

Petición. Del conocimiento de Dios surge la acción de gracias; del conocimiento propio, la petición. Muchos no pueden emplear en la oración un cuarto de hora. ¿Por qué? Porque no se conocen bien. El pecador es como aquel a quien, mientras duerme, le hieren y roban sin que se dé cuenta ni advierta su desgracia. *No sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego*

y un desnudo. Te aconsejo que compres... colirio para ungir tus ojos a fin de que teas (Apoc. 3.17-18).

Obsecraciôn. Viéndonos a nosotros, pobres pecadores, tan apartados de Dios, ôqué haremos sino interponer la *mediae ôñ* de Cristo, de su Madré y de los santos? *Per lesum Christum Dominum nostrum.*

Pax Dei (Phil. 4,7)

De tal trato con Dios nacerâ nuestra amlstad con El y la dicha de la paz. *Paz que sobrepuja todo entendimiento*, lo cual, segùn el texto griego, puede entenderse de dos modos. En cuanto que nadie puede alcanzar a comprender la amlstad tan intima de Dios con un pobre ser humano, o en cuanto que ninguna inteligencia enemiga es capaz de perturbarla. Si Dios nos protege, ^quién contra nosotros?

Paz que, por otra parte, aventaja a todo gusto y experiencia natural. Paz que nos coloca por encima de todo lo creado. de modo que nada de este mundo puede doiernos. Porque asi como al amor mundano se le pinta ciego y con una venda, este amor de Dios ilumina el entendimiento para juzgar rectamente sobre el verdadero valor de las cosas.

Tal es el camino breve, recto y seguro para llegar al verdadero y perpetuo gozo.

c) Acomodaciôn

Alegraos porque estâ proxima la Navidad, pero no camalmente, con mentalidad Judia, por los banquetes y las diversiones que se acercan. Nuestras fiestas y nuestro Mesias son espirituales. Acordaos del Profeta ils. 5,12): En vuestros banquetes *hay arpas, cítaras, panderos. flautas y mucho vino, y no reparan en las obras de Dios, ni ven las obras de sus manos.* Grandes misterios los de esa Jornada. Que no duerma espiritualmente ningûn seguidor de Cristo.

B) Evangelio

a) OCASIÓN LITURGICA E HISTORICA

La Navidad se acerca; la liturgia. que comenzô con el *Regem venturum Dominum*, canta ya el *prope est*. En el evangelio aparecen también los ùltimos anuncios de Juan.

Juan es el pôrtico por donde entrarâ en la vida pùblica el Mesias; *la lâmpara, que arde y alumbra* (Io. 5,35), figura muy querida de San Agustîn, que alumbra sus pasos; el pregonero del juez. Del mismo modo que los anuncios de la llegada regia se anticipan con bastante tiempo. pero al fin se intensifica el clamor, cuândo se acerca el rey. asi Juan, después de su preparaciôn mäs remota, prorrumpiô con energia en los ùltimos testimonies al aproximarse Cristo.

Fueron éstos très a lo largo de unos cuarenta dias. El prlmero, en el que Intervino el mismo Dios Padre, ocurriô cuândo se negô a bautizar al Sefior, y, al hacerlo mäs tarde, viô cômó se abrian los clelos. El tercero, cuândo al pasar Jesûs cerca del Jordân, ter-

minado su ayuno de cuarenta días, le señaló diciendo: *He aquí el Cordero de Dios* (Io. 1,29).

Entre uno y otro, probablemente[^] la vispera misma de este último testimonio, sobreviene la escena de hoy, en la que el precursor, si no indica directamente la persona de Jesús, el cual no se ha manifestado todavía, subraya su existencia electiva en medio del pueblo judío.

b) La embajada

El carácter ascético del Bautista y su predicación, tan diferente de la de otros agitadores de carácter mesiánico-político, atrajo hacia las orillas del Jordán más cercanas a Jerusalén, en las proximidades del Mar Muerto, a gran parte de la multitud, provocando un movimiento religioso. De la más lejana Galilea—región de gente sencilla y piadosa—debieron de venir muchos a oírle, puesto que galileos son los que le rodeaban cuando dijo: *Ecce agnus Dei...* Jerusalén vigilaba y dio ocasión al testimonio que comentamos.

i. Este es el testimonio (Io. 1,19)

Testimonio de importancia excepcional, pues fue dado a la autoridad religiosa, que le preguntaba oficialmente.

2. Cuando los judíos desde Jerusalén le enviaron sacerdotes y levitas (ibid.)

La alusión a los judíos en el evangelio de San Juan casi siempre entraña sentido peyorativo: las autoridades incrédulas, envidiosas y malévolas. En esta ocasión parecen ser los mismos que después, en cuanto se refiere a Cristo, han de navegar a velas desplegadas por el mar de la envidia.

Sacerdotes y levitas, saduceos casi todos; fariseos algunos, especialmente entre los levitas, de condición social más humilde. Ninguno de ellos había recibido la doctrina de Juan. Lo sabemos por el Señor (Le. 7,33). Los primeros. porque la austeridad y el cambio de vida religiosa ponía en peligro su comodidad y sus sinecuras. Los segundos. porque no le pudieron atraer a su secta, ni querían a nadie que les hiciera sombra. Se tenían por maestros únicos y exclusivos, de espíritu totalmente opuesto al del Bautista, pronto a ceder el paso a su Señor. Les movía la envidia de Juan, pues Cristo no era conocido aún.

Tal comisión. según la opinión de todos, fue enviada por el Sanedrín, que, aun cuando no disfrutaba de verdadera autoridad entre los profetas (éstos. al no haber recibido la Sinagoga los poderes de la Iglesia, sólo dependían de Dios), debía, sin embargo, reprimir las imposturas, mucho más si se piensa que habían transcurrido varios siglos desde la desaparición del profetismo.

El objeto de la embajada es preguntar por la personalidad del Precursor, e indiscutiblemente, como se deduce de la primera respuesta de Juan, dilucidar si era o no el Mesías.

Ante una pregunta así, y formulada por la autoridad religiosa. Juan contesta sinceramente.

Primero. La autoridad religiosa es verdadera dentro de su ámbito. Le corresponde el poder de inquirir y vigilar. Sus intervenciones para defender la moral y el dogma y salvaguardar lo escrito y lo hablado, no son intromisiones clericales, sino parte de su misión divina. Si el Estado tiene autoridad dentro de sus fines, la Iglesia la posee mucho mayor dentro de los suyos.

Segundo. Paralela a esta autoridad debe ser la obediencia de los subditos. El mismo Señor, que se calla ante Herodes (Le. 23,9) y varias veces ante Pilatos (Mt. 27,14; Jo. 19,9), responde el Sane-drin que le pregunta si es Hijo de Dios (Mt. 26,64; Mc. 14,62; Le. 22,67-71).

Tercero. Pero toda autoridad debe obrar por fines santos. | que manda no ha de moverse nunca por propias apetencias; y si su autoridad es espiritual, cuide mucho de que sus motivos no procedan nunca de la envidia (cf. supra, *Segundo domingo de Adv.*, sec. 4.º I, Santo Tomás).

3. ¿Tú quién eres? (Jo. 1,19)

¿El Mesías? Todos los predicadores se han apoyado en esta pregunta para hablar del difícil conocimiento propio. El Doctor Meliflúo (*Epist.* 192: PL 182,358) acusa a Abelardo de «no desconocer nada de lo que existe en el cielo y en la tierra. Sólo se desconoce a sí mismo».

c) La respuesta

Consta de una primera parte simplemente negativa: ni soy el Cristo, ni Elías, ni el Profeta, y otra positiva, en que San Juan se describe como el adelantado mesiánico. En una y otra resalta su humildad. Enérgico en sus primeras negativas; hiperbólico—si se puede admitir la hipérbole en este caso—al describir su pequeñez comparado con Cristo; sincero al reconocer su misión.

La verdadera humildad consiste en la verdad, esto es, en saber lo que no se es, en reconocer lo que se es y en saber que eso mismo lo hemos recibido de Dios (cf. infra, San Agustín, en la sec. 3.ª II, y en la sec. 5.ª H, Santa Teresa).

1. El confesô y no negô; confesô: No soy yo el Mesías (Jo. 1,20)

Repetición muy hebrea de afirmaciones y negaciones cuando se quiere contestar con energía. Podríamos traducirla: y confesô y sostuvo su testimonio de que no era el Cristo.

Gran honor el que rehaza. Los mundanos suelen gloriarse de lo que son. Juan dice lo que no es.

2. Entonces..., «eres Elías? (Jo. 1,21)

Malaquías (3,1) anuncia un ángel que preparará los caminos del Señor. Pero también (3,23) había de Elías, que aparecerá *antes que venga el día de Yavé, grande y terrible*. Como quiera que los judíos no tenían claros los conceptos mesiánicos y esperaban que el Mesías juzgase en vida al mundo—los apóstoles mismos preguntaban al Señor cuando ocurriría la destrucción de Jerusalén

y cuando vendria a juzgar, uniendo ambas cosas por su interpretation de la funciôn actual del Mesias como Juez (cf. *Primer dom. de Adv.*, sec. 2.a,B,a, y b)—, creyeron muchos de ellos que Elias habia de precederle.

3. No soy (Io. 1,21)

Es la respuesta tajante.

4. ¿Eres un profeta? (Ibid.)

En griego *el profeta* (ὁ προφήτης). Tampoco. Para evitar la mentira en la respuesta de Juan, desde San Agustin y San Juan Crisostomo se han esbozado diversas interpretaciones. El Crisostomo (cf. *Hom. in Ioan.*, 16: PG 59,104) entiende que el Bautista afirmó que no era el Profeta, esto es, el Mesias. San Agustin (cf. *In Ioan. Evang. Tract.* 4, c. 1: PL 35,1409) le excusa, puesto que oficio de profeta es anunciar lo futuro y no lo presente, como hizo Juan.

Creemos que la explicación es más sencilla. Si a Santa Teresa o a San Pedro de Alcantara les hubiesen preguntado: ¿Sois vosotros los enviados de Dios para reformar una parte de la Iglesia, se les habria acusado de mentira al contestar negativamente? Juan, que no era profeta en el sentido antiguo de la organization del profetismo, no se reconoce el honor de ese nombre, aun cuando admite la misión, como nuestros santos hubieran rechazado el titulo, afirmando su vocation reformadora.

5) ¿Quién eres?... ¿Qué dices de ti mismo? (Io. 1,22)

Pregunta directa que da ocasión a la respuesta positiva. ¿Podríamos nosotros contestaria sin avergonzarnos?

6, Yo soy la voz que clama en el desierto (ibid. 23)

Para entender a Juan debemos entender a Isaias, a quien alude.

El libro de Isaias tiene dos partes: en la primera despliega sus profecias, amenazando con terribles castigos del Señor. En la segunda anuncia la redención y la vuelta de Babilonia, que suele ser préfiguration de aquélla.

Comienza, en efecto, esta segunda parte con el capítulo 11, cuyos primeros versiculos constituyen una de las lecciones de los máitines de Navidad, y de él están tomadas las palabras del Precursor. Si directamente se refieren al regreso de Babilonia y en medio de los desiertos y de los ásperos caminos una voz de Dios va pidiendo que se abra via propicia para el retomo de su pueblo, la realidad profetizada significa la vuelta a la vida, la redención. Una voz clama también que las soledades de los vicios y las asperezas de la soberbia, etc., se conviertan en paso seguro para Cristo. Esa voz es la de Juan (cf. Maldonado, *Com. al Evang. de San Mateo*: BAC. p. 181, y A. Lapide, *Comm. in Is.*, ed. Vivès [Paris 1881], t. 11, p. 490-491).

El Bautista es, por tanto, según el profeta, la voz de Dios que clama, no solo en los desiertos reales en los que vivió y predicó.

sino en cuanto bajo la figura de desierto, difícil para el tránsito de los judíos, representa las dificultades que se oponen al reino mesiánico que prepara.

Voz. Voz, no palabra, dice San Agustín (cf. *Serm.* 2933: BAC, tomo 7, p. 877), porque la voz sirve para transmitir el pensamiento. El pensamiento era del Verbo, y en esto consiste la grandeza y humildad de Juan: la grandeza, porque transmite el pensamiento de Dios, y la humildad, porque reconoce que por sí mismo no es más que un sonido en el aire. Juan encarna la voz del pregonero, que repite lo que el Juez le dictó.

Todo Juan era voz que predicaba penitencia: sus palabras, su vestido, sus obras... (cf. A Lapide, *Comm. in Is.*, ed. cit., c. 40, t. 11, p. 191, y Belarmino, infra, sec. 4AIII).

En el Bautista se plasma el modelo del predicador, que debe ser voz de Dios y no de humana sabiduría ni de propio lucimiento.

Tres nombres se dan a Juan, relativos a su cualidad de predicador: voz, ángel y linterna, o, lo que es lo mismo, predicador, profeta y más que profeta. Voz y predicador de penitencia, ángel o profeta que anuncia la venida inminente del Mesías, linterna y más que profeta que lo enseña (cf. Franc. Toletum, *In Lucam*, c. 3, not. 16).

Voz que predica todas las virtudes (cf. infra Bourdaloue, sección 5AVIID)

Voz que clama, con energía que no consiguieron doblegar la envidia de los suyos ni el calabozo de Herodes (cf. infra Belarmino, sec. 4 'jn, y el mismo autor en el segundo dominio de A^v).

En el desierto. Ya hemos indicado los dos sentidos. Maldonado (cf. *Corn, al Evang. de San Mateo*: BAC, p. 177.180) lucha e-forzadamente contra los protestantes, que, por abolir el monacato, no querían confesar que Juan hubiera vivido en regiones de soledad. Sólo apartándose del sentido verdadero puede entenderse este predicar en desierto por predicar con poco fruto. Existen numerosas consideraciones piadosas sobre la predicación y la meditación en el desierto e *in solitudine*, donde Dios había con mayor facilidad, apagados los ruidos del mundo (cf. A Lapide, *ibid.*, ed. cit., p. 492, e infra Belarmino, sec. 4AIII).

7. Entonces, ¿por qué bautizas? (Io. 1,25)

Fariseos tenían que ser—y así lo advierte el evangelio—los que proclamaron una institución ritual. Ezequiel (36 25) y Zacarías (13.1) anunciaron que el Mesías bautizaría. Si, pues, Juan no es el Cristo, ni aun siquiera era un profeta. ¿con qué derecho bautiza?

No encaja en el carácter de estos apóstoles. Inquirir si el bautismo era o no ceremonia corriente—no* lo llamamos a que no*. ni exponer por demasiado conocidas las diferencias entre el bautismo de Juan y el de Cristo, aunque los Santos Padres insisten mucho sobre ello. El propio Juan nos lo dice: *Yo bautizo en agua* (Io. 1-26); Cristo, *en el Espíritu Santo* (Mt. 3,11; Lc. 3,16).

8. En medio de vosotros está (Io. 1,26)

No reoñende. puesto que nadie tenía motivos para conocer a Jesús. Se limita a cumplir con su oficio de buen predicador: enseñar a Cristo.

Hoy Cristo signe estando en medio de nosotros, y nosotros no le conocemos. A pesar de la Eucaristia, de los pobres, que representai! a Cristo, y del mismo Dios omniprésente, nuestro descuido continua dando actualidad a esta frase,

9. Vendrá después de mi, pero es anterior a mi

Juan busca los motivos de su inferioridad. Cristo es eterno, aunque Juan se le adelante en el tiempo de su manifestación. El texto griego, y a ello obedece la traducción de Nâcar-Colunga, no dice *el que ha de venir* o *el que vendra*, como leemos en la Vulgata: *qui post me venturus est*, sino *el que viene*. Tampoco se halla en el texto griego el *qui ante me jactus est*, que resefia la Vulgata, y que dió ocasión a muchos autores, entre ellos a San Agustín, para hablar de la generación eterna dei Verbo.

10. No soy digno de desatar...

Oficio de los criados más bajos, dice el Crisóstomo (cf. *Horn. 11 in Matth.*, 4: PG 57.196). No le bastaba humillarse, confesándose simplemente voz y pregonero, autor de un bautismo tan sólo de agua, y declararse posterior a El. Necesitaba de la hipérbole que demostrase su nada en comparación con la realidad única de la Divinidad.

SECCION 111. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

La limosna

iiSSSSgSS?“|

Mesias de rep^{^^^}æfreI^{‘‘‘} Xer fu«? Juan y no ésUel

Precursor y' habâ, como^{*} decUnwS? la humildad del
sobre la limosna. HW costumbre, al fina[^]izar sus sermones,

A) Evangelio

a) La soberbia

«No hubiera caído el demonio, a no ser por esta enfermedad... Ni la fornicación ni el adulterio manchan al hombre como lo ensucia la soberbia. ¿Por qué? Porque la fornicación, aunque indigna de misericordia, puede pretender disculparse con el impulso de la lujuria; la soberbia, en cambio, no tiene causa alguna ni provecho que la justifique.

... Si el que se envanece de los bienes verdaderos se convierte en infeliz y desgraciado, al perder todo su mérito por esa vanidad, ¿qué no será el que se engríe y alza por lo que nada es, por las sombras y la flor de heno, por la gloria vana que le hincha? Ridículo sobre toda ponderación nos parecería el pobre mendigo, siempre famélico, que anduviese por ahí pavoneándose de que una vez en sueños se vio rico. Infeliz y desgraciado. ¡Tienes un alma que vive en la miseria, y pregonas tu dinero y la muchedumbre de tus servidores!»...

b) La limosna

Si tan loco eres que no puedes advertir el escaso valor de las riquezas. mira como a la hora de la muerte habrás de dejarlas todas, y quién sabe si, como muchos, morirás tan re-

penalmente que ni aun por testamento puedas disponer de ellas.

«Para que tal no nos ocurra, enviémoslas a nuestra patria ahora, mientras estâmes sanos. Sólo nos podrân servir si las colocamos en un lugar seguro, alli donde ni la muerte, ni los testamentos..., ni los pleitos nos las pueden quitar, porque si nos marchamos llevândolas, las gozaremos perpetuamente...

6Hay alguien tan necio que no quiera poseer para siempre sus riquezas? Pues hagamos una transferencia y coloquémoslas alli. No precisamos caballerias ni barcos para llevarlas, porque Dios ha resuelto esa dificultad de transporte dândonos a los pobres, los cojos, los ciegos, los enfermes. Les ha encomendado a ellos la comisiôn de trasladar nuestro caudal a los cielos, y con ellos partirân nuestras riquezas a la patria celeste, que ojalâ nos concéda la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y en el cual...» (cf. *ibid.*, *Hom.* 16,4: PG 59,106-107).

B) Cristo y los pobres

Cas! todos los Santos Padres—y aun pudiéramos decir que todos—se han ocupado de la limosna al acercarse Navidad, y nada de extraordinario tendria que se centrasen en ella las cuatro semanas de Adviento.

El evangelio de hoy da ocasiôn para hacerlo asi, comentando la frase de en *medio de vosotros esta...* Hoy Cristo estâ entre nosotros desconocido, viviendo entre los pobres. También la limosna fué objeto de la predicaciôn de Juan (Le. 3,11), y es uno de los medios mejores de penitencia, segûn los Santos Padres, y muy en especial San Agustin y San Crisdstomo.

Insertamos a continuacion una serie de textos de este último, que pueden servir de base para una homilia.

La primera parte estâ compuesta por trozos espigados aqui y allâ, en los que aparece Cristo representado por los menesterosos. Tienen casi siempre carâcter de reproche, y pueden completarse con varios de la dominica precedente.

La segunda parte estâ tomada de la homilia 7, de las nueve que predied sobre la penitencia, a la vuelta de una enfermedad y todavia convaleciente. Entre los cinco modos de penitencia indica la limosna como el principal, y a lo largo de su discurso aparece siempre la idea de que si la limosna perdona los pecados es por ser Cristo quien la recibe.

a) Reproches a los que no socorren a Cristo

1. Tuve hambre y no me disteis de comer
(Mt. 25,42)

«Palabras de hondo sentido. Aunque fuere de piedra, ôhabrà corazôn que no se mueva al oirlas? ¡Tu Señor marcha hambriento, y tû, que vives entre delicias, le desprecias, aun

cuando te pide tan poca cosa como pan para alivlar su hambre! iTu Seüor marcha temblando de frio, y tù, envuelto en sedas, ni le miras!...» (*Horn. 50 in cap. 25 Gen.: PG 54,450*).

2. Vives entre riquezas sin socorrer a Cristo

De las dos homilias sobre el salmo 48,17, *No te impatientes, pues, si ves a uno enriquecerse*, contra el lujo excesivo, seleccionamos algunos pârraios.

«Tû, que adornas con exceso tus cabellos, que no sabes distinguir el oro del plomo ni apreclar tu liberalidad, ves en cambio a Cristo hambriento...» (*In Ps. 48: PG 55,514*).

«iOh suma demencia! éQuién te defenderâ? ôQué perdôn podrâs alcanzar, si cuando Cristo estaba de pie ante tu puerta, vestlido en traje de pobre, no tuviste piedad alguna? Yo di limosnas, me diras. Pero ôdlste todo lo que podias?

ôQué dirâs cuando te encuentres en aquellos tormentos Intolérables? iAh!, entonces te acordarâs de mis sermonés; pero serâ un recuerdo inútil. También se acordô el rico epulôn y pidiô tiempo para hacer penitencia *Envia a Lâzaro*, decia, *para que con la punta del dedo mojada en agua refresque mi lengua. porque estoy atormentado en estas llastas* (Le. 16,24). Pero no se le concediô porque es imposible mezclar una gota de limosna con aquella dureza de corazón...» (*In Ps. 48: PG 55,508*).

b) El gran negocio de la limosna

Tomamos de la homilia 7 sobre la penitencia (PG 49,323-332) casi totalmente los pârrafos 6 y 7, en que el Crisôstomo remata, según su costumbre, la mayoría de sus alocuciones.

1. El mercado de la salvaciôn

«Hoy se abre el mercado de la limosna. Alli acuden los presos, los pobres, los que andan mendlgando por las plazas, los que lloran... Gran feria es la que se acaba de inaugurai. Como todas las ferlas, su fin es comprar barato y vender caro... Tal es el negocio que nos propone Dios: comprar la gracia santlflcante por muy poco dinero y después cobrar mucho por ella. iAqui se compra la justlflcaclôn por un pedazo de pan, por un vestlido viejo, por un vaso de agua fresca! *En verdad os digo*, grlta el gran director de este comercio, *que el que diere de beber... sôlo un vaso de agua fresca... no perderd su recompensa* (Mt. 10,42). jAgua fresca! |Limosna sin gastos!... ôCuâl serâ entonces la recompensa del que entregue vestldos, dinero u otros bienes?...

Por lo tanto, en cuanto tengas alguna cosa de poco precio, apresûrate a comprar a ese gran Seüor... Mientras la

ferla esté abierta... comprad la salvación con la limosna. El que vlste a un pobre, vlste a Cristo. ôQue ya lo sabéis?... Es clerto, pero ojalâ que a fuerza de repetirlo lleguemos a dar de limosna alguna que otra cosllla...»

2. Préstale a Dios \

«La limosna es un préstamo que le hacemos a Dios para que nos devuelva su clemencia. *A Dios presta el que da al pobre* (Prov. 19,17). Asi habla la Sagrada Escritura, porque conociendo que nuestra avaricia y ambición... plden siempre ganar algo, no quere decir que quen le da a un pobre le da a Dios, para que no nos parezca un negocio menguado, sino que quien da a un pobre presta a Dios a crédito, y Dios es su deudor...

Elige tenerle como juez o como deudor. El deudor está siempre agradecido. El juez no tiene nada que agradecer, mucho menos cuando él es quien ha prestado» (.ibid., 6,332-333).

3. Dios, fiador de los pobres

«Vamos a ver la razón por la que Dios recibe a crédito lo que se da a los pobres. Sabla que nuestra avaricia... no presta nada sin garantía. Todo el que presta dinero exige o una hipoteca, o una prenda, o un fiador... Sabiendo, pues, que nadie presta sin estas cauciones ni se mueve a ello por misericordia, sino con ánimo de lucro; sabiendo que el indigente carece de hipotecas, porque no posee nada; de prendas, porque está desnudo; de fiadores, porque nadie se fia de su pobreza; y viendo, por lo tanto, que el pobre estaba en peligro por su necesidad, y el rico por su poca misericordia, se entregô El mismo como fianza del pobre y prenda del prestatario. ¿No te fias de él por su pobreza? Fiate, pues, de mis tesoros, nos dice el Sefior...

No tengas miedo. A quien le prestas es a mí ôQué ganancia te voy a dar? Desde luego que parece inicuo pedirle cuentas a Dios, pero para acomodarme a tu avaricia y deshacer tu maldad a fuerza de misericordia, vamos a estudiar Juntos este negocio...

Cuando prestas a otros, ôqué es lo que ganas?... Si lo haces honradamente, el uno por ciento. Si te dejas llevar de tu avaricia, el doble o el triple. Pues yo voy a desbordarlo y vencer tu insaciable deseo... Suelas pedir el uno por ciento. ôTe parece bien el ciento por uno?

Bien, Senor. Yo te daré ahora mismo en préstamo la limosna de los pobres. éPero cuándo me vas a pagar? Quisiera ver las condiciones para firmar el contrato. Sefiálame el tiempo dei pago...

No haria falta tal cosa, pues *fiel es Dios en todas sus palabras* (Ps. 144,13). Pero como es costumbre que el deudor de

buena fe indique el tiempo y día en que podrâ pagar, oye cuándo y donde devolverâ Dios lo que prestes a los pobres. *Cuândo el Hijo del hombre... se siente sobre su trono de gloria...* (Mt. 25,31).

Admira la amabilidad con que el deudor devuelve en aquel lugar lo suyo al acreedor... *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesiôn del reino preparado para vosotros desde la creaciôn dei mundo* (ibid. 25,34). *ôPor qué? Porque... tuve sed...* (Ibid. 25,35). Pero, *Seûor, dirân, icuânto te vimos hambriento, o sediento...* (Mt. 25,37) *a ti, a quien todos los ojos miran expectantes, y tû les das el alimento conveniente a su tiempo?* (Ps. 144,15). ¡Oh bondad admirable! Tu clemencia te impulsa a ocultar tu dignidad. ¡El que alimenta a todo hombre, el que abre su mano y da a todo viviente la grata saciedad (Ps. 144,16), sin perder un âpice de su dignidad divina, pero, saliendo su clemencia fiadora de los pobres, dice: *Tuve hambre, y me disteis de corner!* (Mt. 25,35). ¡El que provee de agua a los lagos, las fuentes y los rios; el que afirma en el Evangelio: *Quien creyere en mi, rios de agua viva correrân de su seno* (Io. 7,38); el que dijo: *Si alguno tiene sed, venga a mi y beba* (ibid. 7,37), ahora nos habla: *Tuve sed, y me disteis de beber!* (Mt. 25,35). Vestimos al que cubriô los cielos, la tierra y a la Iglesia toda. *Cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo* (Gal. 3,27). *Estgba preso...* (Mt. 25,36). *ôEn la cârcel tû, que redîmes los cautlvos?...*

Explicanos lo que quieres decir, porque titubearâ nuestra fe de lo contrario. *ôCuândo te hemos visto en tal necesidad y cuándo te hemos socorrido de esa manera? Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mi me lo hicisteis* (Mt. 25,40). *ôθ acaso no es cierto que a Dios presta el que da al pobre?...** (Prov. 19,17).

4. La limosna, superior a las demás virtudes en el juicio

«Es muy de admirar que en el juicio no menciona ninguna otra virtud. Podía decir: Venid, benditos, porque habéis sido castos... Pero todo lo calla, no porque sean virtudes indignas de menciôn, sino porque, comparadas con la caridad, ocupan un lugar secundario...

Y del mlsmo modo que ofrece el reino a los de la derecha por su benignidad, así condena por su sequedad a los de la izquierda... *Porque tuve hambre, y no me disteis de corner...* (Mt. 25,42). No dice: Porque habéis sido adulteros, ladrones... Todo esto es manifiestamente malo, pero menos que la dureza e inhumanidad... No juzgo—dice—el pecado, sino la inclemencia. No juzgo a los pecadores, sino a los que no han querido arrepentirse. a los que han despreciado este medio

tan fácil de la limosna para borrar sus culpas. Condeno la Inclemencia.. como fuente de toda impledad, y alabo la misericordia, como raiz de todos los bienes».

5. Exhortação final

<Hermosas son, Senhor, tus promesas; hermoso el reino con que premlas y hermoso el infierno con que amenazas. Aquél alienta, éste asusta. Alienta bellamente el uno, aterroriza útilmente el otro. Amenazas con el fuego, para que nos libre-mos de él...; asustas con tu palabra, para no condenarnos con tus obras...

Demos, pues, ganancia a la misericordia de Dios. Hagâ-mosle deudor nuestro y no juez. Cuando un acreedor se acerca a la puerta de su favorecido, si éste es pobre, se esconde; si es rico, le recibe amablemente...

Y ahora se me ocurre otro prodigio de la generosidad de nuestro juez. Cuando se presta a un pobre, si éste llega después a hacerse rico. te paga la deuda, pero no quiere que nadie se entere, para que no recuerden su primer estado de pobreza. En cambio, Dios recibe el préstamo a escondidas... por la mano del pobre, y cuando devuelve, lo hace delante de todas las naciones... Mas ¿por qué no le da Dios al pobre lo que me ha concedido a mi? Pudo hacerlo..., pero ha querido que ni tus riquezas sean infructuosas ni su pobreza quede sin premio. A ti te ha concedido que por medio de la limosna puedas ser verdaderamente rico y que gastes en santidad. *Da y distribuye a los pobres; su justicia permanece por los siglos* (Ps. 111,9). ¿No has visto cómo el rico por medio de la limosna atesora la justicia eterna? En cambio, el pobre, que no posee riquezas para ganar esa justicia, tiene esa pobreza para conquistar con la paciencia el cielo. Pues *la paciencia de los pobres no perecerá para siempre* (Ps. 9,19). En Cristo Nuestro Señor. al que sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amén».

II. SAN AGUSTIN

Sobre la humildad

Expone San Agustín el evangelio de la presente dominica en su tratado 4 sobre el primer capítulo del de San Juan (In Ioan. Evang. Tract. 4, c. 1: PL 35,1406-1414), que extractaremos y a cuyo extra ^añadiremos algunos párrafos de uno de los siete sermones sobre el Bautista, en los que el santo Doctor recalca siempre pensamientos semejantes.

Como quiera que lo que más llama a San Agustín la atención en esta escena evangélica es la humildad del Precursor, formaremos una homilía sobre esta virtud, a base de enlazar los distintos

párrafos del Santo relacionados con la materia en una especie de florilegio.

Nos sirve de punto de partida la «enarratio» sobre el salmo 93. que resumimos bajo el título de los tres actos de la humildad (cf. infra C). Desarrollamos ahora dos de ellos, y dejamos el tercero, a saber, el juicio misericordioso sobre nuestro orojimo, para el domingo décimo de Pentecostés, a cuyo evangelio: la parábola del fariseo y el publicano, aplica San Agustín esos tres actos.

A) *San Juan y la humildad*

a) El Evangelio

«Sabéis muy bien que Juan, porque no buscaba su propio honor, sino el del Juez de quien era pregonero, y porque, siendo *el mayor entre todos los nacidos de mujer*, fué también el más humilde..., mereció llamarse el amigo del Esposo. A los demás profetas les fué concedido anunciar a Cristo. A Juan, señalarle con el dedo...»

«Cristo vino tan humilde y escondido (tanto más escondido cuando más humilde), que los pueblos, despreciando en su soberbia la humildad divina, llegaron a crucificar a su Salvador, convirtiéndole en su Juez...» (*In Ioan. Evang. Tract. 4, c. 1,1: PL 35,1406*).

«Ciertamente que el que entonces vino oculto, después vendrá manifiestamente, pues ya me habéis oído explicar el salmo (Ps. 49,3) *Viene nuestro Dios y no en silencio* (ibid. 2: 1406)... Pero, sin embargo, en su cuerpo mortal apareció como si fuera en medio de la noche, y por ello encendió una lámpara, para que pudieran verle. Esa *lámpara era Juan...* (Io. 5,35), cuyas palabras repite el evangelio de hoy, deteniéndose sobre todo en aquellas por las cuales negó ser el Cristo...

Tanta fué su grandeza, que pudieron confundirle con El, y tanta su humildad, que confesó no serlo...»

b) Juan humilde

1. No soy el Cristo

Enviaron los ruidos (Io. 1,19). No hubieran enviado a nadie si no les hubiera movido la grandeza de Juan, pero éste confesó no ser el Cristo... (ibid. 3: 1406-1407).

«Si Juan no hubiese sido un valle que debe llenarse, sino un monte que ha de ser allanado, hubiera encontrado la ocasión de un fraude. Porque le preguntaban deseando oír la respuesta afirmativa, y de tal modo admiraban su manera de vivir que, sin duda, le hubieran creído. Se le presentó, pues, una oportunidad de engañar al género humano. Pero

si Juan se hubiera arrogado un título ajeno, hubiese perdido el mérito propio. Si se hubiese jactado de ser el Cristo, hubiese tenido que oponer él mismo su propia predicación diciéndose: «De qué te engries? *Los (Lias del hombre son como la hierba; como flor dei campo, asi florece* (Ps. 102,15). Juan, en cambio, se conoció a sí mismo, y por eso el Señor (Io. 5,35) pudo llamarle *lampara que arde y alumbra* (Io. 5,35) (cf. Seizi. 289 in *Nat. Ioan. Bapt.*: PL 38,1310,4).

2. No soy Elias (Io. 1,21)

Cristo ha de venir dos veces, dice San Agustín. En la segunda venida le precederá Elias, como en la primera le precedió Juan. Esta primera venida préfigura la segunda, y por eso en cierto sentido Juan es Elias. Además, según Lucas (1,17), Juan nació *en el Espiritu y el poder de Elias*. Tiene, pues, razón el Señor cuando dice que es Elias, y él cuando niega serlo.

«¿Sabes quién lo entiende perfectamente? El que imita la humildad del pregonero y entiende la magnitud del Juez. Nadie ha sido más humilde que este precursor, y nunca adquirió Juan méritos mayores que cuando, pudiendo pasar por el Cristo o por Elias, confesó: Ni soy el Cristo ni soy Elias... Pues bien, medita tú la humildad de Aquel a quien precedió Juan, para que no tengas que padecer su grandeza cuando venga precedido por Elias»... (*In Ioan. Evang. Tract. 4, c. 13*: PL 35,1408,5).

3. ¿Pues quién eres? (Io. 1,22)

«¿Por lo menos seras un profeta, ya que bautizas? Ni aun eso soy. Así habla aquel de quien el Señor dijo que era más que un profeta. Considerad cómo cede el paso el que pudo ser juzgado muy de otra manera: *El que viene en pos de mi* (Io. 1,27). Del que *no soy digno de desatar la correa de la sandalia* (ibid.), ¡Cómo se rebaja! ¡Y cómo por ello será ensalzado!... (Le. 14,11). Si hubiera dicho... sólo soy digno de desatarle la correa, ya hubiera sido humillación bastante; pero cuando ni aun tal se juzgaba, era porque estaba lleno del Espíritu Santo, y así el siervo conoció al Señor y mereció convertirse de siervo en amigo» (ibid.: 1409-1410,9).

B) La humildad, virtud cristiana

San Agustín, explicando en el salmo 37,6 (PL 36,269) las palabras y la inundation de las copiosas apuas no llegarà a ellos (Ps. 31,6), las interpreta alegôricamente por la pluraliaad de doctrinas filosôficas de los paganos, como el hado, etc. Tomamos algunos pârraíos.

a) Los PAGANOS NO LA CONOCIERON

«Los que nadan entre muchas aguas no se acercan a Dios... Las muchas aguas son la pluralidad de las doctrinas... La de Dios es sôlo una..., la del bautismo, doctrina salvadora, con la que sghios regados por el Espiritu Santo. Muchas aguas de muchas doctrinas... el hado... la casualidad... ôCuál es el agua que mana de la mâs íntima vena de la fuente de la verdad? La que nos enseûa a confesar al Señor... La que nos enseûa a decir: *Confesaré a Dios mi pecado y tu perdonarâs mi iniquidad* (Ps. 31,5). Esta es el agua del corazôn humilde, agua de vida del que se desprecia a si mismo, sin presumir ni atribuirse nada a su poder soberblo y vano...

Esta es el agua que no encontraréls en los libros extraños, de los epicûreos, de los estoicos, de los maniqueos o de los platônícos. Allí ciertamente hallaréis doctrinas y mandamientos excelentes, pero no encontraréls nunca la humildad. La senda de la humildad arranca de otra parte. Viene de Cristo. Es un camino que nace en el que, siendo alto, vino humilde. cQué es lo que nos enseûô al hacerse *opediente hasta la muerte, y muerte de cruz?* (Phll. 2,8). ôQué nos enseûô al pagar lo que no debía? ôAl bautizarse el que no tenía pecado y al morir en una cruz el que estaba ímpio de mancha? cQué nos enseûô mâs que la humlidad?...

Con cuánta razón dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jo. 14,6). ¡Por el camino de la humlidad nos acercamos a Dios, porque (Ps. 33,19) *Dios está vecino a los de corazôn contrito* (Enarrat, in Ps. 31: PL 36,269-270,18).

b) Cristo, maestro de humildad

1. En su doctrina

«Cristo fué el primer doctor de humlidad»... Siendo tan abundante su doctrina, no resulta fácil recoger todos sus testimonies. Ahora sôlo pretendemos en materia de tanta importancia infundlr un odio santo a la soberbia. «Por lo tanto, sôlo os repetiré algunos de los textos que Dios me hace

recordar en este Instante, y que quizâ sean suficientes» (Ibid., c. 31, p. 413).

«El sermôn mâs largo del Sefior comienza diciendo: *Bienaventurados los pobres de espiritu, porque suyo es el reino de los cielos* (Mt. 5,3); pobres de espiritu que son, sin duda alguna, los humildes». Cristo alabô al Centurion sobre todo porque confesô no ser digno de que entrase en su casa (Mt. 8,10; Le. 7,9). *Grande es tu fe* (Mt. 15,28), exclamô ante la Cananea; *hagase como tû quieres*, y todo porque, cuando antes la comparé con el perro, al que no debe echarse el pan de los hijos, ella, recibiendo la frase con humildad, respondió: *Cierto, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores* (Mt. 15,27). Nos propone a los dos orantes, el fariseo y el publicano..., y termina con la sentencia: El publicano bajô mâs justificado que el fariseo, indicando la causa: *porque el que se ensalza será humillado y el que se humilia será ensalzado* (Le. 18.10-14)... Y cuando, al disputar sus discipulos sobre cuál de ellos habia de ser el primero, les puso delante un niño, diciéndoles: *Si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt. 18,1-3), ôqué hizo sino recomendar la humildad y colocar en ella el mérito de la verdadera grandeza? Y cuando contesté a los hijos del Zebedeo... que mâs les aprovecharia prepararse a beber el cáliz de la pasión (Mt. 20.22-23), en el que Cristo se humillaria *hasta la muerte, y muerte de cruz* (Phil. 2,8), que pedir preferencias sobre los demás, ôqué hizo sino demostrar que en el futuro repartira grandezas a los que le hubiesen seguido antes como maestro de humildad? Y cuando lavé los pies a los discipulos (Jo. 13.4-13), jqué manera de recomendar la humildad! Eligié precisamente el tiempo en que iba a morir, para que así se grabase en la memoria y lo conservasen los discipulos como la última enseñanza del maestro»... (*De sancta virgin.*, C. 32: PL 40,413-414).

2. Con su ejemplo

Al ver que el Padre se lo dió todo a Cristo (Mt. 11,27), quizá dudes si te tocará a ti la misma parte. Si te toca, no temas, por impio que hayas sido. Pero si quieres alcanzar tales riquezas. «no las busques por medio de la avaricia. Búscalas por la humildad».

Oye al Sefior: *Todo me ha sido entregado por mi* (Mt., Ibid.). Si lo quieres. todo será para ti. Por mí y en mí tendras al Padre... Me decias antes: No puedo entrar por puerta tan estrecha. Pues ven, te digo (Mt. 11,28-29): *Venid a mi todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviare. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mi** (Serm. 142, c. 5 y 6: PL 38,781).

Así clama el maestro de los ángeles, el pastor de los entendimientos, el manjar que sostiene y no se acaba «Clama y dice: *Aprended de mí...* ¿Qué aprenderemos de ti, de tan gran artifice?... ¿Qué lección recibiremos? El que formó el mundo, el que separó los mares de la tierra, el que creó aves, bestias y peces, el que puso las estrellas en el cielo, distinguió el día de la noche y afirmó el firmamento, el que separó la luz de las tinieblas, éste es el que dice: *Aprended de mí.* ¿Nos explicará quizá todas sus obras para que las hagamos como Él? Imposible! Eso es propio y exclusivo de Dios».

No temas, continúa, no te pondré cargas imposibles. Una sola cosa quiero que aprendas de mí: lo que por ti me hice.

Aprended de mí, no a fabricar los mundos... ni a llenar la tierra de milagros...; aprended que *soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11,29). ¿Quieres ser grande? Comienza por hacerte pequeño. ¿Plensas construir un edificio de colosal altura? Dedicate primero al cimiento bajo. Y cuanto más elevado fuese el edificio que quieres levantar, tanto más honda debes preparar su base. El edificio va subiendo; ya llega a las alturas, pero primero el que cavó los cimientos se hundió en lo profundo. Los edificios antes de llegar a la excelsitud se humillan. El remate se levanta airoso después de la humillación (ibid., c. 7, p. 782-783).

3. Cristo es la verdad

«Oye al Señor, que te dice: *Entra por la puerta estrecha* (Mt. 7,13). Pedro oyele también cuando añade: *Yo soy el camino...* (Jo. 14,6); y como dijo que es el camino, dijo también que *era la puerta* (Jo. 10,9). Por lo tanto, no andes buscando dónde ir ni por dónde andar, pues para que no te equivoques El mismo se hizo camino y puerta. Y para explicártelo de modo más sencillo te lo concreto diciendo: «Sé humilde» (ibid., c. 5, p. 781).

«Este es el camino: marcha por la humildad y llegarás a la eternidad. Dios es la patria adonde vamos. Cristo-Hombre el camino que nos conduce a ella. Vamos a Él y por Él». ¿Temes todavía equivocarte la senda? El que tanto pudo, padeció hambre, sed y cansancio; fue preso, azotado, crucificado y muerto. Este es el camino. (*Serm. 124*, c. 3: PL 38 385).

«Aprende, pues, ¡oh hombre!, y conoce a qué extremos llegó Dios por ti. Aprende (en Belén) esa lección de humildad tan grande que te da un maestro sin habla todavía. En el paraiso tuviste tal facundia que pudiste poner nombres a todos los animales (Gen. 2,19-20), y aquí tu Creador se ha hecho tan niño. que ni aun puede dar a la suya el de madre. Tú en aquel vastísimo lugar de ricos bosques te perdiste desobedeciendo. El se ha hecho hombre mortal en tan estrecha posada para buscar, murmulando, al que estaba muerto.

Tù, hombre, quisiste ser Dios y pereziste. El, Dios, quiso ser hombre y te salvô. ¡Tanto pudo la soberbia humana, que necesitô de la humildad divina para curarse!» (*Serm.* 188, c. 3: PL 38,1004).

C) Los tres actos de la humildad

a) Cíñete a lo que son

En el sermón antes citado (*Enarrat. in Ps.* 93, c. 15: PL 37,1203), San Agustín habla de los soberbios, que triunfan en este mundo porque Dios prepara su castigo eterno. Tipo del soberbio es el fariseo, que aun cuando reconocía que sus buenas obras venían de Dios, y por ello daba gracias, sin embargo, no confesó sus pecados, y menospreció al publicano. Seguidamente añade:

«¿Quién es soberbio? El que no hace penitencia confesando sus pecados para curarse con la humildad. ¿Quién es soberbio? El que lo poco bueno que posee se lo atribuye a sí mismo, menospreciando la misericordia divina. ¿Quién es soberbio? El que, aunque atribuya a Dios lo que Dios le dio, sin embargo, insulta a los que no lo recibieron y se coloca por encima de ellos...

Atended bien, para entenderlo perfectamente. Primero, todo hombre o mujer debe hacer una penitencia saludable, pero una penitencia que sirva para corregirse y no para burlar a Dios. Cuando, después de esta penitencia, haya comenzado ya a vivir bien, debe meditar hondamente, no sea que atribuya a sus propias fuerzas lo que pudiere tener de bueno; y dar gracias a Aquel de quien ha recibido el poder vivir santamente, al que le llamó e iluminó. ¿Y con esto queda terminada la obra? Ni mucho menos. Todavía le falta no ensoberbecerse y compararse con los que no viven como él.

... Tal es la doctrina cristiana: nadie obra el bien si no es por la gracia de Dios. Lo que el hombre hace de malo es suyo; lo que hace de bueno se lo debe a Dios. Cuando comienza a obrar el bien, que no se lo atribuya a sí mismo. Y cuando sepa que no es suyo, que le dé gracias a Dios, que se lo da. Y cuando sea justo, que no insulte al que no lo fuere, ni se ensalce sobre él. La gracia de Dios no se ha agotado en ti, y todavía sobra alguna para ese pobre» (*ibid.*, c. 15. p. 1203-1204).

b) Reconocer que todos somos pecadores

Siendo tan fácil probar la abundancia del pecado mortal y la necesidad de confesarlo, nos ceñimos más bien a aducir los pasajes en que había de los pecados del que es justo o lo parece. San Agustín, en sus disputas contra Pelagio, exhibe infinitos textos, casi todos ellos relacionados con si *dijéramos que no tenemos pecado, nos enganaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros* (1 lo. 1.8) y la oración dominical. Incluimos para empezar el desarrollo de esta parte un pasaje de la *Ciudad de Dios* donde el santo Doctor se propone demostrar que en Roma no había verdadera humildad antes del cristianismo.

1. La lucha de esta vida no permite a nadie vivir sin pecado

«Nuestra paz consiste en estar con Dios, aquí por la fe, después cara a cara. Pero esta nuestra paz actual es más bien consuelo en la miseria que alegría en la felicidad. Hasta en nuestra justificación verdadera, puesto que nos lleva a la vida eterna, influye en mayor parte el perdón de los pecados que la perfección de las virtudes. Testimonio de ello es la oración dominical... *Perdónanos nuestras deudas* (Mt. 6.12; Lc. 11.4). Oración destinada no precisamente a aquellos que viven con *una fe muerta sin obras* (Iac. 2,17-26), sino principalmente a los que viven con *la fe, que obra por la caridad* (Gai. 5.6). Y es que la razón sometida a Dios, pero encerrada... en este cuerpo corruptible, que tanto agobia al alma (Sap. 9.15), no domina por completo a la concupiscencia, por lo cual esta oración es necesaria hasta para los justos. Pues ciertamente, aun cuando dominan sus vicios, no lo hacen sin lucha, y así ocurre que en este lugar de flaqueza siempre se escapa algo incluso al que lucha bien..., y así todos pecamos, si no descaradamente, por lo menos con charlas ligeras y con pensamientos pasajeros...

Aun cuando vencemos, no hay paz completa, porque los vicios que se resisten pelean en lucha brava y peligrosa, y los que están dominados no nos dejan permanecer en tranquilo ocio, sino requieren vigilia constante...

Tentación es la vida del hombre sobre la tierra (Iob 7.1, según los LXX). ¿Y quién sino el soberbio puede presumir de que no necesita pedir a Dios: *perdónanos nuestras deudas?...: ese hombre, no grande, sino hinchado y fatuo, a quien justamente resiste Dios. que da su gracia a los humildes: Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da su gracia* (Iac. 4,6 y 1 Petr. 5,5) (*De civit. Dei*, 20,27: PL 41,657).

2. Hasta los mismos santos los cometieron

«ôQuién es el que no tiene pecado? Comenzad por los sacerdotes. Dios les dijo: *Ofreced primero el sacrificio por vuestros pecados, y luego por los del pueblo* (Lev. 16,6 y Hebr. 7,27)... Pero quizá me diréls que eso se referia a los sacerdotes del Antiguo Testamento... Mirad, hermanos. Porque Dios lo quiso, yo soy sacerdote, y, sin embargo, me reconozco pecador, y con vosotros me doy golpes de pecho, y con vosotros pido perdôn, y como vosotros espero que Dios me sea propicio. ôPero quizá los santos apôstoles, principales corderos del rebano..., no tengan pecado? Pues ciertamente que los tienen. Yo no me atreveria a decirlo...» Pero oid al Señor, que es quien le mando orar así: *Perdônanos nuestras deudas...* (Serm. 135, c. 6: PL 38,749).

Podréis argüirme que tal oraciôn les fué enseñada cuando eran débiles todavia. No; se ordenô a la Iglesia y a ellos para siempre. Ciertó que hasta la pasiôn de Cristo fueron débiles; y en ella mâs, puesto que très veces le negô San Pedro (Mt. 26,69-74), y gracias a que no continuaron preguntându-le, pues de lo contrario hubieran continuado hasta hoy las negaciones. Ciertó que después fueron santos y eximios. «^Pero vivieron sin pecado alguno?... Preguntémoslo a ellos. Decidnoslo, santos apôstoles: Después que resucitô el Señor y fuisteis confirmados por el Espiritu Santo, èdejasteis de pecar? Contestadme, os pido... Uno se adelanta a respondernos ¡Y ved cuâl! El mâs amado del Señor, el que descansô sobre su pecho (Io. 13,23). Ese va a hablarnos. ôTienes pecados o no? Contéstame. Me contesta y dice: *Si dijéramos que no tenemos pecados, nos enganariamos a nosotros mismos y la verdad no estaria en nosotros* (1 Io. 1,8).

Ha hablado Juan, el que volô tan alto, el que subiô como un âguila sobre las nubes para poder contemplar con mente serena que en principio era el Verbo (Io. 1,1); ese mismo nos asegura: *Si dijéramos que no tenemos pecados...* (1 Io. 1,8-9). Pero *si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Dios para perdonarnos*» (Ibid., c. 7: 749-750).

3. El pecado es lo ûnico nuestro

Lo bueno viene de la gracia. El mal, de nuestra libre voluntad. He aquí un argumento constante en San Agustín, que formula en el adagio: «*Quidquid peccati habes tuum est*».

4. Conclusion

En el sermón 19 nos recomienda el Santo la oraciôn para que Dios aparté su rostro no de nosotros, sino de nuestros pecados. en-Ifizando las palabras del Salmista (Ps. 26,9) *No me escondas tu*

roostro con *Aparta tu faz de mis pecados* (Ps. 50,11). Por eso debemos orar repitiendo (Ps. 50,5): *Pues reconozco mis culpas, y mi pecado esta siempre ante mi* (Serm. 19, c. 1: PL 38,132).

«Sefior, no apartés la mirada de tu obra, pero en cambio apârtala de las mias... Tû hiciste una cosa y yo otra. Tu creaste mi naturaleza y yo sus vicios. Cura los vicios, y mi naturaleza quedarâ limpia y sana» (ibid. 1: 132).

«Vivamos bien y no présumâmes de carecer de pecados. Asi nuestra vida merecerâ alabanza y obtendremos el perdôn. Los pecadores empedernidos, cuanto mâs se olvidan de sus culpas, tanto mâs curiosos se muestran en investigar las ajenas. No buscan para corregir, sino para morder; y no pudiendo excusarse, estân siempre a punto para acusar a los demâs. No es tal el modo de orar y de satisfacer a Dios que nos ha ensefiado el ejemplo (del Salmista): *Pues reconozco mis culpas, y mi pecado esta siempre ante mi* (Ps. 50,5). Ese no se fijaba en los demâs, sino que se llamaba a si mismo para ponerse delante de si, y no limitândose a palparse por de fuera, penetraba en su interior. No se perdonaba nada... Hermanos, el pecado no puede quedar impune. Seria injusto. Luego ha de ser castigado. Entonces, oye lo que Dios te dice: O castigarâs tû tu pecado o lo castigaré yo. El pecado, pues, se castiga o por el hombre, que lo reconoce, o por Dios, que lo juzga» (ibid. 2: 132-133).

c) Reconocer que nuestra virtud es de Dios

Reproducir la doctrina de San Agustin sobre la necesidad de la gracia para las obras saludables sería trasladar aqui su obra entera. Raro es el sermón en el que no toca este punto. Escogeremos alguno.

1. Todo lo que tenemos es de Dios

Servid a Yavé con temor, rendidle homenaje con temblor... No se aire y caigdis en la ruina (Ps. 2,11) (cf. Serm. 13, sobre el Ps. 2,11-12: PL 38,107). Este es el compendio de la sabiduria: *Servid al Señor con temor...* Alégrate por El, no por ti. El te hizo lo que eres, hombre y justo. Y si crees que Dios te ha hecho hombre, pero que justo te has hecho tû, no te alegras para El con temor, sino para ti con presunción. «ôY qué ocurrirâ contigo? Pues lo que sigue: *No se aire y caigdis en la ruina* (Ps. 2,12). Y fijate que no dice: No sea que el Señor se llene de ira y no entres en el camino de los justos, sino no sea que perezcas dei camino justo (en el que vives). Te parece que eres justo porque no adulteras, no matas... Pues de ese camino perecerâs si todo eso te lo atribuyes presuntuosamente a ti. Los infieles no entran por el camino de la justicia, pero los soberbios se separan de él...

tQué hemos, pues, de hacer para no separamos de ese camino? *Venturosos los Que a El se acogen* (Ps. 2,13). Desgrados los que confían en si mismos. *Maldito el hombre que en el hombre pone su confianza* (1er. 17,5). Luego ni en ti mismo, que eres hombre, puedes confiar. Si pones tu esperanza en otro hombre, eres un humilde desorientado. Si la pones en ti mismo, eres un soberbio... Las dos cosas son malas... El humilde desorientado nada obtendrá. El soberbio será precipitado».

2. La mortificacion, obra de Dios (Serm. 156,10: PL 38,855)

San Agustin explica las palabras de San Pablo: *Mas si con el espiritu mortificâis las obras de la carne, viviréis* (Rom. 8,13) y previene que este espiritu no sea interpretado por la voluntad del hombre que quiere mortificarse y domeñar sus pasiones, sino por la voluntad de Dios. De lo contrario, «perecerâs por tu soberbia...; y para que no nazca esta, añade: *Porque los que son movidos por el Espiritu de Dios, éstos son hijos de Dios* (Rom. 8,14). ¿Pensabas decir que eso lo hacia tu voluntad y libre arbitrio? ¿Qué voluntad? ¿Qué libre arbitrio? Si El no te sostiene, caerâs. Si El no te levanta, seguirâs muerto. ¿Quiéres obrar por ti mismo en tus mortificaciones?» Déjà eso para los estoicos. Y si te portas como ellos, no serâs hijo de Dios.

3. Da gracias a Dios por todo

«Mejor es dar gracias a Dios por cosas pequenas que ensoberbecerse de las grandes. Porque al que le agradece lo poco, Dios le llevará a lo más. Al que tiene grandes cosas, si es desagradecido, le serán quitadas todas. *Al que tiene se le dard* (Le. 8,18); *Al que no tiene, aun lo que tiene le sera quitado* (Le. 19,26). Pero, si no tiene, ¿cómo le van a quitar? ¿Tiene o no tiene? Tiene, pero como si no tuviera, porque no sabe de donde viene lo que posee... Y por eso Dios le quitará lo que es suyo, y él se quedará con su propia iniquidad» (ibid. c. 10: 855).

D) Exhortación final

a) Cristo llama

«¿Cómo os podré recomendar esta virtud, sino con las palabras del Señor: *Aprended de mi*? Palabras pronunciadas después de recordamos su excelsa majestad, para hacernos ver qué pequeño se habia hecho por nosotros el grande. Por-

que lo que dijo fué: *Yo te alabo, Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeños... Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo* (Mt. 11,25 y 27). Y a continuaciôn anadiô: *Apreiided de mi, que soy manso y humilde de corazôn*.» (Mt. 11,29).

El que lo reciblô todo del Padre, el Incognoscible..., mirad lo que nos enseña. Sed humlides como yo. «¡Oh doctrina salvadora! ¡Oh Maestro y Señor de los mortales, a los que nos propinaron la muerte con una copa emponzoñada de soberbia! Tú no quisiste enseñar lo que antes no hubieras sido, ni mandar lo que no hubieses ejecutado. Yo te veo, Jesús mio, con los ojos de la fe, que tú me abriste, como si estuvieras predicando a todo el mundo y diciéndole: *Venid a mi y aprended de mi*. ¿Qué quieres, Hijo de Dios, por quén fueron hechas todas las cosas y que en medio de todas ellas te hiciste Hijo del hombre? ¿Qué quieres que aprendamos? *Que soy manso y humilde de corazôn*. ¿A eso han quedado reducidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia que se encierran en ti? (Col. 2,3). ¿A poner todo el empeño en ser humlides? ¿Tan gran cosa es el empequeñecerse que no pueda ser aprendida sino de tu grandeza? Así es. Y no de otra manera encontrarás la paz» (*De sancta virginitate*, c. 35: PL 40,416).

b) A LOS PECADORES

«Olgante y vengan a ti; aprendan la humildad y mansedumbre los que invocan tu perdôn. Olgate el que, abrumado por el peso de sus culpas, no se atreve a levantar los ojos arriba y se golpea el pecho, acercándose desde lejos. Olgalo el centuriôn... (Mt. 8,8). Olgalo Zaqueo... (Le. 19,2-8). Olgalo aquella pecadora de la ciudad que besô tus pies con tanto más abundantes lágrimas cuanto más alejada habia estado de seguir tus huellas (Le. 7,37-38). Olganlo las meretrices y los publicanos, que precederán en el reino a los escribas y fariseos (Mt. 21,31). Olganlo todos los enfermos y pecadores, cuya convivencia te motejaron... (Mt. 9,11-13). Todo éstos fácilmente te oyen, y oyéndote se humillan al recordar sus maldades y esperan en tu Indulgentísima misericordia, porque (Rom. 5,20) *donde abundô el pecado sobreabundô la gracia*» (ibid. c. 36: 416).

c) A LOS PIADOSOS

1. El peligro de la soberbia

<Pues mira, ¡oh Señor!, a este ejército de doncellas jóvenes y vírgenes. brillante equipo de tu Iglesia inmortal, que

desde los pechos de su madre aprendieron a cantar tus alabanzas... No se puede decir de ellas: *El que primera fué blasfemo y perseguidor violento...* (1 Tim. 1,13). Son las que entendieron tu invltaciôn, no mandato: *El que puede entender, que entienda* (Mt. 19,12).

Clama fuerte, Seftor; ôigante que eres manso y humilde de corazôn, y cuanto mayores y mâs altos estén, humillense mâs en todas las cosas para que puedan hallar gracia delante de ti. Son justos, ôpero acaso como Tû, que justificas al Impio? Son castos. Pero nacieron en pecado desde el seno de su madre (Ps. 50,7). Son santos. Pero Tû eres el Santo de los santos. Son virgenes, pero no de madre virgen... Y a pesar de todo ello, aprendan la humildad, no de los pobres a quienes tû perdonaste, sino de ti, *Cordero de Dios que quita los pecados dei mundo...* (Io. 1,29)».

2. Ven a Cristo

«Alma pladosa, que venciste a la carne... Para reclbir la leccôn de la humildad no te enviô a los publicanos y pecadores, a pesar de que en el reino de los clelos irân delante de los soberbios; no. Son indignos... de dar lecciones a la virginidad sin mancha. Te enviô el Rey de los cielos a Aquel por quên fueron creados los hombres y que por los hombres fué creado entre ellos: *al mâs hermoso de los hijos de los hombres* (Ps. 44,3), y, sin embargo, despreclado por los hijos de los hombres...; al que, mandando en los ângeles inmortales, se rebajô a servir a los mortales...

... ¡Ven a El!... No tendrâs que ir al que no osaba levantar los ojos al cielo, abrumado por la carga de su pecado, sino al que bajô del cielo empujado por el peso de su amor (Io. 6,38)... No tendrâs que Ir a la que con sus lâgrimas lavô los pies del Sefior (Le. 7,38), pidlendo perdôn de sus maldades, sino al que para perdonarlas todas lavô los pies de sus siervos (Io. 13,5).

Conoces tu dlgnldad. virgen cristiana. No te propongo como ejemplo al publicano que acusa humilde sus delitos, pero temo que puedas parecerte al farlseo que se jactaba soberblo de sus mérites (Le. 18.11-14). No te dlgo: Sé como aquella que mereclô olr: *le son perdonados sus muchos pecados, porque amô mucho* (Le. 7,47), pero temo que, si crees que se te perdona poco, sea porque poco amas» (Ibid. c. 36 y 37: 417-318).

III. SAN GREGORIO MAGNO

El Bautista, modelo de humildad

Seleccionamos dos pasajes, uno relativo a la predicación del Bautista, otro referente a la humildad, pero conectado asimismo con el evangelio de la presente dominica.

A) *La predicación del Bautista*

En su *Homil. 20 in Evang.* (PL 76,1159-1170), San Gregorio va comentando todo el pasaje evangélico. De este comentario entresacamos lo más notable.

a) Preparad EL camino del Señor

Comienza aludiendo a las autoridades del rey y de los sacerdotes para precisar el tiempo del que había de ser Rey y Sumo Sacerdote. Después de una extraña interpretación de la predicación del bautismo para el perdón de los pecados, continúa: *Soy la voz, porque precedía a la palabra preparad el camino* (Lc. 3,4). «Todo el que predica la fe recta y las buenas obras, ¿Qué hace sino preparar el camino del Señor para que venga al corazón de los oyentes, penetrándolos con la fuerza de la gracia, ilustrándolos con la luz de la verdad, para que, enderezadas así las sendas que conducen a Dios, se engendren santos pensamientos en el alma?...

Todo barranco será rellenado y todo monte allanado (Lc. 3,5). En la venida del Señor se llenaron todos los valles y fueron humillados los montes, porque, según sus palabras, *el que se ensalza será humillado y el que se humilia será ensalzado* (Lc. 14,11 y 18,14)». Los soberbios judíos perdieron el reino que ganaron los despreciados gentiles. «Los corazones humildes serán llenos de la gracia y de las virtudes por medio de las enseñanzas divinas, según lo que está escrito: *Hace brotar en los valles los manantiales... y los valles se cubrirán de mieses*» (Ps. 103,10 y 64,14). El agua desciende resbalando de las montañas de los soberbios para formar remansos en el valle.

Los caminos tortuosos, rectificados (Lc. 3,5). «Los corazones de los malos, torcidos por la injusticia, son dirigidos a la regla de la justicia (Is. 11,4-5), y los iracundos se tornan suaves por la gracia sobrenatural. Cuando el Iracundo no quiere recibir la palabra de la verdad es un camino que no permite

marchai' por él. Cuando... la reclbe, se convierte en camino llano el inaccesible, por donde antes el predicador no podía dar un paso» (ibid. 6: 1162).

Y toda carne verá la salud de Dios (Lc. 3,6). Por eso había en seguida del juicio (Ibid. 7: 1165).

Dignos frutos de penitencia (Lc. 3,8). En proporción con los pecados anteriores, «tanto mayores ganancias hemos de procurar conseguir con las buenas obras cuanto mayores perjuicios nos hayamos inferido con el pecado»... (ibid. 8' 1163).

b) El que tiene dos tunicas dé una al que no la tiene (Lc. 3,11)

«Por lo mismo que la tunica es más precisa que la capa, indica aquí San Juan que es mejor fruto de penitencia dar y compartir con nuestro prójimo lo que nos es necesario... que limitarnos a las cosas exteriores y menos útiles. Escrito está en la ley: *Amaras al prójimo como a ti mismo* (Mt. 22,39 y Lev. 19,18), y no demuestra amarle de ese modo el que no comparte con él, cuando lo ve necesitado, las cosas que le son indispensables. Por consiguiente, tenemos la obligación de dar una tunica cuando tengamos dos. Y no manda el evangelio que se parta por la mitad que se tenga cuando sea sólo una, porque eso equivaldría a desnudar a los dos, sin remediar nadie»...

Considerad y ved cuánto valen las obras de misericordia. En este pasaje, cuando se enumeran los frutos dignos de penitencia, son aquéllas las preferidas.

Por eso dice el Señor: *Dad limosna... y todo será puro para vosotros* (Lc. 11,41); y en otro lugar: *Dad y se os dará* (Lc. 6,38). De aquí que esté escrito: *El agua apaga la ardiente llama y la limosna expia los pecados* (Eccl. 3,33). Y en otra parte: *Encierra la limosna en tus áreas y te librará de toda miseria* (Eccli, 29,15). Por eso, el buen padre ha de aconsejar a su hijo (Tob. 4,8): *Si abundares en bienes, haz de ellos limosna: y si éstos fueren escasos, según esa escasez, no temas hacerla*» (Ibid. 11: 1165).

Extiéndese el Santo largamente sobre los que hacen limosnas a las personas dedicadas a Dios y al apostolado, y dice que recibirán el mismo premio del Apóstol, según Mt. 10,41 (ibid. 12: 1165).

Cuando el Señor dijo que desde los días de Juan el reino de Dios sufría violencia, se refería a esta predicación y a las limosnas, por medio de las cuales alcanzamos el reino de los justos, que habíamos perdido. «Dios se complace en sufrir esta violencia. Desea que lo que no hemos merecido con nuestras obras, lo arrebatamos con nuestras lágrimas... Ved al buen ladrón (Le. 23,42), arrepentido en la cruz» (Ibid. 15: 1169).

B) La humildad

En la *Horn. 7 in Evang.* (PL 76,1099-1103), después de una exposición exegética, que omitimos, San Gregorio desarrolla el tema de la humildad. Debemos considerar nuestros defectos aun en medio de nuestras virtudes, y en medio de nuestra grandeza, si la hubiere, nuestra pequenez.

a) No SOY DIGNO DE DESATAR SU ZAPATO

«¿Qué significa decir: *No soy digno de desatar la correa de su zapato* (lo. 1.27), sino confesar clara y humildemente la ignorancia? Es como si dijera: ¿Qué extraño es que se me anteponga Aquel a quien veo, si, aunque nacido después de mí, no comprendo el misterio de su nacimiento? He aquí cómo el Bautista, Ueno del don de profecía, brilla en la ciencia sobrenatural y nos indica lo que ignora» (ibid. 3: 1101 y 1102).

b) La humildad, guarda de la virtud

«En este punto, carísimos hermanos, debemos considerar y pensar atentamente cómo los santos, a fin de conservar la virtud de la humildad, cuando por un don especial del cielo saben alguna cosa, procuran traer a su imaginación lo que ignoran, para que, viendo sus debilidades, no se enorgullezca su alma por lo que tiene de perfecta. La ciencia es claramente una virtud. pero la humildad la custodia. Conviene, por lo tanto, hermanos míos, que nuestro entendimiento se humilie en lo que sabe, para que no se lleve el viento del orgullo lo que ha reunido la virtud de la ciencia...

Cuando hagáis alguna obra buena, traed siempre ante vuestra consideración el mal que hayáis hecho, para que, viendo cautamente la culpa, jamás el ánimo se regocije incautamente en el bien cumplido...

Considerad como superiores a vuestros prôjmos, principalmente a aquellos a quenes no estâls encomendados, porque no sabéis si aun los que obran mal ocultan algûn bien dentro de si mismos...»

c) El que se humilla ser A ensalzado

«Procure cada uno ser grande, pero ignore que lo es, a fin de que no pierda su grandeza cuando con arrogancia se la atribuya. A este propósito dice el profeta: *¡Ay de los que son sabios a sus ojos y son prudentes delante de si mismos!* (Is. 5,21) Y San Pablo añade: *No seáis prudentes a vuestros propios ojos* (Rom. 12,16). De aquí que se dijo contra el soberbio Saul: *Hallándote tu pequeño a tus propios ojos, has venido a ser el jefe de las tribus de Israel...* (1 Reg. 15,17). Lo que equivale a decir: Por haberte considerado pequeño, te hice yo más grande que los demás; mas como te has estimado grande, te tengo yo por pequeño. Por el contrario, cuando el rey David valoraba en nada el fausto de su autoridad real y bailaba en presencia del arca de la alianza, dijo: *Danzaré yo y aun más vil que esto quiero parecer todavía y rebajarme más a tus ojos...*» (2 Reg. 6,21-22).

«Luego si los santos, cuando ejecutan grandes cosas, sienten pobremente de si, iqué han de decir en su defensa los que se engreían sin virtudes? Aun las buenas acciones carecen de valor cuando no están sazonadas por la virtud de la humildad. Las más grandes, practicadas con soberbia, en vez de ensalzar rebajan. El que acopie virtudes sin humildad, arroja polvo al viento; y donde parece que obra provechosamente, allí incurre en más lastimosa ceguera. Por lo tanto, hermanos míos, mantened en todas vuestras obras la humildad..., no miréis a los que son menos que vosotros, sino a los que os aventajan, para que al proponeros los ejemplos de los buenos podáis subir siempre a mayor perfección...» (Ibid. 4: 1102-1103).

IV. SAN BERNARDO

El conocimiento de si mismo

San Bernardo escribió un libro, llamado *De la consideración*, dirigido al Papa Eugenio III, que había sido monje cisterciense, y empleó en redactarlo ocho años. En él advertía al Pontífice que debía considerar constantemente para no ensoberbecerse: *te, quae sub te, etrea te, et supra te sunt*. Como ejemplo de santa libertad, y por estimarlo aprovechable, si no como tema, a lo menos a ti-

tulo de ilustraciôn de alguna plâtica u homilia, transcribimos algunos trozos. Pueden verse en BAC, *Obras completas de San Bernardo*, t. 2, D. 596ss.; y en PL 182,727-807.

A) *Conôzcase el Papa a si mismo*

«Viniendo ya al fruto de la consideraciôn, pienso que habéis de pensar en cuatro cosas: en vos mismo, en todo lo que estâ debajo de vos, en lo que os rodea y en lo que estâ sobre vos.

La consideraciôn ha de comenzar siempre por vos, no sea que os distraigâis en asuntos varios, descuidândoos de vos mismo. *tQué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde el aima?* (Mt. 16,26)... Aun cuando conociereis todos los misterios a la par..., si os ignoraseis a vos, sériais como el que edifica sin fundamento, y amontonarias ruinas en vez de levantar edificios. Todo cuanto construyâis fuera de vos serâ como un montôn de polvo expuesto a los vientos. Por tanto, no serâ nunca sabio quien no lo es de si y para si. Lo serâ, en cambio, quien lo fuere para si mismo y bebiere la primera agua de su fuente y de su pozo. Comience, pues, por vos y acabe siempre en vos vuestra consideraciôn. A cualquier parte que divaguéis, volved, para vuestro provecho, al punto de partida, que habéis de ser vos» (o. c., II, 3).

«Notad quién sois y de qué fuisteis hecho... ôNo os avergonzaríais primero de veros pequenito en tan alto sitio...?» (ibid. 5).

«Oid ahora mi canciôn, ciertamente poco grata, pero saludable. Es algo monstruoso juntar un aima sin grandeza con el honor mäs grande, el mäs alto solio del mundo con la vida mäs rastrera, una lengua parlera con una mano ociosa...

Os he puesto un espejo delante; reconôzcase feo en él todo el que lo sea; en cuanto a vos, alegraos de no pareceros en nada al retrato. Pero miraos bien, no sea que, a pesar de tener facciones regulares, de las que podâis mostraros satisfechos, haya algunos perfiles de que debâis descontentaros. Quiero os gloriéis en el testimonio de vuestra buena conciencia, pero deseo toméls también ocasiôn de él para humillaros. Raro es poder decir: *de nada me arguye la conciencia* (1 Cor. 4.4). Andaréis mäs precavido en el bien si no se os esconde el mal. Por tanto, como ya os decia, procurad conoceros a vos mismo, para que en las pruebas por las que habéis de pasar gocéis del bien de la conciencia tranquila y sepâis de qué habéis menester. ôPorque quién lo tendrá todo? Todo le falta al hombre que piensa no necesitar nada. ôQué importa que seâis Sumo Pontífice? ôAcaso por el mero hecho de serlo sois el sumo y primero entre todos los hombres?

Si tal creyerais, sabed que por lo mismo serais inferior a todos los demás...

Para todo hombre debéis ser el ministro de Cristo, y ciertamente el primero..., pero... yo desearia que procuraseis llegar a lo sumo más que a creéroslo o desear parecer sumo. Además, ¿cómo podriais progresar más en virtud, si ya os contentais de vos mismo? No seáis, pues, negligente en inquirir todo lo que os falta todavía, ni os cause repugnancia el reconocer que no lo poseéis» (ibid. c. 7).

Después de hablar al papa Eugenio sobre la excelencia del Pontificado añade: «Ahí veis quién sois. Pero no olvidéis... qué sois... Seguis siendo hoy lo que antes erais, y no lo sois menos ahora que lo que habéis venido a ser, sino que tal vez lo sois todavía más... No sois ni más ni menos que hombre, pues hombre habéis nacido y vuestra naturaleza humana es... Entre ser obispo y ser hombre, ¿qué os parece más vuestro y más propio de vos? No lo que se os ha hecho ser, sino lo que fuisteis al nacer... ¿Nacisteis tal vez con tiara? ¿Brillasteis desde aquel momento con la multitud de joyas, sedas...? Si todo esto, cual nublado en la mañana, que pasa veloz y presto, se desvanece y disipa al soplo de la consideración, ¿no os veréis luego de manos a boca como un hombre* desnudo, pobre y miserable?...

Muy saludable fruto sacaréis si, al pensar que sois Sumo Pontífice, juntáis la consideración de lo que no solo erais antes, sino de lo que ahora sois: polvo vilísimo y solo polvo...» (Ibid. c. 9).

B) Tres condiciones en la confesión de las faltas

En sus sermones sobre el Cantar de los Cantares, San Bernardo hace una digresión a propósito de las siete condiciones necesarias para el perdón de los pecados. Las cuatro primeras constituyen cuatro motivos de arrepentimiento. Las otras tres son las condiciones de la humildad en que debe inspirarse la confesión de nuestros pecados (cf. *Serm. 16 sobre los Cantares*: BAC, *Obras completas*, t. 2, p. 93ss., y PL 183.848ss).

— ----

En cuanto a la triple confesión (o cualidades de la misma) no hay duda de que es una fehaciente señal de haber recobrado la vida... «El convencido de esta verdad (de sus pecados y castigo merecido) ha recobrado la sensibilidad del espíritu»... Réstale sólo confesar debidamente su pecado. «Esta (confesión) ha de proceder de un corazón humilde, sencillo y fiel» (cf. ibid. 8: 840).

a) Humilde

1. Entre los malos

«Los hay que *se gozan en hacer el mal y se huelgan en la perversidad del vicio*, dice el Sablo (Prov. 2,14)... Y aftade el profeta (Is. 3.9): *Sus /rentes dan testimonio contra ellos, pues llevan, como Sodoma, sus pecados a la vista*. De estos misé-
bles no quiero hablaros más» (ibid.).

2. Entre los buenos

«Es cierto, sin embargo, que algunas veces hemos oido a qulenes profesaron religlôn alabarse con sumo descaro de sus culpas pasadas». como duelos, triunfos, vanldades. «Con este lenguaje demuestran tener todavia el espiritu del siglo; el hâbito humilde que llevan no prueba la renovaclôn de su vivir... Algunos cuentan estas cosas con cierto sentlmiento de dolor y pesar; mas como buscan en ello interlormente la gloria, no borran sus pecados, sino que se suceden a si mls-
mos, pues *de Dios nadie se burla* (Gal. 6.7). No se han despo-
jado del hombre vlejo, sino que lo cubren con el nuevo... Me da vergtienza menclonar el descaro de algunos... en alabar-
se y alegrarse de cosas que debieran llorar, como de que aun después de recibido el hâbito de religlôn... han sorprendllo a alguno de sus hermanos... o... han rebatido bien a una persona que les injurlaba, o sea de haber vuelto mal por mal y afrenta por afrenta» (ibid. 9, p. 840).

«Pero hay otra confeslôn tanto más pellgrosa, porque es-
conde su vanldad en forma más sutil, y es cuando no nos recatamos de descubrír las faltas vergonzosas, no porque seamos humildes, sino a fin de que se plense que lo somos. Ciertamente, que el querer ser alabado por humilde no es vlrtud de humildad, sino destrucclôn de la humildad... Extrafia es-
pele de orgullo no poder ser reputado santo sino pareclen-
do criminal. Mas esta confeslôn, que sôlo tlene las aparlen-
clas, pero no la vlrtud de la humildad, lejos de merecer el perdôn..., atrae sobre si la cèlera dlvlna. ôQué le vallô a Saul (1 Reg. 15.30) confesar su pecado al ser sorprendllo por Sa-
muel?» Cuando no se le perdonô es porque faltaba la humil-
dad (Ibid. 10: 841).

b) Sencillo

No se debe excusar la Intenclôn, «si ésta es culpable, con el vano pretexto de que no es conoclda de los hombres* ni dls-
mlnuir una culpa si es notable: ni atribulr la a persuasiôn de otro...

Lo primero no es confeslôn, sino defensa, y no apaga la cōlera divina, antes la enclende mās. Lo segundo es seflal de ingrattud, porque quanto mās se créé que una falta es menor, mās se dlsmlnuye la gloria de quien la perdona». Y el beneficio se concede mās a disgusto cuândo se sabe que será menos agradecldo. En quanto a lo tercero, véase el ejemplo de Adân y Eva (Gen. 3,12-14) echândose las culpas uno a otro (ibid. 11: 841).

c) Fiel

«Es decir..., con esperanza, sln desconfiar de obtener el perdôn de los pecados»... Judas (Mt. 27,4) y Cain (Gen. 4,13) confesaron sus culpas, pero sln fe en la misericordia de Dios (ibid. 12: ibid.).

S E C C I O N I V . T E O L O G O S

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

Sobre la vanagloria

Extractamos de Santo Tomâs de Aquino (cf. *Summa Theologica*, 2,2, q. 132) los pasajes relativos a la vanagloria.

A) La vanagloria del pecado (a. 1)

No es pecado apetecer la gloria, sino la gloria vana, porque de suyo no es malo desear que sea conocido lo bueno, pero en cambio lo es la vanagloria, la cual puede serlo por très motivos, a saber, porque deseamos sea alabado lo que no merece tal honor, por su naturaleza frágil y caduca; porque deseamos recibir alabanzas de quien no nos debiera importar como son los hombres, tan falibles en sus juicios; y tercero, porque no referimos esta gloria a su debido fin, esto es, a la de Dios y bien del prôjimo (a. 1 c).

El deseo de que Dios conozca nuestras buenas acciones no entrana nada de vicioso, sino que constituye un estímulo para bien obrar. *El que se gloria, que se glorie en el Señor* (2 Cor. 10.17). En cambio, no puede pretender ser virtuoso quien obra bien por motivos de gloria humana.

Tampoco es pecado conocerse uno a si mismo, antes bien, cosa laudable; ni desear que nos conozcan nuestros prôjimos, cuando se trata de conseguir con ello la gloria de Dios o el bien de las aïmas. *Para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre* (Mt. 5,16). Dios mismo apetece su gloria para nuestro provecho (ad 3 et 1).

B) Pecado mortal o venial (a. 3)

Opônese este vicio a la virtud de la magnanimidad, que desprecia todo lo pequefto y miserable, como son los honores mundanos (a. 2). Realmente suele ser pecado venial, aun cuando también puede considerarse como mortal, si se opone a la caridad para con Dios o el préiimo.

De suyo, el apetito de la propia gloria no se opone al amor debldo a Dios o a nuestro prôjimo, en cuyo caso no pasa de ser pecado venial.

Ahora bien, si alguien se gloriase de alguna cosa que redunde en desdoro de Dios, como, por ejemplo, de sus vicios o de la gracia recibida, atribuyéndosela a si propio; o de un bien temporal, que antepusiese a Dios y sus premios; o del bien parecer de los hombres sobre el de Dios, segûn aquello de *amaban mas la gloria de los hombres que la gloria de Dios* (Io. 12,43); o de tal modo obrara respecto a su propio fin ultimo que, con tal de conseguir las alabanzas, poco le importara obrar contra los preceptos divinos, en esos casos el apetito de la vana gloria llegaria a ser pecado mortal (a. 3 c).

Danoso de todas maneras lo es siempre, porque la obra vltuosa, cuyo movil ha sido la gloria vana, perdio su valor. Nadie puede conseguir el premio en la otra vida mediante una obra que sea pecado, aun venial (ad 1).

Y peligroso siempre, porque priva al hombre de los bienes interiores, ya que el vanidoso no tarda nada en demostrar su presunciôn y excesiva confianza en si mismo, hasta ponerse en peligro de grandes pecados (ad 3).

C) El pecado capital. Sus hijas (a. 4,5)

Hija de la soberbia es la vanagloria, pero a su vez madré de todos aquellos pecados que se cometen al intentar conseguir lo que juzgamos que puede contribuir a aumentar nuestra gloria (a. 4 in c).

Quien ama su propia excelencia quiere sobrepujar a los demâs. unas veces clara y paladinamente, otras de un modo Indirecto. Tal ocurre clara y directamente cuando por medio de la palabra nos ensalzamos, incurriendo en el vicio de la jactancia, o queremos llamar la atenciôn deslumbrando a los demâs con el espiritu de novedades, si es que no recurrimos al mentir de la hipocresia. Y ocurre indirectamente cuando, con tal de no ceder ante nadie, nuestro entendimiento pertinaz se aferra a sus juicios y la voluntad llega a la discordia, provocando con la palabra las disputas, y con las obras la desobediencia (a. 5).

III SAN BUENAVENTURA

El libro *De perfectione vitae ad sorores*, atribuido a San Buenaventura y dirigido probablemente© a la abadesa Isabel, hermana de San Luis, rey de Francia, consta de ocho inapreciables capitulos, dos de los cûales tratan del conocimiento de si mismo y de la hu-

mildad. Damos un extracto. Puede verse este opusculo en BAC *Obras de San Buenaventura*, t. 4, p. 406-477.

A) El conocimiento de si mismo

«En primer lugar, la esposa de Cristo, que desea subir a la cumbre de la perfección, debe comenzar por fijar la atención en si, de forma que... entre en el secreto de su conciencia, y allí, con diligente cuidado, investigue, examine y vea todos sus defectos, todos sus hábitos, todas sus aficiones, todas sus obras, todos sus pecados, así pasados como presentes; y si hallare en si algo menos recto, deplôrelo al momento con amargura de corazón...

Y para que mejor puedas llegar a este conocimiento, joh estimada madre!, debes saber que todos nuestros pecados y maldades los cometimos o por negligencia, o por concupiscenda, o por malicia. En torno a estos tres puntos debe versar el recuerdo de tus maldades; de otro modo no podrâs llegar nunca al perfecto conocimiento de ti misma» (ibid. c. 1,1).

a) Pecados de negligencia

Suelen darse «en la guarda del corazón, en el empleo del tiempo, en asignar un fin torcido a tus obras...

Asimismo debes examinar cuán négligente has sido en la oración, en la lectura y en la ejecución de la obra... si quieres producir y dar buen fruto a su tiempo; pero mira... que no basta una cosa de éstas sin las otras...

También debes examinar cuán négligente eres o has sido en arrepentirte, en resistir y aprovechar...» (ibid. c. 1,2).

b) Pecados de concupiscencia

El Santo habla seguidamente (ibid. 1,3) del placer (manjares, vestidos...), de la curiosidad (charlas, novedades...) y de la vanidad (alabanzas, honras, cargos...).

c) Pecados de malicia

A continuaciôn se ocupa (ibid. c. 1,4) de la ira (rencores internos o manifestados...), la envidia (gozo del mal del prôjimo o tristeza de su prosperidad...) y la pereza (ocio, tibieza...).

B) La humildad

a) Importancia y medios

«Quien acumula vlrudes sin humildad, lleva polvo contra viento», dice San Gregorio (cf. *Hom. in Evang.*, 1A\ PL 76,1103). Conocidos tus defectos, la humildad debe ser el primer paso, teniendo como modelo al Sehor, que dijo: *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazôn* (Mt. 11,29), y a San Francisco. Pero humildad verdadera, porque *hay quien va encorvado y enlutado, pero en su interior esta lleno de engano* (Eccli. 19,23).

Es efecto del conocimiento de si mismo, pues San Bernardo (cf. *Grados de soberbia y de humildad*, c. 1, p. 1292: BAC, San Bernardo, *Obras selectas*) la definio diciendo que «es una virtud por la cual el hombre, con un verdadero conocimiento propio, se menosprecia a si mismo» (ibid. c. 2,1).

Se alcanza por très senderos. El primero es considerar a Dios como autor de todo. *Que El nos hizo y suyos somos* (Ps. 99,3). El Sefior es el que nos hizo y no nosotros. Luzbel, contemplando su hermosura, se ensoberbeciô, y como al soberbio le persigue la humillaciôn, fué condenado (ibid, c. 2,2-3).

El segundo sendero es considerar el ejemplo de Cristo (ibid. c. 2,4). *Le tuvimos como leproso* (Is. 53,4)... *No es el siervo mâs que su senor* (Io. 13,16).

El tercer sendero es considerar la condiçôn de tu ser. De donde vienes y adônde vas. Vienes del pecado original y del polvo. Puedes decir como los très jôvenes dei horno: *Estamos hoy humillados en toda la tierra a causa de nuestros pecados* (Dan. 3,37). Vas al polvo y la ceniza (ibid., c. 2,5).

b) ÉHORTACIÔN

La humildad, medio de aumentar la gracia.—La Santisima Virgen dijo en el *Magnificat* que fué elegida porque Dios miré su humildad (Le. 1,48). San Agustin dice que «cuanto mâs vacios estamos de la hlnchazôn de la soberbia, mâs llenos estamos de caridad» (cf. *De Trin.*, 8,8,12: BAC, t. 5, p. 529, y PL 42,957). La gracia es como el agua, que busca la pendiente para llenar los valles, y cuanto mayor sea la de tu humildad, con mâs fuerza bajarâ. Por eso, dice el Eclesiástico (35,21): *La oraciôn del que se humilia traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios*, y añaade (3,20): *Cuanto mâs grande seas, humiliate mâs* (ibid. 2,6).

San Buenaventura termina aduciendo el ejemplo del Señor, de la Santísima Virgen y de San Francisco, y exhortando a la verdadera humildad, que consiste no en las palabras, sino en la paciencia (Ibid. c. 2,7-8).

III. SAN ROBERTO BELARMINO

El Bautista, precursor de Cristo

Según San Roberto Belarmino, la Iglesia en la segunda dominica de Adviento presenta a la persona de Juan; en la tercera, su oficio, y en la cuarta, su predicación. Corresponde, pues, hoy explicar el oficio del Precursor.

A) *La escena*

El confesô y no negô (Io. 1,20). «Confesô lo que no era y no negô lo que era. Confesô no ser el Cristo, Elias, ni profeta». Les judios esperaban de un momento a otro la llegada del Mesias. Por eso al ver a Juan creyeron que pudiera ser el Cristo. No les faltaban razones. Se trataba de un desconocido que habitaba en el desierto y se presenta de repente. Era gran orador. docto, educado y prudentísimo, como si hubiera vivido siempre en la ciudad. Habla eficazmente y da consejos oportunos a cada clase de personas...

Al oír negar que fuese el Cristo, sospechan que pudiera ser Elias, cuya descripción externa parece semejante a la de Juan y cuya venida está anunciada por Malaquías (Mal. 3,1). Tampoco es Elias. Quizás sea un nuevo profeta. de los que anuncian el futuro. En ese sentido tampoco es profeta.

Juan dice lo que es: *Una voz que clama en el desierto*, según la profecía de Isaías (40,3). Y para que estuviesen bien seguros de que no era el Cristo, afirma dos cosas: que el Cristo ya ha venido y que es mucho mayor que él. *Pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis* (Io 1,26). *A quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia* (Ibid. 27).

En este punto «hay que subrayar la gran humildad de Juan y la gran excelencia de Cristo... Juan era humildísimo, y por ello muy grande, porque los santos son tanto mayores cuanto más humildes. No era necesario que Juan se rebajase tanto»... Para no parecer mayor ni aun en la edad, añade: *Porque era primero que yo* (ibid. 30). Hasta en el tiempo me precede, porque es eterno.

Aparece también la grandeza de Cristo, que si es superior al mayor de los hombres, debe ser más que hombre; que es eterno y que infunde el Espíritu Santo en su bautismo.

«Tal es el compendio del evangelio présente. Vamos ahora a considerar la frase: *yo soy la voz del que clama en el desierto* (ibid. 23), porque en ello consiste el principal oficio del Bautista».

B) La voz que clama

a) Juan es la voz

1. Era solo la voz. La voz no tiene otro oficio que hablar, y Juan no tuvo otra ocupación que hablar de Cristo. Renunció al matrimonio, a los hijos, a los hermanos... No cultivé campos ni se dedico a negocio mundano alguno.

2. Porque todo él era voz, incluso su vestido y su postura.

3. Porque era en todo parecido a Cristo. La voz o palabra es la representación de la idea. Juan representaba en todo a Cristo. Le anunciaron los ángeles, nació de una mujer estéril... (cf. San Agustín, *Serm.* 293: BAC, t. 7, p. 873).

«Así deben ser los predicadores cristianos. Libres de toda preocupación, han de predicar no solo con su palabra, sino con su vida, luz del mundo y sal de la tierra. Han de edificar de cerca con su palabra y de lejos con su ejemplo, de tal modo que puedan decir: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*» (1 Cor. 11,1).

b) Es LA VOZ DEL QUE CLAMA

«Juan clama porque era el instrumento de Dios...; Dios no habla, sino que clama de mil modos...; por medio de las criaturas, con su belleza, con su magnitud...; por medio de sus promesas de vida perdurable y sus amenazas de muerte también eterna. que resonarían en nuestros oídos como un trueno si no fuésemos sordos»...

Recordad que en este mundo siempre que se promete alguna dignidad se pide algún trabajo. Recordad también lo que son capaces de hacer los hombres para librarse de la muerte. En el Derecho se habla del miedo susceptible de atemorizar a un hombre normal y fuerte, y se excusa a las personas cuando obran impelidas por este temor a morir. ¡Y nosotros despreciamos la amenaza de muerte eterna! Somos sordos...

Grita Dios por medio de sus continuos beneficios, sin que

podamos pasar por alto los castigos de epidemias y calamidades publicas o privadas.

«Imitando a Juan, los predicadores deben parecerse a la trompeta, que no toca más que lo que el musico quiere. Trompetas de Dios. Cuando el predicador expone sus propios pensamientos y busca la alabanza de su doctrina y elocuencia, ya no es trompeta de Dios... Y asi como el diablo se vale de las criaturas para arrastrar las almas al infierno, asi ellos deben valerse de las mismas, de los beneficios y de los castigos de Dios... para llevarlas al cielo».

c) Del que clama en el desierto

Dios habia en la soledad (Os. 2,14), y nosotros vivimos en medio de la turba. Por eso no le oimos. *Entra en tu câmara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que estâ en lo secreto* (Mt. 6,6).

Pudiera hacerse una objeciôn a este precepto: No tengo tiempo. Si. Si quieres, lo tendrâs. Tienes alma, cuerpo y negocios. Hagamos una divisiôn injusta: doce horas para el cuerpo, diez para los negocios. Quedan dos para el alma. Si no admîtes ni siquiera esta divisiôn, ôcômo podremos creer que tienes alma?

Y como quiera que no reservamos al alma media hora buscamos la soledad ni aun por tan poco tiempo, Dios nos obliga a ella por medio de las enfermedades, la cârcel y otras miserias. No dejamos las cosas, y Dios hace que ellas nos dejen. ¡Cuântos condenados a muerte que no querian ni aun oir hablar de Dios se han convertido en la cârcel! *Su espantoso terror os servirâ de lecciôn* (Is. 23,19).

C) En medio de vosotros esta

a) Cristo, hijo de un obrero, en su vida oculta

Pudo manifestarse por si mismo. pero del mismo modo que no usurpô el oficio de Mesias, sino que lo recibió del Padre, asi tampoco quiso usurpar el oficio de Juan, y esperô a ser presentado por él. Ejemplo grande para nuestras impacientes ambiciones.

Para quitar toda sospecha de favoritismo, Juan no conociô al Salvador.

b) En nuestros superiores

En sus vicarios, a saber, en todos los superiores. No sôlo en los sacerdotes o apôstoles: *El que a vosotros oye, a mi me oye* (Le. 10,16); *El que os recibe a vosotros, a mi me recibe* (Mt. 10,40), sino en los mlsmos dueños, aun gentiles, como recomienda San Pablo a los cristianos. ¡Extraña paradoxa! El señor Infiel representa a Crlsto ante los fieles. Pero, sin embargo, así es. *Obedeced a vuestros amos según la carne como a Cristo* (Eph. 6,5 y Col. 3,23).

«¡Hermosa paz la dei mundo si todos los inferiores vieran a Crlsto en el superior y todos los superiores trataran a sus inferiores con el amor de Cristo! Cristo está siempre entre nosotros por este medio, pero no le reconocemos*.

c) Cristo está en los pobres, y tampoco le conocemos

Tuve hambre y no me disteis de comer... Por eso se ha aparecido tantas veces en figura de pobre, como a San Gregorio, a San Francisco, a San Martín... Por eso devuelve con creces lo que damos a los pobres. Porque fué El quien lo recibió.

d) En la Eucaristía

Tampoco le conocemos allí, pues si le conociéramos, de otro modo trataríamos tan alto sacramento. Comulgáramos más y mejor

e) Dios lo ve todo

Dios, con su omnipresencia, lo ve todo. Temor saludable para no pecar y alegría dei justo.

IV. P. FRANCISCO SUAREZ

La figura de San Juan Bautista

La disputa 24 de los *Misterios de la vida de Cristo*, del Doctor Eximio, está dedicada a estudiar la figura de San Juan Bautista. Seleccionamos la doctrina más interesante y omitimos aquello que es sutil o meramente curioso (cf. BAC, Suarez, *Misterios de la vida de Cristo*, t. 1, disp. 24, p. 630ss).

A) *Juan anunciado en las profectas*

a) Dos PROFECIAS

Dos profecias existen principalmente sobre San Juan. Una de Isaias (40,3): *Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad en la soledad los caminos de nuestro Dios*. Otra de Malaquias (3,1): *He aquí que yo enviaré mi ángel. Y preparará ante mí el camino*.

Consideradas antes de su cumplimiento, pueden parecer ambiguas u oscuras. Una vez cumplidas, entiéndese perfectamente que se refieren a Juan, cuyo ministerio significan bajo dos metáforas. La primera es la de ser voz, que, según San Epifanio (cf. *Haeres.*, 69,41: PG 42.266), «prepara los oídos de los hombres; puesto que los que vocean, primero suelen proferir sonidos inarticulados, llamando a gritos desde lejos... Y cuando han oído el grito y atienden..., entonces el que emitió la voz sonora distingue la frase que quiso decir. Así, San Juan fue voz que preparaba los oídos de los hombres; porque no era él el Verbo, sino que el Verbo vino después de él». *Angel* es la segunda metáfora, y no por naturaleza, sino por cargo, porque oficio de los ángeles es ser enviados de Dios y preparar sus obras.

b) SU CUMPLIMIENTO

Cumpliéronse estas profecias en Juan, según consta: 1.º, porque él mismo se las aplicó (evangelio de hoy); 2.º, porque se las aplicó el Señor (Mt. 11,10); 3.º, porque desempeñó los oficios anunciados. En efecto, *fue voz que clama*, y se dedicó a predicar; es más, toda su vida fue voz, pues anunció al Mesías desde el seno de su madre; hizo profetizar a su padre el día de su nacimiento, y con su austeridad desde la infancia. *Voz que vino del desierto*, pues predicó en el desierto real de Judea y en el metafórico de la incredulidad del mundo. *Angel* también, como mensajero de Dios y en su vida de pureza. Más glorioso, dice el Crisóstomo (*Horn. 10 in Matth.*, 4: PG 57,188), porque siendo hombre pudo ser llamado ángel más por su virtud que si lo hubiera sido por naturaleza... lo cual no sería premio de sus méritos, sino propiedad de su ser. Admirable, en cambio, en este hombre, que, de naturaleza humana, sobrepasó la santidad angélica y obtuvo por la gracia aquello de que carecía naturalmente (Ibid., sec. 1A p. 631-635).

B) Oficio del Precursor

San Juan, pertenezca al Nuevo o al Antiguo Testamento (cuestión insoluble), no abrogó personalmente el Viejo, sino que fué más bien el lazo de ambos, predicando a Cristo desde la Ley (cf. San Agustín, *Serm.* 293,2: BAC, t. 7, p. 875). Fué voz y no palabra, porque sólo dejó entrever las misericordias, justicias y consejos que había de proclamar Cristo, limitándose él a anunciar que Dios estaba excogitando algo extraordinario (cf. Crisóstomo, *Hom. 10 in Matth.*: PG 57,184). Símbolo de este lazo de unión entre ambos Testamentos fué enviar sus discípulos a Cristo. Como el lucero de la mañana es fin de la noche y principio del día, Juan fué «lucero antes de la luz, voz ante la palabra, mediador de uno y otro Testamento» (cf. San Greg. Nac. » *Orat, 21 in laud. Athan.*, 3: PG 35,1086).

Su oficio, indicado por Zacarías, fué preparar los caminos para dar la ciencia de la salvación o dar testimonio de la luz, y fueron cumplidos con su ejemplo y predicación de penitencia. Oficio necesario por lo oculto de la venida de Cristo, que necesitaba un testigo, y por la ceguera judía, que exigía fuera curada primero por la penitencia (ibid., p. 635-645).

C) Santidad de Juan

a) Testimonios

Inferior a la de la Santísima Virgen. No sabemos si igual, inferior o superior a la de los apóstoles, cuyo cargo era probablemente superior. Su santidad eximia es testimoniada: 1.º, por el ángel, que le anuncia *grande delante del Señor*, a quien *précéderá en el espíritu de Elias* (Lc. 1,15 y 17). La locución *grande delante de Dios* indica en la Sagrada Escritura una santidad no corriente, confirmada aquí por la comparación con Elias, que era tenido en extraordinaria reverenda y opinión; 2.º, por el mismo Cristo (escena de la embajada de Juan, según se ha expuesto en la dominica anterior). Insiste Suarez que el llamar profeta y más que profeta a un hombre indica en el lenguaje judío una gran vida de santidad; 3.º, por los Santos Padres, con textos abundantísimos; 4.º, por la propia vida del Bautista, que lo demuestra. Anunciada su concepción (Lc. 1,5-24) nada menos que por Gabriel, santificado en el seno materno, recibe allí la ciencia y el don de profecía, y comienza desde ese momento a crecer en gracia. «Bienaventurado San Juan, que mereció...

cantar con el Espíritu de Dios antes que como hombre diera vagidos llorando. Bienaventurado el que mereció poseer las cosas divinas antes de obtener por suerte las humanas..., anunciar las futuras antes de que viera las presentes..., el que antes de saberlo buscar alcanzó el mérito..., que no llegó a la gracia por el trabajo, sino que descendió a los trabajos por dignación de la misma gracia»... (cf. San Pedro Crisólogo, *Serm.* 88: PL 52.448).

Después de nacer, *crecía y se fortalecía en el espíritu y moraba en los desiertos hasta el día de su aparición a Israel* (Lc. 1.80). Suárez transcribe numerosos párrafos de San Jerónimo y otros Padres, en los que se expone su abandono de la casa paterna y su vida en la soledad.

b) SUS VIRTUDES

Asimismo había de su abstinencia... Dijo Cristo: *Vino Juan, que no comía ni bebía* (Mt. 11,18). De su vestido..., de su oración en el desierto, que obliga a los Santos Padres a llamarle «príncipe de la vida monástica», por lo que se revolvieron contra tal afirmación los primeros protestantes, que odiaban tal vida.

Había, en fin, de la actividad con que acudía a la llamada del Espíritu Santo, predicaba contra los vicios, bautizaba y daba testimonio...

«Concluyamos con San Ambrosio (cf. *Lib. de Elia et ieiunio*, c. 3: PL 14,733)...: Llegó a un sumo grado de santidad por su humildad, abstinencia, fe, vestido, alimento y predicación» (cf. *ibid.*, p. 646-664).

En la sección 4ª afirma Suárez que Juan estuvo sometido al «fomes peccati», esto es, al pecado original, y que acaso no quedó exento totalmente del venial, aunque fue confirmado en gracia desde su santificación en el seno materno, por lo cual honra su nacimiento la Iglesia. Asimismo fue dotado desde ese instante de la ciencia que convenía a tan grande santidad (cf. *ibid.*, p. 664-680).

En la sección 5ª Suárez pasa revista a las gracias que le fueron concedidas, y concluye que fue más que profeta, pues poseyó el don de Interpretar auténticamente las profecías.

Su gloria es de virgen, pues nunca pecó, y fue eremita. Disfruta además la aureola de doctor, de lo que es testigo el mismo Cristo, al llamarlo antorcha brillante (Io. 5,35), y por último goza de la categoría de mártir, por lo que celebra la Iglesia la fiesta de su martirio (cf. *Ibid.*, p. 680-694).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

El conocimiento de si mismoj «Tu quis es?» (Io. 1,19)

ôEl mas hermoso sermon de Santo Tomâs de Villanueva? Por lo menos uno de los mejores. Sencillo en la elocuciôn, vivo en el pensamiento, libérrimo en la idea y, cosa no corriente entre nuestros predicadores clâsicos, muy ordenado en sus partes, sin digresiôn alguna. Predicô este sermon en la corte de Carlos V, en las fiestas celebradas por el nacimiento del rey Felipe. Se excusa de no hablar mäs de las obligaciones de los reyes, por haberlo hecho pocos domingos antes (cf. ed. Compluti 1572, fol. 23-27).

A) *Exordio*

«Palabras bien cortas, océano sin orlllas... ôDe qué os sirve conocer el movimlento de los cielos y la Influencia de los astros... la naturaleza entera, si no os conocéis a vosotros mismos? Que tu conocimiento comience por ti, decia San Bernardo al papa Eugenio (cf. San Bernardo, *Trat. de la considerac.*, l. 2, c. 3-7: BAC, *Obras completas*, t. 2, p. 596ss). Seas tu el primero y ultimo objeto de tus meditaciones. No podrâs repartir la sabiduria si no tienes la de ti mismo. Y a pesar de ello te ocupas de tu casa, de tus heredades, de tus negocios, de tus criados y hasta de los establos de tus caballerias. No té olvidas mäs que de ti...

¡Oh, aima desgraciada...! Te pareces al ojo, que lo ve todo menos a si propio... ôQué objeto hay mäs digno de estudio que tu persona? ¡Qué ignoranda mäs perniciosa! Podréis salvaros sin la lôgica, sin la filosofia, sin las artes liberales, la mecânica... y la medicina, pero no os salvaréis sin la ciencia de vosotros mismos. Porque nadie puede salvarse sin la penltencia... Mas asi como no puede haber caridad sin el conocimiento de Dios y de sus beneficios, imposible es también la penitencia si no va precedida del conocimiento de nuestra pequehez...

Este conocimiento de ti mismo debe versar sobre três puntos. Lo que eres por naturaleza, lo que eres por profesiôn y lo que eres por condiçôn (social o clase). Por naturaleza: hombre, Por profesiôn: cristlano. Por condiçôn: prelado, principe, juez, sacerdote»... , '.y*

B) Lo que eres por naturaleza

a) Tu cuerpo

«Qué eres por naturaleza, esto es, en cuanto al cuerpo, pregûntaselo a los muertos y te lo dirân. Ve a los sepulcros, a los cementerios... No necesltas otra escuela». Los gusanos pueden llamarte padre. En vez de pensar en placeres, podrias pensar en tu macabro fin... Debieras gritar con Isaías: *Toda carne es como hierba...* (40,6) ¡Ojalâ fuese ésta el agua que apagase los ardores de tu pasiôn!

«Z hombre nacido de mujer vive corto tiempo y lleno de miseria, brota como una flor y se marchita... (Iob 14,1-2).

Ved esa muchacha, tan bella como una rosa que se abre. Míradla otra vez. Llena de arrugas, sucia... ôDônde estâ tu belleza?... ¡Flor del heno!». Desgraciadas las gentes que se dedican a embellecer una flor que se agosta, a completar las redes del demonio con los hilos de sus vestidos y afeites. ¿No bastaba la propia naturaleza, sino que has de procurar sea mâs excitante? Telas de arañia para cazar a las aimas.

¡Ojalâ os conozcâis a vosotros mismos! Entonces, como los santos y anacoretas, colocados en lo alto del monte, veréls los pobres caminos por donde se pierde el mundo en sudores vanos...

b) Tu ALMA

«Es noble, libre, inmortal, angéllca, imagen de Dios, capaz de poseerle un dia, y estâ destinada a la ciudad del cielo. *Llevamos este tesoro en vasos de barro** (2 Cor. 4,7).

Si conocieses tu aima despreciarias los esplendores del oropel. En cambio, al que la Ignora lo castiga Dios, convlriéndolo, como a Nabucodonosor. en bruto, sin mâs placer que la yerba de las cosas exteriores (Dan. 4,30).

«¡Vivid segûn vuestra naturaleza! ¡Vivid razonablemente!>... San Ambrosio (cf. *Hexam.*, 3.13: PL 14,191), comentando el pasaje del Génesis (1.11): *Haga brotar la tierra hierba verde... y ârboles frutales, cada uno segûn su especie...*, afia-de: «Y tû, hombre, prodûceles segûn la naturaleza que Dios te diô». San Pablo dijo: *Somos de la raza de Dios* (Act. 17,28)...

Y San Bernardo (cf. *De S. Bened. Serm.*: PL 183,378) comenta: «Todo árbol corresponde a su naturaleza, y todo grano a su semilla, menos nosotros».

C) *Por profesião*

a) *Eres cristiano*

«Grandeza incomparable... Primero se te preguntô: «ôRenuncias a Satanâs y a sus obras?» Tu padrino contesté por tí: «Renuncio». Pues ya no eres del demonio, sino de Cristo... Después fuiste sumergido en el agua salvadora, sepultado en Cristo. Muerto al mundo, debes vivir solo para El. En tercer lugar recibiste la uncião dei erisma y del ôleo santo, y quedaste consagrado tabernâculo, como morada y santuario eterno del Señor. En cuarto lugar te vistieron el traje blanco diciéndote: «Llévalo inmaculado al tribunal de Cristo»: la inocencia bautismal después del perdôn... En quinto lugar te dleron un cirio encendido, la llama de la fe informada de caridad»...

Eso prometisteis. Pero haced examen de conciencia...

b) *Pero faltas a lo prometido*

«No habéis cumplido ni una sola de las promesas hechas a Dios. Buscâis las riquezas y pompas dei mundo como pudiera hacerlo un judío o un gentil. En lugar de vivir para Cristo, vivis para el mundo... Habéis plsoteado y profanado mil veces el santuario de vuestro cuerpo... y expulsado de él al Espíritu Santo...

... Cristianos sacrilegos, iquisistels engafiâr con vuestras promesas a Cristo y al Espíritu Santo? àNo os acordâis de Ananias y Safira?... (Act. 5,1-11).

Abrazasteis una régla y no observâis ni uno de sus préceptes. La régla es el evangello, régla de todos los cristianos. Pura, perfecta y rigurosa, aunque la creâis ancha y fâcil»...

El orador expone los mandamientos de pureza en las obras, pensamientos y hasta mlradas de mansedumbre, caridad, etc., recapitulados en la frase de *el que quiera venir en pas de mi, niéguese a si mismo y tome su cruz y sigame*[^] (Mt. 16,24). Esa es la regia. Observadla... Tomemos a Cristo por nuestro modelo. Los santos nos dan ejemplo. Si sois cristianos seréis juzgados por vuestra propia ley (Rom. 12).

D) *Por tu posicion social*

a) ôQué eres? ^Emperador? ôRey? ^Principe?

Muchos, que serian ouenos cristianos en situation humilde, se pierden, al elevarse. Por miedo de que asi le ocurriera, San Agustin rehuia aparecer por las diôcesis que carecian de obispo (cf. *Serm.* 355, c. 1: PL 39,1568). «Felices los que en el día del juicio no tienen que rendir mâs cuentas que las suyas propias»...

Entonces tu posiçion es muy alta, pero el peso de tu carga mayor. ¡Qué resplandor el de vuestra dignidad! ¡Pero cuánto trabajo y peligro! *No te engrias, antes terne* (Rom. 11,20). Es necesario que vuestra virtud os levante por enclma de los demâs tanto cuanto os ensalzô vuestro poder.

b) g Y TÛ, PRELADO?

Pastor eres. Ni duefio, ni principe, sino *forma facti gregis* (1 Petr. 5,3), ejemplo de santidad para el pueblo, redimido por la sangre de Cristo. Yo tengo, dices, cuarenta, cincuenta mil ovejas... Tu ângel de la guarda no tiene mâs que una...

¡Oh terrible obligation! g Y habrà quien recurra a la intriga para obtener tal empleo? San Bernardo (cf. *Del precepto y de la dispensa*: BAC, *Obras completas de San Bernardo*, t. 2, p. 777: PL 182,870ss) se asustaba de tener que régir un corto número de monjes... «¡Ah, hermanos, respetemos a nuestros prelados, obedezcâmosles, honrémosles. Ved cómo exponen la salvaciôn de sus aimas por nosotros!» (Hebr. 13,17).

c) g TÛ QUÉ ERES? g CONDE, DUQUE, SENOR...?

ôConsiste ser seûor en tener gran numero de crlados, coches?... ¡No! <Dlos os colocô en medio del pueblo para otra cosa. Para ser los padres y protectores de los que dependen de vosotros»... Ved el retrato de lo que debiera ser el gran seûor, trazado por Job, gran seûor a su vez: *Yo era ojos para el ciego, era para el cojo pies* (Iob 29.15)...

g Os conocéls en ese retrato, vosotros que llenâls vuestra mesa con el sudor de los pobres? cLos que oprimís a vuestros sùbdltos con las mâs crueles exacciones? ¡No! No sois los protectores, sols los expoliadores de los pueblos. Escuchad las

amenazas que os fulmina Dios por medio del profeta: Maldición a los opulentos de Siôn, grandes y principes del pueblo, que entrâls con pmopa en las asambleas de Israël»... (Am. 6,1ss).

d) òTù qué eres? 6Juez, prefecto, magistrado, censor?

«¿Y usas con justicia la vara que llevas entre las manos?...—ôRecibes dâdivas?—Alguna vez. De lo contrario, no podria sostener mi casa. El sueldo es escaso y los gastos mayores. Yo no puedo trabajar en el campo..., debo vivir de mi oficio. —iOjalâ pudieras! jOjalâ fueses un simple bracero dei campo. Oye al profeta: *Cômo te has prostituido, Siôn, la ciudad fiel, llena de justicia...; tus principes son prevaricadores, companeros de bandidos. Todos aman las dâdivas... No hacen justicia al huérfano, no tiene a ellos acceso la causa de la ciudad. Por eso dice el Senor... el Fuerte de Israel: Voy a tomar venganza de mis enemigos...* (Is. 1,21-24).

No puedo seguir hablando de todos los oficios. Baste con haber mencionado los mâs altos»...

E) Peroraciôn

a) Para escapar del juicio de Dios

«Ya habéis visto, pues, lo que debéis conocer para observar si vuestra vida se acomoda a su naturaleza, profesiôn y estado. Poneos frecuentemente delante de vosotros mismos... Hermanos mios, que vuestro propio juicio os libre del de Dios... Si os cogieseis, por asi decirlo, entre las manos y dândoos vueltas estudiaseis vuestra vida, jqué fruto sacariais de tal examen!... iQué humildes os tornariais ante vuestros defectos!... Pero, jay!, parecidos a las bestias, pasâis vuestra vida sin reflexionar jamâs, cual si hubiera sido escrito para vosotros: *Como rebanos son echados en el sepulcro, devôralos la muerte* (Ps. 48,15). iPobre aima!, escribiô San Bernardo (cf. *Serm.* 28: PL 183,619). Enfonces no poseerâ las puertas de los sentidos para distraerse y olvidar sus heridas..., sôlo se verâ eternamente a si misma objeto de horror...»

b) El conocerse a si mismo llena de dulzura

«Este estudio de vosotros mismos no sôlo os servirâ de utilidad, sino que os llenarâ de dulzura. No hay historia que agrade al justo mâs que su propia historia. Los beneflcios que reclblô de Dios, los peligros de que escapô, las Hamadas

de la misericordia divina... El verse libre de las tinieblas y lleno de luz inunda de alegría... ¡Con qué efusión Invita el alma a todas las criaturas a dar gracias a Dios'... Aprovecha el tiempo perdido..., y si quizá algún día gemiste en la esclavitud, piensa que las lágrimas no son amargas, sino dulces...

Este examen es el mejor medio... para adelantar de virtud en virtud, y llegar así a la celestial Slôn, donde veremos al Dios de los dioses en el seno de su gloria, hacia la que pedimos a Jesús, el Hijo de Maria, que guie nuestros pasos. Amén».

II. SANTA TERESA DE JESUS

Sin dedicarle especialmente un capítulo, la Mística Doctora anda a vueltas siempre con la humildad como base de la oración. Hemos ido libando acá y allá en la selva de sus escritos y distribuimos los textos en dos grupos.

A) *Qué es la humildad*

a) La humildad es la verdad

Dios, Suma Verdad, da al alma en la sexta morada a conocer muchas verdades. En una ocasión enseña qué es la humildad: «Saquemos de aquí, hermanas, que, para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo, será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad». No me refiero a decir mentiras, sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes..., en especial no queriendo que nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotros lo que es nuestro» (*Morada 6. c. 10.6: BAC, Obras completas, t.2, p. 466*),

«Una vez estaba yo considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y puseme delante, a mi parecer sin consideración, sino de presto, esto: que es porque Dios es Suma Verdad y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, si no es miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entienda agrada más a la Suma Verdad, porque anda en ella» (*Ibid. 7*).

b) Es CONOCERSE A SÍ Y CONOCER A DIOS

Aun cuando el alma ande por altas moradas, no descuide el conocimiento propio. Haga lo que las abejas que labran el panal (conocimiento propio) y salen a volar hacia las flo-

res (conocimiento de Dios). «Es cosa tan Importante este conocernos, que no querria que en ello hubiese jamâs relajaciôn, por subidas que estéis en los cielos; pues mientras estamos en la tierra no hay cosa que mäs nos Importe que la humildad..., y a mi parecer, jamâs nos acabamos de conocer si no procurâmes conocer a Dios: mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su llmpleza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuân lejos estâmes de ser humlldes».

Este mlrarnos a nosotros y mirar a Dios harâ resaltar lo negro en comparaciôn de lo blanco y ademäs nos darâ valor para cosas grandes, conflados en Dios (*Morada* 1, c. 2,8-10: BAC, t. 2, p. 348-350).

C) DESCONOCER LOS DONES DE DIOS NO ES HUMILDAD

Asi, pues, no es humildad creer que Dios no nos «va dando dones. Entendamos bien, bien, como ello es. que nos lo da Dios sin merecimiento nuestro ninguno y agradezcâmoslo... Lo demäs es acobardar el ânimo a parecer que no es capaz de grandes bienes. si en comenzando el Seüor a dârselos, comienza a atemorizarse con miedo de vanagloria». Qulen nos lo da sabrâ ayudarnos contra el demonio (*Libro de la Vida*, c. 10,4: BAC, t. 1. p. 648).

«No estâ la humildad en que si el rey os hace una merced no la toméis, sino tocarla y entender cuân holgada os viene. ¡Donosa humildad, que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa... y... ni le qulera responder, ni estarme con El, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo; y que estândome diciendo y rogando le pida, por humildad, me quede pobre!» (*Camino de perfecciôn*, c. 28,3: BAC, t.2, p. 208).

B) Discreciôn de la humildad

a) La humildad, la paz y el desasosiego

En mil ocasiones explica qué es y qué no es con relaciôn a los deseos de oracliôn mäs alta. Como mäs oportuno para todos, escogeremos este trozo, que distingue la humildad de la tentaciôn y el escrúpulo.

En ciertas tentaciones comprobô la santa no ser humildad, sino tentaciôn, porque «vp.se en claro que la inquietud y desasosiego con que comienza y el alboroto que da en el aima todo lo que dura, y la oscurldad y aflicciôn que en ella pone, la sequedad y mala dlsposiciôn para oraciôn y ningun bien...

Porque ña humildad verdadera (aunque se conoce en el alma r ruin y da pena ver lo que somos...) ... antes la regala y es todo al r  v  s: con quietud, con suavidad, con luz; pena que por otra parte conforta de ver cuán grande merced la hace Dios en que tenga aquella pena y cuán bien empleado es; du  elele io que ofendió a Dios, por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse a si y alaba a Su Majestad porque tanto la sufri  ». En la tentaci  n, el demonio no d  j   pensar más que en la justicia, dándole tormento y desaliento (*Libro de la Vida*, c. 30,9-10; BAC, 1.1, p. 779).

b) Pr  ctica de la humildad

«Jam  s me parece me falta una causa para parecerme mayor vlr  tud dar disculpa; como algunas veces es licito y séria mal hacerlo, no tengo discreci  n, o, por mejor decir, humildad para hacerlo cu  ndo convlene. Porque verdadera mente es de grande humildad verse condenar sin culpa y callar, y es de gran Imitaci  n del Senor... Y asi, os ruego que mucho tralg  is en esto gran estudlo, porque trae consigo grandes ganancias; y en procurar nosotras m  smas librarnos de culpa, n  ngna veo, si no es, como dlgo, en algunos casos que podria causar enojo o esc  ndalo, no decir la verdad...» (*Camino de perfecci  n*. c. 15,1; BAC, t. 2, p. 127).

Este es el medio mejor de alcanzar la humildad, que consiste en desear ser tenldo en poco, y parecerse al Senor... (Ibid., c. 15,2).

En otras penitencias os voy a la mano. En ésta, no. Adem  s, «nunca oi decir cosa mala de mi, que no viese quedaban cortos», pues si en aquel asunto no tenian raz  n, tenia ofendldo a Dios en otras muchas cosas (ibid.).

c) Aceptar oficios bajos

No hay por qué andar buscando la alta contemplaci  n. Acom  dese cada uno con lo que Dios le d  , aun cu  ndo fueren oficios bajos. «Acuérdense que es menester quien le guise (a Cr  sto) la comlda y ténganse por dlchosas en andar slrvlendo con Marta; mlren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Sehor qu  slere hacer de ellos y siempre hallarse Indignos de llamarse sus slervos. Pues si contemplar... servir en las cosas de la casa y trabajar, sea en lo más bajo, todo es servir al Huésped que se vlene con nosotras a estar y a corner y recrear, iqu   más se nos da en lo uno que en lo otro» (Ibid., c. 17,6; BAC, t.2, p. 143).

d) La humildad, maestra de oraciôn, Nos trae a Dios

«...Y como este edlficio (de la contemplaciôn) todo va fundado en humildad, mientras mâs llegados a Dios, mâs adelante ha de ir esta virtud, y si no, va todo perdido» (*Libro de la Vida*, c. 12,4: BAC, 1.1, p. 660).

En el juego de ajedrez, la dama es la figura principal, y hay que concertar bien las piezas para dar el mate. Nosotros hemos de dar «mate a este Rey divino, que no se nos podrâ ir de las manos, ni querrâ. La dama es la que mâs guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan... No hay dama que así le haga rendir como la humildad: ésta le trajo del cielo en las entrahas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras aimas. Y creed que quien mâs tuviere mâs le tendrâ, y quien menos, menos; porque no puedo yo entender cômô haya ni puede haber humildad sin amor, ni amor sin humildad...» (*Camino de perfecciôn*, c. 16,2: BAC, t. 2, p. 132).

III. FRAY LUIS DE GRANADA

Remedies de la soberbia

(Gf. *Guia de pecadores*, 2, 1.» p., c. 4, t 1, p. 348,352; *Obras de Fray Luis de Granada*, ed. Cuervo [Madrid 1907], y en BAC, Fray Luis de Granada, *Obra selecta*, p. 659-663).

A) Su castigo

La soberbia, madré de muchos viclos (*nunca permitas Que la soberbia tenga senorio sobre tu pensamiento o tus palabras, porque de ella. tomô principio nuestra perdiciôn*; Tob. 4,14) no entra a las claras como otros vicios, sino disfrazândose con motivos engafiadores, como la justicia para nuestros méritos. Se remedia con las siguientes consideraciones.

<Primeramente considera aquel espantoso castigo con que fueron castigados aquellos malos ângeles que se ensoberbecieron; pues en un punto fueron derribados del cielo y echados a los abismos. Mira cômô este vicio oscureciô al que resplandecía mâs que las estrellas del cielo, y al que no era solamente ângel, mas muy principal entre los ângeles, hizo no solamente demonlo, mas el peor de todos los demonlos...

Pues, si eso se hizo con los ângeles, ôqué no se harâ contigo, polvo y ceniza?... Por lo cual dice San Agustin (cf. *De civ. Dei*, 14.13: PL 41,421) que la humildad hace de los hombres ângeles, y la soberbia, de los ângeles demonios. Y San Bernardo (cf. *Grados de soberbia y humildad*: BAC, *Obras selectas*, p. 1310ss) dice: «La soberbia derriba de lo mâs alto a lo mâs bajo, y la humildad levanta de lo mâs bajo hasta lo mâs alto»...

a) Cristo modelo

«Juntamente con este castigo de la soberbia, considera el ejemplo de aquella Inestimable humildad del Hijo de Dios... Si te desprecias de imitar el ejemplo de los otros hombres, no te desprecies de imitar el de Dios, el cual se hizo hombre no solamente para redimirnos, mâs también para humiliâmes»...

b) Nuestra pequenez

«Pon también los ojos en ti mismo, porque dentro de ti mismo hallarâs cosas que te prediquen humildad. Considera lo que fuiste antes de tu nacimiento, y lo que eres ahora después de nacido, y lo que serâs después de muerto»...

B) *El peligro de la vanagloria*

«Considera también el peligro de la vanagloria, hija de la soberbia, de la cual dice San Bernardo (cf. BAC, *Obras selectas*, p. 428) que livianamente vuela y livianamente penetra, mas no hace liviana herida. Por lo cual, si alguna vez los hombres te alabaren y honraren, debes luego mirar si caben en ti esas cosas de que eres alabado o no. Porque si nada de eso cabe en ti, n'nguna cosa tienes de qué gloriarte. Mas si por ventura cabe en ti, di luego con el Apôstol (1 Cor. 15,10): *Por la gracia de Dios soy lo que soy...*

Asi que no te debes por eso ensoberbecer, sino humiliar y dar la gloria a Dios, a quien debes todo lo que tienes, por que no te hagas indigno de ello; pues es cierto que... todo el favor que a ti aproplas, a El lo hurtas. Pues ôqué siervo puede ser mâs desleal que el que hurta la gloria a su Señor?»

C) *El parecer vano de los hombres*

«M'ra también cuân gran desvario sea pesar tu valia con narecer de los hombres, en cuya mano estâ el inclinar la balanza a la parte que quisieren y quitarte de aqui a poco

lo que ahora te dan y deshonorarte los que ahora te honran. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces seras grande, otras pequeño, otras nada... Mira lo que de ti dice tu conciencia, y créé más a ti, que te conoces mejor... Déjate, pues, de los juicios de los hombres y deposita tu gloria en las manos de Dios, el cual es sabio para guardarla y fiel para restituirla»...

D) El soberbio descontenta a todos

«... A nadie contentas con tu soberbia. No a Dios, a quien tienes por contrario, *porque El resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia* (1 Petr. 5.5). No a los humildes, porque estos claro están que aborrecen toda altivez y soberbia; ni tampoco a los otros soberbios, tus semejantes, porque por las mismas razones que tû te levantas, ellos te aborrecen, porque ni quieren ver a otro mayor que a sí...»

E) ¿Qué tienes delante de Dios?

«Ayudarâ también para humiliante considerar cuán pocos servicios y méritos tienes delante de Dios que sean puros y verdaderos servicios». Muchos vicios tienen imagen de virtudes, y algunas de éstas están muertas por la vanagloria. «Y si por ventura tienes hechas algunas obras buenas, acuérdate que por ventura serán más las malas que las buenas. Y esas buenas que hiciste, por ventura fueron hechas con tantos defectos y frlezas, que quizás tiene más razón en pedir por ellas perdôn que galardôn...

Tres temores quiere San Bernardo (cf *Serm. in Cant.*, 54,9: PL 183,1042, y BAC, *Obras selectas*, p. 1090) que moren siempre en nuestro corazón: uno cuando tienes gracias, otro cuando las perdiste y otro cuando las tornas a cobrar. Terne cuando estás en gracia, porque no hagas alguna cosa indigna de ella. Terne cuando la pierdas, porque, faltando ella, quedas tû desamparado de la guarda que te defendía. Y terne si, después de perdida, la cobrares, porque no la tornes a perder. Y temiendo de esta manera, no presumirâs de ti, estando lleno de temor de Dios»...

IV. P. ALONSO RODRIGUEZ

La humildad, fundamento de la vida espiritual

En su *Ejercicio de perfección y de virtudes cristianas* (tr. 3) el P. Alonso Rodríguez, al tratar de la humildad, y como cimiento de su primer grado, habla del conocimiento de sí mismo. Aun cuando se refiere a personas virtuosas, incidentalmente afirma también, como puede verse, que este conocimiento es necesario para salir del pecado, y que correrá parejas con sus grados el arrepentimiento (cf. 7.ª ed. Apost. de la Prensa [Madrid 1950], 853 ss).

A) Cimiento de la humildad

«ôPensâis que (la humildad) consiste en decir que soy un miserable y que soy un soberbio? Si en esto consistiera, bien fácil cosa fuera; todos fuéramos humildes, porque todos andamos diciendo de nosotros que somos unos tales y unos cuales... ôPensâis que consiste... en traer vestidos viles?... Ahí puede haber también mucha soberbia». Ocurre a veces que, si se dice una palabra a quienes tales cosas practican, «veréis cuán lejos están de la verdadera humildad».

San Bernardo (cf. *De Los grados de soberbia y humildad*, p. 1.ª, c. 1, p. 1292: BAC, San Bernardo, *Obras selectas*, y PL 182,942) dice que «la humildad es una virtud con la cual el hombre, considerando y viendo sus defectos y miserias, se tiene en poco a sí mismo»...

a) El primer grado de humildad

«El primer grado de humildad, dice San Buenaventura (cf. *Cuest. disput. sobre la perf. evang.*, cuest. 1.ª: BAC, t. 5, p. 9ss, y *Vida perf. para religiosas*, c. 2.ª: BAC, t. 4, p. 417ss), es que se tenga uno a sí mismo en poco y sienta bajamente de sí; y el único medio y necesario para esto es el propio conocimiento...; porque ècómo habéis de tener a uno en lo que es si no le conocéis?»

Y ésta es la razón de «amar Dios tanto la humildad, porque es muy amigo de la verdad»... Y la verdad se encuentra en conocerse lo que uno es y no lo que pensamos nosotros o dicen otros que somos (cf. p. 2.ª, tr. 3, c. 5).

b) Conocimiento de nuestra naturaleza

Nos humillará el saber lo que hemos sido antes de nacer, lo que somos en vida y lo que seremos en el sepulcro, desde el punto de vista de nuestro cuerpo. *A la podre dije: tû eres mi padre...; a los gusanos: vosotros sois mi madre...* (Iob 17,41).

El alma fué creada de la nada, y Dios nos sostiene en nuestro ser cada momento (ibid. c. 6).

c) Conocimiento de nuestros pecados

Este conocimiento es muy necesario para conocerse el hombre a si mismo y para alcanzar la humildad.

ôNo os parece que merece ser deshonrado y despreciado quien deshonorô y despreciô a Dios?...

Nuestras culpas présentes... ¡Cuán fáciles somos de lengua!; ¡Cuán descuidados en la guarda del corazón!; ¡Cuán deseosos de cumplir nuestros apetitos, cuán llenos de amor propio..., cuán vivas tenemos todavía nuestras pasiones...!» (ibid. c. 7).

B) Bénéficias del propio conocimiento

a) Presunção y desaliento

Se evitan con el hondo conocimiento de si mismo, que no ha de detenerse en nuestra miseria, sino llegar hasta el porter de Dios, que nos sostiene. El conocer nuestra miseria nos evitará la presunção; el conocer a Dios nos dará aliento para todo (ibid. c. 8). Aliento grande, basado (Ibid. c. 10) en el porter de Dios (cf. Rom. 9,23 y 2 Cor. 12,9-10).

b) Camino para conocer a Dios

Asi como Cristo, poniendo^I lodo en los ojos del elego de nacimiento (Io. 8,6), consiguiô que se viese a si mismo y que le viese a El, asi con el conocimiento de nuestro propio lodo conoceremos a Dios mejor que cualquier ciencia. Con la ceniza puesta por la Iglesia el miércoles primero de Cuaresma, el hombre, «conociéndose a si, viene a conocer a Dios y a pesarle de haberle ofendido» Juntos dos extremos, pequeño y grande, es como se echa de ver el tamaño del mayor.

Asi amarâ el hombre más a Dios, viendo su paciencia y hasta su amor hacia nosotros. Este medio usaron los santos

para ello. San Agustín decía (*De vita beata*. Cf. BAC, t. 1, p. 589-633 y PL 32,960): «Bios mio, que siempre estás en un ser y nunca te mudas, conôzcame a mi mismo y conôzcate a Tb (Ibid. c. 9).

c) Remedio de muchos males

«Si preguntáis de dónde nace el juzgar a mis hermanos, digo que de falta de conocimiento propio; porque si anduvierais dentro de vos, tendríais tanto que mirar y llorar vuestros duelos, que no tendrías cuenta con los ajenos. Si preguntáis que de dónde nace hablar a mis hermanos palabras ásperas y mortificativas, también nace de falta de conocimiento propio; porque si vos os conociédes y os detuviédes por el menor de todos..., no tendríades atrevimiento para hablarles de esa manera. Si preguntáis de dónde nacen las excusas, las quejas y murmuraciones porque no me dan esto o lo otro, o por qué me tratan de esta manera, claro está que nacen de eso. Si preguntáis de dónde nace el turbarse o enlustrarse demasiado cuando es molestado de tales o tales tentaciones, o cuando ve que cae muchas veces en algunas faltas, y melancolizarse y desanimarse con eso, también nace de falta de propio conocimiento; porque si tuviédes humildad y considerádes bien la malicia de vuestro corazón, no os turbaríades ni desmayaríades por eso, antes os espantaríades cómo no pasan cosas peores... y andaríades alabando y dando gracias a Dios, porque os tiene de su mano» (ibid. c. 11).

d) Conveniencia de este ejercicio

Frecuéntenlo no solo los principiantes, sino los proficientes, y estén seguros de encontrar en él, a más de caución para evitar caídas, gran consuelo y suavidad. Esta ciencia no hincha, y todos los santos reprenden el error de quienes prefieren meditar cosas devotas y pasan ligeramente sobre sus faltas. San Gregorio opone la conducta de muchos que en cuanto comienzan créense santos y descuidan la meditación de su miseria, con la conducta de los verdaderos escogidos, que hacen lo contrario (cf. *Moralium*, l. 22, c. 5 y 34, c. 16: PL 76,217 y 736). El mismo Pablo (1 Cor. 15,9), para no ensoberbecerse, recordaba sus pecados del tiempo en que habla sido perseguidor (Ibid. c. 12).

V. BOSSUET

El honor falso del mundo

Bossuet, preparé este sermón para el Adviento de 1665. Pero no pudo predicarlo hasta el martes de la segunda semana de Cuaresma del 1666, y lo repitió en el Adviento del 69. Aun cuando no se conserva de Bossuet el nexo del tema con el evangelio del tercer domingo de Adviento, podemos suponer que más o menos sería así: Juan desprecia los honores de la vanidad mundana. Vive en el desierto, se viste de pieles y aborrece el honor adquirido mediante el pecado. No le hubiera costado más que desearlo y hubiera sido tenido por Mesías. Pero se cuidó muy bien de no comprar el honor mayor del mundo mediante un pecado. Juan atribuyó toda virtud a Dios, del que no se consideraba digno de desatar la correa de su sandalia (cf. Bossuet, *Sermons*, t. 2, p. 167-201, en ed. Gamier, Paris).

A) El falso honor

Tû, équién eres?... Yo soy la voz del que clama en el desierto (Io. 1,19-23). «Siempre me ha causado maravilla el ver cómo los hombres, tan orgullosos de la verdad de su propio pensar, sin embargo se someten de tal modo a los juicios ajenos, que a veces llegan a obrar en contra de los propios... Es la tiranía del honor quien nos impone esta servidumbre. El honor nos hace cautivos de aquellos de quienes podemos ser honrados. He ahí por qué nos vemos obligados a sacrificar muchas cosas a sus opiniones, y con frecuencia grandes políticos y capitanes experimentados, tocados de este falso honor y del deseo de evitar una censura injusta, han malogrado lamentablemente, de acuerdo con el parecer ajeno, asuntos en los que hubieran acertado siguiendo el propio».

«Estudiando este asunto, he visto que mezclamos este honor en las cosas vanas, que lo ponemos a menudo en las malas y que igualmente lo llevamos a las buenas». No podía ocurrir de otro modo. La honra es un juicio que hacemos sobre el valor de las cosas, y como nuestro juicio es tan liviano, no puede extrañarnos que nos gusten las cosas vanas; como es tan depravado, nos complacen las cosas malas, y como ni es del todo débil ni del todo malo, también alabamos lo bueno, aun cuando en muchas ocasiones nos atribuyamos lo que debiéramos atribuir a Dios.

El remedio a este triple mal sería, en primer lugar, considerar el verdadero valor de todo, y así lo perderían las cosas vanas; en segundo término, su conformidad con la razón, y caería el pecado, y, por último, el debido orden, con lo que alabáramos a Dios como su primer principio.

B) *El honor de lo uario*

San Pablo dice: *No seals niflos en el juicio, sed pdrvulos sôlo en la malicia* (1 Cor. 14,20). Nosotros lo somos en aquello, y padecemos vlclos pueriles, el mayor de todos los cuales es la facilidad con que nos deslumbran las cosas vanas, como los trajes y la pompa exterior. Cual si el supremo bien y la riqueza del hombre consltiesen en que cuanto posea sea rico y prectoeo, excepto el mismo <San Agustín, *De civ. Dei*, l. 3, c. 1: PL 41,79).

San Juan Crisóstomo (*Hom. 14 in Matth.:* PL 57.217) explica parecidamente esta ceguera, diciendo que los hombres, habiendo perdido el verdadero bien Interior, buscan rodearse de brillos externos.

Lo cual me lleva a una más profunda consideración de las cosas. «Todos los hombres han nacido para la grandeza, porque todos han nacido para poseer a Dios. Así como Dios es grande, porque no necesita de nadie más que de sí mismo, el hombre es también grande cuando por su rectitud no necesita a nadie más que a Dios... Pero así como (al principio) Uniendo a Dios vivía en toda su plenitud, al perderlo por el pecado queda totalmente agotado y vacío. Queda reducido a sus propios medios, es decir, a su primera nada; no posee ya nada, puesto que, al hacerse dependiente de los bienes que parece poseer, es más bien su cautivo que su dueño y soberano», Entonces pretende enriquecerse como fuere y, no pudiendo acrecentar un ápice su estatura, comienza a afiadirse por defuera mil bagatelas, que cree Incorporarse...

Es la mujer, por ejemplo, que lleva encima de sí el sustento de varias familias y un patrimonio entero alrededor de su cuello colgando de un hilo... Es el hombre, pequeño en sí mismo y avergonzado de su pequeñez, pero tantas voces conde, tantas marqués...

Nabucodonosor, «modelo de almas vanas o, más bien, la vanidad misma», no se contentó con los desmesurados honores reales y los culto divinos. Como su propio cuerpo mortal los desmentía, se fabricó una estatua riquísima y muy alta para que recibiera los honores que quería para sí (Dan. 3,1-8).

Pero *chasta cândo los urandes habéis de ser insensatos? ¡Por qué arnâs la vanidad y sequis la mentira?* <Ps. 4,3>. 81, según el Crisóstomo (cf. *Hom. 1 in Epist. 2 ad Thés.:* PG 60,514), la vanidad externa es la más clara señal del vario Interior, ¿qué habrá que decir del siglo presente?

Y aun si sólo fueren vanidades... Pero Impliden la Ilmosna. y al secar la fuente de la Ilmosna, clegan la de todas

las gracias del cristianismo... Ni siquiera permiten pagar la, deudas Arrullan a propios y extraños. Lloran la caridad, lloran la justicia y lloran también el pudor, en el que la vanidad causa ruinas irreparables. «Sencilla e Inocente belleza, que empieza a asomarse al mundo. Eres honesta, pero te gusta el bien parecer y «lentes celos al ver a las otras más ricamente ataviadas. Pues has de saber una cosa, que esa vanidad que te parece Inocente está ya maquinando contra tu honor; te está tendiendo lazos; te está descubriendo a la tentación y avisando al enemigo. Ten cuidado y... pon tu honor bajo la guarda de la modestia».

Otros hay que se envanecen de dones superiores, como los del talento. También van más allá del límite. ¡Cuántas disputas, cuántas envidias, qué ataques envenenados de unos contra otros!

C) *El honor en el mal*

Honramos al pecado. Claramente que no cuando se presenta descubierta. Pero lo disfrazamos, adornándolo. El mal es la corrupción. de la naturaleza, y, para disimularlo, se mezcla con apariencias de bien. Todos reprobamos el asesinato, pero lo encubrimos con el pretexto del honor en el duelo. Todos rechazamos la rapia, pero la cubrimos con el deseo de hermosos gastos, que parecen magnánima liberalidad, cuando realmente son una Injusticia mayor (hoy quizás no llegamos ni aun a usar este disfraz). Avergüenza la Impudicia descarada, pero se encubre con la galantería.

Es que ya no se trata de evitar el vicio, sino de encontrarle un nombre... Pero vendrá Dios..., el que *despoja a Esaú y descubre sus escondites* (1er. 49,10), «y en ese reino de la verdad ni se pagará nadie de pretextos ni se tomará la sombra por la cosa, ni el colorido por la verdad».

D) *El falso honor del bien*

El honor de la virtud es necesario, pues sirve grandemente la alabanza a los que comienzan. Es necesario en los grandes, que deben dar ejemplo. Y hasta podemos decir con Plinio (cf. *Epist. ad Com.*, 3,21) que muchas veces nos sonrojamos de la alabanza porque hace mucho que hemos dejado de hacer cosas laudables. o con San Agustín, que el hacer el bien y renegar de las alabanzas es pretender que prevalezca el mal (cf. 8^o Agustín, *De serm. Dom. in Monte*, l. 2, c. 1: PL 34,1209).

Pero también hay un exceso. «Ejercitarse en la virtud

buscando la alabanza humana es envilecer su dignidad, ofender su pudor y convertirla en esclava».

Porque la virtud tiene también su poder; si el «hombre honesto y delicado se sonroja ante una palabra desvergonzada, el sabio y prudente también lo hace ante sus propias alabanzas... gracias a un cierto sentimiento que la razón nos inspira; que del mismo modo que el cuerpo tiene su castidad, que la impudicia corrompe, hay una cierta integridad del alma y de la virtud que teme ser mancillada por las alabanzas». La virtud es como una doncella recatada, que no gusta exhibirse.

La virtud está hecha para Dios, y la prostituimos cuando la exponemos a los ojos de los hombres (cf. *Chrysost., Horn. 19 in Matth.*: PG 58,248). Cuando nos sirve para el propio placer nos convertimos en Dios, robándole a Él su gloria.

Dios es la fuente y fin de la virtud. El hombre se pone en su lugar, admirándose a sí mismo, como si él hubiera hecho manar las virtudes en su corazón para gloria propia. Desgraciada criatura la que no toma en cuenta el auxilio de Dios. Él es quien escogió a Ciro e hizo caminar a la victoria delante de él. Hasta que un día lo soltó de su mano, precipitándolo desde lo alto de su grandeza a la más sangrienta de las derrotas.

E) Conclusion

«remblemos, pues, bajo su mano suprema... La gloria de los hombres no tiene fundamento ni consistencia. ¿Hay algo más variable en cuanto sometido a los acontecimientos y a los cambios de la fortuna? Por eso, ¡oh gran Rey!, yo os deseo algo más sólido. Yo quisiera, Señor, ardientemente que la reputación de vuestras armas y consejos creciera más y más por todo el mundo, y si mi voz puede hacerse oír en medio de ese griterío de aclamaciones, yo me uno a él con alegría. Pero meditando en la vanidad de lo terreno, que tan digno es de la grandeza de vuestra alma tener siempre delante de los ojos, yo deseo para Vuestra Majestad un brillo más digno de un rey cristiano que el de la fama, una inmortalidad más segura que la que os promete la historia, una gloria más sólida que la que el mundo admira: la gloria de la eternidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén».

VI. BOURDALOUE

Por las aplicaciones, no todas recogidas, se ve que las dos primeras partes de este sermón. predicado en la corte, van dirigidas al clero de la misma, y la tercera, al resto de las personas piadosas.

Extractamos el texto de *Los dos Advientos*, trad. cast. ed. Bias Román (Madrid 1776); puede verse también la versión castellana de Rücker y Consbancin (Valparaíso 1899), t. 1, p. 311-340.

A) *Austeridad desinteresada*

«Este camino del Señor es sin duda, según el pensamiento de todos los Padres de la Iglesia, y aun en el sentido literal, el camino estrecho de la salvación. Y el Bautista es el primero que fué enviado... a allanarlo sin ensancharlo... para enderezarlo con las santas reglas que nos dejó trazadas»... Es la severidad evangélica, porque después del pecado, la mortificación, según San Jerónimo, es el único camino que tenemos para ir a Dios (cf. *Comm. in Matth.*, c. 7: PL 26,49). *¡Qué angosta la senda que lleva a la vida!* (Mt. 7,14).

Juan es modelo de esta austeridad. Frente a la falsa austeridad de los fariseos, la suya fué *desinteresada*, porque no quiso honores, y (Mt. 3,4-10; Mc. 1,6; Lc. 3,27) *humilde* y *caritativa* con los demás, a cuya salvación se dedicó, sin imponer cargas imposibles.

Los fariseos eran todo lo contrario. Oraban para enriquecerse, empobrecían a las viudas y siempre se mostraban soberbios y duros. Hoy hay muchos «a los que, según San Jerónimo, han sido traspasados los vicios de los fariseos» (cf. *Comm. in Matth.*, c. 23: PL 26,172ss).

¿Predicar la austeridad en la corte? «Ne convenceré, mas por lo menos enseñaré».

a) Falsas medidas

La circuncisión del corazón debe comenzar por la destrucción del interés, o por mejor decir, de la codicia. Esta es su medida, indicada por el Señor cuando dijo: *Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo* (Lc. 14,33). La severidad evangélica no puede medirse:

1. Por la dificultad de las empresas que se acometen

Las cosas más molestas se hacen tolerables cuando nos mueve a ello nuestro propio interés. El avaro es un ejemplo. En ese caso estamos «tanto más lejos de Dios, cuanto más cerca de nosotros mismos».

2. Ni por lo austero de nuestra vida...

Bajo una apariencia de austeridad puede ocultarse el interés más sutil, el de que «nos miren y juzguen como tales». Así eran los fariseos, que tenían la sombra, pero no el

cuerpo de la severidad. Son los *que tienen la piedad por materia de lucro* (1 Tim. 6.5). Amigos, protectores, esperanzas..., todo eso puede mover y ser fin de la austeridad.

Mucho más puede decirse todo esto si nos referimos a los que sostienen en público opiniones severas. Lo difícil es practicarlas.

b) La medida verdadera

«Ved la piedra de toque... Al mismo tiempo que somos tan rigurosos, ¿tenemos algún negocio que manejar, alguna diferencia que ajustar, algún dinero que emplear, alguna restitución que hacer? (El orador había de los beneficios, permutas, faltas de residencia, etc.) Entonces nos porta: como todos los demás, y a veces hasta peor, porque ya anda nuestro interés por medio». Los teólogos laxos nos van pareciendo prudentes, y finalmente aceptamos las soluciones que nos convienen... ¿Dónde estaba nuestra austeridad? ¿Qué buscábamos con ella?

«Empecemos, pues, por el despego y desasimiento de nuestro corazón... Así fueron los primeros cristianos..., pero luego empezó la distinción entre lo tuyo y lo mío...» y buscando lo que se tiene por propio, hemos terminado por hallar lo ajeno... De ahí tantos engaños, cohechos, abusos... Empecemos, pues, por el despego, y nada perderemos», pues engrandeceremos a la Iglesia, glorificaremos a Dios y aun personalmente experimentaremos que *es gran riqueza la piedad acompañada de la frugalidad*¹ (1 Tim. 6.6).

B) Austeridad humilde

a) Nuestra soberbia

En las más hermosas frutas se crían los mayores gusanos, y en las virtudes más excelentes es donde suele pegarse más la soberbia... Hoy es raro hallar hombres enemigos de la relajación..., pero también es raro hallar hombres severos consigo mismos y libres de la soberbia... Sin embargo, según San Bernardo (cf. *Grados de soberbia y de humildad*: BAC, *Obras selectas*, p. 1295ss), humildad y severidad con uno propio no son dos cosas distintas. ¡Qué desgracia si, buscando la puerta estrecha, fuésemos a estrellarnos contra un escollo tan peligroso!

Por ser tan opuesta la soberbia a la doctrina del Señor, éste declara guerra abierta a los fariseos, *que confiaban mucho en sí mismos, teniéndose por justos, y despreciaban a los demás* (Lc. 18,9); hacían ver sus ayunos (Mt. 6,16) y gus-

taban *ser llamados por los hombres «rabbi»* (ibid. 23-7), buscando *los primeros asientos en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas* (ibid. 23,6).

Pues si Cristo no pudo soportar este fausto en los fariseos, ¿cómo lo soportará en nosotros, discípulos de su humildad?

«Porque no nos imaginemos que esta severidad de ostentación, tan repetidamente censurada por Jesucristo, es un fantasma... Como en lo íntimo de nuestro ser no somos sino una vanidad y una nada..., aun las mismas virtudes huelen a esta nada... Apenas nos hemos puesto en algún punto de vida más ajustada, cuando este demonio de la soberbia empieza a combatirnos»...

En muchas ocasiones... nos hacemos los humildes, pero para ser honrados... Nos reconocemos pecadores, pero no confesamos jamás un solo pecado nuestro en particular... Parece como si Dios repartiera gracias diferentes y sólo estimásemos la nuestra... Todo lo que no es nuestro nos parece digno de reprobarse... Se huye del mundo, pero se quiere que el mundo se dé cuenta, y si no se da, quizás no huyéramos de él. Buscamos novedades en la misma piedad. Basta que tengamos algún celo de disciplina y de reforma para atribuirnos el poder de juzgar de todo; para usurparnos una superioridad que ni Dios ni los hombres nos han dado, y tal vez para juzgar a los mismos a quienes debemos obedecer. ¿Un lego? Pues censor de sacerdotes. ¿Secular? Pues reformador de religiosos. ¿Mujer? Pues directora de no sé qué. Y todo ello disfrazando con color de piedad el ansia de gobernar.

b) Ya recibiste tu merced

Quien tal obra, cuando crea que va a recibir de Dios *la corona de la justicia* (2 Tm. 4,8), oír que le dice: *ya recibiste tu recompensa* (Mt. 6,2-5). ¿Pero, Señor, reclamará, no recorri aquellos caminos ásperos y fatigosos por tu nombre?... ¿Por el mío? Di mejor por el tuyo.

Esta soberbia destruye también la misma esencia de la severidad evangélica, la cual consiste en hacerse violencia y contradecir el amor propio. Todo lo que nos lisonjee, esteriliza el espíritu de la austeridad cristiana y hace nulas las más arduas mortificaciones.

Por eso nos cuesta mucho menos hacer lo que no debemos que lo que debemos, porque en obrar lo primero siempre encontramos cierta gloria, y así nos es más agradable según algunos consejos que cumplir lo preceptado.

El verdadero rigor cristiano está en ser pequeño a nuestros ojos, en estar muerto por lo menos al deseo, en gustar de ser abatidos y vivir olvidados, y como ciertos estados de vida, aun los más santos, inclinan a la soberbia, la perfec-

ciôn consiste en permanecer en el camino llano. Nuestra vida debe estar oculta y con Cristo en Dios (Col. 3,3).

C) *Austeridad caritativa*

a) Severo contigo, caritativo con los demás

La caridad y la severidad parecen opuestas. La caridad dice San Pablo (1 Cor. 13,4-8) que *es paciente, benigna*, todo lo excusa y sufre, mientras la severidad parece ser todo lo contrario. El Señor quiere que seas severo y caritativo: severo contigo y caritativo con los demás. No viceversa.

Unidas van las dos virtudes, porque cuando San Pablo (cf. *ibid.*) dice que seamos caritativos, sufriendo al prójimo, benignos, sin devolver las injurias, ¿no está predicando que seamos severos con nosotros mismos, contradiciendo todos nuestros movimientos naturales?... ¿En cuántas ocasiones habrá que callar cuando se quisiera hablar, condescender cuando conviniera resistir, excusar cuando acusar...! ¡Cuánta ira reprimida, cuánta venganza ahogada, cuánta justicia sedlenta...!

b) La paja en el ojo ajeno

Invertîmes los términos. Nuestra severidad ciertamente que no déja de reformarnos y apartarnos algo del mal, pero si nos hace enfadosos, murmuradores, censores de los demás, si nos hace perder la condescendencia de la caridad, el obsequio con que debemos tratar a nuestros prójimos..., si esta severidad se emplea en observar hasta las pajas del ojo ajeno, alargândolas hasta convertirlas en vigas; si nos inspira acritud en los juicios..., solamente es entonces una severidad falsa de fariseo.

Estos pagaban décimas por la menta y el comino, y *no se cuidaban de lo más grave de la ley: la justicia, la misericordia y la buena fe* (Mt. 23,23). Nosotros cumplimos con minucias y después deshonramos al prójimo con la murmuración. Los fariseos condenaron a Cristo y no se atrevieron a entrar en el pretorio (Jo. 18,28). Hay mujer que comulga cien veces, y es áspera con su marido, con sus hijos y con sus criados. Se la ve largas horas en la iglesia en prolongadas oraciones, y luego largas horas también en conversaciones mordaces... *No sedis niños en el juicio...* (1 Cor. 14,20).

«No nos detengamos en cosas exteriores cuando el enemigo está dentro de la plaza. Sea nuestra austeridad sólida, y lo será si fuere desinteresada, humilde y benigna. Por ese medio llegaremos a conseguir la perfección del Evangelio y la gloria que os deseo. Amén».

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

I. SOBRE LA EPISTOLA

A) *«Alegraos siempre en el Señor»*

a) En nuestros tiempos difíciles esta más despierto QUE NUNCA EL SENTIMIENTO DE SOLIDARIDAD CRISTIANA

Al poner esta primera enciclica de nuestro pontificado, con el corazón rebotante de confiada esperanza, bajo la Insignia de Cristo Rey, nos sentimos absolutamente seguros de la unánime y entusiasta aprobación de toda la grey del Señor. Las experiencias, las ansiedades y las pruebas de la hora actual despiertan, agudizan y purifican el sentimiento de solidaridad católica, que es católica en grado raras veces conseguido. Elas igualmente excitan en todos los que creen en Dios y en Cristo el reconocimiento de una amenaza común proveniente de un común peligro. De este espíritu de solidaridad católica, que es recogimiento y firmeza, resolución y voluntad de victoria, poderosamente aumentado en tan arduas circunstancias, experimentamos nosotros un soplo consolador e inolvidable en aquellos días en los que, con trémulo paso, pero confiando en Dios, tomamos posesión de la Cátedra que la muerte de nuestro grande predecesor habia dejado vacante (Pio XII *Summi Pontificatus*, n. 5).

b) Se han estrechado los LAZOS DE LOS CRISTIANOS ENTRE sí Y CON LA JERARQUÍA

Los documentos publicados en estos últimos tiempos acerca de la Acción Católica, por lo mismo que han estrechado más y más los lazos de los cristianos entre sí y con la jerarquía eclesiástica, y en primer lugar con el Romano Pontífice, han contribuido, sin duda, no poco a colocar esta materia en su propia luz (Pio XII, *Mystici Corporis Christi*, n. 4).

c) La adhesión de todos al supremo pontificado

Ante el vivo recuerdo del sinnúmero de testimonios de adhesión filial a la Iglesia y al Vicario de Cristo y las manifestaciones tan tiernas, calurosas y espontáneas que recibimos con ocasión de nuestra elección y coronación, nos place aprovechar esta

ocasião propicia para dirigiros a vosotros, venerables hermanos, y a cuantos pertenecen a la grey del Señor, palabras de conmovido agradecimiento por aquel plebiscito pacifico de amor reverente y de inquebrantable fidelidad al Papado, en el que se reconocia la providencial misión dei Sumo Sacerdote y del Pastor Supremo. Porque, ciertamente, todas aquellas manifestaciones no estaban ni podian estar dirigidas a nuestra humilde persona, sino unicamente al oficio altísimo a que el Señor nos elevaba. Y si ya desde aquel primer momento sentiamos todo el peso de las graves responsabilidades anejas a la mayor potestad que nos confena la Providenda divina, al mismo tiempo nos consolaba grandemente ver aquella grandiosa y palpable demostracion de la indivisible unidad de la Iglesia católica, que tanto más compacta se abraza a la indestructible roca de Pedro y forma a su alrededor muros y antemuros más fuertes cuanto más crece la altivez de los enemigos de Cristo. Este mismo plebiscito de unidad católica mundial y de sobrenatural fraternidad de pueblos en tomo al Padre común nos parecia tanto más rico de felices esperanzas cuanto eran más trágicas las circunstancias materiales y espirituales dei momento en que acaecia, y su recuerdo nos siguió confortando afin en los primeros meses de nuestro pontificado, cuando experimentamos ya las fatigas, las ansiedades y las pruebas de que está sembrado el camino de la Esposa de Cristo a través del mundo (Pío XU. *Summi Pontificatus*, n. 6).

d) Aun de pueblos que luchan entre si

Hemos observado, en efecto, que, a pesar de que la larga y homicida guerra deshacia miserablemente la fraterna ~~c-ji~~ unidad de las naciones, nuestros hijos en Cristo, todos y en todas partes, con una sola voluntad y caridad levantaban sus ánimos hacia el Padre comun, que, recogiendo en si las preocupaciones y ansiedades de todos, guía en tan calamitosos tiempos la nave de la Iglesia. En lo cual ciertamente echamos de ver un testimonio no sólo de la admirable unidad del pueblo cristiano, sino también de cómo mientras Nos abrazamos con corazón paterno a todos los pueblos de cualquier estirpe, desde todas partes los católicos, aun de naciones que luchan entre si, alzan los ojos al Vicario de Jesucristo, como a Padre amantísimo de todos, que con absoluta imparcialidad para con los bandos contrarios y con juicio insobornable, remontándose por encima de las agitadas borrascas de las perturbaciones humanas, recomienda la verdad, la justicia y la caridad y la defiende con todas sus fuerzas (Pfo XH, *Mystici Corporis Christi*, n. 3).

e) Incluso de aquellos que no pertenecen a la Iglesia

Ni queremos pasar en silencio el profundo eco de conmovido reconocimiento que suscité en nuestro corazón la felicitación de aquellos que, sin pertenecer al Cuerpo visible de la Iglesia católica, en su nobleza y sinceridad, no han dejado de sentir todo lo que, en el amor a la persona de Cristo o en la fe en Dios, les une

a nosotros. Vaya a todos ellos la expresi3n de nuestra gratitud. Los encomendamos a todos y a cada uno a la protecci3n y a la direcci3n del Senor y aseguramos solemnemente que s3lo un pensamiento domina nuestra mente: imitar el ejemplo del Buen Pastor para conducir a todos a la verdadera felicidad (Io. 10,10) *para que tengan vida, y la tengan m3s abundante* (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 7).

f) Y DE LAS SUPREMAS AUTORIDADES DE LAS DISTINTAS NACIONES

Pero de manera particular nos sentimos movidos en nuestro 3nimo a patentizar nuestra intima gratitud por las manifestaciones de reverente homenaje que nos han llegado de soberanos, de jefes de Estado y de autoridades publicas de naciones con las que la Santa Sede se halla en amigables relaciones (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 8).

B) «*El Senor esta pr3ximo*»

a) La civilizaci3n cristiana se extiende m3s cada vez ENTRE LOS PUEBLOS

Los 3ltimos siglos, con una de aquellas evoluciones llenas de contradicci3n que jalonan la Historia, han visto, por una parte, minados sistem3ticamente los fundamentos mismos de la civilizaci3n cristiana, y por otra, extenderse continuamente su patrimonio a trav3s de todos los pueblos. Europa y los otros continentes viven todav3a, en mayor o menor grado, de las fuerzas vitales y de los principios que la herencia en el sentimiento cristiano les han transmitido casi como una transfusi3n espiritual de sangre. Algunos llegan a olvidar tan precioso patrimonio, a descuidarlo, hasta repudiarlo. Pero queda el hecho de aquella sucesi3n hereditaria. Podria muy bien un hijo renegar de su madre, pero no por eso rompe la union espiritual y moral que le liga a ella. De la misma manera, los hijos que se alejan, que escapan de la casa paterna, siempre oyen, algunas veces sin caer en la cuenta, como voz de la sangre, el eco de aquella herencia cristiana, que muchas veces, en sus intentos y en sus acciones, les pr3serva de dejarse dominar completamente y guiar por aquellas falsas ideas, a las que ellos, inconscientemente o de hecho, prestan adhesi3n (Pio XII, *Radiomensaje de 13 de septiembre de 1944*, n. 7).

b) La DOCTRINA EVANG3LICA EXTENDIDA POR TODOS LOS PUEBLOS DI3 A LA SOCIEDAD UN SELLO CRISTIANO

Tan resplandeciente es la luz de la cat3lica revelaci3n, que esparce por todas las ciencias el fulgor de sus rayos; tanta la fuerza de los dogmas evang3licos, que arraigan m3s hondamente los preceptos de la ley natural y los dejan m3s asegurados: tan grande, en fin, es la eficacia de la verdad y de la moral ensefiadas

por Jesucristo, que aun el bienestar material de los individuos, de la familia y de la sociedad humana halla en ellas providencial sostén y favor. La Iglesia, con predicar a Cristo crucificado, escândalo y locura a los ojos dei mundo (1 Cor. 1,23), vino a ser la primera institutriz y fautora de la civilizaciôn, cuyos bienes derramô por doquiera y predicaron sus apôstoles, conservando y beneficiando los buenos elementos de las antiguas civilizaciones paganas, arrancando a la barbarie y adiestrando a la vida civil los nuevos pueblos, que se guarecian al amparo de su seno maternai, y dando a toda la sociedad, aunque a paso lento, pero con trazos seguros y siempre progresivos, aquel sello tan realzado que conserva universalmente hasta el dâa de hoy. La civilizaciôn dei mundo es civilizaciôn cristiana: tanto es mäs verdadera, durable, fecunda en preciosos frutos, cuanto es mäs genuinamente cristiana: tanto mäs declina, con daüo inmenso del bienestar social, cuanto mäs se sus, trae a la idea cristiana (Pio X, *Il iermo proposito*, 4).

c) Procurando la Iglesia extender la civilización cristiana, CONTRIBUYE A LA PROPAGACIÓN DEL REINO DE DIOS Y A INSTAURAR TODAS LAS COSAS EN CRISTO

Sabe la Iglesia que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno; mas tampoco ignora que habrá en el mundo apreturas, que sus apóstoles andan cual corderos entre lobos, que sus seguidores serán siempre el blanco de los odios y escarnio, como lo fué su divino Fundador. Por este motivo la Iglesia prosigue imperterrita. y mientras propaga el reino de Dios en donde antes no se predicó. estudia diligente cómo reparar las quiebras del reino ya conquistado, según aquel lema: «Instaurare omnia in Christo», que fué siempre el suyo, y principalmente el nuestro, en los aciagos tiempos que corren. Restaurarlo todo, no como quiera, sino en Cristo; *quae in caelis et quae in terra sunt in ipso*, agrega el Apóstol (Eph. 1,10); restaurar en Cristo no sólo cuanto corresponde con propiedad al divino cargo de la Iglesia, que es guiar las almas a Dios, mas también cuanto dei divino cargo se deriva, que es. como queda explicado, la civilización cristiana en el agregado de todos los elementos y en cada uno de los que la constituyen (Pio X, *II fermo proposito*, n. 6).

d) De LA RECTA ORGANIZACIÃO DE LA SOCIEDAD SEGÛN LOS PRECEPTOS CRISTIANOS PROCEDE LA PAZ DE JESUCRISTO EN EL reino de Jesucristo

Siguese, pues, que la paz digna de tai hombre, es a saber, la tan deseada paz de Cristo, no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida publica y en la privada las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo; y una vez asi constituida ordenadamente la sociedad. pueda por fin, la Iglesia, desempeñando su divino encargo. hacer valer los derechos todos de Dios. lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades.

SM esto consiste lo que con dos palabras llamamos reino de Crsto. Ya que reina Jesucristo en la mente de los individuos por sus doctrinas, reina en los corazones por la caridad, reina en toda

la vida humana por la observanda de sus leyes y por la imitación de sus ejemplos. Reina también en la sociedad doméstica cuando, constituida por el sacramento del matrimonio cristiano, se conserva inviolada como una cosa sagrada, en la que el poder de los padres sea un reflejo de la paternidad divina, de donde nace y toma el nombre; donde los hijos emulan la obediencia del Niño Jesús y el modo todo de proceder hace recordar la santidad de la familia de Nazaret. Reina, finalmente, Jesucristo en la sociedad civil cuando, tributando en ella a Dios los supremos honores, se hacen derivar de El el origen y los derechos de la autoridad, para que ni en el mandar faite norma ni en el obedecer obligaciôn y dignidad; cuando, ademâs, le es reconocido a la Iglesia el alto grado de dignidad en que fué colocada por su mismo autor, a saber, de sociedad perfecta, maestra y guía de las demás sociedades; es decir, tal que no disminuya la potestad de ellas—pues cada una en su orden es lègitima—, sino que les comunique la conveniente perfecciôn, como hace la gracia con la naturaleza; de modo que esas mismas sociedades sean a los hombres poderoso auxiliar para conseguir el fin supremo, que es la eterna felicidad, y con mâs seguridad provean a la prosperidad de los ciudadanos en esta vida mortal.

De todo lo cual resulta claro que no hay paz de Cristo sino en el reino de Cristo y que no podemos nosotros trabajar con mâs eficacia para afirmar la paz que restaurando el reino de Cristo.

Cuando, pues, el papa Pío X se esforzaba por «restaurar todas las cosas en Cristo», como si obrara inspirado por Dios, estaba preparando la obra de pacificaciôn, que fué después-el programa de Benedicto XV.

Nos. insistiendo en lo mismo que se propusieron conseguir nuestros dos predecesores, procuraremos también con todas nuestras fuerzas lograr «la paz de Cristo en el reino de Cristo», plenamente confiados en la gracia de Dios, que al hacernos entrega de este supremo poder nos tiene prometida su perpetua asistencia (Pío XI. *Ubi Arcano Dei*, n. 22).

C) «*Por nada os inquietéis*»

a) Las riquezas no libran del dolor, conducen a la PERDICIÓN

Adviértese, por lo tanto, a los que tienen riquezas, que no libran ellas de dolor, ni en nada aprovechan para la eterna bienaventuranza, sino que antes dafian (Mt. 19,23-24); que dsben a los ricos infundir terror las extraordinarias amenazas que les hace Jesucristo, y que ha de llegar un día en que darân en el tribunal de Dios severísima cuenta del uso que hicieron de sus riquezas (Leôn xm, *Rerum Novarum*, n. 18).

b) PONER EL CORAZÓN EN EL DINERO ES CERRARLO PARA Dios y -su justicia

Mundo bancario e idea cristiana; dinero y Evangelio; términos antitéticos en si mismos para quien tenga presente la pre-

dicación de Jesucristo y el contraste que El solemnemente estableció entre Dios y Mammona. Y dijo El también: *Donde está tu tesoro. allí estará tu corazón* (Mt. 6,21). Así que, si el hombre pone su tesoro en el dinero, su corazón está allí, y entonces no quería ya sitio en aquel corazón para los verdaderos bienes, para Dios y su justicia, porque éstos son bienes que no admiten el dominio de otras pasiones y que en realidad se niegan a quien querría darle todo, con excepción de lo mejor que tiene, que es precisamente el corazón, con sus afectos y predilecciones (Pío XII, *Discurso a los empleados de la Banca*, 20 de junio de 1948: «Ecclesia», n. 366).

c) Por eso el capitalismo conduce a consecuencias
FUNESTÍSIMAS

La raíz y al mismo tiempo la fuente del alejamiento de la ley cristiana en las clases sociales y económicas y de la consiguiente apostasia de la fe católica de muchos obreros son las pasiones desordenadas del alma, triste consecuencia del pecado original; éste deshizo de tal modo la concordia admirable que existía entre las facultades humanas, que el hombre, fácilmente arrastrado por las malas codicias, se siente vehementemente incitado a anteponer los bienes caducos de este mundo a los celestiales y duraderos. De aquí esa sed insaciable de riqueza y bienes temporales que en todos los tiempos ha empujado a los hombres a infringir las leyes de Dios y conculcar los derechos del prójimo. pero que en la organización moderna de la economía prepara lazos más numerosos a la fragilidad humana. La inestabilidad propia de la vida económica y, sobre todo, su complejidad constante exigen de los que se han entregado a ella una actividad absorbente y asiduo. | algunos se han embotado los estímulos de la conciencia hasta llegar a la persuasión de que les es lícito aumentar sus ganancias de cualquier manera y defender por todos los medios las riquezas acumuladas con tanto esfuerzo y trabajo contra los repentinos reveses de la fortuna. Las fáciles ganancias que la anarquía del mercado ofrece a todos, incitan a muchos al cambio de las mercancías con el único anhelo de llegar rápidamente a la fortuna con la menor fatiga; su desenfrenada especulación hace aumentar y disminuir incesantemente, a la medida de su capricho y avaricia, el precio de las mercancías para echar por tierra con sus frecuentes alternativas las previsiones de los fabricantes prudentes. Las disposiciones jurídicas destinadas a favorecer la colaboración de los capitales, dividiendo y limitando los riesgos, han sido muchas veces la ocasión de los excesos más reprobables; vemos, en efecto, las responsabilidades disminuidas hasta el punto de no impresionar sino ligeramente a las almas; bajo capa de una designación colectiva se cometen las injusticias y fraudes más condenables; los que gobiernan los grupos económicos, despreciando sus compromisos, traicionan los derechos de aquellos que les confiaron la administración de sus ahorros. Finalmente, hay que señalar a esos hombres astutos que, despreciando las utilidades honestas de su propia profesión. no temen poner alcátes a los caprichos de sus clientes y. después de excitados, aprovecharlos para su propio lucro (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 54).

d) AUMENTÔ EL NUMERO DE LOS QUE SE ENRIQUECÍAN SIN
ESCRÚPULO A COSTA DEL PRÓJIMO

Con esto creclô mucho el numero de los que ya no cuidaban sino de aiunentar sus riquezas de cualquier manera, buscândose a si mismos sobre todo y ante todo, sin que nada les remordiesen la conciencia aun los mayores delitos contra el prôjimo. Los primeras que entraron por esta *ancha senda que lleva a la perdición* (Mt. 7,13), fâcilmente encontraron muchos imitadores de su iniquidad, gracias al ejemplo de su aparente éxito, o con la inmoderada pompa de sus riquezas, o mofândose de la conciencia de los demás como si fuera victima de vanos escrúpulos, o pisoteando a sus más timoratos competidores (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 54).

e) Y PRECIPITÔ A LOS OBREROS EN EL ABISMO DEL PECADO

Era natural que, marchande los directores de la economia por camino tan alejado de la rectitud, la masa de los obreros se precipitase a menudo por el mismo abismo; tanto más que muchos de los patronos utilizaron a los obreros como meros instrumentos, sin preocuparse nada de sus aimsas y sin pensar siquiera en sus intereses superiores. En verdad, el ánimo se horroriza al ponderar los gravisimos peligros a que están expuestos, en las fâbricas modernas, la moralidad de los obreros (principalmente jôvenes) y el pudor de las doncellas y demás mujeres; al pensar cuán frecuentemente el régimen moderno del trabajo, y principalmente las irracionales condiciones de habitaciôn, crean obstáculos a la uniôn e intimidad de la vida familiar; al recordar tantos y tan grandes impedimentos que se oponen a la santiflcaciôn de las fiestas; al considerar cómo se debilita universalmente el sentido verdaderamente cristiano, que aun a hombres indoctos y rudos ensefiaba a elevarse a tan altos idéales, suplantado hoy por el unico afân de procurarse por cualquier medio el sustento cotidiano. Asi el trabajo corporal, que estaba destinado por Dios, aun después del pecado original, a labrar el bienestar material y espiritual del hombre, se convierte a cada paso en instrumento de perversiôn; la materia Inerte sale de la fâbrica ennoblecida, mientras los hombres en ellas se corrompen y degradan (Pfo XI, *Quadragesimo Anno*, n. 54).

f) Ni siquiera el campo se liberô de estos males

Al abdicar el capital de su noble misiôn de promover el bien de la sociedad, penetra en el mundo de los cultivadores y les inflige grandes males; hace brillar el oro de una vida que pasa ante los ojos de los cultivadores dei campo para incitarles a abandonar la tierra.

Y una vez abandonada, el capital se afana por hacerla suya. Y enfones la convierte de objeto de amor en objeto de fria explotaciên. La tierra, nodriza generosa de las ciudades no menos que dei campo, no produce más que para la especulaciôn; y mientras

el pueblo sufre de odio y el cultivador, cercado por las deudas, va lentamente hacia la ruina. la econômia del país se agota para adquirir a subido precio las provisiones que se ven obligados a traer de extranjero (Pío XII. *A la Conjederaciôn Italiana de Agricultura*, 15 de noviembre de 1949).

g) SÜS EFECTOS LLEGARON INCLUSO A CAMPOS QUE NO SON

Pero el régimen econômico «capitalista» se ha extendido muchísimo por todas partes, después de publicada la enciclica de Leon XIII. a medida que se extendia por todo el mundo el industrialismo. tanto que aun la economia y la condiçôn social de los que se hallan fuera de su esfera de acciôn esta invadida y penetrada de el. y sienten y en a'guna manera participan de sus ventajas e inconvenientes y defectos (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 38).

D) aSean presentadas a Dios vuestras peticiones»

a) ES DEBER DE TODOS PROMOVER UNA CRUZADA DE ORACIÔN

Instruidos y habituados en la veneraciôn y amor del santo sacrificio de la misa, vuestros hombres llegarân a ser fácilmente hombres de oraciôn y harân de su familia como un santuario de plegarias. Y esto es estrictamente necesario. ¿Quién podría negar que el espíritu dei mundo gana terreno hasta en el seno de familias que pretenden permanecer catôlicas y fieles a Cristo? Si la cruzada por la oraciôn en familia es acogida con fervor en otros países: si hasta conocidos actores del mayor centro cinematográfico del mundo se han puesto al servicio de una causa santa, ¿cómo podrian los catôlicos de la Ciudad Eterna quedar en un nivel inferior? (Pío XII, *Discurso a los predicadores de Cuaresma*, 23 de marzo de 1949: «Ecclesia», n. 403).

b) SÔLO CON LA ORACIÔN Y PENITENCIA PUEDEN RESOLVERSE LOS PROBLEMAS ACTUALES

Cuândo los apôstoles preguntaron al Salvador por qué no habian podido librar dei espíritu maligno a un endemoniado, les respondiô el Señor: *Esta especie no puede ser lanzada sino por la oraciôn y el ayuno* (Mt. 17.20). Tampoco podrâ ser vencido el mal que hoy atormenta a la humanidad sino con una santa cruzada universal de oraciôn y de penitencia (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 59).

C) COn ELLA SE QUITA EL AFÂN POR LOS BIENES MATERIALES

La oraciôn quitarâ, ademâs, la misma causa de las dificultades de la hora présente que arriba hemos senalado, esto es. la insaciable codicia de bienes terrenos. El hombre que ora, mira hacia

arriba, o sea a los bienes dei cielo, que medita y desea; todo su ser se inmerge en la contemplación del admirable orden, puesto por Dios, que no conoce la mania de los éxitos y no se pierde en fútiles competendas de siempre mayores velocidades; y así casi por sí mismo se restablecerá el equilibrio entre el trabajo y el descanso, que, con grave daño para la vida física, económica y moral, falta por completo en la actual sociedad. Porque si los que por causa de excesiva producción fabril han caído en la desocupación y en la miseria quisieran dar el tiempo conveniente a la oración, conseguirían con ello que el trabajo y la producción volvieran muy pronto a los límites razonables: y la lucha que ahora divide la humanidad en dos grandes campos de batalla, en que se disputan intereses meramente pasajeros, quedaria absorbida en la noble y pacífica contienda por la adquisición de los bienes celestes y eternos (Pío XI, *Charitate Christi*, n. 13).

d) Y SE ABRE EL CAMINO HACIA LA PAZ

De esta manera se abriría también camino a la tan suspirada paz como bellamente insinúa San Pablo cuando junta el precepto de la oración con los santos deseos de la paz y de la salvación de todos los hombres: *Ante todo, te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los emperadores y por todos los constituidos en dignidad, a fin de que gocemos de vida tranquila y quieta con toda tiedad y honestidad. Esto es bueno y grato ante Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad* (1 Tim. 2,1-4).

Para todos los hombres pídase la paz; pero especialmente para aquellos que en las naciones tienen las graves responsabilidades del gobierno. ¿Como podrán dar ellos la paz a los pueblos, si ellos no la tienen en sí mismos? Y es precisamente la oración la que, según el Apóstol, debe aportar la paz; la oración, que se dirige al Padre celeste, que es Padre de todos los hombres; la oración, que es la expresión colectiva de los sentimientos de familia, de aquella gran familia que se extiende más allá de los confines de cualquier país y de cualquier continente.

Los hombres que en todas las naciones ruegan a Dios por la paz sobre la tierra no pueden ser al mismo tiempo los sembradores de la discordia entre los pueblos; los hombres que se vuelven en la oración hacia Dios no pueden fomentar aquel imperialismo nacionalista que hace de cada pueblo el propio Dios; los hombres que miran al Dios *de la caridad y de la paz* (2 Cor. 13,11), que se dirigen a El por medio de Cristo, que *es nuestra paz* (Eph. 2,14), no descansarán hasta que finalmente la paz, que el mundo no puede dar, descienda del Dador de todo bien sobre *los hombres de buena voluntad* (Le. 2,14).

La paz sea con vosotros (Io. 20,19) fué el saludo pascual del Señor a sus apóstoles y primeros discípulos, y este suavísimo saludo, desde aquellos primeros tiempos hasta nosotros, no ha faltado nunca en la sagrada liturgia de la Eucaristía, y hoy más que nunca debe confortar y alegrar a los llagados y oprimidos corazones de los hombres (Pío XI, *Charitate Christi*, n. 14).

SOBRE EL EVANGELIO

«Tii, ¿quién eres?»

a) El hombre en su aspecto natural es el verdadero REY DE LA CREACIÓN

ôCuâl es la grandeza del hombre, solo considerândole desde el punto de vista puramente natural, de este ser creado por Dios, dotado por El mismo de un alma espiritual e inmortal, capaz de elevarse hasta la contemplaciôn de las mâs encumbradas verdades especulativas. asi como de escudrmar las leyes mâs secretas de la Naturaleza hasta dominar sus fuerzas; de este ser que puede alimentar en su aima las aspiraciones mâs sublimes y los sentimientos mâs pures y mâs nobles; él, ârbitro de sus destines, dueûo responsable de sus actos, verdadero rey de la creaciôn visible, que impone su voluntad a las cosas y a los animales? (Cardenal Pacelli, secretario de Estado de S. S. Pio XI, *Carta al prêsidente de las Semanas Sociales de Francia*, 6 de julio de 1937).

b) LLEVA IMPRESA EN SU ALMA LA IMAGEN DE DIOS

Porque esta vida mortal, por buena y apetecible que sea, no es lo ultimo para que hemos nacido, sino camino solamente e instrumento para llegar a aquella vida del aima que serâ completa con la vision de la verdad y el amor del Sumo Bien. El aima es la que lleva en si impress la imagen y la semejanza de Dios y donde reside el senorio que se ordenô al hombre ejerciese sobre las naturalezas inferiores a él, obligando a la tierra toda y al mar a que para provecho del hombre se le sujetasen (Leôn XII. *Rerum Novarum*, n. 32).

c) Pero su mayor dignidad le viene de Jesucristo, con su gracia

Jesucristo. libertador dei linaje humano, restituyendo y aumentando la antigua dignidad de la naturaleza, ayudô muchisimo a la misma voluntad humana, y afiadiéndole de una parte los auxilios de su gracia y proponiéndole por otra la felicidad sempiterna en los cielos, la elevô a cosas mejores <Leôn xiii, *Libertas*, n. 1).

d) Aunque se hayan destruïdo totalmente los efectos DEL PECADO SOBRE LA NATURALEZA

El sujeto de la educaciôn cristiana es el hombre todo entero, espîritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza, con todas sus facultades naturales y sobrenaturales, cual nos lo hacen conocer

la recta razão y la revelaçôn; por lo tanto, el hombre, caído de su estado originario, pero redimido por Cristo y reintegrado en la condiçôn sobrenatural de hijo adoptivo de Dios, aunque no en los privilegios preternaturales de la inmortalidad del cuerpo y de la integridad y equilibrio de sus inclinaciones. Quedan, pues, en la naturaleza humana los efectos del pecado original, particularmente la debilidad de la voluntad y las tendencias desordenadas (Pio XI, *Divini illius Magistri*, n. 34).

e) Le hizo hijo verdadero de Dios

En cuanto a lo que la razón y la fe dicen del hombre, Nos lo hemos expuesto en sus puntos fundamentales en la enciclica sobre la educaciôn cristiana. El hombre tiene un alma espiritual e inmortal- es una persona adornada admirablemente por el Creador con dones de cuerpo y de espíritu, un verdadero «microcosmos», como decían los antiguos; un pequeño mundo que excede con mucho en valor a todo el inmenso mundo inanimado. Dios solo es su último fin en esta vida como en la otra; la gracia santificante lo eleva al grado de hijo de Dios y lo incorpora al reino de Dios en el cuerpo místico de Cristo. Además, Dios lo ha dotado con múltiples y variadas prerrogativas: derecho a la vida, a la integridad del cuerpo, a los medios necesarios para la existencia; derecho a tender a su último fin por el camino trazado por Dios, derecho de asociaciôn, de propiedad y de uso de la propiedad (Pio XI, *Divini Redemptoris*, n. 27).

f) Su FIN ES LA PERFECTA SEMEJANZA DIVINA

La Iglesia, como entonces expusimos, posee en Dios, en el Hombre-Dios, que es Jesucristo, el invisible pero inquebrantable principio de su seguridad y de su integridad; es decir, de la unidad de su cabeza y de sus miembros, con entera plenitud de su propia vida, que abraza y santifica todo lo que es verdaderamente humano, y endereza y ordena sus múltiples aspiraciones y los fines particulares al fin total y común del hombre, que es la más perfecta semejanza posible con Dios (Pio XII, *Discurso ante los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946).

g) El desarrollo de su personalidad por la uniôn con Dios

Todas las almas, cada persona está llamada al goce, a la posesiôn de Dios. Y después que el pecado constituyó desgraciadamente al hombre objeto de la cólera divina, el Verbo encarnado no vaciló en reconciliarlo con su sangre. Y esto no como privilegio especial para algunos, pues Dios quiere la salvaciôn de todos. No hay una sola persona que no pueda aprovecharse de los méritos de la redenciôn. Cada uno puede decir que Cristo dió su vida por él.

Cada uno en particular puede aplicarse la arrebatadora palabra de San Pablo: *Me amó y se entregó por mí* (Gai. 2,20). Más

aun, quien por la gracia divina es templo vivo de la Santísima Trinidad, y por la santidad de su vida hace fructificar este incomparable tesoro, haciéndose más y más «conforme con la imagen del Hijo de Dios». ese tal consigne el más sublime desarrollo de su personalidad, hasta poder Hegar a decir con el Apôstol, cuyo cora-zôn era ya uno solo con el dei Divino Maestro (GaL 2,20): *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mi* (Cardenal Pacelli, *Carta al pré-sidente de las Semanas Sociales de Francia*, 6 de Julio de 1937).

h) Y EL GOZO ETERNO DE DIOS EN EL CIELO

El hombre, en virtud de la preeminencia de su naturaleza racional, supera a todas las restantes criaturas visibles. Dios, además, quiere que sean engendrados los hombres, no solamente para que vivan y llenen la tierra, sino muy principalmente para que sean adoradores suyos, le conozcan y le amen, y finalmente le gocen para siempre en los cielos; fin que supera, por la admirable elevaciôn del hombre, hecha por Dios, al orden natural (1 Cor. 2,9), cuanto el ojo vio y el oido oyô y ha venido al corazôn del hombre (Pio XI, *Casti Connûbii*, n. 10).

i) Del modo como en el cuerpo místico cada uno tiene UNA MISIÓN DISTINTA

Siendo verdad que los fieles viven una vida social tan intensa que permite considerarles como miembros de un solo cuerpo místico, cuyo jefe es Cristo, no lo es menos que en este cuerpo cada miembro tiene asignada su funciôn especial, puesto que todo Cristiano estâ llamado por Dios a seguirle en un grado y forma convenientes a su capacidad, cualidades y condiçôn especial de vida.

La devociôn, dice amablemente San Francisco de Sales, debe ser practicada de forma diferente por un gentilhombre, por un obrero, por un criado, por un principe, por la viuda, por la joven, por la esposa. Efectivamente, cada cual tiene su misiôn que realizar, su campo en que trabajar, su puesto en el combate: tales son precisamente los propositos de la Acciôn Católica especializada (Cardenal pacelli, *Carta al présidente de las Semanas Sociales de Francia*, 6 de Julio de 1937, n. 7).

Î) En la sociedad cada cual recibe una vocaciôn PERSONAL

Segûn la doctrina cristiana, el hombre, dotado de naturaleza social, ha sido puesto en la tierra para que, viviendo en sociedad y bajo una autoridad ordenada por Dios, cultive y desarrolle plenamente sus facultades a gloria y alabanza de su Creador; y cumpliendo fielmente los deberes de su profesiôn o vocaciôn, sea cual fuere, logre la felicidad temporal y juntamente la etema (Pio XI. *Quadragesimo Anno*, n. 47k

k) Asi SE ESTABLECE UNA PERFECTA ORDENACION DE DERECHOS Y DEBERES

El hombre, lo mismo que la sociedad civil, tiene su origen en el Creador, quien los ha ordenado mutuamente al imo para la otra; por consiguiente, ninguno de los dos puede eximirse de los deberes correlativos, ni negar o disminuir sus derechos. El Creador mismo ha regulado esta mutua relación en sus líneas fundamentales (Pio XI, *Divini Redemptoris*, n. 33).

Y UNA COMUNICACION SOCIAL DE BIENES QUE REDUNDA EN BIEN DE LOS INDIVIDUOS

El Creador quiere la sociedad como medio para el pleno desenvolvimiento de las facultades individuales y sociales, de la cual el hombre tiene que valerse, ora dando, ora recibiendo, para el bien propio y el de los demás. Hasta aquellos valores más universales y más altos que solamente pueden ser realizados por la sociedad. no por el individuo, tienen, por voluntad dei Creador, como fin último el hombre natural y sobrenatural. El que se aparta de este orden conmueve los pilares en que se asienta la sociedad y pone en peligro la tranquilidad, la seguridad y la existencia de la misma (Pio XI, *Mit Brennender Sorge*, n. 28).

B) «Confesô y no negô»

a) Jesucristo legô a su Iglesia un patrimonio de verdad Y DE CARIDAD, EN EL QUE CONSISTE LA VIDA CRISTIANA

libertador del linaje humano: Yo, dice de si mismo, *para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad* (Io-18,37), y, asimismo, *he venido a poner fuego a la tierra, y ¿qué quiero sino que se encienda?* (Le. 12,49). [Dm] el conocimiento de esta verdad, que es la perfección suma del entendimiento, y en el amor divino, que de igual modo perfecciona la voluntad, consiste toda la vida y libertad cristiana. Y ambas cosas, la verdad y la caridad. como patrimonio nobilísimo legado a la Iglesia por Jesucristo, conserva y defiende ésta con incesante esmero y vigilanda (Leôn XHI, *Sapientiae Christianae*, n. 14).

b) De aquí que el precepto fundamental en el reino de Cristo ES EL SERVICIO A LA VERDAD Y EL VINCULO DE LA CARIDAD

Dirigimos cálida e insistente exhortación sobre todo a los ministros del santuario y a los *distribuidores de los misterios de Dios* (1 Cor. 4,1) para que estén siempre vigilantes y sean ejemplares en la enseñanza y en la práctica del amor, sin olvidar jamás que en el reino de Cristo no hay precepto más inviolable ni más fundamen-

tal y sagrado que el servicio a la verdad y el vinculo de la caridad (Pio XII, *Radiomensaje de Navidad*, 25 de diciembre de 1939, n. 8).

c) El primer deber del Papa es dar testimonio de la VERDAD Y REFUTAR EL ERROR CON CARIDAD

Como Vicario de Aquel que en una hora decisiva, delante del representante de la más alta autoridad terrena de entonces, pronunció la augusta palabra: *Yo para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz* (Io. 18,37); Nos estamos persuadidos que el principal deber que nos impone nuestro oficio y nuestro tiempo es dar testimonio de la verdad con fortaleza apostólica: *para dar testimonio de la verdad* (Io. 18,37). Este deber implica necesariamente la exposición y la refutación de errores y de culpas humanas, que es menester conocer para que sea posible el tratamiento y la cura: *conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres* (Io. 8,32). En el cumplimiento de este nuestro deber no nos dejaremos influir por consideraciones terrenas, ni titubharemos por desconflanzas y contradicciones, por repulsas e incomprensiones, ni por temor de malas inteligencias y de falsas interpretaciones. Nuestra conducta estará siempre animada de aquella caridad paternal que, mientras sufre por los males que atormentan a los hijos, les señala el remedio; en una palabra, nos esforzaremos por imitar al divino modelo de los pastores, Jesus el Buen Pastor, que es al mismo tiempo luz y amor (Eph. 4.15): *abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad* (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 9).

d) El PRIMER DEBER DEL SACERDOTE ES SERVIR AL PUEBLO TODA LA VERDAD Y DESENMASCARAR CUALQUIER ERROR

El primero y más obvio don amoroso del sacerdote al mundo es servirle la verdad, la verdad toda entera; desenmascarar y confutar el error, cualquiera que sea su forma o su disfraz. La renuncia a esto sería no solamente una traición a Dios y a vuestra santa vocación. sino un delito de lesa bienestar de vuestro pueblo y de vuestra patria (Pio XI, *Mit Brennender Sorge*, n. 35).

e) Toda la Iglesia, cuyo rey es la verdad, anuncia sin ERRORES NI DISMINUCIONES LA VERDAD DE CRISTO

La Iglesia católica, ciudad de Dios, cuyo rey es la verdad, cuya ley la caridad, cuya medida la eternidad (cf. S. August., *Ep. 13\$ ad Marcellin.*, c. 3), anunciando sin errores ni disminuciones la verdad de Cristo, trabajando según el amor de Cristo, con arrojo materno, está como una bienaventurada visión de paz sobre el torbellino de las pasiones. y espera el momento en que la mano omnipotente de Cristo Rey sosegará la tempestad y desterrará los espíritus de discordia que la provocaron (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 37).

f) La Iglesia está angustiada ante el diluvio de errores
QUE ENTENEBRECEN LA VERDAD Y ACUMULAN RUINAS
ESPIRITUALES

Con viva y angustiosa ansia nos vemos obligados a contemplar manifiestas ante nuestros ojos las ruinas espirituales que se van acumulando a causa de un intenso diluvio de ideas que, más o menos intencionada o veladamente, entenebrece y deforma la verdad en los ânimos de tantos individuos y de tantos pueblos, se hallen o no envueltos en la guerra (Pio XII, *Radiomensaje de Navidad*, 25 de diciembre de 1939, n. 9).

g) La VERDAD ES LA MADRE Y LA GARANTÍA DE LA LIBERTAD
HUMANA

Como la verdad manifestada y difundida suele, por si misma. propagarse fácilmente y pénétrai' poco a poco en los entendimientos de los hombres, por esto Nos, obligados en conciencia por el cargo santísimo apostólico que ejercemos para con todas las gentes, declaramos con toda libertad, según es nuestro deber, lo que es verdadero, no porque no tengamos en cuenta la razón de nuestros tiempos o porque creamos deber rechazar los adelantos útiles y honestos de esta edad, sino porque quisiéramos encaminar las cosas públicas por caminos más seguros y darles fundamentos más firmes, quedando incólume la verdadera libertad de los pueblos y teniendo presente que la verdad es la madre y la mejor guardadora de la libertad humana (Io. 8,32) : *la verdad os hará libres* (León XIII, *immortale Dei*, n. 51).

• * y

h) Para echar raíces necesita almas sinceras y
PROCEDIMIENTOS DE VERDAD

Pero el sacerdote católico es, además, ministro de Cristo y *dispensador de los misterios de Dios* (1 Cor. 4.1) con la palabra: con aquel *ministerio de la palabra* (Act. 6.4) que es un derecho inalienable y a la vez un deber imprescriptible que le ha sido impuesto por el mismo Cristo Nuestro Señor: *Id, pues; enseñad a todas las gentes..., enseñándolas a observar cuanto yo os fie mandado* (Mt. 28,19-20). La Iglesia de Cristo, depositaria y guarda infalible de la divina revelación, derrama por medio de sus sacerdotes los tesoros de la verdad celestial, predicando a Aquel que es *luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre*: (Io. 1.9); esparciendo con divina profusión aquella semilla, pequeña y despreciable a la mirada profana del mundo, pero que, como el grano de mostaza del Evangelio (Mt. 13.31-32), tiene en si la virtud de echar raíces sólidas y profundas en las almas sinceras y sedientas de verdad y hacerlas como árboles que resistan a los más recios vendavales (Pio XI. *Ad Catholici Sacerdotii*, n. 18).

1) La Iglesia, columna y fundamento de la verdad, proclama CONTRA TODA TERGIVERSACIÓN LAS NORMAS FUNDAMENTALES DE UN ORDEN NUEVO

La Iglesia no trata de tomar partido por una u otra de las formas particulares y concretas con las cuales cada pueblo y Estado tienden a resolver los problemas glgantescos de orden Interior y de colaboraclôn Internacional cuando respetan la ley divina; pero, por otra parte, la Iglesia, *columna y fundamento de la verdad* (1 Tim. 3,15) y custodia, por voluntad de Dios y por misiôn de Cristo, del orden natural y sobrenatural, no puede renunciar a proclama- ante sus hijos y ante el universo entero las normas fundamentales e inquebrantables, preservândolas de toda clase de tergivcisaciones, oscurldades, impurezas, falsas interpretaciones y errores, tanto mâs cuanto que de su observanda, y no meramente del esfuerzo de una voluntad noble e intrépida, depende en ùltimo térmlno la estabilidad de cualquier orden nuevo, nacional e internacional, invocado con ardoroso anhelo por todos los pueblos (Pfo XII, *Radiomensaje de Navidad*, 25 de diciembre de 1942, n. 4).

j) Una de esas normas fundamentales es la verdad en LAS PALABRAS Y EN LOS CONVENIOS

La victoria sobre la desconfianza, que grava como peso deprimente el Derecho internacional y hace impracticable toda veraz inteligencia mutua; la vuelta, por consiguiente, al principio de la fldelldad incorrupto, hermana de la justicia; aquella fldelldad en la observanda de los pactos, sin la cual no es posible la segura convivencia de los pueblos y, sobre todo, la coexistencia de pueblos poderosos y débiles. El fundamento—proclamaba la antigua sabiduría romana—de la justicia es la fldelldad; es decir, la inmutar bllldad y la verdad de las palabras y de los convenios (Pio XH, *Alocuciôn al Sacro Colegio Cardenalicio*, 24 de diciembre de 1940, n. 26).

k) Para garantizarla es necesario crear instituciones adecuadas

Para que renazca la reciproca conflanza deben surgir Instltuciones que, ganândose el respeto general, se dediquen al nobllsimo oflcio ya de garantlzar el sincero cumplimlento de los tratados, ya de promover, según los princplios del derecho y de la equidad, oportunas revisiones y correcciones (Pfo XII, *Radivmensale de Navidad*, 25 de diciembre de 1941, n. 27).

1) Pero la garantía sólida de sinceridad en los contratos ES LA CONCIENCIA FUNDAMENTADA SOBRE LA FE EN Dios

Repetimos lo que tantas voces y con tanta insistencia hemos dicho, especialmente en nuestra encíclica *Charitate Christi*: «¿Cómo puede sostenerse un contrato cualquiera y qué valor puede tener un tratado donde falta toda garantía de conciencia? Y ¿cómo puede hablarse de garantía de conciencia donde ha venido a menos toda fe en Dios, todo temor de Dios? Quitada esta base, se derrumba con ella toda ley moral, y no hay remedio que pueda impedir la gradual, pero inevitable ruina de los pueblos, de la familia, del Estado, de la misma civilización humana» (Pfo XI, *Divini Redemptoris*, n. 74).

11) FRENTE a LA INSINCERIDAD EN LOS ACUERDOS LIBREMENTE CONTRAÍDOS, LA SANTA SEDE TUVO SIEMPRE POR NORMA LA FIDELIDAD A LO ESTIPULADO

Hemos apelado a todo para defender la santidad de la palabra solemnemente dada y la inviolabilidad de las obligaciones voluntariamente contraídas, contra teorías y prácticas que, si hubiesen llegado a admitirse oficialmente, habrían disipado toda esperanza y desvalorizado intrínsecamente toda palabra dada, aun para el porvenir. Si llega el momento de exponer a los ojos del mundo estas nuestros esfuerzos, todos los bienintencionados sabrán dónde hay que buscar los defensores de la paz y dónde sus perturbadores. Todo el que haya conservado en su ánimo un residuo de amor a la verdad, y en su corazón una sombra del sentido de justicia, tendrá que admitir que en los años difíciles y gravemente azarosos que siguieron al Concordato, cada una de nuestras palabras y de nuestras acciones tuvo por norma la fidelidad a los acuerdos estipulados. Pero deberá también reconocer, con estupor y con íntima repulsa, cómo por la otra parte se ha erigido en norma ordinaria el desfigurar arbitrariamente los pactos, eludirlos, desvirtuarlos y, finalmente, violarlos más o menos abiertamente (Pfo XI, *Mit Brennender Sorge*, n. 4).

m) La INSINCERIDAD, ESTIGMA DE NUESTRA ÉPOCA, SE CONSIDERA HOY COMO PARTE DE LA TÉCNICA EN EL ARTE DE FORMAR LA OPINIÓN PÚBLICA

El estigma de nuestra época lleva estampada en la frente la causa de su disgregación y decadencia; es la tendencia cada vez más clara a la insinceridad. Falta de veracidad, que no es solamente un expediente ocasional o un refugio para salir del paso en momentos de dificultades inesperadas o de obstáculos imprevistos. No; hoy parece casi elevada a sistema y realzada al grado de una estrategia, en donde la mentira, el desvirtuar las palabras y los hechos y el engaño se han convertido en clásicas armas ofensivas.

que algunos esgrimen con maestría, orgullosos de su habilidad. Hasta tal punto el olvido de todo sistema moral es, a sus ojos, parte integrante de la técnica moderna en el arte de formar la opinión pública, de dirigirla, de someterla al servicio de la propia política, resueltos como están a triunfar, cueste lo que cueste, en las luchas de intereses y de opiniones, de doctrinas y de hegemonías (Pío XII, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1947*: «Ecclesia», n. 338).

n) Al igual que Herodes, se pretende, con engaños, convertir A LOS PUEBLOS EN INSTRUMENTOS CIEGOS DE DESIGNIOS OCULTOS

Como en un tiempo Herodes, ansioso de acabar con la vida del Niño de Belén, encubrió sus intentos bajo la máscara de la devoción y se esforzó por convertir a los Magos, de corazón recto, en inconscientes espías (Mt. 2.8), así hoy los modernos imitadores de Herodes hacen todo lo posible por ocultar a los pueblos sus verdaderos designios y convertirlos en ciegos instrumentos de sus instituciones (Pío XII, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1947*: «Ecclesia», n. 338).

ñ) La Iglesia denuncia a los sembradores de mentiras, verdaderos lobos disfrazados de ovejas

La Iglesia, siempre rebotante de caridad y de bondad para con los descarriados, pero fiel a las palabras de su divino Fundador, que ha declarado: *El que no está conmigo, está contra mí* (Mt. 12.30), no puede faltar a su deber de denunciar el error y de arrancar la máscara a los sembradores de mentiras, que se presentan como lobos disfrazados con pelliclas de oveja, como precursores e iniciadores de una nueva era feliz, y de advertir a los fieles que no se dejen extraviar del recto camino ni engañar con falaces promesas (Pío XII, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1947*: «Ecclesia», n. 338).

o) Y PROCLAMA QUE NADIE TIENE DERECHO A RECURRIR A LA MENTIRA PARA RESTRINGIR EL USO DE LAS JUSTAS LIBERTADES

Ninguno que pretenda hoy día hacer valer el peso de sus convicciones y de sus actos en la balanza del destino de los pueblos para el presente o para el porvenir, sea cual sea el campo o partido social o político a que pertenezca, tiene derecho a enmascarar su faz, a querer aparecer lo que no es, a recurrir a la estrategia de la mentira, de la coacción y de la amenaza para restringir el ejercicio de sus justas libertades y de sus derechos civiles en los honrados ciudadanos de todos los países. Por eso, amados hijos, os decimos: mañana celebraremos el nacimiento de Aquel de cuyos labios salió el grito de (Io. 8.32) *Veritas Uberabit vos* (Pío XII, *Radiomensaje en la víspera de Navidad de 1947*: «Ecclesia», n. 338).

C) «Yo soy la voz dei que clama en el desierto»

a) El Papa, después de maduro examen, se determinô a
ELEVAR SÜ VOZ

Largo tiempo meditó delante dei Sefior aquel prudentísimo Pontífice este estado de cosas; Hamo a consejo a varones sabios, considero atentamente y en todos sus aspectos la importanda dei asunto, y, por fin, urgido por la «concienda de su oficio apostólico» y para que su silencio no pareciera abandono de su deber, determinô hablar a toda la Iglesia de Cristo y a todo el género humano con la autoridad dei divino magisterio a él confiado (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 2).

b) NO PUEDE CALLAR LA IGLESIA ANTE LAS DIFICULTADES QUE
SE OPONEN A LA VIDA CRISTIANA

¿Como podría ser licito a la Iglesia, Madré tan amorosa y solícita del bien de sus hijos, permanecer indiferente espectadora de sus peligros, callar o fingir que no ve condiciones sociales que, a sabiendas o no, hacen difícil y prácticamente imposible una conducta de vida cristiana guiada por los preceptos del supremo Legislador? (Pio XII, *Discurso de 1 de junio de 1941*: «Ecclesia», n. 12).

c) Y QUIERE SACUDIR A TODA COSTA LA CONCIENCIA DEL MUNDO
DEL LETARGO EN QUE SE ENCUENTRA

Hoy más que nunca suena la hora de reparar, de sacudir la conciencia dei mundo del grave letargo en que lo han hecho caer los tóxicos de las falsas ideas, ampliamente difundidas, tanto más cuanto que en esta hora de desastre material y moral el conocimiento de la fragilidad y de la inconstancia de todo ordenamiento puramente humano está desenganando aun a los que, en días aparentemente difíciles, no sentían en sí y en la sociedad la falta de contacto con lo eterno y no consideraban esta falta como un defecto esencial de sus construcciones (Pio XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, n. 35).

d) La voz de la Iglesia clama: Estamos ante un problema
URGENTE Y PELIGROSO

Pero es difícil de resolver y no carece de peligro. Porque es difícil dar la medida justa de los derechos y obligaciones que regulan las relaciones de los ricos y proletarios, de los que aportan el capital y el trabajo. Y peligrosa es una contienda que por hombres turbulentos y maliciosos frecuentemente se tuerce para pervertir el juicio de la verdad y mover a sediciones la multitud.

Como quiera que sea, vemos claramente, y en esto convienen

todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la infima clase, ya que inicuaamente se hallan la mayor parte de ellos en una condición misera y calamitosa (Leôn XIII, *Rerum Novarum*, η. 1 y 2).

e) Que tiene suspensos a los hombres más eminentes

La cual guerra cuánta gravedad entrafia, se colige de la viva expectaclôn que tiene los ânimos suspensos, y de lo que ejercita los ingenios de los doctos, las juntas de los prudentes, las asambleas populares, el juicio de los legisladores, los consejos de los principes: de tal manera, que no se halla ya cuestiôn ninguna, por grande que sea, que con más fuerza que ésta preocupe los ânimos de los hombres (Leôn XIII, *Rerum Novarum*, η. 1).

f) Si no se remedia sera imposible GARANTIZAR LA PAZ Y EVITAR LA REVOLUCIÓN

Todo esto que nuestro predecir no sólo insinuo, sino proclamé clara y explicitamente, queremos una y otra vez inculcarlo en esta nuestra enciclica, porque si con vigor y sin dilaciones no se emprende para llevarlo a la prâctica, es inútil pensar que puedan defenderse eficazmente el orden publico, la paz y la tranquilidad de la sociedad humana contra los promovedores de la revoluciôn (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, η. 27).

g) Por eso la Iglesia convoca para una cruzada a los JORES MIEMBROS DE LA CRISTIANDAD

Concieme a los mejores y más selectos miembros de la cristianidad, penetrados de un sentimiento de cruzados, el reunirse en espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de «¡Dios lo quiere!», prestos a servir, a sacrificarse, como los antiguos cruzados. Si entonces se trataba de la liberaciôn de la tierra santificada por la vida dei Verbo de Dios encarnado, hoy se trata, si podemos expresamos asi, de una nueva ^ravesia, superando el mar de los errores del dia y del tlempo, para Ubertar la tierra santa espiritual, destinada a ser la base y el fundamento de las normas y leyes inmutables para las construcciones sociales, de interna y sólida consistenda (Pfo XH, *Radiomensaje de Navidad de 1942*, n. 37).

D) «Endereza el camino del Señor»

a) ES DEBER DE TODOS PREPARAR LA VENIDA DE CRISTO AL MUNDO

El deber de todos los fieles es preparar espiritualmente, con la oraciôn y con el ejemplo, con la purificaciôn y con la penitencia» con el trabajo y con el sacrificio, este futuro encuentro de Cristo

y el mundo, necesitado como nunca de su luz y de su gracia (Pio XII, *Discurso al Sacro Colegio*, 2 de Junio de 1942: «Ecclesia», n. 668).

b) Con plena confianza en Dios y sin desanimarse ante los obstáculos

No os espantéis, amados hijos, por las dificultades extrínsecas, ni os desaniméis por los obstáculos provenientes del creciente paganismo de la vida pública. No os dejéis engañar por los fabricantes de errores o de teorías malsanas, tristes corrientes enderezadas a no intensificar, sino más bien a desvirtuar y corromper la vida religiosa; corrientes que pretenden que, pues la redención pertenece al orden de la gracia sobrenatural, y es, por consiguiente, obra exclusiva de Dios, no necesita de nuestra cooperación sobre la tierra (Pfo XII, *Discurso de Pentecostés*: «Ecclesia», n. 13).

c) NO ES HORA DE LAMENTOS, SINO DE ACCIÓN

No lamentos. sino acción, es el precepto de la hora presente; no lamentos sobre lo que es o lo que fue, sino reconstrucción de lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad (Pfo XH. *Radiomensaje de Navidad de 1942*: «Ecclesia», n. 57).

d) NO ES HORA DE PEREZOSA TRANQUILIDAD, SINO DE ACTIVIDAD Y DE LUCHA

Más para un cristiano consciente de su responsabilidad, aun para el más pequeño de sus hermanos, no hay tranquilidad perezosa ni existe la fuga, sino la lucha, el combate, contra toda inacción y deserción en la gran contienda espiritual en la que se propone como galardón la construcción, más aún, el alma misma, de la sociedad futura (Pfo XH. *Radiomensaje de Navidad de 1942*: «Ecclesia», n. 56).

e) La paz nada tiene que ver con la pereza para el estudio ni con la terquedad en aferrarse a lo antiguo

¡Oh feliz tranquilidad, tú no tienes nada de común con el aferrarse duro y obstinado, tenaz e infantilmente terco, a lo que existe; ni con la repugnancia, hija de la pereza y del egoísmo, a aplicar la mente a los problemas y a las cuestiones que el andar de los tiempos y el curso de las generaciones, con sus exigencias y con el progreso, hacen madurar y arrastran consigo como inaplazable necesidad del presente! (Pfo XH, *Radiomensaje de Navidad de 1942*, n. 26).

f) ES TIEMPO DE HEROÍSMOS Y DE VERDADERA SANTIDAD

Hoy es necesaria la grandeza de un cristianismo vivido en su plenitud, con constancia perseverante. Es necesaria la fuerte legión de aquellos hombres y mujeres que, viviendo en medio del mundo, se hallan siempre dispuestos a combatir por la fe, por la ley de Dios y por Jesucristo (Pio XII, *Nonnas a los grupos italianos del Renacimiento Cristiano*: «Ecclesia», 1943, η. 117).

g) NO SE ADMITEN HUÍDAS COBARDES

Pensativos por las dificultades que hay que superar, desilusionados tal vez por pruebas fracasadas anteriormente, no imitéis al profeta Elias fugitivo y desalentado, cuando, sentándose a la sombra de un enebro, se echa a dormir con triste resignación invocando a la muerte, sino al profeta Elias que sobre el monte Carmelo desafía a los adoradores de Baal y con su oración, su palabra y su obra conduce a su pueblo al culto del verdadero Dios (Pio XII, *Discurso a los Hombres de Acción Católica*).

h) NI SE PERDONARÍA EL TEMOR

Ningún cristiano tiene derecho a dar señales de estar cansado en la lucha contra la oleada antirreligiosa de la hora presente. Poco importa cuáles puedan ser las formas, los métodos, las armas, las palabras ridículas o amenazadoras, el disfraz con que se encubre el enemigo. A nadie se le podría perdonar que ante ella se quedase con los brazos cruzados, la cabeza baja y temblándole las piernas (Pio XII, *Radiomensaje de Navidad de 1946*).

E) «En medio de vosotros esta»

a) Jesucristo tiene especial predilección para con los POBRES

En ninguna otra parte de la tierra podrán hallar más completa felicidad sino en la casa de Aquel que siendo rico se hizo por nosotros pobre, para que con su pobreza llegáramos nosotros a ser ricos (2 Cor. 8,9); que fué pobre y estuvo entregado al trabajo desde su juventud; que invita a sí a todos los agobiados con trabajos y cargas (Mt. 11,28) para confortarlos plenamente en el amor de su Corazón y que, finalmente, sin acepción de personas, exigirá más a aquellos a quienes dió más (Le. 12,48) y premiará a cada cual (Mt. 16,27) conforme a sus obras (Pro XI. *Quadragesimo Anno*, η. 51).

b) Por eso la Iglesia ve en el pobre al mismo Jesucristo

Ordena, ademâs, que el derecho de propiedad y de dominio, procedente de la naturaleza misma, se mantenga Intacto e inviolado entre las manos de quien lo posee, porque sabe que el robo y la raphia han sido condenados en la ley natural por Dios, autor y guardian de todo derecho: hasta tal punto, que no es lícito ni aun desear los bienes ajenos, y que los ladrones, lo mismo que los adulteros y los adoradores de los idolos, estân excluidos del reino de los cielos. No por eso, sin embargo, olvida la causa de los pobres, ni sucede que la piadosa Madré descuide el proveer a las necesidades de éstos, sino que, por el contrario, los estrecha en su seno con maternai afecto, y, teniendo en cuenta que representan la persona de Cristo, el cual recibe como hechos a si mismo los bienes concedidos hasta al ùltimo de los pobres. les honra grandemente y de todas las maneras posibles los sustenta; se emplea con toda soücitud en levantar por todas partes casas y hospicios, donde son recogidos, alimentados y cuidados, tomândolos bajo su tutela (Leôn XIII, *Quod Apostolici Muneris*, n. 29).

f

c) También Jesucristo quiso hacerse trabajador para
QUE EL TRABAJADOR FUERA OTRO CRISTO

A los que carecen de bienes de fortuna enséfiales la Iglesia a no tener a deshonra, como no la tiene Dios, la pobreza, y no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando. Todo lo social lo confirmo con sus obras y hechos Crlsto Nuestro Señor, que para salvar a los hombres se hizo pobre siendo rico (2 Cor. 8,9), y aunque era Dios e Hijo de Dios. quiso, sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano, y aun no rehusô gastar una gran parte de su vida trabajando como artesano. Mc. 6,3: ¡No es acaso el carpintero hijo de Maria? (Leôn XHI, *Rerum Novarum*. n. 20).

d) Y QUISO DIGNIFICAR AL TRABAJADOR Y AL TRABAJO

¡Oh trabajadores!, acercaos al pesebre de Jesús. No os parezca hôrrida aquella cueva y aquel refugio del Hijo de Dios; no por casualidad, sino por profundo e inefable designio, encontraréis allí unicamente sencillos trabajadores: Maria, la Madré virgen. de familia trabajadora; José, el padre de familia, trabajador; los pastores que guardan la grey y, finalmente, los Magos, venidos desde Oriente; trabajadores manuales, pastores vigilantes, trabajadores del pensamiento, todos ellos se postran y adoran al Hijo de Dios, que con su consciente y amable silencio, mas fuerte que la palabra, les explica a todos el sentido y la virtud del trabajo. No es éste tan solo trabajo de los miembros humanos desprovisto de sentido y de valor, y mucho menos una humillante servldum*bre. El trabajo es servicio de Dios, don de Dios, vigor y plenitud de la vida humana, merecedor de un eterno descanso (Pfo XII, *Radiomensaje de Navidad de 1943*, n. 17).

e) **Penetrândolo con su gracia redentora**

Levantad y tened alta vuestra frente, trabajadores. Mirad al Hijo de Dios. que con su Eterno Padre creô y ordenô el universo, y hecho hombre al igual que nosotros. con excepciôn del pecado, y crecido en edad entre la grande comunidad del trabajo, y en su misiôn salvadora se cansa consumiendo su vida terrenal. | redentor del género humano, con su gracia, que penetra nuestro ser y obrar, eleva y ennoblece todo trabajo honesto, el alto y el bajo, el grande y el pequeno, el agradable y el penoso, el material y el intelectual, a un valor meritorio y sobrenatural delante de Dios, uniendo así todo desenvolvimiento de la multiforme actividad humana en una única y constante glorificaciôn del Padre en el cielo (Pio XH, *Radiomensaje de Navidad de 1943*, n. 18).

f) **Por eso el Papa exhorta a que veamos en los obreros a otros Cristos necesitados**

Deseamos, pues, venerables hermanos, que sea más y más explicado, de palabra y por escrito, este divino precepto, precioso distintivo dejado por Cristo a sus verdaderos discipulos: este precepto que nos enseña a ver en los que sufren a Jesús mismo y nos obliga a amar a nuestros hermanos como el divino Salvador nos ha amado; es decir, hasta el sacrificio de nosotros mismos y, si es necesario, aun de la propia vida (Pio XI, *Divini Redemptoris*, n. 47).

g) **Nadie, pues, ni El mismo, puede ignorar o violar la DIGNIDAD HUMANA DEL TRABAJADOR**

Nadie puede impunemente violar la dignidad del hombre, de la que el mismo Dios dispone con gran reverencia, ni impedirle que tienda a aquella perfección que es a propósito para la vida sempiterna que en el cielo le aguarda.

Más aun, ni el hombre mismo, aunque quiera, puede en esta parte permitir que se le trate de un modo distinto del que a su naturaleza conviene ni querer que su alma sea esclava, pues no se trata aquí de derechos que libremente pueda disponer el hombre, sino de deberes que le obligan para con Dios y que tiene que cumplir religiosamente (León XIIH, *Rerum Novarum*, n. 32).

h) **El haberse olvidado de esta verdad llevô a los obreros HACIA EL ABISMO**

Era natural que, marchando los directores de la economía por camino tan alejado de la rectitud, la masa de obreros se precipitara a menudo por el mismo abismo; tanto más que muchos de los patronos utilizaron a los obreros como meros instrumentos, sin preocuparse nada de sus almas y sin pensar siquiera en sus intereses superiores (Pio XL *Quadragesimo Anno*, n. 54).

i) Y ENTRE ELLOS HAY QUE INCLUIR A LOS AGRICULTORES

Es cierto que aun hoy no es éste el único modo vigente de organización económica; existen otros dentro de los cuales vive una muchedumbre de hombres muy importante por su número y por su valer, por ejemplo, la profesión agrícola; en ella la mayor parte del género humano, honesta y honradamente, halla su sustento y su bienestar. Tampoco están libres de las estrecheces y dificultades que señalaba nuestro predecesor en no pocos lugares de su encíclica, y a las que también Nos en ésta hemos aludido más de una vez.

Pero el régimen económico «capitalista» se ha extendido muchísimo por todas partes, después de publicada la encíclica de Leon XIII, a medida que se extendía por todo el mundo el industrialismo. Tanto, que aun en la economía y la condición social de los que se hallan fuera de su esfera de acción está invadida y penetrada de él, y sienten y en alguna manera participan de sus ventajas e inconvenientes y defectos (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 38).

L LA EMBAJADA DE LOS CORINTIOS A ALEJANDRO MAGNO

«El cabildo y regimiento de la populosa y fortisima ciudad de Corinto, a quién llama Cicerôn lumbré de toda la Grecia, teniendo noticia del poder del magno Alejandro y de sus hazanas y victorias, y pareciéndole que con tal señor estarían defendidos y muy honrados, le enviaron sus embajadores ofreciéndole su república y dándosele por sus vasallos. Riôse al ambicioso rey de aquel ofrecimiento, porque para su codicia insaciable de reinar era pequeña presa, no digo la ciudad, sino el mundo entero; pues se sabe que oyendo afirmar al filósofo Anaxagoras que había muchos mundos, llorô con pensar de que siendo tantos, aún no tenía él conquistado uno. Mas, visto por los legados el poco caso que hizo de su oferta, le oíjo uno de ellos: «Ten en mucho el dominio de nuestra ciudad, porque nunca lo dimos sino a ti y a Hércules». Oído esto, admirôse de bonísima gana Alejandro de la honra que le daban; y preciándola por ser tan rara y porque le igualaban con Hércules, varôn **excelentísimo**.

Hoy los principes de Jerusalén y aquel cabildo más florido del mundo, convencidos de la gran opinion y santidad prodigiosa del Bautista Juan, le envían a convidar con el reino de Israel y desde la ciudad metropolitana le despachan mensajeros graves y de autoridad, sacerdotes y levitas, que le pregunten quién es, y de su parte le ofrezcan la dignidad del Mesías y le rindan el eclesiástico homenaje, alzándole en su nombre por Dios y rey. No se riô, sino escandalizôse el Bautista de semejante embajada, porque era más humilde que Alejandro soberbio y gozaba con más razón del nombre de Magno, como dado por Dios y no por los hombres. *Porque sera grande en la presencia del Seizor* (Le. 1,15). Y si Alejandro recibe la honra por extraordinaria y por igualarse con Hércules, San Juan la desecha por ser única y singular, a ninguno jamás concedida, ni hombre en la tierra. ni ángel en el cielo; y por no igualarse con Cristo, verdadero Dios y hombre, cuya era aquella investidura. Y así lo protesta respondiendo a los embajadores: «Yo no soy Cristo, aunque soy su voz. No viene a mí este sobrescrito, sino a otro mejor y anterior a mí; que con estar en medio de vosotros no le conocéis; y yo estoy tan lejos de emparejarle, que no merezeo descalzarle los zapatos»... (cf. Fray alonso de Cabrera, o. c. serm. 2 del 3.º dom. de Adv., p. 554-555).

II. COMO SE CONOCE LA PROPIA VOCACIQN

Es evident© que todos los hombres son Hamados por Dios con una vocaciôn determinada y que esta vocaciôn ejerce en la vida de cada uno influencia definitiva. San Alfonso Maria de Ligorio decia: «Résulta indudable que nuestra salvaciôn depende principalmente de la election de estado» (cf. *Avisos sobre la voc. relig.*, § I.0, Barcelona 1871). Para Fray Luis de Granada, la vocation es «la rueda maestra de nuestra vida». Por su parte San Gregorio Nacianceno afirmaba que «asi como los relojes, colocada mal la primera rueda, anda desconcertada toda la mâquina, asi, en orden a nuestra salvaciôn, si se yerra en la election de estado, toda la vida se experimentarân los efectos tristes de error semejante. Si, pues, queremos salvamos, es necesario que al tratar del estado que se ha de elegir sigamos la vocation divina, en la cual solamente Dios tiene a cada uno preparados los auxilios eficaces con los que obtendrâ la salvaciôn», de acuerdo con aquella sententia del Apôstol (1 Cor. 7,7): *Cada uno tiene de Dios su propia gracia*. Cornelio a Lapide decia: «Dios da a cada uno su vocation y elige y determina el estado en el cual quiere salvamos» (cf. *Comm. in Scrip. Sacr.*, vol 18, *In epist. Div. Pauli*, ed. Vivès [Parisiis 1080], p. 302-304).

Pero ha sido sobre todo San Ignacio de Loyola quien en su libro inmortal de los *Ejercicios Espirituales* ha tratado mâs claramente este tema de la vocation. Segün él (cf. *Libro de los Ejercicios*: BAC, *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, p. 194ss), bay tres tiempos «para hacer sana y buena elecciôn».

A) *Primera manera o tiempo: La vocaciôn del P. Ginhac*

Se ha llamado a este primer tiempo el de la iluminaciôn subita. Pero digâmoslo con las mismas palabras ignacianas: «El primer tiempo es cuândo Dios Nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dubitar ni poder dubitar, la tal anima devota signe a lo que le es mostrado; asi como San Pablo y San Mateo lo hicieron en seguir a Cristo nuestro Señor». Podrian ponerse, como ejemplo de esta vocation, la de San Antonio, la de San Francisco de Borja o la de San Luis Gonzaga. Pero escogemos un caso en el que se muestra aun mâs esta iluminaciôn repentina.

«Acabada la misiôn, Pablo Ginhac me vino a ver. Al entrar me dijo: «Bien, hermana mia, ya se acabô. Quiero darme del todo a Dios y entrar jesuita. Me voy al noviciado de Avifiôn». Yo no podia creer en cambio tan repentino. Gruesas lâgrimas caian de mis ojos. «Pero, Pablo, êqué ha pasado? ¿Como ha obrado Dios esta conversiôn?» Pablo respondiô: «Después de la magna procesiôn, a la vuelta de una calle, topé con unas andas llevadas por unos jóvenes sobre las cuales iba un Santo Cristo. De repente me pareció que esta figura estaba resplandeciente y traspasaba mi corazôn.

Me hizo bajar los ojos y me senti cambiado por dentro. Desde entonces no me conozco y estoy en disposition de entregarme todo a Dios» (cf. A. Calvet, S. L., *Le Père Paul Ginhac, de la Compagnie de Jésus*, p. 18, Tournai-Toulouse 1904).

B) *Segunda manera o tiempo: la vocación de Santa Margarita Maria de Alacoque.*

Volvamos a San Ignacio: «El segundo cuando se toma asaz claridad y conocimiento por experiencia de consolationes y desolationes, y por experiencia de discretion de varios espíritus» (cf. *ibid.*).

Tomamos como ejemplo la vocation de Santa Margarita Maria de Alacoque (cf. *Autobiografia*, p. 14-66, Bilbao 1890): «Me llevaron a una casa religiosa, donde me prepararon para la primera comunión... Tenia vivas ansias de hacer todo lo que veia practical a las religiosas, considerándolas a todas como santas y pensando que, si lo fuera, llegaria a ser como ellas. Por lo cual se apoderô de mi tan gran ansia de serlo, que a esto solo esperaba... demonio se servia de mi temura y amor filial, representándome mcesantemente las lágrimas que derramaba mi madre y diciéndome que, si me hacia religiosa, la mataria de pena... Sentia un tormento insoportable, porque tan tierna y mutuamente nos amâbamos que no podiamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror a la impureza no cesaban de importunarme... Comencé, pues, a mirar al mundo y a componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podia... Pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de Satanâs, quiero decir los varios adomos..., lloraba amargamente... Habiendo Uegado, finalmente. el día tan apetecido de dar el adiôs al mundo, senti tal gozo y firmeza en mi corazôn, que estaba como insensible tanto al carino como al dolor que me manifestaban todos»...

C) *Tercera manera o tiempo: La vocación de Santa Teresa de Jesûs.*

«El tercero tiempo—dice San Ignacio (cf. *ibid.*)—es tranquilo, siderando primero para qué es nacido el hombre, es a saber, para alabar a Dios nuestro Seûor y salvar su ânima, y este deseando, elige por medlo de una vida o estado dentro de los limites de la Iglesia, para que sea ayudado en servicio de nuestro Seûor y salvación de su ânima. Dije tiempo tranquilo, cuando el ânima no es agitada de varios espíritus y usa de sus potentias naturales libera y txanquilamente».

Daremos como ejemplo la vocación de Santa Teresa, según la refiere ella misma (cf. Santa Teresa de Jesûs, *Libro de la Vida*, c. 3 y 4, p. 606-608: BAC, *Obras completas*, t. 1, Madrid 1951):

«Aunque fueron los dias que estuve pocos, con la fuerza que hacian en mi corazôn las palabras de Dios... y la buena compafiia, vine a ir entendiendo la verdad de cuando nifia; de que no era todo nada y la vanldad dei mundo y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor

y mäs seguro estado, y asi poco a poco me déterminé a forzarle para tomarle... Mäs me parece que me movia un temor servil que amor. Poníame el demonlo que no podria sufrir los trabajos de la Religiôn, por ser tan regalada. A esto me defendia con los trabajos que pasô Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por El... Habíame dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenia bien poca salud. Diôme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leia en las Epistolas de San Jerônimo, que me animaban de suerte que me déterminé a decirlo a mi padre, que casi era como a tomar el hâbito...

En estos dias... habia persuadido a un hermano mio a que se metiese fraile y concertamos entrambos de irnos... muy de mañana al monasterio, adonde estaba aquella mi amiga, que era al que yo tenía mucha afición... Acuérdaseme... que cuando sali de casa de mi padre no creo sera mäs el sentimiento que cuando me muera... Era todo haciéndome una fuerza tan grande, que, si el Seûor no me ayudara, no bastarân mis consideraciones para ir adelante. Aqui me diô ânimo contra mi, de manera que lo puse por obra.

En tornando el hâbito, luego me diô el'Sefior a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, lo cual nadie no entendia de mi, sino grandisima voluntad. A las horas me diô un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamäs me faltô hasta hoy...>

HL LA VOCACION DE LOS PUEBLOS Y NACIONES: IMPERIO ROMANO

³⁴ pensamiento de que Dios rige el destino de los pueblos y llama a las naciones, al igual que llama a los individuos, con una determinada vocación, es de pura cepa espafiola y se halla por vez primera en las poéticas paginas de nuestro vate cesaraugustano Prudenclo.

«La Victoria cristiana sirve a Prudenclo, en el poema contra Simaco, para exponer nuevas ideas providencialistas. No fué la diosa Victoria, retirada por Teodosio del Senado; ni Venus, la madre de teas, ni fueron los demás dioses la causa de la grandeza romana, sino el esfuerzo de los legionarios, en lo cual el poeta repite ideas ya expresadas por San Ambrosio; pero luego va mäs allâ; la gloria, el poder de Roma y sus legionarios son obra de Dios, que quiso reunir bajo un solo imperio los pueblos separados por lenguas y cultos varios; ya igualados todos por el comercio, por el derecho, por las artes y por los matrimonios, las mäs extrañas gentes mezclan su sangre y se hacen todas una sola familia; de este modo la paz romana préparé el mundo para la venida de Cristo, en quien todos los hombres han de hermanarse, unidos en corazón y en mente.

Tal manera de ver cambia por completo el concepto histórico acerca de Roma. Prudenclo siente admirativo orgullo ante las estatuas triunfales de Fabricios. Drusos y Camilos y ante todas las magnificencias de la gran ciudad, patria de esos varones; pero extranjero en ella y cristjano, para él la misión de Roma no pue-

de ser el régir los pueblos sometidos, que dijo Virgilio, y que ya no era verdad hacia mucho. sino que el destino de Roma está más alto que ella; el imperio romano no tiene su fin en si mismo; si ha fundido en una ciudadanía jurídica y cultural a todos los hombres fué para disponerlos a otra catolicidad superior. Así, en época de Honorio, cuando ya el gran organismo se tambaleaba caduco, Prudencio, mirando hacia el pasado, percibe la importanda histórica del imperio con más grandeza que los que lo examinaban mirando al presente en la época de plenitud y crecimiento. Tenemos ya en el poeta español una interpretación unitaria del desenvolvimiento del mundo; no falta sino que diez años más tarde un africano también, gran entusiasta de las glorias romanas, empieza a sistematizar el mismo pensamiento de Prudencio en los primeros libros de la *Ciudad de Dios*, para que tengamos completa la filosofía providencialista de la historia que guiará a las naciones venideras» (cf. Ramón Menéndez Pidal, *Historia de España* t. 2. España Romana [Espasa-Calpe, Madrid 1935], p. XXXII-XXXHD).

IV. LA VOCACION DE ESPAÑA

«Dios nos conservé la victoria, y premié el esfuerzo perseverante dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramo de nuestra raza forzó el cabo de las Tormentas. interrumpiendo el sueño secular de Adamastor, y revelé los misterios del sagrado Ganges, trayendo por despojos los aromas de Ceilán y las perlas que adornaban la cuna del Sol y el tálamo de la Aurora. Y el otro ramo fué a prender en tierra intacta aún de caricias humanas, donde los ríos eran como mares, y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca Imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco.

¡Dichosa edad aquella de prestigios y maravillas. edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios. y cada español, cual otro Josué. sentía en si fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar el sol en su carrera. Nada parecía ni resultaba imposible: la fe de aquellos hombres, que parecían guamecidos de triple lámina de bronce. era la fe que mueve de su lugar las montañas. Por eso en los arcanos de Dios se celebraba el hacer sonar la palabra de Cristo en las bárbaras gentes; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia. y salvar. por el ministerio del Joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo: el romper las huestes luteranas en las marismas bávaras. con la espada en la boca y el agua en la cintura, y el entrar a la Iglesia Romana cien pueblos por cada uno que le arrebatara la herejía.

España. evangelizadora de la mitad del orbe; España. martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; ésta es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse. España volverá al cantonalismo de los

arevacos y de los vectones o de los reyes de taifas»... (cf. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles. Epilogo*, ed. del Cons. Sup. de Invest. Cient., t. 6 [1948], p. 507-508).

V. LA HUMILDAD DEL PREDICADOR

«A principios dei 1569 aparece Belarmino en Lovaina, enseña en la Universidad, comenta la *Summa* del Doctor Angélico, refuta los errores semiluteranos de Bayo y aprende el hebreo en una gramática compuesta por él mismo. Al propio tiempo predica infatigablemente y con fruto y aplauso de católicos y protestantes. De aquellos días es esta anécdota que nos cuenta él mismo: Yendo un día a predicar un sermón, juntósele un alto personaje de la ciudad, el cual, no conociéndole, comencé a hacerle preguntas acerca del predicador, alabándole más de lo que merecía, y después de algún tiempo corté la conversación con estas palabras: «Veo que vais muy despacio; yo, con vuestro permiso, voy a apresurarme para coger sitio». «Haced lo que os plazca, contesté él, que a mí no me faltará sitio en este sermón» (cf. Fray Justo Pérez de Urbel, *San Roberto Belarmino* [13 de mayo]: *Año Cristiano*, t. 2, p. 304).

VI. EL OBISPO MENDIGO

«Hubo una recepción solemne en el palacio episcopal. Pasaron obispos, magnates, damas y prelados regulares. Tras ellos se presenta un hombre de sotana raída, pies descalzos y aspecto de mendigo. El portero le rehúsa la entrada, diciendo: «Llegas tarde, hace rato que se dió la limosna a los pobres». Pero un paje acudió gritando: «¿Qué haces, miserable? Es nuestro señor, es nuestro prelado». El portero enfonces cayó de lodillas, deshaciéndose en excusas; pero San Norberto le hizo callar diciendo: «Nada temas, hermano; te felicito, porque me conoces mejor que todas esas gentes que me obligan a entrar en este palacio, dei cual soy indigno» (cf. Fray Justo Pérez de Urbel, *San Norberto* [6 de junio]: *Año Cristiano*, t. 2, p. 477).

VII. LA HUMILDAD EXALTADA

«Estaba por proveer la plaza de organista de Granada y mandé poner cartas de edicto para la provision el arzobispo don Pedro Guerrero. Concurrió una muchedumbre de opositores. Un pobre peregrino llamado Silvestre permaneció con su capa parda y muy tímido, arrimado a un pilar de la iglesia, sin oír más que «Este no, y este otro no, y éste tampoco». Bajaban ya el arzobispo y los canónigos alabando a algunos y deliberando para escoger. Enfonces

Silvestre se acerca con mucha humildad y ruega que le oigan tafiér el ôrgano.

«—No hay que oír, que lo que han estos tafiido basta ya—dice el arzobispo—. La Iglesia os agradece el buen deseo.

El pobre Silvestre insiste:

—Por llegar a tiempo de opositar, señor, he andado hoy diez léguas...

—Dejadnos—dicen los canônigos—. Estamos hartos de mûsica en ayunas y nos vamos a corner».

El peregrino ruega de nuevo inútilmente. Ya se marcha entristecido, cuando de pronto un canônigo propone que se le oiga. Vuélvense, siéntase, comienza a tafiér, y hace tantos monstruos y diferencias, que todo el día se estuvieron oyéndole sin corner. Todos dijeron, sin discrepar nadie: «El ôrgano es suyo». Y el humilde peregrino que vino con su capa parda bajô la escalera con ciento cincuenta mil maravedises de renta cada año» (cf. *Memorial histórico español*. Colec. de docum., opiisc. y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia [Madrid 1859], t. 11, *Miscelânea*, de Zapata, p. 457-458).

vm. UN PAPA QUE RENUNCIA A LA TIARA

San Pedro Celestino, de padres humildes, penitent© y ermitaño de primera vocación y monje benedictino después, fundô por inspiración divina la Orden llamada de los Celestinos. Al morir Nicolás IV, el conclave eligió a Pedro, «que estaba en su cueva haciendo penitencia muy descuidado y contento, pues nadie le inquietaba ni se acordaba de él... Como era humilde y temeroso de conciencia. determino huir... Finalmente, entendiendo que tal era la voluntad de Dios, bajô su cabeza, fué coronado Papa y tomô el nombre de Celestino V...

No se puede creer la angustia y congoja de corazón que cayó sobre el Santo, temiendo que por sus pecados no le hubiese levantado Dios a la cumbre de la más alta dignidad para condenarle con más graves penas». Después de muchas vacilaciones e impulsado por su humildad hizo el propósito de renunciar a la tiara pontificia. Y aunque muchas aimsas honradas, entre ellas el arzobispo de Nápoles, le rogaron con muchas lágrimas que no les abandonara, nada consiguieron. Celestino V redactô un estatuto sobre la posibilidad de renunciar a la dignidad papal en el caso de que el poseedor de ella se reconociera inhâbil o insuficiente para ejercitar su oficio. «Hizo luego solemnísima renuncia del pontificado el 12 de diciembre de 1294, habiéndolo ocupado sólo seis meses, y diô libre facultad a los cardenales para que eligiesen Pontífice a su voluntad. Y dejandb las insignias pontificales con más contento que ninguno Jamás las tomô, el que era Papa y Sumo Pastor de todos, bajando de la Silla Apostólica de San Pedro, para subir más seguramente a la del cielo, se postrô como un pobre monje a los pies de los que poco antes eran sus ovejas, con la admiración y el espanto de todos... Y para que se viese que el Señor aprobaba aquella estúpida renunciación, que algunos reprendían atribuyéndola no a humildad. sino a pusilanimidad. al día siguiente sanô Pedro Celestino

a un cojo con su bendición, y después hizo otros muchos milagros». El mayor de todos fué la paciencia y alegría con que sufrió la persecución tan inhumana de que le hicieron objeto. Fué encerrado en una estrecha cancel de una fortaleza, donde estuvo con dos de sus monjes «guardado de muchos soldados... con increíble paz y tranquilidad de su alma». Con maravillosa alegría oyósele decir: «Pedro, celda deseaste, celda tienes». Al cabo de diez meses de prisión, habiendo dicho misa, hizo llamar un día a los soldados que le guardaban, y con gran blandura de corazón y serenidad de rostro les dijo que se llegaba ya la hora, por él tan deseada, en que el Señor quería usar de su misericordia y llevarle a gozar de sí. Y habiendo tornado la sagrada unción, echado en el suelo sobre una tabla, cantando salmos y acabando de decir: *Todo cuanto respira alaba a Yavé...* (Ps. 150,6), dió su espíritu a su Creador para alabarle eternamente en el cielo». Murió de ochenta y un años a 19 de mayo de 1296 (cf. P. Pedro de Rivadeneira, *Flos sanctorum*, t. 2, 19 de mayo [Madrid 1761], p. 124).

DIOS, CENTRO DEL ALMA

El pasaje del evangelio de hoy: *En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis* (Io. 1,26), trae a la memoria, como desarrollo místico, un profundo pasaje de San Juan de la Cruz:

«El centro del alma es Dios, al cual, cuando ella hubiere llegado, según toda la capacidad de su ser y según la fuerza de su operación e inclinación, habrá llegado al último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda y ame y goce a Dios. Y cuando no ha llegado a tanto como esto, cual acaece en esta vida mortal, en que no puede llegar el alma a Dios, según todas sus fuerzas, y aunque esté en este su centro, que es Dios, por gracia y por la comunicación suya que con ella tiene, por cuanto todavía tiene movimiento y fuerza para más, y no está satisfecha, aunque esté en el centro, no, empero, en el más profundo, pues puede ir al más profundo de Dios» (cf. San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, cane. 1,12: BAC, p. 1187).

X. LOS DOS PILONES

Las palabras de San Juan Bautista: *Así este, mi gozo es cumplido* (Io. 3,29,) que pueden relacionarse con el evangelio de hoy, evocan también un memorable pasaje teresiano:

«Los que yo llamo gustos de Dios, que en otra parte lo he nombrado oración de quietud, es muy de otra manera, como entenderéis las que lo habéis probado por la misericordia de Dios. Hagamos cuenta, para entenderlo mejor, que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua...

Estos dos pilones se hinchen de agua de diferentes maneras: el uno viene de más lejos por muchos arcauces y artificio; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua y vase hinchendo sin

ningún ruido. Y si el manantial es caudaloso..., después de henchido este pilén procede un gran arroyo; ni es menester artificio, ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí. Es la diferencia que la que viene por arcaduces es, a mi parecer, los contenidos que tengo dicho que se sacan con la meditaciôn; porque los traemos con los pensamientos, ayudândonos de las criaturas en la meditaciôn y usando el entendimiento; y como viene, en fin, con nuestra diligencia, hace ruido cuando ha de haber algùn henchimiento de provechos que hace en el aima...

A estotra fuente viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como Su Majestad quiere, cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dôn-de, ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazôn, digo en su principio que después todo lo hinche; vase revertiendo esta agua por todas las moradas y potencias hasta Hegar al cuerpo; que por eso dije que comienza de Dios y acaba en nosotros; que cierto, como verâ quien lo hubiere probado. todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad» (cf. Santa Teresa de Jesûs, *Moradas cuartas*, c. 2, 2-4: BAC, *Obras Completas*, t. 2, p. 380-381).

XI. SINCERIDAD Y VERDAD

Quien recibe su testimonio pone su sello, atestiguando que Dios es veraz (Io. 3,33), dijo también San Juan Bautista. En relación con este elogio de la sinceridad y verdad, escogemos esta bellísima página de uno de los más ilustres pensadores franceses:

«La naturaleza del amor propio y dei yo humano consiste en no amar otra cosa que a uno mismo... El hombre quiere ser grande y se ve pequeño; quiere ser feliz y se ve miserable; quiere ser perfecto y se ve lleno de imperfecciones; quiere ser el objeto del amor y la estimaciôn de los demás y ve que sus defectos merecen la aversion y el desdén. Este embarazo en que se encuentra, le produce la más injusta y criminal pasiôn que puede imaginarse; porque el hombre concibe un odio mortal contra la verdad que le convence de sus defectos. Desearia aniquilarla, y no pudiendo destruirla en si misma, la destruye cuanto puede en su conocimiento y en el de los demás, es decir. que pone todo su empeño en ocultar sus propios defectos a los demás y a si mismo y no puede soportar que se los descubra ni se les vea.

Mala cosa es. sin duda, estar lleno de defectos, pero peor resulta no quererlo reconocer... No queremos que los demás nos engañen; no nos parece justo que quieran que los estimemos más de lo que merecen; pero tampoco es justo engañarles y querer que nos estimen más de lo que merecemos...

ôNo es cierto que odiamos a la verdad y a cuantos nos la dicen. y que nos gusta que los demás se engañen respecto a nosotros y nos aprecien más de lo que realmente somos? He aquí una nueva que me produce horror. La religiôn católica no nos obliga a descubrir los pecados a todo el mundo... Sólo hay un hombre a

quien nos ordena abrir nuestro corazón y le obliga a un secreto inviolable, por virtud del cual este conocimiento está en él como si no estuviera... ¿Puede imaginarse nada más caritativo y más dulce? Y, sin embargo, es tal la corrupción de la naturaleza humana, que encuentra dura esta ley y es una de las causas principales por la que una gran parte de Europa se ha sublevado contra la Iglesia...

Hay diferentes grados en esta aversion que sentimos por la verdad, pero se puede decir que siempre va inseparablemente unida al amor propio. ¡Maldita delicadeza la que impulsa a los que nos reprenden a simular suavidades para evitar impresionarnos! Disminuyen hábilmente nuestros defectos, aparentan excusarlos, mezclan la reprensión con testimonios de afecto y estima...

La vida humana no es sino perpetua ilusión... Nadie habla de nosotros cara a cara como hablaría en nuestra ausencia. La unión de los hombres se funda en un mutuo engaño. Pocas amistades subsistirían si cada uno supiese lo que su amigo dice de él cuando no está presente, aun cuando hable enfances con sinceridad y sin pasión.

El hombre, pues, no es más que mentira e hipocresía respecto a sí mismo y a los que le rodean. No quiere que se le diga la verdad y evita que los demás la digan. Y todas estas actitudes, tan lejanas de la justicia y de la razón, tienen su natural raíz en el corazón de la humanidad» (cf. Blaise Pascal, *Pensées* [ed. Luteitia, Paris], p. 92-95).

XII. ALEGRIA DEL PUEBLO: SAN FELIPE DE NERI

El amigo del esposo que le acompaña y le oye se alegra grandemente de oír la voz del esposo (lo. 3.29). A propósito de estas palabras del Bautista, seleccionamos entre los pasajes hagiográficos un magnífico ejemplo de alegría cristiana:

«El mismo duerme en los porticos y sacristías. Le gusta, sobre todo, andar con los niños y los jóvenes. Los recoge, los procura piadosas diversiones, conciertos y alegres paseos, que él sabe transformar en peregrinaciones. El mismo juega con la tropa infantil, la adiestra en la carrera, en la música y en la declamación. Aun se visita el pequeño oratorio donde pasaba largos ratos con San Carlos Borromeo, San Camilo de Lelis, San Ignacio de Loyola y San Félix de Cantalicio. Allí, bajo una eminencia del Janículo, que domina toda Roma, y que fue transformada por él en un anfiteatro, a la sombra de los árboles hacía representar a los muchachos pequeñas comedias, propias para inspirar la piedad y la virtud. Era una manera de santificar y ennoblecer el arte. Solía decir: «La experiencia enseña que, alternando los ejercicios serios con los espectáculos amenos, se atrae lo mismo a los pequeños que a los grandes. ¿Acaso Nuestro Señor no se servía de esta red para cazar las almas? Era un verdadero sembrador de alegría. «Jugad, decía a su tropa, gritad, divertíos; lo único que os pido es que no cometáis un solo pecado mortal». Y cuando le preguntaban cómo podía resistir la algazara infernal de los chiquillos respondía: «Con tal de que no ofendan a Dios, pueden cortar leña sobre mi espalda si les place» (cf. Fray Justo Pérez de Urbel, *San Felipe de Neri: Año Cristiano*, 26 de mayo, t. 2, p. 389).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SERIE I: LITURGICOS

«Gozaos en el Señor»

- I. *La alegría de la liturgia: Los más variados sentimientos se encuentran esparcidos a través de las formulas liturgicas. Uno de los que más abundan es la alegría. Tema este que tiene su lugar propio en los domingos que siguen a la Resurrección. Encuéntrase también profusamente esparcida esta idea de la alegría en la liturgia de los días santos de Navidad. Mas como anticipo de ambas alegrías aparecen el domingo cuarto de Cuaresma y el tercero de Adviento.*
 - A. El domingo dei «gaudete»: Así se ha llamado el tercer domingo de Adviento.
 - a) *Las primeras palabras dei introito y epistola dan ocasión al nombre.*
 - b) *Los elementos externos dan ambiente y regocijo.*
 1. Color rosa de los ornamentos.
 2. Sonido del órgano.
 3. Flores en el altar.
 - B. Tiene análogas características el domingo cuarto de Cuaresma, llamado domingo dei «laetare». La Iglesia quiere que en medio de la austeridad y del rigor del Adviento haya un día de descanso, para que así después de él vengán nuevamente días de mayor fervor en la penitencia. Y ésta es la razón psicológica de este pequeño alto en el camino que tiene lugar en el domingo dei «gaudete» (cf. sec. 2.a, «Comentarios generales», I).
- II. *^Dominus prope est*: Es el motivo. No natural, sino sobrenatural: la proximidad de Cristo (cf. «Apuntes exegét.-mor.», p. 310). A pesar de las necesidades, des-*

gracias, pobreza, miserias que hoy envuelven el mundo, capaces de engendrar tristezas aun en los corazones más fuertes, el Cristiano debe alegrarse, porque Cristo está cerca. A lo sumo faltan catorce días para la Navidad. La Iglesia quiere regustar hoy las dulzuras de esa fiesta. Este domingo marca una nueva etapa en el Adviento.

- A. En el primer domingo apenas se hace alusión a la venida del Salvador. De una forma muy vaga se decía: «Dominus dabit benignitatem» (Comm, del domingo primero de Adviento).
- B. El segundo domingo más expresa y abiertamente anunciaba que vendría el Salvador: «Populus Sion ecce Dominus veniet ad salvandas gentes; et auditam faciet Dominus gloriam vocis suae in laetitia cordis vestri» (Introito segundo domingo de Adviento). En ambos se adoraba al Señor que vendría: «Regem venturum Dominum, venite, adoremus».
- C. En este tercer domingo todo cambia: «El Señor está cerca. Dominus prope est; venite adoremus». A partir de hoy pueden verse en las fórmulas litúrgicas aspiraciones apremiantes, llenas de gozo y de esperanza de la alma en busca del Redentor y, al mismo tiempo, suaves amonestaciones para preparar nuestros corazones a recibirle.
 - a) *Al primer grupo pertenecen las antifonas Hamadas de la «O».*
 - b) *Y del segundo encontramos antifonas como las siguientes:*
 - 1. «Permaneced constantes; veréis el auxilio del Señor sobre vosotros. Yo miraré al Señor y esperaré de esta forma a Dios, mi Salvador» (antifona de laudes de la feria sexta de la tercera semana de Adviento).
 - 2. «Prepárate, Israel, para el encuentro del Señor, porque viene» (laudes del sábado de la tercera semana).
 - 3. «Vigilad, porque está ya muy cerca el Señor» (benedictus de la feria quinta).
 - 4. Y finalmente: «Dice el Señor: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos, aleluya» (feria segunda de la semana cuarta de Adviento). La alegría no puede suprimir la penitencia, el esfuerzo y el trabajo. La Iglesia con este doble tipo de fórmulas litúrgicas invita al cristiano a entregarse a la mortificación y a la lucha, convencido de que Jesucristo está cerca y de que la eficacia de su venida queda vinculada al esfuerzo.

III. *Nuestra preparación a la Navidad: En el primer do-*

mingo de Adviento se indicaba la penitencia como preparación para todo el santo tiempo. Hoy hemos de procurar el sentimiento de alegría que debe acompañar nuestra mortificación hasta el día de Navidad (cf. «Apuntes exeget.-mor.», p. 309, b).

- A. Excelente medio para ello el leer las fórmulas litúrgicas, de manera especial las antifonas de la O, que se encuentran ya en algunos misales. Forman un conjunto de plegarias bellísimas que están distribuidas de manera que son una incomparable novena de Navidad.
- B. Existen costumbres buenas y santas (por ejemplo, las «jornaditas»). mas carecen de la solidez y densidad e incluso de la delicadeza y ternura de la liturgia. No tiene ésta como aquéllas el peligro de llevar a un sentimentalismo poco serio e infantil.
- C. Si los últimos Papas han manifestado su deseo de que el pueblo participe en la liturgia y se alimente de su piedad litúrgica, nunca como ahora para exhortar, haciéndonos eco del deseo de los Pontífices, a esta buena, bella y eficaz preparación que la liturgia proporciona.

SERIE II; SOBRE LA EPISTOLA

Alegría cristiana

Dos figuras contrapuestas:

- A. San Pablo, preso en Roma, exhorta a la alegría: «Gaudete».
 - a) *Todo el pasaje de la epístola de hoy nos descubre el corazón del Apóstol, lleno de un gran júbilo.*
 - b) *No es natural, sino sobrenatural. No de orden mundano y carnal, sino espiritual y divino. Amarrado en la prisión, sujeto día y noche a un soldado romano, privado de la libertad y de la luz, no tiene en lo humano motivos de alegría.*
- B. Junto a la figura de Pablo podemos poner la del poeta Ovidio.
 - ia) *El año 9 de J. C. es desterrado por Augusto a Tomi (■junto al mar Negro)*
 - b) *El poeta no resiste el destierro. Escribe los cinco libros «Tristia» y los cuatro «Ex ponto», donde ma-*

nijiesta la amargura que consume sU corazôn, y muere desconsolado cl ano 17. Ambos sufren.

- C. Ambos sufren. Mientras uno escribe: «Nihil nisi flere libet», el otro exclama: «Gaudete in Domino semper» (cf. «Apuntes exegét.-mor.», p. 308, A, a).

II. *Jesucristo, fundamento de nuestra alegría:*

- A. Las dos figuras anteriores representan dos tipos de personas en la humanidad: las que se desconsuelan y aun desesperan cuando sufren y aquellas que en el sufrimiento encuentran alegría.
- B. ôCuâl es la causa de esta doble reacciôn? ôNo mira el sufrir lo mismo al uno que al otro?
- a) Los estoicos quisieron poner como remedio al dolor la sabiduria. Séncca, desterrado, exclamaba para alfar la tristeza de los que lloraban su muerte: «^Dôn^ de estân las enseñanzas de la sabidur.a? ^Dôn^de los motivos de consuelo contra la desgracia inminente, meaitados durante tantos aüos?» Mis ll sdj duria no propordonaba alegría en el sufrir, y los estoicos acudian al suicidio para escapdr al dolor.*
 - b) El cristianismo trajo la verdadera causa de la alegría: Cristo. Pablo se alegra en la prisiôn porque esta con Cristo; mientras que Ovidio se muere de tristeza en el destierro porque carece de él.*

III. *Dos modos de encontrar la alegría en Cristo: Examinando detenidamente la epistola de hoy, vemos que el Apôstol se regocija en Cristo de doble manera.*

- A. Fácilmente podemos adivinar que su consejo nace de la esperanza de su aima.
- a) Pablo confía en la providenda de Dios ciegamente, «no estâ solicitor.*
 - b) Es hombre de oraciôn, y juntamente con sus aedones de gracias présenta a Dios sus peticiones.*
 - c) Por eso Pablo siente que la paz de Cristo llena su corazôn y su inteligencia.*
 - 1. Puede decir en la prisiôn lo que antes escribiô a los Gâlatas (2,20): «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mi».*
 - 2. Y Pablo, Ueno de Cristo, rebosa la alegría: «Gaudete in Domino».*
- B. La alegría es el «gigantesco secreto del cristiano» (Chesterton).
- a) Y es siempre resultante normal de una vida espiritual en progreso. Solamente las aimas que viven, como Pablo, llenas de Cristo, abandonadas en Dios, en constante equilibria interior, que son de oraciôn constante, poseen el secreto de la alegría.*
 - b) «La alegría—dice Bergson—anuncia siempre que la vida ha triunfado, que ha ganado terreno, que ha conseguido una victoria».*

o *La alegría del cristiano es también indicio de que en él crece la vida divina y de que ella triunfa por encima de todas las adversidades que rodean la existencia del hombre sobre la tierra* (cf. «Apuntes exegét.-moral.», p. 309,b).

jy *El Señor está cerca. True nuevo motivo de alegría San Pablo: Jesucristo es la esperanza, ^Dominus prope est**

A. Esta esperanza en la próxima venida era para los primeros cristianos poderoso motivo que les impulsaba a ser buenos, indulgentes, alegres...

B. Nuestra esperanza en Cristo, que ha de venir, es también motivo de alegría.

a) *Ignoramos cuando llegará ese día. Sabemos que pronto, porque «mil años son a tus ojos (del Señor) como el día de ayer que ya pasó»* (Ps. 89,4). *Cuando él venga, el dolor se trocará en gozo, y tanto más cuanto mayor haya sido aquél.*

b) *Por la esperanza participámes ya anticipadamente de la alegría de la gloria. De aquí que el cristiano se alegre en Cristo aun en medio de sus dolores y miserias* (cf. «Apuntes exegét.-moral.», p. 310,6).

V. *Cristo en Navidad, en el sagrario, en los pobres: La frase de Pablo «el Señor está cerca» puede acomodarse a múltiples aplicaciones homiléticas.*

A. El Señor está cerca. Nace místicamente en Navidad. De aquí la alegría en la liturgia y en los buenos cristianos durante estos días.

B. El Señor está cerca. En el sagrario. La Eucaristía es siempre motivo de gozo para las almas tristes que se acercan a ella.

Señor está cerca. En los pobres. Pocas cosas engendran una alegría tan clara y verdadera como los socorros que se ponen en manos de los necesitados.

u/Vo *vivais sollicitas*»

£. *La solicitud lícita y laudable.*

A. «Providentia cum studio» (según Santo Tomás, 2-2, q. 166, a. 1 c, ha de entenderse la palabra «studium» como una vehemente aplicación del alma).

B. Pertenece a la prudencia (*Sum. Theol.*, 2-2, q. 47, a. 9). «Presteza en hacer lo que se debe».

- C. *Quien preside, présida con solicitud* (Rom. 12,8).
- D. *Solicitas de conservar la unidad dei spiritu mediante el vinculo de la paz* (Eph. 4,3).

II. *La solicitud pecaminosa.*

- A. Desear cosas superfluas. *Yo os querria libres de cuidados. El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor* (1 Cor. 7,32).
- B. Desear cosas temporales, necesarias como fin. *El casado ha de cuidarse de las cosas dei mundo, de cómo agradar a su mujer, y asi está dividido* (1 Cor. 7,33-34).
- C. «Aegritudo animi cum cogitatione» (Cicerôn). «Aegritudo»: indisposlciôn, aflicciôn, pena. *Marta, Marta, tu te inquietas y te turbas por muchas cosas*, (Le. 10,41). Solicitud con turbaciôn, celo amargo en las palabras de Marta.

a) *Sus efectos.*

1. Inmediatos.

- 1.· *Aumenta el temor (par los negócios particulares por los asuntos publicos).*
- 2.º *Aminora la esperanza.*
- 3.º *Représenta como actual el mal futuro.*

2. Mediatos.

- 1.· *Disminuye la confianza filial en Dios. El condenado por desconfiado.*
- 2.· *Disminuye la fe. nPor qué teméis, hombres de poca fe?»* (Mt. 8,16). «*Hombre de poca fe, ipor qué has dudado?»* (Mt. 14,31). «*Los cuidados dei siglo... ahogan la palabrai*» (Mt. 13,22).
- 3.º *Disminuye la caridad. «Estad atentos, no sea que se emboten vuestros corazones... por las preocupaciones de la vida»* (Lc. 21,31).

b) *Sus remedios.*

Excita en ti sentimientos filiales. «Echad sobre él todos vuestros cuidados, puesto que tiene providenda de vosotros» (1 Petr. 5,7). «En paz dormiré juntamente y reposaré, porque tû, Sefior, a mi, desolado, me das seguridad» (Ps. 4,9-10). «El Sefior es mi luz y mi salud, <a quién temer?» (Ps. 26,1). «Yo he buscado al Sefior y | me ha escuchado librândome de todos mis terrores» (Ps. 33,5).

Confia en el Padre celestial. «Bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad» (Mt. 6,32).

Sé constante en la oraciôn: «en todo tiempo, en la oraciôn y en la plegaria» (Phil. 4,6). Por la oraciôn se llega a conocer la voluntad de Dios. Especialmente en tiempo de ejercicios espirituales. Efecto de la oraciôn es la paz, la carenda de solicitud pecaminosa. «La caridad de Cristo nos constrifie» (2 Cor. 5,14). La caridad de Cristo nos

estimula, pero en santa paz, sin alteraçlôn vlclosa.

4. Cumple tu d:ber, es decir, la voluntad de Dios:

1. Busca el reino de los cielos y su justicia (Mt. 6,33).
3. Confia como si todo depcndicra de ti: la exoesiva solicitud paraliza la acciôn.
4. No pretendas el éxtto personal ni temas el fracaso por el desprestigio que pueda acarreararte. En lot cosas de Dios, /dichcsos los /racasos/

Quédate en tu gozo y en tu paz.

1. Gozo constante y fiândolo en Dios («Alegraos siempre en el Serior*; Phll. 4,4). reiterado («de nuevo os digo: alegraos*; Phil. 4,4). modesto, no alborotado, ni descompuesto, ni ostentoso, antes verdadero, sereno. intimo, oculto (tVuestra modestia sea notoria a todos los hombres*; Phll. 4,5).
2. Paz: «Y la paz de Dios, que sobrepuja todo enten-samientos en Cristo Jesús* (Phll. 4.7).

La magnanimidad

I. *Espiritu de la epistola. La epistola es una llamada de aliento a que ensanchemos el corazôn para cosas grandes. Isaias también, viendo a lo lejos la venida de Jesús, canta la alegría de los desiertos, que florecen narcisos y manan fuentes. «Fortaleced las manos, débiles, y corroborad las rodillas, vacilantes» (Is. 35,3). «...El mismo guiard al caminante y los simples no se descarriaran* (Is. 35.8). Es una llamada a la magnanimidad.*

II. *La magnanimidad*

A. Virtud que huye de los extremos de la ipresun-clôn y desesperaçlôn (cf. *Sum. Theol.*, 1-2, q. 83)

- a) *El presuntuoso serâ temerario, acometera empresas disparatadas, pero no podrá llevarlas a cabo, porque no ha medido sus fuerzas. El que sin contar los soldados de su ejército y del de su enemigo (Le. 14,31)! se lanza a la batalla no es magnanimo, es un presuntuoso que morderâ el polvo de la derrota. El que sin apoyarse y pedir la gracia de Dios anuncia que aunque todos caigan él no caerâ (Mt. 25,35), tampoco es magnânimo.*
- b) *El apocado que desespera de sus fuerzas, no acometerâ empresa ninguna. La desesperaçlôn es la negeciôn de la magnanimidad. La presunciôn, su caricatura.*

B. Sabemos que los grandes blenes han de ser los mâs apeteçldos (cf. *Sum. Theol.*, 2-2, q. 139, a. 3).

puetô que la voluntad equillbrada debe ser impulsada en proporclôn al valor de los motivos.

- C. Conociendo que el mayor de todos los bienes es el honor, aspiramos a hacernos dignos de él, despreciando el mundano por pequeho y ordenândolo todo a Dios (Ibid., a. 2). Los hombres de corazón magnânimo estimaron siempre la gloria por encima de las riquezas y del placer. El conquistador de Italia perdiô su gloria cuando, dormido en Capua, no conquistô Roma. El que en una Isla remota del Pacifico traza con la espada una linea en el suelo y dice: «De esta parte estâ el honor, y de aquélla la comodidad^, es un hombre de gran corazón. El santo que midiendo los honores sabe que sôlo es duradero e ingualable el que tributa a Dios ante los cielos y la tierra, llega a los limites posibles de la magnanimidad.

HI. *Cristo ha venido. Llamamiento a la magnanimidad.*

- A. El llamamiento. Dios no ha podido venir al mundo para cosas pequenas. Dios no ha podido venir a invitarnos a cosas de poca monta. El carácter de Dios es la eternidad y la omnipotencia. Su llamamiento tiene que llevar ese sello.

- a) *En nuestra perfección. Cristo ha venido a decimos: «Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial)» (Mt. 5,48). «¿Podéis beber el cáliz que yo tengo que beber?... Beberéis mi cáliz...» (Mt. 20.22-23'). Y después de que haydis laborado por imitar la perfección de vuestro Padre, y bebido el mismo cáliz que yo, «conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mi y yo en vosotros» (Jo. 14,20).*
- b) *En la conquista dei mundo. «He venido a echar fuego a la tierra, y ¿qué he de querer sino que se encienda?» (Le. 12.40). «Id, pues, y enseñad a todas las gentes»... (Mt. 23.19). Dios ha señalado un campo. Sus limites son los dei mundo. Su labor, llevarlo a Dios. Sus obreros, nosotros.*

B. *Cristo con nosotros hacia el triunfo.*

- a) *Cristo ha venido para levantar nuestra naturaleza y veneer. Basta con ello para estar seguros del triunfo.*
- b) *Cristo ha venido a darnos motivos suficientes para la lucha alegre y confiada, con la promesa de su ayuda y de su premia.*
- c) *Cuando yo lucho, lucha el cuerpo místico de que Cristo es cabeza. Con Cristo lo podemos todo, porque es el vencedor. «Confiad, yo he vencido al mundo» (Jo. 16,33). Poned los medios humanos y esperad.*
- d) *Y si en la lucha de la conquista de las almas cayeras exhausto, debes saber:*
 1. *Que en este mundo unos siembran y otros reco-gen, pero en el cielo recogen todos, y a veces recogen más los que aqui no vieron maduras las espigas*

2. Que, si siembras para Cristo, El y no tû es quien debe recoger.
3. Que en esta milicia morir es vencer.
4. Y que al final nos presentaremos todos con Cristo ante el Padre para cêlébrât el triunfo.

IV. *Exhortaçôn: ¡Arriba los corazones! Cristo ha venido y llama, ¡Quién que no quiera parecer «mal caballero» dejard de acudir a su llamamiento? Y los que se quieran distinguir mâs y recibir los mayores galardones, ino serân los que acudan generosos a las primeras filas?»* (cf. San Ignacio, «Ejerc. esp.»: «Obras completas» [BAC], p. 178-179). *Los mártires como Lorenzo, los misioneros como Javier, las mismas doncellas como Inês, nos miran.*

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

Criatura de Dios

- I. *La respuesta de Juan. La da en el orden sobrenatural.*
 - A. Podia habet dicho que era profeta, pues lo era, y mayor Que profeta.
 - B. Podia haber dicho que era un predicador, porque lo fué excelentísimo, «lucerna ardens et lucens» (Io. 5,35).
 - C. Mas da de si una definiciôn que indica al mismo tiempo su pequeñez natural y su grandeza sobrenatural: «Ego vox clamantis in deserto» (Io. 1,23).
- II. *¡Tû quién eres? El evangelio de hoy con esta pregunta brinda la oportunidad de hablar acerca de lo que San Ignacio Hama principio y fundamento. ¡Tu quién eres? Con dos palabras puedes definirte, indicando, como el Bautista, que por ti eres nada y que tu grandeza proviene de Dios. Yo soy una criatura de Dios* (cf. Santo Tomás de Villanueva, 354, B).
 - A. Criatura de Dios.
 - a) Crear es sacar de la nada. «*Et nihilo sui et subiectto. No se presupone mat?ria alguna. Crear es octo propio y ezclusiuo de D:os.*
 - b) Eres criatura de Dios. Eres, por tanto, la 'nada, y Dios. en cambia, lo es todo en ti. La nada que vive en Dios y de Dios. «*En El vivimos y nos movemos y existimos*» (Act. 17.W).

1. El ce diô el cuerpo con sus sentidos y el aima con sus potencias.
2. El te lo sigue dando. Si Dios se aparta de tí, te verías reducido a ía nada. Dépendes de D.os, como la voz depende del que la pronuncia, como el arroyo del manantial.

B. Criatura predilecta de Dios.

- a) *Algo hay en ti que no poseen las criaturas materiales: el entendimiento y la voluntad. Mediante ellos, en un piano natural, te conviertes en imagen de Dios, mientras que otras criaturas no son más que un vestigio de las perfecciones divinas.*
- b) *La gracia santificante te asemeja más a Dios; te constituye su hijo. Nada y superior grandeza: eres criatura predilecta de Dios.*

C. Para Dios. Es consecuencia.

- a) *En lo humano se establecen vínculos morales entre padres e hijos, superiores e inferiores, bienhechores y beneficiados. Mucho más una criatura, que esencialmente en el primer momento y siempre depende de Dios, debe estar ligada a su Creador.*
- b) *Eres propiedad de Dios. El, tu Señor. Si manda, has de obedecer. Gran locura que, perteneciendo completamente a Dios, prefieras tu capricho y el de tus actos. Debes hacer lo que Dios quiere.*
 1. «Alabar, hacer reverenda y servir a D os Nuestro Señor». San Ignacio concreta el fin del hombre en esa triple idea: «Alabar, hacer reverenda y servir a Dios» (cf. «Ejerc. esp.»: «Obras completas de San Ignacio» [BAC], p. 161).
 2. Podría suplirla por esta fórmula: «Hacer la voluntad de Dios». Y con ésta: «Cumplir todos los mandamientos del Señor». El, su voluntad y su servicio deben ser la norma reguladora de tu vida. Tienes muchos caminos, muchas carreras, muchas profesiones; en todas debes servir a Dios. Tendrás alguna misión que llenar en orden a los hombres; por encima de ella tienes otra misión superior en orden a Dios.

III. *El ultimo día. ¿Tú quién eres? ¿Cumpliste con el fin propio de tu vida? ¡Ojalá puedas decir el día de la cuenta: yo soy tu criatura; me percaté que yo era nada y tú lo eras todo en mí, y no me busqué a mí, sino que trabajé por tus obras en todas mis ordinarias ocupaciones!*

Tú, ¿quién eres?... Un miembro de Jesucristo

L *Respuesta de Juan. <Tú, ¿quién eres?>, preguntan al Bautista.*

A. Es el nacido sin pecado. Es el penitente. El que arrastra las muchedumbres. El que es más que un profeta. El mayor entre los nacidos de mujer.

B. Ninguna de estas cosas considera Juan. Se define por su relación con Jesucristo: «Yo soy la voz del que clama en el desierto» (Io. 1,23). Esta es su mayor grandeza: ser precursor de Jesucristo (cf. San Roberto Belarmino, p. 346, A, y Suarez, p. 345, A).

II. *<¿Tu quién eres? Joven o viejo, hombre o mujer, rico o pobre, patrono u obrero, profesional o intelectual. Acumulas títulos, grandezas, méritos humanos. Hablas de tu cultura, tu influencia, tu ambiente. Todo eso vale muy poco. ¿Quién eres tu con relación a Jesucristo? (cf. Santo Tomás de Villanueva, p. 355, c y ss).*

A. Miembro de Cristo. He aquí la respuesta que de verdad te hace grande.

a) *Cristo es el jefe de la gran familia cristiana, y tú por el bautismo has entrado a formar parte de ella.*

b) *Cristo es la Cabeza del Cuerpo Místico, y tú has sido hecho miembro de este Cuerpo. «Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo espíritu, para constituir un solo Cuerpo, y todos, ya judíos, ya gentiles, ya siervos, ya libres, hemos bebido del mismo Espíritu» (1 Cor. 12,13).*

B. ¿Miembro vivo o miembro muerto?

a) *No todos los miembros del Cuerpo Místico reciben el influjo de su Cabeza, Cristo. Los hay que solamente están unidos al Cuerpo por la fe. Carecen, en cambio, de gracia santificante y viven en pecado mortal. No poseen la vida de Cristo. Son miembros pero miembros muertos e inútiles.*

b) *Tú, ¿quién eres?... <Miembro vivo o miembro muerto?... Muy poco valdrá todo lo que tienes en el orden natural y material si en el sobrenatural no posees la vida de Cristo. Como el labrador arranca los sarmientos secos, serás arrancado por el Padre celestial (Io. 15.2). Como el cirujano amputa el miembro gangrenando, puedes tú también ser cortado del Cuerpo Místico.*

c) *Despierta, por tanto, tú. que. dormido, no piensas, ni te preocupas, ni trabajas sino en lo exterior y sensible. Vuélvete a Cristo y Él te iluminará. Oye su palabra y producirá en ti la vida.*

C. Miembro activo.

- a) *Avanza un poco mäs en el conocimiento de tu relaciön con Cristo. Muchos grados hay en el Cuerpo Místico según la participaciön de la vida de la Cabeza. Los sanatos ocupan el grado supremo. Unidos con Cristo, lo hacen todo por amor, realizando la cons'gna del Apötol: «Cristo lo es todo en todos» (Col. 3.1D).*
- b) *«¿Tü quién eres? ¿Cuäl es tu aspiraciön? Un cristiano no debe anquilosarse: tiene que aspirar al crecimiento y desarrollo de la vida que posee. ¿Qué haces tü para progresar en esta vida? ¿Oras? ¿Te sacrificas?»*
- c) *El Cuerpo Místico debe crecer con la coopération de todos sus miembros. El cristiano, por el hecho de serlo, tiene que hacer apostolado. El campo es inmenso. Infieles, aimas apartadas de Dios, ignorantes, malos cristianos...*

III. *Entra en el gozo de tu Señor. El ultimo día te preguntará Cristo: ¿quién eres tü? Poco valdrán tus títulos humanos; poco tu nombre y prosapia. «Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo» (Io. 3,13). Sólo Cristo puede entrar en los cielos. ¿Tü quién eres?... Feliz de ti si puedes decir: el miembro vivo y activo de Cristo. Entonces, como sententia, oirds: «Entra en el gozo de tu Señor» (Mt. 25,21).*

Suprema perfección del Bautista

- I. *«Tu quis es?» No le preguntaban si era penitente o bautista o predicador, sino por la signification especial de aquellos actos, que sería determinada por el origen y el término de su actividad apostólica. En una palabra, por la causa ejiciente y por la causa final. ¿Qué persigue Juan Bautista?*
 - A. *Enviado y precursor. El evangellsta contesta en dos versiculos cumplidamente al «tu quis es?»:*
 - a) *«Hubo un hombre enviado de Dios» (Io. 1,6). Origen alititimo de su misiti.*
 - b) *«Vino éste a dar testimonio de la luz» (Io. 1,7): fin de su vida.*
 - B. *Un curso trazado «ab aeternitate».*
 - a) *El fin de la vida de Juan fué co^ctirido por Dio^ antes que por Juan. Fué ordenado e imp^ado vor Dins; no por Juan. Juan no hace mäs que seguir la via trazada por Dios (cf. SuAr ez. p. 349. A).*
 - b) *Juan no es exceptiön. Todos los hombres tenemos trazado por Dios el curso de la vida. Cada hombre*

tiene señalado el curso de su existencia hasta volver & Dios, de donde ha salido. «Condúceme en tu justicia» (Ps. 5,9).

C. *Yo soy la voz del que clama en el desierto* (lo. 1,23). Para desentrañar todo el valor de esta confesión en boca de San Juan, necesitamos recordar algunas nociones teológicas.

a) *La perfection dei genero de vida, objetivamente considerado, depende del fin.*

1. La vida contemplativa es de suyo más perfecta que la activa.
2. La vida más perfecta de todas es la del predicador o la del doctor, que enseña y comunica lo que ha adquirido por la contemplación. Hay una doble vida activa. Una consiste totalmente en la obra exterior, como es el dar limosna. Esta vida es de suyo inferior a la contemplativa. Otra vida activa hay que es un desembordamiento de la vida interior. Se deriva de la plenitud de la contemplación, como la doctrina y la predicación (cf. San Gregorio, «Moral.», l. 6. c. 37: PL 75.760-761).

b) *Y así como es más lucir iluminando a otros que solo vivir, así es más «contemplata aliis tradere» que simplemente contemplar.*

c) *Suprema perfection del Bautista. No es un solitario, ni un penitente, ni un contemplativo. Nada de eso constituye la razón de ser, el principio directivo de su vida. No vino al mundo a enseñar a los hombres el amor a la soledad o a infundirles espíritu de penitencia. Juan Bautista es un predicador, y la predication es el medio directo e inmediato de preparar los caminos a Cristo (cf. Suárez, p. 350 B). Su vida austera y exceptional, vida de solitario y de penitente, nos prepara. Es tan distinto su vivir del que adoptara después el Señor, que los flacos se escandalizarán de Cristo al comparar su conducta externa con la de Juan. La penitencia en Juan era necesaria:*

1. Para lograr la plenitud del Espíritu y comunicárselo después a su palabra.
2. Para ganar autoridad y prestigio ante el pueblo.

d) *Modelo de predicadores. Resume, pues, Juan perfectamente su vida, su especial misión y significación, en una palabra: «vox». «Tu quis es? Ego vox». Yo soy una «vox»*

1. Yo soy un pregonero. un heraldo, un nuncio, un mensajero. un predicador. Tema de toda mi predicación. Que otro viene detrás de mí; que es anterior a mí. y tan superior a mí, que yo no soy digno de desatar la correa de su zapato; preparar, pues, los caminos, «escombrad carrera», «quidad los escombros de la vía», limpiar y disponer y enderezar y allanar las sendas.
2. En resumen, acomodad vuestros corazones para recibirle. *Arriventio?*, porque el reino de los cielos está cerca (Mt. 3.2).

D. Vida una y perfecta. Porque es un orden consumado que obedece a un solo y constante principio ordenador.

- a) *Existe admirable unidad en la vida del Bautista. Todos sus actos van dirigidos a su fin.*
- b) *Es una vida l gica, madza y entera, en la que resplandece la jidelidad a la divina vocaci n. La formula de la libertad cristiana consiste en un entenaimiento iluminado por la verdad; una voluntad sometida al entendimiento, y todo el mundo inferior del alma, esclavo de la voluntad (cf. Suarez, p. 351,c).*

E. Juan es un car cter.

- a) *Ni amenazas, ni iisonjas, ni la gloria popular, ni el peligro de muerte har n enmudecer o vacilar la voz de Juan. Juan no se agita, como las canas del desierto, a merced de cualquier viento que se levanto. « Qu  habéis ido a ver al desierto?  Una cana agitada por el viento?» (Mt. 11.7).*
- b) *La raiz del car cter se encuentra en el entendimiento; donde no hay convicciones hondas, no hay caractères. Convicciones', no sentimientos generosos o imágenes brillantes.*
- c) *Former caractères es obra larga y lenta, porque 'ni las convicciones solides ni los verdaderos idéales se improvisan.*

II. * La lampara, que arde y alumbra.  (lo. 5,35). Cu ndo el ideal es Dios, la voluntad, esclava del entendimiento contemplativo, arde de amor divino. El entendimiento purificado, elevado, impulsado por el amor, contempla a Dios. El aima entera se llena del Espiritu Santo: luz y amor. Esas aimas  arden y lucen . Predican con las obras. Son  palabras vivas .*

El predicador

- I. *Juan es un predicador.*
 - A. *Predicar el Verbo fué su misi n en el mundo.*
 - B. *No vino a ser modelo de penitentes, aunque lo fué extraordinario.*
 - C. *Ni modelo de contemplativos, aunque vivió en oraci n, apartado dei mundo la mayor parte de su vida.*
 - D. *Penitencia y oraci n prepararon a Juan para su propio oficio: el de predicar el Verbo (cf.  Apuntes exegét.-moral. , p. 314,6).*
- II. *Altisimo ministerio: Es el más alto ministerio de la Iglesia; el de Cristo y el de los ap stoles (cf. San Roberto Belarmino, 347, B).*

- A. El de Cristo: *Todo lo que Jesús hizo y enseiô* (Act. 1.1). *He manifestado tu nombre a los hombres* (Io. 17.6).
 - B. El de los apôstoles: que lo dejaron todo, incluso el dar lmosnas. para dedicarse a la oraciôn y a la palabra. *Nosotros debemos atender a la oraciôn y al ministerio de la palabra* (Act. 6.4).
 - C. El que mäs estlmaba San Pablo: *No me enviô Cristo a bautizar, sino a evangelizar* (1 Cor. 1,17). *Pero en la Iglesia prefiero hablar diez palabras con sentido para instruir a otros, a decir diez mil palabras en lenguas* (1 Cor. 14.19).
 - D. Altísima estima en que lo tiene el Beato Juan de Avila (cf. carta al arzoblsps de Granada en BAC *Obras completas*, t. 1, p. 851).
 - E. El encomendado en la Iglesia principalmente al Romano Pontifice y a los oblspos (cf. *Código de Derecho Canônico*, can. 1327: BAC, p. 500).
 - F. De la importanda que le concedia Benedicto XV, da idea esta frase: «La principal calamidad de nuestros tlempos es la decadencia de la predicaciôn». «Los predlcadores son culpables de la decadencia de la religlôn, porque no manejan como es debido la palabra de Dios» (cf. *Humani generis*, 15 junlo 1917).
- III. *Eficacia de la predicaciôn: Todo lo puede.* «Mira que que pongo en tu boca mis palabras*. «Hoy te doy sobre pueblos y reinos poder de destruir, arrancar, arruinar y asolar; de levantar, edificar y plantar* (1er. 1,10).
- IV. *Asuntos. Exclusivamente los propios de la câtedra sagrada.*
- A. *Todo el Evangelio;* a toda criatura, para que dejen los vlclos y se salven (Mc. 16,15).
 - B. Jesucristo: Predlcar especlalmente a Jesucristo en su vida y en su palabra.
 - a) «Difundir la palabra de Jesucristo y toda la verdad revelada nara mantener la vida sobrenatural* (cf. Benedicto XV. *ibid.*).
 - b) Y *espedalmp-nte a jesucristo cruciflcado.* «Nunca me precfé de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste cruciflcado» (1 Cor. 2,2).
 - C. *Dogma y moral:* Estableclendo, a estllo de San Pablo, relaclones entre la moral y el dogma. Se ha dlcho, con razôn, que los Santos Padres sembraron a Cristo en las intellgencias, y como consecuencia brotaron las buenas costumbres. No es sôllda la formaclôn moral si no estâ basada en el dogma.
 - D. *Verdades eternas:* ¡Cuântas voces hizo Nuestro Se-

nor Jesucristo aluslôn al infierno en sus discursos!
 ¡Cuântas a la gloria futura! ¡Cuântas a la muerte
 repentina! ¡Cuântas al juicio final!

- E. *Santidad positiva*: Debe predlcarse de las virtudes y de los dones; del Cuerpo mistico, de la gracia, de la resurreccclôn gloriosa del cuerpo espiritual, de la inhabitaclôn del Espiritu Santo en el aima dei justo...

V. *Cualidades del predicador*:

- A. Constanda.
- B. Ciaridad.
- C. Reiteraciôn de las verdades fundamentales.
- D. Santa libertad apostôlica. Escribe Santa Teresa: «Dicen que hacen poco fruto los sermones; sabe lo que me parece, que tienen demasiado seso los que predicán. ¡Vamos con tanto cuidado de no disgustar a los reyes, ni a los senores, ni al pueblo!>

VI. *Fuentes de la predicaciôn*:

- A. Especialmente el Nuevo Testamento, y principlismamente el Evangelio.
- B. Padres: Preferentemente los dos principes de la predicaciôn: Crisôstomo y Agustin, como aconsejaba el papa Leôn XIII.
- C. Teólogos: El predicador debe tener siempre a mano la *Suma* de Santo Tomâs y los comentarios mâs autorlzados de la Escritura.
- D. Clâsicos espanoles: Beato Juan de Avila, San Juan de Dios, Santa Teresa, Fr. Luis de Granada, fray Luis de Leôn.
- E. Grandes oradores franceses, principalmente del siglo xvii: Bossuet en primer término.
- F. Escritores modernos y contemporâneos.
- G. Doctrina pontificia: No puede olvidarse la doctrina de los Pontifices, que han tratado todas las grandes cuestiones que se plantea la conciencia moderna con ciaridad, profundidad y, de ordinario, con gran elocuencia: relaciones entre Iglesia y Estado, constituciôn cristiana del Estado, autoridad, matrimonio, familia, sociedad internacional, sociedad supranacional, educaciôn, propiedad, trabajo, cuestiôn social, moral especial médica, juridica...

Alma de la predicaciôn: El amor de Dios. «Hay que predicar en espiritu y en verdad* (1 Cor. 2). Para ello es préctica por parte del predicador:

- A. Austeridad de vida.
- B. Espiritu de mortificaciôn.
- C. Oraciôn. «Contemplata aliis tradere».

tQuiénes sois?

- I. *«Vos qui estis?» Cada uno debería preguntarse: «Ego quis sum?» Pregunta que nunca os habréis hechos seriamente. Si os la habéis hecho, no habréis obtenido respuesta. ¿Qué valor tiene vuestra vida? (cf. Santo Tomás de Villanueva, p. 553, A).*
- II. *Dos vidas. Hay en ti dos vidas: Una que te han dado, otra que te has creado. Una que recibiste de tus padres, que te dieron el cuerpo; que recibiste de Dios, que te infundiô el aima. Otra que tu -formas, que tû creas todos los días, que se integra del conjunto de tus actos y operaciones. Por esta segunda te pregunto. Y si la vida es movimiento y el movimiento es específico y determina un fin, preguntar qué vale tu vida es lo mismo que preguntarle cual es el fin que informa tus actos. Es tomar la vida en la tercera acepciôn (cf. Ibid., p. 354 B y ss).*
 - A. *La vida de los animales.*
 - a' *En plias la pregunta es otiosa y absurda. Su vida carece de unidad. Cada día, cada operation, es independiente de la anterior y de la que le sigue. En cada instante pretende el animal la satisfaction de la necesidad que le acucia. Satisfecha una. piensa en satisfacer las siguientes, sin ilaciôn, sin dependentia, sin subordination, como eslabones sueltos de cadena rota. No puede ser de otro modo. A los animales les falta el entendimiento y la voluntad.*
 - b) *Pues esta «vida cuasi animal» es la de muchos hombres. Su formula: «Comamos y bebamos, que manana moriremos» (1s. 22,13); «Cuyo Dios es el vientre» (Phil. 3.19).*
 - B. *Vida humana. La vida de otros hombres tiene significaciôn mâs alta*
 - a) *Han un fin permanente que la preside: ordenar, unificar, elevar, dignificar.*
 1. *Viven para la propia perfecciôn. para el progreso, para la investifración de la verdad.*
 2. *Otros viven para su familia: para transmitir virtudes. cultura, tradiciôn, apellido. Es una vida mâs elevada.*
 3. *Otros sirven o abrazan un ideal: la patria, la ciencia... Es también una vida mâs grande y mâs bella. Un Ideal ilumina, ordena y unifica la vida. Y. sin embargo...*

b) *Lo eterno y lo absoluto.*

1. Ninguno de estos idéales es eterno y absoluto. Ninguno da plena, total y permanente significación a la vida.
2. Es preciso conservarlos, pero para enlazarlos con un orden superior.
 - 1.º *No son los más perfectos porque no son los más elevados.*
 - 2.º *Tampoco los más permanentes, porque no son eternos. Unamos la vida con el fin último.*

C. Una vida divina.

- a) *La plenitud y dignidad de la vida nace de una «interna y esencial conexión con Dios»... Sin dar a vuestra existencia formas rígidas y secas. «No para menoscular en manera alguna la vida humana, sino para elevarla, regularla y perfeccionarla» (Pío XI). Hemos de vivir una vida verdaderamente libre, en la que seamos dueños verdaderos de nuestros actos. Esto es lo que llama Pío XII una vida digna.*
- b) *Más la unión con Dios solo puede verificarse a través de Cristo. Despertad en vosotros la conciencia de la relación de vuestra vida con Cristo, y no una relación fría y lógica, sino amorosa, viva, fecunda.*
 1. Que para mí la vida es Cristo, y la muerte, ganancia (Phil. 1,21). Cristo, causa eficiente, ejemplar, final (cf. Cornu, a Lapide, *Comm. in Epist. ad Phil.*, ed. Vivès, t. 19. de *Comm. in Script.*, p. 11).
 2. Pablo transformado en Cristo, y Cristo transformado en Pablo (cf. A Lapide, *ibid.*).

III. *«Veritatem in charitate». No basta hacer la verdad, esto es lo que Dios quiere. Es preciso hacerla en caridad, esto es, en nombre de Jesucristo. «Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él» (Col. 3,17).*

IV *Aplicación.*

- A. Conocer la propia vocación.
- B. Ser muy fieles a ella.
- C. Caldear el alma en la meditación, a fin de que hagamos nuestras obras, siguiendo la vocación con actual amor de Dios, nuestro Señor.

10

El propio conocimiento

- I. *Necesidad del conocimiento propio. Juan contestó exactamente a la pregunta: <i>(Tú quién eres?** El propio conocimiento es el punto de arranque de la vida espiritual. Es necesario que nos conozcamos a nosotros mismos.
- A. En general. Toda la ciencia se récapitula en el conocimiento de lo que está por encima de nosotros, lo que está debajo y lo que nos rodea. Pero esta ciencia es vana y falta de aglutinante si no nos conocemos a nosotros mismos y vemos cuál es nuestra relación y situación para con todos estos elementos. Cuanto construyamos y hagamos será inútil si antes no nos hemos estudiado a nosotros, a nuestras intenciones, fuerzas, etc. (cf. San Bernardo, p. 338, A).
- B. Para la penitencia. El primer paso hacia la salvación es la penitencia. Podremos salvarnos sin conocer ninguna ciencia, pero no sin penitencia. Ahora bien, no hay penitencia si no hay propio conocimiento. ¿Quién podrá arrepentirse de aquello que no conoce? (cf. San Bernardo, p. 340, a, y Santo Tomás de Villanueva, p. 357, E).
- C. Para remediar muchos pecados. Gran parte de ellos arrancan de no conocernos a nosotros. La soberbia es un caso típico. El desprecio de nuestros hermanos, la murmuración, dependen del poco conocimiento de nuestras propias faltas (cf. P. Rodríguez, p. 365, c y ss).
- D. Para mejor conocer a Dios. La grandeza y bondad de Dios resaltan comparadas con nuestra pequeñez y maldad. Cuanto más nos conocemos a nosotros mismos, más conocemos a Dios (cf. Santa Teresa, p. 358, b, y 359, c).
- E. Para evitar la presunción y el desaliento. El conocimiento de sí mismo no es perfecto si se detiene en nuestra miseria y no llega hasta el poder de Dios, que nos sostiene y dirige. Así entendido, es el camino medio y justo entre la presunción y el desaliento (cf. P. Rodríguez, p. 365, B, a).
- F. Para el buen uso de la autoridad. Quien está co-

locado en alto, si considera cuán pequefio es, huirâ de la soberbia y pondrà rodos los medlos en la prudencia (cf. San Bernardo, p. 338, A, y 339).

II. *Medios prdcticos para conocerse a si mismo.*

- A. Para hacer penitencia y adelantar en la virtud, examina tus pecados de negligencia, concupiscencia y malicia, très raices de las caidas (cf. San Buenaventura, p. 344, A, a, b y c).
- B. Para excltarnos a la humildad. Conocer lo vil de nuestra naturaleza, el cuerpo pobre, el aima creada de la nada y nuestros pecados (cf. San Bernardo, p. 338, A y ss).
- C. En general. Conocer lo que somos por naturaleza: el cuerpo, miseria; el aima, para Dios. Lo que somos por vocaciôn: cristianos con grandes derechos y grandes obligaciones. Lo que somos por nuestro estado particular, el cual cuanto mâs alto sea, mâs nos dedica al bien comùn y a la santidad (cf. Santo Tomâs de Villanueva, p. 354, B, a y b, 355, C, y 356, D).

La humildad

I. *Ejemplo de Juan y doctrina del Senor.*

- A. Juan. Fué tan grande que pudieron sospechar que fuera el Cristo; fué tan humilde que confesô no serlo. Ni aun siquiera se considero digno de desatar la correa del zapato de Jesûs (cf. San Agustin, p. 323, A, a y b).
- B. El Senor. Hasta que vino al mundo, la humildad fué una virtud desconocida (cf. Ibid., p. 324, B, a). Pero Cristo la predicô en sus sermones, premiando a los humildes, y sobre todo practicândola y proponiéndose como modelo de imitaciôn el que podia ser imitado en cosas tan admirables. Cristo humilde es la ûnica puerta y camino (cf. Ibid., p. 325, b y ss).

II. *iPor oué hace Dios tal aprecio de la humildad? Dios es la Verdad, y la humildad también lo es. Por eso la busca (cf. Santa Teresa, p. 358, A, a). La humildad no consiste en desconocer los dûnes recibidos (cf. Ibid.,*

p. 359, c). *sino en conocer a Dios y conocerse a si mismo* (cf. Ibid., p. 358, b).

III. *En qué consiste esta verdad,*

A. En conocernos a nosotros mismos y saber que en el orden sobrenatural todos somos pecadores.

a) *La condiçion jlaca nuestra y la lucha permanente que supone la vida nos convierte a todos en pecadores, y por eso todos hemos de orar: perdônanos nuestros deudas* (cf. San Agustín, p. 328,b y ss).

b) *Hasta los mismos sacerdotes y apôstoles pecaron* (cf. ibid., p. 329.2).

c) *Hasta los mismos sacerdotes de hoy.*

B. No tenemos nuestro nada más que nuestros pecados. La vltud y cuanto de bueno exista en nuestra naturaleza es de Dios: solo la defectibilidad y las caidas son nuestras (cf. Ibid., p. 330, 3 y ss, y P. Rodríguez, p. 365 b y c).

C. Nuestra virtud es de Dios. Todo el *Tratado de la gracia* lo demuestra. El hombre debe reconocerlo, no sea que se le quite lo que tiene (cf. San Agustín, p. 331, c y ss).

D. Resumen. La humildad consiste en conocer que Dios es el autor de todo, en conocer nuestra propia nada natural, nuestro principio y fin y en seguir el ejemplo de Cristo (cf. San Buenaventura, p. 345, A, a).

IV. *Bienes que nos reporta la humildad. La humildad no apoca cuando no es tentación del demonio, porque trae consigo la confianza en Dios y la paz del alma* (cf. Santa Teresa, p. 359, B, a). *La humildad nos trae a Dios, como lo trajo a Maria, y es maestra de oración* (cf. Ibid., p. 361, c). *La humildad aumenta en nosotros la gracia santificante, que es como el agua, que busca siempre los valles hondos para llenarlos* (cf. San Buenaventura, p. 345, b, y San Gregorio Magno, p. 335, c)

V. *Exhortación final. Cristo nos está repitiendo a todos: Aprended de mi. Aprendamos, pues, la lección del que no quiso darla sin haberla antes practicado. Aprended los pecadores viendo a Zaqueo y la Magdalena, que humildes consiguen el perdôn. Aprended los piosos, que por lo mismo que lo sois corréis el peligro de la sobefbia: aprended del que siéndolo todo se anquilô a si mismo* (cf. San Agustín, p. 333, c. y ss). *Aprendamos de Juan y de los santos, y en lugar de mirar nuestras virtudes, consideremos lo que nos falta* (cf. San Gregorio, p. 337. c).

12

Los grados de humildad

- I. *Caen en muy grave error quienes juzgan de la humildad como de virtud apocada, que abisma al hombre en la contemplación inactiva de su nada, pues, como toda virtud, es esencialmente activa, y tiende a desarrollar en el alma lo que puede haber en ella de más positivo, a saber, la vida divina de la gracia* (cf. San Gregorio, p. 337, b).
 - A. San Benito consideraba ya la humildad como una «disposición habitual del alma que gobierna el conjunto de las relaciones del monje para con Dios en la verdad de su doble condición de pecador y de hijo adoptivo» (cf. C. Marmion, «Le Christ, idéal du moine» [1922], p. 209). En esta definición todo es activo, porque lo es el gobernar nada menos que las relaciones para con Dios, y lo son también las dos normas directivas, la de nuestra naturaleza pecadora, que exige gran esfuerzo para enderezarla y ponerla a los pies de Dios, y la de la adopción divina, con su fuente Intrínseca de actividad que es la gracia.
 - B. La humildad, pues, es el resultado práctico y enérgico en la acción, fundado:
 - a) *En la verdad de nuestro conocimiento, en cuanto que somos todo de Dios y para Dios.*
 - b) *Y en la verdad del conocimiento de la ayuda divina. «Pertenece al hombre todo lo que es defectuoso, y es propio de Dios todo lo que mira a la salvación y perfección del hombre»* (cf. «Sum. Theol.», 2-2, q. 161, a. 3).
- II. *Aplicando estos principios, resultan claros los tres grados de humildad de San Ignacio, que son mas bien tres grados de actividad intensa correspondientes a los grados de conocimiento de las dos verdades anteriormente expresadas* (cf. «Ejerc. esp.», en «Obras completas de San Ignacio de Loyola» [BAC], p. 191).
 - A. Cuando llego a entender ser necesario «que así me baje y así me humilie cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca a la ley de Dios», llegaré a la enérgica actuación necesaria para que, «aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida tempo-

ral no sea en délibérai de quebrantar un mandamiento, quler divino, quler humano, que me obligue a pecado mortab (cf. ibld.). Es la humildad necesaria para salvarse, y que a veces exlgrâ gran esfuerzo.

- . Ahora bien, si el conoelmiento de ml dependenda y fin divino, si ml ciencia de la salvaciôn da un paso mâs, entonces de tal manera estaré humilde ante Dios, <que ni me afecto mâs a tener riqueza que pobreza, a querer honor que deshonor..., siendo igual servicio de Dios nuestro Senor... y con esto, que por todo lo criado, ni porque la vida me qultasen, no sea en deliberar de hacer un pecado veniab (cf. Ibid.). La humildad ha llegado a produclr efectos casi heroicos. Con relaciôn al honor que debo a Dios, ni aun elegiré entre la enfermedad y la salud, con tal que redunden en gloria suya. Con relaciôn a mi salvaciôn y honra divina, ni aun la muerte me harâ cometer un pecado venial.
- !. Hasta que por fin llegamos al heroismo. Es la humildad de los santos, que se sienten tan de Dios, que buscan el medio mâs perfecto de honrarle e ir a El. «Siendo igual alabanza y gloria de la divina Majestad, por imitar y parecer mâs actualmente a Cristo, quiero y elijo» (cf. Ibid.) pobreza antes que riqueza, enfermedad primero que salud.

Estos son los caminos de la humildad.

- A. Diflciles, pero verdaderos, puesto que se apoyan en el conoelmiento de dos verdades.
- B. Activos con la actlvidad del cimient, que cuanto mâs ahonda, mâs recio edlficio sostlene.
- C. El ejemplo de Juan (cf. S a n A g ü s t î n , p. 323, b).
 - a) *Conoce su nada, y no se créé digno de desatar la correa del zapato del Senor.*
 - b) *Desea su gloria, y prefiere ser disminuido con tal que Cristo crezca* (cf. B e l a r m i n o , d. 346, A).
 - c) *Su humildad se présenta vestida de pieles, pero le lleva a la actividad de las riberas del Jordân y después a ofrecer su vida por predicar verdad a los grandes* (cf. otros ejemplos de humildad en sec. 7.a, V-VIH).

13

Los pusilânimes

- I. *Isaias intenta levantar el dnimo de los apocados diciéndoles: «¡Cobrard dnimo! ¡Viene el Cristo!* Cristo, en efecto, es el motivo de nuestro dnimo y valor.*
- II. *Que es la pusilanimidad (cf. «Sum. Theol.», 2-2, q. 157, a. 2).*
 - A. El pusilânime «se ignora a sí mismo, pues de lo contrario apetecería los bienes que merece» (cf. Arist., *Ethic.*, 4, lec. 2).
 - B. Desconfía de sus fuerzas y exagera las dificultades que se le oponen. Por tendencia natural y pesimismo, incluso por ánimo perezoso, cualquier obstáculo se convierte ante sus ojos en una montaña. Las ciencias le parecen inasequibles, sin advertir que otros de igual condición que él las llegan a dominar. Los empleos más sencillos le parecen complicados; las personas, inabordables.
 - C. En consecuencia del poco aprecio de sí mismo y de la supervaloración de las dificultades, ni aspira a los fines dignos de su ser de hombre ni osa acometer empresa alguna grande. Es más, si un día la vida se le hace difícil, moriría de inanición, sin fuerzas para hacerle cara.
- III. *La pusilanimidad en el orden sobrenatural. Aplicando estos mismos principios y la descripción de Santo Tomás, podremos observar que el pusilânime se siente abrumado.*
 - A. Por lo elevado de la empresa. La perfección («sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial», Mt. 5,48) le parece una meta por completo inasequible, destinada a personas colocadas más arriba del nivel ordinario de la humanidad.
 - B. Los obstáculos a esa perfección le resultan invendibles. Hay que domar las pasiones, hay que poner en ejercicio virtudes recias. *
 - C. Y enfrente de lo excelso de la empresa y lo arduo de los obstáculos sólo conoce la debilidad de sus fuerzas y su pereza, que le provocan un sentimiento de apocamiento y cobardía muy parecido al de la pereza. Entonces el pusilânime se convierte en el que, habiendo recibido un talento, lo entierra para que no se pierda.

IV. *Cristo ha venido. Decídselo a los pusilânijnes.*

- A. Si la perfección era una meta alta, Cristo te ha colocado a su nivel. Se trataba de parecerse al Padre, y Cristo te ha hecho hijo suyo. Eres sarmiento de una vid divina y puedes producir frutos divinos. Ya no eres tú el que vive, sino que Cristo vive en ti. Tu naturaleza ha sido vivida por un Dios, y Dios quiere vivir ahora en la tuya.
- B. No puede haber obstáculos para el poder divino. Las pasiones se amansan con la gracia. Los demonios tiemblan al nombre de Jesús. Y si demonios y pasiones se sujetan ante ese don que Cristo te ha traído, ¿qué puedes temer?
- C. Si te acobardaba lo escaso de tus fuerzas y tu soledad en el camino, advierte que Cristo te las ha divinizado y que ya no marchas solo. En cualquier camino de la virtud que tomes, encontrarás siempre a Jesús que marcha delante, dándote ejemplo y fuerzas.
- D. «Fortaleced las manos débiles» (Is. 35,4), pues la gracia de Cristo las ha robustecido. Se han abierto los ojos dei elego para que veamos la luz de la verdad, de la vanidad dei mundo y de la grandeza de Dios. Se han abierto los oídos del sordo para que oigamos el llamamiento de Cristo (Is. 35,5). La tierra seca de nuestra inutilidad y pecado se ha convertido en la fuente de aguas vivas de la gracia que el Señor ha hecho brotar en nosotros (Is. 35,7).

La vocación

- I. *Cada hombre tiene la suya. Hay una vocación general de todos los hombres y otra especial de cada hombre. Cada hombre está llamado por Dios para ejercer un ministerio en la vida.*
- II. *Doble aspecto. Puede considerarse la vocación en relación al orden natural o en relación al orden sobrenatural y de la gracia.*
 - A. La vocación natural suele ir acompañada de aptitudes especiales.
 - B. La vocación sobrenatural, de gracias y dones proporcionados.

- III. *Una sola vocación. Mas, propiamente hablando, la vocación es una sola, aunque considerada bajo distintos aspectos. Hay que someter el orden natural al orden sobrenatural. No se oponen. El sobrenatural transforma y perfecciona el orden natural. La gracia nunca se opone a la naturaleza. El casado, a quien sus tendencias naturales, gustos e inclinaciones llevan al matrimonio, recibe de Dios gracias especiales para ser perfecto en ese estado. El religioso, para serlo en el convento. El sacerdote, para serlo al frente de una parroquia.*
- IV. *Miembro de Cristo. Considerada en el orden sobrenatural, nuestra vocación es la función que desempeñarnos dentro del Cuerpo Místico de Jesucristo. Nuestra vida entera debe ser absorbida por la vida de Cristo. Todos debemos aspirar a decir con San Pablo: «7a no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Gai. 2,20).*
- V. *Vocación genérica en Cristo. Cuando San Pablo escribe a los Efesios (4,1): «Os exhorto a andar de una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados», no había de la vocación individual, sino de la colectiva en Cristo.*
- A. *Vocación a la gracia.*
 B. *Vocación a la gloria.*
- VI. *Vocación individual en Cristo. Mas cuando San Pablo dice (Rom. 12,3): «Cada uno según Dios le repartió la medida de la fe-», se refiere a la vocación individual, al encaje, si se permite la frase, de cada uno dentro del Cuerpo Místico de Cristo; a la función que en él desempeña; y, por tanto, a las gracias y dones que Dios le tiene destinados. Mas «todos tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fué dada* (Rom. 12,6).*
- VII. *A la medida y ajustados. Según la concepción paulina, estâmes hechos a la medida. «Somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro estâ al servicio de los otros miembros» (Rom. 12,5). Formamos parte de un cuerpo «trabado y unido», ajustado en sus «UgamentosT» (Eph. 4,16)*
- VIII. *Las dos uniones. Por seguir el lenguaje paulino, cada uno de nosotros tiene dos uniones principales.*
- A. *La primera y principalísima. con Cristo cabeza. La segunda, con sus hermanos. Con Cristo cabeza, del cual nos llega la vida y la gracia. «Tenens caput» (Col. 2,19). «Creczcamos en caridad, llegândonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo» (Eph. 4,15).*
- B. *La segunda, conexión con los hermanos. Siendo instrumento de Dios para aumentar en ellos la*

vida, y la gracia, «para la perfección consumada de los santos... para la edificación del cuerpo de Cristo» (Eph. 4,12).

IX. *Las dos partes del primer mandamiento. lie aqui una fórmula perfecta: las dos partes del primer mandamiento.*

- A. «Amar a Dios sobre todas las cosas». Esto es, unirnos. en cuanto de nosotros dependa, perfectamente con Cristo por la gracia y la caridad.
- B. «Amar al prójimo como a nosotros mismos». Esto es. procurar que el prójimo goce de la plenitud de la gracia y de la caridad de Cristo.

X. *Conclusiones.*

- A. Debemos conocer nuestra propia vocación. Todo esfuerzo por saber lo que Dios quiere de nosotros sert! pequeño. ¡Qué estado, qué oficio. qué ministerio! Y en el curso de la vida, ¡qué negocio, qué ocupación. qué empleo del tiempo! En una palabra, cómo me inspira Dios con sus gracias y sus dones.
- B. Realizar con perfección la vocación propia.
 - a) *Naturalmente: agolando nuestras facultades naturales y con el máximo esfuerzo de nuestra voluntad.*
 - b) *Sobrenaturalmente: mereciendo, por nuestra vida santa, especiales luces y gracias del cielo.*
- C. Realizarla con amor *Abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad* (Eph. 4,15). Hacer la voluntad de Dios. Realizar la verdad de nuestra vida en Dios. Hacerlo con mucho amor, porque El lo quiere y a El le agrada y es para su mayor gloria. Para conseguir este amor: oración y sacramentos, especialmente la Eucaristía, y. si se es sacerdote, la santa misa.

XI. *El ejemplo de Juan. Así obró Juan. Juan, llamado desde el seno de su madre, fue fielísimo a la vocación* (cf. Suárez, p. 439, A, y 54, B). *Juan aparece unido a Cristo y comunicando la verdad y la caridad de Cristo a sus discípulos. Digamos: Señor, ¿cuál es mi vocación?* «HabZa, Señor. que tu stervo escucha* (1 Reg. 3.9).

15

Modo especial de conocer la propia vocación

- I. *San Ignacio de Loyola, maestro Incomparable en esta materia, sintetizó admirablemente la doctrina sobre la manera de conocer la vocación* (cf. BAC, «Obras completas de San Ignacio de Loyola» p. 192 as).
 - A. La regla fundamental es el principio y fundamento. Poner delante de los ojos el fin para que hemos sido creados, a saber, la gloria de Dios y la salvación de las almas.
 - B. San Ignacio repite este principio y fundamento en el «preámbulo para hacer elección» (cf. Ibid., p. 192). El Santo quiere «que el ojo de nuestra Intención sea simple». «Si tu ojo fuera simple, todo tu cuerpo estará luminoso» (Mt. 6,22).
- II. *Los tres tiempos de elección. De los tres tiempos que establece San Ignacio «para hacer elección buena y sana, nos importun especialmente el segundo y el tercero* (cf. sec. 7», II, A, B y C).
 - A. El primero es extraordinario.
 - B. Segundo tiempo.
 - a) *Es propiamente místico, así como el tercero es intelectual. Místico quiere decir que la claridad y el conocimiento que se buscan se adquieren por Influencia directa del Espíritu Santo, por vía de dones. El motor es sobrenatural. La luz pertenece al don de consejo, que está sobre la prudencia. La claridad no procede de la actividad de nuestras potencias, sino de «la experiencia de consolaciones y desolaciones y de desconfianza de varios espíritus»* (cf. Ibid., p. 194).
 - b) *Doctrina de Santa Teresa. Para comprender bien este segundo tiempo ignaciano conviene leer el capítulo 3 de los «Conceptos del amor de Dios», de Santa Teresa* (cf. «Obras completas», BAC, t. 2, p. 603ss). *He aquí algunos textos que indican cómo esta elección se hace no por razones de entendimiento, sino por fe y por amor.*
 1. «Que no escucha las razones que quiere el entendimiento, ni los temores que le pondrán, sino que déjale obrar la fe, de manera que no mira provecho ni descanso.»
 2. «Así que aquí, como he dicho, obra el amor y la fe y no se quiere aprovechar el alma de lo que le enseña el entendimiento.»
 3. «Creería yo que su entendimiento no dejaría de representarle algunas más razones de las que dije, porque era obispo que había de dejar sus ovejas...

Ya habéis leído cuán bien le sucediô y con la gracia que vino» (alude al acto heroico de San Paulino de Nola, obispo, que, ya anciano, se fué a trocar por el hijo de una viuda que e-taba cautivo en Africa, La Santa cita otro caso análogo ocurrido al hermano Alonso de Cordobilla, de los aescalzos de San Pedro de Alcântara. que, contra el parecer de muchas personas—de demasiado seso—, se embarcô para Tûnez a fin de libertar al hijo de una viuda, quedando él cautivo. Sôlo Santa Teresa de Jesús y San Pedro de Alcantara, entre las personas consultadas, conocieron claramente ser inspiraciôn de Dios lo que a los ojos humanos era una imprudencia, Una tempestad obligé al hermano Alonso a regresar a Cadiz cuando ya iba camino de Argel para realizar sus santos propósitos. Muriô poco después de unas fiebres).

C. Tercer tiempo ignaciano:

- a) *Este tiempo es normal. Obramos con nuestro entendimiento y nuestra voluntad,. El tercer tiempo es «tranquilo cuando el ânima no es agitada de varios espíritus y usa de sus potencias naturales libéra y tranquilamente»* (cf. BAC, «Obras completas de San Ignacio de Loyola», p. 194). *Libéra y tranquilamente no quiere decir que esté ausente la gracia de Dios nuestro Señor, antes todo lo contrario, se hacen petitiones a Dios nuestro Señor para que las potencias actúen bien y fielmente y con generosidad.*
- b) *San ignacio da seis réglas o puntos que, fielmente aplicadas, son infalibles, a sabsr:*
 1. «El primer punto es proponer delante la cosa sobre que quiero hacer elecciôn, asi como un officio o beneficio para tomar o dexar, o de otra cualquier cosa que cae en elecciôn mutable.
 2. Es menester tener por objeto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi anima; y con esto hallarme indiferente sin affecciôn alguna desordenada, de manera que no esté mâs inclinado ni afectado a tomar la cosa propuesta que a dexarla, ni mâs a dexarla que a tomarla: mas que me halle como en medio de un peso para seguir aquello que sintiere ser mâs en gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvaciôn de mi ânima.
 3. Pedir a Dios nuestro Señor que quiera mover mi voluntad y poner en mi ânima lo que yo debo hacer acerca de la cosa proposita que mâs su alabanza y gloria sea, discurriendo bien y fielmente con ml entendimiento y eligiendo conforme su sanctisima y beneplâcita voluntad.
 4. Considerar racionando quântos cômodos o provechos se me siguen con el tener el officio o beneficio propuesto para sola la alabanza de Dios nuestro Señor y salud de mi ânima; y por el contrario, considerar asimismo los incômodos y peligros que hay en el tener. Otro tanto haciendo en la segunda parte, es a saber, mirar los cômodos y provechos en el no tener;

- y asimismo, por el contrario, los incômodos y peligros en el mismo no tener.
5. Después que así he discurrido y raciocinado a U)das partes sobre la cosa proposita, mirar dôn-de más la razón se inclina, y así, según la mayor mociôn racional y no mociôn alguna sensual, se debe hacer deliberaciôn sobre la cosa propôsitâ.
 6. Hecaa la tal elecciôn o deliberaciôn, debe ir la persona que tal ha hecho con mucha diligencia a la oraciôn delante de Dios nuestro señor y offrescerle la tal elecciôn para que su divina majestad la quiera rescibir y confirmar siendo su mayor servicio y alabanza» (ci. ibid. p. 194-195).

La prudencia no es virtud comûn.

A. Asombra el considerar con qué ligereza toman los hombres las resoluciones más graves. ¡Cuântas veces por impresiones! ¡Cuântas por consejos o sugerencias temerariamente ofrecidas! El fenómeno se da hasta en personas graves. Hasta en personas de espíritu.

- a) *Deciden y, sobre todo, aconsejan con una ligereza. incalijicable..*
- b) *Muchas veces penetrando en terrenos qué, por no ser de su competenda, no les merecen gracias de Dios.*
- c) *Otras muchas procediendo sin conocimiento de las circunstancias, sin deliberaciôn sujlciente, sin oraciôn insistente.*

B. Ejemplo insigne de lo que decimos se ofreciô en Avila con ocasiôn de la fundaciôn de Santa Teresa.

- a) *¡Con que ligereza procedieron el cabildo y todos los religiosos, dos de cada orden, que se reunieron en capitulo para dictaminar sobre el proyecto de la Santa!*
- b) *No se librô de dictamen de juicio temerario el propio P. Pedro Bânez, O. P., teólogo insigne y maestro de espíritu. Pero este eminente varan, en comenzando a pensar más seriamente y a encomendar el asunto a Dios, cambiô de parecer. «Y se le asentô ser muy en servicio de Dios y que no debia dejar de hacerse lo que la Santa pretendia» (cf. P. Silverio de Santa Teresa, Vida de la Santa, c. 32).*

C. Conclusion.

- a) *Todos los hombres tenemos una especial vocation. Todos poseemos una vocation especijica de tola la vida: la vocation de estado. Todos, en las encrucijadas principales de la vida, sentimos marcada la jlecha que nos indica nuestro camino. Dios esta pronto a hacernos conocer cual es su volwntad.*
- b) *En materia grave, no se debe tomar nunca una determination sin mucha oraciôn, para conocer si es posible, por el segundo medio ignaciano, lo que el Espiritu Samto quiere, y sin muchas deliberationes, aplicando los seis puntos de San Ignacio con escrupulosidad y jidelidad. Las aimas que sinceramente buscan a Dios nuestro Seftor le encuentran siempre.*

IV. *Vocación de Juan.*

- A. La vocación de Juan pertenece al primer tiempo ignaciano. En la Sagrada Escritura se encuentran dieciocho vocaciones de ese tipo. La primera, la de Abrahán; la última, la de San Pablo. Entre ellas va comprendida la vocación de María Santísima para ser Madre del Verbo.
- B. Juan Bautista fue llamado desde el vientre de su madre (Le. 1,44). Fue profetizado por el ángel (Le. 1,13) y proclamado por su padre en su nacimiento (Le. 1,66ss).
- C. Juan fue fidelísimo a esta vocación. Esa fidelidad le mereció la muerte.

V. *Pidamos a Dios Que nos haga conocer su voluntad sobre nosotros y que nos dé fortaleza para servirle hasta derramar nuestra sangre:*

16

Cristo, único objeto de nuestro gozo pleno

- I. *Cristo presente en nuestra alma. El sentido literal de las palabras evangélicas es: Cristo está en medio de Israel. Pero ya desde Orígenes se da a este pasaje un sentido místico: Cristo está o puede estar en medio de vuestro corazón, en la cámara más secreta de nuestra alma. Está en medio de vosotros y ¿no lo sabéis?* (cf. sec. 7^a, IX). Z 3
- II. *Alegría en el Señor.*

- K. «Gaudete»: domingo del gozo. La Iglesia, en la epístola de hoy, nos dice una palabra aparentemente extraña e inoportuna: «Alegría» (Phil, 4,4). Hoy es la dominica del «Gaudete». Pero ¿hay la realidad triste y sombría que nos rodea? No importa: Alegría. Pero ¿cómo puede ser la causa de nuestro gozo? No mires al exterior. No contemples la tierra. La interpretación mística del Evangelio te dará la clave para interpretar alegre y gozosamente la vida, tan oscura y áspera.
- B. «Gaudete semper in Domino». «Semper». Pobreza, enfermedad, dolor... Pablo no dice: alégrate en las riquezas. Sería excluir del gozo al pobre. Ni dice: alégrate en la Juventud, Sería afligir al an-

clano. N1 alee: alégrate en la salud. Seria excluir al enfermo. NI dice: alégrate en la clencla. Séria sentenclar al Ignorante, Pablo dice: «Alegraos en el Sefior».

- C. «El gozo Interno». Este gozo es la particlpaclôn del bien dlvlno en el alma. Tanto el gozo como la tristeza son consecuencia del amor. La ausencia del bien amado causa tristeza. La presencia del bien amado produce gozo. El gozo de Pablo es el gozo del Sefior. Gozo interior, fuente secreta, que salta hasta la vida eterna (cf. sec. 7.&). «Justicia y paz y gozo en el Espiritu Santo» (Rom. 14,17). «Nadie será capaz de quitaros vuestra alegría» (lo. 16.22).
- D. «Este gozo en la tierra nunca es completo». El gozo se compara al deseo como el reposo al movimiento. Mientras permanezcamos en este mundo, no cesa en nosotros el movimiento del deseo. Cuando nada queda que desear, entonces es completo el gozo. El gozo en esta tierra nunca es completo, nunca puro, nunca permanente, nunca seguro. Aquilélla es la patria de la quletud. Esta es la patrila del lianto y el valle de lâgrimas. Cristo llôrô (Le. 19,41; lo. 11,35). Nunca poseemos a Dios como quisléramos y podemos poseerlo.
- E. «En el clelo el gozo será completo». Gozo pleno, con medlda rebosante, mayor de la imaginable.
 - a) «E7 sacia tu boca de todo bien» (Ps. 102,5).
 - b) «Ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor. 2.9).
 - c) «Una medida buena, apretada, colmada, rebosante, sera derramada en vuestro seno» (Le. 6.38).
 - d) «Entra en el gozo de tu Seûor» (Mt. 25,21). Como ninguna criatura es capaz de un gozo condigno de Dios, siguese, segûn Santo Tomas, que este gozo complétamente Ueno no es alcanzado por el hombre, sino que mas bien el hombre entra en él.

III. *Negociad para entrar en el gozo.*

- A. Hermano, ôtù quleres olr, no de mis labios, slno de los de Jesucristo, el *Alegraos siempre en el Se-nor?* (Phll. 4,4). ãTù quleres oir el *entra en el gozo de tu Senor?* (Mt. 25,21). Pues bien, «négocia», hermano. *Negociad mientras vuelvo* (Le. 19,12). Administra bien. SI hoy te pidiera Dios cuenta y le dljeras: Si, Sefior, los talentos que me dlste los tengo en el Banco en titulos de renta fija, en tle-rras, en fñcas urbanas...
- B. Pero... *Siervo malo y haragân* (Mt. 25.26), *mal siervo* (Mt. 18,32), ôno sablas que tus hermanos, tus concludadanos, tus palsanos, tus vecños... se morian de hambre y de miseria? No te excuses;

îcuântas veces te lo he recordado por medio de la voz clara y tajante de la Iglesia!

IV. *La paz de Cristo monta la guardia: «La paz de Dios, que sobrepuja a todo sentido, guarde... en Cristo Jesús*.*

- A. «Custodiat», en el original φρουρήσει, «Monta la guardia». Vuestra aima es comb una ciudadela. La paz de Dios «monta la guardia». Vigila como el centinela en las altas horas de la mafiana.
- B. Para gozar de Dios hay que recluirse en la câmara mâs secreta del castillo interior.
- C. La paz de Dios, o sea, la tranquilidad del orden interior (de nuestras pasiones), serâ el ùnico centinela que nos asegurarâ la posesiôn del gozo de Dios en esta vida y su plenitud definitiva en la venidera.

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

Alegrémonos, porque se acerca el reinado de Cristo sobre la sociedad

- I. *Un profundo sentimiento de alegría pénéttra hoy toda la vida litûrgica de la Iglesia. La explicaciôn la da ella misma en los primeros pàrrafos dei introito cuando, parafraseando la epistola de la misa, conjuga en una relaciôn de causalidad dos frases que en la Carta a los Filipenses tienen un évidente enlace: «Alegraos siempre en el Sefior... El Sefior estâ, proximo* (Phil,*
- II. *En el orden social como en el individual.*
 - A. Si nos referimos al orden social, la liturgia tiene plena aplicaciôn al momento en que vivimos. Aun en medio de seales que parecerian mover a la trlsteza y al temor, hay motivos para el optimismo y la alegría. Porque, si se mira a los pueblos y a la sociedad con ojos inteligentes e ilumlnados por la fe, se ve cômô se acerca el reinado social de Jesucristo.
 - a) *Oeuvre a la sociedad, considerada en su conjunto, lo aue (u cristiano en particular. Dios les ha sefialado un*

jin semejante: crecer en jesucristo nuestro Sefior: «a la medida de la plenitud de Cristo» (Eph. 4,13); «Para la perfection consumada de los santos» (Epn. 4,12).

b) *Consecuencia de ello es que la labor de formar un cristiano tiene un perfecto paralelismo en la ardua tarea de organiser la sociedad cristianamente.*

1. Educar es eso: *educere*, sacar de, hacer brotar a Jesucristo, depositado como semilla en el alma del niño por el bautismo, de modo que aparezca externamente visible por las virtudes cristianas.
2. Y en esto mismo consiste la obra de la civilización cristiana (cf. p. 337,a): en lograr que la sociedad se organice como auténtico reino de Jesucristo en la tierra (cf. p. 378,0, de modo que en el orden temporal se descubra cada vez mas claramente el Cuerpo mistico de Jesucristo (cf. p. 373,d).

c> *Es évidente que la sociedad cristiana se acerca al modelo trazaao por Jesucristo.*

1. Podria repetirse aqui lo que Macaulay dijera a otro proposito. En la Qistona de la sociedad se dan, como en el océano, una especie de mareas. Ccn el vaivén de las olas, en la orilla, tan pronto se dña que el mar avanza como que retrocede. Y, sin embargo, una mâs detenida observacion comprueba que el mar en su conjunto sube.
2. También en la civilización cristiana se dan avances y retrocesos parciales. Momentos hay que parece estar abocada al paganismo. En otros, nos acercamos visiblemente al ideal cristiano. En la misma historia interna de la Iglesia puede observarse esta especie de movimientos pendulares. Pero concretándonos a nuestros tiempos, pese a las crisis que sufrimos y a los dificiles problemas planteados, podemos decir sinceramente que avanzamos. Si miramos a la vida de la misma Iglesia, es évidente a todas luces. Lo prueba;

1.° *La sucesion de los ultimos Pontifices.*

2.° *La credente cohesión de la jerarquia con el sacerdocio y con los fioles (cf. p. 375, a y b) y de todos alrededor dei Pontifice Romano (cf. p. 375, c y 376, d).*

3.° *Incluso de aquellos que no pcrtnccen a la Iglesia (cf. p. 376, e) y de los hombres de gobierno de distintas naciones (cf. p. 377, f).*

El florecimiento de instituciones y obras providenciales, acomodadas a las necesidades de las aimas y de los cuerpos.

5.° *Los modelas de vida cristiana elevados al honor de los altares para ejemplo de todos.*

Las grandioses solemnidades litûrglcas de carâcter multltudinario.

3. Aun en el orden temporal, social y humano, hay un avance évidente en la civilización cristiana.
4. Advirtamos aqui, sin embargo, que no puede confundirse en modo alguno civilización cristiana con civilización occidental.

1.° *Esta es sinônima—al menos en los tiempos que vivimos—, en el orden social, politico y econômico, de libéralisme; y nada puede haber mâs alejado de una*

cristiana concepción de la sociedad. ¿Cómo puede llamarse civilización cristiana a la que aparece muchat voces en las páginas de periódicos y revistas, en las pantallas o en los escenarios, en los altavoces o televisores de los pueblos llamados occidentales?

2. *Advirtamos también, por otra parte, que hay muchas cosas en el mundo no occidental que caben perfectamente dentro del ideal de la civilización cristiana. ¿Cómo no reconocer como cristiana aquella pureza de costumbres individuadas y familiares, tan arraigada en muchos pueblos asiáticos, o incluso las mismas ansias de justicia social que alientan en el fondo de los pueblos que se arrojaron en brazos del marxismo?*

B. Ese patrimonio común de valores morales que hoy pugna por abrirse paso en todas partes (cf. p. 377, a) es herencia del cristianismo.

- a) *Podrán exagerarse en ocasiones; podrán incluso utilizarse con fines torcidos. Pero es cierto que hoy tienen tal valor ante las conciencias de los pueblos, que todos se apresuran a enarbolarlos como banderas de sus programas políticos, económicos y sociales.*
- b) *Cuando se implanta en nombre de ideologías erróneas, pronto comienzan a percibirse sus amargos frutos. Subsistirán un tiempo, tal vez por la fuerza coactiva de los que gobiernan; pero el sano instinto de los pueblos pronto descubrirá el veneno que en ellos se escande. Esto es lo que en realidad sucede en nuestros tiempos. La experiencia de tantos ensayos políticos fracasados, el desengaño ante tantos falsos mesianismos, la constante predicación de la Iglesia, la elevación cultural de los pueblos..., nos van acercando, aunque sea trabajosamente, a una concepción y a una organización de la sociedad más justa y ordenada.*
- c) *y las mismas convulsiones y peligros que nos inquietan en los tiempos de crisis son el obligado y doloroso tributo que la humanidad ha de pagar en el grandioso alumbramiento de una sociedad mejor.*

III. *Nosotros podemos acelerar, por así decirlo, el curso de la historia. El «Venid a vosotros el reino de Dios» (Mt. 6,10) de nuestra oración cotidiana está condicionado en su cumplimiento por nuestra leal cooperación.*

- A. *No con una revolución sangrienta, que acelere los acontecimientos; no favoreciendo el desarrollo hipertrófico de un capitalismo en trance de devorarse a sí mismo.*
- B. *Nuestra revolución ha de ser producto de una efusión de caridad inagotable y de un avance constante de la justicia social.*
 - a) *Cada uno en la medida de sus posibilidades procure realizar el reino de Jesucristo en sí mismo por la justicia y el amor.*
 - b) *Cada cual en la medida de sus fuerzas llévelos a la vida temporal de la sociedad.*

- c) *Y esa marcha inevitable de la sociedad hacia una organizaciôn mäs justa y mäs cristiana, lejos de conseguirse a costa de convulsiones y sujrimientos, serâ mäs bien una pacifica peregrinaciôn—llena de renunciamentos si se quiere—hacia el reinado de Jesucristo en la sociedad.*

18

Cristo estâ en los pobres

- I. *«He aqui el Cordero de Dios».*
 - A. *Dos aspectos de la misiôn del Precursor.*
 - a) *Préparer el camino por donde el Seüor ha de Hegar a las aimas.*
 - b) *Y mostrarles donde esta Jesucristo, para que, conociéndole, le reciban.*
 - B. *Nos ocupamos aqui de este ultimo aspecto.*
 - a) *Sucede muchas veces que Jesucristo, aun viviendo constantemente en medio de la sociedad, es el gran desconocido.*
 - b) *Juan llegarâ un momento en que lo mostrarâ abiertamente al pueblo: «He aqui el Cordero de Dios» (Io. 1,29).*
 - c) *Y su testimonio sera solemnemente confirmado por el del Padre celestial: «Este es mi Hijo muy amado...» (Mt. 3,17).*
- II. *El conocimiento de Cristo tiende a comunicarse a los demás.*
 - A. *Hay como una intima exigencia en el aima que descubriô a Jesucristo de hacer a todos participes de su hallazgo. Cuândo el fuego de Cristo se enciende en su aima, no puede menos de transmitirse a los demás.*
 - B. *El vino a traer «fuego a la tierra, y quiere precisamente que arda» (Le. 12,49). Y la vida eterna consiste en eso: En «que te conozcan a Tl, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Io. 17,3).*
- III. *Jesucristo sigue siendo el gran desconocido. Aun para los cristianos de nuestro tiempo. Con razôn hemos insistido—y volveremos a insistir—en la necesidad de dar testimonio de Jesucristo. Aqui conviene advertir una verdad profunda y misteriosa: tanto mäs nuestra vida serâ un testimonio vivo de Jesticristo ante el resto de los hombres, cuanto mäs sepamos ver nosotros mismos a Cristo en nuestros hermanos. Hoy, como en tiempos*

de Juan, es cierto que «esta en medio de nosotros» (lo. 26) Aquel que nos es desconocido.

IV. *tDonde está Jesucristo?*

A. Diríase que nos rodea por todas partes en la vida social.

- a) *Para el marido, esta en su esposa; para la esposa, en su marido. «Gran misterio es este, pero entendido de Cristo y de la Iglesia» (Eph. 5.32). Y toda la fuerza y ejicacia dei sacramento del matrimonio que habéis recibido los esposos está en ver a Cristo en aquel con quien formais una imagen viva del Cuerpo Mistico de Jesucristo.*
- b) *Para el padre y la madre, Cristo está en el hijo que Dios les ha dado. Y toda la grandeza de vuestra paternidad está en ver a Jesucristo en el alma de vuestros hijos y en hacer que su imagen viva aparezca cada vez más claramente en ellos por una cristiana education. «Hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Gai. 4,19).*
- c) *Para el gobemante y, en general, para el que manda, Cristo está en el súbdito. Para el subdito, Cristo esta en la autoridad, a quien debe amor y obediencia...*

B. Pero de todo ello habremos de hablar a lo largo del afio litúrgico. Conviene aqui insistir tan solo en dos formas concretas en que se nos manifiesta Cristo, estrechamente relacionadas entre si: en los pobres y en los trabajadores.

- a) *Cristo está en los pobres. Al decir pobres nos rejerimos a cuantos viven necesitados, desamparados y desposeidos de cualquier bien. Al que carece de lo suficiente para vivir. Al que con su trabajo no logra un minimo de vida digna. Al que se alberga en viviendas inhospitas, pequenas y de dijicil moralidad. En una palabra, al moderno proletario, que, si no es miserable, es ciertamente necesitado (cf. «Rer. Nov.», 27).*
- b) *Muchas veces nos lo han advertido los Papas. Los pobres llevan impresa en su alma, como cualquier otro hombre, la imagen de Dios (cf. p. 384, bb Retibieron la misma dignidad humana, que tes hace superiores a todas las demás criaturas. Por ellos se entregô Jesucristo a la muerte, a fin de entregarles el fruto divino de su redenciôn. E' m smo Jesucristo quiso hacerse pobre (cf. p. 396.a). Y tuvo especial predilection para con los pobres. Por eso la Iglesia siempre ha visto a Jesucristo en los pobres (cf. p. 396,b).*
- c) *Jesucristo esta también en los trabajador^s. Precisamente para que el trabajador fuera otro Cristo, Cristo quiso hacerse trabajador (cf. p. 397o. Y, al hacerse hombre, quiso cforificar al trabajador y al mismo trabajo (cf. p. 397,d), que queda así penetrabo por la gracia de Jesucristo redentor (cf. p. 397,e). De aqui las exhortationes de los Papas para que veamos en los obreros a otros Cristos necesitados (ci. p. 3981). Y al hablar de pobres y trabajadores, conviene notar*

como el Papa llama la atención sobre una clase de trabajadores mucho más olvidados: los trabajadores agrícolas (cf. p. 398,1), que, en nuestra Patna, constituyen la gran mayoría de la masa trabajadora.

- V. *Exhortaciôri. Para resolver el problema social, para dar a la sociedad un orden cristiano, es preciso que todos tratemos de ver a Cristo en nuestros prôjimos (cf. p. 398, h). Pero de un modo especial en los trabajadores y en los pobres. De su conocimiento nacerâ el amor, que nadie puede conocer a Cristo sin amarle. Y del amor ha de nacer la concordia y la paz social. El trato cristiano y cordial. Una de las senales del Mesias, deciamos el pasado domingo, era la de evangelizar a los pobres. El pobre es el gran abandonado. Pero es por ser el gran desconocido. Porque debajo de sus ropas toscas y desaseadas lleva escondida la imagen amable de Jesucristo redentor. Y a los que ahora sepan descubrir a Jesucristo alli escondido, en el fin de los tiempos se les dard a conocer claramente en la persona de sus pobres.*

19

La sinceridad

I. *La virtud de la sinceridad.*

A. *En Juan.*

- a) *Que confesô la verdad. Hay en la figura de Juan una ejemplaridad inagotable. Sus palabras y sus obras, observadas a través de un criteria social, pueden dar pâbulo a muchas consideraciones. Fijêmonos en una cualidad que se destaca en el evangelio de hoy: «El confesô y no negô». Confesô: «No soy yo el Mesias». Confesô la verdad, sin desvirtuarla. Confesô precisamente la verdad, por la que sus interlocutores estaban interesados. Y pudo sin mentir haber dado una contestation evasiva. He aqui una virtud bdsica en la vida social. Uno de los fundamentos más sôlidos de un orden cristiano (cf. p. 399,1).*
- b) *En todo momento. En todo momento resplandeciô la sinceridad de Juan.*
 1. *En esta ocasiôn negô ser él el Cristo aun sabiendo que le habría de acarrear la sep^araclôn de muchos discipulos. Pero él mismo nos dice que es conveniente que Cristo crezca y él disminuya. Juan no es más que «voz del que clama en el desierto». preparando los caminos del Señor.*

2. En otras ocasiones le hemos visto predicando verdades amargas a los escribas y fariseos, a soldados y publicanos, a ricos y a pobres. Sabla que aquéllas verdades habían de parecer duras a quienes las escuchaban. Pero Juan no era una caña agitada por el viento. Juan era todo un carácter, y jamás vaciló en proclamar la verdad. Juan es veraz por estas dos razones: porque es humilde, y la humildad, según Santa Teresa, es «andar en verdad» (cf. p. 358, A, a; y porque es un hombre de carácter.
- B. En Jesucristo. Es virtud esencialmente cristiana (cf. sec. 7? XI). Jesucristo vino al mundo para dar testimonio de la verdad (Io. 18,37). Él fue quien legó la verdad a su Iglesia como su más precioso patrimonio (cf. p. 387, a) e hizo del servicio a la verdad un precepto fundamental en el reino por Él establecido (cf. p. 387, b).
 - C. En la Iglesia. Por eso la Iglesia, por encima de toda consideración humana, proclama ante el mundo la verdad (cf. p. 383, e). Incluso cuando se trata de problemas que afectan al orden social, cuyas bases fundamentales han de ser profundamente cristianas (cf. p. 390, l).
- II. *Dos contrastes ofrece nuestro tiempo con esta conducta de Juan, de Cristo y de la Iglesia.*
- A. El primero, la falta de sinceridad cuando se trata de formar la opinión pública de los pueblos, verdadero estigma de la época en que vivimos (cf. p. 391, m). Diríase que un designio satánico allenta muchas veces en algunos dirigentes sociales. Porque la mentira es propia del diablo (*porque él es mentiroso y padre de la mentira*, Io. 8,44). Verdaderos lobos disfrazados de ovejas, siembran la mentira entre el pueblo (cf. p. 392, n), y tratan así de cercenar el uso de las más justas libertades (cf. p. 392, o).
 - B. La segunda contradicción la ofrece la falta de fidelidad a la palabra dada a los convenios libremente concertados, verdadero corrosivo de la tranquilidad y de la paz social e incluso Internacional. Insinceridad en los acuerdos estipulados con la Iglesia (cf. p. 391, ll). Insinceridad en los convenios firmados con otros Estados, especialmente aquellos que ponen en relación a pueblos poderosos con otros débiles (cf. p. 390, j).
- HL *Nadie diga que la Iglesia calla ante estos abusos.*
- A. En el primer aspecto, la Iglesia se opone siempre al error y a la falsedad. Sabe muy bien que su

primer deber es dar testimonio de la verdad, denunciando el error dondequiera se encuentre (cf. p. 388, c). Lo hace siempre con caridad, porque sabe también que esta virtud, junto con la verdad y la justicia, constituyen el fundamento mismo del reino de Jesucristo (cf. p. 387, b). Pero no vacila en condenar a los sembradores de mentiras (cf. p. 392, h) ni cesa de exhortar a los sacerdotes para que desenmascaren ante el pueblo cualquier error que surja y le ofrezcan siempre toda la verdad (cf. p. 388, d).

En el segundo aspecto, la Iglesia no duda en afirmar que la fidelidad a lo pactado es una de las bases fundamentales de un orden social, si se quiere que sea justo y estable (cf. p. 390, j). Ella misma se ofrece como ejemplo de fidelidad absoluta a lo convenido con los Estados (cf. 391, 11). Más todavía: para que la fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones libremente adquiridas no esté constantemente expuesta a la insinceridad de los Estados, reconoce que es necesario crear instituciones capaces de garantizarla incluso coactivamente si fuera necesario (cf. p. 390, k).

La Iglesia afirma que sólo una garantía sólida puede asegurar la sinceridad en las palabras o en los contratos: el imperio de una conciencia recta sólidamente apoyada sobre la fe en Dios (cf. p. 390, l). Cuando esa fe existe, ella ilumina la conciencia de nuestra responsabilidad moral. Porque la fe es el fundamento sobre el cual se edifica la humildad. de una parte, y de otra, el verdadero carácter. Y ambas son garantía de una sinceridad completa.

20

El cristiano, precursor de Cristo en nuestra sociedad

I. *La grandeza de Juan se deriva de su relación con Cristo.*

- A. El pasado domingo eran los judíos, enviados por Juan, quienes preguntaban a Jesucristo por su verdadera personalidad. Jesucristo respondió con el testimonio de sus obras. Hoy son también ellos los que preguntan al propio Juan: «¿Tú quién eres?» Y Juan responde sinceramente: «Yo soy la voz del que da-

ma en el desierto: enderezad el camino del Señor» (Io. 1,28).

B. Que pensaban de Juan sus contemporâneos, cabe descubrirlo en las propias palabras del Bautista.

- a) *Muchos le creían el Mesías prometido. Los más exaltados entre sus discípulos corren esta voz entre el pueblo.*
- b) *Otros desconjían de él, porque esperan un caudillo guerrero que libre a Israel de la opresión romana, y en Juan no acaban de descubrirlo.*

C. Pero Juan es hijo de Zacarías, venerado y admirado por el pueblo, y no conviene ofenderle públicamente.

- a) *Por eso, cuando los levitas y sacerdotes de Jerusalén envían algunos judíos para interrogarle, su pregunta es perfectamente inocente: «c. Tú quién eres?»*
- b) *Juan, que comprende la intención, contesta más bien a lo que aquéllos no han dicho: «Yo no soy el Cristo, ni Elías, ni el profeta». Soy, simplemente, «voz del que clama: enderezad el camino...»*
- c) *Su humildad le lleva a manifestarse insignificante. ¿Por qué? Porque está en medio del pueblo Aquel a quien él no es digno de desatar la correa del zapato. Esta humildad, que le sitúa en su verdadera posición con respecto a Jesucristo, es su mayor timbre de gloria. Jesucristo hará de él su elogio más cumplido: «Entre los natos de mujer, no ha parecido uno mayor que Juan el Bautista» (Mt. 11,11).*

D. ¿De dónde le viene a Juan esta grandeza? De su especial relación con Jesucristo. He aquí la fuente de mayor dignidad para un cristiano. Juan pudo contestar con verdad: «Yo soy un profeta... Yo soy el caudillo del pueblo... El reformador de esta sociedad corrompida... El maestro de la moral...» Y, sin embargo, solo encuentra digno de ser tenido en cuenta aquello que le relaciona con Jesucristo; su calidad de Precursor.

II. La grandeza de un cristiano tiene el mismo origen.

A. Para un cristiano, toda su grandeza le viene de su íntima relación con Dios, a través de Jesucristo, por la gracia.

- a) *Grandes como vivientes, porque nuestra naturaleza nos hace superiores a todo lo creado. Grandes como racionales, porque con nuestro espíritu somos capaces de dominar a toda la creación (cf. p. 384,a). Grandes porque en nuestra alma está impresa la imagen y semejanza de Dios (cf. p. 384, bk)*
- b) *Pero, por encima de esta grandeza, la mayor dignidad le viene al hombre de su relación con Dios: en cuanto participa de la vida divina por la gracia de Jesucristo (cf. p. 384, c); en cuanto por ella es hecho hijo verdadero de Dios (cf. p. 385, e); en cuanto mediante ella tiene al mismo Dios como fin último y felicidad total (cf. p. 384,d y 386f): en cuanto el pleno desarrollo de*

su perfecciôn, lo alcanza por la perfecta semejanza y union con Dios (cf. p. 385. f y g).

B. En cuanto vive en sociedad, hay también una especial relaciôn entre Dios y el cristiano.

- a) *Dios coloca al hombre en el seno de la sociedad, asignándole en ella una misiôn concreta, no solo en el orden sobrenatural (cf. p. 386,i), sino incluso en el orden temporal (cf. p. 386,j). Mediante su cumplimiento, contribuye al bien de todos los demás miembros de la sociedad (cf. p. 387,k). Diríase que, de alguna manera, Dios le hizo instrumento, representante suyo, para comunicar por su medio a los demás hombres ciertos bienes, y alcanzar así el bien común (cf. p. 387,l).*
- b) *Es precisa que el pueblo vea a Cristo en los cristianos. Y ha de verlo precisamente porque realizan las obras de Cristo. Pero hay que decir también: tanto vales cuanto tienes de Cristo. Y tienes de Cristo su propia vida por la gracia y una vocaciôn personal que ■te ordena el bien de tus hermanos. Fuera de esto, nada valemos. Piensa que tus obras serán las de Cristo en la medida que te des cuenta de que El te senalô una misiôn concreta en su nombre. Cumplirla fielmente es tu mayor grandeza. Es dar testimonio de Jesucristo. Es preparar sus caminos en muchas aimas. Es hacer que le encuentren tantos que andan buscándole. Es edificar el Cuerpo místico.*

PREDICACION DEL BAUTISTA

Cuarto domingo de Adviento

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. EPISTOLA

(1 cor. 4,1-5)

1 Sic nos existimet homo ut ministros Christi: et dispensatores mysteriorum Dei.

2 Hic iam quaeritur inter dispensatores ut fidelis quis inveniatur.

3 Mihi autem pro minimo est ut a vobis iudicer, aut ab humano die: sed neque meipsum iudico.

4 Nihil enim mihi conscius sum: sed non in hoc iustificatus sum: qui autem iudicat me, Dominus est.

5 Itaque nolite ante tempus indicare, quoadusque veniat Dominus: qui et illuminabit abscondita tenebrarum et manifestabit consilia cordium: et tunc laus erit unicuique a Deo.

1 Es preciso que los hombres vean en nosotros ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.

2 Por lo demas, lo que en los dispensadores su busca es que sean fieles.

3 Cuanto a mi, muy poco se me da ser juzgado por vosotros o de cualquier tribunal humano, que ni aun a mi mismo me juzgo.

4 Es cierto que de nada me arguye la conciencia, mas no por eso me creo justificado; quien me juzga es el Señor.

5 Tampoco, pues, juzguéis vosotros antes de tiempo, mientras no venga el Señor, que iluminara los escondrijos de las tinieblas y hara manifestos los propositos de los corazones, y entonces cada uno tendra la alabanza de Dios.

(Lc. 3,1-Cj)

1 Anno autem quintodccimo imperii Tiberii Caesaris, procurante Pontio Pilato iudaeam, tetrarcha autem Galilaeae Herode, Philippo autem fratre eius tetrarcha Ituraeae, et Trachonitidis regionis, et Lysania Abilinae tetrarcha,

2 sub principibus sacerdotum Anna, et Caipha: factum est verbum Domini super Ioannem, Zachariae filium, in deserto.

1 El año quintodccimo del imperio de Tiberio Cesar, siendo gobernador de Judca Poncio Pilato, tetrarca de Galilea Herodes, y Lisania tetrarca de Abilene.

2. bajo el pontificado de Anas y Cai-fás, fué dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarias, en el desierto.

- 3 Y vino por toda la região del Jor-
dan predicando el bautismo de peniten-
cia en remisião de los pecados.

4 Segûn esta escrito en el libro de los
orâculos del profeta Isaías: Voz del que
grita en el desierto: Preparad el camino
del Senor, enderezad sus sendas.

5 Todo barranco será rellenado, y todo
monte y collado allanado, y los caminos
tortuosos rectificados, y los âsperos igua-
lados.

6 Y toda carne verá la salud de Dios.
- 3 Et venit in omnem regionem
Iordanis, praedicans baptismum poe-
nitentiae in remissionem peccato-
rum,

4 sicut scriptum est in Libro ser-
monum Isaiae prophetae: Vox cla-
mantis in deserto: Parate viam Do-
mini: rectas facite semitas eius:

5 Omnis vallis implebitur: et
omnis mons, et collis humiliabitur:
et erunt prava in directa: et aspera
in vias planas:

6 et videbit omnis caro salutare
Dei.

III. TEXTOS CONCORDANTES

A) Mt . 3,1-3

- 1 En aquellos dias apareció Juan el
Bautista predicando en el desierto de Ju-
dea,

2 diciendo: Arrepentios, porque el rei-
no de los cielos esta cerca.

3 Este es aquel de quien habló el pro-
feta Isaías cuando dijo: Voz dei que cla-
ma en el desierto: preparad el camino del
Senor, haced rectas sus sendas.
- 1 In diebus autem illis venit
Ioannes Baptista praedicans in de-
serto Iudaeae,

2 et dicens: Poenitentiam agite;
appropinquavit enim regnum caelo-
rum.

3 Hic est enim, qui dictus est
per Isaiam prophetam dicentem:
Vox clamantis in deserto: Parate
viam Domini: rectas facite semitas
eius.

B) Mc. 1,1-5

- 1 Principio del evangelio de Jesucristo, |
Hijo de Dios.

2 Como está escrito en el profeta |
Isaias. He aquí que envío delante de ti |
mi ângel, que preparara tu camino.

3 Voz de quien grita en el desierto: |
Preparad el camino del Senor, enderezad |
sus senderos.

4 Apareció en el desierto Juan el Bau- |
tista, predicando el bautismo de peniten- |
cia para remisião de los pecados.

5 Acudian a él de toda la região de |
Judea, todos los moradores de Jerusalén. |
y se hacian bautizar por él en el rio Jor- |
dân, confesando sus pecados.
- i Initium Evangelii Iesu Christi,
Filii Dei.

2 Sicut scriptum est in Isaia pro-
pheta: Ecce ego mitto angelum
meum ante faciem tuam, qui prae-
parabit viam tuam ante te.

3 Vox clamantis in deserto: Pa-
rate viam Domini, rectas facite se-
mitas eius.

4 Fuit Ioannes in deserto bapti-
zans, et praedicans baptismum poe-
nitentiae in remissionem peccatorum.

5 Et egrediebatur ad eum om-
nis Iudaeae regio, et Ierosolymita
universi, et baptizabantur ab illo in
Iordanis flumine, confitentes pecca-
ta sua,

IV. TEXTOS COMPLEMENTARIOS

A) Lc. 3,7-17

7Dicebat ergo ad turbas quae exhibant ut baptizarentur ab ipso: Genimina viperarum, quis ostendit vobis fugere a ventura ira?

8Facite ergo fructus dignos poenitentiae, et ne coeperitis dicere: Patrem habemus Abraham. Dico enim vobis quia potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae.

9 Iam enim securis ad radicem arborum posita est. Omnis ergo arbor non faciens fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.

10Et interrogabant eum turbae, dicentes: Quid ergo faciemus?

11Respondens autem dicebat illis: Qui habet duas tunicas, det non habenti: et qui habet escas, similiter faciat.

12Venerunt autem et publicani ut baptizarentur, et dixerunt ad illum: Magister, quid faciemus?

13At ille dixit ad eos: Nihil amplius, quam quod constitutum est vobis, faciatis.

14. Interrogabant autem eum et milites, dicentes: Quid faciemus et nos? Et ait illis: Neminem concutatis, neque calumniam faciatis: et contenti estote stipendiis vestris.

15Existimante autem populo, et cogitantibus omnibus in cordibus suis de Ioanne, ne forte ipse esset Christus:

16 respondit Ioannes, dicens omnibus: Ego quidem aqua baptizo vos: veniet autem fortior me, cuius non sum dignus solvere corrigiam calceamentorum eius: ipse vos baptizabit in Spiritu Sancto et igni:

17cuius ventilabrum in manu eius, et purgabit aream suam, et congregabit triticum in horreum suum, paleas autem comburet igni inextinguibili.

7Decia, pues, a las muchedumbres que venian para ser bautizadas por él: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que llega?

8Haced, pues, frutos de penitencia y no andéis diciéndoos: Tenemos por padre a Abraham. Porque yo os digo que puede Dios sacar de estas piedras hijos de Abraham.

9Ya el hacha esta puesta a la raíz del árbol: todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

10 Las muchedumbres le preguntaban: (¿Pues qué hemos de hacer?

11El respondia: El que tiene dos túnicas dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentas haga lo mismo.

12 Vinieron también publicanos a bautizarse y le decian: Maestro, ¿Qué hemos de hacer?

13 Y les contestaba: No exigir nada fuera de lo que está tasado.

14 Le preguntaban también los soldados: Y nosotros, ¿qué hemos de hacer? Y les respondia: No hagáis extorsión a nadie ni denunciéis falsamente y contentaos con vuestra soldada.

15 Hallándose el pueblo en ansiosa expectación y pensando todos entre sí de Juan si sería él el Mesías,

16 Juan respondiô a todos, diciendo: Yo os bautizo en agua, pero llegando está otro más fuerte que yo, a quien no soy digno de soltarle la correa de las sandalias; El os bautizará en el Espíritu Santa y en fuego.

17 En su mano tiene el biello para bieldar la era y almacenar el trigo en su granero, mientras la paja la quemará con fuego inextinguible.

B) Mt. 3,4-12

4 Juan iba vestido de pelo de camello, llevaba un cinturôn de cuero a la cintura y se alimentaba de langostas y miel silvestre.

5 Venian a él de Jerusalén y de toda Judea y toda la region del Jordan,

6 y eran por él bautizados en el rio Jordan y confesaban sus pecados.

7 Como vicia a muchos saduceos y fariseos venir a su bautismo, les dijo: Raza de viboras, ¿quién os enseñô a huir de la ira que os amenaza?

8 Haced frutos dignos de penitencia,

9 y no os forjéis ilusiones diciéndoos: Tenemos a Abraham por padre. Porque yo os digo que Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abraham.

10 Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego.

11 Yo, cierto, os bautizo en agua para penitencia; pero detrás de mí viene otro más fuerte que yo, a quien no soy digno de llevar las sandalias; El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego.

12 Tiene ya el bieldo en su mano y limpiará su era y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en fuego inextinguible.

4 Ipse autem Joannes habebat vestimentum de pilis camelorum, et zonam pelliceam circa lumbos suos: esca autem eius erat locustae, et mei silvestre.

5 Tunc exhibat ad eum Ierosolyma, et omnis Iudaea, et omnis regio circa Iordanem;

6 et baptizabantur ab eo in Iordane, confitentes peccata sua.

7 Videns autem multos Pharisaeorum, et Saducaeorum venientes ad baptismum suum, dixit eis: Progenies viperarum, quis demonstravit vobis fugere a ventura ira?

8 Facite ergo fructum dignum poenitentiae.

9 Et ne velitis dicere intra vos: Patrem habemus Abraham. Dico enim vobis quoniam potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae.

10 Iam enim securis ad radicem arborum sita est. Omnis ergo arbor, quae non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.

11 Ego quidem baptizo vos in aqua in poenitentiam: qui autem post me venturus est, fortior me est, cuius non sum dignus calceamenta portare; ipse vos baptizabit in Spiritu Sancto, et igni.

12 Cuius ventilabrum in manu sua: et permundabit aream suam: et congregabit triticum suum in horreum, paleas autem comburet igni inextinguibili.

C) Mc. 1,6-8

6 Llevaba Juan un vestido de pelos de camello y un cinturôn de cuero cenial cameli, y se alimentaba de langostas y miel silvestre. En su predicación les enseñaba y les predicaba diciendo:

7 Tras de mí viene uno más fuerte que yo, ante quien no soy digno de pos-

6 Et erat Ioannes vestitus pilis camelis, et zona pellicea circa lumbos eius, locustas, et mel silvestris edebat. Et praedicabat dicens:

7 Venit fortior me post me: cuius non sum dignus procumbens

solvere corrigiam calceamentprumi trarme para desatar la correa de sus sandalias.

8 Ego baptizavi vos aqua, ille 8 Yo os bautizo en agua, pero El os vero baptizabit vos Spiritu Sancto, bautizara en el Espiritu Santo.

V. OTROS TEXTOS DE LA ESCRITURA ALUSIVOS A LA PENITENCIA

En consonancia con los pasajes de Santos Padres y otros autores recogidos en torno a este cuarto domingo de Adviento, seleccionamos los textos de la Escritura más importantes relacionados con la penitencia.

A) Arrepentimiento y perdón

Et reversus fueris ad eum, et Te conviertas a Yavé tu Dios, obedieris eius imperiis, sicut ego dezas su voz conforme a todo lo que hodie praecipio tibi, cum filiis tuis, yo te mando hoy, tu y tus hijos, con in toto corde tuo, et in tota anima tua (Deut. 30,2).

15Dixeruntque filii Israel ad Dominum: Peccavimus, redde tu Hemos pecado, castíganos como quieras, nobis quidquid tibi placet: tantum pero libranos ahora.

16Quae dicentes, omnia de finibus suis alienorum deorum idola Quitaron de en medio de ellos los proiecerunt, et servierunt Domino dioses extrarios y sirvieron a Yavé, que Deo: qui doluit super miseriis eorum no pudo soportar la aflicción de Israel. (Id. 10,15-16).

Ait autem Samuel ad universam Dijo, pues, Samuel: Si de todo coram domum Israel dicens: Si in toto zón os convertis a Yavé, quitad de en corde vestro revertimini ad Dominum, auferte deos alienos de medio de vosotros los dioses extrarios y vestri, Båalim et Astaroth; et Ils astartés; enderezad vuestro corazón praeparate corda vestra Domino a Yavé y servidle solo a El, y El os librate de las manos de los filisteos. et servite ei soli, et eruet vos de manu Philisthim (i Reg. 7,3).

B) Penitencia de David

29Porro triumphator in Israel 29 Y el esplendor de Israel no se non parcat, et poenitentia non doblegara, no se arrepentirá, pues no es flectetur: neque enim homo est ut un hombre para que se arrepienta. agat poenitentiam.

30At ille ait: Peccavi; sed nunc 30 Saúl dijo: He pecado; pero honora me coram senioribus populi mei, et coram Israel, et reverame ahora, te lo ruego, en presencia de los ancianos de mi pueblo y en presencia

de Israel, y ven conmigo a adorar a Yavé, tu Dios.

13 David dijo a Natan: He pecado contra Yavé. Y Natan dijo a David: Yavé te ha perdonado tu pecado. No morirás.

16 Entonces rogô David a Dios por el nifio y ayunô y se recogio, pasando las noches acostado en tierra.

10 David sintiô latir su corazôn cuando hul hecho el censo del pueblo, y dijo a Yavé: He pecado gravemente al hacer esto. Ahora, joh Yavé!, perdona, te ruego, la iniquidad de tu siervo, pues he obrado como un insensato.

17 A la vista del ângel que hen'a al pueblo, dijo David a Yavé: Yo hc pecado; pero éstos, las ovejas, ^qué han hecho? Caiga tu mano sobre mi y sobre la casa de mi padre.

tere mecum, ut adorem Dominum Deum tuum (i Reg. 15-29-30).

13 Et dixit David ad Nathan: Peccavi Domino. Dixitque Nathan ad David: Dominus quoque transtulit peccatum tuum: non morieris.

16 Deprecatusque est David Dominum pro parvulo: et ieunavit David ieiunio, et ingrcsus seorsum iacuit super terram (2 Reg. 12,13 y 16).

10 Percussit autem cor David cum, postquam numeratus est populus: et dixit David ad Dominum: Peccavi valde in hoc facto: sed precor, Domine, ut transferas iniquitatem servi tui, quia stulte egi nimis.

17 Dixitque David ad Dominum, cum vidisset angelum cadentem populum: Ego sum qui peccavi, ego inique egi: isti qui oves sunt, quid fecerunt? vertatur, obsecro, manus tua contra me, et contra domum patris mei (2 Reg. 24,10 y J7).

C) Plegaria de Salomon

33Cuando tu pueblo Israel cayere ante sus enemigos, por haber pecado contra ti, y vueltos a ti confiesen tu nombre y oren, y te rueguen, y te supliquen en esta casa,

34 ôyclos tu en los cielos, y perdona el pecado de tu pueblo Israel, y restituyelos a la tierra que diste a sus padres.

46Si hubieren pecado contra ti, pues no hay hombre que no peque, y estuvieres tù airado contra ellos, y los entregares al enemigo, para que los cautive y lleve a tierra enemiga, lejana o cercana;

47 si ellos vuelven en si en la tierra de su cautividad, y, convertidos a ti, te suplican en la tierra adonde los llevaren, y dicen: Hemos pecado. hemos hecho el mal, hemos cometido impiedad.

33Si fugerit populus tuus Israel inimicos suos (quia peccaturus est tibi) et agentes poenitentiam, et confitentes nomini tuo, venerint et oraverint, et deprecati te fuerint in domo hac;

34exaudi in caelo, et dimitte peccatum populi tui Israel, et reduces eos in terram, quam dedisti patribus eorum.

46Quod si peccaverint tibi (non est enim homo qui non peccet) et iratus tradideris eos inimicis suis, et captivi ducti fuerint in terram inimicorum, longe vel prope,

47et egerint poenitentiam in corde suo in loco captivitatis, et conversi deprecati te fuerint in captivitate sua dicentes: Peccavimus, inique egimus, impie gessimus:

49 exaudies in caelo, in firmamento solii tui, orationes eorum et preces eorum, et facies iudicium eorum (3 Reg. 8,33-34 Y 46'47-49).

49 oyc en los cielos, en la habitación de tu morada, su oración y su súplica y hazles justicia.

D) Penitencia de los reyes de Judá

Iosaphat autem timore perterritus, totum se contulit ad deprecandum Dominum, et praedicavit ieiunium universo Iuda (2 Par. 20,3).

En su temor, se dispuso Josafac a buscar a Yavé, y promulgó un ayuno para todo Judá.

12 Qui (Manasses) postquam coangustatus est, oravit Dominum Deum suum: et egit poenitentiam valde coram Deo patrum suorum.

12 Cuando se vio en la angustia, oró a Yavé, humillándose grandemente ante el Dios de sus padres.

13 Deprecatusque est eum, et obsecravit intente: et exaudivit orationem eius, reduxitque eum Ierusalem in regnum suum, et cognovit Manasses quod Dominus ipse esset Deus (2 Par. 33,12-13).

13 Gimió y le dirigió instantes supplicas y fué atendido, pues oyó su oración y le volvió a Jerusalén, a su reino. Entonces conoció Manasés que Yavé es Dios.

26 Ad regem autem Iuda (Iosaphat), qui misit vos pro Domino deprecando, sic loquimini: Haec dicit Dominus Deus Israel: Quoniam audisti verba voluminis,

26 Pero decid al rey de Judá, que os ha mandado a consultar a Yavé: Así habla Yavé, Dios de Israel, acerca de las palabras que has oído:

27 atque emollitum est cor tuum, et humiliatus es in conspectu Dei super his, quae dicta sunt contra locum hunc, et habitatores Ierusalem, reveritusque faciem meam, scidisti vestimenta tua, et flevisti coram me; ego quoque exaudivi te, dicit Dominus (2 Par. 34-26-27).

27 Por haberse conmovido tu corazón y haberte humillado ante Dios al oír sus palabras contra este lugar y contra sus habitantes; porque has rasgado tus vestiduras y has llorado ante Yavé, también yo he oído, dice Yavé.

E) Otros ejemplos de penitencia

Convertimini itaque, peccatores, et facite iustitiam coram Deo, credentes quod faciat vobiscum misericordiam suam (Tob. 13,8).

Converties, pecadores, y practicad la justicia dolante de él; quizá tenga misericordia de nosotros.

8 Et clamavit omnis populus ad Dominum instantia magna, et humiliaverunt animas suas in ieiuniis et orationibus, ipsi et mulieres eorum.

8 Y clamó al Señor todo el pueblo con grande instancia y humillaron sus almas con ayunos, y oraciones, ellos y sus mujeres.

9 Et induerunt se sacerdotes ciliciis, et infantes prostraverunt

9 Y los sacerdotes se vistieron de cilicios, y a los niños los postraron por tic-

rra delante del templo del Seior, y cubricron de cilicio el altar del Senor.

contra faciem templi Domini, et altare Domini operuerunt cilicio (Judith 4,8-9).

F) SENTENCIAS DEL LIBRO DE JOB

Si humillandote te vuelves al Omnipotente y alejas de tu tienda la iniquidad, seras de nuevo restaurado.

Si reversus fueris ad Omnipotentem, aedificaberis, et longe facies iniquitatem a tabernaculo tuo (Job 22,23).

Diôlc Dios lugar de penitencia, y él abusa de esto para soberbia: mas los ojos de él están en sus caminos.

Dedit ei Deus locum poenitentiae et ille abutitur eo in superbiam: oculi autem eius sunt in viis illius (Job 24,23).

6 Por esto yo me reprendo a mi mismo, y hago penitencia en pavesa y ceniza.

6 Idcirco me reprehendo et agnoscitur in favilla et cinere.

10 Yavé restableció a Job en su estado, después de haber él rogado [sus amigos, y acrecentó Yavé hasta el duplo todo cuanto antes poseyera.

10 Dominus conversus est ad poenitentiam Job, cum oraret ille pro amicis suis. Et addidit Dominus omnia quaecumque fuerant Job duplicata (Job 42,6 y 10).

G) En los Salmos

Consumido estoy a fuerza de gemir, todas las noches inundo mi lecho y con mis lágrimas humedezco mi estrado.

Laboravi in gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum: lacrymis meis stratum meum rigabo (Ps. 6,7).

5 Pero te confesé mi pecado y te descubri mi iniquidad. Dije: Confesaré a Yavé mi pecado, y tú perdonaste mi iniquidad.

5 Delictum meum cognitum tibi feci: et iniustitiam meam non abscondi. Dixi: Confitebor adversum me iniustitiam meam Domino: et tu remisisti impietatem peccati mei (Ps. 31,5).

3 Apíadate de mí, ¡oh Dios!, según tus piedades. Según la muchedumbre de tu misericordia borra mi iniquidad.

3 Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam. Et secundum multitudinem miserationum **tuarum** dele iniquitatem meam.

4 Lavante más y más de mi iniquidad y límpiame de mi pecado.

4 /Amplius lava me ab iniquitate mea et a peccato meo munda me.

5 Pues reconozco mis culpas y mi pecado está siempre ante mí.

5 Quoniam iniquitatem meam ego cognosco; et peccatum meum contra me est semper.

6 Contra ti, solo contra ti he pecado. he hecho lo malo a tus ojos para que

6 Tibi soli peccavi et malum coram te feci: ut justificeris in ser-

monibus tuis et vincas cum iudicaris (Ps. 50,3-6). sea reconocida la justicia de tus palabras y seas vencedor en el juicio.

4Deus, converte nos: et ostende faciem tuam, et salvi erimus. 4 ¡Oh Dios, restauranos, haz esplender tu rostro y seremos salvos!

5Domine, Deus virtutum, quousque irasceris super orationem servi tui? (Ps. 79,4-5). 5 ¡Oh Yavé, Dios Scbaot! Hasta cuando seguiras desdenando la oración de tu pueblo?

H) EN LOS LIBROS SAPIENCIALES

Qui abscondit scelera sua non dirigitur: qui autem confessus fuerit, et reliquerit ea, misericordiam consequetur (Prov. 28,13). El que oculta sus pecados no prospera, el que los confiesa y se enmienda alcanzará misericordia.

Sed misereris omnium, quia omnia potes, et dissimulas peccata hominum propter poenitentiam (Sap. 12,10). Pero tienes piedad de todos, porque tú lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia.

Sed partibus iudicans dabas locum poenitentiae, non ignorans, quoniam nequam est natio eorum, et naturalis malitia ipsorum et quoniam non poterat mutari cogitatio illorum in perpetuum (Sap. 12,10). Pero castigandolos poco a poco, les diste lugar a penitencia, no ignorando que era el suyo un origen perverso, y que era ingénita su maldad, y que jamás se mudaría su pensamiento.

Dicentes: Si poenitentiam non egerimus, incidemus in manus Domini, et non in manus hominum (Eccli. 2,22). Diciendo: Si no hiciéremos penitencia, caeremos en las manos del Señor y no en las manos de los hombres.

28 Quam magna misericordia Domini et propitiatio illius convertentibus ad se! (Eccli. 17,28). 28 ¡Cuán grande es la misericordia del Señor y su piedad por los que se vuelven a él!

Quam bonum est correptum manifestare poenitentiam! sic enim effugies voluntarium peccatum (Eccli. 20,4). Bueno es que el corregido manifieste arrepentimiento. Así huirá del pecado voluntario.

Ipsa (losias) est directus divinitus in poenitentiam gentis, et tulit abominationes impietatis (Eccli. 49,3). Este tú es destinado por impulso divino a la conversión de la nación y quitó de en medio las abominaciones de la iniquidad.

I) En los profetas

18 Et venite, et arguite me, dicit Dominus: si fuerint peccata vestra ut coccinum, quasi nix dealbabo la (Isa. 1,18). 18 Venid y entendámonos, dice Yavé: Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarán blancos como la

nicve. Auuque fuescn rojos como ia piu pura, vendrian a ser como la lana blanca.

Por eso os esta esperando Yavé para haceros gracia; por eso se levanta para tener misericordia de vosotros, que es Yavé Dios justo, y cuantos se le acogen bon bienaventurados.

Volveos a mi y seréis salvos, confines todos de la tierra. Porque yo soy Dios y no hay otro.

Deje el impio sus caminos y el malvado sus pensamientos, y vuélvase a Yavé, que tendra de él misericordia; a nuestro Dios, que es rico en perdones.

Pero si este pueblo se convierte, arrepentido de la maldades, por las que yo le amenazaba, también yo me arrepiento del mal que habia determinado hacerle.

19 Después de mi defecciôn me he arrepentido: luego que entré en mi, berime el musio. Estoy confuso y avergonzado, Devo sobre mi el oprobio de mi mocedad.

Conviértenos a ti, joh Yavél, y nos convertiremos. Danos todavia dias como los antiguos.

21 Y si el malvado se retrae de su maldad y guarda todos mis mandamientos y hace lo que es recto y justo, vivirá y no morirá.

27 Y si el malvado se aparta de su iniquidad que cometiô y hace lo que es recto y justo, hara vivir su propia alma.

ii Diles: Por mi vida, dice el Senior, Yavé, que yo no me gozo en la muerte del impio, sino en que se retraiga de su camino y viva. Volveos, vuelveos de vuestros malos caminos: ¿Por qué os empeñais en morir, casa de Israel?

babuntur: et si fuerint rubra quasi vermiculus, velut lana alba erunt (Is. 1,18).

Propterea expectat Dominus ut misceatur vestri: et ideo exaltabitur parcens vobis: quia Deus iudicii Dominus; beati omnes qui expectant eum (Is. 30,18).

Convertimini ad me, et salvi eritis omnes fines terrae quia ego Deus et non alius (Is. 45,22).

Derelinquat impius viam suam, et vir iniquus cogitationes suas, et revertatur ad Dominum, et miserebitur eius, et ad Deum nostrum; quoniam multus est ad ignoscendum (Is. 55,7).

Si poenitentiam egerit gens illa a malo suo, quod locutus sum adversus eam: agam et ego poenitentiam super malo, quod cogitavi ut facerem ei (Is. 18,8).

19 Postquam enim convertisti me, egi poenitentiam: et postquam ostendisti mihi, **percussi** femur meum. Confusus sum et erubui, quoniam sustinui opprobrium adolescentiae meae (1er. 31,19).

Convertere nos, Domine, ad te, et convertemur: innova dies nostros, sicut a principio (Thren. 5,21).

21 Si autem impius egerit poenitentiam ab omnibus peccatis suis, quae operatus est, et custodierit omnia praecepta mea, et fecerit iudicium, et iustitiam: vita vivet et non morietur.

27 Et cum averterit se impius ab impietate sua, quam operatus est, et fecerit iudicium, et iustitiam: ipse animam suam vivificabit (Ez. 18,21 y 27).

ii Dic ad eos: Vivo ego, dicit Dominus Deus: nolo mortem impii, sed ut convertatur impius a via sua, et vivat. Convertimini, convertimini a viis vestris pessimis: et quare moriemini domus Israel?

14 Si autem dixero impio: Mor-
te morieris: et egerit poenitentiam
a peccato suo, feceritque iudicium
et iustitiam,

15 et pignus restituerit ille im-
pius, rapinamque reddiderit, in
mandatis vitae ambulaverit, nec fe-
cerit quidquam iniustum: vita vi-
vet, et non morietur.

16 Omnia peccata eius, quae
peccavit, non imputabuntur ei: iu-
dicium et iustitiam fecit, vita vivet
(Ez. 33,11 y 14-16).

13 Et scindite corda vestra, et
non vestimenta vestra, et conver-
timini ad Dominum Deum vestrum:
quia benignus et misericors est, pa-
tiens et multae misericordiae, et
praestabilis super **malitia** (loel
2-13).

8 Et operiantur saccis homines,
et iumenta, et clament ad Domi-
num in fortitudine, et convertatur
vir a via sua mala, et ab iniqui-
tate, quae est in manibus eorum.

10 Et vidit Deus opera eorum,
quia conversi sunt de via sua mala:
et misertus est Deus super malitiam
quam locutus fuerat ut faceret eis,
et non fecit (Ion. 3,8 y 10).

14 Y diciendo yo al impio: De cierto
moriras: Si él se convirtiere de su pecado,
e hiciere juicio y justicia;

15 si devolviere la prenda, restituyere
lo robado y caminar por los mandatos
de vida, no haciendo iniquidad," cierta-
mente vivirá, no morirá.

16 No se recordará ninguno de los
pecados que cometió; hizo juicio y justicia
y de cierto vivirá.

*

13 Rasgad vuestros corazones, no
vuestras vestiduras, y converties a Yavé,
vuestro Dios, que es clemente y miseri-
cordioso, tardo a la ira, grande en mi-
sericordias y que se arrepiente de castigar.

8 Cùbranse de saco hombres y anima-
les, y clamen a Dios fuertemente, y con-
viértase cada uno de su mal camino, de
la rapina de sus manos.

10 Vio Dios lo que hicieron, convir-
tiéndose de su mal camino, y arrepintién-
dose del mal que les dijo había de ha-
cerles y no lo hizo.

J) La penitencia evangélica

20 Tunc coepit exprobrare ci-
vitatibus, in quibus factae sunt plu-
rimae virtutes eius, quia non egis-
sent poenitentiam.

21 Vae tibi Corozain, vae tibi
Bethsaida: quia si in Tyro et Si-
done factae essent virtutes, quae
factae sunt in vobis, olim in cili-
cio et cinere poenitentiam egissent.

22 Verumtamen dico vobis: Ty-
ro et Sidoni remissius erit in die
iudicii, quam vobis (Mt. 11,20-
22).

Viri Ninivitae surgent in iudi-
cio cum generatione ista, et con-
demnabunt eam: quia poeniten-

20 Comenzô entonces a increpar a las
ciudades en que había hecho muchos mi-
lagros, porque no habían hecho peniten-
cia.

21 ¡Ay de ti, Corozain!, ¡ay de ti,
Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidôn
se hubieran hecho los milagros hechos en
ti, mucho ha que en saco y ceniza hu-
bieran hecho penitencia.

22 Así, pues, os digo que Tiro y Si-
dôn serán tratadas con menos rigor que
vosotros en el día del juicio.

Los ninivitas se levantarân el día del
juicio contra esta generaciôn y la conde-
narân; hicieron penitencia a la predica-

ción de Jonàs. y hay aquí algo más que Jonas.

Esta especie (de demonios) no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno.

Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: Antes de que cante el gallo me negaré tres veces; y saliendo fuera, lloró amargamente.

14 Después que Juan fue preso, vino Jesús a Galilea, predicando el Evangelio de Dios y diciendo:

15 Cumplido es el tiempo y el reino de Dios está cercano: arrepentíos y creed en el Evangelio.

Y no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores, a penitencia.

37Y he aquí que llegó una mujer pecadora que había en la ciudad, la cual, sabiendo que estaba en la mesa en casa del fariseo, con un pito de alabastro de ungüento,

38se puso detrás de Él junto a sus pies, llorando y comenzó a banar con lágrimas sus pies y los enjugaba con los cabellos de su cabeza y besaba sus pies y los ungía con el ungüento.

2 Y respondiendoles, dijo: ¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los otros por haber padecido todo esto?

3Yo os digo que no; y que, si no hicieris penitencia, todos igualmente pereceréis.

4Aquellos diez y ocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿jereís que eran más culpables que todos los hombres que moraban en Jerusalén?

5 "Os digo que no, y que, si no hicieris penitencia, todos igualmente pereceréis.

18 Me levantaré e ire a mi padre y le dire: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.

tiam egerunt in praedicatione lonae. Et ecce plus quam lonas hic (Mt. 12,41).

Hoc autem genus noui ciicitur nisi per orationem et ieiunium (Mt. 17,21).

Et recordatus est Petrus verbis Iesu, quod dixerat: Prius quam gallus cantet, ter me negabis. Et egressus foras, flevit amare (Mt. 26,75).

14 Postquam autem traditus est Ioannes, venit Iesus in Galilaeam, praedicans Evangelium regni Dei,

15et dicens: Quoniam impletum est tempus, et appropinquavit regnum Dei: poenitemini, et credite Evangelio (Mc. 1,14-15).

Non veni vocare iustos, sed peccatores ad poenitentiam (Lc. 5,32).

37 Et ecce mulier, quae erat in civitate peccatrix ut cognovit quod accubisset in domo Pharisei, attulit alabastrum unguenti:

38 et stans retro secus pedes eius, lacrymis coepit rigare pedes eius et capillis capitis sui tergebat et osculabatur pedes eius, et unguento ungebat (Lc. 7,37-38).

2Et respondens dixit illis: Putatis quod hi Galilaei prae omnibus Galilaeis peccatores fuerint, quia talia passi sunt?

3Non, dico vobis: sed nisi poenitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.

4Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloe, et occidit eos: putatis quia et ipsi debitores fuerint praeter omnes homines habitantes in Ierusalem?

5 Non, dico vobis: sed si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis (Lc. 13,2-5).

18 Surgam et ibo ad patrem meum et dicam ei: Pater, peccavi in caelum et coram te:

19 iam non sum dignus vocari
filius tuus: fac me sicut unum de
mercenariis tuis (Lc. 15,18-19).

19 Ya no soy digno de ser llamado
hijo tuyo: tratame como a uno de tus
jornaleros.

At ille dixit: Non pater Abra-
ham: sed si quis ex mortuis ierit
ad cos, poenitentiam agant (Lc.
16,30).

El les dijo: No, padre Abraham; pero
si alguno de los muertos fuese a ellos, ha-
rian penitencia.

Et publicanus a longe stans, no-
lebat nec oculos ad caelum levare:
sed percutiebat pectus suum, dicens:
Deus, propitius esto mihi peccatori
(Lc. 18,13).

El publicano se quedó alla lejos y ni
se atrevia a levantar los ojos al cielo, y
heria su pecho, diciendo: ¡Oh Dios, se
propicio a mi, pecador!

Et dicebat ad Iesum: Domine,
memento mei, cum veneris in reg-
num tuum (Lc. 23,42).

Y decía: Jesús, acuérdate de mi cuando
llegues a tu reino.

Et praedicari in nomine eius poe-
nitentiam, et remissionem peccato-
rum in omnes gentes incipientibus
ab Ierosolyma (Lc. 24,47).

Y que se predicase en su nombre la
penitencia para la remisión de los peca-
dos a todas las naciones, comenzando
por Jerusalén.

K) La penitencia apostólica

37 His autem auditis, compunc-
ti sunt corde, et dixerunt ad Pe-
trum, et ad reliquos Apostolos:
Quid faciemus, viri fratres?

37 En oyéndole se sintieron compun-
gidos de corazón y dijeron a Pedro y a
los demás apóstoles: ¡Qué hemos de ha-
cer, hermanos?

38 Petrus vero ad illos: Poeni-
tentiam (inquit) agite, et baptize-
tur unusquisque vestrum in nomine
Iesu Christi in remissionem peccato-
rum vestrorum: et accipietis donum
Spiritus Sancti (Act. 2,37-38).

38 Pedro les contestó: Arrepentios y
bautizaos en el nombre de Jesucristo para
remisión de vuestros pecados y recibiréis
el don del Espíritu Santo.

Poenitentiam itaque age ab hac
nequitia tua: et roga Deum si forte
remittatur tibi haec cogitatio cor-
dis tui (Act. 8,22).

Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad
y ruega al Señor que te perdone este mal
pensamiento de tu corazón.

Et tempora quidem huius igno-
rantiae despiciens Deus, nunc an-
nuntiat hominibus ut omnes ubi-
que poenitentiam agant (Act.
»7.30).

Dios, desimulando los tiempos de la
ignorancia, intima ahora en todas partes
a los hombres que todos se arrepientan.

Testificans Iudaeis atque Genti-
libus in Deum poenitentiam, et fi-
dem in Dominum nostrum Iesum
Christum (Act. 20,21).

Dando testimonio a judíos y a griegos
sobre la conversión a Dios
Nuestro Señor Jesucristo.

15 Para que les abras los ojos, se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, y reciban la remisión de los pecados y la herencia entre los debidamente santificados por la fe en mí.

20 Sino que primero a los de Damasco, luego a los de Jerusalén y por toda la región de Judea y a todos los gentiles anuncié la penitencia y la conversión a Dios por obras dignas de penitencia.

<0 es que desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, desconociendo que la bondad de Dios te atrae a penitencia?

10 Pues que la tristeza según Dios es causa de penitencia saludable, de que jamás hay por qué arrepentirse; mientras que la tristeza según el mundo lleva a la muerte.

Que al llegar de nuevo a vosotros no sea de Dios humillado a causa vuestra y tenga que llorar por muchos de los que antes pecaron y no hicieron penitencia de su impureza, de su fornicación y de su lascivia.

Bien sabéis cómo, queriendo después heredar la bendición, fué desechado y no halló lugar de penitencia, aunque con lágrimas lo buscó.

No retrasa el Señor la promesa, como algunos creen; es que pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia.

5 Considera, pues, de donde has caído y arrepientete y practica las obras primeras: si no vendré a ti y removeré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes.

18 Aperire oculos eorum ut convertantur a tenebris ad lucem, et de potestate Satanae ad Deum, ut accipiant remissionem peccatorum, et sortem inter sanctos per fidem, quae est in me.

20 Sed his, qui sunt Damasci primum, et Ierosolymis, et in omnem regionem Iudaeae, et Gentibus annuntiabam, ut poenitentiam agerent, et converterentur ad Deum, digna poenitentiae opera facientes (Act. 26,18 y 20).

An divitias bonitatis eius et longanimitatis contemnis? Ignoras quoniam benignitas Dei ad poenitentiam te adducit? (Rom. 2,4).

10 Quae enim secundum Deum tristitia est, poenitentiam in salutem stabilem operatur: saeculi autem tristitia mortem operatur (2 Cor. 7,10).

Ne iterum cum venero, humiliet me Deus apud vos, et lugeam multos ex iis, qui ante peccaverunt, et non egerunt poenitentiam super immunditia, et fornicatione, et impudicitia, quam gesserunt (2 Cor.

Scitote enim quoniam et postea cupiens hereditare benedictionem, reprobatus est: non enim invenit poenitentiae locum, quamquam cum lacrymis inquisisset eam (Hebr. 12,

Non tardat Dominus promissionem suam, sicut quidam existimant: sed patienter agit propter vos, nolens aliquos perire, sed omnes ad poenitentiam reverti (2 Petr. 3,9).

5 Memor esto itaque unde excideris: et age poenitentiam, et prima opera fac; sin autem, venio tibi, et movebo candelabrum tuum de loco suo, nisi poenitentiam egeris.

21 Et dedi illi tempus ut poeni- i 21 Yo le he dado tiempo para que
tentiam ageret: et non vult poeni-1 sc arrepintiese; pero no quiere arren-
tere a fornicatione sua (Apoc. 2,5 l tirse de su fornicaciôn.

19 Ego quos amo, arguo et 19 Yo reprendo y corrijo a cuantos
castigo. Aemulare ergo, et poeniten- amo: ten, pues, celo y arrepíéntete.
tiam age (Apoc. 3,19).

Et non egerunt poenitentiam ab Ni se arrepintieron de sus homicidios,
homicidiis suis, neque a veneficiis ni de sus maleficios, ni de su fornicaciôn,
suis, neque a fornicatione sua, ne- ni de sus robos.
que a furtis suis (Apoc. 9,21).

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

Dijimos el domingo anterior que el de hoy no entrañaba apenas importancia litúrgica, pues, habiéndose dedicado toda la semana a la preparation de las órdenes sacerdotales, que se confieren en la noche de este sábado, el domingo se dedicaba al descanso, y se omitían los santos oficios.

Más tarde se pensó en la conveniencia de celebrar una misa en la mañana del domingo para los que o no querían o no podían velar durante la noche y oír la solemne de las ordenaciones. Esta nueva misa es la que leemos.

Inmediata ya la fiesta de Navidad, la liturgia ha de proferir sus últimos clamores de preparation y de alegría. Por eso el oficio de este domingo significa expectation anhelante y anuncia el último y más urgente aviso: la penitencia, que allana los caminos del Señor. Para los sacerdotes recién ordenados hay un recuerdo en la epístola.

A) *Expectation penitente*

El evangelio da la tónica con la predicación de Juan: el reino de Dios llega, haced penitencia. El *introito* (Is. 45,8) pide a las nubes que lluevan su rocío. Rocío suave fue la venida primera del Señor, en contraste con el gran poder y majestad de la segunda. La primera colecta, que sintetiza, como siempre, el espíritu del día, pide al Señor que despierte su poder y venga pronto. Que lo emplee en perdonar nuestros pecados. Para dos cosas se necesita el poder de Dios: para celebrar el misterio de la encarnación y para perdonar el pecado, que la motivó y constituye a la vez un obstáculo para la venida de Cristo a nuestras aimas. El *gradu* se basa en el Ps. 144,18 y 21: *Esta Dios cerca de cuantos le invocan de veras. Cante mi boca las alabanzas de Dios y bendiga toda carne su santo nombre por los siglos...*

La epístola, escogida por el respeto que en ella pide el Apóstol para los sacerdotes, *dispensadores de los misterios de Dios* (ya hemos hablado de las recién celebradas órdenes), alude claramente al juicio final, idea que persiste en todo el cielo de Adviento. Penitencia. pues, para la Navidad y penitencia siempre para el juicio.

B) Figuras

Las de Isaias y Juan continúan en los pasajes litúrgicos. Pero de la misma manera que junto al rey esta la reina madre, hoy aparece la Madre de la Esperanza, la Madre del Esperado, la Virgen Santísima, en el *ofertorio* (Lc. 1,28). Maria introdujo a Cristo en el mundo. Como Medianera universal lo traerá también a nuestras almas.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) Epistola

El hecho de celebrarse en la noche del sábado al domingo las ordenaciones sacerdotales motivé la elección de esta epistola, que, según hemos apuntado, alude a la dignidad del ministerio sacerdotal y al respeto que merece de los fieles, prontos siempre a juzgar las conductas de quienes lo ejercen. No quiere esto decir que el pasaje paulino no pueda relacionarse con el tiempo litúrgico de preparación de la Navidad.

a) Argumento

Las disensiones de Corinto constituyen uno de los motivos de la epistola. Hay quien se declara partidario de Pablo, hay quien prefiere a Apolo. Para acallar tales banderías, el Apóstol explica en el capítulo tercero y en el cuarto cómo unos y otros no son más que ministros de Cristo, a quien corresponde la obra principal. Incidentalmente desgrana algún que otro pensamiento, como siempre, de abundantes consecuencias.

1. El capítulo tercero

Sois todavía camaleones y vivis a lo humano, puesto que existen entre vosotros envidias y discordias. ¿No andáis diciendo que sois de Pablo o de Apolo? ¿Qué son Pablo y Apolo? Ministros de Cristo nada más. y aun eso, según la gracia que le concedí a cada uno. Simples coadjutores, puesto que Dios es, en realidad, el agricultor, y vosotros su campo. Día llegará en que El examine la obra de todos.

2. El capítulo cuarto

En cuanto a nosotros, importa que nos consideréis como lo que somos, como ministros y administradores de los misterios de Dios. A un administrador lo que se le pide es que sea fiel.

Y aun esto mismo no lo debéis juzgar vosotros, no porque a

mi se me dé nada de los juicios humanos, ya que ni de mi mismo juicio me fio, sino porque a quien de compete juzgar es a Dios, que revelará lo oculto de los corazones.

Y aunque hablo de Apolo y de mi, es por via de ejemplo, porque ni debéis juzgar a nadie ni ensoberbeceros. ¿Quién hay que posea algo que no lo haya recibido?

Clara aparece, pues, la idea central: no se formen partidos en tomo a los sacerdotes, puesto que el unico sacerdote, en cuyo nombre obran los demás, es Cristo. Ni juzguéis sus conductas con preferencias por uno o por otro, pues eso le corresponde a Dios.

Siendo este defecto tan universal y común a la naturaleza humana, pegadiza a sus afectos, la epistola se brinda a mil consideraciones. Pero, además, a lo largo de ella aparecen otros pensamientos de importancia. Resumámoslos: 1) Nadie posee nada propio. Todo es de Dios, fuente de la gracia. En el orden del apostolado, Dios da la gracia peculiar de cada uno, y El es la causa primera. 2) Nadie debe juzgar a su prójimo. Dios juzgará en el ultimo día. 3) Hemos de despreciar los juicios de los hombres. Ni siquiera debemos confiar en el nuestro cuando asegura nuestra justicia. 4) Valor del ministerio sacerdotal.

b) Los TEXTOS

1. Es preciso que los hombres vean en nosotros ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios (v. 1)

Los hombres..., nosotros. Todos los hombres, y a nosotros. Apolo y Pablo. Pero como las razones aportadas y aun la misma intención de Pablo indican, la norma se extiende universalmente a todos los hombres con relación a todos los sacerdotes, obispos, etc.

Ministros y dispensadores. Ni más ni menos. Causas instrumentales, causas segundas, que lo que tienen lo han recibido, según lo que a cada uno ha dado el Señor. Pero instrumentos, ministros de Cristo.

La dignidad dei ministro depende de dos cosas. Primero, de la de su jefe, en este caso ¡Cristo!, y en segundo lugar, de los bienes cuya administración se le entrega, en este caso ¡sus misterios!

Cuide, pues, el pueblo y el sacerdote de no superestimarse ni rebajarse. Se superestima cuando se atribuye al ministro lo que es de Dios, creyéndole poco menos que autor de la gracia (cf. Act. 10,25). Se subestima al sacerdote cuando, advirtiendo sus humanas debilidades, se le desprecia. Y pecan también en esto los sacerdotes que, desconociendo su dignidad, se rebajan a servir a los seglares y, lo que es peor, al mismo siglo. Por eso dice San Pablo: *sic nos existimet...*, esto es, no consideréis el nacimiento, la ciencia, la probidad y cosas semejantes; considered sólo que representámes a Cristo. Haced con ellos lo que con los embajadores, a quienes se honra en atención a la dignidad de su príncipe, sin cuidarse de si son de familia humilde, poco doctos o nada probos.

La causa principal es Cristo, pero ellos no dejan de ser causa instrumental, que merece carifio y agradecimiento. Por el ministerio de Pablo o de Apolo *habéis creído*, dice (1 Cor. 3.5), y recla-

ma y recuerda su carino paternal (ibid. 4,14). Ahora bien, el carino, y el recuerdo. y el agradecimiento nunca han de ser según la carne.

Misterios. Esta palabra no tenía en San Pablo el sentido técnico de hoy. Significaba cosa sagrada, cosa santa: la predicación, los sacramentos, y entre ellos el bautismo.

Lo que en los dispensadores se busca es que sean fieles (v. 2).

La fidelidad, he aquí la cualidad básica del administrador (Lc. 12,42). La misma se requiere en el que predica, quien no ha de buscar su gloria, sino la de Dios y la salvación de las almas.

La misma fidelidad exige Dios a los fieles en cuanto a la gracia y a esos mismos misterios, que, si no dispensaron, por lo menos recibieron (Mt. 25,14-30; Lc. 19,12-27).

2. Poco se me da ser juzgado por vosotros o de cualquier tribunal humano (v. 3)

Texto muy comentado por los Padres. Dejamos el gran teatro en donde nos ve Dios, para que nos aplaudan en el ridículo de los hombres. Buscamos la alabanza de éstos y no la de El. No nos atreveríamos a cometer ciertos pecados delante de los demás y los cometemos delante de Dios (cf. Chrysost., *Hom. 11, in Epist. 1 ad Cot.*, 2: PG 61,89-90). Nos parecemos a los niños que, fingiendo fiestas atléticas, se ponen coronas de heno, y no se dan cuenta de que por detrás se ríen los mismos que se las han puesto. Nosotros. que hemos de juzgar a los ángeles, apreciamos los juicios tornados e hipócritas de los hombres (cf. Chrysost., *Hom. 17, in Epist. ad Rom.*, 5: PG 60,571-572).

Nadie debe juzgar a sus hermanos, porque es oficio de Dios (*qui autem iudicat me, Dominus est*); porque no es éste el momento de juzgar a nadie (*nolite ante tempus iudicare*); porque no conocemos los secretos ni las intenciones (*abscondita tenebrarum, consilia cordium*); porque el juicio procede a veces de falta de caridad (1 Cor. 13,5). *No juzguéis y no seréis juzgados* (Lc. 6,37).

Ni aun a mi mismo me juzgo (v. 3). ¿Cómo voy a hacer caso del juicio ajeno, si ni aun yo me atrevo a juzgarme, a pesar de que no me remuerde la conciencia de nada? Esa es la verdadera humildad. La verdad.

Contra los protestantes, confesamos que no hay más que una certeza moral de nuestra justificación. Sólo Dios conoce el fondo de mi corazón y el polvo que enturbió las intenciones de éste.

Pedro creyó conocerse: *Preparado estoy para ir contigo, no solo a la prisión, sino a la muerte...* (Lc. 22,33 y Mt. 26,33-35). David, en cambio, cantaba: *¿Quién será capaz de conocer los deslizos? Absuélveme de los que se me ocultan* (Ps. 18,13).

3. Tampoco, pues, juzguéis vosotros antes de tiempo (v. 5)

Al unir San Pablo esta frase con la siguiente, en la que se habla de la manifestación de las conciencias en el día final, indica que no debemos juzgar, porque hoy por hoy no conocemos bien la causa. En verdad, pecados que en el fuero externo lo parecen, no lo son. La inadvertencia, pongo por caso, los excusé totalmente. Solemos suponer las intenciones de nuestro prójimo. y la mayoría de las veces con error.

Ya hemos advertido que no es esta la única y ni aun quizá la razón principal. *Mientras no venga el Señor*. En contraposición al día del hombre, el día del Señor, a quien le corresponde todo juicio.

c) El Adviento

Esta última frase sobre la segunda venida ambienta totalmente dentro del Adviento el pasaje paulino.

Jésus es una señal a quien se contradice, *para que se descubran los pensamientos de muchos corazones* (Le. 2,34-35). *Todo el que obra mal aborrece la luz*, dijo el Señor a Nicodemo (Io. 3,20-21). Y desde que nació Cristo aparece claro quiénes son los que siguen su modestia, humildad y mandamientos y a quiénes les répugna la verdad. En esta primera venida se manifiestan, por tanto, también *consilia cordium*.

San Juan Bautista es el modelo del sacerdote. San Pablo lo define en este trozo.

B) Evangelio

El evangelio de San Lucas que se lee en la presente dominica sitúa primero históricamente la escena y luego presenta a Juan y a su predicación, confirmando y describiendo su misión precursora mediante el vaticinio de Isaías. La figura y la predicación del Bautista deben completarse con los textos de los otros dos sinópticos.

a) Los jefes de Israel

Lucas, que, a quien queriera, hubiera podido escribir una historia al estilo clásico, comienza la vida pública del Señor dejando claramente establecida la época.

Gobernaba Tiberio en su quintodécimo año. Judea, Samaria e Idumea eran provincias romanas, presididas por Poncio Pilato. Herodes, con el título de tetrarca, lo mismo que su hermano Filipo, dominaban las demás regiones de uno y otro lado del Jordán y algunas de las septentrionales. Al norte de lo que solemos llamar nosotros Palestina estaba Abilene, tierra de añoranzas para los judíos. Su tetrarca Lisaniás poco tiene que ver con el Evangelio y apenas se sabe de él sino que dejó de gobernar el año 37.

En cambio, la historia de los otros tres personajes se conoce con bastante minuciosidad. A la muerte de Herodes el Grande—el de la matanza de los Inocentes—su reino fue dividido entre sus hijos, Arquelaos—príncipe heredero, a quien Augusto negó el título de rey y le concedió el de tetrarca de Judea, Samaria e Idumea—, Antipas y Filipo, cuyos territorios y títulos indica el Evangelio. Promovidas contra Arquelaos ciertas acusaciones de tiranía—¿cómo aconsejó un ángel a José (Mt. 2,22) que no fuera al lugar de su gobierno?—, Augusto lo depuso, y convirtió a la Judea y las otras dos regiones en simples provincias del imperio romano, dependientes directamente de la administración del mismo, con autoridades propias 'en esta ocasión Pilatos', subordinadas al lega-

do de Siria, que ejercia a la vez la alta inspección de los demás territorios.

Anás y Caifas son tristemente conocidos. Pontifices ambos, pues el pontificado no salia de las manos de suegro y yerno, sabemos de sobra de cuánta influencia gozaba Anás, aun sin ser pontifice.

A pesar de estos datos, no se ha podido determinar con exactitud la fecha, porque el gobierno de los personajes aludidos duró varios años. Ni siquiera la precisión del décimoquinto de Tiberio lia servido para tal fin, toda vez que se desconoce el computo usado para el primer año.

Todos vivieron más que Juan. Todos brillaron, humanamente hablando, más que él. ¿Dónde están hoy? Vana resulta la gloria de la tierra. Son las obras las que siguen a los justos. Tiberio pasó a la historia como figura amarga y cruel. Lisaniás y Filipo murieron desconocidos. Herodes Antipas, desterrado. Pilatos, depuesto. Si no fuera por los evangelistas, apenas si los conoceríamos. Y ¡qué triste nombre nos han dejado! ¡Qué contraste con la gloria del que fué más que profeta! Mayor aun que el que hubo entre las pieles del penitente y las sedas y púrpuras del libertino. La cabeza de Juan rodó en un banquete de Herodes; la vida de Cristo osciló, hasta caer, entre las indecisiones de Pilatos. Ambos han visio a Jesús juez en el trono de su gloria y a Juan muy cerca de la majestad divina.

b) Juan

1. El Evangelio comienza en Juan

Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, así comienza San Marcos, e inmediatamente nos presenta a Juan (Mc. 1,1). El Evangelio, la predicación de la buena nueva, comienza en Juan, que le abre el camino.

El sacerdote sobre todo, el cristiano también, obligado por el bautismo a ser hombre de Cristo, ¿cuántas veces pueden ser precursores del Señor? Los Papas llaman angustiosamente a los seglares para que desempeñen hoy este oficio.

2. En el desierto (v. 2)

La palabra de Dios vino a Juan cuando estaba en el desierto, adonde fué desde su infancia y en donde creció fortaleciéndose en el espíritu, según nos dice San Lucas (1,80).

Los comentaristas clásicos (cf. Maldonado, BAC, t. 2, p. 446-447) suelen extenderse en consideraciones contra los protestantes, enemigos de la vida monástica, de la que desde el tiempo de los Santos Padres ha sido reputado como príncipe el Bautista.

Pero clásicos, antiguos y contemporáneos, han hablado todos de la vida de recogimiento. de soledad y de oración, como la más apta para fortalecer el espíritu, para oír la voz divina y, sobre todo, para conservarse dentro del apostolado activo. El apóstol debe salir de la soledad y recogerse en ella en cuanto termine sus tareas, comenzadas sola y exclusivamente para obedecer la palabra de Dios.

3. Fué dirigida la palabra de Dios a Juan (v. 2)

La vocación. Tal suele ser la formula empleada en el Antiguo Testamento para llamar a los profetas (Is. 38,4 y 1er. 1,2). Juan obedece prontamente.

Muchos profetas temblaron (1er. 1,6-7). Juan se reconoció indigno. Pero obedientes y confluendo humildes en que Dios pondría las palabras en sus labios, acometieron la empresa.

Todos ellos conocieron las dificultades y trabajos a que se exponían. Y no solo repudiaron el lucro al seguir su vocación, sino que ansiaron como recompensa esos mismos sufrimientos. Los apóstoles se sentían alegres de ser azotados (Act. 5,41). San Pablo afirmaba (2 Co; 7,4): *Reboso de gozo en todas nuestras tribulationes* (2 Cor. 7,4).

La palabra de Dios se dirige a todos. Todos por lo menos oyen aquella llamada de *Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial* (Mt. 5,48). ¿Qué nos detiene?

La obediencia a la voz de Dios ha de ser entera, pronta, generosa y perseverante.

4. Vino por toda la region del Jordán (v. 3)

Predicando en el desierto, dicen San Mateo (3,1) y San Marcos (14). Prescindiendo de la distinción entre el desierto de Judá y la zona desértica del Jordán cercana al Mar Muerto y de las cuestiones geográficas que suelen agitarse, se considera como seguro que Juan apareció en las inmediaciones de Jericó, en las orillas del río, lugares ásperos, aunque próximos a cinco o seis centros de población, que reunían las dos circunstancias, de soledad y facilidad. Facilidad para acudir y soledad para oír.

Feliz región, signo de salud. Por ella entraron los israelitas en la tierra prometida y por ella vino la salvación del mundo.

C) La FIGURA DEL PENITENTE

Conocidísima es la descripción de San Mateo (3,4) y San Marcos (1,6). Vestía una túnica de pieles de camello, ajustada con el cinturón clásico oriental. Comía alimentos silvestres, tales como la langosta (que, aun cuando hoy la consuman todavía los beduinos, nunca ha pasado por exquisita) y la miel de colmenas selváticas. En cuanto al traje, parece poco más o menos el de los eremitas que existían en aquella época, según atestigua Flavio Josefo (cf. Ricciotti, *Vida de Jesucristo*, 265*).

Venia a proclamar la penitencia, mediante una vida acorde con lo que predicaba. Por eso se ha repetido tanto que todo él fué voz, incluso antes de que comenzara a predicar, ya que desde la infancia cumplió aquel *no beberá vino ni licores*, que profetizó el ángel (Le. 1,15).

Los predicadores de mayores éxitos han sido siempre los santos y penitentes.

También la penitencia constituyó argumento importante de la predicación del Señor (Le. 5,32; 13,5). Sin embargo, la apariencia externa y el modo de vivir de uno y de otro se diferenciaron tanto como hayan podido desemejarse los de un San Bruno y un San

Francisco de Sales. El fondo es siempre el mismo. La forma la inspira el Espíritu Santo a cada cual.

Santa libertad dentro del espíritu de Cristo. Nadie se empehe en someter la virtud, la predicación, el apostolado, a los moldes que a él le vienen bien, con tal de que todos se ajusten a los moldes de Dios. La purificación del alma puede ser descrita por San Juan de la Cruz o por Santa Teresita de Lisieux. Castellano y francesa, hombre y mujer, reciedad y flores, pero debajo siempre la misma renuncia.

d) La predicación

1. Arrepentios, porque el reino de los cielos está cerca (v. 3,2)

Así la sintetiza San Mateo. El sentido causal indica muy bien cuál era el objeto de la predicación: el reino de los cielos, y ante su proximidad, la limpieza del alma. Innecesario nos parece insistir en el carácter espiritual del reino de los cielos y en el concepto temporal del imperio davidico-salomónico que se habían formado muchos judíos. Esta fue la novedad de Juan, lo que quizás atrajo en torno de él a tantas gentes y lo que permitió que no fuera sofocada desde el primer día su predicación. Porque no era el primero que por entonces se presentaba anunciando la llegada del reino, pero reinos que se preparaban mediante revueltas y morían ahogados en sangre. Ahora, en cambio, aparece un predicador con el mismo lema: ha llegado la hora. Mas su preparación no consiste en afilar las armas, sino los espíritus: la penitencia.

A los saduceos altivos, a los fariseos, que por ser hijos de Abraham no les caía muy en gracia esta necesidad de limpieza—¡ellos tan puros!—para el reino, hubo que decirles: *raza de víboras...* (Mt. 3,7; Le. 3,7).

2. La penitencia (v. 3)

El pecado y su afecto impiden recibir el reino de Dios. El pecado se borra con la penitencia. Es el único camino. Si el predicador no la anuncia, Dios le exigirá cuenta de la condenación de quienes debieran haberle escuchado (Ez. 3,18).

No es el reino de Dios para los ricos, sino para los limpios de corazón. Esta limpieza la conseguimos, mantenemos y aumentamos por medio de la penitencia.

La palabra griega «metanoia» (μετάνοια), explicada en los tratados de teología dogmática, dió ocasión a los clásicos para discutir con los luteranos sobre el primer carácter de la penitencia, a saber, el dolor del pecado cometido. Hoy, sin descuidar este punto, y pasada la disputa, se suele insistir en el cambio de vida (cf. Ricciom, o. c., 266).

Esta penitencia presupone sus motivos. Primero, recibir dentro de nosotros el reino de Dios o participar plenamente de él. Pero, además, el reino de los cielos se anuncia también como escatológico. Cristo no es sólo rey de amor, sino juez, que empufia en su mano el biello (cf. infra., sec. 5.a, VI, Bossuet). La justicia divina está próxima. Quien no sea tronco jugoso será arrojado al

fuego. Recibir a Dios, librarse del castigo. tales son los dos motivos principales.

Y se concreta también en el modo de ejercerse: haciendo */ru-tos dignos de penitencia*, esto es, cumpliendo los mandamientos, y muy en especial el de la limosna.

¡Cumplir los mandamientos! Muchos, y de todas las clases sociales, se acercaron a Juan, y todos recibieron un consejo, que puede resumirse diciendo: cumplid vuestras obligaciones.

La penitencia suele confundirse frecuentemente con la mortificación. Muy vecinas ambas y completándose la una con la otra, encierran, sin embargo, definición distinta. La penitencia consiste en detestar la vida pasada con proposito de enmendarse. San Juan no parece exigir a la masa más que esto. Los frutos de la penitencia son la observancia de la ley.

Cuando la Santísima Virgen de Fátima envía su mensaje, explica que la penitencia pedida a los españoles—sin excluir la mortificación más generosa de los escogidos—consiste en cumplir los mandamientos.

3. La limosna * y « j »;

La muchedumbre, al oír la predicación del Bautista, preguntaba:

—*¡Pues qué hemos de hacer?* (Le. 3,10).

—*El que tiene dos tunicas, dé una...* (Le. 3.11), respondía Juan, a, como medio de penitencia, con su valor impetratorio y satisfactorio, ha sido tema preferido de los Santos Padres, que se han apoyado muchas veces en este texto, como puede verse en San Agustín (cf. infra., sec. 3.a, III).

4. El bautismo de penitencia

Dejemos para los especialistas el estudio de si fué o no innovación este rito. Suarez (cf. infra., sec. 4.a, IV) nos explica que este bautismo no concedía la remisión de los pecados «ex opere operato», sino que excitaba al dolor y lo manifestaba públicamente.

Antes de recibirlo, los aspirantes confesaban sus culpas (Mc. 1,5), probablemente en especie, según declaran muchos autores, pues reconocerse vagamente pecador no resulta difícil para los mundanos. Cosa distinta es reconocer un pecado en especial.

e) La profecía

La profecía de Isaías (40,3-5) se refiere a la liberación del cautiverio de Babilonia y al retorno de Israel a través del desierto. El profeta tomaba la metáfora de la costumbre de los reyes, quienes solían enviar un heraldo por delante para preparar los caminos. Ahora bien, la cautividad de Babilonia y la vuelta de los israelitas entranan siempre un sentido típico. que aparece claramente explicado en esta ocasión por el hecho de apropiarse el pasaje San Juan.

Trátase ahora de disponer los ánimos de los judíos, incultos y pedregosos, para que. «reblandecidos por la penitencia. allanados con la humildad y enderezados con la fe». pueda pasar Cristo por ellos fácilmente (cf. Maldonado, BAC, t. 1. p. 178).

El *allanar los montes* se ha interpretado siempre como imperativo de humildad. Maldonado, sin embargo, no anda en su exposition de San Lucas (cf. BAG, t. 2, p. 447) muy conforme con que se lleve hasta ese punto la aplicaci3n, pues enfonces careceria de sentido el versiculo anterior, en el que habria que pedir a los humildes que se ensoberbecieran, tanto m3s cuanto que los futuros *implebitur, humiliabitur*, son hebraismos que deben traducirse por imperativos, lo cual excluye que puedan interpretarse como un efecto de humiliation y exaltation conseguido por la venida o juicio del Mesias.

Mas sea lo que fuere de ello, muchos han tornado pie del pasaje para hablar de la inauguration del «reino de la humildad», y entre ellos no pocos Santos Padres, citados algunos por el propio Maldonado (cf. *ibid.*).

Toda came verd la salud de Dios (v. 6). Todos los hombres (carne es un hebraismo) vieron la liberation del cautiverio babil3nico. Todo el mundo ver3 como ha sido liberado del cautiverio de Satan mediante la redenci3n. O tambi3n todos los hombres, si quieren prepararse debidamente, gozar3n de esa salvaci3n (cf. numerosos textos biblicos sobre este punto en Maldonado, *ibid.*, p. 440-450).

f) El 3xito del Precursor

Muchedumbres (Le. 3,7) *venian a 3l de Jerusal3n y de toda Judea y de toda la region del Jordan* (Mt. 3,5). Saduceos, fariseos, publicanos, soldados... Dentro del laconismo evang3lico, no puede describirse m3s en3rgicamente el movimiento popular que despert3 el Bautista, y al que alude Flavio Josefo (cf. A. L, 18,116-119). Anos m3s tarde los enemigos del Senor no se atreven todavia a hablar mal de Juan cuando el Senor les propone un problema sobre su bautismo, que ellos no quieren resolver (Mt. 21,25).

Venian y confesaban sus pecados (Mt. 3,6). Este era el fruto que se buscaba. Sin embargo, pronto surgieron los enemigos. La soberbia y avaritia de fariseos y saduceos persiguieron a Juan y ayudaron a su encarcelamiento. La sensualidad de Herodes le llev3 a la muerte (Mt. 14,1-12; Mc. 6.14-29; Le. 9,7-9). En realidad, no fu3 el discipulo de mejor condition que su maestro.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

Un ejemplo de penitencia

En su *Homilia 10 in Matth.* (PG 57,183ss) el Crisostomo explica, a proposito del evangelio de esta dominica, el tema de la penitencia, como preparaci3n para recibir a Cristo y como ejemplo de la vida ascética del Bautista.

A) *El bautismo de penitencia*

a) El camino para buscar a Cristo

Entonces, esto es, cuando Cristo tenia unos treinta afios, vino Juan, movido por el Espiritu, a predicar *el bautismo de penitencia en remisi3n de los pecados* (Lc. 3,3). ¿Qué quiere decir esta frase? Los judios, reos de los mäs graves delitos, no querian reconocerlos, y blasonaban siempre de justos. *Ignorando la justicia de Dios y buscando ajirmar la propia, no se sometieron a la divina* (Rom. 10,3). Asi, pues, siendo ésta la causa de los malos, vino Juan, que no intentaba otra cosa sino inducirles al conocimiento de sus propios pecados, a excitarles, con su porte exterior, a la penitencia. Tal era el argumento del Bautista cuando decia: *Haced... dignos frutos de penitencia* (Lc. 3,8). Puesto que el no reprobar los pecados aparta de Cristo, como dice San Pablo, y, por el contrario, el recogerse dentro de si mismo suscita deseos de buscar al Redentor y lograr el perd3n de las culpas, Juan en su venida intenté persuadirles a que hicieran esa penitencia... para que pudieran recibir el perd3n.

«... porque si no se hubiesen reconocido pecadores, tampoco hubleran pedido gracia, y al no pedirla no hubleran alcanzado el perd3n» (*Hom. 10,2, 135*).

«De suerte que este bautismo prépara el camino para el otro». Y vino clamorosamente, «arrastrando en pos de si a toda la ciudad... en magnifico espectáculo...». Y mäs práctico que si hublera ido ensefiando a Cristo de casa en casa, despierta en todos el temor, les anima con la esperanza del

reino de los cielos, y obtiene tal éxito, que hasta los publicanos y soldados acudian a preguntarle por el camino de la salud.

A ello contribula su prosapia, su austeridad. y el haber sido profetizado por Isaias (Ibid. 2-3,185-188).

b) El ejemplo de la austeridad de Juan

La austeridad del Precursor, «estupenda y admirable en un hombre», atraía a los judios, pues era mayor que la de Elias. El Bautista debia representar en su propia persona el simbolo de la vida que iba a ser restaurada por Cristo. Por eso «vivía como los ángeles..., pero vistiendo una áspera vestidura de pieles, para enseñarnos por su mismo hábito exterior a apartarnos de las cosas humanas, a levantarnos sobre las de la tierra y a volvernos a nuestra pristina dignidad... De esta suerte, aquel vestido encarnaba símbolos de reino y de penitencia».

«Bajaba (del desierto) a las ciudades, como un ángel del cielo a la tierra, como atleta de la piedad, laureado en la lucha con las flaquezas del mundo..., y todo ello cuando aun no habia sido destruida la culpa, ni cesada la ley, ni vencida la muerte... ¡Eso es ser un alma generosa!»

Ahora bien, si Juan, puro e inocente, «vivía entregado a una vida tan áspera, despreciando sobre toda medida la holgura y el placer..., ¿qué defensa cabrá en nosotros, que, después de tanta misericordia de Dios y tan grande carga de nuestros pecados, no mostramos ni la minima parte de la confesión y penitencia del Bautista, sino que vivimos ennegados en la embriaguez y en la comida, entre perfumes y delicias y, enervados continuamente, somos presa fácil para el demonio?» (Ibid. 4 y 5,188-189).

Muchos judios siguieron a Juan. Imitémosles nosotros, los no iniciados y los bautizados, puesto que todos necesitamos la penitencia. «Los primeros, para recibir el bautismo; los segundos, para acercarse a la sagrada mesa limpios de toda mancha. Apartémonos de la vida muelle y relajada, porque no es posible... simultanear el placer y la penitencia. Bien lo enseñó el Bautista en su vestido, en su comida y en su habitación...

¿Tan estrecha vida nos mandas llevar? No lo mando, lo persuado y aconsejo. Pero si os fuera imposible, aun cuando tengáis que seguir viviendo en vuestras ciudades, dad muestras de penitencia, porque el juicio está próximo..., porque se acerca el término de la vida de cada uno...» (Ibid. 5,190).

c) Frutos dignos de penitencia

«¿Como los lograremos? Practicando lo contrario de lo que hacíais antes. ¿Robaste? Pues en lo sucesivo compensa tu culpa dando limosna de lo tuyo propio». El orador repasa los vicios más graves y termina afirmando que no basta sólo abstenerse del mal, sino que importa también restaurar la paz, arrojada de la tierra por la soberbia y la arrogancia (ibid. 6,190-191).

B) El peligro de las delicias del mundo

a) La opulencia, enemiga de la vida del alma

1. La crápula

**Comamos y bebamos, Que mañana moriremos* (Is. 22,13), decían muchos judíos en tiempo de los profetas. No resulta raro que tal cosa... dijeran los judíos, cuando nosotros en el tiempo de la gracia... y de la perfección repetimos lo mismo con las obras. Hay quienes creen que han venido a esta vida para gozar de sus delicias y cebar su cuerpo..., que, a la postre, se convertirá en banquete de gusanos. Y ojalá que el único de los males fuera gastar en balde el tiempo presente, aun cuando sea también digno de reprensión. Porque cuando el caudal que Dios nos regaló para alimento y para limosnas lo gastamos en lujos y vicios..., nos hacemos reos de castigo y habremos de rendir estrecha cuenta. Lo que se dijo de los talentos... (Mt 25.15), hay que aplicarlo también a los bienes materiales... Lo peor es que el alma que vive en medio de placeres, comilonas y bebidas, rodeada de parasites y aduladores..., corre el riesgo de delinquir... Como el barco cargado en demasía se hunde por su propio lastre, así el alma y el cuerpo atiborrados con más alimento del que son capaces de soportar se anegan, y no pudiendo con la carga, se abisman en lo profundo de la maldad, con lo que naufragan a la vez la mercancía y los tripulantes. Y como al barco así cargado no le sirven ni la tranquilidad del mar ni la pericia del piloto..., al que vive crapulosamente tampoco le aprovecha la abundancia de discursos ni de consejos... Inútil para discurrir sobre el más allá. se inutiliza también para los negocios de este mundo... De suerte que, aunque no hubiera Infierno ni castigos ni existiera la sentencia definitiva de Dios..., sólo esto último debería separarle de su modo de vivir... *¿Quién se compadecerá del encantador a quien muerde la serpiente?...* (Eccl. 12,13). Pues animales peligro-

sos y nada manejables son las delicias mundanas... Las serpientes sólo amenazan el cuerpo, pero los placeres de la carne perjudican al alma. No quiero decir que vivas en la aspereza del ayuno, a no ser que te decidas a ello, pero sí que abandonee lo superfluo sin cortar lo necesario. ¿Cómo podemos hacernos dignos del perdón, cuando hay quien carece de lo imprescindible..., mientras nosotros sobrepasamos los límites debidos?... Si en el Antiguo Testamento el profeta se levantaba para fustigar con vehemencia a los que se deleitaban con los manjares, aun sin ser regaladísimos (Am. 6,46)..., ¿qué no diría de muchas vidas de ahora... cuando buscamos, incluso atravesando el mar, los platos más refinados y selectos, los vinos más exquisitos..., los lechos y muebles más trabajados? [Y esto lo procuramos a veces—lo cual es gravísimo—empobreciendo a los demás! (>Quién podrá interceder por nosotros? Nadie, pues contra éstos se dijo: *Es como humo que sale de mis narices, fuego encendido todo el día* (Is. 65,5). En cambio, ante una modesta y sazónada mesa, ni el profeta se rie, ni Dios inculpa, ni el fuego castiga..., sino que Dios lo aprueba, participan los ángeles y lo recibe el cielo... Cristo está allí...; el Cristo que huye del lujo..., el amigo del humilde» (*De jato, sive contra ingluviem*, orat. 6: PG 50,770-774).

2. El lujo del vestido

Excesivo es el lujo de las mujeres, que suelen poner todo su empeño en el vestido y en las alhajas exteriores, sin preocuparse de aderezar su alma. No quieren oír a San Pablo cuando dice: *Sin rizado de cabellos, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con obras buenas, cual conviene a mujeres que hacen profesión de piedad* (1 Tim. 2,9-10). Y advierte que es un hombre que vio el cielo quien no cree rebajarse hablando de los adornos de la cabellera, porque sabe que estos lujos perjudican al alma, única cosa que a él le preocupa... ¿Quieres adornarte? Pues adórnate, como mujer pladosa, con las buenas obras..., único adorno que no te robarán y permanecerá siempre nuevo...

Grandes males se derivan del adorno exterior, y no me refiero ahora a los daños que sufre el alma, a la arrogancia, al desprecio del prójimo, a la hinchazón y corrupción del espíritu, al deseo de ilícitos placeres, sino a las mismas preocupaciones materiales que engendran... (*In cap. 18 Genes.*, hom. 41,5: PG 53,381).

Oiganme los opulentos, los que viven entre el lujo de las sedas y de las purpuras; oiganme y sepan que el vestido se instituyó en el paraíso terrenal, cuando el hombre, por su pecado, sintió la necesidad de cubrirse. Sólo un objeto tienen los vestidos: cubrir la desnudez, evitando la tentación

y no aumentándola, y sólo una cosa nos deben recordar: nuestro pecado, que les dlô origen (*In cap. 3 Genes.*, hom. 18,2: PG 53,150).

b) ¿QUÉ QUEDA DE TODO ELLO?

Después de describir y censurar* los lujos de su tiempo, el Crisóstomo anade: «Toda la carne es como hierba y toda su gloria como flor dei campo. Sécase la hierba, marchitase, la flor cuando sobre ellas pasa el soplo de Yavé (Is. 40,6 y 8). Somos actores en la escena. Nadie se créa rey ni rlco, porque al final dei acto nos encontraremos todos pobres» (*De Lazaro*, concio 2,3: PG 48,986).

Como los que están condenados a los trabajos forzados de las minas, cuando se despiertan después de sonar con la libertad sienten mayores padecimientos, así el rlco sufrirá mayor suplicio al despertarse en la otra vida (*Ad Theodorum lapsum*, 1,9: PG 47,288).

Vuela POR ENC]a de las cosas. No SON estas malas,
SINO SU USO

«Bien sabes que *caminas en medio de lazos y que te paseas en medio de redes* (Eccli. 9,20). A veces, debajo de un lucro hay un robo; ten cuidado. Generalmente en un lujo se esconde una tentación; descubre la. ¿Y por qué tanto lazo contra nosotros? Para que volem alto. Cuando los pájaros se remontan a la altura no caen en los cepos; así, tú mira al cielo y no caerás en esas trampas. Allí, desde arriba, no te asombrarán las insidias humanas, del mismo modo que al que ha escalado la cúspide de la montaña le parecen pequeños la ciudad y sus muros, el ir y venir de hormigas, la marcha de los hombres... Nada te admirará. Riquezas, gloria, poder, honor, te parecerán minúsculos si los contemplas desde el cielo, como le parecían a Pablo, cuando dijo: *El mundo esta crucificado para mí* (Gai. 6,14). Por eso nos aconsejaba el mismo Apóstol: *Pensad en las cosas de arriba* (Col. 3,2). ¿Qué cosas de arriba? ¿El sol y la luna? ¡No, más alto!... ¿Los querubines y serafines? ¡No, más alto! *Donde esta Cristo sentado a la diestra de Dios* (Col. 3,1). No son malas las cosas de este mundo, sino el mal uso de ellas y el mucho apego que les tenemos. El diablo no comió ni bebió, y cayó; Pablo comió y bebió, y subió al cielo... La pobreza y la riqueza son armas que pueden llevarnos a la virtud, si queremos aprovecharlas. Nos ocurre lo mismo que al soldado valiente, que lo demuestra con cualquier clase de

armas, mientras al cobarde le estorban todas. Acuérdate de Job, santo en la riqueza y en la pobreza (Job 31,32; 1,21). Si eres rico, no te apegues al lujo y da limosnas; si eres pobre, ten paciencia» (*Ad pop. antiochen.*, hom. 15,2-4: PG 49, 156-153).

d) Has de sufrir aquí o allí. Hazlo aquí, que te ayuda
Cristo

«Pero ¿cómo podrá haber quien viva tranquilo acá y allá? Imposible y fuera de toda esperanza. Imposible por completo que el que vivió en este mundo tranquilo y perezoso, consumiendo sus días entre delicias, descuidado y despreocupado, pueda después conseguir los honores del premio». Habrá quien no sufra la pobreza, pero tendrá que domefiar, y no con poco trabajo, sus pasiones de deshonestidad, de ira, de ambición, lo cual no exige pequeño esfuerzo y renuncia». En prueba de que el lujo y la vida muelle son incompatibles, el Crisóstomo aduce la recomendación de San Pablo a las viudas (1 Tim. 5,6) y la frase del Señor: *Entrad por la puerta estrecha* (Mt. 7,13).

Puerta estrecha; pero, sin embargo, yugo suave, «porque lo que es gravoso por propia naturaleza, puede tomarse agradable si lo acometemos con ánimo esforzado», como aconteció a los apóstoles, que iban *contentos... porque habían sido dignos de padecer nitrates por el nombre de Jesús* (Act. 5,41).

El sufrir es inevitable en esta vida. Además, desde el punto de vista sobrenatural, San Pablo dijo que *todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones* (2 Tim. 3,12), y o nos perseguirán los hombres o el demonio. Por lo tanto, lo mejor que podemos hacer es «decir adiós a tanta excesiva comodidad y acordarnos de San Pablo, que castigaba su cuerpo reduciéndolo a esclavitud (1 Cor. 9,27). La lucha será dura, pero por ella alcanzamos a Cristo. Se os perseguirá en el mundo, pero confiad, yo he vencido al mundo (Jo 16,33). La pelea es penosa, pero nos lleva al descanso» (*Ad Stag, a daem. vexatum*, l. 13,8: PG 47.483).

II. L. CRISOSTOMO Y SAN AGUSTIN

Limosna y penitencia

Enlazamos a ambos Santos Padres en la exposición del tema de la limosna como -penitencia, que estimamos capital en el desarrollo homilético de la presente dominica. Como puede verse, coinciden los pensamientos de uno y otro en lo primordial.

A) *Limosna y penitencia según el Crisostomo*

a) CINCO MEDIOS DE PENITENCIA

«Muchos y diferentes son los modos de penitencia que conducen al cielo. El primero consiste en condenar nuestras culpas. *Di primero tus pecados para que seas justificado* (Is. 43,26). Condénalos, y eso le basta a Dios, porque quien aborrece su maldad, cae más difícilmente en ella... Hay otro camino..., no recordar las ofensas de los que te odian, templar la ira y perdonar los errores de tus conservos... *Si no perdonareis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados* (Mt. 6,14). ¿El tercer medio? La oración ferviente y cuidadosa. ¿No te acuerdas de la viuda que tan Impertinente se puso con el juez injusto? (Le. 13,5). Pues tú tienes a un Señor manso, justo y amable... Si quieres conocer el cuarto medio, es la limosna. Mucha y muy grande fuerza alcanza. Daniel le dijo a Nabucodonosor, que vivía manchado con toda clase de impiedades y delitos: *¡Oh rey!, sirvete aceptar mi consejo: redime tus pecados con justicia, y tus iniquidades con misericordias a los pobres...* (Dan. 4,27). ¿Qué puede compararse con tal benignidad? Todo se le perdona al ofendido si trata caritativamente a sus conservos. Finalmente la humildad, como la tuvo el publicano (Le. 18,13)... Estos son los cinco medios... No te duermas y utiliza los cinco... Si vives pobre, nadie te impide ser manso, humilde, orar y detestar tu pecado. ¿Pero qué digo? La pobreza no impide a nadie dar limosnas. Bien lo demostró aquella viuda...» (Mc. 12,42) (*De diabolico tentatore*, hom. 2,6: PG 49,263).

b) La limosna, medio necesario

«El cuarto medio es la limosna, la reina de las virtudes, la que lleva rapidísima a los hombres a la puerta del cielo¹ la que desempeña admirablemente el oficio de abogada nuestra. La limosna hacía exclamar a Salomón: *Muchos son los que a porfía se dan por amigos, pero ¿quién tendrá el amigo fiel?* (Prov. 20,6). Grandes son sus alas. Rompen el aire, sobrepasan la luna, vuelan más alto que el sol, penetran hasta el mismo cielo. Ni aun allí se detienen, lo atraviesan, dejan atrás las legiones de los ángeles, los coros de los arcángeles y las potestades superiores, hasta llegar al trono del Rey. Apréndelo de la Escritura: *Cornelio..., tus oraciones y limosnas han sido recordadas ante Dios* (Act. 10 4) No te-

mas esa presencia de Dios, por muchos pecados que hayas cometido, si te acompaña como abogada la limosna. Ningún poder celestial se le resiste. Ella reclama la deuda enseñando el recibo, porque para eso dijo el Señor: *Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt. 25,40). Así, pues, aunque te abrumen tus pecados, tu limosna pesa más que todos ellos» (*De poenitentia*, hom. 3,1: PG 49,293).

«A este juez debemos rogarle y suplicarle, no sobornarle con dinero, o mejor dicho, sí; con el dinero que demos a los pobres. Socorramos al necesitado y Dios se aplacará..., porque la penitencia sin limosna está muerta, le faltan las alas y no puede volar. La que impulsó a Cornelio a la piedad fue la limosna; de tal modo que sin ella su penitencia no le hubiese granjeado el cielo».

c) La limosna, superior a todo pecado

«No hay culpa que no pueda purgar la limosna, que las supera a todas. Ninguna herida se le resiste. ¿Hay algo peor que el oficio de publicano, tan propicio para pecar? Pues Zaqueo con la limosna se justificó (Le. 19,8). El mismo Cristo llevaba, para enseñarnos, una bolsa en la que recogía las limosnas (Io. 12,6). Pablo dice también: *Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres* (Gai. 2,10), y la Escritura trata de ella frecuentísimamente: *El rico con sus riquezas puede rescatar la vida, pero el pobre no tiene con qué rescatarse* (Prov. 13,8)... Procuremos, pues, dar limosna de los mil modos que puede darse. ¿Tienes dinero? Pues no seas tardo en socorrer con él a los que lo necesitan. ¿Puedes defender los derechos de alguien? Pues no digas entonces que no tienes dinero... ¿Puedes ayudar con tu trabajo? Hazlo. ¿Eres médico? Cuida de los enfermos... ¿Puedes ayudar con tu consejo? Mejor todavía, ya que librarás a tu hermano no del hambre, sino del peligro de la muerte... Si ves a un amigo dominado por la avaricia, compadécete de él, y si se ahoga, apaga su fuego. ¿Qué no te hace caso? Haz lo que puedas, no seas perezoso. ¿Va desnudo y peregrino? (desnudo y peregrino es el que no sigue el camino recto), pues recíbelo en tu casa, dale los vestidos de la virtud y la ciudadanía de! cielo. ¿Que tu mismo estás desnudo? Pues vístete primero tú... ¿Cuántas mujeres no se visten de seda, estando desnudas de virtudes? Pues a las tales que procuran vestir las sus maridos..., háganles ver la desnudez de su alma hablándoles del juicio» (*In Acta Apostolorum*, hom. 25,3 y 4: PG 60,196-197).

d) Valor impetratorio y satisfactorio

«Dale al pobre, y cuándo tu no reces, la limosna estará rogando por ti, como abogado tuyo, con sus lablos infinitos, El precio de la salvación de tu alma es la limosna. Del mismo modo que colocamos pilas de agua a la entrada de los templos para que te laves las manos, colocamos también a los pobres en la puerta para que te laves el alma antes de entrar a orar» (*De poenitentia*, hom. 3,2: PG 49,294).

Con las riquezas injustas haceos amigos (Lc. 16,9). «Os ruego que cumpláis el mandato del Señor. Sembremos nuestro dinero sobrante sobre los pobres; hagamos las limosnas que podamos, porque en eso consiste hacernos amigos con el dinero de la iniquidad; derramemos el dinero sobre los indigentes para aplacar el fuego del infierno, para extinguirlo>... Allí (en el juicio) no nos recibirá más que nuestras obras. No serán los amigos que mediante la limosna hayamos conquistado, pues quizá ellos no se salven, sino la limosna misma la que nos reciba. «Y no me refiero sólo a los ricos, sino también a los pobres, a los que viven mendigando; no hay pobre, por muy pobre que sea, que no tenga dos céntimos que dar» (*In Epist. ad Hebr.*, c. 2, hom. 3: PG 63, 34-35).

B) Limosna y penitencia según San Agustín

a) Digno fruto de penitencia

Haced dignos frutos de penitencia (Lc. 3,8). De donde se infiere que, si alguien no los produce tales, vanamente juzga merecer el perdón de sus culpas por efecto de una penitencia estéril; porque después de esto decíanle las muchedumbres: *¿Que hemos de hacer?*, o sea: ¿qué frutos son estos que de forma tan terrible nos ordenas producir?: *El que tiene dos tunicas*, les respondía, *dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentas, haga lo mismo* (Lc. 3,10-11). ¿Hay algo más claro, hermanos míos, y más sin dudas y más terminante? Y estas palabras: *Todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y arrojado al fuego* (Lc. 3,9), ¿no recuerdan las que dirá a los de la izquierda: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno...*, *¿que tuve hambre y no me disteis de comer?* (Mt 25,41-42). Poco es, por tanto, alejarse del pecado, si descuidas reparar lo pasado, según está escrito: *Hijo, ¿ipecaste? No vuelvas a pecar más; y porque no se juzgara seguro por esto solo, añade: y ara por los pecados anteriores* (Eccl. 21,1).

Mas ôde qué te servirâ rogar, si no te haces dlgnô de ser oido, produciendo frutos dlgnos de penitencia? Arbol estéril, serâs cortado y echado al fuego. Luego, si querêls ser oldos cuândo rogâls por vuestros pecados (Lc. 6,37 y 38), *absolved y se-rtis absueitos, dad y se os dard** (Serm. 60, c. 12: PL 38,40*}; BAC, t. 7, 811-812).

«Alabâis al mercader que cambia el plomo por oro y no alabâis al mercader que da dinero y compra la santldad. Pero yo, me decis, no doy dinero, porque no soy bueno... Pues da dinero con mâs motivo y asi reclblrâs la justificaclôn» (Serm. 61, c. 4: PL 38,410).

Cristo pasa necesldad en sus pobres por nosotros. Porque bien podria alimentarios, como alimenté a Elias, por medlo de un cuervo, pero ni aun a Elias qulso alimentarie siempre asi, para que fuese socorrido por una vluda (3 Reg. 17,9-17)... Puso el cielo en venta, y en un vaso de agua fria estipulô su precio... Claro que se trata de un vaso de agua cuândo es otro pobre el que da la limosna, pues el que tiene mâs debe dar mâs, porque la vluda diô dos céntimos (Mc. 12,42), y Zaqueo la mltad de sus blenes (Lc. 19,8)... «La limosna aprovecha al que plensa cambiar su vida, socorrlendo a Cristo para redimlr sus pecados. SI da limosna para segulr pecando, con eso no alimenta a Cristo, sino Intenta sobornar al juez» (Serm. 39, c. 4: PL 38,243-244).

b) El valor satisfactorio de la limosna

«Os veo conmovidos, y también lo estoy. A decir verdad, es cosa de maravillarse. Voy a recapitular, segûn mis fuerzas, la razôn de este misterio, y no he de dâroslo. Escrito estâ: *Como el agua apaga la ardiente llama, asi la limosna expia los pecados* (Eccll. 3,33). Y también: *Coloca tu limosna en el corazôn del pobre y ella pedirâ por ti a Dios* (Eccll 29,15). Item mâs: *iOh reyl, sirvete aceptar mi consejo: redime tus pecados con justicia y tus iniquidades con misericordias a los pobres* (Dan. 4,24). Muchos otros testimonies hay en la palabra divina por donde ver cuâto puede la limosna en orden a extlnguir y borrar los pecados. Por eso a todos los que ha de condenar, y mucho mâs a los que ha de coronar, el Sefior les tomarâ en cuenta solamente las llmosnas, como dlclendo: Es dificl, si examino y peso vuestras obras, no hallar por dônde condenaros; pero *tomad posesiôn del reino..., porque tuve hambre y me disteis de corner* (Mt. 25,34-35). No vais al reino por no haber pecado, sino por haber redimido vuestros pecados con llmosnas... y los condenados ahora... verân serio justamente por los proplos delitos; mas el Juez vendrà como a decirles: No, no es por lo que os flgurâis, sino *porque tuve hambre y no me disteis de corner*. Si apartândoos de todas vuestras obras y vueltos a mi, hubie-

seis redimido con limosnas vuestros crímenes y pecados, esas limosnas os librarian ahora y os absolverian de tanto crimen, pues *bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarân misericordia* (Mt. 5,7). Ahora, id al fuego eterno, *que* (lac. 2,13) *sin misericordia será juzgado el que no hace misericordia** (ci. *Serm. 60*, c. 10: BAC, t. 7, 809, y PL 38,40).

C) LOS PECADOS VENIALES Y LA LIMOSNA

«... Si habéis sucumbido ante los deleites dei siglo, ejercitaos en la misericordia, en la limosna, en el ayuno y en la oración. Con esto se purgan muchos de esos pecados con los que por la fragilidad humana todas las almas se manchan. No dejéis de temerlos por su pequeñez; temedlos, más bien, porque son muchos... No son una fiera, como el león, que de una dentellada rompe la garganta, pero también las bestezuelas, cuando son muchas, matan... Pequeñísima es la arena, pero si se echa demasiada en el barco, éste se hunde; pequeñísimas las gotas de la lluvia, pero llenan los ríos y derriban los edificios...

Me diréis entonces que quién puede vivir sin estas faltas, y yo os contestaré inmediatamente. Nadie. Pero Dios proporcionó los remedios para curarlas: la limosna, la oración, el ayuno. Tres cosas son, pero para que puedas rezar y ayunar con verdad tienes que dar limosna»... (*Serm. 9*, c. 11,17-18: PL 38,88-89).

III. SAN AGUSTIN

Necesidad universal de la penitencia

Dividimos esta sección de textos agustinianos sobre la penitencia en dos partes. Primera: Motivos de penitencia. El pecado nos separa de Dios, y, por lo tanto, es preciso borrarlo para recibirle. De ahí la necesidad de la penitencia. Segunda: Exhortación al penitente.

Hemos compuesto la antología entresacando textos variados y extractando dos sermones de San Agustín, cuyas referencias bibliográficas pueden verse en el lugar respectivo.

A) *Motivos de penitencia*

a) El pecado separa de Dios

En Navidad se nos predica la penitencia para destruir el obstáculo que nos separa de Dios, el pecado. -

1. Cristo es la luz. No te separes de El

Juan, que no era la luz, vino a dar testimonio de ella. La luz era Cristo, *pero las tinieblas no la abrazaron* (Io. 1,5)... «Los inicuos son esas tinieblas. Cristo está, estaba y permanece... Es necesario, pues, que veas al que permanece dentro de ti; que no te separes del que no se sépara; que no le dejes para que no te abandone. No caigas y nunca caerás en su olvido. Si tú caes, El se oculta (casum: occasum); si te sostienes, estará delante de ti, y si no puedes sostenerte, acuérdate dónde has caldo y quién es el que te derriba. Cayó antes que tú (Satanás), y te derriba ahora; no por la fuerza, sino porque tú quieres. Si conocieses tu mal, seguirías sosteniéndote y permanecerías en la luz. Pero ahora que has caído y enfermado de ese corazón, donde la luz podía verse, Cristo viene de forma que lo puedas ver a El, y te envía por delante a un hombre para que recibas su testimonio. Dios pide el testimonio al hombre... para ayudar a los hombres... ¡Tan enfermos nos hallamos que tenemos que buscar la luz dei día por medio de una linterna!» La linterna era Juan... (In *Ioan. Evang.*, tr. 2, c. 2,8: PL 35,1392).

2,1

1.

2. El pecado nos separa de Dios, que vivía entre nosotros

«No anda lejos de nosotros Aquel en quien vivimos, nos movemos y somos (Act. 16,27-28). Sólo te puede separar de Dios tu maldad. Derriba la pared del pecado y estarás otra vez con aquel a quien rezas» (*Enarrat, in Ps. 137, 2: PL 37,1775*).

«Dios, todo El en todas partes, no habita, sin embargo, en todos, porque no a todos se puede decir lo que dijo el Apóstol... *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?* (1 Cor. 3,16), sino que, por el contrario, muchos merecen la otra frase: *si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo* (Rom. 8,9)... Luego hay que confesar que, aunque Dios está en todas partes por la presencia de su divinidad, no lo está por la inhabitación de la gracia... Se dice que están lejos de El los que se han hecho por el pecado desemejantes a El; y se dice que se le acercan los que viviendo piadosamente reciben su semejanza. Rectamente decimos que el ojo, cuanto más ciego, más lejos se encuentra de la luz. Aun cuando la luz está cerca de todos, debay algo más alejado de ella que el ojo ciego bafiado por la misma luz? Ojos que se acercan a la luz son los que se curan y la reciben» (*Epist. 187, c. 5,16-17:PL 2.838*).

3. Aunque el pecado separa, Dios sigue amando y esperando

«Vâyanse y huyan de ti los inquietos pecadores... ^En qué te pudieron dahar?... ôAdônde huyeron cuando huyeron de tu presencia?... Huyeron, si, por no verte a ti, que los estabas viendo; para, cegados, tropezar contigo, que no abandonas nninguna cosa de las que has hecho; para tropezar contigo, injustos, y asi ser justamente castigados por haberse sustraído a tu blandura, haber ofendido a tu santidad y haber caído en tus rigores. Ignoran éstos, en efecto, que tu estás en todas partes, sin que ningûn lugar te circunscríba, y que estás presente a todos, aun a aquellos que se alejan de ti. Conviértanse, pues, y bûsquente, porque no como ellos abandonaron a su Creador, asi abandonas a tu criatura. Convlértanse y al punto estarâs tu alli en sus corazones; en los corazones de los que se confiesan y se arrojan a ti y lloran en tu seno a vista de sus caminos difidles, y tû, fâcil, enjugarâs sus lâgrimas; y llorarân aún mâs y se gozarân en sus llantos, porque eres tû, Seûor, que les hicieste, quien les repara y consuela. ôY donde estaba yo cuando te buscaba? Tû estabas, clertamente, delante de mi, mas yo me habia apartado de mi mismo y no me encontraba. ôCuâto menos a ti?» (cf. *Confess.*, l. 5, c. 2: PL 32,706, y BAC, t. 2, p. 472-473).

4. Dios te ama a ti y odia tu pecado

«ôLe ama y le odia a la vez cuando dice: *cubre su rostro de ignominia?* Parece ser sôlo adversario, pero oye lo que sigue y verâs cômô puede ser también amigo: *cubre su rostro de ignominia y busquen tu nombre, ioh Yavé!* (Ps. 82,17). ... Odia tus obras; te ama a ti; odia lo que hiciste, ama lo que hizo Dios. Tus obras son los pecados, y tû eres el hombre, hecho por Dios a imagen y semejanza suya. Tû olvidas lo que Dios te hizo y amas lo que hiciste tû. Amas lo que está fuera de El. tus obras, y te olvidas de la de Dios... No es Dios el que se separa ni el que se cambia; El no se mueve y enmienda. Si se separô, sôlo fué porque te separaste tû. Tu caiste, El no se ocultô. Oyele, pues, cuando dice: *Volveos a mi y yo me volverê a vosotros...* (Zach. 1,3). Persigue a quien le vuelve la espalda, llumlna a quien le vuelve el rostro».

A continuaciôn ariade San Agustin que el mejor modo de volver a Dios es por medio de Cristo, camino y medicina que se encuentran en la penitencia (*Serm.* 142, c. 4: PL 38,780).

b) Necesidad de la penitencia

El sermôn 351 (PL 39,1535ss) es sencillo y prâctico. Trasladamos la primera parte, destinada a los catecûmenos. La

dedicada a los pecadores, por ser universales, respecto al pecado, las razones aducidas, puede completarse con la exhortación que extractamos seguidamente.

1. Necesaria a los buenos

Una penitencia hay que los buenos, por el hecho de serlo, practican cotidianamente, a saber, la de soportar esta vida, gimiendo por la venidera; todos debemos considerar lo despreciable de la presente y llorar diciéndolo: *¡Ay de mi!... Demasiado se ha prolongado mi destierro* (Ps. 119,5). O como dijo San Pablo: *Persuadidos de que mientras moramos en este cuerpo estamos ausentes del Señor* (2 Cor. 5,6). Vida agravada por la concupiscencia, que obliga al Apóstol a suspirar con el fin, con ansias de revestirse de Inmortalidad (2 Cor. 5,1-4). Consiste, pues, esta penitencia en vivir despegados del mundo, con la mirada puesta en la patria celestial.

Pero, además, necesitamos otra: la del dolor y castigos que voluntariamente nos imponemos y necesitamos:

1.º *Para resistir la tentación*

Tal es la norma cristiana: que la carne y la ceniza no se confíen mientras no haya pasado esta noche, en la *que corretean todas las bestias salvajes y rugen los leoncillos por la presa* (Ps. 103,20-21). Por eso Job no dice que hay tentación en esta vida, sino que la misma vida es una tentación (Job 7,1). Es como la noche, en la que *Satán nos busca para ahecharnos como trigo* (Lc. 22,31). ¿A quién, pues, desagradará la penitencia? «¿Quién no pedirá humildemente la ayuda divina hasta que pase esta turba de tentaciones... y brille para nosotros el día eterno, el que siempre luce, el que, alumbrando lo más secreto de los corazones, nos ha de servir de alabanza y de gloria?» (1 Cor. 4,5).

2.º *Para conservar y aumentar la gracia*

Que nadie se glorie, aunque tenga domado el cuerpo y crucificado el mundo con sus obras... y castigue su carne reduciéndola a servidumbre... Todo eso se lo han dado... No se contente con devolver lo mismo que le dieron, no sea que enfances le digan: *Siervo malo y haragán... Debías haber entregado mi dinero a los banqueros, para que a mi vuelta recibiese lo mío con los intereses* (Mt. 25,26-27). Pues el que quiera aumentar la gracia, que haga penitencia.

3.º *A los sacerdotes*

«Se mueve en medio de las cosas humanas, pero no carnales, entregado como está a su ministerio de conquista de los espíritus. No vive absorbido por obligaciones temporales, ni la milicia de Dios le deja tiempo para dormir en ocio indolente.

Dé, pues, con alegría sus limosnas al remediar en lo po-

sible las necesidades materiales de los pobres, o cuándo en su calidad de dispensador del pan celestial construye dentro de los corazones de los fieles verdaderas fortalezas contra el demonio. *Dios ama al que da con alegría* (2 Cor. 9,7). No le venza el cansancio en las dificultades que se le presenten, para que el hombre no se olvide de que lo es. No se deje llevar por la ira, ni con el que enojosamente le molesta ni con el que inoportuno le pide, empujado por la necesidad; ni con el que, cuándo está más ocupado, pretende que le resuelva su asunto, sin que le importe nada del suyo; ni con el que resiste todo racloquio de una justicia evidente por su apetito ciego o por su pereza. Que no dé más ni menos de lo que conviene. Que no hable más de lo necesario, y cuándo lo sea. *¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian el bien!* (Rom. 10,15)...

Y sin embargo, también se les pega el polvo de la tierra. Polvo que será sacudido contra ellos si por su mala voluntad desprecian esta mancha...

Así, pues, los sacerdotes no solo hemos de soportar esta vida hasta que pase, esperando en Dios y obrando virilmente para dar frutos con nuestra paciencia; no solo, digo, hemos de soportarla, pesada como es por su misma caducidad, miseria y preocupaciones cotidianas (Con las que ojalá nos diésemos por satisfechos, según el consejo del Señor: *bástele a cada día su afán*; Mt. 6,34); sino que debemos hacer penitencia a diario para sacudirnos el polvo de este mundo, que se adhiere a los pies de todo el que va por el camino, y para reparar el desgaste que nos ocasionan las mismas ocupaciones tan complicadas de nuestro ministerio, ¡Ojalá quiera Dios compensarlas con ganancias mayores!» (*Serm. 351, 4: PL 39,1538-1539*).

4. A los seglares

«Pues si esto ocurre a los dispensadores de la palabra de Dios, ministros de sus sacramentos y soldados de Cristo, ¿qué no ocurrirá a la multitud gregaria?... ¡Cuánta mayor penitencia debieran hacer éstos..., que, aunque no sean adúlteros..., sin embargo, por la administración y negocios de su casa, por los estrechos vínculos matrimoniales, están, no digo rociados de polvo, sino manchados de lodo de arriba abajo!...» ;En cuántas culpas no se ven mezclados por hablar de los asuntos ajenos..., por las charlatanías necias...: por las mismas comidas, indispensables para vivir, pero que se apetecen ávida e inmoderadamente...; por las malas acciones en la compra y en la venta!... «Da pena énumerar todo lo que encontraríamos dentro de nosotros si nos mirásemos sinceramente en el espejo de las Sagradas Escrituras. En verdad que ninguna de estas cosas hiere mortalmente. pero son como la sarna. De tal modo afean. que nos separan

del abrazo castisimo de ese Esposo, *el mâs hermoso de los hijos de los hombres* (Ps. 44,3), si no la curamos con la medicina diaria de la penitencia» (ibid. 5: 1540-1541).

5. *La caída diaria*

Todos caemos. En el santo sacrificio todos decimos: *Perdônanos nuestras deudas* (Mt. 6,12). Seftal de que las tenemos, pues no es aquel lugar proplcio para mentir. «En realidad, todo el que se considere a si mismo diligentemente y sin adulaciôn alguna, no podrâ por menos de darse cuenta del peligro de eterna condenaciôn en que vive y de la penuria de santificaciôn con que vamos peregrinando...» San Juan (1 lo. 3,9) dice: *Quien ha nacido de Dios, no peca*, pero en la misma epistola anade: *Si dijéramos que no tenemos pecado, nos enganariamos* (Ibid. 1,8). «La primera frase se refiere a las primicias del hombre nuevo, y la segunda a las reliquias del viejo. Viven los dos juntos, y poco a poco el nuevo va credendo y el viejo cede. Pero mientras duran ambos, estâmes en la palestra, y no solo propinamos al adversario los golpes de nuestras virtudes, sino que recibimos los del pecado en cuanto nos descuidamos en esculvarlos. Por ahora nadie vence definitivamente; hay que esperar a ver quién es el que golpea con mâs vigor, hasta que llegue el momento final, cuândo el enemigo de todo el que se sostiene en pie se lleve a los vencidos a la muerte eterna, mientras que otros triunfantes griten: *¡Dônde esta, ¡oh muerte!, tu victoria?* (1 Cor. 15,55).

Y sepâmoslo, nunca seremos vencidos mâs fâcilmente por nuestro rival que cuândo le imitemos en la soberbia..., ni le derribaremos con mâs empuje que imitando la humildad de Nuestro Senor, ni le serân nunca nuestros golpes mâs dolorosos y duros que cuândo curemos nuestros pecados con la confesiôn y la penitencia» (ibid. 6: 1541-1542).

2. Necesaria a los pecadores

En esta parte San Agustín se refiere a veces a la penitencia canônica de aquellos tiempos. Como las razones son fâcilmente acomodables, preferimos respetar el pensamiento del Santo, ya que el lector sabrà fâcilmente entender cuândo se refiere a la penitencia en general y cuândo a la canônica. Intercalamos un párrafo destinado a los catecûmenos y lo colocamos entre paréntesis.

1. *La penitencia por los pecados cometidos*

«La tercera penitencia es la que ha de sufrirse por los pecados cometidos contra el decâlogo» (ibid. 7: 1542).

«Nadie se acerca a Cristo y comienza a ser lo que no era sin haberse arrepentido antes de lo que era... Esta es la penitencia que como necesaria para el perdôn mandaba Pedro a los judios (Act. 2,38) y la que ordenaba el Sefior diciendo: *Arrepentios, porque se acerca el reino de los cielos* (Mt. 4.17),

y Juan el Bautista (Mt. 3,8): *Haced dignos frutos de penitencia** (ibid. 2: 1537).

«En esta tercera penitencia cada uno ha de mostrarse severo consigo mismo y juzgarse a si propio para no ser juzgado por Dios: *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos condenados* (1 Cor. 11,31). ... Constltûyase delante de si mismo, para que esto no le ocurra después: *Quisiera corregirte poniendo esto ante tus ojos* (Ps. 49,21). Constltuido, pues, en su corazôn el tribunal, la memoria actûe de acusador, la conciencia de testigo y el temor de verdugo». Si se créé merecedor de ello, acuda a la disciplina eclesiâstica para que se le prive del pan celestial. Porque aqui se acercan al altar muchos indignos negândose a la penitencia, pero a aquel otro altar indefectible en el que oficiarâ nuestro Sumo Sacerdote, Cristo, asistido por todo el linaje escogido—*sacerdotio real* (1 Petr. 2,9)—, no podrâ acercarse quien no hubiere hecho penitencia y en cambio se dedique a atesorar la ira. «Y tû, por no separarte ahora por algûn tiempo de nuestros altares, dperderâs acercarte al celestial?» (Ibid. 7-8: 1542-1545).

ôQué espera, pues, el que ha pecado gravemente? Ya que Dios le da vida, que haga penitencia. ôTan enemigo es de si mismo que no la hace? Cambie de voluntad y castlguese con medicina severisima, si, pero al fin medicina que cura. Vaya a los oblspos a que le indiquen la penitencia a que debe someterse, y si el escândalo ha sido grande y los oblspos lo creen preciso, practique entonces la penitencia delante de todos (ibid. 9: 1545).

2. *Excusas vanas*

Otros no la hacen. Ya nos dice la Sagrada Escritura que en la Iglesia habrà buenos y malos hasta la ûltima siega, cuando el Sefior venga con el biello (Ibid. 10: 1546-1547).

Otros muchos pecan. «Los que se niegan a la penitencia, que no busquen compafieros para el supllcio ni se alegren por encontrar numerosa compaôia. Porque sean muchos, no arderân menos...»

Qulzâs se apoyan en que hay sacerdotes y dignidades eclesiâsticas que no viven como predicán. ¡Desgraciados los que, mirando a los ministros, se olvldan del Senor, que ya recomendô... se siguleran sus palabras y no sus obras y que tolerô a Judas y hasta lo enviô a evangelizari... Se parecen al que en una carretera, al observar que las piedras milia-rias llenas de indicaciones se estân quietas, no quisiera moverse. SI deseas llegar, ôpor qué no miras a tantos otros sacerdotes que seftalan el camino y marchan por él decididos y constantes? Si los buscas no dejarâs de hallarlos, pues lo que ocurre es que se habia menos de ellos, porque los hombres, en vez de fijarse caritativamente en los que viven como predicán, prefleren sorprender con malicia susplcaz algo dig-

no de censura, unas veces para no encontrar a nadie bueno, ya que ellos son malos; otras, temiendo encontrarlas, puesto que no rehusan persévérar en su maldad. Pero concédâmes que no los encuentras... ôY Cristo? ôY los apôstoles... y los mârtires?... (Ibid. 11: 1547-1548).

c) Exhortaciôn final

Por muchos pecados que tengas, no te desesperes, recurre a la penitencia como los ninivitas (Jon. 3,5) «¡Pero yo soy cristiano... y, perro despreciable, he vuelto al vômlto de mis viclos! *iDônde podria alejarme de tu espiritu? iAdônde huir de tu presencia?* (Ps. 138,7). *dDônde me esconderè de Dios?* (■Donde te esconderâs, hermano? En su mlsma misericordia. Nadie puede huir de Dios mâs que refugiândose en El», huyendo de su severidad, pero acudiendo a su amor... Todavía vives, y si Dios no quisiera curarte, ya te hubiera sacado de este mundo... El, que no consiguiô convencerte con sus clamores para que no te fueras, te llama con su perdôn para que vuelvas. Acuérdate de David, circuncidado, ungido... San Agustin comenta el pecado y la penitencia de David y de Pedro... De David dice: «No basta cambiar de vida; hay que satisfacer con el dolor penltente y las limosnas». Aduce los versiculos 5, 11, 18 y 19 del *Miserere* (Ps. 50). Pedro ofreciô el perdôn, mediante la penitencia, a Simôn el Mago (Act. 8,21-23).

«Nos rodean los préceptes de obrar el bien, los ejemplos de los que no lo practican y también los de quienes con su penitencia retornan al camino». Los hombres cuando ofenden al emperador buscan mil recomendaciones, emprenden viajes tan dificiles, que, para huir de la muerte, la desafian. Humiliate tû ante Dios y la Iglesia. El trabajo (de la penitencia publica, y en nuestro caso de'cualquier otra) que se impone es pequefio, y la muerte eterna se evita sin nîngûn peligro de esta vida temporal (ibid. 12,1548-1549).

B) Exhortaciôn a los impénitentes

a) LOS QUE DIFIEREN SU CONVERSIÓN

1. La tardanza en convertirse

1. Unos por desesperaciôn

No teman. Conviértanse pronto y oigan: *¿Quiero yo acaso la muerte dei impio... y no mâs bien que se convierta de su mal camino y viva?* (Ez. 18,23) (Serm. 40: PL 38.244ss).

2? *Otros por eiceso de esperanza*

Dlcen: «Bios es misericordioso y lo perdona todo; no devuelve mal por mal. Estos deben oír al Apôstol (Rom. 2,4); *cDesprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanidad, desconociendo que la bondad de Dios te atrae a penitencia?*» (cf. Ibid. 2: 244).

3. *Otros esperan mal*

Dlfieren para mâs tarde el dia de su converslôn: dPor qué, pues, si Dios me lo ha de borrar todo, no voy a aumentar mis placeres y vlvlr a gusto?... Pero ôcômo dices eso, hermano mio? Porque Dios promete su perdôn en cuanto camble, responde él» (ibid. 3-4: 244-245).

2. Dos respuestas

1? *ôA eso se llama vivir bien?*

c,Y a eso le Hamas dias buenos? A hartarte de placeres, a nutrir de lujuria tu corazôn, a asediar la virtud ajena, a contrlstar a tu prôjimo con fraude, a negar lo prestado... Cuando ves tu mesa repleta de comida, ôcrees que ése es un dia bueno? ôCômo pueden ser buenos esos dias, siendo malo el hombre que los vive?» (Ibid. 4,245).

2? *iSabes cuándo vendrà Dios?*

«Nadie te ha prometido el dia de maüana. Y si no, tû que lees tan admirablemente el Evangelio y los Profetas cuando prometen el perdôn de tus pecados para el momento de convertlrte, léeme un solo lugar en que se te haya prometido el dia de mahana, y en ese caso yo mismo te dire: Aprovéchate y vive mal...

Pero te acabo de recomendar un disparate. Tu vida podrâ ser larga o corta. Si ha de ser larga, ôpof qué la prefieres larga y mala? ôQué te ocurrirà de malo porque vivas mucho y bien? En cambio, si fuere corta, deléitete el pensar que irâs a una vida etema y felicisima. *fNo difieras convertirte al Señor y no lo dejes de un dia para otro, porque de repente desfogarà su ira y en el dia de la venganza pereceras!* (Eccli. 5,3). ôAcaso he escrito yo esta sentencia? Acaso la puedo borrar? Ni puedo borrarla ni callarla, porque me aterrorlzaria ml silencio. Tengo obllgacôn de predicar. Yo mismo estoy lleno de miedo. Temed conmigo, y asi un dia gozaremos juntos...

Señor, ya sabes que me has atemorizado con las palabras de tu profeta. Señor, has conocido que me llené de espanto cuando se leían desde este pulpito. Pues en su nombre os las repito. No quiero que os perdaís» (Ibid. 5: 245).

b) Despertar la conciencia que rehusa

«No me digas: Déjame que me condene en paz. Es mi gusto». Si el médico le advierte a un hijo que su padre será sobrecogido por un suefio dulce pero mortal, y le encomienda que le sacuda, le pellizque y aun le pinche con tal de que no se duerma, el hijo lo hará. Y de nada le valdrá al padre despertarse Incomodado, pidiendo que le dejen dormir tranquilo, porque el hijo sabe que del suefio pasará a la sepultura, y quiere alargar a su padre anclano la vida unos años para estar con él. Dios hace lo mismo contigo. «Dios te grita: No te duermas, pues de lo contrario dormirás eternamente. Despiértate para que vivas conmigo y tengas un padre que no perderás nunca. ¿Y sigues sordo?» (ibid. 6: 246).

c) Son palabras de Dios. Pidámosle la salvación

«Dios es el que amenaza... ¿Qué quieren? ¿Qué yo prometa lo que El no prometió? ¿De qué vale la tranquilidad que te asegure el administrador, si el duefio no te la confirma? Yo no soy más que un administrador, un siervo... ¡Ojalá Dios te prometiese esa tranquilidad!... Pero si vosotros ni yo tenemos más tranquilidad posible que obedecer cuidadosamente los mandamientos divinos...

Nos cansamos porque somos hombres, pero pidámosle, gimiendo, su ayuda. No recemos por cosas temporales, pasajeras y transitorias, que se desvanecen como el humo. Recemos, si, para poder ser justos y santos en el nombre del Señor. Recemos, no para dominar a nuestro vecino, sino para dominar nuestra concupiscencia; no para curar nuestro cuerpo, sino para sanar nuestra avaricia. Sea ésta nuestra oración: Señor, ayúdanos en la lucha y corónanos en la victoria» (Ibid. 7: 246-247).

IV. SAN CESAREO DE ARLES

Preparation para la Navidad

Existen dos breves sermones, que han sido atribuidos por unos a San Ambrosio y por otros a San Agustín. Migne los arribuye a San Césareo de Arlés. pero los incluye con los numeros 115 y 116 en el apéndice de los sermones dudosos de San Agustín (cf. PL 39,1973 y 1975). Damos el uno a continuación de otro, y pueden distinguirse fácilmente por las citas.

A) *Disposiciones necesarias*

a) Hay que disponerse para recibir a Dios

Al acercarse la Navidad, debemos prepararnos culdadosamente para que «merezcamos recibir a nuestro Rey con gloria y alabanza, sin que nos repela por nuestra fealdad al condenarnos como pecadores». Comulguemos ese día puros y limpios, para no corner nuestra propia condenación: «En el cuerpo de Cristo está nuestra vida, según dijo El: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre..., no tendréis vida en vosotros* (Jo. 6.53). Cambie, pues, de vida quien quiera recibir la vida,, pues si no cambia (1 Cor. 11,27), la de Cristo le servirá de juicio, y en vez de vida será muerte» (*Serm. 115, 1: 1973*).

«St el Señor os ve revestidos de la luz de la caridad, adornados con las joyas de la misericordia y de la justicia, castos. humildes y sobrios, su cuerpo y su sangre no serán vuestro juicio, sino vuestro remedio». De lo contrario, temo que os diga: *Arrojadle a las tinieblas exteriores...* (Mt. 22,13). «Ésa es la sentencia que oirá en el día del Juicio el que llegue a la Navidad sin hacer penitencia de sus pecados» (*Serm. 116, 1: 1975*).

b) Con limpieza de conciencia

Cuando se acerca tu fiesta o la de uno de tus hijos, limpias tu casa, quitando todo lo desagradable e inútil. «Si, pues, dispones tantas cosas para el natalicio de un hijo, ¿qué no debes disponer para el de tu Señor? Si preparas tantas cosas para un mortal, ¿qué no deberás preparar para el Eterno? Procura que Dios no encuentre en tu alma lo que no te gusta ver en tu hogar» (*Serm. 105, 2; 1973*).

c) Adornando el alma con la caridad

Si viniera a visitarte un rey, ¿cómo te adornarías? Pues con la ayuda de Dios esté tu alma «resplandeciente por la castidad, espléndida por la caridad, rozagante por las limosnas». Así Cristo «no sólo te visitará, sino que descansará en ti perpetuamente» (2 Cor. 6.16 y Apoc. 3.20).

Feliz aquel en quien Cristo more. Desgraciado el que, repudiado por Cristo, sea dominado por Satanás. Esta es la situación «del alma que no recurre pronto a la medicina del arrepentimiento: porque será abandonada de la luz e invadida por las tinieblas».

Temed a la ira como a una fiera; eliminad el odio de vuestros corazones como un veneno, y sea tal vuestra caridad que alcance no sôlo a vuestros amigos, sino a vuestros enemigos, para que podáis decir: *Perdônanos nuestras deudas...* No sé cómo puede acercarse tranquilo al altar del Señor el que siente algùn odio después de lo que con clamor terrible dijo San Juan: *Quien aborrece a su hermano es homicida* (1 Jo. 3,15). «Quien con un trueno tan fuerte no se despierta, ése no duerme, sino que está muerto» (*Serm. 105, 3 y 4: 1974-1975*).

B) Las bodas de Cristo con la Iglesia y contigo

a) Hay que presentarse limpio de toda mancha

En este día celebrô Cristo, al tomar nuestra carne humana, sus bodas con la Iglesia. Nosotros estamos invitados al banquete, pero hemos de cuidar mucho del traje nupcial y de procurar que brille por su blancura. Es más, se trata de nuestras propias bodas, en las que podemos ser la esposa. Consideremos, pues, con quién nos desposamos y cómo conviene que nos aderecemos, no ocurra que podamos encontrarnos con que el interior, en vez de resplandecer de Joyas, está lleno de manchas (*Serm. 106, 2: 1975-1976*).

b) CONVIDAD A LOS POBRES

Siempre conviene dar limosna, pero mucho más en estas fiestas. No parece justo que mientras unos se sacian, otros pasen hambre. «Tanto nosotros como los pobres somos siervos del mismo Señor, redimidos con igual precio; lo mismo entramos en el mundo todos y de la misma manera saldremos, y si obramos el bien, obtendremos semejante felicidad...

¿Por qué no ha de comer contigo el pobre, que recibirá también contigo el reino? ¿Por qué no has de regalar tu traje usado al que fue lucirá Igual que tu la estola de la inmortalidad? ¿Por qué no puede comer tu pan el que fue bautizado contigo? ¿Por qué es indigno de las sobras de tu comida el que se acercará en tu compañía a la mesa de los ángeles? Oid, hermanos, un mandamiento que no es mío, sino del Señor: *Cuando hagas una comida o una cena no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a los parlantes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos a su vez te inviten y tengas ya tu recompensa. Cuando hagas una comida llama a los pobres. a los tullidos, a los cojos y a los ciegos, y tendrás la di-*

*cha de que no puedan pagarte, porque recibirás la recompensa en la resurrección de los justos** (Le. 14,12-14).

ôY no podré invitai a mis amigos? Si, pero de modo que te quede algo para los pobres, no sea que en el dia del juicio te digan (Mt. 25,41-42): *Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno... Porque tuve hambre y no me disteis de corner ...* (Serm. 106, 4 y 5: 1976).

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

La penitencia es necesaria

Reproducimos en brevisima sintesis las ideas fundamentales del Angelico Doctor sobre la necesidad de la penitencia (cf. *Summa Theol.*, 3, q. 86).

A) En qué consiste la remisiôn del pecado

La remisiôn. del pecado consiste en volvernos a unir a Dios, de quien nos separô (cf. *ibid.*, q. 86, a. 1).

La ofensa hecha a Dios procede de nuestra voluntad, que se separô de El por buscar un bien creado. Ahora bien, esta ofensa no puede perdonarse mientras el hombre no vuelva a dirigirse a Dios, mudando su voluntad por medio del arrepentimiento y el propôsito de nueva vida.

En efecto, perdonar es devolver la gracia del ofendido al ofensor. Los hombres podemos perdonar a nuestros enemigos y devolverles nuestra gracia, aun cuando ellos no cambien en su disposiciôn perversa hacia nosotros, porque nuestra gracia es algo meramente externo, que no cambia nada el interior de quien lo recibe. Nuestra gracia o benevolencia supone que aquel a quien se la otorgamos es bueno o lo parece. La gracia de Dios, en cambio, no obra asi; la gracia de Dios convierte en bueno al que no lo era, trocândolo interiormente.

B) Para volver a la gracia se requière la penitencia

Por lo tanto, para que Dios pueda devolver su gracia, es necesario que el hombre retire aquella su mala disposiciôn de la voluntad, por la que se convirtiô a las criaturas, separândose de El. Mientras dure la voluntaria aversiôn a Dios, es imposible que éste pueda devolver su gracia (q. 86, a. 2 in c.).

En otros lugares explica que el cambio de voluntad se verifica mediante la gracia actual.

La misma razón justifica que a los niños se les pueda perdonar el pecado original sin que previamente hagan acto alguno de penitencia. En realidad no es la voluntad del niño la que está desordenada; su desorden radica en la naturaleza, que lo heredó. Así, pues, no hace falta rectificación alguna por parte de la voluntad-, y basta la gracia inabitante de Cristo (ad 1).

C) También es necesaria para el pecado venial

En cuanto al pecado venial, la penitencia es necesaria también (q. 87, a. 1), porque aun cuando no nos separe totalmente de Dios «se retrasan los afectos humanos, de modo que no lleguen tan prontamente a Él». Es, pues, necesaria, en cierto modo, la penitencia, y no basta el simple estado de caridad habitual, puesto que el pecado venial es compatible con él. Requiere por lo menos alguna displicenda virtual; por lo menos un deseo tal de Dios, que en aquel momento esté dispuesta nuestra alma a retirar cuanto impida apartarnos de Él.

II. SAN BUENAVENTURA

Tres grados de purificación

Según el Doctor Seráfico, hay tres grados dentro de la purificación: el temor, el amor y su fruto de misericordia (cf. *Purificación de la Virgen María*: BAC, t. IV, p. 635 ss).

A) Hay tres modos de penitencia

«Debemos saber que existen tres clases de purificación: legal, profética y evangélica. La primera tiene su origen en el temor de la severidad del juicio; la segunda, en el ardoroso celo de la justicia, y la tercera, en la dulzura de la divina misericordia. La primera es legal; la segunda, profética, y la tercera, evangélica. La primera se indica en el ayuno cuadragenario de Moisés; la segunda, en el de Elías, y la tercera en el de Cristo...»

a) La primera se origina del temor al juicio

«La primera purificación es legal, y se origina del temor de la severidad del juicio, de la cual se había en San Lucas (3,17): *En su mano tiene el biello para bieldar la era y almacenar el trigo en su granero, mientras la paja la quemará con fuego inextinguible*. Cristo, fuego que derrite, tendrá el biello en su mano, o sea, la balanza del juicio final. La consideración del juicio divino hace en nosotros por la gracia lo que hará por la justicia vindicativa...

Dios ablandó mi corazón (Job 23,16), pues me ocupó en considerar sus caminos. Aquí conviene que el temor sea el principio de vuestra purificación» (ibi.: 636 y 637).

b) La segunda, de la caridad

«La segunda purificación es la gracia penitencial, que tiene su origen en el celo vehemente de la justicia; y esta purificación es profética y más excelente que la legal; de ella se dice en el libro de los Números (31,23): *Todo lo que puede resistir el fuego, pasadlo por el fuego*. Todo lo que puede pasar por el fuego, esto es, por el de la caridad ardiente...» (Ibid.: 637).

c) La tercera, de la misericordia

«La tercera... proviene de la dulzura de la compasión de lo alto; y se llama evangélica porque el Evangelio viene acompañado de mansedumbre. Dijeron Juan y Santiago: Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que los consume? (Le. 9,54). Y respondiéndoles el Señor: No; no vine a eso. Respecto a esa purificación se dice en el libro de Tobias (12,9): *La limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado*» (ibi.: 637).

B) Grados de las tres

«Es necesario que la fe acompañe a la misericordia; mas si deseas guardar fidelidad a Dios, debes pretecharte antes con el temor, porque *con el temor del Señor se aparta el hombre del mal* (Prov. 16,6).

Esta tercera purificación presupone las otras dos, la de Moisés y la de Elías. Si das limosnas sin dejar de pecar, es

como si dieras una bofetada junto con la limosna. Estas três purificaclones se ordenan mutuamente, pues la que procede del temor es como fundamento y la que procede de la dulzura de la compasião divina es como complemento. La primera es purificatlva; la segunda, purificativa e ilumlnativa, y la tercera, puriflcatlva, ilumlnativa y perfectiva» (ibid.: 639).

III. SAN ROBERTO BELARMINO

Camino s hacia Dios

Como en las dominicas anteriores, extractamos de la obra citada el sermón correspondiente al evangelio dei día.

A) Los caminos que conducen a Dios

Juan, anunciado por Isaias, nos ordena que preparemos al Señor un camino recto, llano, estrecho y solitario.

a) «Endereza d sus senda s» (Lc. 3,4)

El camino recto es mäs breve, mäs hermoso y anima con la vlsldn directa de la meta final. Por eso dice el Sablo (Sap. 10,10): *Le condujo por caminos rectos y le diô a conocer las cosas santas.*

b) Todo barranco sera rellenado... y loîs caminos tortuosos RECTIFICADOS (LC. 3,5)

La llanura aprovecha a la comodidad, a la belleza y a la visiôn de la meta o fin.

c) «Senda s»

Las sendas son mäs estrechas, pero mäs râpidas y hasta mäs seguras, pues no transitan por ellas mäs que los peatones.

«

d) En SOLEDAD

Camino recorrido sólo por los que queren encontrar a Cristo.

B) Camino recto: el fin del hombre

a) La rectitud de intención

sEnderezad el camino del Señor» (Io. 1,23). La recta intención es el fundamento de toda la vida espiritual, porque en realidad el camino recto equivale a seguir la ley de Dios. Mas para andar por él se necesita la rectitud de intención, esto es, conocer y desear nuestro verdadero fin.

El que ama el fin elige los medios convenientes. Por eso dice San Pablo que *quien ama al prójimo ha cumplido la Ley* (Rom. 13,8), y éste es el sentido de las palabras del Señor: *Si tu ojo estuviese sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviese enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas* (Mt. 6,22-23). De lo que amemos y busquemos dependerá toda nuestra vida.

b) Nuestro fin

Ahora bien, ¿qué buscan los hombres como si fuera su fin? Unos las riquezas, aun a costa de prevaricar; otros cierta mujer, otros tal dignidad. Nada de eso constituye el fin del hombre. Mejor que nadie conoció cuál era nuestro fin el mismo que nos creó y al crearnos dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza* (Gen. 1,26).

El fin de una imagen es parecerse a su modelo. Por lo tanto, nuestro fin consiste en ir crediendo en semejanza con Dios, hasta que llegue el día en que *seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es* (1 Io. 3,2). Fin altísimo.

c) Nuestra intención debe dirigir todas nuestras obras A ESTE FIN

Todas las obras, no alguna que otra (*semitas, no semitam*). Los que se separan de este fin, cuanto más corren más se desvían, como la flecha que no se dirige bien al blanco. ¡Cómo se esfuerzan los hombres en cosas transitorias! Merecen, en verdad, que les diga el profeta: *¡A que gastar vuestro dinero no en pan, y vuestro trabajo no en hartura?* (Is. 55,2).

Los que piensan en el cielo como fin, viajan alegres, porque brilla siempre ante sus ojos la meta feliz. Además llegan antes, porque los otros, o no llegan nunca, porque se condenan, o alargan su camino en el purgatorio, en donde un ml-

nuto de dolor equivale a largos afios de sufrir en este mundo.

Ven siempre la meta, porque su deseo se les presenta siempre y su conciencia tranquilla les Infunde la confianza en la llegada. *Donde esta tu tesoro, alli está tu corazón* (Mt. 6,21).

Van alegres, porque *los preceptos de Yavé son rectos y alegran el corazón* (Ps. 18,9). Nada más alegre que el bien obrar.

C) Camino llano: la presunción y la desesperación o pusilanimidad

He aqui camino sin valles ni montañas, porque los dos obstáculos principales para salvarse son la presunción y la desesperación; la soberbia y la pusilanimidad.

Hay quienes presuntuosamente se forman su conciencia y su forma de vida, justificando todos sus actos. Malgasto mucho, pero todo es mio. Soy iracundo, pero ellos se lo merecen. Cometo fraudes en las ventas, pero también me engañaron a mí cuando compraba. Se parecen al fariseo, que no veía más que los pecados ajenos.

A todos éstos hay que aplicarles las frases del Señor y de la Escritura: *Yo he venido al mundo a un juicio, para que los que no ven, vean* (Io. 9,39); esto es, para castigar a los que se creen suficientemente sabios. *Si fuerais ciegos no tendríais pecado; pero ahora decis: Vemos, y vuestro pecado es permanente* (Io. 9,41), porque si reconocierais vuestra ceguera... Dices: *Yo soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo* (Apoc. 3.17).

Otros conocen su pecado, pero continúan en él, confiando en la bondad de Dios y en los medios de perdón que nos concede.

El extremo contrario es la cobardía de quienes quisieran ser buenos, pero estiman demasiado difícil la virtud. Sin la gracia de Dios nada podemos, pero con ella todo es fácil.

Aúñanse los montes con el temor de Dios, rellénanse los valles con la confianza en su gracia.

D) Camino estrecho: la cruz de cada uno

Hay también un camino estrecho, una senda, porque nadie puede entrar en el cielo si no es derramando su sangre en el martirio o macerando su carne como los santos. La vida es una cruz que se lleva, una corona que hay que alcanzar

en la lucha, una pelea con los enemigos de Dios. San Pablo dice: *Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesûs, sufrirân persecuciones* (2 Tlm. 3,12).

Necesarlo es este camlno a los pobres en su pobreza. Sufrirla es la senda angosta; desesperarse, robar, es salirse de ella. Necesarlo a los ricos, a quienes dar limosna les cuesta mucho mâs que al pobre sufrir sus escasez, pues han de superar su avaricia, su soberbia y su prodigalidad. Olgamos al Apéstol: *Sé pasar necesidad y sé vivir en la abundanda; a todo y por todo estoy bien enseñado: a la tortura y al hambre, a abundar y a carecer* (Phll. 4,12). Penosa aparece la obediencia, difícil el mando, tentada la juventud, enferma la vejez...

ôY nos dijiste que el camlno era alegre? La gracia de Dios lo transforma todo: *Reboso de gozo en todas nuestras tribulationes* (2 Cor. 7,4).

E) El camino solitario

Al ser estrecho el camlno ha de ser apenas transitado. Pocos slguen al Sefior. Cosas hay en las que debemos acomodamos al comûn de las gentes, como son las relativas al modo de vestir u otras semejantes, en las que se puede mostrar indiferencia, pero nunca en dejar el bien y aceptar el mal

IV. P. FRANCISCO SUAREZ

El bautismo de Juan

Suârez dedica la disputa 25. dividida en cuatro secciones, de su obra *De Mysteriis vitae Christi* al bautismo de Juan (cf. BAC, *Misterios de la Vida de Cristo*, vol. 1, p. 695-721).

A) Elementos del bautismo de Juan

Su materia era el agua, pues bautizaba cerca de los rios y dijo: *yo ciertamente bautizo en agua* (Mt. 3.11; Le. 3.16; lo. 1,26 y Act. 1,5). Se discute sobre si su forma fué en nombre de Cristo verdadero, según entlende Santo Tomâs (3. q. 8, a. 6 ad 5), o no tuvo forma, como preflere Suârez.

No era, sin embargo, una simple abluciôn, pues la Intenclôn, el fin y el modo con que se conferia le daban un slgno de ceremonia religiosa.

B) *Sus efectos*

Es de fe Que no conferia la gracia. El mismo Juan distinguió su bautismo del de Cristo, diciendo que él bautizaba en agua, y Cristo en el Espíritu Santo (Mt. 3,11; Lc. 3,15; Jo. 1,33). «Luego, dándose ambos bautismos en agua, cierto es establecerse diferencia entre ellos, y al decirse que el bautismo de Juan se daba en agua, necesariamente ha de entenderse que se daba sólo en agua, y el de Cristo en ambas cosas, a saber, en agua y en Espíritu Santo». Por lo que Ricardo de San Victor dijo: «Juan, como hombre, bautizó sólo en agua; Jesús, como Hombre-Dios, en agua y en Espíritu Santo. Bautizar en agua y en Espíritu Santo es purificar de toda mancha de pecado e infundir por añadidura la gracia» (cf. *De superexcel. bapt. Christi*: PL 196,1016).

Confirmanlo los Santos Padres. San Basilio dice: «La misma diferencia que media entre el agua y el Espíritu, media entre aquel que bautiza en Espíritu Santo y aquel que bautiza en agua» (cf. *Hom.* 13: PG 31,430, y *De bapt.*, l. 1,4: ibid. 1531).

Y San Juan Damasceno llama al bautismo de Juan «rudimentario» (cf. *De fide orthod.*, l. 4, c. 9: PG 94,1123).

Tal es el sentido de la definición del concilio de Trento (ses. 7, can. 1, sobre el bautismo).

C) *Fin del mismo*

Se instituyó para «servir de manifestación y demostración de Cristo y preparar el camino a su bautismo». Así lo indicé diciendo: *Mas, para que El fuese manifestado a Israel, he venido yo y bautizo en agua* (Jo. 1,31).

Santo Tomás aduce varias razones de conveniencia (3, q. 38, a. 1), reducidas a decir que el bautismo de Juan preparaba los caminos para el de Cristo y además dió ocasión a que éste recibiera el testimonio del Padre.

Llamóse de penitencia, para perdón de los pecados, dice San Mateo (3,2.6.11). Y San Basilio (cf. *De bapt.*, l. 1: PG 31,1534) y San Cirilo de Jerusalén (cf. *Catech.* 3: PG 33,439) afirman que, en cuanto confesaban los pecados y eran bautizados, se les perdonaban todos, por grandes que fueran. Estos textos han de explicarse diciendo que el bautismo de Juan fué introducido para excitar a los hombres a la penitencia, y, como quiera que ésta perdona los pecados, se puede decir que era el bautismo del perdón.

Se diferencia esencialmente del de Cristo, primero, en

que a éste se le atribuye el perdón como a causa próxima (Act. 2,37-41), mientras al de Juan sólo en virtud de la penitencia; segundo, en que el bautismo de Cristo supone la penitencia, pero no la tiene por fin, como el de Juan, por lo que no es llamado bautismo de penitencia; y tercero, en que el fin primero del bautismo de Cristo no es el perdón del pecado, sino la regeneración por medio de la gracia, cosa que nunca se dice del de Juan.

D) Quién lo instituyó

Instituyólo Dios, puesto que Juan dice claramente que Dios le envió a bautizar (Io. 1,33) y el Señor indica que su bautismo era del cielo (Mt. 21,25). Dios debió de indicar también la materia del agua, pues la frase de que le envió a bautizar en agua no parece compaginarse con una simple inspiración. Sin embargo, la causa próxima y efectiva fue Juan, obrando por mandato expreso de Dios.

Este bautismo no fue sacramento, ni fue necesario para los judíos, que sólo recibían un consejo en cuanto a él. Fue, según San Justino, un preludio o proemio de la gracia evangélica (cf. *Quaest. 36 ad orthod.i* PG 6,1283), y según Santo Tomás (p. 3, q. 38, a 1), cierto sacramento que dispone para el bautismo de Cristo.

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Cuatro formas de una misma voz

Se trata del sermón de la dominica cuarta de Adviento. Santo Tomás de Villanueva lo explana sobre el tema *Vox clamantis in deserto, parate viam Domini* (cf. ed. CompL 1572, fol. 27-29).

A) Los pecadores, desierto donde clama la voz del Señor

Los pecadores son el desierto, campo sin cultivar donde ninguna semilla produce fruto. Desierto, donde la voz de Dios no deja de llamar. *La sabiduría está clamando tuera, alza su voz en las plazas; clama encima de los muros, en las entradas de las puertas de la ciudad, y va diciendo: ¡Hasta cuándo, simples, amaréis la simpleza?... (Pton. 1,20-22).*

«El Señor hace oír su voz de cuatro formas diferentes: por medio de sus favores, de la predicación, de sus castigos y de las inspiraciones internas».

a) VOZ DE LOS FAVORES

Dios trata al pecador con su mayor bondad, dándole salud, honores y riquezas para tocar su corazón. Pero tan perversos somos, que cuando todo nos es próspero nos olvidamos del bienhechor y nos embriagamos de orgullo. *La prosperidad de los necios los perderá* (Prov. 1,32). «Insensatos somos. Todos los animales conocen a su bienhechor y le demuestran agradecimiento; tú solo, hombre, eres más ingrato que las fieras y muerdes la mano que te alimenta»...

Por todas partes suena la voz de los favores divinos. Son voz de Dios los cielos..., el sol..., la tierra...; ¡oh hombre!, conoce a tu bienhechor y dale las gracias

b) VOZ DE LA PREDICACIÓN

«Como la voz de los favores no resulta clara para muchos, Dios hace oír al pecador una segunda voz, que le empuja y le da prisa para convertirse; la predicación, Esta no es la voz del hombre, sino la voz de Dios... El Señor decía: *El que a vosotros oye, a mí me oye* (Le. 10,16). Y San Pablo transmitiendo esta doctrina a los Tesalonicenses: *Por esto incessantemente damos gracias a Dios de que, al oír la palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios, cual en verdad es, y que obra eficazmente en vosotros que creéis* (1 Thés. 2,13)».

«Todos conocéis cuál fué antiguamente en la tierra el poder de esta voz y cómo la predicación de Dios convirtió al universo entero. Mas hoy ha perdido su poder, y es raro conseguir que se arrepienta el pecador...»

Por eso en nuestros días Dios hace oír con más frecuencia su tercera voz, la de los castigos.

c) VOZ DE LOS CASTIGOS

Para un sueño tan profundo, la sacudida que nos despierte tiene que ser muy grande.

Ante los castigos, algunos, como los hermanos de José (Gen. 32,21), se despiertan; otros abren los ojos y dicen: ¡Ay!, hemos pecado, pero vuelven a dormirse en seguida; otros comienzan su conversión, pero olvidan sus propósitos; otros, por desgracia, no se despiertan siquiera. ¡Qué pena verles, como Faraón (Ex. 8), recibir golpe tras golpe, sin conocer la mano de donde vienen!

«¡Ta! es la situación de nuestros días. ¡Oh Dios mío, cómo pesa vuestra mano sobre nosotros! ¡Cuántas guerras, cuántos azotes, cuánta calamidad, y nadie se convierte, nadie hace penitencia; nos hemos vuelto Insensibles! Cuantos más golpes recibimos, más aumenta nuestra locura... No queda otra esperanza sino la de que el Señor haga oír fuerte la más poderosa de sus voces».

d) VOZ DE LAS INSPIRACIONES INTERNAS

«Voz de trueno por su fuerza, puede hacerse oír para los oídos más sordos. *La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos y pénétrea hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula...* (Hebr. 4,12). Esta voz, decía San Bernardo (cf. *Serm. de con-*

vers, ad clericos, c. 2: PL 182,835), no es una voz que retumba, pero penetra; no es brillante, pero es eficaz; no déja oír ni aun el más ligero murmullo, pero arrastra a las almas con su suave unclôn».

Después de varias acomodaciones escriturísticas, dice Santo Tomás de Villanueva que esta voz, oída por Pablo (Act. 9,4) por Mateo (Mt. 8,9), por la Magdalena (Lc. 7,36ss) y por el publicano (Lc. 19,5), es llamada por el Espíritu Santo fuego, martillo, granizada y carbón ardiente.

En efecto, unas veces es fuego que enciende en amor a la Magdalena (Lc. 7,48) y hace decir a los de Emaús que sentían arder su corazón (Lc. 24,32); otras, como martillo y granizo, retumba, fuerte, severa, terrible, reprobadora, tal como la oyó el Apóstol (Act. 9,4). Más duro es oír la voz de Dios que reprocha, que la sentencia de muerte en el cadalso. ¡Ojalá la oigas en esta vida y no en la otra! «Afligeme, Señor, repréndeme, porque esta reprobación es señal de tu amor Tú lo dijiste: *Yo reprendo y corrijo a cuantos amo* (Apoc. 3,19)... El primer modo de llamarnos empuja hacia el amor, el segundo nos arroja en el santo temor de Dios...»

¡Oh hermanos!, deseemos oír esta voz. Pidamos que la oigan nuestros príncipes en los días de Navidad para que el Señor, por fin, pueda enviar la paz a su pueblo; pidámosle que infunda en el corazón de los que gobiernan deseos de concordia, y en el de los prelados cuidado en la reforma de la Iglesia. «Porque ya lo sabéis, todo se ha perdido, y si la Iglesia no se reforma pronto no podremos esperar días mejores» (el Santo murió ocho años antes del concilio de Trento).

Estos son los diferentes medios de que Dios se vale para que se oiga su voz en el desierto. Si la oís vosotros, *no endurezcáis nuestro corazón* (Ps. 94,8), como lo hicieron aquellos a quienes en su cólera Dios juró que no les dejaría entrar en su descanso.

B) Preparad los caminos

¿Qué es lo que nos demandan todas esas voces de Dios? Que preparemos los caminos. Nada grande ni difícil. No nos piden otra cosa sino que no resistámes. Él está a la puerta y llama (Apoc. 3,20). Sólo quiere que le dejemos entrar.

Apartad las piedras, los gujarros y las espinas que embrazan vuestro camino; quitad los pecados que manchan vuestra alma, las querellas, los disgustos, los odios, las enemistades, las usuras, los adulterios, las envidias, el orgullo, todos esos pecados que separan de Dios. Confesaos..., llorad, ador-

nad el aima de buenos deseos; orad, explad vuestras culpas# con ayunos y limosnas, y entonces la justicia préparait su morada (Ps. 88,15).

II. SAN JUAN DE LA CRUZ

La vida mundana y sus danos

La austerlidad de vida del Precursor, el hacer rectos los caminos «in solitudine» tropolôgicamente interpretado, ha dado ocasiôn a muchos para hablar contra la vida mundana y sus danos. En esta ocasiôn presentamos a San Juan de la Cruz queriendo separarnos de las criaturas para acercamos al Creador.

Cuanto mäs alejados de ellas estemos, mäs a propôsito serâ nuestra aima para el nacimiento del Señor en nosotros. Seleccionamos lo mäs apropiado de la *Subida al Monte Carmelo*, l. 1, c. 4-7 (cf. BAC, *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, 2ª ed., p. 568ss).

A) *Dios y las criaturas, terminos contrarios*

Dos contrarios no pueden caber en un sujeto. Por lo mismo que un aima se aficiona a las criaturas. tiene Dios menos cabida en ella. Una forma no puede ser reclbida mientras no desaparezca la forma contraria. Dios y las criaturas son contrarios y no pueden caber en la misma aima (c. 4, § 2).

El amor no sôlo iguala a los amantes, sino que sujeta el uno al otro. «Por el mismo caso que el aima ama algo fuera de Dios, se hace incapaz de la pura unlôn con Dios (Ibid. § 4).

Dios es luz; las criaturas, tinieblas. ôCômo podrân unirse ambas cosas? (2 Cor. 6,14). Las tinieblas no son nada; sôlo son privaciôn de luz. Las criaturas son menos que nada.

Dios es la belleza; las criaturas, fealdad. *Enganosa es la belleza y vana la hermosura* (Prov. 31,30). El aima que se aficiona a las criaturas tiene parte de su fealdad; la que se prenda de sus gracias participa de su desabrimlento. No podrâ transformarse en la belleza y gracia de Dios.

Dios es la bondad; las criaturas, malicia. Nada hay bueno sino Dios. La malicia y sus amigos no podrân unirse con la suma bondad.

Dios es sabiduria; la sabidurla humana, ignoranda (1 Cor. 3,19). El aima que hlclere caso de su saber quedarâ sumamente ignorante delante de Dios. *TeniéJidose ellos por sabios, se hicieron necios* (Rom. 1,22). *Si alguno le parece que es sabio entre vosotros, hdgase ignorante para ser sabio...* (1 Cor. 3,18).

Dios es llbertad; los sefiorios dei mundo, servldumbre. Quien se enamore de mayor!as serâ tenido por Dios como

esclavo de sus pasiones, por no seguir su consejo de ser pequeño para ser mayor. No podrá tener libertad del espíritu.

Dios es deleite; las criaturas, tormento. Dios, riqueza; las criaturas, miseria. Quien ponga su corazón en ellas, será pobre y teniendo por Dios como digno de tormento, incapaz de transformarse al estado de riqueza y gloria de Dios (cf. Prov. 8.4-6 y 18-21). Pequeños son quienes se contentan con cosas tan pequeñas. **J1**

B) Ejemplos y autoridades

Sobre lo anteriormente expuesto escribía San Agustín: «Miserable de mí, ¿cómo podrá mi cortedad e Imperfección convenir con tu rectitud? Tu verdaderamente eres bueno, y yo malo; tú piadoso, yo impio; tu bueno, yo malo; tú santo, yo miserable; tú justo, yo injusto; tú luz, yo ciego; tú vida, yo muerte; tu medicina, yo enfermo; tú suma verdad, yo universal vanidad» (*Solii.*, l. 1. c. 1; PL 32,868 y BAC, t. 1,479ss).

Siendo esto cierto, habrá, pues, que vaciar ante todo lo natural y desordenado. Por eso Cristo decía: *el que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo* (LC. 14,33).

«Y esto está claro, porque la doctrina que el Hijo de Dios vino a enseñar al mundo fue el menosprecio de todas las cosas para poder recibir el precio del Espíritu Santo».

En el Antiguo Testamento no se dio el maná mientras duró la comida de Egipto (Ex. 16,13ss), y Dios se enojó gravemente cuando, no contentándose con aquella comida del cielo, pidieron manjar de carne, y teniendo todavía la comida en sus bocas, castigólos fuertemente.

«¡Oh si supiesen los espirituales cuánto bien pierden y abundancia de espíritu por no querer ellos acabar de levantar el apetito de niflerías y cómo hallarían en este sencillo manjar del espíritu el gusto de todas las cosas si ellos no quisieran gustarlas!»

C) De los danos que los apetitos producen en el alma

a) Le privan de Dios

Ante todo, le privan de Dios, por las razones dadas en el capítulo cuarto, que San Juan de la Cruz repite aquí. Dos males hizo el pueblo de Dios, que lo dejó a él para beber

las cisternas corrompidas (1er. 2,13). «ôQué tiene que ver crlatura con Crlador, sensual con esplrital, visible con In-visible, temporal con eterno?... ôDesnudez de Cristo con asl-miento en alguna cosa?»

Las crlaturas son migajas que caen de la mesa de Dios reservadas para los hijos (Mt. 19,26). Cômanlas los perros, y no anden los hijos como canes hambreando y sin poder saciarse, como no se sacian las crlaturas.

b) Le cansan y atormentan

Cansan y fatlgan los apetitos, «porque son como unos hijuelos inquietos y de mal contento, que siempre estân pl-diendo a su madré uno y otro y nunca se contentan». El aima andarâ siempre cansada buscando lo que los apetitos le piden, y aunque lo hallare, no quedará saciada y seguirá pidiendo. Son cisternas rotas. Enfermo de calentura, que en ninguna postura se encuentra bien. Satisfecho el apetito, crece mâs todavia. El corazôn del malo es como el mar cuando hierve (Is. 57,20). Hambriento que abre su boca al aire, y en vez de saciarse, se reseca mâs.

Dejan a Dios y tienen hambre del espiritu. Buscan la criatura y no se sacian.

III. FRAY LUIS DE GRANADA

Penitencia verdadera y penitencia falsa

(Cf. *Memorial de la vida cristiana*, tr. 2, c. 1, t. 3, p. 45-50, y *Compendio de la doctrina cristiana*, part. 3, c. 9, t. 13, de la ed. Cervo [Madrid 1907] ; cf., asimismo, BAC. *Obra selecta de Fray Luis de Granada. Una Suma de la vida cristiana*, l. 4, c. 5, p. 921-929).

A) Frecuente penitencia falsa

«Entre todos los males que ahora hay en el mundo, ninguno hay que mâs merezca ser llorado que el modo que tienen muchos cristianos de confesar cuando lo manda la Iglesia. Porque... vemos cuân mal se aparejan muchos para este sacramento y cuân sin arrepentimiento y sin examen de conciencia se llegan a él.

De donde nace que, acabando de confesar y comulgar, luego se vuelven a lo pasado, y que apenas es acabada aquella semana de la penitencia, cuando luego tornan a aquel mismo ceno en que antes se revolcaban... Este es un gran desprecio de Dios..., y parece que es andar cada aho jogan-

do con Dios, pidiéndole perdón de las Injurias hechas y protestando la enmienda de ellas, y a vuelta de cabeza tornando a hacer otras mayores.

El castigo que merecen éstos es el que Dios les da, que es el mayor que se puede dar, que es dejarlos andar en este Juego toda la vida hasta que llegue la muerte.... *cuyo fin, regularmente hablando, como dice el Apóstol (2 Cor. 11,15), sera conforme a sus obras; de las cuales nunca hicieron penitencia verdadera, sino falsa»* como el mismo Señor se queja por un profeta, diciendo: *No se volvieron a mi con todo su corazón, sino con mentira* (1er. 3.10).

Y llama aquí mentira aquella penitencia falsa y aparente que hacen los tales, que parece penitencia y no lo es; con la cual no engañan a Dios, mas engañan a si mismos, pues les parece que han hecho penitencia verdadera, como quiera que todo lo hecho sea mentira.

Pues si alguno desea convertirse a Dios de verdad y hacer penitencia de verdad. aquí le declararemos en pocas palabras lo que para esto debe hacer...»

B) Actos necesarios

«Pues el que de veras y de todo corazón desea volver a Dios; el que, entendida la vanidad del mundo y la obligación que tiene al servicio de su Criador y Redentor, se quiere tornar a él y, a manera del hijo pródigo (Lc. 15,11 ss.), desea volver a la casa de su padre, sepa que la primera puerta por donde ha de entrar es la contrición.

Esta contrición tiene dos partes principales. La una es arrepentimiento de los pecados pasados, y la otra, propósito de enmendar los venideros. La razón de esto es porque la contrición, proplamente hablando, es una detestación y aborrecimiento del pecado sobre todo lo que se puede aborrecer, en cuanto es ofensivo de la divina Majestad.

Por donde el que este aborrecimiento tiene, así aborrece los pecados pasados como los venideros, porque así los unos como los otros son ofensivos de esta Majestad. Mas los pasados, como ya no los puede excusar, pésale por haberlos cometido, y los venideros, que están en su mano, propone firmísimamente de evitarlos».

a) Dolor verdadero

«Pues, conforme & esto, la primera cosa que debe procurar el verdadero penitente es el dolor y arrepentimiento de sus pecados, haciendo lo que hacia aquel santo penitente

que decia: *Revolveré, Sefior, en mi memoria delante de ti todos los aflos de mi vida con amargura de ml corazôn.*

También es aqui de notar, para consuelo de los flacos, que este dolor que aqui pedimos no es necesario que sea siempre como los otros dolores sensibles, que están en la parte sensitiva de nuestra aima y que revientan en lâgrimas; porque sin esto puede ser éste verdadero arrepentimiento y dolor cuándo nuestra voluntad aborrece el pecado sobre todo lo que se puede detestar y aborrecer, lo cual muchas veces se hace sin lâgrimas y sin esta manera de dolor».

b) Proponte la enmienda

«La segunda parte, y también muy principal, que para esta contrición se requiere es el firme propósito de nunca más ofender a Dios en cosa de pecado mortal...

Y así como está obligado a tener propósito de evitar los pecados venideros, así también es necesario apartarse de los presentes en que está, si son mortales; porque de otra manera la confesión no sería confesión, sino sacrilegio o injuria dei sacramento. Y, por consiguiente, tanto el que se confesase como el que le absolviese serian sacrilegos y deshonoradores dei sacramento, y la tal confesión no sería remisión de los pecados viejos, sino acrecentamiento de otros nuevos.

Y, por tanto, el que no quiere hacer de la medicina ponzoña, ni usar para su condenación de lo que Dios instituyó para su remedio, trabaje ante todas las cosas por apartarse de cualquier pecado mortal, si por ventura está en él».

c) Evita las ocasiones

«Y no basta apartar el corazón del pecado si no se aparta la ocasión de él, porque de otra manera mal se puede evitar este pecado.

En lo cual se engañan muchos que, justificado a su parecer el propósito y la intención, creen que está ya todo seguro, y no miran que la simiente del mal se les queda en casa, la cual al mejor tiempo tomará a brotar.

Pues por esta causa conviene quitar de por medio todas las ocasiones de pecados; especialmente cuándo ya una vez se rompió el vélo de la vergüenza y se abrió camino para el mal. Porque abierta esta puerta, imposible es, moralmente hablando, dejar de pasar el mal adelante.

Y si dices que te es muy dificultoso apartar esa ocasión, porque para eso es menester echar fuera de casa tal y tal

persona a quien tienes grande obligaçlôn o de quien tienes grande necesidad, a eso no sé qué te responda sino aquello del Salvador, que dice: *Si tu pie o tu mano te fuere ocasiôn de mal, corta el pie o la mano que esta ocasiôn te da, porque mâs vale que cojo y manco vayas al cielo que con dos pies y manos al infierno* (Mt. 18,8).

Bien veo que es recia cura esta. Mas asi como hay algunas enfermedades corporales que no se pueden curar sino con hierro y fuego, cortando a veces un miembro por guardar todo el cuerpo, asi te confieso que hay algunas enfermedades espirituales que no sufren mâs blandos remedios que éstos.

Y de esto no tiene la culpa la ley de Dios, que es recisima y suavisima, sino tû, que rompiste el vélo de la vergüenza, y abriste camino para el mal, y te pusiste a provocar y enseüar una fiera estando fuera de su misma jaula, donde ni habia pies para huir ni guarida para acogerte. Y por esto no es mucho que pagues ahora tu merecido, y cojas el fruto de lo que sembraste, y pases mucho trabajo en echar al enemigo de casa, pues tû le abriste la puerta».

IV. BEATO JUAN DE AVILA

Preparândonos para la venida del Senor

Las cartas 29 y 45, escritas en Adviento, hablan de la preparaciôn para el nacimiento del Nino Jesûs en el alma del destinatario. Transcribimos la 45 casi integra, añadiendo algûn pârrafo de la otra (cf. BAC, *Obras completas del Beato Juan de Avila*, t. 1, p. 562ss).

A) Preparaciôn en estos dtas

«No dan licencia los muy grandes négociés ni las maravillosas nuevas que se hable en otra cosa, si en ellas no; y asi me parece que el tiempo de advenimiento de Cristo Nuestro Sefior no permite, como cosa muy grande, que en otra cosa se entienda sino en cômô nos sepamos aprovechar de él. Nuevas son que mucho importa venir a Dios».

Grande fué su venida primera, y de la segunda, «¡quién llamarâ pequefio al negocio de aquel dia, pues se ha de juzgar...?»

«¡Quién, a quién y a qué viene? ôQuién viô venir los reyes a las casas de los muy bajos y viles y traldores vasallos? Y esto no por cosa que a los reyes cumpla, sino puramente por provecho de los que muy mal le han servido».

Ponemos gran cuidado en recibir a una pequefia cria-

tura; abrimos a quien Hama a nuestras puertas, y a veces llama para nuestro mal, y dejamos al Sefior llamando a nuestro corazôn... (Carta 29, 1 y 2).

«iCuân ocupada estarâ vuestra merced en este santo tiempo en aparejar posada al huésped que se ha de venir! Paréceme que la veo solicita como Marta y sosegada como Magdalena, para con los servicios exteriores e interiores servir al que viene, pues de uno y otro es digno y Sefior. ¡Oh bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios, en carne, a morar entre nosotros *para alumbrar nuestras tinieblas* (Le. 1,79) y *encaminar nuestros pies en la carrera de la paz!*» (Carta 45,1).

B) Cristo viene a los que le desean

Bien hacen en desearle, porque es el *Deseado de todas las gentes* (Ag. 2,8), y a ninguno se da si primero no le desean. *Dios, que oye el deseo de los pobres* (Ps. 10,17), se entrega a quienes quieren que lo haga. «ôDônde èstân los que dicen que Dios es difícil de alcanzar y riguroso para tratar?... Querellémonos, sefiora, de nosotros, que por querer mirar a muchas partes no ponemos la vista en Dios, y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas para con todo nuestro pensamiento mirar a solo el Sefior». Los que apuntan cierran un ojo para poner otro sôlo en el blanco. Cerremos nosotros el nuestro a todo lo que daña.

«Que como Dios sea amor, de sôlo amor se déjà cazar, y no tiene que ver con los que nô le aman. *Y si dicen que no le conocen como le deben conocer, no dicen verdad*, como dice San Juan (1 Jo. 2,4)».

Para dar más confianza se hace nifio. Este es el pan, que se ofrece y da a todos con sôlo que tengan hambre de él. No pide sino que confesando sus pecados le reciban. Gran miseria la de los que prefieren morir de hambre. «¡Oh pereza, y cuánto mal haces!» (Carta 45,2 y 3).

C) ¿Qué *e detiene? ^El mundo?

«Anima mia, ven aeâ y dime, de parte de Dios te lo pido: ¿qué es aquello que te detiene de no ir de toda forma y con todas tus fuerzas tras Dios?... ôY por qué no amas mucho a quien mucho te amô? No tuvo El otros negocios en la tierra sino entender en amarte y buscar tu provecho, aun con su daño. ¿Qué tienes tû que ver en la tierra sino tratar en amores con el Rey del cielo? àNo ves que se ha de acabar todo esto que ves, que oyes, que tocas. que gustas y tra-

tas? ¡No ves que es todo eso tels de arafias que no te puede vestlr ni defender del frio? ôAdônde estâs cuando en Jesucristo no estâs? ôQué plensas? ôQué estimas? ¡Qué buscas fuera del ùnlco y cumplldo bien? Levantémonos, sefiora, ya y rompamos este mal suefio. Despertemos, que es de día, pues Jesucristo. que es luz, ya ha venido, y hagamos obras de día, pues algùn tiempo hlclmos obras de noche.

¡Oh si tanto nos amargase el tiempo que a Dios no conocimos, que nos fuese grandes espuelas para ahora con grande ansia correr tras de El!...

ôQulén nunca oyô amor como éste?... Nos amô Dios cuando nos hizo a su semejanza, mas mucha mayor obra es hacerse El a imagen del hombre. Abâjase a nos para llevarnos conslgo; hâcese hombre para hacernos dioses, y desciende del cielo para llevarnos allâ; y, en fin, muriô para darnos vida, ¡Que entre estas cosas esté yo durmiendo y sin agradeclmlento a tan grande amor!> (Carta 45,4). —

«ôQulén puede hacer contrapeso a estar Dios llamando a la puerta, convldândonos con que, *si le abrimos, cenarà con nosotros, y nosotros con él?* (Apoc. 3,20). El corne nuestro arrepentlmiento, bebe de nuestras lâgrimas y gôzase de còmo le pedlmos lo que nos falta... y nosotros comemos del perdôn de los pecados que nos da... y de otras mil mercedes que conslgo trae...»

«No plerdas mâs tiempo, que muy alto estâ el sol y bastante hemos perdldo» (Carta 29,3).

D) Peticiòn y exhortaciòn. La limosna

tAlumbra, Sefior, mis ojos para que no duerman en tal muerte (Ps. 12,4); y Tu, que hlclste la merced, danos el sentimlento de ella. Abre, Sefior, mis ojos para que te conslderen descender del seno del Padre... y... humilleme yo por Ti. Véate yo en un pesebre por cama... y aprenda yo a desechar el regalo por Ti. No permitas Tu que llore Dios y no lo slenta el hombre; que no sé de cuâl de estas dos cosas me maravllaria mâs... Recôjase en ml corazôn la sangre que por ml derramaste...

Ea, sefiora, aparéjense esas entrafias, que viene Dios a nacer, y no tiene casa ni cama; téngalas muy encendldas en amor, porque el Nlfio ha mucho frlo. Y si las tiene tibias, con el frlo del Nlfio las calentarâ; porque mientras mâs frlo padece por nos, mâs amor ensefia a tenernos, y donde mâs amado me veo, alll debo mâs amor... Apareje. sefiora, cuna para dormlrlo, que es soslego de contemplaciòn. Y mire que lo trate y cure bien, que es Hijo del alto Rey; Hijo de la Virgen...

Y porque tlenen muchos partantes pobres, y quien a l le quere también ha de querer a ellos, tlenda vuestra merced la mano para tas dar, porque son hermanos del Crlador.

Y después de nacldo en ella, guârdele bien. El la guarde y la salve por su misericordia» (Carta 45,5 y 6).

V. P. LUIS DE LA PUENTE

La predicaciôn del Bautista

Tomamos algunos pârrafos de la parte 3.a, médit. 1, punto 2 de las *Meditationes* (cf. ed. 9.» del Apostolado de la Prensa [Madrid 1950], t. 2, p. 600-610).

A) *El Bautista, predicador*

«En teniendo perfecta edad, sallô por las riberas del rlo Jordân a predlcar el bautismo de penitencia en remisiôn de los pecados, diciendo: *Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos* (Mt. 3.2); y acudlô a él mucha gente de Jerusalén y de toda Judea para que los bautlzase, confesando sus pecados (Mt. 3,5; Le. 3,3).

Aqui se ha de ponderar quién moviô a San Juan a estos ejercicios de predicar y bautizar, con qué espiritu lo hacia, qué cosas predicaba y con qué fruto».

B) *Era movido por el Espiritu Santo*

«Lo primero, el que le moviô fué el mismo Espiritu Santa, que le habia llevado al desierto, porque proplo es de este Espiritu divino, después que hace a sus escogldos muy perfectos, moverles a que procuren hacer perfectos a otros, y asi moviô a San Juan para que sallese a predlcar y aparejar un pueblo perfecto para Crlsto Nuestro Sefior (Le. 1,17).

Demâs de esto, como habia estado tantos afios en la secreta bodega de los vinos de Dios, embriagândose con el vino fortlsimo de la caridad, ella misma le hizo salir de aquel recoglmiento para convldar a los hombres al servlclo de su Amado.

De suerte que amor de Dios y amor del prôjimo y la obediencia a la Insplraciôn del Espiritu Santo, le hlcleron salir a lo públco y manifestarse en Israel. De donde sacaré los motivos que debo tener para semejantes ejercicios si deseo no errar en ellos».

C) Templaba el celo con la misericordia

«Lo segundo, el espíritu con que predicaba era por una parte celoso y terrible, como de un Elías; y por otra parte, misterioso y compasivo, como de un Moisés; porque con fariseos y saduceos, que eran más duros, mostraba gran celo, con palabras terribles y amenazas espantosas, diciéndoles: *Linaje de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que os amenaza?* (Lc. 3,7)...

Pero a la muchedumbre del pueblo y a los publicanos y soldados acogía con gran misericordia, sin excluir a ninguno, dándoles consejos saludables, en razón de cumplir con sus oficios, de no hacer agravio a nadie y de hacer bien a otros, dando limosna de lo que tuviesen...»

D) Predicaba penitencia saludable

«Lo tercero, la materia de sus sermones era exhortar a penitencia, *haciendo frutos dignos de ella* (Lc. 3,8), y a esto movía con la esperanza del premio eterno, *porque se acercaba el reino de los cielos* (Mt. 3,2); y también con amenazas del castigo eterno, *porque la segur está puesta a la raíz; y todo árbol que no llevare fruto será cortado y echado en el fuego* (Lc. 3,9); y Dios tiene el biello en su mano para limpiar la era del mundo; y el trigo, que son los buenos, recogerá en las trojes del cielo; y la paja, que son los malos, echará en el fuego que nunca se ha de acabar (Lc. 3,17).

Todo esto aplicaré a mi mismo, exhortándome a hacer penitencia por estos dos títulos, esperanza de premio y temor de castigo, imaginando que quizá está ya la segur a la raíz del árbol de mi vida para cortarla; y que, si no me enmiendo, seré paja que debe ser cebo del fuego eterno».

E) Confirmaba su predicación no con milagros, sino con su ejemplo

«Lo cuarto, el fruto de su predicación fué copiosísimo, porque innumerable gente de todos estados concurrían a él, y le obedecían y se dejaban bautizar con tantas muestras de humildad y arrepentimiento, que le confesaban y declaraban sus pecados (Mt. 3,6).

Y lo que más admira es que con no hacer milagros

(Io. 10,41), persuadía esto; porque tenían su vida por un continuo y señalado milagro.

Por donde se ve cuán eficaz es la vida ejemplar del predicador para persuadir lo que predica, aunque sea la cosa muy dificultosa y el que le oye muy duro de corazón.

¡Oh Padre Eterno!, despertad en vuestra Iglesia muchos imitadores de este soberano Precursor, que vayan delante de vuestro Hijo, aparejándole un pueblo perfecto, predicando su santa ley con celo y misericordia, confirmando con la vida lo que dicen con la palabra, para que cojan fruto copioso de muchas almas que alcancen la vida eterna».

VI. BOSSUET

Austeridad de vida

Este sermón sobre la austeridad y la necesidad del cambio de vida ha sido aplicado unas veces al tercer domingo y otras al cuarto. Desarrolla Bossuet extensamente una parte de él y esboza tan solo las otras dos (cf. *Sermons*, 1, p. 298-318, Garnier, Paris).

A) Soledad y penitencia

«Acabâis de oír hoy a un gran predicador, al célebre Juan Bautista, antorcha que va delante de la luz, voz que precede a la palabra... Viéndole tan extenuado..., sin cuerpo apenas y cuya voz es, sin embargo, tan penetrante, podríamos juzgar que, efectivamente, no es otra cosa sino solo voz; pero voz de Dios, que se hace oír de los mortales para infundirles un saludable temor. Al resonar esa voz, no solo el desierto, las ciudades se turban, los pueblos tiemblan y las provincias se alarman. Judea entera corre a los pies del Bautista, que anuncia reciamente los juicios de Dios...»

Voz en su porte exterior, en su retiro y en su vida.

Oigámosle atentos cuando nos dice: Preparad los caminos del Señor, enderezad sus senderos en la soledad. Este es el misterio de la penitencia y la expiación; el medio de curar nuestros delitos. Veamos cual es el desierto en donde clama, la preparación que pide y la rectitud que exige.

a) La conciencia necesita reflexión tranquila

«La voz que nos invita a la penitencia gusta de hacerse oír en el desierto. Es necesario abandonar el gran mundo y su bullicio para oírle, amar el retiro y la soledad, porque el ruido y el tumulto de los hombres ahoga».

La compunção verdadera es incompatible con la vida 'mundana. El penitente es un hombre recogido. *Tengo siempre ante mis ojos mi maldad* (Ps. 37,18). *Va mi alma encorvada por la tristeza* (Ps. 118,28). *Consumido estoy a fuerza de gémir* (Ps. 6,7). Para un hombre en ese estado, el mundo es una carga.

La penitencia antigua asombraría hoy. Vivían retirados hasta de sus negocios y actividades. Oraban y meditaban día y noche.

La razón es evidente. Pecamos porque el mundo nos extravía hasta no permitir que oyéramos a nuestra conciencia. Es necesario volver a oírla. Pero la conciencia, como el entendimiento, obran de modo muy distinto que los sentidos. Estos atacan repentinamente, mediante una impresión brusca, mientras que la inteligencia necesita recoger sus fuerzas, ordenar sus principios, apoyar sus conclusiones, afianzar sus propósitos, de tal manera que, si no da a su reflexión el peso de la atención continuada, será llevada por el viento..., *nuestras iniquidades como viento nos arrastran* (Is. 64,6)... En el mundo hay algo, no sé qué, que nos tiene siempre en movimiento. Todas las horas pasan demasiado de prisa y todos los días terminan demasiado pronto.

«Hombres errantes, vagabundos, desertores de vuestra propia alma, fugitivos de vosotros mismos, prevaricadores, volved a vuestro corazón (Is. 46,8)..., reflexionad un poco... Un profeta actúa de médico y os lo dice: ... si salís de ese gran alboroto y os concedéis un poco de descanso, os salvaréis; y en el silencio comenzará vuestro convalecer (Is. 30,15).

San Juan Crisóstomo dice (*Hom. 11 in Gen.: PG 53,86*) que tenemos que *desaprender* algo todos los días. En efecto, en cuanto comenzamos a tener uso de razón, el mundo comenzó a enseñarnos y corrompernos el juicio. El nos enseñó a medirlo todo según nuestro interés, a que todo se sujetase a nuestro bien, que la paciencia es virtud de débiles...

Es, pues, necesario «desaprender», pero para ello es necesario abandonar la escuela y el maestro, tanto más cuanto que este peligroso maestro no enseña como los otros, sino que procura, más que demostrar sus máximas, imprimirlas insensiblemente en nuestros corazones,

«No os extrañéis, pues, si os digo que el primer instinto del hombre tocado por Dios es retirarse del gran mundo... El espíritu de penitencia sustituye ese aire siempre complaciente del mundano por no sé qué rudeza y salvajismo (*sic*). Ya no es el hombre amable y galante que barajaba en todas las partidas, ni la mujer cómoda y complaciente, demasiado hábil medidora y amiga demasiado oficiosa que facilitaba aquellas correspondencias secretas...; entonces se aprende otro lenguaje, porque se aprende a decir que no, que no

se puede, y a dar al mundo respuestas secas y vlgorosamente negativas». El que se arreplente de veras, al ver el mundo no puede por menos que recordar cuântas veces pecô por complacerle. Hasta los reyes penitentes buscan la soledad, y si durante el dia no han tenido lugar de retrarse de vez en cuando a su habltaclôn, consumen parte de la noche en el secreto deseo que les hace gémir y susplrar, repitlendo: *sôlo contra ti he pecado* (Ps. 50,6)

b) Utilidad de este dolor

Este dolor es muy razonable, pues si las desgracias inevitables nos afligen, las que nos causan mucho mayor dolor son las que nos sobrevienen por nuestra propia culpa. Pero es ademâs dolor muy ventajoso, puesto que es el único daño que puede desaparecer mediante el llanto. Llorad por los difuntos. No resucitarân. Pero llorad por vuestros pecados y las lâgrimas los borrarân.

Por eso la Historia ecleslâstica estâ llena de ejemplos de santos penitentes, que retirados de todo podian decir como el salmista: *Estoy desfallecido y sobremanera acabado y la conmociôn de mi corazôn me hace rugir* (Ps. 37,9).

C) POR LO MENOS RECÔGETE INTERIORMENTE

«Pero—me diréis acaso—ôQué ejemplos nos propones? ôQuieres dejar el mundo completamente deslerto?... No hay que esperar taies efectos de la penitencia en nuestros dias. Ni aun el mismo Juan que viniera a predicar de nuevo conseguiria que dejâsemos el mundo para ir a llorar nuestros pecados en un rincôn desconocido... No apreciamos tanto nuestra salvaciôn ni estimamos en tanto nuestra aima, aun cuando haya sido comprada al mismo precio de sangre que la de aquellos otros. Es mâs, lo diré, taies austeridades, ni se nos mandan ni son del todo necesarias. Pero por lo menos no nos entreguemos del todo al mundo... ni a sus dlversiones... Un corazôn verdaderamente contrito y afllgldo no se siente atraido por sus vanas alegrías... Sembrad un poco honda la buena semilla, que por haber estado demasiado somera no ha podido echar ralces y ha sido pisoteada por los que pasaban por el sendero, pisoteada por los pâjaros y sofocada por las preocupaciones mundanas... No todo el mundo puede gémir ni derramar lâgrimas verdaderas; el dolor puede, sin embargo, subslstir sin estas sefiales exteriores,* y el corazôn debe padecer interlormente. Por lo menos hay que convencerse de que esos excesos de alegría de los sentidos son incompatibles con la santa tristeza penitente». SI

vuestra penitencia no exhala gemidos, por lo menos que sea seria, por lo menos que no se evapore tan pronto.

Formémonos una soledad con nuestra atención y recogimiento interior. Ya estamos en el desierto, adonde la voz de San Juan Bautista nos ha conducido, y hemos aprendido a llorar nuestros pecados; ¿hace falta alguna otra preparación para abrir el camino a Dios y conducirlo dentro de nuestra alma? Es lo que vamos a ver en la segunda parte».

B) Cambio de vida

El retiro y soledad no son más que una parte—la parte negativa—de las preparaciones que exige la penitencia. El arrepentimiento bastaría; pero como sabemos muy de sobra que existen falsas compunciones, es necesario probar y preparar los caminos con exactitud.

Lavaos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid y entendedmonos, dice Yavé. Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve... (Is. 1,16-18).

Es más fácil encontrar, dice San Ambrosio (cf. *De poenit.*, L 2, c. 10,96: PL 16,541), personas que han conservado la inocencia que verdaderos penitentes. ¿Creen acaso que se puede considerar como penitencia una vida en la que se siguen ambicionando dignidades, se bebe como de ordinario y el uso del matrimonio no se limita? Es necesario, continúa, hacer algún esfuerzo doloroso.

El concilio de Nicea advierte a los que cumplen descuidadamente los trabajos penitenciales que deben comprender que, dada la natural debilidad del hombre, es más fácil caer que levantarse, darse la muerte que recobrar la vida, dejarse deslizar por la pendiente del mal que violentarse para salir de él... Sin embargo, muchos hay que no lo entienden así. «Colocan en la misma línea la penitencia y el pecado. Si les es fácil pecar, no les es menos fácil convertirse; tan pronto justos como pecadores, según su gusto». No, los afectos viciosos en que hemos consumido nuestra vida no se arrancan con un solo esfuerzo. Los paliativos no pueden curar más que imaginariamente, sin suprimir la enfermedad..._____

C) *Amor a las normas de vida cristiana*

Preparada así el alma y desconfiando de las ilusiones de conversiôn, rectifica sus caminos, enderezândolos de veras.

¿Pero cuál es esta rectitud dei corazôn tan alabada por la Escritura? Nosotros no somos rectos, ni la medida de la rectitud. Nuestra rectitud consiste en conformarnos con la norma divina, y no exclusivamente por miedo, sino santamente deleitados por su equidad y encantados por su belleza y rectitud...; pues si no hacemos más que temer las amenazas de la ley, sin amar su verdad y su justicia, aun cuando no quebrantemos claramente esa ley, no podemos decir que en el fondo de nuestro corazôn estâmes de acuerdo con ella.

Cierto que el temor divino es más eficaz que el temor a los hombres, puesto que sabemos que éstos no nos ven; pero de todas maneras, donde sólo hay temor, nunca puede haber el atractivo suficiente para arrancar y terminar con nuestras inclinaciones corrompidas.

San Agustín (*Serm. 169, 8: PL 38,921*) decía: «Si pudieras enganar las miradas de aquel que lo ve todo, ¿qué es lo que no harías?... Enderezad, pues, hermanos, vuestros senderos por medio de un principio de amor. *Diligere incipiunt*—dice el concilio de Trento (sess. 6, c. 6, *De iustificat.*)—*ac propterea moventur adversus peccata per odium aliquod ac detestationem...*, y así de ese amor nacerá otro temor; no el temor de la adúltera, que teme el regreso de su marido, sino el temor de una esposa casta, que teme penderie»; Temamos perder a Dios, a quien amamos.

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

SOBRE LA EPISTOLA

*«Lo que en los dispensadores se busca
es que sean fieles»*

a) Todos los bienes nos han sido dados para que los COMUNIQUEMOS CON NUESTROS HERMANOS

Los que mayor abundancia de bienes han recibido de Dios, ya sean estos bienes corporales y externos o espirituales e internos, para esto los han recibido, para que con ellos atiendan a su perfección propia. y, al mismo tiempo, como ministros de la divina Providenda, al provecho de los demás. Así, pues, el que tuviere talento, cuide de no callar; el que tuviere abundancia de bienes, vele no se entorpezca en él la largueza de la misericordia (cf. S. Greg. Magn., *Hom. 9 in Evang.*, 7); el que supiere un oficio con que manejarse, ponga grande empeño en hacer al prójimo participante de su utilidad y provecho (León XII, *Rerum Novarum*, n. 19).

b) QUIENES MÁS DONES RECIBIERON, MAS OBLIGADOS ESTÁN A DISTRIBUIRLOS ENTRE LOS NECESITADOS

En la grande solidaridad personal y social, cada uno debe estar dispuesto a trabajar, a inmolarse, a consagrarse al bien de todos. La diferencia está no en el hecho de la obligación, sino en el modo de cumplirla. ¿Y no es acaso verdad que los que disponen de más tiempo y de medios más abundantes deben ser más asiduos y más solícitos en servir? Al hablar de los medios, Nos no queremos referirnos única o primariamente a la riqueza, sino a todas las dotes de inteligencia, de cultura, de educación, de conocimientos, de autoridad, las cuales dotes no se han concedido a algunos privilegiados de la fortuna para su exclusivo provecho o para crear una irremediable desigualdad entre hermanos, sino más bien para el bien de toda la comunidad social. En todo cuanto sea de servicio del prójimo, de la sociedad, de la Iglesia de Dios, debéis ser siempre vosotros los primeros; en esto consiste vuestro verdadero puesto de honor, vuestra más noble primacia (Pfo XII, *Discurso al patriciado y nobleza romanos: «Ecclesia»*, n. 393. 22 de enero de 1949. p. 5).

c) Tendra que dar cuenta ante Dios de su gestiôn

No hay duda ninguna de que este deber se reflere a todos y en todos los tiempos; pero, a pesar de eso, va graduândose y diferenciândose segùn los sucesos, siempre mudables, y segùn las condiciones especiales de aquellos a quienes obliga. La Providenda divina ha asignado a cada uno una funciôn especial dentro de la sociedad humana. Precisamente por eso ha dividido también y distribuido sus dones. Ahora bien, estos dones y talentos deben dar su fruto, y vosotros sabéis que el Seftor pedirâ cuenta a cada uno acerca del modo como los ha administrado, y segùn la ganancia obtenida Juzgarâ y separarâ (cf. Mt. 25J4; Lc. 16,2) a los buenos de los malos servidores (ibid.).

d) Asi, tienen gravîsima obligaciôn de dar limosna quienes dispongan de rentas no necesarias a la conveniente y decorosa sustentaciôn

Tampoco las rentas dei patrimonio quedan en absoluto a merced'del libre arbitrio del hombre; es decir, las que no le son necesarias para la sustentaciôn decorosa y conveniente de la vida. Al contrario, la Sagrada Escritura y los Santos Padres constantemente declaran con gravisimas palabras que los ricos estân gravisimamente obligados por el precepto de ejercitar la limosna, la beneficentia y la magnificentia (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 19).

e) Y Leôn XIII afirmô que urge el precepto, una vez SATISFECHA LA PROPIA NECESIDAD y EL DECORO

Si se pregunta qué uso se debe hacer de esos bienes, la Iglesia sin titubear responde: Cuanto a esto, no tener el hombre las cosas externas como propias, sino como comunes; es decir, de tal suerte que fâcilmente las comunique con otros cuândo éstos las necesiten. Por lo cual dice el Apôstol: manda a los ricos de este siglo que den y que repartan francamente (2-2, q. 65, a. 2; 32, a. 6). Verdad es que a nadie se manda socorrer a otros con lo que para si o para los suyos necesita, ni siquiera dar a otros lo que para el debido decoro de su propia persona ha menester; pues nadie esta obligado a vivir de un modo que a su estado no convenga. Pero, satisfecha la necesidad y el decoro, deber nuestro es, de lo que sobra, socorrer a los indigentes. *Lo que sobra* (Lc. 11,41), *dadto de limosna* (Leôn XIH, *Rerum Novarum*, n. 19).

f) LA LIMOSNA CRISTIANAMENTE ENTENDIDA FOMENTA LAS RELACIONES SOCIALES Y ESTRECHA LOS VÎNCULOS ENTRE LOS HOMBRES

De las obras de beneficentia no se ha de exclulr la distribuciôn del dinero en limosnas, segùn aquellas palabras de Cristo: *Dad limosna de lo que sobra* (Le. 11,41). Los socialistes la reprue-

ban y quieren suprimirla, como injuriosa a la nobleza ingénita del hombre. Mas cumdo se da limoma según la prescripción evangélica y conforme al uso cristiano, ni alienta la soberbia en quien la hace ni avergüenza a quien la recibe. Tan lejos está de ser indecorosa al hombre la limosna, que antes bien sirve para estrechar los vínculos de la sociedad, porque no hay nadie, por rico que sea, que no necesite de otro, ni nadie absolutamente pobre que no pueda ayudar en algo a otro. Armonizadas de esta suerte entre sí la justicia y la caridad, abrazan de modo maravilloso todo el cuerpo de la sociedad humana y conducen providencialmente a cada uno de sus miembros a la consecución del bien individual y común (Leôn XIII, *Graves de communi*).

Y EN MOMENTOS DE CRISIS SOCIAL ES MEDIO EXCELENTE DE SATISFACCIÓN E IMPETRACIÓN ANTE DIOS

Los más acomodados cercenen voluntariamente, con espíritu de cristiana austeridad, algo siquiera de su acostumbrada manera de vivir, dispensando a los pobres generosamente el fruto de tales sustracciones; ya que la limosna es también medio excelente para satisfacer a la divina Justicia y atraer las divinas misericordias (Pio XI, *Charitate Christi compulsi*, n. 23).

h) Quienes no cumplan este deber recibirán su castigo

Los ricos no deben poner su felicidad en las cosas de la tierra. ni enderezar sus mejores esfuerzos a conseguirlas, sino que, considerándose sólo como administradores, que saben tienen que dar cuenta al supremo Dueño, se sirvan de ellas como de preciosos medios que Dios les otorga para hacer el bien; y no dejen de distribuir a los pobres lo superfluo, según el precepto evangélico (Le. 11,41). De lo contrario, se verificará en ellos y en sus riquezas la severa sentencia de Santiago Apóstol (lac. 5,1-3): *Vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza esta podrida; vuestros vestidos, consumidos por la polilla; vuestro oro y vuestra plata, comidos del orin, y el orin será testigo contra vosotros y roerá vuestros cameas como juego. Habéis atesorado para los últimos días* (Pio XI. *Divini Redemptoris*, n. 44).

i) Pero el uso adecuado de ellas solo puede alcanzarse por la virtud sostenida por la gracia

La realización (de la doctrina social de la Iglesia) exige de todos los participantes una cordura clarividente y previsor, una fuerte dosis de sentido común y de buena voluntad. Esto reclama sobre todo de ellos (industriales) una reacción radical contra la tentación de buscar cada uno su propio provecho a costa de los demás participantes, cualquiera que sea la naturaleza y la forma de su participación, y en detrimento del bien común. Esto requiere, en fin, un desinterés tal, que sólo puede inspirarlo una auténtica virtud cristiana, sostenida por la ayuda de la gracia de Dios

(Pio XII. *Discurso aEstado, patronos y obreros*», 7 de mayo de 1949: «Ecclesia», n. 410, 21 de mayo de 1949, p. 5).

j) La nobleza esta especialmente obligada a dar ejemplo EN LA ADMINISTRACIÓN DE SUS BIENES

Profundamente convencidos de que solamente la doctrina de la Iglesia puede proporcionar un eficaz remedio a los males presentes, debéis procurar abrir el camino a la vida sin reservas o desconfianzas, con la palabra y con la acción, de manera especial formando en la administración de vuestros bienes unas empresas que sean verdadero modelo, tanto desde el punto de vista económico como social (Pio XII. *Discurso a la Nobleza*, j.6 de enero de 1946: «Ecclesia» [1946], p. 89).

k) Séria vergonzoso y condenable vivir en la ociosidad Y EN EL LUJO EN MEDIO DE TANTA NECESIDAD

Hoy los sufrimientos, las dificultades y las necesidades son ordinariamente comunes a todas las clases, a todas las condiciones, a todas las familias, a todas las personas. Y si algunos están exentos, si nadan en la sobreabundancia y en las satisfacciones de la vida, esto debería estimularles a tomar sobre si las miserias y las estrecheces de los demás. ¿Quién podrá encontrar contento y reposo, quién no sentira más bien inquietud y vergüenza de vivir en la ociosidad y frivolidad, en el iujo y en los placeres, en medio de la casi general tribulación? (Pfo XII, *Discurso a la Nobleza*: «Ecclesia», n. 393, 22 de enero de 1949, p. 5).

l) Quienes disponen de la riqueza colectiva deben HACERLA CONTRIBUIR AL BIEN COMÚN

Hoy más que nunca la gravísima crisis mundial exige que los que dispongan de fondos enormes, fruto del trabajo y del sudor de millones de ciudadanos, tengan siempre ante los ojos únicamente el bien común y procuren promoverlo lo más posible (Pfo XI. *Divini Redemptoris*, n. 76).

11) De FORMA QUE A TODOS Y A CADA UNO LE LLEGUEN LOS BIENES EN MEDIDA SUFICIENTE

La economía social estará solidamente constituida y alcanzará sus fines solo cuando a todos y cada uno se provea de todos los bienes que las riquezas y subsidios naturales, la técnica y la constitución social de la economía pueden producir. Estos bienes deben ser suficientemente abundantes para satisfacer las necesidades y comodidades honestas y elevar a los hombres a aquella condición de vida más feliz, que, administrada prudentemente, no sólo no impide la práctica de la virtud, sino que la favorece en gran manera (Pio XI. *Quadragesimo Anno*, n. 34).

m) SÔLO DE ESTE MODO SE CONSEGUIRA QUE EL PUEBLO
SEA VERDADERAMENTE RICO

La riqueza econômica de un pueblo no consiste propiamente en la abundancia de los bienes, medida segùn un computo pura y netamente material de su valor, sino en que tal abundancia repré- sente y procure real y eficazmente la base material que baste al debido desarrollo personal de los miembros. Si una semejante Justa distribuciôn de los bienes no fuese actuada o vinlese procurada sôlo imperfectamente, no se obtendria el verdadero objetivo de la economia nacional; como quiera que, aunque hubiese una feliz abundancia de bienes disponibles, el pueblo, no llamado a partici- parla, no seria econômicamente rico, sino pobre. Haced, por el contrario, que tal Justa distribuciôn sea efectuada realmente y en manera durable, y veréis que el pueblo, aun disponiendo de meno- res bienes. se harâ y serâ econômicamente sano (Pio XH, *Discur- so de 1 de junio de 1941*).

n) Para ello es preciso atenerse a las normas
DE LA JUSTICIA SOCIAL

Dése, pues, a cada cual la parte de bienes que le corresponde; y hâgase que la distribuciôn de los bienes creados vuelva a con- formarse con las normas del bien comun o de la Justicia social (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 25).

ñ) Y PUESTO QUE ELLOS CONTRIBUYEN MAS QUE NADIE AL BIEN
COMÛN, JUSTO ES QUE SEAN LOS PRIMEROS EN LA SOCIEDAD

Y que estos hombres, asi como sus deberes son los mâs graves, asi deben ser en todo el pueblo los primeros, nadie hay que no lo vea; porque ellos, inmediatamente y por excelente manera, tra- bajan por el bien de la humanldad (Leôn XHI, *Rerum Novarum*, n. 28).

o) Quienes mAs talento han recibido, mAs deben con-
TRIBUIR A LA ELEVACIÓN CULTURAL DEL PUEBLO

Se proclama con frecuencia, y con Justa razôn, que quienes po- seen en abundancia los bienes materiales de fortuna se deben con- siderar como «banqueros de Dios», mandatarios de su providen- da para con los pobres. De la misma manera. y con mayor razôn, aquellos a quienes el Padre de las luces ha dispensado mâs abun- dantemente los dones de la inteligencia y del saber, han recibido por este hecho la misiôn y el deber de distribulr con sabiduria es- tos tesoros a la masa, que se veria prlvada de ellos o que correria peligro de despreciarlos locamente (Pio XII. *Discurso a los univer- sitarios franceses*: «Ecclesia» n. 407, 30 de abril de 1949. n. 5).

P) TAMBIÉN LOS FUNCIONARIOS ESTATALES Y PRIVADOS DEBEN CONTRIBUIR AL BIEN DE LA NACIÓN

También los funcionarios del Estado y todos los empleados cumplan por obligación de conciencia sus deberes con fidelidad y desinterés, siguiendo los luminosos ejemplos antiguos y recientes de hombres insignes, que en un trabajo sin descanso sacrificaron toda su vida por el bien de la patria (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 76).

q) Por su parte, los trabajadores son en cierto modo ADMINISTRADORES DE SU TRABAJO

Los que se ejercitan en algún arte u oficio, aunque menos directamente, sirven también muchísimo a la pública utilidad. Verdaderamente el bien social, puesto que debe ser tal que con él se hagan mejores los hombres, en la virtud es en lo que principalmente se ha de poner. Sin embargo, a una bien constituida sociedad toca también suministrar los bienes corporales y externos, cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud. Ahora bien, para la producción de estos bienes no hay nada más eficaz ni más necesario que el trabajo de los proletarios, ya empleen éstos su habilidad y sus manos en los campos, ya en los talleres. Aún más, es en esta parte su fuerza y eficacia tanta, que con grandísima verdad se puede decir que la riqueza de los pueblos no la hace sino el trabajo de los obreros (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 27).

r) LO RECIBIERON DE DIOS PARA BIEN SUYO Y DE LOS DEMÁS

Jésus, el divino Maestro, tenía gusto de enseñar por medio de parábolas (Mc. 4,2 y 33,34). El comparé nuestras aïmas con la tierra, donde El siembra los dones de la naturaleza y de la gracia, mientras que a nosotros nos toca hacerlos fructificar. No tenemos derecho a dejar que duerman inútiles para nosotros y para los demás los talentos recibidos, de los que El nos pedirá cuenta (Pío XII, *A los obreros ceramistas*, 27 de marzo de 1949: «Ecclesia», n. 404, 9 de abril de 1949, p. 6).

s) Y AL EJERCITARLO ADQUIEREN DERECHOS ANTE LA SOCIEDAD

Exige, pues, la equidad que la autoridad pública tenga cuidado del proletariado, haciendo que le toque algo de lo que él aporta a la utilidad común; que con casa en que morar, vestido con que cubrirse y protección con que defenderse de quien atente a su bien pueda con menos dificultad soportar la vida. De donde se sigue que se ha de tener cuidado de fomentar todas aquellas cosas que se vea que en algo pueden aprovechar a la clase obrera. El cual cuidado tan lejos está de perjudicar a nadie, que antes aprovechará a todos, porque importa muchísimo al Estado que no sean de todo punto desgraciados aquellos de quienes provienen esos bienes de que el Estado tanto necesita (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 27).

t) Entre otros, el de intervenir en la administración
DE LOS BIENES POR ELLOS PRODUCIDOS

Se sigue de esto que las dos partes tienen interés en hacer que los gastos de la producción nacional estén en proporción con su rendimiento, pero desde el momento que el interés es común, ¿por qué no se podría traducir en una expresión común? ¿Por qué no sería legítimo atribuir a los obreros una justa parte de responsabilidad en la constitución y desenvolvimiento de la economía nacional? Sobre todo hoy, que las penurias de capital, la dificultad del intercambio internacional, paralizan el libre juego de las fuentes de la producción nacional. Los recientes ensayos de socialización no hacen más que poner más en evidencia esta penosa realidad (Pío XII, *Discurso «Estado, patronos y obreros»*, de 1º de mayo de 1949: «Ecclesia», n.º 410, 21 de mayo de 1949, p. 5).

II. SOBRE EL EVANGELIO

A) *aPreparad el camino del Señor»*

a) El alejamiento de Jesucristo ha conducido al desmoronamiento de la moral privada y pública

Debilitada la fe en Dios y en Jesucristo y oscurecida en los ánimos la luz de los principios morales, se quitó el apoyo al único e insustituible fundamento de aquella estabilidad y tranquilidad, de aquel orden interno y externo, privado y público, únicos que pueden engendrar y salvaguardar la prosperidad de los Estados (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n.º 16).

b) Y ESTA INDIGENCIA MORAL CONDUJO AL PROBLEMA SOCIAL MODERNO

Esa economía, con sus gigantescas relaciones y vínculos mundiales y con su sobreabundante división y multiplicación del trabajo, cooperaba de mil maneras a hacer general y más grave la crisis de la humanidad, mientras que, no siendo corregida por ningún freno moral y sin ninguna mirada ultraterrena que la iluminase, no podía menos de terminar en una indigna y humillante explotación de la persona humana y de la naturaleza, en una triste y pavorosa indigencia de una parte y una soberbia y provocante opulencia de la otra, en una discordia atormentadora e implacable entre privilegiados y destituidos (Pío XII, *Mensaje de Navidad del año 1943*, n.º 9).

c) Si todos recibieran a Jesucristo, la sociedad estaría
UNIDA POR EL AMOR CRISTIANO

Si estas dos clases obedecieran a los preceptos de Cristo, los uniría no sólo la amistad, sino un amor verdaderamente fraterno. Porque sentirían y entenderían que todos los hombres, sin distinción alguna, han sido criados por Dios, Padre común de todos; que todos tienden al mismo bien, como fin, que es Dios mismo, único que puede dar la bienaventuranza perfecta a los hombres y a los ángeles; que todos y cada uno han sido, por favor de Jesucristo, igualmente redimidos y levantados a la dignidad de hijos de Dios, de tal manera que no sólo entre sí, sino aun con Cristo Señor Nuestro, primogénito entre muchos hermanos, los enlaza un parentesco verdaderamente de hermanos. Y asimismo que los bienes de la naturaleza y los dones de la gracia divina pertenecen en común y sin diferencia alguna a todo el linaje humano, y que nadie, como no se haga indigno, será desheredado de los bienes celestiales. *Si hijos* (Rom. 3,17), *también herederos; herederos verdaderamente de Dios y coherederos con Cristo* (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 21).

d) Las leyes deben favorecer la religión en todos

Importa al bienestar del público y de los particulares que haya paz y orden; que todo el ser de la sociedad doméstica se gobierne por los mandamientos de Dios y por los principios de la ley natural; que se guarde y se fomente la religión; que florezcan en la vida privada y pública costumbres puras; que se mantenga ileso la justicia, ni se deje impune al que viole el derecho de otro; que se formen robustos ciudadanos, capaces de ayudar y, si el caso lo pidiera, defender a la sociedad (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 29).

e) Especialmente en las clases trabajadoras

Hay en el obrero muchas cosas que demandan que el Estado con su protección las asegure. Las primeras son los bienes del alma. Porque esta vida mortal, por buena y apetecible que sea, no es lo último para que hemos nacido, sino camino solamente e instrumento para llegar a aquella vida del alma que será completa con la visión de la verdad y el amor del Sumo Bien. El alma es la que lleva impresa en sí la imagen y semejanza de Dios... (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 32).

f) El hombre mismo no puede renunciar a estos derechos

Ni el hombre mismo, aunque quiera, puede en esta parte permitir que se le trate de un modo distinto del que a su naturaleza conviene, ni querer que su alma sea esclava, pues no se trata aquí de derechos de que libremente pueda disponer el hombre, sino de

deberes que le obligan para con Dios y que tiene que cumplir religiosamente (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 32).

g) HOY LOS GOBERNANTES ATIENDEN MAS A ESTOS FACTORES MORALES Y RELIGIOSOS

Nos. que en virtud de nuestro apostólico oficio estamos acostumbrados y obligados a considerar todos los acontecimientos de este mundo, a veces tan agitado, «sub specie aeternitatis», notamos con satisfacción que en las deliberaciones de los hombres el insustituible factor formado por los grandes motivos espirituales, morales y religiosos comienza ahora, en no pocos lugares, a ser tenido en cuenta mucho más de lo que haya podido serlo en un pasado reciente todavía. Todos los espíritus cuerdos y previsores pueden ver hoy que la primera entre las causas de las miserias del tiempo presente es la exclusión consciente de la religión como fuerza civilizadora y perfeccionadora, llevada a cabo por algunos movimientos de masa cuya decadencia espiritual es para todos patente (Pío XII, *Discurso al embajador de Bolivia*: «Ecclesia», n. 412. 4 de junio de 1949, p. 6).

B) «Enderezad sus sendas»

a) SÓLO UNA ORDENACIÓN SOCIAL QUE COORDINE, ESTIMULE Y GARANTICE LA COOPERACIÓN DE TODOS ALCANZARÁ EL FIN QUERIDO por Dios

Para que la vida social, cual Dios la quiere, obtenga su fin, es esencial un ordenamiento Jurídico que le sirva de externo sostén, de reparo y de protección; ordenamiento cuya función no es dominar, sino servir, tender a desarrollar y acrecentar la vitalidad de la sociedad en la rica multiplicación de sus fines, conduciendo hacia su perfeccionamiento todas y cada una de las energías en pacífica cooperación y defendiéndolas, con medios apropiados y honestos, contra todo lo que entorpece su pleno desenvolvimiento. Un tal ordenamiento, para garantizar el equilibrio, la seguridad y la armonía de la sociedad, posee también el poder coactivo contra los que sólo mediante este camino pueden ser contenidos en la noble disciplina de la vida social (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1942*, n. 18).

b) Es TAMBIÉN NECESARIA UNA RECTA DISTRIBUCIÓN DE CARGAS, OFICIOS Y SOCORROS

Constituida la religión como fundamento de todas las leyes sociales, no es difícil determinar las relaciones mutuas que deben establecerse entre los miembros para alcanzar la paz y prosperidad de la sociedad. Distribúyanse las cargas sociales de un modo conveniente a los Intereses comunes, y de tal suerte que la diversidad no disminuya la concordia. Repartir los oficios con inteligencia y definirlos con claridad, es importantísimo para que

no se lastime el derecho de ninguno. Administrense los bienes comunes con integridad, de modo que la necesidad de cada uno sea la medida del socorro que se le dé, y armonícense convenientemente los derechos y deberes de los obreros (Leôn XIII, *Be-ruin Novarum*, n. 43).

c) **Pues para soportar la dureza de la vida se exige hoy
A MUCHOS VERDADERO HEROÍSMO**

Muchas veces es necesaria verdadera valentía y heroísmo, digno en su simplicidad de admiración y respeto, para soportar la dureza de la vida, el peso cotidiano de las miserias, las crecientes indigencias y las estrecheces en medida jamás anteriormente experimentada. de la que frecuentemente no se ven ni la razón ni la necesidad real (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 25).

d) **Y SIENDO IMPOSIBLE QUE TODOS LA PRACTIQUEN, SE CORRE
EL PELIGRO DE CAER EN UNA REVOLUCIÓN VIOLENTA**

Porque si las familias, sobre todo numerosas, carecen de domicilio conveniente; si el varón no puede procurarse trabajo y alimentos; si los artículos de primera necesidad no pueden comprarse sino a precios exagerados; si la madre, con gran detrimento de la vida doméstica, se ve precisada a ganarse el sustento con su propio trabajo; si a éstas les faltan, en los ordinarios trabajos de la maternidad, los alimentos y medicinas convenientes. el médico experto, etc., todos entendemos cuanto se depriman los ánimos de los cónyuges, qué difícil se les haga la convivencia doméstica y el cumplimiento de los mandamientos de Dios, y también a qué grave riesgo se expongan la tranquilidad pública y la salud y la vida de la misma sociedad civil si llegan estas familias a tal grado de desesperación que, no teniendo nada que perder, crean que podrán recobrarlo todo con una violenta perturbación social (Pío XI, *Casti Connubii*, n. 73).

**C) «Todo barranco sera rellenado, todo monte
y collado allanado»**

a) **La sociedad moderna aparece dividida en dos clases,
ENORMEMENTE DISTANCIADAS**

La violencia de las revoluciones ha dividido los pueblos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellos una distancia inmensa. Una. poderosísima, porque es riquísima, que como tiene en su mano ella sola todas las empresas productoras y todo el comercio, atrae a sí, para su propia utilidad y provecho, todos los manantiales de riqueza y tiene no escaso poder aun en la misma administración de las cosas públicas. La otra es la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llastado y pronto siempre a amotinarse (Leôn XIII, *Rerum Novarum*, n. 38).

b) Una muy poderosa, aunque exigua ; otra muy numerosa,
PERO DESHEREDADA

Cuando el siglo XIX llegaba a su término, el nuevo sistema económico y los nuevos incrementos de la industria en la mayor parte de las naciones hicieron que la sociedad humana apareciera cada vez más claramente dividida en dos clases; la una, con ser la menos numerosa, gozaba de casi todas las ventajas que los inventos modernos proporcionan tan abundantemente; mientras la otra, compuesta de ingente muchedumbre de obreros reducida a angustiosa miseria, luchaba en vano por salir de las estrecheces en que vivía (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, η. 2).

c) La gran multitud de proletarios ha quedado en una
INJUSTA SITUACIÓN DE DESAMPARO

Como quiera que sea, vemos claramente, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la infima clase, puesto caso que inicualemente se hallan la mayor parte de ellos en una condición misera y calamitosa. Pues, destruidos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la religion de nuestros padres, poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y al desenfrenado apetito de los competidores. A aumentar el mal vino una voraz usura, la cual, más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Jûntase a esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte que unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos (Leôn XIII, *Rerum Novarum*, η. 2).

d) Su GEMIDO SUBE DESDE LA TIERRA AL CIELO

Desde que las artes mecánicas y las industrias del hombre se han extendido rápidamente e invadido innumerables regiones, tanto las tierras que llamamos nueva? cuanto los reinos dei Extremo Oriente, famosos por su antiquísima cultura, el número de los proletarios necesitados, cuyo gemido sube desde la tierra hasta el cielo. ha crecido inmensamente. Anádase el ejército ingente de asalariados de! campo, reducidos a las más estrechas condiciones de vida y desesperanzados de poder jamás obtener «participación alguna en la propiedad de la tierra», y, por tanto, sujetos para siempre a la condición de proletarios, si no se aplican remedios oportunos y eficaces (Pio XI. *Quadragesimo Anno*, η. 26).

e) También a los agricultores se ha extendido el mismo
MAL

Es cierto que aim hoy no es éste el único modo vigente de organizaciôn econômica; existen otros dentro de los cuales vive una muchedumbre de hombres, muy importante por su numero y su valer, por ejemplo, la profesiôn agricola; en ella la mayor parte del género humano, honesta y honradamente, halla su sustento y su bienestar. Tampoco están libres de las estrecheces y dificultades que sefialaba nuestro predecesor en no pocos lugares de su enciclica, y a las que también Nos en ésta hemos aludido más de una vez (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, η. 38).

f) La potencia econômica, al explotar a la sociedad en
PROVECHO PROPIO, CONDUJO A UNA LUCHA

Esta acumulaciôn de poder y de recursos, nota casi originaria de la economia modernisima, es el fruto que naturalmente produjo la libertad infinita de los competidores, que sôlo dejô supervivientes a los más poderosos, que es a menudo lo mismo que decir los que luchan más violentamente, los que menos cuidan de su conciencia (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, η. 39.)

g) QUE DEL TERRENO PRIVADO SE EXTENDIÔ AL INTERNACIONAL

A su vez, esta concentraciôn de riquezas y de fuerzas produce très clases de conflictos: la lucha primero se encamina a alcanzar ese potentado econômico; luego se inicia una fiera batalla, a fin de obtener el predominio sobre el poder público y, consiguientemente, de poder abusar de sus fuerzas e influencias en los conflictos econômicos; finalmente, se entabla el combate en el campo internacional, en el que luchan los Estados, pretendiendo usar de su fuerza y poder politicos, para favorecer las utilidades econômicas de sus respectivos sùbditos o, por el contrario, haciendo que las fuerzas y el poder econômico sean los que resuelvan las controversias politicas originadas entre las naciones (Pio XL *ibid.*).

h) Hay también gran desproporciôn entre la técnica y
ESPIRITU

Algunos, al menos. entre los mismos cientificos (cf. H. Bergson, *Les deux sources de la morale et de la religion* [1933], p. 344.3350. sufren al ver la desproporciôn creada por la técnica entre las fuerzas materiales, desmesuradamente acrecidas, de que disponen los hombres y la pequeñez y debilidad de sus espíritus (Pio XII, *Al Congreso de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media*: «Ecclesia», n. 427, 17 de septiembre de 1949, p. 7).

1) NO ES POSIBLE ADMITIR QUE TAN ENORMES DIFERENCIAS
SEAN QUERIDAS POR DIOS

Así también pensaban muchos católicos, sacerdotes y seglares, que, impulsados ya hacia tiempo por su admirable caridad, no podían persuadirse en manera alguna que tan grande e inicua diferencia en la distribución de los bienes temporales pudiera en realidad ajustarse a los consejos del Creador sapientísimo (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 2).

j) Porque tanto la excesiva riqueza como la excesiva
POBREZA SON FUENTE DE TODO PECADO

Todos conocen que en no pocas clases sociales la fe cristiana languidece hasta el punto de producir con frecuencia en las almas tedio y olvido de las cosas divinas. Por una parte, aquellos que están largamente provistos de bienes no buscan a menudo otra cosa que abandonarse totalmente a los placeres y goces de la vida presente; y por otra, en cambio, aquellos que, angustiados por la indigencia, deben procurarse, con sudorosa fatiga, un escaso alimento para sí y para la propia familia, seducidos por falaces promesas y falsas doctrinas, se van alejando de la Iglesia, como si esta ignorara o descuidara su miserable suerte, cuando, por el contrario, con todos sus medios tiende no sólo a iluminar con la verdad sus mentes, no sólo a elevar sus ánimos con la esperanza y aliento de los bienes celestiales, sino a proveer, en cuanto está en su mano, las necesidades de su vida presente (Pío XII, *Carta al ministro general de los capuchinos*, diciembre de 1949: «Ecclesia», n. 394, 29 de enero de 1949, p. 5).

k) Es TAMBIÉN UN ERROR CREER QUE UNAS CLASES SE
OPONEN A OTRAS

Hay en la cuestión que tratamos un error capital, y es el figurarse y pensar que son unas clases de la sociedad por su naturaleza enemigas de las otras, como si a los ricos y a los proletarios los hubiera hecho la naturaleza para estar peleando los unos con los otros en perpetua guerra. Lo cual es tan opuesto a la razón y a la verdad que, por el contrario, es clertísimo que así como en el cuerpo se unen miembros entre sí diversos y de su unión resulta esa disposición de todo el ser, que bien podríamos llamar simetría, así en la sociedad civil ha ordenado la naturaleza que aquellas dos clases se junten concordes entre sí y se adapten la una a la otra, de modo que se equilibren. Necesita la una de la otra enteramente; no puede existir capital sin trabajo, ni trabajo sin capital. La concordia engendra en las cosas hermosura y orden, y, al contrario, de una perpetua lucha no puede menos de resultar la confusión. Lucha con una salvaje ferocidad (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 15).

D HABIENDO DIFERENCIAS ENTRE LOS HOMBRES, HAY COMPLETA IGUALDAD EN LA DIGNIDAD HUMANA

La Iglesia no promete aquella igualdad absoluta que otros proclaman. porque sabe que la convivencia humana produce siempre y necesariamente toda una escala de graduaciones y de diferencias en las cualidades físicas e intelectuales, en las disposiciones y tendencias interiores, en las ocupaciones y en las responsabilidades; pero, al mismo tiempo, asegura la plena igualdad dentro de la dignidad humana, y también ante el corazón de Aquel que llama a sí a todos los que están cansados y agobiados, y les invita a tomar sobre sí su yugo, para hallar paz y reposo para sus almas, porque su yugo es suave y su carga ligera (Pío XU, *A los empleados de las fábricas Fiat*, 31 de octubre de 1948).

11) Y SON COMPATIBLES CON UN ESPIRITU DE FRATERNIDAD

En un pueblo digno de tal nombre, todas las desigualdades que proceden no dei arbitrio, sino de la naturaleza misma de las cosas, desigualdades de cultura, de bienes, de posición social—sin menoscabo, por supuesto, de la justicia y de la caridad mutua—, no son de ninguna manera obstáculo a la existencia y al predominio de un auténtico espíritu de comunidad y de fraternidad. Más aún, esas desigualdades, lejos de lesionar en manera alguna la igualdad civil, le dan su significado legítimo, es decir. que ante el Estado cada uno tiene derecho a vivir honradamente su existencia personal en el puesto y en las condiciones en que los designios y la disposición de la Providencia le han colocado (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1944*, n. 13).

m) Incluso en el orden internacional es más cristiano HACER QUE NORMALMENTE SE NIVELEN LAS EXCESIVAS DIFERENCIAS

El anhelo cristiano de la paz es práctico y realista. Su fin inmediato es remover, o al menos mitigar, las causas de tensión que acraían moral y materialmente el peligro de guerra. Estas causas son. entre otras, principalmente las relativas angosturas dei territorio nacional y la penuria de materias primas. Así, pues, en vez de enviar los alimentos, con grandísimos gastos, a los contingentes de profugos, amontonados quién sabe dónde y a la buena de Dios. ¿por qué no facilitar la emigración y la inmigración de las familias, dirigiéndolas a regiones donde hallaran más fácilmente los viveres que necesitan? Y en vez de restringir, con frecuencia sin justos motivos, la producción, ¿por qué no dejar a la gente la posibilidad de producir según su potencialidad normal y ganar así el pan de cada día como fruto de su actividad, más bien que recibirlo como donativo? Finalmente, en vez de levantar barreras para impedirse mutuamente el acceso a las materias primas. ¿por qué no dejar el uso y el cambio de las mismas libre de toda traba innecesaria, sobre todo de las que crean una perjudicial desigualdad en las condiciones económicas? (Pío XH, *Mensaje de Navidad de 1948*: «Ecclesia. n. 1 de enero de 1948, p. 6).

n) La SOLUCIÓN ESTÁ no en la revolucíon, sino en una PERFECTA, RAPIDA Y EQUITATIVA EVOLUCIÓN

No en la revolucíon, sino en una evolucíon concorde está la salvacíon de la Justicia. La violencia no ha hecho otra cosa que abatir. no levantar: encender las pasiones, no calmarlas; acumular odios y ruinas, no hermanar a los contendientes; y ha precipitado a los hombres y los partidos en la dura necesidad de reconstituir lentamente. después de pruebas dolorosas, sobre las ruinas de la discordia. Sólo una evolucíon progresiva y prudente, valiente y conforme a la naturaleza, iluminada y guiada por las santas normas cristianas de justicia y de equidad, puede conducir al cumplimiento de los deseos y las necesidades honestas de los operarios (Pío XII, *Discurso a los trabajadores Italianos*, 13 de junio de 1943).

ñ) En LA JUSTA DISTRIBUCIÓN DE LAS RIQUEZAS, TAL COMO EXIGE LA JUSTICIA SOCIAL

Las riquezas, incesantemente aumentadas por el incremento económico-social. deben distribuirse entre las personas y clases, de manera que quede a salvo lo que León XIII llama la utilidad común de todos, o, con otras palabras, de suerte que no padezca el bien común de toda la sociedad. Esta ley de justicia social prohíbe que una clase excluya a la otra de la participación en los beneficios (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 25).

o) ACOMPAÑADA EN TODO MOMENTO DE UNA PRODUCCIÓN ABUNDANTE

La cuestión, tan importante, de la distribución de aquello que se llama el producto social ha sido ya tratada suficientemente. Lo que hoy pide solución con más urgencia es asegurar la colocación de este producto a disposición de los hombres y aumentar su cantidad. o sea. en una palabra, el problema de la producción (Pío XII, *Carta al presidente de Las Semanas Sociales de Francia*: «Ecclesia», n. 145. 1947).

p) Con instituciones adecuadas que garanticen los DERECHOS DE TODOS

Además. si, como sucede cada vez más frecuentemente en el salariado, la justicia no puede ser practicada por los particulares, sino a condición de que todos convengan en practicarla conjuntamente mediante instituciones que unan entre sí a los patronos, para evitar entre ellos una concurrencia incompatible con la justicia debida a los trabajadores. el deber de los empresarios y patronos es de sostener y promover estas instituciones necesarias, que son el medio normal para poder cumplir los deberes de Justicia (Pío XI. *Divini Redemptoris*, n. 53). ■...*

q) La vida econômica recibirÁ con ello mayor estímulo
Y actividad

El cumplimiento de los deberes de la Justicia social tendrâ como fruto una intensa actividad de toda la vida econômica, desarrollada en la tranquilidad y en el orden, y se demostrarâ así la salud del cuerpo social, del mismo modo que la salud del cuerpo humano se reconoce en la actividad inalterada y al mismo tiempo plena y fructuosa de todo el organismo (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 51).

r) Para salvar al mundo de los efectos del liberalismo
ECONÓMICO, EL ORDEN ECONÓMICO Y SOCIAL DEBE PENETRARSE
DE JUSTICIA Y CARIDAD SOCIAL

Hemos demostrado que los medios para salvar al mundo actual de la triste ruina en que el liberalismo amoral lo ha hundido no consisten en la lucha de clases y en el terror, y mucho menos en el abuso autocrático del poder estatal, sino en la penetración de la Justicia social y del sentimiento de amor cristiano en el orden econômico y social (Pío XI, *Divini Redemptoris*, il 32).

rr) Ellas han de ser, en lo sucesivo, el principio direc-
TIVO DE UN RÉGIMEN ECONÓMICO EFICIENTE

La libre coricurrencia, aun cuando encerrada dentro de ciertos limites es Justa y sin· duda útil, no puede ser en modo alguno la norma reguladora de la vida econômica, y lo probô demasiado la experiencia cuando se llevô a la prâctica la orientaciôn del vlclado espiritu individuallsta. Es, pues, completamente necesario que se reduzca y sujete de nuevo la economia a un verdadero y eflcaz principio directivo. La prepotencia econômica, que ha sustituido recientemente a la libre concurrencia, mucho menos puede servir para ese fin, ya que, inmoderada y violenta por naturaleza, para ser útil a los hombres necesita de un freno enérgico y una dirección sabia, pues por si misma no puede enfrenarse ni reglrse. Así quo de algo superior y mâs noble hay que echar mano para régir con severa integrldad ese poder econômico, a saber: de la justicia social y de la carlidad social. Por tanto, las instituciones públicas y toda la vida social de los pueblos han de ser informadas por esa justicia; es conveniente y muy necesario que ésta sea verdaderamente eficaz, o sea que dé vida a todo el orden Jurídico y social, y la economia quede como empapada en ella. La carlidad social debe ser como el aima de ese orden; la autoridad pública no debe desmayar en la tutela y defensa eflcaz del mismo, y no le será difícil lograrlo si arroja de si las cargas que, como deciamos antes, no le competen (Pío XI. *Quadragesimo Anno*. n. 37).

s) Sin la justicia y la caridad no sera posible tampoco
EL CUMPLIMIENTO DE LOS ACUERDOS INTERNACIONALES QUE
GARANTIZAN LA PAZ DE LOS PUEBLOS

Pero incluso los mejores reglamentos, aunque se cumplan con la mayor exactitud serán imperfectos, y condenados en definitiva al fracaso, si los que dirigen la fuerza de los pueblos y los pueblos mismos no se dejan penetrar cada vez más por aquel espíritu del que únicamente puede provenir la vida y la obligatoriedad de la letra muerta de los párrafos de las leyes internacionales; quiero decir de aquel sentido de íntima y aguda responsabilidad que mira y pondera los estatutos humanos según las santas e indestructibles normas del derecho divino; de aquella hambre y sed de justicia que se proclama como bienaventuranza dei sermón de la Montana y que tiene como condición natural previa la justicia moral; de aquel amor universal que es el compendio y el fin más avanzado el ideal cristiano, y que, por ello, tiende un puente aun hacia aquellos que no tienen la felicidad de participar en nuestra misma fe (Pío XH, *Mensaje de Navidad de 1939*, n. 19).

t) Pero nunca hay verdadera caridad si no se cumple
LA JUSTICIA

0

Pero la caridad nunca sera verdadera caridad si no tiene siempre en cuenta la justicia. El Apóstol enseña que *quien ama al prójimo ha cumplido la ley*: y da la razón. Porque el no fornicar, no matar, no robar... y cualquier otro mandato se resumen en esta fórmula: *Amarás al prójimo como a ti mismo* (Rom. 13,8-9). Si, pues, según el Apóstol, todos los deberes se reducen al único precepto de la verdadera caridad, también se reducirán a él los que son de estricta justicia, como el no matar y el no robar (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 49).

U) Y MUCHAS VECES UNA FALSA CARIDAD HA ENCUBIERTO LA
VIOLACIÓN DE LA JUSTICIA

Era un estado de cosas al que con facilidad se avenían quienes, abundando en riquezas, lo creían producido por leyes económicas necesarias; de ahí que todo el cuidado para aliviar esas miserias lo encomendaran tan solo a la caridad, como si la caridad debiera encubrir la violación de la justicia, que los legisladores humanos no solo toleraban. sino aun a veces sancionaban. Al contrario, los obreros, afligidos por su angustiosa situación, la sufrían con grandísima dificultad y se resistían a sobrellevar por más tiempo tan duro yugo (Pío XI. *Quadragesimo Anno*, n. 2).

V) La CARIDAD SIN LA JUSTICIA ES UNA PALABRA VACÍA QUE
HIERE LA DIGNIDAD DE LOS OBREROS

Una caridad que prive al obrero dei salario al que tiene estricto derecho no es caridad, sino un vano nombre y una vacía aparien-

cia de caridad. Ni el obrero tiene necesidad de recibir como limosna lo que le corresponde por justicia, ni puede pretender nadie eximirse con pequehas dâdivas de misericordia de los grandes deberes impuestos por la justicia. La caridad y la justicia imponen deberes con frecuencia acerca dei mismo objeto, pero bajo diversos aspectos; y los obreros, por razôn de su propia dignidad, son justamente muy sensibles a estos deberc-s de los demâs que dicen relaciôn a ellos (Pio XI, *Divini Redemptoris*, n. 49).

x) El incumplimiento de los deberes de justicia por
MUCROS CATÔLICOS HIZO DISMINUIR LA FE ENTRE LOS
TRABAJADORES

Es, por desgracia, verdad que el modo de obrar de ciertos medios catôlicos ha contribuido a quebrantar la confianza de los trabajadores en la religion de Jesucristo. No querian aquéllos comprender que la caridad cristiana exige el reconocimiento de ciertos derechos debidos al obrero y que la Iglesia le ha reconocido explicitamente. ôCômo juzgar de los patronos catôlicos que en algunas partes consiguieron impedir la lectura de nuestra enciclica *Quadragesimo Anno* en sus iglesias patronales? ôO la de aquéllos industriales catôlicos que se han mostrado hasta hoy enemigos de un movimiento obrero recomendado por Nos mismo? ¿Y no es de lamentai' que el derecho de propiedad, reconocido por la Iglesia, haya sido usado algunas veces para defraudar al obrero de su justo salario y de sus derechos sociales? (Pio XI, *Divini Redemptoris*, n. 50).

y) Pero aun cuando nunca debe sustituir a la justicia,
LA CARIDAD ES NECESARIA INCLUSO PARA ASEGURAR LA ACCIÓN
DE LA JUSTICIA

Mas para asegurar estas reformas es menester que a la ley de la justicia se una la ley de la caridad, *que es vinculo de perfección* (Col. 3,14). iCômo se enganan los reformadores incautos que desprecian soberbiamente la ley de la caridad, cuidando solo de hacer observar la justicia conmutativa! Ciertamente, la caridad no debe considerarse como una· substituciôn de los deberes de justicia que injustamente dejan de cumplirse. Pero aun suponiendo que cada uno de los hombres obtenga todo aquello a que tiene derecho, siempre queda para la caridad un campo dilatadisimo. La justicia sola, aun observada puntualmente, puede, es verdad, hacer desaparecer ia causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ânimos. Ahora bien, todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y a promover la colaboraciôn social, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza dei mutuo vinculo espiritual que une a los miembros entre si; cuando falta ese lazo de uniôn, la experiencia demuestra que las formulas mäs perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera uniôn de todos en aras del bien comûn solo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten intimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial; mäs aún, un solo cuerpo en Cristo (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 5G).

SECCION VU. MISCELANEA HISTORICA Y L I T E R A R I A

L LA «PARADA» DE LA PENITENCIA

He aqui al joven predicador en la gran plaza, rodeado de una muchedumbre de mirones, campesinos, ociosos, nobles, monjes, gentuza, devotos, mendigos... Esta haciendo su gran juego: la «parada» de la penitencia... De la masa humana se desprende un olor a pecado... El oradoi moviliza a los seraiines, a los santos, a la Vlrge gloriosa, a Cristo... Hace tronar bajo los divinos pies nubes de sombra y de fuego. «Ha roto las piedras de los sepulcros, convocado a los muertos con los vivos en el valle de Josafat; se entreabre el cielo, humea el infierno. He aqui a los elegidos, he aqui a los condenados. y mäs condenados que elegidos. Ahora bien, a los condenados los designa su gesto. Estân ahi, ante él, prevaricadores, adulteros, fornicadores, blasfemos y asesinos, impios; sobre todo, impios...

Las mujeres se desmayan, los nifios lloran, un hombre cae de rodillas. Un estremecimiento de vergüenza y horror corre de punta a punta de la muchedumbre, la doblega como un campo de espigas, y cada uno murmura en su corazôn: «No, no queremos esto»...

Entonces contesta el hermano Vicente Ferrer: —¡Penitencia?...

—¡Penitencia, penitencia!—clama la multitud...

Lloran, rugen, se santiguan... Un hombre se levanta de pronto, se arranca las vestiduras y con un cinturôn de cuero se azota las espaldas. Le imita otro, después otro; hay veinte, hay cien, a los que ha ganado el contagio de los remordimientos y el espanto. Llueven los golpes, brota la sangre...»

Asi un cambio profundo en las costumbres se opera por donde pasa Vicente, y surge la cofradia de los «flagelantes» de vocaciôn que le acompaïan en su peregrinar apostólico. Caminan a pie, con el bastôn en la mano. «Sôlo, a causa de la fatiga, el Padre se dejaba conducir por un borrlquillo, pero tenia compasiôn de él y muchas veces caminaba a su lado, apoyândose un poco sobre el lomo»...

Cuando llegaban a un lugar. los habitantes salian al encuentro. «Un relig'oso lleva la cruz a la cabeza de la procesiôn. Con el rostro velado, la espalda y los hombros desnudos—decentemente, dicen los documentos—. flagelantes y flagelantas se encaminan a la iglesia en pos del Padre y de sus asistentes. Todos entonan el cântico que ha compuesto para la cofradia»... ¡Misericordia!,

na repetido cien veces el estribillo de la canciôn. Después el rumor calla. Los flagelantes se arrodillan ante el pôrtico. Ha llegado el momento. No se oye ya ni un grito, ni una palabra, nada más que el vacío del aire mate y denso, ese «ruido de lluvia pesada que producen sobre la carne los golpes de la disciplina»...

«En Toulouse, en 1415, mientras Vicente predicaba en Semana Santa, fué un delirio de penitencia y ciasta se dice un diluvio de sangre... Había mercado de cilicios y disciplinas»... (cf. Henri Gheon, *San Vicente Ferrer*, trad. de Carmen Castro [Epesa, Madrid 1945], p. 66-75).

Había crecido en las orillas del Nilo y todos decían que era hermosa. Pero, ¡ay!, que a los doce años conoció ya las terribles fascinaciones de la vanidad. Desde entonces se hundió en la ciénaga de la lujuria, y, abismada en las viles pasiones, permaneció más de tres lustros convertida en pública pecadora.

Un día sintió ganas de salir de Alejandria. Dios velaba por ella cuando se encontraba tan lejos de Él. Paseando por la playa una tarde del mes de abril, vio una nave cargada de peregrinos que se dirigían a Jerusalén. No era la devoción lo que la empujaba, sino un afán inquieto de novedad y aventura. Y a la nave subió loca e inconscientemente para entregarse al vicio y profanar su cuerpo una vez más... Ya en Jerusalén, la meretriz, pintada y engalanada, prosiguió dirigiendo miradas de fuego. Mas he aquí que de pronto una fuerza misteriosa la sobrecoge cuando atrae a los peregrinos, que se acercan a la iglesia del Calvario para venerar el sagrado madero. Se siente turbada, la atormenta la idea de su indignidad y... llora. Después... clava los ojos en una imagen de María que aparece pintada en los muros del atrio y cae delante de ella implorando perdón. Al levantarse, libre ya del peso que la abrumaba, entra en el templo sin dificultad, adora la cruz y oye una voz interior que le dice: «Ve al otro lado del Jordán y allí encontrarás el descanso».

Salio por la mañana de Jerusalén, bordeó la colina en que se asienta Betania, pensando en María Magdalena. Paso adelante, sollozando, y no tardó en intemarse en la «via sangrienta», un camino que serpentea entre un caos de crestas amarillas y calvas. Siguió adelante, siempre adelante. en pos del Jordán, y «dos horas más tarde, cuando el sol se escondía detrás de las montañas de Judea, daba vista al río sagrado. Estaba en el lugar mismo donde el Bautista había comenzado su predicación. Al otro lado, rodeado de palmeras... se divisa el templo de San Juan, con su jardín en tomo. cultivado por los monjes que Servían el santuario. Entró en él. rezó, lloró, recibió los santos misterios de la vida y quedó luego como petrificada»...

Ta la meretriz penitente ha recogido otra vez su hatillo y camina a la buenaventura. En la orilla del río se lava pladosamente la cara y las manos, y se enjuga en su manto de seda. Después se sienta junto a un árbol y come un bocado de pan, el primero que probaba aquel día. «Sus ojos, de viva violeta, están

hinchados de tanto Uorar; tiene pálido el semblante y a la luz de la luna parece más pálido todavía; todos sus rasgos revelan una gran belleza, pero una belleza cerca del ocaso»...

La tentación le arranca otra vez vacilaciones. Pero no. Aquellos días pasaron para siempre. Subió a una barca y remó hacia la orilla opuesta del río. «Por última vez vio ahora su rostro reflejándose en el cristal de las aguas, ella que tantas veces se había mirado en espejos de plata bruñida o en vidrios de Tiro, encuadrados en marcos de ébano y marfil... Al otro lado el camino seguía hacia una cadena imponente de montañas... Era una tierra desolada, sobre la que el lago maldito parecía derramar el hálito pestilente que recordaba el castigo de Sodoma. Tal es el escenario en que aquella mujer escondió la tragedia de su pasado... Trepó monte arriba, cruzó barrancos, atravesó gargantas y vallejitos... Había encontrado la perfecta soledad...

«Así un día y otro día. rechazando implacablemente lo que antano había buscado con frenesí. Lucha contra la rebeldía de la carne, contra los terrores de la soledad, contra el frío y el calor. Los tres panes que llevaba en su saco al pasar el Jordán habían desaparecido a las pocas jornadas; los vestidos que cubrían su cuerpo se habían ido cayendo a pedazos; los últimos rastros de su antigua belleza se habían desvanecido rápidamente. Ahora andaba desnuda, comía hierbas y frutas silvestres; estaba fea, enjuta, apergaminada, ennegrecida por el sol del día y la escarcha de la noche. El dolor había secado y arado sus mejillas... La penitencia y el liante habían hundido sus ojos. Solo le quedaba su espléndida cabellera, pero enmaranada y sucia»...

Habían pasado cuarenta años. Ya era vieja la penitente; los dientes se le habían caído... Los músculos de su garganta parecían cuerdas de esparto... Cuando la encontró, por milagro de Dios, el anacoreta Zósimo, apenas si tuvo tiempo para oír de sus labios el relato de su lejana vida pecadora. que aun le arrancaba sollozos de arrepentimiento, y las misericordias del Señor, por quien había extenuado su carne y abrazado la santa desnudez. Allí, en el desierto, reposaron los restos de la pecadora María Egipciaca, que, redimida por la penitencia, alcanzó el mérito de la gloriosa santidad. (cf. Fray Justo Pérez de Urbel, *Santa María Egipciaca* [J. de abril] : *Año Cristiano*, t. 2, p. 7-16).

III. EL «MISERERE» DE SAVONAROLA

«Encerrado en un estrecho calabozo del palacio de la Señoría. acostado sobre la tierra desnuda, sin luz, ni siquiera un lecho de paja. los pies en los cepos, las cadenas en las manos, el brazo izquierdo dislocado y roto por la tortura, tan dolorido que en ocasiones fué preciso llevarle el alimento a la boca; pero sin odiar a nadie, sin maldecir a nadie, manteniendo toda su magnanimidad, toda su bondad, toda su fe, hasta el punto de conmover a su carcelero, tratando de atraerles a él y a su hija a la perfección de la vida cristiana, Savonarola tuvo aún la fuerza suficiente para tomar la pluma y escribir casi de un tirón, entre el 26 de abril y el 8 de mayo de 1498. el grito desgarrador y sublime de su último

«Miserere» y dar en un impulso a las palabras del Salmista, que la voz de la liturgia repetía desde quince siglos atrás, un eco de belleza tan penetrante, de acento tan directo, de candor tan absoluto, que merece repercutir a través de los siglos como una de las más puras y emocionantes plegarias de la piedad cristiana»...

«Desgraciado de mí, abandonado por todos, habiendo ofendido al cielo y a la tierra, ¿adónde me dirigiré?... No me atrevo a levantar los ojos al cielo, pues he pecado gravemente contra él. No encuentro refugio sobre la tierra, pues soy un escándalo para ella. ¿Qué haré, pues? ¿Desesperaré acaso? ¡Oh, no! La misericordia está en Dios, la compasión está en mí Salvador... Pero ¿qué diré yo? No me atrevo a levantar los ojos. Exhalaré las palabras del dolor, imploraré vuestra compasión y diré: *Tened piedad de mí, ¡oh Dios mío!, según vuestra gran misericordia...*» (cf. Luis María Lojendio, *Savonarola* [España-Calpe, Madrid 1945], p. 361ss).

IV. EL CASO DEL BAUTISTA SE REPITE EN OTRO JUAN

Mediados de junio del 404. «El emperador Arcadio, en su deseo de ofrecer a su bella esposa una prueba excepcional de afecto, mandó erigir en la plaza principal de Bizancio, donde se levantaba Santa Sofía, una estatua de plata, efigie de Eudoxia, sustentada sobre airoas columnas de pórfido. La inauguración fue sazonada con ruidosas fiestas populares. Se prodigaban juegos mimicos, cantares, danzas. A través de los indiscretos cendales, Eros exhibía ante los ojos cúpidos de la turba su salaz y atrevida pirueta. La vecindad del templo hacía sospechar una intención diabólica de escarnio»...

El patriarca de Constantinopla era a la sazón el virtuoso prelado que por su elocuencia arrebatada mereció llamarse Crisóstomo, «pico de oro». El matiz irónico de la diversión, cuyos ecos de carcajadas irrumpían en la calma litúrgica del templo, y la apoteosis con ribetes de idolatría, llenó de sinsabores su alma. Ensayó primero medios de suavidad... «Cuando se convenció que estos pasos eran inútiles, desenvainó la espada del espíritu... En alto el acero, defendió el santuario contra la arremetida de la ola que escupía sobre el altar de Jesucristo sus sucias espumas...

Irguióse Eudoxia como el ofidio que eleva su rígida espiral. Su furia tocó en delirio; juró por todos los manes del imperio reportar cumplida venganza de aquel enemigo de su gloria...

Otra orden de expulsión contra el Crisóstomo sale de palacio. Nadie piense que Juan, en su humildad, se apresura a darle cumplimiento. Humilde hasta el heroísmo..., no era de los que toman la humildad como sinónimo de sumisión incondicional y servil. Respondió con la protesta firme y digna, anunciando a la corte que no cedería sino ante la física coacción. «He recibido—dijo—los poderes episcopales de las manos de Dios y no los puedo abandonar. Si place al emperador separarme de la Iglesia, está en su mano, pero tendrá que hacerlo a viva fuerza y su despotismo será mi justificación ante el eterno Juez».

Perplejidad en Arcadio y Eudoxia... El caso era muy similar

al de aquel tetrarca de Galilea, Herodes, cuando se las había con otro Juan, por sobrenombre el Bautista. De él dice el Evangelio: *Quena matarle, mas temia al pueblo, el cual le tenia como profeta* (Mt. 14,5). La popularidad de Juan... llegó a compararse entonces con la del sol. Era el gran emperador de los espíritus... Apoderarse del Crisóstomo *manu militari* equivalía a abrir el cráter al furor popular...

Tentadas las posibilidades, se optó por recluir al gran rebelde en su propia iglesia bajo vigilancia... Esa reclusión era un medio de dar tiempo al tiempo. Al fin se cumplió la inicua orden de exilio... El mismo Obispo, por amor de la paz y para despistar a los suyos, mandó que su caballo estuviera ensillado y como a punto de marcha a la puerta principal de la basilica; mas era su idea, y así la puso en ejecución, salir por la puerta opuesta, que miraba a Oriente, y, a través de las calles secundarias, llegar a orillas del mar, donde estaba la barca dispuesta para la partida. Acontecía esto el 20 de junio del 404»

Crisóstomo ya no volvería más. Exilado a setecientos kilómetros, en Cucuso, villorrio perdido en la cordillera del Tauro, y de allí, très años después, en Pityunte, en los confines de la Cólquida, el más glorioso de los sagrados oradores de todos los siglos se extinguió poco a poco, y antes de sellar los labios con el eterno silencio pronunció estas palabras, que en vida solía repetir a menudo: «¡Gloria a Dios en todo!» (cf. Félix Arrarâs, *San Juan Crisóstomo* [Madrid 1943], p. 116ss).

V. PREDICADOR Y PENITENTE

«La palabra de Tomás de Villanueva resonó en toda Castilla, transformó la ciudad de Salamanca, pobló los conventos de novicios, arrancados a la Universidad; subyugó a los pueblos y conmovió a los poderosos. «Tomás no pide nunca—decía Carlos V—, Tomás ordena y exige». La admiración del gran emperador por el humilde fraile no tenía límites: le hizo su predicador y su consejero; le distinguió incansable con sus favores y acabó por hacerle arzobispo de Valencia. Esto fue en 1544. Tomás se dirigió a pie hacia la capital de su diócesis, sin más bagaje que su Biblia, sin otra compañía que un hermano lego, como cuando salía a predicar por las rutas polvorientas de Castilla. Al verle tan pobre su cabildo le obsequio con cuatro mil ducados, que él hizo llegar inmediatamente al hospital de la ciudad. Mientras Lutero reformaba las provincias de Alemania, desencadenando las pasiones y abriendo los conventos, el agustino español realizaba el más puro programa de reforma, trabajando heroicamente en la predicación, en la administración, en la visita de las parroquias, en la depuración del clero y en el mejoramiento de la vida social. Cuando se encontraba algún rebelde le llamaba a su casa, le introducía en su despacho, cerraba la puerta y después, descubriendo sus espaldas y arrodillándose ante el crucifijo, le decía: «Hermano mío, son mis pecados los que tienen la culpa de todo; ¿tú es que yo sufra el castigo». Y se flagelaba desplazadamente en su presencia» (cf. Fray Justo Pérez de Urbel. *Santo Tomás de Villanueva* [22 de septiembre]: *Afin Cristiano*, t. 3. p. 570).

VI.

A la edad de ochenta años propùsese el Santo Pontifice Pio V ayunar rigurosamente una Cuaresma. Por más que le instaron sus ministros y cardenales, dado el estado precario de su salud, no pudieron vencer su fervorosa obstinaciôn. Cuando transcurriô la Cuaresma dijo a los suyos: «¡Qué gran merced me ha hecho Dios! Me hallo mucho mejor de mis males por haber ayunado».

«La gran merced que Nuestro Señor ha hecho a toda la cristiandad—le replicaron sus servidores—ha sido que Vuestra Santidad no haya muerto al inspirarnos que le hiciésemos este engafio. Sepa que el agua donde se cocian las hierbas que comia Vuestra Santidad era de capones destilados».

El Papa quedô confuso... Quiso entonces tornar al ayuno de nuevo con enorme rigor, pero todos, y su confesor mismo, doctísimo, se lo estorbaron (cf. *Memorial hist, espanol, o. c., MiScel.*, de Zapata, p. 455).

VU. PENITENCIA ESPIRITUAL

En la vida de San Felipe Neri se leen muchos actos de mortificaciôn o penitencia espiritual:

«En algunas ocasiones solia andar con un manojo de rétama en la mano, por que la despreciasen. Otra vez se hizo raer la mitad de la barba, y saliô asi en publico, saltando y bailando, para que todos se burlasen de él. Un dia, habiendo gran multitud de gente en la plaza de San Pedro «ad Vincula», se puso a saltar. Otra vez, en una de las calles más publicas de Roma se encontrô con el gran siervo de Dios Fray Félix de Cantalicio, capuchino, varôn doctísimo, grandemente mortificado. Preçuntôle el bendito Pray Félix si tenía sed, y respondiendo San Felipe Neri que si, le diô a beber en público una botella de vino que llevaba al cuello, diciendo: «Ahora veré si sois mortificado». San Felipe al punto comenzô a beber, y concurriendo mucha gente, decian: «¿No veis como un santo da de beber a otro santo?» Después dijo Felipe a Pray Félix: «Ahora quiero yo también ver si sois mortificado»; y quitándose el sombrero se lo puso en la cabeza, diciéndole que anduviese asi. Fray Félix respondiô que si iria, pero que, si le quitaban el sombrero, no fue*e a su cuenta. Anduvo de aquella manera un buen trecho, hasta que San Felipe, que tenia ya conocida la gran santidad de Fray Félix, le rogô que se lo quitase, y cada uno se fué por su parte, dejando en duda cuál de los dos se habia mortificado más en aquella ocasiôn» (cf. P. Pedro de Rn^nvwFTRA. *F'os sanctorum: San Felipe Neri* [17 de mayo]. t 2 [Madrid 1762], p. 109).

VIII. EL QUE TIENE DOS TUNICAS...

Martin era entonces soldado. Habia entrado en la milicia, obligado por una orden del emperador Constante, por la que todos los hijos de soldados viejos habian de inscribirse y ponerse en lista. Y a la guerra partio nuestro milite, con un siervo a quien frataba como a un hermano. Todo su empeno fué guardarse mucho de los vicios que comûnmente acompanan a la soldadesca.

Era un dia de invierno.. Estaba Martin en las puertas de Amiéns y «vino un pobrecito desnudo, temblando y tiritando de frio y pidiendo alguna limosna para abrigarse. Como los demás soldados no le socorriesen, Martin, entendiendo que Dios le enviaba aquella ocasiôn para merecer, no teniendo otra cosa que dar al pobre, sacô su espada de la vaina y cortô por medio la clâmide y vestidura militar que llevaba, y diô una parte de ella al pobre, y con la otra, lo mejor que pudo, se cubriô. Diô este hecho mucho que reir a los hombres livianos y que llorar y compungirse a los cuerdos y graves. Viôse también cuán agradable habia sido a Dios aquella obra, porque la noche siguiente le apareciô Cristo Nuestro Seûor cubierto con aquel pedazo de capa, diciéndole que mirase bien si aquélla era la vestidura que él le habia dado un dia antes al pobre; y volviéndose a una muchedumbre de ângeles que le acompañaban, con voz alta dijo: Martin, siendo aún catecûmeno, me ha cubierto con esta vestidura» (cf. P. Pedro de Ribadeniaria, *Flos Sanctorum: San Martin de Tours* [11 de noviembre], t. 3, o. c., p. 403).

DE UN TURCO QUE AL BAUTIZARSE SE LLAMO COMO EL BAUTISTA

Un turco estâ cautivo en Toledo. Se llama Hamete, y es tan fanático, que nunca se ha querido convertir. Siempre grunendo, porque no se cansa de alardear que en su tierra pertenecia a una familia de alcumia, cuida de los caballos de su amo. Un dia, cuándo volviô de acompaûar a su senor a un juego de cafias, Hamete bramé de furia. Se habian olvidado de darle de corner y, hambriento, reclamô con ira su yantar a la senora de la casa. Descontenta ésta por la manera tan descortés con que le demandaba el sustento, se irritô y le llamô perro. El, estimulado por el hambre, llegô a injuriarla. A la grito acudlô el dueno, y una lluvia de palos acardenalô las espaldas del turco.

Hamete, loco de rabia. esgrimiô un cuchillo y se lanzô contra su senor, quien. a duras penas, escapô atemorizado. El rebelde se vuelve entonces contra las mujeres. Apunala a su ama e hiere a très de sus dueûas. Gritan los de la casa, acude gente, y el turco, viéndose perdido, salta, como una ave. de tejado en tejado y se arroja a la calle en vertiginosa fuga. Como un ânade atraviesa el Tajo. anda errante esquivando a la justicia y se oculta

en Madrid. Mas por las senas de los pregones que le persiguen, le denuncia un carretero que le habia conocido en una taberna. Hamete hiere al carretero y a la tabernera. Por fin, acosado por sus perseguidores, es preso y traído a Toledo, donde se le condena a suplicio.

«Sâcanle en cueros en un carro, atado a un palo, y una fragua de un herrero a par de él. Comiéndanle a atenacear, le cortan ambas manos y, sin aguardar a que cirujanos se las cauterizasen, métenle los mismos trozos de brazos en el fuego de la fragua. Llegado a la plaza, le cuelgan de los pies, y los verdugos le atenacean otras partes del cuerpo...

Ténia ya casi el aima en los dientes, cuándo dijo a voces: ¡Oli Mahoma! ôCómo me has enganado? ¡Ahora veo que todo es mentira! ¡Bautismo! ¡Bautismo! Acudieron los teólogos, que estaban al espectâculo, y, consultado el caso, se determino que prosiguiese el tormento, diciéndole que ni habia de dejar morir ni César los suplicios aunque se bautizase. El dijo que no pretendia eso, sino. siendo cristiano, salvarse.

Habida licencia entonces, con gran priesa, del corregidor y, cuanto al bautismo, dei vicario, bânjanle de donde estaba boca abajo colgando.

Pide que le pongan de rodillas.

—ôQué nombre?—dijeron todos.

—El de Juan Bautista,

Asi, con tal nombre fué bautizado, y al momento se le subió el espíritu; y fué tanta la alegría pública, que más de dos mil oios se hicieron de placer fuentes de lágrimas...» (cf. *Memorial historico espanol...*, o. c., *Miscelânea de Zapata*, p. 315-317).

X. UN SACERDOTE MODELO: SAN JUAN BAUTISTA DI ROSSI

«Desde sus quince anos... se uniô a un cuerpo de sacerdotes cuya especial tarea fué predicar a los pobres. Con ellos aprendiô el celo apostolico y planed y distribuyd sus trabajos. La misma piedad lo indujo a invertir su modesta fortuna en aliviar las dificultades de los indigentes. Dejô tras si perdurables frutos de su infatigable caridad por la instruction de criados, vagabundos y gentes analfabetas para la santa celebraciôn de la Pascua florida, por la fundaciôn de un hogar de refugio para guardar seguras a las mujeres perdidas que vagaban de noche por la ciudad, pero sobre todo por el celo tan fervoroso que supo despertar entre el clero por la salvaciôn de las almas. El esplendor de su amor de Dios se manifestaba en su fisionomia mientras oficiaba, y no podia hablar de la bondad del Creador sin lágrimas. Se vio forzado a aceptar una silla de canônigo en la iglesia colegiada de Santa Maria in Cosmedine, y durante la salmodia parecia caer en éxtasis. Fué cumplidor muy exacto en todas las sagradas ceremonias, preocupado de la belleza de la casa de Dios, y contribuyô espontâneamente con sus medios personales a tal objeto. Inculco en los demás su propio amor hacia la madre de Dios y promoviô el culto de la Virgen en su propia iglesia, en la que instituyô un

sermon diario en su honor, ademâs de su oficio. Traté de imbuirse del espiritu de Felipe Neri, y, si bien fué devoto de todos los moradores del cielo, alento el culto hacia los principes de los apôstoles; fué constante en la oraciôn y en las buenas obras y rico en dones de gracia. Finalmente, en el hospital llamado de la Santisima Trinidad, al que se habia acogido para vivir entre sacerdotes, quebrantado por sus tareas, alcancé el término de su vida, y cuando recibí los sacramentos de la Iglesia exhorté otra vez a las obras de caridad y al cuidado de los pobres, y murié en el beso del Seûor el 23 de mayo del ano de Cristo de 1764, a los setenta y un anos de su edad>> (cf José A. Dunney, *Historia de la Iglesia a la luz de los Santos*, ed. Peuser [Buenos Aires] : *San Juan Bautista di Rossi y el siglo décimooctavo*, p. 317-318).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SERIE II: SOBRE LA EPISTOLA

Ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios

- I. *«Es precisa que los hombres vean en nosotros ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios* (epistola del dia). Abruma exporter un tema sobre la grandeza y dignidad dei sacerdote, cuando estamos Uenos de defectos. Mas cerrad los ojos a estas ultimos y fijaos solamente en lo que el sacerdote debe ser para el mundo: «Ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios*.*
- II. *El sacerdote, ministro de Cristo.*
 - A. La misiôn de Cristo fué «consagrar el mundo a Dios», segûn la profunda expresiôn de la calenda de Navidad. «Dios se hizo hombre para convertir a los hombres en Dios» (cf. San Agustîn, *Serm.* 166: PL 38,909).
 - B. Cristo subiô a los cielos y dejô como continuadores de esta obra a unos hombres que le representaran auténticamente, los sacerdotes. Esto quiere decir ministro de Cristo. El que hace sus veces, el que le representa. Ministro de Cristo significa «otro Cristo».
 - a) *En el altar, en el conjesonario, en el pulpito, el sacerdote es otro Cristo.*
 - b) *En medio del mundo, en sus relaciones con los hombres, en sus aspectos humanos, ha de ser también otro Cristo. Tiene razôn el mundo al cxigir mucho dei sacerdote. Ha de ser transparencia de la virtud y santidad de Jesucristo. «Christi bonus odor» (2 Cor. 2.15).*

- c) *Es, sobre todo, otro Cristo en su aima. El alma del sacerdote ha recibido una especial consagración, participación de la que la naturaleza humana de Cristo recibió al ser unida hipostáticamente al Verbo. Por eso, mejor que «otro Cristo», podría decirse que es «Cristo». No hay distinción en el sacerdocio. Existe uno solo, el de Cristo, continuado por los siglos en los sacerdotes.*

III. *El sacerdote, dispensador de los misterios de Dios* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 472, b).

El sacerdote, como Pablo, ha recibido la gracia de comunicar a todos los hombres el gran sacramento o «misterio escondido» en Dios (Coh 1,26). La encarnación dei Verbo y la incorporación de los hombres a Cristo. En ese gran misterio se encierran otros muchos que van directamente encaminados a conseguir la participación de Dios en Cristo.

B. De todos ellos es dispensador el sacerdote:

- a) *Dispensador de la palabra de Dios. La palabra es espíritu y vida. La palabra a veces reprende, a veces corrige, a veces consuela, a veces enseña, pero siempre une las aimas con Dios y proyecta luz sobre la vida humana y sus problèmes.*
- b. *Dispensador dei alimento de Dios. El lo hace en nombre de Cristo. El lo guarda. El lo reparte.*
- c) *Dispensador del perdón de Dios. El sacerdote no es en el confesonario más que el representante de la misericordia y del perdón de Dios. Como Cristo, busca y espera a los pecadores para abrirles las puertas del cielo y concederles la paz de sus aimas.*
- d) *Dispensador de la vida de Dios. En sus manos están los sacramentos, fuentes que comunican la vida de Dios a los hombres.*

IV. *Veueración y respeto al sacerdote.*

- A. San Francisco de Asís besaba el lugar por donde pasaba un sacerdote. El nunca quiso serlo, porque lo reputaba excesiva grandeza.
- B. ¿Hay sacerdotes poco dignos? Alguno, sí. Muy pocos, gracias a Dios. Mas no por ello se puede desprestigiar a los sacerdotes. Se murmura de ellos con tanta frecuencia como poco fundamento. Si alguno no es digno, se debe a que no son como Cristo los quiere y la Iglesia lo manda. Pero eso mismo resalta más la grandeza del sacerdocio. Defendedlo siempre y respetadlo. Dar a los sacerdotes señales públicas de respeto es una loable costumbre, que, por desgracia, se va perdiendo. Significación dei osculo en la mano dei sacerdote.
- C. Finalmente, hay que recomendar la oración por el sacerdote. Es muy importante infundir en el pue-

bio la costumbre de pedir por los sacerdotes, especialmente por aquellos que Dios ha puesto al frente de la parroquia. Pedir para que sean siempre dignos de su misión, de suerte que veamos en ellos al «ministro de Cristo» y «dispensador de los misterios divinos».

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

La Providenda

Que es la Providenda?

- A. El evangelio de hoy, con sus trazos históricos, nos presenta la providencia de Dios en el gobierno de las naciones.
 - A. El concilio Vaticano la ha definido exactamente.
 - C. Fundamento: «Todo lo que ha creado». El fundamento de la Providencia es la creación.
 - a) *Dios no se despreocupa de sus obras (deistas). Ni mucho menos cuando éstas tienen inteligencia y alma. El que puso a los padres la obligation de cuidar sus hijos, no abandona a sus criaturas.*
 - b) *Las criaturas, por cuanto que retibieron el ser de Dios, continúan necesitando de su apoyo para existir y obrar. Son el motor que necesita acumular continuamente la energía eléctrica que lo haga funcionar.*
 - D. Esencia.
 - a) *Sostiene y gobierna «.tuetur atqû'e gubernat». «Pero tu providencia, Padre, la gobierna» (Sap. 14,3).*
 - 1. En el ser y en el obrar.
 - 2. Todo es de Dios.
 - b) *Dirigiendo todo «desde un fin a otro».*
 - 1. Desde las acciones humanas más insignificantes hasta las vidas de los grandes imperios;
 - 2. consiguiendo sus fines aun por medio de las voluntaries torcidas de los hombres.
 - 1.' *El odio de Judas, medio para la rcdenclôn.*
 - 2.' *La usurpaclôn de los Estados pontificios ha librado al Papa de las cuestiones sociales y políticas, dándole una gran independcncia cspiritual.*
 - c) *Suave y juertemente. Sin quebrar la libertad del hombre y sin que éste se dé cuenta.*
- El medio, pues todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos (Hebr. 4,13).

- a) *Su ciencia y poaer infinitos.*
 - b) *Conoce hasta los secretos de la voluntad humana y el medio de dirigirlo.*
 - c) *Puede gobernar cuanto pudo crear.*
- II. *La Providenda en la Sagrada Escritura.*
 - A. La historia entera del pueblo judio.
 - B. Tobias y su historia. Permissiôn del endurecimien- to de Faraôn.
 - C. El decreto de Asuero contra los judios: «se echô el *pur*, es decir, la suerte».
- III. *Consecuencias. Navego en un barco cuyo timonel es mi padre: Dios.*
 - A. Confianza.
 - B. Aceptaciôn.
 - C. Docilidad.

La historia alrededor de Cristo

- L *Jesucristo, en el centro de los tiempos.*
 - A. El evangelio de hoy comienza con los datos histô- ricos necesarios para situar la época del naci- miento del Salvador.
 - B. En él aparece ademâs clara la idea de que Jesûs naciô en el «centro de los tiempos» y previa una cuidadosa preparaciôn providencial de la historia.
 - a) *En efecto, la Providenda la ha hecho girar a toda ella en torno a Jesûs.*
 - b) *Es lógico que asi sea.*
 - 1. La Providencia consiste en el gobierno divino de las ccsas con relaciôn a su fin ûltimo, la salvaciôn de los hombres y la gloria de Dios.
 - 2. Siendo Cristo la fuente principal de esa salvaciôn y de esa gloria, es lógico que haya sido también el eje de la Providencia.
- II. *El ejemplo del pueblo romano. Para darse cuenta basta sôlo con considérer la historia del pueblo roma- no, cuyas autoridades se enumeran hoy en el evangelio.*
 - A. Roma nace, crece, conqulsta al mundo.
 - B. Julio César construye las fronteras dei Imperio y lo déjà firme.
 - C. Augusto trae la paz al universo y con ella la unl- dad de gobierno, de comunlcaciones, en gran par- te de lengua. En este momento «toto orbe in pa- ce composito» nace Cristo (Martirologio, dia de

Navidad) y sus predcadores encuentran el camino sin las barreras del nacionalismo, etc.

D. Robustecido el cristianismo con la persecuciôn, llega a convertir el Imperio. La cruz remata sus estandartes.

E. El Imperio romano llega a ser un obstâculo. Al otro lado de sus fronteras estân los bârbaros.

a) *En ese momento el Imperio se desmorona ante gentes a medio civilizar. Invasiôn de los bârbaros.*

b) *Pero lo que al mismo San Agustin pareciô catâstrofe increible y a muchos seûal del fin dei mundo, sirviô para que los bârbaros se convirtieran. San Remigio manda a Clodoveo que adore lo que incendio. Mientras San Isidoro se olvida ya dei Imperio romano, Recaredo se convierte.*

ni. *La interpretaciôn providencialista de la historia (cf. p. 403, III).*

A. Hasta que en el dia del juicio lo recapitule todo, ôcuântos hechos y épocas de la historia girarân en torno suyo?

B. Lo que a veces nos parece una desgracia inmensa es designio de la providencia de Dios, que incluso de los males hace bienes.

La vocaciôn de Espana

I. *La patria espanola y sus características.*

A. *Espafia es una patria.*

a) *Estado y patria. Espana no es solo un Estado, es una patria. Elemento e~encial de la patria es tener una tradiçiôn y una experiencia. Hijos de la patria son los que participan de la vocaciôn nacional. es decir, de la tradiçiôn y de la experiencia patriôticas.*

b) *Ciudadania y patriotisme. Con el Estate nos liga la virtud de la ciudadania; con la patria, la virtud del patriotismo. La ciudadania es un vinculo propriamente juridico. El patriotismo es un vinculo moral y cad religioso.*

c) *Patriotismo y piedad. Santo Tomâs coloca el patriotismo dentro de la virtud d° la piedad, «que es el culto que debemos a aquellos de quienes redbi^os ni s'^. R^cilrmos cl sor de Dio*. v'rtwl de la religion; de los padres, virtud de la piedad filial; de la patria, patriotismo (cf. Sum. Theol., 2-2, q. 80, 1 c: q. 101. 1 2 ad 3 y 3 c).*

B. *Con características acusadas.*

a) *Vocaciôn national definidp || fi°lmentc servida. Se-ra dificiû encontrar un pueblo que haya tenido una*

vocación national mas dejinitia y que con mayor fidelidad la haya servido. La vocación de España quedô definida en frases lapidarias por Menéndez Pelayo en el epilogo de la Historia de los heterodoxos espanoles (cf. p. 404,IV).

- b) *El motor de España es la religion. Una religion expansiva. España es, por tradition, una nation civilizadora, evangelizadora, misionera. Caracteristicas dei sentimiento religioso en España son:*

La universalidad.

La solidez doctrinal.

La adhesion al Pontificado.

Y, contra lo que muchos creen, el sentido practice y de organización.

1. *Por eso nuestros grandes teólogos, más quç en la zona metafisica, se sitúan en la zona juridica y moral.*
 2. *Nuestra gran teologia se caracteriza por sus derivacicns para la aplicación a todas las ramas del derecho publico y privado.*
 3. *Hasta en el orden social, incluso en el orden mismo econômico, hay una initiation en nuestro Siglo de oro que deriva del campo de la teologia, y que, por desgracia para España y para el mundo, quedd trunca-da.*
- c) *España, organizadora. España tiene un gran sentido organizador social.*
1. *Santo Domingo es llamado, con razón, el primer ministro de Obras Públicas de Europa.*
 2. *San Ignacio es considerado como el primer genio organizador de la humanidad.*
 3. *No son figuras aisladas. En América se cuentan por docenas los talentos y a veces los genios fundadores y organizadores.*

II. *Caida y resurgimiento de España.*

A. *Caida vertical.*

- a) *Por agotamiento. La caida vertical de España, que se consuma en la segunda mitad dei siglo XVII, podriamos llamarla «biologica». Es una caiaa de agotamiento por el desgaste en mil empresas durante el siglo XVI y la primera parte del XVII.*
- b) *De carácter general. La caida alcanzô a todos los órdenes de la vida nacional y llegô a taies limites, que algunos émulo nuestros dieron a España por muerta.*

B. *Renacimiento biologico y desorden politico.*

- a) *La savia vital comenzô a subir por el nuevo tronco, a juicio de algunos—Valera—, a comienzos del siglo XVIII. Y la constante de la ascension no se pierde hasta nuestros dias. La poblaciôn. en efecto. va en aumento desde comienzos del XVIII hasta hoy.*
- b) *Nos referimos al crecimiento «biologico». El desorden de nuestra politica, las guerras exteriores, las guerras civiles, las revolutiones, etc., son todos fenómenos de superficie comparables con un aumento vital de la nation.*

C. La España de 1950.

- a) *Energia vital credente. La energia vital de España sigue credendo, aunque estamos todavía a distancia en algunos aspectos de otros grandes naciones.*
- b) *Conciencia clara de su pasado y orientación definida de su porvenir. Sintoma cierto de la madurez que va adquiriendo el espíritu nacional es la conciencia cada día más clara que tiene España de su pasado y la orientación definida de su porvenir en la vida de las naciones. Portugal, América, contacto con el mundo árabe. Esta orientación nacional ha encontrado una interpretación afortunada en los últimos años.*

III. El deber de España.

A. El mundo occidental y la-lucha contra el comunismo. El mundo llamado occidental, incluyendo América, está en guerra con una gran potencia oriental. La guerra es doble: material y espiritual. Para organizar la defensa y la posible guerra material, Dios ha suscitado una gran potencia en América. Las demás naciones cooperan o colaboran con ella. Pero destruida la potencia material de Oriente, con guerra o sin guerra, queda siempre en pie la lucha espiritual contra la civilización cristiana. Esta lucha se intensificará y encontrará extraordinariamente una vez que el Oriente sea desarmado en el orden militar. Hoy el comunismo occidental está contenido por la virtud del nacionalismo o patriotismo.

B. España, potencial espiritual

- a) *El mundo de había español, bloque espiritual contra el comunismo. Así como hay una potencia material para luchar en el campo de las armas, así, a nuestro juicio, hay una potencia espiritual en el mundo que puede encarnar la defensa en el orden social de la civilización cristiana. Tal potencia es España. España lo siente y comienza a prepararse para su alta misión. Y cuando hablamos de España pensámes en un segundo lugar muy inmediato en todos los pueblos de había española. He aquí la misión urgente del momento: organizar en el campo social todas las fuerzas de había española para oponer un bloque espiritual a la doctrina comunista.*
- b) *Acción positiva. Mas nuestra actuación no ha de ser sólo 'negativa, de oposición al comunismo. Ha de ser positiva, de difusión del Evangelio.*

El Evangelio social predicado por los Papas ha de ser nuestra bandera común. A nosotros nos toca poner los fundamentos de la nueva civilización cristiana.

Esa campaña pide no solamente ideas claras y voluntades enérgicas, sino corazones amplios y generosos. No podemos oponer odio a odio, sin amor a odio.

Nuestra campaña ha de ser positiva en lo in-

telectual como en lo afectivo. Verdad y caridad es la divisa de nuestra bandera.

- c) *Mística a mística. Se ha dicho con razão que el comunismo tiene una seudomística* (cf. Pio XI, «Divini Redemptoris», 8 : Col. Enc., p. 600). *A esa seudomística hay que oponer una mística auténtica.*
1. Hombres de fe. España necesita para su nueva cruzada de hombres de fe. de hombres abnegados, verdaderos santos. Necesitamos gente de oración. Necesitamos de aïmas movidas por el Espíritu Santo.
 2. España al servicio de la civilización y de la Iglesia. España, que, afortunadamente, conserva su unidad espiritual, fiel a su tradición, modernizada en sus ideas y en sus métodos, restaurada en su grande espíritu universal, está llamada a prestar un servicio incomparable a la civilización y a la Iglesia.

La historicidad del Evangelio

- I. *El Evangelio, obra rigurosamente histórica.*
 - A. Planteamiento del tema alrededor del evangelio de hoy. El evangelio de hoy, con su enumeración detallada de las autoridades contemporáneas al nacimiento del Señor, reviste todo el carácter de una obra histórica y nos lleva como de la mano a tratar de la historicidad de los Evangelios. Siendo la materia tan larga, nos limitaremos a ver los intentos vanos del adversario.
 - B. Los contradictores de la historicidad evangélica se contradicen y refutan unos a otros. Una breve exposición nos demostrará cómo todo contradictor de la historicidad evangélica ha tenido como enemigo que destruyó su obra a su discípulo inmediato. La historia de los heterodoxos es la de una continua retirada estratégica.
- II. *Ojeada de conjunto sobre los ataques contra el valor histórico del Evangelio.*
 - A. Voltaire y los enciclopedistas.
 - a) *Los evangelistas, «falsarios».*
 1. Se inicia la apostasia total. Olvidados los primeros ataques de paganos y judíos, el mundo cristiano admitió siempre reverentemente los Santos Evangelios, hasta que, en el siglo xviii, se inició la apostasia total con Voltaire y sus enciclopedistas, que, blasfematoriamente, afirman que Cristo y los apóstoles fueron unos falsarios.

que engañaron al mundo y que han de ser borrados de la memoria de los hombres.

2. Pero los evangelistas están ahí. Ante el Intento de Voltaire se levantan como monumento histórico los cuatro Evangelios, que nos hablan de Cristo y prueban su divinidad. Para derribar a Cristo hay que empezar por derribarlos a ellos.

- b) *Nadie sostiene una mentira hasta morir por defensores. La blasfemia no pudo ser mantenida. Era demasiado absurda, y para destruirla no había sino recordar la sangre derramada por los mismos calumniados.*

B. La escuela naturalista de Paulus.

- a) *Paulus frente a Voltaire. Los apóstolos no fueron unos falsarios. Paulus lo reconoce (1312).*
- b) *Pero busca otra explicación, también heterodoxa. Los discípulos de Jesucristo, simples ignorantes, interpretaron como milagros hechos que tenían una explicación natural y sencilla. ¿Por qué hablar de muertos resucitados, cuando podemos creer que se trataba de colapsos y desaparecidos?*

C. Strauss.

- a) *Strauss (1825) frente a Paulus. No hay quien razonablemente pueda suponer tal necedad en los apóstoles y los lectores del Evangelio.*
- b) *La «leyenda» de Jesucristo.*
 1. La solución tiene que ser más sencilla. Cristo fue un hombre normal, santo en su vida, como lo fueron los suyos. Pero la leyenda popular idealizó su figura hasta convertirla en mito. El Cristo evangélico no se parece en nada al Cristo real.
 2. Y aquí comienza la segunda etapa de rectificaciones continuas. Según Strauss, esa leyenda ha necesitado por lo menos un siglo para forjarse y, por lo tanto, los Evangelios, que creíamos escritos por testigos oculares, no pudieron aparecer hasta el año 150.

D. Baur y Renán rectifican a Strauss.

- a) *Pero la historia no siempre se deja manejar, ni permite jugar con las fechas. Baur (1847) tendrá que admitir que alguna parte de los escritos es anterior y que su estado actual se remonta al 130.*
- b) *Los documentos acorralan a Renán. Renán (1877), hombre funesto por su estilo fácil, frecuente burlador de la verdad, se siente acorralado por los documentos que van apareciendo. ¡Qué más quisiera que poder sostener las fechas de Strauss en su «Vida de Jesús»! Pero no hay duda posible, y Renán tiene que admitir que los cristianos leían los Santos Evangelios a finales del siglo I. Fueron escritos, según él, hacia el año 76.*

E. Harnack y Loisy corrigen a Renán. Tampoco hay que recurrir a la Iglesia para forzar a Renán en este punto. Nos basta con invocar a Harnack, protestante y agnóstico alemán, y al desdichado

apostata francos Loisy. En el año 76 eran los Evangellos conocidos en toda la ribera oriental del Mediterráneo, por lo que hay que admitir que fueron escritos hacia el 70. Harnack, obligado por la Historia, señala, por fin, unas fechas: del 30 al 70. Estamos ya en el campo católico. El error ha terminado. por ceder a la verdad.

Couchaud niega la existencia de Jesucristo.

- a) *Una «legenda» formada a través de varios siglos. Las fechas indicadas ponían a los racionalistas entre la espada y la pared. Pero los caminos del error son muchos. Puesto que en el año 60 los Evangelios estaban ya escritos y no había medio de alterar esta fecha, quedaba la posibilidad de borrar la primera. Un médico francés. Couchaud, hace aproximadamente unos veinte años, sostuvo que Cristo no existió. La «leyenda» se formó, según él, a lo largo de varios siglos y los evangelistas se limitaron a recogerla adobada por las opiniones contemporáneas.*
- b) *Lo malo era que las doctrinas anteriores no habían dejado lugar a duda sobre la existencia real de Jesucristo.*

III. *La actitud de los católicos ante el problema.*

- A. Para contestar a Voltaire basta con remitirle a Paulus; y a éste recomendarle a Strauss; y a Strauss y Baur, aconsejarles que lean a Renan: y a Renan, que oiga las lecciones de Harnack, mientras éste pregunta a Couchaud y Couchaud escucha a todos los anteriores.
- B. En cuanto a nosotros nos basta con creer en el mensaje del Espíritu Santo, que nos narra la vida del Verbo encarnado, y señalar con el dedo, en el comienzo del Evangelio de San Juan (1,5), el verso que dice: *La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron*

Dignidad y obligaciones del sacerdote

- I. *El sacerdocio en la epístola y en el evangelio de hoy. La epístola, al describir a los «ministros y dispensadores», y el evangelio, presentándonos al Precursor, nos inclinan a tocar algunos puntos sobre la dignidad y obligaciones del sacerdote. La dignidad de éste, como la de Juan o Pablo, son tan excelsas que exigen un cuidado especial para no ensoberbecerse y con-*

servarse nierecedores de ella (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 472,b).

II. *Dignidad del sacerdocio.*

A. El sacerdote es ministro. !

B. La dignidad dei ministro depende: *

- a) *De la de su jefe, en cuyo nombre obra. El sacerdote es ministro de Cristo.*
- b) *De los bienes que administra.*

1. Los sacramentos.

- 1.° *Bautismo, superior al de Juan.*
- 2.° *renitenda. aiQuiên puede perdonar los pecados mâs que Dios?»*
- 3.° *!Eucaristia!...*

2. La predicaciôn. Como Juan, es voz de Dios, cuyo pensamiento transmite.

- c) *De su mayor o menor proximiidad al jefe. El sacerdote esta tan prôximo a Cristo como causa instrumental...* (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 472,b).

III. *Obligaciones inhérentes al sacerdocio.*

A. Humildad en la dignidad. Grave dano séria para el sacerdote crcerse algo mâs que ministro y actuar en nombre propio, como lo indica a veces tanta banderia y afecto personal existente entre nosotros (cf. *ibid.* p. 471,2). Para evitarlo pensemos en que:

- a) *No tenemos nada propio. En el orden sobrenatural, y específicamente en el ministerial, todo es de Cristo.*
- b) *Somos pecadores. Aun el sacerdote mâs santo lleva sus pies por el suelo* (cf. San Agustín, p. 493,3.°).

B. Medio para que los hombres lleguen a Dios. San Juan es un buen modelo. Santo Tomâs dice de él que, sirviéndonos siempre de lo sensible para subir a lo espiritual, Dios utilizô la persona de Juan para que los hombres llegaran a él. Tal debe ser el sacerdote: una escala para que los hombres asciendan por él a Dios. Cuidese, por tanto, de adornarse solo con lo que puede Hegar a Dios. E imite de Juan:

- a) *La Jidelidad a su vocaciôn, no torcida por los aplausos ni por la muerte.*
- b) *La larga preparation.*
- c» *La austeridad* (cf. San Juan Crisôst., p. 481,b).
 - 1. Las criaturas enturbian la presencia de Dios en el aima (cf. San Juan de la Cruz, p. 515,A).
 - 2. Las riquezas, lujos, abundancia en comidas, son lastres que impiden volar a lo alto (cf. San Juan Crisôstomo, p. 482,B) y enfrian la caridad.
 - 3. Dios les pedirâ cuenta de los talentos que enterraron entré la basura.

- d) *S^{nr-J02' K} de ^{isl} y todo en nosotros hable de Cristo* (cf. Santo Tomas de Villanueva, p. 512ss).
- C. Celo por la elevada dignidad del propio oficio. No la rebajemos. Aun sin llegar a la simonía el que-trabaja, predica, etc., sólo por dinero, se parece a Judas y cobra por la obra del Espíritu Santo. Los oficios seculares.
- IV. *Exhortación. ¿Te rodean muchos peligros? Pues vuelte la alto para librarte de los lazos* (cf. San Agustín, p. 497c). *Crucifica el mundo con la austeridad y la oración.*

La austeridad

- I. *La austeridad de San Juan. La figura de San Juan, austera sobre todo, contrasta violentamente con nuestra época, pero precisamente por ello es más necesaria su evocación, porque la verdad y el remedio están en San Juan y no en nuestras costumbres* (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 476,c, y San Juan Crisóst., p. 481,b).
- II. *Falta de austeridad en las costumbres de hoy.*
- A. Lujo superior a la capacidad económica de cada uno. Hoy vivimos todos para el lujo, para un lujo que generalmente supera nuestra capacidad económica. El del rico es muchas veces insultante, pero el nivel de vida de algunos pobres y de la clase media suele exceder la norma prudente. Todos aspiramos a más comodidades, a más diversiones y más lujos de los que nos pertenecen. El deseo de ir más allá del límite debido constituye la ruina de muchas honras y de muchas casas.
- B. El amor de las delicias. El amor de las delicias, como han solido llamar los Santos Padres a esta pasión, es sumamente pernicioso para el alma.
- a) *Principios.*
1. El hombre no puede poner todo su interés en dos ideales, y el Ideal de las «delicias» llevará a embotar cualquier otra capacidad, lastrando su alma con un peso que le impedirá navegar libremente (cf. San Juan Crisóst., p. 482.B). por eso todo aquello que entra por los sentidos nos mueve con mucho mayor empuje, sin que exista otro medio de defensa que el aislarse (cf. Bossuet, p. 525.ak)
 2. Dios y el afecto a las criaturas son incompatibles. Para arrepentirse hay que separarse de ellas; pa-

ra santificarse se requière una separaciôn progresivamente mayor (cf. San Juan de la Cruz, p. 515,A).

b) *Consecucncias. De eilo se deriva:*

1. Que las riquezas suelen engendrar soberbios.
2. Las diversiones, la sensualidad.
3. Y todo ello la tibieza y disipaciôn religiosa.
4. Sintesis y triste final: los lujos y riquezas, dividiendo los hombres entre si, terminan por arruinar el alma del mismo que los goza, Y al final, cuando todo desaparezca como escena de teatro. Dios nos pedirâ cuenta de los talentos que nos diera, y entonces caeremos en la cuenta de que nos habia creado para otra cosa (cf. San Juan Crisôst., p. 488,d).

III. *El remedio: Imitemos a San Juan.*

- A. Austeridad y desprendimiento. ¿Queréis arrepentiros y dejar el pecado? ¿Queréis adelantar verdaderamente en la perfecciôn? (cf. Bossuet., p. 527c). Pues imitad a Juan en su austeridad y desprendimiento.
- B. Formemos un desierto interior de recogimiento. No es tan duro lo que se nos propone, pues no se habia de que os inarchéis al desierto. sino de que os fabriquéis dentro de vosotros mismos un pequeño desierto de recogimiento para pensât (cf. Bossuet, p. 527,c).
- C. El que tenga dos tunicas... Desprendeos por lo menos del afecto al lujo.. y para eso escuchad a Juan: el que tenga dos tûnicas. que dé una. Ejercitaos en la limosna. En ella iréis encontrando el remedio a todos esos peligros de las «delicias».
- D. Aunque hayamos de renunciar a alguna de nuestras comodidades. Y si tenéis que renunciar a alguna de vuestras comodidades, examinaos sinceramente y pensad si en realidad no os podéis pasar sin ellas. Asi cuando llegue el Senor con el biello, os placerâ haber renunciado a una parte.

IV. *Exhortaciôn final. Viene ya la Navidad, y Dios quiere ser recibido en tu casa. A buen seguro que, si lo piensas, deseards aderezarla tal y como a él le gusta. Reduce, pues, un poco tus aficiones al lujo, porque no son las suyas (cf. San Cesâreo de Arles, p. 500. A). Dios te ha creado para El. Vuela alto, y desde allé arriba perds qué misérables te parecen todas las cosas de la tierra (cf. San Juan Crisôst., p. 484,c).*

El pecado, mal de Dios y del hombre

El pecado, supremo mal. Errados suelen andar los juicios de los hombres al valorar el pecado. Cuando Israel estaba en el punto más alto de su expectation messianica y los unos esperaban un nuevo relumbrar de las ceremonias del templo y los otros el triunfo de las armas de Israel, apareció Juan, y lo unico que predicó fué la penitencia de los pecados. Viviendo cada uno en medio de tanta falta (cf. San Agustín, p. 490, A ss) y en medio de los actuales conflictos del universo, ¿hay quien piensa que el supremo mal es el pecado? Y, sin embargo, lo es, porque es el mal de Dios y el mal mayor del hombre. El mal de Dios, porque niega sus atributos; el mal del hombre, porque destruye su felicidad.

II. El pecado, mal de Dios. Consecuencias.

El pecado es mal de Dios. porque:

- a) *Niega su bondad no correspondiendo íntegramente a su amor.*
- b) *Niega su omnipotencia, puesto que el hombre desprecia las leyes de Dios, como si no tuviera derecho a darlas, repitiendo el non serviam de Satanás.*
- c) *Niega su justicia, como si le importaran poco sus castigos.*

Odio de Dios al pecado. Consecuencia de lo dicho es el odio de Dios al pecado. Para medirlo, lo mejor es atender a lo duro del brazo que descargó sobre su Hijo amado sólo porque salió responsable de los nuestros; o a los castigos que descarga sobre los hombres que son objeto de su amor.

III. El pecado, mal del hombre, porque:

A. Lo separa de Dios.

- a) *Dios es la luz, y el pecado las tinieblas, y así cuando vino a este mundo, los que vivían en ellas no le recibieron (cf. San Agustín, p. 491,1).*
- b) *Dios es el amor, y a Él nos unimos por medio del amor. El pecado rompe esa unión que Dios quería gozar con nosotros, con lo que perdemos el supremo bien.*
- c) *El pecado acaba con la inhabilitación de Dios dentro del alma, y el que, siendo omnipresente, se contemplaba en vivir dentro de nosotros, ha de renunciar a ello, dejándonos vacíos de Él (cf. San Agustín, p. 491,2).*

- B. Constltuye al hombre en la situaciôn del rebelde Impotente, cuyas armas se revuelven contra el mismo.
 - C. Le convierte de amigo de Dios en siervo del demonio y de sus propios pecados, que serân castigo unos de otros.
- IV. *Exhortaciôn -final. Cristo viene, en Navidad, espiritualmente; y, el dia de la muerte, como juez. No penséis que estâ lejos y os confiéis. No embotéis vuestra conciencia viendo el mal ejemplo general (cf. San Agustín, p. 497,c). Cristo juez se presentara de improviso, y jay del que no haya hecho penitencia y borrado su pecado!*

La predicaciôn de la penitencia

- I. *Profetas y predicadores en la hora de angustia. La historia del mundo esta jalonada de catâstrofes que han costado la vida y lanzado a la miseria a millones de sus hijos. En esos momentos de angustia humana, Dios ha enviado muchas veces a sus mensajeros para aportar la soluciôn de los problemas. Son los profetas y predicadores.*
- II. *La sencilla soluciôn de la penitencia. Cualquiera hubiera creido que el cielo propondria soluciones inesperadas. En realidad, han sido siempre muy sencillas. Tanto que quizâs le ha ocurrido al mundo lo que al general sirio cuando Eliseo le mandô banarse en el Jordán, que las despreciô por simples (4 Reg. 5,11). La soluciôn indicada para esos momentos de angustia fué siempre la penitencia.*
- III. *Ejemplos abîindantes. La abundanda de ejemplos hace dificil la selecciôn.*
 - A. Pocas catâstrofes mayores que la deportaciôn judia a Babilonia. Oentenares de miles de muertos por el camino, la vida en el destierro, las ciudades abandonadas. Pues bien, cuando Israel, situado entre dos grandes imperios, no sabla qué medidas politicas tomar para llbrarse de la ruina, Dios suscité a dos profetas, Lsaías y Jeremias, cuyo único tema fué: «Convertlos al Señor, haced penitencia y trocad vuestros caminos» (cf. p. 464 f).

Llegô la hora de la desgracia, y, cuando gemlan cautlvos, otros dos profetas, Ezequiel y Daniel, vlnleron a proponer el medio para acelerar el final de la deportaciôn (cf. p. 464-465). No fué la rebel-dia ni la politica. Era la penitencia. El pueblo ju-dio la hlzo, y Dios levanto en una tierra lejana a Ciro, que, derrocando el poder caldeo, restituyô la llbertad a los oprimldos.

C. Jonâs es otro ejemplo (cf. p. 465).

IV. *LOS grandes predicadores.*

A. El caso de San Vicente Ferrer. El mismo Espiritu ha movido a los grandes predicadores. A finales dei siglo xvi, las pestes que destrozan Europa no son mâs que el signo de la gran peste de la here-jia y de las guerras que han de estallar muy pron-to. Jesûs se aparece a un gran futuro predicador, Vicente Ferrer, y, curândolo milagrosamente, le dice: «Levântate y ve a predicar; lucha contra el pecado. convierte a los pecadores y anuncia el dia del juicio» (cf. sec. 7.a, I, p. 548).

B. En la época moderna. Los grandes predicadores del cristianismo han sido predicadores de penitencia, y sus grandes éxitos han conslstido en llevar a ella masas de fieles (cf. sec. 7.a, V, p. 522). El Beato fray Diego de Câdiz no hizo otra cosa en An-dalucla.

C. Dios envia los azotes de la humanidad. La razôn es harto fâcil. La historia es obra de la Providen-da. Y cuando los azotes de la humanidad son en la extension universales y en el tiempo constantes, enfonces, al llevar la marca divina de la infinidad y eternidad, demuestran ciaramente que los envia Dios. Asi lo demuestra la historia de Israel.

La ira divina se aplaca por la penitencia. Ahora bien, Dios se aplaca sôlo por la penitencia. Por lo tanto, cuando los hombres del siglo buscan solu-ciones, El senala la suya: «Converties».

La hora presente de nuestro mundo. Se hace cada vez mâs dificil la hora presente de nuestro mundo. èSerâ preciso comentarlo? Nos rodean angustias y temores por todas partes. ôCuâl es la soluciôn? Dios no ha querido enviar predicadores, por creer que resultarian ineflcaces. Tampoco ha querido en-viar a su Hijo, porque no entra en sus planes que replta su venida. Pero, en camblo, ha envlado a la Madre.

- V. *Lourdes y Fátima, las dos misiones de Maria.*
- A. Cuando el laicismo está dando sus frutos y preparando la gran catástrofe de este siglo, Maria Santísima viene a Lourdes a pedir que recemos por la conversión de los pecadores. Es la predicación preventiva.
 - B. La humanidad no obedeció más que en parte muy escasa. Y restalló el látigo divino una y otra vez: la guerra de 1914; el comunismo y la lucha interior de las clases; la última conflagración... Maria repite su mensaje apremiante en Fátima: «Haced penitencia»^{^*}.
- VI. *Un programa actual: penitencia. ¿Qué hemos de hacer? En esta hora sombría que nadie sienta diluida su responsabilidad con la del mundo entero. Todos hemos de practicar la penitencia, y si no comienzan a ejercitarla los más allegados, ¿por dónde van a iniciarse los frutos de la predicación de Maria? ¿Quién sabe si Dios se compadecerá de los hombres si encuentra siquiera cincuenta justos penitentes! ¿Y por qué no has de ser tú uno de ellos?...*

10

Penitencia y Jesucristo

- I. *La penitencia y Jesucristo en la predicación:*
- A. Del Bautista.
 - a) El evangelio nos presenta hoy la figura del Bautista «predicando el bautismo de penitencia» (Lc. 3,3). Si examinamos toda la predicación del Precursor, veremos que uno de sus puntos centrales (cf. La Fuente, p. 524,D) es la penitencia. «Haced dignos frutos de penitencia» (Lc. 3,8).
 - b) Juan no predica penitencia solamente. Junto a ella, como tema también central, aparece Jesucristo: «Porque el reino de los cielos está cerca» (Mt. 3,2). Reino de los cielos, que aquí significa la nueva alianza de Dios con los hombres, el reino de Cristo en la tierra, esto es, Jesucristo, de quien era precursor y cuyos caminos preparaba (cf. p. 477, d, 1 y 2).
 - B. De los profetas. Juan sigue el estilo de los profetas, cuya predicación es sencilla, pero vigorosa. Replten frecuentemente dos ideas:
 - a) Penitencia. arrepentimiento de los pecados y austeridad, por una parte.
 - b) Por otra. perdón, misericordia, vida, penitencia y Dios (cf. p. 433 J y ss).

C. De los apôstoles (cf. p. 467 k).

- a) *El primer discurso de San Pedro, el dia de Pentecostes, es la penitencia y Jesucristo* (Act. 2,37-38).
- o) *San Pablo, a través de sus epistolas, repite frecuentemente la doble idea. El fermento viejo y la nueva levadura. el honnbre viejo y el nuevo...* (Rom. 6,6; Eph. 4J22; Col. 3,9; 1 Cor. 5,7-8).

II. *La penitencia liera a Jesucristo, y Jesucristo a la penitencia.*

A. En la vida cristiana hay un centro: Jesucristo, en el que desemboca la penitencia.

- a) *El ha de ser la razôn de nuestra actividad y aspiraciones: «Cristo lo es todo eii todos»* (Col. 3,14). *Toda la actual economia de la gracia converge hacia Cristo. Su misiôn no fuc otra que la de comunicar su vida a los hombres: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante»* (Io. 10,10).
- b) *Es imposible llenarse de esta vida y encontrar a Cristo sin la penitencia: «Si alguno quiere venir en pos de mi, niéguese a si mismo, tome cada dia su cruz y sigame»* (Le. 9,23).
 - 1. La penitencia en si no tiene atractivo ninguno. Es antinatural. No sería cuerdo predicar penitencia soiamente por el gusto de hacerla.
 - 2. Pero entrana un gran valor para obtener el perdôn de los pecados, que es imposible alcanzar sin ella (cf. San Juan Crisôst., p. 480, A,a). Po-sée, ademâs, un valor superior que inunda el aima: el desembocar en el amor de Jesucristo.

B. La figura de nuestro Redentor, su vida mortal en el mundo, su vida sacramental en el sagrario, arrastran hacia la penitencia.

- a) *El secreto de las grandes austeridades de los santos hay que buscarlo en su enamoramiento de Jesucristo. Desde el punto de vista natural y sobrenatural es esto évidente.*
- b) *Cuantos han escrito sobre la vida espiritual y cristiana, han colocado como ideal y como meta a Cristo, para comenzar por el arrepentimiento de los pecados. la guarda del corazôn, la purificaciôn de las afecciones, en una palabra, por la penitencia, para Uegar a la luz. a la vida, a Cristo. El Kempis, el libro de los «Eiercicios». de San Ignacio; la «Vida Devota». de San Francisco de Sales, son indicios claros de ello* (cf. San Agustîn, p. 491,1).
- c) *La experienda lo confirma, Muchas aimas que han temblado al oir predicar sobre la penitencia se han entregado a ella cuando les han hablado del amor Jp aauel que primrro les amô. Podrian atestiguarlo los directores de ejerdeios y misiones. Es un hecho reiteradamente comprobado, sin excepciôn, que cuando las a'πιας comienzan a conocer a Jesucristo, inmediatamente ansian la penitencia.*

III. *Aplicaciôn al Adviento y a la vida* (cf sec. 2a p. 470,1,A).

A. Jesucristo estâ ya cerea. La liturgia apremia es-

- tos días con la idea de la proximidad y preparación de la Navidad. Estad preparados para salir al encuentro del Señor... (cf. Santo Tomás de Villanueva, p.* 514,F, y Beato Avila, p. 520,A y 521.B). Para recibirle con fruto, para sentir su presencia, su consuelo, su gracia, es necesario empezar por la penitencia (cf. San Cesáreo de Arles, p. 500,A).
- B. Las almas que aspiran a vivir en unión con Jesucristo, las que le reciben todos los días, no pueden descuidar la penitencia. Caerían en la frialdad y rutina. Para comulgar bien y con fruto hay que estar en gracia de Dios. Para sacar de la comunión el máximo provecho es necesario acudir con espíritu y, a ser posible, en estado de sacrificio (cf. San Agustín, p. 493,1).

Penitencia corporal y exterior

- I. *El ejemplo del Bautista, el dogma del Cuerpo místico, del que Cristo es cabeza; la necesidad de satisfacer por nuestros pecados y de vencer nuestras inclinaciones, y su especial eficacia para obtener favores divinos, demuestran la necesidad de la penitencia exterior. El olvido de esta doctrina es, quizá, la causa de la tibieza de muchos cristianos.*
- A. Penitencia y santidad.
- El ejemplo del Bautista (cf. «Apuntes exeg.-moral.», p. 476,c). Juan es un hombre de penitencias exteriores. Vive en el desierto, viste con piel de camello y cilicio sobre sus lomos, su alimento es langosta y miel silvestre (Mt. 3,4; Mc. 1,6).*
 - Todos los santos, de una u otra forma, han practicado la penitencia exterior o aflicción corporal (cf. sec. 7.a, p. 552,v). Para algunos ha sido el camino especial por el que han llegado a la santidad (San Pablo el Ermitaño, San Antonio Abad, San Pedro Alcántara, etc.).*
- B. La penitencia exterior es necesaria a todo cristiano (cf. San Agustín, p. 492,b).
- No se trata aquí de las penitencias extraordinarias de los santos, que no deben practicarse sin especial inspiración del cielo y que nunca pueden ser objeto de una prédication general.*
 - Sino de que todo cristiano, por el mero hecho de serlo, debe practicar la mortification corporal.*
 - Es un error pensar que tan solo las personas espirituales, sacerdotes, religiosos, deben hacer tales*

penitencias (cf. *ibid.* p. 493,3.º). Ciertamente que éstos deben distinguirse en su práctica:

1. *Para huir de los peligros y adelantar con paso seguro en 'a perfección: tCastigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo àescalijado»* (1 Cor. 9.27).
2. *Para obtener fruto en su apostolado. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto»* (Jo. 12,33).

2. La gracia del bautismo es gracia de martirio. J «quotidie morior», de San Pablo (1 Cor. 15,31), ha de referirse también al cuerpo. Y esto es aplicable a todo cristiano, por el mero hecho de serlo.

C. Cuatro razones que los justifican:

- a) *Una, fundamental, de carácter objetivo y profundo: el dogma de nuestra incorporation a Cristo.*
 1. Mediante el bautismo entramos a formar parte del Cuerpo Místico, del que Cristo es cabeza y nosotros miembros vivos.
 2. El miembro debe participar de la condición de la cabeza. Si Cristo sufrió en la tierra una vida constante de sacrificio corporal, que culminó en la Pasión. el cristiano no debe ni puede huir del sufrimiento corporal.
- b) *Otros, de carácter subjetivo, alegadas por San Ignacio de Loyola en sus «Ejercicios»* (cf. «Obras completas»: BAC, p. 177):
 1. Como satisfacción de los pecados cometidos.
 2. Para vencerse a sí mismo, a fin de que la sensualidad obedezca a la razón, y la parte Inferior a la superior.
 - 1.º *Hay un aesequilibrio en el hombre por el pecado de Adán, desequilibrio que aumenta por los atractivos exteriores del mundo sobre la carne y las pasiones.*
 - 2.º *El modo de contrarrestarlo es la mortificación exterior.*
 3. Para obtener alguna gracia o don que especialmente se quiera obtener del cielo.

olvido de esta doctrina. Efectos y causas.

- a) *Los cristianos van olvidando esta doctrina y quizá haya que considerar aquí la causa del languidecimiento de muchos y de la esterilidad de obras y organizaciones.*
- b) *Quizá en parte seamos culpables los sacerdotes al no predicarla, trazando las normas claras y razonables que la regulan. Juzgamos que es inútil hablar de ella, lo cual no es así.*
- f. El corazón humano, en sus relaciones con Dios. siente la necesidad de practicar la penitencia exterior.
2. En la historia de las religiones no falta:
 - 1.º *Budismo, mahometismo. hinduismo...*
 - 2.º *En el Antiguo Testamento son muchas las figuras que echan mano de la penitencia exterior para conseguir de Dios gracias especiales (Judit, profetas). La Iglesia la practica desde los primeros tiempos (ayunos, Cuaresmas. ermitanos...).*

II. *Modos y normas de la penitencia exterior.*

A. Como puede hacerse.

- a) *Accptando la? enfermedades, dolores, molestias, indemendas del tiempo, etc., que Dios envia. Estas son siempre muy buenas y muy seguras mortificaciones.*
- b) *Guardando las prâcticas del ayuno y abstinenda cuando lo manda la Iglesia. Con ocasiôn de la vigilia de Navidad, se puede hablar del abandono en que muchos cristianos tienen el cuarto precepto de la Iglesia.*
- c) *Eligiendo voluntariamente lo que nos causa dolor corporal o contraria las aficiones y gustos del cuerpo, lo que es contra nuestra comodidad y sensualidad, ora en el dormir, o comer, o bober, etc. Mas en este caso deben guardarse las siguientes*

B. Normas para practicarla.

- a) *La penitencia exterior nunca debe atentar contra la salud («Que no se corrompa el subj~cto»; cf. «Eierc. Spirit.», en Obras Comnletas de San Ignacio: BAC. p. 176, y sec. 7.*. p. 553, VI).*
- b) *No debe impedir el cumplimiento del propio deber. La penitencia tiene razon de medio, y el deber, de fin, por ser expresiôn de la voluntad de Dios.*
- c) *Lo seguro es no practicarla sin consultar previamente con el director espiritual y confesor. El enemigo puede fadlmente engaiïar a las almas por aqui. Hay que vigilar especia^ente a los jovenes, porque las consecuencias pueden sentirse mds adelante en la vida.*

III. *Exhortaciôn final. Fdtima. Actualidad de Fdtima. La Virgen pidiô penitencia exterior por la conversiôn de los pecadores. Los tres ninos videntes comenzaron a practicarla inmediatamente. Haced penitencia por vuestros pecados y los ajenos. Haced penitencia por vuestras necesidades. Hacedla para que «el Pacifico» que va a nacer reine en los individuos, en las familias y en el mundo entero y sea realidad el mensaje de paz de la Nochebuena.*

Penitencia espiritual

I. *Juan predica penitencia interior. El cumplimiento del propio deber.*

A. Penitencia...

B. Interior ante todo.

- a) *Consistente, primera, en la compunción del corazón para obtener el perdón de los pecados: «En remisión, de los pecados» (Lc. 3,3).*
- b) *Pero la penitencia de Juan presenta, además, otro aspecto muy claro, también interior: el cumplimiento del propio deber (cf. Lc. 3,7-9; Mt. 3,7-10):*
 - 1. Hay que evitar las desviaciones en el concepto de penitencia. Hay una penitencia exterior ciertamente. Mas en tanto vale ésta en cuanto es fruto de la interior o a ella conduce.
 - 2. La verdadera penitencia es interior y consiste en el cumplimiento del propio deber. Es aleccionadora en este punto la carta en que la hermana Lucia (la vidente de Fátima, hoy religiosa carmelita descalza en Oporto) pide en 1943, al obispo de Leiria, reforma y penitencia, particularmente dei clero y del pueblo espafiol, y en la que hace notar cómo son muchos los que equivocadamente ponen el concepto de la penitencia en las grandes austeridades y mortificaciones, mientras que la penitencia que Dios pide de todos es la observancia de los mandamientos, el cumplimiento del propio deber, el permanecer en la gracia santificante. He aquí el texto integro de la carta, leída al final de los ejercicios de los prelados portugueses en Fátima el 20 de abril de 1943: «Dios Nuestro Señor me habia ya manifestado su contento por el acto del Padre Santo y varios obispos, aunque incompleto, según su deseo. En cambio, promete acabar en breve la guerra; la conversion de Rusia no sera ya (es decir, no se verificará tan pronto) sino con esta condición, si los señores obispos de Espana atendieren los deseos de Nuestro Señor y emprendieren una verdadera reforma en el pueblo y el buen clero; mas si no, ella (Rusia) sera todavia el enemigo con que Dios los castigará (a los espafioles) una vez más todavia. Dios Nuestro Señor vase dejando aplacar, mas quéjase amarga y dolorosamente del número limitadisimo de aimas en gracia dispuestas a renunciar a si mismas en lo que les exige la observancia de su (divina) ley. Lo que Dios Nuestro Señor pide ahora es penitencia: el sacrificio que cada persona tiene que imponerse a si misma para Uevar una vida de justicia es la observancia de su ley; y desea que se haga conocer con claridad este camino a las aimas, pues muchas, juzgando (es decir, poniendo) el sentido de la palabra «penitencia» en las grandes austeridades, no sintiendo fuerza ni generosidad para ellas, desanimanse y descansan en una vida de tibieza y pecado. Del jueves al viemes, estando en la capilla con licencia de las madrés superiores, a las doce de la noche, me decia Nuestro Señor: El sacrificio de cada uno exige el cumplimiento del propio deber y la observancia de mi ley; (ésa) es la penitencia que ahora pido y exijo».

II. *Diflcultad y trascendencia de la penitencia interior.*

A. Cumplir siempre con el proplo deber es dificl. Si

el hombre no tuviera pasiones o las sometiera, no habría dificultad. Pero junto al deber se levanta la pasión:

- a) *El deber había de Dios, de su voluntad, de sus mandamientos. Las pasiones, de comodidad, de capricho, placer.*
- b) *El entendimiento ilumina la voluntad sobre lo que Dios quiere. La imaginación y las pasiones actúan sobre el entendimiento y disminuyen la acción de éste sobre la voluntad. Atraen, sobre todo, y arrastran a la voluntad.*
 1. San Pablo nos había de estas dos leyes: «Siento otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros» (Rom. 7,23).
 2. Nuestra voluntad es como la aguja de una brújula atraída por dos polos: el deber y la pasión. Para que permanezca unida a Dios y a su voluntad, cumpliendo siempre y en cada momento con su deber, tiene que dominar las pasiones y contrariarlas constantemente. Constantemente en lucha. De aquí la dificultad de la penitencia interior. Supone esfuerzo no pequeño y es de todos los segundos hasta el fin de la vida.

B. Son muy pocos los que cumplen perfectamente y siempre con su deber.

- a) *Cumplimiento parcial o condicionado.*
 1. Se cumple cuando es fácil y agrada. Se deja de cumplir si es difícil o desagradable. Es mal frecuente, incluso en personas religiosas, abandonar el deber para ir en pos de lo que agrada, o crearse un deber que agrade, y así hermanar el deber con la pasión. No es esto lo que quiere Dios. Ni aun con pretexto de piedad o de apostolado se puede dejar el cumplimiento del deber.
 1. *Es el caso de los hijos que dan lugar a los lamentos de sus padres, porque, absorbidos por la sala de reuniones de la Acción Católica o de la Congregación, ni estudian ni trabajan.*
 2. *O de las hijas que, atareadas en barrer la iglesia, adornar el altar y hacer la colecta, no ayudan a sus madres en los quehaceres domésticos.*
 2. Se cumple un día y se deja de cumplir otro.
 - 1 O se cumple a medias, sin la perfección y el cuidado que debieran ponerse en las cosas de Dios.
- b) *¿Mala voluntad o falta de voluntad?*
 1. En muchos es mala voluntad evidentemente. Para ellos no es Dios la norma de su conducta, sino la pasión. Son los pecadores.
 2. Pero en otros no hay mala voluntad. Son hombres buenos. Lo que ocurre es que les falta la penitencia interior, el dominio constante sobre su imaginación y sus pasiones para disminuir, ya que no aniquilar, sus fuerzas. Falta la disciplina férrea del entendimiento y la voluntad para no desviarse.

- III. *Lo que Dios quiere. Preguntaos a cada hora y a cada momento que es lo que Dios quiere de vosotros, cuál es vuestra obligation. La respuesta la dard vuestro cargo o profesiôn o el mandato del superior. Haced lo que debâis como si únicamente aquella hora existiera para vosotros, sin dispiitas ni otras preocupaciones, entregândoos al deber con todas vuestras facultades. Guste o no. Cueste o no. Esta es la principal penitencia, la penitencia interior, la que predicaba el Bautista y la que predica la Iglesia. Esta es, ademâs, la principal virtud: «No hay virtud mâs eminente que el hacer sencûlamente lo que tenemos que hacer» (cf. Pemân, «El Divino Impaciente»).*

La penitencia, necesaria a justos y pecadores

- I. *El Bautista y la penitencia. Cuando Dios manda especiales mensajeros parece como si éstos tuvieran que venir con nuevas y sorprendentes misiones, destinadas a cambiar la faz de la tierra. Y he aqui que casi todos ellos, y muy especial?nente Juan, que viene a preparar los caminos del Mesias, se limitan a predicar la penitencia. êEs de extraüar que los hombres se llamen a engano? Y, sin embargo, si algo hay trascendental y necesario en cl mundo, es esa virtud. Juan la predica clamando (cf. San Juan Crisôst., p. 480,A,a).*
- II. *La penitencia, necesaria para todos.*
- A. *ôQué es la penitencia? El cambio de vida, el dejar lo que eras, el comenzar a ser lo contrario (cf. San Juan Crisôst., p. 482,c).*
- B. *La penitencia, necesaria a los justos. Esta penitencia es necesaria de todo punto, y para mejor probarlo comenzaremos por aquel estado que parece ser el que menos podia necesltaria, el de los justos, para hablar después de los pecadores. Los justos la necesitan:*
- a) *Porrrue todo'i tienen pecado? nue, si no les impiden sa'rarse. di?mînuyen su mérita y les pnn<>n en ne-Haro de hundtrse (cf. San Agust., p. 493,1.º; Santo TomAs, p. 503JB).*
1. *Lo~ tienen los sacerdotes, oue, a pe*ar de su vida entrerada a Dios. Hevan «un pies dot el suelo polvoriento dei mundo (cf. San Agustín, p. 493.3.).*
 2. *Los tuvieron los apôstoles.*

3. ôCuânto mäs los tendrân los seglares, en medio de las preocupaciones dei siglo? (cf. *ibid*, página 494,4.º). Es imposible no caer a diario en el pecado venial (cf. *ibid*. p. 495,5.º).

b) *Porque la penitencia es necesaria para resistir la tentaciôn y para aumentar la gracia* (cf. *ibid*. p. 943,1.º y 2.º).

La penitencia, necesaria a los pecadores. Los pecadores la necesitan absolutamente, porque es el único modo de salir del estado de pecado, que, en realidad, es el mal mayor que puede acaecer.

a) *Es el único modo de salir del pecado, porque, consistiendo éste en un acto libre de la voluntad, por el cual se separa de Dios y elige en su lugar una criatura, no puede ser perdonado mientras el alma continúe en tal disposición* (cf. Santo Tomäs, página 503, A).

b) *No puede acaecer ningún mal mayor que el pecado, ya que es el mal de Dios y el mal del hombre, en cuanto consiste en una rebeldía de éste contra su Creador.*

1. Mal de Dios. Porque se niegan sus atributos. Su majestad, como si no tuviera derecho a imponer leyes; su sabiduría, como si éstas no fuesen prudentes; su justicia, como si no hubiera de sancionar a quienes las conculcasen; su bondad, con la ingratitud...

2. Mal del nombre. Porque su rebeldía contra el Señor, incapaz de producirle la felicidad, le llevará a la ruina, haciendo que sus pecados se revuelvan contra él para castigarle. En efecto:

1. *Le separa de Dios, que es amor y ha querido unirse a nosotros por amor, mientras el pecado rompe esta unión y que es luz incompatible con las tinieblas, que no le recibieron* (cf. San Agustín, p. 491,1). *Dios omnipresente se niega a habitar en el alma en pecado* (cf. *ibid*. p. 491,2).

2. *Atrac, por consiguiente, su odio, al que nos arroja el pecado. Y si quieres conocer la medida de este odio, piensa en los tormentos que infligió a su Hijo amado por sólo haberse hecho responsable de ellos. Piensa, pues, cuáles serán los efectos de este odio cuando descargue sobre ti.*

3. *Acanea la muerte del alma y la convierte de sierva de Dios en esclava del demonio, situación que se convertirá en definitiva si en ella te sorprendo la muerte.*

4.* *Penas eternas.*

6. *En resumen, el pecado es la locura del hombre, que se subleva contra Dios.*

III. *Exhortación. Necesaria para los que no hacen penitencia porque desesperan de su salvación y para los que la aplazan confiados en que habrá tiempo de practicarla alguna vez* (cf. San Agustín, p. 497, B ss).

A. A los desesperados.

a) *¿No sabéis que Dios os espera? Dios odia en vos-*

otros lo que es obra vuestra, pero quiere salvar lo que es obra suya; Dios no se separa nunca del todo sino que espera (cf. San Agustín, ibid.).

- b) *¿Dónde te esconderás de Dios? Pues en Dios mismo. Huye de su justicia y refúgiate en su misericordia (cf. ibid.» p. 498,2,2.*).*
- c) *Dios no quiere que te condones. No digas nunca: déjame que me condene en paz, porque Dios no te quiere dejar entregarte a la condenación (cf. ibid., p. 499,b).*

los presuntuosos.

- a) *De dos maneras puede reinar Dios, por su amor o su justicia. Elige. Pero no creas nunca que porque tu duermes duerme también él y no advierte tu pecado.*
- b) *El tiempo posa y la muerte llega por sorpresa.*
- c) *¿Crees acaso que lo que haces es vivir bien? Es acumular males sobre males (cf. ibid, 498,2.1.“). Nadie sea tan enemigo de si mismo que busqué su condenación (cf. ibid., p. 499,b y c).*

14

Penitencia y caridad

I. *Penitencia y caridad en el Adviento. El Bautista prepara los caminos del Señor y exhorta a la penitencia y a la caridad. Los Santos Padres en la predicación de Adviento abundan en las mismas ideas: penitencia y caridad. Hoy día. casi todos los obispos predicán la caridad y organizan campanas en favor del necesitado, mientras la Uturgia de Adviento exhorta a la penitencia (cf. «Apuntes exeg.-mor.», p. 477,2). ¿Qué relación hay entre una y otra?...*

II. *Santidad, caridad y penitencia.*

A. *La santidad en la caridad.*

- a) *Sustancialmente la santidad no es otra cosa que la caridad de Dios derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo. La manifestation inequívoca, la consecuencia necesaria del amor de Dios es la caridad para con el prójimo.*
- b) *Se dirá que muchos, sin amor de Dios, por education, cortesía o sentimiento natural poseen amor sacrificado y generoso hacia nuestros semejantes. Así es. Pero el pensamiento profundamente teológico y vital del cristianismo es que quien no se muestra caritativo para con sus hermanos, no puede poseer la caridad de Dios en su corazón. El que la posea ha de manifestarla necesariamente en la caridad hacia el prójimo, que sigue a la de Dios como el rayo del sol al sol mismo. Esta idea se halla clara y frecuentemente expuesta en las épis-*

tolas de San Juan: «El que tuviere bienes de este mundo y viendo a su hermano pasar necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios?» (1 lo. 3,17).

B. La penitencia, subordinada a la caridad. Si la caridad del prójimo se confunde con la santidad, según lo anteriormente expuesto, resulta claro que la penitencia debe estar subordinada a la caridad (cf. San Juan Crisóst., p. 486,a).

a) *Penitencia sin caridad no es agradable a Dios.*

1. En los libros proféticos:

1.» *¿Encorvar la cabeza como un junco y acostarse con saco y en ceniza, ¿eso llamáis ayuno y día agradable al Señor?» (Is. 58,5).*

3. *Y el profeta, en respuesta, pone en la caridad el verdadero sentido del ayuno y de la penitencia grata al Señor (cf. Ibid., 6ss).*

2. En la misa del viernes siguiente al miércoles de Ceniza se desarrolla esta misma idea. Venimos muchas personas devotas, espirituales, austeras, mortificadas; pero inoportunos, intransigentes, murmuradoras, incomprensivas, que nunca prodigan palabras de consuelo y aliento a los que viven en su derredor, hacen del pobre, le censuran y desprecian. Temblemos al pensar en sus almas. «¿Cómo mora en ellas la caridad de Dios?» (1 lo. 3,17).

b) *Penitencia que estorbe a la caridad no es ordenada.*

1. La caridad es la reina de todas las virtudes. Tiene razón de fin. Por ser consecuencia necesaria del amor de Dios. Por tanto, todas las otras virtudes están subordinadas a ella. Si la impiden o perjudican dejan de ser virtud. Se equivoca la ascesis que disminuye las fuerzas en daño del bien que se puede o se podría hacer en beneficio del prójimo.

2. Según San Gregorio Magno, el precepto principal de Cristo «se funda solo en la caridad. Pues así como muchas ramas de un árbol provienen de una sola raíz, así muchas virtudes nacen de una caridad. Y la rama de las buenas obras carece de verdor y lozanía si no se asienta en la raíz de la caridad» (cf. San Gregorio Magno, *Hom. 27 in Evang.*: PL 76,1205).

III. *Conclusión. El ideal es penitencia y caridad. El valor de la caridad, se acrecienta cuando es fruto de la penitencia. En el Adviento se predica austeridad de vida, privación de diversiones... Sea resultado de todo esto la caridad para con el prójimo: atender a los enfermos, socorrer a los pobres y necesitados... Más aun: haced de la caridad norma para vuestra penitencia (cf. San Agustín, p. 488, B, a). Al contemplar tantos, desamparados, carentes de hogar, sin vestido ni alimento, ni medios para conseguirlo, sino se os*

mueve el corazón para privaros no ya de lo que os sobra. sino incluso de lo conveniente en favor de los menesterosos?... Caso rigurosamente histórico: Al terminar unos ejercicios espirituales, una joven de la alta sociedad dejó sobre la mesa del director todas sus joyas y dice estas palabras: «Tenga, Padre, véndalo todo y délo a los pobres... He aquí la penitencia y la caridad hermanadas.*

15

La limosna como penitencia

- I. *Un consejo de San Juan Bautista. Cuando Juan repetía: «Haced frutos dignos de penitencia*», le pidieron las turbas sus consejos, y entonces dijo: «El que tenga dos túnicas, que dé una* (cf. San Agustín, p. 488,B,a).*
- II. *Limosna y penitencia en la Escritura y en los Santos Padres.*
 - A. Intimamente unidas. En efecto, la penitencia y la limosna van intimamente unidas en la Sagrada Escritura y en la predicación de los Santos Padres (cf. San Juan Crisóstomo, p. 486,a y b).
 - B. Ciertamente, que sin arrepentimiento no hay perdón posible, por lo que San Agustín moteja a los que sin querer cambiar la vida intentan salvarse con limosnas, diciéndoles que pretenden sobornar a Dios.
 - C. Pero sin olvidar este punto, podemos afirmar que la limosna es la mejor preparación y consumación de la penitencia.
 - a) *Para obtener el perdón.*
 1. La limosna impetra la gracia de la conversión. Nada le detiene en su vuelo hacia Dios. Es la abogada continua, que está orando perpetuamente por ti (cf. San Juan Crisóst., p. 486 b). Coloca la limosna en el corazón del pobre y ella pedirá por ti (Eccli. 29,15).
 2. Ejemplos: el centurion Cornelio (Act. 10,4) y Zaqueo (Le. 19,8).
 3. La razón consiste en que, habiéndose Cristo sustituido por los pobres, no quiere pasar por desagradecido. y si tú le das lo que más aprecias, que es tu dinero, él te devolverá lo que más aprecias tú: su gracia.
 - b) *Para satisfacer por él.*
 1. Así se lo dijo el profeta a Nabucodonosor: «Re-

- dime tus pecados con justicia y tus iniquidades con misericordia a los pobres» (Dan. 4.24).
2. Para que purifiques totalmente tu alma, antes de entrar en el templo colocamos dos cosas en sus puertas: las pilas de agua bendita y los pobres. Purificate con la limosna (cf. San Juan Crisóstomo, p. 488,d).
 3. Viéndonos Dios tan llenos de polvo, aun después de obtenida la justificación, nos lo perdona todo si somos caritativos con él
 4. Exhortación. Cristo pasa necesidad en los pobres sólo por darte ocasión a que te salves. Poco es dejar el pecado si no lo curas. Da limosnas: ¿Eres muy pecador? Pues da más (cf. San Juan Crisóstomo, p. 486ss, y San Agustín, p. 488ss).
- c) *Para preservar de caídas futuras. Los peligros de la riqueza, la vanidad y el mundo y la limosna* (cf. ibid.).

16

El premio individual de la limosna

- I. *Pureza de intención en la limosna. Nunca hagdis la limosna por el premio. Es cosa ruin y mezquina. Podría decirte el Señor: «Recibiste tu recompensa* (Mt. 6,6) Ni la hagdis por vanidad, «para ser vistos de los hombres* (Mt. 6,1). Ni la hagdis tampoco para granjearos el favor de otro. Condición de la limosna para que sea acreedora del premio es la pureza de intención. Hacedla porque en los pobres, buenos o malos, simpáticos o antipáticos, agradables o desagradables, está representado Dios. Vuestro ojo debe ser sencillo. No vedis más que a Dios y haced limosna por Dios. Así será digna de premio.*
- II. *El ejemplo de Tobias. El libro de Tobias es muestra de que Dios premia al limosnero. Tobias caminó «por las sendas de la verdad y de la justicia haciendo muchas limosnas* (Tob. 1,3); «dando pan a los hambrientos y vistiendo a los desnudos* (1,17). Dios le probó con la prueba de los justos. Su mujer, como la de Job, se lamenta y le reprocha: «¿Dónde están tus limosnas y tus buenas obras? Ya lo ves ahora* (Tob. 2.14) Mas Tobias confía y llega el premio: protección a su hijo durante el viaje, curación de su ceguera, últimos días de paz y prosperidad.*
- III. *Premio de la limosna. En un versículo del libro de Tobias está expresada acabadamente la recompensa que Dios da a la limosna: «Mejor es dar limosna que*

acumular tesoros. pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado. Los que practican la misericordia y la justicia serán colmados de felicidad[^] (Tob. 12,8). *Triple es, por tanto, el premio de la limosna.*

Libra de la muerte. Tabita, *rica en limosnas*, resucitada por Pedro (Act. 9,36-42), es un simbolo. En los textos de Tobias se habia más bien de la muerte del aima. Muerte del alma son las tinieblas. La vida es luz. «Fuisteis algùn tiempo tinieblas, pero ahora sols luz en el Señor» (Eph. 5,8). La limosna es puerta de oro para la fe. Por ella entró el pagano Cornelio. «Tus oraclones y limosnas han sido recordadas ante Dios» (Act. 10,4). La limosna es sehal clara de predestinaciôn. *Préserva de caer en las tînieblas* (Tob. 4,10).

B. Libra del pecado (cf. San Juan Crisôstomo, p. 487,c). «No limpia tanto el agua las manchas del cuerpo como la limosna las del aima» (cf. Crystost., *Hom. 81 in Ioan.*: PG 59,442). «Asi como el agua mata al fuego, asi la limosna al pecado» (San Juan de Dios).

- a) *Es satisfaction por la pena temporal* (cf. San Agustín, p. 489,b).
- b) *Borra los pecados veniales, si hay arrepentimiento* (cf. ibid., p. 490).
- c) *Prépara el alma para el perdon de los pecados mortales* (cf. ibid., p. 488,d y a).

Llena de felicidad. *Facit invenire misericordiam et vitam aeternam* (Tob. 12,9). La traducciôn directa del original de este texto dice: *Los que practican la justicia y la misericordia serán colmados de felicidad.* Más amplio este último texto. La limosna da la felicidad. En esta vida y en la otra.

- a) *En esta vida:*
 - 1. El caso de Tobias, antes citado.
 - 2. La familia de la condesa de Sessa, que da mucho a San. Juan de Dios para limosnas, es familia llena de paz, de uniôn y felicidad, según escribe el propio Santo.
- b) *En la otra vida:*
 - 1. La sentencia final por la limosna. «Gazofilacio de Dios es la mano del pobre» (cf. Crystost.: PG 48.770).
 - 2. «Hermana mia en Jesucristo la buena duquesa. la limosna que me hicisteis, ya los ângeles la tienen asentada en el cielo en el libro de la vida. El anillo está bien empleado, que dos pobres llagados hice vestir y compré una manta con lo que me dieron por él. Esta limosna esta delante de Jesucristo rogando por vos» (cf. San Juan de Dios, *Carta a la duquesa de*

Sessa en Vida del glorioso Padre San Juan de Dios, por el P. Manuel Trinchêa [Madrid 1829], p. 326).

IV. *Exhortaçôn a la limosna.*

- A. Hemos de aconsejaros, para termînar, lo que Tobias a su hijo: *Segûn tus facultades haz limosnas y no se te vayan los ojos tras lo que des. No apartés el rostro de ningûn pobre y Dios no lo apartard de ti. Si abundas en bienes haz de ellos limosnas, y si éstos fueran escasos, segûn esa tu escasez no temas hacerla* (Tob. 4,8).
- B. Os pldo para los pobres. Os pldo para vosotros. Por vuestro propio bien espirltual y temporal. Por la felicidad eterna de un dia. Como decia San Juan de Dios, «hermanos, haceos bien a vosotros mls-mos».

Valor social de la limosna

- I. *La limosna tiene un gran valor social. Toda la sociedad se beneficia de la generosidad de los ricos.*
- II. *Un error doctrinal y prdctico. Debemos precisar bien para evitar un grave error doctrinal y prdctico.*
 - A. La limosna contraproductente. No nos referimos a aquella limosna que estâ condenada por los Pontifices (cf. Pio XI. *Divini Redemptoris*, 49): «La que da a titulo de caridad lo que debe dar de justicia».
 - a) *Esa limosna, ya sea directa y propiamente tal, ya se administre en forma de paternalismo o de las que Uaman obras asistenciales, puede ser, y es muchas veces de hecho, contraproductente. No decimos que siempre lo sea. A veces el llamado paternalisme es laudable y procede de auténtico espirtu de caridad. Pero no siempre lo es. Cuando no se dan las circunstancias a que alude el Papa, esa limosna no solo no es social, sino que es antisocial.*
 - b) *El empleado y el obrero que conocen y sospechan, aunau no sea mâs que por razones exteriores, la magnitud de los bñéficies de la empresa y creen estar retribuidos injustamente, recibirá mal la parte que se invierta en obras asistenciales y que se les ofrece como una protecciôn generosa y caritativa del empresario. Y no lo agradecerán. Y en parte les ofenderá y les alejará mâs de los que les entregan el don. aunque lo reciban y callen.*

B. La que socialmente edifica. No es ésta la limosna que edifica socialmente. La limosna que edifica socialmente es la que brota puramente del corazón carltativo del hombre. Y da a quien fuere slmplemente porque es hermano. A veces a quien no conoce. A veces ocultando la mano que da para cumplir el precepto evangélico. Da por amor de Dios a su hermano, y sôlo Dios conoce la limosna.

III. *Efectos sociales de la limosna. A esta verdadera limosna se refiere San Pablo en la Epistola segunda a los Corintios. Y los efectos sociales de esta limosna, sobre todo cuando es generosa, como ocurre en las grandes colectas de caridad, pueden ser exactamente los que el Apôstol enumera.*

A. Contribuye a nivelar la situacion de los fieles (2 Cor. 8,13-15).

B. Es rica en bienes materiales, porque Dios Nuestro Senor premia con largueza aun en este mundo (2 Cor. 9,6-10).

C. Fomenta en el pueblo el espiritu de fe al ver práticamente en los demás el fruto del Evangelio.

D. Intensifica la mutua caridad entre los Cristianos (2 Cor. 9,13).

E. *Se elevan muchas acciones de gracias a Dios que salen de la boca de los pobres favorecidos (2 Cor. 9,12) y, como consecuencia, descienden de Dios muchas bendiciones sobre pobres y ricos. San Pablo sintetiza, emocionado y conmovido, su pensamiento al contemplar la generosidad de los corintios en los dos ûltimos versiculos del capitulo 9 (2 Cor. 9,14-15).*

V. *La limosna es individual y socialmente un don inefable de Dios para los que la practican y para los que con humildad y gratitud la reciben.*

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

18

Preparad los caminos para que Cristo reine en la sociedad

- I. *San Juan Bautista y el reino social de Jesucristo. Conviene recordar una vez más la vida mortificada, solitaria, impresionante del Bautista. Es la preparation más adecuada para atraer la atención de la sociedad en que vive y en la que va a realizar su misión de precursor.*
 - A. Es el encargado de préparai el camlno por donde el Mesias ha de venir al pueblo escogido.
 - B. No solo para tomar posesiôn de las aimas, individualmente consideradas. También para establecer socialmente su reino en aquel pequeno pueblo, de donde más tarde tendra que extenderse a toda la sociedad humana.
 - a) *Cuândo el propio Juan se refiere a si mismo, «voz del que clama en el desierto: Préparai los caminos...». se atribuye los rasgos característicos de un reformador social, "que convoca a su pueblo a una tarea de renovation colectiva. La imagen la ha tornado del profeta Isaías cuândo describe la vuelta de los hebreos a la tierra prometida, una vez liberados de la cautividad de Babilonia. Semejante al éxodo de los cuarenta años, de retorno desde Egipto, el profeta ve a su pueblo caminando a través del desierto de Siria, entre Babilonia y Canâ. Delante. la gloria de Yavé, figura de Dios, en forma de nube luminosa. Y como precursores, unos mensajeros que anuncian a los habitantes la proximidad del Rey para que acondicionen convenientemente los caminos. Era como una especie de prestation personal, a la que solidariamente se obligaban los subditos del reino cuândo el rey emprendia un largo viaje a través de sus territorios.*
 - b> *No pierde la imagen su contenido social cuândo Juan la utiliza en un sentido inoral y religioso. El mismo, como auténtico heraldo de un nuevo reino que se acerca, dispone a los pueblos para recibirlo. Y para que esa disposition, que ha de brotar en lo más íntimo de los espíritus por la penitencia, se proyecte externamente sobre, la vida social, su predication contiene f todo Un programa de reforma colectiva. No es sólo la confesiôn de los pecados y el bautismo' de penitencia.*

San también aquéllos préceptes a las distintas clases sociales, que vienen a ser como la version social del enderezar senderos, terraplenar valles, rebajar montes o allanar jragosidades.

IL *La Iglesia catôlica y el panorama social de nuestro tiempo.*

- A. Cuando la Iglesia toma estos pasajes evangélicos para dlsponernos a celebrar la Natividad del Se-
ôor, intenta renovar aquéllos mismos efectos en la sociedad actual. Si contemplâmes el panorama social de nuestro tiempo, tlenen plena vigenda las predicaciones del Bautista. No es el equillbrio lo que caracterlza la vida social moderna. Hay de-
maslados altibajos, excesivas desigualdades, dlfe-
rencias Irritantes, de las que han brotado y segul-
rân brotando violentos conflictos y revoluciones.
- B. El testimonio de los Papas. Podriamos cltar testi-
monies elocuentislmos de los Papas, que, como mo-
dernos precursores, daman en el desierto, pidien-
do una nlvelaciôn necesaria para que Jesucristo
pueda reinar en nuestra sociedad. Recordemos tan
sôlo unos pocos:
 - a) *La injusta distribucidn de los bienes provoca en nues-
tra sociedad un estado de conflicto latente* (cf.
p. 536,b).
 - b) *El régimen econômico liberal, vigente en muchas na-
tiones, ha dado como consecuentia la formation de un
ejército de proletarios* (cf. p. 540.b), *que se extiende
ahora peligrosamente entre los trdbajadores dei cam-
po* (cf. p. 540,d).
 - c) *Como consecuencia, la sociedad moderna présente una
peligrosa divisiôn entre dos clases opuestas* (cf.
p. 539,a), *situadas a enorme distancia: una, formada por
pequena minoria, acapara gran parte de los bienes pro-
ducidos; la otra, constituida por la masa enorme de
los proletarios, esta privada de un nivel sufitiente de
vida* (cf. p. 540,b).
 - d) *Tan injuste desnivel provoca en la sociedad una in-
estabilidad sumamente peligrosa.*
 1. Por su parte, la multitud de los proletarios ha
de soportar una injusta situaciôn de desamparo
(cf. p. 540,c), que amenaza en todo momento con-
ducir a una rebeliôn violenta (cf. p. 539,d).
 2. De otro lado, los poseedores del capital, olvidan-
do su condiçôn de administradores, se apoderan
de los bienes producidos en gran parte por los
obreros (cf. p. 539,a), abusan incluso de su poder
sobre los campeslnos (cf. p. 540,d y 541,e), y se lan-
zan a una lucha despiadada entre si para con-
quistar el poder econômico (cf. p. 541,g).
- C. En una sociedad semejante, Jesucristo no puede
establecer su relnado. Taies dlferencias se oponen
al orden querlido por Dios (cf. p. 542,1), que no pue-

de basarse sobre la oposición entre las clases (cf. p. 542,k) ni sobre una distribución de bienes que coloca a gran parte de los hombres en el trance de ser verdaderos héroes si quieren soportar la dureza de la vida (cf. p. 539,c). Tanto la excesiva riqueza de unos como la excesiva pobreza de otros son ocasión y fuente de todo pecado (cf. p. 542,j). Hay que preparar los caminos. Para que Jesucristo venga a esta sociedad es necesario suprimir diferencias, disminuir distancias, acercar unas clases a otras.

- a) *La solution no puede ser dejarlo todo en las manos de las fuerzas que mueven espontáneamente la vida económica.*
- b) *Ni puede tampoco ser producto de una revolution violenta.*
- c) *Es necesaria una progresiva transformation (cf. p. 544n) que, animada por la justicia social, redistribuya equitativamente los bienes (cf. p. 544,û), a lo menos los que se produzcan en el futuro (cf. p. 545rJi»s).*

III. *La reforma social se impone. Seria vano empeño querer desarrollar aquí todo el programa de reforma social que la Iglesia propugna. Habrá de ser objeto de muchas homilias.*

- A. Hoy basta con que quede en vuestra conciencia la necesidad de esa reforma.
- B. Y con que sintáis en vosotros mismos la parte de responsabilidad que os corresponde en preparar los caminos al Redentor.
 - a) *Tal vez diréis que la solution 'no esta en vuestras manos. Y es cierto. Depende en gran parte de los que rigen la sociedad.*
 - b) *Pero hay una parte que depende de vosotros: colaborar activamente con aquéllos en la aplicación y en el estudio de las soluciones y realizar lo posible por vuestra cuenta.*
 - c) *Sólo así reunirá en vuestros corazones el saludo evangélico de «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».*

19

El pensamiento de los Papas sobre la limosna

I. *Limosna y justicia social en San Juan Bautista.*

- A. Medio principal para disponer las almas a la venida del Salvador es la limosna. Tal es la predicción de Juan.

- B. Mês todavia; para él, la limosna es instrumento necesario para conseguir en la sociedad una nivelación de fortunas, un equilibrio, una colaboración social que haga posible socialmente el reino de Jesucristo.

II. *Trascendencia social de la limosna según los Papas. En nuestros tiempos, los Sumos Pontífices urgen con insistencia el cumplimiento de este precepto formai de la caridad. Lo consideran, es claro, como un medio de santificación individual. Pero destacan también su importancia y su trascendencia en el orden social.*

- A. El auténtico concepto de la limosna. Cuando los Papas hablan de limosna no se refieren tan solo a la limosna material. Por limosna entienden la entrega caritativa de toda clase de bienes a quienes carecen de ellos (cf. p. 530,a y b). De ordinario, se refieren a la limosna material, y, concretamente, en forma de dinero. Pero sin pretender encerrarla nunca dentro de esta restringida significación. Y de esta primera verdad dedúcese inmediatamente que la limosna es medio efficacísimo para promover la colaboración social y estrechar los vínculos entre los hombres (cf. p. 531,f).
- B. Urgencia del precepto de la limosna referida a toda clase de bienes. Sobre un sólido fundamento cristiano está basada la urgencia de este precepto. Sobre la doctrina de que Dios dispensa de ordinario sus dones por medio de los hombres. Dios puso en manos de ciertos hombres abundancia de bienes, constituyéndoles en depositarios y administradores de los mismos, en beneficio de todos los demás (cf. p. 530.a). Podrían enumerarse multitud de aspectos de esta verdad básica: desde la administración de los bienes más bajos—como son los materiales—hasta la de los dones sobrenaturales de la gracia, Dios la confió a hombres determinados, haciéndoles responsables ante El de la fidelidad de su gestión (cf. p. 531,c y 532,h). Cuanto mayores dones recibieron de Dios, más obligados quedan a distribuirlos entre quienes no pueden alcanzarlos por si mismos (cf. 530,b).
- C. Tres motivos fundamentales, según los Pontífices, para la práctica de la limosna:
 - a) *La penitencia. supone la limosna una auténtica inmolation. Supone despojarse de lo que es propio nuestro. Llena consigo un reconocimiento implícito del supremo dominio de Dio-?, dueño absoluto de todos los bienes. Por eso recomiendan de modo especial la limosna, como medio de satisfacción colectiva en mo-*

mentos de crisis sociales peligrosas, consecuentia siempre y muchas veces origen de pecados sociales (cf. p. 532,g).

- b) *La caridad sobre todo. Es el precepto del amor al prôjimo el que urge la limosna al h. rmano nec sitado. Totalmente necesaria para asegurar las reformas implantadas en nombre de la justicia, esa caridad sôlo puede actuar cuando todos se sienten miembros de una misma familia e hijos del mismo Padre. Cuando en el pobre, en el ignorante, en el necesitado vemos al mismo Jesucristo y, por amor a El, acudimos en remedio de su necesidad.*
- c) *La justicia social, en muchas ocasiones (cf. p. 534,n y p. 546.t,u y v). Cuando la organization econômica de la sociedad es tal que la distribuciôji de los bienes producidos no se ajusta a las normas de la justicia distributive, muchas veces los particulares no tienen otro medio para restablecer la justicia que el dar como limosna lo que debieran haber dado en otra forma.*
 - 1. No se trata de sustituir con dâdivas de caridad el cumplimiento de graves deberes de justicia (cf. p. 546.t). Ni de encubrir con la caridad la violaciôn de la justicia, tolerada e incluso sancionada por las leyes (cf. p. 546 u). En todos estos casos, los Papas se refieren evidentemente a aquellos deberes de justicia que nacen de un contrato, por el que tantas veces, en la economia liberal, quedo sancionado con fuerza de ley el incumplimiento de la mäs elemental justicia conmutativa, forzando al trabajador a aceptar salarios de hambre.
 - 2. Pero, aparté estos casos, puede haber, y de hecho las hay, situaciones taies que, aun cumpliendo los deberes de la justicia conmutativa, queden por cumplir todavia auténticos deberes de justicia social, sin que las leyes hayan provisto suficientemente a su cumplimiento, bien porque ello requeria un mécanisme tributario mas complejo y perfecto y una conciencia social mäs elevada en el conjunto de la sociedad, bien porque la prudencia política aconseja una implantaciôn graduai y paulatina. Y aun cuando en estos casos no es po.ible urgir coactivamente el cumplimiento de aquellos deberes que impone la justicia social, queda a la conciencia de los individuos el libre cumplimiento de los mismos en forma de limosna.

D. Norma para fijar la euantia de la limosna.

- a) *La misma que la de Juan en el evangelio de hoy. En una sociedad donde hay diferencias taies que, mientras unos carecen de lo necesario, otros tienen mäs de lo conveniente, tales diferencias deben desaparecer. Cuando en una familiâ alguno de los hijos carece de algo totalmente necesario o sujre especial necesidad por causa de enfermedad o subito accidente, todos los demás miembros de la familia se privan de lo superfluo e incluso reducen, si es préctica, el consumo de lo necesario. Esto es allanar los montes y relievar los barrancos. Por esto Juan ordena al que tiene dos vestidos que entregue uno al que carece de él. No dice: «si tienes siete vestidos», sino «si tienes dos vestidos». Por eso Leôn XIII afirma que el precepto*

de la caridad obliga a dar limosna con lo que wbra una vex satisfecha la propia necesidad y deC0r0iot,, i d. 531,e). Por eso Pio XI urge como una gravlsima obligation la de dar limosna de las rentas no nece- sanas para la sustentation decorosa y conveniente (cf. p. 53.1,d).

- b) *No exijàis en los Papas, como no poaels exigir en el Evangelio, un anâlisis minucioso de los tantos por ciento que os corresponde dar. Seria tanto corno encerrar la vida cristiana en una casuistwa solo apta para fomentar verdaderas anemias en el espi- ritu. Cuando os planteéis a vosotros mismos este gra- ve problema de la limosna, consultad a vuestra con- ciencia, después de contemplar la sociedad que os rodea. Recordad después la doctrina del Evangelio y de los Romanos Pontífices. Pensad luego que se trata de una obligation grave, que urge en la con- ciencia. Tal vez de su cumplimiento dépendu no sôlo vuestra propia salvaciôn, sino acaso la de otros muchos, que necesitan de vuestra limosna. Y des- pués resolved, sabiendo que Jesucristo, a quienes entregâis vuestros dones, os devolverà un dia el cien- to por uno.*

PRESENTACION Y PURIFICACION EN EL TEMPLO

Domingo infraoctava de Navidad

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. EPISTOLA

(Gal. 4,1-7)

1Dico autcm: Quanto tempore heres parvulus est, nihil differt a servo, cum sit dominus omnium:	1 Digo yo, pues: Mientras el heredero es menor, siendo el dueno de todo, no difiere dei siervo.
2sed sub tutoribus, et actoribus est usque ad praefinitum tempus a patre:	2sino que esta bajo tutores y curadores hasta la fecha senalada por el padre.
3ita et nos cum essemus parvuli, sub elementis mundi eramus servientes.	3De igual modo nosotros: mientras fu:mos n:rios, viviamos en servidumbre, bajo los elementos dei mundo;
4At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege,	4mas, al llcgar la plenitud de los tiempos, enviô Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley,
5ut eos qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus.	5para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que rccibiésemos la adopciôn.
6Quoniam autem estis filii, misit Deus Spiritum filii sui in corda vestra clamantem: Abba, Pater!	6Y por ser hijos enviô Dios a nuestros corazones el Espiritu de su Hijo, que grita: [Abba, Padre!
7Itaque iam non est servus, sed filius. Quod si filius, et heres per Deum.	7De manera que ya no es siervo, sino hijo, y si hijo, heredero por la gracia de Dios.

a

II. EVANGELIO

(Le. 2,33-40)

33Et erat pater eius, et mater mirantes super his, quae dicebantur de illo.	33Su padre y su madré estaban maravillados de las cosas que se dccian de El.
34Et benedixit illis Simeon et dixit ad Mariam, matrem eius: Ecce positus est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum in Israel:, et in signum cui contradicetur:	34 Simeon los bendijo y dijo a Maria, su madré: Puesto esta para cajda y levantamiento de muchos en Israël y para blanço de contradicciôn;

35 y una espada atravesara tu alma, i para que se descubran los pensamientos | transibit gladius ut revelentur ex de muchos corazones. multis cordibus cogitationes.

36 Habia una profetisa, Ana, hija de | 36 Et erat Anna prophetissa Fanuel, de la tribu de Aser, muy avanza-1 filia Phanuel, de tribu Aser: haec da en años; casada en los dias de su ado- processerat in diebus multis, et vi- lescenda, viviô siete años con su marido. | xerat cum viro suo annis septem a virginitate sua.

37 Y permaneciô viuda hasta los 37 Et haec vidua usque ad an- ochenta y cuatro. No se apartaba del nos octoginta quatuor: quae non templo, sirviendo con ayunos y oraciones discedebat de templo, iciuniis, et obsecrationibus serviens nocte, ac noche y dia. die.

38 Como viniese en aquella misma 38 Et haec, ipsa hora superve- hora, alabô también a Dios y hablaba de niens, confitebatur Domino: et lo- él a cuantos esperaban la redención de quebatur de illo omnibus, qui ex- Jerusalén. spectabant redemptionem Israel.

39 Cumplidas todas las cosas segûn 39 Et ut perfecerunt omnia se- la Ley del Senor, se volvieron a Galilea, eundum legem Domini, reversi sunt a la ciudad de Nazarr. in Galilaeam in dvitatem suam Na- j zareth.

40 El nine crecia y se fortalecia, De- 40 Puer autem crescebat, et con- no de sabiduria, y la gracia de Dios es- | fortabatur plenus sapientia: et gra- tia Dei erat in illo.

III. TEXTO CONCORDANTE

22 Asi que se cumplieron los dias de 22 Et postquam impleti sunt la purificación, conforme a la Ley de dies purgationis eius secundum le- Moises, le llevaron a Jerusalén para pre- gem Moysi, tulerunt illum in Ieru- sentarle al Senor, salem, ut sisterent cum Domine,

23 segûn esta escrito en la Ley del 23 sicut scriptum est in lege Senor que «todo varôn primogénito sea Domini: Quia omne masculinum adaperiens vulvam, sanctum Do- mino vocabitur:

24 y para ofrecer en sacrificio, segûn 24 et ut darent hostiam secun- lo prescribe en la Ley del Senor, un par dum quod dictum est in lege Do- de tórtolas o dos pichones. mini par turturum, aut duos pul- los columbarum.

25 Habia en Jerusalén un hombre lla- 25 Et ecce homo erat in Ieru- mado Simeôn, justo y piadoso, que es- salem, cui nomen Simeon, et homo iste iustus, et timoratus, expectans consolationem Israel, et Spiritus sanctus erat in eo.

26 Le habia sido revclado por el Es- 26 Et responsum acceperat a Spiritu sancto, non visurum se mortem, nisi prius videret Chris- tum Dominum

27 Movido del Espiritu Santo, vino al 27 Et venit in spiritu in tem- plo, y al entrar los padres con el ni- plum. Et cum inducerent puerum

lesum parentes eius,, ut facerent secundum consuetudinem legis pro e.:

28et ipse accepit eum in ulnas suas, et benedixit Deum, et dixit:

29 Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace:

30 quia viderunt oculi mei salutare tuum.

31 Quod parasti ante faciem omnium populorum.

32 Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuae Israel.

no Jesûs para cumplir lo que prescribe la Ley sobre El,

28 Simeôn le tomô en sus brazos y, bendiciendo a Dios, dijo:

29 Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra;

30 porque han visto mis ojos tu salud,

31 la que has preparado ante la faz de todos los pueblos;

32 luz para iluminaciôn de las gentes y gloria de tu pueblo, Israel.

IV. ALGUNOS TEXTOS DE LA ESCRITURA SOBRE LA TRIBULACION

A) Dios atribula a los justos

1 Quae postquam gesta sunt tentavit Deus Abraham et dixit ad eum: Abraham, Abraham...

2 Ait illi: Tolle filium tuum unigenitum quem diligis Isaac et vade in terram visionis: atque ibi offeres eum in holocaustum... (Gen. 22,1-2.)

Et nunc fratres, quoniam vos estis presbyteri in populo Dei, et ex vobis pendet anima illorum, ad eloquium vestrum corda eorum erigite, ut memores sint, quia tentati sunt patres nostri, ut probarentur si vere colerent Deum suum.

22 Memores esse debent, quomodo pater noster Abraham tentatus est, et per multas tribulationes probatus, Dei amicus effectus est.

23 Sic Isaac, sic Iacob, sic Moyses, et omnes qui placuerunt Deo, per multas tribulationes transierunt fideles (Iudith 8,21-23).

Visitas eum diluculo et subito probas illum (Iob 7,18).

Ipse vero scit viam meam. et probavit me quasi aurum, quod per ignem transit (Iob 23,10).

1 Después de todo esto quiso Dios probar a Abraham, y llamándole, dijo: Abraham...

2 Y le dijo Dios: Anda, coge a tu hijo, a tu unigenito, a quien tanto amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto...

21 Pues ahora, hermanos, por cuanto sois los ancianos en el pueblo de Dios, y de vosotros depende el ánimo de ellos, alentad con vuestras palabras sus corazones, que se acuerden que nuestros padres fueron tentados, para que fuesen probados si de veras honraban a Dios.

22 Deben acordarse cómo fué tentado nuestro padre Abraham, y probado con muchas tribulaciones, fué hecho amigo de Dios.

23 Así Isaac, así Jacob, así Moisés, y todos los que agradaron a Dios, pasaron fieles por muchas tentaciones.

Para que le visites cada día y a cada momento le pruebes.

Mas ya que El conoce mis marchas y mis paradas, que me escudrifie y me acrisole como el oro.

Ponme a prucba, (oh Yavél, y examínamc, acrisola mis cntranas y mi corazôn.

Escudrinamc, joh Dios!, y examina mi corazôn, pruébamc y examina mis pensamientos.

El horno prueba los vasos del alfarero, la prueba del hombre es su tribulación.

Tu, joh Señor!, me conoccs; tû me ves, tû penetras los sentimientos de mi corazôn para contigo.

Yo, Yavé, que penetro los corazones y pruebo los riûones para retribuir a cada uno segûn sus caminos...

Muchos seran purificados, emblanquicados y depurados...

El que quiera venir en pos de mi, nieguesc a si mismo y tome su cruz y sigamc.

Entonces os entregaran a los tormentos y os mataran, y scréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi nombre.

Estad alerta: Os entregaran a los sandedrines y en las sinagogas seréis azotados, y comparccercis ante los gobernadores y los rcycs por amor de mi, para dar testimonio ante ellos.

Pero antes de todas estas cosas pondrán sobre vosotros las manos y os perseguiran, entregdndoos a las sinagogas y metiéndooos en prisiôn, conduciéndooos ante los .reyes y gobernadores por amor de mi nombre.

Si me persiguieron a mi, también a vosotros os perseguiran...

A fin de que nadie se inouiete por estas tr'bulaciones. Bien sabéis que para eso estamos.

Y todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jcsûs sufriran las persecuciones.

Proba me, Deus, ct tenta me: ure renes meos ct cor meum (Ps. 25,2).

Prohn me, Deus, ct scito ebr meus: interroga me ct cognosce semitas meas (Ps. 138,23).

Vasa figuli probat fornax, ct homines iustos tentatio* tribulationis (Eccli. 27,6).

Et tu, Domine, nosti me, vidisti me ct probasti cor meum tecum... (1er. 12,3).

Ego Dominus scrutans cor, et probans renes; qui do unicuique iuxta viam suam... (1er. 17,10).

Eligentur ct dealbabuntur, ct quasi ignis probabuntur multi... (Dan. 12,10).

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me (Mt. 16,24).

Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos: ct eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum (Mt. 24,9).

Videte autem vosmetipsos. Tradent enim vos in conciliis, et in synagogis vapulab:tis, et an'c praesides, ct reges stabitis propter me, in testimonium illis (Mc. 13,9).

Sed ante haec omnia inficient vobis manus suas, et persequentur tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges, et praesides propter nomen meum (Lc. 21,12).

Si mc persecuti sunt, ct vos persequentur... (Io. 15,20).

Ut nemo moveatur in tr'b'ila,:onibus istis: ipsi enim scitis quod in hoc positi sumus (1 Thes. 3,3).

Et omnes, qui pie volunt vivere in Christo Iesu, persecutiones patientur (2 Tim. 3,12).

Fide obtulit Abraham Isaac, cum lentaretur, et unigenitum offerebat, qui suscepit repromissiones (Hebr. 11,17). Por la fe ofreció Abraham a Isaac cuando fue puesto a prueba, y ofreció a su unigénito, el que había recibido las promesas.

Ego Ioannes frater vester, et particeps in tribulatione, et regno et patientia in Christo Iesu... (Apoc. 1,9). Yo, Juan, vuestro hermano y compa-
fiero en la tribulación, en el reino y en la paciencia en Jesús...

B) LA TRIBULACIÓN VIENE EN PROVECHO NUESTRO

Beatus homo qui corripitur a Deo: increpationem ergo Domini ne reprobis (Job 5,17). ¡Dichoso el hombre a quien castiga Dios! No desdices, pues, el castigo del Omnipotente.

Si ambulavero in medio tribulationis vivificabis me: et super iram inimicorum meorum extendisti manum tuam et salvum me fecit dextera tua (Ps. 137,7). Cuando estoy en medio de la tribulación, preservas mi vida, extiendes tu mano contra la ira de mis enemigos y tu diestra me salva.

Quem enim diligit Dominus, corripit: et quasi pater in filio complacet sibi (Prov. 3,12). Porque al que Yavé ama, le corrige, y aflige al hijo que le es más caro.

Confirmantes animas discipulorum, exhortantesque ut permanent in fide: et quoniam per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei (Act. 14,21). Confirmando las almas de los discípulos y exhortándoles a permanecer en la fe, diciéndoles que por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios.

Tentatio vos non apprehendat nisi humana: fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id, quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum ut possitis sustinere (1 Cor. 10,13). No os ha sobrevenido tentación que no fuera humana, y fiel es Dios, que no permitiera que seáis tentados sobre vuestras fuerzas: antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla.

Ego quos amo, arguo et castigo. Aemulare ergo, et poenitentiam agite (Apoc. 3,19). Yo reprendo y corrijo a cuantos amo: ten, pues, celo y arrepiéntete.

C) POR ELLA CONOCEREMOS a Dios y la eterna felicidad

Cumque quaesieris ibi Dominum Deum tuum, invenies eum: si tamen toto corde quaesieris, et tota tribulatione animae tuae (Deut. 4,29). Allí buscaras a Yavé, vuestro Dios, y le hallarás si con todo tu corazón y con toda tu alma le buscas.

Cerca está el Señor de aquellos que tienen el corazón atribulado: y a los humildes de espíritu los salvará.

luxta est Dominus iis qui tribulato sunt corde: et humiles spiritu salvabit (Ps. 33,19).

El que no ha sido probado, ¿qué sabe? El hombre de mucha experiencia, muchas cosas pensará; y el que muchas cosas aprendió, hablará con inteligencia.

Qui non est tentatus, quid scit? Vir in multis expertus, cogitabit multa: et qui multa didicit, enarrabit intellectum (Eccli. 34,9).

¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?

Nonne haec oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam? (Lc. 24,26).

Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezamos con Él para ser con Él glorificados.

Si autem filii, et heredes: heredes quidem Dei, coheredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur (Rom. 8,17).

Llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.

Semper mortificationem Iesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Iesu manifestetur in corporibus nostris (2 Cor. 4,10).

Pues por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable...

Id enim, quod in praesenti est momentaneum et I^{esu} tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis... (2 Cor. 4,17).

Vernos a Jesús coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte...

Videmus Iesum propter passionem mortis, gloria et honore coronatum... (Hebr. 2,9).

D) Hay que sufrirla con paciencia y alegría

Permanece a su lado en el tiempo de la tribulación para que tengas parte de su ventura.

In tempore tribulationis illius permanet illi fidelis, ut in hereditate illius coheres sis (Eccli. 22,29).

n Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mi:

n Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos mentientes propter me:

12 alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros.

12 gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis. Sic enim persecuti sunt prophetae, qui fuerunt ante vos (Mt. 5,11-12).

Ellos se fueron contentos de la presencia del consejo, porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús.

Et illi quidem ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Iesu contumeliam pati (Act. 5,41).

Media autem nocte Paulus et Silas | Hacia medianoche, Pablo y Silas, pues-
orantes laudabant Deum: et audie- | tos en oraciôn, alababan a Dios, y los
bant eos qui in custodia erant (Act. | presos les oían.
16,25).

Non solum' autem, sed et gloria- | Y no sôlo esto, sino que nos gloriamos
mur in tribulationibus: scientes qued | hasta en las tribulaciones, sabedores de
tribulatio patientiam operatur (Rom. | que la tribulaciôn produce la paciencia...
5>3).

Spe gaudentes: in tribulatione pa- | Vivid alegres con la esperânza, pacien-
tientes: orationi instantes (Rom. | tes en la tribulaciôn, perseverantes en la
12,12). | oraciôn...

Quod in multo experimento tri- | Que la gran tribulaciôn con que ha si-
bulationis abundantia gaud.i ipso- | do probado abundo en gozo y su extre-
rum fuit, et altissima paupertas eo- | mada pobreza se convirtiô en riqueza de
rum abundavit in divitias simplici- | su liberalidad.
tatis eorum (2 Cor. 8,2).

Qui nunc gaudeo in passionibus | Ahora me alegro de mis padecimientos
pro vobis, et adimpleo ea, quae de- | por vosotros y suplo en mi carne lo que
sunt passionum Christi, in carne | falta a las tribulaciones de Cristo por su
mea pro corpore eius, quod est | cuerpo, que es la Iglesia.
Ecclesia (Coi. 1,24).

Nam et vinctis compassi estis et | Pues habéis tenido compasiôn de los
rapinam bonorum vestrorum, cum | presos y recibisteis con alegría el despojo
gaudio suscepistis, cognoscentes vos | de vuestros bienes, conociendo que te-
habere meliorem, et manentem | niais una hacienda mejor y perdurable,
substantiam (Hebr. 10,34).

2 Omne gaudium existimate, | 2 Tened, hermanos míos, por sumo
fratres mei, cum in tentationes va- | gozo veros rodeados de diversas tentl-
rias incideritis: | ciones:

3 scientes quod probatio fidei | 3 considerando que la prueba de
vestrae patientiam operatur (Iac. | vuestra fe engendra la paciencia.
1,2-3).

Beatus vir qui suffert tentatio- | Bienaventurado el varôn que soporta la
nem, quoniam cum probatus fue* | tentaciôn, porque probado, recibirá la co-
rit, accipiet coronam vitae, quam | rona de la vida que Dios prometiô a
repromisit Deus diligentibus se (Iac. | los que le aman.
Gla).

E) La tribulaciôn, prueba divina

Et quia eras acceptus Deo, neces- | Y porque cras acepto a Dios, fué neces-
se fuit ut tentatio probaret te (Tob | sario que la tentaciôn te probasc.
12,13).

Quoniam probasti nos, Deus: igne | Tû, ¡oh Dios!, nos has probado, nos
nos examinasti, sicut examinatur | has examinado como se examina la plata.
argentum (Ps. 65,10).

Tú me has hecho probar muchas angustias y tribulaciones; pero de nuevo me darás vida y de nuevo me sacarás de los abismos de la tierra.

Me llamaste en la tribulación y te saqué, y te hablé oculto entre los truenos, te probe en las aguas de Meriba.

El crisol para la plata, la hornaza para el oro, mas los corazones los prueba Yavé.

5Después de un Egero castigo seran colmados de bendiciones, porque Dios los probó y los halló dignos de sí.

6 Como el oro en el crisol los probó, y le fueron aceptos como sacrificio de holocausto.

Pues el oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios en el crisol de la tribulación.

Al que terne al Señor no le sobrevendrá desgracia, y si es puesto a prueba, el Señor le librará.

Yo pondré al fuego este tercio y le fundiré como se funde la plata, y le acrisolaré como se acrisola el oro, e invocaré mi nombre y yo le escucharé. Yo dire: Este es mi pueblo, y él dirá: Yavé es mi Dios.

Y nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios por vuestra paciencia y vuestra fe en todas vuestras persecuciones y en las tribulaciones que soportáis.

Porque en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es capaz de ayudar a los tentados.

Para que vuestra fe, probada, mas preciosa que el oro, que se corrompe aunque acrisolado por el fuego, aparezca digna de alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo...

Quantas ostendisti mihi tribulationes multas et malas: et conversus vivificasti me, et de abyssis terrae iterum reduxisti me (?s. 70,20).

in tribulatione invocasti me, et liberavi te: exaudivi te in abscondito tempestatis: probavi te apud aquam contradictionis (Ps. 80,8).

Sicut igne probatur argentum et aurum camino: ita corda probat Dominus (Prov. 17,3).

5In paucis vexati, in multis bene disponentur: quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se.

6Tamquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos... (Sap. 3,5-6).

Quoniam in igne probatur aurum et argentum, homines vero receptibiles in camino humiliationis (Eccli. 2,5).

Timenti Dominum non occurrent mala, sed in tentatione Deus illum conservabit, et liberavit a malis (Eccli. 33,1).

Et ducam tertiam partem per ignem, et uram eos sicut uritur argentum, et probabo eos sicut probatur aurum. Ipse vocabit nomen meum, et ego exaudiam eum. Dicam: Populus meus es; ipse dicet: Dominus Deus meus (Zach. B»9).

Ita ut et nos ipsi in vobis gloriamur in Ecclesiis Dei, pro patientia vestra, et fide, et in omnibus persecutionibus vestris, et tribulationibus, quas sustinetis (2 Thes. 1,4).

In eo enim, in quo passus est ipse et tentatus, potens est et eis, qui tentantur, auxiliari (Hebr. 2,18).

Ut probatio vestrae fidei multo pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem in revelatione Iesu Christi (1 Pctr. 1,7).

SECCION IL COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

El cardenal Schuster escribe que las partes variables de esta misa han sufrido numerosos cambios, lo cual implica que, aunque no constituya un rompecabezas de ideas, tampoco hay en ella un pensamiento dominante, salvo el general de esta etapa litúrgica: Dios ha nacido entre nosotros.

El evangelio recuerda los antiguos tiempos, cuando los misterios de la infancia y vida oculta del Señor aún no se habían segregado, para celebrarlos en distintos días, y se agrupaban todos en torno a la Navidad. Al domingo de hoy le correspondía la presentación del Niño Jesús y la purificación de María, la cual por cierto se trasladó al 2 de febrero para sustituir a las fiestas paganas de la purificación de Roma (cf. infra, sec. 8.a, X).

En cambio, la epístola (léase hoy casualmente o de intento, como hace notar el mismo cardenal) viene a ser muy oportuna, porque recopila un pensamiento, tan común en los Santos Padres, respecto a la Natividad del Señor: Cristo nació y murió para conseguir nuestra filiación divina.

El *graduati* es un canto en honor de Cristo (Ps. 44,3 y 2). El *introito* (Sap. 18,14-15) nos recuerda la figura sangrienta del ángel exterminador, que apareció en el silencio de la noche para degollar a los primogénitos de Egipto. Este Primogénito presentado hoy en el templo «nos libra a todos con la sangre de la cruz».

Indicadas, pues, las salvedades anteriores, podemos advertir, entre todos los pensamientos de la liturgia de hoy, dos hitos principales: la filiación divina en la epístola, y la presentación en el templo, con la profecía de Simeón, en el evangelio.

En la presentación y en la profecía aparece el carácter esencial de Cristo, Víctima propiciatoria. La Iglesia quiere que desde el primer momento sepamos a qué viene al mundo el Hijo de Dios.

IL APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) *Epistola*

a) Sentido general

La Epistola a los Gálatas se propone un fin específico y concreto. Los gálatas, convertidos por San Pablo en su primera misión apostólica (Act. 14), recibieron después la visita de ciertos pseudodoc- tores judaizantes, que les inculcaron la obligatoriedad de la ley mo- saica. Debido a ello, el argumento de toda la epistola se concentra en el propósito de mostrar la superioridad de la ley nueva sobre la antigua, puesto que los ritos mosaicos representaban sólo figu- ras vacías de realidad, mientras que los de Cristo son *Uenos*.

En el primer capítulo el Apóstol expone a los gálatas la apostolicidad de su misión y les amonesta de que, aun cuando recibieran la visita de un ángel, no le hagan caso, si les predica en contra de la fe recibida.

En el segundo, declara que su doctrina sobre la caducidad de la ley ha sido confirmada por los demás apóstoles con tal segu- ridad, que en una ocasión en que Pedro, por no escandalizar a cier- tos judíos, comenzó a obrar de modo distinto, Pablo se lo echó en cara.

El pensamiento del tercer capítulo viene a ser, sumariamente expuesto, el siguiente: Si los judíos son hijos de Abraham, nosotros también lo somos, sin necesidad de someternos a la ley. A Abra- ham se le hizo una promesa por su fe. Pues nosotros poseemos esa misma fe y somos herederos de su promesa. Después de Abraham se promulgo la ley, que no ha anulado ni modificado lo prometido. La ley no fue más que un pedagogo (el esclavo que conducía al hijo del Señor a la escuela) que nos ha ido sosteniendo y llevando a Cristo, después de cuya venida sobra el pedagogo. Nosotros nos unimos con Abraham por medio de la fe en Cristo presente, ya que la promesa se le hizo por su fe en el Cristo futuro.

En el capítulo cuarto expone el Apóstol una metáfora muy suya. Los que vivían bajo la ley eran *menores de edad*, porque sus ritos no estaban *Uenos* de gracia. Nosotros, en cambio, hemos alcanzado la plenitud de la edad de hijos de Dios. Y así como el niño no se diferencia del esclavo, nosotros, adultos ya, somos libres y no estâ- mos sujetos a la dura coyunda de la ley judía.

b) El texto

De los textos sólo hay uno de mayor dificultad. Es el versículo 3, donde se dice que los judíos vivían esclavizados bajo los *elementos del mundo*. La mayoría de los comentaristas entienden por estos elementos los ritos vacíos del judaísmo, y la palabra *mundo* la in- terpretan como pueden. Desde luego, parece referirse a los ritos ju-

daicos, pues en el versículo 9 el Apóstol pregunta a los gálatas cuál puede ser la razón de que quieran retomar a ellos, y sabemos ciertamente que a donde volvían los gálatas era a la antigua ley. Así, pues, estos elementos vacíos y pobres quizá puedan llamarse del mundo, porque consistían en la ofrenda de seres puramente materiales.

c) Distribución y sentido de la perícopa

Puede distribuirse en tres partes. En la primera se establece que la ley mosaica fue una especie de minoría de edad. En la segunda se afirma que hemos recibido, mediante el nacimiento de Cristo—motivo litúrgico probabilísimo de su lectura—, la filiación divina. En la tercera se atribuye esta filiación a la presencia del Espíritu Santo en nosotros.

1. La minoría de edad (v. 1-3)

Durante el periodo de nuestra niñez hemos vivido bajo la esclavitud de los elementos del mundo, porque un niño en nada se diferencia de un siervo, ya que no es dueño de su libertad.

Hemos indicado en qué consiste la minoría de edad de la ley mosaica. Pero, como toda minoría de edad, debe terminarse cuando llega el tiempo prescrito por la ley, y en este caso por el Padre. Cuando el Apóstol escriba a los corintios volverá a utilizar la metáfora de la niñez—aun cuando sobre asunto muy diverso—y siempre con la misma idea: *cuando llegué a ser hombre dejé, como inútiles, las cosas de niño* (1 Cor. 13,12).

2. La plenitud de los tiempos (v. 4-5)

San Pablo indica: 1) *el tiempo en su plenitud*, o sea una vez cumplido el plan divino, después de la promesa de Abraham, la ley, los profetas y la historia entera de Israel; 2) *la venida de Cristo como enviado de Dios*. Bover (cf. *Teología de San Pablo*, en BAC, p. 169) hace notar que, si fue enviado, preexistía, y considera a este texto fundamental en la teología trinitaria paulina. Sobre esta venida dice además el Apóstol que fue *de una mujer*, para recalcar su naturaleza humana, y *bajo la ley*, bajo el judaísmo, con lo que unió, por lo tanto, a los judíos y a los hombres todos; 3) Cristo vino *como judío* para redimir a los judíos de su ley, y *como hombre*, para hacernos a todos hijos adoptivos.

3. El envío del Espíritu Santo (v. 1-3)

Para conseguir esta filiación, fue enviado el Espíritu Santo, que es quien nos hace orar, como tales hijos, llamando al Padre.

d) Pensamientos

El central es la adopción de hijos, conseguida mediante la encarnación del Hijo de Dios. Puesto que reservamos para las fiestas del ciclo de Navidad la exposición completa de nuestra elevación al orden sobrenatural, en ellas podrá verse la doctrina sobre la filiación detenidamente expuesta por Terrien. Notemos que esta

fillaçiôn la a.canzamos gracias a que Cristo naciô *de una muier* Mana da a Jesus su naturaleza humana, mediante la cual rec bii mos la dmmzac'on de la nuestra. Luego existe una relaclon **tec** ta de maternidad espiritual entre Maria y nosotros

La libertad, la verdadera libertad, es alcanzada por la fe Pn u
Cristo.

B) Evangelio

En la santa misa se lee tan sôlo una parte de la escena evangélica, la que recoge la profecía de Simeon y las manifestaciones de Ana. En cambio, se anaden los ultimos versiculos, compendio de la vida oculta en Nazaret.

Aunque el dia de la Purification de Nuestra Sefiora no es festivo, suele celebrarse en muchos lugares. y apenas existe una iglesia donde no se dedique algun culto a los dolores de Maria, el primero de los cuales ocurre al ser presentado el divino Infante en el templo. Por eso, no nos limitamos al trozo dei evangelio leído en la misa, sino que expondremos todo el pasaje.

El hecho de que litûrgicamente se lea solo un trozo, no siempre quiere decir que el pensamiento de la Iglesia y de la liturgia prescindiera de los necesarios complementos anteriores o posteriores. En cambio, la parte relativa a la vida oculta de Nazaret la dejaremos para el domingo siguiente.

a) La escena

Hay en ella un argumento central: la purification de Nuestra Sefiora y la redenciôn del nino. Alrededor de ese nucleo surgen diversos acontecimientos que le aſiaden matices especiales, como el encuentro de Simeon y de Ana y las palabras de uno y otro.

Al explicar los textos indicaremos la existencia de dos leyes, relativas, una, a la purification de toda mujer que acaba de dar a luz, y otra, a la redenciôn de los primogenitos. Ninguna de estas leyes obligaba a la Sagrada Familia, que quiso. sin embargo, cumplirlas.

A los cuarenta dias del nacimiento, José y Maria emprendieron el viaje a Jerusalén. Llevaron al Nifio por devociôn, pues no era obligatorio.

Nadie que desde el atrio de las mujeres hubiese visto llegar al templo a aquella sencilla pareja de jôvenes casados, habria podido suponer el misterio que iba a cumplirse.

Siglos antes Zorobabel reedificô el templo, y sus paisanos lloraron recordando la opulencia del de Salomon y comparândola con la pobreza del que se construia. Enfonces apareciô el profeta Ageo: No lloréis, les dijo, porque si grande fué el templo de Salomon, mayor lo serâ éste, pues a *él vendra el Deseado* (Ag. 2.8). *c* Quién pudiera pensai en tan sencillo y humilde cumplimiento de la profecía? Salomôn inauguro el templo con toda pompa y majestad, pero ahora Dios mismo es el que viene, sin fiestas ni aparatos.

El Espiritu Santo moviô a Simeon a ir al templo, y El mismo le iluminô para que entre las numerosas mujeres que acudian a

purificarse distinguiese a la Virgen. El anciano sacerdote se adelanta, coge al Niño entre sus brazos y pronuncia el *Nunc dimittis* (Lc. 2.29). Vuelve a entregarlo a María, como a persona principal; Te describe el oficio de su Hijo y la suerte que a ella misma aguarda. Ana, de-tail* muy femenino, había con todos los justos que andan por allí.

Deniô de formarse un erupio en torno a la Sagrada Familia, puesio que el evangelio dice claramente que las palabras de Ana fueron dirigidas *a cuantos esperaban la redención de Israel* (Lc. 2,38), esto es, a personas fieles, de las que hay que suponer lo iueran también a la gracia de esta profecía.

Todos, pues, en grupo, asâtieron a la purificación de Nuestra Señora. Atravesaron el patio de las mujeres, para Hegar al lugar de los sacrificios, en donde, si no les era permltido el acceso, por lo menos podían tomar parte en la ceremonia, separados únicamente por una pequeña balaustrada.

En ese momento ocurriô el acto mäs importante del día, cuyo hondo significado probablemente entendieron muy pocos: Jesûs fué ofrecido al Padre. Todas las demás escenas resultan secundarias, y pudiéramos decir que la misma vida de Cristo Nuestro Señor se deduce del ofrecimiento.

Las facetas de Cristo, si no infinitas, aparecen múltiples, adorables todas ellas. Pero indiscutiblemente hay que considerar como principal la de inmolarse como víctima de un sacrificio. Cristo es el cordero. Según la voluntad del Padre, según las profecias, según el desarrollo histórico de su vida, comenzada por el ofrecimiento hecho en el seno de su Madre y culminada en la cruz, Cristo viene al mundo para ofrecerse como hostia inmolada. Ahora bien, junto a ese carácter de víctima piacular, Cristo encarna también la figura dei sacerdote, cuyo ofertorio es necesario y esencial en el sacrificio.

ôCuando hizo Cristo la oblación de su vida? Ciertamente que en la cruz. Ciertamente que al celebrar el sacrificio de la primera misa, indivisible del de su muerte. Pero ciertamente también sus treinta y três años de permanenda en la tierra constituyeron un ofertorio continuo, que si en ocasiones fué virtual, en otras debiô alcanzar la intensidad dei acto. Ya hemos aludido a su primer ofrecimiento (Hebr. 10.5). ôNo parece natural que ahora, cuando el sacerdote judío, representante del pueblo ante Dios, toma a Cristo' para ofrecerle al Padre, esté Cristo repitiendo ese ofertorio y que allí, por ministerio de un hombre, acaso rutinario y distraído, se consume de un modo oficial la ofrenda dei sacrificio único y eterno? Ya no quiere Dios los de toros y otros animales. Ligeramente levantado entre cielo y tierra, estâ el cuerpo del Hombre-Dios, y junto a El, como después al pie de la cruz, María, que se asocia al ofertorio.

Cristo es de Dios, según el ritual hebreo, y precisa rescatarlo. María paga cinco siclos—según Ricciotti (cf. *Vida de Jesucristo*, 249), algo mäs de unas veinte liras oro, esto es, de cuatrocientas a quinientas pesetas actuales, jornal de mäs de veinte días de trabajo de Sah José—, y acaso asiste al sacrificio de las palomas que entregô al sacerdote en el momento de la purificación.

El evangelio no dice nada mäs, y quien quiera reconstruir otros sentimientos y escenas, como la despedida de los ancianos, ha de recurrir a la imaginación. Lo que podemos asegurar es que ni esta visita ni la adoración de los pastores alcanzaron gran resonancia

en la ciudad. No mucho después llegarán los Magos, y enfonce el pueblo y los notables se conmoverán ante la noticia del nacimiento del Rey.

b) Los textos

1. Lo que prescribía la ley

Así que se cumplieron los días de la purificación conforme a la ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, según está escrito en la ley... que todo varón primogénito sea consagrado al Señor, y para ofrecer en sacrificio, según lo prescribe en la ley..., un par de tórtolas o dos pichones (Le. 2,22-24).

Las leyes son dos, una, relativa a toda parturienta, y otra, a los hijos primogenitos. La primera figura, promulgada en el Levítico (c. 12). A los cuarenta días, el nacido varón, y a los ochenta, la hembra (cômpuro relacionado con los conceptos biológicos de aquellos tiempos sobre la gestación), la mujer debía purificarse, pues desde el momento del parto se la consideraba inmunda, tanto civil como moralmente. En el orden civil, porque Moisés convirtió en religiosas numerosas prácticas higiénicas, continuando la tradición de su raza, y moralmente, porque aun cuando no hubiera quizá en el Antiguo Testamento una idea clara y precisa de la existencia del pecado original, sin embargo, cierta sombra de tristeza y culpa acompañaba al nacimiento del ser humano, tan celebrado y deseado por otra parte.

Aplicando otra ley del Levítico (5,11), la madre para purificarse de su mancha debía de ofrecer un cordero y un pichón, o en caso de pobreza, dos pichones o dos tórtolas (animales castos y puros, dirán todos los comentaristas), uno por la mancha legal y otro en holocausto.

La segunda ley observada por la Sagrada Familia es la del rescate de su primogénito. Cuando el ángel exterminador hubo acabado con todos los de Egipto, Dios se reservó para sí, como consagrados, a todos los primogénitos, varones o machos, hombres o animales, de Israel (Ex. 13,11). Ahora bien, esta consagración y pertenencia divina en cuanto a las personas hubiera sido imposible de observar, y por ello la misma legislación promulgada en el desierto prevé el modo de rescatarse. común a todos los primogénitos varones. El recién nacido sería cosa de Dios y a Dios se lo ofrecería el sacerdote, pero después los padres lo rescataban mediante el pago de cierta cantidad. que ya hemos dicho consistía en cinco siclos (Ex. 34,20). En cambio, Dios se reservó, en sustitución de los primeros nacidos. a todos los levitas (Num.. 8,14-18).

2. Ninguna de estas leyes obligaban a Jesús y a María

La concepción y parto de Nuestra Señora no fueron acompañados de ninguna de las manchas legales que fundamentaban la ley. Donde no hay mancha no puede haber purificación. Cristo no tenía por qué ser ofrecido al Padre, en el sentido en que lo eran los mismos Judíos, ni por qué ser rescatado. En la primitiva Pascua, Cristo estaba representado por el cordero, y el pueblo, por los primogénitos que se salvaron mediante su sangre. No tiene. pues, el Salvador que redimirse como los salvados.

3, ¿Por qué, pues, se ofrecieron?

La pregunta ha motivado innumerables respuestas, no por piadosas menos exactas. Para darnos ejemplo de obediencia humilde a las leyes divinas...

Pidiéronle al Señor en otra ocasión que pagara el tributo del templo y dijo a Pedro: *¿Qué te parece?... Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran censos y tributos? ¿De sus hijos o de los extraños? . . . Luego los hijos son libres. Mas para no escandalizarlos, anda...* (Mt. 17,25-27).

La obediencia de María no busca excusas, aun cuando supone una humillación para ella. Inmaculada, parecerá manchada; madre virgen de Dios. pasará por una madre corriente. Su hijo habrá de someterse a las leyes comunes. El primer paso de la santidad y gran parte de ella misma consiste en el cumplimiento exacto de la ley.

4. María ofrece a Dios lo mejor que tiene y lo que más le cuesta

Nuestros ofrecimientos han de ser sin reservas. María ofrece a su hijo. Ejemplo para las madres.

La Iglesia guarda también la costumbre de presentar a los niños recién nacidos, ceremonia en la que la madre da gracias a Dios y pide la bendición del cielo para, su prole.

5. Jesús rescatado por cinco siclos

Cinco siclos: éste es el precio del rescate del Hombre-Dios. La sangre de Cristo, tal es el precio del rescate del hombre... El Cristiano conoce su dignidad. *Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo* (1 Cor. 6,20).

Cristo fué ofrecido como primicias. Ofrecele tú a Dios lo mejor de tus pensamientos, palabras y acciones. No los rescates. Déjâselos a Dios.

6. «Había... un hombre llamado Simeon, justo y temeroso de Dios» (Le. 2,25)

En griego *piadoso*, ευλαβή.

La piedad y la religión adoman la vejez. Nada más repugnante que el anciano impio, ni más triste que el despreocupado de Dios y de su salvación.

7. «El Espíritu Santo estaba con Él» (Ibid.)

El evangelio parece indicar algo más que la inhabitación de la tercera Persona en el hombre justo, y lo confirma con la promesa recibida y el hecho de que fuera guiado al encuentro del Señor.

8. «Esperaba la consolación de Israel» (ibid.)

Esperaba fiado en las profecías con fe firme, y en premio de su fe recibe la promesa del Espíritu Santo, que le afirma más y más.

La verdadera esperanza se fundamenta en la fe; *es la fe la firme seguridad de lo que esperamos* (Hebr. 11,1), y florece en buenas obras de caridad. Cristo ha sido presentado mil veces en el Antiguo

Testamento como consuelo de Israel, y en Israel, de toda la tierra *Consolad, consolad a mi pueblo*, dice Isaías (40,1; 51,12; 61,1, etcétera). *Por Cristo abunda nuestra consolation*, afirma San Pablo (2 Cor. 1,15).

Para los judíos carnales este consuelo representaba la liberación de extranjeras opresiones y quizá la vida en una tierra que manara leche y miel. Para los judíos espirituales significaba el consuelo de la liberación del pecado.

Cristo continúa siendo el consuelo de todo mal. Del mal mayor, del pecado, del que nos libra su sangre; del castigo que está dispuesto a perdonarnos siempre, de las tribulaciones...

9 «Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte» (Le. 2,26)

«En griego se indica que tenía prendas», dice Maldonado (cf. BAG, *Com. a San Marcos y San Lucas*, p. 406). En realidad el verbo $\chi\rho\eta\alpha\alpha\tau.\zeta^* p$ en voz pasiva, que ya en Plutarco, Luciano y otros autores significaba, hablando de oráculos, escuchar una respuesta, en la zo.vij vino a expresar recibir un aviso por la intervención divina (cf. Mt. 2,12 o Apoc. 10,22, etc.). Tráase, desde luego, de una verdadera revelación, la cual aseguro al anciano sacerdote que vería con sus propios ojos lo que tantos desearon ver.

Según Maldonado (ibid.), las causas de la elección de Simeón fueron su santidad, su don de profecía, su ancianidad y su ardiente esperanza, indicadas todas ellas en el evangelio. Párecenos que la segunda causa es más bien un premio otorgado a sus condiciones. En cambio, la primera y cuarta resultan fácilmente imitables. Con ellas conseguiremos ver a Dios, ya que la promesa es cierta e infalible para todos los que perseveran.

10. «Movido del Espíritu Santo, vino al templo» (Le. 2,27)

El Espíritu Santo es su guía; el templo, su refugio; la fe, su consolación; el temor de Dios, su vida; Cristo, su alegría; la muerte, su deseo.

11. «Los padres» (ibid.)

«Suele hablar muchas veces la Sagrada Escritura conforme al modo de opinar de los hombres de cada época... Así, también María misma llama luego a José padre de Cristo» (cf. Maldonado, ibid., p. 407-408).

12. «Simeón le tomó en sus brazos» (Le. 2,28)

Demostración de amor. Dios va más allá de lo prometido. Prometió que vería al Mesías, y se lo coloca entre los brazos.

¿Cuáles fueron los efectos de agradecimiento y amor de Simeón? En la sagrada comunión nos unimos a Cristo más íntimamente que él.

13. «Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo»...
? (Le. 2,29)

Es el *Nunc dimittis*... No creemos necesario desentrañar sus palabras una por una. El sentido parece obvio: ya puedes dejar que muera, pues has cumplido tu palabra y mi muerte estará llena de paz y de alegría.

El que abraza a Cristo, esperanza de vida etema, promesa de resurrección corporal, hostia por nuestros delitos, ¿temerá la muerte? Feliz la dei Justo. Feliz la del que en sus últimos mementos recibe la visita del Santo Viático y puede morir en paz porque ha visto la salud.

14. «Luz para iluminación de las gentes»
(Le. 2,32)

He aquí al verdadero profeta. Los judíos no habían asimilado la idea de la universalidad cristiana. *Tengo otras ovejas que no son de este aprisco* (Io. 10,16). Para el judío, esas ovejas eran *las gentes*. Muccio trabajo le costó a San Pedro entender la misión sin límites (Act. 10,11ss).

Cristo es la luz, y con ese nombre se le designa muy frecuentemente (cf. Io. 1,9; 8,12; 9,5; 12,35).

15. «Gloria de tu pueblo, Israel» (Le. 2,32)

Puestos a distribuir luz y gloria, la luz la necesitaban más bien los gentiles, que andaban en tinieblas; la gloria pertenece al pueblo de Israel, patria y progenie de Cristo. Pero Cristo es gloria también de toda la humanidad. primogénito de los hombres.

16. «Su padre y su madre estaban maravillados...»
(Le. 2,33)

Saber de qué se asombraban es querer desentrañar el misterio, que Dios nos ha conservado oculto, de qué sabían y qué no sabían sus padres sobre Cristo. Ciertamente que en las palabras de Simeon no había nada nuevo, pues no parece creíble que lo fuera para María la universalidad de la redención. Su asombro consistió en ver como Simeon y Ana hablaban demostrando conocer al Señor, que tan oculto se había presentado.

17. «Simeón los bendijo» (Le. 2,34)

Los felicitó por un niño tan extraordinario (cf. Maldonado, *ibid.*, 414)

18. «Y dijo a María, su madre» (Le. 2,34)

Dirigese a María porque es la que había de vivir en el momento de la contradicción y la que había de unir sus dolores a los de Cristo. No importa que José muera, María ha de llegar hasta el Calvario.

19. «Caída y levantamiento de muchos en Israel»
(Le. 2,34)

En Israel, porque un hebreo había normalmente de su pueblo; porque la caída principal, como la principal contradicción. «han de venir del pueblo judío. Pero todo ello no quiere decir que Israel no alcance el sentido típico de siempre y que la profecía de Simeón se detenga en la muerte del Señor, sin mirar a todos los siglos en los que se ha ido cumpliendo. En este sentido han predicado casi todos los Padres y autores.

Caída y levantamiento que dependen de la acogida que se dispense a Cristo, y aquí oeuve comentar las palabras de *está destina-*

do o está puesto, χεῖται, según el texto griego. «Estai puesto no significa que Dios lo haya enviado con este fin, para que tropezasen algunos en El... Quiere indicar que de tal modo caerán algunos y se levantarán otros por su causa, como si hubiera venido ex profeso... Las expresiones de esta clase que se encuentran en la Escritura no significan un designio o determinación de Dios, sino un suceso tan cierto que pueda atribuirse a un decreto divino» (cf. Maldonado, *ibid.*, 414-415).

Dios quiere que todos los hombres sean salvos (1 Tim. 2,4), pero la mala disposición de los que no desean recibir la luz hace decir al Salvador: *Yo he venido al mundo para un juicio, a fin de que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos* (Io. 9,39).

La frase de Simeon parece inspirada en Isaías (8,13-15).

20. «Sefial de contradicción... y una espada atravesará tu aima» (Lc. 2,34-35)

Sobre las mil interpretaciones—algunas de ellas harto peregrinas—que se han dado a estas palabras, parece oportuno mencionar el juicio de Maldonado (*ibid.*, 420): «Resulta a veces más concertada la sentencia dei vulgo que la de los sabios, porque buscando con más sencillez la verdad, la encuentra más fácilmente.»

La sefial de contradicción es el blanco a que apuntan las flechas, y cuando se había al pueblo no tenemos por qué andar discurriendo sobre si la contradicción consiste en la disputa entre los flecheros por ver quién dispara antes o cualquier otra cosa por el estilo. Siendo cierto, afirma Maldonado (*ibid.* 417), «que Simeón prénedit) significar la pasión y muerte de Cristo cuando dijo *una espada atravesará tu aima*, ninguna otra interpretación se puede acomodar sino ésta».

No creemos necesario insistir en este punto, uno de los más trillados por todos los oradores católicos. Cristo ha sido, desde la persecución de Herodes, el blanco perpetuo de contradicción. Contradicción en los pueblos, en las doctrinas, en nosotros mismos. Contradicción tan perenne, que no puede explicarse sin la intervención de otro poder sobrenatural opuesto.

Mas por venir muy a propósito respecto a las persecuciones, trasladamos unas líneas de Maldonado (*ibid.* 421-422): «Lo mismo vemos que sucede hoy día cuando padece Cristo. esto es, su cuerpo místico, que es la Iglesia, entre los infleles y herejes, maxime en Inglaterra, donde unos mueren por la fe y otros reniegan de ella».

El cristiano. hombre de Cristo y que reproduce en su vida los misterios de Aquél. siente dentro de si mismo esta contradicción. Su aima libre debe decidirse. Feliz de ella si abraza a Cristo con rradlcho y sufre la contradicción de sus pasiones sujetas.

Maria, al pie de la cruz. culmina su vida. Desde este momento el dolor perpetuo de la certidumbre anticipada de la Pasión amargará todas las horas de su existencia. Maria repite el *fiat* (Lc. 1,38), y acepta. como su Hijo, todos los dolores. Puede llamár^ela mártir, porque no solo sufre por Cristo. sino con Cristo; porque la *com-pasión* es su martirio.

Las tribulaciones vo'untarlamente aceptadas nos asemejan a Cristo y a Maria. Podemos darles el carácter expiatorio y de holocausto que alcanzaron los dolores de ambos, y sobre todo ver en ellas la voluntad del Padre.

21. «Una profetisa, Ana» (Lc. 2,36)

Cuidadosamente se anotan los detalles de su familia, su castidad prolongada, su vida de oración y penitencia y su apostolado.

Es notable el interés que desplegaron los padres del protestantismo en desvirtuar cuantos ayunos y mortificaciones aparecen en el Evangelio, lo mismo los de Juan que los de Ana, que los del Señor. Aun hoy se nota en muchos neoconversos cierta repulsión hacia las mortificaciones exteriores.

22. «Se volvieron a Galilea» (Lc. 2,38)

Acostumbran los evangelistas narrar a continuación hechos muy distantes en el tiempo cuando quieren omitir lo acaecido en el entretanto.

Marcharon, sí, a Galilea, pero después de recibir a los Magos y huir a Egipto.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

Todo ha sido creado para el hombre

El 26 de febrero del año 387, al principio de la Cuaresma, el pueblo de Antioquia se subleva contra un tributo impuesto por el emperador Teodosio, comete mil desmanes y llega a arrastrar las estatuas de César. Vuelta en sí la ciudad, tiene ser arrasada como castigo, y mientras el obispo corre a Constantinopla a pedir perdón, el Crisostomo—en esta ocasión mereció tal nombre—, de unos cuarenta y dos años de edad y predicador oficial de Antioquia, pronuncia sus 21 homilias cuaresmales, llamadas de las Estatuas (cf. PG 49,15-222). Su argumento principal es consolar a los antioquenos y mejorarlos, tornando pie de la tribulación que atraviesan. Hacia la Pascua llega la noticia del indulto imperial conseguido por el obispo Flaviano.

Espigamos la doctrina del Crisostomo a lo largo de cada una de sus homilias.

A) *Consolar, oficio del sacerdote*

Llevo muchos días consolándoos, pero he de perseverar en el mismo argumento, pues los médicos no abandonan la herida hasta que está curada. Sean mis palabras esponjas y ungüentos que os sanen. «¿Os espantan los jueces? Pues por eso mismo deben consolar los sacerdotes. ¿Amenazan los magistrados? Pues por eso os sostiene la Iglesia. Tal ocurre con los niños cuando llegan a sus casas atemorizados por el castigo de los maestros; las madres los acarician, enjugan sus lágrimas, y, aliviada la pena, les convencen para respetar a sus preceptores» (Hom. 6,1: PG 49,81).

B) *Todo, hasta la tribulación, está ordenado por Dios para el bien del hombre*

Pretende probar el Crisostomo que toda la Escritura sirve de consuelo. Por ello, sin necesidad de fundarse en textos especiales, asegura que construirá hoy su discurso de aliento basándose en el trozo escriturario que de antemano le tocaba comentar. Era el primer versículo del Génesis: *Al principio creó Dios los cielos y*

la tierra (Gen. 1,1). De versículo aparentemente tan alejado del asunto, deduce el Crisostomo que, siendo el fin de la creación colocar al hombre como rey de ella para hacerle feliz, todo cuanto ha sido creado por Dios. hasta los mismos castigos, hasta el infierno, se ordenan al bien de la humanidad.

a) El universo, creado para nosotros

«Oídme con cuidado, porque cuando hayáis entendido que todo cuanto se ve, el cielo, la tierra, el mar, el aire, las aguas y las estrellas, las dos grandes laminarias del firmamento, las plantas, los cuadrúpedos, las aves y los peces, todo en general ha sido creado por Dios para vuestro bien, no podréis por menos de sentir os inundados de consuelo y admirar esta insigne prueba del amor de un Dios, que crea y ordena un mundo tan grande y tan hermoso para ti, que eres tan pequeño».

Recorre y admira la grandeza de la tierra y la mesa tan regalada..., y, lo que es más notable todavía, piensa que todo ello lo hizo no por tus méritos, sino por su bondad. Te creó Dios a imagen suya, esto es, dándote la primacía total sobre el mundo, y constituyéndote en rey no electivo ni por conquista, sino natural del universo. Fabricó un paraíso para tu residencia y te infundió un alma inmortal para que gobernaras todas las cosas.

b) Hasta los castigos son fruto de la benignidad divina

«Dios es bueno siempre, no solamente cuando honra y beneficia, sino cuando corrige y castiga... Si fuera bueno sólo cuando nos dnaltece y no cuando nos sanciona, sería bueno a medias... Ciertamente que así ocurre entre los hombres, porque obran con pasión y furor, pero Dios no está sometido a tales pasiones, e igualmente manifiesta su bondad cuando nos muestra el cielo como cuando nos amenaza con el infierno».

Si no amenazase con él, muchos a quienes el premio lejano no conmueve, no llegarían a conseguirlo. Por eso procura despertar las almas con la perspectiva de las eternas penas. «Aunque el infierno sea contrario al reino de los cielos, uno y otro se dirigen al mismo fin: a salvar al hombre; el uno atrayéndole con su aliciente, el otro como empujándolo hacia el cielo y corrigiendo, con el temor, la negligencia humana» (ibid. 2).

No prolongo mi discurso en balde, sino para que cuando nos amenacen calamidades de cualquier orden sepamos que son obra del amor divino. Si hasta los padres corrigen a veces duramente por un motivo semejante, mucho más debemos pensar que Dios nos castiga para nuestro bien.

c) Ejemplo de AdAn, corregido por Dios en su culpa

Os demostraré lo que vengo diciendo sólo con la frase que dijo Dios a Adân inmediatamente después de su pecado: *Adân, tdônde estas?* (Gen. 3.9).

Exigia la razón que Adân lo perdiera todo y sufriera fulminante castigo, pero «Dios ni abominô ni aborreciô al ingrato, antes vino a él como el médico al enfermo». Ni aun siquiera envlô a un ângel, sino que se presentó El mismo a «levantar al caído en tierra, y a solas se acercô al hombre, como a un amigo infortunado que se halla en gran adversidad». No manda jueces que tomen declaración al reo, ni le reprende como se merecía, diciéndole: «¡Oh malvado e infelicismo, que, gozando de mi benevolencia y honrado con tan alta dignidad de rey, puesto al frente de todo lo visible, sin mérito alguno por tu parte, con prendas de mi solicitud y pruebas verdaderas de mi providenda, has preferido confiarte al demonio, malvado y enemigo de tu salvación, antes que a tu Señor y tutor! ôTe ha dado él algo como yo? ôNo crié para ti el cielo y la tierra?... ôY tû has tenido por más dignas de crédito unas palabras, una promesa llena de fraude, que las obras recibidas de mi benéfica providencia, y te has entregado a él y pisoteado mis leyes?»

En vez de reprenderle así, le llama por su nombre, como para inspirarle confianza; le hace salir de su escondrijo, «hablándole El primero, cortando con su llamada gran parte de la ansiedad, alejando el temor, provocándole a cobrar confianza y libertad, para así conducirle a limpiarse de sus males y alcanzar el perdón. A esto se ordena todo el proceso del paralso».

Los jueces se limitan a condenar el crimen. «Dios, empero, cuando se enfrenta con un pecador, no piensa en cómo dictar castigo, sino en cómo corregirle y hacerle mejor e inexpugnable para el futuro. Juez, médico y maestro en una pieza, porque como juez inquiere, como médico sana y como maestro adoctrina» {Hom. 7,3: PG 49,94-96).

C) Las tribulaciones apartan del pecado

¡Cómo has cambiado. Antioquia! No hay ya borrachos ni libertinos, las calles aparecen desiertas: el foro, sin gente, Las Iglesias, atestadas. La tribulación fué el mar bravo que obligé a refugiarse en puerto seguro. «Demos gracias a Dios del provecho conseguido. Sin prueba no hay corona, sin lucha no hay premio, sin tribulación no hay descanso». La semilla no brota mientras no pasa por ella el invierno. Invier-

no de penas y lluvia de lâgrimas obligan a las almas a segar en el estio. *Qui seminant in lacrymis, in exultatione metent* (Ps. 126,5). Es necesario romper muy hondo el corazôn con el arado de las tribulaciones para que el arrepentimiento perdure. *Rasgad vuestros corazones, no vuestras vestiduras* (loel 2,13).

«Pues si ahora que padecemos trlbulaclôn no cambiamos, ôcuândo llegaremos a compungirnos? ôAcaso cuando venga el perdon (imperial) y la paz tranquila? No. El sosiego y la paz vuelven a los hombres perezosos; los trabajos despiertan e impuLsan a reflexionar al alma desparramada por el exterior y dlstraida».

a) En ELLAS SE CONOCE A LAS ALMAS

Aprovechemos la trlbulaclôn, pues en ella se conoce a las aimas. El lodo y el heno se secan y consumen en el fuego; el oro se purifica. Del mismo modo los corazones (*Hom. 4,1: PG 49,59-61*).

«No es el ataque recio de los males lo que arruina nuestra salvaciôn, sino la pereza de nuestro espiritu». Edificô el uno sobre arena y el otro sobre pledra (Mt. 7,24-27). Sobre ambas edificaciones vinieron las lluvias, pero no fueron ellas, sino la imprudencia del que edificô sobre arena, lo que arruinô la casa. Job, tentadd, saliô mäs fuerte (lob 1,16-22). Los ârboles robustos se afianzan con el viento.

b) ¿ES LARGO EL TIEMPO DE LA TRIBULACIÔN?

Pues sabed «que Dios puede disiparla en un solo dia, pero la mantiene hasta que nos ve totalmente purgados, hasta que se cerciora de nuestra transformaciôn por el efecto de una penitencia firme y constante». El oro permanece en el crlsol hasta que queda limpio por completo. El citarlista templa la cuerda hasta que la considera afinada y a punto. Abandonémonos en las manos de Dios, pues «nuestro trabajo radica en convertirnos, y el de Dios en poner término a los males présentes. El desea mäs que tû apagar el fuego, pero espera el momento oportuno para tu salvaciôn». Del descanso nacieron estos trabajos, y de los trabajos ha de provenir el descanso. No siempre ha de perdurar el invierno, pero sin invierno, sin nieves y sin tormentas no llegarâ la siega abundante (ibid. 2-3). N-adle debe temer al bisturi de la tribulaciôn, sino a la pustula del pecado.

D) La tribulaciôn nos recuerda el cielo y éste nos sostiene en ella

a) NOS RECÜERDA EL CIELO

«Si de veras viviéramos una vida de ayuno, vigilia y escasez; si recortâramos nuestras absurdas concupiscendas, moderando los placeres, y soportâramos las penalidades de la virtud, a imitaciôn de Pablo, corrigiendo nuestro cuerpo y obligândole a servir (1 Cor. 9,27); si no secundâramos los deseos de la prudencia carnal y siguiéramos la estrecha y escarpada senda, desearíamos ardentemente los bienes futuros», como los anhelan los anacoretas penitentes vecinos de Antioquia.

Como no vivimos de este modo, «Dios nos dépara vida molesta y trabajosa, para que, empujados por el malestar présente, apetezcamos la dicha venidera. Porque si a pesar de tantas tristezas, temores y desasosiegos como suelen envolvernos por todas partes, nos encontramos tan a gusto en la présente vida, ôqué ocurriría si no existieran? ôCuândo nos acordariamos del cielo?» {Hom. 6,3: PG 49,85).

Dios, para que los jüdios desearan ir a la tierra prometida, les hizo pasar antes mil trabajos en Egipto (Ex. 1,14). «También a nosotros, apegados a la tierra y ansiosos de lo présente, nos hace amargos nuestros días para que no menospreciemos y olvidemos los futuros».

ôQué tiene de bueno este mundo? Solo que nos sirve para ganar el cielo. «Pues si viviendo no hemos de agradar a Dios, mejor será morir»...

«No conceptuemos dichosos a los que viven ni lloremos por los que mueren; lloremos sólo por los pecadores, vivos o muertos. Los justos son felices»...

«No estés consternado. El que sufre por causa de Dios, merece alabanza; pero el que padece algo injustamente y sobrellevândolo con generosidad da gracias a Dios, que lo permite, no es inferior al otro» (ibid. 4).

b) El PENSAMIENTO DEL cielo nos sostiene

«El cristiano debe diferenciarse del infiel en que lo soporta todo con generosidad, levantando su ánimo con la esperanza de lo venidero y mostrândose superior al impetu de los males humanos. Firme está sobre la pena, inexpugnable a las olas. Si se encrespan no podrân anegarle los pies, porque está muy por encima. No decaiga nuestro espíritu. A Dios le importa nuestra salvaciôn más que a nosotros mismos y

se preocupa más que nosotros de que no padezcamos ningún mal funesto e irreparable (*Hom.* 2,3: PG 49,57).

«Si tienes a Dios por amigo, aun cuándo caigas en un horno no desesperes; pero si lo tienes por enemigo, aunque vivas en un paraíso no confíes. En el paraíso residía Adán; irritó a Dios y no le sirvió de nada; en el horno estaban (los três jóvenes) y nada les perjudicó el fuego. En el edén vivía Adán y por su culpa fué derribado. En un muladar yacía Job y porque vigilaba venció... No fué el lugar lo que aprovechó a los moradores, ni su vileza les hizo daño» (*Hom.* 4,5; PG 49,66).

E) Motivos por los que Dios permite la tribulación de los justos

Dios permite que los santos sufran penalidades por muchos motivos.

a) Para que no se ensoberbezcan

Bien me ha estado ser humiilado, para aprender tus mandamientos (Ps. 118,71). San Pablo sufre las bofetadas de un ángel de Satanás (según el Crisóstomo, infieles y perseguidores) para que *a causa de la altura de mis revelaciones yo no me engria* (2 Cor. 12,7). Aunque justos, son hombres, y nada puede envanecerlos tanto como considerar sus méritos.

b) Para que los demás no los reputen dioses

Me abstengo (de gloriarme) para que nadie juzgue de mí por encima de lo que en mí ve (2 Cor. 12,6). *¿Qué os admiráis de esto?*, exclamaba San Pedro ante los Israelitas, absortos por la curación del cojo. *¿Qué nos miráis a nosotros, como si por nuestro propio poder o por nuestra piedad hubiéramos hecho andar a éste?* (Act. 3,12).

c) Para que brille el poder de Dios, que pos sostiene con su gracia

Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder (2 Cor. 12,9) y que verifica sus obras por medio de hombres encadenados y débiles, cómo liberó a Pablo, si que él, entre grillos y cepos, pudiera hacer nada.

d) Para que su paciencia demuestre que no sirven a Dios
POR RECOMPENSA HUMANA

El demonio pudo decir a Job: *¿Acaso terne Job a Dios de balde?* (Job 1,9). Pero cuando le vió santo en un muladar, hubo de callarse derrotado.

e) Para que pensemos en la resurrección y en el cielo
»

«Si el hombre no puede despedir a sus trabajadores sin retribuirles el jornal, mucho menos podrá disponer Dios que quienes trabajaron y sufrieron por El queden sin premio». La tribulación dei justo demuestra la existencia de la otra vida.

f) Para que sirvan de consuelo a los demás hombres

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan... (Mt 5,11). Os habéis hecho imitadores de las iglesias de Dios, pues habéis padecido de vuestros conciudadanos lo mismo que ellos de los judíos... (1 Thés. 2,14). Otros soportaron irrisiones y azotes; aún más, cadenas y cárceles... (Hebr. 11,36).

g) Para que imitemos a los santos

La comunión de sentimientos nos prueba que los santos tenían nuestra misma naturaleza. No nos disculpemos de imitarles. Santiago (5,17) decía que *Elias hombre era semejante a nosotros*.

h) Para que distingamos a los verdaderamente dichosos
DE LOS MISERABLES

Feliz San Pablo, que dice: *Pasamos hambre, sed y desnudez, somos abofeteados y andamos vagabundos* (1 Cor. 4,11). David describe la abundancia de los pueblos que viven en la mentira y la iniquidad (Ps. 143.11-15), y al final comenta: *Bienaventurado el pueblo que tiene esto. Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor*.

l) Para perfeccionarnos en la santidad incrementando
LA ESPERANZA EN DIOS

La tribulaciôn produce la paciencia; la paciencia, la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza, y la esperanza no quedard confundida (Rom. 5,3-5). El oro en el crisol... (Eccli. 2,5).

j). Para que nos arrepintamos de nuestros pecados

Véase el distinto fin de Lâzaro y el rico epulôn: *Acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Ldzaro recibiô males, y ahora él es el aqui consolado y tû eres atormentado* (Le. 16,25).

κ) Para que obtengamos mayor premio

«Cuanto más se intensifican las tribulaciones, tanto mayores son las recompensas». Segûn San Pablo (Rom. 8,10): *Los sufrimientos del tiempo presente no son nada en comparaciôn con la gloria que ha de manifestarse en nosotros* (Hom. 1,6-10: PG 49,23-29).

F) Exhortaciôn

ôTe has arruinado? Acuérdate de Job y «da gracias al Señor, que, pudiendo evltarlo, no ha querido, y así recibirâs la misma paga que si todo lo hubieras entregado a los indigentes. ôVives en la pobreza? Acuérdate de Lâzaro, que vivlô pobre... a pesar de toda su virtud; acuérdate de los apôstoles, de los profetas y santos, y verâs que todos se encuentran entre los atribulados y afligidos y no entre las riquezas o la dicha».

Da gracias al Señor, que te hizo como ellos, no porque te aborreclera, slno porque te amaba. No hubiera permitlido tantas amarguras si no te hubiera querido extraordinariamente.

Los ladrones no escarban donde sôlo puede haber paja, slno en donde sospechan que se encuentra el oro. El demonlo persigue a los que dlsfrutan el oro de la virtud. «Donde hay virtud hay tentaciôn; donde hay limosna, envidia». Por eso murlô Abel, que, ademâs de la corona de sus sacrlficlos puros, alcanzô la del martlrio. Por defender a los judios hubo de huir Molsés, por adorar a Dios fueron arrojados los très jô-

venes en el horno. *Hijo, si te das al servitio de Dios, prépara tu ânimo a la tentation* (Eccli. 2,1).

Nadie trlunfa en la pelea sin recibir heridas. Tu luchas con el demonio... Dios no te ha prometido el premio aqui, sino en el siglo venldero. éPadeces? Alégrate. El premio futuro aumenta. «No desmayes ni aflojes. Insiste con mâs contento y gallardîa». Los apôstoles se alegraban en los azotes y en las cârceles. San Pablo en sus prlsiones, en sus naufragios, predicaba con mâs ahinco.

ôEstorba el diablo tus buenas obras? ^Naufragas cuando llevas tus limosnas en el barco? Pablo, que iba a Roma a llevar la limosna mil veces mâs estimable de su palabra, naufrago también; *Satanâs nos lo estorbô* (1 Thés. 2,18). Pero «cuantas veces fuéremos estorbados, otras tantas comencemos nuestras obras espirituales, pues Dios permite tales obstáculos para que mejor le demuestres tus deseos y tu amor. El que ama verdaderamente, nunca cesa en lo que complace al amado. El flojo, si, ése retrocede a la primera acometida» (ibid. 10-11: PG 49,30-32).

II. SAN AGUSTIN

Redenciôn y persecuciones

Los primogénitos redimidos eran figura de Cristo, Unigénito y Redentor. Todos los escritores suponen que, en el instante de presentarse en el templo, Jesûs, personalmente en su interior y exteriormente por medio de su Madré, renovo, el ofrecimiento que hiciera de su cuerpo el dia de la Encarnacion (Hebr. 10,5-7). Las palabras de Simeôn también nos hablan de sacrificio y de dolores.

Todo ello brinda la ocasiôn para presentar la faceta principal de la fiesta que se conmemora: Cristo es el cordero que nace para morir por el pecado. Asi, pues, seleccionamos la doctrina de San Agustîn sobre esta materia.

A) *Cristo nace para morir por el pecado*

a) El pecado fué el motivo de la venida de Cristo

En un sermon sobre San Juan Bautista dice incidentalmente San Agustîn que Cristo bajô al mundo para sanar el pecado: «El Cristo habia de venir a nosotros con un cuerpo; el Cristo mismo, no un ângel, un enviado u otro cualquiera, sino *viene El mismo, y El nos salvarâ* (Is. 35 4)... Debia El nacer con un cuerpo mortal y ser pequehuelo: debia ser reclinado en un pesebre de bestias, fajado con papales... y, en fin, entregado como victima de la muerte... ôQulén habla de humi-

llarle así? El Excelso... No busques en la tierra términos de comparación; elévate sobre los astros, y cuando hayas llegado a las jerarquias angélicas, ellas te dirán: Sube más. Acércate a los tronos, dominaciones, principados y potestades, y te dirán a su vez: Más, sube aún más, porque nosotros somos también criaturas... Sobrepasa la creación entera... Como no puedes sobrepasarla corporalmente, despliega las alas de tu fe y sube hasta el Creador... y contempla allí: *En el principio era el Verbo* (Io. 1,1). Jamás fue creado; existía ya en el principio...» Pues bien, ése ha venido a nosotros..., a los indignos, *a morir por los impios* (Rom. 5,6)... Y cómo vino? *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Io. 1,14) «De haber venido sólo con su divinidad, ¿quién podría soportar su majestad...? Para no dejarnos en lo que éramos, se revistió El, no de lo que nosotros éramos por la culpa, sino de lo que teníamos de naturaleza; porque, aunque vino a los hombres en naturaleza de hombre, no vino a los pecadores hecho pecador. De los dos elementos de nuestra humanidad: naturaleza y culpa, tomó el primero y sanó el segundo... y así, hombre manifiesto y Dios escondido, apareció entre los hombres» (*Serm. 293, 5: PL 38,1330-1331 y BAC, Obras de San Agustín, t. 7, p. 883*).

1. Bajó del cielo para que nosotros subamos a él

En su diálogo con Nicodemo (Io. 3,1-21), Jesús dice que bajó del cielo para que nosotros subamos a él. Bajó para morir y para esto se revistió de carne mortal. La serpiente del desierto es figura de Cristo en la cruz. Cristo, el médico que vino a curar el pecado. Si alguno es juzgado por él, será porque rehusó su medicina, porque las tinieblas rechazan a la luz.

Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo (Io. 3,13)... recibiendo el cuerpo de Adán por medio de María..., ¡jea, pues, hermanos! Dios quiso ser hijo del hombre y que los hombres fueran hijos de Dios. Bajó para que nosotros subiéramos...; pero si El es el único que sube, ¿qué esperanza nos queda a los demás? Nuestra esperanza se funda en que El bajó para que, hechos unos con El, subamos todos con El y por El...

2. Su muerte nos libró de la muerte

Bajó y murió, y su muerte nos libró de la muerte; muriendo, la mató... Nacimos mortales de un hombre mortal, nacimos para morir los que pudimos ser inmortales...; pero Jesús, el Hijo de Dios, el Verbo de Dios. por el cual han sido hechas todas las cosas (Io. 1,3), el único que es igual al Padre, se ha hecho también mortal y *habitó entre nosotros* (Io. 1,14).

Tomó la muerte para colgarla de la cruz y librar a los hombres. Los judíos en el desierto moraban a la serpiente y se curaban (Num. 21,8-9); las mordeduras eran imagen de

nuestros pecados, y la serpiente salvadora, de Cristo Nuestro Señor, Que se hizo carne para sanarnos (lo. 3,14-15).

3. No vino a juzgar, sino para salvar

Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvado por El (lo. 3,17). El médico, en cuanto estaba de su mano, vino para curar al enfermo; fué el enfermo quien, al no observar las prescripciones, se dlô la muerte. Vino el Salvador al mundo para salvarlo; ôno quieres aprovecharte de su salvaciôn? Pues tû mismo te juzgarâs, porque *el que créé en El no es juzgado; el que no créé ya estâ juzgado, porque no creyô en el nombre del Unigénito de Dios* (lo. 3,18)... *Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron mâs las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas* (ibid. 3,19)... *El que obra la verdad* (lo. 3,21) *viene a la luz para que sus obras sean manifiestas, pues estân hechas en Dios* (In lo. Evang., tr. 12, c. 3,8-13: PL 35,1488-1490).

«Ninguna ora causa impulsé mâs a Cristo a venir al mundo que salvar a los pecadores. Si se suprimen las enfermedades y las heridas, la medicina no tiene razôn de ser. Si, pues, un gran médico bajô del cielo, es porque habia un gran enfermo que curar, todo el mundo». Y no todos se curaron, pues los judios, orgullosos, no se reconocieron enfermes, y de las cien ovejas resultaron la unica que se quedô fuera dei redii.

4. Vino a salvar lo que estaba perdido

«*El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido* (Le. 19,10), porque todos **habian** muerto desde que uno pecô, hasta que vino uno limplo de pecado y salvo a todos, menos a los que, por su soberbia, se creian sanos estando enfermos, que es lo peor que puede acontecer...» En su enfemedad llegaron a perder la cabeza y a golpear; ôqué dlgo golpear?, a herir; ôqué digo herir?, a matar al mlsmo médico. Pero El, mientras moria, era mâs médico aún; mientras le golpeaban, seguia curando... Peligroso es este padeclimiento, que hace perder la cabeza con su fiebre y reir cuando Importa llorar...

Y no me digan que puesto que Jesucrlsto no vino a salvar a los justos, sino a los pecadores, es preferible pecar para gozar de su amor, porque entonces habré de contestarte: Si has conocldo al médico, ôpor qué no ternes a la enfermedad? El médico visita a los enfermos, pero para que dejen de estarlo (*Serm. 175, 1-3: PL 38,945-947*).

b) Cristo vino a morir por el pecado de sus enemigos

Al entregar el credo a los catecúmenos en la ceremonia adecuada, San Agustín les resume la doctrina de la fe, cuya idea central consiste en proclamar que el Hijo de Dios se hizo hombre para morir por nosotros.

Después de cantar las excelencias de la concepción eterna y de la virginal, anade: «Maravilla todo ello porque es divino, resulta inefable porque es inescrutable. Ni los labios del hombre son capaces de describirlo, ni su corazón de escudrificarlo... Prodigioso nacimiento este... Piensa, hombre, que es lo que tu Dios hizo por ti y el Creador por la criatura. Piensa que Dios, permaneciendo Dios, eterno, viviendo con el Eterno, Hijo igual que el Padre, sin embargo no juzgó indigno de sí tomar *forma de siervo* (Phil. 2,7) por los pecados de los siervos. No lo hizo ciertamente porque lo mereciéramos, ya que nuestras culpas sólo podían merecer castigo. Si las hubiese examinado, ¿quién hubiera podido presentarse delante de El?»

1. Se hizo hombre por los impíos y los pecadores

«Digámoslo de una vez, se hizo hombre por los impíos, por los siervos pecadores... Y por si acaso os pareciera poco encontrar a Dios revestido de la carne humana por los hombres, al justo por los pecadores, al inocente por los reos, al rey por los cautivos, al señor por los esclavos, sabed que se encarnó para ser crucificado y muerto... *Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por los amigos* (Io. 15,13). ¿Crees que esto es cierto? Desde luego, puesto que lo dijo Cristo; pero oye al Apóstol, y encontrarás a alguien que dió mayores muestras de amor. Cristo, dice, *murió por los impíos* (Rom. 5,6). Y en otro lugar: *Siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (Rom. 5,10). Ahí tienes, pues, cómo has encontrado una caridad mayor que la de dar la vida por los amigos, la caridad de Cristo, que se entregó por los mismos enemigos» (*Serm. 215, 4-5: PL 38,1074-1075*).

2. Tomó nuestra carne para ofrecerla por nosotros

San Pedro (Mt. 16.13-23), después de reconocer que Cristo es el Hijo de Dios, intenta disuadirle de que muera, a pesar de que no había venido al mundo para otra cosa sino para morir.

«Le confesó *Hijo de Dios vivo* (Mt 16.16) y le daba miedo que muriese, siendo así que el Hijo de Dios no había venido para otra cosa. Si no hubiera venido a morir, ¿cómo podríamos vivir nosotros? ¿De donde nos ha llegado la vida sino

de aquella muerte? Escucha: *Al principio era el Verbo, y el Verbo eslababa en Dios, y el Verbo era Dios* (Io. 1,1). Busca la muerte allí y verás como no la encuentras. Si encontrases carne o sangre podrias encontrar la muerte, pero ôcômo podrás hallar taies cosas en el Verbo? Y entonces, ôdônde encontraremos nosotros, vlviedo en la tierra mortal, corruptible y pecadora, donde encontraremos la vida? No pudiendo El morlr ni vlvir por nosotros, tomô nuestra muerte para darnos su vida. ôCômo pudo hacerlo? *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Io. 1.14). Tomô la nuestra para ofrecerla por nosotros... *La vida era la luz de los hombres* (Io. 1,4). El fué nuestra vida, nosotros fuimos para El la muerte. ôCômo muriô? No porque tuvlera condiclôn mortal, sino porque se dignô morlr. Porque se dignô, porque quiso, porque se com-padeclô» (*Serm. 232, 4-5: PL 28,1109-1110*).

c) Cristo asumiô la natüraleza humana para poder morir

Cristo, teniendo natüraleza divina, asumiô la humana para poder morir y para que su muerte tuvlera el valor de la Persona divina.

«Creemos que naciô de Maria y del Espiritu Santo, porque e'. que *no reputô codiciable tesoro mantenerse igual a Dios... se anonadô tomando la forma del siervo* (Phil. 2,6-7)... Y así un solo Cristo, un solo Hijo de Dios, no es sôlo Verbo, sino Verbo y hombre, todo El, Hijo de Dios Padre por el Verbo e Hijo del hombre por su humanidad... Convenia que en aquella humanldad que Dios tomô no sôlo se viera al Invisible y naciese temporalmente el Coeterno con el Padre, sino que el Inconmensurable fuese sujeto; el Invencible, colgado de un leho: el Inviolable, clavado, y la vida inmortal, muerta en la cruz. Creamos, pues, lôgicamente y confesemos para nuestra salvaciôn que el mismo Hijo Unigénlto de Dios, Nuestro *Settlor* Jesucristo, es no sôlo un hombre nacldo de mujer, sino también muerto y sepultado. Y slendo todo El Hijo de Dios, Nuestro Seüor Jesucristo, Verbo y hombre, a ese todo se refiere cuanto le ocurriô a su aima cuándo *estuvo triste hasta la muerte* (Mt. 26,38)... y a su cuerpo cuándo fué cruclficado» (*Serm. 214, 6-7: PL 38.1068-1069*).

d) Cristo se encarnô para tener un cuerpo que ofrecer
EN SACRIFICIO

<Fué unglodo rey y sacerdote. Como rey lucha por nosotros; como sacerdote, se ofrece. Cuândo combatia por nosotros, con apariencla de vencido fué el vencedor real, porque cruclficado derrotô al demonlo y fué coronado como nuestro rey. Es

sacerdote en cuanto que se ofreciô por nosotros. El sacerdote debe tener algo que ofrecer, ôy qué víctima pura podía encontrar el hombre? ôQué podía hallar limpio el pecador? ¡Oh inlcuo!» todo lo que tû llevas es Inmundo y por tl hay que ofrecer algo Incontaminado. Bûscaló, y no lo encontrarâs. Dios no se complace ni con corderos, ni con cabrltos, ni con toros. Todo es suyo, aunque no se lo ofrezcas. Y si quieres ofrendar algo puro, no puedes hacerlo, estando, como estâ, manchada tu conciencia... Tiene, pues, que ofrecerse a si mismo el sacerdote limpio para llmpiarnos a nosotros. Eso es lo que hizo Cristo, que, no encontrando nada puro en los hombres para ofrecerlo por ellos, se ofreciô a si mismo. ¡Feliz víctima, verdadera víctima, inmaculada víctima!... Tomô nuestra carne en las entrahas de Maria y la ofreciô limpla por los inmundos. El es el rey y el sacerdote, alegrémonos» (*Enarrat, in Ps 149: PL 37,1952-1953*).

1. Los sacrificios hebreos no eran mâs que anuncios del de Cristo

Los hebreos ofrecían sacrificios que hubieron de César, porque no eran mâs que anuncios del de Cristo. «Aquellos sacrificios eran la promesa y cesaron ante ese cuerpo que conocéis..., ese cuerpo de Cristo Nuestro Señor, que, hablando unas veces en nombre propio y otras en nombre de sus miembros, dice: *No quisiste sacrificios ni oblações, pero me has preparado un cuerpo* (Hebr. 10,5). No quisiste los primeros para hacer tu obra perfecta en éste... Aquéllos eran las señales que prometían, y que hoy se anulan porque ha aparecido la verdad prometida. En este cuerpo (de Cristo) vlvimos, dp este cuerpo participamos...» Cristo hablaba en nombre nuestro cuândo decía que Dios rechazaba los sacrificios y hablaba en nombre propio cuândo dijo (Hebr. 10,5 y 7): *Me has preparado un cuerpo para que te lo ofrezca... Heme aquí que vengo—en el volumen del libro esta escrito de mí—para hacer, ioh Dios!, tu voluntad* (*Enarrat, in Ps. 39: PL 36,441-443*).

2. Dios enviô la carne para salvar a la carne

Lo que era imposible para la ley de Molsés, porque no domlnaba la concupiscenda, lo'ha hecho posible Dios envlendo a su Hijo. «Enviô la carne contra la carne; es mâs, enviô la carne para salvar a la carne. El pecado la matô y la carne misma la librarâ». Cristo se hizo a semejanza de la carne de pecado *para que fuera destruido el cuerpo del pecado* (Rom. 6,6) La muerte y el pecado relnaban en nuestra carne hasta que vino Cristo, en cuyo cuerpo nada pudo encontrar de malo el principe de este mundo (lo 14,30), y vino para pagar nuestra deuda. Figura de ello fué aquella vez que pâgô la contrl-

bución por El y por Pedro, esto es, por la Iglesia (Mt. 17,24-27). Cristo no pagó un tributo que debiera personalmente, como tampoco lo pagó al deshacer la muerte muriendo por nosotros.

3. Se hizo a semejanza de la carne de pecado

Ahora bien, ¿qué quiere decir esto de que Cristo se hiciera a semejanza de la carne de pecado? «Alguna vez os lo he expuesto. Los que se acuerden, meditenlo; los que no lo oyeron, oiganlo, y los que lo olvidaron, recuerden que en la antigua ley se llamaba pecado al sacrificio ofrecido por las culpas... Esa clase de pecado fue Cristo... No tuvo ninguno, pero lo era en cuanto que fue sacrificio ofrecido por los nuestros. En tal sentido hablaba el Apóstol cuando decía: *A quien no conoció el pecado*, esto es, al Señor, *le hizo (Dios) pecado por nosotros, para que en El fuéramos justicia de Dios* (2 Cor. 5,21). Médita dos cosas: justicia de Dios y no nuestra, en El y no en nosotros». En El encontramos la justicia.

¿Y cómo podemos vivir en esta justicia? Luchando contra nuestra concupiscencia. «Todo lo que ella nos hizo pecar antiguamente... fue borrado por el bautismo..., mas quedó en nosotros la lucha con la carne, porque se borró el pecado, pero permaneció la debilidad. Lucha, resiste, no consientas, y se cumplirá aquella frase: *No te dejes llevar de tus codicias...* (Eccli. 18,30).

Porque el apetito de la carne es muerte, pero el apetito del espíritu es vida y paz (Rom. 8,6). *El apetito de la carne es enemistad con Dios y no se sujeta ni puede sujetarse a la ley de Dios*. La carne puede someterse, pero el apetito de la carne, esto es, el vivir según la carne y sus deseos, no podrá nunca, porque ese apetito es una enfermedad, y el hombre puede andar recto, pero con cojera no (*Serm. 155, 6-10: PL 38,843-846*).

e) Nuestra cooperación al sacrificio de Cristo

San Agustín esboza varias veces la idea de que, siendo nosotros miembros del cuerpo de Cristo (lo cual prueba con la conocida frase de *¿por qué me persigues?* [Act. 9,4], dicha por el Señor cuando Pablo perseguía a los cristianos), podemos ofrecer nuestros sacrificios a la vez que los de Cristo; es más, en el sacrificio eucarístico de Cristo somos nosotros ofrecidos también. Además de esto, da cierto valor de sacrificio a las distintas virtudes.

1. Ofrecer penalidades y humillaciones

Vivo triste y el enemigo me aflige a diario con sus tentaciones, haciéndome amar lo que no debo y temer lo que no

qulsiera. El alma, luchando contra una y otra tentaciôn, aunque no caiga, se ve en peligro, y afligida dice: <,*Por qué he de andar en luto bajo la opresiôn del enemigo?* (Ps. 42,2)... Ya has oido la respuesta de Isaías (56,16-17): *por tu iniquidad*. La causa de tus tristezas son tus pecados; ojalâ sea tu santidad la de tu alegría. Hubo un tiempo en que pecaste y no quisiste trabajar, no te importaba ser mjusto...; pues oye ahora el mejor consejo del Salmo: *bien me ha estado ser humillado para aprender tus mandamientos* (Ps. 118,71). «Sean tus humillaciones y penalidades el sacrificio que ofreces por el pecado» (*Enarrat, in Ps. 42: PL 36,477-478*).

2. La oraciôn

Una oraciôn al Dios de mi vida (Ps. 41,9). Este es el gemido del ciervo abrasado por la sed de agua fresca, el deseo del alma apesadumbrada por sus culpas. «Sin embargo, para ofrecer algo a Dios, no he de comprarlo en Ultramar, ni navegar a tierras lejanas para buscarle incienso y aromas que le hagan propicio... Dentro de mi estâ la oraciôn, dentro de mi tengo la victima que he de inmolar, el incienso que encender y el sacrificio con que instar a Dios (Ps. 50,19): *Sacrificio grato a Dios es un corazôn contrito...** (*Enarrat, in Ps. 41: PL 36,475*).

3. El incienso de la alabanza

Yo te debo, ioh Dios!, mis ofrendas votivas, te ofrecere sacrificios eucaristicos (Ps. 55,3). ¿Qué ofreceremos a Dios? ¿Los antiguos animales? No. Busca en tu corazôn el incienso de la alabanza, y de lo escondido de tu buena conciencia ofrece el sacrificio de la fe, y todo ello encléndelo con la caridad. ¿Qué alabanzas puedes dar a Dios? Observa lo que El te ha dado, *porque tu arrancas mi vida de la muerte* (Ps. 55,13), concediéndome aquella vida que anunciaba el Salmo: *Deus, vitam meam annuntiavi tibi...* (Ps. 55,9). Muerto estaba, ahora vivo; por eso, Señor, dentro de mi tengo mis alabanzas que tributar-te. Llamé a mi Dios; nadie puede quitârmelo, ni nadie puede despojarme de la ofrenda que pienso rendirle, porque la llevo escondida en el corazôn.

4. La gratitud

A Job (Job 1,21) le arrebataron todas sus riquezas. pero no pudieron quitarle la acciôn de gracias que ofrecia en su interior: *Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit ita factum est: sit nomen Domini benedictum* (*Enarrat, in Ps. 55: PL 36,659*).

5. La mortificaciôn

Aun cuando vivo ya en el cuerpo de Cristo, sin embargo, llevo un cuerpo pecador. «Enciértrate dentro de tu concien-

cia, exigela castigos, mortificate a ti mismo, y eso será un buen sacrificio que ofrecer a Dios».

*t*Porque, dice el pecador, *no es sacrificio lo que tu quieres; si no te lo ofrecería; ni quieres tampoco los holocaustos.* ¿Qué, pues? ¿No nos queda ningún sacrificio que ofrecer? Si, *el corazón contrito. Dios no desdena un corazón contrito y humillado* (Ps. 50.18-19). Humilia tu corazón, mortifica tu corazón... Cuando eres cruel contigo mismo no te odias, sino que estas siendo justiciero al castigar, aun cuando fuere pecador, tu cuerpo castigado. ¿Ves qué modo de obrar justicia? Desde ese momento te molesta a ti lo que desagrade a Dios y has hecho coincidir tu voluntad con la de El, y cuando te odias a ti mismo no odias la obra de Dios, sino lo que El encuentra odioso en ti. Desde el momento que has empezado a odiar en ti tus obras, que no son precisamente obras de Dios, y has empezado a ser severo contigo mismo, El te regala su misericordia... No creas que el que castiga el cuerpo odia el cuerpo, porque el que castiga un criado o pega a un hijo, no odia ni al hijo ni al criado. Y para hablarte de algo más íntimamente unido. te diré que tu carne es tu esposa, y *nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga, como Cristo a la Iglesia* (Eph. 5.29)... Pues si *la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne* (Gai. 5.17), parece a la esposa, a la que hay que amar y reprender para lograr la concordia mediante la reprensión» (*Enarrat, in Ps. 50: PL 36,598*).

B) Las persecuciones de Cristo y del cristianismo

Con mucha frecuencia San Agustín habla de las persecuciones. A propósito, por ejemplo, de los discípulos de Emaús, dice que Cristo les abre el sentido de las Escrituras y les hace ver que El y la Iglesia forman un solo cuerpo y que uno y otra conviene que triunfen por medio de la cruz. Nos limitaremos a recopilar la *Enarratio* de San Agustín sobre el salmo 69 (cf. PL 36,865-874).

a) Necesidad de la persecución

Comentando el versículo *avertantur retrorsum* (v. 4)..., afirma que oponerse a Cristo, como los herejes, significa querer ir delante de El. Aplica después la doctrina al Príncipe de los Apóstoles, que no quiso entenderlo cuando anunció su Pasión (Mt. 16.13-23).

El Señor, que había llamado *bienaventurado* (Mt. 13,17) a Pedro, inmediatamente le increpa: *Retirate de mi, Satanas*

(ibid. 23). «Por qué? Porque no quiso entender que la Pasiôn era necesaria a Cristo y a todos sus seguidores. «Celebremos, pues, la fiesta de los mârteres, deseemos inmolarnos, y no queramos ser de mejor condiclôn al evltar sufrimientos por la justicia y por la fe, pues ellos no los evitaron» (ibid. 4).

b) LOS MARTIRES FORMAN UN SOLO CUERPO CON CRISTO

«Demos gracias al grano de trigo que quiso multiplicarse muriendo (Io. 12,24), gracias al unico Hijo de Dios, nuestro Salvador Jesucristo, que no desdefiô sufrir la muerte para hacernos dignos de la vida, y que, siendo uno solo, fué tan singular (Ps. 140,10) que tuvo fecundidad suficiente para producir en su Pasiôn multitud de granos, de los cuales nos sentimos alegres al celebrar la fiesta de los mârteres. Muchos son los miembros, mas una sola la cabeza, y todos se sienten a ella unidos por el vinculo de la caridad y de la paz... Un solo hombre son y una la voz de todos ellos que se escucha en el Salmo. Oigamos, pues, cómo sufrieron los mârteres y qué peligros pasaron a través de tempestades colosales, no solo en cuanto al cuerpo, que habian de entregar a la muerte, sino en cuanto a la fe, para no desfallecer entre los acerbos dolores de la persecuciôn o el amor de esta vida y perder lo que Dios les habia prometido, no sôlo con palabras, sino con obras: *No tengais miedo a los que matan el cuerpo, que el aima no pueden matarla* (Mt. 10,28). Trabajaron, pues, los mârteres, pero sin la ayuda del que habia dicho (Mt. 28,20): *Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumaciôn del vpundo*, ciertamente que hubiesen sucumbido» (ibid. 1).

c) Nuestra persecuciôn es la tentaciôn

«Oigamos. pues, a los mârteres y hablémosles con afecto, aunque no padezcamos lo mismo. Ellos recibieron la corona, nosotros todavia pellgramos; porque aunque soportamos las mismas persecuciones que superaron ellos, casi las padeecemos en medio de tantos escândalos présentes. Nunca ha abundado como ahora aquel pecado que hizo clamar al Sefior: *¡Ay dei mundo por los escândalos!* (Mt. 18,7)... Ciertamente que Cristo reina desde el cielo y ha sujetado a su yugo las cervices de los reyes signando sus frentes con la cruz; ya no hay quien se atreva a Insultar el nombre del Sefior. Sin embargo. todavia hemos de gémir (entre ôrganos y músicas), porque aun hay enemigos de los mârteres que los persiguen, ya que no con insultos y tormentos. con su lujuria. Ojalâ tuvléramos sôlo que dolernos de los paganos. Siempre es un consuelo esperar que los que no han recibido la sefial de Crlstô

la alcancen algûn dia y abandonen la furia de sus culpas; pero es que vemos a muchos que, llevando la cruz en la Trench, en la misma frente también muestran la desvergüenza de su lujuria, y aprovechan las fiestas de los mártires, no para honrarlos, sino para insuitarlos (con sus obras). Mientras tanto nosotros gemimos y sufrimos nuestra persecuci n. Si hay alguna caridad en nosotros hemos de decir: * Qu n desfallega Que no desfalezca yo?  Qu n se escandaliza que yo no me abraze?* (2 Cor. 11,29).

No hay, pues, ning n siervo de Dios sin persecuci n, porque muy cierto es aquello del Ap stol: *Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesus sufrir n persecuciones* (2 Tim. 3,12). El diablo tiene dos apariencias: la del león en su impetu y la de la serpiente en su astucia. El le n amenaza y es enemigo malo, la serpiente nos pane asechanzas y lo es también.  Qu n estar  seguro? Aunque todos se hagan ya cristianos, ése convertira el demonio? El demonio no d j  de tentarnos... Clamemos, pues, unanimes diciendo (Ps. 69,2): *Ven, ioh Dios!, a librarme*» (ibid. 2).

d) Oraci n por los perseguidores

Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi vida (Ps. 69,3). San Agustin interpreta o acomoda esta frase al deseo que anima a los mártires de que sus perseguidores, esto es, los que buscan su vida, se conviertan y reverencien a Cristo. Esta es la oraci n, que dice J sus, ya como cabeza, ya por medio de sus miembros: *sean confundidos y avergonzados los que buscan mi vida* (Ps. 69,3) para darme muerte.  C mo piden tal cosa los discipulos del que dijo (Mt. 5,44): *amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen*, y del que en la cruz or  (Lc. 23,34): *Padre, perd nalos, porque no saben lo que hacen?* Si esto lo oyera un m rtir te contestaria: Entiende ml oraci n: todo mi deseo es que se conviertan y reverencien al Cristo que persiguen. Esa es mi venganza. «Saulo persiguió a Esteban (Act. 7,58), pero fué confundido y termin  reverenciando a Cristo... Tal es el deseo de los mártires, porque los que nos persiguen, mientras no sean confundidos, se gloriar n de sus hechos, se pavonear n de habernos prendido, atado, azotado, matado, y nosotros lo que pedimos es que se confundan y averg encen de todos sus hechos y reverencien al Señor, y porque no pueden reverenciarlo si no se confunden primero, pedimos al Señor que sean confundidos» (ibid. 3).

e) Persecución de la herejía y de los que odian
LA RELIGION

«El primer ataque fué el de los perseguidores, pero ahora nos queda la maldad de los pensadores. Distintos son los tiempos y distinta la persecución. Fuerte golpe recibe la Iglesia cuando los reyes la persiguen..., pero han caído los reyes, goza ahora de paz, ha subido al culmen de la dignidad en este mundo, y, sin embargo, no falta la mirada torva de los perseguidores que la hieren con sus pensamientos. En ellos está el demonio como en un abismo y allí ruge aunque no estalle. Admirablemente se pueden aplicar a este tiempo de la Iglesia aquellas palabras: *Vera esto el impio y se llenard de despecho; rechinarà los dientes y se repudrird* (Ps. 111,10). ¿Cómo, atando e hiriendo? No, odiando... También por ellos ora el mártir... cuando dice (Ps. 69,4): *avertantur retrorsum et erubescant qui volunt mihi mala*» (ibid. 4).

f) Persecución actual de los aduladores, que t i e n t a n

«Tenemos que sufrir dos clases de persecuciones: las de los que nos zahieren y las de los que nos lisonjean, y es ciertamente mucho más peligrosa la lengua del adulator que la mano del asesino, ya que la Sagrada Escritura la llama arma de fuego. Ciertamente que al hablar de la persecución afirma que los mártires se probaban *como el oro en el crisol* (Sap. 3.6)...; pero también añade que la lengua de los aduladores es igual: *Como el crisol para la plata y la hornaza para el oro, así es para el hombre la boca que le alaba* (Prov. 27,21). Fuego es uno y fuego es el otro, y de ambos conviene salvarnos...» Te formó la fe y vino la persecución..., y como estabas bien formado, el fuego te hizo más redo...; del mismo modo, si eres alabado y consignes salvarte de la corrupción, has hecho una gran obra. Difícil es lo uno y lo otro. Pidámosle, pues, al Señor que *custodie nuestras entradas y nuestras salidas* (Ps. 120.8; en estas armas, sabiendo que (1 Cor. 10,13) *fiel es Dios, quien no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el éxito para que podamos resistirla* (Ibid. 5).

III. SAN GREGORIO MAGNO

Tiempo de persecución y tiempo de paz

Esta homilia de San Gregorio Magno forma parte de las cuarenta que se conservan del ilustre doctor, dedicadas a comentar los Evangelios (cf. *XL Hom. in Evang.*, l. 2, hom. 32 : PL 76,1232-1238).

A) En la persecución, morir; en la paz, refrenar los deseos

Quien quisiere salvar su vida la perderd, y quien pierda la vida por mi y el Evangelio, ése la salvará (Mc. 8,35). Cuando Cristo es perseguido sangrientamente hay que perder a veces la misma vida, como el agricultor déjá pudrirse la semilla para obtener el fruto.

Pero <como en la santa Iglesia hay tiempo de persecución y tiempo de paz, nuestro Redentor distingue uno y otro en sus preceptos; en tiempos de persecución debemos exponer la vida; en tiempos de paz, matar los deseos terrenos que podamos»... ¿Cuáles son éstos y como se vencen? (ibid. 4).

B) Contradiction entre Cristo y nuestras inclinaciones

Cristo opone su vida a la nuestra y a sus vicios. Opone la castidad a la lujuria, la humildad a la soberbia. Su programa está redactado con estas palabras: *El que quiera venir en pos de mi, niéguese a si mismo...* (Mc. 8,34).

«Tal vez no llegue a costar gran trabajo desprenderse de lo que se posee, pero es sumamente penoso negarse a si mismo» (ibid. 1). Lo mismo que en las luchas circenses hay que ir libre de ropas con objeto de no dejar al enemigo prendas en donde asirse para derribarnos, así hay que luchar con el demonio, desnudos del corazón y de sus afectos terrenos.

Todo estriba en ir abandonando al hombre para dejar sola a la gracia. «Separémonos de nosotros mismos, esto es, de lo que nos hemos por el pecado. y permanezcamos como nos hizo la gracia». El licencioso, el avaro, el soberbio, al aceptar las virtudes contrarias, se niegan a si mismos y siguen a Cristo.

Para seguir a Cristo es necesario contradecirse y *tomar la cruz* (Mc. 8,34), que puede consistir en la mortificación o en la caridad, según que suframos en nuestro cuerpo o en el

alma, al compadecernos de los males del prójimo como si fueran propios. San Pablo da ejemplo (2 Cor. 11,29): *Castigo mi cuerpo y lo esclamo...* (1 Cor. 9,27). *¿Quién desfallece que no desfallezca yo...?* (ibid. 2 y 3).

Ahora bien, el que se mortifica debe cuidarse mucho de no caer en un vicio muy peligroso: la vanagloria.

C) Peligros de la paz: el amor de las riquezas

«Cuando no hay persecución por parte de los enemigos, debemos estar muy alerta para guardar nuestro corazón, porque cuando se vive en paz, sin sufrir vejaciones, suele en seguida la ambición apoderarse de nosotros». Examine cada uno lo breve de la vida y lo poco que se necesita para ella. En vano se lleva mucho equipaje cuando el viaje es corto.

D) Cristo, contradicho por el respeto humano

A veces no estimamos las cosas que perecen, pero «no nos atrevemos a manifestar con claridad la rectitud de nuestro interior, y tanto menos manifestamos la justicia de Dios, cuanto más tememos a los hombres»... El Señor nos da un remedio poderoso (Lc. 9,26): *Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre...* (ibid. 4).

Claro que dirán mis oyentes: Nosotros no nos avergonzamos de la fe de Cristo. Y yo les responderé que eso ocurre porque cuando confiesan su fe, todos los que les oyen son cristianos. «Si el nombre de Cristo no estuviera al presente tan glorificado, no tendría la Iglesia tantos confesores».

Ahora bien, si queréis saber si confesáis claramente a Cristo u os avergonzáis de Él, examinad de veras si dejáis de obrar según Cristo por respeto humano.

«En los tiempos de persecución había que los fieles se avergonzaran, porque eran desposeídos de todo...; pero hoy tenemos otras cosas que nos sirven de prueba», a saber, el seguir paladinamente las enseñanzas del Señor.

«De ordinario tememos ser menospreciados por los hombres», y si por casualidad estamos gravemente disgustados con alguno, quisiéramos reconciliarnos, pero «nos avergonzamos de ser los primeros en dar satisfacción».

Contraponed a nuestra conducta la de Cristo, que nos envió a San Pablo como embajador para exhortarnos y pedirnos que nos reconciliáramos con Él (2 Cor. 5,20), y avergoncémonos de la diferencia que nos ocasiona el respeto humano (JLbid. 5).

San Gregorio termina su homilia proponiendo el cielo como premio a los que sobrellevan y vencen esta contradicción tal y como la soportaron hasta derramar su sangre los mártires, en cuyo templo predica el Santo y de cuyos milagros es testigo presencial (ibid. 6-8).

IV. SAN BEDA

Signo de contradicción

San Beda el Venerable, en el libro primero de sus homilias (cf. hom. 15. *De purificatione Beatae Mariae*: PL 94.79-83), después de explicar la ley y recalar la obediencia y humildad de Maria y del Señor; iras de aludir a la simplicidad de la paloma y la castidad de la tórtola y de incitar al cristiano a ofrecerse, después de la purificación dei bautismo, como hostia saludable en el altar, junto con el cuerpo y sangre del Señor, continúa:

A) Salvación y ruina

a) Puesto esta para caída y levantamiento de muchos (Lc. 2,33)...

«Con júbilo se escuchan estas palabras, que expresan haber sido destinado el Señor a conseguir la resurrección universal, conforme a lo que El mismo dijo: *Yo soy la resurrección y la vida; el que créé en mí, aunque muera, vivirá...* (Io. 11,25). Pero cuán terriblemente suenan aquellas otras: *¡Puesto esta para caída!* Verdaderamente infeliz el que, después de haber visto su luz, queda, sin embargo, ciego por la niebla de los vicios.... porque, según el Apóstol (2 Petr. 2,21), *mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que después de conocerlo abandonar los santos preceptos que les fueron dados.*

b) Para blanco de contradicción (Lc. 2,34)

Lo contradicen los Judios y gentiles, y lo que es más grave, los cristianos que, profesando interiormente al Salvador, le desmienten con sus acclones.

c) Para que se descubran los pensamientos de muchos corazones (Lc. 2,35)

Antes de la Encarnación estaban ocultos muchos pensamientos, pero una vez nacido en la tierra el Rey de los cielos, el mundo se alegró, mientras Herodes se turbaba y con él

toda Jerusalén». Cuando predicaba Jesus y prodigaba sus milagros, se llenaban las turbas de temor y glorificaban al Dios de Israel; mas los fariseos y escribas acogian con rabiosas palabras cuantos dichos procedian de la boca del Señor y cuantas obras realizaba. Cuando padecia Dios en la cruz, se reian con alegría necla los impios y lloraban con justa amargura los pladosos; pero cuando resucitó de entre los muertos y subió a los cielos, se trocó en tristeza la alegría de los malos y se convirtió en gozo la pena de los amigos; y así, conforme a la profecía del bienaventurado Simeón, al aparecer el Señor revestido de carne mortal, se manifestaron *los pensamientos de muchos corazones* (Lc. 2,35)... «Por lo que conviene, hermanos, que cuantas veces observemos que padece la doctrina del cielo por las contradicciones de los que son de corazón duro, imitemos la tristeza de los que, viendo padecer, según la carne, al Verbo divino, se deshacian en compasión y dolor; mas si vemos, por el contrario, acogida con amor entre los fieles la divina palabra y que adelantan en buenas obras ante el Creador universal, gocémonos entonces con los que acogieron alegres la resurrección de Jesucristo y su gloriosa ascension a las alturas».

B) Compunción y amor

«Y adviértase que no en vano se ordenaba sacrificar dos tórtolas o palomas, una en satisfacción por los pecados y otra en holocausto. Pues hay dos géneros de compunción que utilizan los que son fieles a Jesús para inmolarse a si mismos en sacrificio. Ciertamente, según hemos leído en las obras de los Padres, el alma que anhela a Dios se conmueve primeramente por el temor, para dejarse más tarde llevar en alas del amor. Vierte primero abundantes lágrimas, porque al recordar el sinnúmero de sus maldades teme padecer por ellas suplicios eternos, y esto equivale a ofrecer una tórtola o palomino en satisfacción por los pecados; mas, cuando va disipándose el temor, renace cierta seguridad de perdón y el alma queda inflamada por el amor de los celestes gozos. Y el que antes lloraba por el miedo del suplicio, gime ahora amargamente, porque es apartado de su reino; lo cual representa la tórtola o paloma en holocausto...; y hácese holocausto del Señor el que, despreciando lo terreno, considera la suprema bienaventuranza como su único afán, y a su consecución aspira, aun a costa de gemidos y de llanto. Y al contemplar qué sean aquellos angélicos coros, qué la reunion de espíritus bienaventurados, la majestad de la eterna vista de Dios, llora, porque le faltan aquellos bienes imperecederos. con más fuerza que al principio, cuando temia por los eternos

males. Dignese gratamente recibir nuestro doble sacrificio el que perdona los yerros cometidos o los que lloran sus pecados y se afligen por sus culpas, y arda con todo su vigor nuestra aima en vivos anhelos por el acceso a la patria celeste, cuya luz eterna alimenta Jesucristo Nuestro Señor, que vive y relna con el Padre en union del Espiritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.>

V. SAN BERNARDO

La oblaciôn de la Virgen

Eleglmos algunos trozos de los sermones que San Bernardo dedico a la purificaciôn de la Eienaventurada Virgen Mar.a, y que el lector puede ver integros en BAC, *Obras complétas*, t. 2, páginas 629ss. En primer lugar recogemos lo más importante del sermon 3.º, titulado *Del Niño. Maria y José*, y a continuaciôn del 1.º sobre *La triple misericordia*.

A) *Ofrezcâmonos como el nino*

«ôPiensas que no podia la Virgen quejarse y decir: Qué necesidad tengo yo de purificaciôn?... ôQué tiene que purificar en mi la ceremonia legal, habiéndome hecho purisima en el mismo parto inmaculado? Ciertamente, Virgen bienaventurada; cierto, tenéis sobrada razôn; no necesitâis purificaciôn. Pero ôaeaso vuestro Hijo necesita circuncisiôn? Sed, pues, entre las mujeres como una de ellas, porque así también es vuestro Hijo entre los niños. Quiso ser circuncidado, ôy no querrâ también ser ofrecido? Ofreced vuestro Hijo, Virgen sagrada, y presentad al Señor el fruto bendito de vuestro vientre virginal. Ofreced para nuestra reconciliaciôn la Víctima santa y agradable a Dios. Por todos modos aceptará Dios Padre la nueva ofrenda y preciosísima Víctima, de la cual dice El mismo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias* (Mt. 3,17). Pero esta ofrenda, hermanos, parece bastante delicada, ya que solamente es presentado el Niño al Señor; después es redimido con algunas aves y luego se lo llevan. Tiempo vendrá en que no será ofrecido en el templo ni entre los brazos de Simeôn, sino fuera de la ciudad y entre los brazos de la cruz. Tiempo vendrá en que no será redimido con lo ajeno, sino que redimirá a otros con su propia sangre, porque Dios Padre le ha enviado para rescate de su pueblo. Aquél será el sacrificio matutino; éste, el vespertino... Mas de uno y otro puedes entender lo que predijo el profeta: *oblatus est, quia ipse voluit* (Is. 53,7); pues aun ahora fué ofrecido. no por necesidad, no porque estaba bajo el edicto de la ley, sino porque quiso; y en la cruz igualmente fué ofrecido, no porque

lo mereciese ni porque los judios maqlunaron, sino porque El mismo quiso. Te ofreceré voluntariamente un sacrificio, Sefior, porque voluntariamente fulste ofrecido por ml salud, no por tu necesldad.

Pero ôqué ofrecemos nosotros, hermanos, o qué le devolvemos por todos los bienes que nos ha hecho? El ofreciô por nosotros la Victima mâs preciosa que tuvo, no pudlendo darse otra mâs preciosa; hagamos también nosotros lo que podamos, ofrecléndole lo mejor que tenemos, que somos ciertamente nosotros mismos. El se ofreciô a si mismo: ôtù quién eres que dudas ofrecerte? ¡Oh si yo tuviera la dicha de que se dignara recibir mi ofrenda tan grande Majestad! Dos moneditas tengo, Señor, que son el cuerpo y el alma. ¡Ojalâ te las pueda ofrecer en sacrificio de alabanza! Mejor me es y mucho mâs útil y glorioso ofrecerme a ti que dejarme para mi mismo. Porque en mi mismo se turba mi aima, y mi espiritu se alegrarâ en ti si sinceramente es ofrecido. Los judios, hermanos, ofrecian victimas muertas al Sefior que habia de morlr; mas ahora ya: *Por mi vida, dice el Señor, que yo no me gozo en la muerte dei impio, sino en que se retraiga de su camino y viva* (Ez. 33,11). No quiere Dios mi muerte, ôy no le ofreceré yo gustosamente mi vida? Esta es una victima pacifica, victima agradable a Dios, victima viva. En la ofrenda del Sefior se lee que hubo très personas, y en la nuestra igualmente très cosas pide el Sefior. Estuvo alli José, esposo de la Madré del Sefior, que era reputado padre suyo; estuvo también la Virgen Madré y él N-ificio Jesûs, que era el ofrecido. Haya, pues, en nuestra ofrenda también constancia varonil; haya continenda de cuerpo, haya humilde conciencia. Haya constancia varonil en el propôsito de perseverar, haya pureza virginal en la castidad, haya en la conciencia la sencillez y humildad propias del nifio. Amén» (*Serm. 3, Del Nino, de Maria y de José*: BAC, *Obras completas*, t. 2, p. 635-637; PL 183,370-371).

B) Très visitas de Cristo a su templo

Tres veces visita el Sefior en procesiôn su templo. La primera fué aquella humilde a la que asistieron la Sagrada Familia, Simeon y Ana.

La segunda procesiôn fué con mayor clamor el domingo de Ramos. Los vestidos de los apôstoles—caridad, piedad, buenas costumbres—alfombraron su camino. ôY a nosotros no vendrà? También, puesto que Cristo ayer, hoy y eternamente es Dios. Es la tercera procesiôn a este su templo.

El que os vea, Sefior, serâ despedido en paz de este mundo después de haberos tenido en sus brazos. Vos sois la paz.

Muchos hay que no te conocen. porque eres la luz quo ilumlna las gentes, *pero las tlnieblas no la abrazan* (Io. 1,5). El agua se extlende por las plazas, pero hay quien no se apro-xlma a beber. La misericordia està en el centro del templo, pero hay algunos que no se le acercan.

Ha venldo Dios a nosotros. Eramos hljos de Ira, engaflados por una mujer. La Ignoranda de una mujer nos cegô; la flojedad del hombre, esclavo de su propia concupiscenda, nos debllltô, y la mallcla del demonlo nos cautlvô. Por todo ello hemos nacldo Ignorantes del camino de la salvaclôn, débiles y desidiosos para segulrlo cuândo nos lo ensefian y oprlml-dos por el duefto mils tlrano. Pero Cristo so hizo para nosotros sabldurla, fortaleza y llbertad, convlrtléndonos en templos suyos.

ResLstamos, pues, al demonio y a la concupiscenda, y sien-do libres, conservemos puro este «corazôn en el que habita Cristo, y en el que anuncia la paz para su pueblo, para sus santos y para aquellos que se convlerten>... (*Serm. 1, Dc la triple misericordia*: BAC, *Obras complétas*, t. 2. p. 629-631; PL 183.366-368).

S E C C / O / N

T E O L O G O S

I. HUGO DE SAN VICTOR

La purificaciôn de! aima

(Cf. *Serin.* 41, in *purificat. Meat. Mariae semper Viry.: de purificat. mentis*, en *Appendix ad Hugonis Opera mystica; Sermones centum*: PL 117,100G-1009.)

Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (1 Cor. 3,17). A este templo viene el Seftor de diversos modos. Pues viene por la contemplaciôn de las crlaturas, la lecclôn de las Escrtur&s Sagradas, los mllagros y la prcdl-caciôn; viene por las insplraciões, las adverslidades, las *pro-mesas*... Permanece por medlo de la gracia, y viene El a aumentarla: *Y cl santo santiflquese mds* (Apoc. 22,11); *a todo el que tiene se le dard* (Lc. 19,26).

Mas este templo puede arrulnarse si pecamos voluntariamente. Entonces *fiat habitatio eorum deserta* (Ps. 68,26). Los que debimos haber sido casa de oraciôn nos convertiron en cueva de salteadores, de malos pensamientos y deseos (Mt. 21,13).

Pero cuândo viene *el tiempo de su misericordia* (Ps. 101,14), prépara Dios su templo para que pueda entrar el domlnador a quien busca nuestra aima y el Angel que anhelamos. El domlnador es el que nos creô, el Angel es el que nos redlme.

Entonces manda de antemano que aderecen la casa a sus slervos. En la conslderaciôn de la culpa, nos hace ver el templo profanado, convcrtldo en morada de nilmafias (el orador dlstrlbuye los vlculos entre muy diversos animales, citando los pasajes de Ls. 34,11-15 y Soph. 2,14-15), y en medlo de ellas al crlstlano pecador corrompldo por las sugestlones del encmlgo o los consejos del malvado, vlvendo en lo que fué casa de Dios y ahora lo es de Bellal.

El pecador, al no encontrar consuelo, mira hacia arrlba, y Dios le envia su segundo mensajero: la conslderaciôn de la pena mereclda, y entre uno y otro producen la compunciôn

précisa para que la ostiaria de la confesiôn abra deflnltlvamente la puerta dei templo purificado al Dios que quiere vivir en él.

Esta es la solemnidad de nuestra puriflcaciôn.

II. SANTO TOMAS

Obediencia y tribulaciôn

Recogemos un articulo de la *Sum?na* sobre el pasaje evangélico (p.3, q.37, a.3) y a continuaciôn la doctrina de Santo Tomâs sobre la obediencia dolorosa y la aceptaciôn de los sufrimientos por parte de Cristo. Completamos el tema con unos pensamientos de! Santo sobre el valor satisfactorio de nuestras penalidades.

A) Cristo, ofrecido en el templo

ôPor qué fué presentado, siendo asi que su humanidad santisima estaba siempre présente a Dios mediante la union hipostâtica? El Hijo de Dios no se encarnô ni fué circuncidado porque El lo necesitara, sino para merecemos la filiación divina y circuncidarnos espiritualmente. Del mismo modo se présente ahora a Dios Padre después de la circuncisiôn, para que aprendamos a presentarnos nosotros después de hacernos dignos de las miradas de Dios por la previa circuncisiôn de nuestros vicios (ibid, ad 2).

Aceptô que por El, Hostia definitiva, se ofreciese otra hostia, para unir el Antiguo y Nuevo Testamento, la figura y la realidad. La Hostia ofrecida por el Cordero no fué un cordero, como hubiera parecido mâs propio, porque la pobreza le excusé. En cambio, fué admirablemente significativo el ofrecimiento de tértolas y palomas. La tértola, con su continuo canto, significa la predicaciôn y confesiôn de la fe; animal casto y solitario, recuerda estas dos virtudes. La paloma, mansa y sencilla, amiga de vivir en colectividad, representa la vida activa; la perfección, por lo tanto, de la comunidad formada por Cristo y sus miembros. Tôrtolas y palomas con sus gemidos nos hab'.an dei suspirar continuo de los santos por la vida futura. Mientras la tôrtola solitaria significa el gemido de la oraclôn secreta, la paloma, animal gregario, gime en público, como la oraciôn de la Iglesia. Ofrecense dos animales, que slmbolizan la doble santidad del cuerpo y del aima (ad 2 y 3).

Maria fué puriflcada para dar ejemplo de obediencia y humildad (a. 4).

B) *Cristo y Maria aceptan la Pasiôn*

En los índices comentados de la *Summa* suele figurar un epigrafe que dice: Cristo, Maria y todos los santos aceptan la Pasiôn de Cristo deliberadamente, a pesar de la repugnancia de la voluntad natural (cf. Perujo, *Passio*). Santo Tomás en realidad, no habla más que del Señor, pero la doctrina es aplicable a todos, y muy especialmente a Maria Santísima, no solo en este punto, sino en cualquier sufrimiento enviado por Dios.

En Cristo, y por razón de su naturaleza humana, existía una duplicidad de apetitos: el apetito sensitivo, a veces llamado voluntad *participativa*, y el apetito o voluntad racional, el cual, a su vez, muestra dos tendencias, una natural y espontánea y otra dirigida por la razón.

Sabido es (3, q.14, a.3) que por disposición especial el Hijo de Dios permitía a su cuerpo y a su alma ejercer sus propias operaciones, y, por consiguiente, a aquel apetito sensitivo había de repugnarle todo lo que fuera dolor, como a la voluntad, en cuanto natural, había de repugnarle todo lo que pareciera malo, como la muerte. Ahora bien, la voluntad puede ser dirigida por el entendimiento, como nos ocurre a nosotros con la misma sensualidad, a la que, a pesar de repugnarle con todas sus fuerzas el cauterio, sin embargo, la obligamos a sufrirlo, porque la razón lo exige para fines superiores.

Aplicando esta doctrina, diremos: Dios quería los dolores y muerte de su Hijo, no por ellos mismos, sino por la salvación del mundo. Y mientras la voluntad, o apetito sensitivo, y la voluntad natural de Cristo se oponían recíprocamente, la voluntad dirigida por la razón, dominando todo otro impulso, repetía (Mc. 14,36): *mas no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú* (3, q.18, a.5 in c).

Ni la voluntad sensitiva ni la voluntad *per modum naturae* (espontánea) pueden llegar a someterse a los dictados de Dios, porque, tendiendo sólo a cosas sensibles la primera y muy concretas la segunda, queda reservado al entendimiento ver el orden y relación de las cosas con la voluntad divina. Sólo, pues, la voluntad, que impera con posterioridad y conforme a las ideas de la razón, puede someterse a ellos (ad 1).

Aceptó sufrir por obediencia y caridad. Porque la obediencia al Padre hizo que aceptara el acto de caridad de morir por nosotros, y la caridad o amor al Padre le obligó a obedecerle, de modo que cumplió el precepto de la caridad por obediencia y obedeció por caridad (3, q.47, a.2 ad 3).

La obediencia no impone necesidad alguna a la voluntad, que libremente acepta el cumplimiento, como lo aceptó el Re-

dentor (ad 2), el cual murió porque quiso: *tengo poder para darla* (la vida) *y poder volver a tomarla*, pero la entregô, porque *tal es el mandato que del Padre he recibido* (Io. 10,18).

Por eso pudo decir con gran razón al cumpllr su sacrificio: *consummatus est* (Io. 19,30). Habia consumado todos los preceptos morales, puesto que éstos se encierran en el amor de Dios y del prôjimo. En cuanto al amor de Dios, Cristo fué obediente: *para que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandato que me diô el Padre, así hago* (Io. 14,31). Su amor al prôjimo fué resumido por San Pablo: *me amô y se entregô por mi* (Gai. 2,20).

Consumô también todos los preceptos ceremoniales, sustituyendo las figuras y la limpieza legal por la realidad y la pureza interna.

C) *Tribulaciones*

a) SU CARACTER SATISFACTORY

Todo pecado importa, además del reato de culpa, otro de pena o castigo, porque, habiendo ofendido el pecador a Dios por seguir su propia voluntad, es justo que deba padecer algo que contraiga esa voluntad y gusto.

El solo hecho de que sea perdonado el reato de culpa, lleva consigo la aceptación de ese castigo, porque el reato de culpa se borra acercándose a Dios, y el acercamiento a Dios no consiste más que en acomodar nuestra voluntad a la suya. Así, pues, todo el que recibe el perdón y se acerca a Dios, sabiendo, como debe saber, que Dios quiere que sufra alguna pena, ha de buscarla o aceptarla cuando venga.

Ahora bien, esta libre aceptación dei castigo le quita todo o casi todo el carácter de pena, convirtiéndole en satisfacción, pues lo específico de la pena es su coactividad, mientras que la nota esencial de la satisfacción es su voluntariedad. Las tribulaciones o sufrimientos que sobrevengan serán voluntarios *simpliciter*, aun cuando repugnen *secundum quid* (vide supra).

Hemos dicho al principio de nuestro raciocinio que el reato de culpa se borra acercándose a Dios, y la razón consiste en que ese reato no es sino la separación de El, que mancha y afea el alma (1-2, q.87, a.6 in c).

Además de este carácter de satisfacción, las tribulaciones tienen también el de medicina, destinada a sujetar nuestras pasiones, reliquias del pecado, así como también el de reparación de escândalos, malos ejemplos, etc. (Ibid, ad 3).

b) SUFRIMIENTO APLICADO POR OTROS

La pena, en cuanto tal, no puede sufrirla más que el que pecô, pero como satisfacciôn puede ser sufrida y aplicada por persona distinta, precisamente por su carácter de voluntaria. El amor hace que dos personas distintas sean consideradas como una sola, estableciéndose esta comunicaciôn de bienes y satisfacciones, del mismo modo que en lo humano un amigo puede pagar las deudas de otro (ibid, a.7 in c).

c) Carácter preventivo y medio de perfección

Sucede a veces que estimamos como castigo lo que en realidad no lo es.

Ciertamente que muchos de nuestros sufrimientos son castigos del pecado original, pero hasta éstos están ordenados por la divina Providencia a la salud del hombre, sea probando a los que sufren, sea sirviendo de aviso a los que los ven, sea para mayor gloria de Dios.

Pero hay otros que no son, en modo alguno, penas ni castigos. El castigo tiene que privar de algùn bien, y a nosotros nos parece castigo todo lo que nos priva de uno temporal, cuando en realidad no es así. El hombre disfruta de bienes espirituales y corporales, y éstos pueden ser internos y externos. Cuando en beneficio de un bien superior hay que cercenar alguna satisfacciôn inferior, nadie podrá decir que esta privaciôn tenga carácter de castigo, pues en realidad no es privaciôn de bienes, sino consecuciôn de otros mayores. Disminuir el propio dinero por conseguir la salud del cuerpo no es un castigo, y perder el dinero y la salud corporal por alcanzar la perfección del aima tampoco lo puede ser.

En este caso, los sufrimientos no son penas, sino medicinas amargas, pero curativas, y no guardan con el pecado más relación que la remota de que, si no hubiera existido el original, no hubieran hecho falta tales remedios para adelantar en la virtud (ibid.).

Dios a sus justos les reparte abundantemente bienes mayores, los espirituales; y de lo temporal, goce o dolor, sólo aquello que les conviene para un mayor aprovechamiento (Ibid, ad 2).

Estas penas no son sólo medicinales, en cuanto que curan el pecado pretérito, sino preservativas del pecado futuro y promotoras de una mayor virtud, por lo que puede decirse que Dios las envía sin culpa, pero sin causa o motivo.

Mas ha de tenerse en cuenta que una medicina nunca privô de un bien mayor para obtener un bien de menos impor-

tancia, como ningun médico dejô ciego a un hombre para curar un mal insignificante, y que, por lo tanto, Dios podrâ hacemos sufrir con danos temporales para buscar un bien espiritual, pero nunca nos privarâ de bienes espirituales, como no sea en castigo de algûn pecado o falta nuestra que nos haya hecho indignos (2-2, q.108, a.4 in c. Toda la cuestlôn trata de las penas vindicativas).

III. SAN ROBERTO BELARMINO

La subida al templo

Extractamos el sermon segundo sobre la purificaciôn de Nuestra Senora (cf. Tromp, o. c., en el lugar correspondiente).

A) Manifestaciôn a Simeon y Ana

Cristo se aparece primero a los pastores, que representaban a los prelados y sacerdotes (simbolismo frecuente); después a los reyes, représentantes de principes y poderosos, y de quienes, si son buenos, depende la salvaciôn de muchos, y en tercer lugar a Simeon y Ana, personas privadas, a las que trata mâs afectuosamente. Asi, se déjà tomar en brazos y les otorga el don de profecia, para que los subditos no envidien a los prelados, puesto que pueden alcanzar iguales y mayores dulzuras de Dios.

B) Presentation del Senor

Es representado como primogénito, porque Dios quiere que se le entreguen las primicias. Primicia nuestra es el libre albedrio, por el que somos sefiores de nuestros actos y por el que nos parecemos a Dios. El libre albedrio se ofrece mediante la obediencia. *^No quiere mejor el Sefior obediencia a sus mandatos que los holocaustes y las victimas?* (1 Reg. 15,22). *Yo hago siempre lo que es del agrado de mi Padre* (Io. 8,29).

C) La purificaciôn

San Agustin (cf. *Serm.* 51, c. 22: PL 38,352) hace notai que el número cuarenta, desde que los judios peregrinaron cuarenta aftos, viene significando nuestra vida en este mun-

do, en espera del día quincuagésimo del aleluya final o la resurrección; durante estos cuarenta días, pues, tenemos que purificarnos.

a) ¿EN QUÉ CONSISTE NUESTRA PURIFICACIÓN?

San Pablo lo enseña (2 Cor. 7,1): *Purifiquémonos de toda mancha de nuestra carne y nuestro espíritu, acabando la obra de la santificación en el temor de Dios.*

Se opera mediante la fe (Act. 15,9), que, limpiando el entendimiento de errores, lo purifica con la verdad y dirige la voluntad con el amor del sumo bien. Cuando veamos a Dios cara a cara, nuestro entendimiento y nuestra voluntad serán purísimos, pero hoy, *mientras moramos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor, porque caminamos en fe y no en visión* (2 Cor. 5,6-7).

b) La FE NOS PROPONE LAS VERDADES QUE PURIFICAN

¿Cuáles son estas verdades? La amistad con Dios es el sumo bien, y su enemistad y el pecado, el sumo mal. Al amigo de Dios no le dana, al enemigo nada le beneficia. Esto significan las palabras de la Escritura (Le. 10,42; 12,4; 1 Petr. 3,14; Rom. 8,28-31).

La razón conoce la existencia de Dios, sabe lo que es la amistad, pero no llega a comprender que un hombre pueda ser verdadero amigo de Dios. Esto sólo lo alcanza la fe. ¿Un príncipe y un siervo no pueden ser amigos, por la distancia que los separa, y yo puedo serlo de Dios! He aquí una verdad que libra al entendimiento de toda visión errónea sobre el valor de las riquezas y que impulsa a la voluntad a seguir el dictamen del entendimiento.

c) El cuerpo se purifica con la sal de la penitencia

Porque *los apetitos carnales combaten contra el alma* (1 Petr. 2,11), ciegan el entendimiento y corrompen la voluntad, como los vapores que se levantan de la tierra llegan a oscurecer el sol. Iluminado el entendimiento por la fe, comprenderá fácilmente que debe dominar las pasiones.

Todos los santos han practicado estas normas, pero limitemonos hoy a considerar el ejemplo de Jesús, María, José, Simeón y Ana. Cristo, conociendo la gracia de Dios y el mal del pecado, se llenó desde el primer momento de gracia y gloria y mortificó su carne con la pobreza, ya que no por ne-

cesidad, para ejemplo nuestro. Lo mismo hlcieron José y Maria. SImeôn era justo y timorato, y esperaba la consolacôn, esto es, estaba lleno de la gracia que justifica y del temor de ofender a Dios. No deseaba el consuelo de aqui abajo, sino que esperaba el de arriba. Ana, anclana de ochenta y cuatro aftos, no se separaba dei templo, donde permanecia en oraclôn y ayuno.

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Sobre el evangelio del dia

En el sermón 1 sobre la purificación de la Bienaventurada Virgen Maria (cf. *Divi Thomae a Villanova opera omnia* [Manliae 1883], vol. 4, p. 394-403), va describiendo el Santo afectivamente los pasos del evangelio, y termina con varias aplicaciones.

A) Contemplación del misterio

Debemos conocer el objeto de nuestro culto y de las fiestas que celebramos para santificarlas mejor. El Santo describe la ley de la purificación y del rescate, y hace ver que ninguna de ellas comprendía a Jesús ni a Maria. «Asi purificase hoy la mansion de toda pureza y es redimido el mismo Redentor»...

Después del encuentro con los dos ancianos, comienza la procesión solemne (solemne por la dignidad de las personas), en que ellos abren paso. La Iglesia la repite por todo el mundo.

La Santísima Virgen se pone de rodillas, «más inflamada por el divino Espiritu que los mismos serafines», y, tornando a su Hijo entre los brazos, lo ofrece al Todopoderoso. Un sacerdote recibe al Niño, y la Madré paga cinco siclos por su rescate. «¡Oh piadosísima Madré!, si hubiera sido yo tal sacerdote, ¿cómo no te hubiera vendido tal hijo... Y si alguna vez se puede violar la ley, sin duda que este Niño merece la violación»...

«Compra, pues, la Virgen por cinco siclos al Redentor, que con sus cinco llagas habia de redimir al mundo. Por cinco siclos es comprado el Dios y hombre... ¿Qué es lo que tramas tu, ¡oh misera sinagoga!, slega y perversamente avara? ¿Qué es lo que tramas con el traidor para comprarle al Redentor? No puede él venderte lo que no es suyo, y Cristo es de la Virgen. Ella fue la primera que lo compró, y no tiene valor una segunda compra...»

«¡Oh buen Jesús! Eres ya nuestro, y lo eres con doble derecho. El Padre te entregó a nosotros, y tu Madré para nosotros

te comprô... Cuando vengas a juzgar al mundo, acuérdate que fuiste comprado por nosotros. Eres, joh Seftor!, justo: pues da a cada cual lo suyo. Dâtenos a ti mismo, porque, como dije, eres nuestro por doble titulo. Y si tû eres nuestro, tus cosas son también nuestras; porque cuya es una persona, suyos son también todos los bienes de esa persona. Por consiguiente, nuestros son tus méritos, nuestras son tus heridas, nuestros son los vagidos de tu infanda, nuestros los trabajos de tu evangelizacion, nuestros los dolores de tu muerte... ¡Oh qué rico soy con tan grandes méritos! Por grandes que sean mis crímenes..., mayores son mis servicios. Mios puedo decir con toda propiedad; no porque yo los haya merecido, sino porque los recibí de ti... ¡Oh Seftor!..., vamos a juicio. pero vayamos juntos...; porque, aunque el peso de mis pecados es grande, mi satisfacciôn, sin embargo, aparecerâ mäs pesada que la arena del mar».

El Hijo de Dios quiso hacerse esclavo. Ya lo dijo por el profeta: *Siervo tuyo soy, siervo tuyo e hijo de una esclava tuya* (Ps. 115.16). Por eso quiso servir primero a su Madre y después a todo el mundo, conforme aquello de que *no he venido a ser servido, sino a servir...* (Mt. 20,28).

Ved los grados por los que fué humillándose Dios. Primero se hizo hombre; después, al circuncidarse, apareció como pecador; hoy, como esclavo en venta; en su Pasiôn, como perverso y revoltoso.

A continuaciôn glosa las palabras de Simeon a la Santísima Virgen. .!v,-»

B) Aplicaciones. La compra del Señor

Dos veces fué vendido el Señor. Una en esta ocasiôn, como esclavo, para libertarnos a nosotros, *para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopciôn de hijos de Dios* (Gai 4,4). Otra vez fué vendido, pero por el traïdor Judas.

También en la Iglesia es vendido Cristo de dos modos diferentes. Venta impia y a poco precio la del pecador. Nos indignamos con Judas, y nosotros le vendemos no por un trono, que fuera poco siempre, sino por una moneda, por un momento de placer...

Pero también puede Cristo comprarse piadosa y santamente. ¡Date prisa, cristiano! *Te aconsejo que compres de mi oro acrisolado por el fuego...* (Apoc. 3.18). Cinco siclos sólo se requieren. El primero es la fe, sin la cual es imposible agradar a Dios (Hebr 11,6). El segundo, el temor de Dios. Con él aléjase el hombre del mal (Prov. 15.28). Simeôn era hombre justo y temeroso de Dios. Job también. *No temâis a los que*

matan el cuerpo...; temed al que después de haber dado la muerte tiene poder para echar en la gehenna..., decia el Señor (Lc. 12,4-5).

Pero como, a pesar de este santo temor, caemos muchas veces, es necesario el tercer siclo, el dolor. El cuarto es el más precioso de todos, el amor que perfecciona. «Empezamos por el temor y terminâmes por el amor». *El temor es el principio de la sabiduria* (Prov. 1,7); la sabiduria estriba en amar.

El quinto y ultimo siclo, eterno en la tierra y en el cielo, es la alabanza dei Señor. *Ofrece a Dios sacrificios de alabanza y cumple tus votos al Altisimo* (Ps. 49,14).

II. FRAY LUIS DE GRANADA

*

1

Las personas y su ejemplaridad

(Cf. Adiciones al *Memorial de la vida cristiana* [Vida de Cristo], ed. Cuervo [Madrid 1901], t. 4, p. 325-331, y BAC, *Obra selecta de Fray Luis de Granada*, L 3, c. 15, p. 763-768.)

A) *Llegada a Jerusalén*

«¡Oh santo Nifio! Esta es la ciudad en donde, según está de Vos profetizado, habéis de obrar grandes maravillas (Ps. 86,6) Porque aqui habéis de hacer una hazafra mayor que fué crear al mundo, pues mayor cosa es redimir al mundo que crearlo de nuevo. Este es el campo donde habéis de pelear con aquel famoso gigante Goliat (1 Reg. 17,40), con cinco llagas mortales recibidas en vuestro cuerpo y con el bâculo de la cruz, donde le venceréis y le cortaréis la cabeza con sus mismas armas, destruyendo la muerte con vuestra muerte, y el pecado con la pena del pecado. Esta es la tela donde habéis de justar: paseadla ahora, Señor, muy despacio para que tengâis bien reconocidos los pasos de ella. Ahora la pasearéis... llevândoos la Virgen en sus brazos, después llevando Vos la cruz en vuestros hombros. Aquel monte que veis en lo alto, ¡oh qué encuentro, Seftor mio, veréis y recibiréis en él!»

B) *Maria entrega su Hijo a la Iglesia*

Cristo no solo se ofrece al Padre, sino que por medio de Maria es entregado a la Iglesia, representada por Simeôn.

Maria, que taies ejemplos de liberalidad ve en su Hijo, nos entrega lo mejor que tiene. La Santisima Trinidad râtifica esta donaciôn, pues el Padre la habia dlspuesto, el Hijo

se habia ofrecido para nuestro remedio y el Espiritu Santo trajo a Simeón.

Hoy se nos entrega oficialmente en lugar publico, como era el templo; por persona publica, que era Maria. «Corred, pues, viejos, y cantad con Simeon. Corred, viudas, y predcad con Ana. Corred, virgenes, y alegraos con Maria. Corred, varones, y cefios de fortaleza con José. Corred, niftos, y juntaos con el Nifio Jesús. Corred, justos, y aumentad la gracia. Corred, pecadores, y recibid perdón. Corred, Angeles, y maraviliaos de ver a Dios redimido y a la Virgen purificada... y aprended en la escuela de ese Nifto cómo, siendo Dios tan alto, le agradan los corazones humildes en el clelo y en la tierra».

C) Simeon. Afectos ante el Redentor

¿Cuánta sería la alegría de Simeon? Considerando al mundo lleno de maldades y a los hombres condenándose, dolíanle las ofensas de Dios y el castigo de los hombres y deseaba el remedio, según aquello de Isaías (62,7): *Los que tenéis memoria del Senior no calléis ni ceséis de importunarle hasta que haga a Jerusalén materia de alabanza en toda la tierra.* De pronto ve aquella preciosa margarita engarzada en el oro puro de los brazos de su madre. ¡Qué devoción! ¡Qué amor!...

D) Gozo y dolor de Maria

Gozó viendo la devoción de este santo viejo y la gloria que empezaba a tener su Hijo. «¿Qué haces, santo varón? ¿Para qué quieres dar perpetua materia de dolor a esta Virgen?» Allí se echó a acibar en los placeres de su vida.

«Sin duda la causa fue porque en todo quisisteis que fuesen conformes la madre y el hijo, y que, pues esta Virgen era la más perfecta de las perfectas, no dejase de participar de la mayor gloria del Santo de los santos. Y porque la mayor gloria de este Señor fue haber padecido tantos dolores por obediencia del Padre, no era razón que faltase parte de esta gloria a su Madre santísima...»

«Pues ¿dónde están ahora los que infaman los trabajos, los que buscan el descanso y el regalo y en él ponen su felicidad? Si éstos fueran verdaderos bienes, no carecieran de ellos las dos mejores personas del mundo... ¿De qué te quejas, enfermo, pobre, atribulado? Por muy buena medicina tiene el esclavo la que el Padre da a un hijo suyo... ¿Quién con este ejemplo no tiene las tribulaciones por favores..?»

E) Virtudes de Ana. Ayuno y oraciôn

«El ayuno mortifica la carne, la oraciôn levanta el espíritu; el ayuno santifica el cuerpo, la oraciôn purifica el alma; el ayuno mortifica las pasiones, la oraciôn hincha el corazón de buenos deseos...; el ayuno merece las consolaciones, la oraciôn las recibe; el ayuno limpla el alma de los vicios, la oraciôn la hermosea con las virtudes; con el ayuno vence el hombre al demonio, con la oraciôn triunfa de Dios...»

Son virtudes tan conexas, que nadie perseverará en la mortificación sin la oraciôn, «ni la oraciôn se podría cumplidamente ejercitar sin la templanza del ayuno».

III. P. PEDRO DE RIBADENEIRA

Bienes de la tribulaciôn

El P. Ribadeneira, en su *Tratado de la tribulaciôn*, presenta varios capítulos en los que, para contestar a la pregunta de por qué Dios las envía o permite, expone los bienes que estas tribulaciones nos pueden proporcionar. Primero plantea el tema de un modo general, analizando por qué las tolera Dios, y después desciende a pormenores para explicar por qué son deseables (cf. *Tratado de la tribulaciôn*: BAC, p. 358-448).

A) Dios, su causa primera

Siendo Dios causa primera de todo ser y operaciôn, debe serlo también de aquellas cosas que nos afligen. «Y ésta es una admirable, dulce y provechosa consideraciôn para ver a Dios en todas sus criaturas... y tomar como de su mano todos los sucesos y varios acaecimientos, prósperos y adversos... Dios es el autor y causa primera y principal de todas las tribulaciones y penas que padecemos, el cual, para corregir y purgar y perfeccionar a los hombres, se sirve de todas sus criaturas, aun de las minimas»... (c. 3).

En el capítulo cuarto afirma que unos males los envía Dios directamente y otros los permite, según sean males de pena o culpa.

B) Motivos por los que la permite Dios

2) El pecado, motivo de la tribulación

«Siendo Nuestro Señor tan dulce y piadoso Padre..., parece cosa digna de admiración que aflija y atribule a sus hijos...; pero si nos consta que Dios es Padre, y Padre amorosísimo y suavísimo..., bien será que rastreemos e inquiramos las causas por que nos trata de esta manera».

La causa de la tribulación es el pecado. En primer lugar, el pecado original, por el cual entró la muerte y los sufrimientos; en segundo lugar, nuestros propios pecados. Por eso dice David: *Yo pequé antes que fuese humillado y afligido* (Ps. 118,67); y el libro de la Sabiduría (1,13-16): *Dios no hizo la muerte ni se alegra de la perdición de los vivos, porque El creó e hizo todas las cosas...; mas los impios, con sus propias manos y con sus palabras, se la buscaron*.

La tribulación es pena y medicina del pecado. «Con la pena, que es orden admirable de la divina Justicia, ordena Dios y concierta el desorden del pecado... No tuviéramos necesidad de medicina si no hubiera enfermedades que curar». Los pecados, a «los cuales cura Dios, como médico sapientísimo, con penas y adversidades, como con medicina contraria», nos han de repugnar. «Entienda el hombre, dice San Agustín (*Enarrat, in Ps. 21*: PL 36,173), que Dios es médico y que la tribulación es medicina para sanarlo y no pena para condenarlo. Cuando te curan, te queman y cortan y tú das voces; mas el médico no condesciende con tu voluntad por darte entera salud» (c. 5).

b) La tribulación, prueba del amor de Dios

Dice la Sagrada Escritura: *Yo soy el Señor Dios tuyo, fuerte y celoso, que visito y castigo misericordiosamente para que se enmienden los pecados...* (Ex. 20,5-6); y San Juan: *A los que amo Yo, los reprendo y castigo* (Apoc. 19,3); y San Pablo: *Al que Dios ama castigale, y azota al que recibe y tiene por hijo* (Hebr. 12,6).

«Cuando vemos que algunos muchachos están jugando y travesando y que llega un hombre y ase de las orejas a uno de ellos y le castiga, luego entendemos que aquél es su padre y que no lo es de los otros que déja sin castigo».

«Esta es tan cierta verdad, que cuando Dios quiere dar a entender que está muy enojado contra alguno, dice que no le castigará... *Yo dejaré el celo que tengo por ti y alzaré la*

mano y no me enojaré más, porque me has provocado a esto con todas estas maldades (Ez. 16,42)»... (Ibid.).

c) Otros bienes

Nos preserva del pecado. -Aquel estímulo de la carne (2 Cor. 12,7) de que se quejaba San Pablo (fuera tentación o enfermedad) le impedía ensoberbecerse.

La tribulación aumenta también nuestros merecimientos y manifiesta la misericordia y bondad de Dios, a quien nos obliga a recurrir (ibid.).

C) Motivos que la hacen deseable

La tribulación de suyo es mala, puesto que priva de bienes naturalmente apetecibles, y proviene del pecado. Sin embargo, los bienes que acarrea pueden hacerla deseable y provechosa.

Cierto que muchos ven su provecho y se alegran después de haberla pasado, según lo dice San Pablo (Hebr. 12,11); pero otros más perfectos llegan a amarla inclusive mientras sufren.

Los bienes que acarrea son tres: purifica el alma castigando sus pecados, ilumínala haciéndola conocer la verdad y, finalmente, perfecciónala en el amor de Dios (c. 6).

a) La tribulación nos purga y preserva del pecado

1. Nos purga

1.º *Del pecado mortal*

«Así nos hace ver la fealdad de nuestra alma. Mientras estamos tranquilos, muchas veces no nos damos cuenta del pecado en que vivimos; pero *cuando me vi afligido llamé al Señor y oyóme* (Ps. 119,1), porque... la tribulación nos da entendimiento para que comprendamos lo que muchas veces habíamos oído y no entendido... Porque aunque es verdad que cada día oímos de nuestros padres y de nuestros maestros buenos consejos, y que los predicadores en el pùlpito, y en el confesonario los confesores..., nos amonestan y nos representan nuestros peligros, pero las más veces no entendemos lo que nos dicen, y se nos entra por un oído y sale por otro, hasta que la tribulación nos lo declara».

A continuación trae varios ejemplos de jóvenes que al enfermar reflexionan sobre su mala vida y hasta de perso-

nas que al morir sus esposos e hljos se entregan mäs a Dios, conociendo lo desordenadamente exagerado de sus afectos».

20 *Del pecado venial.*

«Las penas dei purgatorio son terrbllisimas y mäs graves que todas las que en esta vida se pueden pasar..., y es grandlsima merced de Dios cuando nos da tiempo y comodidad para que los purguemos en ésta y para que el cuerpo, que tuvo parte y contento en la culpa, lleve también su parte de la pena, sin que sea necesario que el ânima lo pague todo (en el purgatorio)... Por eso permite Dios que la mujer tenga un marido âspero de condiciôn, y el marldo una mujer insufrible, y que el hijo desobediente aflija al padre, etc.»

2. La tribulaciôn nos préserva también de caer en pecado

«Aunque el hombre de suyo es frâgll y caedizo y resbala con cualquier ocasiôn de pena y alegría, pero es cierto que son mäs en numero y mäs fáciles y peligrosas las caidas en el tiempo de la prosperidad que de la adversldad y que muchas veces caemos por la una y nos levantamos por la otra»...

La tribulaciôn debilita a nuestro enemigo, que es la concupiscenda, el cual pierde sus brios en la desgracia y le quita sus armas, a saber, el deseo dei mundo, de la came y de la soberbla de la vida, que son dificiles de sostener en medio de enfermedades y calamidades (c. 7).

b) La tribulaciôn ilumina, enseñaando la verdad

1. Nos hace ver el verdadero valor de las cosas inferiores

Se abrleron los ojos de Tobias con la hiel (Tob. 11,13-15). Con la hiel de la tribulaciôn vemos nosotros la caducidad de las cosas de este mundo.

De dos formas ofendemos a Nuestro Sefior pensando en los blenes de aqui abajo: la primera, no reconociendo que son suyos, lo cual verificamos muchas veces con nuestras obras, ya que en teoria sepamos que todo viene de Dios; la segunda, hacéndoles mäs caso del que ellas merecen. «Por esto Dios Nuestro Sefior, cuando nos ve hinchados con estos blenes y que nos parece que son durables... y que el cargo es perpetuo... y la honra no puede perderse..., entonces, a deshora, nos quita estos bienes para que entendamos que no son los verdaderos»...

También nos hace ver qué será el Infierno. pues taies son los males de aqui abajo.

2. Nos hace ver el valor del cielo

Solemos pensar en el cielo cuando somos desgraciados con más facilidad que cuando vivimos en la alegría. «En las ruinas de Babilonia, sentados y llorosos, nos acordamos de la celestial Sión, porque a los que están en tierra de enemigos es cosa dulce acordarse de su patria». La tribulación nos despierta el recuerdo del cielo, como la mala posada hace desear la ciudad, y metiéndonos por los ojos la caducidad de lo presente nos hace suspirar por lo venidero.

3. Nos hace conocer a nuestros iguales

«Alumbranos asimismo la tribulación para que conozcamos a nuestro prójimo..., que comúnmente no le conocemos, especialmente cuando él es pobre y nosotros ricos, cuando él tiene necesidad y nosotros abundancia, él algún trabajo y miseria y nosotros descanso y prosperidad; y parecemos que no puede venir por nuestra casa lo que por la ajena. Y, como si fuésemos de otro barro o de otro metal..., hasta no nos compadecemos de él ni le damos la mano... Por esto dijo el Sabio (Eccl. 31,18): *Por lo que tu sientes en ti, entenderás lo que siente tu prójimo*, que es lo que vulgarmente decimos: de mi mal saco el ajeno»... En resumen, la tribulación nos torna caritativos y logra también que conozcamos nuestra humildad y perfeccionemos el conocimiento de nosotros mismos (c. 8).

c) La tribulación perfecciona la caridad

El fin del precepto es la caridad de puro corazón (1 Tm. 1,5) *El cumplimiento de la Ley es la dilección y caridad* (Rom. 13,10): *sobre todas las cosas, tened caridad, que es el nudo y vínculo de perfección* (Col. 3,14). La caridad es, pues, el ápice de la perfección cristiana.

«Nuestro corazón es como un vaso que no puede estar vacío, sino que siempre está lleno, o del amor propio o del amor de Dios, y que cuanto más lleno estuviere del amor de sí mismo, tanto menos podrá recibir del amor divino, porque es imposible que estos dos amores, siendo contrarios e incompatibles, se junten y quepan en grado perfecto en un corazón...» La tribulación, haciéndonos ver, como hemos dicho, nuestra miseria, la maldad del pecado, la vanidad de este siglo y las penas del infierno y del purgatorio, «vacía el corazón del mal humor que tiene y lo deja capaz para recibir a Dios».

Además, es cosa de experiencia que la tribulación ensancha el alma y la hace más generosa.

Finalmente, contribuyen a aumentar el amor de Dios los

socorros y gracias que se reciben de El mientras atribulados.

Y sólo queda ya decir que la tribulación ayuda a conservar esa perfección, como las espinas defienden a la rosa para que no sea manoseada (c. 9).

IV. SAN FRANCISCO DE SALES

La humildad y la obediencia

Entre los numerosos sermones de San Francisco de Sales hay uno especialmente dedicado al día de la Purificación de Nuestra Señora que, por la similitud del asunto, encaja en esta dominica infraoctava de Navidad. <Lo extractamos del texto francés en *Oeuvres complètes de Saint François de Sales*, t. 4, ed. Vives [Paris 171], p. 130-150.)

A) Un ejemplo de verdadera y profunda humildad

Jesús vino al templo para ser ofrecido como los hijos de los hombres pecadores, y María, para purificarse como las demás mujeres. Mas ni uno ni otra lo necesitaban.

Cuanto más grande es la dignidad de las personas que se humillan, más inestimable es su acto de humildad. Ama tanto Jesucristo la humildad, que se ha humillado *hasta la muerte, y muerte de cruz* (Phil. 2,7), y María se parece a su Hijo...

¿Qué es lo que hizo pecar a los ángeles sino la falta de humildad? Nuestros primeros padres y los demás que han pecado, siempre delinquieron por orgullo. De este modo, Nuestro Señor, al venir a librarnos del pecado, lo primero que nos enseña es la humildad.

Muchos empezaron bien, porque eran humildes, pero les perdió la soberbia: como a Saúl, como a Judas.

Especialmente las mujeres, tan expuestas a la vanidad y al orgullo, deben considerar el ejemplo que les da María. Que sean humildes como la Virgen, para que Dios incline sobre ellas su mirada: *Porque ha mirado la humildad de su sierra* (Lc. 1,48).

B) Cristo y María acompañan siempre la humildad con la obediencia

Cristo prefirió morir crucificado a faltar a la obediencia. María al pie de la cruz obedece también callando, y sólo pide a Dios que libre a su Hijo de tan afrentoso suplicio. Ferma-

necerâ sometida a la voluntad divina a pesar dei pufial doloroso que traspasa su aima. También habia obedecido al casarse con José, a pesar de su amor a la virglnidad y dei voto que habia hecho de guardarla. Maria nos ha enseôado (es el unico mandato que diô en su vida) a obedecer a Jésus: *Haced lo Que El os diga* (Io. 2,5).

Maria en la purificaciôn no podia temer la desobediencia, puesto que no la obligaba la ley; pero temia hasta la sombra de la desobediencia; se proponia ensefiarnos también cómo debemos evitar que por nuestra conducta no se edifiquen nuestros semejantes.

C) *Una manera excelente de orar*

Se engahan muchos al creer que se necesita un método de oraciôn. Sólo una cosa se requiere para orar: tener en nuestros brazos a Jesucristo, como lo tuvo Simeon; es decir, amarle mucho y demostrarlo. De esta manera, siempre nuestra oraciôn estará bien hecha, cualquiera que sea el procedimiento empleado; pero, de otro modo, jamás podrâ ser recibida por Dios. *Nadie viene al Padre sino por mi* (Io. 14,6).

Para obtener esta gracia, es preciso, como Simeon: 1.º Tener a Cristo en nuestros brazos, es decir, que sea el objeto de nuestro mâs vivo afecto. 2.º Ser justo: *Et homo iste iustus* (Lc. 2,25). esto es, que nuestra voluntad se conforme en todo con la de Dios, bien le plazca consolarnos, bien nos deje permanecer en la aridez de las tinieblas. 3.º Esperar como Simeon y desear ardientemente *el consuelo de Israel* (Lc. 2,25). o sea, nuestra perfecciôn; por la que hay que trabajar siempre y con perseveranda, porque si no llega de subito, viene con toda certeza cuando incesantemente se practican las virtudes en cada estado. 4.º Ser timorato, *et timoratus* (Lc. 2,25) es decir, lleno de reverenda a Dios, durante la santa oraciôn, puesto que enfonces se conversa con Aquel a quien los ângeles adoran.

Estâ escrito que el Espiritu Santo estaba en Simeon y que en él formaba su morada: *Y el Espiritu Santo estaba en él* (Lc. 2,25). Esta fué la causa de que mereciera ver a Nuestro Senor y tenerle en sus brazos. Del mismo modo debemos colocar al Espiritu Santo en nosotros si queremos que la Virgen o San José nos den, para sostener y llevarlo en los nuestros, al divino Salvador de nuestras aimas.

El Espiritu Santo no habita en un corazôn disimulado: *Porque el Santo Espiritu de la disciplina huye del engaño* (Sap. 1,5) Es preciso. pues, para que habite en nosotros, ser simples sin artificio ni dlsmlulo, pues vendrá Nuestro Sefior...

Y, una vez que haya venido. no nos quedará otra cosa sino

cantar con Simeôn: *Adora, Señor, puedes va deiar ir a t., ■siervo...* (Lc. 2,29). «Dejad, Señor, marchar en paz a vuestro siervo al goce de la vida perdurable, en la que la bondad divina nos llevará eternamente entre sus brazos, a cambio de haberle llevado nosotros en los nuestros durante esta vida mortal. Así sea».

V. MASSILLON

Sacrificio y fidelidad

Massillon pronunció un sermón bellísimo sobre la fiesta de boy, cuyo tema homilético, basado en el texto: *le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor* (Lc. 2,22), se refiere al espíritu de sacrificio y de fidelidad de que dieron pruebas Jesús y María. El esquema de su discurso, tal como lo plantea en el exordio, viene a ser el siguiente:

Cristo va al templo para cumplir la ley. El es la víctima prefigurada. En esta primera señal de culto que da el Padre, quiere enseñarnos la disposición que hemos de adoptar para consagrarle nuestra nueva vida de cristianos. Jesucristo se ofrece al Padre con un espíritu de sacrificio que no se reserva nada, y María le ofrece con un espíritu de fidelidad, ejemplo del que no nos debe faltar en el servicio de! Señor (cf. *Sermons de Massillon: Mystères*, second sermon pour la fête de la Purification, p. 64-112, Paris 1763).

A) *Espíritu total de sacrificio*

a) Cristo se ofrece totalmente

Así como, según Tertuliano (*Adv. Marc.*, l. 2, c. 27: PL 2, 344), Cristo antes de unirse a nuestra naturaleza se deleitaba en aparecerse a los patriarcas en forma visible, así ahora, antes de que llegue el momento del Calvario, tiene prisa por ofrecer al Padre una como representación de su holocausto. Allí está en el templo, el altar, el pontífice, la víctima y María Dolorosa.

Simbólico en la forma, pero real en el ofertorio. Los primogénitos más bien eran rescatados que ofrecidos, pues su ofrenda resultaba sólo figurativa, ya que se les sustituía en la inmolación por un animal. Cristo se ofrece realmente para reemplazar las antiguas hostias rechazadas. Desde allí contempla toda su vida y acepta la cruz hacia la que empieza a caminar.

b) Nuestro sacrificio consiste en la ofrenda total DE LOS SENTIDOS

I

Dios debiera exigir al pecador la ofrenda total de su existencia, puesto que se ha hecho indigno de vivir. Sólo nos im-

pone el «continuo sacrificio de los sentidos, ley de muerte exigida a todos los fleles y aceptada al bautizarnos». Es un verdadero martlrio de la fe que nos convierte en testigos dei Salvador. Por ella confesamos continuamente las promesas ofrecidas y sacrificamos nuestras pasiones.

No basta consagrarse a Dios mediante ciertas prâcticas de virtud, escoger un director espiritual y no avergonzarse de las obras de misericordia. Si no somos menos ambiciosos, terrenos, sensuales..., nos pareceremos a los primogénitos de Israel, que se ofrecian delante dei sacerdote, pero a la hora de la inmolaciôn todo eran apariencias, apariencias en nuestro caso de rellgiôn. Dios no acepta ofrendas extrahas. Os quiere a vosotros mismos.

c) CONTEMPORIZACIONES MUNDANAS Y OFRENDA A MEDIAS

La mayoría de los conversos, sobre todo cortes-anos, dejan pâbulo a sus pasiones, menos fuertes, pero no menos verdaderas. Envidias, rencores, intrigas... Buscan una piedad sossegada que no les moleste demasiado en su manera de vivir. A lo sumo llegan a despojarse de un exterior lascivo.

Tal actitud no suele ser hipocresia, sino error. En los primeros momentos, andan como asustados de sus culpas anteriores, pero paulatinamente, al socaire de las alabanzas de los demâs, y la familiaridad adquirida entre la vida del espiritu y la mundana, se persuaden de que eso es lo que Dios quiere.

d) Sacrificio universal

No; la piedad ha de ser real y universal. Pretendemos ir poco a poco con el pretexto de que un cambio repentino no conduzca râpjdamente al fracaso. Deseamos romper con una amlstad culpable, pero no abandonamos los espectâculos y las conversaclones peligrosas... No. La conversiôn, si no es entera, no vale nada. La perfecciôn se alcanza por grados, pero el mundo y cuanto él encierra de perverso ha de abandonarse de repente.

e) Sacrificio de los honores

Jesucristo lo ofreciô todo de una vez. Ocultô sus honores y su gloria al penetrar en su propio templo. He aquí un punto en el que raramente lo sacrificamos todo. Nos apartamos de los vicios. Pero no solemos apartarnos de la vanldad y ostentaciôn. Quisléramos hasta asociar nuestros titulos y blasones a los actos de reverenda que tributamos a Dios. Si

construimos templos, altares u hospitales, allâ van nuestros escudos y nuestros hombres. Los sacrificios ocultos no nos agradan; las obras de religion Que nos confunden con el pueblo, menos. Es necesario que cuanto obramos para el cielo ostente el carâcter de lo que somos en la tierra.

¡Cuânta industria désarroilaron los santos para obrar de distinta manera! Dios busca la humildad. No le hablô a Moisés hasta que no se despojô de todas las dignidades de la casa de Faraôn y vlvîô como pastor oscuro (Ex. 3,1-6).

f) Sacrificio de la reputaciôn

Cristo se ofreciô como si fuera un pecador. Tu procuras excusarte de cumplir tu obligaciôn por no parecerlo.

Si restituyo y abandono mi espléndido modo de vivir, sospecharân... Ya hace tiempo que el mundo recela que vives a costa de las lâgrimas del pobre. Si rompo tal trato y amistad, pensarân... Ya hace tiempo que lo piensan. Ademâs, cuândo se trata de la salvaciôn, no se debe temer la humillaciôn indispensable.

g) Sacrificio voluntario y superabundante

Cristo se ofreciô voluntaria^{ce}mente, y mâs allâ de lo necesario, porque le impulsaba el amor. Si nuestra conversion fuera obra de un gran amor, no andariamos buscando siempre la mâxima mâs suave y menos molesta y formando planes de vlrtud en los que participa casi tanto el mundo como el Evangello.

El orador explana el ejemplo de la conversion sincera basada en el amor y el deseo de satlsfacer por nuestros pecados, y de las conversiones a medias, como la del joven rico (Mt. 16,22) y la del que quiso enterrar a sus padres (Mt. 8,21).

B) La fidelidad

Hemos visto las causas de la poca sinceridad en la conversiôn. Vamos a ver cômô el defecto de fldelldad acarrea su duraciôn escasa. Maria nos da el ejemplo contrario.

Los motivos de la infidelldad suelen ser: 1.º, una prudencia de la carne, que se las ingenia siempre para encontrar inconvenientes en los fines a que la gracia nos destina; 2, una soberbia, que troleza hasta con los dones del Espiritu Santo, y 3.º, una cobardia, que consulta demasiado el amor propio y mide las obligaclones por nuestra flaqueza.

a) Maria no tuerce los fines de Dios. Nosotros, si

Maria pudo encontrar en su honor y en el de su Hijo mil motivos para no someterse a una ley de suyo humillante. Pero desde Nazaret sabia que la oscuridad de la fe no nos permite ver muy claro en los designios de Dios, que deben aceptarse sencillamente.

Pocos imitadores ha encontrado. Siempre sabemos hallar pretextos para torcer la voluntad de Dios, escudândonos en razones pias: no te singularices en la piedad, que llamarâs la atenciôn; no te corrijas del todo, porque los inconvenientes son mayores; no disimules la injuria, porque se trata del honor de la religion y no del tuyo. Contesta violentamente por el mismo motivo.

Dejemos a Dios el cuidado de vengar su gloria y no queramos encubrir la nuestra con el celo. Ademâs, ôsabéis dôn-de quiere Dios encontrar su gloria? ¿En los éxitos? Os engafiâis. Quizâs prefiera, como lo ha preferido tantas veces, encontrarla en la paciencia del calumniado. Quizâs honraron a Dios mâs las lâgrimas del judio junto a los sauces de Babilonia que sus cânticos en el templo reconstruido.

Maria no desprecia las ceremonias sencillas y populares, como muchos que, pretendiendo mayores devociones, dejan lo que la Iglesia ha instituido no para el pueblo sencillo, sino para ayudar a la piedad de todos, y terminan en una piedad ficticia o nula. La perfeccion de la vîrtud no estriba en el cumplimiento de obligaciones sublimes, sino en lo fuerte de la fe, que puede acompanar las mâs triviales».

b) Maria, humilde en recibir enseñanzas de Simeon

Maria, iluminada directa y abundantemente por el Espiritu Santo, no desdeha oír a Simeôn lo que ella probablemente conoce. Da muestras de aprender y de admirarse.

A las primeras luces recibidas no hay director espiritual que estimemos suficiente. La sencillez y devociôn nos parecen talentos destinados a salvar almas vulgares. En los mismos ministerios mâs santos se plantea una emulaciôn de dones exteriores, como ocurriô en Corinto (Act. 18,8-11). No sentimos el celo mâs que para los ministerios aparatosos y abandonamos los probablemente mâs útiles para la gloria divina. Pocos se parecen a David, que se contenté con reunir materiales para el templo que habia de construir Salomôn (3 Reg. 5,5).

c) Marîa, generosa frente al desaliento

La Virgen oye la profecía y se apresta a ofrendar la misma hostia que Cristo, y con el mismo espíritu generoso.

¡Cuán pocos imitan este ejemplo! Si los padres descubren talentos en su hijo, lo miran como consagrado al mundo. Dios tiene derecho sobre él. Los santos movimientos de la gracia se estiman ligerezas pueriles. Con pretexto de probar la vocación, consiguen que la pierda; pretenden que la pierda; pretenden que la razón madure, y marchitan la inocencia, robusteciendo las pasiones.

Entre los poderosos, la vergüenza de la familia viene a ser la herencia del Seftor..., los que no han sido considerados dignos de brillar en vuestra casa. ¿Es que acaso pide el arte y la ciencia menos dignidad que el gobierno de los espíritus? Vosotros mismos exigis a los sacerdotes cualidades eminentes en todos los órdenes: queréis que aclaremos vuestras dudas, que consolemos vuestras aflicciones. Pues si presentáis al templo lo más desechable, ¿cómo esperáis encontrar lo más precioso y excelente?

Massillon expone aquí los consuelos que puede hallar un padre en su hijo sacerdote: posteridad espiritual, que perpetuará su nombre en el cielo; nuevo José, elevado a dignidad tan grande, que ayudará a sus padres en la muerte, como aquél ayudó a Jacob... (Gen. 47,29-31).

VI. BOSSUET

Cristo, motivo de contradicción y escándalo

Se conservan de Bossuet tres sermones para el día de la Purificación de Nuestra Señora. El primero, predicado en la capilla del Louvre el 2 de febrero de 1662 es acaso también el primero que pronunció el orador en presencia de Luis XIV. Puede verse en la ed. Firmin-Didot *Oeuvres* de Bossuet, t. 3. p. 236-243. o en la de Garnier (Paris 1889), *Sermons de Bossuet*, t. 4. p. 292-312. En él se refiere el orador al espíritu de sacrificio y de inmolación con que Jesús se ofrece a su Padre, a la obligación que nos incumbe en inmolamos con Él y a tres géneros de sacrificio que nos imponen su ejemplo y el de las personas que concurren al misterio de este día.

El segundo, predicado en la corte el 2 de febrero de 1666, en Saint Germain en Iaye (cf. ed. Firmin-Didot, *ibid.*, p. 243-262, y Garnier *ibid.*, p. 313-336), versa sobre la necesidad de las leyes, la sumisión que les debemos y la dependencia en que hemos de vivir respecto a Dios y a las órdenes de su providencia.

El tercero, predicado en Metz en 1658, en la casa *ades Nouvelles converties*» (cf. ed. Firmin-Didot, *ibid.*, p. 253-259, y Garnier, *Ibid.*, p. 341-358), contiene la explicación de las tres ceremonias de la Purificación y desarrolla el tema de la modestia de María, de los sentimientos de Cristo en su oblación y de la disposición para comulgar con frutos y efectos deseables.

Mas preferimos por su originalidad y por referirse también al tema concreto de la escena evangélica del día, insertar el sermôn que predicô Bossuet en la catedral de Meaux, su tierra natal, en 1691, y que figura, desde la ediciôn de Versailles (1815), como «el segundo sobre el misterio de la natlvldad de Nuestro Sefior» (cf. ed. Firmin-Didot, t. 2, p. 223-227). Propiamente hablando, no es mâs que un extracto del que pronunciô el orador, dictado a su secretario M. Ledieu, en Versailles, a los dos o tres dias de predicarlo. El extracto fué enviado por Bossuet a la religiosa Lusancy de Sainte Hélène con una carta que le escribiô el 8 de enero de 1692. El orador expone los caractères del Mesias prometido y explana las très clases de contradicciones que ocurren aun entre los cristianos y en la misma Iglesia.

A) *Sentimientos de terror y confianza en la religion*

«Este Nifio... *estâ puesto para caida y levantamiento de muchos en Israel* (Le. 2,34) y hasta en el mismo pueblo de Dios, en la Iglesia, verdadera Israel, para que sea *blanco de contradicciôn*; y *una espada atravesará tu aima, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones* (Le. 2,34-35)».

«La religiôn es un sentimiento compuesto de miedo y de alegría: inspira terror al hombre, porque es pecador, y alegría, porque espera la remisiôn de sus pecados. Le inspira terror, porque Dios es justo; y alegría, porque es bueno... Por eso cantaba el Salmista: *Servid al Señor con temor, servidle con temblor* (Ps. 2,11)». Si Dios no nos concede mâs que bienes, y por eso Cristo *estâ puesto para levantamiento de muchos*, nuestros pecados nos atraen el castigo, y por eso será también caida para otros.

Estos mismos son los caractères anunciados del Mesias. San Pablo y San Pedro se completan cuando el primero dice (Rom. 9,32): *He aqui que pongo en Siôn una piedra de tropiezo, una piedra de escândalo, y el que creyere en ella no será confundido*; y cuando el segundo añade: *una piedra escogida, angular, preciosa, y el que creyere en ella no será confundido* (1 Petr. 2,6). Pero cállense los discipulos cuando el mismo Maestro habla: *Bienaventurado aquel que no se escandalizare en mi* (Mt. 11,6).

B) *Cristo, motivo de contradicciôn y escândalo*

Para calar hondamente en tan gran misterio debemos considerar que Jesucristo es motivo de contradicciôn y escândalo en aquellas très cosas principales en las que consiste su misiôn de Salvador: en su persona, en su predicaciôn y

en sus sacramentos... En su persona, extrada su humildad
 En su predicación resplandece la severa e inexorable ~~ve~~
 En los sacramentos, «lo dlré para nuestra confusion su ~~X~~
 ma bondad y misericordia».

C7 *La humillaciôn de Dios repugna a los sabios*

A los filôsofos platônicos, según San Agustin (*De civ. Dei*, l 10, c. 29: PL 41,205), les entusiasmaba aquel comlenzo del Evangelio de San Juan: *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (lo. 1,1); pero lo que escandallzô a los espirltus que se las daban de sublimes fué: *El Verbo se hizo carne* (lo. 1,14). ¡El Verbo, nacido de una mujer en un pesebre y, sobre todo, muerto en una cruz!

a) La primera verdad es la humildad

«No querian comprender que la primera verdad que ha de saber el hombre, a quien su propia soberbla perdiô, es la humildad. Se necesltaba que un Dios venldo para ser maestro del mundo nos enseûase a humillarnos y que el primer paso indispensable para ser cristiano fuera sentirse humilde. Pero la humanidad, hinchada con la vanldad de su ciencia, se mostraba incapaz de dar este paso, y cuanto mâs se acerca a a Dios por su Intellgencla, tanto mâs se separaba de El r su orgullo», dice San Agustîn (*Contra Iulian.*, 4,13: PL 44,769).

b) El humillarnos nos repugna

«¡Oh desgracia!, a los crlstianos nos cuesta aprender esta leccclôn, lo mismo que a los sabios y a los grandes del mundo; lejos de imitar el humilde nacimiento de Cristo, procuramos olvldar la bajeza del nuestro. El uno se elevô por su trabajo, quién sabe si por sus delitos, y no quiere recordar nunca la pobreza en que naciô. El otro vlô la luz en alguna posiclôn ventajosa, ôpero acaso se acuerda de la debilldad, de la lmpotencia de su mismo nacimiento? ¡Qué poco se parecen a aquel rey, autor dei libro de la Sabiduria, que decía: *Cal en la misma tierra que todos y lloré Ujual que los otros!* (Sap. 7,3) Entremos, pues, en los profundos sentlmientos de nuestra nada y bajemos con Crlsto si queremos subir con El. *El mismo que bajô, dice San Pablo, es el que subiô sobre todos los cielos para Uenarlo todo* (Eph. 4,9)».

Todavla hemos descendldo mâs profundamente; y aun estaramos en el Inflerno si la gracia de Dios no nos hubiera llbrado.

c) Ejemplo de Cristo

El orador comenta el pasaje de San Pablo a los Filipenses (2,6-7) y dice: No se rebajô sólo *tornando la forma de servo*, sino que rebajô, por así decirlo, la misma divinidad ocultándola cuanto pudo, pues llevó su obediencia *hasta la muerte, y muerte de cruz* (Ibid. 8). No creamos que somos de mejor condición que Cristo, ni pensemos hablar hasta Él sino después de haber gustado «toda la profundidad de su Ignominia y haber bebido hasta las heces el cállz de sus humillaciones». Entonces Cristo «no será para nosotros ruina, sino resurrección, consuelo y alegría».

***D) Los hombres rechazan la doctrina de Cristo,
que les muestra sus pecados***

a) El escándalo de los fariseos

*

La doctrina ha sido el blanco segundo de contradicción, porque quería encontrar pecadores que se humillaran, y encontré, si, fariseos rapaces, Impuros y corrompidos; doctores de la ley observantes de lo pequeño, que violaban los preceptes mayores. ¿Sabéis lo que les sublevaba contra el Hijo de Dios? El mismo nos lo dice: *Viiw la luz del mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas* (Jo. 3,19). Como Cristo les exigía que confesaran sus pecados, le persiguieron con mayor saña que a cualquier otro profeta. No sabemos de dónde viene (Jo. 7,27), es un blasfemo (Jo. 10,33), que viola el sábadó (Jo. 9,16), un samaritano (Jo. 8,48), un sedicioso (Le. 23,2), glotón y amigo de pecadores (Mt. 11,19), endemoniado (Mt. 9,34: 12,24)... Hasta le pospusieron a un ladrón de caminos (Mt. 27,21; Mc. 15,15; Lc. 23,18-25), y es que sus milagros y su doctrina aparecían tan patentes que no les quedaba más remedio que o confesar o sublevarse. Prueba hay de ello cuándo, ante la evidencia de la resurrección de Lázaro, lo condenaron a muerte (Jo. 11,46-57).

b) El hombre no puede sufrir la verdad

«Nunca fué combatida la verdad con mayor dureza, porque nunca había sido más cierta, más convincente ni, por así decirlo, más soberana. Entonces se descubrieron los pensamientos que muchos escondían en sus corazones. ¿Sabéis cuáles eran? Pues que el hombre no puede sufrir la verdad y que prefiere no ver su pecado, para continuar en él. a recono-

cerle para curarse. En una palabra, que el más grande enenûgo del hombre es el hombre mismo... He aquí el secreto y el pensamiento profundo del humano llnaje, que debía revèlarse ante la presencia de Jesucristo y de su luz. *Para que se descubran los pensamientos de muchos corazones* (Le. 2,35)».

c) Exhortación

Guârdate, hermano, de merecer que se cumplan en ti aquellas palabras de Cristo: *Buscâis matarme porque mi palabra no ha sido acogida por vosotros* (Io. 8,37). «La luz de tu conciencia y esa guerra secreta que se levanta dentro de tu corazón no te conmueven y quisieras apagarla. Las verdades del Evangelio te escandalizan, te molestan, y por eso las combates, no porque tengas razón alguna, ya que *los testimonios de Dios son firmísimos* (Ps. 92,5), sino por tu pereza, por tu ceguera, por tu furor». Ya no te queda más que una lucecita en la conciencia (Io. 12,35). Es Cristo, que brilla dentro de ti todavía; marcha, pues, a su luz, «para que no te sorprendan las tinieblas, pues el que camina en tinieblas no sabe por dónde va (Io. 12,5) y termina tropezando con la piedra, y sus caminos se convierten en precipicios».

E) El mundo abusa de la bondad de Dios

«Lo que más llama la atención es que el último motivo de escândalo que ha sublevado al mundo contra Jesucristo haya sido su bondad. Si en su paslôn, si en su vida, los ultrajes llegaron hasta el colmo, fué porque se abandonô a la injusticia, como dijo San Pedro (1 Petr. 2,23), porque se dejô golpear impunemente, como el cordero ante quien lo trasquila...; fué porque obrô prodigios para hacer el bien a sus mismos enemigos y no para impedir el daño que éstos querían ocasionarle; de ahí viene el gran escândalo de Israel y su tropezar con Cristo».

'Pero este escândalo de Israel se ha repetido en la misma Iglesia de Dios. Desde Juliano el Apôstata, que se escandalizaba del bautismo, afirmando que el perdonar todos los pecados constituía una invltación al mal; desde los herejes, que quisieron que en el sacramento de la penitencia no se perdonaran nuestras culpas, el escândalo ha llegado hasta nosotros, que abusamos de la bondad de Dios, confiando en un perdôn suceslvo de nuestras faltas, y pretendemos que se nos perdonen sin arrepentlrnos. ¡Cuântos cristianos dicen que se arrepentirân después! ¡Falaz pensamiento! El que se arre-

plente de una acciôn tiene motivos sobrados para no comerla.

Temblad, hermanos, al abusar del espiritu clemente del Seior. SI no hay pecado que no borre la sangre de Cristo, hay uno que no se perdona, y Dios puede cansarse de los que abusan de su perdôn y trocar en supllclos todas sus gracias.

Mirad, pues, al pesebre, y que la bondad de Dios, lejos de servir de titulo para que le ofendamos, nos impulse a inflamarnos en su amor, y en vez de ser la piedra de escândalo en que tropecemos, nos abra el camino de la eterna gloria.

VH. BOURDALOUE

Obediencia y fervor de espiritu

«rtractamos el sermon de la Purificaciôn de Nuestra Senora, que puede verse integro en *Sermones de los misterios de la Virgen*, trad, de Miguel del Castillo (Madrid 1778), vol 10 de las *Obras completas*, p. 125-172).

A) *La obediencia a la ley*

Maria condujo a Jesús al templo para obedecer la ley. La inmensa mayoria de los delitos se cometen por desobedecerla. La desobedecemos por el orgullo, que nos torna insolentes y libertinos, o por la tibieza, que debilitândonos nos asusta ante el cumplimiento de la obligaciôn. Maria, con su obediencia, nos da ejemplo de humildad que acata la ley y de humildad heroica que supera sus dificultades.

B) *La soberbia nos inclina o a la rebeldia o a buscar excusas*

Pecamos por soberbia cuando a lo menos con nuestras obras repetimos el *non serviam* de Satân (1er. 2,20) o cuando, engafiândonos a nosotros mlsmos, buscamos pretextos que nos dispensen de la ley.

He aqui el pecado capital de los grandes siglos, que viven como si la ley de Dios no se hubiera hecho para ellos y como si David no proclamara que precisamente los pueblos tendrian un legislador para que supiesen que eran hombres (Ps. 9,21), También los pobres suelen ser rebeldes, si no por la soberbia de su posiciôn, por la licencia de sus vlculos.

Pero Maria no sôlo obedece sln obligaciôn, sino que somete a la ley a su propio Hijo, mâs grande, mâs libre y mâs exento que ella misma. Un rey obediente presentado por una madré obediente da ejemplo a grandes y pequefios.

a) Três motivos para que los grandes obedezcan la ley

Las leyes divinas se imponen a los grandes con mayor interés que a los pequefios. 1.º Quanto mayores sols, mayor honra podéis tributar a Dios, como Jesucristo le honró más que otro cualquiera. 2.º Dios colocó a los grandes en la tierra para tener quien pudiera honrarle más. Tal es el favor que os ha dispensado, porque de lo contrario no hubiera sido equitativo al distribuir desigualmente los honores dei mundo. Pero nunca creáis que os asignó la condición de que dlsfrutáis para que obrarais a capricho, según vuestra voluntad. Los mismos reyes están para servir al Señor (Ps. 101.23). El propio Jesucristo, cabeza de los predestinados, hubo de honrar a su Padre y obedecerle (Gai. 4,4). 3.º Dios colocó a los grandes en el mundo para que fueran modelo de santa dependencia, como Cristo y Maria.

b) Três motivos para que los humildes obedezcan la ley

Y vosotros, cuyas almas debo amar con mayor ternura y reputarlas tanto más preciosas cuanto, recibiendo menor parte de las ventajas dei siglo, participan menos de su desorden y corrupción; vosotros, cuya vocación es depender de los demás, mirad a Maria y a Jesús. Se sujetan a la ley: 1.º Para consolaros en vuestro estado. que se reduce al exclusivo arbitrio de la obediencia. En el estado que escogió Cristo, quien teniendo la forma de Dios eligió la de siervo y prefirió someterse a la ley antes que darla. Pensad que los que os mandan serán juzgados, como vosotros, según la ley. 2.º Para instruiros del modo cómo debéis obedecer a los que os gobiernan. Obedecedles como a Dios, no como a hombres (Col. 3,23). Sin esto vuestra obediencia será servii, pagana e infructuosa ante el Sefior. 3.º Para avergonzaros de la oposición que mostráis a depender de Dios y de su ley, cuando con tanta docilidad os sujetáis a los hombres. San Pablo decia: *Obedeced a vuestros amos según la carne como a Cristo* (Eph. 6,5), y hoy me parece que tengo que deciros: Obedeced a Cristo como a los señiores de la tierra.

c) La obediencia no humilla. sino que ensalza

No creáis que la sujeción a la ley os humilla, como habéis pensado. La obediencia a la ley santa es la gloria del hombre, que aparece tanto más libre cuanto más sujeto a ella. En las leyes humanas la libertad y la exención constituyen un privi-

legio; la gran prerrogativa de la gracia es la incapacidad de emanciparos de la ley divina. Cuanto mäs obedientes a ella, mäs santos, mäs elevados, mäs prôximos a Dios. Maria nos da el ejemplo.

d) Endurecimiento y excusas. Ejemplo contrario de
Marîa

Gentes desordenadas piensan que Dios ni ve ni castiga cuando no se lo imaginan acomodaticio a sus pecados. «¿Lo sabe acaso Dios, lo conoce el Altísimo? (Ps. 72,11). Claro está que hay quien no llega nunca en teoria a tamaño dislate, pero en la práctica se incurre en ello con la costumbre de pecar. El libertino, en realidad, piensa: *he pecado, ty qué me ha sucedido?* (Eccli. 5,4).

Mucho han llorado los profetas este endurecimiento. Si yo predicase a las gentes sencillas, les mostraria sus culpas; pero a vosotros, grandes dei mundo, os tengo que decir con el profeta Malaquias: *No sólo pecdis, sino que escandalizàis al pueblo* (Mal. 2,8).

Quienes no llegan a este endurecimiento, buscan razones que acomoden la ley a sus gustos o les excusen de ella. La usurpaciôn de los bienes es aconsejada por la politica, por no decir la codicia; la venganza, por el honor; la ocasiôn proxima de pecado no se abandona, porque sus aparentes vinculos no se pueden romper o se confia en las propias fuerzas; la abstinenda y el ayuno se consideran una quimera irrealizable.

Maria, exenta totalmente de la ley, se subordina a ella, porque no querla su Hijo que comenzase su vida dando prétexte a una aparente transgresiôn. *No penséis que he venido a dbrogar la ley y los profetas; no he venido a abrogarla, sino a consumarla* (Mt. 5,17). *Antes pasardn el cielo y la tierra que faite una jota o una tilde de la ley hasta que se cumpla* (ibid. 5,18).

Comparémonos con ambos; a nosotros nos solemos preguntar: ¿Es precepto? ¿Depende de ello mi salvaciôn? Norma engafiosa que nos expone a la condenaciôn eterna, porque entre la ley y el consejo no hay mäs que un paso, y comportándonos asi, caminaremos siempre muy cerca del preclpicio.

e) Exhortaciôn

Bienaventurados aquellos que andan en camino immaculado, que andan en la ley de Yavé (Ps. 118,1). El que diô la ley otorga el premio al que la guarda. La gracia colocô a Maria por encima de la ley, la humildad la sujeta a ella. Lo contrario que nos sucede a nosotros: la gracia y la humildad nos

Inspiran la sumisiôn, porque nuestra gracia es la que se concede al penitente.

C) Nuestra tibieza se opone a la obediencia

No es fâcil que nos excuse la dificultad de la ley. Es nuestra tibieza la que se opone (Deut. 30,1 Iss). No hay que ir al desierto ni pasar el mar para cumplir la ley de Dios. Estâ en nuestro corazôn y en nuestros labios, como decia Moisés al pueblo escogido. Nosotros solemos imaginar lo contrario y decir: *¿Quién puede subir por iiosotros a los cielos?* (Deut. 30,12)

Lo que nos asusta del rigor de la ley es que a veces nos obliga a privarnos de lo que mâs nos agrada, como abstenernos de algunas de las alegrías de la vida o renunciar a ciertos honores indignos. Maria nos da ejemplo. Veamos sus lecciones.

a) Maria nos enseña a sacrificar lo que amamos

Maria no tiene mâs que un hijo, y por obedecer a la ley lo sacrifica. Después acepta la profecía de Simeôn.

Verdad que la observanda de la ley nos puede costar el sacrificio de lo que mâs amamos. Podría mandar que sacrificâramos, como Abraham, a nuestro propio hijo. Pero no. Nos ordena Inmolar a lo sumo al primogénito de nuestro corazôn, la pasiôn dominante, que, al fin y al cabo, constituye un trato vergonzoso que nos deshonra y llena nuestra vida de melancolia y desesperanza. ôPodemos contestar a Dios diciéndole: Me pedis mucho?

Si nos mandase sacrificar inclinaciones inocentes y légitimas, nada podríamos replicarle. Es el Señor. Pero cuando me dice: Sacrificame, cristiano, lo que te daña y te condena.'..., ôqué réplica cabe ante tan provechosa demanda?

Para endulzar nuestro sacrificio, consideremos, en fin, como Maria, que la ofrenda aplaca la ira de Dios, cumple con la mucha obllgaciôn que le debemos y granjea para nosotros los favores divinos.

b) Maria nos enseña a privarnos de algunas dulzuras DE LA VIDA

Maria, acepiando la profecía de SImedn, sacrifica las dulzuras de su vida.

Me dirijo ya no sôlo a los que no quieren dejar de vivir como mundanos, sino a los que son piadosos con tal de que

la devociôn y la dulzura acompafien su piedad. Si alegrías y gustos tan santos como los de Maria debieron sacrificarse, no es justo que exceptuemos los nuestros.

c) MARÎA NOS ENSEÎA a SACRIFICAR EL FALSO HONOR

Maria, cuando se présenté en el templo a purificarse, apareciô en el mismo estado y condiçôn que las demâs mujeres y se oscurecieron sus privilegios. Nosotros no aspiramos sino a conservar las aparlencias. Unas veces guardamos la ley de Dios sôlo movidos por el falso honor, y otras este mismo falso honor nos mueve a sacrificar la ley.

d) Exhortaçôn

La dirige al rey, alli présente; alaba sus virtudes y le invita a perseguir los vicios dentro de la naciôn y dentro de su mlsma aima, si los viera brotar.

VIII. P. FEDERICO G. FABER

El primer dolor de la Santisima Virgen

El evangelio de la présente dominica constituye el primer dolor de la Santisima Virgen, del que se suele predicar en todas las novenas. Reproducimos por eso aqui el correspondiente capitulo del P. Faber (cf. *Al pie de la cm o los dolores d-e Maria*, trad. D. G. Tejado, 7.ª ed. [Madrid 1933], c. 2, primer dolor, *Profecia del santo Simeon*, p. 98-144). Comienza el autor describiendo la escena evangélica. pasaje que suprimimos, limitândonos a extraer las principales consideraciones.

A) *La tribulacion de Maria, signo de santidad*

En cuanto Maria presenta a Dios una ofrenda digna de El, reclbe inmediatamente el galardôn de un dolor indecible para toda su vida, porque es pensamiento fijo del Sefior que las penas de este mundo sean raices de las gracias del otro. Por eso se gozan los santos en padecer, pareciéndose a Cristo.

El dolor apaga las engafiosas fosforescencias dei mundo, y al dejarnos en apariencia sumldos en la oscuridad, nos permite divisar claramente a Dios.

La inmensidad del dolor de Maria y la rapidez con que acepta su oblaciôn, demuestran la santidad de nuestra Madre, pues Dios proporciona las tribulaciones con las fuerzas necesarias para sobrellevarlas.

a) La predicción de Simeón amarga toda la vida de Maria

Desde este momento todo fué dolor para Maria: el tiempo, porque acortaba la distancia del Calvario; la vislón del Nifio, que se lo recordaba; la de los campos y la ciudad, que traia a su pensamlenlo algo relacionado con la Pasiön. Cuando sufrimos, los trabajos cotidianos nos agobian. La Santisima Virgen bubo de desempefiâr sus tareas siempre bajo esta aflicción. El tiempo no pudo desgastarla, porque tenia siempre présente a Jesûs, cuya vision se la recordaba.

Este dolor se compone ademâs de los siguientes: 1.º Fué ella misma quien ofrecia a su Hijo para el sacrificio de la cruz como una ofrenda que no estaba dispuesta a retractar. 2. Vio que su Hijo seria seüal de contradicción aun antes de su muerte. 3.º Viô que habia de ser sefial de ruina, pues no se convertirian los contradictores e inutilizarian su sacrificio y el de Jesûs. 4.º Considero que esta ruina habia de sobrevenir principalmente sobre su patria, la de los profetas, la de sus padres. Ciertamente que ninguna madre desearia tal destino para su Hijo.

b) Gracias de que Maria da muestras

1. Acata integramente la voluntad de Dios

La santidad consiste precisamente en esa abnegación que nos parece fácil cuando somos venturosos, pero que se convierte en difícil cuando llega la hora de la injusticia.

Cada uno tiene su punto de vista; procurar que el nuestro coïncida con el de Dios, constituye la esencia de la perfección. Dios ve el mundo; la Iglesia, nuestra vida y nuestro destino, y nosotros debemos acomodamos a su modo de ver.

Algunos designios de Dios se conocen fácilmente. Importa obedecerlos en seguida, y lo conseguiremos por grados con el avance en la virtud; para conocer otros, hemos de desprendernos de todas nuestras miserias y debilidades y recurrir a los métodos de la ascética.

2. Acepta esta voluntad generosamente

En nosotros, la generosidad se mide por la repugnancia. Maria no tuvo que sostener ninguna lucha, aunque si soportar el sufrimiento. Sufrimiento y repugnancia son cosas distintas; Maria sufre, pero sin rebelión, porque su intima unión con Dios no permite ni sombra de rebeldia. Si el Sefior luchô en Getsemani fué porque repugnaba a su inocencia cargar con las iniquidades dei mundo, punto culminante de su grandiose sacrificio.

B) Ensenanzas del dolor de Maria

a) Marîa sufre durante toda su vida

También nosotros tendremos siempre, mäs o menos, por companera a la cruz. Unas veces por haber abrazado un estado que no nos convenia, otras por defectos de las personas a quien amamos..., siempre nos saldrâ al paso la cruz... ôQué hacer con estas penas? Lo que Maria, no buscar el consuelo humano, sino sufrir en silencio y gozosamente. Pensar que la Virgen no padeciô un solo instante sin unir sus amarguras a las de Cristo y entender que podemos también unir las nuestras. Aun cuando nuestros dolores provienen del pecado, Jesûs no rechazará nuestra ofrenda, sino que, ademäs de aceptarla, será nuestro consuelo.

b) El sufrimiento nos preservará de muchos pecados

Digamos: ôte empenas en no dejarme hasta el sepulcro? Pues bien, tu seräs mi ângel de la guarda. Maria nos ensefia también que de ningûn modo podemos emplear mejor los dones de Dios que restituyéndoselos. Todo lo que poseemos, fuera del pecado, pertenece a Dios, y Dios nos lo ha concedido sin olvidar que El es nuestro fin ultimo. Devolvâmoselos. pues; seamos ninos que entregan a su padre sus tesorillos para que los custodie. Seamos como los canales de la sangre, que nace y vuelve al corazôn, de donde saliô, sin detenerse en vaso alguno donde se pueda corromper

c) Nuestra aflicción es nuestra

Aprendamos que la tribulaciôn constituye el premio de la santidad. Aprendamos que nuestra aflicción nos pertenece y no esperemos que nadie la comprenda. Triste cosa es conflar en la compasiôn ajena y ver que terminamos importunando a los demás. Sepamos, en cambio, que Dios hará que nuestro corazôn se pueble de tantos ângeles como penas lo atribulan.

d) Las alegrîas, cebo de nuestras pruebas

Aprendamos que las alegrîas que envia Dios son cebo de nuevas tribulaciones, cosa que llevamos hartó bien experimentada en nuestra vida. La felicidad disfraza y oculta las

realidades de nuestra existencia; sólo el dolor nos quita la careta y descubre la verdad. Cambiar las alegrías en pesâtes, he aquí nuestra tarea segura en este mundo. Trocar los pesares en alegrías corresponde al cielo, y acá abajo en la tierra a la gracia y a la fe.

e) Persecución por Jesûs

Aprendamos a padecer sufrimientos que tienen a Jesus, por causa. Cuantos siguen a Jesucristo padecerân tribulaciones, y es raro que hasta el reclnto doméstico del amor ciego del marido, de la mujer y de los padres no se convierta en persecución, mäs o menos severa, para la esposa, el esposo o los hijos que se aflcionan a la piedad.

IX. J. B. TERRIEN

La Maternidad universal de Maria

En Navidad aparece Maria como Madré de Dios y Madré nuestra. pero esta maternidad universal no se cumple hasta que se consuman sus dolores en la pasiôn. Tal es el tema homilético que nos brinda la dominica infraoctava al anunciamos el primer dolor de Nuestra Seriora (cf. *La Madré de Dios y La Madré de los hombres*, Ediclones Fax [Madrid 1942], t. 1, l. 3. *Maria on el Calvario*, c. 1, *jPor qué debia subir al Calvario?*, p. 103-117).

A) *Maria es nuestra Madré por el dolor*

En la encarnación y en el nacimiento, Maria Santisima fué, como es évidente, Madré de Dios, pero a la vez, al traernos al Redentor dei mundo, y con El las gracias salvadoras, fué también constituida Madré de los hombres.

«Para que Maria sea completamente nuestra Madré no le basta haber merecido su divina fecundldad, ni haber libremente dado a luz al autor de la gracia y de la vida. Es menester que suba al Calvario con su Hijo y que participe en la Pasiôn del Redentor de los hombres. Sólo con esta condición oirâ de labios de Jesús las palabras que promulgan auténticamente su maternidad espiritual» (l. 3, c. D...

a) La Redención se inicta en la Encarnación y se consuma en el Calvario

En las humilias de los Padres se repite con mucha frecuencia que el dia de la concepclôn o nacimiento del Sefior la humanidad ha sido liberada. Por otra parte, los mismos

Santos Padres y la Sagrada Escritura nos aseguran que el hombre no fué libre hasta que Cristo murió en la cruz. *Si el grano de trigo no cayere en la tierra y muriere, quedará solo; pero si muriere llevará mucho fruto* (Io. 12,24-25). *Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, tendrá posteridad* (Is. 53,10). «ôCómo resolver esta aparente contradicción? De un modo muy sencillo. ¡Si! En el Calvario y por sacrificio sangriento... Jesús nos ha libertado y salvado. Allí solamente fué pagado el rescate... Pero esta reparación comienza al entrar Jesucristo en el mundo. San Pablo nos lo advierte en su Epistola a los Hebreos: *Entrando en este mundo, dice: No quisiste sacrificios ni oblações, pero me has preparado un cuerpo...; entonces yo dije: Heme aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad... En virtud de esta voluntad somos nosotros santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una sola vez* (Hebr. 10,5-10). Tal es el plan divino de la Redención... Ser concebido, nacer, crecer, inmolarse, es para Cristo como un solo y mismo acto de Redentor y Salvador. El sacrificio cruento presupone lo que antecede, y lo que antecede está ordenado, por los decretos del Padre y la aceptación del Hijo, al mismo fin: la salud del hombre». Cualquier acto de Cristo pudo bastar para salvarnos, pero la voluntad del Padre era que la muerte fuese el rescate de la salud del mundo; «y he aquí por qué la Sagrada Escritura puede atribuir los bienes inestimables de la Redención, ya a la Encarnación, ya a la inmolación de Dios hecho hombre. A la Encarnación, porque, además de que es la Redención comenzada, va con todo su peso hacia el sacrificio del Calvario, puesto que Cristo nace mortal para morir; a la inmolación cruenta, puesto que a ella pertenece el completar el precio».

b) La maternidad de Maria se completa junto a la cruz

Aplicando esta doctrina a Maria, veremos que su maternidad espiritual ha de consumarse al pie de la cruz. Es Madre nuestra porque engendré a nuestro Salvador, principio de la vida sobrenatural, pero sobre todo porque es una con Cristo en el misterio final de la Redención.

El mismo San Ignacio en los *Ejercicios Espirituales* (cf. 2.ª semana, *Contemplación de la Natividad*) dice: «Miraré y consideraré lo que hacen Nuestra Señora y San José, cómo se ponen en camino, cómo sufren mil pruebas a fin de que el Señor nazca... y muera por último en cruz, y todo esto por mí».

El morir Cristo fué una consecuencia de su ofrecimiento en el instante de ser concebido; los dolores de Maria son una consecuencia de aquel *fiat* de la Encarnación (Lc. 1,38).

B) Maria ofrece su Hijo y sus dolores en el templo

Segân todos los autores, Cristo y Maria renovaron este ofertorio al presentarse en el templo. Cristo se ofreciô por medio de su Madré, y ésta conocia perfectamente el significado de la oblaciôn. Aquellos primogénitos judios que debian ofrendarse al Padre, representaban al primogénito de Maria, a Cristo y a su inmolaciôn, del mismo modo que lo representaba el cordero pascual. Maria, pues, al ofrecer a su Hijo estaba renovando con Cristo la oblaciôn de su vida para redimir al pueblo.

«Ahora bien, para apartar de ella todo equivoco, o mejor dicho, para que nosotros mismos penetremos seguramente en el sentido mäs recondito de la ofrenda exterior, he aqui que viene el anciano Simeôn conducido por el Espiritu Santo; recibe el Nifio de manos de su Madré, como para tomar posesiôn en nombre de la humanidad, y lo proclama en alta voz el Salvador prometido desde el origen de los siglos; pero un Salvador que sera de tal modo objeto de contradicciôn, que una espada de dolor atravesará el corazôn de su Madré (Le. 2.28)».

Cosa digna de notarse es que Simeôn no se dirige a José, porque él no habia de hacer la ofrenda. José puede morir antes de la cruz; quien se necesitaba que llegase hasta ella era Maria.

«ô No veis en todo eso, que le sucede a la Madré lo mismo que al Hijo? Para El la concepciôn, el nacimiento, la circuncisiôn, la presentaciôn en el templo, todos sus misterios, en una palabra, aun cuando significan la redenciôn comenzada, son mäs bien compromisos para completar la oblaciôn final, que será la Redenciôn consumada. Si, pues, Maria ha de ser la Madré de los redimidos. como Jesucristo el Salvador y el Padre, es menester que lleve, en cierto modo, su ofrenda hasta donde El llevará la suya, esto es, hasta el Calvario. Pararse antes sería no participar de la misiôn redentora sino a médias y. por consiguiente, no hacer sino a medias también esa gran labor que da a Dios hijos adoptivos».

Si un cristiano se esfuerza para que su hijo sea sacerdote, y le entrega el pan y el vino, no podrá decir que se ha unido intimamente al sacrificio sino cuando oye su misa y la ofrece de corazôn. Maria diô la materia del sacrificio, diô al mismo sacerdote y estuvo presente junto al altar.

C) Maria, asociada a la redenciôn

a) DESQUITE DEL PARAISO

La Redenciôn es un desquite del paraíso. Del mismo modo que junto a Adân estuvo Eva, aquí, junto a la cruz de Cristo aparece Maria.

b) Maria cooperadora del Padre

El Padre entregô a Cristo a su Pasiôn, se la ordenô, le inspiró el amor que le llevô a la muerte, y no le protegiô, sino que lo abandonô a sus enemigos. Pues el mismo Padre asociô a Maria a la obra de la redenciôn en estos très momentos. «Por consiguiente, lejos de asombrarnos o escandalizarnos de hallarla al pie de la cruz, debería mäs bien sorprendernos el no verla allí, porque no podríamos explicarnos como Dios, la Víctima, no la tomase ya por asistente en la hora y para el acto en que la ofrenda había de consumarse. ¿No hubiera sido esto rebajar la maternidad espiritual en el momento en que la paternidad de la gracia era mäs exaltada?»

El Padre no sufre y Maria sí; primero, porque Maria es pasible, y segundo, porque se trata de engendrar culpables. y la sangre reparadora no la derrama el Padre eterno, sino Cristo en cuanto hombre y su santísima Madré, humana también.

c) Maria, ejemplo nuestro, confianza nuestra

El verla sufrir nos sirve de ejemplo y nos anima a conflar en ella.

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

II. SOBRE LA EPISTOLA

A) *Justicia social*

- a) Qienes carecen de todo otro medio, que son la mayor PARTE, HAN DE SUSTENTARSE CON SU TRABAJO

Los que carecen de capital lo suplen con su trabajo, de suerte que con verdad se puede anrmar que todo el arte de adquirir lo necesario para la vida y mantenimiento se funda en el trabajo, que o se emplea en una finca o en una industria lucrativa, cuyo salario, en último término, de los frutos de la tierra se saca o con ellos se permuta (Leôn XIX, *Rerum Novarum*, η 7).

- b) Como a mäs débiles, los patronos no pueden perjudicarLOS, SINO FAVORECERLOS

Con extremo culdado deben guardarse los amos de perjudicar en lo mäs minimo los ahorros de los proletarios, ni con violencia, ni con engafio, ni con los artificios de la usura; y esto aun con mayor razón, porque no estân ellos suficienternente protegidos contra quien les quite sus derechos o les incapacité para trabajar, y porque sus haberes cuanto mäs pequefios son, tanto deben ser mäs respetados (Leôn XXI, *Rerum Novarum*, η. 17).

- c) El Estado debe también favorecer a los asalariados y pobres, que no pueden hacerlo por sí MISMOS

En el protéger los derechos de los particulares, débese tener en cuenta principalmente con los de la clase infima y pobre. Porque la clase de los ricos se deflende por sus propios medios y necesita menos de la tutela publica; mas el pobre pueblo, falto de riquezas que le aseguren, está peculiarmente confiado a la defensa del Estado. Por tanto, el Estado debe abrazar con cuidado y providenda peculiares a los asalariados, que forman parte de la clase pobre en general (Leôn XXII. *Rerum Novarum*, η. 29)

- d) El Papa alaba a quienes tratan de ayudar a los proletarios

Muy de alabar son algunos de los nuestros, que, conociendo bien lo que de ellos exigen los tiempos, hacen experiencias y pruebas de cómo podrân con honrados medios mejorar la suerte de los proletarios y, haciéndose sus protectores, aumentar el bienestar así de sus familias como de los individuos (Leôn XIII, *Rerum Novarum*, n. 41).

B) Y caridad cristiana

- a) Pero una verdadera caridad cristiana debe evitar toda apariencia de protección envilecedora

Todavía más importante para remediar el mal de que tratamos, o, por lo menos, más directamente ordenado a curarlo, es el precepto de la caridad. Nos referimos a esa caridad cristiana *paciente y benigna* (1 Cor. 13,4), que evita toda apariencia de protección envilecedora y toda ostentación (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 46).

- b) Si LOS OBREROS experimentan esta verdadera caridad VERÂN CÔMO LA IGLESIA ESTÂ CON ELLOS

Cuanto más experimenten en si mismos los obreros y los pobres lo que el espíritu de amor, animado por la virtud de Cristo, hace por ellos, tanto más se despojarân del prejuicio de que el cristianismo ha perdido su eficacia y que la Iglesia está de parte de quienes explotan su trabajo (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 46).

C) La apostasia de las masas

- a) Desgraciadamente, las divisiones SOCIALES demuestran QUE NI SE GUARDA LA JUSTICIA NI LA VERDADERA CARIDAD

Pero cuando vemos, por un lado, una muchedumbre de indigentes que, por causas ajenas a su voluntad, están realmente oprimidos por la miseria; y por otro lado, junto a ellos, tantos que se divierten inconsideradamente y gastan enormes sumas en cosas inútiles, no podemos menos de reconocer con dolor que no sólo no es bien observada la justicia, sino que tampoco se ha profundizado lo suficiente en el precepto de la caridad cristiana, ni se vive conforme a él en la práctica cotidiana (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 47).

I

I

b) La Iglesia condena la conducta de muchos católicos QUE, POR AFAN DE LUCRO, FUERON CAUSA DE LA PREVARICACIÓN DE MUCHOS

Angustiados por nuestra paternal solicitud, estamos examinando e investigando los motivos que los han llevado tan lejos, y nos parece oír lo que muchos de ellos responden en son de excusa: que la Iglesia y los que se dicen adictos a la Iglesia favorecen a los ricos, desprecian a los obreros, no tienen cuidado ningimo de ellos; y que por eso tuvieron que pasarse a las filas de los socialistas y alistarse en ellas para poder mirar por sí.

Es, en verdad, lamentable, venerables hermanos, que haya habido y aun ahora haya quienes, llamándose católicos, apenas se acuerdan de la sublime ley de la justicia y de la caridad, en virtud de la cual nos está mandado no sólo dar a cada uno lo que le pertenece, sino también socorrer a nuestros hermanos necesitados como a Cristo mismo (cf. lac. 2); éstos, y esto es lo más grave, no temen oprimir a los obreros por espíritu de lucro. Hay además quienes abusan de la misma religion y se cubren con su nombre en sus exacciones injustas, para defenderse de las reclamaciones completamente justas de los obreros. No cesaremos nunca de condenar semejante conducta; esos hombres son la causa de que la Iglesia, inmerecidamente, haya podido tener la apariencia y ser acusada de inclinarse de parte de los ricos, sin conmoverse ante las necesidades y estrecheces de quienes se encontraban como desheredados de su parte de bienestar en esta vida. La historia entera de la Iglesia claramente prueba que esa apariencia y esa acusación es inmerecida e injusta: la misma enciclica cuyo aniversario celebramos es un testimonio elocuente de la suma injusticia con que tales calumnias y contumelias se han lanzado contra la Iglesia y su doctrina (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 50).

c) Muchos perdieron la fe porque se les explotaba INICUAMENTE

Dispútase ahora del estado de los obreros, y que la solución que se dé a esta disputa sea razonable importa muchísimo al Estado. La solución acertada la darán los obreros cristianos si, unidos en sociedad y valiéndose de prudentes consejeros, entran por el camino que, con singular provecho suyo y público, siguieron sus padres y antepasados. Pues por grande que en el hombre sea la fuerza de las preocupaciones, y la de las pasiones, sin embargo, si una depravada voluntad no ha embotado por completo el sentimiento del bien, espontáneamente se inclinará más a la benevolencia de los ciudadanos a los que vieren laboriosos y modestos, a los que se sepa que anteponen la equidad a la ganancia y el cumplimiento religioso del deber de todas las cosas. De donde se seguirá también esta ventaja: que se dará no pequeña esperanza, y aun posibilidad de remedio, a aquellos obreros que viven, o con desprecio completo de la fe cristiana, o con costumbres ajenas de quien la profesa. Entienden éstos muchas veces que los han engañado con falsas esperanzas y vanas ilusiones, porque sienten que son muy

inhumanamente tratados por amos codiciosos, que no les estiman sino a medida dei lucro que con su trabajo les producen (Leôn XIII, *Rerum Novarum*, n. 44).

d) NO ES CIERTO QUE POR UNA LEY FATAL LOS OBREROS ESTÉN
CONDENADOS A LA POBREZA

Por largo tiempo el capital logrô aprovecharse excesivamente. Todo el rendimiento, todos los productos, reclamaba para si el capital, y al obrero apenas se le dejaba lo suficiente para reparar y reconstituir sus fuerzas. Se decia que por una ley econômica completamente incontrastable, toda la acumulaciôn de capital cedia en provecho de los afortunados. y que por la misma ley los obreros estaban condenados a pobreza perpetua o reducidos a un bienestar escasisimo (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 23).

e) CREYENDO QUE LA JUSTICIA NACÍA DE LEYES NECESARIAS,
CON LA CARIDAD SOLO EXCITABAN A LA REBELIÔN Y AL DESEO DE
REFORMAS

Era un estado de cosas al cual con facilidad se avenian quienes, abundando en riquezas, lo creian producido por leyes econômicas necesarias; de ahí que todo el cuidado para aliviar esas miserias lo encomendaran tan solo a la caridad, como si la caridad debiera encubrir la violaciôn de la justicia, que los legisladores humanos no solo toleraban, sino a veces sancionaban. Al contrario, los obreros, afligidos por su angustiosa situaciôn, la sufrían con grandísima dificultad y se resistían a sobrellevar por más tiempo tan duro yugo. Algunos de ellos, impulsados por la fuerza de los malos consejos, deseaban la revoluciôn total, mientras otros, que en su formaciôn cristiana encontraban obstaculo a tan perversos intentos, eran de parecer que en esta materia muchas cosas necesitaban reforma profunda y rápida (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 2).

f) ABUSAR DE LOS TRABAJADORES CON AFÂN DE LUCRO ES CONTRA
TODO DERECHO DIVINO Y HUMANO

Sabido es que para determinar la medida justa del salario, débense tener presente muchos puntos de vista; pero, en general, deben acordarse los ricos y los amos que oprimir en provecho propio a los indigentes y menesterosos, y tomar ocasiôn de la pobreza ajena para mayores lucros, es contra derecho divino y humano. Y el defraudar a uno dei salario que se le debe es un gran crimen que clama al cielo venganza (Iac. 5,4): *El jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudado por vosotros, clama, y los gritos de los segadores han llegado a los oidos del Señor de los ejércitos* (Leôn XIII. *Rerum Novarum*, n. 17).

g) Hay, pues, que tender a formar a los obreros en sus
DERECHOS Y EN SU RESPONSABILIDAD PARA QUE ELLOS MISMOS
TOMEN LA INICIATIVA

El constante trabajo emprendido para empapar el ánimo de los obreros en el espíritu cristiano ayudô en gran manera a hacerlos conscientes de su verdadera dignidad y a que, propuestos claramente los derechos y las obligaciones de su clase, progresaran l  gitima y prósperamente y aun pasaran a ser guías de los otros (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 7).

h) La autoridad debe ejercerse paternalmente a imitaci  n de Dios

Como el poder de mandar proviene de Dios y es una comunicaci  n de la divina soberanía, debe ejercerse a imitaci  n del mismo poder de Dios, el cual, con solicitud de padre, no menos attende a las cosas individuales que a las universales (Le  n xui *Rerum Novarum*, n. 28).

D) Funcion supletoria del Estado en la cuesti  n social

a) El orden social depende más de la cooperaci  n de
TODOS QUE DE LA ACCI  N DEL ESTADO

Que no se apague o se debilitó entre vosotros la voz insistente de los dos Pontífices de las enc  licas sociales, que magistralmente enseñan a los que creen en la regeneración sobrenatural de la humanidad el deber moral de cooperar al ordenamiento de la sociedad, y en modo especial de la vida econ  mica, impulsando la actividad de aquellos que participan de tal vida no menos que el Estado mismo (Pio XII, *Conmemoración del cincuentenario de la enc  lica «Rerum Novarum»*, n. 14).

b) LO IDEAL ES QUE CADA CUAL SE OCUPE DE LO SUYO, Y EL
Estado tan sólo supla cu  ndo sea necesario

Por tanto, tengan bien entendido esto los que gobiernan: cuanto más vigorosamente reine el orden jerárquico entre las diversas asociaciones, quedando en pie este principio de la funci  n «supletiva» del Estado. tanto más firme será la autoridad y el poder social y tanto más prospera y feliz la condici  n del Estado (Pio XI, *Quadragesima Anno*, n. 35).

c) DEJANDO A LAS SOCIEDADES INFERIORES lo QUE ÉSTAS PUEDEN hacer, el Estado puede atender mejor a lo que es SUYO PROPIO

Conviene que la autoridad publica suprema deje a las asociaciones inferiores tratar por si mismas los cuidados y negocios de menor importancia, que de otro modo le serian de grandisimo impedimento para cumplir con mayor libertad, firmeza y eficacia lo que a ella sola corresponde, ya que solo ella puede realizarlo, a saber: dirigir, vigilar, urgir, castigar, según los casos y la necesidad lo exijan (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 35).

d) Si el Estado sustituye a la actividad privada, pronto se palpan las consecuencias nocivas

Es, por tanto, noble prerrogativa y misión del Estado inspeccionar, ayudar y ordenar las actividades privadas e individuales de la vida nacional, para hacerlas converger armónicamente al bien común; el cual no puede determinarse por concepciones arbitrarias ni recibir su norma en primer término de la prosperidad material de la sociedad, sino más bien del desenvolvimiento armónico y de la perfección natural del hombre, para la que el Criador ha destinado la sociedad como medio.

Considérai el Estado como fin al que debe subordinarse y dirigirse todo, solo podria tener consecuencias nocivas para la prosperidad verdadera y estable de las naciones. Y esto, sea que este dominio ilimitado se atribuya al Estado como mandatario de la nación, del pueblo o sólo de una clase social; sea que lo reclame el Estado como absoluto señor, independientemente de todo mandato.

Si, en efecto, el Estado se atribuye y ordena las iniciativas privadas, toda vez que éstas se gobiernan por normas internas, delicadas y complejas, que garantizan y aseguran la consecución del fin que les es propio, pueden recibir dario, con desventaja para el bien del publico, si se las arranca de su ambiente natural, es decir, de la actividad privada responsable (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 24).

e) Lo propio del Estado es la tutela y defensa del orden JURÍDICO, SOCIAL Y ECONÓMICO

La autoridad pública no debe desmayar en la tutela y defensa eficaz del orden juridico, social y de la economia, y no le será difícil lograrlo si arroja de si las cargas que no le competen (Pio XI, *Quadragesimo Anno*. n. 37).

f) Para ello es necesario que los ciudadanos colaboren
INTELIGENTEMENTE

Creemos que para alcanzar este nobilísimo intento con verdadero y estable provecho para todos, es necesaria primero y principalmente la bendición de Dios y luego la colaboración de todas las buenas voluntades. Creemos, además, y como consecuencia natural de lo mismo, que ese mismo intento se alcanzará tanto más seguramente cuanto mayor sea la cooperación de las competencias técnicas, profesionales y sociales, y más todavía de los principios católicos y de la práctica de los mismos, no de parte de la Acción Católica (porque no pretende desarrollar actividad estrictamente sindical y política), sino de parte de aquellos de nuestros hijos que Acción Católica educa exquisitamente en los mismos principios y en el apostolado bajo la guía y el magisterio de la Iglesia; de la Iglesia, que en el terreno antes señalado, así como dondequiera que se agitan y regulan cuestiones morales, no puede olvidar o descuidar el mandato de custodia y de magisterio que se le confió divinamente (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 37).

E) La necesidad de intervenir y sus límites

a) Pero cada vez se hace más necesaria la intervención

Es verdad, y lo prueba la historia palmariamente, que la mudanza de las condiciones sociales hace que muchas cosas que antes hacían aun las asociaciones pequeñas, hoy no las puedan ejecutar sino las grandes colectividades. Y, sin embargo, queda en la filosofía social fijo y permanente aquel importantísimo principio que ni puede ser suprimido ni alterado: como es ilícito quitar a los particulares lo que con su propia iniciativa y propia industria pueden realizar para encomendarlo a una comunidad, así también es injusto, y al mismo tiempo es grave perjuicio y perturbación del recto orden social, avocar a una sociedad mayor y más elevada lo que pueden hacer y procurar comunidades menores e inferiores. Toda acción de la sociedad debe, por su naturaleza, prestar auxilio a los miembros del cuerpo social, nunca absorberlos y destruirlos (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 35).

b) El individualismo colocó a LOS individuos frente al
Estado, con perjuicio para ambos

Por el vicio que hemos llamado «individualismo» han llegado las cosas a tal punto que, abatida y casi extinguida aquella exuberante vida social que en otros tiempos se desarrolló en las corporaciones o gremios de todas clases, han quedado casi solos frente a frente los particulares y el Estado, con no pequeño detrimento para el mismo Estado; pues, deformado el régimen social, y recayendo sobre el Estado todas las cargas que antes sostenían las

antiguas corporaciones, se ve él abrumado y oprimido por una infinidad de negocios y obligaciones (Pio XI. *Quadragesimo Anno*, n. 35).

c) CONCRETAMENTE OBSTACULIZO EL NACIMIENTO DE ORGANIZACIONES OBRERAS

En cada época los gobernantes de ciertas naciones, entregados completamente al libéralisme, favorecian poco a las asociaciones de obreros, por no decir que abiertamente las contradecian; reconocian y acogian con favor y privilegio asociaciones semejantes para las demás clases, y solo se negaba, con gravísima injusticia, el derecho nativo de asociaciôn a los que más estaban necesitados de ella para defenderse de los atropellos de los poderosos, y aim en algunos ambientes católicos habia quienes miraban con malos ojos los intentos de los obreros de formar tales asociaciones, como si tuvieran cierto resabio socialista o revolucionario (Pfo XI, *Quadragesimo Anno*, n. 9).

d) Pero Leôn XIII estimulô su nacimiento con el fin de QUE ELLAS MISMAS DEFENDIERAN SUS INTERESES

No faitan católicos acaudalados que, «haciéndose, en cierto modo, companeros voluntarios de los obreros, se esfuerzan, con grandes dispendios, por establecer y propagar en muchas parles estas asociaciones, con la ayuda de las cuales, y con su trabajo, puedan fácilmente los obreros procurarse, no solo algunas comodidades en lo présente, sino también la esperanza de un honesto descanso en lo por venir (Leôn XIII, *Rerum Novarum*, n. 41).

e) Las leyes sôlo pueden prohibirlas cuando llevan malos fines; de otro modo, carecerían aquéllos de fuerza OBLIGATORIA

Hay algunas circunstancias en que es justo que se opongan las leyes a esta clase de asociaciones, como es, por ejemplo, cuando de proposito pretenden algo que a la probidad, a la justicia, al bien del Estado claramente contradiga. Y en semejantes casos está en su derecho la autoridad publica si impide que se formen; usa de su derecho si disuelve las ya formadas; pero debe tener sumo cuidado de no violar los derechos de los ciudadanos, ni, so pretexto de publica utilidad, establecer algo que sea contra razón. Porque a las leyes. en tanto hay obligaciôn de obedecer en cuanto convienen con la recta razón, y consiguientemente con la sempiterna ley de Dios (Leôn XIX, *Rerum Novarum*, n. 38).

f) ES DEBER DEL ESTADO INTERVENIR EN LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

Este deber y su correspondiente derecho al trabajo lo impone y lo concede al individuo en primera instancia la naturaleza y no la sociedad, como si el hombre no fuese otra cosa que simple siervo o funcionario de la comunidad. De donde se sigue que el deber y el derecho de organizar el trabajo del pueblo pertenece, ante todo, a los inmediatos interesados: patronos y obreros. Si éstos no cumplen con su deber o no pueden hacerlo por circunstancias especiales y extraordinarias, es deber del Estado intervenir en el campo del trabajo y en su división y distribución, según la forma y medida que requiere el bien común debidamente entendido (Pío XH. *Cincuenta aniversario de la «Jierum Novarum»*, n. 11).

g) Pero sólo cuando los propios trabajadores no pueden
RESOLVER SUS PROBLEMAS

Pero en éstos semejantes casos, como en cuanto se trata de determinar cuántas horas habrá de durar el trabajo en cada una de las industrias u oficios, que medios se habrán de emplear para mirar por la salud, especialmente en los talleres o fábricas; para que no se entrometa en esto demasiado la autoridad, lo mejor será reservar la decisión de estas cuestiones a las corporaciones de que hablaremos más abajo, o tentar otro camino para poner en salvo, como es justo, los derechos de los jornaleros, acudiendo el Estado, si la cosa lo demandare, con su amparo y auxilio (León XIH, *Rerum Novarum*, n. 34).

h) Debe también proteger las asociaciones, pero sin entrometerse en su régimen de vida

Proteja el Estado estas asociaciones que en uso de su derecho forman los ciudadanos, pero no se entrometan en su ser íntimo y en las operaciones de su vida, porque la acción vital, de un principio Interno procede, y con un impulso externo fácilmente se destruye (León XIH, *Rerum Novarum*, n. 41).

i) Si CUENTAN CON OBREROS PREPARADOS, ELLOS MISMOS DEFENDERÁN SUS DERECHOS

Las citadas asociaciones formarán obreros verdaderamente cristianos, los cuales, armonizando la diligencia en el ejercicio profesional con los preceptos saludables de la religión, defenderán sus propios temporales intereses y derechos con eficacia y fortaleza, contribuyendo, con su misión obligada a la justicia y el deseo sincero de colaborar con las demás clases de la sociedad, a la restauración cristiana de toda la vida social (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 10).

II. SOBRE EL EVANGELIO

A) «*Cumplidas todas las cosas segun la Ley del Serior[^]*»

a) Es PROPIO DEL SER RACIONAL Y LIBRE OBRAR CON ARREGLO A LA LEY, CONOCIDA POR SU RECTA RAZÔN

En primer lugar fué necesaria la ley, esto es, una norma de lo que habia de hacerse y omitirse, la cual no puede darse propiamente en los animales, que obran forzados de la necesidad, puesto que todo lo hacen por instinto, ni de si mismos pueden obrar de otro modo alguno. Mientras que los que gozan de libertad, en tanto pueden hacer o no hacer, obrar de un modo o de otro, en cuanto ha precedido, al elegir lo que quieren, aquel juicio que deciamos de la razôn, por medio del cual no sôlo se establece qué es por naturaleza honesto, qué torpe, sino ademâs qué es bueno y en realidad debe hacerse, qué malo y en realidad evitarse; es decir, que la razôn prescribe a la voluntad adônde debe tender y de qué apartarse para que el hombre pueda alcanzar su ùltimo fin, por cuya causa ha de hacerse todo. Esta ordenaçôn de la razôn es lo que se llama ley, por lo cual la razôn de ser necesaria al hombre la ley ha de buscarse primera y radicalmente en el mismo libre albedrio para que nuestras voluntades no discrepen de la recta razôn. Y no podrâ decirse ni pensarse mavor ni mâs perverso contrasentido que el pretender exceptuar de la ley al hombre, porque es de naturaleza libre, y si asi fuera, seguiriasse que es necesario para la libertad el no aiustarse a la razôn. cuando, al contrario, es certisimo que el hombre, precisamente porque es libre, ha de estar sujeto a la ley. la cual queda asi constituida guia del hombre en el obrar, moviéndcle a obrar bien con el aliciente del premio y alejândole del pecado con el terror del castigo (Leôn XΣΠ, *Libertas*, η. 8).

b) Esta ley natural recibe su fuerza obligatoria de la LEY DICTADA POR DIOS

Tal es la ley natural, primera entre todas, la cual estâ escrita y grabada en la mente de cada uno de los hombres, por ser la misma razôn humana mandando obrar bien y vedando pecar. Pero estos mandatos de la humana razôn no pueden tener fuerza de ley sino por ser voz e intérprete de otra razôn mâs alta, a que deben estar sometidos nuestro entendimiento y nuestra libertad. Como eue la fuerza de la Îey, qué estâ. en importer Obiigaciohes y adjudicar derechos, se apoya del todo en -fa autoridad, esto es, en la potestad verdadera de establecer deberes y concéder derechos, y. dar sancion, ademâs' con premlôs y castigos,' a lo ordenado; y es; claro que nada de esto habria en el hombre, si se diera a si mismo norma para las propias acciones como un legislador. Sigueee.

pues, que la ley natural es la misma ley eterna, ingénita en las naturas racionales. inclinândolas a las obras y fin debidos, como razôn eterna que es de Dios, Creador y Gobemador del mundo universo (Leôn XIII. *Libertas*, n. 8).

c) Muchas leyes positivas son mera expresiôn de la ley
NATURAL

Y lo dicho de la libertad en cada individuo, fâcilmente se aplica a los hombres unidos en la sociedad civil; pues lo que en los primeras hace la razôn y la ley natural, eso mismo hace en los asociados la ley humana, promulgada nara el bien comûn de los ciudadanos (Leôn XIII, *Libertas*, n. 10).

d) ÚTRAS son aplicaciôn de un precepto genérico, a AS-
PECTOS CONCRETOS de la vida social

De estas leyes humanas hay algunas cuya objeto es lo que de su naturaleza es bueno o malo, y ordenan. con la sanción debida, seguir lo uno y huir de lo otro (Leôn xm, *Libertas*, n. 10).

e) El que gobierna no debe sanctonar ninguna ley que
no dimane de la ley eterna

Y la libertad en los que gobiernan no está en que puedan mandar temeraria y antojadizamente, cosa no menos perversa que danosa en sumo grado a la sociedad, antes toda la fuerza de las leyes humanas debe estar en que se las vea dimanar de la eterna, y no sancionar cosa alguna que no se contenga en ésta como en principio universal de todo derecho (Leôn xm, *Libertas*, n. 11).

f) Porque carece de fuerza obligatoria la ley positiva
que se aparta de la eterna

Sapientisimamente dijo San Agustin (*De lib. arb.*, l. 1, c. 6,15): «Creo, al mismo tiempo, que tû conoces no hallarse en aquella deidad temporal nada justo y legitimo que no lo hayan tornado los hombres de ésta deidad eterna). De modo que, si cualquier autoridad estableciera algo que se anarte de la recta razôn y sea pernicioso a la sociedad. ninguna fuerza de ley tendria, puesto que no sería norma de justicia y apartaria a los hombres del bien para que está ordenada la sociedad (Leôn XII, *Libertas*, n. 12).

g) Y CUANDO MANDA ALGO CONTRARIO, ES JUSTO NO
OBEDECERLA

¶*

Pero cuándo falta el derecho de mandar, o se manda algo contra la razôn, contra la ley eterna o los mandamientos divinos, es justo no obedecer a los hombres, se entiende para obedecer a Dios. Çerrado

asi el paso a la tirania, no lo absorberá todo el Estado, y quedarán a salvo los derechos de los particulares, de la familia, de todos los miembros de la sociedad, dándose a todos parte en la libertad verdadera, que está, como hemos demostrado, en poder cada uno vivir según las leyes y la recta razón (León XIII, *Libertas*, n. 15h)

h) SIENDO LA OBEDIENCIA A LA LEY SUMISIÓN A LA VOLUNTAD de Dios, es deber de justicia observarla religiosamente

En consecuencia, traen a su jurisdicción los matrimonios Cristianos, legislando aun acerca del vinculo conyugal, de su unidad y estabilidad; privan de sus posesiones a los clérigos, diciendo que la Iglesia no tiene derecho a poseer; obran, en fin, de tal modo respecto de ella. que, negándole los derechos y la naturaleza de una sociedad perfecta, la ponen en el mismo nivel de las otras sociedades incluidas en el Estado, y, por consiguiente, dicen, si tiene algún derecho, alguna facultad legítima para obrar, lo debe al favor y a las concesiones de los gobernantes (León XIII, *tôle Dei*, n. 34).

i) El acto de obediencia está ennoblecido por el hecho de que la potestad que da la ley viene de Dios

La potestad legítima viene de Dios, y el que resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios, con lo cual queda muy ennoblecida la obediencia, ya que ésta se presta a la más justa y elevada autoridad (León XHI, *Libertas*, n. 15).

j) Tanto LOS SUBDITOS COMO LOS GOBERNANTES ESTÁN SUJETOS A LA LEY O, LO QUE ES LO MISMO, A LA AUTORIDAD de Dios

Resulta de todo lo dicho que la naturaleza de la libertad, de cualquier modo que se la mire, ya en los particulares, ya en la comunidad, y no menos en los imperantes que en los subditos, incluye la necesidad de someterse a una razón suma y eterna, que no es otra sino la autoridad de Dios, que manda y que veda, y tan lejos está este justísimo señorío de Dios en los hombres de quitar o mermar siquiera la libertad, que, antes bien, la defiende y perfecciona; como que el dirigirse a su propio fin y alcanzarle es perfección verdadera de toda naturaleza, y el fin supremo a que debe aspirar la libertad del hombre no es otro que Dios mismo (León XIII, *Libertas*, n. 13).

k) Cuando la ley es justa mira no solo por los bienes EXTERIORES, SINO PRINCIPALMENTE POR LOS DEL ALMA

Como la misma naturaleza exige del Estado que proporcione a los ciudadanos medios y oportunidad con que vivir honestamente, esto es. según las leyes de Dios, ya que es Dios el principio de toda

honestidad y justicia, repugna, ciertamente por todo extremo, que sea lícito al Estado el descuidar de todas esas leyes, o establecer la menor cosa que las contradiga. Además, los que gobiernan los pueblos son deudores a la sociedad, no sólo de procurarles con leyes sablas la prosperidad y bienes exteriores, sino de mirar principalmente por los bienes del alma. Ahora bien: para incremento de estos bienes del alma nada puede imaginarse mas a propósito que estas leyes, de que es autor Dios mismo; y por esta causa los que en el gobierno del Estado no quieren tenerlas en cuenta, hacen que la potestad política se desvíe de su propio instituto y de las prescripciones de la naturaleza (León XIII, *Libertas*, n. 26).

1) El ordenamiento jurídico, fruto del espíritu humano, ES LA PROYECCIÓN EXTERNA DEL ORDEN SOCIAL QUERIDO por Dios

Quien con mirada limpia y penetrante considere la vital conexión entre el genuino orden social y el genuino ordenamiento jurídico y tenga presente que la unidad interna en su multiplicidad depende del predominio de las fuerzas espirituales, del respeto a la dignidad humana en sí y en los otros, del amor a la sociedad y a los fines que Dios le ha señalado, no puede maravillarse de los tristes efectos de aquellas concepciones jurídicas que, alejándose del camino real de la verdad, marchan por el terreno resbaladizo de postulados materialísticos, sino que echará de ver en seguida la aplazable necesidad de la vuelta a una concepción espiritual y ética, seria y profunda, templada al calor de una verdadera humanidad e iluminada por el resplandor de la fe cristiana, que hace ver en el ordenamiento jurídico una refracción externa del orden social que Dios ha querido, luminoso fruto del espíritu humano, imagen a su vez del espíritu de Dios (Pío XII, *Radiomensaje en la Navidad de 1942*, n. 23).

II) Es EL SOPORTE EXTERNO Y PROTECTOR DE LA VIDA SOCIAL QUE LE PERMITE OBTENER SU FIN

Para que la vida social, cual Dios la quiere, obtenga su fin, es esencial un ordenamiento jurídico que le sirva de extemo sostén, de amparo y de protección; ordenamiento cuya función no es dominar, sino servir, tender a desarrollar y acrecentar la vitalidad de la sociedad en la rica multiplicidad de sus fines, conduciendo hacia su perfeccionamiento todas y cada una de las energías en pacífica cooperación y defendiéndolas, con medios apropiados y honestos, contra todo lo que entorpece su pleno desenvolvimiento (Pío XII. *Radiomensaje en la Navidad de 1942*, n. 18).

m) Aquella ordenación natural no puede ser abolida EN NINGÚN MODO

Las últimas, profundas, lapidarias y fundamentales normas de la sociedad no pueden ser tocadas por obra del ingenio humano; se rân negar, ignorar, despreciar, quebrantar, mas nunca abro-

gar con eficacia jurídica. Ciertamente a medida que el tiempo pasa cambian las condiciones de vida; mas no se da nunca carencia absoluta ni perfecta discontinuidad entre el derecho de ayer y el de hoy, entre la desaparición de antiguos poderes y constituciones y el resurgir de nuevos ordenamientos (*Pío XII, Radiomensaje e7i la Navidad de 1942*, n. 19).

n) MAS todavîa: ünas leyes que no se basan en el derecho DIVINO, A LA LARGA SE DESMORONAN POR SÎ MISMAS

No se debe olvidar la esencial insuficiencia y fragilidad de toda norma de vida social que descansa sobre fundamento exclusivamente humano, se inspire en motivos meramente terrenos y haga consistir su fuerza en la sanción de autoridad únicamente externa.

Donde se rechaza la dependencia del derecho humano del derecho divino, donde no se hace apelación sino a una idea inclerta de autoridad meramente terrena y se reivindica una autonomía fundada únicamente en la moral utilitaria, allí el mismo derecho humano pierde justamente en sus aplicaciones más difíciles la fuerza moral, que es la condition esencial para ser reconocido y exigir hasta sacrificios.

Bien es verdad que el poder, apoyado sobre fundamentos tan débiles y vacilantes, puede conseguir alguna vez, por la contingenda de las circunstancias, éxitos materiales de que se maravillan observadores menos profundos; pero viene el momento en que triunfa la ineluctable ley que sacude todo cuanto se ha construido sobre una velada o manifiesta desproporción entre la magnitud del suceso material y externo y la fragilidad del motivo interno y de su fundamento moral. Desproporción que subsiste siempre que la autoridad pública desconoce o reniega dei dominio del Legislador supremo, que, si ha dado la potestad a los gobernantes, ha senalado también y determinado los limites de la misma (*Pío XII, Summi Pontificatus*, n. 23).

ñ) De donde cualquier positivismo juridico es condenable PARA UNA CONCIENCIA CRISTIANA

Entre estos postulados errôneos se debe enumerar el positivismo juridico, que atribuye una engafiosa majestad a la promulgación de leyes puramente humanas y allana el camino a una funesta separación entre la ley y la moral; viene después la conception que réclama para determinadas naciones o estirpes o clases el instinto juridico como último imperativo e inapelable norma; por ultimo, las diversas teorías, que, si bien diferentes en si mismas y procedentes de puntos de vista ideológicamente opuestos, concuerdan, sin embargo, en considerar al Estado o a un cierto número de personas que lo representan como entidad absoluta y suprema, exenta de control y critica, aun en el caso de que sus postulados teóricos y prácticos tropiezan y desembocan en una abierta negación de notas esenciales de la conciencia humana y cristiana (*Pío XII. Radiomensaje en la Navidad de 1942*, n. 22).

0) TAL POSmVISMO CON su «derecho legal» ha destruido EL ORDEN ESTABLECIDO POR DIOS

El siglo XIX es el gran responsable del positivismo jurídico. Si sus consecuencias han tardado en hacerse sentir en toda su gravedad en la legislación, se debe al hecho de que la cultura estaba todavía impregnada del pasado cristiano y a que los representantes del pensamiento cristiano podían todavía, casi en todas partes, hacer oír su voz en las asambleas legislativas. Debía venir el Estado totalitario, de impronta anticristiana; el Estado que —por principio, o al menos de hecho— rompiera todo freno frente a un supremo derecho divino, para descubrir al mundo el verdadero rostro del positivismo jurídico. ¿Hay que subir mucho en la historia para poder encontrar un llamado «derecho legal» que quite al hombre toda dignidad personal, que le niegue el derecho fundamental a la vida y a la integridad de sus miembros, poniendo una y otra al arbitrio del partido y del Estado; que reconozca al individuo el derecho sobre sus hijos y el deber de su educación y, sobre todo, considere el reconocimiento de Dios, supremo Señor, y la dependencia del hombre de El como sin interés para el Estado y para la comunidad humana? Este *derecho legal* en el sentido así expuesto ha destruido el orden establecido por el Creador; ha llamado orden al desorden, autoridad a la tiranía, libertad a la esclavitud, y al delito virtud patriótica (Pío XII, *Discurso a la Rota*, 13 de noviembre de 1949: «Ecclesia», n. 437).

P) Y DE ÉL HA NACIDO EL ESTADO ABSOLUTO

Positivismo jurídico y absolutismo del Estado; dos manifestaciones que, a su vez, derivan y dependen la una de la otra. Quitada, en efecto, al derecho su base, constituida por la ley moral y positiva, y por lo mismo inmutable, no queda más que fundamentarlo sobre las leyes del Estado, como su norma suprema, y he aquí puesto el principio del Estado absoluto. A su vez este Estado absoluto intentará necesariamente someter todas las cosas a su arbitrio, y especialmente hacer servir el derecho mismo a sus propios fines. El positivismo jurídico y el absolutismo han alterado y desfigurado la noble fisonomía de la justicia, cuyos fundamentos esenciales son el derecho y la conciencia (Pío XU, *ibid*).

B) ((Puesto está... para blanco de contradicción))

a) La lucha contra Jesucristo continúa contra su IGLESIA

Ya anunció Jesucristo que el odio y envidia de los hombres, de que El, antes que nadie, fué blanco, se extenderían del mismo modo a la obra por El fundada, de tal suerte, que a muchos se les impediría de hecho conseguir la salvación que El por singular

beneficio nos ha granjeado. Por lo cual quiso no solamente formar alumnos de su escuela, sino ademâs juntarlos en sociedad y unirlos convenientemente en un cuerpo *que es la Iglesia* (Coi. 1,24), cuya cabeza es El mi'mo. Asi que la vida de Jesucristo penetra y recorre la trabazôn de este cuerpo, nutre y sustenta cada uno de los miembros y los tiene unidos entre si y encaminados al mismo fin (cf. Rom. 12,4.5), por mâs que no es una misma la acciôn de cada uno de ellos (Leôn XII, *Sapientiae Christianae*, η. 22).

b) A la Iglesia transmitiô Jesucristo su propia
EXCELSA MISIÔN

Porque el unigénita Hijo de Dios constituyô sobre la tierra la sociedad que se dice la Iglesia, transmitiéndole aquella propia excelsa misiôn divina que El en persona habia recibido de su Padre y encargândole que la continuase en todo tiempo: *Como me enviô mi Padre, así también yo os envío* (Io. 20,21). *Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumaciôn dei mundo* (Mt. 28,20). Y así como Jesucristo vino a la tierra para que los hombres *tengan vida, y la tengan en mâs abundancia* (Io. 10,10), no de otra suerte el fin que se propone la Iglesia es la eterna salvaciôn de las almas: por lo cual, en razôn de su intimo ser, se extiende y dilata, cobijando en su regazo a todos los hombres, sin que haya límites, ni de lugar ni de tiempo, que la circunscriban. *Predicad* (Mc. 16,15) *el Evangelio a toda criatura* (Leon XIII, *Immortale Dei*, η. 14).

c) De tal manera vive Jesucristo en su Iglesia, que esta
SE CONVIERTE EN UNA SEGUNDA PERSONA DE CRISTO

Como sutil y agudamente advierte Belarmino (cf. *De Rom. Pont.*, 1,9; *De conc.* 2,19), este nombre de Cuerpo de Cristo no solamente proviene del hecho de que Cristo debe ser considerado Cabeza de su Cuerpo místico, sino también de que así sustenta a su Iglesia y así vive en cierta manera en ella, que ésta se convierte como en una segunda persona de Cristo. Lo cual afirma el Doctor de las Gentes, escribiendo a los Corintios (1.12,12), cuando sin mâs aditamento llama *Cristo* a la Iglesia, imitando en esta al divino Maestro, que a aquel que perseguia a la Iglesia le hablô de esta manera: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Act. 9,4). Mâs aún, si creemos al Niseno (cf. *De vita Moysis*, I: PG 44,385), el Apôstal con frecuencia llama *Crista* a la Iglesia, y no ignorais, venerables hermanos, aquel dicho de San Agustin (*Serm.* 354: PL 39,1563): «Cristo predica a Cristo» (Pio XII, *Mystici Corporis Christi*, η. 24).

d) NO PELEAR EN FAVOR DE LA IGLESIA ES PELEAR CONTRA
Dios

Por estas causas, no sôlo es la Iglesia sociedad perfecta y mucho mâs excelente que cualquiera otra sociedad, sino ademâs le ha impuesto su Fundador la obligaciôn de trabajar por la salvaciôn

del linaje humano *como un ejército ordenado en batalla* (Cant. 6,4k). Esta composition y conformación de la sociedad cristiana de ningún modo se puede mudai*, y tampoco es permitido a cada uno vivir a su antojo o escoger el modo de pelear que más le agrade, rque desparrama y no recoge el que no recoge con la Iglesia y con Jesucristo (Le. 11,23), y en realidad pelean contra Dios todos los que no pelean con El y con la Iglesia (Leôn XIII, *Sapientiae Christianae*, η. 22).

e) NO HAY TERMINO MEDIO.' NO QUERER DEFENDER A JESUCRISTO ES MILITAR EN LAS FILAS ENEMIGAS

No puede ser molesto y pesado el cumplimiento de estos deberes, ya que el yugo de Jesucristo es suave y ligera su carga (Mt. 11,30). Mas si algo pareciese difícil de hacer, procurad con vuestro ejemplo y antoridad despertar en todos alientos generosos y que no se dejen veneer por ninguna dificultad. Hacedles ver, como Nos hemos dicho muchas veces, que corren grave riesgo bienes grandísimos y sobremanera dignos de ser codiciados; por conservar los cuales todos los trabajos se deben tener por llevaderos, siendo tan excelente el galardón con que se remuneran esos trabajos, como es grande el premio que corona la vida de quien vive cristianamente. Fuera de que no querer defender a Cristo peleando, es militar en las filas de sus enemigos, y El nos asegura (Lc. 9,26) que no reconocerá por suyos delante de su Padre en los cielos a cuantos rehusaron confesarle delante de los hombres en este mundo (Leôn XII, *Sapientiae Christianae*, n. 55).

f) EN LOS MOMENTOS DIFÍCILES POR QUE ATRAVESAMOS, O ESTAMOS CON CRISTO O ESTAMOS CONTRA CRISTO

La gran hora para la conciencia cristiana ha sonado. O esta conciencia despierta a la plena y viril conciencia de su deber de ayuda y salvación para la humanidad, puesta en peligro de su ser espiritual, y entonces habrá salvación y se verificará la fórmula prometida por el Redentor: *Confiad: yo he vencido al mundo* (Io. 16,33); o, de lo contrario, y Dios no lo permita, esta conciencia despertará sólo en parte, no se entregará valiente a Cristo, y se cumplirá el veredicto—terrible veredicto—no menos solemne (Mt. 12,30): *El que no está conmigo, está contra mí* (Pío XII, *Mensaje de Pascua*, abril de 1948).

g) NO SE PUEDE ESTAR CON CRISTO Y CON LAS RIQUEZAS

Mundo bancario e idea cristiana; Dinero y Evangelio; términos antitéticos en sí mismos para quien tenga presente la predicación de Jesucristo y el contraste que El solemnemente estableció entre Dios y Mammona (Mt. 6,24). Y dijo El también: *Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (Mt. 6,21). Así que, si el hombre pone su tesoro en el dinero, su corazón está allí. y entonces no queda ya sitio en aquel corazón para los verdaderos bienes. para

Dios y su justicia, porque éstos son bienes que no admiten el dominio de otras pasiones y que en realidad se niegan a quien quiera darle todo, con excepción de lo mejor que tiene, que es precisamente el corazón, con sus afectos y predilecciones (Pio XII, *Discurso a los empleados de Banca*, 20 de junio de 1948: «Ecclesia», n. 366, 17 de julio de 1948, p. 6).

C) ((*El niño crecía y se fortalecía*)

a) A la familia corresponde una parte importante en LA EDIFICACIÓN Y CRECIMIENTO DEL CUERPO MISTICO

Deseamos, pues, que todos cuantos reconocen a la Iglesia como a Madre, ponderen atentamente que no sólo los ministros sagrados y aquellos que se han consagrado a Dios en la vida religiosa, sino también los demás del Cuerpo místico de Jesucristo, tienen obligación, cada uno según sus fuerzas, de colaborar intensa y diligentemente en la edificación e incremento del mismo Cuerpo (Pio XI, *Mystici Corporis Christi*, n. 45).

b) Fin del matrimonio cristiano es engendrar conciu- DADANOS DE LOS SANTOS Y FAMILIARES DE DIOS

En primer lugar, se asignó a la union matrimonial un fin mucho más noble y elevado que el que antes se le atribuyera, pues quedó establecido que se dirigiera no solo a propagar el género humano, sino a engendrar la prole de la Iglesia, *conciudadanos de los santos y familiares de Dios* (Eph. 2,19); esto es, para que se formase y educase el pueblo en la religion y el culto del verdadero Dios y Salvador nuestro, Jesucristo (cf. *Catech. Rom.*, VIH). En segundo lugar quedaron definidos los deberes y señalados todos los derechos de cada uno de los cónyuges. Es a saber, que se hallen éstos siempre persuadidos del grande amor, fidelidad constante y solícitos y continuos cuidados que se deben mutuamente (León XII, *Arcanum Divinae Sapientiae*, n. 7).

C) LOS HIJOS SON UN TESORO QUE DIOS LES ENTREGA PARA QUE SE LO RESTITUYAN CON PROVECHO

Y ambos (los padres) esposos, recibiendo de la mano de Dios estos hijos con gusto y diligencia, los considerarán como un tesoro que Dios les ha encomendado, no para que lo empleen exclusivamente en utilidad propia o de la sociedad humana, sino para que lo restituyan al Señor, con provecho, en el día de la cuenta (Pío XI, *Casti Connubii*, n. 12)

d) Dios ha dispuesto que, de un modo natural, sean PRINCIPALMENTE LOS PADRES QUIENES REALICEN ESTA LABOR

No acaba con la procreación el beneficio de la prole, sino que es necesario que a aquélla se le anada la debida educación. Porque insuficientemente. en verdad, hubiera provisto Dios, sapientísimo, a los hijos, más aún, a todo el género humano, si no hubiese encomendado el derecho y la potestad de educar a quienes dió el derecho y la potestad de engendrar. Porque a nadie se le oculta que la prole no se basta ni se puede proveer a si misma no ya en las cosas pertenecientes a la vida natural, pero mucho menos en lo que dice relación con el orden sobrenatural, sino que durante muchos años necesita el auxilio de la instrucción y de la educación de los demás. Y está bien claro, según lo que exigen Dios y la Naturaleza, que este derecho y obligación de educar a la prole pertenece, en primer lugar, a quienes, al engendrar, incoaron la obra de la Naturaleza, y, habiéndola dejado imperfecta, les está totalmente prohibido exponerla a una ruina segura. Ahora bien, en el matrimonio es donde se proveyó a esta tan necesaria educación de los hijos, pues, estando los padres unidos entre si con vínculo indisoluble, siempre se halla a mano su cooperación y mutuo auxilio (Pío XI, *Casti Connubii*, n. 13).

e) Por derecho natural y divino, colaboran con la Iglesia en la educación de los hijos

Tenemos, pues, como lo declaramos en nuestro discurso ya citado (*Disc. al Coleg. de Mondragon*, 14 mayo 1929), dos hechos de altísima importancia: «La Iglesia, que pone a disposición de las familias su oficio de maestra y educadora, y las familias, que acuden presurosas para aprovecharse de él, y confían a la Iglesia por centenares y millares a sus propios hijos. y estos dos hechos recuerdan y proclaman una gran verdad, importantísima en el orden moral y social. A saber, que la misión de la educación toca, ante todo y sobre todo. en primer lugar a la Iglesia y a la familia, y que les toca por derecho natural y divino, y, por tanto, de manera inderogable, ineluctable, insubrogable» (Pío XII, *Divini illius Magistri*, n. 21).

f) No es sólo un derecho inatacable DE LOS PADRES

La misión que encomendó Dios a los padres de proveer al bien común de la familia, y de procurarle una formación armónica imbuida de verdadero espíritu religioso, no puede ser atribuida a los padres sin lesionar gravemente el derecho (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 26).

g) Sino, incluso, un deber gravísimo

Conjurâmes, pues, por las entrañas de Jesucristo a los pastores de aimas que empleen toda clase de medios en las instrucciones y cat-equesis de palabra y por escritos profusamente divulgados, a fin de recordar a los padres cristianos sus gravísimos deberes, y no tanto teórica o genéricamente cuanto práticamente, y en particular cada uno de sus deberes en materia de educaciôn religiosa, moral y civil de los hijos y de los métodos mäs convenientes para reallzarla efica^{*11}tente, ademäs del ejemplo de su vida (Pio XI, *Divini illius Magistri*, n. 45).

h) Hoy, por desgracia, muy descuidado en la familia

Queremos, con todo, llamar de manera especial vuestra atenciôn, venerables hermanos y amados hijos, sobre el deplorable decaimiento actual de la educaciôn familiar. A los oficios y profesiones de la vida temporal y terrena, ciertamente de menor importanda, preceden largos estudios y cuidadosa preparaciôn, mientras que para el oficio y deber fundamental de la educaciôn de los hijos estân hoy poco o nada preparados muchos de los padres, demasiado metidos en los cuidados temporales (Pio XI, *Divini illius Magistri*, n. 44).

i) La educaciôn debe tender al fin para el que Dios
DIÔ TALES HIJOS

Los padres, a quienes la misma naturaleza da derecho para educar a sus hijos, imponiéndoles al mismo tiempo el deber de que la educaciôn y ensefianza de la ninez corresponda y diga bien con el fin para el cual el cielo les diô los hijos (Leôn XIIH, *Sapientiae Christianae*, n. 54).

j) Que es eminentemente sobrenatural y divino

Dios, ademäs, quiere que sean engendrados los hombres, no solamente para que vivan y llenen la tierra, sino muy principalmente para que sean adoradores suyos, le conozcan y le amen, y finalmente le gocen para siempre en los cielos; fin que supera por admirable elevaciôn del hombre, hecha por Dios. al orden sobrenatural (1 Cor. 2,9), cuanto el ojo viô y el oido oyô y ha subido al corazôn del hombre (Pio XI, *Casti Connubii*, n. 10).

k) Es, PUES, fin propio de la educaciôn formar a
Jesucristo en los bautizados

Fin propio e inmediato de la educaciôn cristiana es cooperar con la gracia divina a formar el verdadero y perfecto cristiano, es decir. al mismo Cristo, en los regenerados con el bautismo. según la vlva

expresión del Apôstol (Gai. 4.19): *Hijos mios, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros*. Ya que el verdadero cristiano debe vivir vida sobrenatural en Cristo: *Cristo, que es nuestra vida* (Col. 3,4), y manifestaria en todas sus operaciones (2 Cor. 4,11): *Para que la vida de Jesûs se manifieste también en nuestra carne mortal* (Pio XI, *Divini illius Magistri*, η. 58).

- 1) Abarca toda la vida del hombre, hasta conformarlo con Jesucristo

Por esto precisamente la educación cristiana comprende todo el ámbito de la vida humana sensible y espiritual, intelectual y moral, doméstica y social, no para menoscabarla en manera alguna, sino para elevarla, regularla y perfeccionarla según los ejemplos de la doctrina de Cristo (Pio XI, *Divini illius Magistri*, η. 59).

- 11) Y SE EXTIENDE A TODOS LOS ASPECTOS DE LA VIDA SOCIAL

Tal meta y término de la educación cristiana parece a los profanos como una abstracción, o más bien como una cosa irrealizable, sin arrancar o menoscabar las facultades naturales y sin renunciar a las obras de la vida terrena; por tanto, ajena a la vida social y a la prosperidad temporal, contraria a todo progreso en las letras, en las ciencias, en las artes y en toda otra obra de civilización. A semejante objeción, movida por la ignorancia y el prejuicio de los paganos, aun eruditos, de otro tiempo—repetida, desgraciadamente, con más frecuencia e insistencia en los tiempos modernos—, había ya respondido Tertuliano: «No vivimos fuera de este mundo. Bien nos acordamos de que debemos agradecimiento a Dios, Señor Creador; no rechazamos fruto alguno de sus obras; solamente nos refrenamos para no usar de ellas desmesurada o viciosamente. Así que no habitamos en este mundo sin foro, sin mercado, sin baños, casas, tiendas, cuerdas, sin vuestras ferias y demás tráfico. También nosotros navegamos y militamos con vosotros, cultivamos los campos, y negociamos, y por eso trocamos nuestros trabajos y ponemos a vuestra disposición nuestras obras. Como podamos pareceros inútiles para vuestros negocios, con los cuales y de los cuales vivimos, francamente no lo veo» (cf. *Apol.*, 42). Por tanto, el verdadero cristiano, lejos de renunciar a las obras de la vida terrena o menguar sus facultades naturales, más bien las desarrolla y perfecciona coordinándolas con la vida sobrenatural hasta el punto de ennoblecer la misma vida natural y de procurarla un auxilio más eficaz. no sólo de orden espiritual y eterno, sino también material y temporal (Pio XI, *Divini illius Magistri*, η. 60).

m) Incluso a la educação física y civil, en cuanto
TIENE RELACIÓN CON LA RELIGIÓN Y LA MORAL

Obsérvese, ademâs, que el deber educativo de la familia comprende no sôlo la educação religiosa y moral, sino también la física y civil (*Cod. I. C., c. 1113*), principalmente en cuanto tiene relación con la religiôn y la moral (Pio XI, *Divini illius Magistri*, n. 17).

η) Para educar debidamente al niño hay que proteger
SU VIRTUD EN LAS CRISIS Y HABITUARLO, DESDE EL PRIMER
MOMENTO, a SERVIR A DIOS

En otros tiempos, la madre de la familia, cuando veia despuntar en sus hijos los primeros sintomas de la adolescenda, redoblada su vigilanda para protéger su virtud en la crisis de la edad. Sentia calmarse sus inquietudes al verle mantenerse fiel a sus deberes religiosos, a la santificaciôn de los domingos y de las fiestas. Hoy, la observanda del precepto dominical no es ya una garantia segura para la conducta moral de la joven. Esta escisiôn entre la religiôn y la moralidad es bastante significativa, ya que aquellos dos elementos, si son genuinos, hacen una unidad indivisible. Sin duda, ha habido siempre alguna falta moral, pero cuando la vida religiosa ha sido sana y firme, repercute en la conciencia personal y pùblica.

También en esto no hay mâs que un remedio: poner ante los ojos del nifio, desde los primeros afios, los mandamientos de Dios y habituarle a cumplirlos. La juventud de hoy estâ no menos dispuesta y pronta que la de otros tiempos a obrar bien, a servir a Dios. Pero debe ser educada para esto (Pio XII, *Discurso ante mâs de 40.000 mujeres de la Acción Católica Italiana: «Ecclesia»*, n. 421. 6 de agosto de JL949, p. 6).

ü) Ademâs de corregir desviaciones y FOMENTAR impulsos
SANOS, HAY QUE ILUMINAR EL ENTENDIMIENTO Y FORTALECER LA VOLUNTAD

Es, pues, menester corregir las inclinaciones desordenadas, fomentar y ordenar las buenas, desde la mâs tiema infancia y, sobre todo, hay que iluminar el entendimiento y fonalecer la voluntad con las verdades sobrenaturales y los medios de la gracia, sin la cual no es posible dominar las perversas inclinaciones y alcanzar la debida perfecciôn educativa de la Iglesia, perfeçta y completamente dotada por Cristo de la doctrina divina y de los sacramentos, medios eflcaces de la gracia (Pio XI, *Divini illius Magistri*, n. 35).

o) Hasta que se llegue a poseer a Dios por el
CONOCIMIENTO Y AMOR

Pero a Dios no se acerca el hombre por movimiento corporal, sino por medio de las facultades del aima, por el conocimiento y el

amor. Porque Dios es la primera y suma verdad, y el entendimiento solo se apacienta con la verdad; es asimismo santidad perfecta y ^{CUTa}La voluntad s6:° Puede aspirar y acercarse guiada por la virtud (Leôn XUI, *Sapientiae Christianae*, η. 1).

P) *ES* PRECISO CONSERVAR LA VIDA Y LA PERFECCIÓN CRISTIANA DE LA FAMILIA

la cristiana de la familia. Dondequiera ella S°"avia subsiste' Principadmente en el campo, conservadla y defendihî' POF? "aUIÎ ella esrâ en gran Peli^ro perderse. Donde ya 0e na Perdido, sobre todo en ciertos barrios urbanos de trabajadores, reediflcadia. Vosotros no podéis dar a vuestros hijos y a vuestra ?a<l3 que sea mas precioso que la vida y la perfección cristi??13-?6, 3 fami la (pio xn) *Radiomensaje a la Alemania catôlica*: «Ecciesia», n. 428, 24 de septiembre de 1949, p. 5).

SECCION VU. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. LA OFRENDA.—ELOGIO DE LA TORTOLA MISTICA

La Sagrada Familia ofrendô en el templo un par de tórtolas (Lc. 2,24). El hecho de que esa simple avecilla sirviera de prenda de rescate del Hijo de Dios, nos evoca el conocido pasaje de San Bernardo y nos trae a la mente el elogio de la tórtola mística tal como la presintió el espíritu poético del Doctor Extático, San Juan de la Cruz.

A) *El gemido de la tórtola*

«*Vox turturis audita est in terra nostra* (Cant. 2,12): *Se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola*. Sehal cierta de haber pasado el invierno y de haber llegado ya el tiempo de podar la vifia. Esto según la letra. Verdad que no es muy agradable la voz de la tórtola, aunque anuncia cosas muy dulces. El precio de esta avecilla es módico si la compras; pero, sutilizando algo acerca de su valor, no es de poco precio. En efecto, su voz, que semeja más bien gemido que canto, nos avisa de nuestro destierro. Escucho gustoso la voz de un predicador que no se atrae los aplausos, pero sí mueve a llorar. Imita verdaderamente a la tórtola el que enseña a gemir con afectos de compunción. Si quieres persuadir, has de procurar hacerlo más bien gimiendo que declamando. El ejemplo aquí, como en otros casos, será más eficaz que la palabra. Tu voz será poderosa y llena de virtud si se conoce que estás de veras persuadido de lo que quieres persuadir a los demás. La voz de las obras puede más que la de los labios. Haz lo que dices, y no sólo conseguirás enmendar la conducta de tu auditorio con más facilidad. sino que con ello te librarás de los reproches...» (cf. San Bernardo, *Obras selectas*: BAC, *Serm.* 59, *sobre los Cantares*, 3, p. 1117).

B) *La Esposa en busca del Amado*

«De la tórtola se dice que, cuando no halla a su consorte, ni se asienta en ramo verde, ni bebe el agua clara ni fría, ni se pone debajo de la sombra, ni se junta con otra compañía. Pero en juntándose con él, ya goza de todo esto.

Todas estas propiedades tiene el aima, y es necesario que las tenga para haber de llegar a esta union y junta del esposo, Hijo de Dios; porque con tanto amor y solicitud le conviene andar, que no asiente el pie del apetito en ramo verde de algùn deleite, ni quiera beber el agua clara de alguna honra y gloria del mundo, ni la quiera gustar fria de algùn refrigerio o consuelc temporal, ni se quiera poner debajo de la sombra de algùn favor y amparo de criaturas; no queriendo reposât nada en nada ni acompafiarse de otras aficiones. gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta llegar a su Esposo en cumplida satisfacciôn. Y porque esta aima, antes que llegase a este estado, anduvo con grande amor buscando a su Amado, no se satisfaciendo de cosa sin él, canta aqui el mismo Esposo el fin de sus fatigas y el cumplimiento de los deseos de ella, diciendo que

*ya la tortolica
ai socio deseado
en las riberas verdes ha hallado;*

que es tanto como decir: Ya el aima Esposa se sienta en ramo verde, deleitândcse en su Amado, y ya bebe el agua clara de muy alta contemplaciôn y sabiduria de Dios, y también se pone bajo de la sombra de su amparo y favor, que tanto ella habia deseado. donde es consolada, apacentada y refeccionada sabrosa y divinamente, segùn ella de ello se alegra en los Cantares (2,3), diciendo: *Debajo de la sombra de aquel que habia deseado me sente y su jruto es dulce a mi garganta*» (San Juan de la Cruz, *Cantico espiritual*, cane. 34.5 y 6: BAC. *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, p. 1127-1123). *

C) «Y en soledad ha puesto ya su nido»

«La soledad en que antes vivia era querer carecer por su Esposo de todas las cosas y bienes dei mundo, segùn hemos dicho de la tortolilla, procurando hacerse perfecta, adquiriendo perfecta soledad, en que viene a la uniôn dei Verbo y, por consiguiente, a todo refrigerio y descanso; lo cual es aqui significado por el nido que aqui se dice, el cual significa descanso y reposo. Y asi es como si dijera: En esa soledad en que antes vivia, ejercitândose en ella con trabajo y angustia porque no estaba perfecta, en ella ha puesto su descanso ya y refrigerio, por haberla ya adquirido. perfectamente en Dios. De donde, hablando espiritualmente, David dice (Ps. 83,4): *De verdad que el pàjaro hallô para si casa, y la tôrtola nido donde criar sus pollicos*. Esto es, asiento en Dios, donde satisfacer sus apetitos y potencias... (cf. *ibid.*; cane. 34,3 y 4, p. 1129-1130).

II. TRES ENCUENTROS PROVIDENCIALES

La fiesta de la Purificaciôn fué Hamada antiguamente en la Iglesia oriental *Hypapante*, esto es, del encuentro (υπαπαντή, lat. *occursus*) de Simeon y Ana con la Sagrada Familia en el templo. Recordaremos, por ello. très encuentros providenciales :

A) *Agustin y Ambrosio*

Es el ano 384. Agustin habia cumplido los treinta. No era rico y no estaba solo. Tenia una mujer y un hijo que comenzaba a crecer. Para colmo de desdichas habia estado durante algun tiempo enfermo. De repente una ocasiôn se presents. Simaco, prefecto de Roma, habia sido encargado de escoger un profesor de elocuencia para la Ciudad imperial que era enfonces Milân. Se puso Agustin entre los pretendientes y obtuvo la preferencia... ôQuiénes se habian de encontrar alii? Con el joven airicano viene Alipio, «el hermano de su corazôn», que será testigo discreto de sus luchas morales. También Nebridio, «el amigo dulcísimo y tiemísimo», iba a Uegar bien pronto, deseoso, como subraya Agustín, «de vivir conmigo y de buscar ardientemente la verdad y la sabiduria». Monica no podia vivir lejos del hijo predilecto, cuya conversion constituia su constante pesadilla. Luego que supo su nueva situaciôn, se embarcô para juntârsele. Pero la clave del encuentro era Ambrosio, aquel consul de Liguria que, enviado a Milân para poner orden, fué aclamado obispo por el pueblo aun antes de haber recibido el bautismo. Dejemos ahora la palabra al propio Agustín (*Confes.*, l. 5, c. 13 : BAC, t. 2, p. 449) : «Visité a Ambrosio, famoso entre los mejores de la tierra... A él era yo conducido por ti, Sefior, sin saberlo, para ser por él conducido a ü, sabiéndolo. Aquel hombre de Dios me recibió paternalmente... Yo comencé a amarle... Oíale con todo cuidado cuando predicaba al pueblo...» El resultado del encuentro, en el que estuvo présente la madre con su oraciôn y sus lâgrimas, fué la luz divina para el cerebro atormentado de Agustín y la paz para su corazôn. Luego el bautismo, que el propio Ambrosio le administrará por su mano... (cf. Pedro Guilloix, *El aima de San Agustín*, trad, de Ignacio Nùfiez, c. 6, p. 55ss, ed. Gili, Barcelona 1947'.

B) *Juan y Teresa*

Mes de septembre de 1567. La santa andariega peregrina ya por los caminos de CastiUa en las andanzas de sus fundaciones y de sus reformas. Ahora ha llegado a Medina del Campo. Pero oigamos a la propia Madré Teresa : «Acertô a venir aqui un Padre de poca edad (ténia veinticinco afios) que estaba estudiando en Salamanca y él fué con otro compafiero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este Padre hacia. Llamâbase fray Juan de la Cruz. Yo alabé a

Nuestro Seûor, y hablândole, contestôme mucho, y supe de él cômô se queria también ir a los cartujos. Yo le dije lo que pretendia y le rogué mucho esperase hasta que el Seûor nos diese monasterio y el gran bien que seria... El me diô palabra de hacerlo, con que no se tardase mucho. Cuândo yo vi ya que ténia dos frailes para començar, pareciôme estaba hecho el negocio...» (cf. *Libro d« las Fundaciones*, c. 3, ed. Aguilar, p. 476).

ôQué negocio era éste? La reforma de la Orden carmelitana, que habia perdido su primitivo fervor; el pacto moral que, para lograr empresa tan fructifera, concertaban aquella mujer extraordinaria, rica en experiencias internas, y el mancebo flaco y menudo, a quien el gracejo de la Santa Ilamaria *medio jraile*. El encuentro de Medina sefiala ciertamente una fecha conmovedora en la historia de la humanidad.

C) Ignacio y Javier

«En Navarra dejô las calzas y el jubôn de gentilhombre, y por los claustros de la Sorbona pasea ahora, con la larga veste escolar y el ceûidor de cuero. Apenas el bozo varonil apunta en su mocedad. Por el rostro le rebosa la simpatia de su aficiôn cortesana y de su gusto de chanzas y donaires. Un orgullo de familia le torna a veces presumido y vanidoso. Su padre, muy pagado de su estirpe y de sus blasones, anduvo en guerra contra el Rey Catôlico, porque era navarro obstinado y creyô justo defender la causa de Labrit, a quien apoyaba Francia.

En verdad que el adolescente, de prendas nada comunes, estudia con ahinco. Arde en impaciencia por sobresalir, por brillar, conquistar fama y renombre, y a su vehemencia no se resiste obstâculo alguno. Cuândo cumple los veinticinco afios es ya maestro en Teologia, y con cierto aire altanero y pedante da clase en el colegio parisino de Santa Bârbara. Mâs de una vez se ha cruzado en los corredores con la figura canija y adusta de Calvino y mâs de una vez ha asaltado al Joven navarro la codicia de entrar con él en controversia. ¡Equivocada doctrina la que llega de Alemania!
⁹¹ joven la ha atacado reiteradamente con asombro de sus compafieros. Una aureola de prestigio le circunda. La gloria le cerca y le mima... Pero una frase martillea sus oidos y le produce constante inquietud. Un alumno espafiol, viejo, desmedrado y cojo, que dlcen fué capitân hace afios, la ha deslizado con acento de reprensión y consejo y se la ha clavado en lo mâs hondo del espiritu: «iDe qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si al fin pierde su aima?»... .

En aquel encuentro y en aquella porfia termina por vencer la gracia, que quema la broza de las vanas ilusiones. El mozo navarro une su vida a la de Ignacio de Loyola y es uno de los que con él sube la colina de Montmartre, para formar la nueva milicia, la mafiana radiante del 15 de agosto de 1534. El estudiante de la Sorbona se ha convertido en el P. Francisco Javier...» (cf. Luis Ortiz, *Glorias imperiales*, t. 2 [Edit. Magisterio Espafiol, Madrid 1940], p. 16U.

III. «AHORA PUEDO MORIR EN PAZ»

«¡Sesenta y ocho años! Y pensar que a los treinta padecía vomitos de sangre y estaba condenado a morir tísico...

Sus puños son fuertes. El médico, viéndolo consumido por la enfermedad, quiere medir su fuerza con un manómetro. Aquel viejo aprieta y la aguja marca el máximo. El instrumento está a punto de romperse entre sus dedos férreos...

Sin embargo, la lámpara quemaba su último aceite. Este año, 1884, renueva la súplica tantas veces presentada para que la Santa Sede le conceda los privilegios de las otras Ordenes religiosas. Su Congregación no podía vivir sin ellos y él no puede morir sin dejar arreglado aquel supremo negocio de su vida. Su nota concluye así: «Cuándo vea consolidada la obra que la Santa Iglesia me ha confiado, cantaré alegremente el *Nunc dimittis servum tuum, Domine*». ¡Entonces podía morir!

El 9 de Julio de este año se desencadena una honorosa tempestad... En medio de la bonasca ha llegado tembloroso el cartero con el sobre de Roma. Llévanlo a Don Bosco, que lo despliega. La ventana se abre repentinamente. Estallan tres horribles truenos...

Don Bosco da un grito de alegría; ha comprendido lo que trae aquel sobre... ¡Ahora sí que puedo morir en paz! Aquel decreto, arrancado casi por fuerza a todas las intrigas coligadas, las de los buenos y las de los malos, ajusta definitivamente la portentosa máquina de su Congregación... «Ahora ya puedo morir en paz!» (cf. Hugo Wast, *Don Bosco y su tiempo*, XIX. p. 212-213, Zaragoza 1941).

IV. «EL HIJO DE TANTAS LAGRIMAS»

«Entre tanto mi madre, fiel sierva tuya, llorábase ante ti mucho más que las demás madres suelen llorar la muerte corporal de sus hijos, porque veía ella mi muerte con la fe y espíritu que había recibido de ti. Y tu la escuchaste, Señor; tú la escuchaste y no despreciaste sus lágrimas, que coniendo abundantes regaban el suelo debajo de sus ojos allí donde hacía oración...» (San Agustín, *confes.*, l. 3, C. 11,19: BAC, t. 2, p. 417-419).

«No se contentó Santa Monica con las oraciones y penitencias que continuamente hacía por su hijo, sino que determinó de venir a buscarle a Italia, y pasó la mar con grande confianza y seguridad, animando a los otros pasajeros y marinos, que estaban atemorizados por la tormenta que se desencadenó... Halló a su hijo en Milán, donde había sido enviado desde Roma para enseñar la retórica, y con la comunicación y sermones de San Ambrosio estaba más blando y no tan pertinaz como solía...» (cf. P. Pedro de Ribadeneyra, *Flos Sanctorum, Santa Mónica* [4 de mayo], t. 2, p. 29)

Una mañana, instando Mónica a Ambrosio para que disputase

con Agustín sobre su conversión, el santo Obispo, cansado de su importunidad, le dijo: «Vete en paz, mujer. ¡Así Dios te dé vial, que no es posible que perezca el hijo de tantas lágrimas. Respuesta que ella recibió... como venida del cielo» (cf. *Conjes.*, *ibid.*, l. 3, c. 12-21 : BAC, *ibid.*, p. 421).

Llegó, por fin, la tarde bienaventurada en que el hijo entró en la habitación de su madre con los ojos enrojecidos por el llanto y el alma inundada de paz. Era después de la escena del jardín, en que cruzaron el aire las misteriosas palabras que le traían el último rayo de luz: «Toma y lee». Ahora venía a anunciar a su madre su conversión absoluta y definitiva... ¿Para qué más? Después de saborear un instante el consuelo de los días del bautismo y de los coloquios a solas con su hijo, en quien ya empezaba a adivinar al santo, Monica podía morir en paz. Sus ojos, ahora llozos de alegría, habían visto la salud...

Una tarde en que los dos paseaban envueltos en los colores agonizantes del crepúsculo, en la tristeza sombría del agro romano, en un aire de nostalgia que parecía subir de la llanura de la tierra y de la planicie del mar, Monica descubrió su secreto:

«Hijo..., nada me deleita ya en esta vida. No sé qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en este mundo, y era verte cristiano católico antes de morir. Abundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?

No recuerdo bien—confiesa el hijo—qué respondí a esto; pero sí que, apenas pasaron cinco días o no muchos más, cayó en cama con fiebres... «Enterrad este cuerpo en cualquiera parte, ni os preocupe más su cuidado; solamente os ruego que os acordéis de mí ante el altar del Señor doquiera que os hallareis...» Tales fueron sus últimas palabras».

«Así, pues—prosigue Agustín—, a los nueve días de estai enferma, a los cincuenta y seis años de su edad. fué liberada del cuerpo aquella alma religiosa y pia. Cerraba yo sus ojos, mas una tristeza inmensa afluía a mi corazón y ya iba a resolverse en lágrimas, cuando al punto mis ojos, al violento imperio de mi espíritu, resorbían su fuente hasta secarla, padeciendo por tal lucha de modo imponderable». El hijo de tantas lágrimas casi no pudo llorar a la que fué siempre un mar de llanto por él (cf. *Conjes.*, l. 9, c. 10,26; c. 11,27 y c. 12,29: BAC, *ibid.*, p. 689-691).

L SIGNO DE CONTRADICCIÓN

En todas las edades y épocas la Iglesia católica ha sufrido cruenta persecución. Bastará como botón de muestra recordar la era de los mártires durante los cuatro primeros siglos del Imperio romano hasta la paz de Constantino. Imperio

«Si se desdían pormenores, se puede establecer una especie de estadística entre los años 64 y 313, es decir, sobre un periodo de doscientos cuarenta y nueve años, y llegar al siguiente resultado:

Siglo I: seis años de persecución y veintiocho de tolerancia

Siglo II: ochenta y seis años de persecución y catorce de tolerancia.

Siglo IU: veinticuatro años de persecución y setenta y seis de tolerancia.

Siglo LV: trece años de persecución.

La Iglesia conoció, pues, ciento veintinueve años de persecución y gozo ciento veinte de tranquilidad».

En cuanto al número, «probablemente el exacto está muy por debajo de los doscientos mil», pero sobrepasa, sin duda, los cien mil. Téngase en cuenta que el Imperio romano tendría unos cincuenta millones de habitantes (cf. Daniel Ruiz Bueno, *Actas de los mártires*: BAC, p. 101ss).

Los suplicios estaban sabiamente graduados. Primero la *pri-son* preventiva, con sus mazmorras, el hambre, las cadenas, los cepos y el interrogatorio, a veces acompañado del tormento: azotes, tracción de los miembros en el potro, silla enrojecida al fuego, etcétera. Luego las *penas*, de las que la menor era el *destierro*, porque las más fueron: la *déportation* con sus consecuencias atroces; permanencia en una isla insalubre, trato de criminal, muerte civil; los trabajos forzados que reducían a la esclavitud; y sobre todo la pena de *muerte*, que se aplicó de cuatro formas distintas:

a) *La décapitation*: arrodillado en el suelo o apoyado de pie en un poste, esperaba el mártir el golpe de la espada fatal.

b) *La cruz*: los romanos no remataban a los crucificados; les dejaban que fueran perdiendo las fuerzas hasta desfallecer.

c) *El fuego*: era ofrecido como espectáculo. Sobre una alta pira se desnudaba a la víctima, se la ataba y a veces se la clavaba a una pieza de madera. Se introdujeron refinamientos: el caldero de agua hirviente, la cal viva, las parrillas. Galerio inventó en 309 el fuego lento, que a veces duraba un día.

d) *Las fieras*: fué el espectáculo de las grandes solemnidades. El año 107, en la conmemoración del triunfo de Trajano sobre los dacios, murieron once mil fieras. ¿Cuántos cristianos no despedazarían antes? Este suplicio se rodeaba de un aparato teatral. «Los mártires desfilaban primero alrededor de la arena del circo bajo el látigo de los encargados de las fieras... Se colocaban luego desnudos, sin defensa, atadas las manos a un poste, sobre un estrado que comunicaba con el suelo por uno o dos terraplenes. Entonces, entre aplausos de la multitud, surgían leopardos, jabalíes, osos, que se precipitaban, cogían con sus garras a las víctimas, las mordían y se las llevaban a los cuatro extremos del circo. A los que no morían, los beluarios daban el golpe de gracia. Otras veces la ferocidad romana disfrazaba a los santos atletas con vestidos policromos, para que algún toro se ensafiase con ellos como con un maniquí de paja...»

e) *Suplicios extraordinarios*. Los hubo en muchos sitios, como lanzamiento al agua de los mártires encerrándolos en un saco con animales dañinos, amputación paulatina de los miembros... En Arabia mataban a los cristianos a hachazos. En Mesopotamia se les ahumaba, suspendiéndolos por los pies, sobre brasas. En el Ponto se les hundían puntas de caña bajo las uñas o se les rociaba con plomo derretido las partes más íntimas del cuerpo... (cf. Buisse, *La Iglesia de Jesús*, p. 91-94, ed. Lit. Española, Barcelona 1930).

VI. LA ORACION DE PASCAL

Casi desde que traspuso la adolescenda, Biaise Pascal, el gran físico y matemático francés, vivió aquejado de una misteriosa enfermedad—parálisis o tuberculosis—, que produjo grandes tonnentas en su espíritu y le llevó a la sepultura a los treinta y nueve años. Triste y acongojado por su dolencia y decidido a no pensar en otra cosa que en la filosofía y la religión, compuso a los veinticuatro años su famosa *Prière pour demander à Dieu le bon usage de maladie*. Pascal sostuvo en esta plegaria que la enfermedad es un medio de satisfacer por nuestros pecados, de conocer la vanidad del mundo y de honrar a Dios, sometiéndose a su voluntad: «Señor, cuyo espíritu es tan bueno y dulce... Que como verdadero cristiano os reconozca por mi Padre y Dios en cualquier situación en que me encuentre... Vos no sois menos Dios cuando afligis y castigáis que cuando concedéis consuelo e indulgencia...

Me habéis dado la salud para serviros y yo la usé profanamente. Me enviáis ahora la enfermedad para corregirme. No permitáis que os irrite con mi impaciencia. He abusado de mi salud y me castigáis con toda justicia. Mas no permitáis que haga ahora mal uso de la sanción. Puesto que la corrupción de mi naturaleza es tal que convierte en perniciosos vuestros favores, haced que vuestra gracia todopoderosa trueque en saludables vuestros castigos...

¡Oh Dios, ante quien debo dar cuenta exacta de todas mis obras al fin de la vida!... ¡Oh Dios, que hacéis morir nuestros cuerpos y que en la hora de la muerte desatáis a nuestra alma de todo lo que amaba en el mundo!... ¡Oh Dios, que debéis consumir en el último día el cielo, la tierra y todas las criaturas para mostrar a los hombres que nada subsiste más que Vos y que nada es más digno de amor, porque nada existe que sea perdurable sino vuestra divinidad!... Yo os alabo y os bendeciré todos los días de mi vida porque me habéis reducido a la incapacidad para gozar de la salud y de los placeres del mundo... Haced, ¡Dios mío!, que adore en silencio el orden de vuestra Providencia en cuanto a mi vida y que, habiendo vivido en la amargura de mis pecados durante la paz, disirute de las dulzuras celestes de vuestra gracia durante los males saludables con que me afligis... Abrid mi corazón, Señor; entrad en esta plaza rebelde ocupada por los vicios. La idea del mundo está grabada en mi corazón y la vuestra no se conoce. Vos habéis creado mi alma y podéis crearla de nuevo. Haced que me arrepienta de mis culpas, puesto que sin este dolor interior los males exteriores de mi cuerpo serían nueva ocasión de pecado. Hacedme conocer que los males del cuerpo son el castigo y la figura de los males del espíritu. Hacedme considerar en los dolores que siento los que no he sentido en mi alma, aunque estaba cubierta de úlceras. La mayor de las enfermedades es esa insensibilidad y esa extrema debilidad que me privó del sentimiento de mis propias miserias. Haced que lo que me queda de vida sea una penitencia continua para lavar las ofensas que he cometido...

Habéis dicho: *Bienaventurados los que Horan* (Mt. 5,5) y desgraciados los que son consolados. Yo he dicho desgraciados los que lloran y muy dichosos los que son consolados; dichosos los que gozan de una gran fortuna, de una reputación gloriosa y de una salud robusta, ¿por qué los he considerado dichosos? Porque todas estas ventajas les proporcionaban gozar de las criaturas. Confieso haber creído que la salud era un bien, no porque sea un medio fácil para serviros útilmente, para hacer bien al prójimo, sino porque con salud podía entregarme a las delicias de la vida y salir de los funestos placeres. ¡Señor! Reformad mi corazón corrompido y conformad mi sentir con el vuestro. Que yo me considere dichoso en la aflicción y que, impotente para ocuparme de las cosas exteriores, se purifiquen mis sentimientos para encontraros dentro de mí...

¡Señor! Haced que me conforme con vuestra voluntad y que, estando enfermo como estoy, os glorifique en mis sufrimientos. Sin éstos no puedo llegar a la gloria. Por las señales de vuestros padecimientos os reconocieron vuestros discípulos, y por los padecimientos los reconoceréis Vos también. Reconocedme, pues, por vuestro discípulo en los males que sufro en mi cuerpo y en mi alma y por las ofensas que he cometido. Haced que mis dolores sean los vuestros; úndeme a Vos y llevadme con vuestro santo Espíritu. Penetrad en mi corazón y en mi alma a fin de que se colmen de Vos y Vos seáis quien viva y sufra por mí, ¡oh Salvador mío! y que así, tornando alguna parte de vuestros sufrimientos, me llenéis eternamente de la gloria en que vivís con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén» (cf. *Oración para pedir a Dios el buen uso de la enfermedad*, trad, cast., ed. José Asillo, Madrid 1879).

VH. LA TRIBULACION DE LA ENFERMEDAD

Liduvina era hija de un sereno y vivía en un hogar pobre y honrado en la aldea holandesa de Schiedam, que descansa junto a un río a pocos kilómetros de La Haya. De niña se crió fuerte y sonrosada, con esa belleza especial de las rubias del Norte. Pero Dios iba a escoger aquella carne fresca y joven para triturarla, martirizarla y desfigurarla, a fin de que apareciera mejor el alma que habitaba en ella. A los quince años, la tez, que era blanca como la nieve, se cubre de un color verdoso y repugnante. Poco después, un día que la muchacha intenta patinar con sus amigas sobre el hielo del Schie, se le rompe una costilla del lado derecho. En seguida una postema pertinaz aparece en el lugar de la fractura. Luego, la gangrena. Los músculos se convirtieron en hervidero de gusanos. El cuerpo todo llegó pronto a estar en carne viva. «A los tumores y las úlceras se juntó la enfermedad del fuego sagrado, que consumió en unas semanas la carne de uno de los brazos hasta dejar los huesos descubiertos. Era el mal más temido en la Edad Media. Los nervios se crisparon y acabaron por romperse, excepto uno que continuó uniendo el brazo al tronco. A todo esto se añadieron neuralgias espantosas, que partieron de la frente desde la

parte superior hasta la nariz. El ojo derecho se extinguiô, y el otro se hizo tan sensible que no podia soportar la luz sin sangrar. Parecia que la enferma habia recorrido el cielo de todas las enfermedades, mas pronto el pecho empezô a cubrirse de equimosis lividas, que se transformaron en pustulas de color cobre; el mal se paso al higado y a los pulmones; siguiô un cancer, que vino a abrír un agujero profundo en el pecho; y finalmente, la peste negra, que entonces hacia estragos en Europa, se abatiô también sobre las provincias de Holanda, y dos bubones monstruosos brotaron junto al corazôn de la mártir de Schiedam. Dos — dijo ella — es un fodaA mej y tres en honor de la Santísima Trinidad.

Todo era milagroso en aquella existencia. La enferma continuaba sufriendo, sin comer apenas. Durante los primeros aftos, su alimento consistia en unas rodajas de manzana asada, del grosor de una hostia... El suefio desapareciô completamente... Da treinta y ocho aftos de enfermedad no llegô a dormir veinte horas... El sufrimiento *af y levantând^ a las cumbres glorio su miqlôn fn'iaAîumbrada P°r gracia repentina, comprende su mislon en la tierra: reproducir como un espejo sangriento la faz dolorosa del Crucificado.

«La alcoba de la Santa... se iluminaba con celestes auroras». Por alli desfilaban los Angeles y los santos. La Virgen y el Nifio le regalaron delicias y consuelos. «Las llagas de Cristo dispararon hasta ella rayos luminosos, y entre las ûlceras y los bubones aparecleron los rubies de los estigmas...»

Pero el dolor siguiô su curso inexorable aftos y aftos. Parecia imposible que la Santa pudiera continuar viviendo. «A exception de la lepra, no hubo enfermedad que no se cebase sobre aquel amasijo informe y monstruoso, del cual salian lâgrimas y sangre, sollozos y alaridos. Mas con el dolor podia compararse la alegria. Era dulce sufrir y mezclar el sufrimiento con los sufrimientos de Dios...

Una manana, Liduvina oyô que alguien le decia al oido : «Mira». Mirô y viô a un ângel... y junto a él un rosál florecido, grande como un ârbol, que derramaba delicioso perfume. Sôlo en la rama mâs alta quedaban algunas rosas por abrír. Era un anuncio gratioso de la postrer llamada. Unos dias mas de amorosa y de dolorida primavera, y los capulllitos despegarian sus hojas, las rosas se cubririan/de un brillo nuevo y el rosál sería trasplantado al paraiso. Asi fué. Muerta Liduvina, volviô a aparecer como a los quince anos: fresca, rubia y graciosa. De sus llagas quedaban très cicatrices, que corrian como hilos de pûrpura sobre la nieve de su carne» (cf. Fray Justo Pérez de Urbel. *Santa Liduvina* [12 de abril] : *Año Cristiano*, t. 2, p. 95-102).

VIII. NUESTRO PECADO, LA OCTAVA ESPADA

«Cuenta el P. Reviglione, de la Compactia de Jesûs, que un joven qu o tenia la dcvoclôn de rezar algo todos llos dias a una imagen de Nuestra Seftora de los Dolores con las siete espadas, cayô una noche en pecado mortal. Hablando ido a rezar la mafiana sigutente,

como de costumbre, viô en el pecho de la Sefiora no siete, sino ocho espadas, y oyô una voz que le decia que su pecado era la octava clavada en su afligidísimo Corazôn. Oido lo cual se fué desde allí a confesar, y recobrô la gracia por la intervención de la soberana Sefiora» (cf. San Alfonso Maria de Liguori, *Glorias de Maria*, trad. del P. Ramôn Garcia, S. I., 12.ª ed. del Apost. de la Prensa [Madrid 1947], p. 14).

IX. REVELACIONES DE SANTA TERESA

«Esto me dijo el Sefior otro dia: ^Piensas, hija, que estâ el merecer en gozar? No estâ sino en obras y en padecer y amar... Ves mi vida toda llena de padecer y sôlo en el monte Tabor habrâs oido mi gozo. No pienses. cuándo ves a mi Madré que me tiene en los brazos, que gozaba en aquellos contentos sin graves tormentos. Desde que le dijo Simeôn aquellas palabras la diô mi Padre clara luz para que viese lo que yo habia de padecer...» (cf. *Relaciones espirituales*, XXXVI, p. 222: *Obras completas de Santa Teresa*, ed. Aguilar, Madrid 1942).

«Es ya cosa sobrenatural y que no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el aima en paz, o ponerla el Sefior con su presencia, por mejor decir, como hizo al justo Simeôn, por que todas las cosas se sostengan. Entiende el aima, por una manera muy fuera de entender con los sentidos exteriores, que estâ ya junto cabe su Dios, que con poquito más llegarâ a estar hecha una misma cosa con El por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos del cuerpo ni del alma. Tampoco no veia el justo Simeôn más dei glorioso nifio pobrecito; que en lo que Uevaba envuelto y la poca gente que con El iban en la procesión, más pudiera juzgarle por hijo de gente pobre que por Hijo del Padre celestial; mas diôselo el mismo Nino a entender. Y así lo entiende acâ el alma, aunque no con esa claridad, porque aun ella no entiende cómo lo entiende...» (*Camino de perfección*, c. 31, p. 294: *Obras completas de Santa Teresa*, ed. Aguilar, Madrid 1942).

X. LA FIESTA DE LA CANDELARIA

La fiesta de la Presentación de Jesûs en el templo y de la Purificación de Maria data de primeros siglos de la era cristiana. En la Iglesia de Oriente estaba dedicada a Jesûs. Los griegos conmemoraban en ella el encuentro de Simeôn y Ana con Jesucristo. Los armenios la titularon fiesta de la ida de Jesûs al templo. En Occidente la fiesta estaba consagrada a la Virgen y se llamaba de la Purificación de Nuestra Sefiora. En nombre de Candelaria provino de las candelas o velas que se acostumbrô bendecir y Hevar encendidas en la festividad.

Parece que en los primeros siglos se celebraba en Jerusalén el décimo dia después de la Epifanía, que a su vez coincidía enton-

ces con la Navidad. Pero ya en la primera mitad dei siglo IV. la fiesta se conmemoraba el 14 de febrero. Es curioso recordar que este dato historico ha sido aportado por el testimonio de la virgen espafiola Eterla. Entre todos los peregrinos que en la antigüedad visitaron Tierra Sama, ninguno ha alcanzado mayor renombre que esta monja gallega, cuyo itinerario de viaje, descubierto en el siglo pasado en un manuscrito de la catedral de Arezzo, relata minuciosamente su visita a los Santos Lugares, y describe en especial la liturgia de Jerusalén, tanto los oficios ordinarios como los de las fiestas principales. No resistimos la tentaciôn de transcribir sus palabras: «La cuadragésima de la Epifania se celebra aqui con sumo honor, pues en tal dia se va solemnemente a la Anastasis y todos van procesionalmente y todas las cosas se hacen en orden como en la Pascua. Predican también todos los presbiteros, y luego el obispo, comentando siempre aquel lugar del Evangelio que narra cómo a los cuarenta dias José y Maria llevaron al Sefior al templo y le vieron Simeon y la profetisa Ana, hija de Fanuel, y las palabras que profirieron al ver al Sefior y la oblaciôn que ofrecieron los padres. Y después de celebrar todas las cosas según el orden acostumbrado, se *hacen los sacramentos* (misa) y luego se despide el pueblo» (cf. *Süviae quae fertur peregrinatio ad Loca Sancta*, en *Itinera Hierosolymitana saeculi III-VIII*. Recens, et comm. erit, instrux. Paulus Geyer [Vindobonae, F. Tempsky. 1898], p. 17, y *Eteria... Itinerario a los Santos Lugares*, trad, de Pascual Galindo [Vitoria 1924], p. 69).

De Jerusalén se propagé la fiesta a todo el orbe católico. El papa Gelasio I renovô la celebraciôn en la Iglesia romana para abolir las supersticlones gentilicas que con el nombre de *Luperciales* se festejaban en el mes de febrero. La procesiôn con luces continua sin interrupciôn desde principios dei siglo V en Oriente, como parte de la fiesta, y en el siglo XI se halla como uso común la bendiciôn de las candelas, con la que quiere simbolizarse la entrada de Jesús, verdadera y única luz dei mundo.

SECCION VIH. GUIONES HOMILETICOS

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

Jesus, cumplidor de la ley

- I. *La prescripciôn mosaica. En el Exodo (13,2-12 y 16) y en el Levitico (12,6-8) se prescribe el ofrecimiento a Dios y rescate de los primogénitos varones y la purificaciôn de las madres (cf. Apunt. exeg.-mor., p. 610,b,1). Doble significaciôn tenía esto en el caso de Jesucristo. La histôrica, como gratitud a Dios Nuestro Señor por la liberaciôn de la primera plaga de Egipto. La mística o simbôlica, que era el sacrificio de la cruz por los pecados dei mundo. «Tiempo vendrd en que no sera ofrecido en el templo ni entre los brazos de Simeôn, sino fuera de ciudad y entre los brazos de la cruz* (cf. San Bernardo, Obras selectas: BAC, Serm. 3 de la Purif., p. 508,2).*
- II. *La obediencia de Maria.*
 - A. Maria no estaba obligada a esta ley. Cristo es Hijo natural de Dios. Está por encima de toda ley. El es el término de todo el Antiguo Testamento. No estaba Maria obligada a ofrecerlo en el templo del Señor (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 610,b,2).
 - B. Maria cumple la ley.
 - a) *La cumple con todo detalle.*
 - b) *Como la cumplian las buenas israelitas.*
 - c) *Como una israelita pobre, por el sacidficio que presenta por el rescate.*
 - d) *A pesar de las molestias que pudiera originar su cumplimiento. Puede describirse la escena según el evangelio de San Lucas.*
 - C. Maria, modelo de obediencia. Entre las muchas vlritudes que pueden comentarse en esta escena,

estâ la de la obediencia de Maria (cf. *Apuntes exeg.-inor.*, p. 611,3 y 4). Obedece a todo. «Cumplidas todas las cosas segùn la ley del Señor» (Le. 2,39). Maria, modelo de obediencia. No solamente a la autoridad familiar, a José. Obedece las leyes publicas, ya religiosas, ya civiles (cf. San Francisco de Sales, p. 660, B), la purificación, la celebración de la Pascua, el edicto del César sobre el empadronamiento. Maria sabe que «no hay autoridad sino por Dios» (Rom. 13,1). Ve a Dios en las prescripciones mosaicas. Ve a Dios también en el César, cuyo yugo no puede soportar el pueblo de Israel (cf. Bourdaloue, p. 671,A).

III. *Nuestra obediencia. Debe imitar a la de Maria. Particularmente en lo que a las leyes publicas se refiere. Es necesario formar bien la conciencia en esta materia. No tanto en lo que se refiere a leyes eclesidsticas como civiles. Fdcilmente encontramos recursos para no obedecerlas y justificar, ademâs, nuestro procéder.*

A. Las leyes de un poder legitimamente constituido son leyes que, en ùltimo término, derivan de Dios (cf Bourdaloue, p. 672,a y ss).

B. Si no prescriben algo que vaya confia Dios, hay que obedecerlas.

a? «Si las ôrdenes del emperador son segùn Dios, hay que obedecer las ôrdenes del emperador como ôrdenes de Dios.»

b> «Si el emperador manda cosas contrarias a la ley de Dios, hay que obedecer a Dios, desobedeciendo al emperador» (San Agustín). Estas ideas se ven frecuentemente reiteradas en los documentos de los últimos Pontífices.

c) Las leyes publicas exigen, ademâs, la cooperation de todos. El gobemante mediante ellas pretende la consecution del bien comùn. Sin la obediencia de todos, se haria imposible la consecución de ese fin. El cristiano debe distinguirse. Lo predica San Pablo.

Pureza de la Virgen

I. *Las dos ceremonias legales. Dos ceremonias legales ocurren en la escena del evangelio de hoy. Una se refiere al Hijo y otra a la Madre.*

A. La presentaciôn y oblaciôn del primogénito.

B. La purificación de Maria Santisima. A ésta hemos de referirnos al hablar de la pureza de la

Virgen ante Dios y ante los hombres (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 610,b,1).

II. *Maria se purifica ante la ley.*

A. Establecía la ley que toda mujer que daba a luz quedaba impura (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, ibid.). No era impureza espiritual o pecado, sino impureza legal. Había de purificarse antes de reanudar su vida ordinaria.

3. Maria no había contraído tal impureza, porque la concepción y nacimiento de Jesucristo había sido sobrenatural y ella permanecía virgen (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 610,b,2). Sin embargo, se somete a la ley y da ejemplo, a la vez que de obediencia, de profunda humildad.

III. *Se purifica a los ojos de los hombres. Los acontecimientos en torno a la vida de la Virgen y de su divina maternidad, con ser tan grandes, pasan inadvertidos a los ojos del mundo. Nadie conoce el misterio de la encarnación del Verbo. El mismo José dudo hasta que el ángel le reveló la verdad (Mt. 1,19-24). A los ojos de los hombres, Maria es la mujer joven, sencilla y pobre del carpintero José. José y Maria son los padres de Jesucristo. Si no hubiera subido al templo, como toda mujer, hubiera sido considerada como mala israelita y nunca la hubieran admitido en la vida social por impureza. Tenía que purificarse ante los hombres y lo hace.*

IV. *Pureza corporal.*

A. La purificación ante la ley y ante los hombres fué solamente exterior y corporal. En el Antiguo Testamento la pureza del cuerpo, la abstención de los placeres carnales, tenía ya su valor espiritual y social a la vez. Siempre el públicamente impuro ha sido despreciado por la sociedad. Hoy, sin embargo, se avergüenzan menos los hombres de ser impuros. A veces, por el contrario, se hace alarde de ello.

B. El cristianismo réclama imperiosamente la pureza del cuerpo. El hombre ha de ser puro porque lo exige su propia razón natural. El cristiano tiene motivos superiores:

- a) *Es miembro de Cristo* (cf. Hugo de San Víctor, p. 643). *Su cuerpo es templo del Espíritu Santo: ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tornando, pues, los miembros de Cristo, los voy a hacer miembros de una ramera?»* (1 Cor. 6,16).
- b) *Ha sido redimido por Cristo. Su cuerpo ha sido rescatado merced al precio de la sangre de Cristo:*

«*Habéis sido comprados a precio*» (1 Cor. 6,20). «*No con plata y oro, corruptibles, sino con la .sangn preciosa de Cristo, como cordero sin dejecto ni mancha*» (1 Petr. 18,19). *Por eso digamos con el apostol San pablo: «Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo»* (1 Cor. 6,20).

V. *Maria se purifica a los ojos de Dios.*

- A. La purificación de Maria tiene inapreciable mérito a los ojos de Dios. Con ella el aima de Maria Santísima adquiere más santidad.
- B. La pureza es ausencia de mezcla y de composición. Dios es, en su simplicidad y en su santidad, el puro por esencia. Las cosas son puras en cuanto participan de la pureza de Dios. El santo, «agios», es puro, <sine terra>.
- C. Los grados de pureza pueden medirse por la ausencia de imperfección y de pecado. Mas también por el contacto y union con Dios. Maria no se purifica en el primer caso porque fué inmaculada desde el principio y nunca tuvo la más ligera imperfección (cf. San Bernardo, p. 640,A). Se purifica, en cambio, en el segundo caso.
- D. La purificación supone mayor union con Dios, porque es cumplimiento de su voluntad. A mayor unión con Dios, mayor pureza, mayor santidad. Este crecimiento es posible en Maria, que, siendo superior a todos los santos desde el primer momento de su concepción, fué creciendo día a día en santidad.

VI *El santo santifiquese mas* (Apoc. 22,11).

- A. Mientras se camina por la tierra. el aima es capaz de una pureza y santidad mayor. Las faltas e imperfecciones deben ir eliminándose (cf. San Roberto Belarmino, p. 649,a.b y c). Quizá no siempre sea el mejor medio emplear un procedimiento negativo, con la preocupacón constante de las mismas o el excesivo examen.
- B. La ascética, que en su primera etapa se encamina a la purificación del aima, puede ser menos eficaz si no echa mano del procedimiento positivo, más conforme con la naturaleza del hombre. Buscar la unión con Dios en la oración, buscarla en el sacrificio, buscarla en el cumplimiento de su voluntad. Esta unión con Dios llenará el aima de su luz, de su pureza, de su santidad.

Maria, pobre

✱

- I. *La pobreza de Maria.*
 - A. Escogida por Dios, Maria presenta la ofrenda de los pobres. Dios ha escogido para su Madré la pobreza, y esto nos basta, según pensamiento muy repetido en los Padres, para entender el aprecio en que Dios tiene a esta virtud. ¿Pero por qué? ¿En qué puede aventajar el no tener al tener? Santo Tomás nos irá indicando el camino.
 - B. Voluntariamente aceptada. Nótese que siempre que hablemos de ella nos referimos a la pobreza aceptada o buscada, porque la miseria, contra la que se revuelve el pobre Impotente, es tan peggrosa como la riqueza, y por ello pedía Salomón (Prov. 30,8) le conservase Dios équidistante de una y de otra (cf. *Sum. Theol.*, 3, q.40. a.1). La pobreza de Maria era totalmente voluntaria, ya que, acorde siempre con la de Dios, la aceptó del modo más explicito en el «fiat» (Lc. 1,38) al recibir humilde la encarnación y su modo de pobreza, dolor, etc. (cf. San Roberto Belarmino, p. 649,c). Señor, si no llego a desear esta virtud que tu practicas-te, haz por lo menos que la acepte, si necesario fuera.
- II. *Razones que la hicieron deseable. Esta pobreza actual de Maria fué deseable por las mismas razones que fué deseable en Cristo, y que senala Santo Tomás (ibid, in c).*
 - A. Para verse libre de preocupaciones que perturbaran su misión. Cristo Nuestro Señor debió verse libre de todo culdado de riquezas para poderse entregar totalmente a la predicación, y Maria Santísima, libre de ellas, pudo dedicarse por completo al culdado de la palabra divina, sin tener que alternar el de su infancia con otra cosa que con la meditación de sus misterios. Maria, ajena a toda riqueza que absorbiera su atención, hubiera visto probablemente un estorbo en todo lo que hubiera constituido una mejora de su posición social. ¿Cómo hubiese podido acompañar a su hijo en la predicación culdando de él con las

otras santas mujeres? Ejemplo nuestro. No permitamos que los negocios seculares emboten nuestro espíritu. Un remanso de paz al día siquiera para dedicarlo a Dios.

- B. Para conseguir las riquezas eternas mediante la renuncia de las temporales. Cristo Nuestro Señor murió para darnos la vida y padeció pobreza para alcanzarnos las riquezas del espíritu, pues fué ley de redención el que se obtuviera a fuerza de contrastes. María corredentora, asociada a la cruz en el Calvario, se unió a la pobreza durante toda la vida. Este es el valor de la renuncia. Que a quien ofrece lo que humanamente se aprecia más. Dios le corresponde con lo que en el cielo tiene un valor más alto, y al que se desprende de las riquezas temporales, Dios le otorga las eternas.
- C. Para que tanto mayor pareciera el triunfo cuanto más pequeños habían parecido sus forjadores. A unos apóstoles Pescadores y a un Mesías carpintero corresponderá una Madre pobre, y si milagro ha sido que el mundo doble su rodilla ante un crucificado, milagro es también ver a cielos y tierra cantando a aquella en la que Dios se fijó, «quia respexit humilitatem ancillae suae» (Le. 1,48).
- D. Como prueba de temor y amoroso respeto filial a Dios. Pero hay todavía otra razón más honda y general. La pobreza, según Santo Tomás, se deriva de las mismas entrañas del temor filial de Dios (cf. *Sum. Theol.*, 2-2, q. 19, a. 12 in c). Este temor, respeto amoroso en realidad, sujeta al hombre totalmente a Dios. ¿Habría habido aima más sujeta a su Creador que María? Y cuanto más se entrega el aima y se coloca a los pies de Dios, más deja de buscar en sí misma o en lo terreno su bienestar (cf. San Gregorio Magno, p. 637,c). Soberbia, honores y riquezas son las flores del camino que no merecen ni llamar siquiera su atención. Y lógicamente María despreció los honores de los palacios de Jerusalén, como despreció las comodidades que pudiera reportarle una situación más desahogada. La meditación primero y el cuidado de su Hijo después le bastaron.

III. *Conclusión. Las riquezas, deseables en cuanto conduzcan a Dios. Mirando, pues, a María, encuentra el pobre el camino fácil del cielo, advierte el rico las dificultades que se atraviesan para llegar a él y aprendemos todos la lección de desprendimiento, que puede resumirse en una frase ignaciana: En tanto quiero*

y deseo los bienes de este mundo en cuanto que puedan llevarme a Dios. Y, jayl, es tan difícil e ilusorio que las riquezas me sirvan para ello...

Simeôn, justo

- I. *Simeôn, justo.*
 - A. Segùn el original hebreo, «pio, santo, religioso» (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 611,6). Con esta palabra «iustus», segùn modernos comentaristas, se designa al que es justo no de una manera general, sino al que guarda todo aquello que se refiere a Dios con la m xima reverencia y religion (Knabenbauer).
 - B. Para apreciar la grandeza y santidad del aima del anciano Sime n, nada mejor que examinar el significado de la palabra «justo» a la luz de las Sagradas Letras.
- II. *El justo en la Sagrada Escritura. El Antiguo Testamento, principalmente en los Salmos y en los libros sapienciales, canta la grandeza del varón justo.*
 - A. «Que no anda en consejos de irqprios»..., «ni camina por las sendas de los pecadores»..., «ni se sienta en compafiia de malvados» (Ps. 1.1). La primera caracteristica dei justo es la limpieza y ausencia de pecado, el alejamiento de las ocasiones, peligros, comparnas y consejos que pueden manchar el aima.
 - B. «Tiene en la ley de Yavé su complacenda» (Ps. 1,2). He aquí el elemento positivo. La voluntad dei justo est  en la ley de Dios, en su voluntad santa. Justo, es declr, ajustado perfectamente a Dios (cf. San Francisco de Sales, p. 661, c). El justo en esta vida vive unido con Dios. «Lleva en el coraz n la ley de su Dios y no vacilan sus pasos» (Ps. 36,31).
 - C. El justo es hombre de oraci n: «... tiene en la ley de Yavé su complacenda y a ella dia y noche atiende» (Ps. 1,2). Para orar en presenda del Altísimo (Eccli. 39.6).
 - D. Es hombre de vigilanda: «Madruga de manana para dirigir su coraz n al Senor, que le cr e» (Eccli. 39,6)
 - E. El justo es un hombre especialmente amado y gobernado por Dios: «Libr  al juste que huía de la

ira fraterna, le condujo por caminos rectos, le mostró el reino de Dios y le dió a conocer las cosas santas. Le prosperé en sus fatigas y multiplico el fruto de sus trabajos» (Sap. 10,10). «Honestum fecit illum.» «Le enriquecí..., le préservé de sus enemigos y le protegí contra los que le acechaban» (ibid. 11,12) «Las aimas de los justos están en las manos de Dios» (ibid. 3,1).

III. *El justo en esta vida.*

- A. A los ojos dei mundo. El mundo se rie dei justo, le desprecia y le tiene por fatuo: «Verân y se burlarân» (Sap. 4,18). «Es ridicula la simpleza dei mundo, porque los sablos de este mundo juzgan como locura la virtud de la pureza» (cf. San Gregorio Magno, *Moral.*, l. 10, c. 16 in c. lob).
- B. A los ojos de Dios. Quizâ Dios le envíe sufrimientos, tribulaciones y pruebas, porque «el Señor a quien ama le reprende» (Hebr. 12,6). Mas ante sus ojos el justo: «Vivié una larga vida. Pues su alma era grata al Señor» (Sap. 4,13-14). «Que a su tiempo da sus frutos, cuyas hojas no se marchitan. Cuanto emprenda tendrâ buen suceso» (Ps. 1,3). «Florecerâ el justo como la palma, crecerâ como el cedro del Libano» (Ps. 91,13). «Los ojos de Yavé están sobre los justos, y sus oídos, atentos a sus clamores. La faz de Yavé contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria» (ibid. 33,16-17). Clamaron los justos, y Yavé los oyé y los libro de todas sus angustias (ibid. 18).

IV. *El justo en la otra vida.*

- A. «Y el tormento no los alcanzarâ» (Sap. 3,1)... «Gozan de paz»... (ibid. 3). «Pero el justo, si muriese prematuramente, estarâ en la paz» (Sap. 4,7).
- B. El pecador, en cambio, el que en esta vida se rie dei justo: «No prevalecerân los impios en el juicio, ni los pecadores en la congregacién de los justos (Ps. 1,5). Y después... caerân sin honra, y serán entre los muertos en el oprobio sempiterno» (Sap. 4,19). «Y serán sumergldos en el dolor y perecerâ su memoria» (ibid.).
- C. El pecador reconocerâ que el justo tenia razón en esta vida: «Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura y su fin por deshonor. ¡Cémo son contados entre los hijos de Dios y tienen su heredad entre los santos! (Sap. 5,4-5).

V. *El canto del justo en esta vida. Puede, si se quiere, comentarse o simplemente decir el salmo 117 o el 22.*

Cualquiera de ellos muestra la felicidad interior del justo y cómo vive en Dios, y Dios en él.

- VI. *La figura de Job. No es necesario, pero se pueden confirmar las anteriores ideas, dándoles más vida y haciéndolo que se graben mejor con lo que la Sagrada Escritura dice acerca de Job.*
- VII. *Simeôn, «vir iustus-». Frente al esplendor y fasto del Imperio romano en los días del anciano Simeôn y al de muchos hombres grandes que viven llenos de riqueza y poderio, la vida de Simeôn fue oculta e inadvertida (cf. San Roberto Belarmino, p. 49,c). Pero Dios se fijó en él porque era justo; premió su virtud con la presencia del Mesías y ha pasado a la historia, porque el Espíritu Santo ha hecho de él el mayor de los elogios: «vir iustus».*

Simeon, hombre temeroso de Dios

- I. *El temor de Dios, principio de la sabiduría.*
 - A. Simeôn era un hombre temeroso de Dios.
 - B. Los protestantes y el temor de Dios. A veces parece como si se menospreciara la palabra «temor de Dios». Los protestantes llegaron a calumniarla, incluyéndola entre los pecados.
 - C. El temor de Dios y la Escritura. Sin embargo, el lenguaje cristiano sigue considerando triste la situación del que «no tiene temor de Dios». Y la Sagrada Escritura lo alaba e inculca repetidas veces: «El principio de la sabiduría es el temor de Dios» (Prov. 1,7 y 9,10).
- II. *Características del temor de Dios.*
 - A. El temor de Dios no es el miedo del esclavo, ni el del animal ante el látigo de su dueño, que se mueven no por obediencia ni odio del mal, sino exclusivamente por el dano del castigo.
 - B. Es el razonable temor ante un juez justo.
 - a) *Dios lo es y, por lo tanto, tiene derecho a ese temor saludable.*
 - b) *Dios lo exige e inculca, anunciando sus castigos: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el cuerpo y el alma en la gehenna» (Mt. 10,28).*

- c) *Ese temor es sano incluso para reforzar los motivos del amor de Dios, dada nuestra fragilidad e inconstantia. «Si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado» (cf. Obras completas de San Ignacio de Loyola. Ejerc. esp.: BAC. p. 174, 2.º preámbulo).*
- d) *Inclusive sirve, unido a la absolution sacerdotal, para obtener el perdón.*

Debe llegar a ser un temor filial. Esto es, un amor respetuoso del hijo que teme ofender a su padre (cf. San Francisco de Sales, p. 661,c).

- a) *Amoroso de afectos y de obras.*
- b) *Respetuoso. El amor no excluye el respeto. Se ama a los padres, a los superiores, a Dios.*
- c) *Deseoso de no ofender al que ama y de merecer su premio y no su castigo.*

Conclusiôn.

- A. Dios Padre, Señor y Juez. En la familia divina, de que formâmes parte por adopciôn, Dios es el Padre, el Señor, el Juez y el Castigador. El respeto que se debe a Dios, el amor al padre, la obediencia al señor, el acatamiento del juez y el temor al castigo y a verse arrojado de esa familia, todo ello unido constituye el temor filial de Dios.
- B. Nuestra vida cristiana nos hace practicar continuamente ese temor, proponiendo juntas las verdades capaces de producir tal mezcla de afectos.
 - a> *Porque le llamamos «Jésus», pero repetimos a la vez: «Que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos».*
 - b) *Le adoramos escondido en el sagrario, pero le rezamos el Credo, diciendo: «Esta sentado a la diestra de Dios Padre».*
 - c) *Cantamos: «Se encarnô por nosotros hombres», pero antes hemos ensalzado al «Hacedor del cielo y de la tierra».*
 - d) *En resumen: Abrimos el sagrario y nuestro himno dice: «A tan grande sacramento venerémosle inclinados».*

Ver a Cristo en los brazos del Padre

- I. *La esperanza del padre cristiano. Simeôn ve cumplida la esperanza de su vida al contemplar a Cristo en sus brazos. La esperanza del padre cristiano tiene como meta ver a Cristo formado en sus hijos.*

- A. Dios le asociô a la obra de poblar el mundo. El padre de familia ha sido también asociado por Dios a su obra de poblar el mundo de hombres y el cielo de santos. Dios pudo reallzar una y otra cosa directamente, pero prefiriô pedir la cooperaclôn de los padres para ello.
- B. De donde identidad de fines. Si, pues, el padre es un asoclado de Dios, debe proponerse los mismos fines que éste.
 - a) *Hijos a imagen de Dios. El fin de Dios, al crear al hombre, fué formarle a imagen y semejanza suya. Luego el fin del padre debe ser formar la imagen de Dios en sus hijos. ¡Notable dignidad de la paternidad humana, destinada no a reproducir su propia especie, sino los hijos adoptivos de Dios!*
 - b) *Formar a Cristo en los hijos. Pero en la actual economia, estos designios divinos han sido concretados en Cristo. Cristo es la Idea de todo lo creado. Y aquella imagen de Dios que deben reproducir los hombres se realiza hoy cuando reproducen en Cristo. Luego el designio de Dios y la esperanza del padre debe ser formar a Cristo en sus hijos.*

II. *Su realization.*

- A. La obra empieza en el bautismo. Cuando el padre recibe a su hijo de las manos del padrino, recibe a otro Cristo. En él se encierra la vida divina, creada en todo según el mismo Cristo.
- B. Continua en la educaciôn. Pero esa vida ha de ser preservada y desarrollada. Como la misma vida física, el ideal del padre es defender la vida de Cristo injertada en su hijo de todo influjo exterior incompatible con ella y que pudiera ahogarla. Educar, ademâs, sus pensamientos, sus deseos y amores para que sean los pensamientos, amores y deseos según Cristo.
- C. La mislôn cumplida.
 - a) *«Nunc dimittis». Cumplida su labor, levantando a su hijo al cielo entre sus brazos, podrá cantar el «Nunc dimittis». Ha visto a Cristo en ellos. Su esperanza y su misiôn estân cumplidas (cf. San Francisco de Sales, p. 661,c).*
 - b) *El ejemplo de Santa Monica. ¡Cual sera entonces su muerte? Monica Hora la vida airada de su hijo. Sus orationes arrancan a Dios la gracia necesaria para llevarlo de la disipaciôn sensual y jilosophica a la santidad. Ha conseguido, ver formado a Cristo en Agustin. En tierta ocasiôn conversa con su hijo en Ostia Tiberina. «Inquiriamos los dos delante de la verdad présenté, que eres Tû, cual serd la vida eterna de los santos» (cf. Confes., l. 9, c. 10: BAC, t. 2, p. 685). Cinco dia\$ después muere Santa Mônica. San Agustin, junto a ella, la oye decir- «Solamente os ruego que os acordéis de mi ante el altar del Señor» (ibid. c. 11: BAC 689). La esperanza de*

Monica se vio cumplida en la tierra y su muerte no fué sino el paso para verla cumplida en el cielo (cf. sec. 7.º, p. 709,IV).

La esperanza

- I. *Un mundo triste. Característica del mundo moderno es la enfermedad del pesimismo.*
 - A. Los pontífices lo han expresado varias veces con distintas frases: «negro pesimismo entristece el mundo» (Leôn XIII). «La ceniza del tedio cubre los corazones» (Leôn XIII). «Melancolía enfermeza debilita las almas» (Pío XII).
 - B. El mundo moderno se halla triste porque ha perdido la esperanza. Puso la esperanza en los bienes de la tierra, y los desastres de las dos grandes guerras y de las revoluciones sociales le han mostrado que era vana su esperanza.
- II. *Très posiciones ante la vida: La filosofía de la vida se sintetiza en três escuelas.*
 - A. Epicureos: Placeres sensuales. Su fórmula: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos» (Is. 22,13)
 - B. Estoicos: Pesimismo de la vida, nacido de la pasión triste de la soberbia. Su fórmula: «Considero amable la vida por el don de la muerte que nos concede» (cf. Séneca, *De benefic.*, 1,2).
 - C. Cristiana: Explica, interpreta, ordena, unifica, eleva y alegra la vida. Fórmula agustiniana: «Nuestra vida es ahora esperanza, después se convertirá en gloria». «La vida de esta vida mortal se cifra en la esperanza de una vida inmortal» (cf. San Agustín, *Serm.* 157: BAC. t. 7, p. 742). La esperanza es el eje de la vida: «eriguntur in spem» (concilio de Trento). La esperanza nos engendra a vida nueva: «regeneravit nos in spem vivam» (1 Petr. 1,3)
- III. *La esperanza.*
 - A. Esperanza verdadera: La virtud de la esperanza es necesaria para la vida (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 611,8). La virtud de la esperanza ilumina, alegra, eleva y dignifica la vida. Lo que diferencia el espíritu juvenil del espíritu caduco es, en el

fondo, la virtud de la esperanza. Es caduco el hombre, aunque tenga cortos afios, que arrastra una cadena de esperanzas fallidas, acaso de remordimientos. Es joven el hombre que siempre tiene una esperanza que realizar. Mas es preciso que la esperanza nos ofrezca un bien tal que sea capaz de llenar la vida. La verdadera esperanza nos ofrece la felicidad. **Di** una palabra, es necesario que la esperanza sea verdadera.

La esperanza. virtud teologal.

- a) *Nos une a Dios.* «La esperanza nos une a Dios, en cuanto que es el principio de nuestra dicha» (cf. *Sum. Theol.*, 2-2 q.17. a.1 ad 1).
- b) *Tiene como objeto nuestra felicidad eterna.* «La esperanza tiene como objeto nuestra felicidad eterna como ultimo fin, y la gracia en esta vida como medio que nos conduce al fin» (cf. *ibid.*, 1-2. q.69 a.2 ad 1). «El propio principal objeto de la virtud de la esperanza es la felicidad eterna; el objeto secundario son todos los demás bienes de este mundo, en cuanto ordenados a ella» (cf. *ibid.*, 2-2, q.17, a~2).

- C. El fundamento de nuestra esperanza es la vida futura. Es la certeza de nuestra resurrección. Nuestra esperanza se basa en nuestra fe. Pablo espera resucitar porque resucitó Cristo. «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, aun estáis en vuestros pecados». «Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más misérambles de todos los hombres» (1 Cor. 15,17-19).

La esperanza, fuente de alegría cristiana. La esperanza es el secreto manantial de donde brotan las aguas que desbordan el corazón de Pablo: «Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra» (1 Cor. 7,4). Pablo pide a los romanos que vivan siempre gozosos, pero gozosos en su esperanza: «Spe gaudentes» (Rom. 12,12). No llores... La verdadera esperanza es incompatible con las lágrimas. El verdadero cristiano no debe conocer el lloro. San Pablo dice: «No os afligáis como los demás que no tienen esperanza» (1 Thes. 4,13). «Pues si nosotros—añade—creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomará consigo a los que se durmieron con El» (*ibid.* 4,14).

- E. La esperanza, ancla de la vida. Es la virtud más fuerte. San Pablo llama a la esperanza «firme âneora de nuestra âima» (Hebr. 6,19). «Tenemos (la esperanza) como segura y firme âneora de nuestra âima y que penetra hasta detrás del velo» (*Ibid.*). Es la que sostiene, estabiliza y asegura nuestra âima.

- a) *Las inquietudes del mundo. Porque la inestabilidad e inquietud, los cambios continuos de la vida, este fluir de los hechos y de los acontecimientos, es comparable a la agitation perpetua de las aguas del mar. Y nuestra aima, que desea, cual el mayor de los bienes, el reposa y la tranquilidad, sufre de verse agitada y arrastrada por continuas y encontradas corrientes. Gozar de un reposa perfecto en esta vida es imposible. Los sucesos exteriores agitarân, turbarân siempre mäs o menos nuestra aima. A veces las olas mäs agitadas la zarandearân, cual la mar una barquilla ligera.*
- b) *La esperanza, garantia de paz. Pero no logrará arrastrarla a su capricho, porque hay un punto fijo 67i la vida que limita, por asi decirlo, las fuerzas extradas de los enemigos que nos combaten, y es nuestra esperanza; de la misma forma que la nave que esta anclada no puede ser arrastrada sino hasta cierta distancia y vuelve de nuevo a ocupar su primitiva position. El ancla de nuestra vida es el bien incommutable y etemo, al cual estamos sujetos, y la parte mäs noble de nuestra aima permanecerá fija en él por grandes que sean las tempestades desatadas en nuestro mundo inferior.*

IV. Conclusiones:

- A. Pidamos a Dios la virtud de la esperanza. Por ser virtud teologal descende del cielo.
- B. Y pongamos los medios para mantener la vida en nosotros.
 - a) *Sea el primera no poner la esperanza de nuestra felicidad en las cosas de la tierra. Una de las hijas de la lujuria es, precisamente, la muerte de la esperanza. Y hasta el odio de la vida eterna. Dijérase que el hombre animal no quiere oir hablar de gozos espirituales, incompatibles con sus groseros placeres.*
 - b) *Alimentemos la esperanza por la palabra de Dios. Oyendo la palabra divina, leyendo a autores espirituales, y, sobre todo, releyendo a diario el Nuevo Testamento, y principalmente el Evangelic.*
 - c) *Alimentemos nuestra esperanza por la oración, porque la oration nos eleva a Dios Nuestro Señor, nos le hace sentir, y a veces nos anticipa una parte de la paz y del gozo que nos espera en la otra vida.*
 - d) *Alimentemos nuestra esperanza por el sacramento de la penitencia y por la comuniôn. La comuniôn aviva en nosotros la caridad. La caridad excita en nosotros el deseo de poseer a Dios Nuestro Señor.*

Esperanza y confianza

I. *Dos virtudes distintas. Esperanza y confianza son dos virtudes distintas.*

- A. Por la esperanza nos unimos a Dios como principio de la bienaventuranza eterna.
- B. Por la confianza sabemos de cierto que Dios nos concede los medios para alcanzar nuestro sumo bien.

La confianza.

Sus efectos. La confianza, que se reduce a la virtud de la esperanza, tiene como objeto último el medio que nos conduce a la vida eterna; pero tiene como objeto mediato los bienes de este mundo, en cuanto están ordenados al último bien. Por la confianza sabemos que Dios Nuestro Señor nos concederá todo cuanto le pidamos si es conveniente para nuestra salud espiritual. La confianza produce en el alma:

- a) *Paz*: «Me acostaba y dormía y despertaba inculme porque Yavé me defendía» (Ps. 3,6).
- b) *Estabilidad*: «Los que confían en Yavé son como el monte de Siôn» (Ps. 124,1).
- c) *Santa audacia*: «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom. 8,31).

› fundamentos:

- a) *Nuestra debilidad*. La confianza es virtud de hombres humildes. En el primer momento nos sentimos paralíticos. Hasta buscamos el concurso de nuestros hermanos para que nos ayuden a acercarnos a Dios. Es decir, no confiamos en nosotros. Confiámes en Dios y en las oraciones del prójimo. Nos gloriamos de nuestros mismos fracasos. «Gloriándome en mis debilidades» (2 Cor. 12,9).
- b) *La paternidad divina*. Tenemos un padre que por ser Dios es omnipotente y por ser padre es infinitamente misericordioso. La Iglesia pone constantemente en boca de sus sacerdotes «omnipotens et misericors Deus» como entrada de las oraciones de petición. Los lemas de la virtud son: nosotros solos nada podemos. «Sin mí no podéis hacer nada» (Jo. 15,5). En Él lo podemos todo. «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Phil. 4,13).

La confianza, virtud de santos.

- a) *Niños omnipotentes*. La unión de los sentimientos de nuestra nada y de la omnipotente misericordia

de Dios engendra en las aimas santos el dulce abandono en los brazos del Señor. Bellísima personification de esta espiritualidad ha sido en los tiempos modernos Santa Teresita del Niño Jesús. Ella hizo antorcha de su vida las siguientes palabras de Isaías (66.13): «Como consuela una madre a su hijo, así os consolare yo a vosotros y seréis por Jerusalén consolados».

b) *Varones fuertes. La espiritualidad de la confianza y del santo abandono no es sólo de santos niños, es de todos los santos. Ha brillado en la Iglesia en varones de una grandeza y fortaleza humanas abrumadoras.*

1. David. ¿Qué figura más varonil, inerte y valiente que la de David? ¿Qué hazafías comparables a las suyas? Desde su aparición en escena. niño rubicundo y de bello rostro, vestido de pastor, con su honda y sus cinco piedras, para vencer a Goliath (1 Reg. 17,20-32). En el decurso de toda la vida, David es verdaderamente grande. Por serio, hasta en el pecado lo es. Y lo es todavía más en la penitencia, a la cual puede aplicarse la frase de San Agustín: «No es arrullo de paloma, sino rugido de león». El enérgico «Miserere» es, en efecto, el más brillante y vigoroso canto del pecador arrepentido (Ps. 50,6-24). David en la expresión de su confianza se anticipa a Santa Teresita. El salmo 131, que la critica moderna signe admitiendo como de David, es una perla del Salterio—como dice Ritter—. Es breve. Parece que lo escribió David ya anciano. Dice así: «No se ensoberbeció, ¡oh Yavé!, mi corazón, no son altaneros mis ojos ni querrán alimentarse* las grandezas; ni quiero para mí cosas demasiado altas; antes he reprimido mis deseos; y como niño destetado de la madre, así reposé yo

2. La fórmula ignaciana. Los hombres de confianza son los hombres de las grandes obras. Por desconflar de sí, confían en Dios. Acometen grandes obras, porque todo lo puede la omnipotencia divina. Su fórmula de acción es la de San Ignacio: Poner de nuestra parte todo el esfuerzo posible, cual si todo el éxito de la obra dependiera de nosotros. Poner toda nuestra confianza en Dios Nuestro Señor, como si a sólo estuviera reservada la realización de la empresa (cf. *Obras completas de San Ignacio de Loyola*: BAC, p. 933).

La confianza en los Salmos. El libro sagrado de la confianza en Dios es el libro de los Salmos. Los escrituristas modernos—Calés, S. I.—señalan diecinueve salmos dedicados principalmente a cantar la confianza en Dios. Los versículos sueltos sobre la confianza son innumerables en el Salterio.

El testamento de Jesucristo. Jesucristo nos dejó como testamento la seguridad de su asistencia divina. Nos pidió que tuviéramos confianza en Él. ¿Cuáles son nuestros mayores enemigos? El mundo y el demonio. Jesucristo, en el sermón de la Cena, anticipé a sus discípulos la victo

ria obtenida por su auxilio invencible. «El príncipe de este mundo ya está juzgado» (lo. 16,11). «Confiad, yo he vencido al mundo» (lo. 16,33).

- ttl. *Conclusiôn: «Confidite». Confiad todos en el Señor. Confiad, especialmente, vosotros los pecadores. Confiad los que sentis aminorarse y amortiguarse vuestra fe. Confiad los que, oprimidos por vuestros pecados y por vuestros malos hábitos, os sentis incapaces de dar un paso hacia Jesucristo. Confiad también vosotros en las oraciones de vuestros hermanos. Ellos son los que, como los amigos del paralítico, os conducen a la presencia de Jesús. Confiad todos en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor. Confiad, porque nada es imposible para la omnipotencia de vuestro Padre.*

Esperanza y vida temporal

- I. *Fecundidad de la esperanza. Si la esperanza nos hace vivir anticipadamente la gloria, parece que debe ser virtud renida con el trabajo, con el progreso y con la civilizaciôn. La esperanza nos aparta demasiado de las cosas de este mundo. Al despreciar los bienes de la tierra, mata en nosotros el estímulo del trabajo, cuyo motor es el producir y gozar de las riquezas. Tal es un concepto superficial, equivocadísimo, falso, de la verdadera esperanza cristiana, la cual es virtud fecundísima.*
- H. *Ver a Cristo. Simeôn viviô con la esperanza de ver a Cristo en esta vida. El cristiano debe vivir también con la esperanza de ver a Cristo en ella. Tal fué la esperanza de Simeôn. Tal debe ser la de todo verdadero cristiano.*
 - A. *En nosotros mismos. Ver a Cristo en nosotros. Conformâmes nosotros con Cristo. Ser otros Cristos. Acercarnos cada día más a El. Poder exclamar con San Pablo: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gai. 2,20).*
 - B. *En los demás. Nuestra vida, consagrada a formar a Cristo en los demás, a edificar a Cristo. Todas las cosas «para la perfecciôn consumada de los santos» (Eph. 4,12). Y en otra parte: «Cada uno cuide de complacer al prôjimo para su bien, para su edificaciôn» (Rom. 15,2). Toda nuestra vida*

para edificar el Cuerpo Mistico de Cristo. Esta idea fecundísima se aplica a todos los estados.

- a) *Cristo es el esposo. Si el inarido ha de amar a la mujer como Cristo a la Esposa, ha de procurar que ella se presente ante los ojos de Dios como Cristo presentara la Esposa al Padre, «sin mancha o armiga o cosa semejante, sino santa e intachable» (Eph. 5,27). Es decir, deseará ver a Cristo en su esposa. La esposa debe ser palabra viva en el hogar para edificar a su esposo con sus virtudes, ganéndole por el ejemplo de su vida (1 Petr. 3,1).*
- b) *Cristo en los hijos. El ideal del padre cristiano debe ser ver a Cristo formado en sus hijos. Ejemplo insigne de Santa Monica (cf. San Agustín, Conjes., L 9, c. 10 y ss. : BAC, t. 2, p. 689-691). Una vez que Agustín se hizo cristiano, ya ella consideraba llegado el final de su vida. Cantó el «Nunc dimittis». Ya había visto a Cristo en su hijo Agustín (cf. sec. 7.a, IV, p. 709).*
- c) *El ideal del sacerdote: engendrar hijos para Cristo. «Por quienes sufro de nuevo dolores de parte hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Gal. 4,19).*
- d) *El ideal del hombre público debe ser formar a Cristo en la sociedad. Trabajar por la constitución cristiana del Estado. Procurar el triunfo de la justicia social.*

III. *Cristo por toda la eternidad. Concebida así la vida cristiana, la esperanza permanece hasta la hora de la muerte. Realizada aquí la esperanza de formar a Cristo en nosotros y en los demás, nos acercamos a la hora suprema con la esperanza de encontrarnos con Cristo. Dejamos aquí a Cristo formado en sus miembros y nos encontrarnos de la otra parte de la vertiente de la vida con nuestra Cabeza, que es Cristo. Mantenemos todo nuestro vigor hasta la última hora. Y cuando comienzan a apagarse las luces de la tierra, se perciben los primeros resplandores de la luz indeficiente de la gloria. El mismo Pablo, que engendraba hijos para Cristo, exclamaba: «Me siento apretado, pues de un lado deseo morir para estar con Cristo, que se mucho mejor» (Phil. 1,23). En la madurez de su vida espiritual, Pablo no sabe qué elegir. «Quedarme aquí es mejor para vosotros; morir es mejor para mí» (Ibid. 1,23-24). Para Pablo, que dejó en la tierra tantas Idmparas encendidas por la palabra de Cristo (Phil. 2,15-16), es la brillante corona que Cristo, justo juez, va a poner sobre su cabeza (2 Tim. 4,8) para que resplandezca por toda la eternidad.*

10

Signo de contradicciôn en nuestros dâs

- I. *Signo de contradicciôn. Serial que serd contradecida* (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 614,20). *La profecia se ha vertificado en todos los siglos de la historia* (cf. *San Agustîn*, p. 632, B y ss), *pero nunca con la extension e intensidad de nuestros tiempos. Voltaire es el alférez que rompe filas. Lenin, la consecuencia logica, completa y sangrienta. Estudiemos sus pasos hasta llegar al estado actual.*
- II. *De Voltaire al comunismo contemporaneo.*
- A. El siglo xvirr. Hasta ese momento los heresiarcas niegan -uno u otro dogma, los poderes humanos se rebelan contra una u otra autoridad. En el siglo xvni comienza lo que pudiéramos llamar re-beliôn total. Se negará absolutamente todo.
- a) Voltaire. Deïsta. Admite la existencia de Dios, pero lo relega a un cielo solitario, indiferente al mundo y sin intervenir en él. Reniega de Cristo. No admite su revelation, ni su ley, ni aun quizds siquiera su santidad personal. Sus discipulos los enciclopedistas van mâs lejos. Estân dispuestos a entronizar a la diosa razón en los templos del Altisimo.*
 - b) El agnosticismo alemân. Kant arroja la semilla que después fructifica tristemente en casi todos los sistemas europeos. No se rechaza sôlo a Cristo, sino a todo lo sobrenatural. ¿Sabemos acaso si Dios existe?*
 - c) El laicismo liberal. Prescindamos de Dios en el Estado.*
 - d) Sotialismo. Continua sacando consecuencias: ateismo y materialismo.*
- B. El siglo xx. Lucha total. Negaciôn absoluta.
- a) Negaciôn dogmatica. Salvo contadas exceptiones, el mundo esta dividido en dos bandos.*
 - 1. El bando que defiende la que Hainan «civilizaciôn cristiana», pero que o se demuestra oficialmente laico en sus constituciones o rechaza la ensenanza religiosa en sus escuelas estatales. Es el bando que indulgentemente podemos llamar «indiferente».*
 - 2. El bando opuesto tiene un dios, Lenin, y un lema religioso: educar a la juventud sin Dios.*
 - b) Négation moral. El vicio no sôlo se practica, se defiende. Los printipios morales carecen de base sôlida, apoyados en una filosofia agnôstica o atea. Si conviene defender la familia, se defenderà. Si*

conviene disminuir la población, se la atacará oficial y organizadamente en su misma esencia.

1. Vicio explotado publicitariamente.
2. Aborto estatificado: Japon, India.
3. Divorcio Justificado: Estados Unidos, Inglaterra. Fidelidad en los pactos, cosa irrisoria por la-
útil: Rusia. ¡A qué seguir?

Negation politica. Tardé algo más en abrirse pose, hasta que la Revolution francesa inaugurô las nuevas normas, que el liberalismo predicô durante un siglo. Estado laico, Estado ateo, Estado perseguidor. ¿Cuántos Estados caen fuera de esta triste division?

d) *Persecution organizada y sangrienta.*

1. Estâmes quizâs ya tan acostumbrados a ella, que es muy posible que no nos demos cuenta de que en estos últimos decemos el número de mártires es, sin duda, mayor que en el tiempo de las persecuciones romanas.
2. Solo desde el año de 1917, Rusia, Méjico, Tailandia. Espafia y hoy esa inmensa región que va desde las riberas dei Danubio hasta las orillas del mar Pacifico han sido jardines de martirio y campos de contradicción.

III. *Concluslôn.*

- A. Para los apologistas de los primeros siglos, la cruz de Cristo era un fuerte motivo que robustecía su fe, porque en ella veían el cumplimiento de las profecias que les habían anunciado.
- B. La contradicción actual, más honda y extensa que nunca, debe afirmar también la nuestra.
- C. Y los que vivimos tranquilos sintiendo en nosotros la unidad de la caridad cristiana debemos recordar a los hermanos que sufren y, dirigiendo nuestra mirada a Cristo, repetir una y otra vez su oración: «Venga a nos el tu reino». *

Los dolores de Maria

- I. *La presentation en el templo y el problema del dolor.*
 - A. La presentaciôn del Nlfio Jesús y la profecia de Slmeôn abren el pôrtico doloroso de la vida de la Santislma Virgen (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 614.20).
 - B. Un contraste inevitable. Forma un verdadero contraste con nuestra tendencia natural a la felicidad y a rehuir todo dolor el que nuestra religiôn nos présente presidiendo los altares a un Cruel-

flcado, y a sus pies, como devociôn principal, una «Madre dolorosa».

- C. El problema del dolor, irresoluble fuera de la filosofía cristiana. Es que el dolor es problema que han intentado en vano resolver todas las filosofías no cristianas. Para unos ha sido un mal que evitar a toda costa; para otros un mal que padecer con el mayor estoicismo, considerândolo inevitable, como el vestido Ueno de espinas, que, llevado sin moverse, se puede tolerar, pero que, al revolverse dentro de él, se clavan todas.

II. *Un defecto natural del hombre, convertido en bien por la religion catôlica. Nuestra religiôn, en cambio, ha sabido convertir en bien lo que indiscutiblemente es un defecto de nuestra naturaleza. Para darnos cuenta de ello bastaria con observar que el corazôn amante de un Dios ha escogido para su Madré una via dolorosa, que comienza con la profecta de Simeôn y termina en aquellos tres dias de soledad después del Viernes Santo.*

A. El dolor es un bien restaurador.

- a) *El hombre, seducido por el placer. La naturaleza, elevada a situaciones de privilegio por el Creador, cayô, borrando cuanto habia en ella de divino y recibiendo la forma de condenada. ^Por que? Porque el placer sedujo la voluntad del hombre hasta inducirle a robar el honor de Dios.*
- b) *El dolor como satisfacciôn y tributo a Dios. Camino natural es, por lo tanto, de volver a Dios lo que le hemos negado, seguir el contrario y encontrar en el dolor, en la negation de nuestra felicidad momentanea, el obsequio que mejor demuestre a Digs nuestro cambio de voluntad (cf. San Juan Crisôstomo, p. 618.C). Por eso podemos ver al Hombre Cabeza de la humanidad satisfaciendo y tributando a Dios el sacrificio de honores màximos en una cruz. El sufrimiento del Hombre Dios restauro lo que el placer del hombre pecador habia arruinado (cf. San Agusiîn, p. 627,b y 628,c y d). Y Maria, sin pecado personal, se asocia durante toda su vida en ese honrar a Dios mediante el sufrimiento (cf. Santo Tomas de Aquino, p. 645.B).*
- c) *El dolor, voluntariamente aceptado como penitencia (cf. sec. 7.Q, p. 712.VI). èY tû, hombre? <,No has pecado? En esos dolores aceptados, ya que no buscados, puedes encontrar la penitencia que desagravie a Dios y te devuelva la gracia (cf. San Roberto Belarmino, p. 649.e\ êPor qué los desperdicias?*

B. El dolor es un bien purificador.

- a) *Porque nos limpia del apego a las crlaturas. No solo para purgar las penas merecidas, sino para limpiar al aima de ese polvo que impide la penetration de la luz divina (cf. Santo Tomâs, p. 646,c). Ese polvo. ese lastre, es nuestro apego a las cria-*

turas, que no nos dejan subir con impulso decidido a Dios (cf. Ribadeneira, p. 657,a).

- b) *El dolor de Maria Santísima y la gracia. Maria estuvo unida siempre a El intimamente* (cf. Terrien, p. 678A y ss), *pero sus dolores la fueron haciendo crecer en gracia, hasta el punto que los ángeles al verla se preguntaban: «¿Quién es esta que se alza como aurora, hermosa cual la luna, espléndida como el sol, terrible como escuadrón ordenado en batalla?»* (Cant. 6,9k)
- c) *O tristeza inútil o aceptación purificadora. ¿Un medio fácil de santidad? Aprovechad los dolores para desprenderos de las criaturas* (cf. Santo Tomás, ibid.). *En la jelicidad es muy fácil olvidarse de Dios. En el dolor aprendemos lo deleznable que es todo bien perecedero y lo suave del recurso al Bien de los bienes. O tristeza inútil o aceptación purificadora. Esa es la disyuntiva.*

C. *El dolor es la prueba del amor* (cf. Ribadeneira p. 656,b).

- a) *En cuanto que es aceptación de la voluntad del ser amado. Dos voluntades que se aman tienen un mismo querer, y tanto más se demuestra éste cuanto más difícil sea de aceptar lo que quiere el amado. Así, pues, mi amor a Dios se demuestra cuando acepto su voluntad, y se demuestra hasta lo sumo cuando acepto lo que más me repugna, los dolores que me envía.*
- b) *La oración del Señor en el huerto y la de Maria en el templo. La oración del mayor amor del Hijo a su Padre fue la del huerto: «Hágase tu voluntad y no la mía»* (Le. 22,42). *La de Maria fue en el templo, cuando, después de oír la profecía de Simeon, ofreció su Hijo al Padre aceptando la cruz* (cf. Bourdaloue, p. 674,a).

III. *El camino del dolor, camino de santificación. ¿Queréis santificaros rápidamente? Buscad sólo la voluntad de Dios, y estad seguros que, si vuestra santidad es sincera, Dios os la premiará santificándoos más* (cf. sec. 7.a, p. 713,VID. *¿Cómo? Por el camino que ha escogido para todos sus santos desde Maria Santísima: por el camino del dolor!* (cf. Faber, p. 675,A). *Y si un día te parece dura la navegación en medio del sufrimiento, no tienes sino repetir la invocación de San Bernardo: «(Mira a la estrella, llama a Maria!»* (cf. Horn. 2 sobre el «Missus est», en BAC, San Bernardo, Obras selectas, p. 536,17).

Bienes de la tribulaciôn

I. *La antitesis del dolor.*

- A. Se ha llamado a nuestra religiôn la religiôn de las antitesis, y realmente abunda en ellas, efecto de la también antitética composiciôn del hombre, con tendendas hacia el barro y hacia el ângel. Una de las mâs fuertes es la del dolor.
- B. Que repugnamos la tribulaciôn es évidente y esencial a ella. Sin embargo, en cuanto Maria présente su ofrenda a Dios en el templo, recibe como galardôn la profecia que amargarâ su vida (cf. Faber, p. 676,a). Cuando San Pedro quiere disuadir al Seftor de su voluntad de cruz (cf. San Agustîn, p. 627,2) es increpado con el nombre de «Satanâs» (Mt. 16,23). Y a todos nos es inevitable la cruz.
- C. ôPor qué esta decidida voluntad de Dios ante una cosa que repugna naturalmente al hombre?

II. *El punto de vista de Dios. Cada uno suele tener sus puntos de vista, y la perfecciôn estribard en aceptar o coincidir con el punto de vista de Dios. Veamos cuâl es el suyo en este tenia* (cf. Faber, p. 676,1 y 2).

- A. La tribulaciôn debe tener un fin bueno.
 - a) *Dios es santo siempre, no solo cuando premia, sino cuando castiga o permite la tribulaciôn. Sus mismos castigos y amenazas tienen como fin el préser-vâmes y convertîmes. Luego también debe. proponerse fines buenos al permitir el dolor* (cf. San Juan Crisôstomo, p. 617,b y 6J8,c).
 - b) *Dios ha creado el mundo para el hombre, con todo cuanto encierra. En este mundo existe la imperfecciôn y el dolor, luego el hombre puede sacar de ellos algun bien, pues de lo contrario no los hubiera permitido Dios* (cf. San Juan Crisôstomo, p. 617,a y b, y Ribadeneira, p. 655A).
- B. Fines buenos de la tribulaciôn. Podemos considerar al hombre enfermo por el pecado, débil por su tibieza y tentaciones. Pues bien, la tribulaciôn es
 - a) *Medicina que cura. Poco suele acordarse de Dios el pecador que vive en la abundancia y alegrla. Pero cuando el dolor llama a sus puertas... Sujetâbanle al pecado las coyundas del placer y de pronto la tribulaciôn las ha roto* (cf. Santo TomXs de Aqui-

no, p. 646,c). *Entonces recuerda que hay otra vida, en donde existe la justicia que necesita o la paz que desea, y en comparación de la cual no son dignos de ser tenidos en cuenta los sufrimientos de esta. Entonces puede ofrecer a Dios la penitencia que satisfaga por sus pecados* (cf. San Juan Crisostomo, p. 646,c).

b> & 657'a' y «“.”».

P. 547X). *.De*

sufri/niento y a cuántos nos hubiera conducido la vida muelle! Harto hace el que sufre con sobrellevar su dolor sin tener tiempo para pensar en otras cosas. ¡Oh tribulación, sé mi ángel de la guarda..j (cf. Faber, p. 677,b), y Crisostomo, p. 621,a y ss)/ *¡Como nos aleja de la soberbia la tribulación, que nos humilia y pone por delante nuestra nada!* (cf. San Juan Crisostomo, p. 616,c y ss).

c) *Medicina que fortalece en la virtud.*

1. El crecer en la virtud consiste en acomodarse a la voluntad divina. La generosidad se mide por la repugnancia a ella. Nada, pues, mejor que aceptar la tribulación que Dios envía o permite, a pesar* de la rebelión de nuestro ser (cf. Faber, p. 676,b.1 y 2).
2. Pero la misma tribulación nos da los medios para aceptar la voluntad de Dios, al hacernos entender lo caduco de todo lo terreno (cf. Ribadeneira, p. 659,2), al levantar nuestra mirada hacia el Padre de todas las misericordias y provocar en nosotros ansias del cielo (cf. San Juan Crisostomo, p. 620,D,a y b).

d) *Medicina que viene de la mano del amor.*

1. ¿Quién corrige a sus hijos sino su padre? (cf. Ribadeneira, p. 656,b). Hasta tal punto es cierto que los castigos son pruebas del amor de Dios, que este amenazó con dejar de enviarlos a su pueblo, que le había cansado (cf. Ribadeneira, ibid.).
2. Y Dios mismo, que las envía, ayuda a tomar la medicina, como la madre al niño. Su gracia sostenía a San Pablo, capaz de todo en aquel que le confortaba (Phil. 4,13). La esperanza en Dios sostuvo a Simeón, y la esperanza en el cielo nos sostiene en los dolores, que, sufridos con paciencia, aumentan el premio futuro (cf. San Juan Crisostomo, p. 620,b, y *Apuntes exegemor.*, p. 611.8).

III. *Exhortación. ¡Sufrés? Acepta lo inevitable. Ofrecelo por tus pecados* (cf. sec. 7.a, p. 712.VI). *Acéptalo con amor, ofrecelo por los pecados del mundo y por tu santificación. Abandónate a Dios. Tu obra es la de santificarte, la de Dios señalar la hora final del sufrimiento* (cf. San Juan Crisostomo, p. 623.F). *Perfectiona tu caridad consolando a los que sufren, y tu amor, aceptando tus sufrimientos.*

La profetisa Ana

- I. *La figura de Ana.*
 - A. Pocas figuras de mujer han sido tan detalladamente descritas en el Nuevo Testamento como la de Ana (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 615,21). Se alude a su origen, a sus afios de matrimonio, a su viudedad, a su vida piadosa y a la recompensa que recibe de Dios (cf. Fray Luis de Granada, p. 655,E). Ana sigue los pasos de la viuda Judit en el Antiguo Testamento (Iudith 15,11).
 - B. Simeôn era «vir iustus»; podemos decir que Ana era «mulier iusta». Ambos reciben dei Señor idéntico premio: conocer y confesar a Jesucristo (cf. San Roberto Belarmino, p. 649,c). En Ana podemos ver un simbolo de la mujer santa en la Iglesia.
- II. *La mujer en el Euangelio. Es inodelo de penitencia, de generosidad, de amor, de apostolado. Entre muchas pueden citarse y describirse, resultando las anteriores virtudes, las figuras de la Samaritana y de la Magdalena.*
- III. *La mujer en la historia de la Iglesia.*
 - A. Arrancando desde los tiempos apostólicos, podemos ver por las epistolas del Apôstol que son varias las mujeres que le ayudan en la propagaciôn del Evangelio. «Te ruego que ayudes a esas que han luchado mucho por el Evangelio» (Phil. 4,3)
 - B. Después, en la historia de la Iglesia, muchas veces la mujer ha sido instrumento de Dios para grandes obras: fundaciôn de ôrdenes religiosas, revelaciones, escritos. Asi Santa Catalina de Sena, Santa Gertrudis, Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, Santa Teresa, Santa Margarita Maria de Alacoque...
- IV. *La mujer santa en el mundo. Pueden también mencionarse algunas mujeres distinguidas por su santidad, su oraciôn, su prudencia y sus virtudes: Santa Isabel, reina de Portugal; la madré de San Luis, rey de Francia; Isabel la Catôlica...*

V. *Piedad de la mujer.*

- A. Frecuentemente se encuentran mujeres que viven no una vida de piedad sincera, sino un sentimentalismo piadoso, infructuoso e inconstante. Es la hipocresía de muchas mujeres, sobre todo de las jóvenes. No son Ana.
- B. Hay muchas, no obstante, que lo son.
 - a) *Las hay escondidas y humildes, para quienes no existe más que el templo y el hogar, que es también un templo.*
Viudas que oran la muerte de sus esposos en silencio y oración, dedicadas a la educación de los hijos.
 - 2. Mujeres entregadas al apostolado y a la caridad, incondicionales siempre para las obras de Dios.
 - b) *Algún día sabremos el gran papel que han jugado en el mundo, y que hoy no podemos conocer. Oran y ayunan como Ana, como Simeón, como los justos del Antiguo Testamento, como María Santísima, que merecieron la venida del Redentor.*

VI. *Exhortación final.*

- A. La piedra de toque para conocer la verdadera piedad es la oración y el sacrificio (cf. San Agustín, p. 631,2, y San Francisco de Sales, p. 661.c).
- B. Oponed a los pecados de la mujer, que tantos estragos causan en otras almas, la vida de auténtico espíritu de piedad.
- C. Huid de los sentimentalismos, de las conversaciones en apariencia espirituales, en el fondo inútiles o nocivas.
- D. Buscad a Dios, no a las criaturas ni los consuelos de Dios.

Orad sin intermisiónI. *Orar en todo tiempo y sin desfallecer.*

- A. Ana, figura orante. San Pablo recomienda a los de Tesalónica la oración constante, «orad sin cesar» (1 Thés. 5,17). He aquí a Ana, la mujer que, mucho antes que el Apóstol escribiera, «no se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones de día y de noche» (Lc. 2,37). Es la viuda santa (cf. *Apuntes exeg.-mor.*, p. 615,21) que el mismo Apóstol describirá más tarde: «la que de verdad es viuda y desamparada, ponga en Dios su confianza e inste en la plegaria y en la ora-

ciôn noche y dia» (1 Tim. 5,5). Mas *ies* posible tal continuidad en la oraciôn? ^Puede el cristiano observar el precepto del Apôstol: <orad sin cesar>?...

- B. La oraciôn continua en la Sagrada Escrltura. La Sagrada Escritura abunda en textos sobre la continua oraciôn: «es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer» (Lc. 18,1).¹ «Aplicaos a la oraciôn» (Col. 4,2). «Por El ofrezcamos de continuo a Dios sacrificio de alabanza, esto es, el fruto de los labios que bendicen su nombre» (Hebr. 13,15). Claramente se afirma en los libros sagrados que hay que insistir en la oraciôn y perseverar en ella. Ademâs, en paralelismo con el texto de San Pablo, «orad sin cesar» (1 Thés. 5,17), aparecen otros dos con la palabra «siempre»: «Orar en todo tiempo y no desfallecer» (Lc. 18,1) y «por El ofrezcamos de continuo a Dios sacrificio de alabanza» (Hebr. 13,15). Mas para interpretar debidamente estos textos, debe tenerse présente que hay dos modos de orar.

II. *Modos, espíritu y tiempo de oraciôn.*

- A. Dos modos de orar. Los autores establecen no pocas divisiones y subdivisiones de la oraciôn. No interesan para nuestro objeto. Si, en cambio, importa establecer clerta divisiôn que esclarece la interpretaclôn de los textos citados.

- a) *Hay una oraciôn que consiste simplemente en la union del corazôn con Dios, sin prâcticas ni materias especiales de oraciôn.*
- b) *Hay otra que consiste también en la uniôn del corazôn con Dios, pero mediante prâcticas determinadas y ejercicios concretos.*
- c) *La quintaesencia oracional es la relaciôn y uniôn de nuestro corazôn con el Padre, que está en los cielos.*
 1. Puede darse ésta por medio de actos especiales, empleandose todo el hombre en alabar, dar gracias y pedir a Dios.
 2. Puede también darse con sôlo el acto de la voluntad, que refiere a Dios las obras que el hombre ejecuta. En una palabra, cabe distinguir el espíritu de oraciôn y el acto de oraciôn. El acto de oraciôn, que excluye otros actos distintos, y él espíritu, que penetra y como perfuma de sobrenaturalidad las acciones todas del hombre.

- B. El espíritu de oraciôn. El texto del Evangelio (Lc. 18,1) y los de San Pablo (1 Thés. 1,2; 2,13; 5,17) deben entenderse a la letra: «hay que orar siempre sin intermisiôn». No que dedlquemos todo el tiempo a prâcticas de oraciôn. No es esto

posible. Pero si que conservemos el espíritu de oración en todos los momentos y a través de todas las obras que realicemos. Tampoco que nuestra inteligencia piense constantemente en Dios; pero si que nuestra voluntad refiera todo a Dios, si no con intención actual, al menos con la Hamada virtual «Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis alguna cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor. 10,31). «Siempre en salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre en nombre de Nuestro Señor Jesucristo» (Eph. 5,19-20). «Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El» (Col. 3,17). No son precepto, sino consejo, estas palabras del Apóstol. Son un ideal, en pos del cual ha de caminar el cristiano. Es el modo práctico de poner por obra el «hay que orar siempre y orar sin intermisión».

- C. Tiempo de oración. Mas estas palabras, juntamente con otras sentencias del Evangelio, exigen que a la oración se dedique cierto tiempo. Así lo han entendido los teólogos, sin que estén acordes en cuanto al tiempo que haya que dedicar o respecto de la frecuencia de la oración. Santo Tomás afirma que el hombre que asiste a la santa misa los domingos y días de fiesta uniendo su intención con la del sacerdote que ora por ellos, cumple ya con el precepto. Mas ningún cristiano debe contentarse con esto. Todos han aprendido de sus padres las oraciones más bellas, cuales son el Padrenuestro y el Ave María. Todos conocen también por el Catecismo el Credo, que, como acto de fe, es oración bella y eficaz. A ninguno es necesario recomendar que los recen, porque, gracias a la educación cristiana que en los hogares españoles se recibe, diariamente suben al cielo de los labios y corazones de todos esas plegarias. Pero hemos de decir, en general, que el hombre tiene que dedicar todos los días un espacio de tiempo a la oración. ¿Quién no ha deliberado en las gracias espirituales y materiales que recibe del cielo a cada hora? ¿Quién no conoce cuánto necesita de la protección divina mientras milita en esta tierra en todos los momentos de su existencia?... No daremos fórmulas concretas de oración. Cada cual, a su manera, ya vocal, ya mentalmente, debe rendir el tributo de acción de gracias a su Creador y

Padre y pedirle al mismo tiempo su auxilio y favor.

- III. *La oración de noche, en la iglesia. Hoy se echa un velo sobre tal oración. Ni se menciona en público siquiera. Parece imprudencia recomendarla. Se dice que las circunstancias de la vida moderna son muy distintas.*

Lo cierto es que el espíritu de nuestros primeros cristianos, desde San Pablo hasta San Gregorio Magno, se manifestaba en las solemnes vigili-
as de fiestas en la oración colectiva.

Está frecuentemente aconsejada en las Escrituras.

- a) *Ya en el Antiguo Testamento: «De noche nie acuerdo de tu nombre» (Ps. 118,55). «Me levanto a media noche para darte gracias por tus justos juicios» (Ps. 118,62). «Alzad vuestras manos al santuario y bendecid a Yavé» (Ps. 133,2).*

Y después en el Nuevo:

1. La consagra Nuestro Señor Jesucristo, que tenía por costumbre hacer por la noche un rato de oración, como lo demuestra Getsemani (Mt 26,36; Mc. 14,32; Lc. 22,39-41) y las palabras de San Lucas: «pasó la noche orando a Dios» (Lc. 6,12).
2. Sabemos de Pablo que oraba también por la noche: «orando noche y día con la mayor instancia» (Cl Thés. 3,10).
3. Y los santos, que han seguido las huellas del Señor, la han frecuentado. Por citar un ejemplo, el de San Francisco Javier. Cargado de ocupaciones durante el día, predicando y bautizando y enseñando el catecismo sin cesar: «Mientras vivió en Santo Tomé, por las noches solía estar* horas y horas meditando en la iglesia, y cuando en Malaca le observaban sus compañeros, veían siempre al Santo Padre pasarse la mayor parte de la noche arrodillado ante su crucifijo»... «Largos viajes marítimos le proporcionaban al Padre tiempo abundante para la oración. Veíasele con frecuencia, una hora después de media noche, levantarse del duro lecho y permanecer absorto en la meditación hasta que apuntaba el alba» (cf. Schurhammer, S. I. *Vida de San Francisco Javier*, c. 36).

- C. Ventajas de la oración nocturna. Expuesto lo anterior, no es dudoso recomendar la oración nocturna. Será imprudencia, pero es imprudencia que ha hecho santos. Entre otras, tiene las siguientes ventajas:

- a) *Muy eficaz. El silencio de la noche favorece no poco al recogimiento. Cuanto más recogimiento, más eficacia. Por otro lado, exige sacrificio, que bendice Dios de modo especial y aumenta el poder de la oración.*

- b) *Agradable a Jesucristo. La realizó El mismo. En las apariciones a Santa Margarita Maria de Alacoque le pidió que le dedicara una hora santa en la media noche del jueves al viernes.*
- c) *Especialmente reparadora. Así lo indicé a Santa Margarita Maria de Alacoque. Las horas de la noche son prodigas en pecados. Esta oración puede aplacar de modo especial la justicia del Padre.*

oración nocturna en nuestros días. Parece que comienza un movimiento a su favor. El nuevo <ordo> de las vigiliass del Sábado Santo es un indicio claro de que la Iglesia la aprueba y bendice.

- a) *Con esta bendición de la Iglesia se verifica la plenitud de la oración nocturna de manera oficial en muchos monasterios de religiosos y de religiosas, y especialmente en los dedicados a la vida contemplativa.*
- b) *Mas hoy privadamente entre los mismos jénes hay un movimiento en pro de ella.*
 - 1. *Así las horas saltan a media noche.*
 - 2. *La campana del rosario perpetuo: muchas familias interrumpen el descanso para rezar el rosario a la hora que le han asignado.*

Conclusión. Digamos, conforme al espíritu de la Sagrada Escritura y con el ejemplo de Jesucristo y de los santos, presentando la figura de Ana, que hoy nos evoca el Evangelio: Orad sin intermisión. De día y de noche. Mantened siempre vuestro espíritu de oración (cf. San Francisco de Sales, p. 661,0. Referid todas las cosas a Dios. Dedicad el tiempo que podis, ya de día, ya de noche, a alabar y dar gracias a Dios y a impetrar sus beneficios sobre vosotros, sobre vuestras familias, sobre vuestros problemas.

La vida contemplativa

- I. *Ana, simbolo de las religiosas contemplativas. Ana representa la oración y el sacrificio (cf. Apuntes exeg. mor., p 615,21). Se puede ver en ella un simbolo de tantas y tantas mujeres que no se apartan de la casa del Señor, y que día y noche le sirven con oración y sacrificio. Son las religiosas de vida contemplativa.*
- II. *Las monjas de clausura. Todos conocen quienes son. Las encerradas, las que no salen. Su única misión es la de rezar y sacrificarse. Cada congregación en la Iglesia tiene su fin específico. Elías también. Unas la enseñan, otras los enfermos, otras los pobres, otras los ancianos, otras las misiones. Las monjas de clausura, la ora-*

cion y el sacrificio de día y de noche. Son muchas las que interrumpen sus horas de descanso para orar, y durante las horas heladas de invierno suben y bajan las escaleras del coro con los pies descalzos, sin más abrigo que el hábito de estamena.

A. Excelencia de la vida contemplativa.

- a) *Magdalena a los pies de Jesucristo: «Maria ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada» (Le. 10,42).*
- b) *La religiosa contemplativa busca al Señor directamente en la oración y en el ejercicio de las virtudes teologales. No mira más que a Dios, y a Dios directamente. «Ya no guardo ganado—ni ya tengo otro oficio,—que ya sólo en amar es mi ejercicio» (cf. San Juan de la Cruz, Cant, esp BAC, p. 1332).*

B. Necesidad de las monjas de clausura.

- a) *Muchos no comprenden por qué en el siglo XX, cuando tantas necesidades hay en la Iglesia, permite ésta la inactividad de tantas religiosas que se encierran en monasteries de clausura. No comprenden su razón de ser. Lamentable error.*
- b) *La «Sponsa Christi» ha hablado reciente y claramente sobre su necesidad en la Iglesia.*
 - 1. *La vida contemplativa y la vida activa son en ella como el corazón y los brazos en el cuerpo humano. Nadie dira que el corazón, por estar oculto, es inactivo, cuando de él depende el movimiento y la actividad de los brazos y de todo el cuerpo. La vida contemplativa es el corazón en las obras de apostolado. Ejemplo el de Santa Teresita del Niño Jesús, de quien se dice que salvó tantas almas desde la celda y el coro de su convento de Lisieux como San Francisco Javier en la India y en el Japón.*
 - 2. *Pío XI quiso que a dos países de misión fuesen también las monjas de clausura.*
 - 3. *Los sacerdotes que se dedican a dirigir ejercicios y misiones, como base de la organización, piden oraciones a las monjas de clausura.*

El pueblo y las monjas de clausura.

- a) *Gran beneficio para un pueblo o una parroquia que exista en su demarcación un convento de clausura.*
 - 1. *Son los grandes pararrayos que detienen la ira de Dios.*
 - 2. *Son el imán que atrae sobre el pueblo innumerables gracias. Cuando queráis conseguir del Señor alguna gracia especial, acudid a ellas, porque son auxiliar poderosísimo.*
- b) *Mas el pueblo debe mirarlas como cosa propia.*
 - 1. *La mayor parte de nuestros conventos se encuentran hoy en extrema pobreza. Quedaríamos asustados si supiéramos lo que comen muchas religiosas de clausura. Las circunstancias han variado y han hecho difícil materialmente su vida. De aquí la nueva orientación de la «Sponsa Christi» para que se ejerciten en algún tra-*

- bajo manual con ① que sacar medios para vivir decorosamente.
2. Es necesario que se les ayude. Digna de todo elogio es la costumbre de muchas personas que, de tiempo en tiempo, como agradecimiento a Dios por los beneficios recibidos, depositan un donativo en las rejas de los conventos. Ese donativo sera fuente de nuevos beneficios.

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

16

La obediencia a la ley, fundamento de la vida cristiana

- I. *La actitud obediente de Jesûs. Hay un profundo misterio en la constante actitud de obediencia de Jesûs y de sus padres a las leyes.*
- A. Los evangelistas la resaltan siempre que se les ofrece ocasiôn.
 - B. Los Santos Padres la comentan, proponiéndola como ejemplo que deben seguir los cristianos. No solo cuando se trata de las leyes eclesiásticas, que obligan a determinados deberes religiosos. También cuando el precepto viene de la ley civil.
 - C. ôCuâl es la intenciôn que anima esta fiel observancia de las leyes por parte de aquéllos que estaban sobre toda ley? No puede ser otra sino la de mostrar con el ejemplo de su conducta, la excelencia de una virtud cuya raiz es la fe, y el fruto maduro la perfecciôn cristiana.
- II. *Contenido teolôgico de la obediencia a la ley. Excluyendo aqui el caso de las leyes religiosas, consideremos, a la luz del evangelio, el contenido teolôgico de la obediencia a la ley civil.*
- A. Garantiza el bien comûn. Suponemos que se trata de leyes justas. No intentaremos discernir cuáles lo son. Nos basta con saber que, si lo son de veras, reflejan de algûn modo la voluntad de Dios (cf. p. 692,e y 691,b). Tanto si son mera expresiôn de la ley natural (cf. p. 692,c) como si especifican aquélla, aplicândola a un caso concreto (cf. p. 692,d), tienden a garantizar el bien comûn, cuando no basta dejar su cumplimiento al mero imperativo de la conciencia.

.B. La promulga quien ejerce una autoridad recibida del mismo Dios (cf. p. 693,1).

- a) *Obedecer, pues, a la ley, es cumplir la voluntad de Dios (cf. 693,h y j). Y en esto consiste la perfección cristiana: «No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre» (Mt. 7,21).*
- b) *Pero decir que el legislador promulga la ley no es decir, en modo alguno, que es él quien la hace o quien le da su fuerza imperativa. Sería tanto como caer en un positivismo jurídico que o niega la existencia de Dios o arranca el orden jurídico de la esfera del orden moral, impuesto por la ley divina. El legislador se limita a declarar el precepto de la ley moral en el caso concreto.*
- c) *Pero la fuerza obligatoria le viene de algo anterior y superior al legislador mismo (cf. p. 691,b): de la voluntad divina, cuyo reflejo en el entendimiento humano es la ley natural.*

C. Garantía de la paz y el orden social. Ordenada la ley al bien común de la sociedad, su observancia es una garantía de la paz y el orden sociales (cf. p. 694,11).

- a) *El complejo de leyes que ordenan la vida en la sociedad constituye como la proyección externa del orden trazado por Dios en la vida social (cf. p. 694,1).*
- b) *Someterse a ese orden, aunque en ocasiones suponga esfuerzo o sacrificio propio, es asegurar el bien de los que forman con nosotros la comunidad social.*
- c) *Obedecer a la ley es querer y procurar el bien de nuestros hermanos. Y ésta es otra forma de alcanzar la perfección, no solo en un orden individual, sino incluso en el social.*

D. Necesidad de recalcar estos principios. Conviene insistir mucho sobre estos principios, tan claros en sí mismos, pero por desgracia insuficientemente conocidos por los cristianos. Hay sobre esta materia demasiada amplitud en las conciencias. Incluso entre personas que buscan a Dios sinceramente. La falta de formación, casi siempre, y, no pocas veces, incluso una formación torcida, hace que se violen tranquilamente leyes de cuyo cumplimiento depende en gran parte el orden y el bienestar de toda una sociedad.

III, Algunas consecuencias.

A. La ley es superior y anterior al legislador.

- a) *Se le impone con la misma fuerza que a los ciudadanos (cf. p. 693,j).*
- b) *Tiene tal fuerza, que en modo alguno puede ser abonda su base natural (cf. p. 694jn).*
- c) *Si se pretendiese legislar contra ella, pronto se desmoronaría la construcción social así establecida (cf. p. 695.n).*
- d) *Y no solo debe atenderse al legislar a aquella ley superior, sino que el propio legislador debe dar*

ejemplo de obediencia a ella, si quiere dar testimonio ante la sociedad del valor supremo del orden juridico.

La ley natural es superior al precepto positivo.

- a) *De donde, si es suficientemente conocido el alcance de la ley natural en un caso concreto, tiene fuerza plenamente obligatoria, aunque no este promulgada positivamente por el legislador humano. En aquellos casos en que la ley civil no llegó a preceptuar coactivamente un deber que evidentemente emana de la ley natural, esta sola basta para jorzar al hombre al cumplimiento de aquel deber.*
- b) *Algunas aplicaciones. El principio tiene aplicaciones incalculables; pero, por via de ejemplo, hagamos tan sólo una. Es precepto de ley natural que quien no dispone para vivir de otros medios que las juerzas físicas retibidas de Dios para trabajar, pueda vivir decorosamente y hacer posible una vida digna a su familia con el fruto de su trabajo (cf. p. 682. a). Pero puede darse el caso de que las leyes civiles no establezcan en concreto la euantia de los salarios o lo dejen a la libre contratación de las partes. En tal caso la empresa esta obligada a dar al trabajador, no el salario minimo con el que este estaria dispuesto a trabajar, sino aquel que basta para cubrir sus necesidades (cf. p. 237,e).*

!. Casos de desobediencia a la ley.

- a) *Contradiction de la ley natural. Si una ley civil contradice evidentemente a la ley natural, carece de juerza obligatoria (cf. p. 692,f), podria ser desobedecida (cf. p. 692,g), y en ocasiones en que la contradicción sea flagrante, debe ser desobeatida. Pongamos también algûn ejemplo: aquel en que, fijados los salarios por la ley, se pretendiera fijai los pretios de venta en tal forma que evidentemente no permitieran al empresario beneficio alguno, sino que le causaran pérdidas en el négocie. La detensa natural de los empresarios sería la ocultacion de las mercandas y la venta clandestina a un precio superior y remunerador.*
- b) *Ha de ser patente la injusticia. claro es que de tal manera dépende el bien común del cumplimiento de las leyes, que, aun tratándose de leyes injustas, cabe exigir que se las obedezca, porque su violation podria acarrear mayores males. Es deber del legislador mirar muy bien que las leyes se acomoden en todo momento a la ley natural, teniendo en cuenta las circunstancias de hecho. Pero, aun en los casos en que tal no suceda, para desobedecer a las leyes habrá de ser patente su injusticia—consideradas todas las circunstancias—y no seguirse de la desobediencia mayores males que los que se seguirian de su cumplimiento.*

El espiritu de Cristo en la obediencia. Observadas las leyes con pleno conocimiento de su origen y de su filialidad, el Cristiano pone en su observantia el mismo espiritu de Jesucristo y de Maria y José. Y sólo enfones la ley produce en la sociedad todos los bienes a que

esta ordenada: a garantizar el bien común en el orden temporal y a hacer posible y mas fácilmente asequible el bien común sobrenatural, que es la perfección cristiana.

La esperanza del padre de familia

I. *Una virtud de los padres cristianos.*

- A. La alusión a la Sagrada Familia predomina en toda la liturgia posterior a la Navidad.
- B. Hoy, al contemplar la figura de Simeón, se ofrece ocasión de considerar una virtud que debe ser característica de los padres cristianos. El Espíritu Santo le había revelado que vería cumplido su gran deseo antes de morir: ver al Cristo, Salvador de los hombres. Y toda su vida fué una anhelante espera. Logrado su deseo, carecía de aliciente en este mundo. Podía muy bien entonar su cántico de despedida.

II. *La educación cristiana. La esperanza de ver a Jesucristo en los hijos: he aquí la razón de ser de los padres como tales. Desde el momento en que Dios ha concedido que se cumpla el fin primario del matrimonio (cf. p. 699,b) y desde el punto en que los hijos han sido hechos cristianos por el bautismo, la vida de los padres debe estar llena de la esperanza de ver aparecer a Jesucristo externamente en los propios hijos. Educar, para un cristiano, es esto: procurar, con suavidad y tacto, con perseverancia y energía, que el Cristo depositado en el alma por el bautismo, como semilla, crezca en ella hasta aparecer exteriormente por las virtudes cristianas (cf. p. 701,k).*

III. *La esperanza de Simeón y la de los padres.*

- A. Hay semejanzas entre la esperanza de Simeón y la de los padres. Unos y otros han de alimentar su esperanza de la fe.
 - a) *La fe sostiene y guía a Simeón durante largos años de espera. Pese a que nada externamente parezca confirmarla; pese a que, por el contrario, se acerca el fin de la vida, sin que ninguna señal se descubra.*
 - b) *La fe ha de sostener también a los padres en el cumplimiento de su misión, no obstante dificultades y sinsabores; a pesar de que muchas veces los defectos, e incluso los pecados, oscurecerán la imagen de Jesucristo en el alma del hijo.*

B. Pero hay también diferencias.

- pj *La esperanza de Simeon está basada en la revelación del Espíritu Santo. Tiene en su favor un verdadero privilegio exceptional, que sirve como de faro que ilumina toda una vida de esperanza. En los padres, la esperanza no tiene otro fundamento que la palabra divina contenida en la Sagrada Escritura y la ensendnza de la Iglesia.*
- b) *La esperanza de Simeon, para verse cumplida, no exige nada positivo. A Simeon, para ver a Cristo, le basta mantenerse en su esperanza año tras año. La esperanza de los padres, por el contrario, lleva en si misma la exigencia de colaborar activamente (cf. p. 701,g). Para ver a Jesucristo en los hijos, los padres han de cooperar necesariamente a la acción de la gracia. La ley natural y la divina les han encomendado esta misión (cf. p. 701,g). Contarán para ello con la ayuda de la Iglesia, madre de los cristianos. Pero a ellos corresponde la parte principal. La Iglesia quiere que se recuerde a los padres este grave deber suyo (cf. p. 701,g). F tiene bien presente que en la edificación y crecimiento del Cuerpo Místico de Jesucristo corresponde a la familia una parte principal (cf. p. 701,g).*

C. Consecuencia importantísima para nuestros días: hacen mal los padres en confiar totalmente en manos ajenas la educación de sus hijos.

- a) *Dios se los entregó a ellos como un tesoro, y a ellos les exigirá que se lo devuelvan aumentado (cf. p. 699,c).*

Hoy, por desgracia, se descuida la educación de los hijos en muchas familias (cf. p. 701,h). Por egoísmo y comodidad de los padres, se entrega a los hijos en brazos mercenarios.

- 2. Y no siempre puede decirse que el resultado sea satisfactorio. El menor de los males será la pérdida de la unión familiar en Jesucristo. ¿Cómo podrán sentirse satisfechos al fin de su vida, si ellos no hicieron nada por descubrir a Cristo en el hijo?

- b» *Esta labor lleva consigo sacrificio.*

- 1. Para vigilar amorosamente al niño, a fin de protegerle en los momentos de crisis (cf. p. 703n).
- 2. Para corregir desviaciones perniciosas o fomentar virtudes que apuntan (cf. p. 703.n).
Para ofrecer al hijo en todo momento el ejemplo de una vida de perfección cristiana en el ambiente familiar (cf. p. 703,p).
Para habituarlo, desde el primer momento, al servicio de Dios (cf. p. 703.n).
Tal vez para apartarlo, en algún caso, de una vida de pecado.

IV. La misión más elevada de los padres. En otra ocasión podremos hablar del modo como los padres han de educar a sus hijos. Aquí basta con que quede claro que

es esta la más elevada misión que Dios ha confiado a los padres.

- A. Misión que les hace semejantes a la Santísima Virgen y a San José, a cuyo cargo estuvo la educación de Jesús.
- B. Misión por la que vuelven como a engendrar a los hijos, y son doblemente padres, más por la virtud que por la carne (cf. p. 701,k).
- C. Que, sobre todo, ha de constituir uno de los mayores motivos de felicidad terrena.
- D. Semejantes a Simeón, llegará un momento, el último de su existencia, en que podrán cantar gozosamente su «Nunc dimittis». Cumplieron su deber de formar a Cristo en sus hijos. Y Cristo mismo les asistirá, como al santo José, en el momento de la muerte. Cristo allí presente en los hijos. El saldrá a recibir sus aimas y coronará en los cielos eternamente su fecunda paternidad.

Un problema actual: El estado paternalista

- I. *Proyección social de la epístola paulina de hoy. La epístola de hoy contiene en sus dos primeros versos una observación llena de sentido humano. San Pablo la utiliza como ejemplo para a su luz aclarar la maravillosa doctrina de nuestra filiación divina (cf. Apuntes exeg.-mor., p. 606 y 607,c y d). Pero cabe utilizar el ejemplo para proyectarlo sobre problemas sociales actualísimos.*
- II. *La situación del niño y la del siervo.*
 - A. La situación del niño, aun siendo heredero, y, por tanto, dueñío potencial de todos los bienes, de hecho—y aun de derecho—difiere muy poco de la del siervo.
 - a) *Temporalmente, y en su propio beneficio, esta sometido a una total dependenda, semejante a la de aquél.*
 - b) *La diferencia esta en que la dependenda del siervo no tiene término, y de otro lado se ordena, por regla general, al exclusivo provecho del señor.*
 - B. Pero lo que del ejemplo importa destacar es que la dependenda real del niño contiene en potencia un título al pleno disfrute de sus derechos de hijo, título que se hará efectivo tan pronto como

se llegue a la edad determinada por el padre o por la ley. Y lo natural, lo deseable, lo perfecto es que el niño de tal modo desarrolle su personalidad que sea capaz de bastarse a sí mismo y administrar sus bienes y su persona con mayor eficiencia que el padre.

III. *Paralelismo de la vida individual y social.*

- A. Sin abusar dei simii, cabe recordar como la vida de las sociedades encierra un marcado paralelismo con la vida del hombre individual.
- B. Y en este aspecto es también cierto que las sociedades atraviesan muchas veces por auténticas minorías de edad en todas o en parte de sus actividades colectivas.
 - a) *Durante este periodo deben ser sometidas a tutela por parte de quienes, mejor dotados, suplen la incapacidad real de usar de unos derechos para los que tienen radicalmente capacidad natural.*
 - b) *Se trata, pues, no sólo de un derecho, sino de un auténtico deber de la autoridad, que le obliga a cumplir por sí misma aquellas tareas que, siendo necesarias al bien comun, no pueden ser atendidas por la iniciativa de los particulares. Tal es el caso de sociedades poco desarrolladas o que, estándolo suficientemente, experimentan necesidades nuevas para hacer frente a las cuales no están preparadas.*

IV. *La enseñanza de la filosofía social. Tal como ha sido desarrollada por los Romanos Pontífices, podría resumirse en los siguientes párrafos:*

- A. A excepciôn de:
 - a) *Algunos servicios que tradicionalmente son propios y específicos del Estado (cf. p. 687,c y e).*
 - b) *y de otros que por su especial carácter, estrechamente relacionaos con el bien comun, todos entienden que deben ir pasando a sus manos (cf. p. 688,Ea>;*
- B. El resto de las intervenciones de la autoridad se justifica por su funciôn supletoria (cf. p. 686,b).
 - a) *En estricto derecho natural, corresponde ejercer tales actividades a la iniciativa privada dentro de la misma sociedad (cf. p. 686,b 687,c; 688.E,a).*
 - b) *Que para ello debe crear sus ôrgdnos propios, con la necesaria solvenda para garantizar la perfection posible en su ejercicio (cf. p. 688,f y 689,d).*

Pero es obligaciôn del Estado:

- a) *No solamente no coartar el nacimiento y organization de tales iniciativas y tales ôrganos (cf. p. 689,c y e).*
- b) *Sino estimularlas y promoverlas positivamente (cf. p. 688.E,a y 690. h).*
- c) *Formar para ello la conciencia de los ciudadanos y de los grupos sociales en orden a su responsa-*

- bilidad en la solución de los problemas planteados* (cf. p. f).
- d) *Poner al alcance de quienes hayan de asumir tales tareas e instituciones la adecuada preparación.*
 - e) *Transferir los resortes que provisionalmente tomó en sus manos en la medida en que aquéllos puedan manejarlos.*
 - f) *Descargarse cuanto antes de actividades que no son las suyas* (cf. p. 687,c y 688,a y b) y, *por el contrario, pueden dificultar el cumplimiento de su misión propia* (cf. p. 687,d y p. 688,b).
 - g) *Que es: dirigir, vigilar, urgir, castigar* (cf. p. 687,c).

V. *Provisionalidad de la intervención. Conviene destacar la provisionalidad de la intervención autoritaria. «Mientras el heredero es menor»* (Gai. 4,1).

SI su misión es suplir incapacidades, tante debe intervenir y durar su intervención cuanto dure la incapacidad. Pero no más. El hecho de haber intervenido usando un derecho y supliendo un deber; más todavía, el hecho de haber producido con ello grandes beneficios a la sociedad, no justificaría nunca la pretensión de mantenerla indefinidamente.

Si pasado un plazo suficientemente amplio persisten las circunstancias que pidieron la Intervención, la razón se volvería contra la propia autoridad que interviene. Porque, habiendo comprendido la necesidad en que la sociedad se encontraba:

- a) *No puso todo su empeño—además de suplir la deficiencia—en preparar y estimular a los individuos privados a hacerse cargo de tales necesidades.*
- b) *Vino a complicar los problemas, echando sobre sí pesos que le impiden llevar debidamente sus propios cargos.*
- c) *Hay el peligro de que pretenda utilizar su poder con fines políticos particulares.*

VI. *Las obligaciones de la sociedad.*

A. No es ésta la ocasión para abordar una crítica de ciertas intervenciones del Estado que, en opinión de algunos, se prolonga más allá de lo que parecería necesario. Basta con que quede formada la conciencia de los que escuchan en relación con estos problemas. La Iglesia, como maestra de la verdad, se limita—sobre todo desde la cátedra sagrada—a exponer los principios.

B. Pero conviene destacar aquí la responsabilidad que incumbe a los ciudadanos por el mero hecho de serlo.

- a) *No basta exigir al Estado una intervención cuando es necesaria. Ni tampoco pedir que se retire, en la medida en que tal intervención viene a hacerse más perjudicial que beneficiosa.*

- b) *Hay que recordar la obligation de la sociedad de prepararse a resolver los nuevos problèmes que la marcha de los acontecimientos va planteando. Es demasiado cómodo esperar a que el Estado lo resuelva todo, y luego criticar mordazmente su actuación, si se desvió de su camino. A la postre, la autoridad cumplió su deber interviniendo, y su falta, por exceso, puede encontrar muchas defensas y explicaciones. Pero la inercia e indolencia de los ciudadanos para asumir sus graves responsabilidades no puede justificarse fácilmente.*

VII. *Un grave deber de justicia social. Abramos bien los ojos a los grandes problemas que plantea nuestro tiempo. Aquellos que por su cultura, su influencia, su position social, son llamados a actuar los primeros, piensen que de ellos depende en gran parte llevar a la sociedad a aquella mayoría de edad que no solo abrevie, sino incluso haga innecesaria la intervención del Estado. Sobre ellos pesa este grave deber de justicia social, del que habrán de responder un día ante el tribunal de Dios.*

Sobre el paternalismo laboral

- I. *El paternalismo de empresa. El mismo símil de San Pablo puede servir para aplicarlo a otro interesantísimo y actual aspecto de la doctrina social católica, a las relaciones en el interior de la empresa. Aquí el niño que necesita tutela es el trabajador, mientras no esta en condiciones de bastarse a sí mismo. El tutor o procurador del mismo será, en unas ocasiones, el Estado, y en otras, el propio patrono o empresario. Limitémonos aquí sólo al último caso.*
- II. *Es una situación de hecho. No es un caso hipotético, por desgracia.*
 - A. *Real. El paternalismo de empresa es un hecho que ha venido dándose en la realidad de las empresas, especialmente Industriales, desde la segunda mitad del pasado siglo, y que está plenamente vigente todavía en la mentalidad de muchos hombres de empresa. Pero no nos interesa tratarlo aquí, porque encuentra especial arraigo entre los patronos católicos.*
 - B. *Creada generalmente con intención recta. Trata de corregir con sinceridad los defectos del liberalismo económico, especialmente en cuanto ha so-*

metido al trabajador a una condiciôn muy semejante a la del esclavo.

- a) *Para conseguirlo hace un llamamiento a la responsabilidad patronal y, apelando a los deberes de la caridad cristiana, pide al empresario que considere a sus trabajadores como hijos.*
- b) *Como buen padre, debe mirar por el bienestar de sus hijos, procurando que no les faite nada de lo necesario y aun de lo conveniente para la vida ordinaria, e incluso remediando excepcionales necesidades. Hasta aqui no sôlo no hay nada censurable, sino que el propôsito es digno de todo aplauso (cf. p. 682,b y 683,d).*

C. Tuvo su justificaciôn ante los abusos dei liberalismo econômico.

- a) *Todo depende del espiritu con que tal paternalismo se ejerce. Porque es évidente que esta actitud paternal nace del convencimiento de que los obreros son, en algùn sentido, como niûos indefensos, que necesitan protection.*
- b) *Y, en efecto, como tales pueden considerarse cuando en el seno de una economic liberal, faltos de toda protection en sus propias organizaciones (cf. p. 688,b y 689,c), disueltas y prohibidas por las leyes, e incluso en el mismo Estado. deliberadamente abstencionista en los problemas econômico-sociales (cf. p. 690,g), estaban expuestos a una inicua explotaciôn (cf. p. 684,c y 685,f) por parte de los empresarios, si a estos, como era ordinario, sôlo les movia el deseo del mayor lucro posible (cf. p. 684,b). Era, pues, conveniente que los propios empresarios reaccionaran, ofreciéndoles protection (cf. p. 683,d). Movidos de caridad hacia los obreros víctimas del inhumano sistema, debian asumir por su cuenta la defensa y conservation de los mas elementales derechos de los trabajadores.*

D. Pero en la cual es necesario distinguir. Porque esa tutela paternal dei empresario no puede ser definitiva.

- a) *Tan solo se justifica en cuanto el trabajador se halla en cierta «minoría de edad», bien porque el Estado liberal ni le defiende ni le permite defenderse a si mismo, bien porque, aun cuando se lo permita, carece del criterio y de la formation necesarios.*
- b) *En cuanto el trabajador alcance la «mayoría de edad» y sea capaz de gobernarse, de defender sus propios derechos, de contribuir a la marcha de la vida econômica como contribuye a la producciôn de los bienes, deberá césar en su actitud proteccionista y concederle como auténticos derechos lo que hasta entonces le otorgaron como gratuita concesiôn.*

III. Reconocer los derechos de los obreros no es caridad, sino justicia.

A. La dificultad estâ en que el empresario comprenda que aquellas concesiones de un principio no

eran meras dâdivas de caridad, sino auténticas obligaciones de justicia (cf. p. 546,v y 547,x), a las que en conciencia estaba estrictamente obligado aun cuando las leyes o la fuerza de las organizaciones sindlcales no le forzaran a realizarlas.

- B. Si con su conducta sôlo buscaba la paz en el négo- cie y su tranquilidad de conciencia, y no un reco- nocimiento implícito de los derechos de sus obreros, pronto la fina sensibilidad de éstos quedarâ herida (cf. p. 546,v) y se despertarán los deseos de eman- ciparse de aquella «patria potestad» (cf. p. 685,e).
 - C. La Iglesia no puede menos de reprobar este pater- nalismo, que trata de cubrir con la caridad el in- cumpllmlento de deberes de justicia (cf. p. 546,u) y causa verdadero dafio en la fe de los trabajado- res (cf. p. 4,b, y p. 547,x).
- IV. *El paternalismo làboral debe concluir con la mayor edad de los trabajadores.*
- A. Pero si el empresario es consciente de sus debe- res y de los correspondientes derechos de los tra- bajadores, sabrà que su actitud proteccionista ha de ser transitoria.
 - a? *Como buen padre, procurará que su caridad no ten- ga ni la apariencia de envüecedora protection.*
 - b) *Se considerard orgulloso de que sus hijos puedan llegar un dia a ser como él, o aún mâs. Se esfprza- rd por superar rdpidamente la etapa minorilaria.*
 - c) *Con prudentia y mesura, pero sin plazos dilatorios ni torpes egoismos, ira adoptando sus providendas espontânea y provisionalmente, para transformarias, en el momento oportuno, en verdaderas realizacio- nes institucionales, en las que al obrero se le con- cêda mayoria de edad.*
 - B. La Iglesia por su parte (cf. p. 686,g, 689,d y 690,i) no tiene para esta actitud mâs que palabras de allento, que estimulan a avanzar sin descanso.
 - a) *Ni impone fôrmlas rigidas ni plazos conminatorios.*
 - b) *Prestará la luz de sus consejos y el calor de sus orationes para que el ejemplo ciünda y la evolu- tiôn avance con paso rapido.*
 - c) *Y si, por acaso, se oponen obstâculos legales, re- cordard al Estado que, velando por el bien comûn, debe hacer posible la implantation de taies inicia- tivas (cf. p. 690.g y h), estimaiândolas incluso con un trato de favor.*

EL DULCE NOMBRE DE JESUS

Domingo después de la Circuncision del Señor

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. EPISTOLA

(Act. 4,8-12)

8Tunc repletus Spiritu Sancto Petrus, dixit ad eos: Principes populi et seniores audite:

9Si nos hodie diiudicamur iu benefacto hominis infirmi, in quo iste salvus factus est,

10notus sit omnibus vobis, tt omni plebi Israel: quia in nomine Domini nostri Iesu Christi Nazareni, quem vos crucifixistis, quem Deus suscitavit a mortuis, in hoc iste astat coram vobis sanus.

11Hic est lapis, qui reprobatus est a vobis aedificantibus, qui factus est in caput anguli:

12 et non est in aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.

8 Entonces Pedro, Ueno del Espiritu Santo, les dijo: Principes del pueblo y ancianos:

9 Ya que somos hoy interrogados sobre la curaciòn de este invalido, por quièn haya sido curado,

10 sea manifiesto a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel que en nombre de Jesucristo Nazareno, a quien .vosotros habéis crucificado, a quien Dios resucitô de entre los muertos, por El este se halla sano entre nosotros.

h El es la piedra rcchazada por vosotros los constructores, que ha venido a ser piedra angular.

12 En ningùn otro hay salud, pues ningùn otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos.

II. EVANGELIO

(Le. 2.21)

Et postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer: vocatum est nomen eius Iesus, quod vocatum est ab angelo prius quam in utero conciperetur.

Cuando se hubieron cumplido los ocho dias para circuncidar al nino, le dicron el nombre de Jcsùs, impuesto por el inecI antes de scr concebido en el seno.

III. SELECCIÓN DE TEXTOS DE LA ESCRITURA RESPECTO AL NOMBRE DE JESUS

A) El nombre de Dios

Y Dios dijo a Moisés: Yo soy el que soy. Así responderis a los hijos de Israel: Yo soy me manda a vosotros.

Dixit Deus ad Moysen: Ego sum qui sum. Ait: sic dices filiis Israel: Qui est, misit me ad vos (Ex. 3>M).

Este es para siempre mi nombre, éste mi memorial de generation en generation.

Hoc nomen mihi est in aeternum, et hoc memoriale meum in generationem et generationem (Ex. 3,15).

Y mi nombre Adonai no se lo manifesté a ellos.

Et nomen meum Adonai non indicavi eis (Ex. 6,7).

Para que por ti brille mi poder y mi nombre sea celebrado en toda la tierra.

Posui te, ut... narretur nomen meum in omni terra (Ex. 9,16; Rom. 9,17).

Yavé es un fuerte guerrero; omnipotente su nombre.

Quasi vir pugnator, Omnipotens nomen eius (Ex. 15,3).

Que gocen de tu protección y puedan en ti regocijarse cuantos te aman.

Gloriabuntur in te omnes qui diligunt nomen tuum (Ps. 5,12).

¡Cuán magnífico es tu nombre en toda la tierra!

Quam admirabile est nomen tuum in universa terra! (Ps. 8,2).

Para que confíen en él cuantos conocen su nombre.

Sperent in te qui noverunt nomen tuum (Ps. 9,11).

Por la gloria de tu nombre, ¡oh Yavé!, perdona mis culpas por grandes que sean.

Propter nomen tuum, Domine, propitiaberis peccato meo: multum est enim (Ps. 24,11).

Bienaventurado el hombre cuya esperanza es el nombre de Yavé...

Beatus vir, cuius est nomen Domini spes eius (Ps. 39,5).

En tu nombre pisotaremos a nuestros adversarios.

In nomine tuo spernemus insurgentes in nobis (Ps. 43,6).

¡Oh Yavé! Cual es tu nombre, así es tu gloria...

Secundum nomen tuum, Deus, sic est laus tua (Ps. 47,11).

Esperaré en tu nombre, porque eres benigno en la presencia de tus santos.

Expectabo nomen tuum quoniam bonum est in conspectu sanctorum tuorum (Ps. 51,11).

... Me diste por heredad a los que temen tu nombre.

Dedisti haereditatem Timentibus nomen tuum (Ps. 60,6).

Terra adoret te... psalmum dicat nomini tuo (Ps. 65,4).	Pôstrcse toda la tierra y entone sal- inos, cante salmos a tu nombre.
A mari usque ad mare, a flumine usque ad terminos orbis terrarum effusum est nomen tuum super oin- nem terram (Ps. 71,6),	Dominari de mar a mar, dei rio has- ta los cabos de la tierra.
Sit nomen eius benedictum in saecula: ante solem permanet no- men eius (Ps. 71,17)	Sera su nombre bendito por siempre; durari mientras dure el sol.
Pauper et inops laudabunt nomen tuum (Ps. 73,21).	El pobre y cl menesterozo alaben tu nombre.
Notus in iudaea Deus: in Israel magnum nomen eius (Ps. 75,2).	Glorioso es Dios en Judi, grande es su nombre en Israël.
Effunde iram tuam in... regna quae nomen tuum non invocaverunt (Ps. 78,6).	Derrama tu ira... sobre los reinos que no invocan tu nombre.
Et cognoscant quia nomen tibi Dominus (Ps. 82,19).	Y reconozcan que tu nombre es Yavé...
Domine, fac mecum propter no- men tuum (Ps. 108,21).	Senor, protegeme por cl honor de tu nombre.
Sanctum et terribile nomen eius (Ps. 110,9).	Su nombre es santo y terrible.
Usque ad occasum laudabile no- men Domini (Ps. 112,3).	Dcsdc dondc sale el sol hasta dondc sc ponc, sca alabado cl nombre de Yavé. ϕ
Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam (Ps. xi3,r).	No por nosotros, joh Yavél, no por nosotros, hazlo por la gloria de tu nombre.
Domine, nomen tuum in aeter- num: Domine, memoriale tuum in generationem et generationem (Ps.	Oh Yavél, tu nombre es eterno. Yavé, tu testimonio es por edades y edades.
Turris fortissima, nomen Domi- ni (Prov. 18,10).	Torre fuerte es cl nombre de Yavé.
Oleum effusum nomen tuum (Cant. 1,2).	Es tu nombre ungüento derramado.
Panem nostrum comedemus et vestimentis nostris operiemur: tan- tummodo invocetur nomen tuum (Is. 4,1).	Comercmos de nuestro pan, nos ves- tiremos con nuestras ropas, pero que podamos llevar tu nombre

... Y le llama Emmanuel.	Et vocabitur nomen eius Emmanuel (Is. 7,14).
...Se llamarâ Maravilloso, Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Principe de la paz.	Vocabitur nomen eius Admirabilis, Consiliarius, Deus, Fortis, Pater futuri saeculi, Princeps pacis (Is. 9,6).
He aqui el nombre de Yavé, que viene de lejos.	Ecce nomen Domini veniet de longinquo (Is. 42,8).
Soy yo, Yavé es mi nombre...	Ego Dominus, hoc' est nomen meum (Is. 42,8).
Cuyo nombre es Sefior de los ejércitos.	Dominus exercituum, nomen meum (Is. 51,15).
También mi pueblo conocerâ mi nombre y que soy yo quien dice: Aqui estoy.	Propter hoc sciet populus meus nomen meum in die illa: quia ego ipse qui loquebar, ecce adsum (Is. 52,6).
Y te darân un nombre nuevo, que te pondrà la boca de Yavé.	Vocabitur tibi nomen novum, quod os Domini nominavit (Is. 62,2).
Vamos a darie veneno en el pan, le raeremos de la tierra de los vivos, y no se hara mas memoria de su nombre.	Mittamus lignum in panem eius et eradamus eum de terra viventium, et nomen eius non memoretur amplius (1er. 11,19).
No lo hago por vosotros..., sino mâs bien por el honor de mi nombre profanado...	Non propter vos... faciam... sed propter nomen sanctum meum quod
Asi habia Yavé... He aqui que el varôn cuyo nombre es Oriente...	Ait Dominus... Ecce vir Oriens nomen eius (Zach. 6,12).
Porque desde el orto dei sol hasta el ocase, es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblaciôn pura...	Ab ortu enim solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda (Mal. 1,11).

B) Poder y majestad del nombre de Jesûs

(Le) pondras por nombre Jesus, porque salvarâ a su pucblo de sus pecados.	Vocabis nomen eius Iesum: ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum (Mt. 1,21).
Santificado sea tu nombre.	Sanctificetur nomen tuum (Mt. 6,9).

Nonne in nomine tuo propheta-
vimus, et in nomine tuo daemonia
eiecimus et in nomine tuo virtutes
multas fecimus? (Mt. 7,22).

(j)No profetizamos en tu nombre, y en
nombre tuyo arrojamos los demonios, y
en tu nombre hicimos muchos mila-
gros?

Et eritis odio omnibus propter no-
men meum (Mt. 10,22 Lc. 21,17).

Seréis aborrecidos de todos por mi
nombre.

Ubi sunt duo vel tres congregati
in nomine meo ibi sum in medio
eorum (Mt. 18,20).

Porque donde estan dos o tres con-
gregados en mi nombre, alli estoy yo
en medio de ellos.

Qui reliquerit... propten nomen
meum, centuplum accipiet (Mt.
19,29).

Y todo el que dejare... por amor de
mi nombre recibirá el céntuplo...

Quisquis enim potum dederit vo-
bis calicem aquae in nomine meo...
non perdet mercedem suam (Mc.
9,40).

Pues el que os diere un vaso de agua
en mi nombre... no perderá su recom-
pensa.

Quicumque suscepit puerum in
nomine meo, me suscipit (Lc.
9,48).

El que recibiere a este niño en mi
nombre, a mí me recibe.

Si quid petieritis Patrem nomine
meo dabit vobis (Io. 16,23).

Cuanto pidieréis al Padre, os lo dará
en mi nombre.

Quicumque invocaverit nomen Do-
mini, salvus erit (Act. 2,21 y
Rom. 10,13).

Y todo el que invocare el nombre del
Señor se salvará.

In nomine Iesu Christi: Surge et
ambula (Act. 3,6).

En nombre de Jesús Nazareno: Anda.

Signa et prodigia fieri per nomen
Sancti filii tui Iesu (Act. 4,30).

(Extendiendo tu mano para realizar
curaciones), señales y prodigios por el
nombre de tu santo siervo Jesús.

Ibant gaudentes... quoniam digni
habiti sunt pro nomine Iesu contu-
meliam pati (Act. 5,41).

Ellos se fueron contentos... porque
habían sido dignos de padecer ultrajes
por el nombre de Jesús.

Ego enim ostendam illi quanta
oporteat pro nomine meo pati (Act.
9,16).

Yo le mostraré cuanto habra de pa-
decir por mi nombre.

Ut clarificetur nomen Domini
nostri Iesu Christi in vobis (2 Thes.

Y el nombre de Nuestro Señor Jesús
sea glorificado en vosotros...

Donavit illi nomen quod est su-
per omne nomen (Phil. 2,9).

... Y le otorgó un nombre sobre todo
nombre.

io Para que al nombre de Jesus do-
ble la rodilla cuanto hay en los cielos,
en la tierra y en los abismos

n y toda lengua confiese que Je-
sucristo es Scnor para gloria de Dios
Padre.

Y todo cuanto hacéis de palabra o de
obra, hacedlo todo en nombre dei Se-
nor Jesûs, dando gracias a Dios Padre
por El.

Bienaventurados vosotros si por el
nombre de Cristo sois ultrajados.

Por su nombre os han sido perdonados los pecados.

Al vencedor... sobre él escribiré el
nombre de Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalén, là que descende del cielo de mi Dios, y mi nombre nuevo.

... Tienen por nombre Verbo de Dios.

veran su rostro y llevaran su nombre en la frente.

io Ut in nomine Iesu omne genu flectatur caelestium, terrestrium et infernorum,

n et omnis lingua confiteatur quia Dominus Iesus Christus in gloria est Dei Patris (Phil. 2,10-11).

Omne, quodeumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Iesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per ipsum (Col. 3,17; I Cor. 10,31).

Si exprobamini in nomine Christi: beati (I Petr. 4,14).

Remittuntur vobis peccata propter nomen eius (I Io. 2,12).

Qui vicerit... scriban super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis Dei mei novae Jerusalem quae descendit de caelo a Deo meo, et nomen meum novum (Apoc. 3,12).

Et vocabitur nomen eius Verbum Dei (Apoc. 19,13).

Et videbunt faciem eius: et nomen eius in frontibus eorum (Apoc. 122,4).

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

La fiesta del Santísimo Nombre de Jesûs, que se celebra el domingo intermedio entre la Circuncisiôn y la Epifania o el de 2 de enero, si no cae ningûn domingo entre esos días, se remonta en sus orígenes al siglo xvi. Su celebraciôn comenzô en la Orden franciscana, y en 1721 el papa Inocencio XIII la declarô fiesta universal. La solemnidad evoca la imposiciôn del nombre de Jesûs al Hijo de Dios, que, siguiendo la costumbre judia, se verificaba en el mismo acto de la circuncisiôn. Por eso la Iglesia repite aquí el mismo evangelio dei día 1 de enero. En el introito se recuerda el pasaje de San Pablo (Phil. 2.10-11): *Para que al nombre de Jesus doble la rodilla cuanto hay -en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Seûor para gloria de Dios Padre;* que a su vez se inspira en Isaías (45,23-24). Asimismo en el introito se recuerda el salmo 8,2: */Oh Padre, Seûor nuestro, cudn magnifico es tu nombre en toda la tierra!* Tanto el ofertorio como la *communio* rememoran pasajes de exaltaciôn del nombre de Dios, tornados del salmo 85.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

Esta vez la epistola estâ tomada de los Hechos de los Apôstoles y alude al primer milagro obrado en el «nombre de Jesûs»: *No tengo oro ni plata, pero lo que tengo, eso te doy: En nombre de Jesucristo Nazareno, anda* (3,6).

Iremos siguiendo el escueto, pero magnifico comentario de San Juan Crisôstomo (cf. *In Act. Apostol.* hom. 10: PG 60,85ss).

Verificado el milagro, debio rodear a los apôstoles una turba inmensa, a juzgar por el nûmero de cinco mil creyentes que refugia el texto (Act. 4,4). Es fâcil imaginar el revuelo que se produjo. En la misma puerta dei templo Hamada la Hermosa se predicaba a Jesûs crucificado y resucitado, y no precisamente delante de un auditorio dispuesto a silenciar los hechos, sino en un estilo oriental.

Anâs, Caifâs, todos los fautores de la muerte del Sefior, se

enteran de! prodigio *dolentes* (Act. 4,2), esto es, con pesadumbre. «¡Habremos perdido el tiempo? ^Habrâ que comenzar otra vez? Y ciertamente *sera la ultima impostura peor que la primera* (ML 27,64). De poco nos ha servido el soborno de los guardias. Cuando ya habiamos olvidado el asunto, brota de nuevo con entusiasmo de multitud.

Dolidos, dice el Crisostomo (ibid. 85), de dos cosas: De que anunciaran que Cristo habia resucitado (esto es lo que indica el texto: Act. 4,2) y de que anunciaran nuestra resurrección en virtud de la suya. Al fin, saduceos.

Los apôstoles son presos, y nada menos que cinco mil personas mezclan sus comentarios en torno de Cristo y de la prisión de Pedro. ôTemerian la reproducciôn de un Viernes Santo? ôQué decidiria su ardor neôfito?

A la maûana siguiente—esta vez no tuvieron tanta prisa como la noche de la prisión de Jesûs—se reûnen Anâs, Caifâs, Juan y el helenizante, de nombre al menos, Alejandro. *Se conjabulan los principes* (Is. 53,7; Ps. 2,2) por segunda vez, comenta el Crisostomo (ibid. 86).

y *poniéndolos en medio* (Act. 4,7). No hay detalle que no indique el exacto conocimiento del que ha vivido la época por lo menos. ³⁴ Sanedrin y, en general, los jueces se sientan en semicírculo, y en el centro el reo.

cCon qué poder o en nombre de quién habéis hecho esto vosotros? (ibid. 7). Es clásica la division del milagro en cuanto a su cognoscibilidad, verdad historica, filosôfica, teolôgica y relativa. La verdad historica—el hecho—y la filosôfica—su sobrenaturalidad— se admiten desde el primer momento. Pero *qué poder o en nombre de quién lo habéis hecho?* Parece que va a comenzar una reproducciôn del examen del ciego de nacimiento (Io. 9,1335). Tampoco alli se pudo negar el milagro, pero se buscô la explicacion de atribuirlo al demonio (ibid. 9.24).

Lleno del Espiritu Santo (Act, 4,81). No con la misma plenitud o con los mismos efectos que el dia de Pentecostes (Act. 2,4), sino mâs bién con aquella otra que prometió el Señor a los apôstoles para cuando se vieran acusados: *No os preocupéis de cómo o qué habéis de responder o decir, porque el Espiritu Santo os enseñará en aquella hora lo que habéis de decir* (Lc. 12,11-12). El Espiritu Santo, que vela por su propio honor y toma la palabra.

Pedro, el que se atemorizó ante una criadita (Mt. 26,69), comienza con un brevisimo, pero respetuoso exordio: *Principes del pueblo y ancianos* (Act. 4,8). A partir de este momento, el discurso es un ejemplo de santa valentia. Para imaginârsela cuál hubo de ser basta pensar en el tormento horrible de la cruz y en el tribunal alli presente, el mismo que condenara a Cristo.

ya que somos hoy interrogados sobre la curaciôn de este invalido (ibid. 9). El Crisostomo (ibid. horn. 10, p. 86) hace notar la habilidad con que San Pedro comienza remachando el carácter benéfico de su obra, realizada en provecho del enfermo alii presente, como testigo.

En todo parece recordar algûn pasaje del Señor. *Muchas obras os hé mostrado*, dijo Jesûs; <¿por cuál de ellas me apedredis? (Io. 10,32). El paralelismo es perfecto: *Ya que somos... interrogados sobre la curaciôn...*

Y seguidamente comienza el breve discurso, dividido en dos partes. En la primera se establece el milagro y su verdad relativa, a la vez que la divinidad de Jesûs. En la segunda. talla San Pedro en pocas palabras el altar que en adelante ha de sustituir al del templo de Jerusalén: Cristo el Salvador.

Segün el Crisostomo (ibid. 86-7), en la primera parte, la intención y el argumento apologético de Pedro es évidente: *Jesucristo Nazareno, a quien vosotros habéis crucificado* (v. 10); *a quien Dios resucitó* (ibid.); y como prueba de ello. *por El, éste se halla sano entre vosotros* (ibid.)

De esta forma San Pedro, apoyándose en la verdad histórica y filosófica del milagro, establece la relativa conexión entre la eucaración del tullido y la resurrección de Jesûs.

La segunda parte afirma el carácter de cimiento y salvación del Señor.

La piedra rechazada por los arquitectos de la sinagoga *ha venido a ser la piedra angular* (v. 11) de los cimientos, aquella sobre la que se apoya el empuje de todo el edificio. Fundado sobre roca firme, sera eterno, y el papel principal de todo él sera Cristo, elegido por el Padre para desempeñar tal misión. La cita: *La piedra que rechazaron los constructores ha sido puesta por piedra angular*, pertenece al salmo 117,22, directamente referido a David y típicamente al Mesias.

No es la única vez que se presenta Cristo bajo la metáfora de la piedra, en la que muchos han de tropezar en esta vida, y con la que serán aplastados en el día del juicio cuantos no han querido apoyarse en ella.

Calvino quiso apropiarse blasfemamente este título (cf. A La pide, *Comm. in Script. Sacr.*, t. 17: *In Act. Apost.*, ed. Vivès [Paris 1876], p. 128). ¡Cuántos hombres en la historia se han creído redentores! Mas ¿quién coloca hoy la esperanza de la salvación en sus nombres?

En ningun otro hay salud (Act. 4,12). Todo el dogma soteriológico y el tratado de gracia se condensan en esta frase. La redención es Cristo. La redención subjetiva, la aplicación de la muerte de Dios se opera mediante la gracia, sin la qua nada podemos, y la gracia es dada por Cristo. La frase es tan rotunda como el dogma.

Ningun otro nombre nos ha sido dado... (ibid.). Aunque la palabra *nombre* es un claro hebraismo por persona u hombre, en ese mismo sentido venimos también nosotros a cantar las alabanzas del nombre de Jesûs. El solo, porque se refiere a Cristo y porque sintetiza su obra redentora, encierra la salvación. A El solo adoran los ángeles y temen los demonios. El solo es miel en los labios y armonía en el oído...

Se *maravillaban* (Atc. 4.13). El tribunal se quedó perplejo. La constancia de Pedro, el saberle hombre sin letras, seguidor del Nazareno, el tener delante al paralítico y no poder negar su curación, les planteó el mismo problema que la resurrección de Lázaro: *¿Qué hacemos, que este hombre obra muchos milagros?* (lo. 11.47).

Menos mal que en esta ocasión encontraron un arbitrio menos cruel que la muerte, y que se ha repetido tanto a través de la historia, la conspiración del silencio: *Conminémosles que no hablen a nadie en este nombre* (Act. 4.17).

I I
 || t |
 [|
 I:
 | B_e
 j 1 I |
 || |
 I |
 I |
 I [I I I
 'I I I
 1 j
 [| |
 I 'S1 j
 lift
 II'
 j I j !
 I
 I [' ' |
 ' 1
 ; |
 ; i I
 j
 j
 î
 |
 I
 i
 J
 K J |. F i
 I |
 I
 I ; I |
 | |
 |
 J

Si los milagros de Lourdes estorban, con no hablar de ellos ni molestarse en estudiarlos... Si la doctrina pontificia es perfecta, con no proponerla ni nombrarla nunca ante el pueblo...

La respuesta de Pedro y la repetición de la orden sintetizan la posición de uno y otro bando. Pedro dice: *Juzgad por vosotros mismos si es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a El; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.* (Act. 4,19-20). Los sacerdotes *les despidieron con amenazas, no hallando motivos para castigarles por temor al pueblo* (ibid. 21).

Triste sino el de los jefes judíos. Mientras muchos sacerdotes de segunda fila se convierten, la pequeña comunidad cristiana, al recibir a Pedro y Juan, entonan el salmo: *¡Por que braman las gentes y los pueblos meditan cosas vanas?* (Ps. 2,1).

B) Evangelio

a) Le dieron el nombre

Entre los judíos—y todos los autores están concordes en este punto—, la imposición del nombre formaba parte del ceremonial de la circuncisión. Practicada esta con la asistencia por lo menos de diez testigos y recitadas las preces rituales, se verificaba la imposición del nombre, que o era el mismo del padre (Le. 1,59), o rememoraba algún suceso importante de la vida familiar, o se refería a alguna cualidad física o espiritual del recién nacido (cf. sección 4*. Santo Tomás, I,A). La ceremonia se terminaba con un modesto agape. Algunos autores afirman que no solían las madres, sino los padres, poner los nombres a los hijos. Maldonado, refiriéndose a este extremo (cf. BAC, *Coment. a los cuatro Evang.*, 1, p. 132), dice que, «aunque es verosímil, sin embargo no debió ser uso constante, porque Raquel llamó a su hijo Benoni (Gen. 33,18). Y a Jabes no le puso el nombre su padre, sino su madre, porque le había costado muchos dolores el parto» (1 ar. 4,9).

Por lo demás, no nos dice el Evangelio ni las circunstancias de la ceremonia, ni el lugar en que se celebró, ni quién fue el ministro, ni los concurrentes. Las circunstancias se omiten sin duda por conocidas. El lugar, en opinión de la mayoría de los comentaristas, fue la propia casa en que se aposentó en Belén la Sagrada Familia después del nacimiento, aunque San Epifanio piensa que fue en la misma gruta. El ministro creen algunos que fue el mismo San José (cf. Gomá, *El Evangelio explicado*, vol. 1, p. 355), basándose en el propio Evangelio (Mt. 1,25): *Y le puso por nombre Jesús.*

b) Jesús

1. Etimología

El nombre *lesus* es transcripción del griego Ἰησοῦς, el cual a su vez transcribe el hebreo יֵשׁוּעַ forma reciente (desde la cautividad) de יְהוֹשֻׁעַ, Que quiere decir *Yavé salvo*, o sea *Josué* (cf. Ricciotti. *Vida de Jesucristo*, n. 230). Según Lagrange (cf. *Evan-*

gile selon Saint Luc, ed. [Paris, ed. Gabalda, 1948], p. 30) la abreviación simple debió dar *lôchou*, pero se prefirió *léchou* probablement© para évitai* el sonido o + ou. Queda, por tanto, desechada la creencia antigua de que el vocablo Jesus provenia del sirio *osa*, esto es, *sanar*, o del griego *ufetv*, *curar*, con lo que Jesûs venia a significar *médico* o *Salvador*. Y asimismo la artificiosa teoría de que el nombre de Jesûs procede del tetragrammaton hebreo mn** al que se hubiera insertado una letra tr, pues el tetragrammaton tiene un n al fin y no un y (cf. A Lapid e, *Comment, in Script. Sacr.*, t. 19, *In Epist. Div. Pauli: Phil.*, c. 2, p. 28).

2. Imposición milagrosa e historia del nombre

El nombre de Jesûs fué impuesto milagrosamente antes del nacimiento. Es el ángel Gabriel quien primero se lo comunica a Maria: *Dards a luz un hijo, a quien pondras por nombre Jésus* (Le. 1,31). Después a José: *Dards a luz un hijo. a quien pondras por nombre Jesûs, porque salvard a su pueblo de sus pecados* (Mt. 1,21). Muy oportunamente comenta Maldonado (cf. *ibid.* p. 132): «Del cielo venia el niño a quien se le ponía nombre en el cielo. Observamos, pues, que a todos los niños nacidos milagrosamente se les impone el nombre, milagrosamente también, antes de que nazcan». Así Isaac (Gen. 17,19): *De cierto que Sara, tu mujer, te parird un hijo, con quien estableceré yo mi pacto sempiterno y con su descendenda después de él.* Así también Juan el Bautista (Le. 1,13): *Isabel, tu mujer, te dard a luz un hijo, al que pondrds por nombre Juan.*

Entre los hebreos hubo muchos que llevaron el nombre de Jesûs, pero sin ninguna significación expresa, aun cuando algunos autores han querido buscársela, siempre en el sentido de algo relacionado con la liberación. Se llamô *Jesûs* o *Josué*, que es forma equivalente, el hijo de Nun (Jos. 1,1), que introdujo a los israelitas en Palestina, tierra de libertad para el pueblo de Dios. *Jesûs* o *Josué* se llamô también el hijo dei sumo sacerdote Josedec (Ag. 1,1.12.14), que con Zorobabel saeô a los judios de la cautividad de Babilonia y los introdujo otra vez en Palestina. Jesûs, hijo de Sirac, se llamaba igualmente el autor del Eclesiástico, según testimonia en el prologo su nieto, que tradujo el libro del hebreo al griego, y por quien sabemos que su abuelo era hombre muy dado al estudio de las divinas Escrituras, de la ley, de los profetas y de los otros libros patrios (cf. *Introduc, al Eclesiástico*: BAC, Nâcar-Colunga, *Sagrada Biblia*, 4.a ed., p. 892). Asimismo llevaron el nombre de Jesûs otros muchos hebreos desconocidos, entre los que hemos de mencionar a uno de los compafieros de San Pablo, llamado Jesûs el Justo (Col. 4,11).

Recordemos, por último, como nota curiosa (cf. A Lapid e, *ibid.*, p. 80) que antes de que Jesûs naciese predijeron y vaticinaron su nombre los patriarcas, los profetas y las sibilas. Los escritores antiguos veían una profecía del nombre de Jesûs en las palabras de Jacob (Gen. 49,18): *Salutare* (id est, Salvatorem) *tuum exspectabo, Domine.* Asimismo encontraron una profecía neta de este nombre en el pasaje de Habacuc (3,18), donde la Vulgata tradujo: *Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo lesu meo*, y donde los autores modernos (cf. NAcAR-Colunga, *ibid.*, p. 1204) vierten: *Yo siempre me alegraré en Yavé y me gozaré en el Dios*

de mi salvaciôn. Igualmente estimaron profecia del nombre de Jesus el conocido pasaje de Isaías (45,8) : *Rorate caeli desuper et nubes pluant iustum: aperiatur terra, et germinet salvatorem*; que hoy viene a traducirse (cf. Nâcar-Colunga, ibid., p. 991) : *Destilad, cielos, arriba el rocío; lloved, nubes, la justicia; abraza la tierra y produzca el fruto de la salvaciôn*.

Cornelio a Lapide (cf. ibid.) recuerda que los Setenta tradujeron casi siempre el vocablo hebreo que equivale a Mesias por el griego σωτήρ, que quiere decir *Salvador*, y añade : «El mismo nombre anunciaron las sibilas, según consta por los versos acrósticos de la Sibila Eritrea, cuyas primeras letras forman en griego las iniciales de las palabras Ἰησοῦ . Χριστο , υἱο θεοῦ, σωτήρ, σταυρό , *Iesus Christus, Filius Dei. Salvator, crux*. Estos versos aparecen al fin de los oráculos sibilinos y los menciona Cicerón (cf. *De divinat.* 1,2).

3. Significacion

De acuerdo con la etimología y con la explicación de San Mateo (1,21), el nombre significa *Salvador*, y, por tanto, como dice Fillion (cf. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, vol. 1, p. 201, ed. Fax, Madrid 1942), es «por si solo simbolo abreviado de la gracia de la salvación, de que era portador el Mesias para la Humanidad entera». Maldonado (cf. ibid., p. 133) afirma que otros hebreos se llamaron Jesûs por casualidad; «Cristo, en cambio, por determinado consejo, no humano, sino divino. Aquellos que lo llevaron antes que El no fueron verdaderos salvadores. y Cristo lo es más todavía de lo que el nombre acierta a significar. Para ellos era nombre común y vulgar; para Cristo fué peculiar y, según el profeta habia predicho, propio y singular, porque de la manera que de Cristo se dijo. a nadie le conviene más que a El, ya que no hay en otro alguno salud».

En suma, como afirma el P. Femández (cf. BAC, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, p. 37), «es el de Cristo nombre griego que, como el hebreo Mesias. significa ungido. *Jesus* era el nombre personal y propio del Verbo encamado, *Cristo* era el nombre oficial de su dignidad mesiánica; *Jesûs* es más amable, *Cristo* más respetuoso. La Iglesia ha unido sabiamente los dos nombres, de modo que forman uno solo, *Jesucristo*, mezcla de amor y de dignidad. que infunde a la vez reverencia y dulzura.

Con razón, pues, afirmó San Pablo (Phil. 2,9) que el nombre de Jesûs es *un nombre sobre todo nombre*, ya que en El se resumen todos (cf. infra, sec. 3.a,IV, San Bernardo, y sec. 5.a,I, Santo Tomás de Villanueva).

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN AGUSTIN

Camino, verdad y vida

Empezamos por recover algunos p  rrafos del serm. 141, que versa sobre el texto de San Juan (14,6): *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (cf. PL 38,776 y BAC, *Obras de Sa,n Agustin*, t. 7, p. 45-49).

A) *Cristo,   nico camino para la verdad*

- a) LOS FIL  SOFOS GENTILES VIERON DE LEJOS LA VERDAD, PERO NO EL CAMINO PARA LLEGAR A ELLA

«  Qu  n no aspira a la verdad y a la vida? Pero no todos kalian el camino. Aun fil  sofos profanos hubo que vieron en Dios una cierta vida eterna inimitable, inteligible e inteligente, sabla y principio de toda sabiduria; y vieron también en El una verdad fija, estable, indeficiente, donde están las matrices de todas las criaturas; mas vi  ronla de lejos y en el seno del error, y asi no acertaron el camino a la posesi  n de tan magnifica, inefable y bienaventurada herencia  . San Pablo nos dijo que conocieron a Dios a través de las criaturas, pero que *aprisionaron la verdad con la injusticia* (Rom. 1,18).

Las cosas invisibles de Dios fueron intelectualmente conocidas por medio de la creaci  n. «Interr  gale al mundo: la magnificencia del cielo, el brillo y armonia de los astros; el sol, que se acompasa a las exigencias del dia; la luna, solaz y mitigación de la noche. Interr  gale a la tierra, fecunda en hierbas y   rboles, poblada de animales, embellecida por los hombres. Interr  gale al mar, henchido de tanta variedad de peces; interr  gale al aire, florecido de tan numerosos volatiles; interroga, en fin, a todos los seres, y mira si no parecen estar diciendo a su modo: Es Dios quien nos ha hecho. Nobles fil  sofos hubo que interrogaron al universo y descubrieron en el artificio al artifice  . Sin embargo, se convirtieron en necios. Describe a continuaci  n el orador la estupidez de los idol  tras, y prosigue diciendo: Recibieron la verdad en la iniquidad y no lograron poseer lo que vieron porque no encontraron el camino.

b) Cristo, camino de la verdad, era sabiduría

Cristo, que era la verdad y la vida en el seno del Padre, el Verbo de Dios, a quien se llamó *vida y luz de los hombres* (Io. 1,4), al hacerse hombre se convirtió en camino. «Siguiendo el camino de su humanidad, llegarás a la Divinidad. El te conduce a El mismo. No andes buscando por donde ir a El fuera de El. Si El no hubiera tenido voluntad de ser camino, extraviados anduviéramos siempre. Hizose, pues, camino por donde ir. No te diré por ende: Busca el camino. El camino mismo es quien viene a ti. ¡Levántate y anda! Anda con la conducta, no con los pies. Muchos andan bien con los pies y mal con la conducta. Y aun los hay que andan bien, pero fuera de camino».

«Hombres hallarás, en efecto, de vida regulada y no son cristianos. Corren, mas no por el camino, y cuanto más andan, más se extravían, pues se alejan más del camino. Si estos hombres entran en el camino y le siguen, ¡cuánta seguridad hay! Porque andan bien y no yerran. Cuando, al revés, no siguen el camino, ¡qué lástima da por bien que anden! Preferible, sin duda, es ir por el camino, aun cojeando, a ir bravamente fuera de camino. Y con esto vuestra caridad se da por satisfecha. Vueltos al Señor, demos gracias al que vive y reina por los siglos de los siglos».

B) *Union de todos en Cristo*

En un largo sermón comenta San Agustín los seis primeros versículos del salmo 123 (cf. *Enarrat. in Ps. 123*: PL 37,1639ss). No tenemos otra salvación, viene a decir, que la de Jesús. Sólo se salva de los ataques del hombre y de la impiedad aquel que posee a nuestro Salvador. A través del sermón expone algunos pensamientos sumamente útiles, como el de la unidad de todos los miembros en Cristo.

a) Cristo y sus miembros forman un solo cuerpo

Este canto se ha llamado *graduai* o escala para subir. Ya sabéis que todo cántico nuestro es una subida que se verifica no con los pies, sino con el corazón. Y os lo repito, porque es muy necesario que lo entendáis. «Unas veces canta uno solo y otras muchos, pero siempre cantamos al unísono, porque uno solo es Cristo y todos sus miembros forman un solo cuerpo, de Cristo y con Cristo, cuya cabeza está en el cielo. El cuerpo, aunque trabaje en la tierra, no está se-

parado de su cabeza, que nos mira desde arriba y nos ayuda...; así, pues, sea uno el que cante, sean muchos, siempre canta uno solo, porque hemos encontrado la unidad en Cristo.

b) Cristo, camino de la fe

Cantamos unas veces con dolor y otras con alegría, pero siempre con esperanza. Si no la tuviéramos en la vida futura, pereceríamos. Nuestro gozo no es actual, aunque lo poseemos ya con la esperanza, apoyados en aquella virtud que ni puede engañarse ni engafiarnos; esperanza que nos libra, si permanecemos fieles a sus promesas. Para alcanzar la vida feliz se requiere primero que sean aptos nuestros corazones por medio de la fe.

Ahora vivimos por la fe. «No estamos en la patria todavía, sino en el camino, mas el que no créé, no está ni en el camino ni en la patria. Marchemos, pues, de tal manera que no nos separemos de ese camino, que es el mismo Rey de la patria, nuestro Señor Jesucristo. Por donde está la verdad, allí está el camino. ¿Dónde vamos? A la verdad. ¿Por donde? Por la fe. ¿Dónde vamos? A Cristo. ¿Por dónde vamos? Por Cristo. El lo ha dicho: *Yo soy el camino de la verdad* (Io. 14,6)».

c) Cristo, único camino para ir a Dios

«Dijo el Señor: *Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos y conoceréis la verdad, y la verdad os librará* (Io. 8,31-32). ¿Cuál es esa palabra en la que hay que permanecer? *La palabra de la fe que predicamos* (Rom. 10,8). Así, pues, la primera palabra es la de la fe, y si permanecemos en ella, conoceremos la verdad, y la verdad nos librará. La verdad es inmortal, es inmutable: la verdad es aquel Verbo de quien se dice: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (Io. 1,1); ... *y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (ibid. 14). Ese Verbo que permanece en sí es la verdad, adonde vamos y la que ha de librarnos; ese Verbo de la fe que se nos predica y en la que debemos permanecer para conocer la verdad es *el Verbo, que se hizo carne y habitó entre nosotros*. Creed en Cristo nacido de la carne y de este modo llegaréis al Cristo que nació en Dios, que es Dios y que permanece en Dios».

d) El ejemplo de los mártires

Los mártires iban cantando hacia la muerte llenos de esperanza. Cuando admiramos su ejemplo y leemos las Escrituras, saltamos de gozo y, unidos los mártires de ayer y los cristianos de hoy, decimos a una: *A no haber estado el Señor por nosotros...* (Ps. 123,1). «Cuando consideran los mártires las tribulaciones que hubieron de pasar y, en el lugar seguro donde disfrutaban de felicidad eterna, piensan lo difícil que les hubiera sido verse libres, de no contar con la mano del libertador, exclaman gozosos: *A no haber estado el Señor por nosotros...*»

«Imaginémonos que participásemos con ellos del triunfo del siglo venidero y que insultamos a la muerte derrotada, diciéndole: *¿Dónde está, muerte, tu victoria?* (1 Cor. 15,55)- Unidos con los ángeles y alegres con nuestro Rey..., gocémonos con El, rebotante de esperanza el corazón, y pensemos de cuántos escándalos, de cuántas tribulaciones del mundo, de cuántas persecuciones de los paganos y engaños de los herejes, de cuántas sugerencias del demonio y de cuántas luchas de la sensualidad nos hemos escapado. *¿Quién hubiera podido evadirse en todo ello a no haber estado el Señor por nosotros? Dígalos Israel... cuando se alzaron contra nosotros los hombres* (ibid. 2). No os admiréis de que hayan sido vencidos; eran hombres y el Señor estaba con nosotros; eran hombres los que se levantaron y no era hombre el que nos defendía».

e) Vivos y muertos en Cristo

Hay hombres muertos (ibid. 5, p. 1642), porque creen en los ídolos y no en Cristo; hay otros que están vivos, porque creen en Cristo y no en los ídolos, y otros, finalmente, que, a pesar de estar vivos porque creen en Cristo, no están con El por contemporizar con otras religiones (en este caso la idolatría).

De no estar con el Señor quizá nos hubiesen tragado vivos (Ps. 123,3). San Agustín, apoyándose en la palabra *vivos*, hace ver que la Iglesia no absorbe a nadie sino después de verle muerto para el siglo y para el pecado.

A continuación añade: Se levantaron muchos perseguidores, que no faltan todavía, y se tragaron a aquellos a quienes podían llamar vivos, pero en los cuales no estaba el Señor. Estos son los que conocen el mal, pero lo consienten. Cuando se les dijo: Echad incienso a los ídolos, porque si no os mataremos, amaron más a la tierra que al cielo. Si

hubiesen creído en los Idolos, yo no diría que estaban vivos, sino muertos; mas como creían en Cristo, tengo que decir que estaban vivos, y vivos fueron deglutidos. Ahora bien, vivos y todo, como prefirieron seguir lo que por los ojos les entraba en vez de amar a Aquel en quien creían, he de confesar que habían arrojado al Señor y que vivos aún fueron devorados.

C) La verdad de Cristo nos hace libres

San Agustín desarrolla hermosamente esta idea al comentar el capítulo 8 (31-36) del evangelio de San Juan. Por estimarlo relacionado con el tema homilético de Jesús Salvador extractamos todo el tratado e insertamos algunos de los párrafos más expresivos (cf. *In Ioan. Evang.*, t. 41: PL 35,1692ss).

a) Cristo es la verdad

No pude hablaros ayer de la libertad que Cristo nos prometió, y siendo tema tan interesante, vamos a dedicarle el sermón de hoy. El Señor está hablando a los judíos, amigos y enemigos, y les dice que, si le creen y permanecen en su palabra, conocerán la verdad (Jo. 8,31-32). «La verdad es inmutable. La verdad es el alimento que sostiene a las Inteligencias y no se agota; cambia al que lo come y no se convierte en sustancia del que come. El Verbo de Dios, Dios de Dios, Hijo unigénito, es la verdad. Esta verdad se vistió de la carne por nosotros y nació de María Virgen para que se cumpliera la profecía: *Brota de la tierra la fidelidad* (Ps. 84,12). Esta verdad, cuando hablaba a los judíos, estaba escondida en la carne».

b) La verdad nos salvará

Es verdadera salvación, no metafórica, como el lenguaje latino permite traducir. En latín, por ejemplo, se dice librar de una enfermedad, pero en este caso hay que entenderlo en su verdadero sentido: librar de un cautiverio.

Los judíos al oírlo se indignaron y decían: *Somos linaje de Abraham y de nadie hemos sido jamás siervos* (Jo. 8,33). Y en su orgullo se olvidaban de que, a pesar de ser hijos de Abraham, habían padecido en la historia mil cautiverios. Sin embargo, el Señor no se refiere a las cautividades humanas, sino al cautiverio del pecado.

c) El cautiverio del pecado

En verdad, en verdad os digo (ibid. 34). Fôrmula de juramento. El Señor quiere inculcarnos una verdad que debe interesarnos mucho. ôCuál es? *Que todo el que comete pecado es siervo del pecado* (Ibid. 34). ¡Oh desgraciada servidumbre! Hay hombres que no pueden aguantar a sus señores y terminai! por venderse, buscando, no ser libres, sino cambiar de dueño. Pero da quién podrâ acudir el siervo del pecado? ôA quién podrâ venderse? Otros huyen de la tiranía de sus señores. ôDônde podrâ ir el siervo del pecado, si adondequiera que vaya llevará consigo la tiranía de su dueño? Nunca le abandonará su conciencia mala y el pecado, que dentro de sí aprisiona su aima con cadenas. «Pecô para obtener cierto placer corporal; pasô el placer, quedô el pecado. Paso el deleite, quedô la cadena. îDura esclavitud!> A veces, algunos criminales acuden a refugiarse en la iglesia, y tenemos que padecer a hombres indisciplinados que no quieren someterse a ningún señor y, sin embargo, se subyugan a sus delitos. En otras ocasiones se refugian también en la iglesia personas a quienes se ha retenido injustamente en la esclavitud, y entonces el obispo ha de intervenir para defender su libertad. «Corramos todos a Cristo y amemos a nuestro Libertador; ofrezcâmonos a El en venta para que nos redima con su sangre. Dice el Señor: *De balde fuisteis vendidos y sin dinero seréis rescatados* (Is. 52,3). Sin dinero vuestro, porque era mío. Dice el apôstol (1 Petr. 1,18-19): *Habéis sido rescatados... no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo*, pues de otro modo hubiéramos permanecido esclavos e indigentes.

d) Solo Cristo nos libra del pecado

Sôlo nos podía librar de este cautiverio el Señor, que no lo padeciô, porque es el único que no ha tenido pecado.

San Pablo dice (2 Cor. 5,20): *Somos embajadores de Cristo... Por Cristo os rogamos: Reconciliaos con Dios*. Si hemos de reconciliarnos con Dios, sefial es de que somos enemigos suyos y, por lo tanto, siervos del pecado. ôCômo conseguir esta reconciliación? «Quitando algo de entre los dos y poniendo algo entre uno y otro. Hay una cosa entre Dios y nosotros que nos separa: el pecado: Hay otra que nos une y reconcilia: nuestro mediador Cristo Jesus (1 Tim. 2,5)>. *El siervo*, dijo el Señor, *no permanece en la casa para siempre* (Io. 8,35). Luego, aunque ahora estemos en la Iglesia,

si somos siervos del pecado nos habrán de expulsar algún día. ¿Qué esperanza nos resta entonces, si todos somos pecadores? *El hijo permanece para siempre* (Ibid.). Si, pues, el Hijo os libra, seréis verdaderamente libres. Esta es nuestra esperanza, hermanos, que nos libre el que ha sido siempre libre, y al librarnos nos haga siervos, no de nuestros deseos, como lo éramos antes, sino siervos libres de la caridad (Gal. 5,13).

e) Libres del pecado mortal

La primera libertad consiste en carecer de crímenes, no de pecados, porque pecados todo el mundo tiene, sino de aquellos que llegan en su gravedad a ser crímenes (pecados mortales).

No es que Dios odie unos pecados y otros no. Los odia todos, como el médico a la enfermedad, y su obra en nosotros consiste «en ir deshaciendo el pecado para que el hombre sea libre. Pero ¿cómo?, me preguntaréis. Si lo va amendando, ¿por qué no lo consume de una vez? Lo disminuye en esta vida a medida que vamos adelantando y lo deshace totalmente en la vida perfecta».

El pensamiento de San Agustín es que el pecado mortal desaparece, pero no podemos vernos libres del venial hasta alcanzar la gloria.

f) SUJETOS A LA CONCUPISCENCIA, PERO SIN QUE REINE EN NOSOTROS EL PECADO

La primera libertad que nos trae Cristo es vernos libres del pecado. Levanta el hombre la mirada hacia la libertad y ya la goza, pero no es perfecta, porque todavía ve en sus miembros una ley que repugna a su voluntad (Gal. 5,17) y una carne que pelea contra el espíritu. Sin embargo, en su interior se deléita con la ley divina. Esta es nuestra libertad: no obramos por miedo, sino porque amamos la ley de Dios, mientras el esclavo obra solo por temor.

Me complazco en la ley de Dios, según mi hombre interior, y aun cuando en mis miembros exista la ley que se opone, yo no dejo que el pecado reine en mí, porque la gracia de Cristo Jesús me ha hecho libre y me ha enseñado a servir con mi mente a la ley de Dios, aunque la carne esté sujeta a la ley del pecado.

No reine, pues, el pecado en nuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias (Rom. 6,12). Se ha despertado en ti la ira: pues no le des poder ninguno sobre la lengua, no dejes que gobierne las manos. Una in-

clinaciôn ha habido dentro de ti, la concupiscenda, que la ha hecho levantarse, pero arrebatâle el relnado, y sin nln-
gün arma no podrâ pelear contra ti. *No deis vuestros miem-
bros como armas de iniquidad al pecado* (ibid. 13).

g) Libertad perfecta

Gozaremos de la libertad plena y perfecta que nos con-
cediô Cristo libertador cuando no exista enemigo alguno, ni
aun la mlsma muerte; cuando este cuerpo corruptible se
halle revestido de incorrupciôn, y nuestro ser mortal, de in-
mortalidad. Enfonces viviremos, sin morir, en Aquel que por
nosotros murlô y resucitô *para que los que viven no vivan
ya para si, sino para Aquel que por ellos muriô y resucitô*
(2 Cor. 5,15).

h) La Iglesia, depositaria de la salvaciôn de Cristo

Roguemos al Médico para que nos lleve a la posada don-
de nos curen, porque El ha prometido la salud y él es el que,
compadecido de aquel hombre dejado medio muerto por los
ladrones, lo euro y le sanô sus heridas con aceite y vino...
(Lc. 10,34). ôA qué posada nos ha de llevar? A aquella en
que se dice: *Somos embajadores de Cristo* (2 Cor. 5,20).
Hermanos, en este tiempo en que el enfermo puede curar-
se, la Iglesia es la posada dei camino y a la vez la he-
rencia del heredero.

D) O con Cristo o con el Anticristo

Aunque el comentario de San Agustin a la epistola primera de
San Juan no trata directamente dei tema de nuestra salvaciôn. lo
escogemos, porque expone ideas oportunas a la orientaciôn que
hemos querido dar a parte de esta dominica, demostrando que no
puede haber salvaciôn sino en Cristo y su Iglesia. El pensamiento
de San Agustin es que hay muchos ahticristos en el mundo, pues
todo el que no estâ con El lo es. Primeramente los que no creen
en El. y, en cierto modo también. los que creyendo no siguen su
doctrinâ (cf. *In Epist. loan, ad Parthos*, c. 2,18-27, tr. 3: PL
35,1997ss).

a) El que niega a Cristo o sale de su Iglesia es
Anticristo

Os digo ahora que muchos se han hecho anticristos (1 Jo.
2,18) «Hay muchos anticristos; salieron de nosotros, pero no
eran de nosotros. Todos los herejes y cismáticos se han apar-

tado de la Iglesia, mas no se hubiesen separado si hubiesen sido nuestros. Antes de marcharse, ya no lo eran. Luego tenemos que confesar que entre nosotros hay muchos que no son nuestros, sino anticristos».

b) ^gEn QUÉ CONSISTE SER ANTICRISTO?

«Los que no son contrarios a Cristo no pueden salir de ninguna manera, porque todo el que no es contrario suyo está adherido a El y se cuenta entre sus miembros, y no hay ningún miembro que sea contrario a la cabeza». Hay algunos que están dentro del cuerpo de Nuestro Señor como los malos humores, que cuando se arrojan dejan sano al que danaban. También cuando éstos se marchen quedará limpia la Iglesia y podrá decir: Salieron de mi, pero no eran míos, porque más bien me molestaban y me hacían enfermar.

En nuestra mano está elegir: «O Anticristo o con Cristo; o miembro suyo o humor dañino».

cEn qué consiste, en resumidas cuentas, ser Anticristo? Decidme: «¿Qué es Cristo? La verdad. El lo dijo». Así, pues, el que vive en la mentira, no es de Cristo y está contra Cristo. ¿En qué consiste mentir? Oigamos la Escritura: *¿Quién es el embustero sino el que niega que Jesús es Cristo?* (1 Jo. 2,22). Jesús es un nombre propio y Cristo su oficio; negar su oficio, como lo negaron los judíos, es estar fuera de la verdad, y *todo el que cayere contra esa piedra se quebrantará y aquel sobre quien ella cayere quedará aplastado* (Lc. 20,18). Tropezará con ella si no lo reconoce ahora que se presenta humilde y será aplastado cuando venga con todo su poder.

Pero ningún hereje quiere negar a Cristo. Preguntad a los donatistas y os dirán: Jesús es Cristo. Ahora bien, contra ellos podemos esgrimir un argumento: ¿Quién es el que se ha marchado? ¿Quién es el que se ha separado? Desde luego, que no somos uno, porque de lo contrario, «¿por qué hay dos altares distintos en la misma ciudad? ¿Por qué se han dividido las casas y los matrimonios? ¿Cómo es que en un mismo hogar hay dos Cristos?» Enonces, ¿quién es el que ha salido fuera, nosotros o ellos? «Nosotros de ningún modo; nosotros poseemos el testamento de la heredad del Señor. lo leemos y vemos que estamos dentro de él... Poseemos la herencia de Cristo y ellos no... Estamos seguros de vivir en la unidad de la posesión, y todo el que no comunique y viva en esta heredad es porque se ha marchado fuera».

c) El que en la prâctica niega la doctrina de Cristo
es Anticristo

«Todo el que niegue que Jesús es Cristo se convierte en Anticristo. Busquemos, pues, quienes son los que le niegan, pero no atendiendo a las palabras, sino observando los hechos, porque, si nos fiamos de las palabras, no habrá ni uno que no confiese que Jesús es Cristo. Descanse, por lo tanto, la lengua e interroguemos la vida» (Tit. 1,16)... El mayor mentiroso es el que confiesa con sus labios que Jesús es Cristo y lo niega en la prâctica, porque dice una cosa y hace otra diferente.

Aplicando este criterio, habría que contar entre los anticristos no sólo a los que han salido de la Iglesia, sino a todos aquéllos cristianos que, aunque no blasfeman de Cristo, blasfeman de sus ministros porque les corrigen sus costumbres. Si Intentas demostrarles que no estás predicando una doctrina tuya, sino de Cristo, ellos querrán convencerte de lo contrario, y si resulta claro que la enseñanza es de Cristo, entonces comenzarán a murmurar del mismo Cristo». ¿Ves cuál es el camino para llegar a ser un Anticristo manifiesto?

d) No BUSQUÉIS A DIOS Y NEGUÉIS A CRISTO

Para que no se atreva nadie a decir: Yo no adoro a Cristo, sino a Dios, que es su Padre, porque *todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre* (1 Jo. 2,23). Vosotros, oyentes míos, sois grano de trigo; ¿iganme todos los que son paja y conviértanse en trigo bueno.

II. SAN AMBROSIO

El misterio de la redención

Transcribimos los distintos fragmentes que componen el sermón 45 de San Ambrosio (cf. PL 17.715-716), titulado *De primo Adam et secundo*, en el que el santo Doctor explica el tema de la redención, comparando a Cristo con Adán y a María con Eva.

A) Adán y Cristo

«Oid, hermanos carísimos, cuál es el misterio de la ley. El primer hombre provino de la tierra y del cielo; el segundo, del cielo y de la tierra; éste, de Dios y María, que

era de la tierra; aquél, de la tierra y del Espiritu, que es del cielo. Ambos, sin embargo, nacieron de una virgen y sin contacto carnal: éste de una virgen incorrupta, aquél de otra intacta, porque todavía la tierra no había recibido ninguna semilla, ni había sido herida por ningún arado ni lluvia. Por el primero se perdió la vida, por el segundo nos fue devuelta. El primero perdió la gracia recibida; el segundo nos retornó, juntamente con la vida, la gracia. El primero cayó por instigación de una virgen, el segundo levantó lo que había caído por el parto de otra virgen. El primero, pecando, nos trajo la pena de la muerte; el segundo, padeciendo, nos otorgó a todos el perdón; el primero fue arrojado del paraíso por la culpa; el segundo fue crucificado en una cruz por la gloria del mundo» (ibid. 1).

B) Eva y Maria

«Si el mal nos vino por una mujer, por otra mujer nos vino asimismo el bien; por Eva caímos, por Maria estamos de pie; por Eva postrados, por Maria levantados; por Eva sometidos a esclavitud, por Maria liberados. Eva nos arrebató la perpetuidad, Maria nos la restituyó; Eva hizo que nos condenáramos por la fruta del árbol, Maria nos absuelve por el don del árbol; porque también Cristo estuvo pendiente, como un fruto, en el leno de la cruz (ibid. 2).

C) El árbol del paraíso y el de la cruz

«Si, pues, por un árbol morimos, por otro árbol fuimos vivificados. Un árbol nos mostró la desnudez, otro árbol nos vistió con el follaje de la indulgencia. Un árbol nos infundió ardor, el de los pecados, el árbol de la ciencia nos preparó con su vestido el refrigerio de los delitos; un árbol engendrará espinas y abrojos, el árbol de la ciencia nos produjo esperanzas y salud; un árbol nos acarreará sudor y trabajo, el otro paz y salvación; un árbol nos descubrió la luz del cuerpo, otro nos abrió los ojos del corazón; uno nos insinúa la astucia del mundo, el otro la prudencia divina; uno nos trajo el mal, el otro el bien... Si Adán no hubiese caído corporalmente, Cristo no nos hubiese resucitado espiritualmente en esta vida» (ibid. 3).

D) Maria y el misterio de la salvación

«¡Oh misterio de Maria, el más grande de los sacramentos! ¡Oh enseñanza inaccesible a los incrédulos y manifesta a los creyentes! El inmortal crea el mortal y el mortal engendra al inmortal; el incorporeo se recluye en la tierra, el corpóreo en el cielo. Dios se hace hombre, pero se exhibe como Dios; y todo esto se comete por Adán y es lavado por Maria. Así, pues, si feliz es Eva, por quien fué dada la ocasión, feliz es Maria, por quien fué alcanzada la curación; feliz Eva, por la que nació el género humano, pero más feliz Maria, por quien nació Cristo. Ella es mejor, mas ambas son gloriosas, porque Cristo no hubiese alegrado a Maria si no hubiese primero creado a Eva, de la cual nació la misma Maria; ni hubiese venido al mundo si antes ella no hubiera pecado en el mundo. Eva se dice madre del género humano, Maria madre de la salud. Eva nos enseñó, Maria nos confirmo» (ibid. 4).

«For Eva crecemos, por Maria reinamos; por Eva fui: seducidos en la tierra, por Maria elevados al cielo... Finalmente en Eva estaba entonces Maria, por Maria fué después revelada Eva»... (ibid. 5).

III. SAN PEDRO CRISOLOGO

La justificación por la fe en Cristo

Por su relación con el tema de Jesús Salvador, escogemos el sermón 110 de San Pedro Crisólogo. donde desarrolla el pensamiento de San Pablo de que nos justificamos por la fe en Cristo, según se expresa en el capítulo cuarto de la Epístola a los Romanos (cf. PL 52.503-505).

A) La salvación consiste en la fe

«El bienaventurado Apóstol, para la salvación de los primeros y de los últimos, esto es, de los judíos y de los griegos, levantó el estandarte, siempre único y singular, de la fe. Porque quien no merezca tenerla, no podrá poseer la gloria de los triunfos celestiales. Solo esta enseña, hermanos, es la que dirige en el combate a los que pelean contra la incredulidad. la que nos indica al rey, la que fédera a los aliados, la que aterroriza con su sola visión al enemigo Impío. Por eso San Pablo nos dice (Rom. 4,23-24): *Y no sólo por él (Abraham) esta escrito que le fué conputado (a*

justicia), *sino también por nosotros, a quienes debe computarse; a los que creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús*. Veis, hermanos, que mientras los antiguos creen en lo futuro y los posteriores en lo pasado, unos y otros, por el mismo y unico camino de la fe, se acercan a la salud. Mientras aquéllos confiesan que Cristo ha de venir, nosotros afirmamos que ya ha venido. Ellos se asombran de que haya descendido, como el hombre, hasta la muerte y lo creen, nosotros nos gloriamos de que haya muerto y resucitado. Por eso, esta salvación, tanto de los que nos antecedieron como de los que nos han de seguir, fué negada a los ojos, para que toda consistiese en la fe. Por lo cual dijo el Apóstol: *A los que creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús* (ibid. 24). Para que nadie créa que otro pudo hacerlo, el mismo autor y resucitador de su cuerpo dijo: *Tengo poder para dar la vida y poder para volver a tomarla* (Io. 10,18). Pues no pudo ser resucitada por otro la misma resurrección ni vivificada la vida. Ni El pudo negar para si lo que habia de traer a todos. Ni la fuente tiene sed, ni el pan hambre, ni el sol carece de luz, ni el descanso se fatiga».

a) Cristo nos justifica con su muerte

«Fué entregado, dice San Pablo, *por nuestros pecados y resucitado para nuestra justification* (Rom. 4,25). Entregado por nuestros pecados, no para que aquella vida que no podia morir fuese castigada, sino para que se borrasen los pecados que nos habian desterrado de la vida. *Y resucitó para nuestra justificaciôn* (ibid.). Permaneciendo la condenación, no puede justificarse el condenado. A nosotros, pues, que por la culpa de nuestro primer padre estâbamos sometidos a la muerte, Cristo, celestial y verdadero Padre, liberándonos de la condena de la muerte, nos justifica con su propia muerte para la resurrección, de modo que no perece el reo; y la misma pena, esto es, la muerte, a la que se ordenô que acometiese a los reos, desfalleció y perdió las infulas de su poder. ¿Por qué la muerte cruel e impia fué obligada a tocar al inocente, al propio Juez?»

b) La paz con Dios por Jesucristo

«Con razón anade San Pablo (ibid. 5,1): *Justificados por la fe, tenemos paz con Dios por mediation de Nuestro Señor Jesucristo*. Es como si dijera: Déjenos, déjenos la madre de las rencillas, la adversaria de la quietud, la enemiga de la paz; no se enorgullezca el judio por su ley ni se

ensoberbezca par su naturaleza el gentil, ni se hinche el filósofo con sus vanas y espumosas opiniones, nadie se glorie de sus mérites y de sus obras; porque la paz divina nos ha restituido y devuelto la vida que nos arrebatô la prevaricaciôn primera... *Tenemos paz con Dios por mediaciôn de Nuestro Seûor Jesucristo* (Rom. 5,1). No se rebele la tierra contra el cielo, no se subleve la carne contra el espiritu, antes al contrario, humillândose, unase a la gloria perpetua de la paz celestial. *Por quien hemos tenido también el acceso...* (ibid. 5,2). Porque El se ha hecho para nosotros camino *por la fe para esta gracia* (Ibid. 5,2). La paz de esta vida es la fe, hermanos. *En que nos mantenemos y nos gloriamos en la esperanza y la gloria de Dios* (ibid.). Nos mantenemos ciertamente en la fe y no en el cuerpo; y nos gloriamos en la esperanza, no en las cosas que ya hemos recibido. *Y no sólo esto, sino que nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores de que la tribulaciôn produce la paciencia; la paciencia, la virtud probada, y la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no quedard confundida* (Rom. 5,3-5). He aqui las edades en que el justo se fortalece hasta convertirse en varôn perfecto: la tribulaciôn, la paciencia, la virtud probada, la esperanza».

C) La FORTALEZA DEL JUSTO

«La tribulaciôn, hermanos, es como la primera prueba que sacude y conturba la infancia del varôn juste. Cuando lo encuentra paciente, enfonces educa al adolescente de buena indole para cosas mayores. *La tribulaciôn produce la paciencia* (Ibid.). La paciencia es, hermanos, la que prueba que el joven es apte para las virtudes. *La esperanza no quedard confundida* (Ibid.). La esperanza es la que perfecciona al hombre, e Infatigable, lo adapta a la medida de la plenitud de Cristo. La virtud probada consiste en poseer todas las cosas con el vigor de la esperanza.

El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espiritu Santo, que nos ha sido dado (ibid. 5,5) Para mostrarnos la calidad de este amor divino que se derrama en nosotros, afiade San Pablo: *Porque cuando todavia éramos débiles, Cristo, a su tiempo, muriô por los impios. En verdad, apenas habrd quien muera por un justo; sin embargo, pudiera ser que muriera alguno por uno bueno; pero Dios probô su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, muriô Cristo para salvarnos* (ibid. 5,6). Si Cristo amô de tal manera al género humano que muriô por los impios y los pecadores, <qué otra cosa creemos que habrà de otorgar a los justos sino su vida, su reino y su glo-

ria? Si, pues, reciblô la muerte para sufrirla por los impios en la tierra, ôcômo no ha de reservarte lo que en si y por sd siempre posee, y sobre todo en el clelo?»

B) Morir por Cristo

«Digamos, pues, con el profeta: podré dar *yo al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salud...* (Ps. 115,12-13). Esto es, moriré por El. Y ode qué manera? El muriô espontâneamente por el impio y por el pecador, yo he de morir con diflcultad por El, que es justo y bueno. Yo dificllmente moriré por El, porque no tanto la voluntad cuanto la necesidad me obliga a esta muerte. Oye lo que el Seûor dijo a Pedro: *Cuando envejecas, extenderds tus manos, y otro te cenird y te llevard a donde no quieras* (Io. 21,18). En la adversidad, hermanos, la necesidad no puede compararse con la voluntad; asentir es necesidad, querer es virtud. Al que quiere, la misma muerte estâ sometida, porque siempre domina al que no quiere. Y, sin embargo, hermanos, puesto que el hombre no puede retribuir nada semejante al amor divino, dé lo que pueda, porque cada uno, segûn lo que tenga, serâ recompensado. Desfallezca para la gloria, muera para la vida, perezca para la salud. Gloriémonos, hermanos, de esta nueva manera de comerciar: porque la muerte, que era entre los hombres reparaciôn de piedad, por Cristo ha sido convertida en prenda divina de amor».

IV. SAN BERNARDO

Jesûs, Salvador

San Bernardo aborda el tema del nombre de Jesûs repetidas veces, y siempre con gran profundidad y exquisita temura. Empezamos por seleccionar algunos pârrafos de la bellissima homilia 3.10,11 sobre el *Missus est* (cf. BAC, San Bernardo ^ *Obras completas*, t. 1, p. 213ss, y PL 183,76-77).

A) El nombre de Jesûs

a) JESUS, SALVADOR DE SU PUEBLO

«*Concebirds en tu seno y dards a luz un hijo, a quien pondras por nombre Jesûs* (Le. 1.31). Entiende, virgen prudente, por el nombre del hijo que te prometen, qué grande

y qué especial gracia has hallado a los ojos de Dios. Y *le pondrás por nombre Jesûs* (ibid.). La razón y significado de este nombre se halla en otro evangelista, y lo interpreta así el ángel: *Porque salvó a su pueblo de sus pecados* (Mt. 1,21)

De dos leo que precedieron con el nombre de Jesiis en figura de éste, y ambos acaudillaron pueblos; de los cuales uno sacó a su pueblo de Babilonia (Ag. 1,1,12,14) y el otro introdujo el suyo en la tierra de promisión (los. 1,1). Y estos mismos, sin duda, defendieron de sus enemigos a los pueblos que gobernaban, pero ¿por ventura les salvaron de sus pecados? Mas este nuestro Jesûs salva a su pueblo de sus pecados, introduciéndole en la tierra de los vivientes. *¿Por qué salvó a su pueblo de sus pecados?* (Mt. 1,21). ¿Quién es éste, que también perdona los pecados? Quiera también dignarse el Señor Jesûs contarme a mí, pecador, entre su pueblo para salvarme de mis pecados. Dichoso verdaderamente el pueblo de quien es su Dios este Señor Jesûs, pues *El salvó a su pueblo de sus pecados**.

b) Necesidad de obedecerle para ser mejor

«Mas temo que muchos profesen ser de su pueblo y El no los tenga por pueblo suyo; temo que a muchos que parecen ser los más religiosos entre su pueblo, diga El mismo alguna vez: *Este pueblo... me honra sólo con los labios, mientras que su corazón esta lejos de mí* (Is. 29,13). Sabe el Señor Jesûs quiénes son suyos, sabe a quiénes escogió desde el principio. *¿Por qué me Harnais, dice, Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?* (Lc. 6,46). ¿Quieres saber si perteneces a su pueblo o, más bien, quieres ser de su pueblo? Haz lo que te manda Jesûs y te contará como de su pueblo. Haz lo que manda en el Evangelio el Señor Jesûs, lo que manda en la Ley, lo que manda por los profetas, lo que manda por sus ministros que tiene en la Iglesia; obedece a tus prelados, que son vicarios suyos; no sólo a los buenos y modestos, sino a los que son ásperos y duros; aprende del mismo Jesûs a ser manso y humilde de corazón, y serás de aquel verdadero pueblo suyo que El escogió por su heredad; serás de aquel estimable pueblo suyo a quien el Señor de los ejércitos bendijo, diciendo (Is. 19,25) *Tú eres obra de mis manos, y mi heredad, Israel; de quien. para que acaso no sigas a Israel carnal, asegura con su testimonio: Obedecíanme con diligente oído: los extranos me lisonjeaban* (Ps. 17,45)»...

B) *Jesus, Salvador del pecado*

En el sermón 1.º de la Epifanía, el Doctor Meliflúo explica el pasaje paulino (Tit. 3,4): *Apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador* (cf. BAC, o. c., p. 310ss y PL 183,143-144).

v

a) El nombre de Salvador

«Una cosa hay en que expresamente convienen los ángeles y el Apóstol cuando hablan del nacimiento de Cristo, y es que le dan el nombre de Salvador. Hablando Gabriel a María, como más plenamente instruida por el Espíritu de Dios, le indica el nombre solamente: *Le pondrás por nombre Jesús* (Lc. 1,31). El ángel que se apareció a José no sólo pronunció su nombre, sino que le instruyó de la causa, y se lo interpretó, diciendo: *Le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados* (Mt. 1,21). A los pastores también se les anuncia la gran alegría... *Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor* (Lc. 2,10). Así también había San Pablo: *Apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador* (Tit. 3,4). ¡Qué bellamente! Ninguno llamó el dulce nombre, porque esto era para mí muy necesario. De otro modo, ¿qué haría yo oyendo que venía el Señor? ¿No huiría como Adán (Gen. 3,8), que huyó de su presencia, aunque no pudo escaparse? ¿No desesperaría oyendo que venía aquel Señor cuya ley así he quebrantado, de cuya paciencia tanto he abusado y a cuyos beneficios he sido tan ingrato? ¿En qué otra cosa podía yo tener consuelo mayor que en el dulce vocablo, en el nombre de mi consolador? El mismo dice *que no vino para juzgar el mundo, sino para que el mundo sea salvado por El* (Jo. 3,17). Ya me llegaré ahora confiadamente a El, ya le suplicaré con toda esperanza. ¿Qué temeré cuando viene el Salvador a mi casa? A El sólo he ofendido. Quedará condonado todo cuanto El perdonare, porque verdaderamente El puede hacer cuanto quiera. Si Dios justifica, ¿quién osará condenarlos? O ¿quién puede acusar a los elegidos de Dios? Por eso conviene que celebremos haya venido a donde nosotros estamos, pues fácilmente nos concederá el perdón».

b) Fácil y amable salvación

«En fin, niño es: fácilmente se le podrá aplacar; porque ¿quién no sabe que el niño fácilmente perdona? Aunque no lo debemos estimar en poco, podemos reconciliarnos con Dios

ahora por cosa minima. Por minima cosa, repito, pero no sin penitencia, sino porque esta misma penitencia es como cosa minima. Pobres somos, poco podemos dar; pero podemos volver a la amistad de Dios por esto poco, si lo queremos. Todo lo que puedo dar en este miserable cuerpo; si yo lo diere, ya basta; pero siempre que anada el suyo también, porque de lo mio es y mio es, supuesto que *nos ha nacido un Niño, nos ha sido dado un Hijo* (Is. 9,6). De ti, Señor, suplo lo que tengo en mí de menos. ¡Oh dulcísima reconciliación! ¡Oh suavísima satisfacción! ¡Oh reconciliación verdaderamente fácil, pero muy útil! Satisfacción tenue, pero no despreciable. Cuanto ahora es fácil, será después difícil; y así como ninguno hay ahora que no pueda reconciliarse con Dios, así dentro de poco ninguno habrá que lo pueda, porque así como la benignidad se manifestó a los hombres sobre toda su esperanza y pensamientos, así debemos esperar que será su rigor en el juicio».

«No menosprecies, pues, la misericordia divina, si no quieres sentir su justicia, su ira, su indignación, su celo y su furor. No me reprendas, Señor, en tu furor ni me castigues en tu ira. Y para que entendieras qué rigor se seguiría, le precedió tan gran mansedumbre, a fin de que por lo grande de la indulgencia pudieras inferir lo grande de la venganza. Inmenso es Dios e infinito en su justicia, pero también lo es en su misericordia: grande para perdonar, grande para castigar; aunque preceda la misericordia, para que, si queremos, no halle la justicia sobre qué descargar su rigor. Por eso nos mostró de antemano su benignidad, para que, reconciliados con el Señor por ella, veamos seguros su severidad. Por eso se dignó no sólo bajar a la tierra, sino dejarse conocer; no sólo nacer, sino darse a conocer».

C) *La imposición del nombre de Jesús*

Seleccionamos asimismo algunos párrafos del *Sermón*¹ sobre la circuncisión,² (cf. BAC, o. c., p. 296ss; PL 183,133) y del *Sermon* 2, 3-5 (cf. BAC, o. c., p. 299ss; PL 183,136).

a) CONEXIÓN DE LA CIRCUNCISIÓN Y DEL NOMBRE DE JESUS

«Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al Niño, le dieron el nombre de Jesús (Le. 2,21). ¡Grande y admirable misterio! Es circuncidado el Niño y se le llama Jesús. ¿Pues qué conexión hay entre estas dos cosas? La circuncisión, sin duda, parece más propia de quien necesita lavarse que de quien es Salvador, y más bien corresponde al Salvador circuncidar que ser circuncidado. Pero aprende en esto cómo el Mediador entre Dios y los hombres desde el prin-

cipio de su nacimiento junta las cosas humanas con las divinas, las infimas con las supremas. Nace de mujer, pero mujer a quien de tai modo se le da el fruto de la fecundidad, que no pierde la flor de la virginidad; es envuelto en panales, pero los mismos panales son honrados con las alabanzas de los ângeles; es ocultado en un pesebre, pero es manifestado brillando una estrella del cielo, demostrando asi la circuncisiôn al mismo tiempo la verdad de la carne asumida; y el nombre recibido, que es sobre todo nombre, manifiesta la gloria de la Majestad. Es circuncidado, como verdadero hijo de Abraham; llâmase Jesús, como verdadero Hijo de Dios».

«Y no lleva este mi Jesûs, como otros que le precedieron, un nombre vacio e inûtil. No hay en El mera sombra de su nombre grande, sino la verdad; porque testifica el evangelists que se le puso desde el cielo; *nombre impuesto por el ângel antes de ser concebido* (Le. 2.21). Y mira bien la hondura de esta expresiôn. Después de nacido, es llamado Jesûs por los hombres, y con este nombre fué llamado por el ângel antes de ser concebido; porque El es Salvador del ângel y del hombre; pero del hombre desde la encamaciôn, del ângel desde la constituciôn dei mundo...» (*Serm. 1, 2: BAC p. 296-297*).

«Con razôn, clertamente, al circuncidarse el Nino que nos nace, se le llama Salvador; porque ya desde enfonces comenzô a obrar nuestra salud, derramando por nosotros aquella sangre inmaculada. Ya no tienen que preguntar los crlstianos por qué causa quiso Cristo ser circuncidado. Fué circuncidado por lo mismo por que naciô y por que padeciô. Ninguna de estas cosas fué por si, sino todo por los elegidos...»

b) Todos los demas nombres de Cristo convergen
EN ESTE

«Pero ôqué diremos al ver que aquel egregio profeta, prediciendo que este mismo Nifio habia de ser llamado con muchos nombres, parece haber callado ûnlcamente éste, el cual sôlo—como dijo antes el ângel y testifica el evangelista—*es su propio nombre?* Suspirô Isaïas por ver este dia; viôlo y se alegrô. En fin, hablaba gozosisimo y, alabando a Dios, decia (9,6): *Nos ha nacido un Nino, nos ha sido dado un Hijo, que tiene sobre su hombro la soberania, y se llamard Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre sempiterno, Principe de paz. Grandes nombres en verdad. Pero ôdônde estâ el nombre que es sobre todo nombre* (Phil. 2,9), el nombre de Jesûs, al cual se hinca toda rodilla? (Ibid. 2,10). Quizâ en todos estos nombres hallarâs sôlo éste, Jesûs... Sin duda, El mismo es de quien la Esposa dice en el cântico de amor: *Es tu nombre ungüento derramado* (Cant. 1,3)».

«Tenéis, pues, un solo Jesûs en todos estos nombres; ni en manera alguna pudlera llamarse o ser Salvador si hubiera fal-

tado uno solo de ellos. ôAcaso no le ha experimentado *Admirable* cada uno de nosotros en la mutaciôn de nuestras voluntades? Entonces se da principio a la gran obra de nuestra salvaciôn cuando empezamos a desechar lo que antes amâbamos, a tener dolor de lo que antes nos daba placer, a abrazar lo que temiamos, a seguir lo mismo de que antes huíamos, a desear lo que despreciâbamos. Admirable es, sin duda, el que obra taies maravillas».

«Pero no es menos necesario que se muestre nuestro *Consejero* en la elecciôn de la penitencia y en la ordenaciôn de nuestra vida, para que nuestro celo no carezca de ciencia y no faite discreciôn a la buena voluntad. Igualmente es preciso que le sintamos *Dios* en el perdôn de nuestras antiguas culpas, porque sin esto ni cabe darse la salud ni puede nadie perdonar los pecados, sino sôlo Dios. Y aun esto no bastaria para la salvaciôn si no se mostrase *Fuerte* en rechazar y destruir a los enemigos que nos combaten, para que no nos venzan de nuevo nuestras concupiscendas, y nuestros fines sean peores que los principes. ôParéceos ya que nada falta para ser *Salvador*? Ciertamente faltaria una cosa principalisima, si no fuese *Padre sempiterno*, toda vez que por El resucitamos para la inmortalidad los mismos que por el padre del presente siglo somos engendrados para la muerte. Aun esto no bastara si, como *Principe de la paz*, no nos reconciliase con el Padre, a quien ha de entregar el reino, para que no ocurra que, como hijos de perdiçiôn y no de salud, resucitâramos sôlo para la pena. *Para dilatar el imperio* (Is. 9,7) se llamarâ con razôn Salvador, por la muchedumbre de los que se han de salvar. Y para una paz ilimitada (ibid.) hemos de saber que la salud es verdadera y no puede temerse que faite jamâs».

D) Belleza de Cristo

Insertamos, por ultimo, un trozo escogido del sermôn 45,9, sobre el Cantar de los Cantares (cf. BAC, *Obras completas*, t. 2. p. 309-310 y PL 183 J)

«iCuân hermoso eres para los Angeles, Sefior Jesûs, en tu naturaleza divina, engendrado desde lo eterno en los esplendores de la santidad antes que el lucero de la mafiana, siendo como eres resplandor y retrato de la substanda del Padre y luz de la vida eterna, siempre refulgente y sin eclipse! jCuân hermosteado apareces también a mis ojos, Sefior mio, en esa nueva posiciôn que has adoptado al unirte en persona a la naturaleza humana! Porque cuando a ti mismo te anonadaste, cuando te despojaste del brillante ropaje de la Divinidad, sombreando los purisimos resplandores de tu gloria, entonces

resplandeciô mäs fulgida tu piedad, brillô mäs clara tu caridad y centelleô mäs intensamente tu gracia. ¡Oh! ¡Cuán esplendorosa aparece a mis ojos esa *Estrella que nace de Jacob* (Num. 24,17), cuán bella esa Flor que corona el esbelto tallo que brota de la *raiz de Jesé* (Is. 11,10), cuán placentera esa suavísima Luz que ha venido a alumbrarme desde lo alto de los cielos, a mi que yacia en tinieblas y en sombras de muerte! ¡Qué objeto de admiración y de pasmo no eres aún para las virtudes celestiales en tu concepción virginal por obra del Espíritu Santo, en tu nacimiento de Madré virgen, en la inocencia de tu vida, en la profundidad de tu doctrina, en la gloria de tus milagros y en la revelación de tus misterios! En fin, ¡qué brillante *Sol de justicia* (Mal. 4,2) eres cuando después de traspuesto emerges del corazón de la tierra! ¡Cuán agraciado apareces, Rey de la gloria, cuando, revestido de tu estola, te retiras a lo alto de los cielos! ¿Cómo por todas estas cosas no dirán mis huesos: *Senor, ¿quién hay semejante a ti?* (Ps. 34,10)».

S E C C I o N l V.

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

Los nombres de Cristo

© ÉL £
39

LL.

' *■

" i

teSiShdeJa
nombre de Jesús. Vale la pena explicar la
fundamentales. P6112, recoger en extracto las ideas fun-

*Los nombres deben responder a las propiedades
de las cosas*

Kénernt a^a^ece claramente en los nombres de los
n 9* RR. mi9 S θοολθΛ05' Aristóteles (cf. *Metaphys.**¹ 3 c. 7.
es la *mcln* la *Ue Si ^
la cosa. ' cual des=na la Propia naturaleza de
ΓοθηT™“ο ^ 1Lc^Lperfona en Particulafslempre se
SuTca.130' £d8Una propiedad de aquel a quien el nombre se

a) Por la circunstancia de tiempo

Es frecuente imponer los nombres de los santos
Quen seTe™ θ' naclmi^to de la cuya fies-
persona a

b) Por el parentesco

dreSoedie **S** partent'^O? adjudicar el nombre del pa-
Sus partentes querian que ce Ham^0 C°n San Juan Bautista.
dre, Zacarias (Le 159) ® **nÆ^** C°" el nOmbre de su Pa'
en su parentela que se Uama^e αóη'Y'l'lβ Π° habia nin9Upo
LLamase con ese nombre (ibid. 1,61).

c) Por algun suceso importante en la vida de la
FAMILIA

Asi, por ejemplo, José diô a su primogénito el nombre de *Manasés*, porque dijo: *Dios me ha hecho olvidar todas mis penas* (Gen. 41,51).

d) For alguna cualidad del nombrado

Como ocurriô cuando Rebeca diô a luz a sus hijos. *Saliô el primera uno rojo, todo él peludo, como un manto, y se le llamô Esau*, que quiere decir rojo (Gen. 25,25).

B) Los nombres impuestos por Dios

Los nombres Impuestos por Dios a determinadas personas siempre significan algun don gratuito que les ha concedido la Divinidad. Tal sucediô con el nombre de Abraham. *Ya no te llamarâs Abram, sino Abraham, porque yo te haré padre de una muchedumbre de pueblos* (Gen. 17,5). Y con el apôstol San Pedro: *Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt. 16,18).

Puesto que a Cristo Hombre se le confiriô el oficio de la gracia, para que por El todos se salvarsen, se le llamô convenientemente con el nombre de Jesús, esto es, *Salvador*. Este nombre lo anunciô el ângel (Le. 1,31), no sôlo a la Madré, sino también a José, que habia de ser el padre nutricio del Señor (Mt. 1,21).

C) Otros nombres de Cristo

a) Los nombres de las profecías

Todos los demás nombres relativos a Cristo estân en cierto modo comprendidos en el nombre de Jesús, en cuanto se refieren a la idea de *salvaciôn*. Cuando Isaias dice (7,14): *He aqui que la virgen gravida da a luz un hijo y le llama Emmanuel*, y cuando San Mateo (1,23) afiade: *que quiere decir Dios con nosotros*, se designa la causa de la salvaciôn, que es la union de la naturaleza divina y la humana en la persona del Hijo de Dios, por medio de la cual se hizo que *Dios estuviese con nosotros*.

Asimismo, cuando Isaias dice (8,3): *Lidmale: pronto a saquear, rapido a robar*, se designa aquello de que nos habia de salvar, pues El arrebatô los despojos al diablo, segûn aque-

llo del Apôstol (Col. 2,15): *Despojando a los principados y a las potestades, los sacô valientemente a la vergilenza, triunfando de ellos en la cruz*. Del mismo modo cuando Isaías dice (9,6): *Se llamard Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Principe de la paz*, se designa el camino y el término de nuestra salvaciôn, en cuanto *por el admirable consejo y poder de su divinidad fuimos conducidos a la heredad dei siglo venidero*, en el cual serâ la *paz perfecta* de los hijos de Dios bajo el mismo *Principe Dios*.

Finalmente, cuando el profeta Zacarias dice (6,12): *He aqui el varôn cuyo nombre es Germen*, se refiere también al misterio de la Encarnaciôn, segûn el cual *en las tinieblas resplandece como la luz para los rectos* (Ps. 111,4).

b) Y TE DARÂN UN NOMBRE NUEVO QUE TE PONDRA LA BOCA
DEL Señor (Is. 62,2).

A la dificultad de interpretar este texto de Isaías, teniendo en cuenta que el nombre de Jesus no es un nombre nuevo, sino que fué impuesto a muchos en el Antiguo Testamento, como se deduce también de la misma genealogia del Señor (Le. 3,29), replica Santo Tomâs que a aquellos que existieron antes de Cristo les pudo convenir el nombre de Jesûs por alguna otra razôn, como, por ejemplo, porque trajeron alguna salud particular y temporal. Pero, segûn la razôn espiritual y universal de la salvaciôn, este nombre es propio de Cristo, y por eso se dice *nuevo*.

c) El nombre impuesto en la circuncision

Santo Tomâs rechaza, por ultimo, la objeciôn de habersele impuesto a Cristo inconvenientemente el nombre de Jesus en su circuncisiôn, toda vez que, significando el nombre *salvaciôn*, segûn dice el evangelista (Mt. 1,21): *Dard a luz un hijo, a quien pondras por nombre Jesûs, porque salvard a su pueblo de sus pecados*, la salvaciôn no fué hecha sôlo *in circumcissione*, sino también *in praeputio*, como se deduce de las palabras del Apôstol (Rom. 4,11-12). A esta dificultad responde diciendo que, segûn se lee en el capitulo 17 del Génesis, Abraham reciblô de Dios, al mismo tiempo, la imposiciôn del nombre y el mandato de la circuncisiôn. Por eso, entre los judios era costumbre que en el mismo dia de la circuncisiôn se impusiesen los nombres a los nifios, al igual que entre nosotros ocurre cuando se bautizan. Por eso sobre aquel pasaje de los Proverbios (4,3): *También fui yo hijo pequenito de mi padre, unigenito bajo la mirada de mi madré*, comenta la Glosa: Sâ-lomôn se llama unigénito bajo la mirada de su madré porque.

según testimonia la Escritura, precedió a su hermano uterino, el cual, nacido después sin nombre, murió como si no hubiese existido (2 Reg. 12-18).

Concluye Santo Tomás que Cristo, al mismo tiempo que fue circuncidado, recibió la imposición del nombre.

II. SAN ROBERTO BELARMINO

Sermon de la Circuncisión

Extractamos el sermón de Circuncisión que pronunció Belarmino en 1601, y que pertenece a la serie 1.^a sobre el *Missus est* (cf. Tromp, *Opera oratoria postuma*, ed. de la Univ. Gregor. [1942], t. 1, sec. 3.^a, p. 276).

A) *Nombre sobre todo nombre*

Hoy comienza un nuevo año en el nombre del Señor Jesús, *nombre sobre todo nombre* (Phil. 2,9).

Merece este nombre singular reverenda, primero, porque lo dice el Apóstol, inspirado por el Espíritu Santo: *Al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos* (Phil. 2,10); segundo, porque es un nombre propio del Señor y no común (cf. supra, sec. 3.aIV, San Bernardo, C,a, e infra, sec. 5.aII, Fr. Luis de León, A); tercero, porque sintetiza los beneficios del Señor, tanto si se considera su sentido en hebreo, como en griego, como en el número de sus letras y en la figura con que se dibuja (cf. supra, sec. 2AII, B,4,1 y 2, sec. 5.aI, Santo Tomás de Villanueva, B,b,1). Todo ello está sintetizado en Tito 2,14: *que se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y adquirirse un pueblo propio, celador de obras buenas*.

B) *Jesús, Salvador*

Nos salva Jesús, ante todo, de la muerte eterna: *La soldada del pecado es la muerte* (Rom. 6,23). Nos salva, igualmente, de la mancha y deformidad interior: *Todos nosotros somos impuros, toda nuestra justicia es como vestido inmundo* (Is. 64,6). Nos salva, por último, de nuestra debilidad para obrar el bien: Porque no somos *capaces de pensar algo como de nosotros mismos* (2 Cor. 3,5).

Lo principal de la redención ha sido, como dice San Pablo, *rescatarnos de toda iniquidad* (Tit. 2,14). [Beneficio que nos libra de la muerte eterna cuando estâmes a punto de ser condenados, como el enfermo a quien se desahucia! ôPor qué

estimamos tan poco la salvación de la muerte eterna? Porque no nos damos cuenta de lo que significa (cf. supra, sec. 2.a,II, B.b.1).

C) *Jesus, medico*

Jesús, en griego, según Epifanio y otros autores, significa médico. En realidad, Jesús nos salvó de la enfermedad del pecado, que, como todo morbo, acarrea un daño interior y una debilidad para obrar. Los enfermos, además de sufrir sus males, pierden el gusto de todo. De la misma manera, el pecador, enfermo por dentro y perdido el gusto de lo celestial, solo appetite lo que le perjudica. Por eso viene Jesús, como dice el Apostol a Tito (Tit. 2,14), para limpiar a su pueblo y hacerle celador de buenas obras.

Celador de buenas obras... ¡Si los cristianos conocieran que ésta es su profesión! Todas las demás les hacen comunes con los gentiles y herejes. A los romanos les decía el poeta: «Unos son escultores, otros oradores... Pero tú, romano, acuérdate de que has nacido para regir imperios. Este debe ser tu oficio»... (Virg., *Aeneid.*, 6,857-861).

A los cristianos hay que decirles: Sean otros lo que quieran; acuérdate tú de que has nacido para obrar el bien.

D) *Las letras del nombre de Jesús*

Muchos escritores antiguos utilizan un juego de ingenio, que consiste en estudiar el valor de las letras según el alfabeto griego o hebreo. Así el número del Señor es 888, y, continuando la alegoría, el número 3 representa la felicidad final.

E) *El modo de dibujarlo*

El anagrama del nombre de Jesús suele dibujarse siempre con la cruz en el centro. De ella se derivaron todos los beneficios merecidos por Cristo, *que se entregó por nosotros* (Tit. 2,14). Pudo escoger otro medio, y prefirió el más duro y humillante. Pensemos en los beneficios que hemos recibido de la cruz, y sean éstos los clavos que nos sujetan a ella para no pecar.

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

La circuncisión del Señor y sus circunstancias

Entre los más bellos sermones del glorioso arzobispo de Valencia figura la *Concio II in Circumcisionem Domini*, de la que transcribimos los más interesantes pasajes (cf. Divi Thomae a Villanova, *Opera omnia*, vol. 4, p. 107-113, ed. Manliae 1883).

A) Exordio

Le dieron el nombre de Jesus (Lc. 2,21). «La perfección de un nombre y su propiedad residen en la conformidad y proporción con su significado. Existe una doble proporción, una en la pronunciación y otra en la significación. En lo que respecta a la pronunciación, el nombre debe ser tal que sólo su elocución descubra lo que significa. Por eso, según Platón (cf. *Cratyl.*, p. 259, ed. Lugdun. 1590), la elocución es, en cierto modo, natural en el nombre, o sea, que no está al libre arbitrio de quien lo impone, sino que ha de considerar éste su conformidad natural, de suerte que asigne a cada cosa su propio vocablo. La segunda proporción estriba en la significación. Hemos de demostrar que ambas proporciones se dan en el nombre de Jesús; por eso *le dieron el nombre de Jesús* (Lc. 2,21)

Mi discurso constará de dos partes. Primera, de cómo este nombre es propio y convenientísimo a Cristo, y segunda, de sus excelencias...

B) Propiedad y conveniencia del nombre de Jesús

a) El nombre de Dios

«Dios es más excelente que toda palabra y que toda ciencia, y no hay sentido, ni imaginación, ni opinión, ni nombre... que pueda alcanzarle. ¿Cómo, pues, nos atreveremos a hablar de los nombres divinos, si sabemos que la Deidad su-

persubstantial carece de vocablo y está por enclma de todo nombre? Asi como Dios es incomprensible, asi también es inefable... Por eso Santo Tomâs (I *Sent.*, dist. 22, a. 1) dice: «Asi como Dios se comprende El solo a si mismo, asi también El solo se nombra. Al engendrât al Hijo, la misma generaci3n constituye el nombramiento y el mismo Hijo es su nombre». Por lo cual Isaías (30,27) afirmo: *He aqui el nombre del Senor que viene de lejos...* Y el Senor, como ofendido, cuando le pregunto Jacob cuál era su nombre, respondiô (Gen. 32,30): *¿Para qué preguntas por mi nombre*, que es admirable, inefable, innarrable e innombrable?...

Es, pues, innominado el nombre de Dios, como su alabanza es el silencio... Y asi ocurre que *cual es tu nombre, asi es tu gloria en los confines de la tierra* (Ps. 47,11). La suprema alabanza es el silencio. Porque hay una ignorancia mayor que toda ciencia, un callar que supera a todo decir y un desfallecer que aventaja a todo sentimiento. *Anhela mi aima y ardentemente desea los atrios de Yavé* (Ps. 83,3). Conoces bien a Dios cuando entiendes que no sabes nada de El y hablas bien de El si para hablar te callas. Asi dice San Agustín (De *doctrina Christiana*, 1.1,c. 6: PL 34,21): «ôPodemos decir y pronunciar algo digno de Dios? Yo siento que no otra cosa que querer decirlo, pues si algo dije, no es esto lo que he querido decir. De donde sé que Dios es inefable, porque lo que he dicho, si no fuera inefable, no lo dijera». Por tanto, Dios, que es inefable, es innombrable. Para que podamos nombrarle e invocar su nombre, según se dice en la Escritura (Act. 2,21): *Y todo el que invocare el nombre del Senor se salvard*, quiso ser invocado con muchos nombres. Asi se le Hama Principio, Sefior, Dios, Bondad, Verdad, Luz, Vida, Sabiduria, Caridad, etc. Asimismo se le nombra León, Cordero, Piedra angular, Sol, Estrella de la mafiana, Fuego, etc.; asi el que no tiene ningûn nombre es llamado con nombres diversos, para mostrar el piélago infinito de su esencia, puesto que, careciendo de nombre, tomô los de todas las cosas, y para manifestat que El mismo está sobre ellas y es Dios todo en todas, como dice el Apôstol (1 Cor. 15.28), pues posee las perfecciones de las criaturas.

He aqui, pues, al Dios de ningûn nombre y de todos los nombres. De éstos, unos se le aplican metafôricamente, como León, Cordero, Piedra, Sol, etc.; otros, con propiedad en cuanto a la cosa misma, no en cuanto al modo de entenderla o de slgnlficarla: Dios proplamente es vida y es luz, pero no la vida ni la luz como tû la entiendes. Nada hay en que puedas fijar el entendimiento respecto a Dios, y si algo concibes, no es Dios aquello que entiendes...»

b) El nombre de Cristo

<Dios, pues, que según su naturaleza es Innombrable y carece de vocablo que lo désigné, cuando asumió nuestra carne y se sometió a nuestro ser finito, apareció nombrable. Antes, como no tenía figura ni simulacro, según aquello de la Escritura (Deut. 4,15): *No visteis figura alguna*, tampoco tenía nombre. Pero al aparecer en forma carnal tomó nombre y figura: figura bajo la cual pudléramos imaginario, nombre con el que pudléramos invocarlo. Cuál fuera este nombre, oye al Evangelio: *Vocatum est nomen eius Iesus**.

1, El nombre de Jesus, propio de Dios

«Mostremos ahora, según las dos proporciones señaladas, que este nombre de Jesús es propio de Dios. Bastaba para esto con la autoridad de quien lo imponía. pues si. según se dice en el Génesis (2.19): *Y Yavé Dios trafo ante Adán todos cuantos animales dei campo y cuantas aves del cielo formé de la tierra, para que viese cómo los llamaria, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera*, y el imponente humano. Inspirado por Dios, aplicaba a las cosas sus nombres, ¡cuánto más habla de saber Dios imponer a su Hijo el nombre adecuado? Pero hemos de observar que este nombre de Jesús es el nombre de Cristo, no sólo en cuanto Dios, ni tampoco en cuanto hombre, sino en cuanto que es Dios y hombre al mismo tiempo. Y así la primera proporción de la pronunciación o del nombre de la Escritura conviene extraordinariamente al mismo Cristo, puesto que. así como El es uno, pero en dos naturalezas, así este nombre es único, pero en dos sílabas: y así como en la naturaleza inferior, a saber, en la humana, hay en Cristo dos partes, esto es. el cuerpo y el alma, así la primera sílaba tiene dos letras; y así como en la naturaleza superior existen tres personas, así la segunda sílaba consta de tres letras: y así como en lo divino el Hijo es engendrado a semejanza de la naturaleza. y el Espíritu Santo es nexa y santa comunión del Padre y del Hijo, según dice San Agustín (*De Trin.*, l. 6. c. 5: PL 42.928), así también de aquellas tres letras dos son semejantes y se unen por una intermedia. Del mismo modo. *Jesús* suena como *Salvador*. ¡Qué representan esas cinco letras en un sólo nombre, sino las cinco llagas en un solo Salvador? He aquí la primera proporción».

2. El significado de Salvador corresponde al nombre

<Igualmente conviene a este nombre la proporción del significado. *Jesús* equivale a *Salvador*. En el *Salvador* hay que considerar dos cosas: el poder y el remedio: el poder de salvar y el remedio de la salvación: y este poder y este remedio expresan las dos naturalezas de Cristo. Una puso el remedio, a

saber, la humana; la otra la eficacia, la dlvlna. Padecia como hombre y era escuchado como Dios. Como hombre era maniatado, azotado y crucificado, pero como Dios atribuia a estos tormentos la fuerza y la eficacia de la salvaciôn. Finalmente, *fué escuchado por su reverential temor* (Hebr. 5,7). ¿Qué reverential temor es éste, sino que era Dios?, como dice el Salmista (34,14): *Me porté con ellos como un pariente o un hermano; co?no si llevase luto por mi madre, me enlutaba y me hunvülaba*; la pasiôn era en la carne y de la carne pro-venta, pero el valor de la pasiôn y la eficacia de la salud procedian de la Divinidad. Si hubiese sido solamente Dios. êcômo hubiese podido padecer? Y si hombre tan sôlo, ôcômo hubiese aceptado los padecimientos? Debiô, pues, encontrarse lo uno y lo otro en el Salvador, y por eso, para mostrar sus dos naturalezas, fué llamado tan propiamente con el vocablo de Jesûs: *Vocatum est nomen eius Iesus*».

C) *Excelencia dei nombre de Jesûs*

a) *Fué anunciado y profetizado en la antigua ley*

«La primera excelencia y dignidad de este nombre es que fué anunciado y profetizado mucho antes en la antigua ley. Cuando Dios hablô a Moisés en la zarza ardiendo (Ex. 3,2), en-fonces le mostrô este nombre en la palabra *Yavé*, que nunca antes habia sido revelado a ningûn mortal, pues dijo el mismo Dios: *Yo soy Yavé. Yo me mostré a Abraham, a Isaac y a Jacob como El-Sadai, pero no les manifesté ni nombre de Yavé* (Ex. 6.2-3). Mira en cuánto estima Dios su nombre, que ni aun siquiera a Abraham, familiar suyo, llegô a indicâr-selo. Y aun afiadî Dios sobre su nombre cuando hablaba a Moisés (Ex. 3,15): *Este es para siempre mi nombre; éste mi memorial de generation en generaciôn*.

Veamos por qué dice *nombre* y *memorial* y por qué este nombre es para siempre. El pasaje consueña casi a la letra con el del Salmista (Ps. 134,13): *¡Oh Yavé! Tu nombre es eterno. Yavé, tu testimonio es por edades y edades*. El Señor es nuestro Salvador, y esto por siempre, porque no sôlo aparece como tal Salvador por nosotros, sino también para los bien-aventurados en el cielo, que ven allí la gloria que alcanzaron por El y las penas de los condenados, que se evadieron. Ven los peligros de los pecados en que se hallaron, las heridas resplandecientes de Cristo, por las cuales los esquivaron, y cômô por la luz del Señor se han transformado y beatificado, trocandose, a su semejanza. de claridad en claridad en su misma imagen. Le alaban seguros con todas sus en-travas, pues los arrancô de tantos males y los colmô de tan

grandes blenes. ¡Oh Sefior!, dice cada uno de ellos: ¿Qué habia en mí para que me ayudaras? ¡Oh Sefior, si no me hubieses auxiliado con tu misericordia, *ya habitaria mi aima en el sepulcro* (Ps. 93,17), entre aquellos gemidos, entre aquellas Hamas, dolores y tormentos sempiternos! En el cielo se repite frecuentemente, se nombra y se venera el nombre de Jesûs y se reconoce su poder y verdad. Así, pues, este nombre es para siempre.

Es también *memorial*, pero de generaciôn en generaciôn, hasta el fin de los siglos. Se sustrajo de nuestra presencia, pero nos dejó su nombre como recuerdo. Acostumbra la esposa fiel a conmoverse, derramando lágrimas, tan pronto como escucha el sonido del nombre del esposo. Pues ¿de donde. Sefior nuestro, tanto amor, de donde tanta fe? Nos engañamos, Señor, verdaderamente nos enganamos gloriándonos de tu amor entre tanta tibieza, entre tanta miseria y olvido.

Mas quien por espacio de tanto tiempo quiso que fuese venerado aquel nombre sacrosanto, al venir al mundo deseó que fuese invocado por todos... Por lo cual Isaías (52,6) dijo: *También mi pueblo conocerà mi nombre y que soy yo quien dice: Aquí estoy.* Como si dijera: Cuando estaba en el cielo inaccesible no quise que fuera mentado mi nombre por labios manchados; mas ahora, cuando entrego mi persona en manos de pecadores, no desdeho que los labios de los mismos pecadores invoquen mi nombre... Me entrego a mí mismo a la muerte por vosotros, ¿oy voy a reservar en silencio mi nombre?... Así ocurrió que mientras antes todo un pueblo no se atrevía a pronunciar el nombre de Dios, ahora por doquiera y a cada hora y por todos, tanto justos como pecadores, por todas partes y siempre, es aclamado y nombrado, y todas las gentes, de todo sexo, edad y condición, invocan el nombre de Jesûs».

b) Fué impuesto a Dios por boca de Dios

«No por la Madré ni por el ángel, sino por el Padre, fué impuesto y encontrado este nombre para su propio Hijo, y el Padre no dió al Hijo el nombre de Juez, ni el de Vengador, ni el de Guardián, sino el de Salvador. La Virgen lo engendré, pero el Padre le dió nombre; por eso el Espíritu Santo dijo en el Evangelio: *Le dieron el nombre de Jesûs, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno* (Lc. 2,21). Dice *vocatum*, esto es, *llamado*; no dice *impositum*, *impuesto*. Pues ya habia dicho Isaías (62,2): *Y te darán un nombre nuevo, que te pondra la boca del Sefior*; esto es, lo impuso y lo encontró antes. Sabla muy bien el Dios Padre con qué nombre habia de llamarse propiamente este Hijo suyo y qué nombre le era en mayor grado idóneo y conforme, y por eso le

llamô Jesús. El mismo ângel nos da la razôn del nombre (Mt. 1,21): *Porque salvarâ a su pueblo de sus pecados*. ¡Oh cuanta confianza despierta en mi tu nombre, buen Jesus! Eres Jesus, Señor; eres Jesus, recuerda tu nombre. El nombre que te impuso tu Padre es Jesús. Sé para mi Jesùs. Cautivo soy, lo confieso; aprisionado en las redes del pecado, condenado con mis iniquidades, cargado con los griiws de mis crímenes. Reconozco que lo soy. pero tû, Seûor, reconoce también que eres Jesús. ^Acaso puede darse un Salvador si no es de los perldos y de los esclavos? Si no es el miserable y el cautivo quien ha de salvarse por ti, ôde quién eres entonces Salvador? Si yo te negué, tu, Seûor, eres fiel y no puedes negarte a ti mismo. ¡Oh hermanos míos, corred, apresuraos a los pies del Seûor; no temâis, acercaos con confianza! Sabed que se llama Jesus. Es Salvador y no puede rechazar a los que han de salvarse. El que perece, no perece porque pecô, sino porque rechazô esta salvaciôn tan aoundante y tan cierta. Ten confianza, invoca su nombre, *porque todo el que invocare el nombre del Sefior se salvarâ* (Act. 2,21), si le invoca con corazôn lleno y verdadero. Por eso dice el Salmista (Ps. 9,11): *Para que confien en El cuantos conocen su nombre-*, porque quien conoce tu nombre, si no es necio y ciego, verâ claramente que en ti, Seûor, estâ abierto el camlno de la salud para todos los desgraciados: *Pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El* (Io. 3,17). Del oficio tomô el nombre, para que a su vez el pecador tomase del nombre la confianza de acercarse, no al Juez ni al Vengador, sino a Jesús, al Salvador, al Propiciador, al Redentor. *Les duré la salud por que suspiran* (Ps. 11,6). Y dpor qué? Porque se llama Jesùs>.

«Verdad eres, Seûor, y no puedes discrepar de tu nombre. ôCómo podrías tener nombre de Salvador si desdeûaras salvar? ôCómo te podrías llamar piadoso si a los que te imploran piedad les mostraras sôlo juicio? No hay en Dios ficciôn ni engaûo. Eres tal cual eres llamado. Te Hamas Jesús, pues eres Jesús. Acérquese a Jesús el pecador, porque para eso se llama Jesùs, *para salvar a su pueblo de sus pecados* (Mt. 1,21). Si estâs inmundo, El es el que limpia los pecados y el que purifica las aimas. éPor qué tiemblas? Nada hay âspero y amargo, nada suena terrible en el nombre de Jesùs: todo es dulzura y suavidad. Oye a la Esposa de los Cantares (Cant. 1,3): *Es tu nombre como ungüento derramado*. Dice *ungüento*, no vinagre; dice *derramado*, no tlrado. £Te duelen las heridas de la culpa, te atormentan los estímulos de la conciencia? Pues acércate. Derramado estâ el ungüento, recíbelo, ûngete y cesará la plaga (Ps. 105,30), *et computrescet iugum a facie olei* (Is. 10,27). Pues el ungüento, como dice San Bernardo (cf. *Serin. 15 in Cant.*, 5: BAC, o. c., p. 831;

PL 183,845). Ilumina, alimenta y unge. Eso mismo obra el nombre de Jesûs. Ilumina, cuando se le predica; alimenta, cuando se médita en El; unge, cuando se le invoca. De esta manera es ungüento. Pero ôcômo es derramado? En la antigua ley, cuando Moisés le preguntaba por su nombre, Dios le respondiô (Ex. 3,14): *Yo soy el que soy. El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob* (ibid. 3,6). ¡Oh Sefior!, ôpor ventura eres Dios solamente de hombres y no eres Dios del cielo y de la tierra? êCômo limitas tu nombre sôlo a très hombres? Demasiado abreviado es tu nombre, Sefior; demasiado estrecho dentro de los insignificantes vasos del pueblo judío. ôEl que es grande como el mar y mâs amplio que el océano se encierra en vaso tan minúsculo? *Glorioso es Dios en Judd*, dice el Salmista; *grande es su nombre en Israel* (Ps. 75,2). Grande, en verdad, el nombre y pequefio el pueblo. Te ruego, pues, Sefior, que se derrame el ungüento y se disperse sobre todas las gentes. No otra cosa deseamos y pedimos. *Comeremos de nuestro pan, nos vestiremos con nuestras ropas, pero que podamos llevar tu nombre* (Is. 4,1)... Mas ôcômo se derramarâ si no se quiebra el vaso? Y dquién lo romperâ? Oid el misterio. Dijeron aquéllos hombres estûpidos del tabernâculo, los escribas y fariseos (1er. 11,19): *Vamos a darie veneno en el pan, le raeremos de la tierra de los vivos y no se hard mâs memoria de su nombre*. Los necios quieren empequefiecier su nombre, coartar el ungüento y quebrar el vaso. Si no queréis que se derrame el ungüento, ôcômo quebrâis el vaso? dAcaso ignorâis que, puesto que es mortal, aun se encierra el ungüento dentro del vaso de la inmortalidad, pero que después de que el mortal se vistiô de la inmortalidad, por la abertura de las heridas se derramô el ungüento por toda la tierra y por todos los pueblos? Gracias, Sefior. *Dominard de mar a mar, dei rio hasta los cabos de la tierra* (Ps. 71,8), para que proclame toda carne que te Hamas Jesûs».

c) Eficacia del nombre de Jesûs

«Habia un hombre tullido junto a la puerta dei templo llamada la Hermosa. Entra Pedro Apôstol y dice al cojo (Act. 3,6): *En nombre de Jesucristo Nazareno, anda*. Y al punto saltô. *Y sus pies y sus talones se consolidaron* (ibid. 3,7). Habia muerto Drusiana L Dicele Juan: «Drusiana, que te resucite mi Sefior Jesucristo». La muerta resucitô.

1 Aunque muchos milagros del apôstol San Juan después de su vuelta a Efeso se reputan ciertos y creibles, este de la resurrecciôn de Drusiana ha sido generalmente considerado como apócrifo.

ôQué, pues, hay mäs poderoso y eficaz que este nombre? Los muertos al oirlo revlven, los cojos andan, los clegos ven, los enïermos sanan. ¡Oh cuanto poder en un nombre! Todos los eximios milagros que fueron hechos se obraron por la vlr-tud de este nombre. ôQuién se atreverâ ya a mentar nom-bra tan sagrado y tan poderoso sin temor ni reverenda? ^Nombre a cuyo solo sonido los ângeles se inclinan, los hom-bres se arrodillan y los demonios tiemblan? Este nombre pone en fuga al diablo, suaviza las mäs duras tentaciones. penetra en los cielos y todo lo alcanza, pues el Sehor dijo: *Lo que pidiereis al Padre en mi nombre, eso hare* (lo. 14,13), y aun aôadiô: *Si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, yo la haré* (ibid. 14). ¡Cuâmta reverencia, pues, debemos a este santo nombre y de qué suplicio no hemos de considérât dignos a aquellos que temerariamente blasfeman del nom-bre de Dios!...»

Para terminai recuerda el orador el asombro de San Bernardo (cf. supra. *Serm. 2. in Circum. Domin.*, 4) al comentar el pasaje de Isaías (9,6): *Nos ha nacido un Nino, nos ha sido dado un Hijo, que tiene sobre su hombro la soberania, y que se llamarâ Maravilloso, Consejero, Dios iner-te, Padre sempiterno, Principe de la paz*, cuando dice: «Grandes nombres, en verdad, pero ôdônde esta el *nombre que es sobre todo nombre?* (Phil. 2.9). ôPor qué se ha olvida-do de un nombre tan grande? No me quedo satisfecho si no escucho este nombre». Mas ôpensamos nosotros que Isaías se olvidô de un nombre tan sagrado y tan propio? No. Todos estos nombres estân comprendidos en este ûnico de Salva-dos, esto es, Jesûs, como el mismo San Bernardo demuestra seguidamente (cf. ibid. 5).

II. FRAY LUIS DE LEON

Cristo, salud de los hombres

Parece inexcusable extractar aqui la clâsica doctrina de fray Luis sobre el nombre de Jesûs. que aparece en su obra inmortal *Los Nombres de Cristo* (cf. BAC, FRAY LUIS DE LEON, *Obras com-pletas castellanas*. 2.* ed., ; *Los Nombres de Cristo: Jesûs*, 1. 3. p. 735-769).

A) *Jesûs, nombre propio*

El nombre de Jesûs es nombre *propio*, porque solo le con-viene a El. y le conviene perfectamente, significando todo cuanto hay en Cristo, mientras que los demäs son nombres comunes que se les apllcan solo por alguna semejanza, y aun ésta compete a otros seres.

En cuanto a Dios. tiene el nombre propio de *Verbo*; una vez encarnado, le corresponde el de *Jésus*; en su lengua original, *Jehosuah*.

«Con una significaciôn y figura que tiene sola, dice la manera de ser de Cristo-Hombre y toda su obra y su oficio»...

B) Jesûs, salud de nuestra enfermedad

Jesûs significa *salvaciôn* o *salud*. Si se llama *salud*, es que lo es, y puesto que El no tiene necesidad de salud, cierto sera que lo es para nosotros.

Veamos cuâl era nuestra enfermedad para conocer lo grande dei remedio.

El hombre de su natural es movedizo, y enferme en todas sus partes; porque, en cuanto a su entendimiento, padece oscuridad; en su voluntad, flaqueza; en su apetito, perversa inclinaciôn; en su memoria, olvido; en sus sentidos, engaño y fuego.

Y lo que peor es, heredô la culpa de sus padres, que es enfermedad en muchas maneras: por la fealdad suya que pone y por la luz y la fuerza de la gracia que quita, y porque nos enemista con Dios, que es fiero enemigo, y porque nos sujeta al demonio y nos obliga a penas sin fin.

A esta culpa comûn anade cada uno las suyas; «y para ser del todo misérables, como malos enfermos, ayudamos al mal y nos llamamos la muerte con los excesos que hacemos. Por manera que nuestro estado, de nuestro nacimiento y por la mala elecciôn de nuestro libre albedrio..., es infelicesimo»...

De todas estas enfermedades nos libra Cristo, y por ello es verdaderamente Jêsus *salvaciôn* y *salud*... «Grandisima salud, porque la enfermedad es grandisima»...

C) Todos los nombres de Cristo se cifran en éste

Como la enfermedad ténia tantas raices, todos los demás nombres y oficios del Seïor iban ordenados como partes a conseguir la salud total, siendo Jesûs el nombre del todo que los otros han conseguido por partes.

Asi, si es *Pimpollo*, esto es, fruto y «parto comûn» de la creaciôn, es porque todas las cosas se enderezaban a producirle para que fuera nuestro Jesûs o *Salvaciôn*. Isaïas dice: *Rociad, cielos...*, y *tû, tierra, fructificarâs la salud* (45,8). Si es *Faciês* o rostrô de Dios es porque nuestra *salvaciôn* consiste en asemejarnos a El, como el mismo Cristo dice: *Esta es la vida eterna, conocerte a Ti y a tu Hijo* (Io. 17,3). Le llama-

mos *Camino* porque es guía hacia la salud, y *Monte*, porque es su defensa; *Padre del siglo futuro*, porque es quien nos engendra en la nueva salud que pretendemos; *Brazo* de nuestra libertad, necesaria para conseguir la salud; *Príncipe*, para conservárnosla, y *Esposo*, porque indica el deleite de esta nueva y casta salud.

Si le faltara uno de sus títulos no sería totalmente nuestro Jesús. No tendríamos salud completa si no fuese el *Pastor* que nos apacienta y guía, la *Oveja* que nos alimenta y viste, la *Hostia* que se ofrece por nosotros, el *Sacerdote* que interviene y nos desenoja a su Padre, el *León* que despedaza al león enemigo, el *Cordero* que lleva sobre sí los pecados del mundo, la *Vida* que nos comunica su jugo, la *Puerta* que nos mete en el cielo, el *Médico* que cura mil llagas, la *Verdad* que nos saca del error, la *Luz* que nos alumbra en la noche de la vida y, finalmente, el *Sol de justicia*, que derrama sus rayos para hermoear nuestras aimas.

D) Escogió el de Jesús por amor

Jesús es nombre verdaderamente propio porque «le trae embebido en el ser..., porque... su ser de Cristo es Jesús, porque todo cuanto en Cristo hay es salvación y salud».

Escogió este nombre como propio para declararnos su amor, pues, significando los demás nombres tantas grandezas tuyas, prefirió éste, que indica su obra para con nosotros. Y lo mismo que dijo una vez: *Yo soy el que soy*, ahora dice: Yo soy Jesús.

«Jesús es su ser; Jesús son sus obras y Jesús es su nombre, esto es, piedad y salud».

E) Modos como Cristo es salud

a) La salud no es solo un bien, sino un conjunto de BIENES

«En la salud están las fuerzas y la ligereza del movimiento, y el buen parecer, y el habia agradable, y el discurso entero de la razón. y el buen ejercicio de todas las partes y de todas las obras del hombre»...

Jesús es salud universal, primero, porque tiene reparos y medicinas para todos los males. Y segundo, porque los tiene para todos los hombres, y no sólo para librarios del mal, sino para ser ricos perfectamente en salud.

Concede la salud universal «limpiando la culpa, dando libertad del tirano. rescatando del infierno, vistiendo con la

gracia, comunlcando su mismo Espiritu, envlando su amparo y, ùltlmamente, resucitando y glorificando los sentidos y el cuerpo».

b) La salud consiste en la proporciôn y armonîa de
COSAS DIFERENTES

Cristo trajo esta armonia perfecta, *pacificando con su sangre asi lo que estâ en el cielo como lo que reside en la tierra* (Col. 1,20), *quitando de en medio la divisiôn* que habia entre los hombres y Dios, haciendo *de ambos uno* (Eph. 2,11-17) y *constituyéndose en piedra angular* (Ps. 117,22). «Porque es la paz de todo lo diferente y el nudo que ata en si lo visible con lo que no se ve...; y es la melodia acordada y dulce sobre toda manera, a cuyo santo sonido todo lo turbado se aquieta y compone»...

c) Llâmase Cristo salud para que entendamos cual es
SU OBRA Y LA DESEEMOS

Es necesario entender la diferencia que existe entre la salud y las medicinas. Las medicinas son algo externo; la salud es Interna. La salud o santidad que trae Cristo es también algo interno, mientras que la limosna y los ayunos son medios exteriores para conseguirla. Medios santos y apreciables, pero que pueden convertisse en dahosos si hiciéramos consistlr en ellos la santidad, o la vanaglorla los estropease.

Fray Luis cita el texto de San Pablo: *Fué determinado ser Hijo de Dios en fortaleza, según el espiritu de la santificaciôn, en la resurreccion de los muertos de Jesucristo* (Rom. 1,4). Y añaade que es como si dijera: «El argumento... por donde se conoce que Jesûs es el verdadero Mesias, Hijo de Dios prometido en la ley..., es porque es *Jésus*; esto es, por la obra de *Jesûs*, que hizo, que era reservada por Dios y por su ley y profetas para sôlo el Mesias». Pero dcuâl es esta obra, poderio o fortaleza? La santificaciôn de los espíritus, que se alcanza muriendo con Cristo y resucitando con El a la vida de la gracia Interior.

«Asi, el condenar la ceremonia es error; y el poner en ella la proa y la popa de la justicia es engafio. El medlo de estos dos extremos es lo derecho; que la ceremonia es buena cuando sirve y ayuda a la verdadera santificaciôn del aima»...

d) El mismo es la salud

Jesûs no sôlo causa la salud mediante la gracia, sino que El mismo es la salud. «El mismo, por medio de su Espiritu, se junta con ella (el aima), y juntándose la sana y agracia; y esa misma gracia que digo que hace en el aima, no es otra cosa sino como un resplandor que resulta en ella de su amable presencia. Asi que él mismo, por si y no solamente por su obra y efecto, es la salud». Cuândo se buca a Cristo, El mismo se da. «Abraza con nuestro espiritu el suyo, y abrazándose, le viste de si. según San Pablo dice: *Vestios de Nuestro Señor Jesucristo* (Rom. 13,14), y vistiéndole, le reduce y sujeta a si mismo y se cala por él totalmente». Como el hierro enciende el fuego y como la levadura fermenta la masa, asi Cristo, «ayuntado conmigo y hecho totalmente señor de mi..., me incorpora de tal manera en sus saludes y bienes, que yo ya no parezco el enfermo que era, ni de hecho soy ya el enfermo, sino tan sano, que parezco la misma salud, que es *Jesûs*»...

e) Toda la salud es de Cristo

Fuera de El no la hay. La salud da medicina, préserva y cura. Cristo lo hace también. El es el pan de vida que alimenta, sostiene y sana.

f) ES SALUD TODO EL

«Son *Jesûs* sus palabras, son *Jesûs* sus obras; su vida es *Jesûs* y su muerte es *Jesûs*». Fué salud con su doctrina y su ejemplo, pero salud también con la vlr tud saludable que sale de El mientras estuvo en la tierra y ahora en el cielo. Jesûs es el árbol plantado en las aguas vivas de la gracia, cuyas hojas sirven para salud a las gentes (Apoc. 22,2).

Salud del aima y del cuerpo y de todos sus vicios. Para nuestra soberbia es salud su cetro de cana; para nuestra ambition, su pûrpura de escarnio; para nuestra afición a los deleites, su corona de espinas; para todo lo camal y torpe, sus azotes; para nuestra codicia, su desnudez: para nuestro coraje, su sufrimiento; para nuestro amor propio, el desprecio que siempre hizo de si. Por eso la Iglesia el dia de Viernes Santo, en que esta Salud se mostrô tan claramente. le pide por todos: por los papas, por los obispos, los sacerdotes, los reyes y principes, los fieles y hasta por los herejes y judios, que para todos es salud.

Es Jesûs el nombre propio de Crlsto porque sana Crlsto

y porque sana consigo mismo, y porque es toda la salud, y porque sana todas las enfermedades del hombre y en todos los tiempos y con todo lo que en si tiene, porque todo es medicinal y saludable y porque todo cuanto hace es salud?/...

F) Cristo repara todas las cosas

En bçeve y hermoso diâlogo afirma fray Luis que las cosas fueron creadas de la nada y, por lo tanto, tienden a la nada. De suyo tienden a su menoscabo, unas deshaciéndose y otras empeorându. De los ângeles dice la Escritura: *Los que le sirven no tuvieron firmeza y en sus ângeles hallô torcimiento* (Iob 4,18). De los hombres añaade: *Los que moran en casas de lodo y cuyo apoyo es de tierra se consumirân de polilla* (ibid. 19). Del universo: *Los cielos perecerdn y Tu permanecerds, y se envejecerân todos, como se envejece una capa* (Ps. 101,26-27). Con todo lo cual indica su fin y la causa de su fin, a saber, la falta de firmeza y el ser por nacimiento como pano sujeto a la polilla.

Pues bien, Dios, que creô todas las cosas valiéndose del Verbo, lo encarna, para que, hecho hombre, sea la Salud, el reparo y la medicina que restaure todas las criaturas, por donde El, que en la creaciôn fué Idea o Verbo, ahora sea *Jesûs* o *Salud*.

Jesûs es el océano inmenso en donde estâ atesorado todo el ser y todo el buen ser, el *alfa* y el *omega* (Apoc. 21,6), el que hizo âl principio todas las cosas, y deshaciéndose ellas, las sana y repara. A los hombres los sanô muertos y a los ângeles les diô vigor para que no murieran. Y como dijimos que era el *Pimpollo*, porque toda la creaciôn tuvo como fin el que naciera en ella Cristo, ahora decimos que este *Fruto* o *Pimpollo* del rrfundo fué hecho salud y *Jesûs* para remediarla. Para crear el mundo no fué necesario que Dios hiciera a su Hijo hombre, porque, como no obraba sobre materia alguna, no tenía por qué existir ninguna proporciôn entre el artifice y la obra. En cambio, lo encamô para reparar lo que se iba deshaciendo, porque, según el suave orden divino, juzgô conveniente que hubiera cierta vecindad entre la medicina y el sujeto sobre quien habia de obrar. Fué, pues, Médico en una natüraleza y Creador en la otra.

Existieron dos ârboles en el paraíso, el uno que era del saber, y estaba prohibido, y el otro que era de la vida, y del que habia que alimentarse. En la persona de Crlstô estâ el ârbol del Saber divino, el Verbo, de cuya ciencia es incapaz la creatura (*al que escudrinare la majestad, hundirale la gloria*: Prov. 25,27), y estâ el ârbol, Jesûs, del que, si no corremos, no alcanzaremos la vida eterna (lo. 25.27).

III. BEATO ALONSO DE OROZCO

Victoria de la muerte

Del Venerable P. Fr. Alonso⁴ de Orozco, de la Orden de San Agustín, predicador de Carlos V y de Felipe II y confesor de la reina de España dona Ana de Austria, acaso la obra más bella por la profundidad de pensamiento y por la calidad del estilo clásico sea la *Victoria de la muerte*. De ella exhumámes algunos pasajes, que estimamos relacionados con el tema de la presente dominica (cf. *Obras de Venerable P. Fr. Alonso de Orozco*. Dadas a luz la Provincia de Castilla del Orden de nuestro Padre San Agustín, en esta tercera impresión. Madrid, en la imprenta del venerable siervo de Dios Fray Alonso de Orozco, año 1736, t. 1, p. 476-583).

4) *De la victoria que nuestro Salvador ganó de la muerte para sus amigos*

a) NOS SALVÔ DE LA MUERTE

¡Vencido ha el León de la tribu de Judá, el cual es raíz de David (Apoc. 5,5). Uno de los misterios que el ángel revelô al bienaventurado San Juan, desterrado en la isla de Patmos porque predicaba a nuestro Señor Jesucristo, fué esta admirable victoria que el Señor nos había ganado muriendo por nuestra salud en la cruz. Estaba afligido este amado de Jesús... por ver que no se hallaba quien abriese un libro cerrado con siete sellos. Entonces le dijo un ángel: *No llores; mira que ya venció el León de la tribu de Judá* (Ibid.), y remediará esa falta que te da tanta pena.

Era tan fuerte y espantoso gigante la muerte, que nadie, por muy santo que fuese, ni todos juntos, bastaban a vencerla. No bastô la inocencia de Abel, justo (Gen. 4,8); ni la de Noé, a quien dijo Dios (Gen. 7,1): *A ti te hallé justo en la tierra*; ni la de Abraham ni Isaac, que se consintió sacrificar a Dios en la flor de su edad... (Gen. 22,9); mas, muriendo todos, la muerte quedó con el campo y de todos los santos del Testamento Viejo triunfô. Mas cuando el León fortísimo, Hijo de Dios y virtud del Eterno Padre, tomó la demanda y se armô con las armas de nuestra humanidad, aunque al parecer flacas, tomôse a brazos con la muerte muriendo, y ella quedó muerta... ¡Oh soberano Señor Cristo Jesús, León fortísimo!, ¿quién nos dió vencida la muerte, que tan señorea era en el mundo, sino Vos? A gran costa vuestra fué, que os costô vuestra sangre y vuestra vida; mas al fin, resucitando vos al tercer día, la muerte quedó derribada. Da la razón nuestro Padre (San Agustín) por qué la muerte no

murlô sino muriendo nuestro Redentor. No muere la amargura sino con la dulzura; ni tampoco muere el frío sino con el calor; así no es muerta la muerte sino en la vida. ¿Quién es esta vida? Cristo, nuestro bien y nuestro Salvador. El mismo lo dijo a Santa Marta: *Yo soy resurrección y vida* (Jo. 11,25). Por aquí entendemos que ningún santo pudo ganar esta victoria, pues no era vida alguno de ellos»...

«El filósofo dice ser la muerte la cosa más terrible que hay en el mundo; y la razón es porque para la pobreza hay camino por donde salir de ella, teniendo buena diligencia; para la infamia también, y es enmendando la vida pasada; para las enfermedades hay médicos y medicinas; mas para no morir no hay fuerzas ni sabiduría que lo pueda remediar. ¿Quién jamás de los hombres nació en este mundo que no pasase por la muerte? (Ps. 88,49)».

b) Nuevas obligaciones para con nuestro Salvador

David, joven y con armas ligeras, venció al gigantesco Goliat, con el que no se atrevían los más esforzados. Cristo con su carne y con su cruz venció al gigante de la muerte. «Contemplaba este vencimiento el rey David cuando dijo: *Cantad al Señor cantar nuevo, porque ha obrado maravillas* (Ps. 97,1). Justo es que a las mercedes nuevas que el rey hace a su criado respondan servicios nuevos y nuevo hacimiento de gracias. Cantemos alabanzas los cristianos a nuestro Soberano Rey Cristo por tan alto vencimiento, y pues en el cielo, según dice San Juan (Apoc. 5.9), siempre los santos alaban a este Señor cantando esta victoria, razón es que nosotros respondamos desde la tierra y digamos: Redimistenos, Señor, con vuestra sangre, eligiéndonos de entre tanta gente y naciones y haciéndonos reino para nuestro Dios» (c. 12, Ibid., p. 500-502).

B) Triple salvación

a) De la muerte del cuerpo

«Y para que mejor se despierte nuestra ánima a reconocer tan admirable beneficio, será bien notar que no solamente nuestro Redentor ganó la victoria de una muerte, sino de tres. La muerte corporal está vencida por su santísima resurrección, porque si Él no resucitara, que es cabeza nuestra, no resucitaríamos jamás nosotros; siempre nuestros cuerpos se quedarían hechos ceniza, y ésta es aquella consecuencia que hace el Apóstol digna de notar: *si Cristo resu-*

citô, también nosotros resucitaremos (1 Cor. 15,14ss). De arte que no solamente nos redimiô muriendo, mâs aun, nos ganô la resurrecciôn para nosotros sus miembros misticos...»

«Y hase de advertir que Cristo resucitando fué causa meritoria para que aun los malos resucitasen; mas no fué causa ejemplar sino para los predestinados. Mâs claro: resucitarân los amigos de Dios con las cuatro dotes de gloria: inmortalidad, claridad, ligereza y sutileza, conformes a la resurrecciôn del Sefior. Y esto es lo que significo San Pablo en aquellas palabras tan de gran consuelo: *Esperemos al Salvador Nuestro Sefior Jesucristo, el cual reformera nuestro cuerpo humillado conforme a la claridad de su glorioso cuerpo* (Phil. 3,20-21). Quiere decir: serâ en su manera nuestra resurrecciôn imitada a la suya. Verdad es que, como el Apôstol dijo (1 Cor. 15.41): *Como en el cielo una estrella resplandece mâs que otra, sera la resurrecciôn de los muertos*. El mâs santo resplandecerâ mâs, y esta serâ una cosa de gran contento ver en la gloria tantos amigos de Dios, y unos mâs resplandecientes que otros, y todos muy contentos. ¡Oh, desventurados de los malos! Que, aunque les pese, han de resucitar (lo cual ellos temen mucho), porque si ahora las ânimas solas tanto penan, cuando resuciten con sus cuerpos para arder en fuego eterno, ôcuânto mayor tormento tendrân? Esto es cosa maravillosa, que resucitarân pasibles sus cuerpos y juntamente inmortaies...»

b) De la muerte del alma

«También nos diô el triunfo de la muerte del aima, que es mâs preciosa que la corporal, cuanto es mâs excelente el ânima que el cuerpo. Esta nos ganô pagando nuestros pecados con los mérltos de su sagrada vida y pasiôn. De aqui es lo que dijo el santo Bautista en la ribera del Jordân (Io. 1,25): *Veis aqui el cordero de Dios, que viene a quitar los pecados dei mundo*. No viene a matar los pecadores, como el diluvio, que para quitar el pecado quitaba la vida a los malos. Venldo es para quitar los pecados, muriendo por ellos y dejândoles las vidas para que se salven. Y San Pedro dice (1 Petr. 2,24): *El Senor llevô nuestros pecados en su bendito cuerpo sobre la cruz*. Esta resurrecciôn espiritual ordenô el Sefior que luego la gozâsemos, porque de ésta depende la otra corporal que dijimos, y es gran misericordia que el Sefior nos hizo. Bendito sea El y todas sus criaturas le alaben. Mira, pues, hombre, que si no resucitas aqui, viviendo tu ânima. no gozarâs de la resurrecciôn gloriosa de tu cuerpo que Cristo te ha merecido...»

c) Del demonio

«Otra tercera muerte nos diô vencida nuestro bendito Señor, y ésta es el demonio. As! le llamô San Juan en el Apocalipsis (6,8): *Vi en un caballo pldido a un caballero, y su nombre era muerte, y todo el inierno le seguia*. Muy bien le cuadra el nombre de muerte a Satanâs, pues trajo la muerte al mundo, y también porque no entiende sino en matar las almas; por tanto, le llama nuestro Salvador *homicida desde el principio dei mundo...*» (Io. 8,44).

«¡Oh, cuán de lejos viô esta victoria el rey David! *Este dragon, Señor, al cual formaste para Que se burlen de él* (Ps. 103,26). El mismo nombre le puso San Juan (Apoc. 20,2), recontando la caída que por su soberbia diô del cielo empîreo hasta el inierno. Consíentele Dios y no le aniquilô para que nos burlemos de él, no para que le tgmamos, que flaco es, pues no le quedô sino bramar. ôDe donde las niûas tiernas tenían tanto ânimo en tiempo de los tiranos, ministros de este leôn, sino de tener el Señor vencido a este que se llama *muerte*? ¡Cosa admirable a una Santa Catalina verla, por amor del Señor, puesta a esperar una rueda de navajas, y que pasase por ella otra nina, Santa Inès!...»

«No resta, cristiano, sino que demos todos gracias al Padre Eterno, que con taies entraûas de misericordia nos enviô a su Hijo para que nos ganase victoria de la muerte corporal, resucitando al tercer dia, y también nos ganase el triunfo de la muerte del aima, muriendo por la satisfacción de nuestros pecados y, finalmente, nos venciese al demonio, leôn ferocisimo, que tanto poder tenía en el mundo, que el Señor (Io. 12,31) le nombrô principe de este siglo» (c. 13, ibid., p. 502-504).

C) Los justos se aprovechan de las tres victorias que Cristo les gana

a) «El que te hizo sin ti, no te salvarâ sin ti»

«No es pequeûa honra nuestra que en alguna manera nuestro premio y corona saiga de nosotros mismos... Mira, hombre, que el que te hizo sin ti, no te salvarâ sin t! Por lo tanto, dice ahora el Señor en el Apocalipsis: *Al que vendere daré a comer del ârbol de la vida* (Apoc. 2.7). Aquí se nos manifiestan dos cosas. La primera es que nos manda nuestro Rey celestial pelear, y no como quiera, sino animosamente, hasta ganar la victoria de nuestros enemlgos.

La segunda, el salario que Dios tiene aparejado a los amigos suyos, que es darles a conocer el árbol de la vida».

b) La victoria de Jesûs en los suyos

Viô San Juan en el Apocalipsis un jinete llamado Verbo de Dios, que *saliô vendendo para vencer* (Apoc. 3,2). P*-leaba primero el Verbo solo contra el pecado con sus castigos, hasta que nacido de Maria luchô como caballero, *vendendo* primero El, para continuar venciendo después con sus amigos los justos. *Saliô a pelear vendendo para vencer* (ibid.). Venciô por su persona al pecado, la muerte y al demonio, y saliô para vencer en sus amigos los justos, los cuales vencen en la virtud y gracia que el Salvador les da. *Saliô vendendo y para vencer* (ibid.). La primera victoria, que fué vencer El mismo, concluyôse el dia de su santa resurrecciôn, y asi dijo El: *Se me ha dado el poder del cielo y de la tierra* (Mt. 28,18). Palabras que declaran el vencimiento glorioso que habia ganado por sus trabajos y muerte. Mas el vencer al mundo, al pecado, muerte y demonio, en sus escogidos, no se acabará hasta que se acabe el mundo y se cumpla el número de los predestinados, de los cuales dijo Dios, respondiendo a las ânimas que estaban debajo del altar (Apoc 6,11): *Esperad un poco hasta que se cumpla el numero de vuestros hermanos*. Este poco de tiempo ha corrido más de mil y quinientos años, y podrá ser que pasen otros tantos hasta que se acabe; porque allí y en otros lugares semejantes habia Dios midiendo este tiempo con su eternidad, *en cuya comparaciôn mil años son como el dia pasado* (Ps. 89,4)».

«Soldados son de nuestro Señor Jesucristo los justos, y El es el capitán a quien hemos de seguir, pasando trabajos, tentaciones y adversidades... De aquí es que tantas veces el Señor nos dice en el Evangelio (Mc. 8,34): *Quienquiera quiere venir en mi compañía, tome su cruz y sigame*. Quien quisieret dice Cristo, declarando la libertad que nos dió; no criándonos esclavos, sino hijos libres. ¡Oh, cuán humildes habíamos de ser sirviendo a tan gran Señor! Pues que en nada le aprovechamos y todo lo que trabajamos es provecho nuestro. Se ha de notar que dice: *Tome su cruz*. No dijo: Tome la mía, porque fué muy pesada y nadie tuviera hombros para llevar cruz de inocencia tan admirable; cruz de tantos dolores y afrentas como la de Cristo, nadie, ni todos los hombres juntos, la pudieran llevar. Por tanto, dice que llevemos nuestra cruz. Cada estado en esta Iglesia Romana tiene su cruz: los casados, los continentes, eclesiásticos y religiosos, todos tienen cruz que llevar y trabajos que padecer y enemigos con quien pelear. Esta cruz nuestra vie-

ne medlida por la mano de Cristo, sablduria infinita, y nivelada con nuestra fiaqueza. Y, por tanto, dijo San Pablo (1 Cor. 10.13): *Fiel es el Senor, que no consentirà que sedis tentados mäs de lo que vuestras fuerzas pueden.* ¡Oa piedad inmensa de tan gran Padre de misericordias! No tienes que quejarte, hombre, si te da el Sefior pobreza, enfermedad o cualquier trabajo. Fidelisimo es. La cruz que te da es muy moderada, y El te da su gracia y te la ayuda a llevar»... (c. 14, ib.d., p. 504-506).

D) Côm o los justos vencen estando en la cruz con Cristo

a) LO PRIMERO, EL AMOR A DIOS

Crucificado estoy con mi Redentor Jesucristo (Gal. 2,19). Este es el arte para triunfar de todos los enemigos.

Para ello lo primeramente necesario es amar a Cristo. «Todo lo quiere poseer el que todo lo criô; quiere todo el hombre Interior, que denota el corazôn, y también el exterior. En tal cama de flores como es el corazôn, quiere reposar el que tanto nos amô, que abriô sus entrañas y corazôn para encerrarnos en ellas. ôQué es la causa por que quiso resucitar ablerto su divino costado sino darnos a entender que en la batalla del amor que peleô por nosotros, muriendo sacô aquella divisa para aficlonarnos a siempre amarle? Este amor ha de salir al brazo a la vida activa y obras santas imitadas a las que El obrô»...

Pero para amar a Cristo hay que procurar tenerle siempre présente. *Fuerte es el amor de Dios como la muerte* (Cant. 8,6), porque la caridad mata en nosotros todo lo que contradice al amor del Sefior; mortifica los sentidos, destierra todo pensamiento malo y, finalmente, obra una mortificaclôn santa en todo el hombre. Mas porque para obra tan heroica es menester cuidado, dijo ahora David (Ps. 15.8) que despertaba su memoria representando a Dios y ponléndole delante de sus ojos. No es ejerclclo este de gente ocupada en las cosas terrenas, amândolas con olvido de Dios. Ôflclo es de ângeles, de quienes dice nuestro Salvador (Mt. 18,10) *que siempre ven el rostro de nuestro Padre eterno.* ¡Oh, dlchosa el aima que ya gusta de la salva y principio de la gloria que los ângeles tienen en el cielo y en la tierra! Y qué ganancas traia esta presencla de Cristo. no lo callô el Real Profeta: *Alegrôse mi corazôn por esto* (Ps. 15.9).

Dificll cosa parece ser olvldarse de Aquel en quien vi~

vimos, nos movemos y scmos (Act. 17,28; cuándo nadie es capaz de distraerse en la sala donde vive un rey. *Mi pueblo se olvidô de mi dias sin número*, quéjase Su Majestad (1er. 2,20).

b) LO SEGUNDO, UNIR LA ACCIÓN Y LA CONTEMPLACIÓN

«Los perfectos varones no lo hacen así, miran siempre a Cristo con ojos amorosos, considerándole como a Criador, Redentor, Sustentador, Justificador y Glorificador, y mirándole le aman y dan gracias continuamente. *Estos*, dice San Juan (Apoc. 14,4), *que siguen al Cordero de Dios por dondequiera que va-»...*

«Y porque nadie en esta vida hay que no ha de tener algunos negocios y ocupaciones, usan de un aviso delicado, y es en los mismos negocios dar parte al Redentor; prèsentarle delante de sí, como huyendo el cuerpo a los mismos negocios, no estando con olvido de su amado y Señor... Estos son como los santos animales que vio Ezequiel (Ez. 1,12), que iban con gran prisa a donde los guiaba el Espiritu Santo, y volvían con ligereza, como un rayo apresurado; de tal manera van a los negocios y a cumplir con la vida activa, que presto dan vuelta a la contemplación y memoria de Jesucristo, en la cual descansan y reposan con una paz que se puede (loado sea nuestro Dios) sentir, aunque por palabras no se puede decir. No callo esto el Apôstol, el cual experimento este secreto (Phil. 4,7): *La paz de Dios, que excede todo sentido y todo entendimiento, guarde vuestros corazones».*

c) Siempre en la cruz

Con todo, el lugar en donde debe contemplarse a Cristo con más frecuencia es en la cruz. «De aquí es que dijese San Pablo (Gal. 2,19): *Crucificado estoy con mi Salvador Cristo*. Con tal compañía el ánima no tiene a quien temer; allí se fortalece en aquel homenaje; de allí le parecen sombras las altas dignidades y honras mundanas; tiene por cosa de sueño y de engaño las riquezas, burlándose del demonio; y, finalmente, desde la cruz del Señor, atalaya y ve de lejos aquella gloria celestial, a la cual se sube por esta escala que estando en la tierra penetra en los cielos, según lo revelô Dios al patriarca Jacob muchos años antes (Gen. 28,12)» (c. 15, Ibid.).

IV. P. LUIS DE LA PUENTE

Tomamos de las meditaciones del P. La Puente la que se refiere al nombre de Jesûs (cf. *Meditaciones de los misterios de nuestra santa fe*, 9.a ed. del Apostolado de la Prensa [Madrid 1950], t. 1, parte 2, médit. 21, p. 497-504).

A) *Quién impone el nombre de Jesûs*

El Padre Eterno, que le conocia y sabla el fin para que encarnaba y el oficio que habia de hacer en cuanto hombre, quiso que se llamase Jesûs, porque es Salvador de las aïmas y de los cuerpos, de lo que se derivan très excelencias:

Primera, no hay mal de que no nos pueda librar, tanto en cuerpo como en aïma; segunda, nos concede excelentes bienes en gracia, virtudes y dones; tercera, sôlo El nos puede salvar, porque solo El es Dios.

Yo me gozaré en el Señor y me alegraré en Dios, mi Jesús y Salvador, porque El es mi fortaleza y me dard pies como de ciervo (Hab. 3,18-19) para huir del pecado, y como vencedor me llevará con sus santos al cielo.

Hemos de ponderar ademâs dos cosas. Primera, la alegría de Maria y José al conocer el nombre de Jesûs. Lo entendieron perfectamente. Segunda, el sumo gusto con que Jesûs acepta el nombre y el oficio de Salvador. «Gracias te doy, joh buen Jesûs!, por esta voluntad que tuviste de salvarnos... Pues eres Jesûs, *esto mihi lesus*, sé para mi Jesûs. sé mi Salvador».

B) *Por que se le impuso el dia de la circuncisiôn*

Primero, para honrarle en el dia en que se humillaba, apareciendo como pecador. La humildad me granjearâ el premio.

Segundo, para que se vea que habia de desempeñar su oficio derramando sangre. En la circuncisiôn se derramaron sôlo las primeras gotas del mar de la pasiôn. ôQué será razón que hagamos nosotros por salvarnos cuándo tanto hizo Jesûs?

C) Proüecho que nos vïene de este nombre

Invoquemos prlmero al Padre, puesto que *nadie puede decir tJesûs es el Seüor> sino en el Espiritu Santo* (1 Cor. 12,3)

«Presupuesto esto, conslderaré cômô el nombre de Jesûs es una suma y memorial de todas las grandezas que hay en Cristo Nuestro Senor, reduciéndolas a très cabezas: porque es suma de todas las perfecciones, que le convlenen en cuanto a Dios, y de todas las gracias y vlrudes, que tiene en cuanto hombre, y de todos los oficios que en cuanto Dios y Hombre hace con los hombres. De suerte que puedo bien inferir: si es Jesûs, luego es inflnitamente bueno, santo, sabio, todopoderoso y misericordioso, y la misma bondad, santidad y sablduria de Dios, porque todo esto es menester para cumplir con el nombre de Jesûs; el cual, como dice San Pablo, *para nosotros es sabiduria, justicia, santificaciôn y redenciôn* (1 Cor. 1,30). También si es Jesûs, luego es sumamente humilde, manso, paciente, fuerte, modesto, obediente y carltativo, porque de todas estas virtudes ha de ser dechado, y de su plenitud han de recibir todas las gracias y virtudes con que se han de saivar (lo. 1.16). Item, si es Jesûs, luego es Maestro, Médico, Padre, Juez, Pastor, Protector y Abogado nuestro. De modo que en sôlo Jesûs tenemos todas las cosas, y asi le puedo decir: ¡Oh ml Jesûs y todas mis cosas! Si estoy enfermo, Tû eres mi salud; si hambriento, Tû eres ml hartura; si estoy pobre, Tû eres mis riquezas; si flaco, Tû eres mi fortaleza.

El nombre de Jesûs es el ûnlco medio para obtener el perdôn, ser oido en nuestras oraclones y amparado en los pellgros... Deseo yo tenerle en ml memoria, para acordarme de El; en ml entendimlento, para pensar en El, y en ml voluntad, para amarle. Reverénclele siempre, pues que ante hlnca la rodlla los moradores de! clelo y la tierra y aun del Infierno (Phll. 2,1)>.

V. MALON DE CHAIDE

El Salvador y los redimidos

El nombre de Jesûs o Salvador no puede entenderse sin su relación al hombre salvado. Malén de Chaide percon:fica la humanidad de Crlsto en la pecadora de Magdala y contrapone el *Ecce mulier nuae erat in civitate peccatrix* (Le. 7.37) con el *Ecce homo* (lo. 19.5) de Pilatos (cf. Malón de Chaide. *La conver^iôn de la Magdalena*, p. 2.\ XII, p. 275-277, en ed. Clâslcos Castellanos [Madrid, «La Lectura», 1930], t. 1).

<Dos *ecce* hallo en la Sagrada Escrltura que parecen contrapuestos el uno del otro: el uno es este *Ecce mulier*, y el otro. el *Ecce homo* que se dijo del Hijo de Dios...

Poned, pues, a una parte a Crlsto llagado, atado, espl-nado, el rostro lleno de cardenales y salivas, el cuerpo cublerto de sangre de los azotes, aquellos divinos ojos llenos de lâgrimas; poned a otra parte a Magdalena, suelta, profana, llena de pecados, infame, sin nombre, hecha una afiagaza del demonlo, un desperiadero de aimas. Oid a Pilatos, que dice: *Ecce homo*, y volved a San Lucas, que le contrapone: *Ecce mulier*, y mirad ahora el misterlo tan galân que ahi estâ: *Ecce homo*, pues *Ecce mulier*. Para que haya un *Ecce mulier*, es menester que haya un *Ecce homo*, que si éste no hay, no habrâ aquél. *Ecce homo*, que se hizo hombre por gracia; *Ecce mulier*, que es mujer flaca por naturaleza; *Ecce homo*, que es justo; *Ecce mulier*, que es pecadora; *Ecce mulier*, que peca, pues *Ecce homo*, que lo paga; *Ecce mulier*, culpada, pues *Ecce homo*, penado; *Ecce mulier*, que merece el castigo, pues *Ecce homo*, que es el azotado; *Ecce mulier*, suelta. pues *Ecce homo*, atado; *Ecce homo*, que, slendo Dios, se hizo hombre, pues *Ecce mulier*, que, slendo pecadora, queda santa; *Ecce homo*, que muere porque ésta viva, pues *Ecce mulier* que vive porque éste muere; *Ecce homo*, que le presentan por esta mujer a Pilatos, pues *Ecce mulier*, que la presentan por este hombre al Padre. Pilatos da este *Ecce homo* a los hombres para su rescate; Crlsto da este *Ecce mulier* al Padre para su regalo. ¡Oh trueque soberano! ¡Dulce bien nuestro. que te pones en competenda de una pecadora porque tu amor te fuerza y tu Padre te lo manda!

Mirad, hombres, el gran amor de vuestro Dios, que dice: Tomad un Dios y dadme un hombre; tomad ml Hijo y dadme una pecadora. Pues dime, gran Sefior, <»y éste es trueque que se pueda sufrlr? ^No ves que te engafian más que en la mltad? Dar un Dios por un hombre, ^quién tal vlô? 01 justo por un homicida? ôEl Inocente por el culpado? ôEl

señor por el siervo? ¿El hijo por el esclavo? ¿El Hacedor universal por su misma hechura? ¿Quién vio trocar la gloria por el polvo? ¿La riqueza suma por la suma pobreza? ¿La alteza de Dios por la bajeza del hombre? *Ecce homo*, remedio de mis males, hombre que paga mis deudas, sangre con que se lavan mis culpas, precio con que se redime mi ofensa. Pilatos te me muestra, Redentor de mi alma; tu Padre te me da, tû mueres por mi. Tu dices: Esta es mi sangre, que derramo por vosotros. Tu padre dice: Asi amo al mundo, que le di un solo Hijo que tenia. Pilatos me dice. Pues veis ahí al hombre que todo eso hace: *Ecce homo*. El me dice: *Ecce homo*, mas yo digo: *Ecce Deus*. Hombre te me muestran, mas Dios te conozco. *Ecce homo*, que muere por mi; *Ecce Deus*, que resucita por si; *Ecce homo*, que muestra mi flaqueza padeciendo; *Ecce Deus*, que me da su fortaleza vendiendo, ¡Dulce retrato de mi remedio, que asi te habia yo menester para mi, que te perdiese a Ti para llamarme a mi!»

VI. BOSSUET

La salvación del hombre en Cristo

Bossuet predicó en Dijon, el 1 de enero de 1668. en la capilla de los duques de Borgona y en presencia del principe de Conde, un sermón que figura en las ediciones como el cuarto para la fiesta de la Circuncision dei Señor. Algunos editores afirman que fué predicado en un jubileo y que por eso alude de manera especial a las indukencias (cf. Bossuet, *Sermons*, ed. Garnier [Paris], t 1, p. 467-194).

A) *Jésus, Salvador, porque nos salva*

a) Exordio

Le pondras por nombre Jesûs, porque salvarâ a su pueblo de sus pecados (Mt. 1.21).

1. Cristo, humilde, recibe el nombre de Jesûs

El que se llama Todopoderoso, parece dejar ahora todos sus nombres soberanos para someterse a la ley servii de la circuncsiôn; pero en ese momento, al colocarse entre los esclavos, Dios le otorga el titulo de Liberador, de Salvador.

2. Cristo nos salva de la mayor desgracia

El pecado es la mayor desgracia del hombre, porque le hace perder el buen uso de su razón. el empleo legitimo de

su libertad y la pureza de su conciencia, esto es, todo ei bien y todo el ornato de la criatura racional, y especialmente porque le convierte en enemigo de Dios, en adversario de su rectitud, opuesto a su santidad, ingrato a su misericordia» y odioso a su justicia, y le somete, por lo tanto, a la ley de su venganza. Cristo, pues, que nos salvô de tan gravísimo mal, es el Salvador por excelencia.

3. Cristo nos salva de très maneras

El Cordero de Dios, que quita los pecados dei mundo (Io. 1,29), según San Agustin (cf. *Contra Iulianum*, 1. 2, c. 10: PL 44,696), nos salva perdonando nuestras culpas, nos ayuda para que no las cometamos y nos lleva a la vida feliz, en donde no podemos volver a pecar.

El pecado es una deshonra y merece un gran castigo. Jesûs, para ser «nuestro Jesûs» y verificar perfectamente su nombre, debia librarnos del pecado cometido, del atractivo del pecado y del peligro de caer. Lo que comienza en esta vida, lo cumple totalmente en la futura. Empieza en este mundo por perdonarnos con la gracia, vence con ella los atractivos del peligro y nos confirma en la inmortalidad gloriosa.

b) El pecado

1. Su gravedad

El pecado es un movimiento de la voluntad humana contra las reglas inmutables de la divina; nace en la una y se opone a la otra. Es contrario a Dios, porque desobedece sus leyes, y contrario al hombre, porque le separa de las normas de su razón y de las que le unian a su origen celestial. Contrario a Dios, porque se opone a su justicia, y contrario al hombre, porque perjudica su felicidad; contrario a Dios, como a la regla que se opone, y contrario al hombre, como al sujeto a quien corrompe.

Por eso dice el Salmista: *Yavé aborrece al que ama la violencia* (Ps. 10,5), y San Agustin (cf. *De Civ. Dei*, 1. 12, c. 3: PL 41,351): «Los hombres son enemigos de Dios por su voluntad de resistirle, no por su poder de danarle». Lo que consueña con el Salmista (36,5): *Su espada se hundird en su propio corazôn y se quebrantarân sus arcos*.

Dos armas vibran en la mano del pecador: un arco para tirar de lejos y una espada para herir de cerca; el arco se rompe y se inutiliza, la espada se vuelve contra el mismo que la esgrime. El pecador apunta desde lejos contra el cielo, y sus tiros de nada valen. Impio, blasfemo, burlador de las cosas divinas, tu rabia es impotente, aunque juzgues a Dios el mâs hábil de tus enemigos porque no te contesta. «Apun-

tas osadamente contra Dios, y tus disparos no le alcanzan, porque su santidad le ha hecho inaccesible a los ultrajes de los hombres. Su arco se le ha roto entre las manos, dijo el Profeta Rey. Pero no basta eso, es necesario que su cuchillo le atravesase su propio corazón y que, por haber disparado contra Dios, se aseste él mismo un golpe mortal, si el Salvador no le cura por milagro. Es destino común de todos los pecadores; el pecado, que lo desarregla todo en el mundo, desordena en primer lugar al que lo comete. La venganza, que sale del corazón para desolarlo todo, da su primer golpe, y el más duro, sobre el corazón que la origina y alimenta...; la maledicenda, antes de romper la fama ajena, desgarrar la honra de quien maldice; la deshonestidad, que quisiera corromperlo todo, comienza por corromper su propia fuente... El primer enemigo del pecador y el que sufre las primeras consecuencias es el mismo que peca>.

«En fin, para terminar, el pecado es un mal sobre todos los males, porque es una desgracia y un crimen. Desgracia que nos agobia y crimen que nos deshonra; desgracia que nos roba toda esperanza y crimen que nos quita toda excusa: desgracia que nos hace perder la eternidad y crimen que nos convierte en culpables de esta pérdida funesta, sin darnos siquiera la posibilidad de quejarnos>.

2. Sus consecuencias eternas

¿Por qué la eternidad? «Os podía decir que no nos podemos extrañar que un Dios eterno tenga pensamientos y decretos también eternos. Os podía decir que, habiendo determinado Dios darse a la criatura por medio de una comunión eterna, ésta, al rechazarla, se ha hecho digna de un castigo eterno; pero voy a ahondar más adentro en la naturaleza del mal hasta encontrar la fuente íntima de maldad, de donde brota una eternidad desgraciada... Decidme, ¿me concedéis que todos los hombres anhelan una felicidad sin término...? ¿Y en qué ha puesto el pecador su felicidad? En los bienes sensibles, ¿no es así? Los que pueden aspirar, dijo San Agustín (cf. *De vera Religione*, c. 45: PL 34.160), al disfrute de los bienes perdurables, se abandonan a los perecederos. Luego si todo hombre desea una felicidad eterna, y el pecador la ha cifrado en lo que llevamos dicho, siguese lógicamente que quiere vivir eternamente separado de Dios, gozando de los bienes creados».

Decidme, pecadores: si en vuestra mano estuviese, ¿no suprimiríais la muerte para proseguir pecando? No me digáis que os pensáis corregir, porque os contestaré, con el gran papa San Gregorio (cf. *Diálogo*, 1.4, c. 44: PL 77,404), que reiteradamente demostráis vuestro deseo de permanecer en pecado, ya que no os separáis de él mientras podéis conti-

nuar tranquilos. Es, pues, afiade este gran Papa, un justo juicio de Dios mantener por toda la eternidad en el castigo al que ha deseado vlvlr separado de El eternamente.

3. Cristo nos libra dei pecado

Cristo nos ha salvado, arrojando nuestras culpas no *a Lo hondo del mar*, como dijo el profeta (Mich. 7,19), sino al diluvio precioso de su sangre. Venid, crlstlanos, *cantad conmigo la grandeza dei Sefior. Ensalcemos a una su nombre* (Ps. 33,3).

Cuando un rey concede una gracia, o perdona totalmente el castigo o conmuta una parte. Cristo Nuestro Sefior, en el bautismo, nos absuelve completamente de la culpa; a los que han vuelto a pecar, aun cuando les perdona el Infierno, les déjà todavia una pena temporal, como para que advlertan lo que habian merecido con su falta. Por esto en el Evangelio se habia de dos prisiones: una, de la que no se sale; otra, en la que se permanece hasta pagar el ultimo ochavo (Mt. 5,26): el infierno y el purgatorio.

La severa disciplina penitencial que se practlcaba antiguamente tenia por objeto satisfacer esta pena temporal. Nuestras penltencias actuales son harto exiguas, pero aun asi, la Iglesia nos brlnda los méritos de Cristo, aplicados por medio de las indulgencias.

c) El peligro de caer

1. Debilidades humanas

Los médicos humanos nos abandonan en cuanto la enfermedad se ha curado, porque ésta, una vez sanada, desaparece. Cristo no puede dejarnos aun después de justlflcados, porque los gérmes de la enfermedad contlnúan ocultos dentro dei alma para hacernos recaer.

Es tal nuestra debilidad, que seguimos inclinados al pecado por dentro y por fuera. Al exterior, todos los objetos que nos clrcundan son piedra de escândalo: amores engafiosos, sensaciones... En el interior, ¡Dios mîo, qué desorden! En cuanto al entendlmiento, la ignoranda lo anula, la pasiôn la oscurece, la poca reflexlôn lo Inutlllza. Todos los bienes degeneran en exceso. Los sencillos son groseros, los utiles son presuntuosos; si a esto afiadlmos las viciosas costumbres de la voluntad, que, siendo libre, ella mlsma fabrica, como el gusano de seda, las envolturas que la aprlsionan, porque puede eleglr los objetos y es capaz de atarse con sus propios actos, àcômo no habremos de confesar la necesldad de una ayuda exterior que nos robustezca en nuestras fuerzas y nos preserve de los peligros? «Dura es la lucha que se

verifica en el interior del hombre, âspera la pelea contra los propios deseos... y nadie puede librarse sino mediante la gracia de nuestro Salvador, Jesucristo» (cf. San Ambrosio. *Exposit. in Ps.* 118, v. 46: PL 15.1346).

2. Hay que huir de la ocasion

Dejad las ocasiones, con las que os habéis familiarizado hasta el punto de no pareceros peligrosas; *no os enganéis; de Dios nadie se' burla* (Gal. 6,7). Su bondad es justa y potente; Dios es bueno. porque es enemigo dei mal, y ejerce su amor al bien con el odio que profesa al crimen.

d) La GRACIA DE NO VOLVER A PECAR

1. Paz total en el cielo

La ultima gracia es aquella feliz necesidad de no poder ya nunca someterne a pecado. Para esto nos ha nacido un Salvador, en quien la culpa no pudo hacer nunca presa, y para esto hemos sido regenerados por el mismo Espiritu, que obrô su concepciôn. El principio de nuestro descanso es poder no pecar, la perfecciôn del mismo sera no poder pecar tampoco. El principio consiste en ser justo, el fin en no perder nunca esta justicia. El uno es el consuelo de la vida présente, el otro la felicidad de la vida futura.

Podemos ahora estar seguros de que Dios no nos abandona, puesto que El no déjâ a nadie, si antes no es abandonado (cf. San Agustîn, *Enarrat. in Ps.* 45: PL 36,521). Dios se desposô con nosotros (Os. 2,20), celebrô *un pacto sempiterno* (Is. 55,5), y no es espeso que pueda ser infiel. Pero jes tan dificil estar seguros de nosotros mismos!

Llegarâ, en fin, el dia en que Dios, que nos quiso hacer en todo a su semejanza, trueque nuestra facilidad de cambiar en la inmutable beatitud que le es propia. La gracia, que comienza a asemejarnos a Dios en este mundo, nos harâ partícipes de su inmutabilidad.

Esta gracia se nos concede por Jesucristo nuestro Salvador. Como muriô El, morimos a nuestros pecados, y como resucitô inmortal (Rom. 6,9), resucitaremos nosotros inmortales en la vida de la gracia, de la que enfonce poseeremos la plenitud de que ahora goza Cristo.

2. Entra en el gozo de tu Senor

Enfonce nos dirâ: *Entra en el gozo de tu Senor* (Mt. 25,21). No es lo mismo que la alegría entre en nosotros que nosotros entremos en la alegría. Nuestra aima es como un vaso, y la alegría se derrama en él como un licor. La felicidad estâ como esparcida por todos los objetos que nos rodean. y

los sentidos nos atraen para hacer gotear en nuestro corazón el jugo que a ellos les parece tan agradable. ¡Cuántas falsas alegrías, aun sin hablar de las disolutas! *Sdlvame, ioh Dios!, porque amenazan ya mi vida las aguas; hundome en profundo cieno, donde no puedo hacer pie; me sumerjo en el abismo y me ahogo en la hondura* (Ps. 68,2-3).

De vez en cuando, la alegría del cielo llena algo nuestra alma, y enfoncez conocemos el verdadero deleite; pero, ¡ay!, penetra en nuestros corazones como en un vaso corrompido, donde, si no pierde todo su gusto, por lo menos es bien difícil saborearlo solo, sin que se mezcle con las enganosas alegrías de la tierra. Mas ha de Hegar el día en que no sea la felicidad la que entre en este vaso, sino el vaso entero el que se hunda en el abismo de la bienaventuranza, *para que nuestra inmortalidad sea absorbida por la vida* (2 Cor. 5,4). Y alii, incapaces de probar otra falsa beatitud, estaremos seguros de no perder el placer inmortal y casto, que atraerá nuestra alma con el amor supremo y permanente de una justicia y una verdad inmutable. El gozo de la verdad, que decia San Agustin (cf. *Confess.*, 1.10, c. 23,33: PL 32,793).

Bossuet termina su sermón con una exhortación vigorosa, en la que repite las palabras: *Démonos prisa, pues, a entrar en este descanso* (Hebr. 4,11).

B) La saivación, comienzo de una nueva vida

O Bossuet redactó también de otra manera la primera parte del sermón que acabamos de extractar, o compuso, como suponen algunos editores, un sermón nuevo, en este caso el quinto, para la Circuncisión del Señor. No nos toca aquí discutir este extremo. Nos limitámes tan sólo a recoger, también en extracto, esta nueva primera parte, tal como unida al sermón quinto para dicha festividad aparece en la ed. Garnier, ya citada, p. 498-503. El argumento es el siguiente: excelencia del nombre de Jesús; terrible compromiso que el Señor contrae el día de la circuncisión; sentimientos del pecador reconciliado y maldad de la ingratitud del reincidente.

a) COMPROMISO TREMENDO CON EL SEÑOR

Bossuet comienza con un cántico al nombre de Jesús, que pone a todas las criaturas liberadas a los pies del Señor. Pero este nombre atemoriza, al observar las obligaciones que impuso a Cristo, porque el perdón de los pecados no consiste en una simple abolición, sino en una satisfacción sangrienta (Hebr. 9.22), por lo que el mismo día que Dios fué llamado Jesús comenzó a derramar su sangre. La circuncisión es el comienzo de un camino que termina en la cruz, donde, según San Justino (cf. *Epistola a Diogneto*, 9): «Uno

solo es herido y todos curados; el justo padece deshonra y el criminal es restablecido en su honor. El inocente paga lo que no debe y se perdona a los deudores. Porque ôquên podrâ mejor cubrir nuestros pecados que su justicia? ôPodrâ haber mejor expiaciôn para la rebeliôn del crlado que la obediencia de! hijo? La iniquidad de los culpables se esconde en un solo justo y la justicia de uno justifica a los demâs». Hasta los ângeles se maravillan de este cambio.

b) AFECTOS DEL PECADOR SALVADO

Un condenado a muerte que no créé ya ni en su propia vida, recibe el induito real. Para él, el principe es su segundo padre, que le devuelve a la vida y a la luz. Asi nos ocurre a nosotros cuando nos levantamos del tribunal de la penltencia. En estos momentos exclamad con Isaías (44,23): *Cantad, cielos, la obra del Seïor; resonad, profundidades de la tierra; saltad de júbilo, montanas..., que el Seïor ha rescatado a Jacob y ha mostrado su gloria en Israel.*

Este perdôn debe ser el comienzo de una vida nueva. ôA quién ama Dios: al que perdonô poco o al que perdonô mucho? (Le. 7,42).

Mas ¡qué ingratitud la del que reincide en sus crímenes! El pecador se ve separado de la condenaciôn eterna solo por esta vida humana, que deshace un ligero soplo. La mano de Dios estâ armada contra su iniquidad; el Infierno, abierto a sus pies. ¡Espectâculo temible! Lleno de terror corre al sacramento de la penitencia y no espera que le acusen. El mismo, delante de Dios, confiesa sus culpas. Inmedlatamente, al invocar el nombre del Salvador, nombre que calma olas y tempestades, vientos y borrascas; nombre que amansa cielos y tierra, descende la paz sobre el pecador tembloroso. Pero con una condiciôn: la de que corrija su vida desarreglada y sus amores criminales. Allí lo promete todo; dame la ley, dice al Seftor; yo obedeceré.

Esta es vuestra historia, hermanos mios, a no ser que vuestras confesiones hayan sido sacrilegas. Lo habéls prometido, habéls puesto a Jesûs de flador, y luego, ¡cuâl no será vuestra culpa si por enclma de esa sangre que sellô el pacto de vuestra reconciliaciôn con Dios, si despreclando aquellos terrores que sentistels y la misericordia que se derramô sobre vosotros, quebrantâis vuestra promesa!...

C) *Peroraciôn final*

Lo mismo que ocurre con la primera parte pasa con la peroraciôn. Sean uno o dos los sermones precedentes, las ediciones insenan una nueva peroraciôn, que sueæ colocarse al final icf. ed. cit.» p. 508-11).

«Para prepararnos a entrai en esta abundante alegria, acostumbiémonos a reclblrla cuando descende del cielo en nuestro corazôn». ¡Ay, a qué locas diverslones nos solemos entregar! Desde luego, que observamos mejor el carnaval que la cuaresma. Es mâs, tendemos a convertir en carnaval toda nuestra vida.

Dejemos estos pensamlentos y gustemos de la alegria celestial, que no admlte mezcla con otras alegrías. Las del mundo son precisamente mâs agradables cuanto mâs variadas, pero este gozo celestial es severo, casto y solitario. La menor mixtificaciôn lo corrompe.

ôQueréis disfrutarlo y a la vez solazaros en vuestras riquezas? Oid al Sefior: *¡Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido nuestro consuelo!* (Le. 6,24). ôQueréls que Jesûs, cuando llame a vuestra puerta al final de la vida, os halle engolfados en las diverslones que ahora os complacen? No quiero consultar orâculos necios para saber vuestro porvenir; no encuentro los pronôsticos necesarios en vuestra vida licenciosa y profana. Lo que veo en vosotros me da miedo, pensando que Dios puede cansarse de vuestra ingratitud.

Bebed el vaso de la alegria de Dios. «Una sola gota os saciarâ por el momento, pero irâ creciendo en vuestro interior hasta convertirse en ese océano de infinita felicidad que yo os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo».

VII. BOURDALOUE

Circuncisiôn y salvaciôn

No se conserva de Bourdaloue un sermôn especialmente dedicado al nombre de Jesûs. pero si estimamos útil reproducir aqui en extracto el que predicô con motivo de la circuncisiôn del Sefior (cf. *Sermones de los misterios de Nuestro Seïor Jesucristo*, del P. Luis de Bourdaloue, trad. cast. de Miguel del Castillo, L 9 de la* *Obras completas* [Maxirid 1778], p. 36-66).

A) *Relaciôn del nombre con la circuncisiôn*

Cuando se hubieron cumplido los ocho dias para circuncidar al Nifio, le dieron el nombre de Jesûs, impuesto por el àngel antes de ser concebldo en el seno de Maria, su Madre

1Lc. 2.21). «¿Por qué se espera que sea circuncidado el Niño para darle el nombre de Salvador? ¿Qué relación puede tener el nombre de Salvador con la circuncisión del Niño?» Importante cuestión es ésta, que servirá de asunto a este discurso.

B) Division

Era necesario que Jesucristo, para ser perfectamente Salvador, no solamente desempeñara el oficio de tal, sino que nos enseñase como debíamos nosotros cooperar al desarrollo de esta gran obra. En este misterio cumplió Jesús admirablemente ambas obligaciones. Empezó a salvarnos obedeciendo la ley de la antigua circuncisión, que era la circuncisión de la carne. Y nos dio un medio seguro para que nosotros nos ayudemos a salvarnos por la ley que estableció de la circuncisión nueva, que es la circuncisión del corazón.

C) Obediencia a la ley de la antigua circuncision

Jesucristo empezó a salvarnos obedeciendo a la ley de la antigua circuncisión; porque en el instante en que se circuncidó se colocó en la disposición inmediata y necesaria para poder ser la víctima del pecado; ofreció a Dios las primicias de su santísima sangre, que debía ser el remedio de nuestra culpa, y se obligó a derramar esta misma sangre más abundantemente en la cruz por la reparación entera del pecado.

a) Se halló en la disposición necesaria para ser la VÍCTIMA DEL PECADO

Y por consecuencia, para ser perfectamente Salvador. Para salvar pecadores y reos se necesitaba un justo, pero un justo que supiese satisfacer a Dios según todo el rigor de su justicia y sobre quien pudiese recaer la maldición que arrastra consigo el pecado y el castigo que merece. Este justo era Jesucristo. No debía ser pecador, pues Dios no lo hubiese aceptado: y no era bastante que fuese justo, pues como tal no hubiera oodido ser objeto de las venganzas de Dios, sino que, en calidad de med'ador, había (aunque exento de culpa e Impecable en sí) de ocupar una especie de puesto intermedio entre la inocencia y la culpa: y este medio consistía en tener la señal del pecado. ¿Dónde tomó la señal de la culpa? En la circuncisión.

b) Ofreciô a Dios las primicias de su santîsima sangre

La menor obra del Hijo de Dios podia bastar para redimimos; pero, segûn el orden de los divinos decretos y de la satisfacclôn rigurosa a la que se habia sometido, era necesarlo que le costase sangre. Hoy empieza a cumplir esta condiçôn. Bien diferente fué el Sefior de los sacerdotes de Baal, los cuales para honrar a su dios se hacian dolorosas heridas hasta quedar cubiertos de sangre. Jesûs, para salvar a su pueblo, aun siendo Dios, toléra y padece esta cruenta operaciôn.

c) Se OBLIGO A DERRAMARLA MÂS ABUNDANTEMENTE EN LA CRUZ

Tal hizo por la reparaciôn entera del pecado, porque, segûn San Pablo (Rom. 2,25), todo hombre al circuncidarse se obligaba a cumplir toda la ley. La consumaciôn de la ley, respecto de Jesucristo, era su propia muerte, pues El era el fin de la ley, y no habia de cumplirlo sino por la consumaciôn dei sacrificio de su santa humanidad.

Con razôn en este misterio se le diô el nombre de Jesûs; y la sangre que derramô para salvarnos nos manifiesta cuâl fué el precio de nuestra salvaciôn y como debemos estimarla.

D) La circuncisiôn nueva del corazôn

Jesucristo nos ha dado un medio seguro para que nosotros mismos nos ayudemos a salvarnos por la ley que ha establecido de la nueva circuncisiôn. Esta circuncisiôn nueva es la del corazôn: a) de ella nos hace una ley; b) nos explica el precepto, y c) nos facilita el uso.

a) Nos PROPONE LA CIRCUNCISIÔN DEL CORAZÔN, Y DE ELLA NOS RACE UNA LEY

Porque no anula la antigua circuncisiôn, o, mäs bien, la antigua no acaba en El, sino porque establece la nueva. Circuncisiôn del corazôn quiere decir apartamiento do todos los deseos culpables y de todas las pasiones desordenadas. Necesitamos esta circuncisiôn para salvarnos, pues el orlgen de nuestras culpas son nuestros deseos y pasiones. Esta circuncisiôn debe ser entera, esto es, ha de extenderse a todo. sin exceptuar nada. pues una sola pasiôn basta para condenarnos.

b) Nos IPLICA EL PRECEPTO DE ESTA CIRCUNCISIÃO NUEVA
CON SU EJEMPLO

En la clrcuncisião hallamos las cuatro pasiones dominantes y mäs difíciles de vencer perfectamente sacrificadas y sometidas a Dios; la de la libertad, por la obediencia prestada a una ley que no le obligaba; la del Interés, por la pobreza en que quiere manifestarse; la del honor, por el carácter Ignominioso del pecado, cuya vergüenza sufre, y la del placer, por la dolorosa operacião que soporta. He aquí las cuatro pasiones que debemos desarraigar de nuestro corazón.

C) Nos FACILITA EL USO DE ESTA CIRCUNCISIÃO POR LA
SANGRE QUE EMPIEZA A DERRAMAR

Esta sangre divina lleva consigo una duplicada gracia. «La gracia interior es la gracia de Jesûs, la gracia que el mismo Salvador de los hombres nos ha traído: la gracia que ilumina el espíritu y nos hace conocer nuestras obligaciones; que nos mueve el corazón y nos la hace amar, y la gracia victoriosa y potente que refrenaba en San Pablo el estímulo de la carne (2 Cor. 12.9). La gracia exterior es la de este mismo ejemplo, con que Jesucristo nos explica su ley y nos anima a cumplirla: porque a la vista de la sangre que El ha derramado, icon qué pretexto podemos paliar nuestra flojedad y tibieza?...»

E) Exhortacião final

«Tiempo es ya, cristiano, de que despertemos dei profundo sueño en que nuestra fe se halla sepultada (Rom. 13,11)... Hoy empezamos un año nuevo. (»Cuántos hay en este auditorio que lo emplezan y no lo acabarán?... Penetrados en el pensamiento de que éste es el ultimo año de nuestra vida, équé resoluciones no hemos de formar?... Tengamos siempre. como el Profeta Real, nuestra aima en nuestras manos: *Mi vida está siempre en constante peligro* (Ps. 118,109). Esto es, estemos siempre prontos para presentarnos delante de Dios: porque no sabemos cuándo nos llamará. y puede ser que sea en este mismo año. Sea como fuere, santifiquémosle y hagámoslo para nosotros un año de salvación>...

VIII. FLECHIER

La salvaciôn, empresa gloriosa de Dios

Extractamos un sermôn del Flechier, dei texto inserto en *Tesoro de predicadores ilustres* (cf. 7,9, Madrid 1852). Fléchier, obi-po de Nimes, naciô en 1632 y entrô en la Congregaciôn de la Doctrina Cristiana. Alcanzô gran fama y prestigio como predicador en la corte real. En 1685 fué exaltado a la mitra de Nimes. Muriô en 1710. El sermôn que presentamos es el de Navidad y fué predicado delante del rey en la capilla de San German. (Puede también verse su texto integro y traducido a] espanol por don Juan de Arribas en *Sermones morales*, de Espiritu Fléchær, obispo de Nimes, t. 5, ed. FernândeZ, Madrid 1774.)

A) Exordio y division

Os ha nacido... un Salvador (Le. 2,11). En las tinieblas ha nacido la luz, el Salvador, que ha cumplido y llenado todas las funciones de su ministerio con perfecciôn; pero la mayor parte de los hombres no se preocupa de aprovecharse de él.

B) Jesucristo, Salvador

La salvaciôn es la empresa mâs gloriosa de Dios. Su fin fué domar al Infierno y reconciliar la tierra con el cielo. Su principio, la infinita caridad. Sôlo Dios podla salvar al hombre. Las obligaciones que Impuso parecen, en cambio, la cosa menos proporcionada a la dignidad de Dios.

a) Dios, revestido de nuestra flaqueza

Algunas veces leemos en la Escrltura que Dios se eleva o baja, metafôricamente, cuando quiere dar idea de su grandeza o compadecerse de nuestra debllidad. Pero en este mls-terio el bajarse Dios hay que entenderlo a la letra, según la expresiôn del Apôstol: *Se anonadô tomando la forma de siervo* (Phil. 2,7).

ôHay cosa mâs débil que un nlfto? A él qulso parecerse Dios. El hombre al nacer crece, y Crlsto se anlqulla. Para nosotros. nacer es salir de la nada, para Crlsto entrar en ello. Dlficll es para el hombre rebajarse, porque bajar hasta la nada es subir hasta su origen. En cambio, para Dios...

Comparémonos con El. Somos soberblos en todo.

b) Obligaciôn de sufrirlo todo por la salvaciôn de
LOS HOMBRES

Dios pudo durisima, pero justamente, abandonarnos en nuestro pecado y condenaciôn. Pudo elegir otro medio mäs suave para salvarnos. Pero, sabiendo que el Padre habia escogido este medio como el mäs apto para honrarle, darnos ejemplos de virtud y hacernos conocer lo que costô nuestra salvaciôn, dijo: *Heme aqui que vengo* (Hebr. 10,7). «Yo me destino a ser el objeto de la infidelidad de los pueblos, de la contradicciôn de los sabios dei mundo..., de la crueldad de los tiranos, de la injusticia de mis enemigos, de la traiciôn de mis discipulos, de la côlera de Dios; extendido ya sobre mi pesebre como un dia lo estaré sobre mi cruz, llevo ya en mi voluntad todo el peso de los pecados de los hombres, impaciente por crecer para consumir la obra que emprendo... Hostia débil y tierna, pero ya voluntariamente consagrada, yo adelantaré mis deseos, ya que no puedo cumplir todavia mis designios. Ningûn Interval© de reposo o de placer interrumpirá el curso de mi vida laboriosa y paciente...»

Comparémonos con Cristo. La religiôn del cristiano es de austeridad y penitencia. En cambio, la mayoria de los hombres piensa que unos tlenen la obligaciôn de la penitencia por sus gravisimos pecados, y otros por la santidad de su vida. Se forma asi un tercer y errôneo estado de molicie y libertad, porque no se creen ni bastante malos ni bastante buenos para ser penitentes como Cristo desea.

c) Obligaciôn de pensar en la salvaciôn de los pecadores

La tercera obligaciôn que el Salvador se impuso es pensar toda su vida en la salvaciôn de los pecadores. Cristo Nuestro Sehor tuvo pasiones, no en el sentido en que solemos emplear la palabra, sino suaves y ordenadas. Utilizô unas y otras segûn los casos; pero si tuvo una pasiôn perpetua y permanente, fué el deseo de la salvaciôn de los hombres. *¡Cômo me siento oWgado hasta que se cumpla!* (Le. 12,50).

«¿Y nosotros? ôCuidamos de parecemos a Cristo en ese deseo?

C) cNos aprovechamos de su salvaciôn?

Hay très clases de personas que no se aprovechan de la salvaciôn de Crlsto.

a) LOS QUE NO CONOCEN A CRISTO

El mundo no le ha conocido. La sociedad, animada del espíritu natural, piensa en el hombre según Adán y no según Cristo, y no admite otros bienes que el placer, el honor y la riqueza. Consume su vida en una falsa alegría, regocijándose o afligiéndose como si no tuviese que creer ni siquiera la religion que sólo simula profesar. Espíritu de necedad, tropel de espíritus que intuitamente se combaten. Estos hombres, en realidad, no conocen a Cristo, porquís entre sus costumbres, que han espesado las tñieblas espirituales; sus oídos, sordos a la palabra de la vida, inasequible al hombre animal, y sus pasiones, que han cegado su entendimiento, viven exactamente igual que si no hubieran oído hablar nunca de Cristo.

El mar trocó en sólidas sus olas para sostener a Cristo, la tierra abrió sus sepulcros ante su mandato y tembló ante su muerte. Sólo el hombre permanece insensible frente a sus preceptos y sus dolores.

b) Otros conocen a Cristo, pero no creen en Él

Se puede creer con la razón únicamente, admitiendo la verdad, o con la voluntad, decidiéndose a obedecerla. Las personas que pertenecen a esta segunda clase, admiran la virtud, pero no creen que ellas deban practicarla.

San Pablo dice que Jesucristo se hizo para nosotros *sabiduría, justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1,30). Como *sabiduría* nos instruye, como *justicia* nos inspira dolor de nuestros pecados, como *santificación* nos purifica y es regla de conducta, como *redención* nos devuelve la esperanza de los bienes eternos. Pues bien, necesitamos seguir a Cristo en estos cuatro estados, creyendo, acudiendo a su gracia, viviendo según sus leyes y aguardando la felicidad futura. Mas hay quienes dividen a Cristo y quieren que sea redentor, pero no maestro; que nos dé su sangre, pero no su espíritu; que nos quite la pena del pecado, pero nos deje en él. Esto no es creer en Jesucristo, sino despreciarlo. Muchos anhelan la santidad y están persuadidos de la necesidad de esforzarse para alcanzarla, mas quisieran ir al cielo cómodamente, porque los medios les parecen difíciles, y les convendría gozar de impunidad para algunas de sus pasiones.

C) FINALMENTE, LOS HAY QUE CONOCEN Y GREEN A CRISTO,
PERO NO LE SIGUEN

El Salvador ha adqlrido tres grados de dominio sobre los hombres. Uno de redenciôn al posesionarse de aquéllos a quienes llberô por un nuevo derecho de protecciôn y socorro. Otro de relglôn, con derecho a un homenaje Infinito, y el tercero de instrucclôn, como ministro de la verdad y cabeza y modelo con quien hay que conformarse como con una imagen.

El designio de la encarnaciôn es darnos medios de llegar a Dios, ûnico bien nuestro. ^De qué nos slrve conocer la meta si no nos decldimos a segulr el camino? No obstante, idônde hallaremos cristianos que conformen su vida con la de Cristo desde el pesebre hasta la cruz? Aun aquéllos que ya no pecan gravemente no dan importanda a la mentira la murmuraciôn, la adulaciôn y otros vicios peores...

IX. CARDENAL GOMA

Jésus en la historia

Sintetizamos las ideas mâs interesantes dei capitulo 3 de la obra *Jesûs Redentor*, del Cardenal Gomâ, arzobispo de Toledo y primado de Espana (cf. ed. 3.* [Barcelona 1944], p. 67-98).

A) Jésus, el esperado de la historia

El grito de Isaias pidiendo a las nubes que lluevan al Salvador dei mundo (Is. 45.8) es el eco general de todo el universo, que responde a la promesa hecha por Dios en el paraíso.

Israel espera con ansias al Salvador. *Dios le confiô a sus orâculos* (Rom. 3,2). Raza nômada en sus comlenzos, espera con Abraham la bendiciôn que nacerâ de su descendenda para todas las naciones (Gen. 26,4); Jacob muere con la esperanza en el que ha de ser enviado, cuando el cetro sea *quitado de la casa de Judd* (Gen. 49,10). Cuando bendlice a su hijo José a la hora de morir. le afirma: *Las bendiciones que te da tu padre Jacob sobrepujan las bendiciones de sus progenitores hasta que venga el Deseado de todas las gentes* (Gen. 49,18-26).

David ante los despojos de sus enemigos coge su arpa y le arranca el hlmno: *îVisitanos en tu Salvador!... Que su nombre sea bendecido por todos los siglos* (Ps. 105,4; 71,17).

Y después todos los profetas, cuando Israël es invadido

pur los carros blindacios de Sargôn o Hora en el cautlverlo, se levantan para declrle: *Las naciones, ioh Jerusalén!, verari a tu Justo, v Los reyes todos a tu qlorioso Salvador* (Ls. 62,2).

Mâs arrlba dei Libano, hacia el oriente y el occidente de aquel rincon dei mundo, la misma esperanza allenta y vive. Egipto espera confusamente un Orus Salvador. Persia, la venlda del envlado del Dios bueno contra el mal. Coniucio ha oido decir que nacerâ en Occidente un hombre que producirâ un océano de aedones meritorias y que vendrà del cielo y salvarâ la tierra. Socrates espera al Justo en la Grecla florida, y en las colinas de Roma resuena la voz de Virglllo, eco de la sibila de Cumas, quien anuncia la edad de oro, en la que nacerâ el hijo de una virgen (*Ecl.*, 4,5). Tâcito y Suetonio recuerdan la tradiciôn en la que se promete una era de poder y dominio a la pequeha regiôn de Judea (TÂc., *Hist.*, 5,13; Suet., *Vespas.*, 4,3), y hasta Josefo hace menciôn de esta esperanza de un Mesias (*B. I.*, 3,8,9).

Y he aqui que en el año 750 de la fundaciôn de Roma, en un prado tranquilo de Belén, los ângeles anuncian a unos pobres pastores: *Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo...* (Lc. 2,11), y a los ocho dias se le impone el nombre de *Jesûs* (ibid. 21).

B) Salvador por la plenitud de su gracia

a) SIGNIFICADO DEL NOMBRE

El nombre se lo impuso Dios, que conoce la esencla de las cosas. Por eso es un nombre lleno. Jesûs «no llevô sôlo la sombra de un gran nombre*, como pudo ocurrir con algunos personajes del Viejo Testamento, sino que su nombre es la verdad (cf. San Bernardo, *Serm. 1 sobre la Circunc.*: BAC, p. 303).

«Salvar es conservar un oien que estâ en pellgro y llbrar del mal en que se ha incurrido... Salva de la ruina a un deudor aquel que le da con que pagar sus deudas..., como salva el médico a ouien cura de su enfermedad»...

b) SIGNIFICADO DE LA SALVACIÓN

El aspecto espiritual y fundamental de la obra salvadora de Jesûs consiste en saber que es Salvador por la plenitud de su gracia, encerrada en todos los misterios que se contienen en su nombre.

El anonadamiento dei Verbo, que se obrô en el misterio de la encarnaciôn, y del que resulto esta persona historica que se llama Jesucristo, es lo que le mereciô un nombre sobre todo nombre.

El apôstol San Pablo exhorta a los filipenses a la caridad; y en una digresiôn breve, pero profundamente teolôgica, les describe todo el curso de la vida de Cristo desde el seno del Padre hasta su aniquilamiento y muerte en la cruz. Después dice: *Por esto le diô un nombre superior a todo nombre, a fin de que al nombre de Jesûs se doble toda rodüla en el cielo, en la tierra y en el infierno* (Phil. 9,10).

Jesucristo, antes que fuera hombre, tenia la misma naturaleza o esencia de Dios. «Por una condescendenda infame de su amor a los hombres se anonadô, vino del cielo a la tierra se vaciô, en la apariencia, de la naturaleza y prerrogativas de la dlvinidad y apareciô en la forma de hombre... Es el misterio de la union hipostâtica, en virtud de la cual una persona divina, la del Verbo, Dios verdadero. es al mismo tiempo hombre verdadero por haber tornado una naturaleza humana... Esta gracia de la union hipostâtica, ûnica e insuperable, constituye a Jesûs Salvador de la humanidad».

Adân habia caido. Para restaurar a la humanidad la mitologia no encuentre otro recurso que la fâbula de Prometeo, que roba el fuego de los dioses y lo esconde en el pecho de los hombres. Dios encuentra otro medio soberano. El mismo se hace hombre, no sôlo Igual, sino superior a lo que habia sido Adân.

Jesûs, Hombre-Dios, queda constituido desde ese momento Jerarca supremo de la humanidad, porque si la jerarquía de los seres aumenta a medida que ellos se aproximan a Dios, no puede haber jerarquía sobre la de Jesûs.

¡Oh maravilla!, dijo Dios irônicamente: *He aqui que Adân ha venido a ser como uno de nosotros* (Gen. 3.22). Ahora podemos decir: He aqui que Dios se ha hecho como los hombres. ¿Qué mayor salvaciôn y qué mâs amplia liberaciôn? Jesûs *no se avergüenza de llamarnos a nosotros hermanos* (Hebr. 2.11). *Es nuestro hermano mayor*, como le llama el Apôstol (Rom. 8.29).

¿Adân reciblô el aliento vital de su aima? Jesûs es la Vida, de donde procede toda vida natural y sobrenatural.

(•Adân fué creado en rectitud y justicia? Jesûs naciô santo esencial y circunstancialmente. ôAdân inmortal? Jesûs, Dios inexterminal, muere por unas horas para devolvernos la inmortalidad. ^Adân recibîô la ciencia del espíritu? Jesûs, como Dios, es la Sabiduria esencial, y como hombre estaba «lleno de verdad» infusa y de vision beatifica...

«¡Oh Jesûs mio! Vuestro nombre es miel para mi boca, armonia para mis oidos, júbilo para, ml corazôn» (cf. San Bernardo, *Serm.* 15 *in Cant.*: PL 183,847). Al pronunciarlo me parece asistir a esas bodas en las que bajô el Verbo hasta nuestra naturaleza y subiô ella hasta Dios; pues por la gracia de vuestra union *todo os quedô sometido, menos Aquel que lo sujetô todo a Vos* (1 Cor. 15,27).

C) *Salvador por su operaciôn*

La salvaciôn traída por Jesûs no es la obra del artista que, despechado al ver su estatua hecha pedazos, se indemniza haciendo otra mejor. No, Jesûs rehace lo que el adversario arruinô, y lo rehace por medio de su obra. Jesûs es el hombre nuevo; pero por medio de este hombre nuevo, *per Dominum Nostrum Iesum Christum*, el hombre viejo es rehabilitado.

a) Etapas de la redenciôn

La primera et-apa fué la *forma Dei*; la segunda, *la forma servi*, y la tercera, *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Phil. 2,8). En esta tercera etapa nos redimiô individualmente.

El hombre, esclavo de un dueño más fuerte que él, ofensor de un Dios y deudor de una deuda infinita, necesitô un vencedor más fuerte que Satanás, un Dios que pudiese perdonar sus propias ofensas y pagar deudas infinitas. Como hombre paga, pero la paga es divina.

De esta salvaciôn hay que decir: 1.º, Jesûs nos salvô satisfaciendo condignamente la ofensa; 2.º, redimiéndonos mediante el precio de su sangre; 3.º, como cabeza nuestra, influyendo continuamente con sus méritos y gracias en nuestra salvaciôn personal.

b) TODAVIA VIVE Y SE INMOLA

Jesûs no nos comprô y redimiô, sino que sigue comprando, redimiéndonos, pagando nuestras deudas y salvándonos, porque todavia se inmola y hace correr su sangre por el

mundo, derivândola a cada uno de nosotros para obrar nuestra salvación personal. Es el dñvno samaritano... (Lc. 10, 30-37).

Es el nuevo *sacerdote*, cuya gracia baja por la Jerarquia a todo el cuerpo místico y *de cuya plenitud todos recibimos con él, produce copiosos frutos* de salvación (Io. 15,5). Es *Jesûs. Sin El nada podéis hacer* (Io. 15,5); pero acoplando nuestra libertad a su voluntad salvadora, somos reengendrados por El en el bautismo, robustecidos en la confirmación, alimentados y preservados de enfermedades en la Eucaristia... *Vive orando e intercediendo continuamente por nosotros* (Hebr. 7,25). Nuestro ideal seria injertarnos de tal forma en El, que obedeciéramos a San Pablo: *Todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo* (Col. 3,17).

c) Abundancia de la salvación por el nombre de **Jesûs**

1 Mas profunda que la condenación que nos
vino de Adân

Porque nos ha hecho un solo Cristo eon El, una sola cosa con El y con Dios (Io. 17,21), y *donde abundo el delito sobreabundô la gracia* (Rom. 5,20).

2. Mâs universal

Porque la caída de Adân no rebasô los límites del género humano, y la encarnación de Cristo ha dignificado a todo el mundo: *Todo doble la rodilla al nombre de Jesûs, el cielo, la tierra y los infiernos* (Phil. 2,10).

D) Poder social del nombre de Jesús

«Una sola frase del Apôstol sintetiza toda su obra salvadora: *Instaurare omnia* (Eph. 1,10), revocarlo todo a la unidad de un principio capital: Jesûs que lo présida, armonice y dñija todo en los cielos y en la tierra»...

La solldaridad del aima y del cuerpo nos acarreô la corrupción y muerte corporal. La solldaridad social ha hecho que la ruina dei espirltu humano se traduzca en las afrentas de las socledades anteriores al Salvador Jesús. Mas la solldaridad en Jesûs ha devuelto la inmortalidad a nuestro cuerpo (*la vida de Jesûs debe manifestarse hasta en nuestra carne mortal: 2 Cor. 4,11*) y debe dñlarse en una vida social espléndida.

Los gloriosos y universales trunfos de Cristo fueron vis-

lumbrados por Isaías al describir la gloria del Mesías futuro. Toda esta gloria la reduce a très grandes factores de fuerza social: la verdad, la justicia y el imperio.

a) La verdad

Herird la tierra con la vara de su boca (Is. 11,4). La palabra de Jesûs, penetrante como *una espada de dos filos* (Hebr. 4,12), hablando lo que oyô en el seno del Padre (Io. 15,15), transformé la tierra como la levadura. San Bernardo nos describe el ministerio de San Pablo con estas palabras: «Llevaba el nombre de Jesûs como se lleva una luz, e iluminaba la patria y en todas partes clamaba: *Pasô la noche, clarea ya el dia; abandonemos las obras de las tinieblas y vistâmonos las armas de la luz* (Rom. 13,12-13). Y señalaba a todos la luz sobre el candelabro, anunciando en todas partes a Jesûs, y éste, cruciflcado» (cf. *Serm. 15 in Cant.*: PL 183,846).

La doctrina de Cristo ha influido en la ciencia, en la política, en las costumbres, en las leyes y en los grandes problemas de la vida individual y social. «Cada etapa de la historia ve brillar el nombre de Jesûs con una luz nueva; para cada momento tiene su matiz; para cada problema un rayo de claridad que consienta descifrarlo y resolverlo».

ôPor qué buscarân los hombres las misérables luciérnagas de las opiniones humanas? Los hombres son *llevados por el viento de toda doctrina a toda maldad* (Eph. 4,14).

b) La justicia

Serd la justicia el ceïïdor de sus lomos (Is. 11,5). La justicia no reino en el mundo hasta que vino Cristo, y desde entonces ha reinado en la medida que los pueblos aceptaron su ley. Triste justicia en que Cresos y Césares dlvidian el mundo en castas de dioses y de parias y convertian a la sociedad en juguete de sus caprichos. Jesûs réhabilité a la humanidad desgraciada diciendo: *Padre nuestro, que estas en los cielos* (Mt. 6,9), y los hombres se convierten en hermanos. Jesûs dijo: *Bienaventurados los pobres, los mansos, los pacificos, los que padecen persecuciôn por la justicia* (Mt. 5,3-10), y la humanidad infortunada vio su amanecer. *Y la paz serd obra de la justicia* (Is. 32,17).

C) El IMPERIO DEL PODER

Y con el aliento de sus labios matô al impio (Is. 11,4). Ciro hizo estremecer la tierra, los horizontes huían ante Alejandro, Napoleôn fruncia el cefio de despecho, Alejandro desapareció en un festin, y Jesûs, después de muerto, reina al cabo de dos mil años.

Admirables ascensiones logró la humanidad creyendo en Crlsto. Los mártires..., los confesores, el genio entero del cristianismo...

Humillemos la frente ante el nombre de Jesûs para consuelo nuestro, porque *El da al aima los verdaderos goces* (himno de visperas). Invoquémosle en la hora difícil, pues *quienquiera que invocare este nombre sera salvo* (Act. 2,21).

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

I. SOBRE LA EPISTOLA

A) *La descristianizacion de la sociedad y sus consecuencias*

a) El alejamiento de Dios y de su fe da siempre una TRÂGICA COSECHA

ôQué corazôn no debería arder y sentirse empujado a prestar su ayuda a la vista de tantos hermanos y hermanas que, por errores, pasiones, instigaciones y prejuicios, se han alejado de la fe en el verdadero Dios y se han separado del alegre y Salvador mensaje de Jesucristo? Quien pertenece a la milicia de Cristo, sea eclesiástico o seglar, ¿no debería sentirse espoleado e incitado a mayor vigilancia, a defensa más decidida, cuando ve crecer cada vez más los escuadrones de todos los enemigos de Cristo, cuando se da cuenta que los portavoces de tales tendencias, renegando o despreocupándose en la práctica de las verdades vivificadoras y de los valores encerrados en la fe en Dios y en Cristo, rompen sacrilegamente las tablas de los mandamientos de Dios para sustituirlas con tablas y normas de las que está desterrada la substanda ética de la revelación del Sinai, el espíritu del sermón de la Montafia y de la cruz? ¿Quién podrá mirar sin profundo dolor como semejantes desviaciones preparan una trágica cosecha en los que, en días de calma y de seguridad, se agrupaban entre los secuaces de Cristo, pero que, desgraciadamente, cristianos más de nombre que de hecho, en la hora que es menester perseverar, luchar, sufrir, hacer frente a las persecuciones ocultas o descubiertas, sucumben víctimas de la pusilanimidad, de la debilidad, de la incertidumbre. y, aterrorizados ante los sacrificios impuestos por su profesión cristiana, no encuentran fuerza para beber el amargo cáliz de los fieles de Cristo? (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 3).

b) Toda construction social que aparté al hombre y a
LA SOCIEDAD DE DIOS PREPARA SU PROPIA RUINA

El origen y fin esencial de la vida social ha de ser la conservación, el desarrollo y el perfeccionamiento de la persona humana, ayudándola a actuar rectamente las normas y valores de la religión y de la cultura, señalados por el Creador a cada hombre y a toda la humanidad, ya en su conjunto, ya en sus naturales ramificaciones.

Una doctrina o construcción social que niegue esa interna y esencial conexión con Dios de todo lo que se refiere al hombre o prescindiera de ella, signe un camino falso, y mientras con una mano construye, con la otra prepara los medios que, tarde o temprano, pondrán en peligro o destruirán su obra (Pío XU, *Mensaje de Navidad de 1942*, n. 12 y 13).

c) RECHAZADA LA PIEDRA ANGULAR, TODO EL EDIFICIO SOCIAL
AMENAZA HUNDIRSE

Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso esnejsmo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieron retenidos: ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad, que libra, y el error, que reduce a esclavitud; ni pensaban que renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y paterna, y a la unificadora y ennoblecedora doctrina de amor de Cristo, se entregaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mutable. Hablaban de progreso, cuando retrocedían; de elevación, cuando se degradaban; de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para substituir la ley de Cristo por algo que la iguale: *Se entontecieron en sus razonamientos* (Rom. 1,21).

Debilitada la fe en Dios y en Jesucristo y oscurecida en los ánimos la luz de los principios morales, se quitó el apoyo al único e insustituible fundamento de aquella estabilidad y tranquilidad, de aquel orden interno y externo, privado y público, únicos que pueden engendrar y salvaguardar la prosperidad de los Estados (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 16).

d) DESAPARECIÓ TODA BASE MORAL Y TRAJÓ CONSIGO TODOS
LOS MALES PRESENTES

Es cierto que la raíz profunda y última de los males que deploremos en la sociedad moderna es el negar y rechazar una norma de moralidad universal, así en la vida Individual como en la vida social y en las relaciones Internacionales; el desconocimiento, en una palabra, tan extendido en nuestros tiempos, y el olvido de la misma ley natural, la cual tiene su fundamento en Dios, criador omnipotente y padre de todos, supremo y absoluto legislador, omnisciente y

justo juez de las naciones humanas. Cuando se reniega de Dios, se siente sacudida toda base de moralidad, se ahoga, o al menos se apaga notablemente, la voz de la naturaleza, que enseña aun a los ignorantes y a las tribus no civilizadas lo que es bueno o malo, lícito o ilícito, y hace sentir la responsabilidad de las propias acciones ante un Juez supremo (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 14).

e) LOS ESFUERZOS POR DESTRONAR A JESÚS HAN CONDUCTO A LA INDIGENCIA ESPIRITUAL Y MORAL DE LOS TIEMPOS PRESENTES

Al comienzo del camino que conduce a la indigencia espiritual y moral de los tiempos presentes, se yerguen los nefastos esfuerzos de no pocos por destronar a Cristo, el apartamiento de la ley de la verdad que Él anunció. de la ley del amor, aliento vital de su reino (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 10).

f) Y A LAS TINIEBLAS QUE HOY NOS ENVUELVEN

Narra el sagrado Evangelio que, cuando Jesús fue crucificado, las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra (Mt. 27,45); símbolo espantoso de lo que sucede y sigue sucediendo espiritualmente, dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluido de hecho a Cristo de la vida moderna, especialmente de la pública; y con la fe en Cristo ha sacudido también la fe en Dios. Los criterios morales, según los cuales en otros tiempos se juzgaban las acciones privadas y públicas, han caído como por consecuencia en desuso; y el tan decantado laicismo de la sociedad, que ha hecho cada vez más rápidos progresos, sustrayendo el hombre, la familia y el Estado al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer, aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los fulgores de la civilización cristiana, las señas de un paganismo corrompido y corruptor, cada vez más claras, más palpables, más angustiosas: las tinieblas se extendieron mientras crucificaban a Jesús (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 15).

g) Abandonar a Dios trae consigo todos los males SOCIALES

Ya mucho antes que estallara la guerra europea (1.*) venía preparándose, por culpa de los hombres y de las sociedades, la principal causa engendradora de tan grandes calamidades, causa que debía haber desaparecido con la misma espantosa grandeza del conflicto si los hombres hubieran entendido la significación de tan grandes acontecimientos. ¿Quién no sabe aquello de la Escritura: *Los desertores del Señor serán aniquilados?* (Is. 1,28). Ni son menos conocidas aquellas gravísimas palabras del Redentor y Maestro de los hombres. Jesucristo: *Sin mí no podéis hacer nada* (Jo. 15,5), y aquellas otras: *El que conmigo no recoge, derrama* (Le. 11,23). Sentencias estas de Dios que en todo tiempo se han verificado, y ahora, sobre todo, las vemos realizarse ante nuestros mismos ojos. Alejáronse en mal hora los hombres de Dios y de Jesucristo, y por eso precisa-

mente de aquel estado feliz han venido a caer en este torbellino de males, y por la misma razón se ven frustradas y sin efecto la mayor parte de las veces las tentativas para reparar los daños y para conservar lo que se ha salvado de tanta ruina. Y así, arrojado Dios y Jesucristo de las leyes y del gobierno, haciendo derivar la autoridad. no de Dios, sino de los hombres, ha sucedido que, además de quitar a las leyes las verdaderas y sólidas sanciones y los primeros principios de la justicia, que aun los mismos filósofos paganos, como Cicerón. comprendieron que no podían tener su apoyo sino en la eterna de Dios, han sido arrancados los fundamentos mismos de la autoridad, una vez desaparecida la razón principal de que unos tengan el derecho de mandar y otros la obligación de obedecer. Y de ahí las violentas agitaciones de toda la sociedad, falta de todo apoyo y defensa, mientras los partidos luchan por alcanzar el poder. atentos a los propios intereses y no a los de la patria (Pío XI. *Ubi Arcano Dei*, n. 14).

h) En la vida familiar es causa de desórdenes y hasta DE CRÍMENES

Es también ya cosa decidida que ni Dios ni Jesucristo han de presidir el origen de la familia, reducido a mero contrato civil el matrimonio, que Jesucristo había hecho un *sacramento grande* (Eoh. 5.32) y había querido que fuese figura, santa y santificante, del vínculo indisoluble con que Él se halla unido a su Iglesia. Y debido a esto. hemos visto frecuentemente cómo en el pueblo se hailand oscurecidas las ideas y amortiguados los sentimientos religiosos con que la Iglesia había rodeado este germen de la sociedad que se llama familia: 'vernos perturbados el orden doméstico y la paz doméstica: cada día más insegura la unión y estabilidad de la familia; con tanta frecuencia profanada la santidad conyugal por el ardor de sordidas pasiones y por el ansia mortífera de las más viles utilidades. habrá quedar inficionadas las fuentes mismas de la vida, tanto de las familias como de los pueblos (Pío XI. *Ubi Arcano Dei*. n. 15).

i) Y, COMO CONSECUENCIA EVIDENTE, SE SIGUE LA GUERRA

Desatendidos, pues, los preceptos de la sabiduría cristiana, no nos debe admirar que las semillas de discordias sembradas por doquiera en terreno bien dispuesto viniesen por fin a producir aquella tan de'astrosa guerra. que. lejos de apagar con el cansancio los odios entre los pueblos y entre las diversas clases sociales, los encendió mucho más con la violencia y la muerte (Pío XI. *Ubi Arcano Dei*. n. 15).

*,

î) -Para un cristiano clarividente, eran previsibles las CONSECUENCIAS DEL APARTAMIENTO DE DIOS

■ ' Lo que aparecía claro al cristiano que. profundamente creyente, sufría por la ignorancia de los otros, nos lo presenta hoy clarísimo el fragor de la espantosa catástrofe del presente trastorno, que re-

viste la terrible solemnidad de un juicio universal aun a los oídos de los tibios, de los indiferentes y de los irreflexivos; una verdad antigua que se manifiesta trágicamente en formas siempre nuevas y retomba de siglo en siglo, de pueblo en pueblo, por la boca del profeta: *Omnes qui te derelinquunt confundentur; recedentes a te in terra scribentur; quoniam dereliquerunt venam aquarum viventium, Dominum* (1er. 17,13): «Los que te abandonan serán confundidos; los que te dejan se cubrirán de vergüenza, porque dejaron al Señor, fuente de aguas vivas» (Pío XU, *Mensaje de Navidad de 1942*, n. 36).

k) Alejada de Dios la sociedad, solo se va en busca de
LO MATERIAL Y DEL PODER

Arrastrado el espíritu a la cima moral, al apartarse de Dios y de las prácticas cristianas, no podía menos de ser que los pensamientos, propósitos, iniciativas, estima de las cosas, acción y trabajo de los hombres, se dirigieran y orientaran hacia el mundo material, afanándose y sudando por dilatarse en el espacio, por crecer como nunca, más allá de todo límite, en la conquista de las riquezas y del poder; por rivalizar en la velocidad para producir más y mejor todo lo que el adelanto y el progreso material parecía exigir (Pío XU, *Mensaje de Navidad de 1941*, n. 12).

1) INDEPENDIZADA DE DIOS, LA AUTORIDAD CIVIL PRETENDE
UN PODER ILIMITADO, SUMAMENTE NOCIVO

Si el olvido de la ley de caridad universal, única que puede consolidar la paz, apagando odios y atenuando rencores y desavenencias, es fuente de gravísimos males para la convivencia pacífica de los pueblos. no menos nocivo al bienestar de las naciones y a la prosperidad de la ingente sociedad humana, que recoge y abraza dentro de sus confines a todos los pueblos, aparece el error que se encierra en aquellas concepciones que no dudan en separar la autoridad civil de toda dependencia del Ser supremo (causa primera y Señor absoluto tanto del hombre como de la sociedad) y de toda ligadura de ley trascendente, que deriva de Dios como de fuente primaria, y conceden a esa misma autoridad una facultad ilimitada de acción, abandonándola a las ondas mudables del arbitrio o únicamente a los dictámenes de exigencias históricas contingentes y de intereses relativos (Pío XH, *Summi Pontificatus*, n. 22).

11) Trata de sustituir a la divinidad POR LA AUTORIDAD

Renegando en tal modo de la autoridad de Dios y del imperio de su ley, el poder civil, por consecuencia meludible, tiende a apropiarse aquella absoluta autonomía que sólo compete al supremo Hacedor, a hacer las veces del Omnipotente, elevando el Estado o la colectividad a fin último de la vida, a último criterio del orden moral y jurídico, y prohibiendo, consiguientemente. toda apelación a

los principios de la razôn natural y de la conciencia cristiana (Pio XII, *Summi Pontificatus*, el 23).

Y mAs PRONTO O MAs TARDE, PROVOCA EL DESMORONAMIENTO DE TODO EL EDIFICIO SOCIAL

Donde se rechaza la dependenda del derecho humano del derecho divino, donde no se hace apelaciôn sino a una idea incierta de autoridad meramente terrena y se reivindica una autonomia fundada unicamente en la moral utilitaria, alli el mismo derecho humano pierde justamente en sus aplicaciones mäs difidles la fuerza moral, que es la condiçôn esencial para ser reconocido y exigir hasta sacrificios.

Bien es verdad que el poder, apoyado sobre fundamentos tan débiles y vacilantes, puede conseguir alguna vez, por la contingencia de las circunstancias, éxitos materiales de que se maravillan observadores menos profundos; pero viene el momento en que triunfa la ineluctable ley que sacude todo cuanto se ha construido sobre una velada o manifiesta desproporciôn entre la magnitud del resultado material y externo y la fragilidad del motivo interno y de su fundamento moral. Desproporciôn que subsiste siempre que la autoridad pûblica desconoce o reniega dei dominio del Legislador supremo, que, si ha dado la potestad a los gobemantes, ha sehalado también y determinado los limites de la misma (Pio XII, *ibid.*).

n) Donde no esta Jesucristo no hay sumisiôn a la AUTORIDAD

Y ya que arriba hemos demostrado que una de las principales causas de la confusiôn en que vivimos es el hallarse muy menoscabada la autoridad del derecho y el respeto a los que mandan—por haberse negado que el derecho y el poder vienen de Dios, creador y gobemador de! mundo—, también a este desorden pondrà remedio la paz cristiana. ya que es una paz divina, y por lo mismo manda que se respeten el orden, la ley y el poder. Pues asi nos lo enseña la Escritura: *Conservad en paz la disciplina* (Eccli. 41,17». *Mucha paz tienen los que aman tu ley. Señor* (Ps. 118.165). *El que terne el precepto se hallará en paz* (Prov. 13,13). Y Nuestro Señor Jesucristo no sôlo dijo aquello de *Dad al César lo que es del César* (Mt. 22,21), sino que declarô respetar en el mismo Pilatos el poder que le habia sido dado de lo alto (Io. 19,11), de la misma manera que habia mandado a los discipulos que reverenciasen a los escribas y fariseos que se *sentaron en la câtedra de Moirés* (Mt. 23.2). Y es cosa admirable la estima que hizo de la autoridad paterna en la vida de familia, vlviedo para dar ejemplo sumiso y obediente a José y Maria. es también aquella ley promulgada por sus apôstoles (Rom. 13J): *Todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores; que no hay autoridad sino por Dios* (Pfo XL *Ubi Arcano Dei*, η. 19).

B) *La descristianización del Estado y sus consecuencias*

a) **Un Estado que pisotea la fe cristiana y los sentimientos de HUMANIDAD SE PRECIPITA EN LA RUINA**

Veis lo que déjà en pos de si una concepción y una actividad del Estado que no tiene en cuenta para nada los sentimientos más sagrados de la Humanidad, que pisotea los principios inviolables de la fe cristiana. El mundo entero contempla hoy estupefacto la ruina que de ahí se ha seguido. Esta ruina Nos la habíamos visto venir de lejos. y muy pocos, según creemos, han seguido con mayor tensión de espíritu el evolucionar y el precipitarse de la inevitable caída (Pío XII, *Discurso ante el Sacro Colegio*, 2 de junio de 1945, n. 2).

b) **Aunque se diga democrático, si olvida su dependencia de Dios, conducirá a la tiranía**

Si quien ejercita el poder público no ve o al menos descuida (la íntima e indisoluble conexión con Dios). remueve en sus mismas bases su propia autoridad. Igualmente, si no da la debida importancia a esta relación y no ve en su cargo la misión de actuar el orden establecido por Dios, surgirá el peligro de que el egoísmo del dominio o de los intereses prevalezca sobre las exigencias esenciales de la moral política y social, y de que las vanas apariencias de una democracia de para fórmula sirvan no pocas veces para enmascarar lo que es, en realidad, lo menos democrático (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1944*, n. 16).

c) **Cualquier concepción ilimitada de LA AUTORIDAD DEL Estado se opone al bienestar de la sociedad**

Considerar el Estado como fin al que debe subordinate y dirigir todo. sólo podría tener consecuencias nocivas para la prosperidad verdadera y estable de las naciones. Y esto, sea que este dominio ilimitado se atribuya al Estado como mandatarlo de la nación. del pueblo o sólo de una clase social, sea que lo reclame el Estado como absoluto señor, independientemente de todo mandato. Si, en efecto, el Estado se atribuye y ordena las iniciativas privadas, toda vez que éstas se gobiernan por normas Internas, delicadas y complejas que garantizan y aseguran la consecución del fin que les es propio, pueden recibir daño. con desventaja para el bien público si se les arranca de su ambiente natural, es decir, de la actividad privada responsable (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 24).

d) Un Estado que olvida los fines señalados por Dios
A LA SOCIEDAD PRONTO SERIA RECHAZADO POR EL PUEBLO

Unicamente la clara inteligencia de los fines señalados por Dios a todas las sociedades humanas, unida al sentimiento profundo de los deberes sublimes de la labor social, puede poner a los que se les ha confiado el poder en condición de cumplir su propias obligaciones de orden legislative, judicial o ejecutivo, con aquella conciencia de la propia responsabilidad, con aquella generosidad, aquella incorruptibilidad, sin las que un Gobierno democrático difícilmente lograria obtener el respeto, la confianza y la adhesión de la parte mejor del pueblo (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1944*, n. 17).

e) Si NO SE BASA en la ley natural y DIVINA, se transforma EN ABSOLUTO

Una sana democracia fundada sobre los principios inmutables de la ley natural y de la verdad revelada sera resueltamente contraria a aquella concepción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin frenos y sin limites, y que hace también del régimen democrático, a pesar de las apariencias contrarias, pero vanas, puro y simple sistema de absolutismo (Pío XU. *ibid.*, n. 21).

f) Pues todo absolutismo rechaza prácticamente toda
DEPENDENCIA DE LA LEY MORAL Y, POR TANTO, CUALQUIER
LIMITACIÓN

El absolutismo del Estado (no hay que confundir este absolutismo con la monarquia absoluta, de la que ahora no hablamos) consiste de hecho en el principio erróneo de que la autoridad del Estado es ilimitada. y Frente a ella—aun cuando da rienda suelta a sus miras despóticas, traspasando los limites del bien y del mal—no cabe apelación alguna a una ley superior que obliga moralmente (Pío XU. *ibid.*).

g) Ofrece un triste espectáculo una sociedad que, llamada DEMOCRÁTICA, CONSIDERA a LOS HOMBRES COMO MASA

¿Qué espectáculo presenta un Estado democrático dejado al arbitrio de la masa! La libertad, el deber moral de la persona, se transforma en pretensión tiránica de desahogar libremente los impulsos y apetitos humanos, con daño de los demás. La igualdad degenera en nivelación mecánica, en uniformidad monótona; sentimiento de! verdadero honor, actividad personal, respeto de la tradición, dignidad; en una palabra, todo lo que da a la vida su valor, poco a poco se hunde y desaparece. Y unicamente sobreviven, por una parte, las victimas engañadas por la fascinación apa-

ratosa de la democracia, fascinación que se confunde ingenuamente con el espíritu mismo de la democracia, con la libertad e igualdad; y por otra, los explotadores más o menos numerosos que han sabido, mediante la fuerza del dinero o de la organización, asegurarse sobre los demás una posición privilegiada y aun el mismo poder (Pío XII, *ibid.*, n. 14).

h) Apartar a Dios de la autoridad del Estado conduce
NECESARIAMENTE A LA DISCORDIA ENTRE LAS NACIONES

La concepción que atribuye al Estado una autoridad ilimitada no solo es, venerables hermanos, un error pernicioso a la vida interna de las naciones, a su prosperidad y al creciente y ordenado incremento de su bienestar, sino que, además, causa daños a las relaciones entre los pueblos, porque rompe la unidad de la sociedad sobrenacional, quita su fundamento y valor al derecho de gentes, conduce a la violación de los derechos de los demás y hace difícil la inteligencia y la convivencia pacífica (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 27).

i) Porque, destruido el verdadero derecho de gentes,
SOLO PREVALECE EL INTERÉS PRIVADO O EL EGOÍSMO COLECTIVO

Pero, por otra parte, separar el derecho de gentes de la âncora del derecho divino, para apoyarlo en la voluntad autónoma de los Estados, es destruir ese mismo derecho y despojarle de los títulos más nobles y más eficaces, abandonándolo al infausto dinamismo del interés privado y del egoísmo colectivo, únicamente preocupado en hacer valer sus propios derechos, desconociendo los ajenos (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 28).

II. SOBRE EL EVANGELIO

A) *Jesucristo, base y fundamento de toda sociedad nueva*

a) JESUS, CON SU DOCTRINA Y SU LEY DE CARIDAD, ES EL
UNICO FUNDAMENTO PARA CONSTRUIR UNA SOCIEDAD NUEVA

La salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada, que puede imponer condiciones de paz. pero no crea la paz. Las energías que deben renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior, del espíritu. El orden nuevo del mundo, de la vida nacional e internacional, una vez que cesen las amarguras y las crueles luchas actuales, no deberá en adelante apoyarse sobre la incierta arena de normas mudables y efímeras, abandonadas al arbitrio del egoísmo colectivo e individual. Deben más bien alzarse

sobre el fundamento inconcuso, sobre la roca incommovible del derecho natural y de la revelaciôn divina. Ahi debe conseguir el legislador humano el espiritu de equilibrio. el sentimiento eficaz de la responsabilidad moral, sin los que fâcilmente se tra'pasan los limites entre el u?o legitimo y el abuço de poder. Un'camente así tendrân sus decisiones consistenda Interna, noble dignidad y sanción religiosa, y no fluctuarân a merced del egoismo y de la pasiôn. Porque si es verdad que los males que aquejan a la humanidad actual provienen. en parte, del desequilibrio econômico y de la lucha de intereses por una distribuciôn mäs Justa de los bienes que Dios ha concedido a los hombres como medios de sustento y de progreso, no es menos verdad que su raiz es mäs profunda e interna, pues toca a las creencias religiosas y a las convicciones morales, pervertidas con el progresivo separarse de los pueblos de la unidad de doctrina y de fe, de costumbres y de moral, en otro tiempo promovida por la labor infatigable y benéfica de la Iglesia. La reeducaciôn de la humanidad, si se quiere que sea efectiva, tiene que ser, ante todo, espiritual y religiosa; por tanto, debe partir de Cristo como de su fundamento indispensable, tener la justicia como su ejecutoria y por corona la caridad (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 29).

b) Todas las cosas estân fundadas sobre Jesucristo

El mismo Apôstol nos muestra la humanidad en la unidad de relaciones con el Hijo de Dios. imagen de Dios invisible, en quien todas las cosas han sido creadas: *In ipso condita sunt universa* (Col. 1,16); en la unidad de su rescate, efectuado para todos por Cristo. que restableciô, mediante su santa y acerbfsima pasiôn, la destruida amistad originaria con Dios, constituyéndose mediador entre Dios y los hombres: *Porque* (1 Tim. 2.5) *uno es Dios y uno también el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre* (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 18).

C) Y SOLO SOBRE JESUCRISTO PUEDEN HALLAR EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD PAZ Y SALVACIÓN

La historia de casi dos mil anos, la Historia, Hamada sabiamente por el gran orador romano «maestra de la vida», demuestra la verdad del dicho de la Escrlltura: que *no tendrá paz quien resiste a Dios* (Iob 3.4). Pues sôlo Cristo es la pled, a angular (Eph. 2.20) sobre la que pueden hallar estabilidad y salvaciôn el hombre y la sociedad. Sobre esta piedra angular estâ fundada la Iglesia. y por eso jamäs las potencias adversas podrân prevalecer contra ella: *Portae inferi non praevalerunt* (Mt. 16.18); jamäs podrân debilitarla: antes las luchas internas y externas contribuyen a acrecentar su fuerza y aumentar las coronas de sus gloriosas victorias. Por el contrario, cualquier otro ediâcio que no tenga por sôlida base la doctrina de Cristo se apoya sobre la movediza arena (Mt. 7.26), y su destino es una miserable ruin*, (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 35).

d) Todo orden nuevo que quiera promover la paz entre
LOS pueblos debe basarse sobre la ley moral impuesta
por Dios

Tal ordenação nueva, que todos los pueblos desean ver actuada después de las pruebas y las ruinas de esta guerra, ha de ser edificada sobre la roca inmovible e inmutable de la ley moral, manifestada por el Creador mismo por medio del orden natural y esculpida por El en los corazones de los hombres con caractères indelebles; ley moral cuya observanda debe ser inculcada y promovida por la opinion pública de todas las naciones y de todos los Estados con tal unanimidad de voces y de fuerza, que ninguno pueda atreverse a ponerla en duda o a atenuar su fuerza obligatoria. Como un faro resplandeciente, ella debe, con los rayos de sus principios, dirigir el curso de la actividad de los hombres y de los Estados, los cuales tendrân que seguir sus indicaciones amonestadoras, saludables y provechosas, si no quieren conuenar a la tempestad y al naufragio todo trabajo y esfuerzo para establecer un nuevo orden (Pio XII, *Mensaje de Navidad de 1941*, n. 23).

e) Las funestas consecuencias del alejamiento de Je-
«UCRISTO HACEN A MUCHOS VOLVER DE NUEVO A SU REINO

Tal vez ¡Cí Dios lo quiera!) se puede esperar que esta hora de máxima indigencia cambie la manera de pensar y de sentir de muchos que hasta ahora, con ciega confianza, avanzaban por el camino de los errores modernos, tan extendidos, sin sospechar lo insidioso e incierto del terreno que pisaban. Tal vez muchos que no entendían la importancia de la misión educadora de la Iglesia comprenderân ahora mejor sus amonestaciones, que ellos desatendieron con la falsa seguridad de tiempos pasados. Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo, tal que no puede haber mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación cuya eficacia supera a toda refutación teórica.

Horas de tan penosa desilusión son frecuentemente horas de gracia; un pasar del Señor, *transitus Domini* (Ex. 12,11), en el que a la palabra del Salvador: *Mira que estoy a la puerta y llamo* (Apoc. 3.20), se abren puertas que de otro modo permanecían cerradas. Sabe Dios con qué amor de compasión, con qué santo júbilo se vuelve nuestro corazón a los que, como efecto de tan dolorosas experiencias, sienten nacer en sí el deseo impelente y saludable de la verdad, de la justicia y de la paz de Cristo (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 12).

B) La autoridad civil y el orden divino

**a) Dios senalô como fin a la autoridad el bien temporal
DE LOS HOMBRES, COMO MEDIO PARA EL BIEN SOBRENATURAL**

De hecho la soberania civil la Cia estableoido el Creador (como sabiamente ensefia nuestro gran predecesor Leôn XIII en la enciclica *Immortale Dei*) para que regulase la vida social según las prescripciones del orden inmutab'e en sus principios universales, hiciese mäs factible a la persona humana, en el orden temporal, la consecuciôn de la perfecciôn fisica, intelectual y moral y la ayudase a conseguir el fin sobrenatural (*Pto XII, Summi Pontificatus*, η. 24).

**b) SÔLO CON UNA AUTORIDAD QUE SE CONSIDERE PARTICIPANTE
DE LA DIVINA PUEDE LA SOCIEDAD RECIBIR UN ORDEN DURADERO**

El Estado democrâtico, monârquico o republicano, como cualquier otra forma de gobierno, debe estar investido con el poder de mandar con autoridad verdadera y efectiva. El orden mismo absoluto de los seres y de los fines, que présente al hombre como persona autônoma, es decir, como sujeto de deberes y de derechos inviolables, raiz y término de su vida social, abraza igualmente al Estado como sociedad necesaria. revestida de la autoridad, sin la cual no podria ni existir ni vivir. Porque si los hombres, valiéndose de su libertad personal, negasen toda dependencia de una autoridad superior provista del derecho de coacciôn, por el mismo hecho socavarían el fundamento de su propia dignidad y libertad, o, lo que es lo mismo, aquel orden absoluto de los seres y de los fines. Establecidos sobre esta base común la persona, el Estado y el poder público, con sus respectivos derechos, están tan unidos o conexos que se sostienen o se destruyen juntamente. Y puesto que aquel orden absoluto, a la luz de la sana razón y especialmente a la luz de la fe cristiana, no puede tener otro origen que un Dios personal. Creador nuestro, se sigue que la dignidad del hombre es la dignidad de la imagen de Dios; que la dignidad del Estado es la dignidad de la comunidad moral que Dios ha querido y que la dignidad de la autoridad politica es la dignidad de su participaciôn de la autoridad de Dios (Pio XU, *Mensaje de Navidad de 1944*, n. 15).

**c) Solo cuándo la autoridad se ejerce dentro del orden
ESTABLECIDO POR DIOS ES INCONMOVIBLE E INAPELABLE**

A un hombre posesionado de ideas rectas sobre el Estado y la autoridad y el poder de que está revestido, en cuanto que es custodio del orden social, jamás se le ocurrirá ofender la majestad de la ley positiva dentro de los limites de sus naturales atri-

buciones. Pero esta majestad del derecho positivo humano es inapelable únicamente cuando se conforma—o al menos no se opone—al orden absoluto establecido por el Criador y presentado con nueva luz por la revelación dei Evangelio. Y esa majestad no puede subsistir sino en cuanto respeta el fundamento sobre el cual se apoya la persona humana, no menos que el Estado y el poder público. Este es el criterio fundamental de toda forma de gobierno sana y aun de la democracia, criterio con el cual se debe juzgar el valor moral de todas las leyes particulares (Pio XII. *Afensaje de Navidad de 1944*, n. 24).

C) La Iglesia y las formas políticas

a) Dentro de la ley divina caben las mas variadas FORMAS POLITICAS

Entre los diversos sistemas, la Iglesia no puede hacerse partidaria de un rumbo mejor que de otro. En el ambito del valor universal de la ley divina, cuya autoridad tiene fuerza no solo para los individuos, sino también para los pueblos, quedan espacioso campo y libertad de movimientos para las variadas formas de sistemas politicos, mientras que la práctica afirmación del actual sistema depende, en gran parte, muchas veces decisiva, de circunstancias y causas que, en si mismas consideradas, son extrañas a la acción de la Iglesia (Pio XI, *Mensaje de Navidad de 1940*, n. 21).

b) La Iglesia no se inclina por ninguna de ellas

La Iglesia no trata de tomar partido por una u otra de las formas particulares y concretas con las cuales cada pueblo y Estado tienden a resolver los problemas gigantescos de orden interior y de colaboración internacional cuando respetan la ley divina (Pio XU, *Mensaje de Navidad de 1942*, n. 4).

C) EN LA MISMA CONSECUCION DEL BIEN COMÚN DEBE SUBORDINARSE EL ESTADO A LAS NORMAS TRAZADAS POR DIOS

Es, por tanto, noble prerrogativa y misión del Estado inspeccionar ayudar y ordenar las actividades privadas e individuales de la vida nacional para hacerlas converger armónicamente al bien común; el cual no puede determinarse por concepciones arbitrarias ni recibir su forma en primer término de la prosperidad material de la sociedad, sino más bien del desenvolvimiento armónico y de la perfección natural del hombre, para la que el Creador ha destinado la sociedad como medio (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 24L).

D) La Iglesia y los males de la humanidad

a) LOS FRACASOS DE TANTAS DOCTRINAS HUMANAS HACEN A MUCHOS VOLVER SUS OJOS HACIA LA IGLESIA

Ensenados precisamente por el doloroso fracaso de los expedientes humanos para alejar las tempestades que amenazan arrojar la civilización en su torbellino, muchos dirigen su mirada con renovada esperanza a la Iglesia, roca de verdad y de amor; a esta Cátedra de Pedro, que saben ellos puede devolver al género humano aquella unidad de doctrina religiosa y de código moral que en otros tiempos dió consistencia a las relaciones pacíficas entre los pueblos (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 34).

b) La Iglesia constituye, con Jesucristo, un todo INDIVISIBLE

La Iglesia es un todo indivisible, porque Jesucristo, con su Iglesia, es uno e indivisible. Jesucristo, como cabeza de la Iglesia, es, para servimos de un profundo pensamiento de San Agustín (cf. *Serm.* 341.1: PL 39.1943), «totus Christus». Jesucristo entero. Esta integridad de Jesucristo, según el santo Doctor, significa la indivisible unidad de la cabeza y del cuerpo, «in plenitudine Ecclesiae», en aquella plenitud de vida de la Iglesia que une todas las zonas y todos los tiempos de la Humanidad redimida sin excepción alguna (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1945*, n. 7).

c) Si se quiere conseguir la verdadera PAZ y prosperidad SOCIAL HAY QUE DEJAR A LA IGLESIA EJERCER SU MISIÓN

Si, por una parte, la Iglesia no puede renunciar al ejercicio de esta misión, cuyo fin último es actuar aquí en la tierra el plan divino de restaurar en Cristo todas las cosas de los cielos y de la tierra (Eph. 1.10), por otra, su obra aparece más necesaria hoy que en época alguna, pues la triste experiencia enseña que los medios externos solos y las precauciones humanas y los expedientes políticos no producen lenitivo alguno eficaz a los males que aquejan a la humanidad (Pío XII, *Summi Pontificatus*, n. 33).

d) La Iglesia, llena de vida, eleva todo lo que es humano AL ORDEN SOBRENATURAL

Es supranacional, porque abraza con un mismo amor a todas las naciones y a todos los pueblos, y tiene este carácter porque, como ya hemos indicado, en ninguna parte es extranjera. Vive y se desarrolla en todos los países del mundo, y en todos estos países, a su vez, contribuye a su vida y a su desarrollo. Tiempo atrás, la vida eclesial, en cuanto es visible, crecía preferentemente en los países de la vieja Europa, de donde se difundía, como río

majestuoso, a lo que podría llamarse periferia dei mundo. Hoy, por el contrario, se nota como un intercambio de vida y de energías entre todos los miembros del cuerpo místico de Jesucristo sobre la tierra. Y no pocas regiones de otros continentes han sobrepasado desde hace mucho tiempo el periodo de formación misional de su organización eclesiástica; tienen una propia jerarquía que las gobierna y dan a toda la Iglesia los bienes espirituales y materiales, mientras antes únicamente los recibían. ^Acaso no se revela en este progreso y enriquecimiento de vida sobrenatural y también de vida natural, de humanidad, el verdadero sentido de supranacionalidad de la Iglesia? Por razón de esta supranacionalidad no está ella como suspendida en una lejanía inaccesible e intangible, por encima de las naciones, sino que así como Jesucristo estuvo en medio de los hombres, así también la Iglesia, en la cual El continúa viviendo, se encuentra en medio de los pueblos. Como Jesucristo tomó una verdadera naturaleza humana, así también la Iglesia toma en sí la plenitud de todo lo que es genuinamente humano y lo eleva a fuentes de fuerza sobrenatural dondequiera y como quiera que lo encuentre (Pío XII, *Mensaje de Navidad de 1945*, n. 9).

e) La Iglesia dirige los fines particulares al fin total,
QUE ES LA PERFECTA SEMEJANZA CON DIOS

La Iglesia posee en Dios, en el Hombre-Dios, que es Jesucristo, el invisible pero inquebrantable principio de seguridad y de su integridad; es decir, de la unidad de su cabeza y de sus miembros, con entera plenitud de su propia vida, que abraza y santifica todo lo que es verdaderamente humano, y endereza y ordena sus múltiples aspiraciones y los fines particulares al fin total y común del hombre, que es la más perfecta semejanza posible con Dios (Pío XII, *Discurso ante los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946).

f) La Iglesia no persigue un imperialismo político;
BUSCA LO MÁS ÍNTIMO DE LOS HOMBRES, Y PREPARA ASÍ A LA
SOCIEDAD UNA BASE FIRME

La unidad y la integridad de la Iglesia, puesta en evidencia por la manifestación de su supranacionalidad, es de gran importancia para el fundamento de la vida social. No es ya que sea oficio de la Iglesia comprender y en cierta manera abrazar, como en un gigantesco Imperio mundial, a toda la sociedad humana. Esa concepción de la Iglesia como imperio terreno y dominación mundial es fundamentalmente falsa. En ninguna época de la Historia ha sido verdadera ni ha correspondido a la realidad, a no ser que quisiéramos transportar erróneamente las ideas y la terminología de nuestros tiempos a los siglos pasados.

La Iglesia, aun cumpliendo el mandato de su divino Fundador de extenderse por todo el mundo y de conquistar para el Evangelio a todas las gentes, no fué, no es un imperio más, en el sentido Imperialista que se quiere dar aun a esta palabra. El camino que traza en su progreso y en su expansión es contrario al que sigue el imperialismo moderno. Progress, ante todo, en profundidad; des-

pués, en extension y en amplitud. Busca, en primer lugar. al hombre mismo; se dedica a formar al hombre, a modelar y perfeccionar en él la semejanza divina; su trabajo se realiza en el fondo del corazón de cada uno, pero tiene su repercusión sobre todo, en la duración de la vida, en todos los campos de la actividad de cada uno (Pio XII, *Discurso a los nuevos cardenales*, n. 4).

g) ACTÚA SOBRE EL SER HUMANO COMPLETO, TAL COMO ES A
los ojos de Dios

Este ser humano no es un hombre abstracto, ni considerado solamente en el orden de la pura naturaleza. sino el hombre completo, tal cual es a los ojos de Dios, su Creador y Redentor; cual es su realidad concreta e histórica, que no se podría perder de vista sin comprometer la economía normal de la humana convivencia (Pio XII, *Discurso a los nuevos cardenales*, n. 6).

h) Sobre el hombre entero, a un tiempo fuente de la
SOCIEDAD Y DEL CRISTIANISMO

La Iglesia actúa en lo más íntimo del hombre; del hombre en su dignidad personal de criatura, en su dignidad infinitamente superior de hijo de Dios. La Iglesia forma y educa a ese hombre, porque sólo él, completo en la armonía de su vida natural y sobrenatural. en el ordenado desarrollo de sus instintos y de sus inclinaciones, de sus ricas cualidades y de sus variados objetivos, es al mismo tiempo el origen y el fin de la vida social, y por lo mismo también el principio del cristianismo (Pio XII, *Discurso a los nuevos cardenales*, n. 5).

i) La elevación del hombre en el seno de la Iglesia da
A LA SOCIEDAD HUMANA SU MÁS SÓLIDO FUNDAMENTO

La Iglesia, que vive en el corazón del hombre, y el hombre, que vive en el seno de la Iglesia: he aquí. venerables hermanos, la unión más profunda y activa que se puede concebir. Por esta unión la Mesía eleva al hombre a la perfección de su fe y de su vitalidad. para dar a la sociedad humana hombres así formados, hombres constituidos en su inviolable integridad, en imágenes de Dios; hombres ufanos de su dignidad personal y de su sana libertad; hombres justamente celosos de la caridad con sus semejantes en todo lo que toca a la dignidad humana; hombres establemente apegados a su tierra y a sus tradiciones; hombres, en una palabra, caracterizados por ese cuádruple elemento. Es esto lo que da a la sociedad humana su fundamento sólido y le procura agilidad, equilibrio. igualdad, desarrollo normal en el espacio y en el tiempo. Este es también, por consiguiente, el verdadero sentido y el influjo práctico de la supranacionalidad de la Iglesia. que. muy lejos de ser semejante a un imperio, elevándose por encima de las diferencias. por encima de todos los espacios y tiempos. construye sin ce-

sar sobre el fundamento inconcuso de toda sociedad humana. Tengamos confianza en ella; si todo vacila a su alrededor, ella permanece firme: a ella se le aplica también en nuestros tiempos la palabra del Señor (Ps. 74,4): *Aunque se disolviese la tierra con todos sus habitantes, yo solidificaría sus columnas* (Pío XII, *Mensaje a los nuevos cardenales*, n. 9).

j) No puede la Iglesia abandonar esta misión para
ELLA ESENCIAL

La Iglesia no puede, encerrándose inerte en el secreto de sus templos, abandonar su misión divinamente providencial de formar el hombre completo, y con ello colaborar sin descanso en la formación del fundamento sólido de la sociedad. Tal misión es para ella esencial. Considerada desde este punto de vista, la Iglesia puede definirse la sociedad de los que, bajo el influjo sobrenatural de la gracia, en la percepción de su dignidad personal de hijos de Dios y en el desarrollo armónico de todas las inclinaciones y energías humanas, construyen la potente armazón de la humana convivencia (Pío XII, *Discurso a los nuevos cardenales*, n. 11).

E) Dignidad del trabajo humano y sus consecuencias

a) Por voluntad de Dios, el trabajo posee una dignidad
INALIENABLE, QUE LE HACE SERVIR AL PERFECCIONAMIENTO
DE LA PERSONA

Quien desee que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad, dé al trabajo el lugar que Dios le señaló desde el principio. Como medio indispensable para el dominio del mundo, querido por Dios para su gloria, todo trabajo posee una dignidad inalienable, y al mismo tiempo un estrecho lazo con el perfeccionamiento de la persona; noble dignidad y prerrogativa del trabajo, en ningún modo envilecidas por el peso y la fatiga, que se han de soportar, como efecto del pecado original, con obediencia y sumisión a la voluntad divina (Pío XU, *Mensaje de Navidad de 1942*, n. 42).

b) Jesucristo, con su gracia, elevó el trabajo humano
A UN VALOR SOBRENATURAL

Levantad y tened alta vuestra Tente, trabajadores. Mirad al Hijo de Dios, que, con su Eterno Padre, creó y ordenó el universo y, hecho hombre al igual que nosotros, con excepción del pecado, y crecido en edad, entra en la grande comunidad del trabajo y en su misión salvadora se cansa consumiendo su vida terrenal. El.

Redentor del género humano, que con su gracia penetra nuestro ser y obrar, eleva y ennoblece todo trabajo honesto, el alto y el bajo, el grande y el pequeño, el agradable y el penoso, el material y el intelectual, a un valor meritorio y sobrenatural delante de Dios, uniendo así todo desenvolvimiento de la multiforme actividad humana en una única y constante glorificación del Padre en el cielo (Pio XII, *Mensaje de Navidad de 1943*, n. 18).

C) JESUCRISTO, HACIÉNDOSE TRABAJADOR, DIGNIFICÓ EL TRABAJO

A los que carecen de bienes de fortuna enséñales la Iglesia a no tener a deshonra, como no la tiene Dios, la pobreza, y no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando. Todo lo cual confirmé con sus obras y hechos Cristo Nuestro Señor, que para salvar a los hombres *se hizo pobre, siendo rico* (2 Cor. 8,9), y aunque era Dios e Hijo de Dios, quiso, sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano (Mc. 6,3», y aun no rehusó gastar una gran parte de su vida trabajando como artesano (Leon XIII, *Rerum Novarum*, η. 20).

d) El trabajo es servicio de Dios merecedor de la VIDA ETERNA

¡Oh trabajadores!, acercaos al pesebre de Jesûs. No os parezca hôrrida aquella cueva y aquel refugio del Hijo de Dios; no por casualidad, sino por profundo e inefable designio encontraréis allí únicamente sencillos trabajadores: Maria, la Madré virgen, de familia trabajadora; José, el padre de familia, trabajador; los pastores, que guardan la grey, y, finalmente, los Magos, venidos de Oriente. Trabajadores manuales, pastores vigilantes, trabajadores del pensamiento. todos ellos se postran y adoran al Hijo de Dios, que con su consciente y amable silencio, más fuerte que la palabra, les explica a todos el sentido y la virtud del trabajo. No es éste tan solo trabajo de los miembros humanos, desprovisto de sentido y de valor, y mucho menos una humillante servidumbre. El trabajo es servicio de Dios, don de Dios, vigor y plenitud de la vida humana, merecedor de un etemo descanso (Pio XII, *Mensaje de Navidad de 1943*, n. 17).

e) El TRABAJADOR COLABORA AL BIEN COMÛN, SIGUIENDO LAS HUELLAS de JESUCRISTO

Por su parte, los obreros depondrán sinceramente ese sentimiento de odio y envidia de que tan hábilmente abusan los propagations de la lucha social, aceptarán sin molestia el puesto que les ha señalado la divina Providencia en la sociedad humana, o mejor dicho, lo estimarán mucho, bien persuadidos de que colaboran útil y honrosamente al bien común, cada uno según su propio grado y oficio, y que siguen así de cerca las huellas de Aquel que, siendo Dios, quiso ser entre los hombres obrero y aparecer como hijo de obrero (Pio XI. *Quadragesimo Anno*, η. 56).

f) LOS MAYORES PROGRESOS DE LA HUMANIDAD SE DEBEN AL
TRABAJO DE HOMBRES ANIMADOS POR LA CARIDAD SOBRENATURAL

Tal es la maravillosa doctrina de amor y de paz que ha contribuido tan notablemente al progreso civil y religioso de la humanidad. Y los heraldos que la anunciaron, animados de caridad sobrenatural, no solo roruraron terrenos y curaron enfermedades, sino, sobre todo, bonificaron, plasmaron y elevaron la vida a alturas divinas, lanzândola hacia las cumbres de la santidad, donde todo se ve en la claridad de Dios: levantaron monumentos y templos, que demuestran a qué vuelos de geniales alturas empuja el ideal cristiano ; pero, sobre todo, hicieron de los hombres, sabios o ignorantes, poderosos o débiles, templos vivos de Dios y sarmientos de la misma vid, Crlsto ; transmitieron a las generaciones venideras los tesoros de arte y de sabiduria antigua; pero, sobre todo, les hicieron participantes de aquel inefabie don de la sabiduria eterna, que hermana y une a los hombres con vinculo de parenresco sobrenatural (Pio XII, *Summi Pontificatus*, n. 21).

g) EL TRABAJADOR IMPRIME EN SU OBRA UNA HUELLA
DE SU PERSONALIDAD

Las cosas que para conservar la vida, y más aún las que para perfeccionarla son necesarias, prodúcenas la tierra, es verdad, con grande abundancia, mas sin el cultivo y cuidado de los hombres no las podría producir. Ahora bien : cuando en preparar estos bienes naturales gasta el hombre la industria de su inteligencia y las fuerzas de su cuerpo, por el mismo hecho se aplica a sí aquella parte de la naturaleza material que cultivo, y en la que dejó impress una como huella o figura de su propia persona (Leôn XIII, *Rerum Novarum*, n. 7).

h) La ley del trabajo, que existía incluso en el estado
DE INOCENCIA, SE HIZO LUEGO MEDIO DE EXPIACIÓN

Y por lo que al trabajo corporal toca, ni aun en el estado de inocencia había de estar el hombre completamente ocioso, mas lo que para esparcimiento del ánimo habría enronces libremente buscado la voluntad, eso mismo después por necesidad, y no sin fatiga, tuvo que hacer en expiación de su pecado. *Por ti será maldita la tierra; con trabajo corneras de ella todo el tiempo de tu vida* (Gen. 3,17). Y del mismo modo no han de tener fin en este mundo las otras penalidades, porque los males que al pecado siguieron son ásperos de sufrir, duros y difíciles, y de necesidad han de acompañar al hombre hasta lo último de su vida (Leôn XIII, *Rerum Novarum*, n. 14).

i) Quienes trabajan contribuyen en gran parte al bien
COMÚN DE LA SOCIEDAD

Distinto del de éstos es el modo y distintos los servicios con que aprovechan a la sociedad los que se ejercitan en algún arte u oficio, si bien estos últimos, aunque menos directamente, sirven también muchísimo a la pública utilidad. Verdaderamente el bien social, puesto que debe ser tal que con él se hagan mejores los hombres, en la virtud es en lo que principalmente se ha de poner. Sin embargo, a una bien constituida sociedad toca también suministrar los bienes corporales y externos, cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud. Ahora bien: para la producción de estos bienes no hay nada más eficaz ni más necesario que el trabajo de los proletarios, ya empleen éstos su habilidad y sus manos en los campos, ya en los talleres. Aun más: es en esta parte su fuerza y su eficacia tanta, que con grandísima verdad se puede decir que la riqueza de los pueblos no la hace sino el trabajo de los obreros (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 27).

j) El ejercicio del trabajo, según la voluntad de Dios,
ELEVA AL HOMBRE, PERO DENTRO DE LA ORGANIZACIÓN LIBERAL
LO DEGRADA

En verdad el ánimo se horroriza al ponderar los gravísimos peligros a que están expuestos, en las fábricas modernas, la moralidad de los obreros (principalmente jóvenes) y el pudor de las doncellas y demás mujeres; al pensar cuán frecuentemente el régimen moderno del trabajo, y principalmente las irracionales condiciones de habitación, crean obstáculos a la unión e intimidad de la vida familiar; al recordar tantos y tan grandes impedimentos que se oponen a la santificación de las fiestas; al considerar cómo se debilita universalmente el sentido verdaderamente cristiano, que aun a hombres indoctos y rudos enseñaba a elevarse a tan altos ideales, suplantado hoy por el único afán de procurarse por cualquier medio el sustento cotidiano. Así el trabajo corporal, que estaba destinado por Dios, aun después del pecado original, a labrar el bienestar material y espiritual del hombre, se convierte a cada paso en instrumento de perversión; la materia prima sale de la fábrica ennoblecida, mientras los hombres en ella se corrompen y degradan (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 54).

k) El liberalismo considera prácticamente al trabajo
COMO VIL MERCANCÍA, CON LA QUE ESPECULA EN EL MERCADO

Aunque el trabajo, como decía muy bien nuestro predecesor en su encíclica, no es vil mercadería, sino que hay que reconocer en él la dignidad humana del obrero y no ha de ser comprado ni vendido como cualquier mercadería, sin embargo, en nuestros días, según están las cosas sobre el mercado que Haman del trabajo, la oferta y la demanda separan a los hombres en dos ejércitos.

y la disputa de ambos transforma tal mercado como en un campo de batalla, donde, uno enfrente de otro, luchan cruelmente. Como todos ven, a tan gravísimo mal, que précipita a la sociedad humana hacia la ruina, urge poner cuanto antes un remedio (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 36).

1) En nombre de la LIBERTAD HUMANA, exige que se deje
AL TRABAJADOR CONTRATAR LIBREMENTE

Vamos ahora a apuntar una cosa de gran importancia, y que es preciso se entienda muy bien, para que no se yerre por ninguno de los dos extremos. Dicese que la cantidad de jornai o salario la determina el consentimiento libre de los contratantes, es decir, del amo y del obrero, y que, por lo tanto, cuando el amo ha pagado el salario que prometió, queda libre y nada más tiene que hacer; y que solo entonces se viola la justicia cuando o rehusa el amo dar el salario entero o el obrero entregar completa la tarea a que se obligó; y que en estos casos, para que a cada uno se guarde su derecho, puede la autoridad pública intervenir; pero fuera de éstos, en ninguno (León XIII, *Rerum Novarum*, n. 34).

11) SUPONE QUE LA DISTRIBUCIÓN DE LOS BIENES PRODUCIDOS
SE AJUSTA A UNA LEY ECONÓMICA NECESARIA

Por largo tiempo el capital logró aprovecharse excesivamente. Todo el rendimiento, todos los productos reclamaba para sí el capital, y al obrero apenas se le dejaba lo suficiente para reparar y reconstruir sus fuerzas. Se decía que, por una ley económica completamente incontrastable, toda la acumulación de capital cedía en provecho de los afortunados, y que por la misma ley los obreros estaban condenados a pobreza perpetua o reducidos a un bienestar escasisimo (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 23).

m) La aplicación de las doctrinas liberales redujo a
LOS TRABAJADORES A LA CONDICIÓN DE PROLETARIOS

Pero es igualmente cierto que, desde que las artes mecánicas y las industrias del hombre se han extendido rápidamente e invadido innumerables regiones, el número de los proletarios necesitados, cuyo gemido sube desde la tierra hasta el cielo, ha crecido inmensamente. Afiádase el ejército ingente de asalanados del campo, reducidos a las más estrechas condiciones de vida y desesperanzados de poder jamás obtener «participación alguna de la propiedad de la tierra», y, por tanto, sujetos para siempre a la condición de proletarios, si no se aplican remedios oportunos y eficaces (Pio XI, *Quadragesimo Anno*, n. 26).

n) El capitalismo liberal hace así del obrero un esclavo,
DESPRECIANDO SU DIGNIDAD HUMANA

En realidad, no es por su naturaleza vicioso; pero vicia el recto orden cuando el capital esclaviza a los obreros o a la clase proletaria con tal fin y tal forma que los negocios v. por tanto, todo el capital sirvan a su voluntad y a su utilidad. despreciando la dignidad humana de los obreros, la índole social de la economía y la misma justicia social y bien común (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 38).

F) El comunismo, la dignidad humana y la paz social

a) El comunismo ha construido, en torno al trabajo,
UN FALSO MISTICISMO

El comunismo de hoy, de modo más acentuado que otros movimientos similares del pasado. contiene en sí una idea de falsa redención. Un pseudo-ideal de justicia. de igualdad y de fraternidad en el trabajo penetra toda su doctrina y toda su actividad de cierto falso misticismo. que comunica a las masas, halagadas por falaces promesas. un ímpetu y entusiasmo contagiosos, especialmente en un tiempo como el nuestro. en el que de la defectuosa distribución de los bienes en este mundo se ha seguido una miseria casi desconocida. Más aun. se hace gala de este pseudo-ideal, como si él hubiera sido el iniciador de cierto progreso económico, el cual, cuando es real, se explica por causas bien distintas; como son la intensificación de la producción industrial en países en que casi carecían de ella. valiéndose de enormes riquezas naturales y el uso de métodos inhumanos para efectuar grandes trabajos con poco gasto (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 8).

b) La sociedad, para el comunismo, tiene como fin el
TRABAJO y EL GOCE DE LOS BIENES PRODUCIDOS

¿Qué sería- pues. la sociedad humana basada sobre tales fundamentos materialistas? Sería una colectividad sin más jerarquía que la del sistema económico. Tendría como única misión la de producir bienes por medio del trabajo colectivo. y como fin el goce de los bienes de la tierra en un reparto en el que cada cual «daría según sus fuerzas y recibiría según sus necesidades» (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 12).

c) El hombre, en EL comunismo, no es más que una pieza
CIEGA DE UN ENORME MECANISMO

El comunismo, además, despoja al hombre de su libertad, principio espiritual de su conducta moral; quita toda dignidad a la persona humana y todo freno moral contra el asalto de los estímulos ciegos. No reconoce al individuo, frente a la colectividad, función de derecho natural de la persona humana, por ser ésta, en la teoría comunista, simple rueda del engranaje del sistema (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 10).

d) El Estado tendría derecho absoluto para obligar
A TRABAJAR

El comunismo reconoce a la colectividad el derecho o más bien el arbitrio ilimitado de obligar a los individuos al trabajo colectivo, sin atender a su bienestar particular, aun contra su voluntad y hasta con la violencia (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 12).

e) Mientras no se logre la sociedad sin clases, EL
Estado es medio indispensable para el triunfo del
comunismo

Cuando todos hayan adquirido las cualidades colectivas en aquella condición utópica de una sociedad sin ninguna diferencia de clases, el Estado político, que ahora se concibe sólo como instrumento de dominación capitalista sobre el proletariado, perderá toda su razón de ser y se «disolverá»; pero hasta que no se realice esta feliz condición, el Estado y el poder estatal es para el comunismo el medio más eficaz y universal para conseguir su fin (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 13).

f) BUSCANDO SOLO EL MAXIMO BIENESTAR SOCIAL, SACRIFICA
LOS SUPREMOS VALORES DEL HOMBRE, SOMETIÉNDOLO A ODIOSA
ESCLAVITUD

Completamente ignorante y descuidado de tan sublime fin del mundo y de la sociedad, pretende que la sociedad humana no tiene otro fin que el propio bienestar. La división ordenada del trabajo es mucho más eficaz para la producción de los bienes que los esfuerzos aislados de los particulares; de ahí deducen la necesidad de que la actividad económica (en la cual sólo consideran el fin material) proceda socialmente. Los hombres, dicen ellos, haciendo honor a esta necesidad real, están obligados a entregarse y sujetarse totalmente a la sociedad en orden a la producción de los bienes. Más aún, es tanta la estima que tienen de la posesión del mayor número posible de bienes con que satisfacer las comodidades de esta vida, que ante ella deben ceder y aun inmolar los bienes más elevados del hombre, sin exceptuar la misma libertad, en aras de una efficacísima producción de bienes. Piensan que la abundancia de bienes que ha

de recibir cada uno en ese sistema para emplearlo a su placer en las comodidades y necesidades de la vida, fácilmente compensa la disminución de la dignidad humana, a la cual se llega en el proceso *socializado* de la producción (Pío XI, *Quadragesimo Anno*, n. 47).

g) CONSECUENCIA: ESCLAVITUD DE LOS HOMBRES, TERRORISMO Y DISOLUCIÓN SOCIAL

Pero no se pisa impunemente la ley natural ni al Autor de ella; el comunismo no ha podido ni podrá obtener su intento ni siquiera en el campo puramente económico. Es verdad que en Rusia ha contribuido a sacudir una larga y secular inercia de hombres y de cosas y a obtener con toda suerte de medios, frecuentemente sin escrúpulos, algún éxito material; pero sabemos por testimonios no sospechosos y recientes que de hecho, ni en eso siquiera ha obtenido el fin que había prometido: esto dejando aparte la esclavitud que el terrorismo ha impuesto a millones de nombres. Aun en el campo económico es necesaria alguna moral, algún sentimiento moral de la responsabilidad, para el cual, por cierto, no hay lugar en un sistema puramente materialista como el comunismo. Para substituir este sentimiento no queda más que el terrorismo, como el que ahora vemos en Rusia, donde los antiguos camaradas de conjunción y de lucha se destrozan unos a otros; un terrorismo que, además, no consigue contener, no ya la corrupción de costumbres, pero ni siquiera la disolución del organismo social (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 23).

h) La religión, opio del pueblo, es un obstáculo para EL PARAÍSO COMUNISTA, Y HAY QUE EXTERMINARLA

Y esto es lo que, por desgracia, estamos viendo; por primera vez en la Historia asistimos a una lucha friamente calculada y cuidadosamente preparada contra *todo lo que se dice de Dios* (2 Thés. 2,4). El comunismo es, por naturaleza, antirreligioso, y considera la religión como «el opio del pueblo», porque los principios religiosos que hablan de la vida de ultratumba desvían al proletariado del esfuerzo por realizar el paraíso soviético, que es de esta tierra (Pío XI, *Divini Redemptoris*, n. 22).

I. EL ACROSTICO CON EL NOMBRE GRIEGO DE PEZ

Todo el mundo sabe que las letras del nombre griego $\rho/\text{B}-\upsilon$, que quiere decir pez, forman un acrôstico, en el que se resuinen los nombres de Cristo por excelencia: $\text{Ἰησοῦ Χριστοῦ Θεοῦ Γιὸ Σωτὴρ}$, esto es. JESUS CRISTO HIJO DE DIOS SALVADOR. Por eso la imagen del pez era tan frecuente en la simbología cristiana primitiva, como, por ejemplo, en las pinturas de las catacumbas. No parece claro cual sea el origen de esta curiosa costumbre. Pero son muchos los autores que la consideran inspirada en el deseo de simbolizar la sagrada Eucaristia. Así, encontramos el acrôstico en unos versos griegos que figuran en el famoso epigrafe llamado de Pectorio, que se conserva en Autun. Las letras iniciales de los versos componen el nombre griego de pez $\rho\text{-}\upsilon\text{-}\iota\text{-}\omicron$, y el texto, que seguidamente traducimos, es un verdadero canto eucaristico: «¡Oh divina prosapia del celeste Pan! Conserva siempre un corazón puro y recibe entre los mortales la fuente inmortal de las aguas divinas. ¡Oh amigo! Cura tu aima con las aguas enriquecedoras de la sabiduria. Recibe el alimento, dulce como la miel, del Salvador de los santos; come con hambre teniendo el Pez entre las manos» (cf. Celso Constantini, *Dio Nascosto* [Roma 19-14], p. J.12).

II. EL MONOGRAMA DE JESUS Y SAN DAMASO

SI papa San Dâmaso, nuestro primer pontifice espafiol, que ha pasado a la historia como el autor del «Gloria Patri», como el inspirador de la Vulgata jeronimiana y como defensor del primado romano de la Iglesia, compuso un doble acrôstico del nombre de Jesûs, en flamantes hexâmetros latinos semejantes a tantos otros, con que decoro las tumbas de los primitivos mârteres:

In rebus tantis Trina coniunctio mundi
Erigit humanum sensum laudare venustE
Sola Salus nobis et mundi Summa PotestaS
Uenit peccati nodum dissolvere fructu
Summa Salus cunctis nituit per saecula terris

«La Santísima Trinidad, para que el sentimiento humano alabase su gloria, lo erigió entre las calamidades dei mundo. Sólo el que es la Salud y la Potestad suprema de la tierra vino a desatar con su fruto el nudo del pecado. La Salud suma resplandeciô eternamente por todo el orbe» (cf. Cabrol-Leclercq, *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, t 1, 177ss, Paris 1924).

Mas también San Dâmaso resumiô en otros hexametri' todos los nombres que se dan a Cristo en las Escrituras:

Spes, vis, vita, salus, ratio, sapientia, lumen,
 ludex. porta, gigas, rex, gemma, propheta, sacerdos,
 Messias. Sabaoth, rabbi, sponsus, mediator,
 Virga, columna, manus, petra, filius, Emmanuelque,
 Vmea. pastor, ovis, pax, radix, vitis, oliva.
 Fons, paries, agnus, vitulus, leo, propitiator,
 Verbum, homo, rete, lapis, domus omnia Christus Iesus.

«Esperanza. fuerza, vida, salud, razôn, sabiduria, luz, juez, puerta. gigante, rey, piedra preciosa. profeta, sacerdote, Mesias Dios de los ejércitos, rabi, esposo, mediador, vara, columna, mano, piedra angular, hijo. Enmanuel, vina, pastor, oveja, paz, raiz, vid, oliva, Tunte, pared, cordero, novillo leôn, propiciador, Verbo, hombre, red. piedra, casa y todo Cristo Jesûs» (cf. *Historia Familiae Sacrae*, ex antiq. monument, collecta ab antonio Sandino [Patavii 1764], p. 24)

III EL NOMBRE DE JESUS GRABADO EN SU CORAZON

En su bellísima homilia 90, que se refiere a la circuncisiôn del Señor. San Carlos Borromeo (cf. S. Caroli Borromaei..., *Homiliae* [Mediolani 1747, ex tip. Bibl. Ambr.l, vol, 3, p. 216) exclama: «¡Oh felicísimo Ignacio, que tantas veces repetias el nombre de Jesûs y lo llevabas impreso en letras vivas en tu corazôn, segûn fué patente a los ojos de todos al contemplar tu cadáver !...»

Parece indudable que en la época de San Carlos se mantenía en vigor la creencia, divulgada por los escritores dei siglo χιπ, de que por milagro divino había sido grabado con caractères de oro el nombre de Jesûs en el corazôn de San Ignacio de Antioquia, sin otro fundamento que el epíteto de *Teôjoro* con que e. glorioso mártir se calificaba a sí mismo. ya que, segûn la tradición griega, el cuerpo del Santo fué devorado por los leones, y sólo quedaron los huesos. Ya los Bolandistas habían advertido que, si se hizo el milagro. fué para gloria de Dios y del santo mûrtir, pero que era extraño el silencio de los autores gnegos y latinos.

Sea de esto lo que fuere, hemos de decir nosotros que San Ignacio de Antioquia llevaba en verdad en su corazôn e) nombre de Jesûs. Cuando le preguntô Trajano por qué se llamaba *Teôjoro*. se cuenta que el Santo respondiô: «El que lleva en el pecho a Jesûs. ése es *Teôjoro*».

IV. JUANA DE ARCO, EN LA HOGUERA

«Chirrió un carro a la puerta de la cárcel, aparecieron unos soldados ingleses y se la llevaron. Antes de subir a la hoguera pidió perdón a cuantos la rodeaban, y sus palabras hicieron saltar las lágrimas de muchos ojos. El mismo Cauchon, obispo de Beauvais, aya de Caifás, que la había condenado, lloraba... Después dos verdugos la ataron a un poste, otro prendió fuego a la leña... De nuevo parecía un ángel, como cuando atravesaba las filas montada en su caballo. Su rostro reflejaba una luz divina deslumbradora. Las llamas crepitaron en el aire, y en medio de un silencio profundo se oyó a la mártir, a la doncella amazona de diecinueve años, a la libertadora de Francia, que clamaba con gesto desgarrador: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!...» (cf. Fray Justo Pérez de Urbel, *Santa Juana de Arco*, 31 de mayo: *Año cristiano*, t. 2. p. 430).

V. EL MONOGRAMA Y EL PROCESO DE SAN BERNARDINO

Uno de los más bellos capítulos de la historia de la predicación sagrada en la baja Edad Media lo constituyen las andanzas de San Bernardino de Siena y su propaganda fervorosa de la devoción y culto al monograma del nombre de Jesús, que suscitó una controversia en toda Europa.

Aunque ya en época anterior, desde que se ordenó sacerdote, y especialmente desde la fundación del convento de Capriola, había venerado Bernardino el nombre de Jesús, parece que no comenzó a predicar la devoción hasta 1410 en Camaiore. En todo caso, el desarrollo pleno de su doctrina despunta en Padua, donde en 1423 la expuso en la serie de sermones que forman el *De Seraphim*. Las primeras hostilidades contra la devoción y el culto al sagrado monograma surgieron un año después en Bolonia. San Bernardino fue acusado de herejía, y hubo de responder con quince sermones, en los que declaró que estaba dispuesto a morir en defensa de la verdad. Este primer triunfo fue completo, y el Santo, gozoso, recorrió las ciudades de Florencia, Alejandria, Bérgamo y Venecia difundiendo la devoción. Pero la tormenta no había cesado ni mucho menos. Cuando nuevos adversarios surgieron en la palestra murmurando contra el culto al monograma, Bernardino hubo de restablecer una vez más la doctrina en el sermón predicado en Florencia en febrero de 1425: «No digo—afirmaba—que se adore los colores, ni el oro, ni las letras, ni la plata, ni el azul, ni los rayos... por su misma sustancia y cualidad, sino lo sustancial que existe bajo cada letra. Decidme: ¿cómo adoráis el Cuerpo de Jesucristo consagrado en el altar? ¿Adoráis la bencura del pan, o la cualidad, o el sabor, o la redondez? Claro que no. Bajo la espe-

ciê del pan o del vino adorais la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. En la cualidad del accidente adorais la sustancia oculta. Y quien adore los accidentes peca mortalmente de idolatria. Asi digo del nombre escrito de Jesûs».

En este pensamiento insistiô Bernardino en la serie de sermones predicados en su tierra natal en la primavera del mismo año. cuando probó largamente la devoción al santo nombre con textos de la Escritura y las palabras y ejemplos de los santos, desde San Ignacio de Antioquia hasta San Francisco de Asís. Una multitud de más de très mil personas aclamô en la plaza del Campo de Siena el nombre de Jesûs y llevô triunfalmente el monograma por las calles.

Mas la grandeza de este triunfo suscitó la nueva batalla, que habia de cristalizar en una ofensiva de mayores vuelos. El gran apôstol del dulce nombre fué denunciado como hereje ante el Romano Pontifice y sus acusadores pidieron para él pena de fuego. Hay quien dice que el propio papa Martin V, alarmado, le mandô comparecer canónicamente. que la orden le alcanzo cuando predicaba en Viterbo, en la Cuaresma de 1427, y que Bernardino obedecié sin vacilar. Toda Italia estalló de emoción. Aunque muchos devotos se pronunciaban por el Santo, no pocos fueron ganados por sus contradictores. El pueblo de Roma se manifestó contra él. Martin V dispuso que una comisión pontificia examinase sus escritos y dictaminase sobre las denuncias de sus adversarios. Estos habian conquistado al Sacro Colegio y hasta ejercian influencia en el ánimo del Papa. El apôstol del nombre de Jesûs y sus discipulos se defendieron en Roma con habilidad y vigor. Mientras los doctores de la Orden franciscana litigaban en favor de Bernardino en la comisión pontificia, él llegó a pronunciar en la Ciudad Eterna ciento diecisiete sermones sobre el nombre de Jesûs, y se conquistô el cariño del pueblo romano. Entre tanto, los debates de la comisión resultaban favorables a Bernardino. Martin V, de acuerdo con la opinion de los cardenales, aprobô solemnemente los escritos del Santo y le diô por letras apostólicas la facultad de predicar su doctrina por el mundo entero. Este privilegio autorizô a San Bernardino a anunciar por todas partes el nombre de Jesûs y venerar públicamente su sagrado monograma. Es más. el Pontifice quiso que se organizase una solemne procesión en Roma, donde al día siguiente de promulgarse la sentencia papal el monograma de Jesûs fué paseado en triunfo y adorado por todos los fieles. El propio Bernardino predicô en San Pedro, con asistencia de la Curia pontificia. Por último, el 4 de Junio de 1427, el apôstol del nombre de Jesûs era elevado a la silla episcopal de Siena (cf. Ephrem Longpré, O. F. M., en *Arch. Franc. Hist.*, t, 28 [19351, p. 443-476).

VI. POR QUE SE LLAMO COMPACTA DE JESUS

Parece inexcusable recordar aqui por qué se llamô Compania de Jesûs la inclita Orden ignaciana. En cuanto al vocablo *Compañia*. «se ha hablado mucho del sentido militar de esta palabra,

como si San Ignacio, el antiguo soldado español, al espiritualizar sus ideales, hubiera querido titular la nueva milicia con este término, tornado de la organización castrense. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en tiempo del Santo llevaban este nombre muchas sociedades de personas piadosas, entre las que sobresalía la «Compagnia del Divino Amore» (cf. Ignacio Iparraguirre, S. I., *Obras completas de San Ignacio de Loyola*: BAC 1952, nota al c. 1.º de *Las Constitue.*, p. 369-370). Resulta, pues, que la verdadera originalidad de la denominación estribó en añadir a este término de Compania el santo nombre de Jesús. La cuestión se planteó en Vicenza en 1537. Oigamos al P. Polanco: «Tratando entre sí cómo se llamarían a quien les pidiese qué congregación era esta suya..., comenzaron a darse a la oración y pensar qué nombre sería más conveniente; y visto que no tenían cabeza ninguna entre sí ni otro preposito, sino a Jesús, a quien sólo deseaban servir, parecióles que tomaran nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la Compania de Jesús. Y en esto del nombre tuvo tantas visitaciones el P. Maestro Ignacio de aquel cuyo nombre tomaron y tantas señales de su aprobación y confirmación de este apellido, que le oí decir al mismo que pensaría ir contra Dios y ofenderle si dudase que este nombre convenía» (cf. *Monum. Hist. S. I. Fontes Narrativi*, 1,204).

Por su parte, el P. Ribadeneira (cf. *Vida de San Ignacio*, l. 2, c. 11) relata que, acercándose San Ignacio a Roma en 1538, entró a hacer oración en un templo desierto y solo, y vio cómo Dios Padre le encomendaba a él y a sus compañeros a su unigénito Hijo..., y Jesucristo le decía: «Yo os seré en Roma propicio y favorable...» Al determinar instituir y fundar religión, San Ignacio pidió a sus compañeros «que le dejaran poner a él el nombre a su voluntad, y, habiéndosele concedido todos con gran alegría, dijo él que se había de llamar Compania de Jesús. Y esto porque con aquella maravillosa visión y con otras muchas y excelentes ilustraciones había Nuestro Señor impreso en su corazón este sacratísimo nombre y arraigándole de tal manera que no se podía divertir del ni buscar otro. Y lo que hizo, teniendo todos por bien, lo hiciera aunque fuera contra el parecer de todos, como él dijo, por la claridad grande con que su alma aprehendía ser ésta la voluntad de Dios, para los que, por vocación divina, entrasen en esta Religión entendieran que no son llamados a la orden de Ignacio, sino a la Compania y sueldo del Hijo de Dios Jesucristo..., y, asentando debajo de este gran caudillo, sigan a su estandarte y lleven con alegría su cruz y pongan los ojos en Jesús, único autor y consumidor de su fe...»

VII. CUANDO DIGO JESUS, ME QUITO EL BONETE

«¿Cómo entré Cristo en la circuncisión? Entré obediente y salió Jesús: *Ut circumcideretur puer, vocatum est nomen eius Iesus* (Lc. 2,21). Y esto fue, en todo el rigor de la teología, salir mucho más honrado de lo que era aún en cuanto Dios. Cuando yo digo Dios, nombro este nombre con el bonete en la cabeza; pero

cuando digo Jesûs me quito el bonete, porque el mismo Dios. debajo de ese nombre, es digno de mayor veneraciôn y de mayor honra» (cf. Antonio Vieira. S. I., *Sermones y obras*, trad. cast., *Exhort, domestica en la vispera de la Circunc. y Nombre de Jesûs*, 7, vol. 2, Barcelona 1734).

VIII. UNA CRUZ CON SU PROPIA SANGRE Y J NOMBRE DE JESUS

«Pizarro quedô solo en medio de sus enemigos, que arremetieron courra él sin compasiôn. Atacado por todos partes, el viejo soldado su mantuvo en pie defendiéndose durante algùn tiempo, hasta que su nervudo brazo se rindiô a la fatiga, incapaz de sostener la espada. Martin Bilbao le asestô entonces una furiosa cuchillada en el cuello, que diô con él de bruces sobre las losas. Un surtidor de sangre caliente broté de su garganta. Al caer, el conquistador del Peru pidiô confesiôn a voces. Dicese que antes de lanzar su postrer aliento, como espanol y como cristiano, trazô una cruz con su propia sangre en el suelo—ûnica firma que usô en vida— y luego la besô devotamente. Un tenue y suspi/ado «¡Jesûs!» se escapô de sus labios...» (cf. Manuel Iribarne. *Los grandes hombres ante la muerte; Francisco Pizarro o la aventura*, ed. Montaner y Simon [Barcelona 1935], p. 127).

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SERIE II: SOBRE LA EPISTOLA

Los dos caminos para la gloria

- I. *Cristo mereciendo la glorification.*
 - A. En la epistola de hoy se nos presenta a Cristo mereciendo ser glorificado por el Padre, y como premio no deseado, puesto que El mismo habia pedido su gloria.
 - B. La equivocación de los hombres no estriba en desear la gloria, sino en colocarla donde no puede hallarse y buscarla por caminos errados. No es mala la gloria, sino la del mundo, en oposiclón a la que buscô Cristo. El mal consiste, pues, en equivocar su esencia y su camino.
 - C. Cristo desed su propia glorificacidn. Luego es santo desearla. Los hombres suelen correr en pos de ella. La diferencia consiste en ver qué gloria buscan y por qué medios.
- II. *Gloria dei mundo.*
 - A. Descripciôn.
 - a) *Origen. La soberbia. Yo por encima de todo y de todos. recibiendo el aplauso u obediencia de todos.*
 - b) *Fin. Dominar en el imperio del mundo, o del dinero, o de la fama, o de la belleza.*
 - c) *Medios: encaramarse atropellando a los demos.*
 - 1. En las grandes ambiciones: entre sangre, destruccidn y miseria.
 - 2. En las menores: intrigas, infidelidades.
 - B. ¿Qué consiguen?
 - a) *La gloria de este mundo esta mezclada siempre de amargura.*
 - 1. Porque no sacia el aima, capaz de ansias infinitas.

2. Porque no evita la envidia, la inestabilidad, el sufrimiento, la enfermedad.
- b) *La gloria de este mundo es breve:*
 1. ¿Cuántos grandes triunfadores han conocido en vida su «Santa Elena»? Al comenzar la última guerra, cuatro hombres conmovieron el mundo; Hitler, Mussolini, Chamberlain y Roosevelt. Ninguno de ellos vio la terminación del conflicto.
 2. Y aunque dure lo que la vida: *Toda carne es como hierba, y toda su gloria como flor del campo* (Is. 40,6).
- c) *Al final, tener como juez al que reputó por nada toda la gloria del mundo y pronunció sus más inertes invectivas contra el soberbio. El Dios de Belén y de la cruz.*

III. *Gloria de Cristo.*

- A. Origen. El amor del Padre y el amor de sí debidamente ordenados, sabiendo que aquél es el principio y fin.
- B. Medios: se humilia, obedece hasta la cruz.
- C. Fin: el Padre le nombra «Señor» de todo lo creado, para que delante de Él doblen todos la rodilla (Phil. 2,10).

IV. *Nuestra gloria, según Cristo.*

- A. Origen. El amor a Dios y el amor a sí mismo debidamente ordenados. Yo, para Dios, y en Dios tendré mi felicidad y gloria.
- B. Medios.
 - a) *Humildad. Sabiendo quien es Dios y quién soy yo, buscando ser el último en vez del primero, rehusando los honores terrenos; en suma, rehuyendo lo que no es para unirme a lo que es.*
 - b) *Obediencia a la voluntad de Dios, indicada:*
 1. Por los mandamientos.
 2. Por la Iglesia.
 3. Por los superiores.
 4. Por la inspiración de la gracia.
 - c) *Su final: «Et vitam venturi saeculi...»*
 1. Honrado por los ángeles y santos.
 2. Honrado por Dios.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

Jesûs, Salvador

- I. *El nombre de Jesûs.*
 - A. El evangelio, breve, nos dice todo lo que nos importa saber en veinticuatro palabras. Todo lo tenemos en una sola. El niño se llama Jesûs. Atraigamos y concentremos nuestra atención sobre este vocablo: Jesûs.
 - B. El Mesias se llama Jesûs. Es el nombre glorioso traído a la tierra por los ángeles antes de que Jesûs fuera nacido. *Le dieron el nombre de Jesûs, impuesto por el ángel* (Le. 2,21).
 - C. La Iglesia honra más al nombre de Jesûs que al nombre de Dios (cf. sec. 7.a, p. 871). Al nombre de Jesûs se inclina la cabeza o se dobla la rodilla. San Agustín, hereje, siempre tuvo en veneración este nombre: «Porque este nombre, Señor, este nombre de mi Salvador, tu Hijo, lo había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón; y así cuanto estaba escrito sin este nombre, por muy verídico, elegante y erudito que fuese, no me arrebatava del todo» (cf. *Confess.*, l. 3, c. 4: BAC, t. 2, p. 403).
- II. *Jesûs es Salvador. Es el único Salvador.* «Os anuncio una grande alegría...'. os ha nacido el Salvador» (Le. 2.10-11). *No un Salvador. El Salvador. Es el único que merece este dulce y suspirado nombre. El único..., porque... es Salvador de todos los hombres. Salvador de todos los males. Salvador definitivo, porque la salud o salvación que comunica dura para siempre. El Salvador nos libra de un mal o nos ampara de un peligro.*
 - A. Salvador de todos los hombres.
 - a> *Los salvadores de la historia. Los que la historia llama salvadores. aun aceptando que lo sean, son siempre salvadores de un grupo, de una clase, de una nation entera si se quiere, pero a costa de la*

desgracia del grupo, de la clase o de la nación enemiga y opresora.

b) *Salvador en la mentalidad judia. Cristo viene a salvar a todos. Un Salvador de toda la Humanidad es una idea que no cabe en nuestros mezquinos corazones, y menos podia caber en la estrecha mentalidad judia.*

1. Los judios esperaban un Salvador de raza, nacional, para ellos, que labrara su felicidad a costa de la esclavitud o desventura de otros pueblos.
2. Los judios no podian comprender el Evangelio. No podian seguir—espíritus apocados y rastreos—el vuelo de San Pablo. El Apóstol expresó vigorosamente, en la Epistola a los Efesios, la situación espiritual del mundo a la venida de Cristo. Estaba dividido en dos campos: judios y gentiles, separados como pueden estar separadas dos parcelas por las tapias que las dividen y encuadran; como pueden estar separados dos mares por la lengüeta de tierra que forma el istmo. Dos campos, para los judios, incommunicables; dos mares, cuyas aguas jamás llegarán a mezclarse en una común reunion. (España ha comprendido esta universalidad de la religion tal vez como ningún pueblo.)

c) *Jesús, Salvador universal.*

1. Vosotros, dice el Apóstol dirigiéndose a los gentiles (Eph. 2,11), estabais con Cristo, alejados de la sociedad y trato de Israel, sin participar de la promesa, sin esperanza, sin Dios en este mundo.
2. Un muro, continúa el Apóstol (ibid. 14), dividia los dos campos, incommunicables, inconciliables. Cristo derribó el muro; unió a los dos en uno, los fundió, y ambos, por El, subieron al Padre. Paz a los que estaban cerca. Paz a los que estaban lejos (ibid. 17). «Dios quiere que todos los hombres sean salvos» (1 Tim. 2,4).
3. Jesús es Salvador; lo cantó, lo expresó enérgica y rotundamente el Apóstol: «No hay ya judío o griego, no hay esclavo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gai. 3,28).
4. Cristo salvó a todos. Es Jesús para todos (cf. Fray Luis de León, p. 808,E,a).

B. Nos salvó de todos los males.

a) *Todos se reducen a la muerte. De todos en su raíz, o causa, u origen. Porque todos los males de los hijos de Adán se reducen a uno: la muerte* (cf. Beato Orozco, p. 813,B y ss).

1. Todos son, en el fondo, una privación de plenitud de vida verdadera; ya sea corporal, ya espiritual (ya moral). Porque el dolor, y la enfermedad, y el error, y la ignorancia, y el desorden de las pasiones, que manchan y afean y debilitan el alma, y la pérdida de libertad, exterior o interior, todo mal humano es un principio de muerte o una muerte parcial de nuestro ser o de nuestras naturales actividades y

operaciones. Todos los males humanos se reducen a la muerte.

2. Le, muerte es término y síntesis y acabamiento de todos. Mientras haya pecado, habrá muerte. No merece el nombre de Jesûs, el nombre de Salvador, más que el que triunfe plenamente del pecado y de la muerte: «Por un hombre entrô el pecado en el mundo y por el pecado la muerte» (Rom. 5,12).

- b) *La doble victoria de Jesûs. Jesûs nuestro Salvador obtuvo 'plenamente la doble victoria. Triunfô del pecado en la cruz. Triunfô de la muerte en la resurrección gloriosa.*

El triunfô sobre el pecado ha producido sus plenos efectos en todas las almas santas que han querido acercarse a la cruz y lavar sus manchas con la sangre redentora (cf. San Agustín, p. 778.c y d; Beato Orozco, ibid., y Bossuet, p. 822,3 y 823,b).

2. El triunfô sobre la muerte no ha sido total más que en el propio Cristo, y por especialísimo privilegio en su Madre Santísima. Solo Cristo y María han resucitado. Sólo los cuerpos de ambos están gloriosos en el cielo. En el resto de los hombres la muerte no ha sido aún despojada de su presa. Los cuerpos de los más grandes santos—gloriosamente honrados si queréis—yacen en tierra, en la corrupción. en la destrucción..., en la muerte.

C. Nos salvô definitivamente.

- a) *Los hombres a quienes la historia llama salvadores no triunfan de la muerte nunca. Son servidores y esclavos de la muerte misma. Lograrian, en el mejor de los casos, conceder temporalmente paz a un pueblo, veneer o alejar un peligro, de una comunidad de hombres; pero siempre a costa de la destrucción y la muerte y el exterminio de la parte adversa. No son enemigos de la muerte; son aliados.*
- b) *Roma levantará un arco de triunfô al pacificador de la Judea. Tito alejó un peligro: destruyó un enemigo de la patria y añadió un trofeo más a la corona gloriosa de Roma. Pero en tal monumento triunfal aparecen tallados en bajorrelieves los triunfos de la muerte: los judíos esclavos llevando sobre sus espaldas, encorvados por el bochorno, la vergüenza y el deshonor, los despojos del templo de Jerusalén; al embellecer a Roma con un monumento más, que le inmortaliza como Salvador de la patria, ha destruido el monumento religioso más venerando que conocía la antigüedad.*
- c) *Tended la vista por Europa y el mundo. Los triunfos humanos son frecuentemente fuentes de dolor y de lágrimas para los mismos vencedores. En las guerras entre imperios, el triunfô cierto es siempre el de la muerte.*
- d) *Será Salvador de la humanidad el que triunfe de la muerte. «Seré tu muerte, ¡oh muerte!» (Os. 13,14). No cabe otro grito de victoria. Ese grito de victoria no ha resonado aún en el mundo. «El último enemigo reducido a la nada será la muerte» (1 Cor. 15,26).*

- e) *Mas para vencer definitivamente a la muerte hay que destruir la causa de la muerte. Dios no hizo la muerte. En la obra creadora de Dios no aparece la muerte entre las criaturas. La muerte es obra del hombre. Es obra de la voluntad perversa del hombre. Es hija del pecado. Por el mal uso que hizo el hombre de su libre albedrío se apartó de los caminos de la vida, donde Dios le había colocado, y penetró en la región tenebrosa y fría de la muerte; en esa misteriosa privación que llamamos la muerte. Por la desobediencia de un hombre penetró en el mundo el pecado y por el pecado la muerte. Los hombres quedaron convertidos en siervos del pecado y siervos de la muerte.*
- f) *Cristo triunfó del pecado, primero, por su muerte en la cruz. Cristo triunfó de la muerte por su resurrección gloriosa.*

Jesús es la salud

I. Jesús, nuestra salud.

- A. Jesús es no sólo Salvador, sino que es la salud misma (cf. Fray Luis de León, p. 807,B). Otros salvan, curan o remedian, pero no son ellos mismos el remedio o la salud (cf. Belarmino, p. 798,c).
 - a) *El médico aplica las medicinas, pero la salud y la vida es obra de la naturaleza* (cf. Fray Luis de León, p. 809,c).
 - b) *El político planea formas, pero el efecto es obra de la vida virtuosa de los ciudadanos.*
 - c) *El maestro enseña la verdad, pero él no es la verdad misma.*
 - d) *El guía conduce por el camino, pero él no es el camino.*
- B. Cristo es la salud y la vida (cf. San Agustín, p. 777,c). Es la verdad misma. Es el camino (cf. San Agustín, p. 773,A,a y 774,b). «Ego sum via, veritas et vita» (Io. 14,6).
- C. Cristo es la puerta por donde se entra al reino y es el reino mismo (Io. 10,7). Es el Pastor que conduce a las ovejas a los pastos saludables, y Él es el único pasto del alma (Io. 10,11 y 14).
- D. Por Cristo se sube al Padre, pero el que ve a Cristo ve al Padre (Io. 14,9).

Jesús, nuestra vida.

- A. Cristo tenía la virtud de comunicar a los hombres la vida que en Él existía. «In ipso vita erat» (Io. 1,4).

- B. Cristo no sôlo les comunica la vida natural, sino que puede comunlcarles la vida sobrenatural y de la gracia. La ûnica que merece el nombre de vida verdadera, porque es eterna.
- C. La gracia se hizo en Cristo..
 - a) *Apareciô en la tierra con Cristo. «Porque se ha manifestado la gracia salutifera de Dios a todos los hombres» (Tit. 1,11). Y Cristo apareciô «lleno de gracia y de verdad» (Io. 1,14).*
 - b) *y de esa. gracia y de esa verdad podemos recibir y participar todos los hombres. «Et de plenitudine eius nos omnes accepimus» (Io. 1,16).*
- III. *Los sacramentos, canales de salud y vida. Mas para participar de Cristo es preciso un acto voluntario y libre de nuestra parte.*
 - A. Debemos querer participar de esa verdad y de esa gracia.
 - B. Debemos poner los medios para participar de ella.
 - C. Cristo instituyô los sacramentos como canales que conducen a nuestras aimas muertas o débiles la gracia y la verdad. Los que no estân en comuniôn con Crlsto por la gracia deben adquirir esa comuniôn por el sacramento de la Penitencia y aumentar después esa gracia por el sacramento de la Eucaristia.
- IV. *Jesus, Juez. Cristo, es, pues, salud para los que quieren de verdad ser salvos. Mas para los que voluntariamente se apartan de Cristo, Cristo no serâ, salud; sera juez que dictard sentencia de muerte, y tanto mas severa cuanto mayor sea el desprecio que hemos hecho de la gracia de vida que Cristo nos ganô con su muerte y que nos' ofrece con largueza por su infinita misericordia (cf. San Bernardo, p. 789,b y 790).*

Jesûs salua por la palabra

- I. *El hombre vive de la palabra de Dios. «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt. 4,4). La palabra de Dios infunde vida espiritual en este mundo y vida eterna en el otro.*
- II. *Vida espiritual en este mundo.*
 - A. La adhesiôn a la palabra. El comlenzo de la vida espiritual se encuentra en la adhesiôn a la palabra. «La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante

mas que una espada de dos filos y penetra hasta la divislôn del aima y del espiritu»... (Hebr. 4,12).

B. Palabra y espiritu. La palabra, pues, separa—objetiva, no subjetivamente—la parte mejor del alma y la convierte en espiritu. Espiritu es el aima misma en cuanto vive la palabra. «Las palabras que yo os he hablado son espiritu y vida» (Io. 6.63).

C. Lâmpara encendida. El hombre en quien habita la palabra es como una lâmpara encendida. «Sicut luminaria in mundo, verbum vitae continentes» (Phil. 2,15-16).

D. Lâmpara apagada. El hombre en quien no habita la palabra tiene alma, pero no espiritu. Es una lâmpara apagada.

III. *La palabra produce vida eterna.*

A. «Tienes palabras de vida eterna» (Io. 6.69).

B. «Si alguno guardare mi palabra, no verâ jaj muerte» (Io. 8,51).

IV. *Dos conclusiones.*

A. Para los predicadores. Tremenda responsabilidad de los administradores de la palabra de vida y de salud:

a) *De los que no la predicán.*

b) *Mayor tal vez de los que predicán y no predicán la palabra de Cristo.*

c) *¡Cuântas lâmparas apagadas por culpa del sacerdote a quien Dios en su providenda tiene destinado a encender con su palabra un aima, e, infiel a su vocaclôn, no quiso administrar honradamente la palabra divina!*

B. Para los fieles. ¡Gravisima responsabilidad de las aimas que reciben la palabra de Dios y la matan!

a) *¡Oh aimas representadas en la tercera simiente de la parâbola evangelical (Lc. 8 14). ¡Vosotros, tierra buena y escogida de Dios, fuisteis infieles en la palabra! Sofocasteis la simiente. Apagasteis la llama de la vida. ^Concupiscenda carnal y sensual?... ^Honores?... ^Riquezas?... ¡Preocupaciôn excesiva por las cosas de este mundo?... Todo es yerba mala que ahoga la simiente de vida que nace en vuestras aimas. Todo es aaua que extingue la llama espiritual del Verbo de Dios.*

b) *¡Oh aimas sencillas, buenas y fieles que llevais abierto el surco de vuestra buena voluntad para recibir la palabra y retenerla con paciencia! No os faltará predicador... Dios tendra con vosotros providenda extraordinaria...*

V. *Exhortaciôn.*

A. Predicad, joh sacerdotes!, sin negligencia la verdadera palabra.

B. Acogedla. vosotros, fieles, con mansedumbre y pureza de corazôn.

El nombre de Jesûs

- I. *Su belleza y amabilidad. ¡Haria falta cantar su belleza y amabilidad sabiendo que lo llevô el Señor? Muchos nombres son amados sôlo en atención a la persona que designan; pero éste, ademâs, lo es desde todos los puntos de vista, lo mismo si consideramos quién lo impuso que la hordura y propiedad de su significado (cf. Apuntes exeg.-mor., p. 771,2 y 772,3).*
- II. *Quién lo impuso. El mismo Dios por el ministerio de los ângeles. Desde muy antiguo en todas las profecias habia indicado el carâcter de Salvador (cf. Santo Tomâs de Aquino, p. 795,C,a); pero, llegada la hora de su nacimiento, El mismo envia sus ângeles a que lo comuniquen. ¿Habrâ, pues, de extranar que sea propio? (cf. Santo Tomâs de Villanueva, p. 802,C,a).*
- III. *Caractères del nombre. Por muchas razones familiares, politicas, locales, etc., suelen designarse los nombres de las personas (cf. Santo Tomâs de Aquino, p. 794,a y b, y 795,c,d). Pero la que moviô a elegir el de Jesûs fué la exactitud de su significado (cf. Santo Tomâs de Villanueva, p. 801,2).*
 - A. *Era Dios inaccesible a los hombres, y su nombre inefable. Hasta que decidiô venir a habitar entre nosotros (cf. ibid., p. 801,b), y entonces, previendo nuestro posible terror, enviô por delante a un ângel que dijese que habia de llamarse «Salvador» (Lc. 1,31; Mt. 1,21).*
 - B. *Y Dios, que a fuerza de ser incomprensible habia utilizado nombres muy diversos, eligiô finalmente uno que los recapitulara todos, porque si habia sido el Omnipotente, obra de su omnipotencia era la encarnaciôn y redenciôn; si habia sido el Justo, âpice de su justicia era la salvaciôn: si era el Ser, ahora venia a devolver el ser divino a las criaturas... (cf. San Bernardo, p. 791, b; Santo Tomâs de Villanueva, p. 806, y Fray Luis de Leôn, p. 807,c).*
 - C. *Y entre todos, éste es el nombre verdaderamente propio, porque*
 - a) *Todos los demâs que se le aplicaron en cuanto hombre han podido ser llevados con alguna razôn por otros personajes, mientras que éste le compete*

solo g El, ya que solo en El esta la verdad, ya que en El estâ toda la salvaciôn.

b) *Porque compendia la esencia de su misiôn* (cf. Fray Luis de Leôn, p. 806.A). *En efecto:*

1. Cristo vino solo a salvarnos. Tai es el hecho.
2. En su vida no hay nada que no gire en tomo a nuestra salvation. La misma Eucaristia no tiene por fin recibir honores muy merecidos, sino ser medio de nuestra santificaciôn. Es Jesûs en su ser, sus obras y su nombre (cf. ibid, p. 808,D).

IV. *Consecuencias.*

- A. Amar el nombre de Jesûs. Eligiôlo El movldo por amor, porque designaba la obra principal del suyo. No hay otra moneda para pagarle.
- B. Acudir a El. Es ungüento suave para cualquier herida, porque El sabe compadecerse y salvarnos en todos los dolores (cf. Santo Tomâs de Villanueva, p. 804).
- C. Obedecerle. Es Salvador «porque ha venido a salvar a su pueblo», pero debemos procurar ser pueblo suyo (cf. San Bernardo, p. 788,b).

Los nombres de Cristo

I. *Los nombres: Verbo, Hijo y Salvador. Muchos nombres han sido aplicados a Cristo, derivândolos de la consideraciôn de una u otra de sus cualidades u obras. Pero nombres propios que reflejen perfectamente su esencia y, por lo tanto, sôlo le convengan a El* (cf. San Bernardo, p. 191,b, y Fray Luis de Leôn, p. 806,A) *son los de Verbo e Hijo en su generation eterna y el de Salvador en su misiôn en el mundo. Estudiemos la relaciôn existente entre los três*

II. *Generaciôn eterna.*

A. El Verbo. Verbo, Irnagen, Idea del Padre son tres sinônimos que desde los primeros siglos han designado a la segunda persona.

- a) *En efecto, del mismo modo que cuando nosotros. al entender una verdad o cosa, producimos en nuestro entendimiento una idea, que refleja el objeto entendido con tanta mâs intensidad y semejanza cuanto mâs perfecto haya sido el acto de entender, el Padre, el conocerse a si mismo, da origen a una idea tan perfecta y semejante, que es en todo exactamente como El, y tan intensa y viva, que consti-*

tuye otra persona viviente. Por su intensidad esta idea es una persona viva y distinta del Padre; su semejanza es tan exacta, que es infinita, omnipotente, santa; en suma, tiene su misma naturaleza.

- b) *La perfection del Verbo estriba, pues, en ser en todo igual que el Padre, que le diô origen como a una idea, y a tan alto grado uegô esta igualdad, que aun oculto bajo los vélos de la carne pudo decir: «Felipe..., el que me ha visto a mi, ha visto al Padre» do. 14,9).*

B. El Hijo.

- a) *Misterios profundos. Esta idea del entendimienlo del Padre no solo es una idea, sino una idea engendrada, esto es, un Hijo propio y verdadero.*
- b) *La Iglesia se ha visto en mäs de un peligro y mäs de un märtir diô su vida por defender este dogma de la filiation natural y consustancial dei Verbo.*
- c) *Hijo y Padre se asemejan eji todo, y han existido eternamente, sin que haya podido el Padre existir sin ser Padre y, por lo tanto, decir relaciôn a su Hijo, ni el Hijo sin serlo también y referirse al Padre. No de otro modo los rayos del sol coexisten con su astro, procediendo siempre de él.*
- d) *La perfecciôn del Hijo consistirà también en asemejarse a su Padre. La perfection de su voluntad en ser la misma que la de El, aunque un dia su obediencia le traiga al mundo primero y después a la cruz. «Yo hago siempre lo que es de su agrado (del Padre)» (To. 8.29).*

III. *Creaciôn y elevaciôn. La obra de la creation y elevatiôn del hombre lo es de las tres divinas personas en comiln, pero, sin embargo, la revelaciôn nos ha defado entrever alguno de sus modos misteriosos de opération.*

A. El Verbo.

- a) *Las ideas son las que dirigen la mano del artista que intenta reproducirlas al exterior. En la Santisima Trinidad el Verbo o Idea no solo refleja perfectamente al Padre, sino que refleja también y condensa todas las criaturas posibles. Dios fué des- envolviendo en el mundo lo que estaba en el Verbo como en Idea ejemplar. La perfection, pues, del mundo consiste en acomodarse a ese tipo divino reflejado u participado. Es lo que indicé» San Juan: «En el principio... el Verbo era Dios..., y todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho» (Io. 1.1-3).*
- b) *Pero al formar al hombre, este reproducir la idea divina tuvo una expresiôn mäs enérgica y concreta: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza» (Gen. 1,26).*

B. El Hijo.

- a) *cEn qué habia de consistir esta especial semejanza del hombre a Dios? En parecerse a la segunda persona de la Santisima Trinidad en cuanto que es Hijo. No se contentô Dios en dejarnos en la categoria de criaturas y quiso que nuestra semejanza llegara a reproducir la filiation de la segunda*

persona. «Ved, decia San Juan, qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos» (1 Io. 3,1).

b' Lo que el Hijo natural es por generaciôn, nosotros lo seremos por la gracia; lo que El es por identidad de naturaleza. lo seremos nosotros por divinización de la nuestra. {{Participes de la divina naturaleza» (2 Petr. 1.4).

c) Y si el Hijo ha servido de idea y de modela para nuestra filiation divina, El es también el medio de conseguirla. «A cuantos le recibieron diôles poder de venir a ser hijos de Dios» (Io. 1J2).

IV. La perfección final. La perfection final de esta filiación la recibiremos también del Hijo cuándo, después de habernos preparado las mansiones en la casa de su Padre (Io. 14,2), se nos aparezca y, haciéndonos en todo semejantes a El (1 Io. 3,2), nos lleve al reino.

V. El Salvador. El pecado trocô los planes divinos. Lo que pudo ser un Tabor de gloria para la humanidad presidida por el Hijo, necesitô una reparation, y entonces esta segunda persona lanzôse, cual brioso gigante, a la carrera (Ps. 18,6), revistiôse de nuestra naturaleza y, padeciendo por nosotros, a los nombres de Verbo y de Hijo anadiô el de Salvador.

VI. Nuestra obra.

A. Para con el Verbo.

a) Dios nos ha creado segùn El. Debemos, por lo tanto, ser expresion pura y adecuada del pensamiento de Dios, desarraigando de nosotros cuanto hayamos aportado de nuestro y pueda oscurecer la Idea divina.

b) Toda nuestra tarea espiritual se reducirà a asemejarnos al Verbo y, como El, parecernos al Padre. «Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt. 5,48).

B. Para con el Hijo'.

rt Reconocer y honrar nuestra filiation divina.

b) Vivir como vivia el Hijo para gloria de su Padre.

c) Asemajamos en todo al Hijo. El Padre nos reconocerà como hijos suyos si ve en nosotros el parecido de Jesûs (Rom. 8.29).

Para con Jesûs. Señor, tû me bas salvado y redimido, tû has restaurado en mi cuanto tu Padre obrô por medio del Verbo e Hijo. En amarte a ti, agradecértelo todo a ti y asemejarme a ti encuentro el camino para volver contigo al Padre.

Jesûs, Salvador de los pueblos

Salvador total. Jesús es el Salvador total, no solo del orden sobrenatural, sino de todos los valores humanos, en cuanto que son obra de Dios, arruinada por el hombre y sus concupiscendas. Es, pues, el Salvador de los pueblos en cuanto a su bienestar social.

II. *El egoismo del mundo.*

A. Es la ultima causa de su malestar. La ultima causa del malestar del mundo radica en el egoismo, que se busca a si en vez de darse a los demás por amor. Quitad el egoismo, y los problemas económico-sociales desaparecerân, como desaparece el humo en cuanto se apaga el fuego.

B. Desquicia la moral de los pueblos. Mientras el mundo fisico es un conjunto de fuerzas ordenadas entre si, el mundo moral estâ desquiciado por el egoismo. El filôsofo y el artista trabajan no para ilustrar o deleitar, sino para brillar y ganar. El funcionario cumple sôlo para vivir, cuândo no claudica, inmolando el derecho en aras del favor o del dinero. El hombre de empresa busca su ganancia por encima del bienestar del artesano, y éste trabaja a veces menos de lo que debe sôlo para poder gozar, sin importarle un ardite del bien comûn. Los jefes de estado llevan el mundo a diluvios de sangre, cuândo por el egoismo de unos intereses materiales, cuândo por la locura de la gloria de su nombre.

C. Siempre ha sido el perturbador universal. El egoismo ha sido siempre el perturbador universal; pero si el mundo vive en un ambiente materialista, entonces es el único motor y tela de arana que envuelve al universo entero.

III. *La verdadera salvaciôn.*

A. No la da la filosofia. ôQuién podrâ salvar al mundo del egoismo? ôLa filosofia? No tiene fuerzas ni razones suficientes para conseguir el sacrificio de los intereses propios. No habléis nunca de felicidad comûn, porque siempre parecerâ mâs apetecible la felicidad dei individuo. No habléis de im-

perativos morales, porque es una voz que se apaga ante los gritos de la propia conveniencia.

Solo Cristo con su doctrina y ejemplo. El único que puede salvar a los pueblos del egoismo es Cristo con su doctrina y ejemplo. Cuando se conoce a Cristo, el amor sustituye al egoismo.

- a) *Ved la primera cristiandad de Jerusalén repartiendo sus bienes en colectivismo de caridad.*
- b) *Ved en los primeros tiempos las cclectas de San Pablo.*
- c) *Ved a San Lorenzo presentando los innumerables pobres que sostenia coh una iglesia perseguida y sin medios.*
- d) *Ved en cualquier tiempo esa plcyade de aimas que han renunciado a todo para consagrarse al servicio de los pequeños y los enfermas. Ved a un Javier o a un Juan de la Cruz. Es el ejec-to de conocer a Cristo.*

Sôlo el amor.

- a) *Porque para vencer al egoismo se necesitaba algo mâs que una doctrina fria, y Cristo nos ha traído el impulso cálido de la doctrina dti amor.*
- b) *El hombre se salvarà si ama a Dios y si ve a Dios en todos sus hermanos.*
- c) *La perfection del hombre comenzarà por negarse a si mismo e identijicarse con Dios.*

D. Y el negarse a si mismo.

- a) *Este negarse a si mismo no es una pura negation, sino un desarraigar cuanta tendentia egoista anti-humana, antisocial y antirreligiosa hay dentro de nosotros, para terminar uniéndose a Cristo.*
- b) *La union de Cristo se verifica por el amor. Dios es amor, y unirse a El consiste en amar. Cristo es el hombre que en su amor renunciô a su misma vida, y amarle a El es tomar su cruz benéfica y seguirle.*

IV. *El reino de la justicia, la paz y el amor.*

- A. La salvaciôn de los pueblos consiste en mirar a Cristo y aprender la lecciôn de su abnegaciôn. mlrar a la cruz y colocar debajo de ella todos sus egoismos, para que la sangre redentora de Cristo al baûarlos los trueque en amor desinteresado.
- B. Entonces pueblos y clases sociales vivirân en paz. porque habrân reconocldo el reino de la justicia, la paz y el amor.
- C. La paz, justicia y amor darân sus frutos naturales, y Dios a los que la busquen otorgarâ los bienes de la tierra por anadidura.

Jesûs, Salvador de todas las razas

- L. *La actual pugna de pueblos y razas. Vivimos tiempos en que las clases sociales, considerándose superiores unas a otras, predicán el exterminio de las demás. Hemos conocido otros muy recientes en los que no ya prácticamente, cosa que siempre ha ocurrido, sino llegando a la teoría filosôfica, se ha querido presentar a unos pueblos o razas como totalmente superiores a los otros.*
- II. *El problema en otras épocas. El problema no es nuevo.*
 - A. El romano se creía nacido para gobernar los pueblos.
 - B. El judío se sigue considerando separado de «las gentes».
 - C. En países de infieles la división de castas se ha basado en motivos religiosos.
- III. *«Filantropía, humanidad y democracia». Enfrente de esta división del mundo en razas y de los pueblos en clases, han levantado algunos la bandera de la «filantropía», dándole cada vez nombres distintos según la hora y el momento; nombres que han ido desde el de «humanidad» hasta el de «democracia», pero que en realidad no pretenden sino sustituir, con intención laica o por miedo a parecer claramente religiosos, el de paz cristiana e igualdad en Cristo.*
- IV. *Doctrinas heréticas sobre la salvación. En la misma Iglesia hubo un momento en que surgió también una doctrina calvinista y otra jansenista, que quiso dividir a los hombres en capaces e incapaces de salvación.*
- V. *La verdadera doctrina.*
 - A. Cristo murió por todos. Pero la Iglesia, a la vez que expulsaba de su seno con energía a los herejes, exponía la verdadera doctrina, única capaz de fundamentar sólidamente la unidad humana: Cristo ha muerto por todos, y todos somos salvados con igualdad de derechos por Él.
 - B. El problema en la época de San Pablo. Como no podía ser menos, San Pablo, que sintió en sus mismas carnes el problema de la división del mundo en sectores, es quien estableció clarísimamente la doctrina. Sintió la división, porque enfrente de

su predicaci3n universal, de Ap3stol de las gentes, se alzaron siempre los judios, cuyo lema consistia en el verso de David mal interpretado: «No hizo tal a gente alguna y a ninguna otra manifesto sus juicios» (Ps. 147,20), convirtiendo lo que fu3 dep3sito temporal, hasta que llegara el dia de extenderlo a todo el mundo, en monopolio definitivo de un pueblo.

C. La doctrina del Ap3stol. Y para combatirla expuso su doctrina (Eph. 2,11-21).

- a) *Ya no hay «extranjeros ni hu3spedes», sino que todos somos «conciudadanos y jam3iiares de Dios», edificados sobre los ap3stoles y siendo «piedra angular» del edificio «el mismo Cristo Jes3s» (v. 19-20).*
- b) *Porque si durante algun tiempo no pudo reinar la paz, porque los gentiles Vivian sin esperanza y sin Dios en el mundo, enemigos como eran de El y alejados de la sociedad de Israel, 3nica que disfrutaba las promesas (v. 12), Cristo «hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de la s3paration» (v. 14), anulando la ley antigua, que dividi3 el mundo en dos sectores, circunciso e incircunciso, y llev3ndolos todos a Dios.*
- c) *Y reconcili3los a unos y otros entre si y a todos con Dios: «por la cruz, dajido muerte en si mismo a la enemistad» (v. 16)*
- d) *De modo que, formando todos «un solo cuerpo con Dios» (v. 16) y habiendo lanzado a los cuatro vientos la buena nueva de «paz a los de lejos y paz a los de cerca... tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo espiritu» (v. 17-19).*
- e) *Esta es la verdadera unidad humana. «No hay ya judio o griego, no hay siervo o libre» (Gai. 3,28), porque Cristo al morir nos ha dado la doble unidad de los hombres entre si y de todos con Dios.*

VI. *Formamos un solo pueblo, con un solo pastor.*

- A. Y si un dia un pueblo, raza o clase quiere arrogarse superioridades esenciales sobre todos los dem3s, nosotros podremos mostrarle la cruz de Cristo y decirle: Hemos sido comprados con un precio muy grande (1 Cor. 6,20), pero pagado por Igual, en beneficio de todos. Y las pequenas y accidentales diferencias de color o sangre que pudiera haber son superadas por el valor infinitamente mayor de la gracia y el espiritu que habita en todos.
- B. Porque todos formamos un solo pueblo con un solo pastor; y en todo lugar ofrecemos un mismo sacrificio limpio al mismo nombre (Mal. 1,11). Todos tenemos el mismo sacerdote y mediador que lo ofrece, Cristo, y todos, gracias a El, damos a Dios el nombre de Padre.

El nuevo Adân Salvador

- i. *La imagen del nuevo Adân. La imagen mäs complêta y fecunda que nos ha dejado San Pablo referente a la misiôn salvadora de Cristo es la del nuevo Adân (cf. San Ambrosio, p. 782.A). Completa, porque resume todo el dogma; fecunda, por las consideraciones prâcticas que de ella se derivan.*
- II. *Imagen completa. San Pablo en dos lugares (Rom. 5,12ss y 1 Cor. 15,45ss), con su paralelismo unas veces de igualdad y otras antitético entre los dos Adanes, nos indica:*
- A. *La obra de Adân y de Cristo.*
- a) *«Triste y exacto paralelismo». Por Adân, «que es el tipo del que habia de venir (Rom. 5,14), entré el pecado en el mundo y por el pecado la muerte» (ibid. 12). El Apôstol nos présente aquella transgresiôn (primera de las innumerables en que habia de incurrir la humanidad) y tras ella a la muerte entrando en el mundo para seüorearlo de modo permanente. La obra del antitipo ha de ser totalmente contraria: ^por el pecado la muerte?; pues por la justicia, la vida. El pecado fué muerte de las aimas que acarreô la de los cuerpos; la justicia de Cristo serà la vida sobrenatural que traerâ en pos de si la resurrecciôn de la carne.*
- b) *«Pero el paralelismo se siente desbordado». El don ha sido mayor que el delito; la obra de Cristo, mayor que la de Adân. Porque ésta ha podido borrar no solo el primer pecado. sino (ibid. 145) «muchas transgresiones» (todas las personales), y porque parece que la gracia se nos reparte hoy con mäs abundancia que al mismo Adân antes de su caida.*
- B. *Condiciones previas para la obra.*
- a) *«La solidaridad». Es el punto de arranque de las dos economics del viejo y del nuevo Adân. Solidarios de Adân, «por uno» pecamos todos. Solidarios de Cristo, «por uno» nos salvamos. Ya veremos en qué consiste esta union con ambos, pero por ahora senalemos que cuanto padezcamos de pecado y muerte se lo debemos a uno solo, y cuanto gocemos de gracia y vida se nos deriva de Cristo, con una diferencia en favor de éste, que a la condenaciôn que nos trajo Adân hemos sumado la merecida por nûes, tros propios pecados, mientras que las gracias de la redenciôn se le deben a Cristo solo.*
- b) *«El hombre pecador y el Hombre sin pecado». La solidaridad con Adân y Cristo exigia que fueran «hombres», para poder ser cabezas de la especie, y*

por ello San Pablo insiste tan a menudo en la realidad de la humanidad de Cristo. Pero los ejectos esenciales de esa solidaridad humana requieren que Adân juease el hombre «pecador», mientras que Cristo es el hombre «siji pecado», que puede morir por él. Aunque este pensamiento no aparece explícita en el capítulo présente, su idea lo domina todo él (v. gr. v. 6-9). Las tinieblas necesitan de la lue; el ofendido, de un mediador amigo. Dios necesita el hombre sin pecado.

C. El medio: La soberbia de Adân le moviô a desobediencia, y por querer ser como Dios, quebrantô el precepto. La obediencia de Cristo le llevô a humillarse hasta la muerte, y muerte de cruz (Phil. 2,8). Adân, desobedeciendo, nos hizo a todos pecadores, y Cristo, sometiéndose, nos trocô en justos (Rom. 5,19).

D. Nuestra incorporaciôn a Cristo.

- a) *Hemos hablado de nuestra solidaridad con Cristo y con Adân. Entiéndese la que tenemos con éste, nuestra cabeza natural y moral, pero tcuâl es la que nos hace depender de Cristo? ^Es una libre disposition de Dios? No. Es algo mâs, que San Pablo explica con otro paralelismo (1 Cor. 15,45-49): «EZ primer hombre, Adân, fué hecho aima viviente; él ïdtimo Adân, espíritu vivificante» (v. 45); «eZ primer hombre fué de la tierra, terreno; el segundo hombre fué del cielo» (v. 47). «Cual es el terreno, tales son los terrenos; cual es el celestial, tales son los celestiales, y como llevamos la imagen dei terreno, llevaremos también la imagen del celestial» (v. 48-49).*
- b) *Nuestra solidaridad es évidente. Si somos hijos de Adân y llevamos su imagen terrena y mortal como él. hdbremos también de llevar la imagen incorruptible e inmortal del Adân del cielo, porque nos une con El también el lazo de la filiation retibida.*
- c) *Adân nos engendra, comunicândonos, como todo padre a sus hijos, las condiciones de la vida de su especie; pero el nuevo Adân nos reengendra, comunicândonos algo íntimo y propio suyo, principio vital que nos asimila a El. ¡El qué? La gracia, ese don de vida divina que, merecida con su muerte, poseida por El con la plenitud de la cabeza, se nos deriva a todos, haciéndonos hijos suyos en cuanto Dios y hermanos en cuanto hombre.*
- d) *La teología del nuevo Adân aparece clara. Generation de muerte la del primero. Regeneration de gracia e inmortalidad la del segundo. Terrena, por lo tanto, la una; celeste, la otra.*

III. *Imagen fecunda. De la imagen a la realidad.*

- A. SI nos unimos con Adân recibiendo e imitando su pecado, unâmonos con Cristo recibiendo su gracia e imitando su vida.
- B. Si Incorporados a Cristo, vlvir en Cristo y por Cristo.

- C. Si engendrados por obediencia a la voluntad del Padre...
- D. Si somos del cielo, dqué nos importa la tierra?

10

La victoria del amor

El triunfo dei odio. La historia sobrenatural del universo es una lucha entre el amor y el odio que se desenvuelve en três estadios. El primero es de Satdn, o dei odio; el segundo es de Cristo, o del amor, y el tercero es nuestro. El triunfo dei odio tuvo lugar en el paraiso. El campo quedô por Satanâs, y con él por el pecado, la concupiscenda y la muerte. ¡Para siempre? El triunfo del amor.

Saliô para vencer. Nadie puede triunfar contra el Amor omnipotente. Cuando Satanâs gritaba: «Victoria», Cristo «saliô para vencer» (Apoc. 6,2). y hoy podemos cantar (Apoc. 5,5): «Ha vencido el leôn de la tribu de Judâ» (cf. Beato Orozco, p. 812,A).

- B. Era la obra de su amor. El mundo era enemlgo suyo, y El vino no a juzgar, sino a salvar (cf. San Bernardo, p. 789,b), porque ésta era la obra de su amor, y El quiere tomar del amor su nombre (cf. Fray Luis de Leôn, p. 808,D).
- C. El poder y el remedio. Dos cosas eran necesarias para vencer: el poder y el remediar al hombre. Para poder, Cristo contaba con su naturaleza divina, que le daba eficacia infinita; para ser remedio contaba con la humana en que morir y padecer. Para ser remedio poderoso, el que era Dios se hizo hombre (cf. Santo Tomâs de Villanueva, p. 801.2). Para salvar la materia la tomô y quedô hecho centro de todo lo creado (cf. Fray Luis de Leôn, p. 811,F)

III. *El triunfo completo. Y venido que hubo, cerrô contra el odio en el Calvario, y su victoria fué completa, porque*

A. Reparô todos los males.

a) *Del pecado.*

- 1. Perdonândolo. «Ecce agnus Dei...» (Io. 1,29). Llevô nuestros pecados (cf. Beato Orozco, p. 814)

- 5 Bossuet, p. 823,4 y 825,3), su gravedad (cf. ibid p. 833, b.1).
2. Ayudando a no repetirlos por medlo de su gracia (cf. ibid. p. 825 c).
3. Llevândonos finalmente a donde, terminada esta vida, seamos impecables (cf. ibid. p. 826 dj y 2).
- b) *De las consecuencias del pecado.*
 1. Como la sujeciôn al demonio, de quien hoy nos podemos burlar en vez de temerle (cf. Beato Orozco, p. 815,c).
 2. De la muerte, que habia senoreado y vencido a todo el mundo. Cristo es hoy causa meritoria de la resurrecciôn de todos y ejemplar de la de los justos (cf. ibid. p. 813,B,a).
 3. De la debilidad para obrar el bien, que cura con su gracia y ejemplo (cf. Belarmino, p. 797,B). En suma, triunfo sobre toda iniquidad (cf. Ibid. 797B).
- B. Porque salvô a todos sin diferencia alguna (cf. Fray Luis de Leôn, p. 808,E,a).
- C. Porque fué un triunfo de desquite total.
 - a) *Como satisfactorio. El triunfo parece mâs satisfactorio si al reportarse sobre un enemigo injusto se obtiene en el mismo campo y del mismo modo que él lo obtuvo.*
 - b) *Paralelismo entre Adân y Cristo. El triunfo de Cristo tuvo este carâcter de desquite, no solo porque destruyô toda la obra de Satan y su odio, sino porque parece que fué escogiendo un paralelismo exacto para llevarlo a cabo. Comparaciôn entre Adân y Cristo* (cf. San Ambrosio, p. 782,A).

Porque fué superabundante.

- a) *En donde abundo el delito superdbundô la salvation* (Rom. 5.20).
- b) *Porque esta ha sido mâs profunda, devolviendo mâs gracia de la perdida, y mâs extensa, pues si el pecado manchô a todos los hombres, la redenciôn ha dignificado a toda la naturaleza, que ha de doblar su rodilla ante Jesûs* (cf. Goma, p. 840,c).

Porque fué amable.

- a) *Se nos présente en forma de nino el Vencedor. ¿Habrâ quien le tema?* (cf. San Bernardo, p. 789,b)
- b) *Lo ha obtenido pacificando y uniendo los hombres entre si y con Dios hasta quedar El constituido en piedra angular que sostenga el edificio del amor* (cf. Fray Luis de Leôn, p. 809,b).

IV. Nuestro triunfo.

- A. La tercera etapa de la lucha. Es la tercera etapa de la lucha, y si queremos asociarnos a Cristo serâ la segunda de su victoria.
 - a) *No menospreciar la misericordia. Inverosimil sería que hubiera que recurrir a hablar de la ira de Dios, que bien puede deducirse de la grandeza de la misericordia que despliego en su salvation* (cf. San Bernardo, p. 789,b). *Pero, sin embargo, si que hay que preguntarnos: ¿por qué axrreciamos tan poco a esta?* (cf. Belarmino, p. 797,B).

- b) *Ayudar a nuestra propia salvaciôn. Mas nos alentard quiza el considerar que nuevos favores deben nuevos servicios (cf. Beato Orozco, p. 813,b, y el que ahora se nos picte es que ayudemos a nuestra propia salvaciôn.*

B. Hemos de unirnos a Cristo.

- a) *Es salvaciôn para todo. En El todo es salvaciôn, y salvaciôn para iodo. Nuestra soberbia éncóntará sus humillaciones; nuestra sensualidad, su corona de espinas..., y nuestra aima, su gracia (cf. Fray Luis de Leôn. p. 810.f).*
- b) *Los medios ascéiicos nos unen a El. Todos los demás medios ascéticos no lo son sino para unirnos con El. Aprovechémoslos para eso (cf. ibid. p. 810,c).*
- c) *Vivamos crucificados al mundo. Viviendo crucificados al mundo con El (cf. Beato Orozco, p. 817,D), que continua ofreciendo su sacrificio perenne por nosotros (cf. Gomâ. p. 839,b), verificaremos la profecia del Apocalipsis. Cristo ha salido vendendo para la victoria. Ha salido vencedor para vencer con nosotros (cf. Beyio Orozco, p. 815,0).*

Nuestro aprovechamiento de la salvaciôn

I. *El modo de la victoria. Cristo vencedor del pecado, de la muerte y del demonio. Veamos como reportô esta Victoria y como nos podemos aprovechar de ella.*

A. Causas.

- a) *La principal fué la voluntad del Padre, que de tal manera «amô al mundo, que le diô su unigenito Hijo» (Io. 3,16).*
- b) *Causa ejiciente también fué la de Cristo, que deseo obedecerle y salvarnos.*
- c) *Dios, que sabe end-erezar con su providenda hasta los crímenes del hombre, supo utilizar como causa ocasional la envidia de los judios.*

B. El modo. Cristo, al salvarnos victorioso, debiô

- a) *Borrar el reato de culpa y pena, restituyéndonos al orden sobrenatural. Con sus méritos satisfizo al Padre por nuestras culpas, borrando todo reato y devolviéndonos la gracia.*
 - 1. *Fué una verdadera satisfacciôn, por la que honrô a Dios más que cuanto honor le hubieran podido quitar los hombres.*
 - 2. *Y al satisfacer de esta manera. se llenaba de méritos. por los que redundô en nosotros la gracia de su vida entera.*
 - 3. *¡Oh Sefior! Tu gracia me hace a mi capaz de merecer, para crecer en gloria delante de ti, y me hace capaz también de satisfacer por mis pecados y los de todo el mundo.*

b) *Debiô librarnos del cautiverio del demonio y del pecado. Esta satisfacciôn revistiô un carâcter especial.*

1. Con ella pagô Cristo cuanto debiamos, y el que pudo ser sôlo Salvador, ha sido también Redentor, que entregô el rescate y nos librô del cautiverio.
2. Sé ya, Señor, no lo que valgo, sino lo que has querido pagar por mi, tu sangre. y pues he sido comprado con precio tan grande (1 Cor. 6,20), procuraré llevar siempre a mi Dios en mi. Lejos toda impudicia o deseos de aquí abajo.
3. Sé también de qué me redimiste, del enemigo malo, que no busca más que el mal; de la mancha de mi pecado y de sus castigos eternos.

C. Este pago y satisfacciôn fueron condignos. Cristo, Dios y hombre, pagô cuanto se debia, y hasta rebosando nuestro precio, y el valor de la ofensa nos ha merecido gracias mayores que las que perdîmes. ¡Señor, aprecie yo tu generosidad!

II. *Aplicaciôn de esta victoria.*

- A. Cristo nos ha salvado. Ha puesto su parte. Pero la salvaciôn abarca varias fases, la primera de las cuales consiste en la satisfacciôn y rescate, mientras la segunda estriba en la justificaciôn mediante la gracia recibida.
- B. Esta aplicaciôn estâ condicionada a que nos conectemos con Cristo. Para ello necesitamos poner nuestra buena voluntad. ¿Consentiremos que la pasiôn y la salvaciôn del Señor sea vana para nosotros?
- C. A muchas personas quizâ lo que les faite sea que haya alguien que les lleve a Cristo, que se les haga conocer. ¿Serâ a mi a quien esperan? ¿Ni aun siquiera intentaré ayudarlos con la oraciôn?

12

Jesus, Salvador de la verdad

I. *Cristo, Salvador de la verdad. «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jo. 14.6). Cristo es el Salvador de la verdad, y con la verdad nos salva a nosotros.*

- A. Los gentiles apenas si le entrevieron. Los gentiles pudieron encontrar a Dios manifiesto en la belleza del mundo, pero apenas si entrevieron la

verdad aprislonândola con la injusticia (Rom. 1,18) Los filôsofos sin Cristo también han errado siempre sus caminos. ¡Cuânto mäs ha valido ser pobre en el de Cristo que rico en los equivocados de la falsa filosofia! (cf. San Agustín, p. 773,A,a).

- B. Cristo abriô el camino. Vino Cristo, que era la verdad, la sabiduria del Padre. El abriô el camino de la verdad, y la verdâd se hizo asequible al hombre. Jôvenes y débiles supieron morir por ella sin temer a los tiranos (cf. ibid., p. 774,b).
- C. No hay verdad contra Cristo. Y no puede haber verdad contra Cristo porque no hay verdad contra la Verdad. y El es la de Dios (cf. ibid., p. 777,a).
- D. No se puede llegar a ella sin Cristo. Ni se puede llegar a la verdad sin Cristo, porque la luz no se ve sin la luz, y Cristo es la luz dei mundo.

II. *Cristo nos salva con la verdad.*

- A. La verdad, vida y camino. La verdad es también vida y camino. Y nadie puede llegar a la meta si no va por el camino debldo, ni resistir la muerte si no posee la vida (cf. ibid., p. 774,b).
- B. La verdad nos libra. Esta verdad nos libra (Io. 8,32). ôCômo? Llevândonos por el camino recto a la vida verdadera después de librarnos del pecado (cf. ibid., p. 778,d).
 - a) *La vida verdadera es Dios, sumo bien y felicidad compléta.*
 - b) *Pero para llegar a esta vida hemos de ser libres del pecado, consiguiendo que no reine en nosotros. Sentiremos sus espolonazos, caeremos quizás alguna vez en él. pero no retnará nunca en nosotros mientras luchemos en su contra, sin obedecer su tirania.*
 - c) *Del pecado y su reino nos libra la verdad de Cristo. que, ensenândonos la maldad de aquéllos y la bondad de su amor, nos dard también la gracia necesaria para vernos libres (cf. ibid. p. 778.C y ss).*

Jésus, Salvador de la muerte

- I. *Jesûs, Salvador. El Hijo de Dios se llama Jésus porque io es en verdad. Los nombres que Dios impone a determinadas personas significan siempre algûn don gratuito que les ha concedido (cf. Santo Tomäs d< Aquino, p. 794,A). A Cristo hombre se le concediô la plenitud de la gracia para que todos se salvarsen por*

El. Le «pondras por nombre Jesûs, porque salvard a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1,21).

II. *Por el pecado, la muerte.*

- A. *Asi, pues, como por un hombre entrô el pecado en el mundo (Rom. 5.12). El estado de justicia original se caracteriza por la armonia y la paz: del hombre con Dios y del hombre en si mismo. El pecado es la raiz de todos los males: por el pecado la muerte (Ibid.).*
- B. La palabra «muerte» lo compendia todo.
 - a) *La muerte del aima o pecado.*
 - b) *La muerte de la inteligencia o ignoranda.*
 - c) *La muerte de la voluntad.*
- C. *Del hombre no puede salir el bien. No que de nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, que nuestra suftciencia viene de Dios (2 Cor. 3,5). En el hombre reina la muerte, que es inactividad y carencia absoluta de movimiento.*

III. *Por Cristo, la vida.*

- A. *Salvaciôn de la muerte. Jesûs nos salva de la muerte superabundantemente. Pero donde abundô el pecado sobreabundô la gracia» (Rom. 5,20).*
- B. *ûCômo nos salva? Reconciliândonos con Dios (cf. Fray Luis de Leôn, p. 809,b). «Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Rom. 5,10).*
- C. *La paz con Dios por Jesucristo (cf. San Pedro Crisólogo. p. 785,0. Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por mediaciôn de nuestro Senor Jesucristo, por quien en virtud de la fe hemos obtenido también el acceso a esta gracia, en que nos mantenemos y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Rom. 5,1-2).*
- D. *Por Cristo, la amistad con Dios. Podemos decir en general con el Apôstol: «Si... por obra de uno solo relnô la muerte, mucho mâs los que reclben la abundanda de la gracia y el don de la justicia reinarân en la vida por obra de uno solo, Jesucristo» (Rom. 5.17). Conviene desentraûar el profundo pensamiento de Pablo:*
 - a) *Por uno, la muerte; por otro, la vida*
 - b) *La vida del aima: la vida de la inteligencia; la vida de la voluntad.*
 - c) *La vida del cuerpo mismo.*

IV. *Por Cristo, la vida del aima. No se da término medio entre pecado y gracia. Al reinar la gracia por Cristo. quedô vencida la muerte del aima o pecado. «El pe-*

cado no tendrd ya dominio sobre vosotros, pues que no estais bajo la ley, sino bajo la gracia» (Rom. 6,14). En el capitulo sexto de la Epistola a los Romanos, varias veces expresa el Apôstol la idea de que hemos sido Ubertados del pecado, muertos al mismo para vivir en Cristo y en su justicia (cf. 11,18,22).

V. *Por Cristo, la vida del entendimiento y voluntad.*

A. No hay capacidad intelectual y moral sin la gracia,

a) *En el orden sobrenatural, nada atsolutamente pueden ni el entendimiento ni la voluntad sin la gracia de Cristo Salvador.*

b) *Aun en el orden puramente natural, el hombre por el pecado fué herido en sus potencias. Segùn la opinion mas comûn y cierta, el hombre sin gracia no puede conocer todas las verdades naturales colectivamente considero.das con certeza y sin error.*

c) *El hombre sin gracia no tiene capacidad moral para guardar por mucho tiempo toda la ley natural ni para vencer las tentaciones graves.*

B. Nos la alcanza Jesucristo con su gracia. Cristo nos alcanzô la gracia, y con ella fueron curadas las heridas naturales del pecado y trocada en vida la muerte de la Ìnteligencia y de la voluntad. Expresa muy bien esta idea el apôstol San Pablo cuando escribe a Tito: «Nosotros fuimos también alguna vez neclos, desobedientes, extraviados, esclavos de toda suerte de concupiscendas y placeres, viviendo en la maldad y la envidia, dignos de odio y aborreciéndose unos a otros; mas cuando apareciô la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador, no por las obras justas que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos salvô» (Tit. 3,3-5).

VI. *Nuestra cooperaciôn con Cristo Salvador.*

A. En el pasaje antes citado (Rom. 5,17) dice el Apôstol que para reinar en la vida de Cristo es necesario recibir la abundanda de su gracia y el don de su justicia (cf. Goma, p. 840.C). No afectan del mismo modo al hombre la muerte y la vida, La muerte a todos, quieran o no, por estar todos de alguna manera en Adân. La vida, en cambio, solamente a aquellos que la quieran recibir, a los que se unan a Cristo.

B. La obra de la salvaciôn de Cristo continûa (cf. Goma, p. 839,b). Se operô en su vida mortal; mas perpetuase en los siglos. Se ofrece a todos los hombres. Si cooperan serân salvos y vlvlrân. De lo contrario, la muerte relnarâ en ellos.

C. Nuestra cooperaciôn a la salvaciôn de Cristo po-

dria resumirse en la frase del Apôstol: «Si hemos muerto con Crlsto, también vivlremos con El» (Rom. 6,8). Muerte con Crlsto mediante el arrepentimiento de nuestra vida mala, para no dar en adelante nuestros «miembros como armas de iniquidad al pecado, sino ofreceos a Dios como quienes muertos han vuelto a la vida y dad vuestros miembros a Dios como instrumento de la justicia» (Rom. 6,13).

- VII. *La vida eterna. La obra de la salvaciôn se consumará en la gloria. El Salvador triunfô de la muerte del cuerpo. Todos resucitaremos con él. Entonces viviremos la plenitud de la vida. Vida completa, sin imperfecciones; vida feliz, sin sombra de dolor; imperecedera, que durard por toda la eternidad.*

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

14

Jesûs, Salvador de ta sociedad

- I. *Sin Jesucristo la vida social se desmorona. No sôlo la salvation del hombre, también la de la sociedad sôlo puede alcanzarse en el nombre de Jesucristo. Cuando la vida social se intenta montar sobre sistemas alejados de la verdad, de la justicia y de la caridad de Jesucristo, pronto muestra sus fallos y se desmorona con estrépito (cf. p. 844,b). Nuestros tiempos son testigos, en este orden, de una serie de convulsiones y conflictos que constituyen la mâs impresionante apologia del cristianismo.*
- II. *Creada por Dios y sometida a sus normas. No se ha dado otro nombre a la sociedad sobre el cual pueda ordenarse. Ella, como el hombre mismo que la constituye, fué creada por Dios mismo, trazô a ambos unas normas fundamentales, a las que es necesario atenerse si quiere alcanzar el bienestar posible (cf. p. 695,1). Trazadas por Dios hay unas normas ultimas y fundamentales, que no pueden ser abolidas por ningûn legislador humano (cf. p. 694.m). Y es misiôn del hombre, si se quiere hacer estable y fecunda la vida social, buscarlas serenamente y con tesôn.*

III. *NO puede apartarse de Dios.*

El grave peligro de error. Cuando se Intenta apartar de Dios, el hombre corre el gravísimo peligro de equivocarse. Su mente queda privada de la firme garantía de su doctrina, que le preserva contra el error. Su voluntad queda desprovista de la gracia, auxilio poderoso que estimula al entendimiento en su labor investigadora, y enciende la caridad en el momento de la ejecución práctica. Necesidad de acercarse a Jesucristo.

- a) *La dura experiencia de los jracasos obligará, sin duda, a introducir rectificaciones. Pero las tristes consecuencias de errores pasados perdurarn mucho tiempo. Porque, obstinados los hombres en la suficiencia de su entendimiento, querrán llevar su doctrina hasta las ultimas consecuencias. Pretenderán que los Jracasos se deben a que no se aplicaron en toda su pureza. Y sólo dbandonarán sus intentos cuando el clamor del pueblo y tal vez la rebeliôn violenta los haga totalmente insostenibles.*
- b) *Pero entonces, las mismas circunstancias en que se provoca el cambio, y la falta de base doctrinal, tal vez conduzcan a un error mayor... Trabajosamente, el hombre se ira acercando hacia el recto orden social.*
- c) *Si en algo acierta, será porque, tal vez sin pretenderlo siquiera, aplicô la verdad de Jesucristo. Pero la pudo descubrir sin tanto esfuerzo y a costa de tantos males. La pudo aplicar evitando tan déplorables consecuencias. En todo caso, se pudo rectificar a tiempo. Mas era necesario acercarse a Jesucristo.*

IV. *Sôlo Cristo es el Salvador de la sociedad.*

A. *Como cabeza de la sociedad sobrenatural.*

- a) *Ante todo, por una razón muy profunda. Porque El es el fundamento y la misma cabeza de la sociedad sobrenatural, o Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia (cf. p. 856,b).*
- b) *Es cierto que se trata de una sociedad distinta de la civil; sus fines son distintos^ el bien común temporal y el bien sobrenatural^ Pero hay entre ellos una intima relación.*
- c) *Querer dar a tal diversidad un valor absoluto sería tanto como hacer una vivisección del hombre mismo: separar la razón de la fe, desvincular la ciencia humana de la teología y la moral. Y esto es imposible para un cristiano.*

B. *Iglesia y Estado se componen de los mismos miembros.*

- a) *Ni el cristiano, hijo adoptivo de Dios por la gracia de Jesucristo, puede concebirse despojado de sus valores y virtudes naturales.*
- b> *Ni es tampoco concebible el ciudadano puro, con una proyección meramente social y temporal, sin que su vida esté traspasada de valores religiosos y morales (cf. 868,g,i).*

- c) *Jesucristo es cabeza del Cuerpo Místico; pero el Cuerpo Místico, a su vez, es inserto en un cuerpo real y temporal, que es la sociedad civil. Y así Jesucristo es el fundamento último de la misma sociedad civil.*

Fines distintos, pero en íntima relación. Claramente sus fines son distintos. Pero aun siéndolo, existe entre ellos una íntima relación. El bien común temporal, fin propio de la sociedad humana, ni puede concebirse ni alcanzarse sin que tenga en cuenta el bien común sobrenatural (cf. p. 854,a y 857,e). Por el contrario, aquél es un medio necesario para éste. El bien común ha de ser tal que no impla el sobrenatural, sino que positivamente lo favorezca. Y el bien común sobrenatural es Jesucristo poseído por el entendimiento y por el amor, como ya hemos dicho. Jesucristo, por tanto, es también el fin último de la sociedad temporal.

La sociedad humana, sobre la piedra angular de Jesucristo.

- a) *Sobre Él se asienta, como sobre roca inmovible, la excelsa dignidad del hombre completo (cf. p. 858,g). Y el hombre completo está destinado a vivir en sociedad.*
- b) *La sociedad, pues, brota como de su fuente del mismo Dios, que ha creado también todo un orden objetivo, cuyo reflejo debe ser el orden establecido por los hombres.*
- c) *Jesucristo, fundamento de la sociedad entera, es la solución única para sus problemas. Fuente constante de paz y de concordia social (cf. p. 852.C, y 853.d). Alma de la verdadera civilización. Salvador de los hombres y de las sociedades.*

Jesús Salvador de la autoridad

- I. *La autoridad social y la autoridad divina. Con la encarnación de Jesucristo y con su doctrina, la autoridad civil quedó establecida sobre una base inmovible. Y, puesto que Jesucristo da a la autoridad su fuerza, y la autoridad es fundamento del orden social, a través de ella Jesucristo aparece de nuevo como piedra básica de la sociedad. Hasta llegar a Jesucristo, cuando se quería robustecer la autoridad, era necesario hacer un dios de quien la encarnaba. A partir de Jesucristo, si la autoridad no se funda sobre Dios*

mismo, corre otra vez el peligro de verse divinizada (cf. p. 847,11). Para un cristiano, la autoridad social es representante de la autoridad divina.

II. *Cômo Jesucristo salva la autoridad. En varios sentidos puede decirse que Jesucristo y su doctrina han salvado la autoridad.*

A. Por su origen. Ante todo, por su mismo origen. Podrá transmitirse o recibirse de modos distintos (cf. p. 855,a y b). Puede incluso adoptar formas diversas, todas ellas aceptables.

a) *La autoridad, delegada de Dios. Pero, si es auténtica autoridad, aquellos modos diversos de transmisión son tan sólo una forma de recibir delegada la propia autoridad de Dios (cf. p. 854,b). Tales formas, puramente contingentes, contienen en esencia la misma autoridad recibida de Dios.*

b) *Cuândo se prescinde de Dios, la autoridad solo puede tener su origen en los hombres (cf. p. 845,g).*

Bien porque se suponga que procede, por partes iguales, de cada uno de ellos, y entonces quien la ejerce es un puro representante o mandatario del pueblo.

2. Bien porque se suponga originada en un ente moral superior, la colectividad, que encarna en el mando político.

En el primer caso, la voluntad del pueblo—expresada a través de la mayoría—dará la norma ordenadora de la sociedad.

En el segundo, el arbitrio absoluto de quien gobierna.

5. Pero en ambos, la flaqueza y la maldad humanas, abandonadas a sus propias fuerzas, amenazan abocar en un desorden anárquico o en una insoportable tiranía (cf. p. 847,1 y 11, y 849,b y c).

c) *Sólo cuándo se admite que procede de Dios puede ser ejercida dignamente y dignamente obedecida (cf. p. 848,n).*

Porque entonces la autoridad y el pueblo que la obedece saben que hay unas normas superiores, dictadas por el mismo Dios, a las que una y otros deben atenerse (cf. p. 693,j).

2. Saben que la autoridad fué dada para el bien de la sociedad (cf. p. 693,k y 694,11).

Saben que es inseparable de la sociedad misma. Y que, por lo tanto, la sociedad misma debe ejercer sobre ella cierta vigilancia y contrapeso.

4. Saben que, si no se ejerce dignamente el mismo pueblo, en cuyo beneficio Dios la delega, podría retirarla (cf. p. 850,d, y 854,c).

B. Por su fin.

a) *Todos admiten que el fin de la autoridad es el bien común. Mas para algunos ese bien es puramente material. Es decir, para todos aquellos que, haciéndola independiente de Dios, ponen su origen en el hombre, su fin último es el mismo hombre, con la misma independencia de todo fin*

ulterior. Por tanto, el bien comùn, para éstos, queda reducido a las puras dimensiones temporales, sin referenda alguna al orden sobrenatural (cf. p. 847,k). Y como el fin es régla de las conductas, no hay contrapeso alguno que se oponga a su consecucion ni bien material alguno que no pueda ser alcanzado. De donde fâcilmente se caerà en el pecado y el desorden (cf. p. 844,c y d).

- b) *Sôlo cuando se ordena hacia Jesucristo puede ser establecido ese bien comùn temporal. En ese sentido, se afirma también que Jesucristo ha salvado la autoridad, por razôn de su fin, que es el bien comùn. Siendo completo en si mismo, el bien comùn temporal no es independiente del bien sobrenatural (cf. p. 854,a). Es mâs bien medio indispensable para alcanzarlo. A lo menos, no puede impedir su consecuciôn. De donde tiene algunos limitaciones, no solo en el propio àmbito al que se extiende su acciôn, sino en cuanto a los medios que puede utüizar para lograr sus fines (cf. p. 849,c y 850,f).*

III. *Jesucristo, origen y fin de la autoridad. Jesucristo, alfa y omega, principio y fin de todo. Sôlo cuando la autoridad reconoce a Jesucristo puede dar a la sociedad el orden y el bienestar.*

Jesûs, Salvador del trabajo

La salvaciôn en el campo del trabajo humano. Hay un campo en el que hoy se cumple la afirmaciôn del Apôstol (Act. 4,12) de modo impresionante: no nos ha sido dado otro nombre en el cual podamos salvarnos. Es el campo del trabajo humano. Jesucristo, piedra angular, ha sido rechazado por muchos que edifican en este terreno. Y el edificio sobre este fundamento levantado, por fuerza ha de ser inestable y se ha de venir abajo ante cualquier embate.

- A. *Jesucristo, rechazado por el llberalismo. Separado de Dios en su misma raiz, supone que en este como en otros aspectos exlsten leyes necesarlas, fatales, que regulan la vida econômica y social (cf. p. 863,11). En nombre de la libertad — para trabajar, para escoger trabajo, para contratar, etcétera—se le priva de toda posibilidad de defensa (cf. p. 863,1). Se considéra el trabajo como vil mercancia, con la que se opera en el mercado (cf. p. 863,k). El trabajador queda asi reducido a la condiclôn de proletario. Su situaciôn dlftere muy poco de la del esclavo (cf. p. 863,m y 864,n).*

B. Rechazado también por el marxismo.

- a) *La doctrina comunista. Diríase que el marxismo eleva el trabajo a una dignidad inigualable. En torno al trabajo se crea una verdadera mística cuasi-religiosa (cf. p. 64.a). Si han en pl comunismo un aspecto constructivo, es éste precisamente. Se trata de construir una nueva sociedad formada por trabajadores. Fin de esa sociedad es el bienestar colectivo, es decir, la riqueza producida con el trabajo de todos. Cada cual trabajará según su capacidad y recibirá según sus necesidades (cf. p. 864.b). El supremo valor en la sociedad marxista es el trabajo colectivo. Y como el hombre no se explica si no es en función de la sociedad (cf. p. 865.c), el supremo valor personal es también el trabajo. Trabajando, el hombre se hace a sí mismo, porque solo así contribuye al progreso de la sociedad, en la que únicamente su personalidad se explica.*
- b) *Su lógica consecuencia. La consecuencia es idéntica a la del liberalismo.*

La dictadura del proletariado. Porque mientras no desaparezean las clases y el marxismo se extienda por todas las naciones y se cree aquel «paraíso marxista»; mientras haya Estados capitalistas, enemigos del marxismo, éste habrá de mantener un Estado fuerte (cf. 865.e). Es el Estado de los trabajadores, la dictadura del proletariado. Será necesaria una férrea disciplina que estimule y ordene el esfuerzo de todos.

2. *El trabajo transformado en esclavitud. Cuando, superada esta etapa se lleve a la sociedad sin clases, sin Estados, sin fronteras, sin gobernantes y sin súbditos, formada por hombres nuevos, el trabajo será un placer sobrehumano. Entre tanto, hay que ponerlo al servicio del poder, en la lucha revolucionaria. Y como es necesario que ese poder sea superior a otros poderes, hay que trabajar más; hay que trabajar como y donde a cada uno le ordenen. Lo contrario sería traicionar a la causa misma del trabajo (cf. p. 865,d). Prácticamente se transforma en una odiosa esclavitud (cf. p. 865,f).*

II. *Tan sólo Jesucristo puede salvar el trabajo. En el Tiembre de Jesucristo, el trabajo se eleva a una altura a la que ninguna otra concepción que se aparte de Dios puede llegar (cf. p. 859.b). Trabajar en el nombre de Jesús puede significar varias cosas.*

- A. *Trabajar con la misma Intención de Jesucristo. Así el trabajo humano es no sólo un medio de perfección natural, que promueve el perfecto desarrollo de la personalidad humana y contribuye al bienestar de la sociedad, sino Incluso un medio de perfección sobrenatural (cf. p. 859.b y 860.C). No sólo constituye un servicio divino, como obediencia a la ley general (Gen. 3,19): «con el sudor de tu rostro comerás el pan» (cf. p. 860,d), sino*

incluso un medio propio y personal de cumplir la vocación personal, en la que se manifiesta de modo concreto el plan de Dios sobre cada hombre.

- B. Trabajar a imitación de Jesucristo. El mero hecho de ejercer una actividad, ya es un reflejo de la divinidad misma, que es actividad por esencia, o acto puro. Pasar de la potencia al acto es realizar una vida más llena y elevarse a una particular semejanza con Dios. Y como quien trabaja deja impresa en su obra una impronta de su propia personalidad (cf. p. 861,g), es también reflejo de la bondad y belleza divinas, que dejan impreso en todas las cosas un destello de su bondad y belleza infinitas. Todavía más: el trabajo del hombre—como causa segunda—completa y perfecciona la obra comenzada por la Causa Primera, o Causa de las causas. Dios, que creó las enormes riquezas y energías de la naturaleza, deja al hombre el cuidado de descubrirlas y explotarlas. Le entrega toda la tierra y, dotándole de unas potencias, le encomienda la sublime y divina tarea de llevar adelante la obra.
- C. Trabajar unido con Jesucristo. Por la gracia de Jesucristo, el trabajador queda unido con el mismo Dios (cf. p. 859.b). Si el propio Jesucristo quiso hacerse trabajador, fue precisamente para que el trabajador (cf. p. 850,0) quedara transformado en Jesucristo. Nadie como el trabajador cristiano puede decir con San Pablo: «Es Cristo quien vive en mí» (Gai. 2,20).

III. *El trabajo, valor supremo. Para el cristiano el trabajo es también, en cierto modo, el valor supremo. Pero no en sí mismo, sino en el nombre de Jesucristo. Incluso en lo que tiene de fatigoso y mortificante.*

- A. Instrumento redentor. Si, de una parte, es expiación del pecado (cf. p. 861,h), también mediante Jesucristo queda transformado en instrumento redentor, que completa lo que falta a la pasión de Jesucristo por la unión voluntaria a su sacrificio en la cruz.
- B. Instrumento de colaboración. El trabajo así considerado es medio eficazísimo de santificación: instrumento de colaboración social. Con él se construye el soporte temporal del Cuerpo Místico, y, elevado por la gracia, contribuye al desenvolvimiento del reino de Dios.

INDICE DE SAGRADA ESCRITURA

M					
	26,21-30	802, a.			
Deut.	28,47-48	73, 1.	Ale,	27,45	
Job	28,63	76, 3.			
	14,1-2	74, 2.			036> B; 816.
					790. a.
					608-610
	50,5	39, 3-4.			611: 66
	55,12	330, 4.	2,26		612, 9.
	69,3	631, 2.	2,27		612, 10.
	80,13	634, d.	2,28		612, 12.
	84,9	60, 1.	2,29		612, 13.
	88,15				613, 14.
	93,9				611?' i?; 038. a.
Prov.	134,13	802, a			jiyu *»■b!
EccJ.	19,17	320, 2.	2,35		614,20; 638. c.
Cant.		30.	2,36		
		804.	2,38		
Eccli.		705.	3,2		
	15,14-18	64, a.	3,3		476 ss.: 480 δ
	31,18	659.	3,4-5		
Is.	41,15	210.	3,5		478, e,
	9,6	791, b.	3,6		479.
	22,13	1.	3,10-11		478, 3.
	35,4-6	162, 2.	3,11		335. b.
	40,3	349,	9,26		637, D.
	40,3-5	478, c.	19,13		441, HJ.
	51,17	79, 3.0	21,25-33		22 ss.
Os.		38, 1.	21,25		24, 1.
Zach.	12,10		21,26		24, *2
Mt.	1,21	771 ; 787, a ; 822,			27 *2 - *ft - 4S.
		770?' B.	21,29-31		
	3,5	479, f.		27, 3.	
	3,6	479. f.	Io.		
	10,42	319, 1.	1,4		
	11,2-10	159, B	1,5		
	11,2	160-61.	1,16		177, 1
		it ik176. '.	1,19		
		203 '.			
			1,20		313. 1;
			1,21		313, 2
					314. 5
					314. 6
					349,
					315. 7
	191, c.				315, 8
	164. c.				n ^6,
	326, 2.				<<6. 9 ; 330
18,8	519, b.		3,16		
19,28			3,17		626, 3.
24,30			3,20		33.
					177, 2.0
					177. 3.0
	26, 3		3,30		178, e.
	263.		5,27		
	318, 1; 321. 4.		8,35		00' 3; 778.
			10,10		80, a.
			12,31		61. 2.

Lo.	14,6	773.			15.53	
	17.37	388, c.			16,1	31, 2; 47, b
	19.37	56, 2.			16,2	167, 2-3.
Act.	4,6-12	767 SS.	2 Cor.			168-69.
	20,28	61, 1.			5.5	
Rom.	1.24	61, 1.	GeJ.		5.21	
	2,4-5	40, 1.			2.20	
	4.25	785, B.			4,1-3	607, 1.
	5.1	785, C.	Hph.		4,5-7	607, 2.
	5,12 ss.	889.	Phil.		4.30	74, 2.0
	8,13	331, 2.			2.5	114.
	8,18	124.			4.4	309; 414, IV-V.
	13,11	19. 1; 78, a; 89, e; 119,; 135.			4,5	310, 4. 6.
	13,12	20. 2; 120.			4,6	310 ^T 5; 414; 440,
	13,14	21. 3; 114.	Col.		4,7	311, 7; 442, IV.
	15,3	157, 1.			3,4	134, V.
	15,4-13	157, A.	1 Thés.		3.14	547, y.
	15.4	158, e.			5 5-6	22, c.
	15.7	157, 2.			5,7	742.
	15.8 ss.	158, d.	Tit.		3,4	185, c; 789. B.
I Cor.	1,30	835, b.	Hebr.		10.7	834, b. 4
	4,1	472. 1; 557.	1 Petr.		1,18-19	61, 3.
	4.2	473.			5.3	356, b.
	4.3	473. 2.	1 lo.		1,18	328, b.
	4.5	473, 3.			2.2	61. 1.
	4,7	179. 2.			2,18	780, a.
	12,26	96. e.			3 2	86. b.
	13.4	380, c.			3,17	583.
	15,24	35.	Apoc.		3,20	72, E.
	15 26	34. 4.			6.6	75, 3.0
	15,45 ss.	889.			22,11	720, VI.

Absolutisme Cf. **Totalitarisme**.

Abnegaciôn: arma contra el egoísmo que impera en el mundo 885.

Abstencionismo: inadmisibile en nuestros días 233. f: 395. g; no cabe ante las exigencias de una reconstrucción social 98 d (cf. Acción).

Acciôn: clases de vida activa 421, C, 2; la vida contemplativa es más perfecta que la activa 421. C, 1; m lamen'os sino acciôn, es el precepto de la hora presente 89, d-e; 395, c-d; es tiempo de heroísmo y de combate por la fe 395, f; acciôn sin desanimarse ante los obstáculos 394, b; 312, f; las condiciones de la sociedad imponen nuevos deberes 103, e; ante las exigencias de la reconstrucción social no cabe la fuga ni la pereza, sino la lucha 98, d; se impone la lucha ante el estado catastrófico del mundo 242; no se puede permitir el descanso ni el temor ante las necesidades de hoy 396 h; hombres de acción y fortaleza de ánimo exigen los tiempos presentes 103, c-d; el hombre de acción ha de ser hombre de ideales 292, V; debe distinguirse por sus virtudes teologales, que son fuente de energía 292, VI: para tener éxito en la acción, conciencia tranquila, designio premeditado, voluntad «firme 225; el triunfo final de Cristo es seguro 212, e: recomendación de los ejercicios espirituales para el hombre de acción 293, F.

Acciôn Católica: ha contribuido a solidarizar más a los Cristianos entre sí y con la jerarquía 375, b-c; no desarrollía actividades estrictamente políticas 688, f; debe preocuparse preferente-mente de las clases humildes 238. h.

Adolescenda: cuidado especial de los educadores en la crisis de la adolescenda 705. n.

Adviento: su historia 17: su finalidad 48. B:

[Adviento]

carácter esencial 17, B; 156; 252; preparación de la venida de Cristo por medio del temor 73. a; tiempo de oración 117, A; tiempo de austeridad de vida 117, B: la esperanza es virtud peculiar del Adviento 254 V; la alegría en sus fórmulas litúrgicas 308: 410; el cristiano en el Adviento: tres figuras que debe imitar: Isaías, el Bautista, María Santísima 116; un programa de vida: «inducimini Christum» 18; la figura de María en la liturgia del Adviento 118. C: la lectura de la Sagrada Escritura es muy recomendable en este tiempo 254, VI (cf. Navidad).

Agricultura: muchos hombres viven de ella y no están exentos de las dificultades de la hora presente 308. i: 446. B, c: es muy grande el número de obreros agrícolas que viven en la Indigencia 236, b; tristes condiciones de vida de los obreros 540, d; los obreros agrícolas carecen de la esperanza de dejar de ser proletarios y participar de la propiedad de la tierra. con lo que su situación se hace insostenible 236. b; la especulación capitalista sobre los productos de la tierra arruina a los agricultores y agota a la economía nacional 381, f.

Alabanza: valor expiatorio de la alabanza a Dios 631; ante la alabanza de los hombres, humildad 362. B.

Alegría: sus motivos 440. II, B; la verdadera alegría tiene su raíz en Dios; 235. a; Cristo, único fundamento de la auténtica alegría 412; 440: alegría del mundo y alegría en Dios 308, II; 829. C: la esperanza, fuente de alegría 729. D: es fruto de la paz Interior 308: la limosna. fuente de alegría 414, V, C; alegría y temor. sentimientos que infunde la religión 667, A: la confianza en Dios y la oración, fuentes de alegría 413, III; la alegría en el sufrimiento 485. d: 714; 309. 3; recomendar

[Alegria]

- rias de la vida 440. H; alegria santa ante la muerte de las personas queridas 36, b; espiritu de alegria en el Advlento 308; 410: la recomendaci6n de San Pablo 308. II; San Pablo, modelo de alegria 412, 2 (cf. Gozo).
- Alma: es imagen de Dios y fundamento de la dignidad humana 384, b; si conoci6ramos su dignidad, otra seria nuestra conducta 354 b; no le dedicamos el tiempo necesario, preocupados con los negocios del mundo 348. c.
- Ambici6n: oasi6n universal 259. I, A; sus perniciosos efectos en las aimes espirituales 260, II: existe una ambi6n colectiva que daña a la caridad 260, III (cf. Codicia. Honores).
- Amor: se demuestra aceptando la voluntad del amado 737. C, a; el dolor, prueba del amor 737, C: amor y humildad 361, c; la alegria y la tristeza, efectos suyos 441. C: para conseguir que nos amen hay que amar antes 203. 4; el amor desprechado se convierte en odio y venganza 75. 3.º: toda la ley de Dios se encierra en el doble mandamiento del amor 131. C; amar a Dios y al pr6jimo, doble postulado de la realidad del Cuerpo mistico 436. IX.
- de Dios al hombre: su gran amor y nuestra correspondencia 522, C: fue el que le movi6 a encarnarse y redimirnos 203, d: Dios hace sufrir a quienes ama 514, E: 656: 617. b: si lo desmentamos, seremos castigados 715, 3".
- del hombre a Dios: no puede coexistir con el apego a las criaturas 568-9; tiene su complemento indispensable en el amor al pr6jimo 582. II. b: no debemos demostr6rselo en las tribulaciones 624: el temor le prepara el camino 73. a: temor y amor, dos caminos hacia Dios 639. B; su necesidad para el hombre de acci6n 292. D: impulso a la acci6n apost6lica 445. II-TII.
- al pr6jimo: es complemento indispensable del amor a Dios 582. II. b: 6quivala a procurar el bien de la eracla y caridad de Cristo 436. IX: debe llegar a compartir con el hermano hasta lo que nos es necesario 336; tenemos que amar al hermano para que Dios nos perdone 501. c; es la fuerza que impulse la acci6n anost6lica 523. B (cf. Caridad, Pr6jimo, Enemigos).

Apolog6tica: valor apolog6tico de la conducta de los verdaderos cat6licos 240, 9, h.

Ap6stol: necesidad de su perfecci6n para la eficacia de su obra 523, B; no debe arrogarse el fruto de su apostolado. que s6lo de Dios depende 471, 1-2; el Bautista, modelo de ap6stol 192, B; 258, I (cf. Apostolado, Sacerdote).

Apostolado: la obligaci6n de hacer apostolado 834, C; es una exigencia del amor a Cristo 245, II-III; es obligatorio para todos los cristianos por el hecho de serlo 420, C, c; Dios exige la cooperaci6n de unos hombres para ayudar a otros 491. 1: el falso celo anost6lico 267; los celos en el apostolado: el ejemplo de San Juan Bautista 161, 3; la falta de fruto no es motivo de desaliento 417, B, d; se ha de realizar en union y bajo las 6rdenes de la Iglesia 697, d; las obras apost6licas no nos eximen de cumplir el deber 579, B; debemos ser ambiciosos en nuestros anhelos apost6licos 417, III, b; para atraer a las aimes hay que mezclar lo serio con lo ameno y alegre: un ejemplo 409, XII: hemos de intensificarlo ante el trabajo incesante de los enemigos de Cristo 843: el silencio, la soledad y el recogimiento como preparaci6n y alimento de la vida apost6lica gustamos de la ostentaci6n y huimos el apostolado oscuro 665. b: la ambi6n de honores, polilla del apostolado 260. H; necesidad de la perfecci6n del ap6stol para que fructifique 523. B: un modelo de sacerdote ap6stol: San Juan B. de Rossi 555 (cf. Acci6n, Ap6stol).

Arrepentimiento: su necesidad para recibir el perd6n 518, B; 581. C, a; 828. b: todos nueden tener un verdadero arrepentimiento de sus pecados 527. c; nadie nos asegura que tendremos tiempo para arrepentirnos cuando nosotros queramos 217, b (cf. Conversi6n. Penitencia).

Asociaciones: es deber de todos promover las de patronos y obreros 544, p; es necesario estimular la creaci6n de asociaciones que defiendan los intereses de los obreros 689, d; el Estado debe fomentarlas 535, s; y tutelarlas durante su minoria de edad 753. III; porque ellas les proporcionan algunas comodidades en el presente y la

[Asociaciones]

esperanza de un honesto descenso 689, d; sólo pueden ser prohibidas por el Estado cuando de propósito lleven malos fines. Pero use el Estado mucha circunspección 689, e; es injusto y perturba gravemente el orden social avocar al Estado lo que ellas puedan realzar 688, a; el régimen liberal obstaculiza la formación de asociaciones obreras, con grave injusticia 689, c; deben tener a su cargo los negocios de menor importancia con libertad de acción 687, c; al preparar a sus obreros cristiana y técnicamente, ellas mismas defenderán sus Intereses y contribuirán a la restauración de la vida social 690. 1 (cf. Corporativismo).

Asunción de Marfa: la proclamación del dogma como testimonio de la cañolclad de la Iglesia y del poder espiritual del Papa 276, III.

Audacia: se mueve por la pasión que no es constante ni previosora 287, III; ira y audacia 288, V; comparación con la fortaleza 287, III.

Austeridad: su necesidad en la sociedad moderna 568; con qué espíritu debemos practicarla 371, 1-2; no se opone a la caridad 374, a-b; la verdadera austeridad gusta de permanecer olvidada 373. b; especialmente recomendada en el Adviento 117. B; es más eficaz la predicación del predicador austero y penitente 476. c; Juan Bautista, modelo 481, b. 371, A (cf. Mortificación, Penitencia).

Autoridad: es de origen divino 846, g; 847, 1-m; 901, A; 686, h; 138. III, B; es necesaria en la sociedad 854, b; 138, III, B; debe emplearse únicamente en servicio del bien común 901, B; 855, c; Dios le confía la misión de trabajar por el bien temporal del hombre como medio para el bien sobrenatural 854, a; hay que ejercerla paternalmente 686. h; pierde su fundamento cuando prescinde de su dependencia 847. 1-m; 846, g; 849, b; 901, C; cuando no tiene en cuenta las leyes de Dios, se olvida de su propio fin 693, k; no puede ordenar cualquier cosa a su antojo; todas las leyes deben dimanar de la eterna 692, e; hay que obedecerla a ejemplo de Cristo y los apóstoles 848. n; por qué hemos de obedecerla 672, b; cuando sus mandatos se oponen a la de Dios, cesa la obligación de obedecer-

[Autoridad]

la 854, c; 692; Cristo, principio y fin de la autoridad 900 (cf. Gobernantes).

Avaricia: Cf. Codicia.

Bautismo: por él entramos en la gran familia cristiana 420. II, a; no quita la concupiscencia 630. 3; no solemos ser consecuentes con lo que allí prometimos 77, 4.º; 355, a-b; con nuestros pecados profanamos todo lo santo que allí se nos dió; en el juicio se nos pedirá cuenta 77, 4.º

Bautista (San Juan): persona, virtudes, obra: lazo de unión entre el Antiguo y Nuevo Testamento 350, B; anunciado por los profetas 349; su santificación antes de nacer 352; su misión, unida a la de Cristo 258; su figura como profeta 191, c; su vocación comparada con la de otros profetas 476, 3; su embajada a Cristo: diversas interpretaciones 159, b; 262, I; 165, A; 175. A: sus tres testimonios sobre Cristo 311, a; su santidad: valoración y testimonio 351, C; grandeza de su figura 450, D; 255; perfección, dones y virtudes 256: 260, IV-V; 262, I; 287, I; 288, IV; 290, VIII; 293, VII; 421; su predicación 523 ss.; 476, 4; sentido episcopal de su predicación en pugna con la concepción judaica 477, 1; el gran fruto que conseguía se debía a su ejemplo 524. E; cómo cumplió lo que predicaba 476, c; penetración popular de su actuación, 479, f; sus enemigos 479, f.

—el Bautista, modelo: de humildad 313, 1. 316, 10: 175, a; 323; 429, T; 257, V; 190. 1; 346. A; de fidelidad a la vocación 436, XI; 440. IV, C; de austeridad 481. b; 371. A: de carácter 287, I; 288, VI; 290. VIII; de trabajo en silencio 260, IV; de sinceridad 447, I; en el desprecio de los bienes terrenales 192; modelo para el sacerdote 474, c; para el apóstol 192, B; 258. I; ejemplo de los predicadores 347, a; 314, 6.

—su bautismo: exposición teológica 509 ss.; 478. 4; comparación con el de Cristo 258, II-V.

Beneficencia: es misión de la Iglesia y de los cristianos, a ejemplo de Cristo 279; disposiciones de los concilios primitivos en torno a ella 279, 1-2 (cf. Misericordia, Caridad, Limosna).

Bénéficiés: econômicos: el capitalismo los asigna todos al capital, dejando al obrero desamparado 863, 11.

—de Dios: no es humildad desconocerlos, sino creerse indigno de ellos y agradecerlos 359, c; 429. II.

Bien comùn: en qué consiste 687. d; ha de ser colocado per encima del interés privado 232, e; fundamentalmente se ha de poner en la virtud, pero también exige un minimo de bienes materiales 535, q; su consecución y la misión de la autoridad 90I, B; 855, c; ordenar al bien común las actividades privadas es la misión del Estado 855, c; todos han de sacrificarse por el bien de los demás, pero especialmente quienes recibieron más bienes 530, b; 534, o; 535. r; la crisis de la sociedad exige una más eficaz cooperación de todos al bien común 533. 1: el pecado de quienes se aprovechan en beneficio propio de lo que está destinado al bien común 189, B; todos deben contribuir a él con el exacto cumplimiento de sus deberes 533. p; exige una más justa distribución de las riquezas 544, fi; 140, B; 134, n; exige el cumplimiento de los preceptos de la religión 537, d; no se podrá conseguir sin la obediencia de todas las leyes 718. c; la ley civil, garantía del bien común 738, II; pide que se promuevan las asociaciones de patronos y obreros 544, p.

Bienes materiales; su doble función: Individual y social. 530, a; 535, t; 140, A: cada hombre es depositario de los que recibe en beneficio de los demás 140, A; 170. 2; de tal manera han de poseerse que fácilmente se comuniquen al prójimo cuando éste los necesita 531, e; su distribución ha de acomodarse a las normas del bien común y de la justicia social 534, n; su justa distribución. más que su abundancia, crea el bienestar económico de los pueblos 534. m; todos los bienes que hemos recibido de Dios debemos, hacerlos fructificar para nuestro provecho y el de los demás 535. r; Dios no los ha repartido por igual para salvar al rico por sus limosnas y al pobre por la paciencia 322. 5: son caducos: no pongamos nuestro afecto en ellos 193. A: no merece la pena sufrir y fatigarse por ellos 30; así «

fBienes materiales

do los perdamos, hemos de dar gracias a Dios 623, F; nos sirven para conquistar el cielo 130. I: el Bautista, modelo en despreclarlos 192 (cf. Riquezas).

Bienestar: material: un minimo de bienestar es necesario para la práctica de la virtud 535, q; es condenable vivir en el lujo mientras hay tantas necesidades 533. k; cuando lo poseemos nos solemos olvidar de Dios, que nos lo dió 512, B: es causa con frecuencia de ruina para el alma 482, l; contribuye a que se hagan más inertes las pasiones 191, b.

—social: no consiste únicamente en una perfecta organización económica de la sociedad 234, c; más que en la abundancia de bienes está en su justa distribución 534, m; tanto más existirá cuanto mejor se guarde el orden jerárquico de las diversas asociaciones y la función supletiva del Estado 686, b; no es justo que una clase excluya a la otra de este bienestar 544, fi; fundamentalmente es el trabajo quien lo procura 535, q; 862, i; favorece mucho la práctica de la virtud 533, 11: el cumplimiento de la ley de Dios contribuye a enlazarlo 102, a; labor de la Iglesia en pro de su consecución 861, f (cf. Paz social, Orden social).

Capital: no todos los beneficios le pertenecen 685, d; no puede existir sin el trabajo; deben, pues, estar acordes 542, k.

Capitalisme: en la organización capitalists del trabajo se crean graves problemas de orden moral y se degrada al obrero 862, j; 864, n; se extiende mucho a la par de la industrialización 382. g; bajo capa de responsabilidad colectiva, comete terribles injusticias 380, c; la organización capitalista del trabajo degrada a la persona 237, f; funestas consecuencias 380, c; reclama para el capital todos los beneficios, dejando al obrero desamparado 863, 11; sus efectos perniciosos en la agricultura 381, f.

Carácter: su naturaleza y efectos 225. C; se fundamenta en convicciones hondas, no en sentimientos 422; carácter, terquedad e inconsistency 224, B; carácter y tenacidad 289. IV; for+ATA y rar+AT 287: gn

[Carácter]

qué consisto ser hambre de carácter 287; la fe es su fundamento y de ella recibe su pureza 289, IV, B; 243, g; su formación no se improvisa, es tarea larga y difícil 422; su formación, fin de la educación 289; su firmeza, elemento indispensable para el éxito 225; el cristianismo, escuela de caracteres 290, VI-VII; el hombre de carácter no teme enfrentarse con los poderosos: ejemplos 249; ascendiente y confianza que inspira el hombre de carácter 225, C; los santos, hombres de carácter 289, V; el mundo moderno necesita caracteres 291; las circunstancias presentes exigen hombres de carácter, capaces de confesar su fe con palabras y obras 241, a; la penitencia, como medio de formación del carácter 526, a; un modelo imitable: Juan Bautista 287, I; 288, VI; 290, VIII.

Caridad: es la principal de las virtudes 321, 4; las comprende y vivifica a todas 583. b; ápice de la perfección cristiana 659, c; a ella se reducen todos los (preceptos 546, t; su Intensidad es criterio para valorar la vida cristiana 280, III, B; signo distintivo de los cristianos 267, II; 162, 1; complemento indispensable de la penitencia 582; las omisiones contra ella y la sentencia del juicio final 131, 26, 3; se alegra de los bienes ajenos como si fueran propios 182, f; no es envidiosa 180, 2; hay que tenerla con todos sin limitaciones 280, BII, a; caritativos con los demás, austeros con nosotros mismos 374, a-b; motivos para sacrificarnos por el prójimo 157, c; su ausencia ha producido la terrible disgregación que padece la sociedad en todos los órdenes 233, g; dimensión internacional de la caridad 158, d.

—social: su misión es la solución de los males sociales 240, tf; efecto suyo ha de ser en gran parte la restauración social 95, c; cuando los obreros la experimentan, comprenden que la Iglesia está con ellos 683, b; es más importante aún que la justicia para solucionar el problema social 683, a; evite toda apariencia de protección envilecedora y toda ostentación 683, a; aliviar las miserias sociales no pertenece sólo a la caridad, que no debe encubrir

[Caridad social]

la violación de la justicia social 685, e; suplir las deficiencias sociales, y, no obstante, tiene la principal misión, porque sin ella es difícil cumplir la justicia social 141; su instauración, arma de lucha contra el comunismo 292, V, B; no debe sustituir a la justicia, pero es necesaria para asegurar su acción por medio del amor 547, y; antes de llegar a su campo hay que cumplir los preceptos de la justicia social 140, C; 546, t (cf. Amor, Misericordia, Jmosna).

Castigos: es privación de algún bien, pero no se puede llamar castigo cuando en beneficio de un bien superior hay que cortar satisfacciones inferiores 647, E; el castigo libremente aceptado le quita el carácter de pena (coactividad) para convertirlo en satisfacción 646, C; el castigo, prueba de amor 656, b; es necesario como mantenedor y restaurador del orden 65, 2; el que Dios de ordinario no nos castigue en esta vida no indica que se despreocupe de nosotros 38, 2; los que Dios nos envía son advertendas por nuestra mala conducta 513, C; diversas posturas del pecador ante los castigos de Dios 513, D; la humanidad se está volviendo insensible a los que Dios le envía; sintoma desgraciado 513, D.

Catolicismo: es combado porque exige y molesta 670, c (cf. Cristianismo, Iglesia).

Católicos: el comportamiento de algunos en sus relaciones sociales ha disminuido la fe entre los obreros 547, x; no son dignos de este nombre quienes olvidan la justicia y la caridad y no temen oprimir al obrero por el afán de lucro 684. b; muchos no han querido reconocer los derechos de los obreros proclamados por la Iglesia e incluso han impedido la difusión de la vnz de] Pana 547, x; las circunstancias presentes exigen hombres de carácter, capaces de confesar su fe con palabras y obras 241. a (cf. Cristianos).

Celos; existen y han existido siempre en la Iglesia, causando muy graves daños 267-68; celos y envidia 263, V; los celos en el apostolado: el ejemplo de Juan Bautista 161, 3.

Cielo: su belleza inenarrable 31. 1; lugar del gozo pleno 826, 2; 54, b; 441, E; paz y tranquilidad

[Cielo]

dad perfectae 45, 3; 47. b; tendremus alii mayor premio cuanto más hayamos sufrido en la tierra 624; cuanto importa alcanzar el mayor grado posible de gloria 87; allí alcanzará su perfección la vida divine en nosotros 8f; io perdemos por librarnos de un pequeño esfuerzo 28, A; pensar en el da alegría a la obra de la santificación 507. c; su pensamiento nos ayudará a luchar en este mundo 125, VI; 132, II; 53, a; el amor al cielo, motivo para hacer penitencia 524, D; el deseo ardiente del cielo engendrado por las tribulaciones 620: a él se llega por la senda única del sufrimiento 508, D; la limosna, camino para ir a él 319. 1.

Ciencia: es buena, pero debe ir acompañada por la humildad 337, b; por s. sola no puede responder a cuestiones fundamentales en la viua zôl, X. sin fundamentarse en la religion illegurâ e destruir la civilización 252 (cf. Civilización).

Circuncisión: el rito de la imposición del nombre 770, a; cuneión del significado de ruo con el del nombre impuesto a Cristo 790. a; 819. B; 829, A.

Ciudadanos: no pueden eximirse de sus deberes para con la sociedad 228, c; no pueden inruiirse de las actividades de su país y de su tiempo 233, f; corresponde a los más selectos unirse para trabajar y sacrificarse por una mejor situación social 89. d-e; deben prepararse para resolver los problèmes de la sociedad, sin esperar a que el Estado lo solucione todo «55, VI-VII; porque el orden social depende más de la cooperación de todos que de la acción del Estado 688. f; 686. a.

Civilización: su obra es facilitar el reinado de Cristo en la sociedad 443, b; civilización cristiana y civilización occidental 443-44; el cristianismo no es contrario a la civilización y al progreso 702, 11; acción civilizadora de la Iglesia 377. b; Influjo credente de la civilización cristiana 377. a: su progreso o retroceso están en relación directa con su adhesión a la idee cristiana 378. b: importancia del elemento religioso en el progreso de la civilización 252: Espefta es la putenda espiritual que puede encarnar la defensa de la civilización cristiana 563. B. a (cf. Ciencia).

Clases: enorme diferencia entre las dos clases 539, a; 540, b;

[Closes]

539, a; 540, b; tal diferencia no es querida por Dios 541, h; no es justo que una clase excluya a la otra de la participación de los beneficios sociales 544, fi; las enormes diferencias entre ellas demuestran que no se guardan ni la justicia ni la caridad 683, a; se disandaron a partir del siglo XIX merced a las nuevas ideas económicas y al adelanto de la industria 540, d.

—lucha de: la lucha de stases no es exigida por la naturaleza de la sociedad, antes bien ésta pide una mutua comprensión 542, k; no conduce a ningún resultado bueno, solamente engendre confusión y odios 542, k; 544, n; se promueve a; considerar el trabajo como una mercancía 862, k; una economía sin moral lleva a la lucha de clases 536. b; los remedios: la consideración de la hermandad de todos los hombres en Cristo 537, c.

Codicia: ha llegado a persuadir a muchos de la licitud de cualquier medio para defender y aumentar las riquezas 380, c-d; cause principal de la apostasia de la masa obrera 380, c; la oración, remedio para sus males 382, c (cf. Riquezas).

Colaboración social: es l'icicio negarla cuando lo exige el bien común 233, f; grave deber de colaborar a) ordenamiento social 242. f-g; 686. a: 688, f; es necesario la cooperación de todos para solucionar las presentes necesidades sociales 88. b-c.

Comunismo: sus postulados acerca del trabajo 903, B; ha construido en torno al trabajo un falso misticismo que halaga a las masas obreras 864, a; sostiene que la única finalidad de la sociedad es producir y gozar de los bienes producidos 864, b; 865, f; sus teorías sobre el Estado político 865, e; la religión, "oplo del pueblo" 866, h; degrada al obrero, considerándole como una pieza más en la máquina estatal 865, c-f; su apneza sobre la sociedad moderna 251; sus efectos serán el terrorismo y la disolución social 866, g; la economía liberal le preparó la adhesión de los obreros 239, d; una campaña contra él exige ideas claras, voluntades energicas, corazones amplios 563. B. 2-3; para luchar contra él no es bueno ponerse a la defensiva, sino instaurar la justicia y caridad, sociales 292, V, B;

IComunismo]

para oponerle un bloque espiritual hay que difundir el contenido social del Evangelio y de los Pontífices 563, III; la doctrina social de la Iglesia es la única que puede salvar al mundo del comunismo 241, i; colaboración de España en la lucha anticomunista 563, III.

Concupiscenda: aun borrado el pecado, no desaparece la concupiscenda 630, 3; no puede el hombre librarse de ella en esta vida 779, f-g; es más fuerte en quienes gozan de bienestar 191, b; las tribulaciones debilitan su fuerza 658, 2 (cf. Pasiones).

Conducta: debe responder a nuestros ideales 250, IX; oposición entre nuestra conducta y nuestra fe 83, C; debe ser tal que dé testimonio de Cristo 445, III; no suele ajustarse a lo que prometimos en el bautismo 77, 4.º; es necesario cambiar de conducta una vez se recibió el sacramento de la penitencia 828, b.

Confesión: tres condiciones: humilde, completa, sencilla 340 B (cf. Penitencia).

Confianza en Dios: es virtud distinta de la esperanza 730, I; sus fundamentos: nuestra debilidad y la paternidad divina 731, B; también la providencia amorosa de Dios 560, III; sus características y efectos 730; su fórmula: trabajar como si todo dependiera de nosotros; confiar como si todo dependiera de Dios 732, 2; 415, b, 4; hay que tenerla a pesar de los muchos pecados 497, c; es más, deben tenerla especialmente los pecadores, los débiles en la fe 732, III; el significado del nombre de Jesús, motivo de confianza 804.

Congregaciones religiosas: cf. Religiosos.

Conocimiento propio: necesidad y medios para adquirirlo 428; qué hemos de investigar para conocernos 354 ss.; 428, C; para alcanzarlo debemos examinar las raíces de nuestras caídas 344, A; 429, B; su dificultad 313, B; aunque el alma vaya adelantada en santidad, no lo descuide 358, b; 366, d; es el primer paso para la santidad 344, A; es esencial en la vida espiritual y nos preocupamos poco de adquirirlo 353, A; es la base de la sabiduría 338, A; 428, A; 353; es el mejor medio para adelantar en las virtudes 357, B; engendra la necesidad de orar 310, 7; nos impulsará a trabajar más por santificarnos al ver

[Conocimiento propio]

cuanto nos falta 339; nos ayuda a ser humildes 357, a; 362, b; 364-5; 430 B; 428, C; 429, B; 345, a; 338, A; nos impulsará a ser agradecidos a Dios al contemplar tantos beneficios suyos 357, b; medio para conocer a Dios 365, b; remedio para muchas faltas, especialmente contra la caridad 366, c; 4_8, C; es muy útil para, el buen uso de la autoridad 428, F; nos evita la presunción y el desaliento 365, a; 428, E; además de evitar caídas, engendra consuelo y suavidad 366, d; conociendo a Dios nos conocemos a nosotros, pues ante su grandeza resaltan nuestras miserias 359;

Contemplación; es más perfecta que la vida activa 421, C, 1; excelencias y necesidades de la vida contemplativa 746 (cf. Oración, Vida espiritual).

Contrición: comprende el arrepentimiento y el propósito 518, B; no es necesario que sea sensible 519, C (cf. Arrepentimiento, Penitencia).

Conversion: siempre espera la vuelta del pecador 492, 3; 499, c; los castigos que Dios nos envía y su gran misericordia en esperar, motivos para convertirnos 39; el recuerdo del juicio nos impulsará a convertirnos 50; 68; ha de ser radical, lo demás es temporizar con el mundo 663, d; el temor de Dios, camino de conversión 498, 2.º; ahora hay que realizarla, después será tarde; nadie nos asegura que tendremos tiempo 40 4; 42, d; 129, III; 217, b; falsas razones para dilatarla 497, 1; cuanto más se dilate se hará más difícil 80, 3; es una insensatez dejarla para la hora de la muerte 80, 2.

Corporativismo: hay que tender hacia una organización arménien y corporativa que regule la solidaridad entre patronos y obreros 230, i; la desaparición de las antiguas corporaciones ha creado graves problemas a la actuación del Estado 688, b; a ellas corresponde en primer lugar la organización del trabajo 690, g (cf. Asociaciones).

Costumbres: se resienten actualmente del amor al lujo y a las delicias 568, II; contribución de las costumbres cristianas al bienestar social 102, a; es necesario restaurarlas para lograr un nuevo orden social

Creación: qué es crear; es acto exclusivo de Dios 418, A, a; creación del hombre a 'magen y semejanza de Dios 883. III; <?risto, Salvador y reparador de toda la cieación 811, F; 876, c; 887, 891; por medio de ella conocemos las perfecciones de Dios 773.

Criaturas: son buenas: lo malo es usarlas indebidamente 484, c; siempre necesitan de Dios para existir v obrar 559. C, b; todas están ordenadas al hombre. para ayudarle a conseguir su fin 228, c; 617; Cristo nos enseñô a despreciarlas 516. B; son impedimento para nuestra unión con Dios 515 ss.: 568-9; 521, B; males que producen en el alma 516, C; Cristo, Salvador y reparador universal de toda la creación 811. F; 876. c; 887: 891; el hombre, criatura de Dios 418.

Cristianismo: la fe cristiana. ml-Jagro v escândalo 214. D: su naelmiento y desarroi!; dentro dei Imperio romano, prueba de la providencia de Dios 560. II; el ml'agro moral de su prooagación 214: mllagros v nrofecas. pruebas de su veracldad 205. a-c: los males oue padece la sociedad por haberse apartado de él son su mejor apologia 239, c: el mund-> vive de les reservas espiro'uales cristianas 377. a: su caráter social 139: la masa obrern se ha apartado de él a consecuencia del desenfreno de las pasiones, ospeclalmente de la codicia 380, c; el haber o rescindido de sus precentos como norma de vida familiar v social, causa de los males presentes 230. h: es formador dp hombres de caráter 290. VI-VTI; no es ajeno a la vida social ni contrario a la clvillzaclân v progreso 702. II; el cumnlamiento de sus obllgariones no incanacita ni lmide al cristiano mnvprse en les dlversas esteras de la vida social 702 11: lleva v aleg^e le vida nor medio de la esperanza 728. C (cf Cat Cristianos. iglesia. Religion, Vida cristiana).

Cristianos: dlgnldad del ser crls-tiano 355. a; 611: es'ân coloceds en un elevado cs'ado de perfección ontniôctca 154 e; toda su grandeza se deriva de su unión con Cristo oor le gracia 450. II: su alttsima vocaclôn 271. c: el cristiano. precursor de Cristo en la sociedad 449: 475. b: quienes creen en Cristo deben segulrle con todas sus consecuencias 835, b-c;

[Cristianos]

ban de reproducir en su vida el ejemplo y las doctrines de Cristo 782, b; 788, b; 295, III, A; ellos, que están obltgados a ser ejemplares, niegan a Cristo con su conducta 633, e; al no dar testimonio de Cristo con sus vidas, son causa de grandes males 295, III, B; debe asemejarse a Cristo contradecldo 614; su obligación de acrecentar su vida esplrital 420, C, b; la caridad es su sefial distintiva 162, 1: 267, II: su lema: hacer el bien a ejemplo de Cristo 280. III; tienen necesidad de las persecuciones 632; el cristiano perseguido debe responder a sus nerseguidores orando por ellos 634; el verdadero cristiano, objeto de escândalo 269, III: su vida, concebda como una lucha nor imprimlr la imagen de Cristo en las a'rnas. será Humlnada por la esperanza hasta la hora de la muerte 734. III: sus motivos esociales pare ser puros 719, IV. B: cómo cumplen las promesas que hicieron en el beutismo. e-b: deben distinguirse por su en^ereza y esperanza en las tribulaciones 620. e: su obligación de apostolado 420, C, c; tienen el deber de defender a la Iglesia 698. e; todos sin excepción tienen que cooperar al incremento de le Iglesia como miembros suyos 699. a; deben intensificar su acción al ver cómo trabajan los enemlgos de Cristo 843: su grave ob'îgaclôn de colaborar al ordenemiento de la sociedad 242. f-g; no pueden nermltirse el descanso ente Jas necesldades dei mundo 396 h; ni encerrarse en un cómodo ajslaclonismo ante las •""resentes necesldades sociales 88. b-c (cf. CatôJicos).

Cristo: su persona: su generación eterna 882, II: imagen consus'enclal con el Padre 883, B; su dlvlndad 272; derpostrada por los mllagros v las orofecclas 200. 1-2: Cristo. ho^bre perfecto: equilibrlo total de sus fncultedes 273: noseîa un aneti'o sensitivo ademâs de la voluntad raclnal 645: bellpza de la humanidad de Cristo 792. D: es el Mesias anuncledo en el Antlguo Testamento 156 e: el CHsto-Mlto de |r>s racmnallstas 565. C: Ns nombres de Cristo: Verbo, Hijo, Salvador: relación entre ellos 882: comoaración del nombre "Cristo" con el de "Jesûs" 772, 3: su vida, anunciada por los profetas 162, 2: expectaclôn histôrlce ante su

[Crteto: su persona]

venida a la tierra 836, A; sus très venides: encarnación, inhabitación, julclo 50, A; 132, 133: su vida publica: situación hislôrica 474. a; pasô su vide, haciendo bien y los hombres le pagaron con la Ingrati Lud 213; Cabeza de su Cuerpo mistlco 420 II; Esposo de la Iglesia 177, 3.º; su unlôn intima con ella 697, c; fundô la Iglesia y le confiriô su propia misiôn 697, b.

—Cristo Redentor: Cristo, único redentor y Salvador 767; 787, a; 789, B; 822, A; 797, B; 807 ss.; 812, A-B; 819, A; 821; 830, C; 837; 875; 893; 898; mediador único entre Dios y el hombre 778, d; 785, B-C; 789, B; 814. b; 891, III; 893; 895; etapas de su obra redentora: Antiguo Testamento Nuevo y Parusia 21, 1; contraposición entre Jesús Salvador y el hombre pecador 821; comparación entre Cristo y Adân 782; 838, b; 889; Cristo, nuevo Adân Salvador: doctrina de San Pablo 889; la acción redentora fué más abundante y más universal que la caída de Adân 840, C: con su sacrificio pagô por nosotros la deuda que teníamos con Dios 629, 2; su doble oblación al Padre 640: Salvador y reparador de todos îles hombres 811, F; 876, c; 891; 887; 56. 3; 385, g; doctrina de San Pablo 888. C: su acción redentora se extendiô también a los ângeles 791; se inicia en la Encarnación y se consuma en el Calvario 678. a: voluntariedad de su entrega 640; cualquier acto suyo pudo bastar para salvarnos, pero escogiô el dolor 679, a: 831; 834, b; el fin de la redención fué sanar los efectos del pecado 624, a: le obra de la redención se consumará en el clelo 898. VII; el julclo universal será el momento de su triunfo definitivo 87; 62; nos liberta de la servidumbre del demonlo 61. 2; aceptô sufrir por obediencia y amor al Padre, pero libremente 615: en qué sentldo quería Dios los Îjadecimientos de Cristo 645; a a parte sensitiva de Cristo repugnaban los sufrimientos. pero su voluntad los aceptô gozosa 645; sus sufrimientos deben «lnternos en nuestras mortlflcaciones 403; nuestra cooperación al sacrificio de Cristo 630; Cristo contlnûa satisfaciendo por nuestros pecados 839, b; salvación para unos.

LCristo Redentor]

ruina para oiros 613, 19; 638; 667; vino al mundo para sanar los efectos del pecado 624. a; bajô del cielo para que nosotros pudiéramos subir a él 625, 1; se encarnô para poder morir por nosotros 628; nos reconcilia con el Padre 61, 1; su redención le constituye en juez universal 56, 3; Cristo, vencedor de la muerte, de la cual nos salvô 812-13; 876 B-C; 895; 87; con su muerte nos ganô la inmortalidad 625, 2; 34, 4; Cristo, vencedor del demonio 815, c; 891; nos librô de la servidumbre que produce el pecado 61; para que se nos apliquen los frutos de la redención es necesaria nuestra cooperación 892, IV; 894, II; 897, VI; quiénes no se aprovechan de su redención: los que o no le conocen, o no creen en El, o no le siguen 834, C; la Iglesia es depositaria de sus méritos 780, h; Mar a, Corredentora 609.

—Cristo Juez: es Juez sapientísimo 56, 1; Juez en cuanto Rey 82; juez en cuanto hombre: motivos 55; juez de toda la naturaleza 56, 3; cuando venga a castigar será irresistible; corrijámonos antes 49, D; nos juzgará quien conoce experimentalmente nuestras flaquezas 67; puede usar de la justicia o de la misericordia; de nosotros depende 879, IV; quienes ahora le reciban poire y humilde serán recibid|Os por Él el dia del juicio 118, III; solamente con una cosa se le puede sobornar 487-88; la última venida de Cristo 24; comparación de sus dos venidas 37, a; su venida gloriosa en desquite de su ignominiosa pasión 56, 2; para prevenirnos a su venida vigilemos 80, 1; apoteosis de su triunfo en el juicio final 57, c; 125, V.

—Cristo Sacerdote: Cristo, Rey y Sacerdote para nuestra salvación 618, d; Sacerdote y víctima 609; se ofreciô a si mismo porque El era la única víctima pura 628, d.

—Cristo Rey: Cristo superior a todos los reyes de la tierra 842, c; Rey y Sacerdote para nuestra salvación 628, d; el haber sido redimidos por Cristo nos somete a su imperio 56. 3; por ser Rey es también Juez 82; plenitud de sus poderes: su actuación en el juicio final 26. 3; en el relno de Cristo es ley fundamental servir a la verdad y a la caridad 387. b; su rtd-

(Cristo Roy]

nado en la familia 379; su reinado en la sociedad 442, 379; reforma social necesaria para que este reinado sea efectivo 539; el reinado de Cristo en la vida privada y pública traerá la paz 378, cl

—Cristo en la vida del hombre: centro de toda la vida espiritual 574(A-B : su comunicación vital con los hombres por medio de la gracia 878, II; 890, D; 199. b; 52, a; 85, a; nuestra asimilación con Cristo 115; “Revestirse de Jesucristo” 21. 3; lo es todo para nosotros 29, c; salvación única del hombre 807 ss.; 878; única luz; fuera de El todo son tinieblas 133. 1: 32, 1; es la vida; quien no está con El, está muerto 776, e; 32, 1; 133, II; Cristo y la Verdad 775, c; 777. a: 894; 134, III; único camino para la verdad 773; 775, b; consolador de todo mal 611, 8; único fundamento de la auténtica alegría 412; 440; médico del cuerpo y del alma 798, C; 807-8; está representado en los pobres; cuanto hacemos con ellos, con Cristo lo hacemos 446, B: 42; 69, A; 349. b; 130, I, B; habiendo vivido la pobreza, tiene predilección por los pobres 396, a: Cristo, evangelizador de los pobres 163, 3: 282, I; 282; los ricos y Cristo 284, I; también se ha quedado con nosotros en la persona de los superiores 349 b: necesidad de dar testimonio de El con nuestra conducta 445, III; quienes creen en El deben seguirle con todas sus consecuencias 835, b-c; cuán pocos le siguen 509, E: es inadmisibles la fórmula: “Dios, sí; Cristo, no” 782. c; quien no está con El, está contra El 780, a; 698. f; los que de verdad le siguen sufrirán tribulaciones 485, d; 678, e; para seguirle es imprescindible la penitencia 573; 816; su programa, opuesto a nuestras inclinaciones; hemos de negarnos para estar con El 636; quien cuenta con su ayuda, nada tiene que temer 434, IV, B; la fe en El nos hará libres 608; quien le abandona para verse libre, cae en la esclavitud del error 99, b.

—Cristo, modelo del hombre: modelo de humildad 325-26: 429, B; 184. B; 660; 833. a; 838, b; de paciencia 348, a; de obediencia 717; de sumisión a la autoridad 848, n; de pobreza 282, HT; en aceptar las humillaciones

[Cristo, modelo]

nes 665, a; en su humillación al encarnarse 51, b; en la mortificación de las pasiones 831. D; en desprenderse a las criaturas 516, B; siempre antes de enseñar nos da ejemplo 332, a; 430. V.

—Cristo en la sociedad: es el centro de la historia del mundo 560: Cristo, ayer, hoy y siempre 133; es el gran desconocido para la sociedad 445; su influencia social histórica 840, D; Salvador del bienestar social de los pueblos 885 Cristo y el pueblo sencillo 283. VI-VII; lazo de unión entre los pueblos 157. B; el haberse apartado la sociedad de El le ha traído muchos males 843-48 ss.: 899, III; 98. a; 230. h: es el remedio único de los males sociales 843-48; 851-53: 989: 233, a: 240. e: sus precursores en la sociedad: los cristianos 449: principio y fin de la autoridad 900: dignificador del trabajo 859. b-d; su persona y su doctrina como solución a los problemas del mundo del trabajo 902. Cristo, objeto de escándalo 268: 163-4; señal de contradicción 734: 474, c: 614: 667 ss.; la lucha contra El continúa contra su Iglesia 696, a.

Criterios: es necesaria una sana amplitud de criterios 477. c: esto es necesario para, comprender a los demás 194.

Cruz; todos, ricos y pobres, tienen que llevar la suya si quieren salvarse 508 D; nunca caeremos de ella: llevémosle en silencio y gozosos 677. a; todos la llevan como deben 509, cada uno tiene que llevar su cruz; pero Dios se la manda apropiada a sus fuerzas 816 (cf. Tribulaciones).

de Cristo: comparación entre la cruz y el árbol del paraíso 783, C; señal de contradicción: locura y derrota para el mundo. mérito ante Dios 25: será una acusación, en el juicio final, contra los que no se aprovecharon de la redención 25; su poder admirable: es la señal del triunfo de Cristo 25: bienes que nos trae la contemplación de la cruz de Cristo 818.

Cuerpo: nuestro cuerpo es deleznable, polvo 354, a; se purifica con la oración y mortificación 649, c; no estamos en esta vida para dar contento al cuerpo 482. 1; su glorificación en el juicio final 125, III.

—glorioso: sus dotes 44: su hermosura no admite parangón en la tierra 35, 5; resurrección del

[Cuerpo glorioso]

cuerpo glorioso (cf. Resurrección).

Cuerpo místico: Cristo, Cabeza 420. II: somos miembros de Jesucristo 419; 774. a: la Iglesia, Cuerpo de Cristo 278, D; 696, a; 697. c: concepción paulina 435, VII-VIII; miembros vivos y miembros muertos 420. II, B; diversos grados de vida en sus miembros 420. C; cada uno de sus miembros tiene una doble conexión: con Cristo. Cabeza, y con los hombres 435. VIII-IX; este dogma es fundamento de nuestra futura resurrección 43, b; cada miembro tiene asignada por Dios una misión especial 386, I; 451, a; hemos de ayudarnos mutuamente 182, f; la envidia rompe esta unión y comunicación de bienes 182, f; 266 II, B; la integración de todos los hombres en Cristo debe evitar toda disensión entre ellos 158, d; cada miembro es instrumento para aumentar en los demás la vida 435. VIII: la sociabilidad humana y el Cuerpo místico 140, IV; la conciencia de esta unión de todos los hombres en Cristo debe solucionar los roces en el mundo del trabajo 96 e: el conocimiento de esta realidad puede contribuir eficazmente a la reforma social 547, v; necesidad que tienen sus miembros. por el hecho de serlo de la penitencia corporal 576, C: todos los que sufren por la fe. están unidos con Cristo - Obediente, que también sufrió 633. b.

Cuestión social: su gravedad 97, a; su estado actual es un gran pecado de la sociedad moderna 294. I; no es sólo cuestión económica. sino principalmente moral y religiosa 90, c: su punto neurálgico es el problema obrero 238, g: su solución es difícil, pero urgente 393, d; es el problema que más preocupa en nuestros tiempos 393, e; si no se resuelve prontamente, será imposible garantizar la paz y evitar la revolución 394, f; para solucionarlo tiene aún más importancia la caridad que la justicia 683, a; la Iglesia no puede permanecer indiferente ante ella 393. b; la Iglesia convoca a sus hijos más fieles dispuestos al sacrificio a una cruzada para solucionarla 394. g; los obreros cristianos, con su conducta recta y bien unidos, pueden cooperar a solucionarla 684, c; función suple-

[Cuestión social]

toria del Estado en su solución: textos pontificios

Loeber: es difícil cumplirlo por la oposición de las pasiones 578, II; contribución al bien común mediante el exacto cumplimiento del deber 535, p; no se puede abandonar ni aun con pretexto de piedad o apostolado 579, B; en su cumplimiento consiste la penitencia que Dios nos exige 577; el cumplimiento fiel del deber en las revelaciones de María Santísima en Fátima: una carta de Lucía 578.

Demonio: por el pecado quedamos sometidos a él 60, 2; pero Cristo, con su muerte, nos libra de sus manos; la victoria de Cristo sobre él 815. c; 891; cuáles son sus pompas 77, 4°.

Derecho: natural: ha de ser el fundamento de toda ley positiva 846. g; 854, c; la sociedad no puede privar al hombre de sus derechos naturales ni hacerle imposible su uso 228, c; el sujeto de derecho es el hombre, no en su naturaleza ípura, sino sobrenaturalizada 232, c: el cumplimiento de sus leyes. remedio para los males de la sociedad moderna 815, a. —internacional: está en crisis por la desconfianza e infidelidad en las relaciones internacionales 390. i (cf. Ordenamiento jurídico, Positivismo jurídico)

Dios: sus misterios 215, 1; cómo por la creación conocemos su naturaleza 773; a El sólo podemos llegar por el conocimiento y el amor 703, o; su omnisciencia y omnipresencia 492. 3; su infalibilidad, 799, a; 881 A-B; su omnipresencia, motivo de temor para el pecador y de alegría para el justo 349, e; nos dió el ser y nos lo conserva 418, A, b; siempre es bueno, aun cuando castiga 617; sus designios no fallen 27, 3; no se despreocupa de sus criaturas 559. I, C; su voluntad salvifica universal 385, g; 581, A; 38, 2; desea salvar y no condenar al pecador 618, c; odia al pecado, pero ama al pecador 492. 4; aunque calla, ve y odia el pecado 39, 3: su silencio actual no es signo de despreocupación; observa las obras humanas para premiarlas o castigarlas 37; se porta con el pecador como juez. médico y maestro 618, c; diversos modos que tiene para llamar al pecador 512, A; pretender luchar contra Él es una insensatez 74, 4°; ventajas. de

[Dios]

tenerlo por amigo y perjuicios que ecarrea su enecnistad 621; por pequefios trabajos paga abundantemente 29, b; su imperio es suave v alegre 76. 2.º; los que no quieren someterse e. v se someterân a la fuerza a vugos mâs pesados 76. 1.º, 3.º; i)ios providente, cf. Providenda; Dios creador, cf. Creaciôn; Dios mlsericordioso. cf. Misericordia; Dios juez, cf. Cristo .Inez, Justicia; Dios y êl aima, cf. Cniôn; amor de Dios, cf. Amor.

Dol r: es camlno de santidad 738, III; sus bienes 738; como satisfacciôn y tributo a Dios 737, b; su valor purificador del aima 737, B; nos conduce a Dios 675, A; como penitencia 737, c; prueba dei emor 737, C; nos descubre le verdadera realidad de la vida 677, d; so-luclôn cristiana al nroblema del dolor 736: diferentes posturas del hombre ante él 413, II; su remedio no estâ en la sabiduriâ estolca, sino en la ategria del que posée a Cristo 413, a-b; Cristo lo escoedô oara salvarnos 679; iambién repugnabe a Cristo, pero lo aceo'ô goz'-so 645: en lusal de quejarse de él es preferible pedlr a Dios fuerzas v resignaclôn 107, IV: los siete dolores de Maria, cf. Maria.

conomfa: la reacciôn contra el libéralisme econômico ha lle-vado al paternalisme lâboral 756: la sltuaciôn econômica moderna se caracteriza oor la acumulaciôn de riquezas en manos de unes pocos 541, f; tal concen'raclôn de riquezas produce graves conflictos 541, g; el deseoullibrlo econômico causa grandes males en la sociedad moderna 852. a; la competenda econômica no moderada ha producido las enormes riquezas de algunas y la miseria de muchos 541, f; todo el campo econômico quedô invadido por los principios dei canita'ismo 382, g; su organizadôn moderna embnta las conciendas 380. c; la dismlnuciôn de les responsabilidades indivlduâles en el cemno économié© bajo la capa de sociedades enônimas h<ice come'pr terribles iniustlcias 380. c; segûn el cornunismo. la actividad econômica es la ûnica flnalidad de la sociedad 864 b: 865, f: se en?afiamn quienes croveron eue el blenestar de la sociedad es'aba ûnicamente en una perfecta organizaclôn eco-nômJra. 23*1. c. no une

[Economia]

ley econômica que condene fatalmente a los obreros a la pobreza 685, d; debe darse a los obreros una perte de responsabilidad en le economia naclo-nal 230, i; 536, t; es problema urgente el aumen'o de la producciôn y su recta dlstribuciôn 544, o; la rlqueza econômica de un pueblo no estâ tanto en la abundanda de blenes como en su justa distrlbudôn 534, m: la conexlôn v solidaridad son necesarias para un orden econômico mâs jusfo 230. i; todo el orden econômico debe ester informado por la justicia social 101, e: aumentará la actividad econômica con la Implantaciôn de la justicia social 545. a: le justicia social traerâ un adivo desarrollo econômico en la tranquilidad y en el orden 100. d; necesidad de que en el orden econômico pénétre el amor crls-tiann 545. r: oara dirimr la vida econômica, lo ûnico eficaz son las normas de la justicia social v de la caridad 545, rr; el orden econômico debe aiustarse a la moral 229. d; los problemas econômicos no se pueden resolver pres'indiendo de los morales v religiosos 90. c: una economia sin 'moral nroduce las desidialdades sociales, con la c^nsiguiente lucha de clases 536. b; una organizaclôn econômica sin freno moral termina en la explotaciôn de la persona humana y en graves conflictos sociales 234. d; 536. b (cf. Precios, Mercado).

Educaciôn: su fin: formar al hombre de carâcter 289; es principalmente sobrenatural 701. i-k; abarca todos los aspectos de la vida del hombre nara conformarle con Cristo 702. l; su-jet© de la educaciôn es el hombre caido v redimido 334. d; debe corregir desviaciones y fomentar impulsos sanos 703. fi: ha de nroteger al educando en las crisis y habituarlo desde el primer momento e servir a Dios 703. n: necesidad de la gracia en la tarea educative 703. fi: la educaciôn cristiana no incanacita ni inmide al crls-tiano moverse en las diverses esteras de la vida social, antes le nrepara para ello 702. ll: los padres snn los nue primaria y fundamentalmente t'enen el deber y el derecho 700 ss.: hoy es*e gravtsimo deber de los nâ-dres estâ muy desculdado por fiel*a de prepara^idn 701. h: aunque es eu misiôn mâs ele-

[Educación]

- vo de la familia se extiende a la educación moral tanto como a la física y civil 703, m; no deben los padres confluír totalmente la educación de sus hijos a personas ajenas 752, c; la esperanza del padre cristiano en la educación de sus hijos 750; el estímulo de la emulación en la tarea educativa 263. V.
- Egoísmo: es el gran pecado de nuestros días; sus funestas consecuencias 91, d: males que acarrea a la sociedad y su remedio 885: desquicia el orden moral de las naciones 885, B.
- Ejemplo: mueve a la virtud y sostiene en ella 290. VI-VII: su valor apologético 240, g-h; procuremos imitar los buenos ejemplos y olvidar los malos 496. 2.º: Cristo enseñó artes con su ejemplo que con su palabra 332, a; 430, V: eficacia de la conduce ejemplar del predicador 524, E.
- Ejercicios espirituales; recomendados por los Papas para los hombres de acción 293. F: principio y fundamento: el hombre, criatura de Dios 418: esencia esencial para hacer la elección: el principio y fundamento 437; los tres tiempos de la elección de estado según San Ignacio: ejemplos 401: los tres grados de humildad 431.
- Elección de estado: regla esencial para hacerla: el principio y fundamento ignacianos 437; los tres tiempos de la elección según San Ignacio: ejemplos 401; necesidad de acudir a la oración 438. C: intervención de la prudencia 439. III; si se ve-rra, durante toda la vida se experimentan sus efectos 401, II.
- Emulación: definición 188, A: naturaleza y comparación con la envidia 263. V; envidia y emulación 179, a: su es'fmulo en la tarea educativa 263, V (cf. Envidia).
- Encarnación: es una exaltación de la naturaleza humana 51: su imposibilidad 199. a: sus motivos 202. b: 185. d: Cristo se humilia al encarnarse porque el hombre había pecado por orgullo 51, b: Cristo se encarnó para poder morir por el hombre 628: Cristo humillado al encarnarse 833, a: 838 b: sus frutos 201, B.
- Endurecimiento de conciencia: su proceso y características 79, 3.º: Dios lo permite en castigo del pecado 79. 3.º: 129. B; su causa psicológica 79. 3; puede ser efecto de la falta de pro-

[Endurecimiento de conciencia]

- ipósito en las confesiones 518, A; el confiarnos al ver que Dios no nos castiga puede endurecer la conciencia 673.
- Enfermedad: Dios lo permite en unos para que otros se ejerciten en la caridad 281, c; es un medio de satisfacer por los pecados, de conocer la vanidad del mundo y de honrar a Dios sometándose a su voluntad 712; no desprecien los enfermos su tesoro de sufrimientos: aplíquelos por la Iglesia 161, 3: oración de Pascal pare pedir a Dios el buen uso de la enfermedad 712 (cf. Tribulaciones).
- Entrega a Dios; todo lo nuestro es de Dios: entreguémonos 677, b; Dios nos pide la total entrega de nuestra voluntad 648, B; nuestra perfecta obediencia a Dios en agradecimiento 641; la entrega a Dios no consiste en simples prácticas piadosas, sino en el sacrificio propio 662. b.
- Envidia: naturaleza 179, a: 189; 262: definición y clases 179, a; 188 A; 262, III; envidia y emulación 179, a; celo. emulación y envidia: diferencias y puntos de contacto 263, V; es un desorden contra la caridad y la misericordia 263, IV: vicio universal 262, II; es pecado mortal "ex genere suo" 189, B: descripción psicológica del envidioso 265. B; hija de la soberbia y madre de otros pecados 189, B; 180. b-c; se manifiesta especialmente entre quienes están próximos 263, VI; indica un corazón mezquino 265, C; posición despreciable 265. A: su modo de actuar 266, III, B: se manifiesta desde la más tierna edad y acompaña siempre al hombre 262. TH; vicio castigado por Dios 264. VU: sus efectos 265; 181, d: 266. III, A: sus perniciosos efectos: ejemplos 190, C: 266 III, A: sus graves consecuencias 263. IV: rompe la unidad y comunicación de bienes entre los que formamos un cuerpo 182. f: 266, II, B: el envidioso consiente en sufrir con tal de que el próximo no goce 245 II: los castigos de los envidiosos 244: remedios 190, C; 180, c: 264, VIII; 267, IV (cf. Emulación).
- Escándalo: siempre es malo, pero no es así el que el hombre cristiano 633, c; escándalo "pusillorum" y escándalo farisaico 268. I: hemos de evitar incluso el escándalo "pusillorum" 157, 2; quienes se escandalizan del bien: la envidia, la hipocresía, la soberbia 164; Cristo, objeto

IKscândalol

de escândalo 268; 163, 4; 267 ss.; la Iglesia y los cristianos, objeto de escândalo 269.

Escritura sagrada: ha sido dada para nuestro provecho espiritual 253. H; su doctrina sobre el suirimiento 158, e; le esperanza en la Sagrada Escritura 158, e; 252, III; 253; su exhortación constante a la penitencia 573, I.

Espana: España es una patria: sus características 561, I; su vocación en la historia 561; 404; es por tradición una nación civilizadora, evangelizadora y misionera 562, b; el motor de su vida es la religión con las características de universalidad, solidez doctrinal, adhesión al Pontífice, sentido de organización 562, b; nación organizada en lo social; ejemplar: Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola 562, c; su vitalismo creciente actual 563, C; está llamada a prestar grandes servicios a la civilización y a la Iglesia 564, c, 2; es la potencia espiritual que puede racimar la defensa de la civilización cristiana 563, B, a; su deber de colaboración en la lucha contra el comunismo 563, III.

Esperanza: virtud teológica: su objeto 729, B; es distinta de la confianza 730, I; se fundamenta en la fe y florece en obras de caridad 611; 729, C; se alimenta con la palabra divina, la oración y los sacramentos 730, B; es necesaria para la vida: sus características y efectos 728; 733; su necesidad para el hombre de acción 292, B-C; es un error pensar que al hacernos mirar al cielo nos quita en esta vida el estímulo para el trabajo y progreso 733, I; fuente de alegría 729, D; garantía de paz interior 730, b; abandonada contra el comunismo, necesita para su lucha hombres de fe y oración 564, c; garantía de paz interior 730, b; la esperanza en la Sagrada Escritura 253: 158, e; 252, III: la esperanza del padre cristiano en la educación de sus hijos 750.

Espiritu Santo: su acción en nosotros 34, 3; nos consigue la filiación divina 607; mueve a Luminar al alma 608-9; prenda de resurrección 34, 3.

Epístola: no es lo mismo que patria 561, I, a; teoría comunista sobre el Estado 865, e; errores; el Estado como suprema categoría en el orden moral, jurídico y material 849, c; 850, f; es errónea toda doctrina que lo

I Estado I

consuere como entidad absoluta exenta de control moral 695, ü; no de tener una moral, la cristiana, y defenderla 139, III, C; como tal debe tributar culto a Dios 139, F; su prosperidad debe estar apoyada por el orden que nace del cumplimiento de la ley de Dios 536, a; cuando no tiene en cuenta las leyes de Dios se desvía de su propio bien 693, k; debe proporcionar a los ciudadanos medios para vivir según las leyes de Dios 693, k; solamente un Estado que tenga en cuenta los derechos de Dios puede lograr la adhesión de la parte mejor del pueblo 850, d; su misión es "dirigir, vigilar, urgir y castigar" 687, c; tiene el deber de tutelar el orden jurídico, social y económico 687, e; su misión: auxiliar, no absorber 688, a; su misión supletoria: resumen de la doctrina pontificia ss.; 754, IV; su misión es ayudar y ordenar las actividades privadas en orden al bien común 855, c; el Estado paternalista 753; no debe ocuparse de lo que puede realizar una sociedad inferior 849, c; deje libertad a las asociaciones inferiores en asuntos de menor importancia 687, c; no pretenda monopolizar la actividad social, lo cual trae fatales consecuencias 687, d; su derecho a intervenir en la vida social se hace cada vez más necesario 688, a; el totalitarismo de Estado perjudica a las relaciones internacionales 851, h, l; es reprochable su intervención en el régimen interno de las asociaciones obreras 690, g-h; la desaparición de los gremios le ha sobrecargado de obligaciones y negocios que antes sostenían aquellas 688, b; debe proteger a la "clase obrera", que le está especialmente conflagrada 682, c; ha de procurar a la clase obrera lo necesario para una vida humana 535, 3.; fomente todas las instituciones que puedan ayudar a la clase obrera 535, s.; ha de procurar el bien espiritual del obrero 537, e; su intervención supletoria en la organización del trabajo 690, f, n; necesita la colaboración de personas competentes, con sanos principios y guiadas por el deseo del bien común 233, f; triste espectáculo del Estado falsamente llamado democrático 850, g.

—relaciones con la Iglesia: todos los Estados pueden compa-

[Estado]

narse con la Telesia, sea eu ai sea su clasificaciôn en el cuadro de las formas gubernamentales 855, a-b; entre ellos ha de exlstitir mutua concordia, ya que actûan sobre las mlsmas personas 899. IV, B; los pactos entre la Iglea v el Estado han sido muchas veces vioiados por és'e, nunca por aquélla 391. 11: contraste de su conducta, falta de sinceridad con la de la Igle-

Eucaristia: el Seftor se quedô en ella para tener ocasiôn de reclbirnos en el cielo al reciblrle nosotros en la tierra 69, B; Crlsto permanece en ella por amor, que no sabemos agradecer 71, D; Cristo desea ardentemente estar con nosotros; recibâmosle 72; no recibir a Cristo cuando El implora posada es sefial de reprobaciôn 70; si conoclésemos de verdad a Crlsto, lo reciblríamos mâs y mejor 349. d; cuando no nos cuidamos de recibir a Cristo, estamos cayendo bajo la sentencia del juicio 70; consideraclones para movernos a reciblrle 71, D; quien le hubiese recibido bien, se salvarâ 70; la proximidad de Cristo, que viene a nosotros, debe llenarms de alegria 414, V, B; necesidad de prepararse para reciblrle 500, a. Evangelio: es combetldo porque exige y molesta 670. c; su hls-torlcldad v enemigos de ella 564; su eficacla: una frase convierte a Javier 708.

Familia: el relnado de Cristo en ia familia 379: dafios que le acarrea una ordenaciôn social que prescinde de Dios 846. h; es preciso conservar y reediflcar la vide cristiana de la familia 704; es necesario promover la oraciôn en familia 382, a; sus derechos y deberes fundamentales en la educaciôn 700; su deber éducativo se extiende no sôlo a la educaciôn religiosa y moral, sino también a la fisica y civil 703. m.

Fe; oscuridad 204; raclonablidad 205, a; su firmeze fundada en la veracidad de Dios 204, A; 206. b; Dios tiene derecho a exigirnos que creamos 214, 1; su prueba son los mllagros 213, C; sus enemigos: la Indlferencia 215, 2; es la base de la esperanza 234. b; 611: es necesaria para la salvaciôn 784, A; pero no basta, se necesitan también las obras 835. b; 207. a; fe y moral son inseparables 215, E; nuestra conducta debe

[Fe]

ajusteras a nuestra fe 83, C; cuando vacila desaparece también la fraternlidad, que pierde su fuerza 231, a: qultada la fe en Dios. cae la lev moral v es inevitable la ruine de lns pueblos 390, 1; su necesidad para el hombre de acciôn 292 VI, A; la fe como fundamento de la formaciôn del carâcter 289, IV, B; como remedio de los males sodales 240. f; es el fundamento de la estabilldad del orden social 536, a; darâ vigor y prudencie ante los pellgros dei mundo moderno 251: la fe en Cristo nos harâ libres 608; fundamento y garantîa de responsabilidad y solvenda moral 449, C; su acciôn purificadora del aima 648. C (cf. Cristianismo, Religiôn).

Felicidad: consiste en la visiôn de Dios; aqui por la fe después cara a cara 57. c; 329: no se puede conseguir al margen de Dios o en pugna contra El 74, 4.º: felicidad en el mundo y felicidad en Dins 829, C; nos oculta la realldad de la vida, que sôlo él dolor nos descubre

Fidelidad: virtud esencial al sacerdote 473, 1; ser fiel a las insplraciones de Dios es medio necesario nara encontrar la naz interior 272. B-C: Maria Santîsima, ejemplo de fldelldad a la gracia 664. B; para garantizarle en las relaciones internacionales es necesario crear Instituciones adecuadas 390. k; 449, B; hay que volver a la fldelidad. fundamento de la justicia, para hacer observar los tratados y facilitar asi la convivencia internacional 390, j;

Filiaciôn adoptiva: el hombre, hijo adoptivo de Dios 883. III, B; la obtenemos mediante el Espiritu Santo 607; todos sus bñéficies los perdemos por ed pecado 60, 1.

Fin: cuâ] es y cuâJ no es él fin del hombre 507, b; nuestro fin sobrenatural debe ser el punto de referenda de todas nuestras acclones 507, c; todos los fines particulares de esta vida hay que subordlnarlos al fin supremo: Dios 229. d.

Fortaleza: naturaleza 287. III; ira y fortaleza 288, V: temeridad v fortaleza 288, B; sus actos: acometer y reslstr 287. IV; su relaciôn con el entendlmiento y la voluntad 287, B; no suprime las pasiones 288, V; se perfecciona con ia dulzura 290. VIII; el carâcter y la fortaleza

f Fortaleza)

287: *nombres* de acción y fortaleza exigen los tlem *~* pre-
 IIICS un modelo:

Juan Bautista 288, *~*.

Fracasos: no se han de temer en las obras de Dios 415, b, 4; a pesar de ellos, no hay que desalentarse 417, B, d.

gobernantes; tienen gran dignidad, pero también gran responsabilidad y peligro de salvarse 356. a; su ideal debe ser former a Cristo en la sociedad 734, d; ellos y los súbditos están sujetos sobre todo a la autoridad de Dios 693. j; han de ser padres y protectores de los pobres, no opresores 356. c; aeben procurar que la justicia social informe todo el orden jurídico v económico 545. rr; el factor religioso va siendo tenido en cuenta por los que iratan de ordenar la sociedad 538, g.

Gloria: Dios juzga la celebridad y el honor con criterios distintos de los nuestros 260-61; la gloria de Cris'ó y la gloria del mundo 873; buscar la gloria del mundo es vade ilusión que no saca el alma 708. C; más que con éxitos. se da gloria a Dios con paciencia en las adversidades 665, a (cf. Honores, Honra).

Gozo: el hombre ha sido creado para gozar 385. g; no puede ser completo en esta vida; lo será en el cielo 441, D-E; gozo Inefable del cielo 54, b; 826. 2; nuestro gozo pleno en Jesucristo 440; no está el mérito en gozar. sino en padecer y amar 715 (cf. alegría).

Gracia: es Incompatible con el pecado 570. III; 581. 1.º; Dios no la puede conceder mientras el pecador no se arrepienta: razón teológica 503; engendra una unión Intima de Cris'ó con el alma 52. a: 199. b: 878, II; sin ella nada no-demos: con ella todo es fácil 509; cómo perfecciona el entendimiento v la voluntad 897. V: no se opone. sino que perfecciona a la naturaleza 435. III; a cada uno da Dios lo necesario para la vocación a la que le llame 435. III: su necesidad para perseverar 825. I; su necesidad en la tarea educativa 703, fi: es necesaria para obrar el bien 328. e: 330. 3; la humildad es disposición necesaria *r*ira recibirla* 345. b: 430. IV; robustece a la voluntad contra las pasiones 825. 1; se nos comunica por medio de los sacramentos 879. III; causa de la infidelidad e sus Inspiraciones 664. B; cuánto hemos de

[Gracia)

esmenarla, pues Cristo dió su sangre para alcanzárnosla 61, 3; es necesario predicar sobre ella al pueblo 424, IV, E.

Guerra: es consecuencia del apartamiento de la sociedad de Dios 846. i; es como un juicio universal y terrible de Dios 101, f; 136, II; agravan el peligro de guerra la penuria de materias primas y la estrechez de los territorios nacionales para sus habitantes 543, m.

Hijos: son un tesoro que Dios entrega a los padres para que se lo devuelvan con provecho

Hipocresía: su razón psicológica 408, XI: su dominio en la vida social 408, XI.

Historia: su interpretación providencialista 561, E. III: Cristo, centro de la historia 560; la vocación histórica de España

Hombre: qué es el hombre: su grandeza y prerrogativas 385, e; el hombre, criatura de Dios 418; su dignidad y grandeza naturales: es rey de la creación 384, a; 450, II, a; lleva Impresa en su alma la imagen de Dios 384, b; cuál es v cuál no el fin del hombre 507, b: su fin: conocer, adorar v gozar de Dios 386. h. j; 450, II, b; su fin es conseguir la más perfecta semejanza posible con Dios 385, f; su fin último según la fórmula Ignaciana 419. 1, 2; hombre y sociedad están ordenados para servirse mutuamente. con deberes y derechos correlativos 387, k.

Honor: excelencias del honor verdadero 416, C; el verdadero honor y grandeza del hombre es no necesitar de nadie más que de Dios 368; en qué no se ha de poner: ejemplos 368-9; el que nos dan los hombres no tiene fundamento ni consistencia 370, E; María nos enseña a despreciar el falso honor 675; es pueril buscarlo en las cosas externas, que carecen de valor 368 (cf. Honra).

Honores; honrar a la virtud es bueno y necesario 369, D; quienes los desean suelen ser los menos perfectos 211. C; perjuicios que acarrea el apetito de honores 368-9; 208. A; el deseo de obtenerlos impone una verdadera servidumbre 367, A; la ambición de honores hace que nos duela la gloria del oróscopo 259. C; deseamos honores aun cuando decimos que obramos por Dios 663. e; hasta en et

[Honores]

epostulado buscamos ser honrados 665, b; su deseo amda aun en las aimas espirituales 260, II; es muy difícil despegar el corazôn de ellos 211, B; valor de los honores y gloria del mundo 475, a; juicio severismo para los que estân encumbrados en honores 211, B; son peligrosos para la salvaciôn: un pape que renuncia a la tiari 406.

Honra: el amor a la propia honra 210, A; la defensa de la propia honre 209, B; mala cosa es "andarse en puntos de honra y egravio" 209, B (cf. Gloria, Horur).

Humildad: natüraleza: 358; 429; es andar en verdad delante de Dios 358, a; 313, c; no consiste en palabras ni en signos externos, sino en tenerse en poco delame de Dios y de los demás 364; no lo es procuror que nos tengan por humlles 341; no son humildad, sino tentaciones, los movimientos que produc«h desasosiego en el aima 359, a; 430, IV; no consiste en desconocer los dones de Dios, sino en juzgarse indigno de ellos y agradecerlos 359, c; 429, II; se fundamenta en nuesira absoluta dependenda de Dios 431, B; es la primera verdad que el hombre debe aprender 668, a; los très gra-dos de .humildad 431; 328, a; se nos hace difícil y no deseamos más que encumbrarnos 668, b; no es vltud pasiva, sino esencialmente activa 431, I; amor y humildad 361, c; medios para alcanzarla 345, a; 430, D; modos práticos de ejercitarse en ella 360, b-c; el conocimiento propio nos ayudará a ser humlles 345, a; 357, a; 362, b; 364-5; 428, C; 430, B; 338, A; motivos para ser humildes 178, c; congideraclones para adqlrirla 338, A; exhortaclones a ser humlles 332, D; virtud desconocida por los paganos 324, a; 429, B; predicada por Crlsto 325, I.

—efectos: sólo en ella se encuentre la paz 333; es como la dama en el ajedrez 361, c; 430, IV; en ella está la verdadera grandeza 326; es medio para aumentar en raela saniitlcante 345, b; 430, V; el que reconoce su bajeza merece ante Dios 324, 2-3; es sumamente agradable a Dios 358, a; 364, a; 429, II; es fundamento y guarda de las vltudes 184, B; 337, b-c; el que se humilia será ensalzado 337, c.

—necesidad: su necesidad para alcanzaj el perdôn 333, b; 430,

LHumUdad: necesidad]

V; eticacla de la oraciôn del ■humilde 345, b; mayor humildad a quienes estân constituidos en autoridad 338, A; a más perfecciôn, más humildad 361, c; la humildad en nuestras obras de piedad 663, e; es el fundamen'o indispensable de la santldad 327; 334; côm > conviene a los justos y a los pecadores 333; 430, V.

—modelos: Crlsto 325-26; 429, B; 184, B; 660; Maria Santlsima 611; 660; Juan Bautista 190, 1; 175, a; 257, V; 313, L; 316, 10; 323; 429, I; 346, A.

Humiilaciôn: humillaciôn de Cristo al encarnarse 833, a; 838, b; Cristo y Maria Sant.sima nos clan ejemplo; no buscan librarse de ella 665, a; camino para ir a Cristo 669, c; repugna a illos que tienen la sabiduria y el espiritu del mundo 668.

glesia: natüraleza y misiôn: sociedad fundada por Crlsto 697, b; 229, f; sociedad perfecta, maestra y guia de las demás sociedades 379; es sociedad perfecta no sometida al Estado 693, h; es perenne, mientras pasan las instltuciones humanas 276, IV-V; su catollicidad 276, III; 278, C; su universalidad 229, f; 856, d; 697, b; es sociedad supranacional 856, d; no pretende consiituir un imperio mundial terreno ni intervenir en lo meramente temporal 857, f; apostolicldad 278, D; su existencia y desarrollo son un midagro moral 275; 214; es el Cuerpo místico de Crlsto 278, D; 696, e; 697, c; su intima uniôn con Cristo 856, b; 857, c; 697, c; Cristo y su esposa 177, 3.º; su seguridad está en Crlsto, su cabeza, 385, f; deposltana de los ■mérltos de Cristo 780, h; su santldad credente: órdenes religiosas, vida de oraciôn, canonizaciones 278, B; su unldad: dogmática. discipliner, jurídica 277, VI; su unldad se ■muestra en le solidarlded de todos los fieles con el Pontiflcado 376, c-d; obje<o de escândalo en nuestros dlas 269, III; signo de contradicclôn: balance hlstôrlico de sus primeros siglos 710; hoy neceslla más de tesligos que de apologis'as 238, a; contlnuadora de la misiôn de Crlsto 279, II, A; 697, b; 229, f; su fin es la salvaciôn de las aimas 29 f; oflcio suyo es la renovaciôn interna del hombre 858, f-j; recibio de Crlsto la misiôn de conservar y defender la

[Iglesia: naturaleza]

verdad y la caridad 387, a; 387, b; 448, B; deber suyo es dar testimonio de la verdad y refutar el error con valentia y caridad 388, c. c; 389, g; 390, i; 392, fl; 448, C, III; misión suya y de los cristianos, hacer el bien a ejemplo de Cristo 279; la evangelización de los pobres, misión suya 282; está formada principalmente por pobres 283, V; su competencia se extiende dondequiera se agiten cuestiones morales 688, f; todos tienen la obligación de cooperar a su incremento 699, a; defenderla es un deber del cristiano 698, e; no luchar en su favor es pelear contra Dios 698, d-e.

—su obra: su acción civilizadora 377, b; beneficios que su obra ha reportado al bienestar de la sociedad 861, f; su contribución al bienestar social: formando hombres que dirijan la sociedad 808, l; va influyendo cada vez más en la sociedad 443, 2; siempre ha sido el más firme sostén del bien y de la paz 89, c; es la única que puede guiar y dirigir un orden social nuevo 90, b; su lucha incesante contra los enemigos de Cristo 696, a; de la lucha que hoy tiene que sostener contra tantos enemigos saldrá fortalecida 97, b-c; 136, III; sus victorias se obtienen por la cruz y la contradicción 103, e; sus intervenciones para salvar el dogma y la moral no son intromisiones 313; su acción es imprescindible en las actuales circunstancias para conseguir la verdadera paz social 856, a. c; su acción no se ha de restringir al campo religioso; tiene que influir en todos los ámbitos de la vida humana 859, J; no puede permanecer indiferente ante el problema social 393, b; es madre que jamás falta: su deber de defender a los obreros, sus hijos 240, g; es madre que sigue con pena tantos conflictos sociales 231, a; nadie como ella defiende las justas peticiones de los obreros 2, b; avisa a los obreros contra los falsos redentores 239, b; no calla ante los abusos 448, III; se ve injustamente acusada de no ocuparse de los obreros a causa de la mala conducta de los católicos 684, b; los obreros no perderán sus prejuicios contra ella mientras no se les trate con auténtica caridad 683, b; no se entromete en cuestiones puramente poli-

(Iglesia: su obra]

ucas, sino que proclama sin tergiversaciones las normas fundamentales de la verdad 390, l; su historia demuestra su espíritu de caridad 280, B.

—Iglesia perseguida: tiene necesidad de las persecuciones 632; cuando no la persiguen los reyes con las armas, son los herejes con su filosofía 635; en medio de las persecuciones no cesa de orar por los perseguidores 634; alegría o tristeza cuando la Iglesia triunfa o es perseguida 639, c; balance histórico de los tres primeros siglos de persecuciones 710.

—relaciones con el Estado: sus exigencias doctrinales son compatibles con cualquier forma de gobierno 856, a-b; contraste de su conducta franca con la de los estados, falta de sinceridad 447; entre ellos ha de existir mutua concordia, ya que actúan sobre el mismo individuo 899, IV. B; siempre ha sido fiel a sus pactos, mientras los estados los han violado con frecuencia 391, ll.

Igualdad: no es posible que exista entre los hombres en todos los órdenes 543, l; los hombres son esencialmente iguales, pero al mismo tiempo hay desigualdades accidentales 93, d; las desigualdades provienen de la diferencia de capacidades 93, d; necesidad de las desigualdades sociales 92, c-d; las desigualdades que impone la naturaleza no son obstáculo para el espíritu de fraternidad 543, ll; la Iglesia no defiende una igualdad absoluta, pero sí lo que exige la dignidad de la persona 543, l.

Infierno: al ser infinita la ofensa, ha de ser eterno el castigo 824, 2; el temor a sus penas es camino de salvación 617, b; invita a hacer penitencia 524, D.

Inmortalidad: nos la ganó Cristo con su muerte 625, 2; Dios cree al hombre inmortal: el pecado introdujo la muerte 31, l.

Inspiraciones: necesidad de ser fiel a las Inspiraciones de Dios 272, B-C; Dios suele hacerlas en la soledad 348, c; a veces son suaves y amorosas, a veces severas; oigámoslas 513, E.

Intención, rectitud de: fundamento de la vida espiritual 507, a; nuestro fin sobrenatural debe ser el único punto de referencia de nuestras acciones 507, c.

Intervencionismo: intervención y paternalismo estatal 753; cada

Lintervenclonismo]

vez se hace mas necesaria la intervenciôn del Estado 688, a; el Estado no debe realizar por si lo que puede llevar a cabo una sociedad inferior 849, c.

Ira: ira y fortaleza 288, V; ira y audacia 288, V.

—divina: el amor que Dios nos tiene se convierte en ira si es despreciado 75, 3.º; el pecado convierte al hombre en objeto de ia ira divina 570, II, B; 581, 2.º; 60, 1; el unico medio para aplacarla es ia penitencia 572, C-D; el poema de la ira divina: el “Dies irae” 112.

Israel: su grandeza como pueblo 270-71; su historia y la provi-
denda de Dios 560, II, A; su esplendor con David y Salomôn 219, B; su legislaciôn social 271, D; su concepciôn mesiânica 313, 2; el Mesias y el pueblo judio 270; la esperanza del Mesias alentô durante siglos al pueblo judio 254, IV; su esclavitud bajo los ritos vacios de la ley mosaica 606-7; sus sacrificios no eran mäs que anuncios del de Cristo 629, I; su pecado y su castigo 220, D; el pueblo judio no quiso aceptar la salvaciôn que Cristo le ofrecia 626, 4; su falsa concepciôn de la universalidad redentora de Cristo 876, b; 613, 14; su concepciôn temporal del reino de Cristo, en pugna con el sentido espiritual de la predicaciôn del Bautista 477, 1.

Jesùs: etimologia e historia de este nombre 770 B; coinparaciôn de este nombre con el de Cristo 772, 3; conveniendia de que al Verbo encarnado le fuera impuesto este nombre 794 ss.; 799 ss.; 881, C; es el nombre verdaderamente propio de Cristo 806, A; 808, D; 881, C; nombre anunciado y profetizado en la antigua ley 802, a; impuesto por el mismo Dios 803, b; es nombre propio de Dios 801, 1; en este nombre se compendian todas las grandezas y perfecciones que hay en Cristo 820, C; todos los demás nombres de Cristo convergen en éste 791, b; 795, a, 74; 807, C; excelencias de este nombre 797, A; 881; significaciôn de este nombre: Salvador 771, a-3; 787, a; 789, a-b; 884, V; 707 ss.; 804; 797, b; 801, 2; 819, A; 821, M; 822, A; 827, a; 830, C; 833, b; 837, B; 875; 898; Salvador del bienestar social 885; contra-

[Jeeùs]

posiciôn entre Jesùs-Salvador y nombre-pecador 821; significado de las letras del nombre de Jesùs 798, D; su significado debe ser motivo de nuestra confianza 804; eficacia de este nombre 805, c; su invocaciôn a la hora de la muerte 869, IV; 872; fiesta del Nombre de Jesús, historia 767-1; la devociôn a este santo nombre 869, V; el anagrama del nombre de Jesùs 798, E; 867; por qué se llamô “Compafiia de Jesús” 870 (cf. Cristo).

Juicio: divino: su posibilidad, fundada en la libertad del hombre 64; es necesario, porque el mérito debe ser premiado y el demérito castigado 65, 1; es necesario como mantenedor y restaurador del orden social 65, Z; en aquel momento ya no habrá más que justicia para quienes despreciaron la misericordia 108, V; riguroso y temible 106, II; será mucho más severo para los poderosos 99, a; 211, B; nuestros acusadores serán la fe y la razón 82, B; 129, II, B; entonces será el momento en que Dios hable y condene a los pecadores 40, 4; su consideraciôn nos moverá a apartarnos del mundo 310, 6; ha de ser motivo de alegría porque allí recibiremos el premio 414, IV; será el momento de entrar en posesiôn del tesoro que hayamos conseguido en la tierra: bueno o malo 41, 2; a su luz comprendemos el valor del tiempo 122; ante el tribunal de Dios de nada sirven las riquezas; allí todos seremos iguaies 484, b; la fe dictará sentencia: o hemos vivido conforme a ella, y nos salva, o contra ella, y nos condena 83, D; su resonancia en la liturgia; el “Dies irae” 112.
—final: no basta el juicio particular, es necesario el final como restauraciôn social y colectiva. 58, I; 66; razones de su conveniende 58, b; su carácter público 125, IV; nerraciôn evangélica 26, 3; la última venida de Cristo 24; Cristo-Juez será terrible; corrijámonos antes 49, D; dia de triunfo y gloria 128; temor y gozo en aquel momento 62, b; apoteosis del triunfo de Cristo y de los justos 125, V; el juicio de los buenos, motivo de aliento 124; espectáculo terrible: el fresco de Miguel Angel 109, IV; el juez, los acusadores, los delitos, la sentencia 126; el juez será Cris-

[Juicio final]

to, conocedor de nuestras fi-
quezas 67; entonces Cristo ejer-
cerá la plenitud de sus fun-
ciones: salvará y condenará 57,
c; en qué sentido os santos
serán jueces 59; su sentencia
será a base de caridad 321. 4;
26, 3; la sentencia y los peca-
dos de omisión contra la ca-
ridad 131: Cristo condenará a
quienes despreciaron su poder,
rehisaron su amor v se rebe-
laron contra su justicia 127;
terrible juicio del pecador 126;
asistirán todas las enaturas y
aparecerán todos los secretos
del corazón 66: como prueba del
carácter social del cristianismo
139; la sociedad será juzgada
en cuanto tal 58, 2; allí será el
desquite de Dios contra los que
rehusaron obedecerle 74, 4.º; su
recuerdo nos impulsará a la
conversión 50: 68; si qjremos
ser entonces recibidos por Cris-
to, recibámosle ahora pobre y
humilde 118, III; entonces co-
noceremos la rectitud de los
designios providenciales de
Dios 128, I; la limosna y el
juicio 130; su consideración es
la luz para despertar del sue-
ño del pecado v comprender la
realdad de nuestras obras 119;
3a glorificación del cuerpo au-
mentará el gozo del alma 125,
III.

—humano: cuán poco vale el pe-
recer de los hombres 362, C: es
ridículo fiarse de los juicios
humanos 473, 2; varias razones
impr las que no hemos de juzgar
473, 2-3; no juzguemos, pues
esta función está reservada a
Dios 471, 2.

Justicia: sus fundamentos esen-
ciales son el derecho v la con-
ciencia, ambos destruidos por el
positivismo jurídico v el abso-
lutismo del Estado 696. p: su
violación no se debe encubrir
con la caridad 685, e.

—divina: por qué se irrite la jus-
ticia divina 73 ss.; quien des-
precia la misericordia de Dios
se encuentra con la justicia
790.

—social: además de la justicia
conmutativa existe la social,
que también obliga 100, d: y
plde que se dé a todos cuanto
necesiten para cumplir sus
funciones sociales 100. d: exige
de los Individuos cuanto es ne-
cesario para el bien común 100.
d; debe Informar todas las ins-
tituciones y el orden jurídico y
económico 545, rr; 101, e; exige
la intervención de los ciudada-
nos preparados en los proble-
mas sociales 755. VUI; el curru

[Justicia social]

plimiento de sus preceptos trae.
rá un activo desarrollo eco-
nómico en la tranquilidad y en
el orden 100, d; 545, q; es el
remedio para los males de la
sociedad 545, r; su cumplimen-
to, arma de lucha contra el
comunismo 292, V, B; arma
contra el liberalismo 545, r; se-
gún sus normas se ha de reall-
zar la distribución de las rique-
zas 534, n; una justa distribu-
ción de cargos y oficios es ne-
cesaria para el orden social 538,
a; hay quienes abusan de la
religión para encubrir sus in-
justicias sociales 684, b; hay
que cumplir sus preceptos an-
tes de llegar al campo de la ca-
ridad 140, C; 546. t: además de
cumplir sus preceptos es nece-
saria la caridad 547, y; cuánto
contribuye la caridad para que
se cumpla la justicia 141; el
cumplimiento de sus preceptos
por medio de la limosna 593, c.
Justos: la figura del varón justo
en la Sagrada Escritura 723; el
justo a los ojos del mundo y a
los ojos de Dios 724, III; la
muerte feliz del justo 612, 13;
su Victoria en el juicio final,
motivo de aliento 124; también
ellos tienen necesidad de peni-
tencia 580, II; necesitan la hu-

•M

Dios permite que padezcan tri-
bulaciones 621.

Laicismo: ha hecho volver a la
sociedad a un paganismo co-
rrompido 845, f; al romper los
criterios morales he llevado al
mundo al paganismo 98, a; pré-
paré a los obreros para el co-
munismo 239, d.

Ley: su fuerza obligatoria se
apoya en la autoridad del le-
gislador 691, b; por qué se des-
obedece a la ley 671, A; somos
fáciles en buscar excusas para
no cumplirla 673, d; obedecerla
no h'milla, sino que ensal-
za 672.

—eterna: es la que da fuerza y
validez a la ley natural y la
positiva 691 ss.

—natural: es la misma razón
humana mandando obrar el
bien y vedando el mal 691; sus
preceptos obligan aunque no
estén sancionados por la legis-
lación positiva 749. B; es ne-
cesaria al ser racional para que
obre conforme a razón 691, a;
recibe su fuerza obligatoria de
la ley eterna 691, b; sus nor-
mas fundamentales podrán ser
quebrantadas, pero nunca cam-
biadas ni derogadas 694, m; es

[Ley natural]

- superior y anterior a los legisladores humanos 749, A-B; es inútil pretender sustituirlo con invenciones humanas 99, b.
- positiva divina: si fuese observada por todos, desaparecería el desequilibrio actual del mundo 91, d; su fiel cumplimiento exige abnegación, sacrificio y heroísmo 92, a; no nos pide demasiado: nos exige sólo el sacrificar lo que nos da 674, a; Los grandes y poderosos están especialmente obligados a su cumplimiento 672; una excesiva pobreza dificulta su cumplimiento 104, b; Mar a, modelo de fiel cumplimiento 674, C (cf. Mandamientos).
- mosaica: su caducidad 606; sus ritos, figuras vacías 606; legislación social del pueblo judío 271, D; el pueblo judío bajo la esclavitud de la ley antigua 606-7 (cf. Israel).
- civil: es posterior y dependiente de la ley natural 749, B; se ha de basar en el derecho natural y la ley de Dios 846, g; 854, c; muchas leyes son mera expresión de la ley natural 692, c-d; no sólo debe procurar la prosperidad material, sino principalmente los bienes del alma 693, k; exige la cooperación de todos para con su exacto cumplimiento promover el bien común 718, B; al promulgar una ley no le da el legislador su fuerza imperativa; se limita a declarar el precepto de la ley moral en el caso concreto 748, b; conserva la paz y el orden social 748, II, C; es garantía del bien común 748, II; sólo cuando conviene con la recta razón y la ley de Dios tiene fuerza obligatoria 689, e; 692, e-f; obligación de obedecerla 747; por qué hemos de obedecerle 672, b; esta obediencia ennoblece, pues se obedece a Dios en ella 693, l; deformación de conciencia existente respecto a la obligación de obedecerla, siempre que de su lesión derechos superiores, hay que obedecerla sin buscar recursos para librarse de ella 718, III; sólo cuando sea patente su injusticia es lícito desobedecerla, siempre que de su violación no se sigan mayores males 750, b; un caso práctico de desobediencia 750, C; Cristo y Mar a nos enseñan cómo hay que obedecerla 717; legislación civil del pueblo judío 271, D (cf. Ordenamiento jurídico. Positivism© jurídico).

- Liberalisme: sus postulados 138, I; sus doctrinas acerca del trabajo 902, A; al desugar al obrero de la religión y la moral lo preparo para el comunismo 239, d; coloca a los Individuos directamente frente al Estado, con perjuicios para ambos 688, b; ha expuesto a Cristo de la sociedad; para vencerlo hay que rescatarlo todo en Cristo 138; contra él, la justicia social y el amor entre los hombres 545, r.
- económico: sus terribles consecuencias 380, c; la reacción contra él ha llevado al paternalismo laboral 756.
- Libertad: la verdadera libertad 422, D, b; consiste en poder cada uno vivir según las leyes y la recta razón 692, g; no excluye la ley, antes la exige 691, a; es la que hace al hombre capaz de merecer 64; es un título para recibir el premio, pero usar mal de ella lo es para el castigo 73, 2.º; Dios nos la dió para que le sirvamos voluntariamente y merezcamos 73, 2.º; la obediencia no coaccione necesariamente a la voluntad 645, 6; no se pierde por someterse a Dios 693, j; la verdad es madre y garantía de la libertad 389, g; el pecado quita al hombre su libertad 778, c; cómo el hombre usa mal de ella, ejemplos 73, 3.º
- Limosna: naturaleza; doctrina de San Pablo 167, b; doctrina pontificia sobre ella 591; no sólo se practica dando dinero, hay otros buenos medios 487, c; más que el don material es interesante el contacto personal con el necesitado 281, IV; no es limosna dar a título de caridad lo que se debe por justicia 587, a; los socialistas la rechazan como opuesta a la nobleza del hombre 531, f; es el mejor empleo que podemos dar a las riquezas 318; el día del juicio se arrepentirán quienes no la dieron o la dieron insuficientemente 319, 2; debemos darla sin preocuparnos de si son buenos o malos quienes las reciben 173; la oración, limosna espiritual 248, VII; es un negocio que Dios ofrece: comprar el cielo por poco dinero 319; se debe dar "prompte, abundantemente, hilariter" 286, V, B; se ha de dar con alegría 169, 7; son pocos los ricos que dan con liberalidad 286, C; pueden darla todos, aun los pobres 486, a; 488, d; rectitud de intención al hacerla 585, I; exordio para un sermón sobre ella 166; el ejem-

[Limosna: naturaleza]

- plo de San Juan de Dios TII.
 —obligatoriedad: el precepto Im-
 puesto por San Pablo 286, V.
 i; todos pobres y ricos, de-
 ben darla 168 5: reproches de
 Cris'to a quienes no socorren a
 los pobres 318, I: gravísima
 obligación que pesa sobre los
 que tienen mucho 531. d: su
 concepto Incluye la entera de
 bienes materiales y esnirHuales
 530, a-b; 592. A: urgencia del
 precepto de la limosna 592. B;
 urge este precepto una vez sa-
 tisfecha la necesidad y el de-
 coro del propio estado 531, e;
 qué cantidad se debe dar: doc-
 trina de León XPII 286, V. C;
 normas para fijar su cuantía
 593. D; Ja excusa de tener ya
 muchos gastos 171. 4: dar aun
 lo necesario: San Martín de
 Tours 554: motivos para su
 práctica 592. C: 501, b; 170, e;
 173, 3; exhortación a darla
 vx
- sus beneficios: fuente de bie-
 nes para el pobre y para el ri-
 co 170 1: más beneficios re-
 porta a quien la da que a quien
 Ja recibe 169 7: es un tesoro
 en el cielo 168. 6: más que un
 gasto es un capital que produ-
 ce 17. 2; no disminuye los bie-
 nes. sino que los aumenta 170,
 1; 171, 3: con ella convertí-
 mos a Dios en deudor nuestro; le
 prestamos a buen 'édito 319.
 2-3: el dinero dado en Hmosnas
 es el único canas de sobornar
 a Dios-Juez 487-88: cualquier
 cantidad que se dé merece ante
 Dios pero quien tiene más de-
 be dar más 489: Dios premia
 abundantemente al tmosnero
 585: aun en esta vida da el
 ciento por uno 247. V: es más
 meritorio dar de lo necesario
 3^5 b. hecha a las personas
 dedicadas al apostolado reci-
 brán mayor premio 336: para
 que tenera valor ante Dios ha
 de hacerse en estado de gracia
 505. E; es fuente de alegría 414,
 V. C; valor impetratorio y sa-
 tisfactory 26, 3; 488 d: 489. b;
 532. B: 592. C, a: 584; su efi-
 cacia para conseguir el perdón
 486. b: 488. d; como remedio
 de los pecados veniales 490. c;
 limpia las manchas del alma
 171, 3; la limosna como peni-
 tence 318, B; 478, 3; juicio fi-
 nal y limosna 130: aborrida de
 los pecados ante Dios 486, b-d;
 engendra felicidad en esta y en
 la otra vida 586. C; su valor
 social 587; estrecha los vincu-
 los entre los miembros de la
 sociedad 531, f.

Liturgia: su desarrollo nos lleva
 a una participación de la vida
 de Cristo en sus distintas fa-
 cetes 116, II; es un medio de
 renovación moral 116 II. B: le
 alegría en las fórmulas litúr-
 gicas del Adviento 410; reco-
 mendación por los Padres de la
 piedad litúrgica 412, C: el Ju-
 c'o de Dios en la liturgia: el
 "Dies Irae" 112.

Lujo: cómo reina en la sociedad
 moderna: sus males y su re-
 medio 566; quienes viven en él
 deben sentir Inquietud y ver-
 güenza de estar así en medio
 de las miserias de los demás
 103, d; perjuicios que causa en
 el cuerpo y en el alma 483, 2;
 es condenable cuando hay tan-
 tas necesidades sociales 533, k;
 no son dignos de perdón quie-
 nes viven lujosamente habien-
 do quienes carecen de lo nece-
 sario 483, 1; muchos viven en
 él y abandonan a los pobres;
 el día del juicio se arrepenti-
 rán y será tarde 319. 2; es efec-
 to de una concepción materia-
 lista de la vida 94. e: contra
 él es necesaria la abstinencia
 y abnegación voluntarias 94, f
 (cf. Riquezas).

Lujuria: oscurece el entendimien-
 to y debilita la voluntad 161;
 a veces es bien vista por el
 mundo, aunque la llama galante-
 rie 369, C.

Magnanimidad: naturaleza y
 fundamento 416; la vanagloria
 se opone a la magnanimidad
 343, B.

Males: la muerte, compendio y
 síntesis de todos los males hu-
 manos 876, a; los que pesan so-
 bre la sociedad presente son ma-
 yores que los de otros tiempos
 539, c; pueden llegar a exas-
 perar los ánimos y provocar
 una revolución social 539, d;
 aunque también despiertan el
 sentimiento de solidaridad, tan
 beneficioso 376. d; sólo con ora-
 ción y penitencia podrán ser
 vencidos los presentes males
 382, b (cf. Sociedad moderna).

Maria: Madre nuestra 608; 678;
 su maternidad espiritual se ini-
 cia en la encarnación y se
 completa en el Calvario, siem-
 pre por el dolor 679; su pure-
 za ante Dios y ante los hom-
 bres 718; fué creciendo cons-
 tantemente en santidad, tenién-
 dola desde el principio mayor
 que todos los santos 720, D;
 asociada a la obra redentora
 de Cristo 609; es corredentora
 del hombre 681, b; como corre-

[Maria]

- deceñora diô la materia del sacrificio: did al mismo sacerdote y estuvo presente junto al altar 680; mártir por la compaslôn con Cristo 614; trae, con su mediaciôn, a Cristo a las almas 471, B; qué sabla sobre la misiôn de Crlsto, su Hijo 613, 16; comparacion entre Mar.a y Eva 783-84; nos enseña a sacrificar lo que amamos y a renunciar a las dulzuras de la vida 674; nos enseña a despreciar el falso honor 675; por qué Maria y Cristo fueron pobres 721; su figura en la liturgia del Adviento 118, C; sus dos invitaciones al mundo para que haga penitencia: Lourdes y Fátima 573, V; 578; revelaciones de la Virgen a Lucfa sobre la penitencia interior 578.
- Maria, modelo: de obediencia perfecta 671; 717; de obediencia y humildad 611; 660; de fidelidad a la gracia 664, B; de fiel cumplimiento de las leyes de Bios 674, C; en aceptar las humillaciones 665, a; en la aceptaciôn de la voluntad de Dios 676, 2.
- dolores de Maria: el dolor de 'Maria 736; primer dolor: presentaciôn y purificaciôn 675 ss.; 608; desde le presentaciôn todo fué dolor en su vida; conslderaciones 676, a; gozo y dolor en la presentaciôn 654: el pecado, la octava espada de dolor 714.
- Materialismo: mal de la sociedad moderna 847, k; 293, VII; destruye el amor y la justicia 97, f; el lujo excesivo de nuestros dias es efecto de una concepciôn materialists de la vida 94, e.
- Mentira: su dominio en la vida social 408, XI; nadie tiene derecho a recurrir a ella para impedir al pueblo el uso de sus légitimas libertades 392, o; hoy se utiliza como sistema de politica para servir a los propios intereses, sin tener en cuenta la ley moral 391, m; 448, II, A.
- Mérito: no será Dosible sin libertad 64; no está en el gozar, sino en el padecer y amar 715; no se mlde por los bleneg que se poseen, sino por el modo de usarlos 140, A; el pecado implde merecer 60, 3; cuán pocos méritos tenemos delante de Dios 363, E.
- Mesias: el pueblo judio y el Mesias 270; su esperanza alentô la vida del pueblo judio 254.

[Mesfas]

- VI; la concepciôn meslânica de Israël 313, 2; sefial caracteristica de su reinado, la predicaciôn de los pobres 162, 2 (cf. Crlsto).
- Milagro: su verdad fllosôfica, teológica y relativa 205. a: el hecho del milagro y su finalidad 274; postura racional ante él 275, IV; nuestra postura ante el milagro: no la emociôn o el comentario, sino aprovecharnos de sus ersenanzas 161, 2; su interpretaciôn mistica 162, 1; la I^lesia catôlica milagro moral 275; es fundamento de la fe 213, C; prueba de la verdad del crlstianismo 205, a: los que realizô Cristo prueban su divinidad 272, II; 200. T; Cristo los realizô de todas clases: en el campo humano. en el esn'ritu. en la naturaleza 274. III, B; hoy no han cesado los milagros. pero son mayores los invisibles que hace la gracia 162, 1; los milagros de nuestros dias: Lourdes 245, III.
- Minorias: los Papas confían en ellas para la formaciôn de un nuevo espfritu social 291. T-II: por medio de ellas se influye en las multitudes 291, II, B; deben distln^uirse por su fortaleza 291, TT, A.
- Misericordia: de Dios: hernos de conflar en ella a nesar de los imnrhos pecados 497 c; no podemos Imiter e) poder v la sablduria de Dios, pero si su misericordia 185. c; presu^lendo de el'a siguen necando los hombres 40. 1: quien la des^recla se encuentra con su justicia 217. b: 790: 108. V: abusar de ella puede conduclr a que Dios se canse de nosotros 670, E.
- non el prôjimo; es el alma del Hvangello 132, III; e! espîrltu de misericordia. crHerlo para valorar la vida crlstiana 280, III, B: quienes la nrac«lcan serán salvadns nor Crlsto 26. 3: lo que se pensaba de ella antes de Crlsto 246.
- obras: cuando las hacemos a los pobres, las hacemos a Crlsto 42; 69, A; 130, I, B: auincntan le eflcacla de nuestras oraciones 489: serán el tesoro de «los justos en el die del juicio 41, 2; son medlo de hacer penitencia 488, a; su valor satiafactorlo 336 (cf. Caridad, Llimosna).
- Moral: se sustenta sobre la fe y el temor de Dios 390, 1; moral y fe snn inseparables 215, E;

[Moral]

excehncias y belleza de la moral cristiana 216; le moral cristiana. milagro v escândalo 215, E; el Estado debe profesar y defender la moral cristiana 139, III, C; a todo lo que tenga relación con ella se exuende el poder magisterial de la Iglesia 688. f; la ley morel es fundamento indispensable de todo orden nuevo 853, d: e! olvido de sus principios conduce a las mayores catâstrofes y revoluciones sociales 101, a': al romperse los criterios mondes por obra del laicismo, se ha vuelto al paganismo 98, a; problemas morales que créa la orgamzación capdtalista del trabajo 862. j; 864. n; necesidad de sus principios en el campo econômico 536. b: la economia no es indépendante de la moral 229, d; graves trastornos sociales que ha producido la ausencia de la ley moral en la organ!zación econômica 234, e; una organización econômica sin freno moral termina en la explotación de la persona humana y en graves conflictos sociales 234, d.

Moralidad: escisión en nuestros dies entre la vida moral y religiosa 703. n; la negación de una norma de moralidad universal es causa de graves males en nuestra sociedad 844. d.

Mortiflcación: se diferencta de la penitencia 478. 2; oración y 'mortiflcación. vlrudes conexas 655; ;no implica un odio a! propio cuerpo. obra de Dios? 632; su necesidad para acercarse a Dios 371, A: su valor expiatorio 631; necesidad de mortlficar las pasiones: el ejemplo de Cristo 831, D: su necesidad para seguir a Cristo 636; en elle debe servirnos de allento ver cuánto sufrió Cristo 403: Dios la recompensa con consuelos internos 403 (cf. Penitencia).

Mundo: es efimero, no merece que nos afteionemos a él 24. 1; valor de sus clorias y honores 475, a: la gloria que ofrece el mundo 873. II; alegría del mundo v alegría de Dios S29, C: sus grandezos son cause de ruina espiri'ual 356. D: es fácil rvencerle considerando el prerrüo del cielo 36. a: la coîtempor!zación con su espiritu nn es compatible con Je verdadera piedad 663; sus preocupaciones nos qultan el tiempo que deberiamos dedicar el «ima 348. c; el espiritu dei mundo, contrario a Cristo 835. a; cômô des-

[Mundo]

precia al varôn justo 724, a; le repugnan las numi Hadones 66S: la enfermedad. medio para conocer sus vanidades 712; somos peregrinos en él, no nos eficlonomos 36, a; el simple contacto con sus seguidores empafla el alma 494, 4.º; la consideración del juicio final nos moverâ a apartarnos de él! 310, 6.

—fin del mundo: prelimnares: sefiales meteorolôgicas 24, 1; discurso escatolôgico de Cristo: destrucción de Jerusalén v An dei mundo 22. B (cf. Juicio final).

.Muerte: es el compendio y la síntesis de todos los males* humanos 876. a; efecto del pecado 31, 1; 878. e; 896, II; la victoria de Cristo sobre la muerte 87: Cristo, al vencer a la muerte. nos ganô la resurrección 34. 4; 812-13: 876. B-C: 895: 625, 2: aunque pasemos por ella, no nos vence, porque resucitaremos 36, a; la invocación de! nombre de Jesûs a la hora de la muerte 869, IV: 872: será alegre si he-nos terminado la obra que Dios nos encomendô 7C9; la muerte feliz dei justo 612, 13; su hora es incierta, no nos contiemos 42. d; cuando llegue su hora, paz y resignación 107. IV: no debemos llorar ente el'a. lo mismo que el labrador no llora porque se corromoe la semil'a 36, b; es una insensatez dejar la conversión nara 'queila hora 80. 2; los grandes nombres ente la muerte: Pizarro 872: Mozart canta su propio funeral 114.

Mujer: instrumento de Dios para grandes obras 741, B; la mujer «m el Evangelio 740, II: su misión his'ôrica en la Iglesia 741. IIT: características de su piedad 741, V.

Naturaleza: toda la naturaleza

fué redimlda rror Cristo 56, 3: la En^arna^iôn. exaltaclôn de la naturaleza humana 51, a: desnúes del pecado original auedô enferma y viciada 807: 825. 1: la gracia no la destruye, sino oue la perfecciona 435, IIT.

Navidad: exnectaeiôn histôrico ante la venlda de Cristo a la tierra 836 A: le venlda de Cristo. mo-lvo de alegría 414. V; alegrémonos. nero no en îles4as mundanas 311, c: le alegrfa de sus fiestas es un anticipo de! cielo 235. a; reprehensible conducta de quienes no procurari sino. divertirse en e^os

[Navidad]

gracias exhortación a preparar digna nabiación a Cristo 522, D; quién viene a nosotros; para qué; preparémonos ùl, B; uristo nace de un modo mistico, pero real; sólo recibirán sus gracias quienes se halien preparados 11G, 1; cómo hemos de préparâmes para la venida de Cristo 520, A; preparación de la venida de Cristo 133, III; 53; 500, a; una novena de preparación htûrgica 412, A-B; preparación de la venida de Cristo por medio del temor 73, a; como preparación a ella, caridad y misericordia 500, c; quienes ahora reciban a Cristo humilde y pobre serán recibidos por El el dia del juicio 118, III; invitación de Cristo en el pesebre 522, D.

Négociés: las ocupaciones mundanas nos quitan el tiempo que deberíamos dedicar al aima 348, c; doble solicitud por ellos: laudable y pecaminosa 414; hay que usarlos para provecho del aima 818 (cf. Aristocracia).

Vbediencia: no impone a la voluntad ninguna coacción necesaria, sino que la déja libre 645-6; por qué no se obedece a la ley 671, A; la soberbia, raíz de la desobediencia 671, B; por qué hemos de obedecer 672, b; nuestra sumisión a Dios, fundada en nuestra esencial dependenda de El 419, C, b; no humilia, sino ensaiza, G72; más virtud se requiere para mandar que para obedecer 211, B; la grave obligacón de obedecer a la ley civil 747; Cristo, modelo 848, n; 717; la obediencia de Maria, ejemplo que debemos imitar 717; GU; 6G0; 671.

Obispos: les debernos obediencia y reverencia por la dignidad de su oficio 53; su gran responsabilidad 356, b; su grave obligación de predicar 38, 1; han de ser ejemplo de santidad para el pueblo 356, b.

Obras buenas: para realizarlas necesitamos la gracia 330, 3; 328, a; a veces las hacemos con tantos defectos y frialdad, que más hemos de pedir perdón que recompensa 363, E; la soberbia les quita el mérito 373, b; hasta las mejores obras están manchadas por la vanagloria 663, e; todas las acciones hemos de referirlas a nuestro fin sobrenatural 507, c; su necesidad, junto con la fe, para salvarse 835, b; 207, a; las

iObras buenas]

Duras de la luz y las obras de las tinieblas 120/

Obreros: reconocer sus derechos no es caridad, sino justicia 757; tienen derecho a una vida humana, porque con su trabajo contribuyen a la utilidad común 535 s.; hay que fornarlos en sus derechos y responsabilidad para promover así su progreso e iniciativa 686, g; el deber y el derecho al trabajo se los concedo la naturaleza, no la sociedad, y, por tanto, a ella y a los patronos corresponde en primer lugar la organización del trabajo; la misión del Estado es supletoria sus asociaciones no pueden ser prohibidas por el Estado mientras de propósito no persigan malos fines 689, e; los patronos deben procurar su formación para que puedan bastarse y defenderse a si mismos por medio de instituciones apropiadas 758; Cristo se hizo obrero para que el obrero fuera otro Cristo 446, B, c; no deben recibir por caridad lo que se les debe por justicia 587, a; sus quejas contra la Iglesia: favorece a los ricos y no se ocupa de nosotros 684, b; para que pierdan sus prejuicios contra el cristianismo y la Iglesia hace falta una auténtica caridad para con ellos 683, b; en el estudio de sus problemas es fácil dejarse llevar de ilusiones 238, g; los problemas de la clase obrera son el punto neucálgico de la moderna cuestión social 238, g; exigirles un trabajo excesivo es contra la justicia y la humanidad 237, d; el deber apostólico de los obreros católicos 240, 8; hay que tender hacia una organización corporativa que engendre la solidaridad entre patronos y obreros 230, i; el comunismo rebaja su dignidad, considerándoles como una pieza cnâs de la máquina estatal, sin derechos Trente a la colectividad 865, c-f; el Estado debe procurarles también su salud espiritual 537, e; han perdido la fe en parte por el deficiente comportamiento de muchos católicos en el campo social 547, x; por sus obras conocerán a quienes se acercan a ellos como amigos y pretenden convencerlos 239, b; su modo de ser cambiará cuando se sientan miembros de la gran familia del cuerpo místico de Cristo

[Obrero]

96, e; en ciertos casos su mal-estar econonno dependo de las necesidades superfluas que pretenden satisfacer 92. b; ellos más que nadie susplran por un nuevo orden social 90, 2; porque sufren más que otros los desequilibrios económicos es- la- tales e Internacionales 90, 2; nadie como la Iglesia defiendo sus justas peticiones 92, b; sus fgrandes necesidades materiales es dificultan el cumplimlento de las leyes de Dios 104. b; existen explotadores de los obreros 99, o; no se puede abu- ser de ellos como si fueran co- sas 237 d; la economia liberal les preparô para ser presa del comunis.no 239, d; deoe d: rse- les parte de responsablidad en la consttución y desenvolvi- miento de la economia nacional 536, t; 230, su trabajo es quien entendra la riqueza de los pueblos 535, q; deben ser especlalmente protegldog por el Estado, como más débiles 672. c; los obreros cristianos, con su conducta recta y bien uni- dos, pueden cooperar mucho a solucionar la cuestiôn social 684, c; el no remediar su mala situaciôn social puede conditcir- 103 a provocar una violenta perturbaciôn social 104, b: tan- to como el bienestar econômico necesitan una formaciôn moral y religiosa 90. c; no es cierto que por una ley econômica fa- tal estén condenados a la po- breza 685. d; se ha impedido a veces que la voz del Papa llegase hasta ellos 547. x; tris- tes condiciones de vida de los obreros agricolas 540, d; es insostenible la situaciôn de los obreros agricolas 236, b; pa- ternallsmo laboral 756; no es- tân suflclentemente protegldos 682, b; muchos pierden la fe porque se les explotaba y en nninguna parte encontraron car- ridad 684, c; es necesario es- tlmuiar la creaciôn de asocia- ciones obreras que defiendan sus Intereses 689, d; abusar de ellos con afân de lucro es con- tra todo derecho divino y hu- mano 685. f; el liberalismo les negaba contra justicia el dere- re ho de asoeiaciôn 689. c. tie- nen derecho a vlvir de su tra- bajo y, por tanto, a un salario suflciente para sus necesida- des 749, B, b; se hullan degra- dados por el réglmen capitalis- ts de trabajo 862, j; 864, n; la apostasia de la masa obrera

[Obreros]

es consecuencu de las paslones desenfrenadas, especialmente la codlcla 380, c (ci. buiario, Trabajo).

Occidente: su lucha material y espiritual con Oriente 563, III.

Odio: ha prevalecido en los tiem- pos modernos con graves con- secuencias; hay que volver a la caridad cristiana 230, h; el amor despreclado se convierte en odio 75, 3.º (cf. Enemigos).

Opinion publica: hoy se einplea la mentira slstemâticamente para formar la opiniôn públca con tal de que trlunfen los pro- plos intereses 391, m; 4-të.

Optimlsmo; sentido optimiste de la vida para el cristiano 123 (cf. Alegria).

Oraciôn: naturaleza: en qué Consiste 310. 6; su esencia esiâ en la comunlcaclôn v unlôn c«»n Dios 743, c; dlferencias entre la oration de quieiud y la me- dltaciôn discursive 407 X; es- 'pirltu de oraciôn y actu de orar 743, 2, B; dos mudos de orar: prâcticas especiaies; slm- ?Je uniôn del corazôn con Dios 42. II, A; oraciôn y munlfico- ciôn, virtudes conexas 655; pa- ra orar bien no se necesitan métodos 661; condiciones para una buena oraciôn 661; qué he- rn »3 de pedir 499. c; condicio- nes para ser oida 310, 6; para que sea oida es muy ebcaz que vey a recomendada por las obras de misericordia 489; re- comendaciôn y ventajas de la oraciôn nocturna 744, III.

—necesidad: el precepto de dedi- car a la oraciôn un tiempo determlnado: modos de cum- plirlo 743, C; le oraciôn cons- tante 742, I; p>r el bautismo quedamos obllgados a orar 310, 6; su necesidao para el hombre de acciôn 292, E; es necesario promover la oraciôn en familia 382, a; la necesiia- mos diariamente para obtener la protecciôn divina y dar gra- cias 744; para la elecclôn de estado 438, C.

—efeclos: es fuenle de alegria 413, III; es incompatible con las discordias entre los pueblos 383, d; su eflclencia para res- tablecer el equillbrlo en el mundo del trataJo 382, c; cuân- to contribuye e la conserva- clôn de la paz 383, d; diamtnuye las preocupeclones temporales 415, b, 3; con ella podran ser ven- cidos los males soclâies 382. b-c; su valor expiatorio 631; re- medio para la codlcla 382. c.

Orden nuevo: todos asf/ltan a un orden nuevo. pero cspectaJ-
■mente las clases obreras 90, a; hay que rehacer el mundo desde sus cimientos bajo la gua de la Iglesia 90. b: lus directrices de lus Pontifices, fundamentos de un orden cristiano 663, B, 1; la Iglesia exhorta a sus hl'os mas ue.es diHpoestos al sacrificio, a una cruzada para Implamarlo 394, g; su Ins-tauraclôn por Crlstô v los cristianos 294; su necesidad para que Crlstô reine en la sociedad 589; grave deber de colaborar a un ordenamiento social mäs justo 242, f-g; necesidad de trabajar por una profunda reforma social 135: ante las exigencias de la reconsi rucción social no cabe la fuera ni ia pereza, sino la lucha 98, d: lodu orden nuevo que qulera oromover la paz debe basaise en a ley moral 853. d; modos de cooperar a su eslableclmlenlo 295, III, C: 851. a; para conseguirlo se segulrâ una rennvación profunda del esnrilii cristiano 91. a: ver a Cris'ô en nuestros prô- ilnr'S, esneclclmente en los po- ires y obreros 447, V: y la res- tauración de las cos'urnbres crlstlanas 91, b; se ha de esperar orlnci pã l m en : e como efecio de la carldad cristiana 95, c; para Implamarlo es necesrlo que Crlstô aoarezca en tnda le vida prlvada .. social 240. e: el conocimiento de la realidad del Cuerpo mls'lco puede contrlbulr eflcezmene a 'la cons'iluclôn de un orden nuevo 547. y; un principio que hay que tēner en cuenta: la desigualdad na'ure de los hombres v la necesidad de su- frlr en esta vida 92. c; 140. A; su esabilldad depende de la observanda de las supremas normas de la verdad 390, I; mls- lôn de las asoclaciones obre- ras en 'a r^stauraci^ n Un] nr- den social 690. 1. e! obrero tie- ne que contrlbulr con la mo- deración y el ahorro 92 b: efl- cez cooperaciôn de las mlnorlas para su es'abledmlen'o 291, I- II; pr>demos acelerer su Im- plantaclôn cnn le caridad v la justicia social 444, III; no se conseguirâ con la lucha v la revoluciôn. sino con ei trabajo consterne balo las normas do le Justicia cristiana 544. n: se habrâ logrado cuando a todos lieguen los bienes en la rnedida suflciente a sus necesidades 533, II (cf. Sociedad: remedies » ses males).

Ordenamiento jnrldlco; es la pro- yeccclôn externa del orden so- cial querido por Dios 694, I; es necesario como sosiēn y pro- tecclôn del orden social 538 a; 694, il. cuando se desconecia del derecho divin» pierde su eflcacie v a la larga se desrno- rona 695, n; su unidad Interna depende del predomnio de lo espiritual. del respeto a la dtg- nidad humena 694, I; su fun- ción no es dominar, sino dea- rrollar la vltalldad de la so- ciedad 694. II; 538, a; las nor- mas fundamen'ales de derecho no pueden ser abrogadas por ser de ley natural 694. rn; cuando se basa en postulados mate- rlalls'as estâ condenado al frac- cas» 694, I; el que se basa en fundamentos excl u si va mente humanos v en una moral mili- taria es esencialmente Insuti- ciente 695. n (cf. Der*»ch.»).

Oriente: su lucha material y es- prltual con Occidente 563. III.

Pablo: apostojlcldad de su mls- slôn 6C6: modelo de alegr'a 412, 2; su tcologia trlnl'arla 607: su concepciôn del Cuerpo mltico de CrCst · 435 VTT-VHI · sen'ldo de su frase "Revestlrse de Je- sicrisio" 21, 3; su doctrina so- bre Crlstô, nuevo Adz'n Salva- dor 889; snbre la universalldad de la redención 888. C; sobre la limosna 167, b.

radre*: son cooperadores de Dios para poblar el mundo de hum- ores y el cielo de santos 726, I: deben considerar a sus hijos como un tesoro que Dios ha putsto en sus manos 699 c; su misiôn es formar a Cristo en sus hijos 726; han de ver a Crlstô en sus hijos v procurar 3ue sean una au'éntlca repro- ucclôn de El 446. IV. b: la gran dlgnldad de su misiôn 727, B; su misiôn mäs elevada es la pd"raciôn crls'lana de sus hijos 752, IV; ellos tlenen prl- marlamente el deber v el de- recho de educar a sus hijos 700 ss.: con frecuencia, por su escasa preparaclôn, desculdan este deber gravfslmo 701. h; no deben conflar totaJmente la educaciôn de sus hlj.»s a per- sonos ajenas 752, C; su alegria cuando havan cumnlldo su mls- slôn educadnra 727. C: la es- peranza del padre cristiano en la educaciôn de sus hijos 750; cōmo se han de porter anie la vocaciôn religiosa de «us hijos 666, c. gozo v consuelos de te- ner un hijo sacerdote 666, c; no fatten quienes dedlcan al

[Padres]

se.vicio de Dios a los hijos incapaces de brillar en el mundo 666, c.

Paganismo: la sociedad moderna ha vuelto al paganismo 845, f; el paganismo moderno, consecuencia dei laicismo 98, a; la humildad era desconocida en el mundo pagano 324, a; 429, B.

Palabra de Dios: sus ofectos en las almas 558, III, a; la sinceridad es muy buena disposiçion para que fructifique 389. h; responsabilidad de quienes la oyen y no la dejan fructificar 880, IV, B (cf. Predlcaçlôn).

Pasiones: en sacrificar sus exigencias consiste la entrega a Dios 662, b; en m ierarlas consiste la autêntica piedad 662 b-c; mientras no estên dominadas no serâ, posible gozar de Cristo en nuestra alma 442, IV C; si se cede al principio, luego no se puede volver atras 161; son mâs violentas en quienes gozan de bienestar 191, b: aunque se condescienda con ellas, nunca saciarân el alma 517, b; para luchar contra ellas necesltamog la gracia 825, 1; no nos abandonarân hasta la muerte 80, 2; es necesario mortificarlas, el ejemplo de Cristo 831. D; nos dificultan el cumplimiento del deber 578, II; especialmente la de codicia es la raiz de la apostasia de la fe en nuestros tiempos 380, c; sus males: privan al aima de Dios. la cansan y atormentan 516, C (cf. Concupiscenda).

Paternalisme: el estado paternalista 753; paternalism© laboral 756; reprobaciôn del paternalisme que pretende dar al obrero a titulo de caridad lo que se le debe por justicia 587, a.

Patria: no es lo mismo que Estado 561, 1, a.

Patriotismo: diferencia entre patriotismo y ciudadania 561, 1, b.

Patronos: hay que tender hacia una organizaciôn corporativa que implante la solidaridad entre los patronos y obreros 230. 1; mejorarân sus relaciones con los obreros si los miran como hermanos, miembros de un mismo Cuerpo místico 96, e; hay quienes por afân de lucro abusan de los obreros contra toda justicia y humanidad 237. d; abusar de log obreros con afân de lucro es contra todo derecho divino y humano 685, f; utilizaron a veces a los

[Patronos]

obreros como meros instrumentos, sin preocuparse de sus aimas 381, e; defraudat el justo salario a sus obreros es un gran crimen 685, f; deben dar al obrero no el salario m nimo con el que éste estâ dispuesto a trabajar, sino aquel que basta a cubrir sus necesidades 749, B, b; son de alabar quienes tratan de ayudar a los proletarios 683, d: no deben perjudicar, sino favorecer a los obreros como mâs débiles 682, b; les serâ Lícito burlar las leyes que ordenen de tal modo precios y salarios que no les dejen mârgen de bënëficies 750 b; su actitud proteccionista ante los obreros ha de ser transitoria 757, IV; porque han de procurar la formaciôn de sus obreros para que ellos puedan bastarse y defenderse por medio de instituciones apropiadas 758; paternalismo laboral 756 (cf. Empresa, Capital, Obremos, Salario).

Paz: interior: la imperturbable paz de Dios 311, 7; en esta vida no se encuentra la paz 46; la paz perfecta ûnicamente la conseguiremos en el cielo 45, 3; 47, b; la esperanza, garantïa de paz 730, b; engendra la alegria 308; para encontrarla es necesario ser fieles a las inspiraciones de Dios 272, B-C; sôlo en la humildad se puede encontrar 333; es especialmente necesaria a quienes dirigen a los pueblos 383, d.

—social: no consiste en aferrarse obstinadamente a lo antiguo ni en ausentarse de los problemas que prêsenta el mundo moderno 395, e; hay que conservar a toda costa la paz entre lag naciones 230, y; pero no se conseguirâ si no hay sentimientos de paternidad y fidelidad a los pactos 230, g; para conseguirla es necesario remover las causas que agravan el peligro de guerra: penuria de materias primas y estrechez dei territorio nacional para alimentât a sus habitantes 543 m; se fomentará mediante una concepciôn cristiana del trabajo 860. e: corre el peligro de ser perturbada por quienes, a causa de sus excesivas miserias, pueden provocar una revoluciôn social 539, d: todo orden social que quiera prcvnover la paz debe basarse en la ley moral 853. d; la ley civil, garantia de la paz social 748, II,

[Paz social]

C; se conseguirá únicamente cuando Cristo reine en la vida privada y pública 378, d; Cristo, Salvador del bienestar y paz social 885; no es posible garantizarla si no se resuelve eficazmente la cuestión social 394, f; la acción de la Iglesia es imprescindible para conseguirla 856, a, c; cuanto contribuye la oración a conseguirlo 383, d; la destruye el egoísmo 885, U.

Pecado: naturaleza: definición 823, 1; es una ofensa y rebelión contra Dios 570, II; es una rebelión contra la razón 84, E; es incompatible con la gracia 570, VII; 581, 1.º; razones de su malicia: los efectos que pro-

cado venial no debe despreciarse por ser pequeño 490, c; es el mayor mal del hombre 822; 824; los cometemos por negligencia, por concupiscencia, por malicia 344, A; todos somos pecadores 329, 1-4; 430, III; 495, 5.º; es efecto de la falta de humildad 660, A; la falta de vigilancia, causa de pecados 78, b.

—original: la caída: Adán-Eva; la restauración; Cristo-Maria, 782-84; su idea en el Antiguo Testamento 610; por él incurrimos en una doble muerte: del cuerpo y del alma 33, 2; la acción redentora de Cristo fue más abundante y universal que la caída de Adán 840, C; consecuencia suya son las pasiones desordenadas 380, c; vicio a la naturaleza humana 807; 825, 1; todavía persisten sus efectos: debilidad de la voluntad y tendencias desordenadas 384, d.

—castigo: doble castigo: temporal y eterno 120, I; 824, 2-3; en sí mismo ya es un castigo 60, 3; a veces Dios permite, en castigo, el endurecimiento de conciencia 79, 3.º; 129, B: los pecados de omisión y la sentencia del juicio final 131; 26, 3.

—efectos: diversos efectos 822, 3; sus consecuencias a través de la historia 202, 2; importa reato de pena y de culpa; cómo se quitan ambos 646, C: convierte al pecador de amigo de Dios en siervo del demonio 571, C; causa la muerte al alma porque destruye su vida divina 570, III; 581, 3.º: hace al hombre objeto de la ira de Dios 570, II, B; 581, 2.º; 60, 1; el pecado, mal de Dios y del hombre 570; 823, 1; 581, C, b; el primer perjudicado con él

[Pecado: efectos]

pecado es el mismo pecador 824; la muerte, efecto del pecado 878, e; 896, U; impide ver a Cristo, luz y verdad del alma 33; nos separa de Dios 490, a; nos somete al demonio 60, 2; quita al hombre la libertad, haciéndolo esclavo 60; 778, c; los hábitos de pecado hacen que no se aprecie su gravedad y endurecen la conciencia 39; impide merecer 60, 3.

—perdón: para sanar sus efectos vino Dios al mundo 624, a; en qué consiste la remisión del pecado 503, A-B; el milagro del perdón de los pecados 217, a; cómo se perdona la culpa y la pena 646, C; aunque sean muchos, mayor es la misericordia de Dios 497, c; Dios únicamente nos exige el arrepentimiento para perdonarnos 828, b; necesidad del arrepentimiento 518, B; 581, C; no hay perdón sin penitencia: razón y explicación teológica 503; 480, e; penitencia y perdón de los pecados: testimonio de la Escritura 497, c; la expiación por la penitencia 549, II; también para la remisión del pecado venial es necesaria la penitencia 504, C; necesidad del propósito de enmienda 519, a; el bautismo de Juan y la remisión de los pecados 478, 4; 510, C; necesidad de la humildad para alcanzarlo 333, b; 430, V; la limosna y el perdón de los pecados 584, C; 586, B; 592, C; aun perdonado el pecado, permanece la concupiscencia 630, 3; modos de satisfacer por él 630, e; valor expiatorio de las tribulaciones voluntariamente aceptadas 614; valor satisfactorio de la limosna 486, b; 488, d; 489, b.

—remedios: una vez cometido, aplicar pronto la medicina de la penitencia 193, c; tres remedios: limosna, oración y ayuno 490, c; el temor de Dios 505, E; evitar las ocasiones aun a costa de los mayores sacrificios 519, b; el no evilarlos es causa de pecados 826, 2.

Pecadores: obran neciamente cuantas veces proponen arrepentimiento y sigren pecando 828, b; de amigos de Dios se convierten en siervos del demonio 571, C: suelen justificarse ante su conciencia con razones espedosas que nada velen ante Dios 508, C; necesitan hacer penitencia de sus pecados 495, 2; 581, C; diversas posturas ante los castigos de Dios 513, D; en esta vida se burlan de los justos, pero en la otra llevarán

[Pecadoref]

su merecido 724, TV; Dios ama al pecador v odia al pecado 492. 4; Ding no cesa de llamarlos a penitencia: diversos modos coiiij lu nace 512. A; se vale de muchos msdios para d"soertar sis conciene.as; no rehusar esas liamadaa 499, b; Dios no se separa de ellos. son ell'S los que se apartan 492, 4; no les olvida v les espe>a aunque ellos se han apartado volun'arlamente de El 492. 3: 499. c; Dios quiere salvarlos, no condenarlos: de ahí su paciencia con ellos 39; para salvarlos vino Cristo el mundo 626-7; ahora desprecian los avisos de Dios, después se arrepén'irân 42 d: no se c^nfnien porque Dios no les castiga de momento 39. 3; obran como si Dios no les vlese, v Di^s vendrà de improviso a turbar sus p anes 79, 2; Dios se porta con ellos como juez. médico y maestro 618, c; cuando llegue el juicio, comprenderân sus errores: pero ya no tendrân tiempo de enren-darse 40. 4; 129. III: 42. d: terrible juicio del necador 126.

Penitencia: interna: hacer penitencia es juzgarse y castigarse a si mismo para no serin por Dios 496; ademâs del irrenentimiento exige obras positivas de virtud 528. B: diversos >-rados .segûn su diverso fundamento y origen 504-505: su diferencia de la mortificaciôn 478, 2; modos de ejercitarse en ella 486. a: es medicina dolorosa, pero cura'iva 496. 1: su predicaciôn constante en la Sagrada Escritura 573. I; materia prediecta de la predicaciôn del Bautista 524. D: dos invitaciones de Maria Santisima a la penitencia: Lourdes v Fâtlma 573, V: 578; una carte de Lucia, la vidente de F^tima sobre la penitencia Inferior 578: la penitencia fundamental que Dios nos exige es el cumplimento del deber 577; motivos 490, A: 524. D: 481. b; no es fácil la verdadera penitencia, porque exige muchos sacrlflos 528, B; newestta del recogimiento; el bullcio de mundo la ahoga 526. a; es ?' único medio de aplacar la ira de Dios 572, C-D: caridad v penitencia 582; la llmosna como penitencia 584: 592 C: 318 B: 478. 3; el dolor como penitencia 737. c; las obras de misericordia, medios para hacer penitencia 488, a; el cumplimento de los mandamientos, modo de hacer penitencia 478, 2; la

[Penltencia: Interna]

voluntariamente es medio para vencer las ten aclones 493. 1; ed hacer penitencia por los pecados como remedin de los males presen'es de la sociedad 571; es medio para fortificai la volun ad 526 a.

- externa: necesidad y normas para su prâctica 575; es mäs frecuente sufrir iluslones en esta materia 528 B; ejemplos de los sentos 548.
- necesidad: necesidad v motives 481, b; 477. 2; 492, b; 495. 2; razones de su necesidad 493-95; todos tlenen necesidad de hacerla 834. b; es necesaria a los justos v a los pecadores 580; su necesidad para seguir a Cristo 573: su necesidad absoluta para obtener el perdôn de Inq pecados. razón ^eop^ica 503: 495 1.º: 480. a: penl'encla y perdôn de los pecados: testimonio de la Escritura 497. c; también es necesaria para la remlslôn del pecado venial 504, C; su necesidad anfe los crecientes males de la soci&dad 382 b; hemos de hecerla tanto mayor cuantns mäs pecados hayamos cometido 335. c.
- sacramento de la: su ministro es Cris'o. representado por el sacerdote 558. B. c; condiciones: dolor y propôsito 517 ss.; su recepciôn seria sacrilep-a si careciera de dolor y propôsito 519. a: recibirla sin preparaciôn adecuada es inútil y un desprecio e Dio3 517, A: la falta de propôsito firme suele ser castigada por Dins nermriendo la impenitencia final 518 A; es frecuen'e que se reciba por mero formulismo v asi no aprovecha 517, A: después de recibir el sacramento ^s necesarlñ cambiar de condic'a 828 (cf. Arrepentimiento, Confesiôn, Mortificaciôn).

Perfecclôn: Dios nos Invita a una gren perfecciôn 417, III. a: cada uno estâ llamado por Dios a un determlnado grado de perfecclôn 386, I; 451. a: consiste en que nuestro modo de apreclar las cosas v de a^luer coïncida cnn el de Dios 676, b; la elevada perfecclôn un'olôglca del crls'lano 164. e: la carMad. â~lcp de la nerfecciôn 659. c: Cristo, centro de la autén'lca perfecclôn 574. A-B; Cristo nos antecede en este camino y nos ayuda con su ejemplo y gracias 434. N, C: el primer paso es el conocimiento proplo 344, A; a mayor perfecclôn. mäs humlldad'361, c; necesidad de la penitencia para

[Perfección]

aicanzuna 474, B; el trabajo, medio de perfección 903, A; las criaturas impedimento para la perfección 515 ss. (cf. Santidad, Vida espiritual).

Persecución: Cristo y su Iglesia siempre perseguidos 614; la Iglesia las necesita 632; las primeras persecuciones de la Iglesia: una vez trisuanu 110; todos los que sufren por la fe están unidos con Cristo, que también sufrió 633, b (cf. Tribulaciones).

Pesimismo: no es solución para las dificultades de la vida 124, li; característica del mundo moderno 728, I; en nuestros tiempos no podemos ser pesimistas, hay que actuar 395, g; temor y pesimismo ante el poderoso problema social de nuestros días 136, 1-11 (cf. Pusnamicidad).

Persona: su conservación, desarrollo y perfeccionamiento es el fin de la vida social 844, b; derechos fundamentales de la persona 385, e.

—su dignidad: dignidad natural del hombre. rey de la creación 384, a; 450, II, c; gran dignidad del cristiano 611; sus fundamentos 450, ii; se fundamenta en la grandeza y prerogativas del hombre 385, c; igualmente en los bienes recibidos de Dios y en la igualdad de todos los hombres ante Él 53, c; pero la mayor dignidad del hombre le viene de Cristo, con su gracia 384, c; derivada de su elevación a) orden sobrenatural 232, c; y del fin de la persona: conocer, adorar y gozar de Dios 386, h, j; 450, II, b; a los derechos y deberes que esta dignidad le confiere no puede el hombre renunciar 537, f; 398, g; nadie, ni Dios mismo, puede violarla 398, g; el comunismo rebaja la dignidad de la persona de) obrero 865, c-f; queda degradada con la organización capitalista del trabajo 862, j.

Piedad: su naturaleza y extensión 561, I, A; la auténtica piedad no consiste en prácticas exteriores, sino en el sacrificio de las pasiones 662, b-c; cómo buscamos una piedad fácil que no exija demasiado 663; no es compatible con la contaminación con el mundo 663; no es bueno desprestigiar las formas de piedad instituidas por la Iglesia para buscar otras 665, a; condenación de la piedad falta de misericordia 131, o-II; el pretexto de obras pla-

[Piedad]

dos apostólicas no nos exime del cumplimiento del deber 579, B; hasta nuestras obras pláticas están mancadas por la vanagloria 663, e; recomendación por los rapas de la piedad litúrgica 412, C; características de la piedad femenina 741, V (cf. Vida espiritual. Vida cristiana).

Placer: el ansia desenfrenada de gozar, más de la sociedad moderna 568, II; el ansia de placeres va entrando también en el mundo obrero y desequilibra su economía 92, b; las riquezas inducen al placer 542, j (cf. Gozo).

Pobres: son miembros de Cristo; haciéndoles bien a Cristo lo hacemos 42; 69, A; 130, I, B; la evangelización de los pobres, misión de Cristo y de la Iglesia 282; su evangelización, prueba de) espíritu de Cristo 162, 2-3. 200, 3; 282, 1-11; Cristo tiene predilección por ellos 396, a; hemos de ver en ellos a Cristo 238, i; la Iglesia los protege especialmente porque ve en ellos a Cristo 396, b; tienen la misma dignidad que todos los demás hombres 446, B, b; el pobre es el gran abandonado porque es el gran desconocido 447, V; modos de acercarnos a ellos 283, VIII; hay que saber tratarles con delicadeza 172, 2; más que la liturgia material es interesante el contacto personal con el necesitado 281, IV; ayudarles personalmente ennoblece 172, I; constituye un honor remediar sus necesidades 167, 2; razones para socorrerlos 501, b; dejémoslos llevar de una santa influencia para socorrerles 168, 3 (cf. Limosna, Pobreza).

Pobreza: no es deshonra. Cristo se hizo pobre 397, c; Cristo las elogiaba y vivió 282, III; por qué Cristo y María fueron pobres 721; Dios estima a la pobreza 200, 3; voluntariamente buscada o aceptada la aprecia Dios 721, I-B; es camino más seguro que las riquezas para seguir a Cristo 286, VI; Dios la permite en unos para que otros se ejerciten en la caridad 281, c; la excesiva pobreza, lo mismo que la excesiva riqueza, es causa de olvido de las leyes de Dios 542, j; 104, b; en ciertas condiciones hace difícil atender a la salvación del alma 236, a; un obispo pobre: San Norberto 405, VI; el ejem-

[Pobreza]

plo de Santo Tomâs de Villanueva 552 (cf. Pobres).

l'oderosos: estân especialmente obligados a cumplir la ley de Dios 672; no suele decirseles la verdad 107, IV; tienen que rendir a Dios cuentas muy estrechas 356, D; el juicio de Dios serâ mucho mâs riguroso con ellos 93, a; 211, B (cf. Gobernantes, Ricos).

Politica: hay quienes pretenden con engaños convertir al pueblo en instrumento de ilícitas maquinaciones 392, n; 448, II, A; hoy se emplea la mentira sistemáticamente como arma política, sin tener en cuenta la ley moral 391, m, n, d; 448, II, A; teor.as políticas del comunismo 865, e; la Iglesia no se entromete en cuestiones puramente políticas 390, i; la Acción Católica no desarrolla actividades estrictamente políticas 688, f.

Pontifices: su misión es dar testimonio de la verdad y refutar el error con valentia y caridad 398, c, e; 389, g; 390, i; 392, n; 448, C, II; en cumplimiento de su deber levantan su voz para denunciar los males de la sociedad 392, a; sus orientaciones imparciales defienden la verdad, la justicia y la caridad 376, d; sus directrices sociales han de ser las fundamentales de la sociedad cristiana 563, B, 1; necesidad de predicar sus doctrinas 425, VI, G; han advertido una y otra vez la razón de los males sociales: el apartamiento de Dios 136, II, A; nunca han dejado de ayudar al necesitado ni de hacer ver su responsabilidad a los que no cumplen sus deberes 99, b; aumento de su autoridad moral en el mundo 376, d-f; es un hecho notorio que no sólo los cristianos, sino hasta quienes no lo son, estân mâs unidos al Pontificado hoy que nunca 376, c-f; su doctrina sobre la limosna 591; sus doctrinas sobre el paternalismo e intervención del Estado 754, IV; el Pontificado es perenne, mientras pasan las instituciones humanas 276, rV-V (cf. Iglesia).

Positivismo jurídico: es condenable al prescindir en las leyes de Dios y de la moral 695, fl; sus íntimas relaciones con el totalitarismo de Estado 636, p; su verdadera realización se encuentra en el Estado totalitario, que rompe todo derecho di-

[Positivismo jurídico]

vino 696, o; estableció el "derecho legal", que rompe con la dignidad del nombre y su dependencia de Dios para someterlo omnimodamente al Estado 696, o; desfigura y corrompe el verdadero sentido de la justicia 696, p.

Predicación: es palabra de Dios: cómo se ha de oír 513, C; es el mâs alto ministerio de la Iglesia: testimonio 423, II; estima en que Cristo y los apóstoles la tuvieron 423, II; la grave obligación de predicar que incumbe a los obispos 38, 1; es para el sacerdote derecho inalienable y deber ineludible 3b9, h; fuentes en que se debe inspirar 425, VU; el amor a Dios, alma de la predicción 425, VII; la evangelización de los pobres, nueva del espíritu de Cristo 200, 3; 282, II; la predicción del Bautista 523 ss.; cuando el hombre no la quiere oír, Dios le había de otro modo con los castigos 513, C; necesidad de predicar el arrepentimiento de los pecados como remedio a los males presentes 571; es vehículo de vida sobrenatural 879; su eficacia 424, III; sus efectos en las almas 558, B, a; condiciones para que su palabra tenga vida 425, VII; tiene mayor eficacia cuando el predicador da ejemplo de austeridad y penitencia 476, c; ejemplos de su eficacia 707-708 (cf. Palabra de Dios, Predicadores).

Predicadores: excelencias de su misión 421, C, 2; su gran responsabilidad como administradores de la palabra de Dios 880, IV, A; 38, 1; tienen el deber de desenmascarar los errores y presentar la verdad limpia 388, d; 389, h; deben defender la verdad aun a costa de su vida: el ejemplo de San Juan Crisóstomo 551; sus cualidades 425, V; no deben buscar su propia alabanza, sino la gloria de Dios 348; con su palabra preparan los caminos del Señor, como el Bautista 335, c; qué materias se deben predicar 424, IV; cuando el predicador da ejemplo de austeridad, su predicción tiene mayor eficacia 476, e; 524, E; un ejemplo imitable: Juan Bautista 314, 6; 347, a (cf. Palabra de Dios, Predicación).

Presunción: es completamente injustificada: todo lo hemos recibido de Dios 178, e; el que

[Presunção]

presume ser algo roba a Dios su gloria 178; su castigo es que Dios permite nuevas caídas 331, 1-2; la evitaremos con el propio coQocimiento 365, a; 428, E; remedio: nadie te ha prometido que vivirás mañana 498, 2.º; el temor de Dios es remedio contra ella 363, E; conduce a acciones temerarias 416, II (cf. Soberbia).

Profecias: su cumplimiento, prueba de la divinidad de Cristo 200, 2; confirma la verdad del cristianismo 205, a; dos profecias de Isaias: comentarios 162, 2.

Profetas: su recia personalidad 220, b; la admirable instilución del profetismo 219, a; habian anunciado todos los aspectos de la vida de Cristo 162, 2; también la misión de Juan Bautista 349.

Prójimo: siempre hemos de buscar su bien a ejemplo de Cristo 157, 1; motivos para sacrificarse por él 157, c (cf. Amor, Misericordia).

Proletarios: su numero ha crecido desde la implantación de la industria 540, d; es imprescindible darles pronto auxilio, pues su condición es misera 393, d (cf. Obreros).

Propiedad: el derecho de propiedad es natural e inviolable 396, b; su doble función: individual y social 530, a; 535, r (cf. Riqueza).

Propósito de enmienda: fundamentalmente es la misma contrición, por la cual detestamos los pecados que aun no hemos cometido 518, B; su necesidad para el perdón 519, a; debe extenderse hasta evitar las ocasiones 519, b; su falta constante en las confesiones puede ser castigada con la impenitencia final 518, A.

Providencia: en qué consiste la providencia de Dios 559; 561, B, 1; su modo de actuar 559, D; interpretación providencialista de la historia 561, E. III; la historia de Israel y la Providencia 560. II, A; la providencia de Dios en la Sagrada Escritura 560, II; cómo regula la marcha de las naciones 250. IX; etiene preferentemente al bien social 58, 1; los designios de Dios deben acoptarse humildemente, sin pretender coind, prenderlos 665, B, b; es fundamento de nuestra confianza en Dios 560. III; el día del juicio. conoceremos la rectitud de sus designios 128, I: 58, 1; es adorable siempre, aun cuando

[Providencia]

nos colrne de dolores 712 (cf. **Voluntad de Dios**).

Pueblo: Cristo y el pueblo sencillo 283, VI-VII: el pueblo busca a Cristo; programe de redención 294, II; modos de acercarnos a él 283, VII; si de un modo constante se aparta de nosotros, es que no somos auténticos discípulos de Cristo 284, IX; conoce intuitivamente quién le ame de verdad 284, VIII; es de condición agradecida 284. VIII; para inducirle a cumplir sus deberes religiosos: predicación, oración y, sobre todo, el ejercicio de la caridad 281, c; el pueblo, protagonista de las tragedias bíblicas 218, A; falsos redentores sociales que se le han acercado, v de los cuales se ha desengañado 294, II, B-C; hay quienes pretenden con engaños convertirlo en instrumento de ilícitas maquinaciones 392, n; 448, II, A; nadie tiene derecho a recurrir a la mentira para impedirle el uso de sus legítimas libertades 392, D; su elevación cultural deben procurarla quienes más dotes de Intellgencia han recibido de Dios 534, o.

Pureza: es ausencia de mezcla y de composición; por eso Dios es el puro por esencia 720, B; su valor espiritual v social 719, IV; la exige la misma razón natural 719. IV. B; tiene una doble medida: ausencia de Imperfecclón y unlón con Dios 720, C; motivos del cristiano para ser puro 719, IV, B (cf. **Castidad**).

Purgatorio: sus penas son terribles 507, c; mediante las tribulaciones podemos pagar en esta vida lo que deberíamos pagar en el purgatorio 658.

Pusilanimidad: es consecuencia del propio aprecio de sí mismo y de la supervaloración de las dificultades 433, II, C: paraliza la vida de perfección 433, III: se une con frecuencia a la pereza 433, III, C (cf. **Pesimismo**).

Kacismo: no es una teoría nueva; ejemplos históricos 887,1-11; sus postulados pugnan con la universalidad de la redención de Cristo 887; **cond.enación** 695. fi.

Razón: dirige a la voluntad hacia el fin, señalando lo bueno y lo malo 691, a; el pecado es una rebelión contra la razón 84 <cf. **Entendimiento**>).

Relaciones Internacionales: no son posibles sin la fidelidad a los pactos 390, j; 448, II, B; para garantizar esta fidelidad es preciso crear Instituciones adecuadas 390, k; 449, B; pero sobre todo es necesaria la garantía de la conciencia apoyada en la fe 390, l (cf. Tratados).

Religião: el bien común exige que se cumplan sus preceptos 537, d; sus preceptos como sustento del orden social 537, d; el factor religioso va siendo tenido en cuenta por los que tratan de ordenar la sociedad 538, g; el cumplimiento de sus preceptos atrae también prosperidad material 102, a; se hace más difícil en las actuales condiciones de indigencia 539, d; porque sus preceptos no se cumplen donde hay excesiva pobreza o riqueza 542, j; para e) comunismo la religião es el "opio del pueblo" 866, h; hay quienes abusan de ella para encubrir sus injusticias sociales 684, b; inspira al mismo tiempo sentimientos de temor y de alegría 667, A (cf. Fledad, Vida et-plritual).

Religiosos: les discordias en la vida religiosa 194, A; disensiones entre las diversas órdenes religiosas 196, d-c; en las instituciones religiosas existe con frecuencia una ambición y soberbia colectiva 260, III; las religiosas de clausura: su misión y necesidad 746.

Resurrección: no es Imposible para Dios 30, a; Cristo con su muerte nos ganó la resurrección 87; 813. a; 877; el Espíritu Santo, prenda de esta resurrección 34, 3; con ella culminará la redención de Cristo, ahora incompleta 62; fundamentada en el dogma del Cuerpo místico: si resultó la cabeza, resultarán los miembros 43. b; Cristo es causa de la nuestra 33, 2; 34, 4; fundamento de la fe y esperanza cristianas 43, a; la esperanza en ella. aliento en las tribulaciones 36, a; cómo resultaremos: dotes del cuerpo glorioso 44; la de nuestro cuerpo para el cielo y el gozo, condicionada por la de nuestra alma 44.

Ricos: Cristo amó a los ricos 284, I; son administradores de sus bienes y Dios les oedrá cuenta 532. h; quienes viven en lujos deben sentir inquietud y vergüenza de vivir así en medio de las miserias de los demás 103, d; do Con digno de perdón

[Ricos]

quienes viven lujosamente, habiendo quienes carecen de lo necesario 483, l; deben ser pobres de espíritu 286, V; la crisis actual del mundo exige que contribuyan eficazmente al bien común 533, l; al tener en sus manos todas las fuentes de producción, las emplean en su propia utilidad y para dominar en la sociedad 539, a; necesitan menos de la tutela del Estado, porque se defienden con sus propios medios 682. c; son pocos los que dan liberalmente 289, C; su gravísima obligación de dar limosna 531, d (cf. Riquezas Limosnas, Poderosos).

Riquezas: Dios no las condena en sí mismas 285, III, A; tampoco la Iglesia las condena: a veces honra especialmente a los ricos que saben serlo 285, III, B; puntos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre ellas 285, IV; Cristo y las riquezas; doctrina sobre ellas 284; dinero y Evangelio, términos antitéticos 698, g; su misión providencial 285, III, B; bien administradas, aumentan el mérito y el premio 286, VI, B; reglas de San Ignacio para su buen uso 286, V; son útiles porque nos sirven para conquistar el cielo 130, I; bien empleadas, sirven a la virtud 484, c; puede darlas Dios en premio temporal a las virtudes 285, II; son deseables sólo en cuanto nos conduzcan a Dios 722, III; su recta administración. arte difícil 286, VI; sus peligros 286, B; 379 a; Cristo nos advirtió sus peligros 282, IV; para seguir a Cristo es más seguro el camino de la pobreza 286, VI; la excesiva riqueza, lo mismo que la excesiva pobreza, son causa de olvido de las leyes de Dios 542, j; son todavía peores si se han adquirido empobreciendo a los demás 483, l; cierran a muchos el cielo 286, D; causa de la ruina del alma 482, l; su lugar más seguro es el banco del cielo; hagamos una transferencia por medio de los pobres 318; cuando ocupan el corazón no dejan lugar para Dios 698 g; inducen a abandonarse a una vida de placeres 542, j; las que se emplean en lujos, debiendo emplearse en limosnas, se hacen dignas de castigo 482, l; no son dignos de perdón quienes viven lujosamente habiendo quienes carecen de lo necesario 483, l; a la hora de la muerte habrá que dejarlas: amplexémoslas^ idea ahora 317,

[Riquezas]

b; de nada sirven ante Dios: para El todos somos iguales 484, d.

—su justa distribución: su doble función: individual y social 530, a; 140, A; 535, r; es necesario emplearlas para el bien social 441, III; su distribución ha de acomodarse a las normas del bien común y de la justicia social 534, n; de tal manera han de puseerse que fácilmente se comuniquen al prójimo cuando éste lo necesite 531, e; su acumulación en manos de unos pocos caracteriza la situación económica moderna 541, f; tales desigualdades han nacido de la inmoderada competencia en el campo económico 541, f; y la acumulación es tal que provoca graves conflictos incluso en el orden internacional 541, g; esta in justa distribución no es conforme con los planes de Dios 542, -i; una más justa distribución viene exigida por el bien común 544, fi (cf. Bienes, Ricos, Poderoso).

Sacerdocio: no hay más que uno,

■el de Cristo, continuado en sus ministros 558, c; su necesidad para el sacrificio 609.

Sacerdotes: ministros de Dios y dispensadores de sus misterios 557; 471, 2; dispensador; de la palabra, del alimento, del perdón. de la vida de Dios 558, III, B; hade ser otro Cristo en todos los aspectos de su vida 557, II, B; su altísima dignidad 557, I; 471, A; su dignidad y sus obligaciones 566; respeto y veneración que se les debe 558, IV; 471, A; por desgracia hay algunos Indignos, pero esto nada dice contra el sacerdocio 558, IV, B; consejos y exhortaciones para el trato con las almas 493, 3.º; ha de trabajar siempre con alegría, sin dejarse dominar por el cansancio 493, 3.º; le es necesaria la penitencia para reparar el desgaste que le ocasionan sus ministros 493, 3.º; una virtud esencial, la fidelidad 473, 1; deben abstenerse por su abstinencia de lujo y comodidades 94, g; no deben arrogarse el fruto de su apostolado, pues de sólo Dios depende 471, 1-2; su responsabilidad como predicadores de la palabra de Dios 880, III, A; no se dejen dominar por la ira, antes atiendan a todos con amabilidad 494; tienen el deber de desenmascararlo* erróreo y presentar la ver-

[Sacerdotes]

dad limpia 388, d; 389, h; tienen el deber y el derecho de predicar 38d, n; consolar, oficio ■del sacerdote 616; distinguirse especialmente en la enseñanza y práctica de la verdad y caridad 387, b; si el pueblo se aparta de ellos de un modo constante, es que no tienen el espíritu de Cristo 284, IX; el pueblo cristiano debe orar por ellos 558, IV, c; los ídolos deben imitar a los que viven ejemplarmente y no lijarse en quienes proceden mal 496, 2.º; un modelo de sacerdote apóstol: San Juan B. de Rossi 555; gozo y consuelo de los padres de un sacerdote 666, c.

Sacramentos: son vehículo de la gracia 819, III; comunican la vida de Dios a los hombres 558, B, d.

Sacrificio: el sacerdocio, necesario para el sacrificio 609; los sacrificios de Israel no eran mas que anuncios del de Cristo 629, 1.

Salario: es grave obligación retribuir dignamente el trabajo de quien carece de otro medio de subsistir 141; defraudar el justo salario es un gran crimen 685, f; hay que determinar lo fundamentalmente según las exigencias de la ley natural 749, B; si la equidad señalada por el legislador no alcanza a lo exigido por la ley natural, hay que pagar según ésta 749, B, b; ha de ser suficiente para la sustentación de un obrero frugal y de buenas costumbres 237, e; para determinar lo justamente hay que atender al doble carácter del **trabajo**; individual y social 228, b.

Salvación: es el más importante de los negocios 81, 5; voluntad salvífica universal de Dios 385, g; 581, A; su consideración es remedio para los que desesperen 497, 1.º; Dios desea salvar al pecador 618, c; Dios quiere salvar, no condenar: de ahí su ■paciencia con el pecador 39; la única salvación del hombre es Cristo 807, ss.; 878; condiciones para conseguirla: la fe en Dios y en Cristo 784, A; no basta la fe; se necesitan las obras 835, b; la conseguirán quienes reelaban bien la Eucaristía <0: dos obstáculos para alcanzarla: presunción y desesperación 508, C; el temor al infierno. camino de salvación 617, b; necesidad de la penitencia para conseguirla 477, 2; las condiciones de

rSalvaciôn!

la vida social moderna la hacen difícil 236, a.

Santldad: consiste en recibir de Cristo la vida divina 85, a; santidad y penitencia corporal 575, A; caridad con el prôjimo y santldad 582, A; la humildad, fundamento indispensable 327; 334; hay muchos caminos para conseguirla, respetemos a quienes siguen uno distinto del nuestro 195, c; el dolor, camino de santldad 738, III; aunque el aima vaya adelantada en santidad, no debe descuidar el coocimiento propio, que entonces le es mäs necesario 358, b; 366, d; fácil a veces, es penosa en la hora de la tribulaciôn 676, b; exige ser hombre de caráter 290, B (cf. Perfecciôn, Vida espiritual).

Santificaciôn: la santificaciôn por medio del trabajo ordinario 261, IV; santificaciôn de Juan Bautista antes de nacer 352 (cf. Perfecciôn, Santidad).

Santos: hombres de caráter 289, V; la figura del hombre iusto en la Sagrada Escritura 723; en qué sentido se dice que serán jueces en el juicio final 59 (cf. Justo).

Satisfacciôn: reato de pena y satisfacciôn 646, C; modos de satisfacer por el pecado 630, T; puede ser prestada por otro 647; Cristo continúa satisfaciendo por nuestros pecados 539, b; valor satisfactorio de las obras de misericordia 336; la limosna como medio de satisfacer 584, C; 26, 3; 532, g; valor satisfactorio de las tribulaciones 630, 1: 616; la satisfacciôn por medio del dolor 737, b; un medio para satisfacer: la enfermedad 712.

Silencio: su valor como fundamento de la vida apostólica 475, 2; el Bautista, modelo de trabajo en silencio 260, IV (cf. Soledad).

Sincerldad: es muy buena disposiciôn para que* fructifique la palabra de Dios 389, h; falta de sincerldad en el mundo; modelos que debemos imitar 447.

Soberbla: con frecuencia se esconde bajo capa de humildad y desprecio del mundo 373; sefiales distintas 328, a; la gracia no perdura en un corazón soberbio 335, c; 345, b; el soberbio pretende ser errante y se hace despreciable 337, c; madre de muchos vicios 361; engendra envidias y rencores 180, h-c; 19? B' e? cnâ nernlcloe*

(Soberbla]

que la Injuria 317, a; raíz de nuestras desobediencias; nos inclina a la rebeldia o a buscar excusas 671, B; quita el mérito a las virtudes mäs excelentes 372, a; causa del pecado 660, A; el soberbio descocitenta a todos 363, D; la tribulaciôn nos preserva de ella 657, c; Terredios 361; considerar el castigo de los soberbios 361, A; la bajeza de nuestro ser: qué fuimos, qué somos, qué seremos 362, b; 365, b; paca dominarla pensemos en el ejemplo de Cristo humilde 362, a (cf. Presunciôn).

Social: conciencia social: necesidad de su formaciôn 227, c.

—doctrina social de la Iglesia: es clara y obligatoria 83, a; solamente ella puede remediar los males presentes 535, j; es la única capaz de salvar al mundo del comunismo; pero hay que practicarla 241, i; 563, III, b; defenderla ante la clase obrera 227, c; el someterse a las orientaciones de la Iglesia no conduce a reservas y a indiferencia en el campo social, sino a intervenir en sus problemas 89, c; reclama una reacciôn contra el deseo de buscar el bien del prôjimo a costa de los demás 532, i; muchos católicos han llegado a impedir que la voz del Papa llegue a los obreros 547, x; su realizaciôn exige grandes dosis de buena voluntad y desinterés 532, i; cuándo condena a ciertos sistemas sociales, es ilícito adherirse a éstos 88, a.

—orden social: está fundamentado últimamente en Dios y en Jesucristo 900, C-D; toda ordenaciôn social que prescindiera de la esencial conexiôn del hombre con Dios, sigue camino falso 844, b; la fe es fundamento de su estabilidad 536, a; se conmueve cuándo decae la fe en Dios 231, a; se van desgafiando quienes pretendieron consecuirlo independientemente de Dios 393, c; ha de estar fundamentado en el exacto cumplimiento de los preceptos de la religiôn 537, d; importancia y necesidad del factor religioso para ordenar la sociedad 538, g; principios básicos: respeto a la persona, solidaridad de todos los hombres, supremacía del bien común 232, e; cuándo se funda en ideologías erróneas, a la larga se desmorona 444, B, b; daños que acarrea a

(Social: orden]

la lamina una ordenaçõn social que prescinda de Dios 846, h; el egoismo lo perturba 885, B; para mantenerlo y restaurarlo es necesario premiar j castigar 65, a; depende mäs de la cooperaciõn de todos que de la acciõn del Estado 686 a; 688, f; exige una equitativa distribuciõn de cargos y ofclos 538, a; serä efecto del cumplimiento de los preceptos de justicia social 545, q; necesita apoyarse en un ordenamiento juridico que le sirva de sostén y protecciõn 538, a; esta garantizado por las leyes civiles 748, II, C.

—**reforma social:** su necesidad en la sociedad moderna para que Cristo reine en ella 589 (cf. Orden nuevo).

Socialisme': en vano se empeña en lograr la igualdad social de todos, pues la natüraleza ha impuesto las desigualdades 92, c; rechaza la limosna como ofensa a la nobleza del hombre 531. f.

Sociedad: no'es un ser sustancial dotado de razõn y libertad, que sôlo al hombre competen 102; obra de Dios v ordenada a El 138, III, A; hombre v sociedad estân ordenados para servirse mutuamente. con deberes v derechos correlativos 387, k; el hombre estâ naturalmente ordenado a ella 101, g; 228, a; no puede privar al hombre de sus derechos naturales ni hacer imposible su uso 228, c; en ella deben desenvolverse todas las cualidades individuales v sociales de la natüraleza humana 101. g; es un medio natural que debe avudar al hombre a conseguir su fin 101, g; debe ayudar al hombre a conseguirsu felicidad eterna 379: es medio para la perfecciõn natural y sobrenatural del hombre 387. J; su fin es la conservaciõn, desarrollo y perfecclonamiento de la persona humana 844, b; su fnalidad en el orden espiritual 442, II; dentro de ella. cada uno tiene su misiõn encornendada por Dios 531, c: en ella cada uno tiene derecho a vivir segün las verdaderas exlgencias de su natüraleza 543. II; segün el comunismo. su unica finalidad es la econõmica: producir y gozar de los bienes producido's 864, b; 865. f: estâ fundamentada ûltimamente en Dios v en Jesucristo 900. C-D; el individuo no puede eximirse de sus deberes con la sociedad y ésta tiene el derecho de obli-

SociedsuLJ

gaile a cumplirlos 228, c; para su organizaciõn es necesaria la autoridad 854, b; he de procurar a sus miembros un minimo de bienestar material imprescindible para la prâcticu de la virtud 535, q; debe procurar a la clase obrera lo necesario para una vida humana, vâ que con su trabajo contribuye a la utilldad comûn 535, c; segün su ordenaciõn natural, las dos clases que la integran deben estar unidas, completândose una a la otra 542, k; les enormes diferencias sociales demuestran que no se guardan ni la justicia ni la caridad 683, a; su ordenaciõn ha de estar fundamentada en el exacto cumpllmiento de las obligaclo- nes de la religiõn 537, d; no Suede alcanzar su bienestar a ase de una organizaciõn econõmica técnicamente perfecta, pero separada de le moral 234, •c-d; sôlo serä econõmicamente sana cuando todos sus miembros posean la base material imprescindible para el desarrollo de sus facudtades 534, m; su fundamento mäs sôlido son los hombres formados en el seno de la Iglesia 858, i; contribuciõn de la Iglesia al bienestar de la sociedad 861, f; su tprosperldad ha de estar apoyada en el orden que nace del Cumplimlento de la lev de Dios 536, e; todos en ella han de sacrificarse por el bien de los demäs 530, b; 534, o; 535, z; necesita apoyarse de un ordenamiento juridico que le sirva de sostén y protecciõn 538, a; Cristo es el gran desconocido para la sociedad aunque vive en ella 445; influencia social histõrica de Crlsto 840, D; reinado de Cristo en la sociedad 442; 379; la redenciõn por Cristo y los cristlajnos 294; la lucha contra Cristo 734; serä juzgada por Dios en cuanto tal 58. a.

—moderna: su actual constituciõn estâ llamada a desaparecer 136. II, B; necesita una **profunda** reforma para que llegue a ser efectlvo el reinado de Cristo en ella 589; se estâ volviendo insensible a los castlgos que Dios le envia; sintoma desgraclado 513, D; las crisis modernas han desengufiado a muchos que no aciertan aún a entregarse a la fe cristiana, ûnica que les puede engendrar la esperanza 234, b-d; su situaciõn con respecto a Crlsto a través de la historia 443, C; tiene conciencia colectiva de un

[Sociedad moderna]

—gan pecaao: el problema social 294, I; se van desengefian-do quienes la pretendieron ordenar independientemente de Dios 393, c; está siendo influida cada vez más por la Iglesia 443, a; moou ae coopérai a su rescamucion 295, 111, C; el mundo moderno necesita nombres de carácter 291; 103, c-d. —sus males: males que padece 97, b; 104, a; 843-48 ss.; 899, III; las miserias de la sociedad presente son mayores que ñas de oiros tiempos 539, c; pueden llegar a exasperar los ánimos y provocar una revolución social 539, d; matérialisme y faila de espíritu 293, VII; 847, k; el lujo y la relajación de costumbres 566; el ansia desenfrenada de gozar 568. II; pesimismo 728, I; ha vuelto al paganismo a causa de! laicismo 845, f; padece una terrible disgregación en todos sus órdenes por la falta de caridad 233, g; los grandes males por que na pasado v está pasando pueden ser el punto de partlda para un acercamiento a Cristo y a la Iglesia 853, e; 856, a. —causas de estes males: el haberse apartado de Cristo 230, •h; 98, a; 843-48 ss.; 899, III; el incumpllmiento de las exigencias de la fe y la moral cristianas 652, a; indiferencia religiosa. bajo nivel moral, envenenamiento slstemático del puebío 242, c; el egoismo 885, A; la negación de una norma •de moralidad universal 844, d; desequilibrlo econômico 852, e. —remedius: acción social del cristiano ante los pevorosos maies de la suceuad actual 135; el remedio de sus males es a en que los hombres hagan penitencia por sus pecados 571; el cumplimiento de los postulados del derecho natural 851, a; sô-lo se salvarân apoyândose en la fe y en la caridad 240, f; para salvarla de sus males no es remedio la lucha de clases ni el abuso de poder estaial, slno el espíritu de caridad y justicia socle] 545. r; el remedio que lus compendia a todos es Cristo 851. a: 852, a: 898; 230, h; 233. a; 240. e; 138. Soledad: no a todos se les plde, pero si se exige el despego del mundo y morlificación de senildos 527 c; es el primer deseo de quien quiere servir a Dios 526. a; Dios acoslumbra hablar en la soledad; entreinos en ella paru oirle 348, c; en elle se prépara el ajma pera

[Soledad]

recibir ai Esposo y gozar después de su presencia 706; su necesidad para sentir la com-punción 525, a; su valor como ipiepai acion para lu vidu apos-lólka 4/5, 2; el preucuparse por los usunlos de este mundo a veces es laudable, otras pernicioso 414.

Sufrimientos: la doctrina de la bttgiauu ix.scruuru io ô, e; aunque no queramos, los tendremos; as prêter! ble acepiarios por Cristo 29, b; es necesario sufrir en esta vida o en la otra, escojamos 485, d; es patrimonio del nombre y no se puede évi-tât 92, c; Dios no nos nace sufrir sino para obtener bienes mayores 648, E; senal de que Dios nos ame 514, E; camino necesario para el cielo 508, D; son le senal disunliu de los discipulos de Cnsto 713; purifica el aima y la eleva a la santidad: un ejemplo 713; puede ser fuente de alegría llevados con senJdo sobrenatural 845, d; 714; en sufrir está el mérito sobrenatural 715; no son nada comparados con la gloria que nos consiguen 124, II, A; aprovechéniuslos para hacer bien a los demás 161, 3 (cf. Tnbula-ciunes, Dolor).

Superiores: hemos de obedecerles, pues representan a Cristo 349, b; han de cuidarse del aima de sus subditos; Dios les pedirâ cuentas 200; deben precaver a sus subditos para que no celgan v casilgarles si caen 53 (cf. Gobernantes).

Técnica: domina en la sociedad, con oebiiiiaciun de las tuerzas espirituales 54J, h; el progreso de la téemee no puede por si mlsmo crear el bienestar social 234, c.

Ternor de Dios: caracterlsticas del verdadero temor 725. II; el temor filial 726. c; temor y amor, dos caminos hacle Dios 639. B; él solo no es capaz de arrancar las aficlones al pecado; es necesario el amor 529, C; prépara el camlno al amor 73. a; en toda la vide cristiana se nos inculcan estos sen i-mientos 726. B; suprimido, cae le le r moral y la ruina de los pueblos es inevitable 390. 1; es bueno y loable 725; camino de converslón 498. 2.*; aparta del pecado 505, E; es remedio contra la presunción 363 E.

Tiempo: cómo plerden los hombres el tiempo inútilmente 122, II; su valor a la luz del julclo

[Tiempo]

de Dios 122; la conslderación del tiempo perdido de~e estimarnos a trabajar con más afân por Dios 522, C.

Totalitarismo: sus intimas relaciones con el positivismo jurídico 696, p; según su doctrina, el Estado es la suprema categoría en el orden moral, jurídico y material 850, f; al conceder ilimitada autoridad al Es:ado, causa enormes danos a las relaciones internacionales 851, h-i; la concepción auténtica de la fuerza obligatoria de las leyes cierra el paso a la tiranía del Estado 692, g; condenación 695, fi (cf. Absolutisme).

Trabajo: el hombre está obligado a trabajar 92, c; la ley del trabajo, que existia aún en el estado de inocencia, se hizo luego medio de expiación 861, h; su doble carácter individual y social; importancia de esta distinción 228. b; su concepción en el libéralisme 902, A; concepción comunista del traba'o 903, B; una concepción cristiana del trabajo traerâ como consecuencia la paz social 860, e; valor supremo para el cristiano 924, III; no es humillante; es servicio de Dios 102, b; cómo puede llegar a ser medio de perfección sobrenatural 903, A; tiene valor meritorio ante Dios y le da gloria 397, e; 446, B, c; la santincación por medio del trabajo ordinario 260, IV-V; no es vergonzoso trabajar para ganar un jornal; el trabajo es digno 859, a; 862, h; fué dignificado por Cris.o con su vida y su doctrina 859, b-d; 397 c; 397, e; 446, B, c; el ejemplo de la cueva de Belén: no aparecen sino trabajadores 102, b; el considerarlo como una mercancía es causa de la lucha de clases 862. k; a él se debe el bienestar de los pueblos 862, 1: 535, q; todo arte de adquirir lo necesario para la vida se funda en el trabajo 682, a; cortdicionnes précisas para que la actividad humana rinda plenamente 228, b; el del-er y el derecho al traba'o lo concede al indjviduo primeramente la naturaleza. no la sociedad 680, f; por tanto, el deber y derecho de organizarlo corresponde en primer lugar a patronos y obremos 690. f-g; la misión del Estado en la organización del trabajo es supletoria. pero debe intervenir cuando lo requiera el bien común 690, f-g; boy

[Trabajo]

no se guarda el debldo equilibrio entre trabajo y descanso, con grave dafio de la vida física, econômica y moral 382. c; es grave obligación retribuir dignamente el trabajo de quien carece de otro medio de subsistir 141; es el único medio de que disponen los pobres para sustentarse; por tanto, su retrUución debe ser suficiente para ello 237, e; la solidaridad entre dadores y prestadores de trabajo se ha de fomentar en todas las ramas de la producción 230, i; paternalisme laboral 756; la mística comunista en torno al trabajo 864. a; en su organización por el capitalismo liberal se crean gravísimos problemas de orden moral y queda degradada la dignidad humana 862, j; 237, h; Cristo y su doctrina, solución de los problemas dei mundo del trabajo 902; la conciencia de la unión de todos con Cristo en su Cuerpo místico suavizarâ los roces en el mundo del trabajo 96. e; la oraûon y ei equil-Hbrlo en el mundo dél'trabajo 382. c (cf. OhreroF., Salario).

Tratados: la Iglesia defiende con todos los medios la inviolabilidad de las obligaciones libremente contraídas per el Estado 391, 11; sin fidelidad a lo pactado no es posible la convivencia internacional 390, j; 448, II. B; para garantizar la fidelidad en ellos es preciso crear instituciones adecuadas 390, k; 449. B; pero solre todo es necesaria la garantie de la conciencia apoyada en la fe 390, 1; la Iglesia siempre ha sido fiel a sus tratados 391. 11 (cf. Relaciones Internacionales).

Tribulacioner.: naturaleza: obra de) amor que Dios nos tiene 617. b; 656; buenas deben ser, pues las padecen Jesús y Maria 654, D; duran el tiempo necesario a nuestra salvación, Dios desea ponerles fin 619; por qué Dios permite que las padezean los 'ustos 621; algunas tienen carácter de castigo djvino: otras muchas son medicinas curativas y préservativas 647. E: 656: no faltar'n a los seguidores de Cristo 678. e. 485, d; cómo pueden ser apctpcibles 657 C: el sufrirlas es sefiat de mayor premlo en e) cielo 624; son esperanza de gloria futura 675. A: en ellas podemos demostrar nuestrn amor a Dios 624; para soportarlas paclenfementa conslderemos que las par-

1 Tribulaciones: naturaleza 1

mite Dios, nuestro Padre 655; el pensamiento del cielo nos ayudará a sobrellevarlas 125, VI; la esperanza en la resurrección nos alentará en ellas 36, a; cuándo nos hallamos atribulados, es penoso pensar y trabajar por la santidad 676, b; en ellas no esperemos consuelo sino de Dios 677, c; el pecado, causa de las tribulaciones 656; la Sagrada Escritura nos enseña la paciencia en ella 253, III; alegría en las tribulaciones 309, 3.

—sus bienes: sus bienes 738; debilitan la concupiscencia 658, 2; **apartan** del pecado: engendran reflexion y arrepentimiento 618; sirven para purificar el alma 619, a; su valor expiatorio y satisfactorio 614; 630, 1; 646: nos son necesarias para que aborrezcamos esta vida y deseemos el cielo 620; nos despegan de los bienes de la tierra 658, 1; evitan muchas caídas en el pecado, fáciles en tiempo de prosperidad 658, 2; nos libran del pecado mortal, al hacernos reflexionar sobre la vida y sus valores 657; también de la pena que debemos por los pecados veniales 658: nos preservan de la soberbia 657, c; nos tornan caritativos y comprensivos con el prójimo 659, 3: nos despiertan el recuerdo del cielo 659, 2; nos hacen ver el verdadero valor de las cosas 658, 1; vacían el corazón de amor propio y lo llenan (fel de Dios 659 (cf. Sufrimiento).

Trinidad, misterio de la Santísima: teología trinitaria de San Pablo 607; el Verbo, Idea e Hijo del Padre 882, II.

Unión: con Dios: íntima unión entre Cristo y el alma por medio de la gracia 52, a; 199, b; 878, II; a mayor unión. mayor pureza y santidad 720, D: cómo el alma advierte la presencia de Dios junto a ella 715: cuando el alma goza de la presencia del Esposo, terminan sus fatigas y se goza con él 706; al ser Dios amor, únicamente con amor le podemos encontrar 521, B; Dios, centro del alma 407, IX: para gozar de la presencia de Cristo han de estar dormidas las pasiones 412, IV, C; las criaturas son impedimento para nuestra unión con Dios 515 ss.

—social: Cristo, lazo de unión entre los hombres 157, B; funda-

1 Union: social 1

da en que los mismos vínculos unen a todos con Dios y en su igualdad ante Él 537, c; únicamente se puede conseguir por medio de la caridad 547; y; las desigualdades que impone la naturaleza no deben ser obstáculo para realizar esta misión 543, 11; la integración de todos los hombres en Cristo debe evitar toda discusión entre ellos 158, d; la sola organización económica, por muy perfecta que sea, no podrá nunca fundamentar establemente la unión entre los hombres 234, c-d (cf. Fraternidad, Solidaridad).

Valores: las tribulaciones nos hacen ver el valor de las cosas 659, 2; importancia de los valores espirituales en el progreso 252.

Vanagloria: de ordinario es pecado venial, pero puede llegar a mortal 344; quien se gloria en sí mismo roba a Dios la gloria 362, B; es hija de la soberbia 362, B; pecados a que conduce 344. C: se opone a la magnanimidad 343, b; quite el valor a las buenas obras 344: infla hasta nuestros obras de piedad 663, e; motivos por los que hemos de rechazarla 342. A (cf. Suberbia, Presunción).

Verdad: la humildad es la verdad 313, c; Cristo y la verdad 134, III; 775, c; 777, a; 894; Cristo, único camino para encontrarla 773; 775, b; las obras de la luz y de la verdad 120: el hombre no puede sufrir la verdad desnuda 669, b; no suele molestar porque queremos vivir engañándonos a nosotros mismos y a los demás 408, XI: no suele decirse a los poderosos 107, IV: es combatida porque exige y molesta 670, c: la Iglesia tiene la misión de defenderla y conservarla 3-87, a: 357, b: 448, B; es la madre y la garante de la libertad 389, ig; deber de la Iglesia y del Papa es dar testimonio de la verdad y refutar el error con valentía y caridad 388, c-e; 389, g: 390, i: 392, n; 448, c, III.

Vicio: es la noche y el sueño del alma, condenado por San Pablo 22, c: su defensa organizada en la sociedad moderna 735, B, b: la soberbia, madre de vicios 361.

Vida: temporal: en qué consiste 85, b; doble vida del hombre:

[Vida temporal!

- material y espiritual 426; hay un grave deber de sustentarla, lo cual da derecho a los medios necesarios para ello 237, e; cada uno tiene derecho a vivir según las exigendas verdaderas de su naturaleza 543, 11; três posiciones ante ella: placer, pesimismo, esperanza 728. TI; sentido optimista de la vida para el cristiano 123; es pasajera, lo cual es motivo de alegría para los justos 49, c; en ella no encontraremos paz: todo es molestia, cansancio y lucha 46; no es la verdadera vida; nos sirve para conseguir la eterna 537, e: no merece la pena sufrir y fatigarse por sus bienes 30: se acaba y hay que aprovecharla. pensemos en el juicio de Dios 122; mientras dure no podemos tener gozo completo 441: misión de la esperanza cristiana en la vida 728; 733; el cristianismo aletgra la vida por medio de la esperanza 728, C; doble solicitud por sus cosas: laudable y pecaminosa 414. ha de ir guiada por un ideal elevado 426, B; de nada sirven sus glorias si no tienen valor ante Dios 81, 5; es sólo camino e instrumento para alcanzar la vida eterna 384, b: debemos consagrarla a edificar el Cuerpo místico de Cristo 733, B; Dios nos la hace amarga con las tribulaciones para que nos acordemos del cielo 620.
- espiritual: Cristo, centro de toda la vida espiritual 574. A-B: tiene el cristiano que luchar por acrecentarla 420, C, b; es fuente de alegría 413, B: la rectitud de intención en la vida espiritual 507, a; existencia y necesidad de la penitencia en la vida de perfección 574, B; necesidad del conocimiento propio para el progreso espiritual 353. A; el camino del abandono en manos de Dios 731, C: las criaturas, impedimento en la Adh de perfección 515 ss. (cf. Perfección, Santidad).
- sobrenatural: la esencia de nuestra vida sobrenatural 85: Cristo es la única vida: fuera de El, la muerte 133. II: 776, e; aquí en la tierra no la poseemos sino en germen: tiene su perfección en la gloria 86; mientras vivimos en este mundo, podemos y debemos desarrollarla 86. 2: el pecado la destruye 570. TIT; 581. 3.º: la predicación. vehiculo de vida 879
- cristiana: consiste en el cone.

[Vida cristiana]

- cimiento de Dios, verdad suma, y en el amor a El 387, a: su ideal es asemejarnos a Cristo 115; su aima es la misericordia con el prójimo 132, III; las condiciones sociales hacen para muchos prácticamente imposible vivir cristianamente 393. b; es fundamentalmente social 139, III (cf. Cristianismo).
- social: su fin esencial es la conservación, el desarrollo y perfeccionamiento de la persona humana 844, b; para subsistir y obtener su fin necesita del apoyo de un ordenamiento jurídico justo 694. 11; el cristianismo no incapacita para la vida social 702. 11; es posible cuando reinan el amor y la justicia 97, f: sus condiciones son hoy tales, que a muchos hacen difícil su salvación eterna 236, a; es ilícito abstenerse de participar en las actividades de la vida pública cuando se está obligado por la posición o el cargo 233. f; cuando a Cristo se le excluye de la vida pública, se sufren grandes males 98, a; toda ella debe estar informada por la justicia social 101. e; el enefio y la hipocresía en la vida social 408, XI: nuebrantamiento de sus deberes aun por quienes Privadamente son intechobles 227. c: falta de sinceridad en ella 447: cómo domina en ella el egoismo y sus funestas consecuencias 91, d (cf. Sociedad).
- Vigilancia: su falta es causa de pecados 78, b: es el medio Para prevenirse contra la repentina venida de Cristo-Juez 80, 1; la recomendación de Cristo 23, c; 27. 2.
- Virtudes: la caridad es la mayor de todas 321. 4; y las comprende a todos 583, b; su práctica exige un mínimo de bienestar social 535. q: se ve muy favorecida cuando reina el bienestar social 533. 11; su salvaguarda es la humildad 337. b-c: crecen ejercitándonos en ellas 207. b; deben ser honradas 369, D.
- Vocación: naturaleza y clases 434; equivale a la función especial de cada hombre en el Cuerpo místico 435, IV: vocación individual y colectiva 435, V-VI: cada hombre tiene la suya, cuyo seguimiento influye sobremanera en la salvación eterna 401. II; 386. i: 434. I; 439, C: 451. a: la vocación de las naciones 403. TU: diversas maneras en que se manifiesta doctrina de San Ignacio 401
- hemos de procurar conocer"

fVocaciôn

436, X, A; modo de conocerla: doctrina de San Ignacio 437; su conocimienio: colaboraciôn del Espiritu Santo 437. II; necesidad de seguirla 436. X, B-C; Importancia de ser fieles a la propla vocaciôn 271, d; seguir el llamamiento de Dios supone saciiliclu 476, 3; cuando Dios llama, da también la gracia neces.iria para seguirle 435. 111; falsa conducta de los padres que, con pretexto de probar la vocaciôn de sus hijos. se la quitan 666 c; la vocaciôn espiritual de Espaiki 104; ejemplo de fidelidad a ella: Juan Bau-

rVocaciôn

tlsta 436. XI; 440. IV, c; la vocaciôn del Bautista comparacla con la de otros profetas 476, 3.
 Vcluntad: sôlo elle, no el apetito sensitivo, puede someterse a la voluntad de Dios que nos manda cosas desagradables G45; Dios nos pide la to al en'rega de la voluntad 648. B; llrtncza de voluntad (cf. Carôcter).
 —de Dios: aceptémosla generosamente aunque nos cues'e. a ejemplo de Maria Santisima 676, 2; siempre encontramos pretextos para no cumplirla

ACABÔSE DE IMPRIMIR ESTA SEGUNDA EDTCIÓN DEL
VOLUMEN PRIMEPO DE «LA PALABRA DE CRIS-
TO», DE LA BIBLTOTECA DE AUTORES CRIS-
TIANOS, EL D'A 14 DE SEPTIEMBRE
DE 1955. FIESTA DE LA EXA TACIÓÑ
DE LA SANTA CRUZ, EN LOS
TALLERES GRAFJCAS NE-
BRIJA, IBIZA, NUME-
RO 11, iMADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI